

Isidoro J. Ruiz Moreno

Campañas militares argentinas

La política y la guerra

emecé memoria argentina



DEL CUITO LEGAL

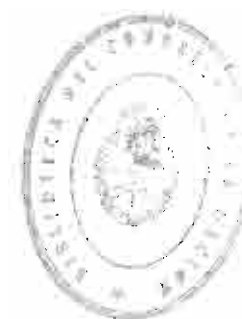
131386

Isidoro J. Ruiz Moreno

CAMPAÑAS MILITARES ARGENTINAS

La política y la guerra

Del Virreinato al Pacto Federal



emecé
memoria argentina

Ruiz Moreno, Isidoro J.
 Campañas militares argentinas.— 1ª ed.— Buenos Aires :
 Emecé Editores, 2005.
 544 p. : 25x16 cm.

ISBN 950-04-2675-7

1. Historia Política Argentina I. Título
 CDD 320.982

450598

Emecé Editores S.A.
 Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires, Argentina
 www.editorialplaneta.com.ar

© 2005, Isidoro J. Ruiz Moreno
 © 2005, Emecé Editores, S. A.

Diseño de cubierta: Mario Blanco
 1ª edición: agosto de 2005
 Impreso en Printing Books,
 Mario Bravo 835, Avellaneda,
 en el mes de julio de 2005.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida,
 sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo
 las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total
 de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos
 la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA
 Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
 ISBN: 950-04-2675-7

"Nació con la Patria en mayo de 1810." Este lema está tan incorporado a nuestro Ejército que lo repetimos orgullosos y convencidos cada día y en cada oportunidad en que sea conveniente definirnos y referenciarlos, aun cuando no sea rigurosamente exacto. Varios Regimientos fueron oficialmente creados antes del 25 de mayo de 1810; otros, como los Blandengues, heredaron una historia de muchos años custodiando las fronteras del Virreinato. Todos, sin duda, crecieron a partir de raíces hispanas; y las ordenanzas, instrucciones, reglamentos y tradiciones españolas dieron bases doctrinarias y espirituales al Ejército criollo, y se prolongaron mucho más allá de la Independencia. Algunas, inclusive, con redacción y terminología adecuada al siglo XXI, rigen al Ejército actual.

A aquellas raíces, sin las que el árbol no se desarrolla firme y constante, ni se sostiene ante el paso del tiempo y los avatares tormentosos de la vida, se refiere este primer tomo de la Historia del Ejército Argentino escrito con maestría por el doctor Isidoro J. Ruiz Moreno. No incurriré en la irreverencia de elogiar sus cualidades académicas. Pero destacaré que el idóneo profesor, con más de treinta ininterrumpidos años al servicio docente del Ejército, alcanza con este volumen la primera cúspide de una trilogía que, anhelamos, se prolongue con la misma habilidad para deleitarnos con el relato imparcial de la Historia reciente, de la que fuimos testigos y protagonistas. Su labor fue prologada en extensas y amenas conversaciones en las que coincidimos sobre la necesidad de la obra, el objetivo, las características y el estilo que parecía más conveniente. Las coincidencias me impulsaron a animarlo, y leer algunos de los borradores me congratularon, pues creo que este libro será de agradable utilidad para todos aquellos que se interesen en conocer mejor el parto de la Patria y de este Ejército, que pese al lema, continuamos naciendo.

Escribir la Historia de la Guerra —acción política al fin—, es demostrar el servicio permanente de los soldados a su Nación. Sus aciertos y sus errores. Los que hoy nos parecen reales a la luz de la profunda investigación del autor, y aquellos otros: los que nos lo parecían y no lo fueron, porque, simplemente, habían sido registrados con la pasión del momento, el interés partidario, o la ambición de acomodar los hechos históricos a las urgencias de un presente cargado de parcialidad.

Aun para quienes conocen nuestra Historia —o tal vez para ellos más que para los jóvenes soldados que la lean por la curiosidad de conocer mejor los orígenes de nuestro Ejército— resultará sorprendente la visión, la documentación y el uso que el doctor Ruiz Moreno hace de ella, para presentarnos a los actores como vitales y humanos personajes decisivos que irrumpen en escena para forjar con su esfuerzo la República, y

con su sangre la geografía americana. Sus relatos paralelos ofrecen los hechos simultáneos con un realismo que obliga a recordar que las comunicaciones de entonces no eran las de hoy, ni los viajes por las pampas y montañas cómodas travesías de turismo.

El mejor conocimiento del primer medio siglo de nuestro Ejército debería inspirarnos para proseguir empeñosamente la tarea argentina. Ver en esos valientes a hombres que no arredraron ante las dificultades, que soñaron un país con instituciones similares a las de otros más evolucionados, y que quisieron salvar brechas y distancias con inteligencia y perseverancia, con audacia y con coraje para doblegar los temores, con decisión para afrontar sus responsabilidades, especialmente en las derrotas y las equivocaciones.

Teniente General
RICARDO G. BRINZONI
Ex Jefe del Estado Mayor General del Ejército

INTRODUCCIÓN

En 1935 el coronel Juan Beverina asentó una frase comprometedora a la vez que sumamente sentida: "Una obra de gran aliento y de necesidad impostergable, y que mucho se hace esperar, es la Historia del Ejército Argentino".

Casi un siglo ha transcurrido desde entonces, y el reclamo del distinguido escritor militar que tanto se dedicó a la materia, aún no se ha cumplido.

Resulta sorprendente esta carencia, toda vez que casi todos los países han procedido a redactar la crónica de sus respectivas Fuerzas Armadas; incluso en la República Argentina existen historias relativamente completas de la Marina de Guerra y de la Aeronáutica Militar. Falta, empero, la del Ejército en la medida que éste la merece.

Algunos intentos se han hecho hasta ahora, pero no han pasado de tales. La cita del general Mitre resulta indispensable, pero está limitada a las acciones de Belgrano y de San Martín, y sus colaboradores, durante la gesta de la Independencia. Debe resaltarse el esfuerzo del propio coronel Juan Beverina, pero este ilustre historiador no llegó a componer la obra integral a que aspiraba, pues sólo estudió aspectos concretos: el Virreinato (1935), las guerras con Brasil (1921) y Paraguay (1943), y escuetamente, las campañas de los ejércitos libertadores contra Rosas (1923). Con un campo más amplio en la concepción, pero sintético en su narrativa, el coronel Félix Best editó en dos volúmenes Historia de las guerras argentinas (1960), aunque sin adentrarse en sus motivaciones políticas, que son indispensables. Últimamente el Comando en Jefe del Ejército compuso en tres tomos la llamada Reseña histórica y orgánica del Ejército Argentino (1972), que no pasa de ofrecer datos sobre las diversas unidades, servicios, armas, etc., pero sin realizar un trabajo metódico y completo. No puede dejar de mencionarse en esta ligera enumeración, el Atlas histórico-militar (1970) de que fue autor el coronel Martín Suárez —incluyendo reseñas de las campañas y acciones graficadas—, al cual pertenecen los mapas aprovechados en el presente tomo.

Otros historiadores, desde luego, civiles y militares, han publicado estudios parciales, pero no se trata aquí de componer una lista de ellos, sino meramente indicar a los pocos que intentaron realizar una tarea integral. A la par de esos títulos generales, queda una vasta gama de estudios referidos a temas concretos: biografías, batallas, campañas, pero generalmente sin incursionar en el desenvolvimiento simultáneo de otros sucesos. En 1984 el profesor Roberto Etchepareborda ensayó reunir libros, folletos y artículos en un pequeño volumen titulado Historiografía militar argentina.

La presente obra aspira a llenar el vacío, de manera orgánica, mostrando la labor cumplida por los militares argentinos en el desarrollo nacional, haciéndolo sin caer en detalles que no sean esenciales al relato, en busca de una mayor amenidad, puesto que está destinada al gran público culto, no sólo de la propia Fuerza sino a los muchos civiles que se interesan por el tema. Por eso, para tornar la lectura más llevadera, se omiten notas, incluyéndose en el texto todo cuanto merece asentarse por su importancia. Lo expuesto significa que no están ausentes ni anécdotas ni diálogos, pues ello contribuye a perfeccionar la narración, y a prestar la necesaria humanidad a la historia, forjada por ideas, acciones y sentimientos llevados al terreno.

Los hechos están relatados únicamente sobre piezas de cada época que se trata, para evitar la intromisión de opiniones particulares con su carga subjetiva de interpretaciones. De tal manera, la base para redactar esta obra fueron sólo los documentos o testimonios contemporáneos a los acontecimientos historiadados; vale decir que no se transcriben opiniones de escritores posteriores a los sucesos, con el fin de no alterar la directa vivencia de los episodios relatados. Sin duda, la bibliografía ha servido para estudiar diversos aspectos, pero sin interferir en el relato; y al final de este libro se indican las obras que lo fundamentan, sin que la lista sea excluyente sino indicativa de títulos indispensables. Creo que los hechos fundamentales quedan incluidos. Queda dicho con ello que la obra no se recarga con biografías, ni añade detalles técnicos que alejan la atención del tema principal: la acción militar de los heroicos argentinos que vistieron uniforme.

Cabe advertir que mi empresa se inscribe en la "Historia de la Guerra" más que en la "Historia Militar", la cual comprende la visión de lo que el Ejército realiza también en épocas de paz. De no haberme limitado a aquélla, su extensión habría resultado agobiante por lo extensa, más propia para especialistas que para los interesados en el conocimiento de las gloriosas o trágicas campañas argentinas. Me he limitado, en consecuencia, a mostrar a los diversos Ejércitos argentinos en operaciones propias de su naturaleza a lo largo del siglo XIX, sin que falten ciertos datos indispensables relativos a su organización. Quedará para otro especialista atender a cuestiones ajenas a lo expresado.

El método utilizado en las páginas que siguen es relatar los hechos en forma cronológica, con el paralelismo de las acciones acontecidas en diferentes lugares, en vez de dividir los capítulos conforme a una sola temática. Se recogen aquellas situaciones provinciales que han influido en la evolución nacional, de manera de elaborar una historia de conjunto, aunque algunos hechos locales escapan a su registro, pues sería impensable e imposible abarcar todos los sucesos ocurridos.

El plan de la obra es dividirla en tres tomos: el presente, I (1776-1831); el II que se titulará De la dictadura a la Constitución (1832-1853), y el III que comprenderá De la organización nacional a la capital definitiva (1854-1880). Su comienzo lo he fijado en el inicio de la cabal gestación del territorio rioplatense como unidad político-administrativa, hasta que alcanzó su vida propia, y a partir de entonces se desarrolló por sí mismo. Sin desconocer antecedentes más remotos (cuando nuestra actual República integraba el Virreinato de Perú), sin duda la fisonomía nacional comenzó a afirmarse desde la época elegida. El futuro decidirá si prosigo con los hechos de finales del siglo XIX y los que tuvieron lugar durante el XX, que fueron sucesos de importancia.

Es el propósito del trabajo mostrar integralmente la evolución y gravitación de los ejércitos en los sucesos políticos de la Argentina desde sus inicios, pues que ha incidido no pocas veces de forma decisiva en la marcha de la República. El subtítulo remarca que ese aspecto no puede estar ajeno como explicación de los acontecimientos marciales, que sin él carecerían de fundamento. Esto se hace más evidente al abordarse las luchas civiles, motivadas por posturas netamente ideológicas, lo que no siempre fue considerado con el detenimiento que merece el tema.

He dejado para el final destacar la asistencia del teniente general Ricardo Brinzoni, ex jefe del Estado Mayor General, y de la empresa Ledesma SAAI, para la confección y aparición de esta obra. Sin ellos no hubiese sido posible llevarla a cabo. Un militar y un empresario se han unido en una tarea cultural, de las muchas que han abordado, en apoyo del trabajo que recoge el presente volumen. Mi agradecimiento profundo a ellos, que confiaron en la idoneidad del autor para afrontarlo.

Queda iniciado, pues, el trabajo para mostrar el desempeño de los hombres de armas argentinos a través de más de dos siglos de trayectoria, con sus logros y sus frustraciones, con sus hechos gloriosos y otros censurables, pues la reconstrucción del pasado debe incluir a todos por igual, sin falseamientos ni ocultaciones, en el intento de ofrecer un cuadro completo y veraz de lo sucedido.

I. J. R. M.

CAPÍTULO I

Los orígenes virreinales

CREACIÓN DEL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA. EL PROBLEMA DE LOS INDIOS. ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO. COMPOSICIÓN DE LAS TROPAS. LAS OBRAS DE DEFENSA. MILICIAS Y FRONTERA. ALZAMIENTO DE TÚPAC AMARU. OCUPACIÓN BRITÁNICA DE BUENOS AIRES.

El origen de nuestra patria fue consecuencia de una acción militar.

En 1776 el rey don Carlos III dispuso enviar al Atlántico Sur la más poderosa Armada que se hubiera despachado hasta entonces, puesta bajo el mando superior del teniente general don Pedro de Cevallos, incluso en su componente naval que dirigía el marqués de Tilly. Era la respuesta a la incesante penetración portuguesa más allá de lo determinado por la bula del papa Alejandro VI y los Tratados de Tordecillas. Para ponerle fin, navegaban más de cien embarcaciones transportando un lucido Ejército, integrado por 8.000 infantes, 600 dragones, 400 artilleros, dos trenes de artillería, una brigada de diez ingenieros y un destacamento de obreros de maestranza.

Mas no sólo obedecía la medida a desalojar a los intrusos del territorio ocupado, sino a una visión de la mayor entidad, cual era establecer definitivamente la seguridad y mejor administración de las posesiones castellanas en el extremo austral del continente, hasta entonces bajo el gobierno de la distante ciudad de Lima. Algunas opiniones se habían vertido al respecto, pero éstas adquirieron mayor fuerza cuando se organizó la expedición a mediados de aquel año 76 y el general Cevallos fue designado para comandarla. Éste, quien ya había intervenido en campañas contra los portugueses en el mismo teatro de operaciones, sumaba su experiencia como gobernador de Buenos Aires, cargo que desempeñara una década atrás y que le había permitido conocer desde el Plata hasta el Iguazú, todo lo que confería autoridad a su propuesta, elevada el 20 de julio:

El que fuese mandado ha de tener precisamente con el gobierno y mando militar; el gobierno y mando político de la provincia de Buenos Aires, porque sin él no podrá mover aquellas gentes. También conviene que su mando se extienda a las Provincias del Plata, Tucumán, Potosí, Santa Cruz de la Sierra y todas las que comprende la jurisdicción de la Audiencia de Charcas, porque con todas ellas confinan las posesiones antiguas y las usurpaciones modernas de los portugueses.

Cinco días más tarde Cevallos era puesto a cargo de la misión, y el 1º de agosto el monarca hacía suyo el proyecto, añadiendo a los territorios indicados los de Mendoza y San Juan (hasta entonces parte de Chile). En esta fecha se lo nombró Virrey y Capitán

General de la flamante y extensa División administrativa creada, con sede capitalina en Buenos Aires.

No obstante, lo expuesto no quitó el carácter originario a la determinación real: "La expedición militar que ha de ser el principal objeto de vuestro destino", instruía don Carlos III a su delegado el 15 de agosto. Al impartírsele sus instrucciones de gobierno reiteró el Rey: "Es el fin primario de vuestra comisión hacer la guerra a los portugueses que hostilizan aquellos dominios míos", y le prescribía levantar todas las milicias que pudiera en las provincias de su mando para "mantener aquellas fronteras y el Río de la Plata en respeto y defensa".

Sin negarse importancia a la mejora en el gobierno del nuevo Virreinato, resulta indudable que su defensa fue el objetivo primordial de su establecimiento. No sólo los portugueses amenazaban la integridad del dominio hispano, sino también la inquietante presencia británica, que ya en 1763 había ensayado apoderarse de la Banda Oriental, propósito frustrado por acción del mismo general Cevallos. Remarca tal sentido el hecho de que todos sus titulares fueron veteranos de alto rango, sin excepción, y su nómina completa lo revela: un capitán general de los Reales Ejércitos (Cevallos); cuatro tenientes generales (Vértiz, Arredondo, Melo de Portugal y el marqués de Avilés); dos brigadieres (los marqueses de Loreto y de Sobre Monte); dos mariscales de campo (Olague Feliú y Pino), y dos marinos: un jefe de escuadra (Liniers) y un brigadier de la Real Armada (Hidalgo de Cisneros).

La expedición al Río de la Plata se embarcó finalmente en Cádiz el 1º de noviembre de 1776. Marchaban en ella varios jefes y oficiales que, luego de cumplir su cometido, permanecerían en América, fundando familias que llegan hasta la actualidad.

No es del caso detallar el exitoso cumplimiento de don Pedro de Cevallos a las instrucciones recibidas, con su reconquista de Santa Catalina y Colonia del Sacramento, lo que pertenece al período anterior al de nuestro objeto. Basta su mención para rendirle el homenaje que merece su memoria, y señalar que el rey don Carlos —quien siempre lo hizo objeto de su especial distinción— lo premió ascendiendo al grado de capitán general el 8 de junio de 1777, y concediendo a su hermana doña Antonia de Cevallos Cortés el título de Marquesa de la Colonia, luego del fallecimiento de aquél.

Nuestros más destacados historiadores han considerado a la creación del Virreinato del Río de la Plata como el momento fundacional de la futura nacionalidad argentina, toda vez que significó la instauración de un territorio con características distintas del Virreinato del Perú al que había pertenecido hasta entonces. Claro está que se trataba de zonas ya pobladas, en donde existían instituciones desde tiempo atrás; pero el hecho vino a otorgar personalidad propia a la nueva región. Desgajada de la autoridad residente en la lejana Lima, se gestaba un Estado que iba a adquirir existencia independiente menos de cuarenta años después. Por lo pronto, el interés de la Corona pasaría desde el Pacífico al Atlántico Sur, y el desarrollo de los territorios platinos se hizo evidente a partir de entonces.

Y fueron las armas, como se expuso, las que marcaron el comienzo de esta tendencia.

El general don Pedro de Cevallos llegó a Buenos Aires en octubre de 1777, tras permanecer en la Banda Oriental, y al mes decretaba el libre comercio con Perú y Chile, hasta entonces interdicto a aquella ciudad para beneficiar a Lima. Es suficiente destacar ese acontecimiento para medir la trascendencia de la creación del Virreinato del Plata, con

la transformación que a partir de tal época se dejó sentir paulatinamente en todas sus provincias. La consecuente instalación de la Audiencia, Tribunal de Cuentas y del Consulado en la sede porteña, entre otras instituciones, sellarían su importancia.

En cuanto al "principal objeto" del nuevo Virreinato, por cierto no dejó de atenderse.

Concluida la etapa de la conquista, tocaba asegurar al Nuevo Mundo.

No fueron portugueses o ingleses, sin embargo, los que desde entonces preocuparon a las autoridades del Río de la Plata. Los tratados celebrados por España con Portugal, la guerra de independencia norteamericana, y luego las consecuencias de la Revolución Francesa, absorbieron la atención de los Estados europeos en el hemisferio norte. Otro enemigo, ya secular y por otras tantas centurias como las vividas, mantuvo en agitación a funcionarios, militares y pobladores: el indio.

Cevallos conocía de antaño la importancia del peligro de este antagonista, y los graves efectos que su presencia causaba en las dilatadas fronteras a su cargo. Un adelanto del tema que ocupará constantemente la atención pública, reflejada en las subsiguientes páginas, se ofrece como muestra.

No había pasado un mes desde que el nuevo Virrey llegara a su capital, cuando se dirigió al ministro Gálvez, encargado de los asuntos americanos, aludiendo a que en los campos inmediatos "todo está inculto y despoblado por temor de estos enemigos". Aludió a la

[...] *continúa y cruel guerra que las numerosas naciones de indios infieles, errantes en las vastas campañas de este dilatado país, y bien provistos de caballos, han hecho a los pobres vecinos de la campaña, y a los que transitan para sus tráficos y comercio en las provincias confinantes de Córdoba y Mendoza.*

Ilustró sobre su conducta:

Son tan inhumanos que se deleitan en matar, sin perdonar edad ni sexo, y sólo reservan alguna vez la vida a las mujeres que se llevan para sus abominables vicios. Excede a toda ponderación el rigor de estos bárbaros, que no tienen religión ni se les conoce más que alguna corta señal de su idolatría al sol.

Para procurar amedrentarlos propuso efectuar una "entrada" general a sus dominios, con gentes reclutadas desde Buenos Aires a Mendoza, ¡más de medio siglo antes de que se emprendiera en 1833 similar operación! El Rey aprobó la idea, y se constituyó una Junta de Guerra para estudiarla, la cual, sin embargo, consideró impracticable el plan por carencia de medios —de todo orden— para llevarlo a cabo (1778), y aconsejó persistir en el sistema defensivo existente, mejorándolo.

Poca eficacia tendría este remedio pasivo: los *fuertes* contruidos no pasaban —indica un documento emitido por entonces— "de un cuadro de estacada o palo a pique, con un galpón, cuartel de su guarnición, y un cañón para avisarse y prevenir las gentes de la campaña a ponerse sobre las armas". Por otra parte, da cuenta del escaso valor que revestían los tales fortines, un elocuente informe —citado porque el episodio se repitió a

lo largo de muchos años— que poco después, en 1782, elevó don José de Machain con respecto a lo sucedido en el de Macaipirá, asaltado por los indígenas:

[...] *más de 300 de un golpe avanzaron este fuerte con tanta intrepidez, que no hacían caso de entregar el cuerpo a las balas que disparaban con los fusiles los pocos soldados que había adentro. Últimamente los estrecharon y avanzaron por todas partes, y se hicieron dueños del fuerte, en cuya refriega murió el capitán de un flechazo en la garganta, y los soldados pudieron escapar malheridos. Destruyeron el fuerte y llevaron 60 caballos de aquellas inmediaciones.*

Si bien el relato corresponde a una zona de Paraguay, es perfectamente extensivo a cualquier porción de la actual Argentina sujeta a la acción de los salvajes, durante mucho tiempo.

Sin duda nada sencillo resultaba la defensa del Virreinato, en el doble escenario externo e interno, con sus extensas y despobladas comarcas y costas. Estas últimas no fueron objeto de ataques extranjeros —al estar deshabitadas— pero, en cambio, las hostilidades dentro de las campañas del Plata fueron incesantes, en la lucha penosa contra los indios, quienes, mejor montados y pudiendo elegir el lugar de sus asaltos, competían ventajosamente con las tropas destinadas a refrenar sus malones, para peor, numéricamente inferiores. Ya se detallará la organización de éstas, pero conviene recalcar lo que prescribían las instrucciones del Rey expedidas al general Cevallos, textualmente:

Art. 16) Como la presente constitución de la América meridional hace recelar que muchas veces ella sea el teatro de una guerra y que en estas circunstancias es preciso sacar todo el partido posible de sus propias fuerzas y recursos, os encargo que procuréis levantar todas las milicias que puedan formarse en las provincias de vuestro mando, comisionando a este fin oficiales de toda satisfacción y dando las providencias más eficaces y oportunas para su vestuario, armamento y disciplina; y concluida la expedición actual habéis de arreglar la cuota anual de caudales y la dotación de tropa veterana y de bajeles de guerra que juzgareis precisas para mantener aquellas fronteras y el Río de la Plata en respeto y defensa.

Mas el retorno a la Península de gran parte de los efectivos venidos en 1776 influyó para quitar elementos con qué afrontar el inquietante problema de los indígenas belicosos, y desde otro punto de vista, la escasa población de españoles blancos era manifiestamente insuficiente para nutrir al ejército de personal. Se sumaba la circunstancia desfavorable que en la Península las unidades militares se hallaban acuarteladas en ciudades y villas de importancia, pero el Virreinato platino, con un extensísimo desierto a la vera de las nacientes comunidades —por otra parte escasamente habitadas—, forzaba a las autoridades a compensar la carencia de tropas regulares con el alistamiento de los *vecinos* (pobladores afincados), dando ello origen a un sinnúmero de situaciones dramáticas que luego se expondrán, y a una vasta literatura alusiva. “Levantar milicias”, según prescribían las instrucciones al virrey Cevallos, se tornó en una rutina, aunque con frecuentes abusos. Pocas fueron las fuerzas regulares durante la época colonial, situación que prosiguió en el período independiente tras la guerra por la emancipación. Y siempre mal equipadas y peor pagadas. Estas características constantes se evidenciarán a lo largo de la presente obra.

Quienes ingresaban al Ejército desde el rango inicial de oficial, o sea los cadetes, debían ser “hijosdalgos notorios”; vale decir, al menos integrantes de la nobleza llana (sin título), ya que esta clase social era su natural componente; pero cabe advertir que habiendo favorecido la dinastía de los Borbones (principios del siglo XVIII) la transformación de sus Ejércitos —descuidados por los últimos Habsburgos, los *Austria menores*—, la Corona dispuso que el grado de capitán confería aristocracia, como aliciente para nutrir sus cuadros; y así consta en la foja de servicios española de nuestro libertador don José de San Martín, su calidad personal: “Noble, hijo de capitán”. Tanto los oficiales como los soldados debían pertenecer a la religión católica.

¿Cómo se organizó el Ejército virreinal? Advirtamos previamente que ante la ausencia de hostilidades a partir de la presencia del general don Pedro de Cevallos, puede estudiárselo más desde el punto de vista institucional que del operativo, hasta los acontecimientos que a principios del siglo XIX sacudieron la estructura del antiguo régimen. También corresponde indicar que hasta fines de éste, las célebres *Ordenanzas de Su Majestad para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus Ejércitos*, promulgadas por don Carlos III en 1768, mantuvieron su vigencia, siquiera supletoria, tras variada legislación posterior.

Descripto el cuadro en que actuarán las fuerzas militares, comencemos por examinar su estructura jerárquica.

A la cabeza de los elementos militares se hallaba el propio Virrey, en su carácter de Capitán General del territorio. No es preciso acudir al ejemplo de la contemporánea Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica para encontrar el fundamento de esta acumulación de funciones —propia del Derecho indiano—, pues ya los anteriores gobernadores coloniales disfrutaban de ella. Debe recordarse que en el Río de la Plata el virrey era un militar de alto grado, pero igualmente debido a dicho cargo le competía dirigir las operaciones en guerra, convocar a juntas de oficiales superiores en caso de necesidad, efectuar nombramientos y conceder premios, y reservarse las apelaciones de las penas castrenses recaídas. Una supervivencia de esa modalidad unificadora se encuentra en la propia Constitución Argentina (1853), cuando inviste al Presidente de la República en el carácter de “comandante en jefe de las Fuerzas Armadas”; y por ello quizás en el escalafón sea la jerarquía más elevada la de teniente general, puesto que da la idea de que por encima existe otra, de la cual dicho *teniente* es un subordinado: en este sentido, al Presidente de la Nación correspondería el rango de capitán general.

Para cuando se produjera la falta del Virrey, éste era sustituido provisoriamente por la Real Audiencia, con el título de Audiencia Gobernadora —a cargo de su Regente o del Oidor decano—, y la hipótesis tuvo ocasión de ponerse en práctica a raíz de la deposición del marqués de Sobre Monte en 1807, frente a la segunda invasión británica. Mas la eventualidad se concretaba a la gestión política. En materia militar, la Corona delegó sus funciones en el Inspector general, puesto efectivamente a la cabeza de todas las tropas *regladas* (regulares) y *milicianas* (ocasionales) de caballería e infantería. En 1790 se modificó la denominación por la de Subinspector, para mantener a cargo del Virrey la Capitanía General, quien tuvo directamente el mando sobre la Artillería y Real Cuerpo de Ingenieros. Los Inspectores y luego subinspectores debían pasar revista general cada tres años en todo el territorio a fin de proponer las medidas convenientes para las milicias de

cada destino. Para los casos de ausencia transitoria del dicho Capitán General (primero el gobernador y después el virrey) lo suplataba el Teniente de Rey en Buenos Aires.

A continuación del representante del monarca estaban los Gobernadores intendentes, creados apenas seis años después de la fundación del Virreinato, durante el mandato de su segundo titular, el teniente general don Juan José de Vértiz. En 1782, en efecto, se dictó la *Real Ordenanza para el establecimiento e instrucción de intendentes de ejército y provincia en el Virreinato de Buenos Aires* (sic), mediante la cual se subdividía a éste en ocho regiones, que luego fueron estructuradas definitivamente, con tres de ellas en el actual territorio argentino: 1) Buenos Aires, con jurisdicción sobre el Litoral y la Patagonia, y sujeta directamente al virrey; 2) Córdoba del Tucumán, abarcando La Rioja y Cuyo; 3) Salta del Tucumán, con las gobernaciones de estas dos provincias, más Jujuy, Catamarca y Santiago; y otras ahora fuera de nuestra República; 4) Paraguay; 5) Potosí; 6) Cochabamba; 7) La Paz, y 8) Charcas o La Plata. Asimismo se crearon cuatro gobernaciones militares —acentuando este carácter del Virreinato—: dos en el Alto Perú (Bolivia), que eran las de Moxos y Chiquitos, confinantes con las posesiones portuguesas, más la de igual situación en Misiones, y la estratégica de Montevideo. Dichos gobernadores intendentes tendrían a su cargo los cuatro ramos de Justicia, Policía, Hacienda y Guerra, no obstante que la Real Ordenanza aclaraba que “ha de continuar el virrey de Buenos Aires con todo el lleno de la superior autoridad y omnímodas facultades que le conceden mi Real Título e instrucción, y las leyes de Indias, como a gobernador y capitán general en el distrito de aquel mando”.

Esta descentralización de responsabilidades ponía en manos de los gobernadores intendentes el mantenimiento de las tropas, pero no su jefatura.

Es importante tener en cuenta que la Ordenanza de Intendentes puntualizaba que

[...] en todo lo perteneciente a Guerra tengan los de provincia la debida subordinación al general de Ejército [es decir, al gobernador intendente del mismo], y así éste como aquéllos guarden la que corresponde al virrey como jefe superior de aquellas provincias, y que observen buena correspondencia con los respectivos jefes militares.

Otra previsión se incluyó relativa al sostenimiento de las fuerzas en guarnición o campaña, de que estaban encargados los gobernadores intendentes:

Quiero y mando también que en los consejos o juntas de guerra que tuviesen los virreyes, capitanes o comandantes generales para cualquier expedición, distribución o movimiento de tropas, hayan de concurrir los intendentes, no sólo para proponer lo que se les ofreciere sobre los puntos expresados de su inspección, sino también para que se enteren de todo individualmente, a fin de tomar con el posible acierto sus medidas.

El aludido últimamente no era el gobernador, sino el intendente de Ejército y Real Hacienda, innovación borbónica que ponía a su cargo las Cajas y Contadurías del Río de la Plata, “como también lo económico al ramo de Guerra”, según lo determinó el Secretario de Indias don José de Gálvez. El primer nombramiento recayó en el comisario de Guerra de la expedición de Cevallos, don Manuel Ignacio Fernández, quien asumió su

nuevo destino al mismo tiempo que lo hizo el sucesor de aquél, don Juan José de Vértiz (junio de 1778). La medida suprimía la Superintendencia de la Real Hacienda hasta entonces conferida al Virrey para controlar la recaudación y gastos desde Madrid, y convertía al intendente en un virtual ministro de Finanzas del Virreinato. Su categoría era equivalente a la de un mariscal de campo. Dentro de su competencia en temas militares, le correspondía velar no sólo por los pagos e inversiones generales, pues estaba a su cargo la provisión de elementos bélicos y el mantenimiento de los depósitos de armamentos y municiones. Se trataba, como se advierte, de un funcionario de alta categoría, pues nadie menospreciará la importancia que tiene un buen equipamiento y fondos necesarios para sostener una campaña o los servicios de guarnición, cuya falta conspira contra los mejores planes. El intendente general del Ejército debía asistir a las Juntas de Guerra.

El mando directo sobre las tropas se confiaba a los comandantes generales de Armas en las provincias para movilizar a los efectivos militares, y al sargento mayor de plaza en cada una de las ciudades y villas. El último reemplazaba incluso a los gobernadores de provincias —integrantes de las Gobernaciones Intendencias— en caso de ausencia.

Paralelamente se contaba con un comandante general de Frontera, con maestros de campo a sus órdenes, para defender, no las zonas próximas a los dominios de Portugal o sujetas a la eventual invasión de la Corona británica (ya desalojada de las islas Malvinas), sino para ocuparse de la seguridad interior en los campos sujetos a la ofensiva de los indios salvajes, y en su caso, escalearlos.

Lo descripto corresponde a los comandos superiores. Se indicará luego la composición de las tropas y las jefaturas de éstas. Y su desempeño en las operaciones, cuando llegó el momento de valorar las previsiones adoptadas para enfrentar los conflictos.

Antes de pasar a considerar el tema anunciado, es conveniente añadir que en 1803 se dictó otra Real Ordenanza complementaria, pero que fue cuestionada por los Estados Mayores de los cuerpos de Artillería e Ingenieros por contravenir a sus reglamentos (mantenían autonomía con respecto a las demás armas), razón que se impuso para que al año siguiente fuera suspendida su entrada en vigencia.

Quedó escrito que después de finalizada con éxito la campaña contra Portugal encomendada al general don Pedro de Cevallos, el Virreinato del Río de la Plata no entró en hostilidades con enemigos externos, lo que se prolongaría hasta principios del nuevo siglo. Tan sólo existieron alarmas y preparativos con motivo de las guerras derivadas de la Revolución Francesa, a lo que luego se hará alusión. Empero, la lucha contra los indios fue incesante, en todos los frentes de los asentamientos hispanos: el Chaco al noreste, y la Pampa al sur.

En consecuencia, por razones de método se considerará separadamente lo que hace a las tropas regulares, ocupadas en los servicios de guarnición, de lo concerniente a las milicias, encargadas de la defensa de las fronteras interiores. En cada uno de estos aspectos hubo momentos que escaparon a la discriminación señalada, pues ambos componentes eventualmente actuaron unidos, o incluso como el caso de los Blandengues, evolucionaron de una condición a la otra.

Durante los siglos XVIII y XIX las tropas de servicio permanente o *veteranas* trasladaron sus unidades al completo a donde las circunstancias requerían su presencia. Con la expedición del virrey Cevallos vinieron al Río de la Plata los regimientos de infante-

ría de Saboya, Zamora, Guadalajara y Córdoba, los cuales, cumplido su cometido, retornaron a la Península. Quedaron en Buenos Aires luego 557 hombres del de Saboya, 232 del cuerpo de caballería de Dragones, y 47 artilleros, con sus oficiales de las tres armas. Los soldados, enganchados a término, no recibían sin embargo su baja una vez cumplidos sus servicios, a causa de las necesidades que la postergaban, y aún en 1783 el virrey Vértiz escribía al ministro Gálvez que los que se hallaban en esta condición “están clamando por que se los despache”, a lo que no accedía porque —confesaba— “si llego a practicar esto me quedo sin tropa alguna”. El reembarco a España fue suspendido.

Para paliar la situación se puso *bandera de enganche* en Cádiz, el mismo año, lo que no dio resultado, por lo que en 1784 se despachó a La Coruña al capitán Pedro García para que hiciera lo propio en Galicia. Esta modalidad podía compensar los gastos e inconvenientes que llevaba aparejado el traslado de regimientos enteros a tan distante destino. Es de advertir que al Plata no se destinaron sentenciados que cumplieran sus condenas en el Ejército, como ocurrió en otros lugares, lo que puede tomarse como un criterio selectivo. Pero no había predisposición para alistarse en América, y lo cierto es que los enviados anualmente desde Galicia fueron escasos, alcanzado un total de 925 hombres los incorporados hasta 1799.

No menos vocación soldadesca existía en el propio Río de la Plata, conforme lo demuestra la manifestación del mismo virrey don Juan José de Vértiz:

La experiencia me ha manifestado que el reclutar en este país es de ninguna utilidad. Quise practicarlo durante la guerra y observé que lejos de ser conveniente, era muy perjudicial, pues el que entraba desertaba al instante, llevándose la poca ropa de que se había provisto.

Tomó, pues, una determinación extrema: retiró las partidas de dinero dispuestas. Deben buscarse los motivos para tanta desidia, no en la falta de valor —que sería sobradamente evidenciado a poco, ante las Invasiones Inglesas—, sino en otros factores: la ausencia de peligro inmediato, la falta del pago regular de los sueldos, el pésimo armamento: es que ningún aliciente movía a los pobladores del Río de la Plata a incorporarse al Ejército regular, ni siquiera la consideración social, trabada por la larga demora en los ascensos. Se llegó, en 1776, a permitir el alistamiento de “mestizos limpios” y hasta de *castas*, no obstante la desconfianza que se tenía a los indios, a los cuales se mezquinaba la entrega de armas.

Lo expuesto explica la mayor importancia que adquirieron las milicias virreinales, sobre lo que se volverá en su oportunidad.

De todos modos, existían tropas veteranas. En la capital del Río de la Plata estaba de guarnición el Regimiento Fijo de Infantería, así denominado desde 1771 por quedar en la ciudad para su custodia permanente; y es ocasión de explicar que antes se llamaba *presidio* a los cuarteles fortificados (como lo fue el de Buenos Aires), sin la connotación penal que reviste en la actualidad. La fuerza regular que prestaba sus servicios en la capital estaba alojada en la fortaleza San Baltasar de Austria, nombrada en homenaje al infante Baltasar Carlos, hijo del rey don Felipe IV. Para el año 1781 el virrey Vértiz comunicaba que los cuerpos profesionales de las Provincias del Plata eran: el Regimiento de Infantería de Galicia, con 3 oficiales y 15 hombres de tropa; el 2º Batallón del Regimiento de Saboya, 27 oficiales y 499 de tropa; el Regimiento de Infantería de Buenos Aires,

66 oficiales y 1.106 de tropa; la caballería consistía en el Regimiento de Dragones de Buenos Aires, 41 oficiales y 471 de tropa, y el Regimiento de Dragones traído por Cevallos, 15 oficiales y 131 de tropa. (Dichos “dragones” eran hombres que marchaban montados pero que podían combatir como infantes.) El Real Cuerpo de Artillería se componía de 11 oficiales y 211 de tropa, y pocos jefes y oficiales —sin soldados— revistaban en el Real Cuerpo de Ingenieros.

En estas unidades se establecían “asambleas”, conjunto de oficiales y suboficiales para la instrucción de reclutas. La formación de los oficiales tendría lugar en las “academias” de cada cuerpo. El jefe de éstos era un teniente coronel, y lo seguían los capitanes, ya que por entonces no existía la jerarquía de sargento mayor como grado militar, sino como cargo relativo a la parte administrativa del regimiento. El grado de sargento mayor fue creado durante la guerra de la Independencia para que hubiese un escalón intermedio entre aquellos otros dos, y con lo dicho queda manifestado que se trató en adelante de una jerarquía de jefe (no como el *sargeant major* del actual Ejército Británico, que es un suboficial equivalente a sargento ayudante).

Mención aparte merece el Cuerpo de Ingenieros, puesto al frente no sólo de los trabajos de fortificación y topografía, sino de múltiples actividades afines que excedían —por la falta de técnicos en construcción y delineamiento— lo meramente castrense. Es de advertir que los ingenieros militares eran escasos, y se componían de jefes y oficiales únicamente, siendo que la tropa necesaria era facilitada por las unidades de las otras armas. Sólo en 1786 se dispuso que cada Batallón de Infantería incluyese un cabo y seis soldados *gastadores*, seleccionados por su “robustez, agilidad y buena talla”, aptos para las pesadas tareas que se les encomendarían. Sus oficiales integraron regularmente las comisiones demarcadoras de límites con Portugal. Como la Artillería, esta arma gozaba de fuero propio.

Casi nulos eran los regimientos regulares de Caballería, al punto que apenas la escolta del Virrey la formaban veteranos en escaso número: un capitán y 34 soldados. (Esta arma se componía mayormente de milicianos, que integraban los regimientos de *Blاندengues*.) Estaba previsto que los regimientos formasen cuatro escuadrones de tres compañías cada uno, mandados respectivamente por su coronel jefe, un teniente coronel y dos capitanes, más un sargento mayor en su plana mayor. Era el de Dragones el Regimiento efectivo, con esa organización, aunque se resintió por la desidia con que se contemplaba el servicio militar en Indias, según refleja la siguiente descripción del subinspector general del Ejército en 1790:

Resulta estar la tropa sin instrucción alguna, y con el mucho tiempo que están fuera de sus Cuerpos en los distintos destacamentos que ocupan, precisados en ellos a andar siempre a caballo y en ocupaciones muy ajenas de su instituto, inutilizan en poco tiempo su vestuario, pierden la subordinación y no se puede decir con verdad que son soldados, sino unos peones del campo, separados enteramente de toda instrucción militar.

La Artillería era un arma poco numerosa debido a la mayor exigencia técnica de sus integrantes, todos ellos soldados regulares —no milicianos—; y que al igual que los Ingenieros lucía la denominación de Real Cuerpo, demostrando con ello su pertenencia a la Casa del Monarca, y por tanto subordinada directamente al Virrey, manejándose inde-

pendientemente del Inspector general del Ejército. Gozaba de varios privilegios, como gozar de fuero propio y contar con un lugar preferente en las formaciones conjuntas. Pocos eran, pues, los artilleros capacitados, alistados en una sola compañía de 100 hombres, que con motivo de los sucesos ocurridos en 1780 se aumentó con otra, que servían respectivamente en Buenos Aires y Montevideo. Con el tiempo fueron engrosadas con reclutas para destinar en las baterías costeras de Colonia, Maldonado y Barragán, y en los fuertes de la frontera con Brasil, hasta alcanzar a cuatro compañías. En 1796 se creó el servicio de artillería "volante" para uso en la campaña, arrastrada por caballos, cuyo empleo por primera vez en América se atribuye a la innovación del ayudante de Cavallos, don Vicente de Maturana, en 1777, para combatir contra los indios. Fueron utilizadas piezas de bronce de calibre 2, las más livianas.

En cambio más numerosas eran las fuerzas de Infantería, que por acantonarse en lugares determinados, eran denominadas Regimientos Fijos. Estos cuerpos de infantes se desdoblaban en dos o tres batallones mandados por tenientes coroneles, con nueve compañías cada uno, con su respectivo capitán, y el todo por un coronel. El relevo de la tropa se efectuaba cada cuatro años, pero desde 1787 dejaron de recibirse altas provenientes de España. Conviene aclarar que las normas coloniales no siempre se cumplían, por las características americanas que obstaban a su aplicación. Aunque los efectivos de Infantería debían alcanzar a 2.781 hombres, el virrey Vértiz informó en 1784 que revistaban 1.377, cifra que se mantenía en 1799. Al año siguiente, desalentado, el subinspector general Olaguer Feliú hacía saber al nuevo virrey Arredondo con respecto al "Fijo" de Buenos Aires: "Para su recluta no se puede contar con la gente del país, y se ha atendido hasta ahora a su entretenimiento con saca de los individuos de los cuerpos del Ejército [europeo] que han estado en esta provincia y han querido pasar voluntariamente".

Según el mismo informante, los criollos no eran tan aptos como los peninsulares para la Infantería, y el hecho es que de las provincias interiores los aportes fueron escasos y muchos de los candidatos desertaron después de "engancharse".

Portaba cada unidad de Infantería su bandera, la *coronela*, "blanca con la cruz de Borgoña", con "cuatro coronas que cierran las juntas de las aspas", según disposición del rey don Felipe V, añadiendo su hijo don Carlos III una "corbata" roja en el asta. Además este monarca sumó a cada extremo de las aspas *en sotuer* o cruzadas en diagonal (la cruz de San Andrés), el escudo propio del reino o localidad de origen del cuerpo. Numerosas enseñas de este tipo pueden contemplarse en nuestros museos e iglesias, como gloriosos trofeos conquistados durante la guerra de la Independencia. La actual bandera de España —aclaremos—, roja y amarilla, fue implantada para la Marina en 1785. La Caballería usaba estandartes más chicos, con los escudos sobre rico tapiz de terciopelo —a veces rojo o azul— con galón de oro o plata en los bordes.

El armamento, enviado desde España, consistía para la Infantería en los largos fusiles de avancarga (hasta que con el tiempo se los reemplazó por los de cartucho en la recámara), de unos cuatrocientos metros de alcance, provistos de bayonetas que se calzaban y aseguraban por la boca, las cuales habían reemplazado a las picas y a las armas blancas insertadas directamente en los cañones; y a veces también se dotaba a los infantes de machetes. La Caballería usaba espadas rectas y pistolas con fundas en el arzón, y en su caso carabinas, más maniobrables por su caño corto. La Artillería contaba asimismo con espadas y machetes para la defensa personal, además de las piezas propias del arma que se detallarán cuando se trate de las obras defensivas. El armamento se cus-

todiaba dentro del Fuerte, cuya Armería reparaba los desperfectos sufridos durante su uso; y por su parte, el vecindario conservaba en sus moradas alguno para su defensa personal.

La vestimenta del Ejército en el siglo XVIII no se diferenciaba de la civil, salvo en algunas unidades que lucían charreteras, correa y polainas, o cascos y gorros. Mas en general, sólo la *uniformidad* en prendas y colores regimentales permitía establecer la condición militar, máxime en una época en que el uso de espada para el patriciado —remiscencia de la clase guerrera, por otra parte— contribuía a disminuir la separación entre particulares y soldados de todos los rangos. Pero contribuía a la vistosidad de las prendas el colorido empleado en su confección, no obstante que el prolongado uso de éstas las deteriorase, o faltase casi por completo —sobre todo en la campaña— por carencia de remesas de los uniformes, ya que éstos eran también provistos desde Europa. El virrey Vértiz se quejó de que los jefes no podían mantener a las tropas con "el brillo, uniformidad y aseo" conveniente, y éstas debían suplir sus carencias echando mano a cualquier implemento a su alcance para vestirse. La propia retribución se resentía de exigua y tardía, a pesar de las disposiciones que prescribían el pago mensual de los sueldos a los oficiales y del *prest* a los soldados. Vaya este caso extremo: en 1780 el intendente de Ejército debió comprar —ante la guerra declarada en Europa— muchos elementos bélicos (190 carabinas, 105 trabucos, 207 pares de pistolas, 8.360 piedras de chispa, 200 sables, y hasta 4 cañones con 8 barriles de pólvora), ¡a una señora, quien los había adquirido como acreedora de la sucesión del antiguo gobernador y capitán general del Tucumán!

Las fortificaciones levantadas para la defensa del Virreinato no eran de mayor envergadura que lo descripto para otros aspectos del Ejército en Indias. Consistiendo la estrategia de la Corona en una postura defensiva, se pretendió otorgar importancia a las construcciones hábiles para soportar asaltos de los conocidos enemigos de España: británicos y portugueses sobre todo, en los territorios del Río de la Plata, pues franceses y holandeses se mostraron aquí sólo esporádicamente. Si los castillos en el norte de Sudamérica y región del Caribe fueron importantes y cumplieron con éxito sus misiones, en cambio en la zona austral del continente no pasaron de edificaciones simbólicas. Muy pocas de ellas subsisten en la actualidad.

En el noreste del Virreinato, sobre la frontera con Portugal, se hallaba la fortaleza de Santa Teresa, y no muy distante, el castillo de San Miguel, cerca del actual límite entre Brasil y Uruguay. Construidas en 1762 en piedra según el método "estrellado" de Vauban —el gran ministro de Luis XIV— son los únicos fuertes que han llegado a través del tiempo hasta nosotros en perfecto estado de mantenimiento. Aunque el valor de las obras defensivas consiste sobre todo en el ánimo de sus tropas; y en este sentido poco puede ponderarse la eficacia que tuvieron cuando les llegó el momento de la prueba: se entregaron al enemigo sin mayor resistencia. De todos modos, para fines del siglo XVIII servían como atalayas armadas, pese a que fueron descriptos como "en mal estado y escasa guarnición". El fuerte de Santa Tecla, en el extremo noroeste de la misma frontera, arrastrado por los portugueses en 1774, debió ser reconstruido.

La capital del Virreinato contaba con su fuerte, según se lo denominó desde el momento de su existencia y hasta en los recuerdos del presente —que será descripto seguidamente—, y un acantonamiento militar para varios usos en la zona de El Retiro: aquí el techo del parque de Artillería se desplomó en 1782 por su mal estado. Fue reparado enseguida.

El fuerte porteño San Baltasar de Austria dominaba el extremo de la Plaza Mayor que daba sobre la ribera del Plata, sobre la cual se abría la pequeña puerta llamada *del socorro* para permitir salidas ocultas, evitando el gran portón frontal con rastrillo y puente ante el foso. A más de elemento de defensa, se convirtió en la sede del Gobierno, tanto colonial como independiente; y aún hoy sobre su solar y restos subterráneos, se alza el palacio del Poder Ejecutivo Nacional. Se sobreentiende que su recinto amurallado contenía algunos edificios, uno de los cuales era el de las oficinas y vivienda del mandatario de turno. Entre los demás se incluía el depósito de armas, pomposamente llamado Real Armería. La construcción de la fortaleza se había ido mejorando desde la primitiva estacada de la época de la Conquista, pero recién en la segunda mitad del 1600 se le dio su fisonomía definitiva con cinco bastiones y garitas, que hubo que mejorar y asegurar permanentemente. De todos modos, la mayor seguridad para Buenos Aires la ofrecía el suave declive de su costa, lo que impedía la aproximación de cualquier flota enemiga: todas las naves se veían forzadas a anclar en balizas exteriores, efectuándose el desembarco luego de transbordar a lanchones, y de éstos a carretas al llegar a las toscas de la playa, aun cubiertas de agua. En lo que hace a los cañones que pudiera disparar el Fuerte, su acción quedaba anulada por la edificación existente a sus inmediaciones: se trataba, en suma —militarmente considerado— de un refugio de las autoridades para casos de conmoción pública.

A la vera de éste existió el llamado Piquete de San Martín (que debía su nombre al maestre de campo Juan de San Martín), el cual estaba encargado para custodiar a los penados que cumplían trabajos públicos y patrullar las calles de noche, contando con un precario alojamiento, posteriormente inutilizado.

Construcciones complementarias para la defensa de la ciudad consistieron en una batería elevada sobre el Riachuelo, y ya aislada hacia el este, en la costa del Plata, un reducto fortificado en la ensenada de Barragán, de no muy sólida factura, como guardia adelantada a una invasión por el gran río.

La vecina costa oriental se elevaba sobre el canal de navegación, motivo por el cual las obras de ingeniería militar tomaron allí mayor envergadura. Montevideo, con sus aguas profundas, estuvo amurallada, contando con una ciudadela que la encerraba. En el extremo de su bahía, sobre el cerro, se edificó otro fuerte, immortalizado en el blasón de la ciudad, y en la alledaña zona de la Aguada se colocaron más cañones. En la boca del Río de la Plata se instalaron baterías en Maldonado —que entonces disponía de puerto— y en la enfrentada isla Gorriti. Mención aparte merece la antigua colonia portuguesa de Sacramento (casi desde su fundación y hasta ahora, denominada simplemente Colonia). Si bien el virrey Cevallos tuvo orden de demoler sus murallas, no parece haberlo efectuado por completo; al menos, después de tomada por los españoles, fueron nuevamente refaccionados sus parapetos en 1779.

No se crea que en la Banda Oriental, pese a lo expuesto sobre su posición estratégica, las obras de defensa militares mostraron mejor resultado en su fábrica. Cuando en 1796 se temió una ofensiva británica al Atlántico Sur con motivo de la guerra estallada, la Junta de Guerra que entonces se celebró, produjo un informe que muestra las condiciones deplorables en que se encontraban las murallas y bastiones de Montevideo, inadecuados para una defensa eficaz, cuyo examen termina por describir la línea que corría entre los dos cubos o baluartes extremos:

La muralla que intermedia entre las citadas obras es sencilla, de poca altura, de mala construcción y sin terraplén, estando toda la parte expresada de esta fortificación sin foso, a excepción de la ciudadela, que no tiene camino cubierto ni otra obra exterior.

No estarían en mejores condiciones las restantes localidades aludidas.

Más lejos, en el Alto Perú por el norte, pasando por el Gran Chaco y Paraguay, hasta la costa de Patagonia por el sur, otras fortificaciones de diversa entidad procuraban dar seguridad a los pobladores afincados en su vecindad y a la extensa frontera que debían custodiar. El criterio de estudiar en esta obra lo directamente vinculado a la historia del Ejército Argentino hace que no se considere en detalle la situación en esos territorios, desgajados del Río de la Plata desde la Revolución de Mayo, por más que perteneciesen hasta entonces a su Virreinato. Porque de cualquier modo, el estado en aquellas regiones no difirió del descripto. Por falta de fondos los fuertes resultaron débiles o inapropiados, negligentemente mantenidos, y para completar el cuadro, aislados, separados unos de otros, sin poder prestarse mutuo auxilio.

Como en los tiempos de la antigua Roma, en verdad las murallas defensoras del dominio argentino serían los pechos de los ciudadanos.

El armamento que sostenía tales obras consistía en cañones de hierro y bronce que disparaban normalmente balas macizas, cuyo peso en libras servía para diferenciarlos: de a 4, de a 6, de a 8, y en esta proporción, hasta de a 32. Tiraban casi horizontalmente, en forma rasante, a veces cargados con tanos de metralla: municiones, pedazos de metal o clavos. También contaban los fuertes con obuses y morteros, de tiro oblicuo por elevación, de boca más ancha y con balas huecas que estallaban: este tipo de arma era más escaso que los cañones. En cuanto a éstos, ante la variedad de calibre en relación con las pocas municiones que algunos de ellos podían disponer, movió a la Corona a pedir al Gobernador de Buenos Aires en 1771 que remitiera a España a los inútiles para refundirlos, en cantidad de 21, a los que se sumaron otros 10 en 1795: muchos de ellos —de hierro— sirvieron como lastre a las naves de guerra. Estas piezas llevaban grabados el escudo real y el nombre que las distinguía (al igual que las embarcaciones).

De todos modos, lo que no se perdió de vista fue “el principal objeto” de la creación del Virreinato del Río de la Plata, que el monarca encareció a su primer titular: mantenerlo “en respeto y defensa”, sobre todo contra la expansión de Portugal. De aquí que en 1782 se atendiera a la situación de la actual Entre Ríos, por entonces una zona desierta, cuya policía se ejercía por igual desde Santa Fe y Buenos Aires, delimitadas sus jurisdicciones por el río Gualeguay que dividía aquella por mitades. A principios de ese año el virrey don Juan José de Vértiz despachó al ayudante mayor Tomás de Rocamora, de Dragones, quien en agosto produjo un informe previniendo a su superior sobre las consecuencias de una expedición enemiga que se apoderase de Montevideo y Buenos Aires, para luego introducirse en Entre Ríos en lanchas para abastecer esas ciudades: “En vano V.E. y sus subordinados se esforzarán sobre los campos de Montevideo y Buenos Aires, defendiendo con fino amor al Rey las salidas y entradas por tierra de su enemigo, si por agua él las asegura”. Este plan y su autor fueron, en reducidas proporciones, lo que Cevallos al Río de la Plata, pues tuvo como resultado la unificación de los Partidos entrerrianos (Concepción del Uruguay, Gualeguaychú, Gualeguay Grande y Paraná, el último de los cuales dependía de la Gobernación de Santa Fe) bajo una sola Comandancia Mi-

litar propia, proyecto que culminó en 1800, siendo su primer titular el teniente coronel José de Urquiza, con asiento en la frontera fluvial, en la villa de Concepción del Uruguay. La ventaja del emplazamiento sería puesta de relieve pocos años más tarde (1805) en un petitorio del Cabildo local al rey don Carlos IV: "La villa es una de las más fronterizas, por cuanto los portugueses después de la última guerra de los pueblos de Misiones denominados del Uruguay, vienen a estar nada menos que al otro lado del mismo río de este nombre". Y su consecuencia:

¿Qué pueblo puede contribuir con más prolijidad y oportunidad a los mencionados fines que éste y los demás pueblos de Entre Ríos, que hallándose ya formados, con vecindario numeroso y milicias regladas, pueden contener desde el día a los portugueses y hacerse de los más respetables en este punto de la frontera?

En el año 1781, el total de las fuerzas regulares o "veteranas" alcanzaba a 190 oficiales y 2.513 hombres de tropa, sumando entre los primeros a las planas mayores, y entre los segundos a músicos y armeros. Como de costumbre, era en la Provincia Oriental (Montevideo y Maldonado, especialmente) donde se hallaban apostados los mayores efectivos, seguidos por los destinados en Buenos Aires y Charcas. En cambio, resaltaba la falta de veteranos en Misiones, Paraguay, Santa Fe y Córdoba.

Por lo expuesto, no era con los regimientos fijos de escasa dotación que se defendería el Virreinato: como se previó en sus momentos iniciales, fue preciso recurrir a las milicias formadas por sus pobladores.

El territorio extenso y llano resultaba proclive al empleo de la caballería, puesto que su misma configuración había formado a un pueblo de excelentes jinetes. Las características del suelo se unían a la aptitud requerida por la naturaleza de la función, y aquélla fue el arma que mayor gravitación tuvo en la lucha a la que estaba llamada: la guerra contra los indios, permanente, difícil, heroica por la insuficiencia de los elementos dispuestos para enfrentarlos.

Mas no resultó tampoco fácil el reclutamiento, como no lo fue para las tropas regulares.

En principio, el servicio militar era obligatorio para todos los hombres *estantes* (no en tránsito) desde los 14 hasta los 60 años, pero la realidad era otra: por ejemplo, de los 1.500 aptos en la Gobernación de Buenos Aires en 1776 —año de la creación del Virreinato—, sólo podía contarse con la mitad, porque los que habitaban la ciudad carecían de caballos y recados de montar, y en la campaña la gente era trashumante o estaba ocupada en lejanas labores. Se compensaba su carencia con un remedio de aplicación rutinaria: el cumplimiento de condenas por delitos penales. El Gobernador de Buenos Aires había escrito en 1765:

Los milicianos de aquí hacen los días de fiesta sus ejercicios; todos los oficiales y otros individuos tienen sus uniformes, y se va aficionando la gente al real servicio; pero con todo, siempre será conveniente no contar mucho con ellos, porque la abundancia de caballos y dilatada extensión de la campaña les facilita la fuga, a que los incita su repugnancia a la guerra.

Su instrucción corría a cargo de las "asambleas" de oficiales o suboficiales veteranos, que para el año 1781 eran las siguientes: infantería, 8 oficiales y 37 suboficiales; caballería, 10 oficiales y 22 suboficiales; dragones, 9 oficiales y 21 suboficiales. La falta de retribución a los milicianos —servían "a ración y sin sueldo"— forzaba a las autoridades a concederles frecuentes licencias para atender a sus trabajos, sobre todo en época de siembras y de cosechas, lo que compensaba en otros casos por la prolongación del tiempo de servicio más allá de su término. Varios vecinos que en las villas se ocupaban del comercio, en cambio, estaban dispensados de alistarse por reales cédulas de 1770 y 1773, que exceptuaba de hacerlo no solamente a los comerciantes sino además a sus cajeros, tenedores de libros y dependientes, con la finalidad de favorecer el tráfico mercantil entre la metrópoli y sus posesiones ultramarinas.

En cada gobernación revistaban milicias; por ejemplo en Cuyo: 17 compañías de caballería en San Juan, 18 en San Luis, 15 en Mendoza. La Rioja contaba con 22, mientras que en la ciudad de Córdoba, además de una compañía de caballería, existía un batallón de infantería.

Nada atrayente, con todo, era prestar ese servicio obligatorio y pago, arduo y carente la mayor parte de las veces de las mínimas comodidades para la existencia. Los milicianos no cobraban haberes si no salían a campaña, y por tanto tampoco tenían obligación de vestir uniformes —salvo sus oficiales y suboficiales—, por lo cual usaban escarapelas o cintas en sus sombreros para distinguirse como tales. Caballos y monturas eran también propios.

Lo positivo es que la falta de aliciente para cumplir eficaz y dignamente la obligación, sin que las circunstancias apremiaran a ello, conspiraba contra la integración de los efectivos militares. En la campaña el trato —sumado a las condiciones de vida— era sumamente duro; en las ciudades no se comprendía la necesidad de prestarse a obligaciones fatigosas sin una motivación seria. La clase alta de la sociedad al menos gozaba de ciertos privilegios, con el relieve prestado por los grados y uniformes, sin otra obligación que patrullar su propia ciudad sin salir de sus lindes, disfrutando del fuero militar que traía aparejado, por lo que la jerarquía de oficial era muy empleada en los documentos por quienes debían revistar en las Milicias Urbanas, y entre los bienes sucesorios es muy frecuente hallar la mención de "sombrero con galón", "espadas", "uniformes". Pero distinto era el ejercicio efectivo de las armas; y que el desapego fue circunstancial, pero no producto de la ausencia de coraje, se evidenciará en muchas de las páginas que siguen.

Un importante informe dirigido por don Juan José de Vértiz al ministro Gálvez en abril de 1781 le permitió describir, sobre la base de su larga experiencia, el estado de las fuerzas milicianas criollas, sobre todo cuando se esperaba por entonces una expedición británica contra el Río de la Plata, y en pleno desarrollo la rebelión indígena que en el Alto Perú acaudillara Túpac Amaru. El análisis del Virrey es extenso, pero vale la pena conocerlo:

Debo enterar a V.E. del poquísimo socorro que pueden dar las milicias en cualquier caso de invasión, para que se conozca más la necesidad de tropas regladas. En el Cuerpo de Milicias de estas provincias se comprende todo individuo que se halla con robustez y disposición para hacer el servicio, sin que se exceptúe a persona alguna de una misma familia, porque el padre y sus hijos se alistan y concurren a la fatiga, eximiéndose como por gracia especial el hijo único de viuda si alimenta a su madre. Aún con este rigor, según la revista general hecha en el distrito de la

jurisdicción de Buenos Aires el año de 1774, constaba su fuerza de 6.122 españoles y 1.343 de castas, que componen el total de 7.471. Las castas únicamente sirven para peones, cortar leña, cuidar de caballería y otros mecanismos, y queda el resto de los 6.000 para el cultivo de las tierras, labranzas, sementeras, abasto y subsistencia de la Provincia y para defensa de ella.

La mayor parte de esta gente aborrece el servicio, la sujeción y vida culta, porque reina en ellos la desidia y son naturalmente vagantes: rehúsan concurrir a las salidas contra los enemigos, aún citados para su propia defensa, la de su casa, familia y hacienda, y en campaña no tiene límites su desertión, particularmente los solteros, por la facilidad con que subsisten en los campos por la abundancia de caballos, ganado y caza. Sobre este pie han vivido por lo pasado y, a corta diferencia, en lo presente, sin que basten amonestaciones, amenazas y castigos para evitar su fuga, la falta de disciplina, la inobediencia y relajación en todo.

Aun cuando fuesen éstas de mejor calidad, no se puede contar con ellas en la actualidad para socorrer esta banda, porque la mayor parte está vecindada en la frontera, que es dilatada y fácil a invadir por diversos caminos distantes entre sí. Está próximamente amenazada de una poderosa invasión, según el aviso que últimamente he recibido del Presidente de Chile, asegurándose que los indios de la nación pehuenche han resuelto pasar la Cordillera para unirse a otras de estas pampas y atacar los pagos o distritos de Magdalena, Matanza y Luján.

Análisis como el precedente es más útil para comprender la verdadera situación que se vivía, que los numerosos proyectos para mejorarla, porque éstos últimos frecuentemente no podían ser implementados por la recurrente falta de recursos de toda índole. De cualquier manera, los planes para mejorar el estado militar del Virreinato era reiterados año tras año, mostrando la preocupación por corregir las anomalías advertidas por las autoridades.

El servicio de milicias contemplaba la existencia de fuerzas de infantería, pero sobre todo de caballería, por la idiosincrasia nativa y las distancias a recorrer. El virrey Cevallos formó a sus elementos en un batallón de infantería, un cuerpo de Dragones, y otro de caballería en Buenos Aires, mas la falta de candidatos lo forzó a incorporar en la clase de oficiales a varios que no eran “de distinguido nacimiento”. En cuanto a la artillería, por ser un arma especializada, el ingreso de complementos resultó más restringido. Empero, las necesidades impusieron modificar este concepto; y así es como ante el conflicto desatado en Europa que despertó la alarma en América del Sur —el cual se examinará por separado—, el virrey Vértiz instaló en 1782 en Montevideo una “Escuela práctica de ejercicio de cañón y mortero con fuego”, que se complementó con otra a las afueras de Buenos Aires, las cuales permitieron entrenar a 350 milicianos para aumentar el número de los veteranos.

Precisamente en Buenos Aires y Montevideo se concentraban los mayores efectivos, atento al riesgo de un ataque extranjero por el Río de la Plata, pero no tan sólo por esa amenaza y limitados a las ciudades. El Cuerpo de Milicias en la campaña porteña en 1783 fue descrito por el virrey Vértiz:

Un alistamiento de todas las gentes capaces de tomar las armas en la campaña, que es frontera de indios pampas, y consta de 45 compañías, sin vestuario militar, que acu-

den a oponerse a dichos infieles cuando intentan atacar las haciendas de la misma frontera; las que se forman en los mismos Partidos bajo el mando del sargento mayor miliciano respectivo, y tienen desigual su fuerza según el Pago está más o menos poblado; ascienden actualmente todas a 2.300 hombres.

En Montevideo las compañías de Infantería habían sido convertidas poco antes en batallón como si fueran veteranas, y también las de la campaña uruguaya quedaron convertidas en regimiento.

No mucho más tarde el sucesor de aquél, don Nicolás Cristóbal del Campo, marqués de Loreto, señalaba en oficio a la metrópoli, la suma de tareas encomendadas a las milicias de las Provincias del Río de la Plata, luego del retorno a España de los restos del Regimiento de Burgos y del 2º Batallón de Extremadura, y su dificultad para atenderlas, puesto que debían prevenir robos de ganado por los portugueses y “gauderos” (gauchos errantes), prestar escolta a las comisiones demarcadoras de límites, y cubrir las guarniciones del interior y costa de la Patagonia, con tal insuficiencia de hombres que a veces se carecía de elementos de relevo.

Naturalmente, la instrucción de las milicias era simple,

[...] reduciéndose ésta [recordaba el Subinspector general en 1790] al manejo del arma, fuegos, marchas, y aquellas evoluciones precisas para formar en columna, volver al orden de batalla, y algún otro movimiento que sea adaptable a esos terrenos, sin exigir una escrupulosa igualdad, que a nada conduce.

En el año siguiente aquel mismo funcionario, don Antonio Olaguer Feliú, expuso el estado militar del Virreinato, consistente en las siguientes unidades: *Cuerpos veteranos*: Regimiento de Infantería de Buenos Aires (27 compañías en 3 batallones), Regimiento de Dragones de Buenos Aires (12 compañías en 4 escuadrones), Cuerpo de Blandengues de la Frontera de Buenos Aires (6 compañías), Compañía de Blandengues de la ciudad de Santa Fe (1), Real Cuerpo de Artillería (2 compañías). *Cuerpos de milicias*: Regimiento de Infantería de Buenos Aires (18 compañías en 2 batallones), Regimiento de Caballería de Buenos Aires (12 compañías en 4 escuadrones), Batallón de Infantería de Montevideo (9 compañías), Regimiento de Caballería de Montevideo (12 compañías en 4 escuadrones), compañías sueltas de Caballería en la campaña de Buenos Aires (45) y compañías de Artillería (2). Los regimientos de Infantería y Dragones de Buenos Aires fueron además a guarnecer las provincias del norte “desde los alborotos que hubo en ellas”, en alusión al levantamiento de Túpac Amaru en el Alto Perú, que luego será considerado.

Esta necesidad de los milicianos, impuesta por las circunstancias, hizo ceder añejas prevenciones hacia su empleo. Con el tiempo algunos de sus integrantes engrosaron las tropas veteranas, según se indicó líneas arriba, y todos ellos gozaron del fuero militar de que disfrutaban sólo sus oficiales. Por lo demás, las características de la región rioplatense que forzó al empleo masivo de la caballería —en los términos cautelosos que deben utilizarse— desde mucho tiempo antes, para atender al siempre y grave problema de los malones indios, llevó a que el cuerpo de Blandengues de la Frontera, inicialmente un servicio a cargo de sus pobladores vecinos —esto es, arraigados en la zona—, se transformara en una unidad regular.

Su origen databa de años atrás.

La agresividad y perjuicios que ocasionaban los salvajes movió a organizar una compañía permanente de tropa de 100 hombres pagada por el Cabildo (con autorización real, pues los milicianos hasta entonces se costeaban sus gastos), que se formó inicialmente en Santa Fe en 1726; y que el Cabildo de Buenos Aires obtuvo también para su dilatado frente en 1760, año en que se crearon tres compañías para custodiar Salto, Luján y Matanza, la última de las cuales en 1779 fue adelantada hasta Chascomús —al otro lado del río Salado que era el límite puesto a la barbarie—; y al año siguiente las compañías porteñas se aumentaron a seis y transformadas en “veteranas”, dejando de ser consideradas milicianas. En 1796, por último, el virrey Melo de Portugal dispuso formar en la “frontera” de Montevideo varias compañías de Blandengues con “individuos de los que andan vagantes por los campos, y algunos huyendo de la Justicia por sus excesos, de que han sido indultados con la condición de servir en este cuerpo”. En Córdoba se creó, a semejanza de estas unidades, otra que recibió el nombre de Partidarios de Frontera, para recorrer los campos desde el fuerte de La Carlota en el sur.

Fueron los Blandengues el más eficaz recurso —siempre relativo— para cuidar la frágil línea que separaba la seguridad precaria de los estancieros de las incursiones de los salvajes.

La retribución a cargo de la Corona y la permanencia en las filas, convirtió en veterana a la tropa de caballería que se alistó en la campaña de las gobernaciones indicadas. Claro está que su estado no fue óptimo, tal como lo revela la descripción del virrey Vértiz de la campaña bonaerense, redactada al cabo de su misión:

Para resguardo de tan dilatada frontera sólo se hallan tres pequeños corrales que denominan fuertes, donde se entraba y salía a caballo con tres compañías que titulaban Blandengues que los guarnecían, compuesta cada una de capitán y alférez, con 30 hombres, incluso sargentos, baqueanos o guías, cabos y soldados, mandados por paisanos que las conservaban en el mayor desgreño, sin que conociesen su subordinación, tuviesen disciplina, gobierno interior, vestuario, ni más armas que pequeñas desiguales lanzas, y una u otra arma de fuego de diversos calibres y figuras.

Sin duda, es una descripción descarnada de la cruel existencia de las tropas defensoras de la civilización, que se mantuvo en tales miserables condiciones durante un siglo más, con carencias de todo tipo. Esa situación movió a don Juan José de Vértiz a encarar la mejora de las tropas de frontera en 1779, aumentando sus efectivos y dotándolos convenientemente de armamento y uniforme, ejercitándolos en el fuego y la disciplina, al punto que concluía satisfecho: “Se ha logrado poner este cuerpo en estado respetable para algo más que indios”. Para mejor control se constituyó un comandante subinspector de Frontera con su respectiva plana mayor, lo que el monarca convalidó en 1783.

Volvamos a las milicias ordinarias, comenzando su examen particular por la Infantería.

Esta arma formaba las dotaciones de los fuertes y fortines que establecían las líneas de defensa contra los indígenas, desde el Plata a los Andes por el sur, y al borde del Gran Chaco en el noreste. Líneas débiles, con grandes espacios vacíos entre aquéllos, muy frecuentemente incapaces de contener las irrupciones atroces de los bárbaros. A las descripciones utilizadas previamente, podrían añadirse muchas otras que las corroboran, a lo lar-

go de los años. Ya se conoce que las fuerzas que guarecían las fronteras —debe emplearse el plural, pues se trata de varias jurisdicciones— estaban pésimamente equipadas, como que en 1767 en la campaña de Buenos Aires, sobre un total de 1.574 hombres tan sólo estaban armados 892 de ellos... Ello explica su poco éxito al enfrentarse a estupendos jinetes, hábiles en el manejo de sus largas lanzas y las temibles boleadoras y bolas arrojadas. El primer virrey, don Pedro de Cevallos, conocía desde su época de gobernador este problema, y antes de trasladarse a su sede se había quejado ante el Teniente de Rey residente en Buenos Aires por “los frecuentes insultos y crueldades que impunemente están cometiendo los infieles en los pobres vecinos de la campaña”, advirtiéndole que esa situación “no podré llevar con paciencia en lo sucesivo”. Como se sabe, el general Cevallos propuso realizar una expedición con cantidad suficiente de soldados “capaces de arruinar esa canalla de indios despreciables”, pero no la emprendió por su cuenta, y su sucesor el teniente general Vértiz convocó una junta de guerra (1778) que recomendó mantener la estrategia defensiva, sobre todo por la ignorancia del terreno sobre el cual operar: en cambio, el sistema consistiría en avances graduales y cautelosos. Dos años después varias tribus se coaligaron para efectuar un implacable malón con más de 1.000 lanceros que arrasó el pago de Luján, matando vecinos, a los 50 soldados de Blandengues que los atacaron sin conocer la magnitud de la invasión, y llevándose cautivos para venderlos como esclavos o cobrar por su rescate, y un gran botín de ganado. El propio monarca don Carlos III se enteró “con mucha compasión el desgraciado acontecimiento” y autorizó los gastos precisos para aumentar las fuerzas militares y los fortines que debían alojarlas. Otro recurso muy empleado para reducir a los caciques a vivir en paz con los cristianos fue el de obsequiarlos con regalos de variada índole, lo que dio en llamarse luego el *trato* o *negocio pacífico*, que lo sería para los indios, pues éstos se aprovechaban de este medio dictado por la desesperación, sin cesar en sus ataques. Fatigoso sería enumerar las invasiones, que prosiguieron hasta finales del siglo siguiente; y baste hacer mención de que por la época que tratamos, fue tan devastador un malón llevado sobre la frontera del río Cuarto —sur de Córdoba—, que muchas familias abandonaron sus propiedades y pasaron a establecer en las márgenes del Paraná, lejos del peligro: en San Nicolás de los Arroyos se establecieron los Carranza, Olmos, Piñero, y varios otros cuyos apellidos denotan su procedencia del interior. No menos agitada fue la vida en el linde de la zona selvática chaqueña, donde otras tribus requerían constante atención para reducir las a la civilización.

Las tropas de infantería se acantonaban en los fortines que ellas mismas construían, que se previó estuvieran compuestos por “muralla” y cubos en sus ángulos, más un foso exterior que se atravesaba por un puente guardado por *rastrillo*. A veces el muro no se levantaba con adobe y algunas pocas piedras que se hallaran, mezclándolo con palos buscando su mayor resistencia, sino que consistía sólo en una empalizada que rodeaba uno o dos ranchos para alojamiento. Contaban además con el infaltable *mangrullo* para otear el horizonte, y un cercano corral donde se encerraba la caballada. El virrey Vértiz procuró en 1779 uniformar estas construcciones, instruyendo para hacerlos más sólidos y grandes, con el fin de que a la vera de éstas se instalasen poblaciones cuyas calles pudiesen ser barridas por la artillería en caso de ataque, “retirándose las familias a la fortificación”. La falta de fondos conspiró contra la iniciativa, y la defensa de la frontera y sus habitantes prosiguió como hasta entonces, durante un siglo más.

Con todo, lentamente, en torno de estos precarios o eficientes fuertes —pues de to-

do hubo— comenzaron a aglutinarse pobladores, dándose mayor seguridad mutua, y echando las bases de futuras villas y ciudades. Para 1795 el distinguido marino y geógrafo don Félix de Azara describía:

Cada fuerte tiene hoy una multitud de casas que lo rodean por detrás y los costados, habitadas por 800 a 1.000 almas, blandengues y paisanos, que viven tranquilamente sin otro resguardo que el fuerte, y no hay ejemplo de desgracia. Aun en los fortines se ven bastantes ranchos.

En forma gradual se fue estabilizando el límite militar en la “frontera”, que desde Buenos Aires, pasando por Pergamino, luego en Santa Fe por la Guardia de la Esquina, y entrando a Córdoba por Cruz Alta, seguía hasta Río Cuarto y tras los puestos fortificados en San Luis de Bebedero y Chañar, concluía en el fuerte San Carlos en Mendoza. Otros fortines menores existían entre los puntos señalados, todos precariamente sostenidos, con pocos vecinos que se relevaban, pagados por los respectivos Cabildos. El general don Juan José de Vértiz confiaba en un recurso favorable que imponía a los salvajes: “Son despreciables cuando se les espera o ataca en formación con armas de fuego, por tenerles mucho miedo”. En efecto, la mejor táctica para enfrentarlos era adoptar una posición compacta, sin apelar a la fuga en la cual los indios ultimaban fácilmente a quienes escapaban, sino resistirlos en grupo y disparándoles, por ese temor a las armas de fuego, que hizo muchas veces salvar la vida a soldados que simplemente les apuntaban sus fusiles descargados. En cuanto a los pequeños cañones de que estaban dotados algunos fuertes, servían más que como elemento defensivo, para anunciar con sus estampidos la invasión que se producía. De cualquier manera se consolidaban nuevos pueblos, que en la Gobernación de Buenos Aires fueron Chascomús, Ranchos, Monte, Luján, Rojas, Salto y Areco.

Sea como fuere, ante los frecuentes malones, de diferente envergadura, se respondía mejorando las defensas existentes, creándose otras, y paulatinamente avanzando sobre el impropriadamente llamado *Desierto*.

Esta organización castrense costaba tan grandes sumas de dinero, que los recursos destinados a ella se tornaban insuficientes. En 1780 el virrey y capitán general don Juan José de Vértiz autorizó a extraer para atenderla a lo recaudado por las bulas de la Santa Cruzada y Redención de Cautivos, compensando lo faltante en el ramo de guerra.

Y no era la única preocupación la cuestión financiera, pues como se ha comprobado, las tareas debían recargarse por carencia de hombres.

Para conocer la intimidad las características del cumplimiento del servicio, vaya este memorial elevado en 1794 por un comandante de la villa de Concepción del Uruguay, el capitán Tomás Antonio Lavín, el cual nos permite asomarnos a su dura realidad en relación con una determinada función prestada allí. Conviene su transcripción, porque con las variantes del caso, refleja los inconvenientes que soportaban por igual los milicianos en cualquier jurisdicción:

La práctica que se ha observado en el modo de hacer la guardia de la cárcel, desde que don Tomás de Rocamora se retiró de estos destinos de orden de la superioridad a la Capital, ha sido y es la de poner en ella 6 milicianos de las dos únicas compañías que hay en esta jurisdicción, los que empiezan la fatiga precisamente los domingos, y se relevan a los ocho días justos. Esto es lo que a primera vista parece

que proporcionaría el mayor atraso a los vecinos y forasteros es a la verdad lo que respecto de lo dilatado de la jurisdicción se ha hallado más conveniente; porque los días que median desde que se monta la guardia hasta que se releva, apenas alcanzan para que los cabos corran por las estancias haciendo las citaciones de los individuos que deben servir, según el detalle del servicio para el relevo, lo que de otro modo sería imposible se pudiera verificar, sin que carga tan pesada se hiciese más insoportable a este corto número de míseros milicianos. Pocos comandantes (acaso ninguno) ha habido que no hayan intentado establecer un nuevo método de desempeñar esta fatiga, persuadidos de que le sería más beneficioso al miliciano, pero la misma doctrina de la experiencia les hizo abandonar la idea, por no cargar sobre unos el peso que deben llevar entre todos; pero de la misma imposibilidad que aquellos jefes hallaron para planificar su nuevo proyectado sistema se deduce la estrechez y pobreza de estos habitantes: ellos arrastran con sus familias a las estancias por no poder mantenerlas en el pueblo, y aun cuando se esforzasen a cumplir con este deber, no podrían sin su asistencia atender a la conservación de sus ganados ni al cultivo de las tierras para sus cortas sementeras. De aquí es que cuando llega el caso de citarlos para la guardia u otra fatiga, se ven en la dura precisión de pagar un personero que haga sus veces, cuyo costo es de \$2 cada semana, que trayendo a un Cuerpo a estas partidas componen la suma de \$576 anuales, sin que en ella entre el costo de un cabo o sargento, que andan sin intermisión citando las gentes por las campañas. Éste es uno de los principios a que el vecindario debe parte de su miseria, porque componiéndose las listas de una y otra compañía de poco más de 180 individuos, cuando llegar el caso de ser citados para la guardia se encuentran que unos están enfermos, otros como son forasteros ausentes, otros que acaban de hacer la fatiga de correr el campo persiguiendo los reos que huyendo de las Justicias cometen los daños que son tan notorios como llorados sin remedio, y no pocos que valiéndose de las trazas que les sugiere el ningún amor al servicio, frustran desde luego la cuenta que se hace con ellos para una función que se ha hecho indispensable, de que resulta que ésta sea mucho más costosa para aquellos de sus propios intereses sujetan en sus casas.

Si se dijese que al miliciano le sería menos gravoso hacer personalmente las fatigas de la guardia, es preciso responder que si los pocos tenderos y comerciantes que hay tuviesen casas más seguras y menos propensas al fuego, no se excusarían, pero el dolor es que sucede todo lo contrario. Lo mismo harían los milicianos en el pueblo, mas no siendo así, como efectivamente no es, prefieren el pago de \$2 al abandono de sus casas y familias en medio de tantos riesgos como les amenaza en el campo. Menos gravoso se haría el servicio de la guardia si la cárcel fuese segura, y la custodia de los presos consultada para la tropa veterana, dejando las milicias para las demás funciones de servicio, pero esto en el día no es fácil porque la cárcel no ofrece ninguna seguridad, y aun cuando no fuese así, la falta de cuartel burlaría la esperanza. Conociendo estas ventajas el Cuerpo de Milicias se constituirá gustoso a hacer uno y otro, a palo a pique de ñandubay, bajo la condición de que se les exima de una función que tanto les distrae de sus labores.

La extensa cita es una buena muestra del desapego de los vecinos por cumplir con sus obligaciones castrenses, que sobre no ofrecerles ningún aliciente, les forzaba a des-

cuidar sus pobres intereses. Ya se expondrán otras manifestaciones de esta resistencia al servicio de seguridad en las poblaciones; en cuanto a la defensa de la campaña, la desertión era un problema agudo.

No siempre las esperanzas de mejora se concretaban. Tal lo que sucedió en Tucumán en 1781 durante la rebelión indígena del Alto Perú, sumada a la alarma del Río de la Plata por la amenaza británica, que confirmó la malquerencia del virrey Vértiz hacia las milicias. El caso es que como existía una "población muy cuantiosa" —refirió este mismo al monarca— pidió a su gobernador el alistamiento de 1.000 hombres, de los cuales 550 debían concurrir a Montevideo como refuerzo, y marchar hacia Charcas otros 450 soldados. ¿Y qué sucedió?:

Pero ya he creído no ser posible lo uno ni lo otro, pues cuando me persuadía que a los 50 tucumanenses agregados al primer destacamento de tropa veterana siguieran los 200 que ya estaban vestidos y armados, me avisa el gobernador que a siete leguas de Salta se sublevaron 100 hombres que únicamente pudieron aprontarse, mataron a sus oficiales, y por caminos extraviados se han vuelto a San Miguel de Tucumán, capitulando que había de concederles perdón del exceso para determinarse a la entrega de las armas.

El abandono de familia, trabajo y terruño conspiraba contra las disposiciones castrenses, sin que en el caso particular mencionado deba dejarse de señalar la influencia que el levantamiento del Norte ejerció sobre sus habitantes, como el propio Vértiz lo destacó, aludiendo a "señales evidentes de la disposición que reina en los espíritus para seguir en el mal ejemplo del día".

Resultaba indispensable efectuar una reforma en el sistema.

En 1791 una Real Orden dispuso distinguir a las milicias en *regladas* —integradas con mayor número de veteranos, y por ende, de disciplina— de las *urbanas*, convocadas ocasionalmente para entrar en acción, aunque debían practicar sus ejercicios castrenses los fines de semana. La instrucción de las milicias fue una preocupación constante, debido a que constituían una reserva importante para las hostilidades, y fueron numerosas las disposiciones para organizarlas cada vez mejor.

¿Qué ocurriría en caso de que la guerra se presentara a estos parajes?

Sin revestir los alcances de un conflicto con otra potencia exterior, una sublevación indígena de vastas proporciones comenzó en el Alto Perú en 1780, como consecuencia de proceder abusivos para la percepción de rentas. Fue la encabezada inicialmente por un nativo de prosapia y buena educación —leía el latín—, quien como varios más de condición elevada, vestía a lo español y lucía escudo de armas: era José Gabriel Condorcanqui, el cual adoptó el nombre de Túpac Amaru de sus orígenes incásicos.

No obstante que el presente libro se refiere a los antecedentes históricos directos del Ejército Argentino, cabe aludir a aquel gran levantamiento por la gravedad que llegó a asumir en el Virreinato del Río de la Plata, si bien en otra zona que la actual República Argentina. Lo trataremos con la concisión que merece el hecho dentro del contexto general.

Precedido por una notoria inquietud popular, en noviembre del año 80 se inició el al-

zamiento con la ejecución de algunos corregidores y muchas familias de propietarios españoles, sin faltar entre las víctimas varios mestizos. La creciente rebelión alcanzó a Cochabamba, Oruro, La Plata y Tupiza, con la participación de algún elemento criollo. Contaba con fusiles y hasta con cañones. El virrey Vértiz declaró que en la región abajeña del Río de la Plata se percibía "si no una declarada adhesión a las turbulencias", al menos frialdad e indiferencia por lo que sucedía en el norte, lo que le causaba preocupación, "y más que todo, el hallarme sin tropa con qué hacer respetar y sostener los derechos de Su Majestad". Como era usual, debía recurrirse a las fuerzas milicianas, pero el intendente del Ejército, Fernández, desconfiando de aquéllas, propuso destacar tropas veteranas al norte. En consecuencia, fue despachado casi todo el Regimiento de Saboya, más un cuadro de oficiales para encargarse de las milicias. No obstante que casi coincidentemente fue capturado y muerto el propio Túpac Amaru con sus familiares y gran parte de sus lugartenientes —mediante atroces procedimientos de que hasta hoy se guarda memoria—, el levantamiento no pudo ser dominado en breve término; por el contrario, se extendió a las gobernaciones del sur. Otro caudillo nativo, Tomás Catari, tomó a su cargo proseguir las acciones: la ciudad de La Paz fue sitiada por una muchedumbre que alcanzaba los 40.000 combatientes, aunque mal armados, y el prolongado asedio pudo ser levantado por una columna de 10.000 hombres. El teniente coronel Sebastián de Segurola mantuvo hasta entonces la resistencia, mientras las tropas llegadas de Buenos Aires, más las milicias de Tucumán y Jujuy, puestas bajo el comando del coronel José Reseguín, combatieron con éxito en las provincias del altiplano, domeñando la resistencia de los indios. Éstos fueron derrotados en Tupiza, Cuzco y La Paz.

No obstante, el fuego de la insurrección tardó en ser contenido.

Arduo resultó en el actual territorio argentino el reclutamiento de las fuerzas previstas para sofocarla, al punto que las autoridades de Córdoba —Cabildo y comandante de Armas— hicieron saber al Virrey que temían citar a los milicianos porque "puede mucho con esa gente del campo el mal ejemplo de los demás provincianos". Así sucedía, en efecto, incluso con las zonas más amenazadas por el peligro del contagio, al punto que los aborígenes atacaron a la ciudad de Jujuy en marzo de 1781, para ser rechazados por el gobernador Mestre, y a poco, derrotados en Zapla. Pero en la Gobernación de La Rioja los milicianos convocados manifestaron similar descontento al de los indios, apoderándose del estanco de tabaco para rebajar los precios de este producto, en medio de protestas de los criollos contra los abusos de los españoles peninsulares. Vértiz reconocía en carta al ministro Gálvez (abril de 1781) que las milicias se hallaban "disgustadas, y vacilante su obediencia, por imitar a las gentes del Perú". En la frontera de Salta los *naturales* no pudieron ser sometidos hasta mediados del año. Un par de circunstancias a tener en cuenta para no disponer el envío de mayores refuerzos desde la Capital fueron indicadas en la Junta de Guerra celebrada ese mes en Montevideo:

[...] la fuerza que se necesita para guarnecer esta plaza y sus puestos, así como también la de Buenos Aires, donde residen los caudales, la Aduana, Dirección de Tabacos, Armamento, Almacenes Reales y otros objetos que merecen conservarse; no debiendo la menor reflexión lo amenazada que está siempre aquella frontera de los indios infieles, que según las noticias del Presidente de Chile se preparaban los de la Cordillera para atacarla.

Un informe del coronel de ingenieros Carlos Cabrer, de su lado, hacía saber al Virrey que Montevideo carecía de defensores en número suficiente, con "endebles mal contruidos muros" y su ciudadela "en muy mal estado": "uno de los baluartes por instantes se viene abajo".

En el mes de octubre del mismo 1781, Vértiz despachó desde Montevideo hacia el norte, pese a todo, 410 hombres de tropa conducidos por 12 oficiales, que fueron transportados por agua hasta Coronda para evitar gastos. Poco después, en noviembre, la sublevación del Alto Perú era descalabrada con el ajusticiamiento de Catari, despedazado su cuerpo por cuatro caballos, al igual que antes Túpac Amaru. El levantamiento indígena se mantuvo con intermitencias hasta 1783, jalonado por actos de crueldad de una y otra parte. A todo esto, los fondos para costear a las tropas estaban agotados.

La alarmante situación vivida no fue única, pues contemporáneamente se dio otra, que permitió medir en distinta región del Virreinato la respuesta de sus pobladores frente a hostilidades de afuera.

A fines del siglo XVIII el Virreinato del Río de la Plata recibió inquietantes noticias de Europa y debió alistar sus efectivos militares con mayor empeño que lo hiciera ante los sucesos relatados en el Alto Perú: una compleja contienda había comenzado, tras producirse la Revolución Francesa, y sus consecuencias podían hacerse sentir sobre su misma capital. Dejando de lado los vaivenes de la política en el Viejo Mundo, baste saber que la cuestión derivó en hostilidades contra Gran Bretaña. La alarma ante la eventual presencia enemiga sobre nuestras costas forzó a adoptar medidas de defensa, aunque —adelantándonos a los sucesos— hay que señalar que la ruptura de Inglaterra con Holanda evitó el inminente ataque de las fuerzas británicas al Río de la Plata; no así en Europa y América Central, donde se midieron contra ellas, con éxito generalmente, los Ejércitos de España. Bueno es destacar que los británicos no habían demostrado, en materia militar, la excelencia que alcanzaron luego, desde la época del duque de Wellington en sus campañas contra Napoleón en la Península.

De cualquier modo, los preparativos para recibirlos se iniciaron. Un bando del 4 de septiembre de 1779 proclamó el estado de beligerancia. El virrey Vértiz determinó el alistamiento de las fuerzas, engrosándose las tropas regulares con milicias y reforzándose las obras costeras defensivas, algunas de cuyas medidas se han puesto de manifiesto en las páginas que anteceden. Calculándose que el primer objetivo del enemigo sería la plaza de Montevideo, para allá se despacharon refuerzos de Buenos Aires, quedando la infantería en dicha ciudad, y acantonándose las de caballería en el pueblo de Maldonado.

El peligro de la presencia inglesa en el Río de la Plata recrudeció a principios de 1781, en plena rebelión india en el norte; a punto tal que la Corona hispana estuvo dispuesta a despachar efectivos terrestres y navales desde Europa para aumentar su capacidad de resistencia. Llegaron a construirse en Buenos Aires un hospital y alojamientos, pero no llegaron aquéllos. La Junta de Guerra celebrada en abril destacó que la tropa veterana existente "no alcanza ni aun para la dotación de Montevideo, porque el valerse para esto de las milicias, según los hechos de que se ha enterado la Junta, lo considera perjudicial".

Es la oportunidad de advertir que los enormes gastos insumidos forzaron al Intendente general del Ejército a informar el 12 de diciembre del mismo año, al ministro Gálvez en Madrid, sobre la situación penosa en que se hallaban los soldados veteranos en

este Virreinato: no contaban "más que su sueldo y medicinas para curarse, y para los cuerpos de guardia, velas de sebo para alumbrarse, agua para beber y leña para calentarse en invierno, siendo de su cuenta lo que compran para guisar en sus cuarteles". Sin camas, dormían sobre tablas cubiertos por pieles de oveja, "y se abrigan con un poncho o con una manta de las que hacen en Córdoba, que uno y otro compran con su dinero, y también les sirven para sus marchas".

Por cierto, los uniformes no escapaban al deterioro causado por la falta de renovación: ya se sabe que debían ser provistos desde la Península.

El puerto de Montevideo ofrecía cuidado debido al suficiente calado del río, pero aparte de sus defectuosas defensas estables, los eventuales socorros que podían suministrarle su jurisdicción eran magros, consistentes en un regimiento de Caballería y otro batallón de Infantería, ambos de milicias, aunque con numerosas vacantes entre su oficialidad, y sin haberse proveído el pedido cursado cuatro años atrás (!) para "su instrucción y buen estado", faltándoles el acopio de víveres en caso de emergencia.

No mucho más tarde, en 1797, el nuevo Virrey, mariscal don Antonio Olaguer Feliú, convocó otra Junta de Guerra, con la siguiente asistencia: el Virrey, el mariscal de campo Francisco Betbezé, comandante del Real Cuerpo de Artillería; el brigadier Miguel de Tejada, comandante del Regimiento de Infantería de Buenos Aires; el brigadier de la Armada José de Bustamante y Guerra, gobernador de Montevideo y comandante de las fuerzas navales; el coronel José García Martínez de Cáceres, director del Real Cuerpo de Ingenieros; el coronel Andrés Ordóñez, comandante del Regimiento de Dragones de Buenos Aires; el capitán de navío Félix de Azara, y el coronel Bernardo Lecoq, ingeniero en jefe. Esta Junta atendió no sólo a la beligerancia existente con la nación británica, sino además a "los movimientos sospechosos, preparativos y otras gestiones hostiles que se han observado en los portugueses". Para hacerles frente se elaboró un plan cuyo centro de gravedad volvió a establecerse en Montevideo —siempre en "deplorable estado de defensa"—, a donde nuevamente pasaron contingentes de Buenos Aires en importante proporción, ya que ahora se temía que los portugueses aprovecharan la oportunidad de la guerra para consumar su añeja ambición de apoderarse de una margen del Río de la Plata. Guardias avanzadas y espías anunciarían sus movimientos en el norte, apoyados por una serie de puestos militares de 30 a 40 hombres cada uno, siendo el más importante el establecido en Cerro Largo con 140 efectivos y 4 cañones de bronce. En cuanto a la defensa de la Capital, privada de su tropa veterana, quedaría en gran medida en manos de sus milicias, cuyos componentes comenzaron a prestar guardias y a efectuar patrullas. Para anunciar con anticipación la presencia enemiga en la desembocadura del Plata, en aquel año se ordenó la construcción de una torre en Maldonado para establecer su vigilancia, la cual —milagrosamente— se mantiene aún enhiesta a la contemplación de los visitantes de este encantador pueblo. Hacia el oeste se hallaba la semiderruida fortaleza de Santa Tecla, y al este la de Santa Teresa, más grande, cuya primitiva muralla de piedra era demasiado baja por uno de sus costados y sin foso. A poca distancia de ésta el pequeño fuerte de San Miguel, encerrando apenas 7 cañones. No se estimaba que tales construcciones fueran capaces de resistir un ataque.

Luego de adoptar prolijamente la distribución de elementos terrestres y fluviales, y prever los movimientos que debían efectuar ante una serie de eventualidades suscitadas por los enemigos, la Junta dispuso que en caso de dirigirse éstos contra Buenos Aires, "se providenciará que todo el caudal que haya en aquellas Reales Cajas se conduzca tie-

rra adentro hasta Córdoba”: así estaba previsto desde 1781 por Vértiz. Naturalmente, para esta hipótesis se calculó con anticipación que podía ofrecerse una resistencia eficaz desde los alrededores de la Capital, si era ocupada, estrechándose a los invasores hasta obligarlos a abandonar su recinto.

El Real Cuerpo de Artillería sumaba escasos 204 hombres, de los cuales 40 permanecieron en la sede capitalina. La mayor parte estaba en Montevideo (103), y entre Maldonado y la isla Gorriti llegaban a 15 en cada punto. Otros pocos veteranos del Cuerpo revistaban en Colonia (7), Cerro Largo (8) y Santa Teresa (1). Además había 3 artilleros en Santa Fe y 1 en Paraguay, y 10 más en la costa patagónica. Ya se expuso que a estos veteranos fueron incorporados milicianos que recibieron la correspondiente instrucción.

La notoria ineficacia de las fortificaciones estáticas movió en 1799 a echar mano de otro recurso:

La muy dilatada extensión de las costas de una y otra banda de este Río de la Plata, la multitud de los parajes de ellas que facilitan el desembarco, lo abierto de las campañas, la falta de fortificaciones y aun de plazas capaces de hacer una mediana defensa, y la escasez de tropas para formar campos volantes competentemente numerosos, dan a conocer que la única resistencia que puede oponerse a los desembarcos que intente el enemigo y que evitaría las sensibles consecuencias del logro de ellos, es la que proporcionan los trenes volantes de Artillería a Caballo.

Como de costumbre, la falta de fondos obstó a la concreción de la idea.

En 1798 el Regimiento Fijo de Infantería en Buenos Aires contaba con 1.323 hombres distribuidos en tres batallones, de los cuales el contingente más numeroso (727) pasó a guarnecer Montevideo. Los demás fueron distribuidos entre la propia Capital y la Banda Oriental, pero también muchos soldados partieron hacia las Misiones, la Patagonia, el Norte, Santa Fe, Mendoza y hasta el Alto Perú. Esto forzó a que se acentuara la prestación de servicios por parte de los vecinos de la urbe porteña, lo que suscitó un problema bastante serio, que seguidamente se detallará.

Una Real Orden dictada el 22 de agosto de 1794 había resuelto que los comerciantes en España estaban eximidos de alistarse en las milicias para no desatender sus negocios; y el detonante estalló cuando en Buenos Aires se ordenó que por cada cuatro de aquellos que revistaban como *urbanos* debía agregarse un “personero” (o sea un individuo costado por ellos); y nada convencidos los comerciantes porteños de la inminencia del peligro, presentaron su queja ante la autoridad, alegando estar en igualdad de condiciones que sus similares de la Península. Hasta entonces (mayo de 1798) prestaron guardia, patrullaron y realizaron su adiestramiento militar en los parajes públicos destinados al efecto, lo último de lo cual los afectó especialmente, puesto que

[...] mezclados indistintamente entre el ocioso y el vagabundo, padecemos el bochorno de hacer la diversión de este pueblo, confundiendo nuestra clase honrada con la ínfima plebe, y sufriendo unas públicas vergonzosas reprensiones de los jefes que nos mandan.

Por tanto solicitaron su eximición de la carga ante el Real Consulado que los agrupaba. El reclamo demoró su trámite ante el Virrey (intervinieron tres: Melo de Portu-

gal, Olaguer Feliú, y Avilés) hasta que finalmente el último nombrado resolvió en 1801 que los comerciantes cumplieran la obligación general pero en “un corralón cerrado y capaz”.

La falta de observancia al privilegio dispuesto por el monarca, y los malos tratos que aducían los comerciantes recibir de sus accidentales superiores —sobre todo del comandante del Batallón de Milicias Urbanas de Infantería, teniente coronel Miguel de Azcuénaga—, explican que pocos años después su rencor fuera registrado en la autobiografía de don Manuel Belgrano, secretario del Consulado: “Era mucho el odio que había a la milicia en Buenos Aires”. Poco tiempo faltaba para que, ante la efectiva llegada del invasor extranjero, cambiara esta disposición.

Los Dragones de Caballería en 1799 sumaban 620 efectivos, y también fueron destinados a guarnecer distintos lugares del Virreinato, principalmente la Provincia Oriental (gobernación militar) considerada el primer objetivo de un ataque: 96 en Montevideo, 169 en Maldonado y 107 en Santa Tecla. Estas plazas, tanto en infantería como caballería, no alcanzaban el número previsto para integrarlas al completo, pese a que se habían remontado en los dos años previos con reclutamiento en algunos puntos del interior. El cuerpo de Blandengues de la Frontera estaba mejor constituido, con efectivos en el orden de 720 hombres para atender desde Buenos Aires hasta Córdoba, variando su número en los fuertes y fortines, donde contaban ocasionalmente con el concurso de los pobladores milicianos. De sus sacrificios rinde elocuente muestra la siguiente exposición de los oficiales de Blandengues elevada en diciembre de 1799:

Las marchas que realizamos en estas ocurrencias, las consiguientes a las partidas exploradoras del campo, y cuantas con frecuencia practicamos en esta campaña, no admiten el menor abrigo, ni dan tregua para provisiones, ni tenemos forma de proporcionarlas; en cuya virtud todo el tiempo que permanecemos en el campo lo pasamos a la intemperie, experimentando sin arbitrio alguno para precaverlo, el rigor de las estaciones, expuesta muchas ocasiones la precisa manutención a la contingencia de la caza. El agua que debe servir de refrigerio a la más extremada sed, a la industria y uso de prevenidos útiles, que a precaución conducimos en aquellos casos, como que reconocemos el riesgo a que vamos próximos y las fatales consecuencias que puede acarrearlos su falta, en tiempos lluviosos que desaparece esta penosa aflicción resalta inmediatamente una carencia total de toda materia combustible, de suerte que por sola esta causa no se puede dar disposición y cocción al necesario alimento.

En la Gobernación de Montevideo, no obstante la ausencia de indios belicosos y la existencia de mayores recursos naturales que en la pampa bonaerense, el Cuerpo de Blandengues sufría otro tipo de perjuicio: la desertión, muy acentuada allí, por integrarse con trabajadores rurales, ahora confinados en Maldonado y algunos en la vecina isla Gorriti. En marzo de 1799 sus efectivos eran 623 hombres, faltando alistarse 177 para completar su dotación: a fin de año, aquella cifra había quedado reducida a 557 soldados.

Lo reseñado hasta ahora no presenta un panorama alentador acerca del estado militar del Virreinato. El directamente responsable de éste era el Subinspector general del Ejército, cargo desempeñado entre fin de siglo y principios del XIX por el marqués de Sobre Monte, quien para mejorar la situación se propuso una doble actividad: la de rea-

lizar maniobras conjuntas con todas las armas, y mejorar su adiestramiento. En 1799 tuvo lugar un ejercicio cerca de Montevideo, ensayándose un ataque al campamento instalado, de cuya experiencia se derivó la redacción de un reglamento que el virrey marqués de Avilés encargó a aquél. Sobre Monte presentó su proyecto, y en la Corte fue aprobado en los primeros días de 1801 con pocas modificaciones. Tal *Reglamento para las milicias disciplinadas de Infantería y Caballería del Virreinato de Buenos Aires* (sic) disponía la existencia de unidades "para la defensa de las haciendas, vidas y religión" en las tres ciudades principales del Río de la Plata y en cada una de las provincias interiores. Integrarían ahora las milicias de Infantería y Caballería todos los hombres entre 16 y 45 años —salvo hijos únicos de madres viudas, los de padres ancianos, y el sostén de hermanas menores—, hasta ascender su número a 14.141 soldados. Entre los *urbanos* quedaban exceptuados del servicio los comerciantes y sus dependientes, los profesionales, maestros, impresores, y por supuesto, sacerdotes y acólitos. Los ejercicios se harían los domingos, y en la campaña se realizarían en forma conjunta las prácticas de caballería de cada partido. Al año siguiente el marqués de Sobre Monte redactó un *Prontuario* "para la más fácil instrucción de los regimientos de Voluntarios de Caballería o milicias regladas de la Subinspección General de su cargo", publicado —como el otro— por la Real Imprenta de Niños Expósitos.

Nuevas maniobras se cumplieron en 1801, también en cercanías de Montevideo, consistente en un desembarco cubierto por lanchas cañoneras comandadas por el capitán de navío Santiago de Liniers, que fue rechazado por las tropas a órdenes del propio subinspector don Rafael de Sobre Monte... ¡Por supuesto!

Faltaba ahora que la realidad de los hechos auténticos confirmara la bondad de los preparativos bélicos que se habían ensayado.

Mas la realidad, que a poco se hizo sentir, no corroboró tales expectativas, situación prevista en un desalentador informe elevado en 1802 al virrey don Joaquín del Pino por el Subinspector del Ejército:

Al paso que se aumentan las atenciones de estas provincias para mantener en el debido decoro la autoridad real y el respeto de la Corona, se disminuye la fuerza de los cuatro cuerpos de tropa que tiene establecidos... Sólo he podido conseguir no hacer mayor la baja y el desengaño de que todo esfuerzo es en vano para promover en estos países la afición al servicio de soldado, por la abundancia de los efectos necesarios para la vida en campaña y la libertad que ésta ofrece.

El cuadro descripto hacía ver la falta de hombres suficientes, y el desabastecimiento de armas y demás elementos bélicos, entre los cuales se contaba en primer término a las caballadas indispensables para cubrir extensas distancias.

La larga e infructuosa vela de armas condujo a descuidar las previsiones.

Un primer indicio de que las cosas no marchaban de conformidad a lo deseado se tuvo en aquel año, cuando finalmente estallaron las hostilidades otra vez con Portugal.

Era nuevo Virrey el mariscal don Joaquín de Pino, perteneciente al Real Cuerpo de Ingenieros ocupado de levantar mapas y otros relevamientos topográficos, y dirigir la construcción de las obras defensivas. El 15 de junio de 1801 debió proclamar el nuevo

estado de guerra, la cual sería conocida en la historia como la *de las naranjas*, por un obsequio que el ministro Godoy hizo llegar a la reina doña María Luisa. Con el avance de los portugueses desde Brasil hacia el sur, coincidió un levantamiento de los indios charrúas en la zona de las Misiones, que los Blandengues orientales a órdenes de su comandante Jorge Pacheco —porteño— se encargaron de sofocar.

En cambio, los *bandeirantes* lusitanos, alentados por el aliciente del saqueo que estimulaban las autoridades de Río Grande, no perdieron tiempo en tomar la ofensiva y atacar a las débiles guardias fronterizas españolas. Para hacerles frente y evitar que la penetración realizada sobre la Provincia Oriental no se acentuase, fue destacado el vencedor de las maniobras que organizara él mismo: el marqués de Sobre Monte. Éste en un principio retiró hacia Montevideo a las tropas españolas (y criollas, se entiende), dejando el campo libre a sus enemigos, con el propósito de agrupar a sus elementos; recién avanzó a fines de año pero en esta ocasión fueron los portugueses quienes se retiraron sin combatir. Paralelamente se produjo un recrudecimiento de las hostilidades en el oeste a cargo de la tribu de los minuanes, que atacaron y se apoderaron de Cerro Largo, aprovechando Portugal para ocupar la región donde se hallaban siete pueblos misioneros. Antes que las tropas regulares chocaran, llegaron noticias a Sobre Monte de que la paz se había celebrado en Badajoz (frontera de ambos Reinos en la Península), y el virrey don Joaquín del Pino suspendió las operaciones, el 6 de enero de 1802. Como resultado, los portugueses quedaron en posesión de aquellos siete pueblos, pese a las reclamaciones para obtener su devolución. En cambio, el teniente coronel Tomás de Rocamora fue destinado a recorrer la campaña para poner coto a las demasías de los indios, operación que se prolongó hasta el año 1804.

No fue lo peor.

La amenaza de lucha concreta, y muy grave porque apuntó a la misma capital del Virreinato, provino de parte de los británicos. Como se sabe, las hostilidades en Europa no habían decrecido; y por el contrario, la instauración del Imperio francés por Napoleón mantuvo con ritmo incesante y creciente las causas de conflicto con todas las monarquías del continente. Por entonces, el nuevo rey don Carlos IV, dirigida por su valido Godoy, Príncipe de la Paz (título luego derogado porque el único de tal rango era el de Asturias, heredero de la Corona), mantenía neutral a España. Esta falta de definición inquietaba a Gran Bretaña, temerosa de que la complacencia de la Corte de Madrid inclinara hacia el poderoso Emperador a la Nación española, lo que la decidió a actuar drásticamente.

La ruptura, mediante una maniobra traicionera, la provocaron navíos zarpados del Río de la Plata.

En agosto de 1804 levaron anclas en el puerto de Montevideo cuatro fragatas, que a la altura de Cádiz, en octubre, fueron sorpresivamente atacadas por una escuadrilla inglesa, en plena paz, cuyos disparos hundieron una de aquéllas y capturaron las restantes. Sumado el hecho a otros actos hostiles de similares características, el 12 de diciembre España declaró la guerra a los británicos. Mas poco antes de cumplirse un año, en la batalla naval de Trafalgar, perdió su flota a manos del almirante Nelson (en cuya acción combatieron ocho jóvenes oficiales rioplatenses). Esta derrota aisló a América de cualquier refuerzo que pudiera llegarle a través del Atlántico. El caso es que, finalmente, los ingleses se decidieron a invadir el Virreinato del Plata.

Desde tiempo atrás (1790-1797) el proyecto venía siendo agitado en Londres, mediante conversaciones mantenidas por el venezolano Francisco de Miranda, impulsor de

éste sin desfallecimientos, ante el primer ministro William Pitt y varios otros destacados funcionarios, entre ellos el comodoro Home Popham. Miranda solicitaba el apoyo británico con el señuelo de que los sudamericanos se hallaban deseosos de obtener su independencia, mediante la cual el comercio inglés se beneficiaría. En 1803 hubo de concretarse el envío de una expedición, pero la precaria paz que se celebró entonces lo impidió. Cuando estalló el conflicto al año siguiente, Popham retomó la idea, luego de participar al mando de las fuerzas navales en la conquista de la ciudad holandesa de El Cabo en Sudáfrica. Varias noticias le llegaron que confirmaban el ánimo de los criollos por imitar la conducta de los Estados Unidos, y aunque Popham no contaba con las instrucciones necesarias, resolvió marchar hacia el Río de la Plata, embarcando en la aventura —en el doble sentido del término— al general William Beresford con las tropas que comandaba, a fin de obtener la “emancipación general de la América del Sur”, como tardíamente informó a su gobierno. Era mediados del mes de abril de 1806.

A todo esto, el Virreinato tenía a su frente a otro titular: el marqués de Sobre Monte. El antiguo Subinspector del Ejército colonial no había comenzado auspiciosamente su desempeño, chocando con el poderoso Cabildo porteño. Por otra parte, estaba en sus planes —pues conocía el peligro que amenazaba al territorio bajo su control— desguarnecer la ciudad de su residencia en beneficio de la defensa de Montevideo, de acuerdo con lo convenido tiempo atrás (1797), y así lo decidió en la Junta de Guerra que tuvo lugar en abril de 1805. De tal modo dirigió la mayor parte de las tropas veteranas que restaban en Buenos Aires al punto que consideraba amenazado de un asalto más inminente; cruzando el río, en consecuencia, una compañía de Artillería, otra de Infantería, tres de Dragones y dos de Blandengues.

La seguridad de Buenos Aires quedaba librada a sus milicias, principalmente, que consistían en 1.500 hombres de caballería y 1.300 dentro del recinto urbano y sus alrededores. Como Sobre Monte supo que la fuerza inglesa había tomado rumbo al África (diciembre de 1805), se relajaron las medidas de adiestramiento y disciplina de aquéllas. Sabido es que poca disposición existía en los habitantes del Plata por prestar servicios militares sin la urgencia que lo hiciera necesario, y cuando la autoridad no daba el ejemplo de alertar convenientemente al espíritu público ante la inminencia de un ataque, se creyó que éste no se produciría.

Para desmentir la confianza imperante, en los primeros días de junio de 1806 se hizo presente en las aguas del gran río una corbeta de guerra enviada por Popham para reconocerlo. Nuevos datos permitieron al comodoro inglés saber que Buenos Aires estaba prácticamente desguarnecida, y además, que allí estaban los caudales del Virreinato recolectados poco antes para enviarlos a España: esto lo decidió a variar su primitivo pensamiento de apoderarse de Montevideo antes de hacerlo con la Capital. El Virrey dispuso el acuartelamiento de las tropas porteñas. Uno de los vecinos, Manuel Belgrano, rememoró: “Se tocó alarma general, y conducido del honor volé a la Fortaleza, punto de reunión: allí no había orden ni concierto en cosa alguna, como debía suceder en grupos de hombres ignorantes de toda disciplina y sin subordinación alguna”.

El Virrey no atinó a tomar medidas coherentes para organizar la defensa: su anterior actividad burocrática dejó paso a la irresolución primero, y a la cobardía después. Mientras, los vecinos intercambiaban sus opiniones con ardor y se preparaban para luchar en defensa de la ciudad. Quien fuera Alcalde de primer voto el año pasado, ahora capitán de milicias Rezábal, propuso lo que hubiese dado el triunfo ante la escasa fuerza del enemi-

go y la falta de adiestramiento para salir a enfrentarlo a campo abierto, como se demostró al año siguiente: hacerse fuertes en la ciudad con trincheras y cañones en las esquinas y colocar gente armada en las casas convertidas en cantones: “puertas, ventanas y azoteas”. Su convicción era firme: de esta manera “se podía escarmentar y destruir al enemigo”. Los jefes militares decidieron lo contrario. Más aún: como Sobre Monte creía que los británicos se reembarcarían tras un reconocimiento sobre la costa, por contar con pocas tropas, ni siquiera distribuyó los elementos para la defensa de la Capital, según lo documentó su Cabildo:

Las milicias urbanas y provinciales se presentaron gustosas a esfuerzos de su lealtad, poseídas de un entusiasmo por la Patria el más envidiable, hasta el extremo de clamar y gritar, especialmente las urbanas, por armas, que se negaron a muchos; y a los que se dieron fue con la circunstancia de haberseles hecho esperar más de medio día a fin de facilitarles piedras para los fusiles, porque tales eran las disposiciones del Marqués, que ni esto tenía preparado; y algunos en la forzosa tuvieron que salir con fusiles pero sin piedras, y todos con sólo 10 cartuchos.

El 25 de junio los británicos comenzaron a desembarcar cerca de Quilmes, sin ser molestados, salvo por una lluvia fuerte que no cesó en las siguientes jornadas. Recién al día siguiente se dispuso en Buenos Aires marchar contra ellos, bajo el mando del nuevo Subinspector del Ejército, coronel Pedro de Arze. La infantería constaba de 400 hombres, y 300 la caballería, a los cuales se incorporaron 200 Blandengues de la frontera, y varios otros milicianos y antiguos veteranos. Contaban con algunas piezas de artillería arrastradas por bueyes. El mal tiempo, con el suelo pantanoso, hizo que los infantes fueran quedando por el camino, apostándose en lugares convenientes para su defensa. Del modo que fuere, cuando se estuvo frente al enemigo, se rompió el fuego, aunque la carga posterior de las tropas invasoras forzó a una retirada general, perdiéndose algunos cañones que fueron abandonados. Al atardecer del otro día se intentó una nueva resistencia en el Riachuelo, frente al puente de Gálvez, pero sin mucho brío, por cuanto el mismísimo marqués de Sobre Monte que había concurrido, ordenó que retornasen a sus baluartes en la ciudad las piezas de artillería conducidas desde allí “pues no hacen falta”. La insubordinación cundió hasta los rangos inferiores, como que el Cabo que trajera dos cañones desde El Retiro se atrevió a contestarle que si estaban perdidos sería “porque Su Excelencia nos habrá vendido”. El Virrey ordenó que lo ejecutaran en el acto, pero un oficial reconvino suavemente a aquél: “Cállese, paisanito, que esto ya no tiene remedio”.

Tras demostrar su inoperancia donde era preciso, el Virrey determinó que las tropas españolas se replegaran a la Fortaleza para capitular allí, provocando nuevas protestas de los oficiales porteños: “¿Cómo se entiende retirarse, cuando no se sabe de qué color es el uniforme del enemigo?”.

Sobre Monte, rechazando cualquier consejo para resistir, ya había decidido fugar con su familia y el tesoro real hasta Luján, rodeado de fuerte escolta. Sabiéndose perseguido, abandonó los caudales —a poco tomados por los ingleses y transportados a Londres— y prosiguió hasta guarecerse en la lejana Córdoba, donde otrora se desempeñara como Gobernador Intendente. Los milicianos porteños se replegaron, pues, al centro de la ciudad, “confusos y llenos de vergüenza —confiesa uno de ellos—, sin osar levantar la vis-

ta y muchos llorando de pena". Corrobora el doctor Mariano Moreno: "Yo he visto en la plaza llorar muchos hombres por la infamia con que se les entregaba; yo mismo he llorado más que otro alguno".

Mientras, el 27 de junio de 1806, la columna del general William Beresford entraba en la capital del Virreinato después de mediodía, bajo una intensa lluvia, desfilando con banderas desplegadas y a los sonos de los tambores y gaitas de la Highland Light Infantry. Los conquistadores no eran muchos: 800 plazas de ese Regimiento nº 71 de Infantería escocesa, 150 infantes y un centenar de artilleros, agregado en la isla Santa Helena, un batallón de Infantería de Marina, algunos Dragones del Regimiento nº 20, y todos los marineros de la escuadra del comodoro Popham que se pudieron vestir con los uniformes rojos del Ejército. Porque resultaba imprescindible aparentar lo contrario para dominar una población de cerca de 45.000 almas. Ello justifica la indignación con que el conspicuo vecino porteño don Martín de Álzaga comentó a los pocos días

[...] la infamia más execrable sucedida con la entrega de esta Capital a sólo el número de 1.500 y más ingleses bisonos, e incapaces de combatir con un Tercio de este vecindario si las cosas se hubieran dispuesto conforme correspondía, pues estando toda la gente con el ánimo dispuesto a defenderse de millares que hubiesen sido, todas las disposiciones del Virrey se dirigieron a poner en salvo su familia, su persona y sus bienes hasta la última hilacha, y dejar rendida la Capital al enemigo. Para hacer en detalle la cobardía de Sobre Monte y del inspector Arze y de los otros jefes, y para individualizar las operaciones de éstos, sería preciso llenar mucho papel y arrebatarme de un furor extremado...

En cuanto al apoyo británico para independizar a los criollos, quedó descartado. Por lo pronto el general Beresford, instalado en el Fuerte, convocó a funcionarios y vecinos para prestar juramento de "fidelidad a Su Majestad Británica" el 5 de julio; pero tanto los integrantes de la Real Audiencia como los del Tribunal de Cuentas se negaron. El secretario del Consulado de Comercio, Belgrano, se ausentó de la ciudad para evitar concurrir al acto, y fueron varios personajes los que tampoco asistieron.

El Ejército colonial español en el Río de la Plata había demostrado su incompetencia, tras largos años de desidia —buenos propósitos aparte—, fallando su estrategia defensiva ante un ligero ataque. Faltaba poco para que el propio andamiaje estatal desapareciera de Sudamérica, al impulso de las agitaciones políticas que sacudían a Europa, y cuyas consecuencias ya se sentían en los dominios hispánicos de ultramar.

El ardor bélico del pueblo de Buenos Aires, sin distinción de clases, sólo esperaba la oportunidad para demostrarse, prescindiendo de los encumbrados jefes militares designados por la Corona para dirigirlos.

CAPÍTULO II

El nuevo Ejército y su acción

LA RECONQUISTA. FORMACIÓN DE UNIDADES. SEGUNDA INVASIÓN BRITÁNICA Y LA DEFENSA DE LA CAPITAL. CONSECUENCIAS POLÍTICAS Y MILITARES.

Surgió entonces el que Napoleón hubiese calificado como *l'homme du destin*. Puesto que el capitán de navío Santiago de Liniers no perdió un solo día en preparar la reconquista de la ciudad. Por no haber prestado el juramento de fidelidad ante el jefe de la ocupación británica se hallaba moralmente libre para proceder, y con toda decisión y claridad de pensamiento llevó adelante su impulso. El primer paso fue obtener un salvoconducto del propio general Beresford para marchar a Montevideo; y una vez allí expuso su plan ante el gobernador militar de la plaza, brigadier Pascual Ruiz Huidobro, solicitándole el concurso de 500 efectivos para la empresa. El Cabildo local apoyó ardorosamente la solicitud de Liniers, como que ya se habían alistado 1.400 hombres y una flotilla para transportarlos. La Junta de Guerra convocada al efecto designó comandante de la fuerza al mismo marino, que llevaría como segundo jefe al capitán de fragata Juan Gutiérrez de la Concha. Don Santiago de Liniers comenzó sus preparativos de inmediato.

Mientras tanto, el vecindario porteño había reaccionado ante la evidencia del escaso número de la tropa que se había apoderado de la capital del Virreinato, y los proyectos para expulsarla fueron varios. Don Martín de Álzaga, poderoso y prestigioso funcionario y hombre de negocios, suministró los fondos necesarios para los trabajos emprendidos, entre los cuales los más concretos fueron dos, concertados entre la ciudad y la campaña: por un lado la construcción de una galería que conduciría hasta debajo de la fortaleza y otra hasta el alojamiento de los soldados extranjeros, para hacerlas explotar —cuya construcción dirigió el capitán de ingenieros Felipe Sentenach—, al tiempo que desde las afueras concurrirían simultáneamente las partidas de voluntarios armados que encabezaba Juan Martín de Pueyrredon. Mas Beresford se adelantó: anoticiado de la concurrencia de milicianos a la chacra de don Domingo Belgrano en Perdriel, marchó contra ellos (1º de agosto) al frente de una columna de 500 hombres y 6 piezas de artillería. Si bien los criollos habían recibido los refuerzos del Regimiento de Blandengues mandado por el teniente coronel Antonio de Olavarría, en el encuentro que siguió estos últimos se retiraron, pues su comandante no quiso comprometerlos en una acción hasta no recibir mayores elementos, y apenas un centenar de aquéllos resistieron el ataque británico. Los invasores pudieron dispersar a los patriotas, destacándose el valor de Pueyrredon, quien luego pudo pasar a la Banda Oriental y conferenciar allí con Liniers, conviniendo que retornaría para reunir nuevamente a sus partidarios y esperar el arribo de éste. En cuanto a los trabajos de zapa, fueron abandonados.

El capitán de navío Liniers, de su lado, había logrado conformar un pequeño ejérci-

to similar en número al de sus enemigos. Lo componían 528 hombres de los refuerzos a Montevideo que habían pasado desde Buenos Aires antes de producirse la toma de esta ciudad, consistente en una compañía de Infantería (comandante Gómez), tres compañías de Dragones (comandante Pinedo), dos compañías de Blandengues, y una compañía de Artillería (comandante Agustini). A éstos acompañaban 120 hombres de la Compañía de Miñones o catalanes (comandante Bufarull), y cuatro compañías de la Provincia Oriental con un total de 252: dos de Infantería de Montevideo (comandantes Chopitea y Balbín), y dos de Caballería de Colonia (comandantes Chain y García). Se les agregaron algunos corsarios franceses y muchos marineros españoles. La expedición, transportada desde Colonia en naves mandadas por Gutiérrez de la Concha, desembarcó en la costa porteña (El Tigre) el 4 de agosto, donde recibió a la gente reunida por Pueyrredon y otros vecinos.

La División española, cuyo avance se vio entorpecido por una tormenta, llegó el día 9 a la Chacarita de los Colegiales, desde donde su comandante intimó capitulación al jefe británico. Éste contestó desmayadamente que resistiría "hasta el caso que la prudencia le indicara". No desconocía el general Beresford el ánimo levantisco de los habitantes de Buenos Aires, que poco en su favor auguraba.

El ataque de Liniers se inició a la tarde del día siguiente contra la avanzada británica de 200 efectivos que ocupaba El Retiro, efectuado por los Miñones, infantería de Buenos Aires y de Montevideo, y piezas de artillería. Beresford fue en su apoyo con medio centenar de soldados, pero para encontrarse con la retirada de sus tropas, que habían sido desalojadas de su posición, abandonando muertos y prisioneros. El mismo general británico fue recibido por un nutrido fuego que le causó muchas bajas y lo obligó a replegarse.

Era ya hora avanzada, y la operación se detuvo. Al otro día se artilló la posición conquistada mientras se incorporaban muchos voluntarios de todas clases, entusiasmados por el triunfo parcial logrado y la fe en la próxima victoria definitiva. El propio capitán de navío Liniers probó puntería contra dos embarcaciones enemigas acercadas a la costa, con notable acierto, pues tocó a ambas.

El 12 de agosto por la mañana se prosiguió la marcha hacia la Plaza Mayor, centro de la resistencia británica, dividida la fuerza española en tres columnas paralelas que mandaban Liniers por la calle de La Merced (hoy Reconquista), su segundo el capitán de fragata Gutiérrez de la Concha por la de la Catedral (San Martín), y la otra por el coronel de Dragones don Agustín de Pinedo por la del Correo (Florida). Un excitado concurso de vecinos y pobladores tomó parte en el avance, precipitando el asalto contra los extranjeros, sin aguardar a que los cañones preparasen el terreno. Otra parte de los porteños arrastraban a fuerza de brazos a las piezas de la artillería para acelerar los trabajos. Liniers llegó hasta el atrio de la iglesia de La Merced, donde recibió tres balazos en su uniforme, y fue herido de muerte su ayudante.

Los británicos estaban atrincherados en el Cabildo, la Catedral y la Recova, pero fueron desalojados de sus posiciones bajo un intenso fuego. Tras un último intento de detener el asalto desde la Recova que dividía la plaza, tuvieron que refugiarse todos en el Fuerte.

Con una inmensa gritería de júbilo, tropas y moradores se precipitaron en su pos, mientras arreciaban los disparos, hasta que el general Beresford izó una bandera para suspender el fuego, y luego enarboló la enseña española en señal de sometimiento. Un gran clamor la saludó. Beresford abandonó el Fuerte al tiempo que el capitán de fragata

Gutiérrez de la Concha anunciaba a voces: "¡Pena de la vida al que insulte al general inglés!".

El ayudante de Liniers, teniente Hilarión de la Quintana, condujo a este último a presencia de su jefe, ante quien rindió su espada. Es bien sabido que Liniers se la devolvió en mérito a su valiente comportamiento militar. En las primeras horas de la tarde, restablecido el orden, las tropas británicas salieron de la fortaleza con los "honores de la guerra" (formados, armados, con banderas desplegadas y tocando marcha), tras lo cual depositaron sus fusiles y armas blancas en el otro extremo de la plaza, delante del Cabildo.

La formidable empresa de la reconquista se había consumado. La tropa invasora fue distribuida en varios cuarteles, y los oficiales recibieron alojamiento en residencias particulares bajo palabra de no empuñar sus armas. Siete cañones y 1.600 fusiles pasaron a poder de los vencedores, que contaron 200 bajas contra alrededor de 300 de los enemigos.

La heroica jornada del 12 de agosto fue la primera prueba de que el espontáneo ardor bélico de los porteños, adormecido hasta entonces por la falta de estímulo descripta en el capítulo I, se mostraba en los momentos necesarios. Ya habría numerosas ocasiones de ratificarlo. Atrás quedaba, para siempre, la falta de entusiasmo para incorporarse al Ejército, la renuencia en practicar los ejercicios castrenses, la indiferencia ante la conservación de los equipos militares provistos.

De ahora en adelante, muy diferente vendría a ser la conducta de los habitantes del Río de la Plata. A la desidia anterior se impuso la decisión abnegada de ofrecer todo al suelo en que se vivía, sin reservas de ninguna especie, incluyendo la vida. Muchos años de valor y de sacrificios demostraron estas virtudes, y que el culto del coraje fue patrimonio incorporado a la naturaleza de los criollos.

Por lo demás, a los festejos propios de Buenos Aires se agregaron los homenajes que mereció su conducta a la propia metrópoli y al resto de la América hispana. La derrota naval de Trafalgar se equiparaba ahora con la victoria en la capital del Virreinato creado apenas treinta años antes. La capitulación del Ejército de Beresford, que éste suscribió el 17 ante Liniers, selló la suerte de los invasores y rubricó la infatuación legítima de los vencedores, entre quienes desde entonces se afirmó la conciencia de su propio valer militar, con fundamentales consecuencias políticas.

Como primera medida, tan sólo dos días después del triunfo, un Cabildo Abierto fue convocado ante la ausencia del Virrey, para consolidar la situación, y con tal espíritu y bajo la tumultuosa presión popular (¡preanuncio del 25 de Mayo!), fue designado Comandante de Armas de la Capital el héroe del momento, don Santiago de Liniers, quitándole a Sobre Monte su rango militar en la sede de su maltrecha autoridad. Asimismo se formó una Junta de Guerra con la finalidad de proveer "el número de tropas que necesita la ciudad y su costa para resistir al refuerzo que se teme y aún se asegura que esperan nuestros enemigos los ingleses".

El mando político fue asumido interinamente por el regente de la Real Audiencia, doctor Lucas Muñoz y Cubero. El deslucido Marqués, mientras tanto, había organizado fuerzas en Córdoba, que al mando del coronel Santiago Alejo de Allende llegaron a sumar un millar de efectivos, procurando que Liniers lo aguardase para llevar a cabo la empresa que este último ya había consumado con éxito; y debió confirmar en su camino de

regreso (18 de agosto) la autoridad militar de éste. Más aún: conociendo el desfavor del pueblo porteño hacia su figura, Sobre Monte no quiso entrar en Buenos Aires y pasó a la Provincia Oriental, arribando a Montevideo a principios de octubre de 1806. Desde allí se quejó de lo sucedido ante el ministro Godoy. No mejoró su situación el cambio de destino: tampoco Montevideo recibió de buen talante al Virrey, y éste finalmente abandonó la ciudad y se instaló en la cercana villa de Las Piedras. El puerto militar del gran río alistaba por sí mismo sus elementos de defensa.

Era previsible la reacción de la Corona del Reino Unido, cuya flota al mando del comodoro Popham permanecía elocuentemente en las aguas del Plata. Adelantémonos a los sucesos para comprenderlos mejor.

Con refuerzos que le fueron despachados desde la ciudad de El Cabo (2.178 hombres de las tres armas), sir Home Popham ensayó un desembarco en Montevideo el 28 de octubre, que no pudo concretar por el escaso calado del río, y tras un bombardeo lejano e ineficaz, se dirigió a la desembocadura del Plata y tomó por asalto a Maldonado, posesionándose de las baterías de artillería de sus inmediaciones y de la isla Gorriti. Allí quedaron escopeteándolos y vigilándolos elementos de caballería.

Tras disponerse el relevo de Popham por el almirante Stirling, éste condujo una División de refresco de alrededor de 4.000 hombres; otros tantos fueron luego enviados por los ingleses, de lo que a su turno se dará cuenta. Si bien en Buenos Aires y Montevideo no podía conocerse con exactitud la cuantía de esta nueva amenaza, mucho más poderosa que la anterior, no por ello las previsiones del caso dejaron de tomarse de antemano.

En la Capital, la Junta de Guerra para asesorar al Comandante de Armas —al estilo del actual Estado Mayor General— se compuso con los más altos rangos del Ejército: el subinspector general, coronel Pedro de Arze; el mayor general (segundo comandante), coronel César Balbiani; el comandante del Cuerpo de Blandengues, coronel Nicolás de la Quintana; el comandante de Marina del apostadero de Montevideo, capitán de fragata Juan Gutiérrez de la Concha; el sargento mayor de plaza, teniente coronel José María Cabrer; el comandante del Regimiento de Dragones, teniente coronel Agustín Pinedo, y el encargado del Real Cuerpo de Artillería, capitán Francisco de Agustini. Según lo dispuesto, también asistía el superintendente de la Real Hacienda, que desempeñaba interinamente el regente Muñoz.

Una medida de precaución fue enviar la tropa británica prisionera a localidades del Interior, y a sus jefes y oficiales confinarlos en Luján. Allí el general William Beresford volvió a agitar la idea de independencia entre algunos americanos, singularmente Juan Martín de Pueyrredon —se mezcló en las conversaciones secretas el mismísimo Álzaga—; y finalmente con la complicidad de varios de aquéllos, Beresford y su segundo el coronel Dennis Pack fugaron para incorporarse a sus camaradas.

El prestigio del flamante general Liniers (como fue denominado debido a su cargo de Comandante General de Armas) demostró el cambio de actitud del pueblo de Buenos Aires en relación con el servicio militar. Ahora, bajo la presión de una amenaza enemiga concreta, y la confianza en su nuevo conductor, respondió masivamente y con elevado espíritu a la convocatoria que aquél formuló. Ya estaban de vuelta en Montevideo los auxiliares orientales, necesarios allá en previsión de un ataque, y el vecindario de la Capital fue exhortado a formarse en batallones según su procedencia. El 9 de septiembre Liniers expidió un bando comprometedor: “Uno de los deberes más sagrados del hombre es la defensa de la Patria que le alimenta, y los habitantes de Buenos Aires han

dado siempre pruebas de que conocen y saben cumplir con exactitud esta preciosa obligación”.

Llevando a la práctica su convicción, el Comandante de Armas convocó a los pobladores a concurrir en días fijados al Fuerte, “a fin de arreglar los batallones y compañías, nombrando a los comandantes y sus segundos, los capitanes y sus tenientes, a voluntad de los mismos cuerpos”. Como se nota, se trataba de una concepción organizativa innovadora, que no se ajustaba a las normas reglamentadas. Todo hombre en aptitud de combatir debía presentarse “so pena de ser tenido por sospechoso y notado de incivismo”.

De tal modo, en las sucesivas jornadas, quedaron conformadas las nuevas unidades de acuerdo con los orígenes de sus integrantes, adoptándose el tradicional nombre de Tercios para las compuestas por “españoles europeos”: Cantabros (vizcaínos y asturianos), Gallegos y Andaluces. Los cuerpos de los “españoles americanos” fueron, en primer término, el de Patricios, con los numerosos hijos de Buenos Aires, y el de Arribeños, con los de las provincias del Norte. Además revistaban otras fuerzas de Infantería: los Granaderos, e Indios, Pardos y Morenos (castas). La Artillería mezclaba criollos y peninsulares, y tomó el ajustado título de Patriotas de la Unión, siendo sostenida por el Cabildo (como se sabe, sólo los reducidos cuerpos veteranos percibían haberes, costeándose a sí mismos los milicianos). La Caballería se dividía en tres escuadrones de Húsares del Rey, uno de Cazadores de la Reina, dos de Migueletes y Carabineros, y otro de Quinteros (hombres de los suburbios). Más adelante se indicarán sus jefes y el número de hombres de cada formación.

En verdad, era un nuevo Ejército. El que sirvió, luego de 1810, a la causa de la independencia nacional, bajo otra motivación y modificando su estructura, pero habiendo nacido básicamente por acción de Liniers en 1806. ¡Curiosidad de la Historia!: lo que se convertiría en el Ejército Nacional fue creado por un marino, para sostener los intereses de una monarquía contra la cual los acontecimientos lo tornarían en adversario...

Las tropas así formadas no tardaron en convertirse en unidades combatientes, ejercitándose en las evoluciones y uso de las armas. Sus uniformes, que rivalizaban en lujo, fueron costeados generosamente por donativos, suscripciones y empréstitos, mediante la apelación al patriotismo de los habitantes de la Capital y las provincias. El esfuerzo financiero fue inmenso, si se calculan los sacrificios realizados por un vecindario y un erario público gravemente afectados por la reciente invasión extranjera. La pólvora vino de Perú y de Chile. Y era mucho lo que había que hacer: levantar fortificaciones, reparar y fabricar armas blancas y de fuego, acondicionar cuarteles, instruir militarmente a los reclutas. Para esto último se realizaban maniobras a las cuales concurría una inmensa cantidad de público, satisfecho por la mejora en las evoluciones y descargas que preanunciaban un eficaz desempeño cuando llegase la hora de la prueba. El jefe de uno de los escuadrones de caballería, don Martín Rodríguez, recordaría: “Puede asegurarse que a los tres meses después de la creación de estos cuerpos, podían ellos competir con las mejores tropas de Europa en su disciplina y maniobras”.

Y el comandante de la Legión de Patricios Voluntarios Urbanos, don Cornelio de Saavedra, agrega que a los “continuados ejercicios doctrinales concurrían todos gustosos”. En cambio su sargento mayor don Manuel Belgrano indica que “ni la disciplina ni la subordinación era lo que debía ser”, explicando que la gente *paisana* “decía con mucha gracia que para defender el suelo patrio no había necesitado de aprender a hacer posturas ni figuras en las plazas públicas para diversión de las mujeres ociosas”... Pero allí

estaban, marcando el paso. En comunicación de Liniers dirigida al emperador Napoleón se ponderó la resolución de estas tropas improvisadas que iban haciendo crecer la seguridad depositada en ellas:

Los primeros servicios que había hecho a esta ciudad me adquirieron la confianza de sus habitantes, de lo que me aproveché para hacerlos capaces de defenderse contra todos los esfuerzos que la Gran Bretaña hacía para vencerlos, sosteniendo sin cesar su entusiasmo con proclamas.

No faltaba mucho para el enfrentamiento, toda vez que la Corte inglesa procedería a aumentar sus envíos al Plata con una nueva División que condujo el almirante Murray, con otros 4.000 hombres. Se sumaron a la flota del almirante Stirling en los últimos días de 1806, cuando en Londres se recibió la noticia de la reconquista de Buenos Aires.

En octubre de ese año —según un informe firmado por el general Liniers el 18 del mes— el ejército de Buenos Aires contaba con los siguientes efectivos, nombrándose como merecen sus jefes: veteranos: Real Cuerpo de Artillería (José María Pizarro) con 190 plazas y 455 agregados a la artillería “volante”, y Granaderos del “Fijo” de Infantería (José Piris) con 65. Milicias de Infantería: Granaderos (Juan Florencio Terrada), 130; Legión Patricia, jefe y comandante del 1º Batallón (Cornelio de Saavedra), 2º Batallón (Esteban Romero), 3º Batallón (José Domingo de Urien), 1.448; Tercio de Cantabros (Prudencio Murguiondo), 749; Tercio de Galicia (Pedro Antonio Cerviño), 457; Tercio de Andalucía (José Merelo), 535; Tercio de Montañeses (José de la Oyuela); Batallón de Buenos Aires (José Olaguer Reynals), 162; Batallón de Arribeños (Juan Pío de Gana), 475; Batallón de Castas (Manuel Ruiz), 898, y 162 jóvenes agregados. El Regimiento de Artillería de la Unión (Gerardo Esteve y Llach), 395. En cuanto a la Caballería veterana, estaba compuesta por los Dragones de Buenos Aires (Florencio Núñez), 40 hombres; y Blandengues de la Frontera (Esteban Hernández), 400. La caballería miliciana: Húsares del Rey, 1º Escuadrón (Martín Rodríguez, por haber sido enviado su organizador, Pueyrredon, a España), 166; 2º Escuadrón (Lucas Vivas), 161; 3º Escuadrón (Pedro Ramón Núñez), 164; 4º Escuadrón de Cazadores (Diego Herrera), 157; Escuadrón de Migueletes (Alejo Castex), 73; otro de Carabineros de Carlos IV (Benito Rivadavia), y uno más de Quinteros (Antonio Luciano Ballester). A estos elementos locales se incorporaron el Regimiento de Blandengues de Colonia (Benito Chain) y 600 hombres de Caballería de Paraguay (Bernardo de Velasco).

Ello hacía un total de 7.883 plazas, y es de hacer notar la preponderancia de los voluntarios sobre las fuerzas regulares, buena demostración de la determinación de luchar de los pobladores. Un rasgo curioso es el ofrecimiento que el 22 de diciembre de 1806 harían diez caciques indios —por medio de intérprete— al Cabildo:

Os ofrecemos nuevamente reunidos todos los grandes caciques, hasta el número de 20.000 de nuestros súbditos, todos gentes de guerra y cada cual con 5 caballos: queremos ser los primeros en combatir a esos colorados que parece aún os quieren incomodar.

Lo que fue cortésmente declinado: “Por ahora no hay motivo para que os incomodeis”... Luego de lo cual el Alcalde de primer voto don Francisco de Lezica abrazó a los

caciques. El día 29 se repitió el ofrecimiento por otros cinco caciques, para colaborar con cerca de 10.000 “soldados” “bien armados de chuza, espada, bolas y honda con sus coletas de cuero”. Tampoco, prudentemente, se los aceptó esta vez. Resta añadir que, en compensación, algunos soldados de Beresford desertaron y se alistaron entre las tropas de Buenos Aires, muchos de ellos por ser irlandeses católicos.

Los refuerzos británicos habían aumentado considerablemente al Ejército que iba a intentar otra vez apoderarse del Virreinato del Río de la Plata. Sucesivos envíos bajo el comando de competentes generales llegaron a contar un total de 12.565 hombres para el asalto final, con el propósito, esta vez, “que la provincia de Buenos Aires quede bajo la autoridad de Su Majestad”. La idea de colaborar con la independencia de los sudamericanos quedaba postergada.

Antes que contra Buenos Aires, la ofensiva se llevó en la Provincia Oriental.

Aquí estaba el virrey Sobre Monte con los 2.550 efectivos entre los conducidos desde Córdoba y aumentados por porteños y paraguayos, acampado en Las Piedras ante la repulsa de Montevideo. En la capital de esta gobernación revistaban 5.500 hombres bajo el mando del brigadier Ruiz Huidobro.

En los primeros días de 1807 comenzaron las operaciones bélicas.

Primero fue Montevideo, para aprovechar la escuadra, lo que Popham y Beresford no habían podido utilizar debido al escaso calado de la costa de Buenos Aires. El 16 de enero el general sir Samuel Achmuty desembarcó en las playas del Buceo 5.500 hombres de tropa con 6 cañones, sin que las tropas del coronel Allende pudieran estorbarlo pese a hallarse sobre unas alturas, y tres días más tarde se dirigió hacia la ciudad. El almirante Stirling hizo conducir por su marinería otras piezas de artillería. Los defensores alcanzaban asimismo unos 3.500 efectivos de los siguientes cuerpos: cuatro compañías del Regimiento Fijo, otros varios batallones de milicias de Infantería (entre los cuales los Cazadores de la Reina mandados por el mayor Nicolás de Vedia), tres escuadrones de Dragones de Buenos Aires, 180 artilleros veteranos y un batallón de milicias de la misma arma, marinería y corsarios franceses. A pedido del Cabildo local ante el fracaso de Sobre Monte para oponerse al desembarco británico, el Cabildo de Buenos Aires envió un refuerzo conducido por el Subinspector del Ejército de la Capital, coronel Pedro de Arze, consistente en 500 soldados: 108 veteranos del Fijo, 325 blandengues, y 78 dragones, quienes desembarcaron al oeste de Colonia para encontrarse sin caballada ni víveres. El marqués de Sobre Monte, enterado, dispuso que Arze se le incorporara en Las Piedras en lugar de marchar a Montevideo, lo que el Subinspector no acató, llegando a destino en la noche del 1º de febrero de 1807, el día previo al asalto británico.

También se movilizaba el general Santiago de Liniers, al frente de otros 1.500 hombres, con órdenes expresas del Cabildo porteño de moverse “con absoluta independencia de otra cualquier autoridad”... Habían sido tantos los voluntarios, que aquél movilizó a destacamentos de cada cuerpo. Algunos fueron de considerable número, como el 3º Escuadrón de Húsares y 600 patricios comandados por el propio teniente coronel Cornelio de Saavedra, jefe de la Legión. Llegaron a Colonia en la tarde del 2 de febrero, y pese al aviso anticipado a Sobre Monte, el Virrey tampoco había previsto su recibo. Se dispusieron a marchar por los medios que hallasen, ante la noticia de Ruiz Huidobro de que los ingleses habían abierto a cañonazos una brecha en las murallas de Montevideo.

En efecto: el 19 de enero el general Achmuty había emprendido camino hacia la ciudad, derrotando una columna que el marqués de Sobre Monte envió a órdenes de Allen-de para impedirlo. Uno de los oficiales ingleses escribió: "El enemigo era mandado por el marqués de Sobre Monte, virrey de la provincia, un oficial que no se destacaba ni por su valor personal ni por su talento militar".

Desde aquella también salieron para atacar al invasor 2.362 hombres bajo el mando del brigadier de Ingenieros Bernardo Lecoq, quienes sufrieron otro contraste a manos de los extranjeros al día siguiente. La División británica estableció campamento en los terrenos aledaños de la Aguada y se dispuso al asalto antes de que los sitiados recibieran refuerzos de Buenos Aires.

Comenzó el bombardeo el 25, desde tierra y con el apoyo de la escuadra. El fuego continuó hasta el 2 de febrero, en que quedó abierta la brecha ya aludida.

Esa misma noche sir Samuel Achmuty ordenó el ataque general, librándose el combate en una oscuridad quebrada por los disparos de infantes y artilleros de ambos bandos. Por último, próximo al amanecer, el gobernador Ruiz Huidobro cayó prisionero al penetrar los invasores al recinto urbano. La última resistencia, en la ciudadela, recibió orden de éste de rendirse. Fueron numerosos los caídos de uno y otro Ejército, siendo prisioneros los refuerzos porteños. Quien fuera designado gobernador de la plaza luego de ser ésta tomada, escribió a un amigo de Inglaterra: "Esta gente no es la raza afeminada que hay en España: al contrario, son feroces y sólo necesitan disciplina para hacerlos formidables". Y en el Parlamento de Londres el ministro de Guerra ponderaría:

El mérito de nuestros soldados fue en mucho aumentado por la valerosa defensa hecha por los contrarios. De la misma manera que esta poderosa resistencia exalta la gloria de la conquista, abrigo la esperanza de que el valor demostrado por las tropas españolas inspirará a sus compatriotas en Europa a mostrar un espíritu parecido para resistir al común enemigo.

La falta de movilidad impidió que Liniers y su columna corrieran igual destino que los hombres llevados antes por el coronel Arze. Dispuesto su retorno a Buenos Aires ante la noticia de la derrota, el teniente coronel Saavedra tuvo la inspiración de retirar del almacén de artillería de Colonia los efectos allí depositados, de que precisaría la Capital para defenderse adecuadamente; y pese a la oposición del comandante de la villa, los embarcó para conducirlos. A poco el puerto de aquella fue bloqueado por tres corbetas inglesas, y la última remesa de cuatro cañones debió ser transportada por Entre Ríos. Días después Colonia caía en poder de los británicos.

Los sucesos desenvueltos en la Provincia Oriental produjeron inmensa conmoción en Buenos Aires, cuya población había "clamado" por ir a recobrar Montevideo. Como primera medida de seguridad los oficiales aquí prisioneros fueron despachados hacia el Interior —cual antes lo fueran sus subalternos—, y antes de seguir esta suerte, escaparon hacia Montevideo el general Beresford y el coronel Dennis Pack (según se adelantó páginas atrás). En esa ciudad permaneció dicho General hasta fines de marzo, rechazando el ofrecimiento de sus camaradas para comandar el nuevo ataque a la Capital, y cuando partió rumbo a Inglaterra se despidió del Alcalde porteño Álzaga asegurándole: "Si saben otra vez de mí, será por lo que yo me empeño en hacer lo que considere los hará

prósperos y felices". El proyecto que lo moviera inicialmente hacia Sudamérica había cobrado nueva vida tras su derrota.

Con todo, las consecuencias derivadas de las ulteriores operaciones británicas desenvueltas en la vecina orilla, precipitaron la búsqueda de efectos inmediatos, hasta alcanzar ribetes de una auténtica revolución.

Un renovado Cabildo —su composición se elegía todos los 1º de enero, y en 1807 había sido designado Alcalde de primer voto don Martín de Álzaga, como arriba se indica— impulsó el pensamiento de destituir al virrey Sobre Monte, citado a Junta de Guerra para proceder a ello por "imperito en el arte de la guerra e indolente en clase de gobernador". El acta capitular del 6 de febrero asienta que "un gran número de pueblo" había expuesto "que teniendo por perjudicial la subsistencia del señor marqués de Sobre Monte en el mando de estas provincias, se le remueva y separe enteramente, y se asegure su persona para que no embarace ni incomode".

Esta idea cobró inmediato y amplio eco, y no obstante la repugnancia de la Real Audiencia, el día 10 tuvo lugar un Cabildo Abierto para resolver al respecto. En las calles menudeaban gritos de repudio y vivas a la libertad y a la República... Tras varias opiniones coincidentes, dicho Congreso decidió "que el predicho señor marqués de Sobre Monte debe ser suspendido por ahora de todos los cargos", con más la incautación de sus papeles. Una comisión encabezada por un Oidor de la Real Audiencia y seguido por dos regidores del Cabildo, acompañados por dos compañías de Infantería y una de Caballería, procedieron a detenerlo una semana después en la Banda Oriental, quedando confinado días después en la quinta de los padres betlemitas en Buenos Aires. Las tropas porteñas impidieron cualquier intento de resistencia de parte del caído Virrey, quien no dejó de responsabilizar al alcalde Álzaga de lo sucedido, calificándolo de "hombre de genio inquieto, uno de los primeros motores de la insurrección".

Las resoluciones se complementaron con la asunción de Liniers de la comandancia de todas las fuerzas militares del Virreinato, como su capitán general, y la autoridad política por parte de la Real Audiencia, hasta la determinación ulterior de la Corona española. Conviene añadir —para no cortar el relato— que desde el palacio real de Aranjuez dispuso el Gobierno confirmar el cese de Sobre Monte y encargar provisoriamente el Río de la Plata al gobernador militar de Montevideo, Pascual Ruiz Huidobro, quien lo seguía en jerarquía; mas como este último estaba prisionero, quedó el propio Liniers como virtual Virrey interino por decisión de la Audiencia. Este último había sido promovido a brigadier el 3 de marzo. Todo ello sería conocido en Buenos Aires el 29 de junio, y el mando político y militar le fue conferido al día siguiente.

El hecho narrado debe ser medido en su verdadera importancia, teniéndose en cuenta el marco institucional en que se produjo: era el desconocimiento de la voluntad del monarca, y la designación de quien suplantaría a su representante por voluntad de la comunidad política local, presionando a las autoridades constituidas.

Se reafirmó el espíritu bélico enviándose para posesionarse de Colonia al coronel Javier Elío, recién llegado de Europa, al mando de compañías de Patricios, Catalanes y Castas, las cuales fueron conducidas hasta las cercanías por un convoy dirigido por el capitán de fragata Gutiérrez de la Concha. El sorpresivo ataque de Elío durante la noche del 22 de abril, fracasó; y no obstante haber aumentado sus fuerzas con milicias orientales, el coronel Pack volvió a derrotarlo el 7 de junio en las proximidades (San Pedro). El jefe inglés declaró en su parte que "la infantería, a mi asombro, quedó firme hasta que lle-

gamos a pocos pasos": allí fue muerto el capitán José de Quesada, al frente de los Patrios, quien combatió heroicamente y fue enterrado por los ingleses empuñando su espada. Tras su fracaso, el coronel Elío regresó a Buenos Aires con la cuarta parte de las tropas que había comandado. Si bien valiente, este jefe se hizo notar en éstos y los siguientes sucesos, como fanfarrón e incompetente.

El 15 de junio arribaron a Montevideo los últimos refuerzos británicos (4.738 hombres y 18 cañones) conducidos por nueve buques de guerra, bajo el mando del general Craufurd. El almirante Murray se puso al frente de la escuadra, quedando el almirante Stirling como segundo.

Era lo que esperaba el teniente general sir John Whitelocke, designado comandante en jefe del Ejército que debía apoderarse de Buenos Aires, para cumplir su cometido. Contaba para ello con 9.038 efectivos, entre los cuales dos regimientos de caballería —no montados en su totalidad— y tres baterías de artillería de campaña.

Tres brigadas integraban el Ejército que defendería a Buenos Aires, al mando de los coroneles César Balbiani, Bernardo de Velasco y Javier de Elío, más una reserva a cargo del capitán de navío Juan Gutiérrez de la Concha. Sumaban en total unos 7.000 hombres, lo cual, si era una cifra ligeramente inferior a la de sus atacantes, se compensaba por cuanto para el asalto de una posición fortificada es preciso contar con mayor número de combatientes que quienes los resisten al amparo de sus bastiones. Aunque bueno es también advertir que tan sólo 300 eran los veteranos, ya que la mayor parte de éstos habían caído o sido prisioneros en la otra margen del Plata. El 24 de junio el Ejército de Buenos Aires fue revistado en la Plaza Mayor por el general Santiago de Liniers.

Cuatro jornadas más tarde la vanguardia enemiga desembarcó sin oposición en la ensenada de Barragán, y el día 30 estaba toda la fuerza británica en los terrenos donde hoy se halla emplazada la ciudad de La Plata, a 65 kilómetros de Buenos Aires. Cruzando un terreno pantanoso y atravesado por arroyos, vigilados y tiroteados por el Regimiento de Húsares encabezado por el teniente coronel Martín Rodríguez, los invasores estuvieron el 2 de julio en Quilmes. Una lluvia se desató con violencia, lo que no impidió que la Escuadra se aproximara a la Capital para operar en conjunción con las tropas de tierra.

El día anterior Liniers había salido de Buenos Aires en medio del entusiasmo de sus habitantes, al frente de su Ejército, para oponerles resistencia en campo abierto: es evidente que no había asimilado la experiencia de lo sucedido en la Provincia Oriental a quienes se enfrentaron con las tropas británicas en terreno descubierto... Para peor, tendió su línea de batalla con el Riachuelo a sus espaldas, guardando el puente de Gálvez que le diera paso, sin aprovecharse de este obstáculo natural.

Los británicos marchaban de acuerdo con la siguiente formación: la vanguardia al mando del general Levinson Gower, con dos brigadas a cargo de los generales Craufurd y Lumley; el centro donde se hallaban los generales Whitelocke y Achmuty, y la reserva que los seguía bajo el comando del teniente coronel Mahon; más diez cañones de tren volante y un obús. Advertido de la posición de Liniers, el jefe de vanguardia Levinson Gower realizó un movimiento que le permitió flanquearlo, vadeando el Riachuelo por el paso de la noria o de Burgos y dirigiéndose para acampar en los corrales de Miserere. El general Liniers, notando la maniobra enemiga, repasó el Riachuelo y se adelantó con su

ala izquierda (División Velasco), llegando a la zona en horas de la tarde. El resto de sus tropas quedó atrás.

Oscurecía el 2 de julio cuando se empeñó el combate. Liniers contaba con once cañones y los batallones Fijo, Vizcaínos, Arribeños, y dos compañías de Miñones, más el Regimiento de Blandengues y otros dos escuadrones de caballería miliciania. El general Craufurd los cargó a la bayoneta y produjo la derrota de la fuerza del coronel Velasco, dividida en dos alas que se dispersaron por el campo. El propio general Liniers quedó cortado de ella y perdido en la noche.

Empero, dos circunstancias salvaron a la indefensa ciudad de caer en las manos enemigas: ante todo, la detención de la brigada de Craufurd en los suburbios de Buenos Aires —bien sea por prudencia o por órdenes de Levinson Gower—, y luego porque las Divisiones de Elío y de Balbiani no se empeñaron en la lucha, retrogradando desde sus posiciones hasta el centro urbano. En esta plaza había quedado, a causa de una contraorden recibida al momento de salir a campaña, el 2º Batallón de Patrios, acantonado en Barracas "a esperar a los bretones", según expresión de su comandante Esteban Romero. Lo positivo es que, alumbradas casas y calles de acuerdo con una determinación anterior, la luz sirvió de faro para las tropas españolas que retornaron paulatinamente, bien que cansadas y en desorden, abandonando muchas piezas de artillería.

En tales circunstancias adversas no decayó el espíritu, y en el Cabildo se tomaron algunas medidas para sobreponerse a la situación, siguiendo el ejemplo del enérgico alcalde Álzaga, el cual —refiere un testigo— encabezó los trabajos, "tomando en sus manos primero que otro alguno la azada, principió a abrir la tierra". Otro destacado vecino diría de él que "es acreedor se le haga capitán general porque, a la verdad, su espíritu y disposición hicieron que esta ciudad no fuese tomada". Ante todo se recibieron a los Húsares de Rodríguez y a los Granaderos de Juan Florencio Terrada, que ingresaron sin haberse desbandado, los cuales ejercieron la vigilancia adelantada. Mientras, a toda prisa, se cavaban trincheras reforzadas con bastimentos en torno de la Plaza Mayor, colocándose los cañones que fueron traídos de las posiciones sobre la costa y los suburbios. Gradualmente volvieron a la ciudad los dispersos del Ejército, quienes, tras descansar en sus casas, en la jornada siguiente se reconcentraron en sus cuarteles.

Al mediodía siguiente el general Levinson Gower intimó capitulación, que fue rechazada por el Cabildo en nota firmada por el coronel Elío.

El propio Liniers llegó el 3 de julio, al frente de una columna de cerca de 1.000 hombres que se le habían incorporado, más una docena de piezas de artillería. Con él a la cabeza, las tropas organizaron convenientemente la defensa, instalando cantones en diversos puntos, fortificando el entorno del centro de Buenos Aires. De su lado, a las tres de la tarde pudo sir John Whitelocke reunirse con su División de vanguardia en Miserere, en medio de un copioso aguacero que detuvo su ofensiva. El asalto a la Capital, previsto para el día siguiente, fue diferido para impartir convenientemente las instrucciones a las columnas de ataque.

El 5 de julio comenzó la batalla por Buenos Aires.

El plan del general Whitelocke fue distribuir al Ejército británico en dos Divisiones, que avanzaron desde donde hoy se levanta el palacio del Congreso Nacional, a poca distancia de los corrales de Miserere. El ala derecha de sus fuerzas a órdenes de Craufurd debía dominar la zona aledaña al convento de Santo Domingo, en el barrio de San Telmo; el ala izquierda de sir Samuel Achmuty tomar hacia la Recoleta y apoderarse de la

plaza de toros en El Retiro, posición fortificada. El centro del avance sería cubierto por las columnas extremas de aquellas dos, convergiendo todos sobre el núcleo de la defensa. La velocidad de los soldados era indispensable: "Todos irán con las armas descargadas y bajo ningún pretexto se permitirá hacer fuego", rezaban las instrucciones. Whitelocke creyó, sin duda, que sólo se enfrentaría con las tropas españolas derrotadas dos jornadas atrás, sin prever la determinación de los porteños, sin distinción alguna, de lo que dio cuenta después, al juzgarse su conducta:

No hay un solo ejemplo, me atrevo a decirlo, que pueda igualarse al presente, en el cual sin exageración cada habitante, libre o esclavo, combatió con una resolución y pertinacia que no podría esperarse ni del entusiasmo religioso y patriótico ni del odio más inveterado e implacable.

Eran 6.128 los soldados británicos que estaban listos a dominarlos.

Para comprender mejor lo que siguió es preciso atender a cada situación separadamente.

La División de la izquierda chocó con los defensores del terreno de El Retiro que mandaba el capitán de navío Gutiérrez de la Concha, librándose furiosa lucha en torno de la plaza de toros. Guarnecían este costado de la ciudad el Tercio de Galicia, infantería de Marina, 80 patricios y artilleros, con un total de 600 hombres. Tras combatir duramente, quedaron envueltas estas tropas, resolviéndose romper el cerco del edificio mediante un ataque a la bayoneta: los primeros en salir, al mando del capitán Jacobo Adrián Varela, lograron su intento; pero advertidos los enemigos, recibieron con una descarga cerrada a la segunda oleada, cayendo muerto su jefe el teniente de navío Cándido de Lasala. El remanente, encabezado por Gutiérrez de la Concha, se rindió para evitar una masacre inútil. Las fuerzas británicas, hostigadas continuamente, continuaron hasta posesionarse del convento de las Catalinas, y sus avanzadas llegaron hasta la esquina de la manzana del convento de La Merced, donde fueron detenidas por el fuego que les hizo el Batallón de Arribeños. Por el bajo de la costa se libraban otros encuentros, impidiéndose proseguir la marcha enemiga, como sucedía asimismo en su ala del centro, rechazada sangrientamente desde la iglesia de San Miguel por los Patricios.

Por la derecha de la ciudad la división de Craufurd ocupó sin esfuerzo el edificio de la Residencia en San Telmo y el convento de Santo Domingo. Mas a su vez sus alas del centro fueron destrozadas por la fusilería del Batallón de Patricios mandado por Saavedra y su segundo el teniente Juan José Viamonte, al torcer hacia la Plaza Mayor, dejando alfombradas de cadáveres las calles próximas al colegio de San Carlos que les servía de cuartel a aquéllos. Los Patricios persiguieron al invasor hasta la casa de la "Virreina Viuda" (la del virrey Joaquín del Pino), donde se atrincheraron, hasta que tuvieron que entregarse tras tenaz cambio de disparos: "Parece exagerado decir que por los caños de la azotea corría la sangre a la calle, pero así sucedió", dejó asentado el comandante Martín Rodríguez. Lo mismo ocurrió en el convento e iglesia de Santo Domingo, rendido bajo el fuego del Tercio de Cantabria a órdenes del teniente coronel Pedro Andrés García. Aún hoy se mantienen en la fachada y torre izquierda de la iglesia, las señales del cañoneo dirigido contra ella por los defensores de la ciudad.

Así concluyó la primera jornada de la defensa, cuando cayó la noche. Los británicos sólo conservaban la zona de El Retiro al norte y la Residencia cerca de Barracas al sur,

y su intento les había costado 2.809 bajas entre muertos, heridos y prisioneros de los españoles: casi la mitad de quienes iniciaron la batalla.

Al día siguiente se reanudaron las acciones, también desfavorables a las tropas de Whitelocke cuando las empeñó nuevamente para revertir la situación. Importantes pérdidas le costó el intento. Las bajas del Ejército de la Capital se calculan en 600 hombres, más 700 capturados por los atacantes. Por fin Whitelocke se decidió a capitular. lo que se concertó el 7 de julio.

Como consecuencia de ello el Ejército inglés y la Escuadra que lo había transportado abandonaron el Río de la Plata, no solamente la margen porteña sino también su banda oriental, ya que Montevideo, Colonia y Maldonado fueron puntos comprendidos expresamente en el convenio, por insistencia del alcalde Álzaga. Los prisioneros de ambos bandos debían ser devueltos (los tomados en Montevideo por Achmuty habían sido enviados a Gran Bretaña como represalia por la internación de los oficiales ingleses en las provincias del Interior). Antes de zarpar de Buenos Aires, el general Liniers obsequió dignamente a los jefes que había derrotado, y con toda solicitud se encargó de que fueran debidamente atendidos sus heridos. Al igual que antes sir William Beresford, en esta nueva oportunidad también el teniente general John Whitelocke no dejó de ponderar el buen trato recibido por sus hombres, lo mismo que hicieron muchos de sus subordinados. La evacuación final se produjo el 9 de septiembre.

Las consecuencias del triunfo porteño fueron muchas e importantes; ya se indicará en el próximo capítulo lo arinente al aspecto político de fondo. Y dejando de lado los festejos y las congratulaciones recibidas de los territorios aledaños (Alto Perú, Chile), debe señalarse que don Santiago de Liniers fue ascendido a Mariscal de Campo y confirmado como Virrey (3 de diciembre), lo que se supo en Buenos Aires el 8 de mayo de 1808, cuando graves sucesos tenían lugar en la Península, según se verá luego.

Por lo pronto, el justamente orgulloso pueblo porteño cobró conciencia de su capacidad militar, pero alejado el peligro inmediato, resurgió la indolencia de los habitantes del Río de la Plata por continuar adiestrándose como soldados: quedaba demostrado, a su criterio, que la enseñanza recibida era suficiente. Desde otro punto de vista, la confianza en sí mismos que alimentaban los vecinos de Buenos Aires, corría pareja con su desdén hacia los soldados regulares enviados desde España, cual lo refleja un oficio del Cabildo el 1º de agosto de 1807:

¿Qué podía esperarse de unos jefes que en lo menos que han pensado toda su vida ha sido en arreglar sus regimientos y en sujetarlos a la disciplina? La verdad es que jamás hemos visto una parada, y así han ido todas las cosas del servicio. ¿Qué se podía esperar de los oficiales subalternos, que a excepción de uno u otro muy raros, los demás han hecho su carrera en el pasatiempo, el juego, el baile, el paseo, sin contraerse aún por momentos a nada de lo concerniente al servicio? ¿Qué podíamos, por fin, esperar de unos hombres que tienen tanto esmero en sus regimientos que el Fijo de Infantería sólo cuenta hoy 72 soldados de servicio, y para éstos hay 94 oficiales; que el de Dragones cuenta con otros tantos soldados que aquél, poco más o menos, y mayor número de oficiales, sucediendo lo mismo con el de Blandengues? Éstos son malos servidores, infames vasallos, que es preciso cuando menos

retirarlos a Europa y sacarlos de la molicie en que se hallan, ajena a su instituto, y de la cual redundan tantos males al Estado y a la Patria.

Lo transcripto no es más que una de las tantas manifestaciones que comenzaron a hacerse públicas luego de las Invasiones Inglesas, y que elocuentemente reflejaban el antagonismo ahora aflorado entre peninsulares y criollos.

Un campo novedoso de acción iba a extender el protagonismo de los cuerpos militares de Buenos Aires, con efectos perdurables: el político. Puesto que era evidente que el nuevo Ejército de la Capital se transformaba en forma decidida en un factor de poder, de manera incontrarrestable.

CAPÍTULO III

La intervención en política

LA IDEA DE INDEPENDENCIA. ASONADA DE ÁLZAGA. REORDENAMIENTO DEL EJÉRCITO. LOS SUCESOS DE MAYO DE 1810. LA PRESIÓN MILITAR Y LA PRIMERA JUNTA.

Tras la presencia británica en el Río de la Plata se acentuó en forma acusada la tendencia que reconocía un antiguo origen: el antagonismo entre las estirpes de viejo cuño en América y los funcionarios que llegaban al Nuevo Mundo con posterioridad al arraigo de aquéllas. Esta actitud no había dejado de esconder lo que se iba imponiendo como una necesidad para muchos, cual era la separación de las colonias de su metrópoli.

Sin entrar a detallar la evolución de lo dicho, sino en cuanto afecta a sus resultados con la participación militar en éstos, debe señalarse que desde finales del siglo XVIII, y sobre todo a partir de la Revolución Francesa, una corriente de ideas proclive a la independencia veníase afirmando entre numerosos sudamericanos. No faltaron proyectos sediciosos, si bien esporádicos y poco desarrollados, e incluso un plan del mismo Conde de Aranda para la creación de tres Reinos en el Imperio español: Nueva España (México), Costa Firme, y Perú, en época de don Carlos III. Años después el primer ministro Godoy propuso a Carlos IV establecer a Infantes como príncipes regentes en vez de los virreyes, gobernando con Senados compuestos por mitades entre peninsulares y americanos, "reconocida con sobradas pruebas la edad de adolescencia a que eran ya llegados los habitantes de América, gente moza que no sabría sufrir las envolturas y fajas de la infancia", como explicó en sus *Memorias*. Lo dicho no era desconocido en Europa, y el venezolano Francisco de Miranda se convirtió en el principal portavoz de estas aspiraciones ante el Gobierno de Londres, cuyo apoyo consideraba indispensable para la empresa.

La expedición de Popham y Beresford en 1806 estuvo alentada por tal objetivo, si bien luego desvirtuado por imperio de las circunstancias; pero también es cierto que las conversaciones del segundo de éstos en Buenos Aires movió a muchos de sus contertulios a convencerse de su urgencia, en un impulso irrefrenable. La rivalidad creciente entre criollos y peninsulares, latente y afirmándose con el transcurso del tiempo y de los sucesos, dio fuerza a la idea, y son varias las confirmaciones documentales que muestran a ciertos personajes del Buenos Aires de entonces, enrolados en la corriente que tendía a romper con la dependencia del Gobierno español. Numerosas piezas escritas por americanos y por británicos —de ambos lados del Atlántico— permiten afirmar que aumentaba el número de los precursores del movimiento emancipador; lo que no era, por cierto, desconocido entre los gobernantes hispanos. Ya al mes siguiente a la Defensa (4 de agosto de 1807), el general Liniers escribió a Godoy, príncipe de la Paz, aludiendo a "las críticas circunstancias que forzosamente habían relajado los resortes de la legislación y

de la subordinación". En 1809 estallarí en el Alto Perú un golpe de Estado que no por haber sido dominado, dejó de revestir elocuente significación.

En medio de tales tensiones se halló, sin quererlo, el virrey Liniers, quien se convirtió en un factor fundamental del desencadenamiento de sucesos que no pudo controlar y que lo conducirían a la muerte, como también a su ocasional rival Álzaga.

Sobre este telón de fondo se desarrollaron los acontecimientos de los que se pasa a dar cuenta, y que dieron origen a nuestra Nación.

El 23 de julio de 1807 una Junta de Guerra dispuso economías en el Virreinato, que afectaban el equilibrio militar entre batallones criollos y tercios peninsulares: sólo percibirían retribución la Legión de Patricios de Infantería y el Regimiento de Húsares de Caballería. Dos opiniones contemporáneas son significativas: la de don Lucas José Obes, al aludir a que "los batallones europeos rivalizaban de mucho antes con los patricios", y del teniente coronel Cornelio de Saavedra, jefe del primer cuerpo mencionado, cuando recordó que los oriundos de España, "acostumbrados a mirar a los hijos del país como a sus dependientes y tratarlos con el aire de conquistadores, les era desagradable verlos con las armas en la mano". Este último ratificó públicamente, en manifiesto impreso el 30 de diciembre del mismo año, un desafiante parangón: "que realzando el mérito de los que nacimos en Indias, convence a la evidencia que sus espíritus no tienen hermandad con el abatimiento, que no son inferiores a los europeos españoles, que en valor y lealtad a nadie ceden".

El siguiente año 1808 generó el eslabonamiento de hechos que llevó al desenlace definitivo en la América hispana.

El hecho originante comenzó en el palacio real de Aranjuez, cuando el monarca don Carlos IV se vio forzado por un tumulto a abdicar a favor de su hijo mayor, debido al descrédito que reflejaba en la Corona la política del ministro Godoy, virtualmente el jefe del Gobierno, proclive a subordinar los intereses del Estado español a las directivas del Emperador de los franceses. En el mes de marzo asumió el trono Fernando VII. Napoleón no se resignó a perder su control sobre la Península, y en la entrevista con la familia real española en Bayona provocó la devolución del poder real por parte de Fernando a su padre Carlos (6 de mayo), y finalmente la renuncia de éste al trono en beneficio de José Bonaparte, hermano del todopoderoso Emperador (7 de junio).

La violación del derecho dinástico y la usurpación de la Corona ocasionó el repudio generalizado de los españoles. José I fue considerado un simple intruso; y confinado en Francia el deseado rey legítimo, Fernando VII, se estimó que el Gobierno estaba acéfalo, ya que no vacante. En tal situación se había producido en Madrid un levantamiento contra las tropas francesas, el 2 de mayo, que no obstante haberse reprimido, dio comienzo a lo que los españoles denominan "guerra de independencia", siendo que en realidad debe considerarse como una lucha por la *soberanía*, desde que España estaba separada de Francia aunque subordinada a ésta. El 19 de julio se libró en Andalucía la exitosa batalla de Bailén (tras la cual nuestro José de San Martín fue ascendido a teniente coronel). La acefalía antedicha movió a la constitución de Juntas locales que enviaron sus diputados al organismo que se llamó Junta Central Gubernativa del Reino, a nombre de Fernando VII, instalada en Aranjuez el 25 de septiembre de 1808. Tal autoridad fue acatada como legítima en "Indias".

Los hechos reseñados tuvieron directa relación con lo sucedido en América, sin cuya narración no podrían comprenderse los acontecimientos en los cuales las tropas de Buenos Aires tendrán una gravitación fundamental, por lo cual serán expuestos sintéticamente.

La demora en llegar noticias al Río de la Plata de lo ocurrido en la Península causó confusión, en medio de un ambiente que comenzó a ser cada vez más agitado por intereses de grupos antagónicos, ya que luego de las Invasiones Inglesas se formaron círculos tendientes a definir una situación precaria. Si en un principio el virrey Liniers se mostró proclive a aceptar el dominio de Napoleón sobre España —como allá mismo se admitía— finalmente optó por hacer jurar obediencia a Fernando VII (21 de agosto). Con todo, su inicial actitud despertó la reacción y las ambiciones de quienes deseaban separar a Liniers del mando: el mayor repudio se dio en Montevideo, que bajo las inspiraciones de su gobernador Elío le negó subordinación y virtualmente se separó del Virreinato. Allí se calificó a aquél como "traidor" y se expresó el deseo de formar Junta como en España. Liniers quiso someter a los discolos y hasta envió tropas a Colonia, pero luego desistió de intentarlo.

En Buenos Aires se iniciaron dos movimientos políticos —con las reservas propias de su naturaleza— que tendían a tomar el poder, deponiendo al virrey Liniers. Eran paralelos en cuanto a la obtención de su meta, pero sin mezclarse, siendo por el contrario antagónicos. Uno de éstos quiso colocar a la cabeza del Río de la Plata a la infanta Carlota Joaquina de Borbón, en su condición de hermana de don Fernando VII y en el carácter de Regente, la cual se encontraba en Río de Janeiro como esposa del futuro rey don João VI (a cargo del trono por demencia de su madre la Reina). Formaban parte del grupo Manuel Belgrano, Juan José Castelli, Nicolás Rodríguez Peña, entre otros, y como se advierte, deseaban sustituir al Virrey nombrado desde España por una figura radicada en América. Más drásticos que esta separación gradual entre ambos continentes eran los trabajos del otro grupo, acaudillado por don Martín de Álzaga, y apoyado no sólo por los componentes del prestigioso Cabildo local, en el que tenía decisiva gravitación su soberbio Alcalde (era tildado de *Martín I* por sus adversarios), sino por criollos de la envergadura del doctor Mariano Moreno y de don Julián de Leiva, ambos relatores en la Real Audiencia. La finalidad de Álzaga consistía ni más ni menos que en la inmediata independencia absoluta del Río de la Plata, bajo la forma republicana, aunque con el Gobierno en manos de su exclusiva facción: algo de sus pretensiones se ha deslizado al referirse su oposición al marqués de Sobre Monte, hasta provocar su caída.

Álzaga inició —en acuerdo con Elío desde Montevideo— una tenaz campaña de desprestigio contra Liniers, acusándolo ante las autoridades de la Península de diversas faltas en su desempeño, sin omitir el peligro de que entregara estos dominios al emperador Napoleón, basándose en su nacionalidad de origen. No logrando sus propósitos de inmediato, en el Cabildo se tramó un alzamiento para quitarlo del frente del Virreinato.

El golpe de Estado se fijó para el 1° de enero de 1809.

Todos los primeros días de cada año se renovaba la composición del Ayuntamiento, votándose los "oficios concejiles", y en tal oportunidad formaban tropas en los contornos para rendir honores y guardar el orden de los curiosos que concurrían a la plaza (ya denominada de la Victoria en sustitución de "Mayor"). Para lograr su propósito, Álzaga contaba con los Tercios de Vizcaínos, Catalanes y Gallegos, apostados al efecto, a más de otra variedad de partidarios: el obispo Lue se contaba entre éstos.

Mas don Santiago de Liniers estaba enterado de la conjura, y también había tomado sus previsiones: en la jornada previa se acuartelaron los batallones de Patricios y de Arribeños, y el Regimiento de Húsares, más el cuerpo de Pardos y Morenos, que debían concurrir a la plaza cuando oyesen tres disparos de cañón desde el Fuerte. La composición de unos y otros, con peninsulares y criollos de cada lado, resulta significativa en lo que hace a medir la rivalidad entre ambos, por más que aún no estuvieron perfectamente definidas las actitudes para el futuro.

La ceremonia en el Cabildo se realizó sin inconvenientes, lo mismo que la confirmación de los electos por el Virrey; pero tras esto comenzaron en la plaza a proferirse gritos de “¡Muera el francés Liniers! ¡Junta como en España!”. La campana del Cabildo tocó a rebato, convocando al pueblo, y allí se procedió a formar una Junta con los Regidores, de la cual formaban parte Moreno y Leiva en carácter de secretarios. El recientemente confirmado alcalde Álzaga, acompañado por el doctor Moreno, se trasladaron a la fortaleza para comunicar al Virrey su cese y la constitución de las nuevas autoridades, estando a punto Liniers de firmar su dimisión —o habiéndolo ya hecho, según otras fuentes—, cuando apareció en escena el teniente coronel Saavedra, jefe de los Patricios, avisado oportunamente, en compañía de varios comandantes militares. Esto cambió la situación, pues el general Liniers rompió su dimisión, a la vez que Saavedra intimaba a los tercios peninsulares que se disolvieran. La caballería de Húsares al mando de Rodríguez inició una carga para disuadir a los que se habían parapetado en el Cabildo, y el motín concluyó. En la emergencia, además de los cuerpos mencionados, el Virrey estuvo apoyado por los Arribeños (capitán Francisco Ortiz de Ocampo) y por el Tercio de Montañeses (teniente coronel Pedro Andrés García), sin que deje de sorprender que sumó su esfuerzo contra el Cabildo nada menos que el Regimiento de Artillería de la Unión (teniente coronel Gerardo Esteve y Llach) que creara el Ayuntamiento. Se les plegó también el Tercio de Andaluces que, como los demás, se componía en buena medida por criollos.

La intentona por deponer a la autoridad virreinal quedó desbaratada, y don Santiago de Liniers reconoció en su proclama a los habitantes de Buenos Aires, emitida poco después, que “la energía y el patriotismo de los cuerpos y jefes ya citados me sacaron de este conflicto con el mayor denuedo”. Años después Saavedra ponderará en sus *Memorias*: “Así concluyó aquel día memorable; he dicho memorable porque, en efecto, en él las armas de los hijos de Buenos Aires abatieron el orgullo y miras ambiciosas de los españoles y adquirieron superioridad sobre ellos”.

Aunque en realidad unos y otros estuvieron mezclados; al punto que entre los sospechosos de alentar la caída del Virrey fue contado el comandante del 3º Batallón de Patricios, don José Domingo de Urien, separado de su mando. Álzaga y algunos cómplices fueron confinados a Carmen de Patagones (de donde los rescató Elío, para llevarlos a Montevideo), y al jefe de la conjura se le inició un proceso acusándolo de haber querido promover la *independencia* (textual), sobre lo que hay numerosos testimonios contemporáneos coincidentes. De cualquier modo, estaban confundidas las actitudes por falta de definiciones claras, y aunque esa idea era impulsada por varios personajes, faltaba arraigarla entre un número mayor de adherentes.

Con todo, es evidente que la disolución del Imperio tuvo como origen una de sus instituciones más acreditadas: el Cabildo. Él sería el eje del futuro cambio. En cuanto a su composición, el 2 de enero fue integrado por nuevos Alcaldes y Regidores, y como cas-

tigo por haber convocado al vecindario, se quitó a su campana el badajo utilizado para llamarlo a la plaza.

Algo más era indudable luego de los sucesos: la fuerza militar local, sostén del virrey Liniers, se había convertido en un auténtico factor de poder político.

Una de las consecuencias más resonantes del fracaso de Álzaga fue la disolución de las unidades militares que lo apoyaron, lo que explica aquella rotunda sentencia de Saavedra arriba citada. Por primera providencia quedaron eliminados los Tercios de Vizcaínos, Gallegos y Catalaneses, subsistiendo en cambio los de Andaluces y Montañeses. Las banderas de los cuerpos desaparecidos fueron depositadas en el Fuerte, y sus oficiales debieron dejar de vestir uniforme. En cambio, las fuerzas subsistentes fueron convocadas para rendir juramento de obediencia a la Junta Central Gubernativa del Reino creada en la Península, junto con el vecindario, lo que se realizó públicamente el 8 de enero de 1809 con el debido ceremonial. Al concluir el acto el general Santiago de Liniers arengó a la formación militar, en elocuente demostración de unidad entre el primer magistrado del Virreinato y su sostén armado: “¡Bizarras tropas de Buenos Aires! Hoy hace ocho días que salvasteis a la patria, tanto por vuestro valor como por vuestra moderación y obediencia a la legítima autoridad”, y tras el exordio, ponderó el “ver establecida, después de señaladas victorias, una autoridad depositaria de la majestad española”. Nada podía hacer prever al confiado héroe que entre los propios oficiales a quienes se dirigía, estaba cuestionada la fidelidad hacia un régimen en descomposición, que escasa vinculación con América mostraba en los importantes sucesos que se desenvolvían a ambos lados del Atlántico. Por el momento nada se traslucía.

Mas poco faltaba para que, en abril, esa misma Junta Central designara nuevo Virrey del Río de la Plata, y le cursara instrucciones conteniendo una inquietante recomendación: “Conviene que V.E. desarraigue las ideas de independencia”.

Cual respuesta, en mayo siguiente estalló en Chuquisaca una revuelta encabezada por la Audiencia, que confió sus fuerzas al comandante Arenales. El Alto Perú se conmovió, y la ciudad de La Paz constituyó una Junta gubernativa. Otra vez el elemento indígena se plegó al movimiento, que preocupó a las autoridades de Lima y de Buenos Aires, enviando tropas para sofocarlo. Una parte del Batallón de Patricios fue despachada bajo el mando del capitán Juan Bautista de la Fuente, con la idea de que “no iban sino de guarnición” —es decir, no a combatir—; y de su espíritu da cuenta un dicho del propio La Fuente: “En caso que esto estuviese a favor de los indios, echarían culatas arriba y se pasarían a ellos”... No se recató el mismo oficial de exclamar, llegando a Luján, “que todos los que venían de España eran unos ladrones que venían a robar esta América”. Con lo expuesto, no es de extrañar que llegadas las compañías porteñas a destino, fueran desarmadas y despachadas a Potosí; en cuanto al capitán La Fuente y al teniente Santiago Madera, de similar actitud, habían sido separados de su comisión y remitidos de vuelta a Buenos Aires. En lo que hace al levantamiento altopereano, pudo ser sofocado, no sin sangrientas ejecuciones en La Paz.

Ya se hallaba en el Río de la Plata el nuevo Virrey (designado en febrero), brigadier de la Real Armada don Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien desde la Provincia Oriental llegó a destino a fin de julio, asumiendo su cargo en agosto. Liniers le traspasó el mando sin inconvenientes. Pero un detalle que no escapó a su atención fue que —como desta-

ca el tesorero de la Real Hacienda don José María Romero— “al desembarcar en Buenos Aires la tarde del 29 de julio, entre las aclamaciones del pueblo, oyó pocas de la tropa”.

Así era: cautamente, pero en forma sostenida, se conspiraba para separar el futuro americano de la situación europea, aunque no tanto como para que el nuevo magistrado no se apercebiera de ello, según varias prevenciones de sus más cercanos colaboradores se lo hicieron presente. El testimonio de Cornelio de Saavedra es concluyente, ya que no mucho después (en 1811) recordaba en carta a su camarada Juan José Viamonte:

Es verdad que Rodríguez Peña, Vieytes y otros querían de antemano hacer la revolución, esto desde el 1º de enero de 1809, y que me opuse porque no consideraba tiempo oportuno. Es verdad que ellos y otros, incluso Castelli, hablaron mucho de esto antes que yo.

Agreguemos otro dato, aunque pertenezca a una época posterior (junio de 1810) y pueda estar tachado por haber sido expuesto a raíz de los sucesos luego acaecidos, del mismo virrey Hidalgo de Cisneros: “Bajo el pretexto de fidelidad, de patriotismo y de entera unión entre americanos y europeos, se descubrían sin disimulo los designios de independencia y de odio a todos los buenos vasallos”.

De cualquier punto que se analice, ambas opiniones tienen el valor que les dan las dos cabezas opuestas de los hechos sobrevinientes.

Con el propósito de pacificar los espíritus, el Virrey dictó una amnistía plena a poco de arribar a la Capital, en septiembre de 1809, abarcando a todos cuanto tomaron parte en la asonada capitaneada por Álzaga el 1º de enero. Esto se complementó con la devolución de sus banderas a los comandantes de los tercios disueltos por Liniers; aunque se trató de una medida simbólica meramente, ya que Hidalgo de Cisneros explicó que “no debiendo subsistir estos cuerpos bajo sus antiguas denominaciones, integrarán los Batallones del Comercio”. Se trataba de un plan para reorganizar las fuerzas armadas voluntarias, expuesto ese día 11 de septiembre, por razones de economía ante “los enormes gastos a que las pasadas ocurrencias precisaron”. Únicamente los oficiales en actividad gozarían de sueldo. A tal efecto quedaron eliminadas, incluso, varias unidades existentes (Carabineros de Carlos IV y Cazadores de la Reina), subsistiendo dos batallones de Patricios y el de Arribeños, y también los de Montañeses y Andaluces. En la caballería se suprimieron dos escuadrones del Regimiento de Húsares. El Regimiento de Artillería de la Unión pasó a llamarse de Artillería Volante. En cambio no hubo modificaciones en los batallones de Granaderos de Fernando VII y el de Castas. Aquellos “batallones de Comercio” aludidos —ex Catalanes, Gallegos y Vizcaínos— sólo se movilizarían en caso preciso, sirviendo como reserva; y sería facilitado el pase a los cuerpos veteranos de quienes lo solicitasen. (Estos últimos eran el Batallón Fijo de Infantería, el Regimiento de Dragones, el Real Cuerpo de Artillería, y los Blandengues de las fronteras de Buenos Aires, Santa Fe y Montevideo.)

Conforme a la misma disposición, se quitaban los nombres que distinguían a las unidades militares, “para evitar las rivalidades que suelen introducir la nominación”, adoptándose números para señalarlos: 1 y 2 (ex Patricios), 3 (ex Arribeños), 4 (ex Montañeses) y 5 (ex Andaluces).

Acentuando sus medidas desde otro aspecto, el virrey Hidalgo de Cisneros creó en el mes de diciembre, un Juzgado “de Vigilancia Pública”, para impedir “cualquier siste-

ma contrario a la conservación de éstos dominios en unión y dependencia de la metrópoli”, como también destinado a castigar a quienes “inspiren desconfianza al Gobierno”. El ánimo de una parte destacada del vecindario no era un misterio para el Virrey.

Actuó como factor desencadenante la noticia llegada a mediados de mayo de 1810: con la toma de Sevilla por las tropas napoleónicas, la Junta Central Gubernativa del Reino se disolvió. Era el momento buscado por los más decididos revolucionarios, entre los que se contaban, en un plano dirigente, varios militares: porque si no existía la autoridad de la cual emanaron los poderes del Virrey, el brigadier Hidalgo de Cisneros no podía mandar más en nombre de un poder cesante.

El comandante de la antigua Legión Patricia, teniente coronel Cornelio de Saavedra, era, debido a la preponderancia de efectivos del ahora Batallón nº 1, y a la popularidad que él mismo había adquirido desde que sofocó la asonada de Álzaga, un elemento decisivo, al extremo de que un despacho del embajador inglés ante la Corte portuguesa establecida en Río de Janeiro, lo calificaba de “comandante en jefe de las fuerzas armadas”. Si no lo era funcionalmente, en los hechos estaba al frente de la unidad más poderosa, con gran influencia en las demás. Recuérdese que cuando desembarcó Hidalgo de Cisneros no había sido vitoreado por los cuerpos militares, según costumbre, y fue observado por el tesorero Romero que de las aclamaciones del pueblo no hubo “ninguna del Cuerpo de Patricios”. Este batallón se constituyó en un foco subversivo de indudable proyección, pues sus oficiales eran fogosos propagandistas de la necesidad de un cambio en la conducción política del Río de la Plata. El citado Romero llegó a sugerir al Virrey que deportase de Buenos Aires a los implicados “en el fomento de la revolución”, entre los cuales señalaba a Saavedra y Viamonte (jefe y segundo del nº 1), y a “Chiclana, los Passo, Nicolás Rodríguez Peña, el doctor Moreno, el presbítero Sáenz, el canónigo Belgrano, el mercedario fray Manuel Aparicio, y el betlemita fray Juan Salcedo”. Hubo entre el grupo revolucionario una fracción más decidida, como lo relata el comandante de los Húsares, teniente coronel Martín Rodríguez:

Propuse que llamásemos al ayudante mayor don Juan José Viamonte, que por su empleo en el Regimiento de Patricios y siendo instructor de los tres batallones, creía que podía tener mucho ascendiente sobre ellos; que se pusiera a la cabeza de ello y esa misma noche venía Cisneros abajo.

Viamonte prefirió transmitir la impaciencia a Saavedra —quien se hallaba fuera de la ciudad—, y éste retornó de inmediato. Su papel desde entonces fue decisivo en los sucesos próximos.

El 20 de mayo, en medio de una gran agitación pública ante la novedad de estar acéfalo el Gobierno español por la desaparición de la Junta Central en Sevilla, el Virrey recibió del Alcalde de 1º voto el deseo de “parte del pueblo” (sic) de resolver la incertidumbre, pues sostenía que habría caducado el mandato del Virrey. “Llamé sin demora a todos los comandantes y mayores de los cuerpos militares de la guarnición”, informaría Hidalgo de Cisneros al mes siguiente a la Península. Su esperanza de obtener respaldo para sostenerse —como Liniers el año anterior— se esfumó ante la firme postura en contrario de Saavedra. No quedó al Virrey otra salida que acceder a la demanda de convo-

car a Cabildo "Abierto" o Congreso General, al cual concurrirían los vecinos de distinción, la parte "principal y más sana" de la población de la ciudad.

En esas jornadas se usó como señal de patriotismo y decisión, una cinta blanca (color de la bandera de España). Luego añadieron otra roja (la Cruz de Borgoña que ostenta la bandera), y algunos también se adornaron con un retrato del rey Fernando en los sombreros. Es oportuno adelantar que el color celeste fue incorporado recién al año siguiente, según en su lugar se explicará. Tampoco está de más insertar lo que se incluye en el *Diario* llevado por un empleado de la Contaduría de la Artillería, Juan Manuel Beruti, sobre el presunto significado de dicha escarapela:

Para conocerse los partidarios se habían puesto una señal que era una cinta blanca que pendía de un ojal de la casaca, señal de la unión que reinaba, y en el sombrero una escarapela encarnada y un ramo de olivo por penacho, que lo uno era paz y el otro sangre, contra alguna oposición que hubiera a favor del Virrey.

La plaza de la Victoria fue escenario durante el día siguiente de gran agitación, que hacía prever violencia si no se accedía pronto al deseo popular, como con sostenidos gritos lo reclamaban los grupos allí concentrados. Tan sólo la promesa de celebrarse la reunión exigida calmó su excitación. El Cabildo Abierto tendría lugar el 22 de mayo; y como el salón capitular era insuficiente para contener a todos los vecinos, hubo forzosamente que efectuar una selección. Fueron invitados a asistir los principales funcionarios de todos los órdenes, y entre ellos —rezaba la lista confeccionada por la corporación—, los "comandantes, jefes y algunos oficiales de los cuerpos de esta guarnición", alcanzando un total de 450 participaciones.

Hacía mal tiempo, con lluvias, prolongándose la humedad y frío durante toda la jornada. La tropa del Batallón de Infantería Granaderos de Fernando VII controló en cada bocacalle el acceso de quienes portaban la convocatoria. Dentro del edificio del Cabildo, la opinión de sólo 251 vecinos —fueron casi otros tantos los ausentes— decidió la suerte del Imperio español en los territorios rioplatenses. Afuera —relataría Hidalgo de Cisneros en su informe posterior— "un considerable número de incógnitos, envueltos en sus capotes y armados de pistolas y sables, paseaban en torno de la plaza arredrando al vecindario", y entre éstos señala "las amenazas de muchos oficiales y soldados del cuerpo de Saavedra". Un testigo agregó que "gritaron unos oficiales de Patricios que estaban en la vereda ancha en un corrillo: —¡Junta, Junta, hágase Junta!".

La reunión comenzó a eso de las 9 de la mañana, prolongándose hasta la medianoche. Asistieron unos 59 militares, la mayoría coroneles y tenientes coroneles, con algunos mayores y varios capitanes, que el *Diario* de un testigo partidario de Cisneros asentó rencorosamente que eran "muchos militares de nuevo cuño"... Los Oidores de la Real Audiencia destacaron que entre ellos había "un considerable número de oficiales de este cuerpo (Patricios) hijos de familia que aún no tenían la calidad de vecinos".

Variados fueron los discursos, pero las crónicas habituales recogen los cuatro fundamentales para seguir el debate, de trascendental consecuencia, que se registran sintéticamente. El obispo Lué sostuvo —según una versión contemporánea— que en vista de que se había reconocido a la Junta Central como gobierno, "aunque hubiese quedado un solo Vocal y arribase a nuestras playas, lo deberíamos recibir como a la Soberanía" (lo que es muy distinto del "solo español" repetido tradicionalmente, que configura un absurdo).

Le replicó el general Pascual Ruiz Huidobro, el cual propició la cesantía de Cisneros (explicando su postura el propio Hidalgo de Cisneros: "contando con que depuesto el legítimo Virrey recaería en él el mando, como oficial de mayor graduación"). Puso las cosas en su lugar —es decir, en el planteo jurídico para determinar la legitimidad del mando— el doctor Juan José Castelli, quien como buen abogado utilizó un argumento que no podía refutarse: acéfalo el Gobierno, porque debía admitirse la desaparición de aquella Junta Central, así como España la había constituido por la imposibilidad de reinar de Fernando VII, de igual modo, ante la falta de autoridad superior caducaban los poderes conferidos a Cisneros, y la soberanía retrovertía sobre el pueblo de Buenos Aires allí reunido para cubrir el vacío. La impecable tesis de fondo de Castelli encerraba un defecto que el fiscal de la Real Audiencia, doctor Genaro Villota, no dejó de aprovechar: Buenos Aires no era la totalidad de la Nación, y por sí solo carecía de facultades para resolver. Fue el doctor Juan José Passo el que adujo que, si bien debía consultarse la opinión del interior del Virreinato, provisoriamente el vecindario de la Capital estaba habilitado para decidir la cuestión, por la urgencia ante los peligros de la caída de España en manos francesas. No faltaron a lo largo del debate, aplausos y abucheos según las simpatías que despertaban los oradores.

Cerrada la lista de expositores por lo avanzado de la hora, se pasó a votar, fundando cada uno su opinión. La propuesta fijada fue: "Si se ha de subrogar otra autoridad a la superior que obtiene el Excmo. señor Virrey dependiente de la soberana que se ejerza legítimamente a nombre del señor don Fernando Séptimo; y en quién". Sesenta y seis sufragios se inclinaron por la continuidad del Virrey, y otros tantos por que el Cabildo asumiera el mando; pero 92 votos se manifestaron por la constitución de una Junta. De cualquier manera, 158 vecinos consideraron que Hidalgo de Cisneros carecía de legitimidad para continuar como Virrey del Río de la Plata, atento a la extinción del organismo que lo había facultado como tal, y en cuyo nombre ya no podía seguir ejerciendo la autoridad. Fue importante el voto de Saavedra, pues recogió la mayor cantidad de adherentes (83), en cuanto fijó la fórmula victoriosa con un agregado significativo para la constitución del nuevo Gobierno: "no quede duda de que el pueblo es el que confiere la autoridad o mando". Siguió su opinión Belgrano, Castelli, Moreno, Matheu, Martín Rodríguez, Vicente López, Bernardino Rivadavia; y con ligera variante —pero idéntica solución— Alberti, Passo, Azcuénaga, Solá, etcétera.

Al día siguiente el Cabildo procedió a efectuar el escrutinio, y asentó el acta:

Hecha la regulación con el más prolijo examen, resultó de ella a pluralidad con exceso que el Excmo. señor Virrey debe cesar en el mando, y recaer éste provisionalmente en el Excelentísimo Cabildo con voto decisivo el caballero Síndico procurador general, hasta la erección de una Junta que ha de formar el mismo Excmo. Cabildo en la manera que estime conveniente, la cual haya de encargarse del mando mientras se congregan los diputados que se han de convocar de las provincias interiores para establecer la forma de gobierno que corresponda.

El resultado de la asamblea fue concluyente. No obstante, el Cabildo se resistió a ceder ante la opinión del pueblo porteño, "y tratando de conciliar los respetos de la autoridad superior con el bien general de estas interesantes Provincias" —reza el acuerdo del

23 de mayo— resolvió “que continúe en el mando el Excmo. Señor Virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros”, asociado con cuatro vocales, los cuales debían componer la Junta dispuesta por el Congreso de vecinos.

El propio Hidalgo de Cisneros opinó al recibir aquella determinación “que juzgaba por muy conveniente el que se tratase el asunto con los comandantes de los cuerpos de esta guarnición, respecto a que la resolución del Excmo. Cabildo no parecía en todo conforme con los deseos del pueblo”, pese a lo cual se prestaba a seguir el parecer del Cabildo. Citados los jefes militares, éstos confirmaron que el pueblo ansiaba el cese del Virrey, pues “mientras no se verificase esto, de ningún modo se aquietaría”.

Empero, en la jornada que siguió los Alcaldes y Regidores insistieron en su postura aunque con la variante de que ahora se le dio a Cisneros el título de “presidente vocal”, creyendo que de esa forma obraban dentro de las atribuciones conferidas por el vecindario. Mas prueba que no estuvieron muy tranquilos lo da el hecho de que “de unánime conformidad” volvieron a recurrir al parecer de los comandantes de las tropas, que el acta nombra puntualmente en este orden: don José Ignacio de la Quintana, coronel de Dragones; don Francisco Rodrigo; don Cornelio de Saavedra, comandante de Patricios; don Gerardo Esteve y Llac, de Artilleros de la Unión; don Juan Florencio Terrada, de Granaderos de Fernando Séptimo; don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, de Arribeños; don Pedro Andrés García, de Moutañeses; don Martín Rodríguez, de Húsares del Rey; don Manuel Ruiz, de Naturales, y don José Merelo, de Andaluces. (Es de notar que el Cabildo mantenía las antiguas denominaciones de las unidades, en lugar de mencionarlas por los números adjudicados por el Virrey.) Tras algunas discusiones, los citados jefes militares se conformaron con lo resuelto, expresando “que no dudaban sería de la aceptación del pueblo”, quizá debido a la modificación en el título de Hidalgo de Cisneros, y a la composición del organismo de gobierno aprobado, ya que ninguno de los vocales designados había votado por la continuación de don Baltasar como Virrey: fueron ellos el doctor Juan José Castelli, el presbítero Juan Nepomuceno Solá, don José Santos de Inchaurregui y el teniente coronel Cornelio de Saavedra.

Ante ello, en horas de la tarde del 24 fue instalada la Junta. Entre la tropa que formó la guardia de honor se repartieron \$100, y a cada uno de los cuatro oficiales que la mandaron se les entregó un reloj “bueno”, según la costumbre observada en semejantes casos.

El asombro dominó al vecindario al enterarse por bando, toda vez que no querían a Cisneros al frente de la situación, fuera cual fuese el cargo que se le adjudicara. El “pueblo”—así se lo llama repetidamente, según se habrá notado— se consideró traicionado por el Cabildo, su mero mandatario. Otra vez el Ejército de la Capital se convirtió en el centro de expectativas.

El doctor Manuel Moreno lo registra:

Con la noche creció la agitación; los ciudadanos concurrían al cuartel de Patricios, que era el punto de reunión y la tribuna de aquel tiempo, y se habían constituido en conferencia permanente junto con los oficiales del cuerpo y otros militares hasta horas avanzadas, discurriendo con ardorosa irritación sobre los medios de encaminar las cosas a un desenlace inmediato.

Coincide Cisneros, si bien en forma despectiva: “En el cuartel de Patricios gritaban descaradamente algunos oficiales y paisanos, y esto es lo que llamaban pueblo”. Años

más tarde lo corroboró uno de los jóvenes participantes en las Jornadas de Mayo, el después general Tomás Guido: “Pasose parte de la noche en deliberar y ponerse de acuerdo con los jefes de Patricios y otros cuerpos de la guarnición”. Fue indudable para éstos que se habían equivocado al prestar su consentimiento para que el Cabildo designara la Junta que le había encomendado el Congreso General de vecinos, el cual a su turno había exultantemente limitado la confianza depositada en su elección. “Toda la noche [se lee en una carta de esos días] parece que anduvieron muy alborotados los oficiales patricios para desahacer la Junta, y que nombraran a Saavedra de presidente”.

El comandante del Apostadero Naval del Plata en Montevideo acusó ante el Consejo de Regencia instalado en Cádiz como autoridad suprema de España e Indias, que el Cuerpo de Patricios “es el que ha hecho la revolución”, pues las demás unidades “sólo han suscripto a ella”. Si este parecer es exagerado, porque minimiza los debates en derecho sostenidos en el Cabildo Abierto por los abogados que cuestionaron la legitimidad del Virrey, y los votos de los vecinos que decidieron su remoción, no hay duda de que refleja el sentir de las autoridades peninsulares en cuanto atribuyeron a la oficialidad porteña una participación decisiva en los sucesos. Y sin ella, es fuera de duda que los acontecimientos no se hubieran producido como se dieron.

El 25 de mayo de 1810 se consumó la revolución originaria de una nueva nacionalidad.

Impongámonos de las actas capitulares, el más auténtico documento para seguir el desarrollo de los sucesos.

Temprano concurrió una “multitud de gentes” al corredor del edificio municipal, y una diputación de ella ingresó en la sala de acuerdos exponiendo “que el pueblo se hallaba disgustado y en conmoción”, pues no se conformaba “de ninguna manera” con la elección del señor Hidalgo de Cisneros, “y mucho menos con que estuviere a su cargo el mando de las armas”: el Cabildo, concluía, se había excedido en las facultades confiadas en el Congreso de vecinos, y “para evitar desastres que ya se preparaban según el fermento del pueblo, era necesario tomar prontas providencias”. Alcaldes y Regidores “procuraron serenar aquellos ánimos acalorados, y les suplicaron aquietasen la gente que ocupaba los corredores”, tras lo cual se marcharon dichos comisionados populares, no sin suplicar celeridad en la resolución, “pues de lo contrario podrían resultar desgracias demasiado sensibles y de nota para el pueblo de Buenos Aires”. El Cabildo deliberó, y decidió no innovar para evitar consecuencias desfavorables, conteniendo a los descontentos por la fuerza, “pero que estando ésta a cargo de los comandantes de los cuerpos, era también preciso explorar nuevamente su ánimo, no obstante que en el día de ayer se comprometieron a sostener la resolución”.

A las nueve y media se presentaron los jefes militares: los comandantes de Artillería, don Francisco Orduña; de Ingenieros, don Bernardo Lecoq; de Dragones, don José Ignacio de la Quintana; del II Batallón de Patricios, don Esteban Romero; de Montañeses, don Pedro Andrés García; de Arribeños, don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo; de Granaderos de Fernando VII, don Juan Florencio Terrada; de Naturales, don Manuel Ruiz; de Artilleros de la Unión, don Gerardo Esteve y Llac; de Andaluces, don José Merelo; de Húsares del Rey, don Martín Rodríguez; del Segundo Escuadrón de Húsares, don Lucas Vivas; del Tercero de Húsares, don Pedro Ramón Núñez; de Migueletes, don Ale-

jo Castex, y de Quinteros, don Antonio Luciano Ballesteros. Tras una elocuente exhortación a cargo del síndico procurador don Julián de Leiva que adujo los males resultantes a la modificación de lo resuelto, y su interrogante “si se podía contar con las armas de su cargo para sostener el gobierno establecido”, vino la desalentadora respuesta: “contestaron todos por su orden, a excepción de los tres primeros que nada dijeron, que el disgusto era general en el pueblo y en las tropas”, y que “no sólo no podían sostener el gobierno establecido, pero ni aun sostenerse a sí mismos, pues los tenían por sospechosos, ni aun evitar los insultos que podrían hacerse al Excmo. Cabildo”. Más aún: “Que el pueblo y las tropas estaban en una terrible fermentación, y era preciso atajar este mal con tiempo, contrayendo a él solo por ahora los primeros cuidados, porque así lo exigía la suprema ley, sin detenerse en los demás que se temían”.

En ese momento se oyeron golpes a la puerta de la sala capitular, propinados por los grupos que atestaban los corredores, escuchándose voces “de que querían saber lo que se trataba”, debiendo salir a calmarlos el teniente coronel Martín Rodríguez. Los cabildantes se dieron cuenta de que no quedaba otro recurso que la dimisión de don Baltasar Hidalgo de Cisneros, y luego de retirarse los oficiales, una diputación del Ayuntamiento hizo conocer a éste tal “necesidad indispensable para la salud del pueblo”. Cisneros se conformó, y los Regidores le hicieron saber que no convenía que expresara su protesta —con la intención de dejar bien puesto su nombre—, “para no exasperar los ánimos”.

Al margen de las ocurrencias narradas, el núcleo dirigente de los patriotas —démosle ya la denominación que merecen— cambiaban ideas para integrar otra Junta de Gobierno. Finalmente se logró la conformidad, componiéndose una lista que unía en ajustado equilibrio a los antiguos “carlotistas” y “alzaguistas”, claro está que ahora no para entregar una Regencia a la Infanta, ni entronizar a don Martín I, pues dos años no habían corrido en vano, y las paralelas de otrora habían tendido a fusionarse en una empresa común. El presidente de la nueva entidad política sería, naturalmente, el teniente coronel Cornelio de Saavedra, asociado a los vocales doctor Juan José Castelli, licenciado Manuel Belgrano, teniente coronel Miguel de Azcuénaga, doctor Manuel Alberti, don Domingo Matheu y don Juan de Larrea, contando como ministros a los doctores Juan José de Passo y Mariano Moreno.

Volvamos al acta capitular. Se apersonaron a la sala de acuerdos algunos representantes del pueblo, reza aquélla:

[...] exponiendo que para su quietud y tranquilidad, y para evitar cualesquiera resultas en lo futuro, no tenía por bastante el que el Excmo. Señor Presidente se separase del mando, sino que habiendo formado idea de que el Excelentísimo Cabildo en la elección de la Junta se había excedido de sus facultades, y teniendo noticia cierta de que todos los señores vocales habían hecho renuncia de sus respectivos cargos, había el pueblo reasumido la autoridad que depositó en el Excelentísimo Cabildo, y no quería existiese la Junta nombrada sino que se procediese a constituir otra.

Se indicaron los nombres sugeridos —más bien, exigidos—, con la prevención que una vez establecida la nueva Junta se enviara una expedición de 500 hombres a las provincias interiores, “en la inteligencia de que ésta era la voluntad decidida del pueblo, y que con nada se conformaría que saliese de esta propuesta, debiéndose temer en caso

contrario resultados muy fatales”. Los capitulares, “después de algunas discusiones con dichos individuos”, les reclamaron presentar su petición por escrito, “sin causar el alboroto escandaloso que se notaba”. Retirados aquéllos, en efecto se recibió la renuncia de los vocales de la Junta designada.

Y tras “un largo intervalo de espera”, llegó el escrito popular requerido.

Estaba encabezado así: “Los vecinos, comandantes y oficiales de los cuerpos voluntarios de esta Capital de Buenos Aires que abajo firmamos, por nosotros y a nombre del pueblo”, etcétera. Y después de reseñar los hechos que lo motivaban, se reproducía el petitorio expresado antes. Eran en esta ocasión, en 23 fojas, 411 firmas (nueve vecinos repitieron sus nombres), y resultan significativas las de Antonio Luis Beruti y Domingo French, antecedidas ambas por la siguiente aclaración: “Por mí y a nombre de seiscientos”.

El Cabildo no se rindió fácilmente: impuso que se congregase el pueblo en la plaza, “pues que el Cabildo para asegurar la resolución, debía oír del mismo pueblo si ratificaba el contenido de aquel escrito”.

Al cabo de “un gran rato” salieron Alcaldes y Regidores al balcón principal, y notando el Síndico Procurador congregado “un corto número de gentes” con respecto al que se esperaba, inquirió “que dónde estaba el pueblo”. Se suscitó una viva discusión entre éste y varios de los concurrentes, luego de lo cual el acta refleja el final de la controversia, que merece transcribirse íntegra por la importancia que significó para el nacimiento de la nacionalidad argentina:

Se oyeron entre aquéllos las voces de “que si hasta entonces se había procedido con prudencia por que la ciudad no experimentase desastres, sería ya preciso echar mano de los medios de violencia; que las gentes, por ser hora inoportuna, se habían retirado a sus casas; que se tocase la campana del Cabildo y que el pueblo se congregaría en aquel lugar para satisfacción del Ayuntamiento, y que si por falta de badojo no se hacía uso de la campana, mandarían ellos tocar generala, y que se abrirían los cuarteles, en cuyo caso sufriría la ciudad lo que hasta entonces se había procurado evitar”. Y los señores, viéndose conminados de esta suerte, y con el fin de evitar la menor efusión de sangre, que sería una nota irreparable para un pueblo que tenía dadas tan incontrastables pruebas de su lealtad, nobleza y generosidad, determinaron que por mí el actuario se leyese en alta e inteligible voz el pedimento presentado, y que los concurrentes expresasen si era aquélla su voluntad. Se leyó el pedimento, y gritaron a una que aquello era lo que pedían y lo único que querían se ejecutase.

Seguidamente se expusieron por el Cabildo varias propuestas para mantener el orden público y la conducta de la Junta, que fueron conformadas por los asistentes.

Con lo que los señores se retiraron a la sala. Trataron sobre las circunstancias críticas en que se hallaba el Cabildo, precisado a ceder a la violencia, y con una precipitación sin término por evitar los tristes efectos de una conmoción declarada, y las funestas consecuencias que asoman, tanto por lo que acaba de oírse como por el hecho notorio de haber sido arrancados hoy públicamente los bandos que se fijaron relativos a la elección e instalación de la primera Junta. Y en vista de todo acordaron que sin pérdida de instantes se establezca nueva Junta.

Así se procedió, con citación de los principales funcionarios que pudieron ser avisados en un corto tiempo. En la sala capitular se colocó una mesa con crucifijo y los Evangelios, con varios sitials bajo de dosel. Ocuparon los asientos los señores del Cabildo y a su frente los miembros de la Junta en los lugares preparados, colocándose los asistentes en el resto del recinto. Luego de pocas palabras del comandante Saavedra explicando el sentido de su aceptación,

[...] hincado de rodillas y poniendo la mano derecha sobre los Santos Evangelios presto juramento de desempeñar legalmente el cargo, conservar íntegra esta parte de América a nuestro augusto soberano el señor don Fernando Séptimo y sus legítimos sucesores, y guardar puntualmente las leyes del Reino.

Tras él hicieron lo propio sus colegas, y luego los miembros del Cabildo les cedieron sus sitials. El presidente Saavedra exhortó a la concurrencia a guardar el orden y la unión, y mantener respeto al brigadier Hidalgo de Cisneros y su familia, después de lo cual desde el balcón principal arengó en el mismo sentido "a la muchedumbre del pueblo que ocupaba la plaza", y éste vivió a la Junta.

Con lo que se concluyó el acto de instalación, retirándose dicho señor presidente y demás señores vocales y secretarios a la Real Fortaleza por entre un inmenso concurso, con repiques de campanas y salva de artillería en aquélla, a donde no pasó por entonces el Excmo. Cabildo a causa de la lluvia que sobrevino.

Hasta aquí el acta labrada aquel día.

El movimiento quedaba consumado, por un acto auténticamente revolucionario que rompía las normas acostumbradas. El Río de la Plata era desde entonces autónomo, desligándose de autoridades elegidas desde la metrópoli, elegido su Gobierno por un curso mayoritario de vecinos, que al día siguiente contarían con el apoyo popular en forma espontánea. La legitimación del poder nacía de nuevas fuentes, apoyada por el brazo armado de la comunidad.

Estaba en marcha un proceso que debía perfeccionarse con la independencia absoluta. Pero para alcanzarla sería menester luchar larga y encarnizadamente.

CAPÍTULO IV

La expansión revolucionaria

EL EJÉRCITO NACIONAL. EXPEDICIÓN AL INTERIOR. CAMPAÑA A PARAGUAY. LA GUERRA EN EL ALTO PERÚ. OPERACIONES EN LA BANDA ORIENTAL. DERROTA EN EL NORTE.

El aparente golpe de Estado producido el 25 de mayo de 1810 fue en verdad una auténtica revolución, en el concepto jurídico del término, en cuanto a modificación sustancial de la estructura existente. Claro está que un cambio de estas características no se dio de un día para otro, pero la transformación del Poder Ejecutivo —ahora un organismo colegiado elegido por votación— fue el comienzo de un proceso que mostró el nacimiento de una Nación distinta de la anterior, puesto que gradualmente sustituyó un sistema político por otro con marcadas diferencias.

El logro final —quizá no entrevisto por todos los contemporáneos al principio— fue la emancipación del Río de la Plata del Reino de España. Paulatinamente los hechos fueron mostrando esta evidencia, que no tardó en cobrar firmeza y estado público. Antes de un año se tendió claramente a ello, sirviendo la guerra estallada contra los defensores del antiguo régimen para consolidar situaciones. El mismísimo Virrey depuesto, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, apenas un mes después de cesar en el mando del Río de la Plata, informaba (22 de junio) a la Península sobre "tan escandaloso atentado": "El objeto es la absoluta independencia de estas Américas". Es un testimonio de singular valor, confirmado por muchos otros en el mismo sentido, si no bastara el simple relato de los sucesos desenvueltos desde entonces. No se equivocaron, en primer término, las autoridades españolas más próximas, y así lo hicieron saber el embajador ante la Corte de Portugal en Río de Janeiro, marqués de Casa Irujo; el virrey del Perú, don José Fernando de Abascal; el comandante del apostadero naval de Montevideo, capitán de navío José María de Salazar.

Y si bien el nuevo Poder Ejecutivo mantuvo la formalidad de gobernar a nombre del rey Fernando, el engaño no convenció. Quizás alguno de sus miembros, incluso, haya confiado en la eventualidad de conservar los dominios americanos para dicho soberano, pero eran mayoría en éste los que desde tiempo atrás tendían a la ruptura, definitiva o gradualmente. De todos modos, marcó la separación "nacional" del Río de la Plata la falta de acatamiento que la Junta de Gobierno instalada en Buenos Aires mostró hacia el Consejo de Regencia que se estableció en Cádiz, asumiendo la representación del ausente monarca.

Cerca se hallaban los enemigos de la Junta patria: cruzando el río, en Montevideo, y más allá en Córdoba, en Mendoza, en Asunción del Paraguay. Todas estas ciudades se apartaron de su subordinación, y juraron fidelidad al Consejo de Regencia peninsular. Frente mismo a Buenos Aires se encontraba el peligro inmediato, pues en Montevideo

estaba la flotilla española del Plata, mientras que la ciudad porteña carecía de naves para enfrentarla. Y el capitán de navío Salazar, que comandaba dicho apostadero, no se engañaba: "Es notorio que el deseo de la independencia se abriga en los ánimos de muchos de estos habitantes hace largo tiempo", escribió, precisando que desde la época de Liniers "habían tramado designios para sustraer esta América de la dominación española". Lo confirmaba un comerciante inglés residente en Buenos Aires, en carta del 1º de junio: "Las cabezas de la revolución mantienen una correspondencia seguida con las Provincias del Perú [sic] y esperamos que no tardarán en declararse independientes".

Era el pensamiento que comenzaba a cundir. Dicha carta fue publicada por el periódico oficial del usurpador rey José I Bonaparte, *Gaceta de Madrid*, en su edición del 8 de octubre de 1810. No era el único trascendido, ya que en la ciudad norteamericana de Salem asimismo su *Gazette* difundió el 24 de agosto la versión comunicada por un comerciante de esa nacionalidad que estuvo en mayo en Buenos Aires:

Hay un nuevo gobierno provisional que ha jurado fidelidad a Fernando VII y que continuará solamente hasta su restitución al trono, pero en realidad, sin duda alguna, con miras a una completa y permanente independencia. El señor Cook mantuvo conversaciones confidenciales con algunos de los cabecillas del movimiento, quienes le informaron que proyectaban formar un gobierno lo más parecido al de los Estados Unidos.

Las hostilidades estallaron, pues, como derivación lógica de las posturas antagónicas.

Las alusiones de conservar fidelidad al rey Fernando VII de poco servían, ni para asegurar la paz ni para disfrazar las actitudes. Fue un recurso para ganar tiempo, pero ningún efecto práctico tuvieron, en sentido alguno, ya que no fueron suficientes para impedir la guerra entre las tropas del Río de la Plata y España, ni tampoco para confundir a la generalidad de sus destinatarios. Por lo pronto, al irreductible Salazar:

La revoltosa Junta de la Capital de Buenos Aires aspira a la independencia de estas provincias bajo el velo de defender los augustos derechos de nuestro soberano y sus legítimos sucesores, cuando en sus conversaciones no hablan sino de independencia y lo manifiestan públicamente con no haber querido reconocer la Regencia soberana de España e Indias,

delataba al embajador hispano en Brasil, marqués de Casa Irujo, ante quien insistía en julio de 1810: "Ya no puede dudarse de los infames planes de la Junta de la Capital, por más que hasta ahora sus vocales hayan querido disfrazarlos con la hipócrita máscara del nombre de nuestro augusto soberano".

Al respecto, no pasó mucho tiempo sin que abiertamente planteara el doctor Bernardo Monteagudo desde el periódico *La Gazeta de Buenos-Ayres* (13 de mayo de 1812): "Sigamos con la máscara de Fernando VII, dicen algunos, las circunstancias no permiten otra cosa. ¡Oh circunstancias, cuándo dejaréis de ser el pretexto de tantos males!".

Siendo que era previsible apelar a las armas para sostener al Estado naciente, ¿cuáles eran las fuerzas militares con que se contaba para ello? Una revista realizada más de diez días antes de la jornada clave del 25 (el 12 de mayo de 1810), permite conocer la

cantidad de unidades y el número de sus efectivos. La totalidad de estos últimos, sin discriminar entre oficialidad y tropa, es como sigue:

Veteranos: Batallón Fijo de Infantería, 188. Regimiento de Dragones de Caballería, 202. Real Cuerpo de Artillería, 143. Las asambleas de infantería y caballería, 61.

Infantería: Batallón Granaderos de Fernando VII, 242. Batallón nº 1 de Infantería (Patricios), 358. Batallón nº 2 de Infantería (idem), 396. Batallón nº 3 de Infantería (Arribeños), 471. Batallón nº 4 de Infantería (Montañeses), 362. Batallón nº 5 de Infantería (Andaluces), 325. Cuerpo de Castas (Naturales, Pardos y Morenos), 519.

Caballería: Regimiento Húsares del Rey, 126. (A éste deben agregarse en la campaña los Blandengues de la Frontera, con 376.)

Artillería: Regimiento de Artillería Volante, 291.

La lista precedente arroja un total general de 3.907 hombres (la tercera parte de los que se enfrentaron a los británicos), quienes el 27 de mayo concurrieron para prestar acatamiento a la autoridad de la Junta de Gobierno, acto que describe Juan Manuel Beruti en sus *Memorias curiosas* (sic): "Todas las tropas de Artillería, Infantería y Caballería formaron un cuadro en la plaza; salió la Junta, el Presidente las arengó, y juraron obediencia; y luego hicieron una descarga de artillería y fusilería, con lo cual se concluyó". Debe añadirse que la mayor parte de la artillería consistía en cañones de bronce, en número de 48 piezas de diferentes calibres, y 2 cañones de hierro, más 15 obuses.

No existía aún el plan político a largo plazo: por el momento se trataba de afirmar la segregación de la autoridad en Europa. Pieza fundamental para ello fue el doctor Mariano Moreno, designado —como se sabe— secretario de la Junta, en el sentido de secretario de Estado o ministro, y no de mero amanuense. Lo fue de Gobierno y Guerra, comprendiendo en lo primero a las Relaciones Exteriores; al tiempo que el doctor Juan José Paso se encargó del ramo de Hacienda, o Finanzas. Ambos trabajaron de inmediato para remontar la columna de 500 hombres dispuesta en el Cabildo Abierto para marchar al Interior, a fin de imponer en las Provincias la mudanza resuelta en la Capital. Si bien el Ejército de Buenos Aires no había hecho más acto de presencia en la Revolución que mediante varios de sus jefes y oficiales, que amedrentaron a los opositores con la sola amenaza de recurrir a él, en cambio en la nueva instancia dichas fuerzas se utilizarían para forzar las situaciones adversas en el resto del fenecido Virreinato.

El flamante ministro de Guerra, doctor Moreno, no perdió tiempo en organizar su Secretaría de Gobierno y Guerra, a lo que se dedicó el 28, y al día siguiente dictó una proclama dirigida a los cuerpos militares de Buenos Aires mediante la cual ponderaba su intervención en los sucesos políticos acaecidos, al igual que lo hiciera Liniers tras el frustrado golpe del 1º de enero del año anterior. Si fuera exagerado atribuir por completo a las fuerzas armadas el mérito de los hechos que condujeron al establecimiento del primer Gobierno patrio, igualmente resultaría injusto negarles fundamental gravitación en el desarrollo que culminó el 25 de mayo. La proclama que suscribió la Junta de Gobierno en pleno comenzó precisamente a exaltar la participación del Ejército de la Capital:

La energía con que habéis dado una autoridad firme a vuestra patria, no honra menos vuestras armas que la madurez de vuestros pasos distingue vuestra generosidad y patriotismo. Agitados los ánimos por la incertidumbre de nuestra existencia política, supisteis conciliar todo el furor de un entusiasmo exaltado con la serenidad de un ciudadano que discurre tranquilamente sobre la suerte de la patria, y las armas

que cargabais no sirvieron sino de abrir paso a la razón, para recuperando sus derechos, fuese la única guía de una resolución magnánima que debe fijar el destino de estas provincias.

Tras un desafío destinado a enseñar “al opresor general de la Europa que el carácter americano opone a su ambición una barrera”, el Gobierno aludió a los recientes sucesos que cimentaban el respeto que merecía:

Si examinan vuestro valor lo hallarán consignado por las más gloriosas victorias; si se meditan esas intrigas que más de una vez dieron en tierra con los pueblos esforzados, temblarán al recordar la gloriosa escena que precedió a la inauguración de esta Junta; la sabiduría presidía en vuestros discursos, la más viva penetración disipaba los sofismas; y religiosos observadores de los derechos del Rey y del pueblo, nada pudo desviaros del camino legítimo que habéis meditado para su conservación.

La Junta expuso que el orden público y seguridad del Estado, y las esperanzas de “los buenos patriotas y fieles vasallos”, reposaban sobre una buena fuerza reglada, para lo cual se acordaron una serie de medidas para “la mejora y fomento de la fuerza militar de estas Provincias”. Ante todo, los batallones de Infantería existentes se elevaban a regimientos, con 1.110 plazas cada uno (el doble que en la época de Cisneros), volviendo a servicio activo todos los *rebajados* (dados de baja) “que no estuviesen ejerciendo algún arte mecánico o servicio público”, y al mismo tiempo, quedaba establecida una rigurosa leva para incorporar a todos los *vagos* y hombres sin ocupación conocida, entre 18 y 40 años de edad. El vocal de la Junta coronel Miguel de Azcuénaga fue designado para correr con el reclutamiento, a cuyo fin los Alcaldes de barrio recibieron las órdenes para proceder al reclutamiento. El coronel Azcuénaga estaba a cargo de la Armería Real, en donde se reparaban los fusiles que luego se entregaban a los comandantes de los cuerpos conforme al número de efectivos de cada uno, para lo cual un bando del Gobierno prescribió su depósito en casa de dicho vocal por parte de los vecinos que conservasen armas. Desde entonces los alistados, debido a su calidad de *veteranos*, cobraron retribución por sus servicios.

Con estas y otras resoluciones, se preparaba el Ejército para librar la lucha por la independencia próxima a iniciarse. Aún no se conocía si era favorable la reacción en el interior del antiguo Virreinato.

Esa proclama fue con posterioridad —en tiempos relativamente recientes— considerada el nacimiento del Ejército Argentino, por cuanto su finalidad fue forjar una nacionalidad propia, aunque en rigor contempló sólo la reestructuración de la Infantería, “reservando la Junta proveer separadamente sobre el arreglo de la Caballería y Artillería volante”.

La actividad y determinación de la Junta fueron puestas a prueba, y para su satisfacción, el pueblo porteño de todas clases y medios de fortuna, por escasos que fueran, apoyaron al Poder Ejecutivo. Los donativos engrosaron los recursos financieros, mientras las autoridades atendían a multitud de detalles administrativos. La popularidad de la cau-

sa de Mayo está fuera de duda, en esta segunda instancia, que siguió a la iniciativa de la clase alta de los *vecinos*, y como se comprobará, no estuvo limitada a la ciudad donde se originó. De local, el movimiento se transformará en nacional.

Entre tanto, la Junta había despachado circulares al Interior para difundir su constitución. Se ignora exactamente hasta ahora la causa de que se modificara el texto de ellas, puesto que según la resolución del Cabildo Abierto del 22 de mayo la Junta debía encargarse del mando “mientras se congregan los diputados que se han de convocar de las provincias interiores para establecer la forma de gobierno que corresponda”. Pero el caso es que al redactarse la circular el 27 de mayo, se escribió “que los diputados han de irse incorporando en esta Junta conforme y por orden de su llegada a la Capital, imponiéndose con cuanta anticipación conviene a la formación de los graves asuntos que tocan al gobierno”. De modo que formarían parte del mismo Poder Ejecutivo, y no de un Congreso deliberativo. ¿Habría sido para obtener su más firme apoyo?

Veamos la reacción de “los pueblos”.

Aunque en general se mostró conformidad con la autoridad provisoria erigida en la Capital, no sucedió lo mismo en algunos puntos importantes, ya mencionados: Montevideo, Córdoba, Asunción. A todos ellos atendió la Junta de Buenos Aires, y serán considerados separadamente por razones de claridad. Baste decir por ahora que el gobernador intendente de Córdoba del Tucumán, capitán de navío Juan Gutiérrez de la Concha, se convirtió —con el apoyo del ex virrey Liniers, quien allí residía— en el principal foco contrarrevolucionario, dado que comenzó a despachar comunicaciones adversas a la resolución del 25 de mayo, incitando a la desobediencia de la Junta porteña.

En Mendoza —sujeta a la jurisdicción de aquél— el estado de cosas fue variable: el 11 de junio llegó el correo oficial con las novedades acaecidas, y el comandante de armas teniente coronel Faustino Ansay rememoraría que coincidió con los dos ministros de la Real Hacienda en que “conocieron que Buenos Aires conspiraba contra la dominación española”. Si bien un Cabildo Abierto decidió subordinarse a la Junta (23 de junio), cuatro días después el comandante Ansay se apoderó del cuartel donde se encontraban los efectos militares. Se pactó un equilibrio delicado entre el Ayuntamiento y este funcionario, cuando Gutiérrez de la Concha ordenó a Ansay que concurreniera a Córdoba con las fuerzas de su mando para reforzarlo. Noticiada la Junta de Buenos Aires no perdió tiempo en comisionar al teniente coronel Juan Bautista Morón, del Regimiento n° 3 (Arribeños), para que fuera a su ciudad natal y apoyara el pronunciamiento del vecindario. Morón llegó el 10 de julio, y se puso al frente de la situación, deponiendo al comandante Ansay, a quien exigió la entrega del armamento que existía en Mendoza. Consistía éste en 4 cañones de bronce en buen uso, 186 fusiles y 168 bayonetas, 36 carabinas, 49 pistolas, 8 espadas, 627 “chuzas enastadas” y 418 sin astas, y 140 cañas tacuaras para astas: pobre dotación, sin duda, para una Provincia que debía hacer frente a las acometidas de los indígenas. El anterior comandante de armas fue sustituido por el teniente coronel de las tropas urbanas Isidro Sáinz de la Maza, quien alistó 200 reclutas voluntarios armados de fusil y uniformados, para engrosar la tropa que Buenos Aires preparaba. Éste señaló que alrededor de medio centenar más de fusiles estaban siendo reparados por dos armeros, pues el resto se había enviado a la Capital al mismo objeto unos meses antes. Concluida la misión del teniente coronel Juan Bautista Morón, éste entregó el mando al teniente coronel José de Moldes, designado teniente de gobernador por la Junta (mes de agosto).

No debía dilatarse en afianzar la revolución, toda vez que oficialmente el 6 de junio la Real Audiencia comunicó a la Junta de Gobierno la instalación del Consejo de Regencia, como también su invitación a que América enviara diputados a las Cortes Españolas. El 20 de junio el Cabildo de Córdoba resolvió jurar acatamiento al organismo en la Península. Era imprescindible consolidar el movimiento nacido en Buenos Aires antes que se formase fuera de esta ciudad un bloque contrario.

Para formar la expedición que concurriría a sostener la naciente nacionalidad se extrajeron compañías de las unidades militares existentes, con la finalidad que todas ellas compartieran las vicisitudes de la campaña a emprenderse. La integraron, en consecuencia, los batallones n° 1, 2, 3, 4 y 5 (ex Patricios, Arribeños, Montañeses y Andaluces), con más 50 soldados del Regimiento Fijo; 40 artilleros veteranos y 60 de la Artillería Volante (ex de la Unión) con cuatro piezas ligeras y dos obuses, y en la caballería, 50 dragones y algunos húsares. El todo, con unos 1.000 hombres, quedó bajo las órdenes del coronel Francisco Ortiz de Ocampo, llevando como segundo comandante al teniente coronel Antonio González Balcarce. Para atender a "la conducta política con los pueblos y el gobierno militar de la expedición" se dispuso formar un consejo con el coronel Ortiz de Ocampo, el auditor de guerra doctor Feliciano Chiclana, y el comisionado de la Junta de Gobierno don Hipólito Vieytes.

La revista de las fuerzas tuvo lugar en la plaza de la Victoria el 25 de junio, mostrando su buen armamento, uniformes y equipos, costeados por la generosidad de autoridades, vecinos y pueblo mediante las suscripciones que se promovieron. Los fusiles eran en su mayoría españoles, y algunos pocos ingleses, y el jefe de la Armería, Manuel Rivera, se ocupaba de recomponer las piezas deterioradas.

Buena medida de los gastos insumidos para alistar a las tropas la da el hecho de que la recaudación habitual de \$650.000, al mes siguiente (julio) había descendido a más de la mitad: \$311.927.

Mientras marchaba hacia el centro del país el cuerpo expedicionario —denominado oficialmente "Auxiliar de la libertad", de acuerdo con el iluminismo del momento, que hacía imaginar a la Junta que los pueblos no podían pronunciarse en su favor por la presión de sus mandatarios—, una doble acción se desenvolvía con eje en Córdoba: a la vez que el general Liniers se esforzaba en organizar la resistencia de los *godos* o *sarracenos* (como indistintamente denominaban los porteños a sus enemigos) desde Montevideo hasta el Alto Perú, y el gobernador Concha remontaba un ejército en esa ciudad, contando con recibir refuerzos de Cuyo; por otra parte desde Buenos Aires instaban al antiguo reconquistador para que depusiera su actitud, Saavedra, Moreno, Belgrano y algunos más. En la propia Córdoba, elementos locales como los hermanos Ambrosio y Gregorio Funes —sobre todo este último, deán de la catedral— trabajaban a favor de la causa de Mayo. De cualquier modo, más de 1.000 hombres fueron puestos bajo las órdenes del coronel Santiago Alejo de Allende para enfrentar a Ortiz de Ocampo, contando con 14 cañones y granadas fabricadas con "un barro muy duro" que fueron ensayadas "causando mucho estrago".

Empero, la prédica disolvente que hacía eco a las ideas de la Capital cobraba prosélitos incesantemente, y el sentimiento de cohesión rioplatense cundió frente a los esfuerzos por mantener el sometimiento a la Península. Lo que llevó a la disolución paulatina de las fuerzas leales al gobernador de Córdoba antes del arribo de la columna porteña, las cuales fueron desertando al punto de forzar a las autoridades locales a abandonar su

plan de resistencia, para procurar unirse al virrey Abascal en Perú. El 31 de julio dejaron Córdoba su gobernador, Gutiérrez de la Concha; el asesor de gobierno, doctor Rodríguez; el tesorero, Moreno; el obispo, Orellana; el coronel, Allende; el alcalde, Piedra; el ex virrey Liniers y un corto séquito; y una semana después entraba en la ciudad el coronel Ortiz de Ocampo al frente de su ejército. El "regocijo" —en término de Ocampo— con que los pobladores del tránsito lo habían acogido, se repitió en Córdoba, haciendo olvidar a sus componentes las incomodidades y rigores del invierno sufridos durante el trayecto. El coronel Ortiz de Ocampo ponderó su conducta, patriotismo, y subordinación:

Sobre todo lo que más particularmente electriza mi corazón es la moderación que han observado desde su entrada en esta ciudad. Ninguna casa, ninguna propiedad ha sido violada: todo vecino se halla obsequiado por las calles con las civiles demostraciones de la tropa. A pesar de que se abusó de los púlpitos para hacer un cuadro tan negro cuanto injusto de las ideas de la expedición libertadora, tanto mayor es hoy las que profesa este pueblo a todos los individuos del ejército.

La Junta Gubernativa ya había expedido sus órdenes para capturar a sus oponentes, quienes debían ser trasladados a la Capital. Perseguidos de cerca, sus subordinados se desbandaron, abandonando los cañones que conducían, y el 6 de agosto aquéllos fueron aprehendidos por las partidas comisionadas al efecto.

Es el momento de aludir al jacobinismo que dominó el ánimo de los miembros de la Junta de Gobierno de Buenos Aires. Ya que puestos en la terrible disyuntiva de ser considerados rebeldes al monarca, ellos y quienes los apoyaran, con las penas consiguientes —que implicaban la pérdida de la vida—, se decidieron a mostrarse implacables para con sus adversarios, exhibiendo una determinación que no dejara dudas sobre la resuelta y definitiva actitud que adoptaron. En desafío externo y prevención interna, se acordó en pleno —no hubo matices— que los enemigos de la revolución tomados con las armas en la mano para resistirla, fueran "arcabuceados" (sic). No se piense que fue una conducta unilateral, de crueldad reservada a uno solo de los dos bandos: el mismo general Santiago de Liniers había escrito a Hidalgo de Cisneros el 19 de mayo para advertirle que en Buenos Aires "reinan las ideas de independencia", ante las cuales no cabía misericordia:

Tenga V.E. presente que por esto es que nuestros más sabios legisladores, en fulminando las penas más rigurosas contra el crimen de traición, dispensan a los magistrados las formalidades y demoras que prescriben las leyes, aun en el caso de homicidio probado y auténtico, para aplicar al traidor sobre indicios vehementes, la pena capital.

Es lo que ocurrió con el grupo que había protagonizado la contrarrevolución en Córdoba: el 28 de julio, con anterioridad a su detención, la Junta Gubernativa por unanimidad —con excepción del vocal Alberti por su condición sacerdotal— dispuso aplicarle la pena de muerte. Fueron inútiles las súplicas para salvar a aquellos prominentes personajes, incluyendo la instancia elevada por el propio coronel Ocampo, puesto que el 18 de agosto la Junta reiteró su orden en términos categóricos. El jefe de la columna revolucionaria fue relevado y asumió el comando de la misma su segundo, teniente coronel Antonio González Balcarce, incorporándose a ella otros oficiales llegados desde Buenos Ai-

res: su hermano el teniente coronel Juan Ramón Balcarce y el capitán Domingo French, quien se hizo cargo de la escolta con soldados del Regimiento de Húsares. En viaje hacia la capital, antes de llegar a la posta de Cabeza del Tigre, también se sumó el doctor Juan José Castelli, vocal de la Junta portador de la inapelable decisión, junto con su secretario Nicolás Rodríguez Peña. Desviados los prisioneros del camino, en un monte llamado *De los Loros* o *De los Papagayos*, la sentencia se cumplió el 26 de agosto, salvando únicamente el obispo de Córdoba atento a su investidura sacramental.

En la sede de la Gobernación Intendencia quedó en funciones el teniente coronel Juan Martín de Pueyrredon.

No hubo más resistencia en el Interior.

La participación popular en la constitución del primer Gobierno patrio prestó un sentido republicano a la causa de Mayo, con ribetes democráticos; y esto mismo se evidenció en el Ejército. Un precedente singular se había dado cuando tuvieron que designarse los jefes de las unidades para defenderse de la segunda invasión británica, y los mismos fueron electos por votación de sus componentes. El hábito igualitario se afirmó con el correr de acontecimientos que requerían una integración creciente.

Una muestra se tiene en el ofrecimiento que muchos negros esclavos formularon para practicar ejercicios militares en días festivos, acreditando sus servicios durante los ataques británicos, a lo que no se hizo lugar "por ahora" (mes de junio); pero en septiembre reiteraron su pedido encabezados por un moreno libre y otros dos, para "que se les conceda la divisa de oficiales, sin más premio que tener a los negros esclavos prontos para cuanto sean precisos": se resolvió que "a su tiempo se resolverá lo conveniente". En cambio, ante la solicitud de los oficiales indios agregados al Cuerpo de Castas (pardos y morenos), el mismo mes, se dispuso de conformidad lo que sigue, en términos que merecen transcribirse:

La Junta no ha podido mirar con indiferencia que los naturales hayan sido incorporados al Cuerpo de Castas, excluyéndolos de los batallones españoles a que corresponden. Por su clase, y por expresas declaratorias de Su Majestad, en lo sucesivo no debe haber diferencia entre el militar español y el militar indio: ambos son iguales y siempre debieron serlo, porque desde los principios del descubrimiento de estas Américas quisieron los Reyes Católicos que sus habitantes gozasen los mismos privilegios que los vasallos de Castilla.

Por tanto, una "representación" de ellos pasó a integrar los regimientos n° 2 y 3 bajo sus mismos oficiales, "alternando éstos con los demás sin diferencia alguna". Surgió al respecto, empero, una expresión de las diferencias sociales —que no se modifican por decreto—, cuando los oficiales del ex Batallón de Patricios (ahora Regimiento n° 2) protestaron ante su comandante el teniente coronel Esteban Romero, debido a que un par de sus nuevos camaradas tenían sangre negra y por tanto, "no ser competente para alternar con ellos la calidad y nacimiento del capitán y teniente de la Compañía de Fusileros naturales agregados al 2° Batallón". Reclamaron los oficiales blancos que entendiera en el caso el presidente de la Junta, "para que como tan interesado en el honor del cuerpo, de que es comandante primero, se sirva separar de él al referido capitán, y exija del tenien-

te que exhiba una exacta y rigurosa constancia de la limpieza de sangre" (que como se sabe, requería la probanza de no descender de moros, judíos ni herejes). La Junta resolvió accediendo a la demanda el 20 de julio, por ser el capitán señalado "reputado por pardo y casado notoriamente con mujer de esta calidad".

No obstante lo que antecede, uno de los vocales de la Junta, el doctor Juan José Castelli, volverá sobre la cuestión en plena campaña en el Alto Perú, en noviembre del mismo año 10, ante el meritorio comportamiento de uno de los negros del Ejército, alegando que "un Gobierno que se cimenta sobre las bases de la virtud" debía distinguir a quien la poseía "sin relación a la clase y condición con que se halla"; y sobre tal fundamento elevó desde Tupiza la siguiente solicitud a la Junta de Gobierno:

El capitán de los morenos es muy recomendable por sus virtudes sociales. Puede suceder que convenga manejar el resorte del honor hasta el caso en que se asemejen a un hombre fundido de nuevo en el crisol de la educación e ilustración. ¿No pudiera declararse cuando lo exija la oportunidad, el uso del don a uno de Castas, o la calidad de distinguido si es soldado?

No se conoce resolución, pero en marzo de 1811 los capitanes de los "morenos patricios de Buenos Aires" antepusieron la codiciada precedencia a sus nombres en las listas de revista; que como se sabe, correspondía únicamente a los oficiales y no a la tropa y suboficiales.

Dentro de ese espíritu, una orden del día suscripta el 19 de octubre de 1810 por el doctor Mariano Moreno en su carácter de Secretario de Guerra, determinaba que los ascensos se obtendrían por méritos sin atender al abolengo, porque hasta entonces los cadetes debían ser *hidalgos* (nobles de sangre), y eran los únicos que llegaban a generales:

La Junta seguirá una conducta enteramente contraria: ella está persuadida que no puede ser buen oficial el que no ha sido buen soldado, y jamás permitirá que las cicatrices de un valiente se cubran con andrajos, mientras las tristes reliquias de un corrompido se disimulan con galones.

A fin de perfeccionar los conocimientos, dispuso la creación de una Escuela de Matemáticas, donde los hijos de militares podrían adquirir "la instrucción necesaria para sostenerse con brillo en la milicia" y hacerse acreedores a las virtudes de sus padres y conservar su honor: si eran capaces de adquirirla —proseguía Moreno— "es justo que entren a la carrera y que gocen todas las prerrogativas declaradas en favor de su clase". Conclusión:

En esta virtud ha resuelto la Junta que los sargentos y soldados de valor y buena conducta sean atendidos con particular cuidado para las plazas de oficiales. Que la clase de cadetes se reduzca de aquí en adelante a una carrera literaria [sic] que deberá ejercitarse en la Escuela de Matemáticas. Que para evitar los embarazos de jóvenes incapaces de adelantar en la carrera, pero que ya se hallan en ella, no se admita propuesta de cadete mientras no acredite con certificado del director de la Escuela de Matemáticas haber cursado dos meses, y descubierto en ellos capacidad para la ciencia militar. Que aun después de admitido con estas condiciones se atien-

da principalmente para los ascensos, la aplicación, asistencia, talentos y progresos científicos en la Escuela.

Por cierto, la juventud porteña se presentó con entusiasmo a cubrir las plazas del Ejército, y ante ello el Gobierno dispuso formar dos compañías de 100 hombres cada una para auxiliar a la tropa de la guarnición en rondas y vigilancia, que quedaron bajo los órdenes del vocal don Manuel Belgrano (6 de agosto). El mismo decreto estableció:

Esta milicia patriótica, puramente voluntaria, sin fuero, sin sueldo ni sujeción alguna a los privilegios o cargas de Ordenanza, presenta el mejor campo para los honrados patriotas que suspiran por redoblar las pruebas del interés y adhesión con que se consagran a todo género de sacrificios que puedan contribuir a la seguridad de la patria.

Se observa la consideración que merecía a la Junta —y en especial a su Secretario de Guerra, quien redactaba las resoluciones de su competencia—, lo atinente a los servicios castrenses. El mismo doctor Moreno dirigió una circular a los coroneles de la guarnición que fue publicada en la *Gazeta de Buenos-Ayres* el 9 de agosto:

La necesidad de restituir a la carrera militar el brillo que le es propio, y dolorosamente se ha descuidado en estas provincias, ha decidido a esta Junta a tomar todas las medidas que puedan contribuir a la ilustración de los oficiales y una completa instrucción en sus deberes. Al efecto ha resuelto que, sin perjuicio de la asistencia que debe haber a la Escuela de Matemáticas que se está organizando y se comunicará oportunamente, todos los oficiales y cadetes tengan desde mañana una conferencia de Ordenanzas militares en sus cuarteles, o en la casa de sus respectivos coroneles, según éstos dispongan, en la que deberán emplear hora y media cada noche sin intermisión. La Junta espera del celo de V.S. tendrá esta providencia el puntual cumplimiento que se necesita, para que el pueblo conozca las ventajas de nuestra milicia, y el Estado doble sus recursos por el nuevo mérito de nuestros militares.

Al mes siguiente el vocal Belgrano pronunció el discurso inaugural de la escuela donde se instruirían los jóvenes dedicados a “la honrosa carrera de las armas, por sentir en su corazón aquellos afectos varoniles que son los introductores al camino del heroísmo”. La Escuela de Matemáticas funcionó en un local del Consulado de Comercio y fue puesta bajo la dirección del coronel de artillería Felipe Sentenach.

Corresponde indicar que al mes de constituida la Junta —como se llamaba corrientemente a sí misma en sus resoluciones—, siendo que su denominación oficial era la de *Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata a nombre del señor don Fernando VII*, fue ascendido su presidente don Cornelio de Saavedra al grado de coronel. Se notará que había desaparecido el nombre de “Virreinato” para designar a estos territorios.

Poco más tarde el infatigable Secretario de Guerra establecía sendas fábricas de fusiles, en Buenos Aires y Tucumán: de la primera se ocupó don Juan Francisco Tarragona (y luego don Domingo Matheu) y de la segunda don Clemente de Zavaleta; más adelante se instalaría otra fábrica de armas en Caroya, Gobernación de Córdoba. En distinto

orden de cosas, la denominación de los Blandengues pasó a ser la de Caballería de la Patria, y el Regimiento Fijo de Infantería quedó disuelto, pasando sus componentes a los demás. Durante ese tiempo se creó un nuevo Regimiento, que recibió el apelativo de América, colocado a su frente don Domingo French, el cual se nutrió con efectivos de los exiguos Fijo, Labradores, Migueletes, Gallegos, Vizcaínos y Cantabros (castellanos). Puesto que se abrían nuevos frentes de lucha.

Preocupantes noticias llegaron a la Capital, esta vez provenientes del Litoral. El 23 de julio el teniente de gobernador de Misiones, coronel Tomás de Rocamora, hizo saber a la Junta que el gobernador del Paraguay —del cual dependía— pretendía sustraerlo de la subordinación a Buenos Aires, puesto que aquél no acataba a la autoridad del Plata. Además, el alcalde de Paraná, don Juan Garrigó, comunicaba por su parte que trataba de impedir la correspondencia entre Asunción y la plaza realista de Montevideo (cuyas fuerzas habían ocupado Colonia).

La Junta Gubernativa no vaciló:

Siendo de absoluta necesidad auxiliar con fuerza armada a los pueblos de la Banda Oriental, que después de haber reconocido y jurado obediencia a esta Junta han sido atacados por diferentes partidas de Montevideo, ha resuelto que el señor vocal don Manuel Belgrano pase a la Banda Oriental al frente de un cuerpo de Caballería de la Patria, y engrosando la fuerza con las milicias provinciales de aquellos Partidos, y demás reclutas que considerase conveniente levantar, proteja aquellos pueblos, persiga a los invasores, y ponga el territorio en la obediencia y tranquilidad que la seducción y violencias de Montevideo han perturbado.

Se imponía afirmar el acatamiento al Gobierno General, por provisorio que fuese, para no desintegrar al Estado Nacional que debía mantenerse intacto.

El nuevo general en jefe de las tropas destinadas a la Banda Oriental —como rezaba su despacho— se dirigió a San Nicolás de los Arroyos con todo el Regimiento de Caballería de la Patria, y como las postas carecían de cabalgaduras suficientes, los hacendados del tránsito recibieron orden de suministrarlas. Su fuerza debía consistir en 500 hombres, que serían adiestrados en forma rigurosa, “apurando diariamente los ejercicios doctrinales”, solicitando al teniente de gobernador de Santa Fe otros 200 blandengues. Luego levantaría en los partidos de Entre Ríos que atravesase “aquellas milicias más expertas”, removiéndolos los jueces contrarios a la causa revolucionaria. “Todos los jefes de cualquier partida o columna que hostilizase a nuestras tropas serán arcabuceados.” Al tiempo de redactarse estas instrucciones (22 de septiembre) se tuvo aviso que el gobernador de Paraguay marchaba sobre Misiones, por lo cual se previno a Belgrano que pasara a allí y dispersara a sus fuerzas, sustituyendo a las autoridades por hombre de confianza; “y si hubiese resistencia de armas, morirán el obispo y su sobrino con los principales causantes de la resistencia”. Cumplido ello, pacificaría “el resto de la Banda Oriental”.

Los medios que se ponían al alcance del flamante general Belgrano no eran los más idóneos para que llenara su cometido. En efecto: al día siguiente de su arribo a San Nicolás, el 28 de septiembre pasó revista al Regimiento de Caballería, que tenía a su frente al coronel Antonio de Olavarría y como sargento mayor a don José de Machain, con-

sistente en 11 oficiales, 20 suboficiales y 337 soldados; y en la misma jornada dio cuenta a la Junta de Gobierno: "Los soldados son todos bisoños, y los más huyen la cara para hacer fuego; como asimismo las carabinas en la mayor parte son malísimas y se conoce que se componen muy mal, pues según me aseguran estos jefes, a los 3 o 4 tiros quedan inútiles". Pese a su "dolor", no le faltaba el ánimo: "Vuelvo a repetir —escribía más adelante— que los soldados no se pueden llamar tales, y las armas tampoco, pero no dudo asustar con ellas a los mandones del Paraguay, y después a los que convenga".

Como San Nicolás era un punto que Montevideo utilizaba para su abastecimiento —ya que con sus barcos recorría las costas bonaerenses—, Belgrano organizó una compañía de 50 milicianos para los cuales requirió espadas y una docena de carabinas.

El 9 de octubre, tras una navegación de siete horas, desembarcaron las tropas en Paraná, marchando tras ella el capitán Diego González Balcarce con carretas que transportaban la artillería, municiones, equipos y dinero ("plata"). El vecindario le donó 700 caballos, y especialmente recibió Belgrano una conmovedora demostración de patriótica abnegación por parte de doña Gregoria Pérez de Denis: ponía a su disposición "sus haciendas, casas y criados, desde el río Feliciano hasta el puesto de las Estacas, en cuyo trecho es V.E. el dueño de mis cortos bienes, para que con ellos pueda auxiliar al ejército de su mando, sin interés alguno". Es una muestra de generosidad poco común por su magnitud, aunque usual en aquellos tiempos de creación de la nacionalidad, en que la mayoría de los argentinos mostró similar desprendimiento de acuerdo con los medios de cada uno, sin excusar sus personas. El periódico *Gazeta de Buenos-Ayres* daba a publicidad, como reconocimiento y estímulo, las listas de los donantes de dinero y enseres de todo tipo (sobre todo ganado), con regular frecuencia. En Entre Ríos el general Belgrano creó un escuadrón de caballería, la Milicia Patriótica de Paraná, a cuya cabeza puso al teniente coronel Francisco Antonio de la Torre y Vera. En Corrientes su teniente de gobernador don Elías Galván recogió miles de cabalgaduras, reclutó 50 indios en cada pueblo ("todos ladinos en el idioma castellano y guapos para cuanto se quiera"), organizó dos compañías de Infantería de "mozos decentes" de aquella ciudad, uniformados, al igual que 50 "pardos hermosos" ejercitados para servir en la artillería, con dos piezas de bronce de tren volante. Aseguró Galván a la Junta: "No hay un hombre que no esté ansiosísimo por que se le ocupe, y todos a porfía se disputan la preferencia de auxiliar a nuestro ejército".

El entusiasmo popular no era bastante para disipar la preocupación de la Junta ante los informes de Belgrano acerca de contar con tropa bisoña y mal armada, para remediar lo cual lo reforzó en octubre con 200 hombres del Regimiento n° 1 a órdenes del capitán Gregorio Ignacio Perdriel. Los veteranos Patricios constituirían una sólida base para las operaciones en Paraguay.

El general Manuel Belgrano permaneció en Curuzú Cuatiá, territorio de Corrientes, instruyendo a su diminuto Ejército —unos 1.000 hombres— y propagando las nuevas ideas de la Revolución de Mayo, hasta que reemprendió su marcha al norte y a principios de diciembre de 1810 estuvo frente al Alto Paraná. No lo distrajo el anuncio de que una flotilla española despachada desde Montevideo había ocupado a su retaguardia la villa de Concepción del Uruguay, en Entre Ríos, y que el *ayudante* de Blandengues orientales don José Artigas se aproximaba para apoyar a aquélla en unión de una reunión de portugueses de Brasil.

El Cabildo de dicha localidad entrerriana se había plegado oportunamente a la Jun-

ta de Buenos Aires, mas los documentos emitidos desde Córdoba por Liniers y Gutiérrez de la Concha inclinaron a las autoridades de ella a separarse de la obediencia a la Junta, y el comandante de los Partidos de Entre Ríos con sede en Concepción del Uruguay, teniente coronel José de Urquiza, renunció a su cargo en septiembre: tampoco marchó a la Capital el diputado designado, presbítero José Bonifacio Redruello. Cuando se presentó la flotilla mandada por el capitán de fragata Juan Ángel Michelena y ocupó la mencionada villa (6 de noviembre), ambos se le incorporaron. Las fuerzas realistas extendieron su presencia hasta Gualaguaychú y Gualaguay en el sur. Para cerrar este aspecto, vale decir que a fin de atender a esa situación, fue destacado el coronel Martín Rodríguez con su Regimiento de Húsares, y desprendiéndose de sus filas, el capitán Bartolomé Zapata reconquistó lo perdido entre febrero y marzo de 1811, oportunidad que aprovecharon dos oficiales de Michelena que luego cobrarían relieve, José Rondeau y José Artigas, para abandonarlo y presentarse en Buenos Aires. En cambio, junto con el marino español dejó Entre Ríos su antiguo comandante Urquiza, quien en Montevideo asumió la jefatura del Regimiento de Emigrados Entrerrianos, en cuyas filas formó un joven partidario de él también llamado después a la notoriedad: Francisco Ramírez.

Belgrano cruzó el Paraná con balsas en un lugar llamado Candelaria, el 19 de diciembre de 1810, al frente de una reducida fuerza: 800 hombres, mitad de caballería e infantería, con 6 cañones de pequeño calibre. A su frente se hallaban las avanzadas paraguayas. Difundió una proclama que criticaba a quienes habían quitado los derechos al pueblo, exhortándolo a unirse a sus filas, y como contrapartida, portaba las severas órdenes reiteradas por la Junta, de fusilar a "todo europeo" que le hiciera resistencia con armas. Mandaban a las compañías de la tropa *porteña* —como la dieron en llamar sus enemigos— don Celestino Vidal (Granaderos de Fernando VII), don Gregorio Perdriel (Patricios), don Manuel de Ocampo (Arribeños) y don Diego Balcarce (Caballería de la Patria). Impulsivamente la vanguardia de Belgrano, llevando a su frente al mayor general (segundo comandante) del ejército, don José Ildefonso Machain, atacó la guardia paraguaya y la derrotó, apoderándose de su campamento, un cañón y dos pedreros, y una bandera. Tras este pequeño triunfo, el general Belgrano arengó a sus hombres: "Paz, unión, verdadera amistad con los españoles amantes de la patria y del Rey; guerra, destrucción y aniquilamiento a los agentes de José Napoleón [*sic*], que son los que encienden el fuego de la guerra civil".

Lento fue el avance en dirección a la capital de Paraguay. El terreno montuoso y anegadizo demoraba considerablemente la progresión, a lo que se añadió el mal estado de la caballada, escasa y cansada por el esfuerzo. Era forzoso emplear balsas y canoas que fueron tomadas en Candelaria. La alimentación era mala y las temperaturas sofocantes, con frecuentes tormentas; pero el espíritu de la tropa expedicionaria se mantenía elevado. El propio Belgrano demostró en la campaña gran ánimo, valor y sangre fría. El enemigo no presentaba batalla: el gobernador, coronel Bernardo de Velasco, se atrincheró unas leguas al sur de Asunción para aguardar en lugar conveniente a la audaz falange intemada en territorio extraño y hostil.

El 6 de enero de 1811 el capitán Perdriel con su compañía del n° 1 atacó una fuerza paraguaya de 100 hombres emboscada en el monte de Maracaná y la puso en fuga sin pérdidas propias: capturado un *miñón* provisto de pistola y sable, "a consecuencia de la orden de V.E. —dio cuenta Belgrano al día siguiente— se pasó por las armas" (no hubo más ejecución en todo el resto de la campaña). Aunque algunos habitantes y funciona-

rios subalternos colaboraban con el Ejército de Buenos Aires, la mayoría de los pobladores escapaban a su aproximación haciendo el vacío a su frente. Pero el día 16 se tomó contacto con las tropas del gobernador Velasco, tiroteándose toda la jornada, y pese a que los paraguayos se presentaron en número de 3.000 hombres de caballería, una guerrilla de 400 de éstos fue hecha retroceder por 100 soldados de Belgrano. Muy animados, deseaban éstos atacar, y pese a la desproporción numérica, en consejo de guerra celebrado por Belgrano, Machain y sus capitanes, decidieron hacerlo así "todos unánimes", puesto que una retirada podría disminuir su ardor e "inferirse perjuicio al decoro de las armas". El 17 de enero Belgrano avanzó, dividido su ejército en dos divisiones (Machain y Perdríel) con 220 y 240 hombres y dos cañones cada una.

La acción se libró sobre la margen del arroyo Yuquerí, que guardaba el campamento paraguayo de Paraguay. El Mayor General tomó una batería enemiga y puso en fuga al centro de sus oponentes, persiguiéndolo sin atender a las llamadas de reunión para no dispersar los efectivos, hasta llegar al campamento enemigo, que comenzó a ser saqueado. El propio gobernador Velasco huyó, quitándose su uniforme para no ser reconocido, del cual se apoderó un granadero del Regimiento de Fernando VII. Recobrados los más numerosos enemigos, Machain debió replegarse, quedando cortados como 100 hombres de caballería e infantería con siete oficiales, que finalmente debieron rendirse: a uno de estos últimos, el paraguayo don Ramón Espínola, que acompañaba a Belgrano desde Buenos Aires, le fue cortada la cabeza. El combate se mantuvo con encarnizamiento, en proporción de 10 contra 1 (según estimación del mismo Belgrano), hasta consumir las municiones, motivo por el cual las tropas porteñas cesaron el combate y se retiraron del campo de la acción. Contaron 10 muertos y 13 heridos, según aquél, y 400 bajas según el gobernador Velasco. El enviado de la Junta no dejó de preocuparse por la situación de la familia de un veterano artillero santafecino que al ser herido mortalmente en la acción, encargó a su oficial que pagasen a su mujer los nueve meses de sueldo que se le adeudaban: Belgrano reclamó su cumplimiento y el otorgamiento de alguna pensión a su viuda "para de este modo hacer conocer a los individuos del Ejército que sus buenos servicios serán atendidos aún después de su existencia".

El General resolvió retrogradar a orillas del río Tebicuary para unirse a una columna de refuerzo conducida desde Misiones por el coronel Rocamora, vista su desproporción y la falta de adhesión popular. Luego se disponía a volver a internarse en Paraguay.

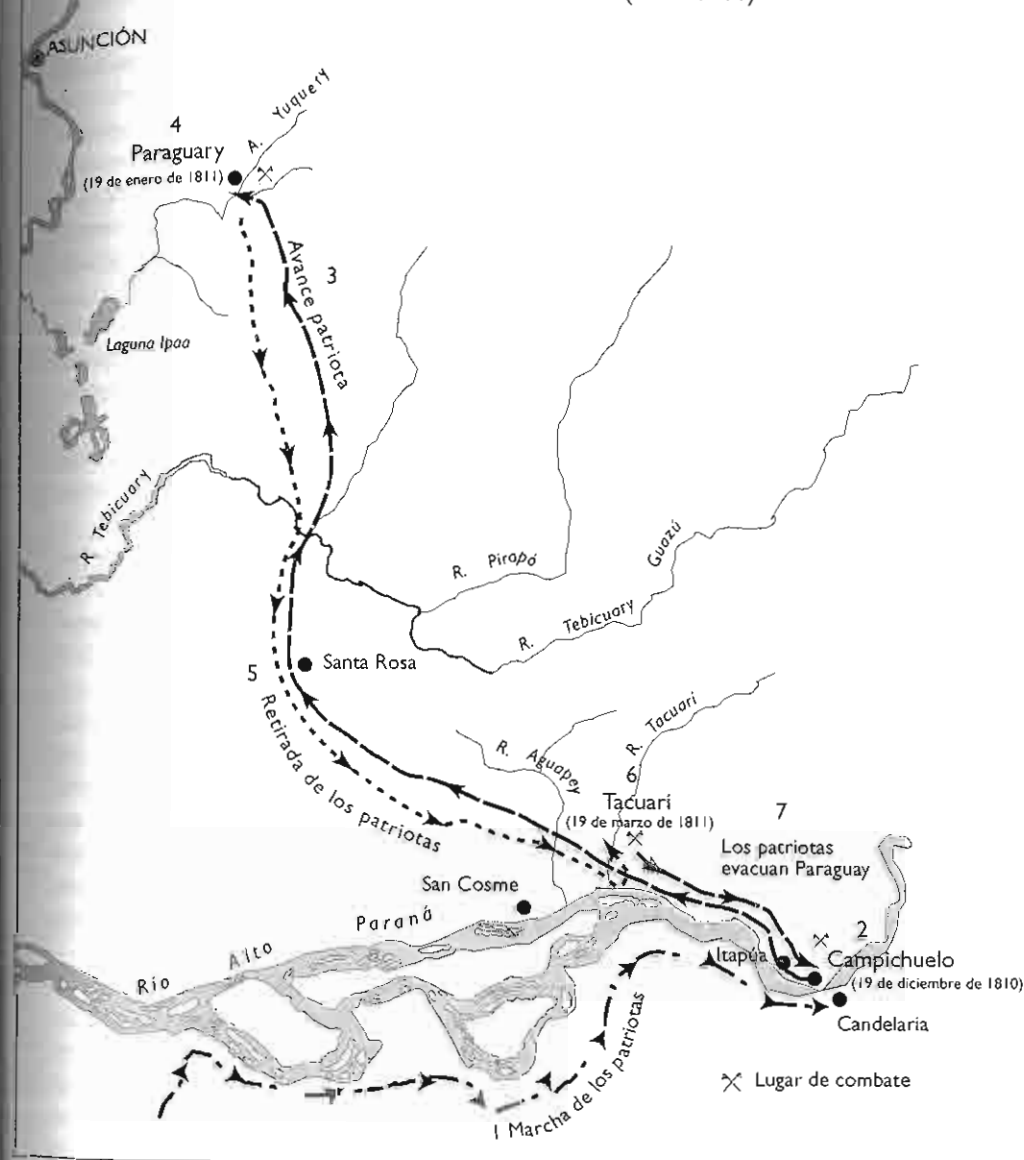
En su nuevo campamento en Tebicuary recibió Belgrano una intimación a rendirse dirigida por el comandante paraguayo Manuel Cavañas, a quien contestó (25 de enero):

Para evitar la efusión de sangre me he retirado, no huido; y también porque no he venido a conquistar el Paraguay sino a auxiliarlo para que salga de la esclavitud en que se halla. Sentiré que se me dé ocasión de que continúe el derramamiento de sangre de mis desgraciados y engañados hermanos paraguayos, alucinados por los europeos y por los ricachos del país que subsisten a expensas del sudor de los infelices.

No dejó de protestar Belgrano porque su parlamentario el capitán Ignacio Warner fuera remitido preso a Asunción sin respetarse su condición.

La campaña, pues, prosiguió. No solamente de Misiones aguardaba refuerzos el general Manuel Belgrano, sino además confiaba que se le uniesen los Húsares de Rodríguez

Expedición al Paraguay (1810-1811)



luego de eliminar la amenaza de Michelena en Concepción del Uruguay, "para entrar a la conquista de los salvajes paraguayos —escribió a Saavedra el 31 de enero—, que sólo se pueden convencer a fuerza de balas". ¡Buen medio para lograr adhesiones!... El tiempo le haría ver que otro era el recurso eficaz. De cualquier modo, la Junta modificó su criterio en cuanto al trato de prisioneros, y el 3 de febrero le cursó una orden terminante: "Que no se quite la vida a ningún enemigo rendido".

Por lo pronto, Belgrano continuó hacia el sur, estacionándose sobre las márgenes del arroyo Tacuarí. Desde este punto, cercano al río Paraná, despachó al capitán Perdriel con 100 hombres y 2 pequeños cañones para que asegurase el paso de Candelaria a fin de contar con una vía expedita en caso de verse forzado a abandonar el Paraguay; y aunque precisaba de refuerzos, dispuso que el coronel Tomás de Rocamora quedase guardando la localidad de Itapúa para comunicarse con Misiones. Conforme a sus nuevas instrucciones, el General varió de actitud en relación con los prisioneros, a los cuales llegó a liberar, no sólo para establecer reciprocidad en el trato respecto de los propios, sino para que difundieran entre sus coterráneos las ideas liberales sostenidas por la Junta, "y sobre todo —explicaba Belgrano— que es ajeno de mis sentimientos el terror, por más que se me arguya para adoptarlo". Mientras, proseguía la reorganización de sus fuerzas y la instrucción de los oficiales, a los cuales se impartía academia todos los días, y reclamaba por más soldados y equipos militares. No dejó de advertir Belgrano al gobierno de Buenos Aires:

Hablando claro, Señor Excmo., yo no cuento para los ataques más que con las tropas de la Capital, ya por su instrucción, y ya en algunos por su entusiasmo patriótico: lo demás de naturales y de correntinos son poco más o menos como los insurgentes [paraguayos].

Resulta extraño, ante esta confesión, que fraccionara a sus tropas, lo que le sería nefasto.

A fines del mes de febrero el coronel Cavañas entabló correspondencia con Belgrano defendiendo la actitud de su pueblo y pidiéndole otra vez que se rindiera, lo que dio oportunidad a este último para explicar los móviles de la Junta de Gobierno de Buenos Aires. Insistió que buscaba conservar la unión de las Provincias del Río de la Plata ante la dominación de España por Napoleón, y por otra parte

[...] sacar al Paraguay de las cadenas en que se halla, quitarle el inicuo servicio de las milicias, libertarlo de gabelas, darle un comercio franco con todas las provincias, desterrar ese inicuo estanco de tabaco, que nombren un diputado para el Congreso, y que no sufran más los perjuicios de la estigmación de sus frutos.

Si bien la controversia no dio resultado inmediato, la argumentación de Belgrano en defensa de los derechos americanos conculcados tras 300 años de dominio de "los españoles europeos de la Península", prendió en la conciencia de sus enemigos. Uno y otro, claro está, no dejaron de invocar los derechos del amado soberano.

Sin modificarse el estado de cosas se llegó a marzo de 1811. Y el día 7 de este mes la Junta Gubernativa envió una resolución para cambiar el destino de su General:

Se ha recibido la noticia que cerca de 2.000 hombres armados de la campaña de Montevideo se han unido a nuestra causa; en su consecuencia, y a virtud de graves consideraciones, ha acordado esta Junta repase V.E. el Paraná con las tropas de su mando, y se sitúe en el Arroyo de la China. Ocioso es encargar a V.E. la prontitud que exige este auxilio.

Antes que esto se llevara a cabo, Cavañas y sus paraguayos asaltaron el campamento porteño de Tacuary, el 9 de marzo. Se habían acercado no sin prudencia, pese a estar en proporción de 14 a 1, ya que a los miles que conformaban el Ejército enemigo, Belgrano sólo podía oponerles poco más de 400 hombres.

Como el Ejército de Buenos Aires custodiaba el único vado sobre el Tacuary con los fuegos de cuatro piezas de artillería, el coronel Cavañas dio un gran rodeo por su derecha y construyó un puente por su flanco para sorprenderlo. Su maniobra consistió en amagar por el paso del frente, y atacarlo cruzando el puente, al tiempo que por la izquierda avanzaba otra fuerza por el río.

Al iniciarse el combate con un sostenido fuego de artillería y fusilería tras pasar los paraguayos el puente levantado sobre el Tacuary, Belgrano enfrentó este peligro a su derecha enviando al coronel Machain con 30 granaderos, la Compañía del n° 1 del capitán Saturnino Saraza, y otra de Naturales, más dos cañoncitos y la Caballería de la Patria mandada por el capitán Diego G. Balcarce: un total de 150 efectivos. Mientras, el General cubría el vado del centro con el resto de la artillería (cuatro piezas de poco calibre), algunos granaderos de Fernando VII, una compañía de Arribeños y dos de Naturales (250 hombres), "procurando ahorrar tiros y sólo dirigirlos con aprovechamiento". Creciendo la pelea en violencia, se presentaron por el flanco izquierdo cuatro canoas con gente armada, debiendo despachar para atajarlos al sargento mayor Celestino Vidal con algunos hombres y al capitán Ocampo de Arribeños. Un niño de 12 años acompañaba la marcha con su tambor. "Desgraciadamente el flanco derecho era atacado por 3.400 hombres —relató Belgrano en su parte—, que avanzando con energía y valor con seis piezas de 4, 3 y 1, se mezclaron con los nuestros y cayó prisionera la división de Machain". Se salvaron pocos en ese costado: "Los oficiales capitán Cabrera, de Pardos, capitán Vásquez, capitán Ramos, de Artillería, que con algunos soldados denodados se abrieron camino por entre los enemigos hasta el campamento". Considerando Cavañas que la acción estaba concluida, mandó un parlamentario intimando rendición.

El general Belgrano mostró su entereza. Contestó "que las armas de S.M. el señor don Fernando VII no se rendían en nuestras manos y que avanzase cuando gustase". No vaciló en hacerse fuerte en una elevación que desde entonces fue conocida por *El cerro de los porteños*, y emplazar los dos cañones que le quedaban, recorriendo la fila de su fatigada tropa, a la cual arengó, siendo recibido "con el mayor entusiasmo". Le quedaban sólo doce oficiales. El propio capellán Juan José García de Arboleya animó a la tropa "vistiendo una forniture y tomando un fusil al hombro", como certificaría su General.

Rechazado el ofrecimiento de Cavañas, el Ejército paraguayo comenzó a avanzar, a la vez que, contra todas las previsiones, el general Belgrano se dispuso a su vez a atacar a su numerosísimo adversario. Se rompió nuevamente el fuego.

Belgrano desenvainó su espada y se puso al frente de sus soldados, a pie, para encabezar la carga, en instante que el capitán Pedro Ibáñez le observó: "Señor general: como al oficial más antiguo a mí me corresponde este puesto".

Belgrano asintió y montó a caballo para dirigir al conjunto de sus restos, diciendo a uno de sus acompañantes: "Aún confío que se nos ha de abrir un camino que nos saque con honor de este apuro; y de no, al fin lo mismo es morir de 40 años que de 60".

Refirió en su parte a la Junta Gubernativa que entonces mandó a Ibáñez sobre el enemigo "hasta rechazarlo o contenerlo: lo ejecutó con entereza y valor". Añadió sobre esta carga: "Admira el denuedo de los 135 bravos que me acompañaban: avanzaron con el mayor orden hasta bajo los fuegos del enemigo, e hicieron los suyos con viveza; y logrando recostarlos a los bosques, mandé que se retirasen, vista ya su fatiga y cansancio".

No se podía hacer más. Todavía Belgrano volvió a tomar la iniciativa buscando el recurso honroso que salvase a su Ejército, a que aludiera hacía poco:

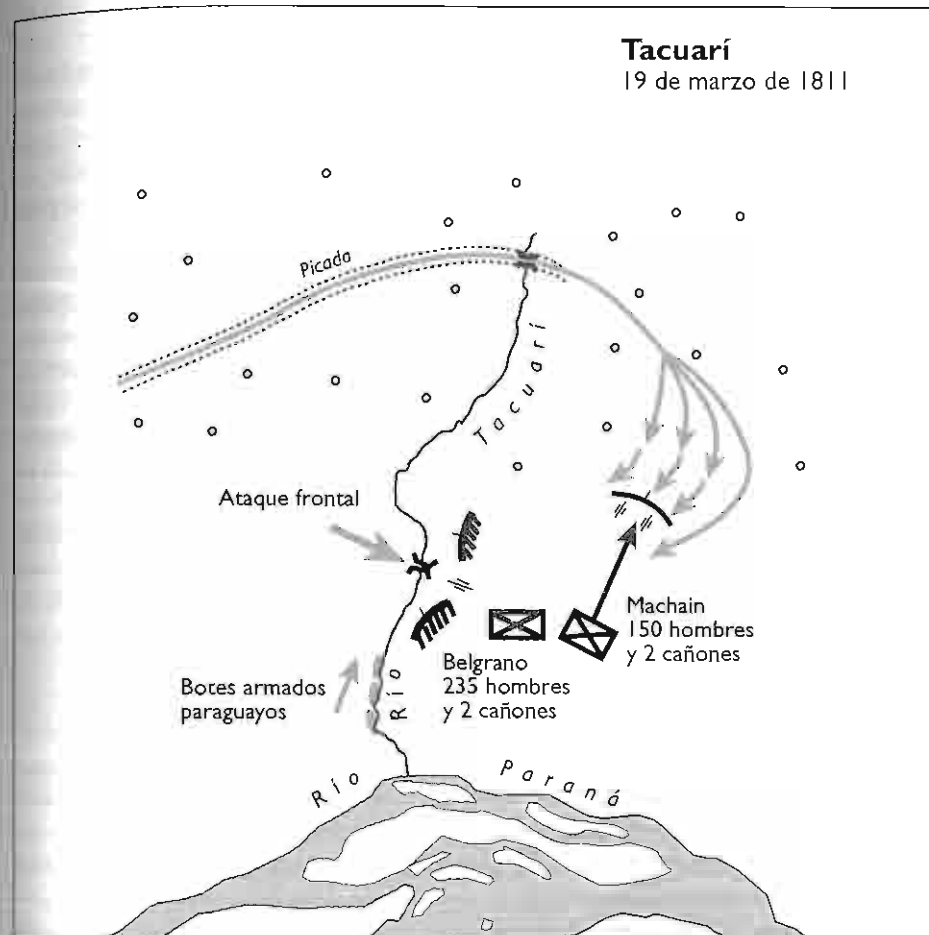
Viendo yo que era indispensable otra mayor efusión de sangre, y que mis cortas fuerzas podían ser envueltas por el crecido número de los contrarios, que ya me tenían tomado el único camino de retirada, aprovechándome del asombro que les causó el valor de los nuestros y su decidida idea de perecer con su general antes que rendirse, envié de parlamentario al intendente del ejército don José Alberto Cálcena y Echeverría.

Éste reiteró al coronel Cavañas que Belgrano no había ido al Paraguay a conquistarlo sino a auxiliarlo, y que para cesar las bajas entre parientes y paisanos estaba dispuesto a cesar las hostilidades, repasando el río Paraná. Cavañas consintió.

El vocal de la Junta convertido en militar solicitaría al Gobierno para las tropas que tan honrosa y heroicamente se batieron a sus órdenes, un escudo de honor portando la leyenda "Valor a prueba en Tacuarí". De su lado, don Manuel Belgrano fue ascendido a brigadier. Sus propios enemigos encomiaron su desempeño, reconociendo el Cabildo de Asunción en nota a Montevideo el 22 de marzo, que los argentinos al ser atacados en Tacuarí "hicieron una resistencia que les sería muy honrosa si la hubieran empleado en causa justa".

Don Manuel Belgrano no puso fin, con todo, a su misión. Si había sido vencido en el campo armado, luego su talento y simpatía lo convirtieron en vencedor en el terreno del pensamiento. La semilla ideológica que dejó en Cavañas y sus oficiales, durante el tiempo en que cambiaron opiniones escritas y verbales, produjo un resultado positivo, ya que no completo, puesto que a poco, en mayo del mismo año 11, era depuesto el gobernador Velasco y Paraguay se sustraía a la alianza con Montevideo, dejando de ser una preocupación para las autoridades de Buenos Aires, aunque sin acatar a éstas. Uno de los partícipes en dicha revolución, el doctor Pedro Somellera, declaró luego que "la única verdadera e inmediata causa que influyó en ella, fue la inoculación que los paraguayos recibieron en Tacuarí".

Belgrano permaneció en Candelaria hasta fines de mes, cuando emprendió el regreso. Milagrosamente traía consigo a su Ejército después de su audaz incursión, que según una lista confeccionada el 21 de marzo, estaba compuesto por 53 oficiales, 120 suboficiales y 1.134 soldados. Se contaban en él los Granaderos de Fernando VII, Patricios, Arribeños, Pardos, Real Cuerpo de Artillería y Caballería de la Patria, venidos de Buenos Aires, y además las compañías auxiliares de Yapeyú, Corrientes, Santa Fe y Paraná. Además 5 cañones, más 7 pertenecientes a Yapeyú y 1 a Corrientes. Debe especificarse que las tropas misioneras no intervinieron en las acciones de guerra.



El animoso general Belgrano no se dirigió de inmediato a la Capital. Dispuesto a brindarse donde la Patria requiriera sus servicios, tomó la ruta de la Provincia Oriental, su primitivo destino. "Siendo Montevideo la raíz del árbol, debemos ir a secarla", escribió obedientemente a la Junta de Gobierno.

Antes de estudiar este teatro de operaciones, debemos previamente atender a lo sucedido en el Norte.

Reemplazado el coronel Ortiz de Ocampo al frente del Ejército "auxiliar de la libertad del Perú", a causa de haber querido proceder con lenidad respecto del grupo contrarrevolucionario de Córdoba, asumió el mando el coronel Antonio González Balcarce, uno de los pocos jefes patriotas que podían llamarse veteranos, por haber servido desde joven en los Blandengues, y tras intervenir en las Invasiones Inglesas, luego de la segunda de éstas participó en España en la lucha contra Napoleón (a raíz de haber caído prisionero de los británicos en 1807, siendo luego del levantamiento hispano contra los franceses, enviado a la Península con sus demás compañeros de infortunio). Este último estaba subordinado al doctor Juan José Castelli, vocal de la Junta Gubernativa, quien fue despachado en septiembre de 1810 no sólo para "reglar la organización de los pueblos que se asocian a la Capital", sino además "para dirigir los movimientos del Ejército". En tal virtud —decretaba el Gobierno— la comisión directiva de éste (que se ha indicado páginas atrás) "reconocerá ciegamente a sus órdenes, y no ejecutará plano, medida ni providencia alguna sino con su aprobación".

Luego de llegar el doctor Castelli a Córdoba leyó a dicha comisión, por orden de la Junta, un pliego que contenía una severa prevención sobre el gran número de desertores sufrido por la columna destinada a las provincias interiores, en razón de haber quedado las tropas en la ciudad durante un mes entero; y haciéndose eco el Gobierno de muchas quejas, le mostraba su preocupación y decepción por su conducta:

Ha sabido esta Junta el desgano en las marchas, que los soldados corren en desorden, sin guardar disciplina alguna, los oficiales a distancia de su tropa sin el menor cuidado de ella, y el primer comandante en total indiferencia sobre estos objetos. Sabe igualmente la Junta que no se han observado todas sus instrucciones, que no se ha hecho un solo ejercicio de los que ordenó diariamente, que las tropas han atrazado, lejos de llenar las esperanzas lisonjeras que todos formaron de esta expedición; y que si no se emprende con eficacia una reforma radical, será principio de una ruina el recurso más poderoso con que se había contado para esta gran obra.

Esta admonición, y el cambio de comandante, surtieron efecto, favorecido al reemprenderse la marcha, pues bien sabido es —desde las "delicias de Capua"— cuánto enerva a la disciplina militar el prolongado estacionamiento en guarniciones, y todo lo que la retempla su salida a operaciones. Una frondosa información recogida a raíz de los sucesos que tuvieron lugar luego en el Alto Perú, permite saber que González Balcarce mantuvo a su tropa en subordinación y disciplina, haciéndolas realizar continuamente ejercicios y evoluciones. La oficialidad se instruía en "conferencias militares" que impartían los jefes de unidades. Repetidas órdenes se impartían para que las tropas no incomodasen a los caseríos por donde pasaban a fin de conservar el buen crédito del Ejército, a la

vez que mediante la difusión de proclamas procurábase expandir las ideas que movían a las fuerzas revolucionarias. Las faltas —no muy graves— eran reprendidas con firmeza.

Durante el trayecto al norte la expedición fue abastecida por las provincias de su paso, con hombres, cabalgaduras y cuanto les era preciso, creciendo en número, hasta que superada la quebrada de Humahuaca, pisó el Ejército suelo del Alto Perú. El primer choque de partidas adelantadas tuvo lugar cerca de Tupiza, batiéndose con valor un teniente de Húsares al frente de 11 soldados, que fueron premiados, excepto su ayudante que huyó, quien "por un efecto de conmiseración no es depuesto inmediatamente del empleo", y para que lavara su mancha "con su sangre" fue removido del cuartel y destinado al puesto más peligroso de las avanzadas, "a fin de que logre cuanto antes recuperar la estimación".

Un encuentro de mayor entidad ocurrió el 27 de octubre de 1810 al atacar la vanguardia del Ejército de Balcarce al pueblo de Santiago de Cotagaita, donde se hallaban atrincheradas las tropas "de arriba" el mando del capitán de fragata José de Córdova y Rojas. Debe puntualizarse que las fuerzas patriotas habían padecido mucho en los días anteriores en su tránsito por suelo pedregoso, carencia de subsistencia al extremo que la caballada se concluía y era angustiosa la falta de agua. Los soldados estaban sumamente cansados. El combate empezó a media mañana, sosteniéndose por ambas partes "el fuego más activo que puede imaginarse" —informaría González Balcarce a Castelli—, mientras aumentaba el calor, y con éste la sed. No obstante el jefe enemigo, Córdova, reconoció por su parte que los patriotas "atacaron a pie firme", avanzando con dos piezas de artillería de montaña bajo una intensa fusilería proveniente de los parapetos defensivos.

La tropa se ha portado con intrepidez y valor [agregó luego Balcarce], pues ha llegado a pecho descubierto a tomar agua y hacer fuego dentro del mismo río de Santiago, bajo del de mosquetería y baterías enemigas; no le he permitido atacar a bayoneta, como lo solicitó repetidas ocasiones, reconociendo que iba mucha parte de ella a sacrificarse. Se ha retirado cuando se le ha mandado, sin confusión ni atropellamiento, conteniendo siempre la artillería.

Convencido el coronel Balcarce que no le sería posible penetrar en las defensas del adversario, dispuso la retirada, sin que los contrarios se atrevieran a perseguirlos. La nota desagradable la dio el capitán Juan Ramón de Urien, comandante de la artillería, quien abandonó a su batería, difundiendo en su fuga hasta Humahuaca que todo el Ejército se había perdido, quedando el río de Santiago cubierto por sus cadáveres. Ello provocó el retraimiento de los indios y la falta de auxilios con que iban a remediar a las fuerzas argentinas. Arrestado y sometido a proceso, fue reemplazado por el capitán Felipe Pereyra de Lucena; hasta que el 3 de diciembre la Junta ordenó que Urien fuera fusilado.

González Balcarce impuso a Castelli, que se hallaba en la retaguardia:

En la misma tarde acordamos en una junta de guerra que era indispensable retroceder a reforzarnos, proveernos de municiones de artillería, subsistencias y caballerías, pues es tan extrema la escasez de estos auxilios que no hay absolutamente cómo poder operar por su falta. Mi dirección es a Suipacha, donde esperaré los auxilios indicados y las superiores órdenes de V.E.

Ni propios ni contrarios podían imaginar, dada la situación descripta, que en este último punto poco más de una semana después cambiaría el estado de las operaciones de manera completa.

De un lado avanzaba lleno de confianza el capitán de fragata Córdova y Rojas, hasta que se estacionó en la villa de Tupiza, enarbolando "el estandarte del terror" (en frase del propio Córdova), que consistía en una bandera negra mostrando una calavera, tradicional enseña que significaba la guerra sin cuartel, y que han difundido los piratas en todos los mares. (Aún en la actualidad la usa la Marina Británica como demostración de destrucción del enemigo, llamándola *Jolly Roger*, que fue empleada por su submarino *Conqueror* luego de torpedear el crucero argentino *General Belgrano* durante la campaña de Malvinas en 1982.) No debe extrañar tal dureza, que fue propia del momento histórico: en la Península Ibérica luchaban españoles y franceses con salvajismo sin límite desde dos años atrás, y eco de ella fueron en 1810 tanto los consejos de Liniers a Cisneros como las instrucciones de la Junta a sus generales. Todavía un año después (23 de noviembre de 1811) la princesa Carlota de Borbón, la hermana de Fernando VII residente en Río de Janeiro, le escribía al general Juan Manuel de Goyeneche que se hallaba precisamente en el Alto Perú: "Creo de mi deber rogarte y encargarte que emplees todos tus esfuerzos en llegar cuanto antes a Buenos Aires y acabes de una vez con aquellos perversos revolucionarios, con las mismas ejecuciones que practicaste en la ciudad de La Paz". Y ya se sabe que en estos sucesos de 1809 la crueldad empleada fue la característica de la represión contra los criollos sublevados.

Una gran fuerza iba a enfrentarse con el Ejército de Balcarce: el capitán de fragata Córdova amenazaba con la próxima movilización de 7.000 hombres al mando del presidente de Cuzco, general Goyeneche, y 1.000 que el coronel Ramírez Orozco conducía habían llegado a Oruro. Todo ellos se unirían a los 2.000 que respondían al propio Córdova.

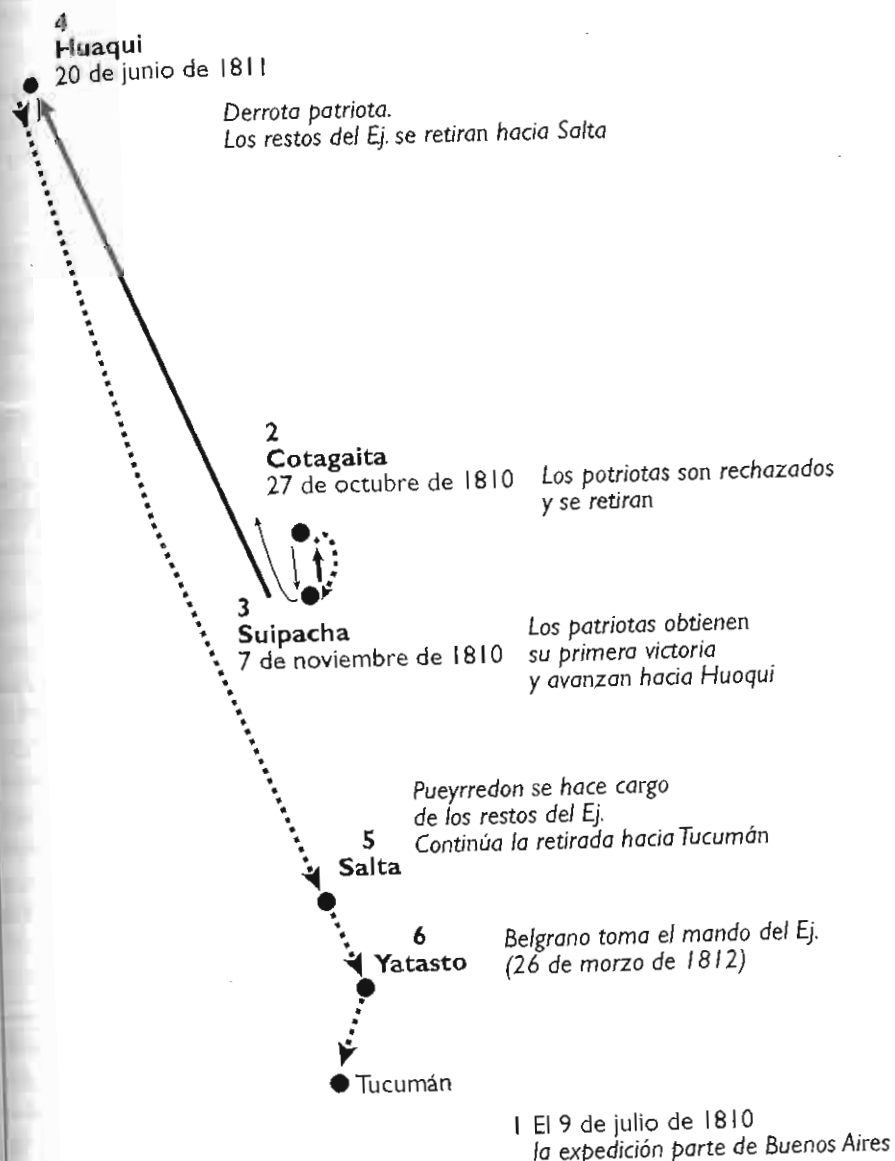
Convencidos de la debilidad que debían lógicamente experimentar las tropas del Gobierno de Buenos Aires, durante 23 leguas los sostenedores del Consejo de Regencia de Cádiz las persiguieron sin darles lugar al descanso, pero sin impedir que continuaran su maniobra retrógrada. En realidad, marchaba tras los patriotas únicamente Córdova y Rojas, por cuanto la artillería y refuerzos del Ejército Real quedaron en Cotagaita para reordenarse. Un frase tan despectiva cuan desafortunada flotaba sobre las conciencias de todos, pronunciada por el virrey del Perú don José de Abascal en referencia a los americanos, al condenar la Revolución de Mayo:

Hombres destinados por la naturaleza a sólo vegetar y vivir en la oscuridad y abatimiento, sin el enérgico carácter de la virtud, y con la humillante debilidad de todos los vicios, aspiran a lograr la vil efímera representación con que los execrables delitos señala a los grandes criminales...

Antes que se produjera la reconcentración de los *godos*, el choque con los patriotas tuvo lugar a las dos semanas del contraste para ellos en Cotagaita.

El coronel Antonio González Balcarce, cuando calculó que tanto su Ejército como el de Córdoba estaban suficientemente alejados del grueso de los realistas acampados en Cotagaita, se detuvo en el pueblo de Nazareno, situado río de por medio frente al de Suipacha, en la tarde del 6 de noviembre de 1810. Si bien las fuerzas rioplatenses carecían

Primera campaña al Alto Perú



de otras municiones que las portadas en sus cartucheras, por la noche, tras marcha forzada se les unieron 200 hombres de refuerzo conduciendo dos piezas de artillería, dinero, y los tiros que faltaban. Balcarce aprovechó la circunstancia para arengar a sus tropas, diciéndoles

[...] que él solo excedía en pericia militar a Nieto, Córdova y Socasa, trayendo tropas a pecho descubierto, donde se viene que el americano nacido para vegetar vivir en la oscuridad por obra del Gobierno que ha tenido, excede a los militares nacidos de España.

El 7 de noviembre más de 1.000 efectivos del Ejército Real se mostraron ante el campamento patriota. Córdova contaba con infantería del Fijo, de Marina, Dragones y voluntarios de Charcas enviados por el mariscal Vicente Nieto. Los realistas ocuparon unas alturas sobre el flanco derecho de los patriotas, aguardando el movimiento de éstos. Roto el fuego, las vanguardias rioplatenses se replegaron.

Así las cosas, el coronel Antonio G. Balcarce dispuso el avance de 200 hombres con dos piezas para forzar a la acción, con lo que se entabló decididamente el combate. Visiblemente su superioridad, el capitán de fragata Córdova y Rojas ordenó un ataque general, y ésta fue su perdición. El vocal de la Junta de Buenos Aires, doctor Juan José Castelli, sintetizó la batalla:

El mayor general Balcarce determinó que otra división como la primera, y las mismas guerrillas retrocedidas, cargasen prontamente, como lo verificaron con tanto esfuerzo, valor, firmeza y gallardía, que en el momento se posesionaron de los parapetos enemigos, y entrando en ellos el desorden, se pusieron todos en la más vergonzosa y precipitada fuga, abandonando las 4 piezas de artillería con más de 2.000 cartuchos para ellas en 22 cajones, sobre 70.000 tiros de fusila bala en cartuchos, 3 zurroneos de dinero, que tomaron y se los distribuyeron los soldados. Se les tomaron dos banderas, mas la una no merece tal nombre porque es un trapo enastado por jugarreta, pero la otra es propia de La Plata, que juraron las tropas cuando Nieto desarmó a los Patricios y repartió a los Arribeños. Se hicieron allí mismo más de 150 prisioneros.

La victoria fue completa, y el enemigo en desbande fue perseguido durante 3 leguas. Se recogió gran cantidad de armas tiradas, como también equipos, uniformes, y hasta dinero y alhajas. A los indios de la comarca les fue ofrecida gratificación por lo que pudieran hallar entre los cerros. Pocas, en cambio, fueron las bajas propias, entre las cuales se contaron heridos el alférez de las milicias de Salta Eduardo Gaona, y el abanderado de Tarija Manuel Álvarez Prado. Algunos de los capturados tomados eran soldados pasados al enemigo luego del contraste en Cotagaita, los cuales fueron fusilados por traidores, salvo a uno a quien sus antiguos camaradas dieron muerte a bayonetazos sobre el campo. De los primeros, llama la atención los apellidos británicos que ostentaban 3 de los 10 prisioneros: MacAlister, Smith y Queten. ¿Antiguos remanentes de la invasión inglesa de 1806?

La jactanciosa proclama de don Antonio González Balcarce previa a la acción se había visto confirmada por los hechos. El doctor Castelli no pudo contener su entusiasmo y admiración:

El resultado de la acción es prueba del más encarecido elogio de nuestro Ejército, que inferior en número, y en su cuartel, supo derrotar a un enemigo que eligió situación y rompió fuego. Aseguro a V.E. con el mayor general que de los oficiales y tropa no tengo a quién distinguir; no hay Ejército en el mundo que presente el pecho al enemigo y se sostenga con más gallardía y serenidad en el fervor de la acción, y avance a la vez con más intrepidez que el nuestro. Los tarijeños, salteños, tucumanos, santiagueños y cordobeses son tan buenos cuando tienen oficiales y jefes de provecho como son las tropas de la Capital.

En mérito a su comportamiento Castelli concedió a los que resultasen inválidos el prestado, e igual goce a viudas y padres de los que murieran en acción.

Otra de las consecuencias de este importante triunfo fue la colaboración espontánea y masiva del elemento indígena, que no vaciló en transportar los cañones a hombros, solicitando armas para combatir, y haciendo a los soldados "abajeros" su homenaje más cumplido con los caciques al frente, "hasta el extremo de hincarse de rodillas, juntar las manos, y elevar los ojos como en acción de bendecir al Cielo".

Con el parte de la batalla, que abría el Alto Perú a las armas de la Revolución, fue enviada a Buenos Aires como trofeo la bandera de la ciudad de La Paz, que llevó el capitán Roque Tollo, del Regimiento nº 1 Patricios. Tan enfervorizado estaba este último, que al toparse en Córdoba con un convoy que marchaba para abastecer al Ejército en el Norte, conducido por el teniente de milicias José María Paz, Tollo se empujó sobre los estribos y le anunció orgullosamente: "¡Va usted ya tarde, pues todo está concluido!".

Verdaderamente, parecía haberse culminado la empresa iniciada. El propio comandante enemigo, don José de Córdova y Rojas confesó al día siguiente desde Cotagaita al coronel Antonio González Balcarce: "La victoria de Suipacha que V.S. ha conseguido ayer, es más completa que lo que le pareció, pues solo ella ha decidido la suerte del Perú". Por su parte se sometía a la Junta de Buenos Aires con todo su Ejército, que incluso se ofrecía para oponerse al que estaba alistando el general Goyeneche, a cambio de no recibir castigo alguno, salvo en su persona. "Cuenta usted con que el Perú está ya sujeto bajo la dominación de la Junta", confirmaba en misiva particular. Balcarce le exigió la entrega del presidente de Charcas mariscal Vicente Nieto, del intendente de Potosí don Francisco de P. Sanz, de don José González de Prada y todo otro jefe de provincia.

El mariscal Nieto se hallaba en Cotagaita con tropa, 10 piezas de artillería y el tesoro del Ejército Real, de donde fugó; y en su persecución el doctor Castelli despachó al capitán Martín Güemes con una partida de 150 soldados de Tarija y sus oficiales, perfectamente equipados, hasta dominar Cinti. En la euforia del triunfo, calculando apoderarse de los fugitivos, Castelli estaba dispuesto a indultarlos. El coronel Balcarce ocupó la villa de Santiago de Cotagaita, posesionándose de los efectos de guerra abandonados.

El efecto de la victoria en Suipacha fue multiplicador: se afirmaron los pronunciamientos favorables de Cochabamba, Oruro y Santa Cruz de la Sierra, estallados ante la aproximación de las tropas de Buenos Aires, previos a la batalla. En Potosí, luego de ella, fue depuesto Sanz; las tropas patriotas hicieron su entrada en la villa del Cerro el 25 de noviembre. En Chuquisaca sucedió lo mismo, subordinándose a Buenos Aires, y las tropas veteranas que respondían al Virrey del Perú fueron completamente dispersadas en Arouma y perseguidas al norte. Tras ello, un Cabildo Abierto celebrado en La Paz se ple-

gó a la causa americana, siendo tomados presos Córdova y Sanz. La retirada de las fuerzas españolas fue general.

Antonio González Balcarce fue ascendido a Brigadier, y otros jefes también lo fueron al grado superior, y se condecoró al Ejército vencedor en Suipacha con un escudo que portaba la leyenda "La patria a los vencedores de Tupiza". Por esa época se agregaron a sus filas los coroneles Eustaquio Díaz Vélez y Juan José Viamonte.

Se prosiguió el avance al norte. El doctor Castelli entró en la "villa imperial" de Potosí el 25 de noviembre de 1810, reorganizando la vida ciudadana con la participación del vecindario y pueblo, sin dejar de atender a la compostura de armas. El Comisionado de la Junta Gubernativa conformó tres Divisiones a cargo de Balcarce, Díaz Vélez y Viamonte. Su optimismo era grande, y comunicaba tres días después: "No tiene Abascal dinero, ni armas, ni opinión, ni confianza en las tropas de su mando. Temen a porteños y cochabambinos, y sobre todo a sus pueblos, impregnados de nuestros conocimientos, que hemos difundido diestramente en sus territorios".

Con todas las Provincias del distrito de la Real Audiencia de Charcas (Potosí, La Plata, Cochabamba y La Paz) subordinadas al gobierno de Buenos Aires, el Alto Perú por completo se había sumado a la causa americanista. Tan confiado se hallaba su delegado el doctor Castelli que proyectó enviar una columna expedicionaria hacia la frontera con Portugal para que la recorriese hasta Corrientes y retornase por el Chaco. En cuanto al Ejército, quedaría en el río Desaguadero, límite con el Virreinato de Perú. Además Castelli deshechó el refuerzo que desde Santiago del Estero se aprestaba a conducir el capitán Juan Francisco Borges, no sin hacer saber a éste que la primera compañía arribada "no nos ha dado más que trabajos por la impericia de sus oficiales y el cúmulo de vicios de los soldados, sin excepción, pareciendo más bien tropa de salteadores que de ejército".

Más la precariedad de elementos imponía al Gobierno la necesidad de mostrar una terrible energía para superar la carencia de medios y sustentar su política emancipadora, a fin de imbuir en la conciencia colectiva que se estaba en un momento decisivo, en que las actitudes extremas no dejaran dudas sobre la determinación de proseguir la campaña iniciada sin ninguna vacilación.

Se pusieron de resalto con anterioridad varias muestras de rigor por parte tanto de godos como de patriotas, y la suerte de los jefes que cayeran en manos de sus contrarios era previsible. Así se venía comprobando desde las ejecuciones comenzadas en La Paz en 1809 y proseguidas en Córdoba en 1810. Similares eran las instrucciones para proceder contra los comandantes enemigos, y esta dureza se repitió tras la victoria de Suipacha: recién al comenzar el mes de diciembre se atenuaría la crueldad respecto de jefes y oficiales.

La ferocidad se limitaba a los responsables máximos de la resistencia, de uno u otro bando. El doctor Juan José Castelli había recibido tiempo atrás la implacable resolución de la Junta de Gobierno de Buenos Aires para ejecutar a cuantos se opusieran con armas a su política, pero no había procedido a cumplirla instantáneamente: el gobernador interiniente don Francisco de Paula Sanz y el capitán de fragata don José de Córdova y Rojas permanecían presos en la Casa de la Moneda de Potosí. Hasta que aprehendido el mariscal Vicente Nieto, presidente de la Real Audiencia de Chuquisaca, los tres fueron fusilados el 15 de diciembre en la Plaza Mayor con toda la formalidad prescripta por la ordenanza. "La ejecución [informaba Castelli a la Junta] ha sido imponente por el aparato militar, puntualidad y observancia hasta de lo más menudo por los oficiales y soldados."

Cumplido este paso, el Ejército rioplatense emprendió su despliegue hacia el interior del Alto Perú, tras dejar asegurado Potosí; y en consecuencia el doctor Castelli, el general Antonio G. Balcarce y un destacamento de 300 hombres de las tres armas partieron hacia La Plata, donde luego de afirmar la causa revolucionaria con nuevas autoridades, pasaron a La Paz. Otra división se dirigió a Oruro. El representante de la Junta estimaba su fuerza, reunida y equipada, en 5.000 hombres con 26 piezas de artillería, "sin comprender los naturales, que anhelaban por asociarse al servicio accidental, y contribuyeron mucho a los auxilios de toda clase". El general enemigo José Manuel de Goyeneche, dependiente del virrey del Perú, don José Fernando de Abascal, permanecía sobre la línea del río Desaguadero que dividía ambas jurisdicciones.

Así quedó la situación durante algunos meses del año 1811, por lo que debe atenderse al teatro de operaciones más cerca de la Capital de las Provincias del Plata: la Banda Oriental.

La Revolución de Mayo produjo en Buenos Aires una serie de movimientos políticos internos, nacidos de intereses encontrados por asumir la marcha de los asuntos públicos.

En la Capital la armonía del Gobierno colegiado comenzó a mostrar fisuras para fines del año 1810, siendo que hasta entonces las medidas fueron tomadas de común acuerdo. Pero la prédica de su secretario, Moreno, difundida a través de la *Gazeta*, tendía a ahondar la Revolución —los artículos publicados para fin de año abogaban por la idea de emancipación sin disimulo, por sobre las consabidas frases de sometimiento a Fernando VII—, y para que se impusiera definitivamente, impulsaba la toma de medidas drásticas que a algunos de sus colegas no les parecía sensato mantener, pasados los primeros tiempos y luego que las Provincias se adhirieran al nuevo orden de cosas. Los mensajes llegados de Belgrano desde Paraguay eran optimistas y también en el Alto Perú la situación se mostraba favorable. La tendencia moderada que encabezó el presidente Saavedra evitó el ensañamiento contra los españoles europeos —quienes hubieron de ser privados de ocupar cargos públicos—, e incluso se impartieron órdenes para respetar la vida de los militares prisioneros, como se expuso anteriormente.

Más la tensión encontró su detonante con ocasión de un fasto castrense.

En el *Diario* que llevaba Juan Manuel Beruti —sus *Memorias curiosas*— se registra que el 2 de diciembre entró el capitán portador de la bandera ganada en la batalla de Suipacha, quien tras ser recibido en el Fuerte por la Junta, condujo la enseña al Cabildo, donde quedó exhibida desde el balcón. Esa victoria tan importante fue celebrada como correspondía por el pueblo:

Al entrar Tollo con dicha bandera hubo una salva general de artillería en la Real Fortaleza y batería, y un repique general de campanas; y en celebridad de nuestros triunfos hubo iluminación general en la ciudad por tres noches, músicas, bailes y otras diversiones, pues de ello nos ha resultado el allanamiento del Perú. Y en su virtud el siguiente día se cantó el tedéum en la santa Iglesia Catedral por la mañana, después de una solemne misa de gracias que se hizo al Dios de los Ejércitos por la victoria que nos había dado contra nuestros enemigos, a la que asistió la Excm. Junta y demás tribunales.

Pues bien: a raíz de tales festejos fue que se produjo una crisis en el Gobierno. Ya que entre las celebraciones, tuvo lugar en el cuartel de los antiguos Patricios (ahora regimientos nº 1 y 2 de Infantería) un baile y comida, al cual fue convidado su antiguo comandante el coronel Saavedra, y su mujer, pero al que se negó entrada al propio secretario de Guerra, doctor Moreno, a causa de no pertenecer al Ejército. Hubo algo peor: un oficial de Húsares, embriagado, hizo ademán de coronar a Saavedra con un adorno al tiempo que le daba el título de *Rey*...

Fue el colmo: el 6 de diciembre se dictó un *decreto de honores* redactado por Moreno para establecer la paridad de tratamiento y ceremonial entre los miembros de la Junta, que tendía claramente a rebajar la investidura de su presidente (no obstante lo cual éste lo firmó), con directas alusiones a los brindis por personajes determinados, a prerrogativas de las esposas de los funcionarios y al libre acceso a reuniones públicas. El decreto, de ponderable espíritu republicano, por otra parte, se publicó en la *Gazeta* dos días después. Fue la señal de discordia que ganó la calle.

Más grave a los efectos institucionales fue la transformación operada a poco, el 18 del mismo mes, en la propia Junta de Gobierno, pues incorporó a los diputados de las Provincias del interior conforme a la circular del 27 de mayo (pero contraviniendo lo resuelto por el Cabildo Abierto del 22, según se hizo presente en su lugar), y ello contra la opinión del secretario de Gobierno y Guerra, doctor Mariano Moreno. Aprobado aquel temperamento, éste quedó en absoluta minoría para las resoluciones que debieran votarse en adelante, y en consecuencia se separó de la "Junta Grande".

Comisionado para requerir en Londres más franco apoyo diplomático y la remisión de las armas que se precisaban, el doctor Moreno falleció en alta mar debido a un malestar previo a su embarque, equivocadamente atendido a bordo.

Sus partidarios también fueron eliminados del Gobierno tras una asonada favorable a Saavedra que estalló en abril de 1811, comenzando a aflorar el sectarismo político, que desde luego se reflejó con efectos nocivos en el Ejército (en el Alto Perú se comentaron diferencias entre el brigadier González Balcarce y su segundo el general Viamonte). Hubo en medio de esos incidentes, un episodio remarcable: la Junta de Gobierno y sus sostenedores continuaban ostentando una cinta blanca en señal de adhesión a las autoridades —como durante los días de mayo—, combinada a veces con una roja; y para mostrar su diferencia, sus opositores *morenistas* comenzaron a lucir cintas de otro color: blanca y celeste. Se ignora hasta ahora de manera fehaciente la razón de haberse elegido este último, que dio origen a la escarapela nacional primero, y luego a la bandera argentina, como luego se detallará. Es posible que no haya habido en las tiendas otra existencia de cintas que no fueran celestes en el número requerido; pero lo que debe descartarse es que fuera adoptado de la Orden de Carlos III que adornaba a los Reyes, desconocida por ese tiempo en el Río de la Plata, y sólo divulgada mucho después. La importancia del tema vale la digresión de los aspectos militares. Volvamos a ellos.

La situación de Montevideo respecto de Buenos Aires no había variado desde su antagonismo durante el enfrentamiento de Liniers con Elío. Producido el movimiento revolucionario de mayo del año 10, las autoridades allí instaladas desconocieron a la Junta Provisional Gubernativa y acataron a la Regencia de la Península, lo que llevó —tras el fracaso de intentos amigables a nivel oficial— a la ruptura de relaciones dispuesta en agosto. Un problema serio lo originó en esa ciudad la permanencia de tropas milicianas desde la tentativa británica (además, por cierto, del ánimo favorable a la Revolución de

buen parte del vecindario). Ante ello, el 14 de julio se reunieron los jefes españoles, ante quienes el comandante del Apostadero naval, Salazar, expresó

[...] *que todos los males de estas Provincias, de seis años a esta parte, dimanaban de la falta de fuerza militar veterana, por cuya causa el Gobierno se había visto en la precisión, para resistir a las invasiones de los ingleses, de crear de repente unos cuerpos urbanos, nombrando por oficiales de ellos a hombres en lo general sin principios, sin educación y sin conocer la disciplina.*

Era una fuerza poco confiable, y el capitán de navío Salazar propuso, y fue aceptado, arrestar a todos esos oficiales y distribuir a la tropa en otras unidades. Asegurada Montevideo, también lo fue la campaña oriental, sobre todo el puerto fortificado de Colonia. El bloqueo naval que se quiso imponer a la Capital porteña produjo poco resultado ante la conducta de la Estación naval británica, sostenida por el embajador lord Strangford ante la Corte portuguesa. En esta época el Consejo de Regencia reemplazó al brigadier Javier Elío por el mariscal Gaspar Vigodet, quien se hizo cargo de sus funciones en octubre. Fue éste quien despachó para operar sobre el río Uruguay a la escuadrilla bajo el mando del capitán de navío Juan Ángel de Michelena —a la par que Belgrano marchaba hacia Paraguay—, de cuyos sucesos en Entre Ríos se dio cuenta. Otra escuadrilla de Montevideo, a órdenes del capitán de fragata Jacinto de Romarate, se dirigió aguas arriba del Paraná, y el 2 de marzo de 1811 destruyó frente a San Nicolás una flotilla patriota que se le opuso, comandada por el teniente coronel Juan Bautista Azopardo, incluso con la captura de éste, bañado en sangre y tras haber fracasado su intento de volar el pañol de municiones.

Un cambio en la conducción del accionar español se tuvo con la vuelta a Montevideo, el 12 de enero de 1811, del mariscal de campo Javier Elío, esta vez investido por el Consejo de Regencia con el carácter de "Virrey" del Río de la Plata, tan decidido para la represión de los *insurgentes* cuan desafortunado incluso en el trato hacia sus propios camaradas.

El panorama no era, sin embargo, por completo desfavorable, por cuanto en febrero se produjo en las márgenes del arroyo Asencio el levantamiento revolucionario de gran parte de la campaña oriental. El movimiento rural no tardó en atacar y ocupar las villas de Mercedes y Santo Domingo Soriano, y los pueblos de Porongos, Víboras, Espinillo y toda la campaña desde Rosario hasta el rincón de la Calera. Encabezaban el levantamiento Venancio Benavídez, Ramón Fernández y Pedro Viera, quienes de 300 hombres mal uniformados en un principio, engrosaron sus partidarios hasta el número de cerca de 2.000 provistos de armas de fuego y algunas lanzas. El comandante Fernández ofició a la Junta de Buenos Aires poniéndose a sus órdenes y solicitando auxilios en previsión de una ofensiva realista desde Colonia o Montevideo. Se le remitieron 4.000 pesos y municiones.

El pseudo *virrey* Elío lanzó una proclama (20 de marzo) en respuesta a esa actitud, violenta a la vez que preocupante por el factor a que prometía echar mano:

Las intrigas y sugerencias de la desesperada Junta de Buenos Aires os han precipitado en el proyecto más disparatado y criminal. Retiraos a vuestras casas a gozar de vuestra tranquilidad, de otro modo vuestra ruina y la de vuestras familias es cier-

tísima. La Junta de Buenos Aires no quiere ni puede daros auxilios de soldados y armas que os promete, porque no los tiene ni puede pasar expedición alguna por el río. Mirad que a mi sola orden entrarán 4.000 portugueses, y con la expedición que ha salido a la campaña, cogidos entre dos fuegos no podéis escapar, ni entonces os valdrá el arrepentimiento. Si no me obedecéis, pereceréis sin remedio y vuestros bienes serán confiscados.

Venancio Benavídez le replicó con altanería que a 7.000 hombres dispuestos “no se conquistan con papeles”. Desde Buenos Aires partió el teniente coronel José Rondeau para cooperar con el alzamiento de “la otra Banda”, atravesando Entre Ríos por falta de flota que pudiera hacerlo por el Plata, mientras se libraban encuentros en la costa del Uruguay, como el sostenido en la villa de Santo Domingo Soriano por el mayor Miguel Estanislao Soler contra la escuadrilla de Michelena. Para acelerar los refuerzos a los orientales, Rondeau adelantó al capitán Benito Álvarez con 115 soldados del Regimiento Patricios para que se incorporaran al teniente coronel José Artigas, quien se encontraba en Paysandú.

También se aproximaba el brigadier Manuel Belgrano, de regreso de su expedición a Paraguay, el cual despachó desde Concepción del Uruguay (11 de abril) al teniente coronel Gregorio Perdriel con otros 200 patricios y dos cañones ligeros. Belgrano requería por su parte a la Junta el envío de dos armeros para reparar fusiles, cuya existencia no pasaba de 1.500, y “un número crecido de lanzas con las que podré armar el paisanaje. Con que vengan las chuzas sin asta es suficiente, pues acá las pondremos lo mejor que sea posible”. Y también solicitaba dinero para pagar a la tropa, “pues estamos todavía sino con la voz del patriotismo”: sólo habían recibido cortos socorros en seis meses, y esta causa había ocasionado algunos desmanes. Todo le faltaba: unos días después requirió el general Belgrano vestuarios para sus soldados, “tanto por cubrir a estos miserables como para imponer al enemigo, y que no vea chiripás y camisas rotas, que más parecen los que las llevan, salteadores que soldados”.

Un estado general de la situación era expuesto a la Junta de Gobierno de Buenos Aires por el teniente coronel José Artigas el 21 de abril, desde Mercedes:

A la fecha tengo reunidos 150 blandengues todos armados, y sobre 300 paisanos que se me han incorporado desde Paysandú aquí; a más la División que está acampada a la vanguardia (compuesta de los paisanos) consta de un número considerable, y de éstos se componen las partidas a hostilizar Colonia y a tener en continuo movimiento a los enemigos. Exceptuando de dicha, dos partidas más de a 100 hombres cada una, que de éstas, la primera recorre la costa de Santa Lucía al mando del capitán de voluntarios don Bartolomé Quintero, y la otra al de ídem don Faustino Tejera, que está internado por Minas e inmediaciones de Maldonado. De dichas fuerzas se exceptúan los Patricios auxiliares, y de éstos dos divisiones están en este campamento, y los demás en marcha a incorporarse. De modo que a los tiranos no les queda más recurso que el triste partido de la desesperación. Como se aproxima el Excmo. señor don Manuel Belgrano, comuniqué a él todas mis operaciones, observando sus órdenes, y consultándole todas las providencias que hasta la fecha se han tomado.

En la misma fecha Venancio Benavídez ocupó el pueblo de Colla, y días más tarde el de San José, luego de una resistencia en la cual fue herido el capitán Manuel Artigas, falleciendo al mes siguiente como consecuencia de ésta. El 24 de abril Belgrano fue recibido en Mercedes con gran entusiasmo por sus pobladores. Mas en Buenos Aires estaba resuelta su remoción.

Era la época en que a consecuencia de la asonada ocurrida en la Capital a favor del presidente de la Junta y contra el sector “morenista”, el general Belgrano fue privado de su mando y llamado para justificar su conducta en Paraguay, por lo que fue necesario regularizar las operaciones en “el Oriente”. Para ello tuvo lugar en Buenos Aires, el 22 del mismo mes de abril, una junta de guerra presidida por el titular del Ejecutivo y comandante general de armas, don Cornelio de Saavedra, asistido por el auditor doctor Joaquín Campana, e integrada por los siguientes jefes: coroneles Francisco Javier Pizarro, Juan Florencio Terrada, Martín Rodríguez, Juan Bautista Bustos; tenientes coroneles Francisco Pantaleón de Luna, Marcos G. Balcarce, Juan Ramón Balcarce, Bernabé de San Martín, Ignacio Álvarez y Thomas, Vicente Carvallo y el comandante José María Lagiman; los sargentos mayores Francisco Fernández de la Cruz, Francisco Pico, José Ruiz, y el de plaza José Gregorio Belgrano. Dicha Junta resolvió nombrar comandante en jefe en aquella Provincia al teniente coronel José Rondeau, teniendo como segundo al teniente coronel Martín Galain, y quedando el teniente coronel José Artigas a cargo de la “milicia patriótica”, con sujeción a Rondeau. Tanto los alcaldes de Mercedes y de Soriano, como sus vecindarios, y los oficiales de las tropas comandadas por su jefe Venancio Benavídez, procuraron en vano la permanencia del general Belgrano al frente del Ejército, elevando al efecto sendas representaciones a la Junta de Buenos Aires.

Mientras, las hostilidades no cesaban. Las reuniones de patriotas proseguían en la campaña, habiendo tomado don Manuel Francisco Artigas —hermano de don José y primo de su homónimo muerto en San José— con 500 hombres la villa de Maldonado y el pueblo de Minas, única parte de la provincia que no estaba aún a favor de la causa revolucionaria. También se ocuparon el pueblo de San Carlos y la fortaleza de Santa Teresa. Aunque los recursos escaseaban: el comandante de Cerro Largo don Joaquín de Paz hizo saber que este pueblo

[...] se halla en el más decadente estado, con sólo 18 blandengues entre sargentos, cabos y soldados, y éstos empleados en diversos puntos de la frontera; poco más de 50 individuos de milicias igualmente destacados en esta guarnición y las cuatro guardias de La Cruz, Arredondo, Piray y Sagunto. Toda esta gente hace más de cuatro años que no recibe su prest mensual, de modo que por no verlos perecer les he distribuido mi escaso peculio, no quedándome recurso alguno para subvenir a su entretenimiento.

De todos modos, los defensores de la causa de Mayo no desfallecían. Belgrano había dispuesto el sitio a Colonia antes de su cese, destinando para ello a Benavídez con su División fuerte en 984 plazas; y bajo el mando de Artigas operaban 1.113 hombres distribuidos en varios puntos. La finalidad de éstos era evitar el abastecimiento a Montevideo mediante la interceptación de ganado y demás comestibles indispensables para su subsistencia, que se tornaba angustiosa. Tan sólo restaba a los españoles esta capital y la ciudad de Colonia, defendida por el mariscal Gaspar Vigodet, por más que la disponibi-

lidad de la flota del Plata prestaba un medio nada desdeñable para lograr suministros de boca y de guerra. El mariscal Javier Elío difundía proclamas y mensajes entre ofrecimientos y amenazas, como el siguiente dirigido al coronel Francisco Javier de Viana, comandante de Maldonado:

Se me asegura que V.S. al presentarse una cuadrilla de bandidos con el sagrado nombre de Fernando VII en sus injustas bocas, y con el desorden, la desolación y la infidelidad en sus acciones, ha jurado la Junta de Buenos Aires. No me detendré en discurrir sobre abjuración tan injusta; sólo sirve ésta para decir a V.S. que me manifeste su estado y sus intenciones, y si lo he de tratar como amigo o enemigo. Nadie puede sin ser perjuro y reo a la Nación española y a su rey Fernando faltar al juramento que tiene hecho recientemente, y si a un comandante tan débil se le trata con el rigor de la ley, no tenga que quejarse de su desgracia. El no contestarme luego a este oficio será equivalente a renunciar a la protección de este superior Gobierno y atraerse sobre sí el rigor de su justicia.

Por sobre las intimaciones, eran las armas las que definirían el estado de cosas. El “virrey” Javier Elío despachó al capitán de fragata Posada con unos 600 hombres para imponerse a las partidas orientales, el cual amenazó con una columna a la fuerza que bajo el mando de Manuel Artigas se hallaba en Pando, y con otra a la que se hallaba estacionada en Canelones con el teniente coronel José Artigas. Este último resolvió unir sus dos elementos y cortar el camino a Posada, quien advirtiendo la maniobra se encerró en su campamento de Las Piedras, aprovechando que una copiosa lluvia demoró las marchas de los patriotas. Allí los realistas contaban con 500 infantes, 459 hombres de caballería, y 64 artilleros “buenos” que servían a cuatro cañones y cuatro obuses. En una capilla cercana instaló otro reducto.

Artigas disponía de 600 hombres de caballería mal armados, 400 infantes, y 2 “cañoncitos de a 2”. El 18 de mayo emprendió su ataque.

La acción comenzó cerca de mediodía, cuando Artigas amagó una carga para sacar de sus posiciones a los enemigos, lo que logró, al tiempo que con caballería lo amenazaba por su retaguardia. Esto causó el repliegue de los españoles, quienes se situaron en una elevación que dominaba todos sus frentes. Relató Artigas a Rondeau:

Como la tropa estaba ansiosa de avanzar, sufrió un tiro de granada que me llevó 6 patricios, por hallarlos en pelotón, que todos mis esfuerzos y el de los oficiales no era bastante a contenerlos en avanzar por que no sufrieran el ventajoso fuego de los enemigos, en un lugar donde el terreno era dominado por ellos, tanto como las municiones de artillería superaban a las nuestras.

Sin embargo los patriotas cargaron decididamente, y pese a la vigorosa defensa de sus adversarios, éstos debieron ceder terreno aunque retirándose en orden, perdiendo un cañón. Conquistada esta posición clave, Artigas envolvió con caballería a las fuerzas realistas parapetadas en Las Piedras.

Aquí fue bastante activo el fuego, que duraría más de una hora; y con la energía que disputaba la acción nuestra tropa, se intimidaron los enemigos y pusieron bandera

de parlamento, a que yo mismo en persona contesté se rindieran a discreción librando la vida de todos, con lo que se rindieron y quedó con nosotros la victoria, y todo el campo de batalla, que era a distancia de un cuarto de legua de la capilla de Las Piedras.

En la propia capilla se rindió otro centenar de hombres con un cañón. El teniente coronel Artigas ponderó en su parte el comportamiento de oficiales y tropa, cuyas bajas fueron 20 muertos y 14 heridos, contando sus enemigos 30 muertos y 50 heridos, más 420 prisioneros, incluso su comandante Posada. Cinco piezas de artillería y numerosas municiones cayeron en su poder. Pese a lo duro de la lucha, los oficiales patriotas pudieron contener a sus subordinados para que no ultimasen a los prisioneros, como muchos deseaban, porque junto con los marinos provenientes de la escuadrilla española (siete oficiales navales los mandaban), actuaron en el bando montevideano algunas milicias urbanas y rurales nativas de la Provincia.

En su nuevo informe a la Junta de Buenos Aires, Artigas destacó particularmente la conducta de algunos oficiales de la infantería porteña:

El teniente coronel graduado y jefe de las compañías de Patricios don Benito Álvarez, el bravo capitán don Ventura Vázquez Feijóo, que une a este mérito el haberse distinguido en las acciones del Paraguay, el teniente don Raimundo Rosas, que también se halló en aquellas acciones, el de igual clase don José Aráoz, el de la misma don Ignacio Prieto, que para facilitar la marcha de la artillería en medio de la escasez de caballos que se experimentaba en el acto de la batalla, cargó sobre sus hombros un cajón de municiones conduciéndolo así no corta distancia, y el subteniente con grado de teniente don José Roa, todos del cuerpo de Patricios; pero es singularmente recomendable el talento, activas disposiciones, determinado arrojo y valor del intrépido teniente del ejército don Eusebio Valdenegro, mi ayudante mayor; que no me ha dejado un momento, y que ha hecho lucir sus virtudes militares en esta acción. Es también recomendable el mérito del sargento de Castas Bartolomé Rivadeneyra, empleado en la artillería, que se portó con un valor recomendable.

Mención aparte se dedicó a los párrocos de Canelones, presbítero José Valentín Gómez, y de La Florida, presbítero Santiago Figueredo, quienes actuaron como capellanes.

La acción de Las Piedras tuvo grandes consecuencias. Una de las más importantes fue que el puerto amurallado de Colonia debió ser evacuado, trasladando el mariscal Vigodet sus hombres y armas a Montevideo, embarcadas familias, soldados y equipos en 26 naves, dejando 4 cañones “clavados” (de los que dos pudieron ser reparados de inmediato). De su lado, Artigas avanzó sobre esta última ciudad, y llegó a intimar su rendición al propio mariscal Elío. Éste la rechazó, haciendo salir del recinto urbano a varias familias y vecinos para ahorrar alimentos, lográndose el canje de 61 prisioneros heridos del bando realista, por otros tantos de Buenos Aires remitidos desde Paraguay. Así fue conmemorado el primer aniversario de la Revolución de Mayo en la banda oriental del Plata.

El ánimo de los americanos quedó retemplado por su absoluto dominio de la campaña oriental. Rondeau, acampado en Mercedes, decidió emprender su aproximación a Montevideo para poner sitio formal a la capital de la provincia, y lo hizo el 23 de mayo.

Formaban su Ejército las siguientes Divisiones: *Vanguardia*, teniente coronel Benito Álvarez con las compañías de Patricios, dos de Blandengues de Montevideo (después Dragones de la Patria) y otra de milicianos (1.183 plazas con sus oficiales); *Primera*: capitán José Melián con dos compañías de Granaderos de Fernando VII, nueve del Regimiento nº 3 de Infantería, dos compañías del Regimiento de Infantería de la Patria, una de infantería de Corrientes, y dos de milicianos del Uruguay con parte del Regimiento de Caballería de la Patria (576 plazas con sus oficiales); *Segunda*: teniente coronel Agustín Sosa, con el Regimiento de Pardos y Morenos Patricios (450 plazas con sus oficiales); *Tercera*: teniente coronel Venancio Benavídez con once compañías de milicianos (984 hombres con sus oficiales); *Reserva*: capitán Rafael Hortiguera con dos compañías de infantería del Regimiento nº 3, otra de Blandengues, tres de caballería de Corrientes, y una de indios de infantería de Yapeyú (590 plazas), y además las milicias de Entre Ríos cuyo número no se conocía con exactitud. Cada división contaba con su correspondiente artillería.

Con estos elementos marchó Rondeau a concluir con el último reducto español en el Plata, tras emitir una proclama a sus tropas mostrándoles el premio de sus esfuerzos: "Sobre los muros de Montevideo están los laureles que han de coronar nuestras frentes". No tardaron en chocar los enemigos, el 4 de junio de 1811, sobre el camino del Cordón, cayendo en una emboscada los defensores de la plaza que salieron a sorprender a los patriotas.

Había comenzado el sitio de Montevideo, el primero de una serie que sufriría a lo largo de los años, hasta que uno de ellos incluso le hiciera merecer el apelativo de *Nueva Troya*.

Estrechadas las fuerzas del mariscal Elío, este presunto "virrey" apeló a un recurso desesperado a fin de contrarrestar el poderío del ejército revolucionario: llamar en su auxilio al Reino de Portugal...

Esta peligrosa iniciativa tenía como centro de ejecución a la capital transitoria del Imperio portugués, la ciudad de Río de Janeiro, sede de la Corte de los Braganza. Allí el príncipe regente, su esposa la infanta Carlota de Borbón, y el embajador español marqués de Casa Irujo, eran los depositarios de las esperanzas de los sostenedores de la Regencia de Cádiz encerrados en Montevideo. En el mes de mayo se hizo evidente para unos y otros que el apoyo de tropas portuguesas sería indispensable, pero el prevenido embajador Irujo se oponía tenazmente: tan sólo cedió ante el imperio de las circunstancias, y bajo la condición y conformidad del ministro británico Strangford,

[...] que el Gobierno portugués haga una declaración solemne y por escrito, de que las tropas portuguesas no entran a territorio español sino para apoyar y apaciguar la sublevación general que se ha manifestado, y que luego que haya cesado el citado motivo que los hace entrar, evacuarán puntual y escrupulosamente todos los territorios de Su Majestad Católica que con el dicho objeto hayan sido ocupados por ellos.

A órdenes del general Diego de Sousa, capitán general de Rio Grande do Sul, el Ejército del Reino de Portugal penetró en la Provincia Oriental, y acampó cerca de la frontera, en Cerro Largo.

¡La añeja ambición lusitana de instalarse en el Río de la Plata estaba en vísperas de volver a convertirse en realidad!

En el Norte las operaciones de guerra de envergadura estaban suspendidas desde la victoria en Suipacha por la inmovilidad del Ejército del Virrey del Perú, Abascal, mandado por el general Goyeneche, quien se mantenía tras la línea del río Desaguadero. No obstante el optimismo del doctor Juan José Castelli, representante de la Junta de Gobierno en el frente de lucha, las autoridades de Buenos Aires se mostraban cautelosas, como lo reflejan estas instrucciones que se le despacharon a fines de abril de 1811 a su cuartel general en la ciudad de La Paz:

El Gobierno está persuadido que la unión del Perú es obra del tiempo y del convencimiento de la conveniencia en todos sus naturales: todavía cree que no está difundido con la generalidad que se apetece, el deseo de recobrar la libertad; y así, mientras no se tengan datos comprobados de la reclamación de los pueblos para el recobro de sus derechos, nos desviamos del sistema de auxiliares y pasamos al extremo de verter sangre por conquistar, cuya idea debe desaparecer siempre de entre nosotros. Si alguna vez llegase el caso de que nuestros hermanos oprimidos pidan auxilios por los medios y del modo significado, deben franquearse siempre, sin comprometer nuestra existencia y seguridad.

Estos prudentes consejos fueron seguidos por el vocal Castelli, quien diseminó circulares a los Cabildos del Virreinato de Lima, pero chocaron con la resuelta negativa de someterse de su oponente Goyeneche, sin embargo de haber nacido en suelo americano. El doctor Castelli confiaba en otros medios para definir la situación:

Las tropas en número mayor de 6.000 hombres armados, municionados, pagados, atendidos, ejercitados y entusiasmados; sus jefes y oficiales pundonorosos y resueltos conmigo a triunfar por la libertad; los naturales instruidos, decididos y esmerados en nuestra unión: en suma, las Provincias concurriendo con su gente y auxilio, aseguran el éxito sobre un Ejército de esclavos, engañados y cobardes.

Algunos ligeros hechos de armas ocurrieron, favorables al Río de la Plata, como el encuentro de dos descubiertas al norte de Huaqui, en que una partida de 12 húsares de La Paz bajo el mando de un oficial cordobés, puso en fuga a adversarios en mayor número que la atacaron por su frente, y luego se abrió paso entre quienes pretendían cercarlos. Informó el vocal Castelli:

Si la animosidad del teniente don Bernardo Vélez, excedida de lo regular, mereció reprenderse con su arresto hasta la tarde del 14, advirtiéndole yo mismo delante de su tropa y oficiales de la vanguardia, también he premiado la bizarría de la acción de 12 hombres que resisten tres ataques y ponen en fuga con enorme pérdida a una fuerza superior de 4 a 8 tantos. Al teniente Vélez he despachado el grado de capitán y a cada uno de los soldados gratifiqué con \$8.

Hasta que ambas partes, Castelli, Balcarce y Goyeneche, arribaron a un armisticio provisorio para procurar un arreglo general. Fue concertado entre el 14 y el 16 de ma-

yo, conviniéndose una "tregua y suspensión de toda hostilidad en el plazo de cuarenta días".

Pero la suerte de una campaña militar nunca puede asegurarse sino con su conclusión, pues hasta que finalice está sujeta a las alternativas que le impongan los impulsos de los contendientes. Y en este caso, lo que ambos buscaban no era la suspensión definitiva de las hostilidades, sino ganar tiempo para mejorar el estado de sus efectivos, para estar en mejores condiciones de volver a emprender las operaciones. Por ejemplo, en la noche del 6 de junio fue sorprendida la avanzada de 50 dragones ligeros que en Yuraicoragua se hallaban bajo el mando del comandante Esteban Hernández, por una división española del coronel Picoaga, con artillería. La vanguardia de aquélla se componía de 20 hombres a órdenes del capitán José Eustaquio Moldes. No obstante la desproporción, con el apoyo del resto de los 30 soldados, se pudo rechazar el asalto, tomando a los realistas 6 prisioneros, caballos y armas, contando los patriotas un herido "y 3 muertos atrozmente porque no quisieron rendirse".

Conviene advertir que el Ejército patriota estaba dividido en dos cuerpos por una cadena montañosa situada entre el río Desaguadero y el lago Titicaca, que se abría a cierta distancia por la quebrada de Yuraicoragua, que permitía la comunicación entre ambos. Al sur de dicha cadena estaba emplazada el pueblo de Jesús de Machaca, y al este el de Huaqui —donde se hallaba el cuartel general—, y más al sur de éste la población de Tiahuanaco. Cruzando otras elevaciones hacia el suroeste, la ciudad de Oruro era el punto poblado más importante. El ejército tenía por jefes de mayor graduación a su comandante el general Antonio González Balcarce, acampado en Huaqui; y a dos leguas en la quebrada de Yuraicoragua para custodiar el paso del río por el flanco izquierdo, una división al mando del general Juan José Viamonte con el Regimiento 6 de Infantería y compañías sueltas, y otra mandada por el coronel Eustaquio Díaz Vélez con el Regimiento de Dragones, escuadrones de Húsares de Buenos Aires, granaderos de Chuquisaca y dos o tres compañías de Oruro. Entre Yuraicoragua y Huaqui se hallaban batallones de infantería de La Paz y Cochabamba a órdenes del teniente coronel José Bolaño; y como reserva de toda esta ala izquierda el teniente coronel Luciano Montes de Oca al frente de 2.000 indios bisoños armados de chuza y 4 cañones de Marina.

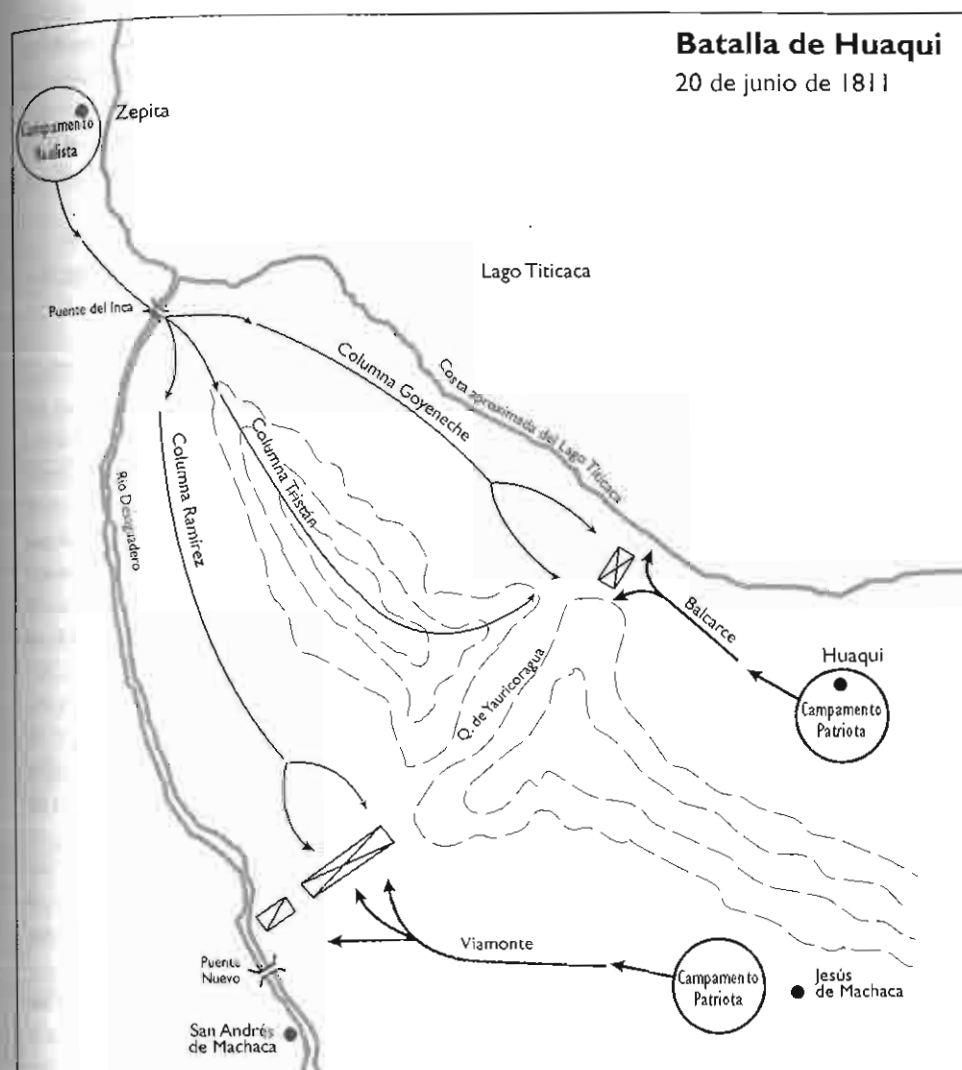
Antes de que concluyera el término del armisticio pactado, el brigadier José Manuel de Goyeneche cruzó el río Desaguadero y atacó al ejército revolucionario. No había perdido tiempo en adiestrar convenientemente a sus fuerzas, y con refuerzos enviados por el virrey Abascal, inició su avance de noche por los cerros del centro, para evitar la unión de sus enemigos.

La sorpresa se produjo el 20 de junio de 1811.

En tres columnas avanzó Goyeneche: por la izquierda patriota, al abrirse la quebrada de Yuraicoragua, con 3.000 hombres; por sobre los cerros con 4.000, y a la derecha hacia el cuartel general patriota de Huaqui, con 2.000.

El primer choque tuvo lugar a las siete de la mañana, en la entrada de Yuraicoragua, donde se hallaban Viamonte y Díaz Vélez mandando sendas Divisiones con un total de 2.000 soldados. El parte de Viamonte elevado a la Junta de Buenos Aires cuatro días después detalla lo sucedido:

Al primer aviso di noticia al general en jefe con mi ayudante de campo don Apolinario Saravia de estar atacado, mandando al mismo tiempo al señor don Eustaquio



Díaz Vélez saliese con su división al llano, siguiéndolo con el primer batallón de mi regimiento a detener la columna enemiga, que fuerte en 5 batallones que triplicaba a la mía, se aproximaba, dejando mi segundo batallón a la orden del sargento mayor don Matías Balbastro cubriendo la quebrada con el objeto de impedir pudiese ser franqueada mi valla, pues al regresar mi ayudante de campo me dijo venía por ella una columna como de 2.000 hombres, conciliando en esta operación pudiese también reforzarme, pues sólo distábamos cuatro o cinco cuadras. A este tiempo ya había mandado al capitán don Miguel Aráoz, comandante de las guerrillas, tomase las alturas y hostilizase al enemigo. La columna dicha luego que estuvo a tiro, principió a jugar mi artillería y a sus fuegos destructores muy luego ganó la sierra, en la que había un fuego bien sostenido.

El combate se empeñó fieramente, pero a lo largo de la acción fueron inutilizándose las culebrinas de a 2, un cañón de a 4 y uno de los obuses. Comandaba la artillería patriota el capitán Felipe Pereyra de Lucena.

En esos momentos pudo escucharse que el combate estaba trabado también en Huaqui; y superada en número la tropa de Viamonte, a la cual no le era fácil trepar a las alturas en donde estaban los realistas, éste dispuso replegarla. Al serle ordenada esta operación, el capitán Pereyra de Lucena, que se ocupaba personalmente de un obús, contestó: "Voy a hacerlo después de tirar 2 o 3 tiros".

En tal instante una bala lo alcanzó. Retirado en brazos por un sargento hasta el pie del cerro, fue conducido en mula hasta Jesús de Machaca, donde pese a la primera cura que le efectuó el cirujano doctor Juan Madera, murió Pereyra de Lucena en medio de grandes dolores a la noche. (Por decreto de la Junta Gubernativa del mes siguiente, se dispuso que su nombre fuera inscripto en "la columna del 25 de Mayo" de Buenos Aires, junto con el del capitán Manuel Artigas, fallecido en la Provincia Oriental: esta resolución se cumplió en 1891.)

La batalla proseguía. El ala izquierda de los patriotas mandada por Viamonte en Yuraicoragua, se replegó desde la altura, perdida la artillería en los cerros. Volvamos a su parte:

Como fuese consiguiente a este paso el de la retirada, lo verifiqué separándome de los fuegos de fusil y cañón que me hacían de los cerros; en este movimiento hubo algún desorden necesario al replegarse las tropas que habían operado en las alturas, lo que visto por los oficiales que comprende la relación que acompaño, huyeron llevándose más de 500 hombres hasta Jesús de Machaca, distante más de 5 leguas, sin que los estimulase volver a la acción el verme en la pampa formado muy bien en batalla, en cuya posesión me mantuve sin que el enemigo se atreviese a salir de la quebrada en que se había reunido.

El coronel Díaz Vélez aconsejó a Viamonte que fueran a incorporarse al brigadier Antonio Balcarce, pero el interpelado le contestó "que sería una cobardía abandonar el puesto en que se hallaban". Según precisó otra relación del general Viamonte, cuando sus hombres (unos 1.500) volvieron a formarse en batalla a un cuarto de legua de la boca de la quebrada, en donde los realistas quedaron inmóviles, esta tropa —afirmó— "conservaba su entusiasmo y bravura, repitiendo con frecuencia: 'Que vengan, señor, que ven-

gan'". Caía ya la tarde, y en esos momentos se presentó la división de caballería de Cochabamba (patriota) con su jefe el brigadier Francisco del Rivero, y a su vista las fuerzas del rey de España volvieron a parapetarse en los cerros.

Se aproximaba la noche y nada sabía Viamonte de lo ocurrido al general Balcarce y al doctor Castelli en Huaqui, al otro extremo de la quebrada —los realistas cortaron la comunicación— por lo que convino con Díaz Vélez y Rivero retirarse al amparo de la oscuridad a Jesús de Machaca. Contaba 50 bajas, entre ellas el flamante capitán Bernardo Vélez. Prosigue el parte a la Junta Gubernativa de Buenos Aires achacando a la fuga de algunos oficiales el desánimo que contagió a los soldados desde que fue evidente la pérdida de la acción:

Ni puede V.E. figurarse el resultado triste de la retirada de los oficiales, pues a su ejemplo lo han hecho todas las tropas, sin que haya respeto alguno para contenerlos, de modo que estoy en derrota después de una acción que si los enemigos fueran capaces de confesarla ingenuamente, sería un triunfo, sin que a esta distancia se me haga posible conducir la artillería y municiones, y expuesto muchos días a que si el enemigo destacase 25 hombres sería preso de su ira implacable, necesariamente.

La dispersión de los soldados fue absoluta: "ni el dinero es estimulante para reunir la más pequeña porción". Confiaba el general Viamonte que luego que se hicieran presentes el representante Castelli y el general en jefe, se "disipe, como juzgo, el terror de los hombres, reuniremos fuerzas suficientes a conservar algún punto". "La tropa camina sin cesar, talándolo todo, sin que se haya reservado mi equipaje." El coronel Díaz Vélez se dirigió a Oruro para establecer allí el lugar de concentración.

Mientras tanto, ¿qué había ocurrido en Huaqui, cuartel general del Ejército?

A eso de las ocho de la mañana del día 20 llegó el parte de Viamonte de ser atacado en Yuraicoragua, y a poco se presentaron las primeras avanzadas de Goyeneche que habían marchado por el centro del cordón montañoso. Apenas se había tocado generala y se reunían las unidades, los españoles desplegaron en batalla descubriendo su artillería. El general Balcarce los enfrentó con su División, apoyando su costado derecho en el lago Titicaca, y con un cuerpo de reserva entre éste y los cerros. Los cañones de ambas fuerzas comenzaron a cambiar disparos: eran cinco del lado patriota, y aunque tres tenían montajes defectuosos, los otros dos continuaron haciendo fuego continuamente.

La división se componía del Regimiento de Patricios de La Paz y de tres compañías de fusileros de Cochabamba. A su desempeño aludió el doctor Juan José Castelli en parte a la Junta Gubernativa:

Ya observamos que los paceños estaban temblando, y que sin hacer fuego ni ver caer alguno de la línea, se salían de ella, siendo los primeros sus oficiales. Más remisos y cobardes se mostraron cuando se trabó el fuego de fusil, sin que bastase el esfuerzo con que se les alentaba, procurándoles sacar de tras las peñas, haciéndoles ver la próxima derrota del enemigo. Nuestras fatigas, persuasiones y esfuerzos hasta el extremo de rigor fueron inútiles. A pretexto de que les dolía el pie, o de que no tenían cartuchos (que yo vi tirar y ocultar), o que se descompuso la llave (viéndoles yo mismo sacar el tornillo pedrero a 2), se paraban. El enemigo cargó, y ellos sin esperar disposición del General ni del jefe de la División, se pasaron al enemigo al-

gunos de las compañías, haciéndonos fuego, y los demás emprendieron una retirada en desorden tal como fuga vergonzosa y maliciosa, tomando los caballos de los desmontados. La reserva no los pudo contener porque tenían bríos para hacerse paso por entre las filas. Así dejaron perder la artillería de su División, y sin poder socorrer las divisiones interiores de Viamonte y Díaz Vélez.

El general Antonio González Balcarce confirmó por su parte que al presentarse grupos de dispersos de Yuraicoragua divulgando su derrota,

[...] esta noticia causó tal temor a la tropa de la División que llegaba, que ni el ejemplo del Representante [Castelli] y declarante presentándose en el más inminente riesgo, ni las persuasiones más eficaces pudieron contener el que se pusiese en una precipitada fuga y completa dispersión, arrollando cuanto encontraba y habiéndose pasado a los enemigos varios piquetes de la misma tropa.

Pronunciada la derrota en toda la línea, la fuga fue general, en completo desorden. Balcarce y Castelli intentaron hacerse fuertes en el pueblo de Jesús de Machaca, pero ante la ausencia de gente prosiguieron su retirada a Tiahuanaco.

La derrota fue completa. No sólo en armamento, perdida por completa la artillería, sino por la disciplina del Ejército, más importante que la propia falta de equipos.

Aterrados, los soldados sólo atinaban a huir hacia el sur, siendo inútiles los esfuerzos de sus jefes por agruparlos. Los indios, por su parte, que tantas muestras de buena voluntad y decisión habían acreditado, se apartaban. Los oficiales, incluso los de mayor rango, debieron echar mano a sus espadas para imponerse en medio de tumultos. Una muestra del caos con mayor riesgo se dio en Oruro, como lo describió una relación de las autoridades de La Paz a la Junta de Buenos Aires:

La voz trémula de los dispersos de nuestro Ejército se difundía por los pueblos que transitaban, sembrando el horror y la desesperación, cuyos funestos efectos han tenido que padecer sus habitantes, especialmente los de Oruro, villa en la que poco después que cayeron por allí el señor Castelli, Balcarce y los de su comitiva, se suscitó una contrarrevolución violenta por los enemigos de nuestra causa. Prendieron al Cabildo por cosa de una hora y le hicieron suscribir un oficio a Potosí dando por cierta la derrota total de nuestro Ejército, y luego lo largaron. Pasaron a prender al mismo tiempo a los expresados jefes: éstos salieron a la faz del pueblo violentamente; el populacho los siguió a mucha distancia en alcance, armado de piedras, puñales y bocas de fuego; y no se sabe en diez días a esta parte qué ruta han tomado y dónde paren, por más que se ha indagado por ellos. Entre tanto este gran pueblo estaba en tinieblas, sin saber a punto fijo un dato positivo que señalase la resolución que había de tomar en orden a la defensa común, y esta Junta mandó a prevención que se alarmase la Provincia, alistándose su inmensa gente; tomó todas las providencias para que no se introdujese el cáncer que andaba tan cerca; y hoy día, desesperada de más aviso, ha ordenado desfilen las tropas de esta Provincia para la guarnición de Oruro, que ya se anuncia su calma, como para socorrer al general Rivero, que se halla en Viacha haciendo frente al enemigo con Viamonte, porque Díaz Vélez se retiró hacia Oruro a reunir la tropa dispersa.

Todo fue inútil: la tropa, en grupos más o menos numerosos, retrogradaba. Tan sólo se conservó disciplinada la división de Cochabamba mandada por el brigadier Francisco del Rivero —llegada luego del combate desde Jesús de Machaca—, que recogió el armamento abandonado y reunió a muchos dispersos; y salvando la situación, en última instancia, que Goyeneche no avanzara inmediatamente para consumar su triunfo, lo que permitió la salvación de las reliquias del Ejército del Río de la Plata, deshecho, más que por las bajas sufridas, por el desorden y la pérdida de equipos.

De cualquier modo, hubo conductas dignas, que el general Antonio González Balcarce se ocupó en destacar pasada la impresión de los primeros momentos, el 31 de julio, hallándose en La Paz:

La tropa de Artillería en general ha acreditado el mayor valor y firmeza, haciéndose por lo mismo digna de todo aprecio, y de que se ha de contar con ella para las mejores empresas. El capitán del Regimiento n° 6 don Miguel Aráoz, comandante general de las guerrillas, ha dado las más concluyentes pruebas de su valor y del interés que antes ha demostrado por la defensa de la justa causa que sostenemos, haciéndose por lo mismo acreedor a las consideraciones de V.E. El subteniente agregado al mismo regimiento, don José María de la Corte, fue herido, y merece por su comportamiento y honradez el más particular elogio. Otros oficiales del mismo regimiento en el acto de la acción han llenado completamente sus obligaciones, pero no debo nombrarlos porque luego han cometido la fuga más criminal, dejando presuntas de ser autores de un delito detestable. Los oficiales de las compañías de Pardos y Morenos Patricios de esa Capital no sólo se han desempeñado en la acción con el honor que siempre han acostumbrado en iguales casos, sino que después han dado las más completas pruebas de su constancia en las adversidades, de su subordinación, de su amor al servicio, y del interés que tienen en demostrar el anhelo con que desean ser útiles a su patria. Yo no puedo dejar de recomendar a V.E. en obsequio de la justicia y retribución de la gratitud que merecen. El señor coronel don Eustaquio Díaz Vélez es acreedor al más singular elogio, por la intrepidez con que atacó y arrolló a los enemigos, sufriendo un incesante fuego de artillería y mosquetería. Este bizarro oficial reúne a su valor tantas veces acreditado, un declarado empeño por el sostén y defensa de la causa de la Patria, desprendido de todo egoísmo, ambición y miras individuales: él se merece justamente el concepto del Ejército y de todos los pueblos, y repetirá cuantos sacrificios le sean posibles, sin más interés que el de asegurarles su felicidad.

Los dispersos del Ejército se reunieron finalmente en Chuquisaca, en número de 800 hombres, y de esta ciudad se dispuso que pasaran a la de Potosí. Salieron sucesivamente las unidades de Granaderos, Pardos y Morenos, Regimiento n° 6, Artillería y Dragones. El tránsito estuvo señalado por robos, violaciones y muertes, causando la indignación de los caseríos que atravesaban. Hasta que en la misma Potosí, el 5 de agosto de 1811, el intento de abusar de una india por parte de un soldado borracho provocó una pelea entre cholos y soldados, que degeneró en un motín de vastas proporciones, levantándose la población contra los "porteños". Durante varias horas los disparos de fusil y la gritería dominaron el centro de la villa, procurando el presidente de la ciudad, que lo era el general Juan Martín de Pueyrredon, proteger los edificios públicos en torno de la Pla-

za Mayor, sobre todo la Casa de la Moneda de un posible saqueo. El desorden debió ser rechazado por fuego de granaderos de infantería y artilleros, causándose muchas bajas entre muertos y heridos. La indisciplina del grueso del Ejército era más grave por la proximidad del Ejército Real del Perú.

Igual levantamiento popular contra el ejército patriota tuvo lugar en Charcas, donde el coronel Díaz Vélez debió defenderse de la convulsión agitada por algunos partidarios del antiguo régimen, hasta que pudo abandonar la ciudad salvando armas, cañones y caudales. Díaz Vélez era pesimista en cuanto a la adhesión del Alto Perú a la causa de la revolución americana:

Todo lo que no consiguen las fuerzas que se organicen de Jujuy para adelante, jamás lo hará el Perú. La ignorancia imponderable de estos pueblos, la multitud de antipatriotas que han quedado impunes por el sistema de lenidad que V.E. adopta con sanas intenciones, inducen una absoluta necesidad de adoptar un plan diametralmente opuesto, así para las operaciones militares como para el manejo económico y político de lo interior de estas provincias, poseídas del egoísmo y del espíritu servil que han heredado de sus mayores.

No era menos duro con respecto al cambio de actitud del pueblo de Potosí, el general Juan José Viamonte: "No hay en estos países hoy nada más dulce que la sangre del porteño, y a pesar de la reconciliación que el señor Pueyrredon con su política hizo el 8 en la tarde, yo no la creeré segura si no la sostienen 1.000 porteños armados". Las imágenes de los sucesos vividos estaban frescos en el recuerdo de ambos jefes.

El 16 de agosto la ciudad de Cochabamba fue tomada por el jefe realista, general José Manuel de Goyeneche, quien a causa de su victoria sería condecorado con el título de conde de Huaqui. No invalida sus resultados, aunque los deslucen, que el triunfo se basara en la mala fe con que se violó la suspensión de hostilidades pactada, avanzando sin su denuncia previa como estaba acordado. Pero debe señalarse esa conducta, y se volverá sobre su persona.

El Alto Perú volvió a dominio del Ejército Real. Todo lo ganado en Suipacha se había perdido en Huaqui.

El 4 de diciembre de 1811 el Gobierno Superior Provisional de las Provincias Unidas determinó juzgar en consejo de guerra la conducta del brigadier Antonio González Balcarce, y también se formó proceso al doctor Juan José Castelli, los dos jefes superiores del Ejército Auxiliar del Perú. De larga tramitación, el sumario militar se dio por concluido el 30 de diciembre de 1813 a causa de la dificultad en armonizar las declaraciones que determinasen responsabilidades por la derrota, y razones de más peso:

[...] por la urgencia de los peligros que rodean al Estado de results del retroceso y dispersión del Ejército del mando del general Belgrano, en que se advierte la necesidad de jefes de conocimientos, cuyas circunstancias no pueden negarse a algunos de los procesados.

El doctor Juan José Castelli, por su parte, había muerto el 12 de octubre del año anterior.

Así se cerró el primer año desde la Revolución de Mayo de 1810: las fronteras de la

actual República Argentina quedaban establecidas, con la pérdida de las antiguas Intendencias del Paraguay por un lado, y por el otro de las altoperuanas de Potosí, Cochabamba, La Paz y Charcas. Eran, de cualquier modo —y así se destacó incluso en aquella época—, entidades diferentes de los territorios del Río de la Plata, étnicamente consideradas, aun en sus lenguas indígenas, que contrastaban con el idioma castellano hablado al sur de ellas.

Apenas si como magro consuelo, el general Juan Martín de Pueyrredon, tras la caída de Cochabamba y los graves tumultos de Oruro y Potosí, se presentó en esta última ciudad y pudo restablecer la tranquilidad, pero no fue esto lo que destacó su intervención, sino otra actitud de la mayor importancia: salvar para la patria naciente los caudales en metálico que producía su célebre cerro. Febrilmente reunió cerca de 90 mulas que cargó con sacas de cuero conteniendo la plata indispensable para proseguir la guerra de Independencia. Tras una verdadera odisea comenzada el 25 de agosto, se retiró Pueyrredon con una pequeña escolta, combatiendo contra los realistas que lo perseguían por las quebradas del Norte. Los jefes del Ejército patriota derrotado, Castelli, González Balcarce, Viamonte y Bolaños habían salvado milagrosamente su vida y llegado a Tupiza, donde recibieron aviso de lo que aquél intentaba, pero no pudieron protegerlo y siguieron su retirada a Jujuy. Pueyrredon pudo eludir la persecución, y el 3 de octubre llegó a Campo Santo en Salta: este heroico episodio merece rescatarse del olvido.

Y en justo reconocimiento a su conducta, que demostraba valentía y decisión, el gobierno de Buenos Aires nombró a Pueyrredon como general en jefe del Ejército, cuyo estado éste calificó de "lamentable", compuesto por "miserables y desconcertantes restos".

Con ellos debía afrontarse la invasión que se esperaba del general Goyeneche al frente del Ejército Real.

CAPÍTULO V

Triunfos y derrotas

LOS ESFUERZOS DE BUENOS AIRES. CAMBIOS EN EL GOBIERNO. AMOTINAMIENTO DE LOS PATRICIOS. LA CONJURA DE ÁLZAGA. BELGRANO EN EL NORTE. LA BATALLA DE LA SOBERANÍA Y LA DE SALTA. HOSTILIDADES EN EL PLATA. NUEVO PODER EJECUTIVO. LOS GRANADEROS A CABALLO Y LA LUCHA EN EL LITORAL Y EN EL ALTO PERÚ. SITUACIÓN INTERNACIONAL. ACTUACIÓN DE ALVEAR.

Buenos Aires era un inmenso campamento. La antigua ciudad mercantil vivía en estado de guerra, del cual dependía su existencia, y lo proyectaba hacia los confines del antiguo Virreinato, ahora *Provincias Unidas*. Se adiestraban reclutas, se fabricaban y componían armas, se cosían uniformes. Las tropas apresuradamente instruidas y equipadas, salían rumbo a distintos frentes de lucha. A medida que pasaban los meses del año 10, comenzaba a carecerse de todo, agravada la situación por el bloqueo de las naves de Montevideo. Lo que no decaía era el entusiasmo por la causa emancipadora, cada vez afirmándose más en encendidas arengas tribunicias en las reuniones públicas o privadas, y en intencionados *cielitos* entonados en las pulperías y cafés.

Pero la conciencia de la falta de recursos era preocupación constante del Gobierno. Después del triunfo en Suipacha, la Junta requirió al doctor Castelli el envío a la Capital de "cuantas armas caigan en su poder y no hagan falta en la expedición", encareciéndole "la más estrecha requisición en todos los lugares por donde transite".

Una muestra de la insuficiencia de medios la da el coronel Pedro Andrés García, cuando a fines de octubre de 1810 partió desde la "Guardia de Luján" (hoy Mercedes) rumbo a las Salinas Grandes, comisionado para buscar este elemento esencial para una buena alimentación en la ciudad. Aquella localidad, jefatura de la frontera y sede de su comandante general, se encontraba

[...] enteramente desprovista de cañones portátiles, armas y municiones, por haber marchado todas las guarniciones de ella a la Banda Oriental del Paraná, y llevándose todos los armamentos que cada fuerte tenía, quedándose éstos servidos por las milicias, y el principal sin más defensa que un cañón mal montado y casi inútil.

No menos desconsolador era el cuadro presentado por sus propios elementos. García conducía 25 carretas y 3 carruajes, portando las primeras 3 cañones de pequeño calibre, llevando como escolta 25 infantes con 2 oficiales subalternos del Regimiento n° 4, y 50 milicianos de caballería "sin más armas que la lanza, la cual expresaron no sabían manejar", por lo que fueron destinados a arrear el ganado y la caballada donada por el vecindario. Marchó la tropa con mucho disgusto por su escaso número comparado con los de anteriores cometidos, y por no habérsele auxiliado con paga alguna.

A fin de paliar ese déficit, varias misiones fueron despachadas al exterior. Matías de Irigoyen primero, reforzado luego por Tomás Guido y Manuel Moreno, se ocupó en Londres de contratar un armero que instalara en Buenos Aires un taller competente. A Estados Unidos se dirigió Diego de Saavedra para comprar fusiles, y otros capitalistas porteños se encargaron de aportar fondos para adquirir los conocidos *Tower* (por ser fabricados en la Torre de Londres). Otros fondos eran requeridos para la fábrica local, recurriéndose a la colaboración del vecindario para aliviar los gastos del Estado.

En todas las Provincias se reclutaban hombres, cuyos gastos corrían en gran medida por cuenta de la Capital, para completar los aportes locales, tan magros por la estrechez en que se desenvolvían las actividades en el Interior. Pero era en Buenos Aires donde se sentía la amenaza más próxima, a causa de la vecindad de Montevideo con su escuadra de guerra, y por eso el gobierno de la "Junta Grande" exhortaba a los porteños el 20 de marzo de 1811:

A vosotros ciudadanos de Buenos Aires os están reservados los primeros golpes, igualmente que la gloria de haberlos dado. A vosotros ha dejado la Providencia la alternativa de ser el más digno pueblo de América del Sud, siendo los libertadores de ella, o el primero de los esclavos. A vosotros, como a todos los demás del Virreinato, os excitamos a las armas. Puede ser, y acaso no esté lejos, que mendigue Elío el socorro de tropas extranjeras. ¡Imprudente! ¿Se ha olvidado de lo que vio el 5 de julio? ¿Podrán luchar unos mercenarios contra unos ciudadanos que combaten por sus hogares? Con estas tropas pretende venir Elío a desolar nuestras costas, y llevar el hierro y el fuego a estas felices regiones. ¡A las armas, pues, nobles patriotas! ¡No desmintáis la gloria de vuestros padres!

La misma proclama dispuso un alistamiento general desde la edad de 16 hasta 45 años, para completar los cuerpos militares. Unos meses más tarde, a raíz de la alarma nacida de la derrota de Huaqui y la ocupación de La Paz por "el execrable parricida" Goyeneche, sumado al auxilio pedido por Elío a los portugueses, volvió el Gobierno a excitar el ardor bélico del pueblo:

La Patria está en peligro, y entretanto que la hayamos salvado, la guerra debe ser el principal objeto a que se dirijan las atenciones del Gobierno. Las virtudes guerreras serán el camino de las distinciones, de los honores, de las dignidades. Las tropas estarán bajo la más severa disciplina: su descanso consistirá en mudar de ocupaciones militares. Todos los ciudadanos nacerán soldados y recibirán desde su infancia una educación conforme a su destino. El campo de Marte será una escuela pública donde los jóvenes harán su aprendizaje y se formarán cuerpos robustos. Las ciudades no ofrecerán sino la imagen de la guerra. En fin, todo ciudadano mirará sus armas como que hacen parte de ellos mismos, y la guerra como su estado natural.

Tan estricta fue la consigna que no solamente se acentuó la recomendación del cuidado del armamento y del estricto cumplimiento a las ordenanzas militares, sino que incluso el celo oficial llegó hasta la infancia:

Como para triunfar de esta formidable lucha es preciso que todo sea militar y se dedique a la guerra, y a fin de que vayan los niños adquiriendo el gusto por las armas, al paso que con la edad crece en ellos el amor a su patria y el odio a los que inventan tan diversos modos para despedazarla, ha dispuesto el Gobierno que se imprima y distribuya en las escuelas un prontuario de las ordenanzas militares, para que se familiaricen los niños con su lectura, y que se destinen sargentos inválidos que cuiden de enseñarles el ejercicio.

¿El Plata o Esparta?

Un motivo de satisfacción lo dio, el 14 de junio de 1811, la entrada de 340 dragones e infantes provenientes de Chile, recibidos por todos los cuerpos de la guarnición en la Plaza Mayor. Fue un lucido desfile desde los corrales de Miserere hasta el centro, todas las unidades tocando marchas y con sus banderas desplegadas, y en medio de las tropas el presidente Saavedra, "que iba en un soberbio caballo tordillo enjaezado de una riquísima montura, en medio y rodeado de sus edecanes y varios oficiales también montados". Luego de las ceremonias de recibo fueron alojados en el cuartel situado frente al convento de las Catalinas.

No todo sería fiesta: un mes después, el 15 de julio se produjo el bombardeo de 6 naves comandadas por Michelena, de noche, aunque sin causar mayor daño. El comentario del memorialista Juan Manuel Beruti refleja la reacción del pueblo porteño:

Solamente los bárbaros marinos españoles de Montevideo pudieron cometer tal absurdo de bombardear una ciudad como ésta, sin intimación antecedente, sin estar sitiada con ejército, ni amurallada, faltando en todo a las leyes de la guerra y con sus propios hermanos, sabiendo muy bien que con bombas no se rinden plazas, pues lo más que sucede es arruinar edificios y matar uno u otro incauto, por lo que merecen la execración de los hombres de bien.

Para el caso que se reiterase el ataque, se allegaron municiones desde los almacenes de los suburbios, sacándose las que se hallaban en El Retiro —en la "casa de mixtos"— como punto susceptible de ser alcanzado, con riesgo de gran destrozo a la ciudad por su explosión, y conducidas sus existencias (más de 100 cajones y barriles) en carretillas hasta la iglesia de San Nicolás (donde hoy se levanta el Obelisco). Cuatro días más tarde volvió la escuadrilla española, cambiando disparos con cuatro lanchones que protegían las balizas exteriores, sin resultado ninguno como en la anterior oportunidad. Refiere Beruti:

Todas estas horas que hubo de tiroteo fue diversión para el vecindario, que lo más de él estuvieron sobre la barranca pasando el tiempo en reírse de los enemigos, que tan sólo de lejos hacían ruido y no se aproximaban de temor, sin poner en ejecución el bombardeo amenazado.

Según un parlamentario desembarcado previamente, Elío explicaba que se trataba de una represalia por igual conducta del ejército patriota sitiador de Montevideo.

Algo más que cañonazos a distancia ejecutaban las tropas de Rondeau en esa ciudad. La artillería con que las tropas de este último habían estado batiendo las murallas de

la sede del presunto "Virrey" consumió su pólvora, "después del ostentoso aparato y ruido estrepitoso que con asombro de los enemigos se manifestó nuestra batería", en términos del propio Rondeau en parte a la Junta Gubernativa. Para reponer aquélla, el Comandante en Jefe de las fuerzas sitiadoras ideó una operación audaz: asaltar la isla de las Ratas, pequeña extensión de tierra ubicada en medio de la rada de Montevideo, que los españoles habían guarnecido. Allí estaban 10 piezas de artillería de diverso calibre, calculándose que su repuesto de pólvora debía ser considerable. El coronel Rondeau planeó apoderarse de ésta, y a la vez, "que miraran con terror los enemigos los arrestos de que son capaces las tropas de la Patria". Puesto de acuerdo con su mayor general, Miguel Estanislao Soler, se embarcó la tropa elegida en dos lanchones bajo el mando del capitán Juan José Quesada, de Dragones, conduciendo 70 soldados de diversos cuerpos (15 de julio). Guiaba la maniobra el ayudante de artillería Pablo Zufriategui, práctico en el río. Aunque fueron sentidos y el centinela dio el *¿quién vive?*, Quesada se identificó como "refuerzos de la plaza", lo que permitió que con rápidos golpes de remo los botes llegaran a la costa. Informó luego Rondeau:

Saltan en tierra nuestros valientes soldados, y sirviendo los primeros que bajaron al foso de escala a otros, que sobre sus hombros trepan la muralla, sorprenden la guarnición, que ya había puesto en movimiento el mismo centinela y que fue víctima de un tiro de fusil; el comandante don Francisco Ruiz, con más entereza que sus soldados, corre con una pistola en una mano y mecha encendida en la otra, pero antes de llegar al cañón a que se dirigía, tuvo igual suerte que el centinela. Consternada la tropa enemiga rinde las armas, quedando prisionera.

No perdieron tiempo Quesada y sus oficiales en embarcar 20 quintales de pólvora, útiles de artillería, armamento de la guarnición; y "clavando" las 10 piezas se reembarcaron, con 7 prisioneros que fueron los que únicamente cupieron en los lanchones. Participó en la empresa como "aventurero" (es decir, agregado) Manuel Díaz Vélez. Con la alegría en sus rostros los participantes en la atrevida operación fueron recibidos por sus camaradas cantando himnos y vivando a la patria. El coronel Rondeau pidió para ellos un escudo "de distinción", y concluyó orgulloso su parte al Gobierno:

Está de más detenerme en detallar a V.E. el estado de consternación que ha sobreco-gido los ánimos de los enemigos a la noticia de este inesperado suceso: el testimonio de los que se han pasado después de él, y el silencio que ayer y hoy ha guardado la plaza, a pesar de que la hemos provocado vivamente con nuestra batería, lo manifiesta bien claro.

Pequeño suceso, se dirá. Pero de tales hazañas individuales se forja el temple de un Ejército que marcha a la victoria. La suma de estos episodios menores es lo que conforma el espíritu marcial de la fuerza a que pertenecen. Por eso no desmerece la inclusión de estas anécdotas a la par de la narración de sucesos de fondo, pues al rendir justicia a héroes a veces ignorados, se humaniza la Historia con la actuación de quienes contribuyeron a hacerla.

La batería patriota, realimentada del modo que se dio cuenta, fue atacada por infantería realista una semana después, luego de cañoneada por la escuadra, pero los prime-

ros fueron recibidos por metralla y bala rasa y debieron retirarse. Tanto tropa de infantería como de caballería (esta última mandada por el coronel José Artigas) estuvieron prontas para acudir en su auxilio si hubiera sido preciso. Una firme camaradería unía por entonces al coronel Rondeau con el jefe oriental, quienes no mucho tiempo después se convertirían en adversarios irreconciliables. Antes de la Revolución de 1810 ambos habían servido juntos como capitanes de Blandengues.

El 11 de septiembre salió de Buenos Aires un importante refuerzo para el sitio de Montevideo, al mando del coronel Juan Florencio Terrada, habiendo marchado anteriormente el Regimiento de Infantería Granaderos de Fernando VII. En su tránsito se realizaron constantemente "ejercicios doctrinales": manejo de armas y evoluciones de combate.

Pero la mala fortuna guerrera no permitiría actitudes definidas... aún.

En la Capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata había sido restituido en su rango el brigadier Manuel Belgrano, quien partió hacia Asunción del Paraguay para celebrar un acuerdo tras la caída de las autoridades españolas. También marchó al Norte el presidente Saavedra, para procurar recomponer la situación del Ejército derrotado en Yrucaicoragua-Huaqui. Hasta con el mariscal Javier Elío se entablaron negociaciones. Por ese tiempo el periódico oficial *Gaceta* había difundido la noción de "la patria en peligro", y cundió la agitación política. Eran tiempos de reparaciones: los *morenistas* de la divisa celeste volvieron a ser rehabilitados y se mezclaron activamente en la acción, exigiendo un cambio en el Gobierno, tras los contrastes militares sufridos en el Norte. A poco se impuso la evidencia de que la "Junta Grande" no podía dominar la situación, y se buscó la concentración del poder, estableciéndose un Triunvirato en cabeza del coronel Feliciano Chiclana, doctor Juan José Passo y don Manuel de Sarratea. Don Bernardino Rivadavia fue su secretario de Guerra.

Dentro de esta reorganización, el 16 de noviembre se formó el Estado Mayor Militar, a cuyo frente se puso al coronel Francisco Javier de Viana, con varios "secretarios ayudantes": de infantería y caballería, el coronel Marcos Balcarce y el teniente coronel Ignacio Álvarez Thomas; de ingenieros, el sargento mayor Mauricio Berlanga; de artillería, los mayores Ángel Monasterio y Juan Ramón Rojas. Auxiliar de la Real Hacienda sería don José Gómez Fonseca, oficial primero de la Comisaría de Guerra. Un mes atrás (3 de octubre) la *Gazeta* había difundido el nombramiento del coronel Tomás de Rocamora como inspector general del Ejército, en reemplazo del antiguo subinspector, cargo dependiente antes del inspector general designado en Madrid: era una muestra de independencia en la materia.

Mas otros importantes sucesos habían ocurrido en el ínterin.

La constitución del nuevo Poder Ejecutivo había relegado al antiguo gobierno de la Junta "Grande" a un carácter legislativo, pero estableciendo que aquél "será responsable a la Junta Conservadora de su conducta pública", lo que no dejaba de someterla a su fiscalización. (Por cierto, la Junta Grande había tomado esa nueva denominación de "Conservadora de la soberanía del Señor don Fernando VII y de las leyes nacionales, en cuanto no se oponen al derecho supremo de la libertad civil de los pueblos americanos".) La subordinación indicada dejó de complacer a los flamantes triunviros, y tras consulta con el Cabildo local, el Ejecutivo resolvió concentrar en él únicamente la autoridad, tomando el aventurado paso de disolver la Junta Conservadora que le había dado origen, y más

aún: expulsar a sus miembros de Buenos Aires. El péndulo del poder que se inclinaba desde el 25 de Mayo a favor de los porteños, favorable a los provincianos con la Junta Grande, volvía con el Triunvirato a los porteños. Este vaivén será el telón de fondo de la política argentina.

No obstante, algunos diputados del Interior no se acoplaron mansamente a las directivas del nuevo Poder Ejecutivo, y tramaron un movimiento conmocionante para reestablecer su posición: nada menos que un motín militar con parte de las fuerzas que habían sitiado a Montevideo.

El caso es que el asedio a aquella ciudad se había levantado. Puesto que la carencia de recursos materiales y la presencia portuguesa tornaba ilusoria al Triunvirato la determinación de ganar la guerra. Como muestra de buena voluntad el 14 de octubre se celebró una misa de acción de gracias en la Catedral de Buenos Aires en conmemoración de los cumpleaños del amado monarca don Fernando VII. Y "deseando terminar las desagradables diferencias ocurridas en estas Provincias", el día 20 se concluyó un tratado llamado *de pacificación*, mediante el cual se reconocía la unidad de la Nación española con el rey Fernando a su cabeza, aunque el Congreso General de las provincias era el que debía determinar las facultades de las Cortes Generales y las extraordinarias de la monarquía con referencia a América. En lo que hace al territorio rioplatense, "las tropas de Buenos Aires desocuparán enteramente la Banda Oriental del Río de la Plata hasta el Uruguay, sin que en toda ella se reconozca otra autoridad que la del Excmo. señor Virrey". Esta asombrosa abdicación de todo cuanto se había dicho y hecho se completaba con esta otra:

Los pueblos de Arroyo de la China [Concepción del Uruguay], Gualeguay y Gualeguaychú, situados en Entre Ríos, quedarán de la propia suerte sujetos al gobierno del Excmo. señor Virrey, y al de la Excmo. Junta los demás pueblos, no pudiendo entrar jamás en aquella provincia o distrito, tropas de uno de los Gobiernos sin previa anuencia del otro.

Cesaban las hostilidades y se restablecían las comunicaciones, naturalmente, y el "Excelentísimo señor Virrey" (¡el mariscal Javier Elío!) debía participar al general Goyeneche en el Alto Perú el arreglo convenido. Al menos, el gobierno de Buenos Aires se mantenía al frente del territorio del Interior.

La explicación de tan insólita muestra de desfallecimiento, luego de las muchas declaraciones en contrario, se encuentra en el artículo 11 del tratado de pacificación: "El Excmo. señor Virrey se ofrece a que las tropas portuguesas se retiren a sus fronteras y dejen libre el territorio español, conforme a las instrucciones del señor Príncipe Regente manifestadas a ambos Gobiernos". Y su complemento, el 17: "En el caso de invasión por una potencia extranjera, se obligan recíprocamente ambos Gobiernos a prestarse todos los auxilios necesarios para rechazar las fuerzas enemigas".

Era, ciertamente, la confesión del fracaso del movimiento de Mayo de 1810. Las circunstancias se imponían: rechazo en Tacuary de Belgrano y separación de Paraguay; la derrota de González Balcarce en Huaqui y pérdida del Alto Perú; la imposibilidad momentánea de tomar Montevideo y evitar las correrías de sus marinos por los ríos argentinos; la soledad internacional y la carencia de recursos propios para sostener el enorme esfuerzo bélico, que arruinaba al país...

Y sobre todo, las noticias recibidas en Buenos Aires eran de que las tropas del Ejér-

cito portugués se habían corrido desde Cerro Largo hacia el sur, ocupando Maldonado, y por ende, con la amenaza de llegar a Montevideo. De concretarse esto último, el panorama militar se tornaría catastrófico. En evitar tal desastre hay que buscar la explicación de la actitud claudicante del Triunvirato.

De cualquier modo, el Ejército sitiador de Rondeau había sido agraciado (4 de octubre) con el dictado de "benemérito de la Patria en grado heroico", y cuando el 1º de diciembre de 1811 volvió a entrar a Buenos Aires, fue recibido en triunfo, ya que si no había logrado conquistar la plaza, las tropas "merecieron todo elogio —comentó un contemporáneo— por su constancia y por las acciones que tuvieron que vencer en las dos batallas de Tacuary y de Las Piedras". Con el coronel José Rondeau a la cabeza las tropas porteñas recibieron ovaciones en medio del flamear de banderas y de salvas de la artillería, tras lo cual fueron alojadas en sus respectivos cuarteles.

No reinaba el mismo clima en la Provincia Oriental, ya que el coronel José Artigas, indignado por el abandono a que se vio sometido, sin lograrse el objetivo buscado con la captura de la capital de aquella, mantuvo su postura beligerante. A ello se aludirá seguidamente.

Aunque antes debe referirse un episodio insólito, cual fue la sublevación de gran parte del Regimiento 1 de Infantería, los antiguos Patricios.

Quedó asentado que el nuevo Poder Ejecutivo, el Triunvirato, había disuelto a la Junta compuesta por los diputados de las Provincias, e incluso dispuesto su salida de la capital. Tal abuso movió a algunos de éstos a tramar la caída del nuevo gobierno, apoyándose en algunos cuerpos recién regresados de la Banda Oriental. Para empezar a considerar la cuestión, hay que descartar categóricamente que el motín haya tenido por causa la difundida versión de que la tropa se negó a que se le cortara su coleta o trenza, que sería su señal distintiva desde el momento de la creación del cuerpo: nada de esto es exacto, pues el *Expediente formado para esclarecer el levantamiento del Regimiento n° 1 en la noche del día 6* es categórico para negarlo, pues no se refiere en absoluto a ello, ofreciendo las verdaderas razones y pormenores del grave suceso.

Conviene destacar, en primer lugar, que tras la salida al Interior (Paraguay, Alto Perú y Provincia Oriental), el cuerpo formado para luchar en defensa de su "patria chica" había perdido su anterior *esprit de corps*, no sólo por no operar ya en la ciudad que le era propia, sino porque la primitiva organización de éste había sido notoriamente alterada. Ello así, porque varios de sus oficiales veteranos debieron ocuparse de adiestrar y comandar otras unidades; y por otra parte, los originales Patricios fueron engrosados —y mezclados— con efectivos de otra procedencia en su marcha a los frentes de operaciones. Así perdieron su cohesión espiritual fundadora.

El general Belgrano, rehabilitado tras un intento de someterlo a investigación por su conducta en Paraguay, había sido designado, en noviembre de 1811, para comandar el regimiento del que fuera el primer sargento mayor al momento de su constitución, en 1806. Lo había conducido por las selvas pantanosas del Guayrá, templando su carácter en penurias y combates, y él mismo demostrando condiciones de mando y valor. Pero tras el sitio de Montevideo la mística del cuerpo se había debilitado, haciéndolo proclive a recibir sugerencias de políticos para utilizarlo en otros fines que no eran los estrictamente castrenses. El estallido lo produjo un incidente nimio, que en sí no hubiese tenido las consecuencias mayores que alcanzó, si no se supiera que se movían por detrás intereses de otro tipo. El 6 de diciembre, al pasar lista el oficial de servicio advirtió va-

rias ausencias, y previno que "al que faltare a ella se le cortaría el pelo", por desobediencia y desaseado. Una voz entre las filas le contestó "que eso era querer afrentarlos". Otra versión testimonial coincide en lo principal: indica que cuando el oficial amenazó que los indisciplinados "los habría de pelar", algunos soldados replicaron "que más fácil le sería cargarse de cadenas que dejarse pelar". Para nada se alude a trenzas o presuntas tradiciones capilares: tan sólo una moda sobre el largo del corte. Impuesto Belgrano de la insubordinación, mostró su conocida rigidez en el servicio militar: ordenó al oficial "que si se movían los acabasen a balazos".

Apenas su Comandante abandonó el cuartel comenzó la insurrección. Los oficiales fueron conminados a abandonarlo, y se colocaron cañones en las bocacalles. Enseguida fueron rodeados por otras unidades, también provistas de artillería, pero se realizaron intentos para que los amotinados depusieran su actitud sin violencias. Los suboficiales que encabezaban el movimiento exigieron "que se nos trate como a fieles ciudadanos libres y no como a tropas de línea", lo que ya era asombroso, pero además reclamaron la renuncia de la plana mayor del cuerpo. Rechazadas tales peticiones, como la deposición de las armas, a media mañana se rompió el fuego por ambos lados, dirigiendo la represión el propio general Rondeau, quien quedó sordo a raíz de los cañonazos disparados cerca de donde se encontraba. Un cuarto de hora después el motín concluyó con la rendición de los sublevados, en número de 340 hombres, pues muchos de los acuartelados pudieron escapar durante la acción. Ocho muertos y 35 heridos costó al Gobierno imponerse entre estos últimos un oficial del Regimiento n° 2 Arribeños y dos del Regimiento n° 3 América.

Las sanciones resultaron duras, condignas con la falta. El 10 de diciembre fueron degradados, fusilados y expuestos sus cadáveres en horcas, 6 suboficiales y 4 soldados que encabezaron el alzamiento, y se impuso presidio en la isla Martín García a otros. Además, quedaron disueltas las compañías 1° y 2° de Granaderos y la de artilleros del regimiento, y por si fuera poco, los sargentos y cabos que se encontraban dentro del cuartel cuando se rompió el fuego, fueron degradados a fusileros y recargados con seis años sus servicios. No fue todo, aún: lo que afectó al conjunto fue que el Triunvirato Gubernativo dispuso "la variación del nombre y del uniforme" del regimiento, que de n° 1 pasó a ser el 5, y la siguiente medida con alcance general: "Para evitar todo motivo de rivalidad, se declara que todos los cuerpos que componen el Ejército de la Patria son 'patrios', y que ninguno podrá tener en adelante esta denominación en particular". Si la unidad no fue disuelta, se debió a que "la oficialidad y una considerable parte del regimiento, lejos de intervenir en la sedición, concurrieron a apagarla con todos sus esfuerzos".

En cuanto a los impulsores del movimiento, el Gobierno destacó en el proceso iniciado "que hombres malvados, enemigos de la patria y agentes de la anarquía, han puesto en ejercicio todos los resortes de la intriga y la seducción para destruir el gobierno y las autoridades constituidas". El Triunvirato hizo efectiva la expulsión de los diputados de las Provincias y arrestó al deán Gregorio Funes como gestor principal de éste.

El coronel José Artigas se había opuesto enérgicamente al tratado de pacificación acordado con el mariscal Elío, y en señal de protesta y más aún, de rebeldía, se retiró de la propia Provincia Oriental, arrastrando consigo todos los habitantes de la campaña que pudo: fue "el éxodo oriental". Con ese cortejo inmenso cruzó el río Uruguay y se insta-

lió en Entre Ríos, sobre el Ayuí, en la zona de Salto Grande. Allí fue a explorar su actitud el teniente coronel Nicolás de Vedia, quien dejó este cuadro:

Informé al Gobierno que Artigas manifestaba los mejores sentimientos con respecto a volver sobre Montevideo; que tenía poca gente armada y que sus soldados manoblaban diariamente y que hacían ejercicios de fusil y carabina con unos palos a falta de estas armas; y por último, que cuantos le seguían daban muestras de un entusiasmo el más decidido contra los godos.

En cuanto a Elío, se dio por cumplido su "Virreinato" y la Regencia del Reino encomendó otra vez el mando de la capital oriental al mariscal Gaspar Vigodet.

El año 1812 traería cambios fundamentales en el estado de cosas, puesto que la pacificación lograda fue de corta duración, con figuras que se movieron activamente para variarlo.

En primer término debe saberse que la infanta Carlota, siempre vigilante e impulsiva "miró con total desagrado" —fueron sus términos textuales— al convenio del Triunvirato con Elío, y obró en consecuencia: escribió a las Cortes del Reino, al mariscal Vigodet, y al general Goyeneche en el Alto Perú, contra los "facciosos" de Buenos Aires que habían puesto en discordia y desbaratado las Provincias y pueblos del Río de la Plata, "teniendo toda la fuerza necesaria para derrotarlos y sujetarlos a la debida obediencia". Instó a todos ellos a que acabasen con los "pérfidos revolucionarios", e insufló nuevo vigor a los defensores de la Corona. Tanto es así que, adoptando una política dual —para no disgustar a los representantes británicos en Río de Janeiro, que deseaban ayudar a la causa emancipadora aunque ocultando oficialmente su simpatía— la Corte portuguesa impartió orden al general Diego de Souza, comandante del Ejército lusitano invasor de la Provincia Oriental, para que se retirara de ésta hacia Rio Grande do Sul, "*pondo-se de acôrdo com os generais Vigodet e Goyeneche*" (23 de noviembre de 1811). ¿Qué significado encerraba esta mención del lejano vencedor de Huaqui?... Se comprenderá ese doblez de conducta si se conoce que el nuevo capitán general de Montevideo, Vigodet, estaba lejos de seguir la acción meramente defensiva de su antecesor, puesto que intentaría obrar activamente contra los revolucionarios. El caso es que el Real Ejército portugués permanecía sin moverse de la Provincia Oriental.

La chispa que volvió a desencadenar los acontecimientos se debió al inevitable choque entre orientales y portugueses. El coronel José Artigas, nombrado por el Gobierno de Buenos Aires Teniente Gobernador de Yapeyú, atacó una columna portuguesa que se había dirigido para apoderarse del pueblo de Belén en Misiones, lo que fue denunciado por las autoridades de Buenos Aires al mariscal Vigodet el 1° de enero de 1812:

Se han realizado al fin los fundados temores de las miras hostiles de los portugueses. V.S. se instruirá de la conducta escandalosa de las Divisiones portuguesas, que en sus agresiones han precipitado ya a nuestras armas a todas las consecuencias de un rompimiento. El general Artigas ha batido uno de sus destacamentos que tuvo la osadía de insultar a nuestras tropas y encendido el fuego de la guerra, contra las intenciones pacíficas de V.S. y de este Gobierno. Este inesperado suceso ha paralizado las disposiciones que se tomaban para enviar nuestro Ejército a las Provincias interiores, en la buena fe de que los portugueses se retirarían a sus fronteras, con

arreglo al tratado de pacificación, y que sería permanente la concordia y alianza entre Montevideo y Buenos Aires.

La nota comprometía a Vigodet al aludir a la conducta "de un extranjero empeñado en realizar sus conquistas sobre el territorio español".

El Capitán General de Montevideo desembozó su intención: Artigas era un "enemigo de la común tranquilidad", y en virtud de ello, lejos de "rechazar la agresión extranjera" como le indicaba el Gobierno argentino, hacía saber a éste:

Estoy determinado no sólo a dejar obrar al ejército portugués contra el rebelde Artigas y sus secuaces, para cortar el progreso de los enormes perjuicios que han ocasionado, sino también a impedir con todos mis arbitrios el paso a esta banda de los auxilios que V.E. ha acordado remitir; con manifiesta transgresión del art. 7 [6 de enero].

El propio general Souza, capitán general de Rio Grande do Sul y comandante de las tropas portuguesas en la Provincia Oriental, escribió no mucho después (20 de febrero de 1812) directamente al mismo Goyeneche a fin de obrar en forma conjunta contra los insurgentes:

É pois preciso que V.E. acelere a sua marcha; e prosseguindo a carreira dos seus triunfos, venha coroa-los na cidade de Buenos Aires, para cujo fim, se lhe convém algumas das minhas forças militares, caso a este tempo aqui existam, poderá dirigir-me as suas insinuações, na firme certeza que as intenções do Príncipe Regente de Portugal se destinam a segurar a integridade dos dominios e dos interesses de senhor don Fernando VII.

En la *Gazeta de Buenos-Ayres* se publicó el oficio del 15 de mayo con la respuesta del Triunvirato, que hacía presente que, "viendo despreciada su propia autoridad y la de la Nación, algunas veces con disfraz y últimamente con descaro y desvergüenza, aceptaba la guerra, asegurando que nunca se acabaría mientras durasen los enemigos de la Nación".

La guerra, pues, había recommenzado. Y Montevideo comenzó a recibir paulatinamente elementos desde España que engrosaron a sus defensores. En 1811 llegaron apenas 7 oficiales y 80 soldados, pero en julio de 1812 esta cifra aumentará a 139 hombres (a causa del naufragio de la nave que los conducía frente a Maldonado, se perdió más del doble de aquéllos). Por último en 1813 entrarán en puerto dos buques de guerra y ocho transportes, llevando 158 oficiales y 3.286 de tropa.

Como base naval que era, por más que sus buques no estuvieran en las mejores condiciones operativas por falta de medios para acondicionarlos convenientemente, dicho apostadero dio muestras de un poderío que carecía Buenos Aires a lo largo del año 11, sobre todo después de eliminarse la escuadrilla del teniente coronel Azopardo en San Nicolás. Las naves realistas se pasearon prácticamente en forma impune por los ríos Uruguay y Paraná, llegando a bombardear Corrientes en julio, donde existían astilleros que

construían pequeñas embarcaciones; ocupar parte de la costa oriental de Entre Ríos; y hasta desembarcando en Santo Domingo Soriano para combatir como infantes a las tropas que comandaba el teniente coronel Miguel Estanislao Soler (que las forzaron a retirarse de donde habían salido, con mayor prontitud que la calculada). De los bombardeos a Buenos Aires ya se ha hecho mención. Pero en aquel año 1812 apareció la figura de un nuevo jefe naval en Buenos Aires, el capitán William Brown, quien con creciente osadía disputó el dominio de las aguas del Plata a los hombres del capitán de navío Salazar, y mantuvo contra ellos sendos encuentros en marzo (isla Martín García) y mayo (puerto de El Buceo).

En la Capital se constituyó un "club" político al estilo inglés, que se reunía en el Calle de Marco, frente a la iglesia de San Ignacio. De allí se desprendió la "Sociedad Patriótica" que bajo el liderazgo del doctor Bernardo de Monteagudo, recogió el ideario revolucionario de Mariano Moreno, debilitado en los últimos tiempos, hasta el punto de haberse suscripto con Elío el tratado "de pacificación". Monteagudo, en cambio, clamaba: "Yo prefiero una procelosa libertad a la esclavitud más tranquila!". La idea de independencia fue enunciada desde entonces con mayor énfasis, en forma pública.

Recobrada la firmeza a causa del choque en Misiones, ya referido, entre Artigas y los portugueses, el Triunvirato encaró medidas para defender las costas del río Paraná. Como primer paso se envió al brigadier Manuel Belgrano al frente del Regimiento n° 5 (como se denominaba ahora el antiguo n° 1, Patricios, tras su frustrado amotinamiento) para guarecer la villa de Rosario, y allí construir dos baterías que dominaran al río con sus fuegos, y que significativamente llevaron los nombres de *Libertad e Independencia*.

Ese encargo dio origen nada menos que al nacimiento del símbolo nacional.

La cinta —o escarapela— utilizada en los días de Mayo para demostrar sentimiento patriótico en momentos difíciles era, como se sabe, de color rojo, puesto que derivaba de la bandera española: una cruz roja en diagonal sobre fondo blanco. Asimismo quedó asentado que para 1811 los partidarios del desaparecido secretario de la Junta, doctor Mariano Moreno, usaron cintas de otro color —celeste— para diferenciarse del gobierno "saavedrista" (Junta Grande) con el cual pasaron a estar en oposición. Esta nueva enseña era la que estaba difundida en la época en que el general Belgrano partió para Rosario; y él mismo, con fecha 13 de febrero propuso al Triunvirato que fuera establecida formalmente, puesto que —dijo— los cuerpos del Ejército usaban distintivos de diverso color que en lugar de uniformarlos "casi era una señal de división". El Gobierno, de conformidad, decretó una semana después "que la escarapela nacional de las Provincias del Río de la Plata sería de color blanco y azul celeste".

Y cuando el 27 de febrero de 1812 instaló Belgrano la batería *Independencia* con tres cañones y su dotación de artilleros y municiones, reunió a todo su Ejército y lo adornó con "la escarapela nacional que ha designado nuestro Excmo. gobierno". Hizo algo más, que comunicó al Triunvirato el mismo día: "Siendo preciso enarbolar bandera, y no teniéndola, la mandé hacer celeste y blanca conforme a los colores de la escarapela nacional".

Una medida trascendental para afirmar la soberanía argentina quedaba establecida, aunque le faltaba la aprobación oficial. Belgrano comunicó a las autoridades que el uso de la escarapela, difundido entre la población, "ha sido del mayor regocijo", reafirmando su resolución "de sostener la independencia de América".

Cumplida su misión, el general Belgrano y sus fuerzas partieron rumbo al Norte, ya

que el mismo día en que creaba la bandera argentina, era designado para reemplazar al general Juan Martín de Pueyrredon, y el 1º de marzo abandonó las costas del Paraná.

Para esa época desde otros lugares se aprestaban a incorporarse a las fuerzas independentistas varios militares americanos que habían luchado en la Península contra los ejércitos franceses. Una carta del 28 de octubre de 1811 dirigida por Carlos de Alvear a una de las logias masónicas tan en boga entonces entre los militares ingleses y españoles, le imponía desde Londres:

Después de vuestra partida se aumentó la sociedad con los hermanos que reza la adjunta lista, de los cuales 1 ha ido ya a México y 6 deben salir pronto para diferentes puntos de América, a tomar parte activa en la justa causa que defendemos. Habiendo llegado a esta ciudad con los hermanos Zapiola, San Martín, Mier, Villa Urrutia y Chilavert, hemos fundado por orden de la L. n° 3 una con el n° 7, y hemos recibido a los hermanos que acompañan en la que va con el n° 4.

Se trataba de un desprendimiento de la logia "Caballeros Racionales" de Cádiz, cuyos componentes en Buenos Aires constituirían la logia "Lautaro" para obtener la independencia de Chile. El 9 de marzo de 1812 arribó a Buenos Aires una fragata inglesa portando —informaba la *Gazeta* tres días más tarde—

[al] *teniente coronel de caballería don José de San Martín, el alférez de navío don José Zapiola, el capitán de milicias don Francisco Chilavert, el alférez de Carabineros Reales don Carlos de Alvear, el subteniente de Infantería don Antonio Arellano, y el primer teniente de Guardia Valonas barón de Holmberg.*

Lo que quedaba pendiente era la amenaza de avance del Ejército lusitano para auxiliar a Montevideo, y desde allí recobrar el dominio de toda la Provincia Oriental. Aunque el plan hispano-portugués de reconquista tenía una derivación mucho más grave de lo que suponía en la Capital, pues se tramaba en la propia Buenos Aires una conspiración para aunar esfuerzos con Vigodet y Souza y ahogar la Revolución en su mismo origen.

La dirigía, otra vez, don Martín de Álzaga.

La añeja ambición de mando independiente que lo alentara en 1806 contra el marqués de Sobre Monte, en 1808 contra el general Liniers, y en 1810 contra el virrey Hidalgo de Cisneros, lo impulsaba ahora aprovechando circunstancias favorables. Se había querido presentar al antiguo Alcalde como a la figura leal por antonomasia al Rey de España, cuyos dominios americanos pensaba recobrar para entregárselos. Nada más lejos de lo cierto: don Martín mantenía intacta su idea de independizar al Río de la Plata, con él a la cabeza: éste sería un intento más en la misma línea de pensamiento. Nada lo unía a España, de donde llegara a los 12 años de edad sin siquiera hablar el idioma castellano, encomendado a parientes vascos en Buenos Aires; en cambio en esta ciudad se había hecho hombre, contraído matrimonio, visto nacer a sus hijos, alcanzar fortuna y cargos públicos espectables. Todo ataba a Álzaga a Buenos Aires, y varias demostraciones de desapego para con la Península se le conocen.

Aclarada su postura, es natural que, por otra parte, fuera adversario del Gobierno americano: para asumir el poder, debía derrocar a las autoridades criollas. Y por resultar enemigo de éstas, automáticamente se lo consideró *godo*, sin serlo.

Para llevar adelante sus planes Álzaga precisaba apoyo de afuera de Buenos Aires, y el rompimiento de hostilidades con el apoyo de Portugal le brindó la oportunidad. En la propia Capital contaba con partidarios: el antiguo Regimiento de la Unión (ahora Artillería de la Patria) sumaría elementos, y a su frente iba a ponerse el teniente coronel Felipe de Sentenach, su fiel partidario desde las Invasiones Inglesas. Fuertes comerciantes suministrarían el dinero necesario. En mayo de 1812 un enviado de Álzaga cruzó a Colonia, y el comandante militar de esta plaza le comunicó al general portugués Diego de Souza que "traía un pliego para V.E.". Mediante él se le ponía en conocimiento de la conjura y se ofrecían recursos para que la sostuviera con sus tropas. "*Pode Vm. segurar que se entra muito sèriamente no arranjamemto do projeto protosto*", le contestó el general Souza al enviado, hasta recibir instrucciones expresas del Príncipe Regente (21 de mayo). Souza también escribió a Vigodet:

Sem contar com auxilios ali dependentes de disposicoes populares, a expedicao contra Buenos Aires convinha muito e era practicavelm chegando os refôrços que eu a V.E. a esperamos, e prontificando: então deixariamos 2.500 homens defendendo os terrenos ao sul do Rio Negro, e iriamos a Buenos Aires.

El mariscal Vigodet acogió con "gozo" el plan, pero coincidió con el General Justiano en que no debía confiarse únicamente en los "fervores populares de fieles vasallos", sino en refuerzos castrenses para tener buen éxito en la expedición contra Buenos Aires. Tales refuerzos ya le habían sido anunciados; pero como se expuso páginas atrás, no llegaron en la medida de lo deseado.

Al menos, para la suerte de la Revolución, Goyeneche no había podido avanzar desde el Norte, como confiaban Vigodet y Souza. La tenaz insurrección de la provincia de Cochabamba, firme sostenedora de la causa independentista, aferraba sus efectivos en la retaguardia.

La ignorancia en Buenos Aires sobre aquella amenaza era total, por lo que descuidaba su custodia. El 23 de mayo una carta desde Colonia hizo saber:

A la salida del presidente [Sarratea] y Viana sólo quedó en Buenos Aires el cuerpo de Penquistas, que en el día se compone de 200 hombres, y otros tantos arribeños, y como 300 de la Guardia Cívica, sin armas, pues a los que entran de guardia se las dejan los salientes.

Además:

[...] todos los europeos, así portugueses como españoles, están prontos a asaltar el Fuerte, prender a todos los magnates y hacerse dueños de la ciudad, siempre que nuestro capitán general lo tenga por conveniente y los auxilie en particular con las fuerzas navales.

Poco después, el 19 de junio, el periódico realista de Montevideo anunciaba veladamente pero con esperanzas:

Los pueblos, cuya lealtad ha soterrado la fuerza, darán algún día una formidable explosión tan súbita como la del volcán, y reducirán a su ser a los NADAS que entro-

nizados los esclavizan. El engaño no es perdurable: se correrá el velo y desaparecerán los misterios de los agoreros importunos de la destructora libertad.

La prudencia impedía decir más.

Las circunstancias eran óptimas: Buenos Aires estaba desguarnecida de los cuerpos militares que habían retornado del sitio de Montevideo, y que ahora volvían a establecerlo. Leemos en el *Diario* llevado por Juan Manuel Beruti:

13 de enero de 1812. Salieron de esta Capital el Regimiento de Castas a pie, hasta Santa Fe, y de aquí pasar a la Banda Oriental a reforzar el Ejército del mando de Artigas contra los portugueses.

24 de enero. Salieron de esta Capital con destino a Rosario, 60 leguas de distancia a cubrir una batería que en este punto se ha puesto, el Regimiento n° 5 [alias de Patrióticos].

1° de febrero. Salió de esta Capital con destino a guarnecer esta costa del norte el Regimiento de Granaderos de Fernando VII, de que es su coronel don Florencio Terrada.

21 de febrero. Salió de esta Capital, sin saber el destino a dónde va, el Regimiento de Infantería de América n° 3, del que son sus jefes los insignes patriotas French y Beruti. En este mismo día se pasó orden a las tropas y demás ciudadanos, usen la escarapela en el sombrero de azul y blanco como distintivo nacional, suprimiendo la que anteriormente se traía, española, de color puramente encarnada.

30 de abril. Salió de esta capital para la ciudad de Santa Fe y pasar a la Banda Oriental, un batallón de los dos del Regimiento de Arribeños, y el resto de los Dragones de la Patria.

Buenos Aires carecía prácticamente de tropas para su defensa. Era la oportunidad para que el movimiento de Álzaga comenzara, como lo había pronosticado el periódico de Montevideo el 19 de junio. El mismo don Martín había abandonado su casa del centro de la ciudad, y estaba escondido en una fonda del barrio de Concepción. El golpe debía iniciarse el 5 de julio, aniversario de la Defensa. Pero unos pocos días antes se produjo la tragedia para los complotados: una delación permitió conocer a las autoridades lo que se tramaba.

El 3 de julio se recibió oficialmente la denuncia y se formó una comisión investigadora que trabajó con tanta celeridad como rigor. Detenidos algunos implicados o sospechosos, al día siguiente se condenó a Álzaga, en rebeldía, por "reo de lesa patria", a "la pena ordinaria de muerte de horca, que se ejecutará inmediatamente después de dos horas de su intimación". Por no declarar su paradero, en el mismo día fue muerto su yerno Matías de la Cámara, "para escarmiento de encubridores de esta especie". Y así comenzó una larga lista de víctimas, entre los cuales el religioso bethlemita fray José de las Ánimas, el coronel Felipe de Sentenach, y el rico comerciante Francisco de Tellechea (cuya hija casaría tres años después Pueyrredon, uno de los triunviros que dispuso su muerte). A cerca de 40 víctimas alcanzó la represión, que prosiguió hasta mediados de mes. El 6 de julio el coronel Feliciano Antonio Chiclana había elevado este parte al Gobierno: "A esta hora que son las doce y media de la noche, ha sido aprehendido el real Martín de Álzaga, y se halla en la cárcel de la Cuna". Luego de tomársele declaración

—en la cual negó toda vinculación con los hechos que se le imputaban—, a las cuatro de la madrugada le fue leída su sentencia, y a la diez de la mañana fue fusilado Álzaga a orillas del foso del Fuerte, y luego colgado de una horca. El júbilo popular fue intenso, y en medio de vivas a la patria y muertas a los tiranos, los niños de las escuelas soltaron desde las azoteas de la Recova, palomas blancas adornadas con cintas celestes.

Pero una gran conmoción produjo la represión entre el vecindario, por las vinculaciones de los ajusticiados, no siempre observado el debido proceso. "¡Basta de sangre!", exclamó incluso un bando del Triunvirato al poner término a las ejecuciones. Por lo demás, los españoles peninsulares fueron intimados a entregar todas las armas "blancas y de chispa" que poseían, bajo las penas más severas: "Que ninguno alegue ignorancia ni encuentre disculpa a su obstinada ceguedad cuando fuere sorprendido en fuerza de las medidas que al efecto van a decretarse". Un mes después se efectuó en la parroquia de San Nicolás una función de acción de gracias por haberse librado el pueblo "de la conspiración tramada por los europeos españoles", y como afirmación de soberanía, de cada costado de la torre de la iglesia y de su ventana del coro frontal, colgaban banderas celestes y blancas de seda.

El 13 de julio las tropas portuguesas finalmente emprendieron su retirada de la Provincia Oriental, por presión del diplomático británico en Brasil, lord Strangford, y según convenio suscripto en Buenos Aires por el enviado lusitano teniente coronel João Rademaker. Este último escribió a lord Strangford desde la Capital del Plata, el 10 de julio de ese año 1812: "Este povo está determinado a establecer una República Democrática, y parece que antes que perder a sua vida e bens, do que desistir desta empresa".

El Ejército argentino había debido desocupar el Alto Perú tras su derrota en Huaqui. La retaguardia al mando del coronel Eustaquio Díaz Vélez quedó en el pueblo de Nazareno, separado del de Suipacha por el río Tupiza, y el 16 de diciembre de 1811 una partida de 40 hombres al mando del capitán Manuel Dorrego atacó con fortuna a un grupo de realistas, causándoles bajas y quitándoles sus equipajes. El cuartel general del Ejército fue establecido en Salta, donde se hizo cargo de su jefatura el general Juan Martín de Pueyrredon en reemplazo de González Balcarce y Castelli. El nuevo comandante describió en términos patéticos el "estado miserable y falta de auxilios en que se hallan las tropas", impartiendo estricta directiva a Díaz Vélez de no comprometer ninguna acción a menos de tener confianza en su buen resultado.

Pero llevado de su ímpetu, el coronel Díaz Vélez planeó nada menos que atacar a la división del coronel Picoaga (1.100 hombres) para evitar el desánimo de las "provincias interiores", invocando "la incalculable ventaja de la subordinación y disciplina de mis tropas, que cada día claman con increíble ardor por arrojar sobre el enemigo", como impuso a Pueyrredon el 11 de enero de 1812, agregándole que estaban conformes sus jefes subalternos Martín Güemes, Francisco Balcarce, Juan Francisco Tollo, Antonino Rodríguez, Feliciano Hernández, Manuel Dorrego y Benito Martínez. Aquél le hizo la reflexión de que el enemigo se hallaba tras un ancho y pesado río, además de comunicarle la imposibilidad de enviarle cañones y hombres de refuerzo. Sólo despachó en su apoyo 30 húsares al mando del capitán Cornelio Zelaya para apoyarlo si debía retirarse al ser "dispersado". Esto fue lo que sucedió al atacarse. Una inesperada crecida del río en momentos que era vadeado por una parte de las tropas, que obligó a cruzarlo con el agua al

pecho, impidió la conjunción del resto, y la dificultad de operar los cañones "por el cielo que tenía el río en las orillas del último brazo", hizo fracasar el avance patriota pese al valor mostrado por los hombres de Díaz Vélez, quien en su parte destacó "el relevante mérito" de su ayudante de campo Dorrego:

Este digno oficial después de haber salido herido en el brazo derecho y contuso en un pie en las guerrillas que tuvimos en este punto el día de nuestra llegada, lleno de un entusiasmo ejemplar y bizarría, fueron tantas las instancias que me hizo para ir al ataque exigiendo le volviese al puesto de comandante de las guerrillas, que me vi obligado a otorgárselo, y así fue que su resuelta bravura ha admirado a nuestras tropas y aterrado al enemigo.

Díaz Vélez tuvo en Nazareno un total de 137 bajas entre muertos y heridos, y entre los primeros, el capitán Francisco Balcarce, los tenientes Lucas Balcarce y Víctor Laren, y el alférez José Antonio Jiménez. En cuanto al capitán Dorrego —informó Pueyrredón al Gobierno Nacional— "fue atravesado por el pescuezo con una bala de fusil que le rompió todo el esófago". Su curación ha sido prodigiosa —agregaba el general Pueyrredón— "y no lo es menos el ardor en que está para restablecerse algún tanto y volver al campo del honor". Al pedir recompensas para sus valientes oficiales (a quienes el Triunvirato concedió un ascenso), solicitó también "algunas gracias para los infelices sargentos, cabos y soldados, cuyo valor y sangre no es menos atendible que la de los oficiales, porque no son menos hijos de una misma patria, ni menos dignos de las beneficencias de V.E.". El Ejército Real del Perú mandado por el general José Manuel de Goyeneche no pudo sacar ventajas del estado de verdadera postración de las fuerzas americanas, ofreciéndoles un respiro oportuno e indispensable, ya que la provincia de Cochabamba mantenía en pie su insurrección pese a la derrota de Huaqui.

Si bien esa ciudad fue ocupada por los realistas, las poblaciones continuaron la resistencia, que entretuvo a las tropas dependientes de Lima. La desproporción de elementos de guerra y disciplina, finalmente, tuvo su desenlace por no poder contar los cochabambinos con auxilios de las Provincias del Río de la Plata. En mayo fue aplastada la resistencia por Goyeneche tras valerosa defensa, ejecutando a sus cabecillas y saqueando propiedades. El recuerdo que dejaron los escarmientos del Ejército Real fue hondo: el general Goyeneche autorizó "crueldades que hacen estremecer la humanidad", en dicho de don José María Paz.

Pueyrredón ya había sido relevado del mando del Ejército nacional, a su pedido, que entregó al general Belgrano en marzo de 1812, en Yatasto. Eran poco más de 1.500 efectivos, pobremente armados y desalentados, que para peor, no contaban con la adhesión de otrora por parte de los sufridos habitantes del Norte argentino. Por indisposición del coronel Díaz Vélez quedó como segundo comandante el coronel Juan Ramón Balcarce, quien fue destinado a la vanguardia en Humahuaca, dirigiéndose Belgrano a la ciudad de Jujuy con lo que componía su Ejército, que él mismo calificó de "cuerpo enteramente inerme y casi en nulidad". Por fortuna para éste, en ese tiempo el enemigo se había retirado hasta Suipacha a causa del estado revolucionario de Cochabamba, recién descrito. Allí en Humahuaca desertó el teniente coronel Venancio Benavídez, que tantos servicios importantes rindiera a la causa de la Independencia en la Provincia Oriental, por disgustos con su jefe inmediato.

Belgrano se dedicó a transformar el Ejército, material y espiritualmente, con la actividad y firmeza características de su personalidad. Un bando dictado en Jujuy el 14 de julio ponderaba el sacrificio de intereses particulares en beneficio de la causa de la Patria, en cuya virtud convocaba a todos los pobladores desde 16 años hasta 35 a alistarse, excepto los casados con ocupación conocida, quienes integrarían una guardia cívica para patrullar durante las noches:

Exige por hoy el interés general que todos tomen las armas para sostener esta misma causa, cuya justicia está apoyada en fundamentos incontrastables de derecho natural y divino, y de cuanto los hombres sobre éstos han establecido para su felicidad; y no hay razón para que haya quien quiera exceptuarse del servicio. Llevar las armas de la Patria, obtener el título de soldado de ella, será una distinción de las más apreciables que caracterizará a los hombres de bien.

El equipamiento se reducía a 580 fusiles útiles y 215 bayonetas, a 21 carabinas y 34 pistolas para la caballería, casi sin armas blancas, y 6 cañones. Como ante su pedido, el Gobierno respondiera que "el Estado no tiene en el día ni espada ni sable disponible, ni tampoco dónde comprarlo", el general equipó al Regimiento de Dragones —que carecía de armas de fuego— de lanzas, de que dotó a su propia escolta "para quitarles la aprensión que tienen contra ella y se aficionen a su uso, viendo en mí esta predilección". Efectivamente éste era el sentimiento predominante con respecto a esta arma, luego tan característica de nuestra Caballería, por lo que conviene detenerse sobre el punto, con la autorizada opinión del general Paz (a la sazón teniente de Húsares en ese Ejército). Nos ilustra en sus valiosas *Memorias*:

A falta de sables y armas de chispa, se daban alguna vez lanzas, y los soldados se creían vilipendiados y envilecidos con el arma más formidable para quien sabe hacer uso de ella. He visto llorar amargamente soldados valientes de caballería porque se les había armado de lanza, y oficiales sumergidos en una profunda tristeza porque su compañía había sido transformada en lanceros.

Luego se ha de volver sobre la instrucción y empleo de las tropas montadas.

Absorbidos los recursos del Estado en sostener al Ejército en la Provincia Oriental, sitiando Montevideo, el general Belgrano se quejaba del abandono a que se veía relegado. A su amigo don Bernardino Rivadavia le escribió: "Usted conoce y sabe bien que los mejores deseos no equivalen a unas malas armas con pólvora y municiones". Y clamaba al Gobierno por otro recurso indispensable: "Para llevar adelante mis miras y mantener el Ejército como debe ser, vestido, alimentado y pagado, recobrando el crédito perdido en el Interior, se necesita dinero, y es indispensable que V.E. me provea de él". El Triunvirato le remitió \$40.000 como primer socorro, y luego 400 fusiles. Desde otro punto de vista, el rigor en la disciplina fue impuesto con severidad por el comandante en jefe, y la moral de la tropa aumentó considerablemente con el ejemplo de aquél, y el orden que impuso restableció al mismo tiempo el respeto y la adhesión popular. Colaboró en este aspecto la incorporación del teniente coronel Eduardo Kaunitz, barón de Holmberg (llegado en marzo a Buenos Aires), quien mereció la confianza de aquél, encargándole la artillería, parque, maestranza y demás dependencias afines, aunque se le imputó ser dema-

siado estricto en hacer cumplir las ordenanzas a una tropa en gran parte miliciana, suscitando alguna tirantez sus procedimientos.

El general Paz ha dejado algunas impresiones directas sobre Belgrano:

Poseía un juicio recto, una honradez a toda prueba, un patriotismo el más puro y desinteresado, el más exquisito amor al orden, un entusiasmo decidido por la disciplina y un valor moral que jamás se ha desmentido.

Sin abandonarse a los extravíos de una desenfrenada democracia, era sencillo en sus costumbres, sumamente llano en sus vestidos, parco en su mesa, moderadísimo en todos sus gastos: despreciaba altamente las distinciones nobiliarias, y los que de alguna manera manifestaban apego a ellas, eran objeto de sus burlas ironías.

Debe ser destacado algo más sobre las cualidades de Belgrano que señala Paz: "Puede decirse que no sólo dio nervio a la Revolución, no sólo la generalizó, sino que le dio crédito y la ennobleció".

Entre los acontecimientos que protagonizó en Jujuy, adquiere relieve su festejo del segundo aniversario de la Revolución del 25 de Mayo de 1810. Don Manuel Belgrano no desaprovechó la oportunidad de lucir la bandera celeste y blanca que había creado a orillas del Paraná tres meses atrás, colocándola toda la jornada en el balcón del Cabildo en sustitución del estandarte real. Al atardecer el General proclamó a su Ejército sosteniendo la enseña, aludiendo a lo que se conmemoraba ese día, "y vosotros tendréis un motivo más de recordarlo —le dijo— cuando en él, por primera vez, veis en mi mano la bandera nacional que ya os distingue de las demás Naciones del globo". Cabe añadirse que pocos días atrás, el 13 de mayo, el Triunvirato había resuelto comunicar al Cabildo de Buenos Aires:

Considerando este Gobierno que el paseo del estandarte en los pueblos de la América española es una ceremonia humillante, introducida por la tiranía e incompatible con las prerrogativas de la libertad que ha proclamado y defiende, ha determinado en acuerdo del 11 del corriente que se suspenda por ahora, y hasta tanto que con las consultas de V.E. y demás autoridades, se sustituya el paseo del estandarte por una demostración más digna y análoga a nuestra regeneración civil.

Mas sin embargo, hubo una grave admonición a Belgrano sobre la exhibición de la bandera que había creado: tres meses antes de decretarse por el Triunvirato la resolución que antecede sobre el desfile del estandarte real español, el 3 de marzo le había cursado a aquél una nota censurándolo por comprometer ante el exterior la política oficial de fidelidad al monarca ausente. Se le ordenaba ocultarla y exhibir la que se usaba en la fortaleza porteña: Belgrano debía explicar su gesto en Rosario "como un rasgo de entusiasmo". Esta comunicación no llegó a tiempo, pues pocos días antes el Ejército había abandonado aquella localidad rumbo al norte. Al recibir el Triunvirato la noticia de que en mayo en Jujuy había vuelto Belgrano a mostrar su bandera, el 27 de junio le cursó una severa intimación reproduciendo su anterior orden. El general Belgrano, apesadumbrado, explicó con fecha 18 de julio que nunca le llegó el primer oficio, justificando su proceder en que "había en el Ejército de la Patria cuerpos que llevaban la escarapela celeste y blanca", y que juzgó necesario "que estas Provincias se cuenten como una de las Nacio-

nes del globo". Pero subordinado y obediente, indicó al Gobierno que recogió su bandera y la deshacería, y "si acaso me preguntaran por ella, responderé que se reserva para el día de una gran victoria".

La esperada ofensiva realista por último comenzó.

Ya en febrero de ese año 1812 el Triunvirato había impuesto a Pueyrredon que no le sería posible despacharle auxilios, por lo que sería preciso desalojar las posiciones que ocupaba, mediante la política de la "tierra arrasada". Las draconianas instrucciones instruían que de los lugares por donde debía transitar el enemigo "deben quitarse todos cuantos recursos podrían favorecer sus marchas: la Patria es preferible a las lágrimas de los que se quedan infelices por medidas de tal naturaleza".

En su virtud, las avanzadas patriotas que se hallaban en la quebrada de Humahuaca empezaron su retroceso, y el todo del Ejército patrio se movió desde Jujuy hacia el sur (23 de agosto). Las instrucciones del general Belgrano fueron terminantes para evitar desórdenes que conducen al desánimo, manteniendo la disciplina militar para no ofrecer idea de debilidad en esa operación tan comprometida para la moral de cualquier tropa. El cuerpo de Húsares y Dragones que cubría la retaguardia fue el último en incorporarse a esta marcha retrógrada, y don José María Paz que formaba entre ellos es elocuente:

Recuerdo que atravesamos el pueblo de Jujuy en toda su extensión sin permitirnos separarnos ni aún para proveernos de un poco de pan. Campamos durante tres o cuatro horas a la inmediación de la ciudad y tampoco se nos permitió entrar; ni mandar nuestros asistentes a proveernos de lo más preciso, tan riguroso y severo era el general Belgrano.

La conducta personal de éste fue ejemplar, y también Paz la pone de resalto:

Por más críticas que fuesen nuestras circunstancias, jamás se dejó sobrecoger del terror que suele dominar las almas vulgares, y por grande que fuese su responsabilidad la arrostró con una constancia heroica. En las situaciones más peligrosas se manifestó digno del puesto que ocupaba, alentando a los débiles e imponiendo a los que suponía pusilánimes, aunque usando a veces de causticidad ofensiva. Jamás desesperó de la salud de la Patria, mirando con la más marcada aversión a los que opinaban tristemente.

Conviene precisar que el Ejército contaba con 1.500 efectivos, la mitad de sus oponentes. Últimamente la maestranza dirigida por el coronel barón de Holmberg había fabricado 3 culebrinas de bronce para aumentarle su potencia de fuego.

Esta retirada con el enemigo a sus espaldas no se limitó al Ejército: todo el pueblo jujeño debió incorporarse arreando sus ganadas y transportando sus enseres y cosechas, para no ofrecer subsistencia a los invasores. La impresión fue terrible, y el Cabildo y el Consulado de Comercio apelaron la medida, que sin embargo fue mantenida. Severas penas amenazaron a los desobedientes, y como un efecto eléctrico, un súbito aliento patriótico proclive al sacrificio total, contagió a la población. La historia ha conservado en lugar destacado el heroísmo cívico del "éxodo jujeño", en esa lucha hasta el último extremo. Comprometiendo activamente a sus vecinos, Belgrano organizó con ellos un cuerpo de caballería que llamó *Decididos*.

El virrey Abascal escribió al general Goyeneche el 10 de agosto que se movilizara con 3.000 hombres hasta Salta, adelantando "correrías" hasta Tucumán, para que "se estreche a Buenos Aires de un modo que dentro de poco tiempo no le quedarán recursos para mantener 2.000 hombres". El virrey del Perú aconsejaba al mismo tiempo la explotación del territorio invadido: "Esas provincias son ricas y pingües, y por lo mismo es razonable y justo que paguen lo que han despilfarrado y hecho gastar". Goyeneche despachó a vanguardia a su primo el general Pío de Tristán, nacido en América (Arequipa) como él. Es el momento de precisar que una buena proporción de las tropas del Ejército Real era nacida en el Nuevo Mundo, donde se la reclutaba, al igual que a muchos oficiales jóvenes. Claro que esta circunstancia, como la de haber nacido en España muchísimos próceres de nuestra Independencia, como Larrea, Matheu, Arenales y tantos más, para nada puede hacer considerar como "guerra civil" a una lucha esencialmente ideológica, en búsqueda de un objetivo que trascendía al simple lugar del nacimiento.

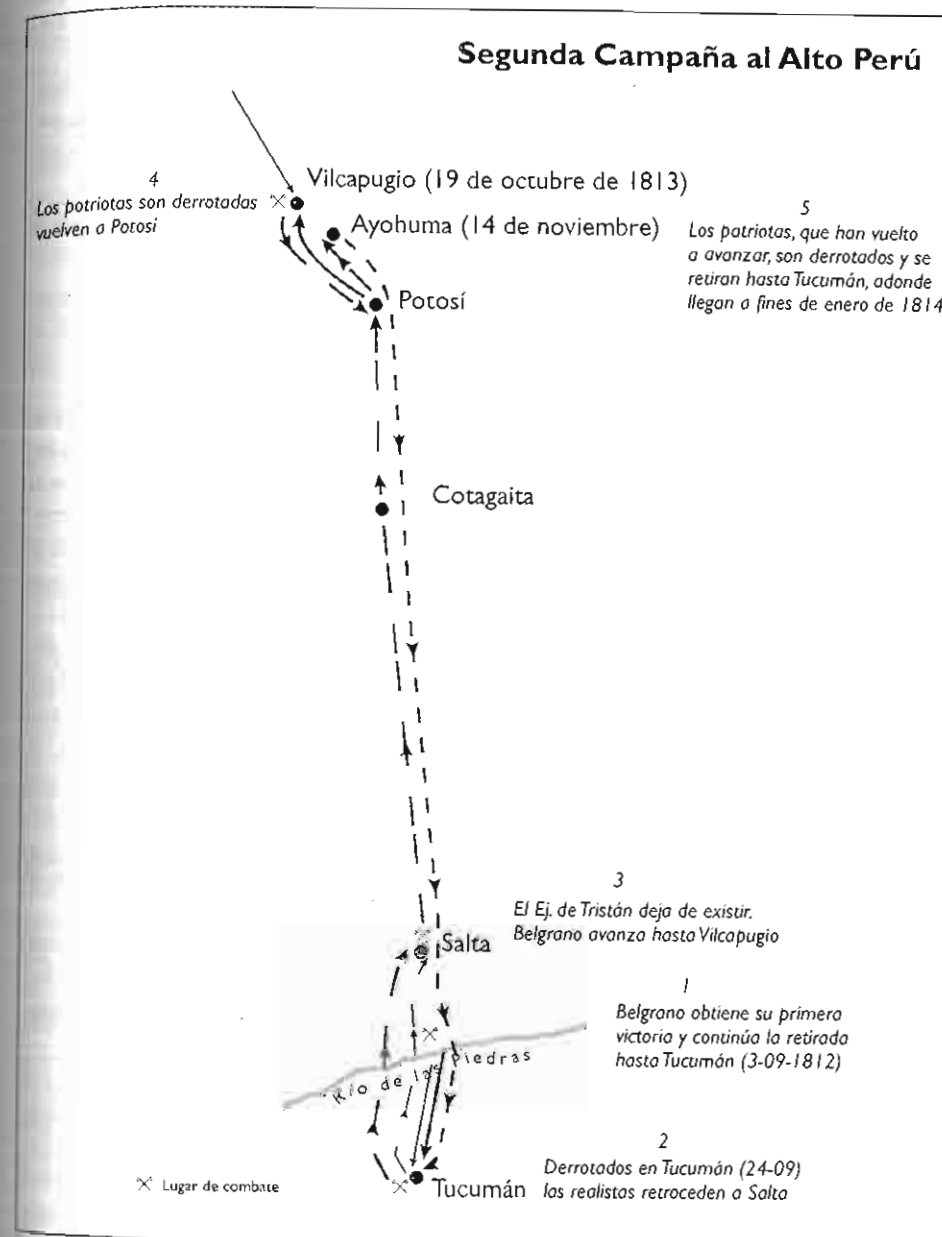
El deseo de conformar una Nación distinta de España impide confundir con una lucha interna a una empresa política de propósito absolutamente opuesto, cual era dejar de formar parte de la misma entidad. En la lucha intestina los dos bandos pretenden mejorar la situación del mismo Estado; en cambio en una guerra de Independencia lo que se busca es romper la integridad con la antigua metrópoli. Valga la digresión luego de tantos datos en páginas anteriores que sostienen este planteo. Lo mismo ocurrirá cuando estalle el enfrentamiento entre unitarios y federales: habrá porteños entre los últimos, y provincianos que aboguen por la supremacía de Buenos Aires, pero el solo nacimiento no caracterizará la contienda. Se volverá sobre esto.

La retirada dispuesta por Belgrano, que hubiera sido una consecuencia lógica de la desproporción de efectivos con respecto al adversario, obedeció también a la prevención recibida del Triunvirato con fecha 27 de febrero:

Si la superioridad de las fuerzas de Goyeneche le hicieren dueño de Salta, y sucesivamente emprendiese, como es de inferir, la ocupación de Tucumán, tomará V.S. anticipadas disposiciones para trasplantar a Córdoba la fábrica de fusiles que se halla en aquel punto, como la artillería, tropa y demás concerniente a su ejército.

¡Casi medio país debía abandonarse al enemigo, instruía el Gobierno!

Desde muy cerca perseguía el general Tristán a los patriotas en retirada, escopeteándose incesantemente sus fuerzas de vanguardia con las de retaguardia de Belgrano, mandadas por su segundo el coronel Eustaquio Díaz Vélez. "Continuó la retirada el Ejército marchando casi de día y noche, porque la proximidad del enemigo de requería", apunta Paz; hasta que finalmente se produjo un choque (3 de septiembre). Sucedió en el río de las Piedras, hallándose la retaguardia patriota a dos leguas del grueso del Ejército, cuando el coronel realista Huici atacó y puso en fuga a esas tropas (capturando algunos efectivos) que fueron a guarecerse con el grueso de sus camaradas, perseguidas por la división del Ejército Real. Belgrano aprovechó la confusión en que avanzaban los entusiasmados vencedores, y los recibió con un intenso fuego que los forzó a replegarse en desorden, perseguidos ahora por la caballería patriota, perdiendo armas, muertos y prisioneros. Aunque el triunfo fue pequeño, se celebró por su valor simbólico, alentando al ejército de las Provincias Unidas. Por lo demás, los realistas se mostraron más cautelosos y cesaron sus ataques, salvo el propio coronel Huici que un día se adelantó imprudentemente y fue



capturado por una partida de milicianos. Belgrano encomió convenientemente el comportamiento de sus hombres, colmándolos de orgullo, y el Gobierno los premió con una medalla que ostentaba el sol sobre la palabra *Libertad*, con la leyenda en orla: "*La Patria reconocida a sus beneméritos hijos*".

Estos modestos logros tuvieron consecuencias importantes. Puesto que retemplado el ánimo del Ejército argentino, el general Belgrano resolvió no proseguir su retirada, desacatando las instrucciones del Gobierno, y quedarse para enfrentar al Ejército enemigo, "para no perderlo todo", escribió el propio Belgrano en apuntes contemporáneos.

De acuerdo con su mayor general Díaz Vélez, despachó a la ciudad de Tucumán al coronel Juan Ramón Balcarce, jefe de su caballería, "dándole las más amplias facultades para promover la reunión de gentes y armas, y estimular al vecindario a la defensa".

La acción subsiguiente de Belgrano merece considerarse por separado.

El gesto desafiante de Belgrano al detenerse en Tucumán para dar batalla al Ejército Real del Perú llevaba ínsita una grave resolución, por la orden en contrario que había recibido. Al no proseguir su retirada a Córdoba "contrajo una responsabilidad que prueba la elevación de su carácter y la firmeza de su alma", en opinión autorizada del futuro general Paz, quien omite en sus ponderaciones algo de mayor peso: el criterio que primó en la conducta de Belgrano. En efecto: de haberse continuado la marcha retrógrada, no sólo se habría permitido la ocupación del territorio por el enemigo, sino que se habría causado la desmoralización del Ejército; pero en cambio al desacatar Belgrano sus instrucciones, eligió como punto de inflexión de la campaña uno que ofrecía ventajas estratégicas, cual era el fin del camino frágil por la sierra de un lado, y el comienzo del llano hacia el sur, con comunicaciones más fáciles a los centros de abastecimientos. De quedar dominando los realistas el Norte, era factible para ellos obtener la colaboración de sus moradores, no por pasiva menos eficaz, mientras que un triunfo de las Provincias Unidas contagiaría de entusiasmo a los remisos para unirse al esfuerzo de sus compatriotas.

Claro que para demostrar la bondad de su estrategia y justificar su desobediencia, el general Belgrano debía vencer al enemigo.

Para preparar el ánimo de los vecinos de Tucumán y alistarlos de la manera más conveniente, la comisión a la ciudad al coronel Juan Ramón Balcarce fue exitosa, destacándose el apoyo prestado por la influyente familia Aráoz. Refiere Belgrano en sus apuntes sobre Balcarce:

Sucesivamente se reunieron hasta 600 hombres a sus órdenes, en que había Húsares, Decididos (eran dos compañías de mozos decentes, una de Salta y otra de Tucumán) y paisanos, y les dio sus lecciones constantemente, contrayéndose en verdad a su instrucción y a entusiasmarlos en los días que mediaron, con un celo digno de aprecio.

(Por más que acota el General: "Es preciso no hechar mano jamás de paisanos para la guerra, a menos de no verse en un caso tan apurado como en el que me he visto".)

¿Con qué fuerzas contaba para librar la batalla? Eran, desde luego, inferiores numéricamente a las del Ejército Real: Belgrano expuso en su parte de la acción que "no llegaban a 1.600 hombres con 4 piezas", aparte de otros que destinó a guarecer la ciudad.

Su plan era librar la acción fuera del linde urbano, y si era desgraciado, encerrarse en la plaza "hasta concluir con honor". Conocida su disposición, el Gobierno, desesperado, volvió a intimar a Belgrano para que prosiguiera su retirada, valorando más la salvación del Ejército que el abandono territorial. Belgrano, sobre el propio terreno, privilegiaba más la adhesión popular, que no quería perder para la Revolución.

El general Pío de Tristán se hallaba en Metán al frente de 3.000 soldados de las tres armas con 13 piezas de artillería. A mediados de septiembre aceleró sus marchas, pasando por la izquierda de la ciudad —a cuyo frente dejó una fuerte columna— y prosiguió rumbo al camino que lleva a Santiago del Estero, para impedir el repliegue a Belgrano y tomarlo entre dos fuegos. Éste debía combatir a sus espaldas, lo que en términos militares se denomina "frente invertido". Tal maniobra sorprendió al general Belgrano, como lo reconoce en su apunte:

El campo de batalla no había sido reconocido por mí porque no se me había pasado por la imaginación que el enemigo intentase venir por aquel camino a tomar la retaguardia del pueblo, con el designio de cortarme la retirada; por consiguiente me hallé en posición desventajosa, con partes del ejército en un bajío.

Sus fuerzas "contaban con poco más de la mitad de la fuerza del ejército español", refiere un historiador hispano contemporáneo.

Belgrano organizó su infantería (inferior en un tercio a la realista) en tres columnas de ataque, no toda ella armada de bayonetas, al punto que se distribuyeron cuchillos grandes a muchos soldados que no las tenían, quedando otra cuarta columna como reserva al mando del teniente coronel Manuel Dorrego. En cada uno de los extremos e intervalos de aquéllas se colocó un cañón (comandante general de la artillería el coronel barón de Holmberg). Componía la primera columna el Batallón de Cazadores (mayor Carlos Forrest), la del centro el Batallón n° 6 (teniente coronel Ignacio Warnes), y a la izquierda el Batallón de Castas (teniente coronel José Superí). La caballería formaba en las alas, según el dispositivo usual de la época, para evitar el flanqueamiento: a la derecha el teniente coronel Juan Ramón Balcarce, a la izquierda el teniente coronel José Berráldez Palledo, y como reserva el capitán Antonino Rodríguez. En la ciudad quedó la artillería que no se sacó, a órdenes del capitán Benito Martínez, con los servidores de las piezas y un piquete de 40 infantes, para servir de centro de reunión a los dispersos.

La batalla de Tucumán tuvo lugar el 24 de septiembre de 1812, pasadas las ocho de la mañana. "Hallándome con el Ejército a menos de tiro de cañón del enemigo —recordaba el general Belgrano—, mandé desplegar por la izquierda las tres columnas de infantería: se hizo esta maniobra con mejor éxito que en un día de ejercicio."

Con el propósito de reconocer a las fuerzas adversarias se adelantó el coronel Holmberg, "tanto —refiere Paz que lo acompañaba como ayudante de campo— que si una partida ligera de caballería se hubiese desprendido con oportunidad, pudo hacernos prisioneros". Como consecuencia de su inspección y antes que se rompiera el fuego, Holmberg mandó a su ayudante a aconsejar al general Belgrano que hiciese cargar a la caballería de la izquierda; y cumplida la orden, el teniente Paz regresó a su puesto:

Lo encontré algunos pasos avanzado de nuestra línea, sufriendo el terrible fuego que hacía la enemiga, enfrente precisamente del cañón que mandaba el teniente San-

ta María, el cual le gritaba con toda la fuerza de su voz: "¡Quítese usted, señor Barón, que voy a hacer fuego a metralla!". El peligro era común a mí que me había colocado a su lado, y me apresuré a repetirle lo que decía Santa María: se quitó al fin, y el cañón hizo su disparo, a que siguieron otros.

La batalla se hizo general. Cuenta Belgrano que mandó avanzar a sus tropas en línea contra el enemigo, del cual "sufría sus fuegos de fusilería sin responder más que con artillería, hasta que observando que ésta había abierto claros y que los enemigos ya se buscaban unos a otros para guarecerse, mandé que avanzase la caballería, y ordené que se tocase paso de ataque a la infantería". El avance de esta última obligó a enmudecer a los cañones propios, para no herirla. En tanto, la derecha patriota a órdenes del teniente coronel Juan Ramón Balcarce, irrumpió furiosamente en la línea montada enemiga. El después general Gregorio Aráoz de Lamadrid, entonces teniente de Dragones, formaba en ese costado derecho, y relata en sus "Memorias":

Nuestras milicias, así que se tocó a degüello, lanzaron un grito y se precipitaron sobre la línea enemiga, que no pudo resistirlas, pues fue envuelta y despedazada por este costado, y cuando dio con los hombres y bagajes que estaban a retaguardia del enemigo, se desbandaron en persecución de los dispersos y costó bastante reunirlos.

Hay que tener en cuenta —aunque formaban veteranos en ella, como el cuerpo de Húsares— que la mayoría de la tropa era bisoña, armada de lanza, y que la caballería no sabía evolucionar aún, de modo que su acción consistía únicamente en cargar: recién al año siguiente, como se dirá, recibió una instrucción competente. De todos modos fueron capturados numerosos grupos dispersos del ejército de Tristán.

Esta acción a espaldas del centro realista de infantería, no obstante el desorden de la caballería patriota mencionado, provocó que dicha infantería se desorganizase, lo que facilitó el avance de la infantería de Belgrano ("bizarramente", dice Paz), apoyada por la reserva de caballería mandada por el capitán Antonino Rodríguez, que aseguró el triunfo allí.

Todo lo contrario ocurría en el costado izquierdo de la línea argentina: aquí la caballería patriota se retiró bajo los fuegos enemigos. De ello resultó que el general realista Tristán pudo reunir parte de sus fuerzas de infantería, con la cual efectuó un movimiento para envolver a sus adversarios por el sur. Mas no contaba con que el mayor general del ejército argentino, coronel Díaz Vélez, ordenó antes el repliegue sobre la ciudad de Tucumán, operación en que fue secundado acertadamente por los tenientes coroneles Dorego y Forest que mandaban a los infantes, y llevando consigo prisioneros a varios altos jefes realistas, tropa, artillería y bagajes.

El general Belgrano, que había avanzado a su turno a su frente —abandonado por la infantería española del centro—, se encontró con su ala de caballería de la derecha en dispersión luego de haber puesto en fuga a la enemiga. Concentró parte de sus efectivos, y con ellos se dirigió también a la ciudad. Cuando llegó cerca, divisó una columna en sus suburbios, que lo recibió a cañonazos, por lo que Belgrano se retiró con su fuerza para saber a ciencia cierta qué había sucedido con el resto de su Ejército. Ya se le había incorporado Balcarce.

Batalla de Tucumán

24 de septiembre de 1812



Sucede que Díaz Vélez se había atrincherado en Tucumán, donde rechazó una intromisión de Tristán desde sus arrabales: "Si no se rinde a las tropas del Rey en el término de dos horas, pego fuego a la ciudad". Desde la plaza el Mayor General patriota le contestó: "Si V.S. se halla con la energía que se lisonjea para atacar, tema en el resultado consiguiente de unas armas vencedoras justamente irritadas". El ataque realista no se produjo, pero fueron sus efectivos los que hicieron fuego contra Belgrano cuando se aproximó. La oscuridad de la noche suspendió las hostilidades.

Al día siguiente el general Belgrano ya conocía lo sucedido, y en el paraje del Rincon tenía a sus tropas en mejor estado de organización, con las cuales volvió a avanzar sobre la ciudad, comunicándose con ella, y al avistar por la tarde a los restos de Tristán —que se mantenían en sus suburbios— le exigió a su vez rendición. Negada también, esa noche los patriotas hicieron un movimiento rodeando la ciudad para unirse con quienes estaban apostados dentro de ella, y atacar al enemigo; pero al amanecer del 26 se descubrió que el general Pío de Tristán había emprendido la retirada en dirección a Salta.

La victoria de Tucumán ha sido una de las más decisivas de nuestra Historia, cuyo mérito aún no se exalta en la medida que merece, aun cuando lo han ponderado justamente quienes estudiaron el tema. Desde entonces se dataron las comunicaciones allí como emitidas desde el "sepulcro de la tiranía".

Ha sido en verdad *la batalla de la soberanía*, porque un Ejército Nacional obtuvo el triunfo que afirmó la independencia patria. (Cabe asombrarse que ese título se haya pretendido conferir a una derrota sucedida años después durante la guerra civil.)

Las consecuencias de Tucumán fueron decisivas, no sólo para el territorio rioplatense sino para la emancipación sudamericana general al afirmar la causa argentina de donde saldrían las campañas auxiliadoras de Chile primero, y luego de Perú y Ecuador. En el orden inmediato significó la desocupación del suelo invadido, privando al enemigo de su eventual predominio sobre la zona norte, cuya población desde entonces se adhirió más decididamente por la causa de la independencia, y devolviendo una fuerza moral indispensable a las tropas vencedoras. Entre las muestras de júbilo a que dio lugar en la Capital, no puede dejar de mencionarse que en el Fuerte —según enseñan las *Memorias* de Juan Manuel Beruti—:

[...] *en la misma asta de bandera se puso por el Gobierno en la parte superior un gallardete de color celeste y blanco, divisa de la Patria, que dominaba la bandera española de amarillo y encarnado que estaba debajo de la nuestra, preludio de que pronto declararemos nuestra independencia, sacudiendo y apartándonos de la dominación del tirano Gobierno español, que por espacio de 300 años nos ha tenido tiranizados, privándonos de nuestra libertad y derechos naturales.*

Las consecuencias materiales del triunfo significaron 1.000 bajas para los realistas (entre los cuales 61 jefes y oficiales y 626 de tropa prisioneros), la captura de tres banderas y dos estandartes, 7 piezas de artillería, 400 fusiles, todo su parque y bagajes. Debe llamarse la atención sobre la procedencia de los oficiales realistas: la mayor parte de los subalternos eran oriundos de América, mayormente el Alto Perú y varios de Lima, sin faltar dos subtenientes salteños. Los argentinos tuvieron 65 muertos y 181 heridos (sin contarse a húsares y dragones que salieron en persecución del enemigo). Los oficiales del Ejército recibieron un escudo —que algunos convirtieron en medalla— con la le-

enda "*La patria a su defensor en Tucumán*", los sargentos un cordón de lana blanca y celeste, y la tropa una charretera de hilo del mismo material y colores. El brigadier Manuel Belgrano fue agraciado con el título de Capitán General en las Provincias donde sirviese el ejército, "*de Tucumán adelante*" —lo que incluía funciones administrativas con prerrogativas sobre necesidades militares—, aunque no quiso usarlo, "*contentándome únicamente con las facultades que me revisten por el cargo que ejerzo*". Modestamente, definió el mérito del triunfo a todos los componentes del Ejército.

Una repercusión inmediata consistió en la retoma de la ciudad de Salta, donde el cuartel que alojaba a la guarnición realista y a los prisioneros tomados en Las Piedras (unos 80) fue asaltado el 28 de septiembre, cayendo en poder de los patriotas, que entregaron el mando a don José Antonio Álvarez de Arenales, el antiguo comandante de Armas durante la insurrección de Chuquisaca en 1809.

Belgrano no persiguió de inmediato a Tristán en su marcha retrógrada: tan sólo destacó para picar su retaguardia a una columna integrada por sus mejores tropas de caballería e infantería, que puso al mando del general Díaz Vélez. De ella se desprendió a los capitanes Cornelio Zelaya y Eustaquio Moldes con el propósito de sorprender a la guarnición realista que había quedado en Jujuy, donde fracasó el ataque de Moldes, que fue herido y prisionero, mientras Zelaya derrotó a una fuerte partida enemiga, por lo cual fue ascendido a teniente coronel. Salta fue ocupada por Díaz Vélez luego de volver a manos nativas, pero la aproximación del Ejército Real la hizo abandonarla. Cuando éste volvió a incorporarse a Belgrano, trajo consigo al teniente coronel Arenales.

La llegada de la vanguardia de Díaz Vélez a Tucumán coincidió con la procesión de la Virgen de La Merced, cuya festividad debió haberse realizado el 24 de septiembre, pero como este día fue el de la batalla, se postergó para el mes siguiente. El general Belgrano supo aprovechar la devoción popular a dicha Virgen y dispuso que los miembros de la División que arribaba se sumase a la procesión "*a caballo, llenos de sudor y polvo como venían*" —en relato de un testigo—; y al llegar al campo donde se librara la acción de guerra, el General hizo detener a quienes conducían la imagen en andas, y bajándola, le entregó su bastón de mando, en medio de la intensa emoción de los presentes. Belgrano supo aprovechar el sentimiento fuertemente religioso de los habitantes del Norte, e hizo adornar el uniforme de sus soldados con escapularios de la Virgen de La Merced que las monjas porteñas enviaron desde la Capital, para desvirtuar la postura anticatólica de las tropas argentinas, versión difundida interesadamente en el Alto Perú por algunos desmanes que cometieron ciertos oficiales de Castelli el año anterior.

Uno de los oficiales del Ejército "*del Perú*", como se lo denominaba corrientemente —y a sus integrantes de *porteños*, aunque no hubiesen nacido en esta provincia—, el teniente Aráoz de Lamadrid, ha dejado escrito:

El señor General en jefe se contrajo, después de la victoria del 24 de septiembre, a remontar los cuerpos del Ejército con reclutas que pidió a las Provincias, y disciplinarlos con empeño. Mañana y tarde había ejercicios doctrinales para cuerpos, y los domingos ejercicio general. Estableció un cuerpo cívico compuesto de todos los jóvenes artesanos, y hasta los comerciantes y demás vecinos asistían a ellos, especialmente a los ejercicios generales en los días festivos, siendo el mismo General, jefe

del cuerpo. Estableció también una maestranza completa, en la cual trabajaban todos, a más de los principales maestros de carpintería y herrería. Se remontaron en ella todos los cañones, se construyeron lanzas, se compuso todo el armamento y hasta se trabajaron algunas espadas. Fue tal la constancia del general y de los jefes y oficiales del Ejército, que se encontró éste en estado de abrir su segunda campaña así que principió el año 13, contando con 3.000 hombres a fines de enero.

Algunos refuerzos le llegaron del Litoral, y hasta de la Capital (incluso artilleros), siendo el más destacado de entre éstos el Regimiento 1 de Infantería mandado por el teniente coronel Gregorio Perdriel: eran los antiguos Patricios, que como se recordará, habían perdido su denominación y su número a raíz del motín protagonizado en Buenos Aires el 6 de diciembre de 1811 (habiéndosele dado el n° 5), pero el mismo Belgrano había abogado por su rehabilitación. Finalmente, estando de guarnición en Paraná, su comandante Perdriel había elevado una instancia al Gobierno en el mes de julio de 1812 a tal objeto, aludiendo a que “eran bien notorios los relevantes méritos de este regimiento y el honor con que en todos los casos han procurado distinguirse los oficiales que lo componen”. El Triunvirato accedió, atento a que los soldados responsables fueron ya penados. Este regimiento sumó 500 veteranos a los efectivos acantonados en Tucumán.

Debe advertirse respecto de la movilidad, que se efectuaba sobre mulas. Era el comercio de ellas lo que enriquecía a muchos criadores en las provincias “de abajo”, quienes luego de criarlas y engordarlas, las arreaban hacia el Altiplano. En estas campañas, los cañones no podrían rodar sobre ruedas debido a lo frágil del terreno, de modo que la artillería era transportada a lomo de las mulas. Y cuando de caballería se trata, no hay que imaginar que se montaba a caballo, lujo reservado apenas a algunos oficiales y jefes.

Toda la tropa cabalgaba en mulas muy flacas, muy malas y sin siquiera herrarse [indica el capitán José María Paz]. No se creía que la buena cabalgadura fuese de gran importancia para el soldado de caballería, ni aún en el combate, o por lo menos se creía que no merecía la pena que se hiciesen los mayores gastos que requiere esta arma en todos los ejércitos del mundo.

Asimismo la infantería montaba en ellas para las marchas, cuando las tenían.

Una compensación, en lo que hace a la caballería, estaba dada por la carencia de competencia en el bando contrario, según ilustra el capitán Paz:

Afortunadamente lo mismo sucedía en el ejército enemigo, en donde hasta que vino el general Canterac, su caballería aún era peor que la nuestra, porque los peruanos ni aún saben cabalgar, y en esto consistió la ventaja relativa que siempre se dio a la caballería de los ejércitos patrios, y en nada otra cosa.

El Gobierno de Buenos Aires equipó con cuanto pudo al Ejército del Norte, instando al general Belgrano a emprender su ofensiva sobre los realistas que el general Pío de Tristán había acantonado en Salta, aguardando a su vez refuerzos de Goyeneche.

Satisfecho por la instrucción de sus hombres, y confiado en un resultado favorable de sus operaciones, en enero de 1813 Belgrano dejó Tucumán, y trasponiendo Metán, ya en territorio salteño, en los primeros días de febrero cruzó el río Pasaje. En este lugar fue

jurado acatamiento al Congreso Nacional Constituyente reunido en la Capital hacía poco (de lo que se dará cuenta por separado), y Belgrano aprovechó la oportunidad para dar mayor solemnidad al acto —que presagiaba la inminente declaración de independencia— mostrando a su Ejército la bandera creada en Rosario para simbolizar la soberanía argentina, y comprometiéndolo a defenderla. Había tenido lugar ya la “gran victoria” que aguardaba para ello, y no creyó necesario el general Belgrano solicitar autorización a las nuevas autoridades nacionales (segundo Triunvirato) para enarbolar los colores blanco y celeste. La ceremonia tuvo lugar el 13 de febrero, consistente en el juramento de obediencia a las resoluciones del Congreso prestado individualmente por los jefes de cuerpos y colectivamente por la tropa, tras lo cual ésta desfiló para besar la flamante enseña en el sitio que la espada del propio general cruzaba su asta. Concluido el acto, se inscribió sobre un gran árbol la leyenda “Río del Juramento”, nombre que se perpetúa hasta el presente.

Bajo una lluvia incesante el Ejército argentino avanzó hasta las cercanías de Salta, donde Tristán lo esperaba en una posición defensiva fuertemente establecida. Belgrano despachó a su vanguardia hasta ese paraje de los Portezuelos, comenzando a tirotearse, mientras él con el grueso de su fuerza mediante un rodeo se encaminó por la quebrada de Chachapoyas hasta situarse a retaguardia de los enemigos, otra vez en “frente invertido”: desde el norte. Al enterarse Tristán esta atrevida operación por entre los cerros, no pudo menos que exclamar: “¡Sólo que fueran pájaros!”.

Los realistas cambiaron de posición y recostaron su derecha en el cerro San Bernardo que domina a la ciudad de Salta, destacando una columna para amenazar el flanco de los patriotas. Eran unos 3.500 hombres (500 de caballería, todos los cuales fueron ubicados en su ala izquierda) con 10 piezas de artillería. De cualquier modo, la fragosidad del terreno no permitía el empleo eficaz de las unidades montadas. Más al norte, en la ciudad de Jujuy, se hallaba apostada una guarnición de otros 500 realistas.

Seguía lloviendo fuertemente cuando tras un descanso de un día, al atardecer del 19 de febrero las fuerzas de Belgrano ocuparon sus posiciones en el campo de Saravia, Castañares, para librar la acción en la jornada siguiente. El enemigo estaba a la vista y sus partidas avanzadas fueron desalojadas de sus emplazamientos.

Esa noche el agua fue abundantísima [escribió Belgrano] y gloria eterna a los soldados de la patria, que guardaban sus armas y municiones con un cuidado grandísimo, prefiriéndolas a sí mismos, sufriendo el mojarse y estar a la intemperie antes que permitir se les inutilizasen los medios de ofender a los tiranos.

El día 20 cesó la tormenta de la naturaleza y comenzó la de los hombres.

A media mañana desplegó el Ejército patriota y avanzó sobre la ciudad, a legua y media de distancia, por un llano que cerraban a la derecha algunas elevaciones. Se componía de seis columnas de infantería, que de derecha a izquierda eran: el Batallón de Cazadores (teniente coronel Dorrego), Batallón de Castas (comandante Superí), 1° Batallón del Regimiento n° 6 (teniente coronel Pico), 2° Batallón del mismo (comandante Forest), Regimiento n° 2 (comandante Benito Álvarez), y Regimiento n° 1 (comandante Perdriel). Como ocurrió en la batalla de Tucumán, la artillería (capitán Francisco Villanueva y tenientes Antonio Giles, Juan Pedro Luna y Agustín Rabago) no formaba una sola masa, sino que sus 12 piezas estaban intercaladas en los claros, excepto 4 que quedaron en la

reserva, mandada por el teniente coronel Benito Martínez y el capitán agregado José María Paz, junto con alguna infantería y caballería. El grueso de la caballería consistía en 4 escuadrones de Dragones (que se habían integrado con los Húsares), de 3 compañías cada uno, que se dividieron en las alas del Ejército, la derecha mandada por el comandante Cornelio Zelaya y la izquierda el comandante Diego Balcarce y capitán Domingo Arévalo. Mandaba el costado derecho el mayor general Eustaquio Díaz Vélez, y el izquierdo el coronel Martín Rodríguez, recientemente incorporado.

La mejora del tiempo permitió que las tropas se secaran, alistarán sus armas y se alimentasen, hasta que cerca del mediodía se les mandó desplegar: "Hicieron la evolución tan perfectamente y con tanta serenidad como si estuviesen en un ejercicio doctrinal", asintió satisfecho Belgrano.

Los cañones comenzaron a cambiar disparos, y el general Belgrano impartió la orden de cargar al adversario.

El capitán de caballería Gregorio Aráoz de La Madrid, formando en el ala derecha, refiere:

Dada la orden para el ataque, se movió nuestra línea sobre el enemigo con armas al brazo y con orden de no hacer fuego sin que lo ordenase el General. Al poco instante de haberse avanzado nuestra línea, empezó el enemigo a disparar su artillería sobre nosotros, constando ella de 8 a 10 piezas; y enseguida, así que nos pusimos a tiro, rompieron sus fuegos todos los cuerpos enemigos sin interrupción. Mientras nuestra línea avanzaba sin contestar, el mayor general, seguido de todos sus ayudantes y de un oficial para cada cuerpo, recorría por vanguardia de nuestra línea proclamando los cuerpos.

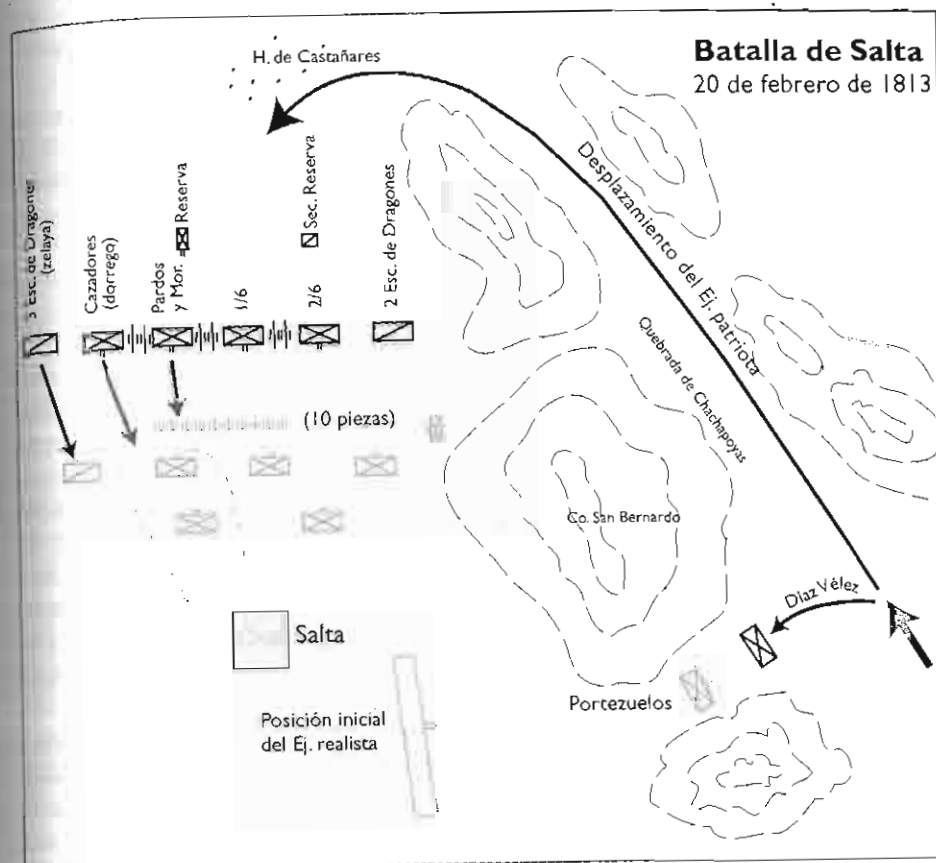
En tales circunstancias Díaz Vélez fue herido de bala en el muslo izquierdo, pero —estampó Belgrano en su parte— "se mantuvo con toda energía hasta que las fuerzas le faltaron, habiendo sabido ocultar su herida a la tropa, hasta que visto por mí le obligué a retirarse", por lo que fue conducido por dos ayudantes a retaguardia, y agrega al respecto La Madrid, quien también se hallaba atendiéndose de igual percance: "El mayor general estaba enfurecido con sus ayudantes para que le arrimasen el caballo para volver a la batalla, pero éstos por orden de los médicos no le obedecieron".

El capitán José María Paz detalla lo ocurrido en ese mismo costado:

El intrépido comandante Dorrego se precipitó con una parte de su cuerpo sobre la izquierda enemiga, pero fue rechazado, y cargando la caballería se vio en serios conflictos; auxiliado a tiempo, se recuperó el terreno perdido y se condujo el ataque con tal vigor, que flaqueó muy luego toda aquella ala del enemigo y se replegó en confusión sobre la ciudad.

No hay que olvidar que el Ejército Real tuvo apostada en ese lugar a toda su caballería —asegurando su derecha en la falda del cerro San Bernardo—, lo que explica su vigorosa resistencia.

En el centro, el comandante José Superí avanzó "en medio del fuego más horroroso que hacía el enemigo" —escribió Belgrano—, y aprovechando el movimiento retrógrado que efectuó la caballería realista de la derecha, "hizo un cambio de frente a retaguar-



dia y arrolló cuanto se le presentó, e hizo vergonzosamente a la línea del enemigo resistirse en la plaza, dejando el campo cubierto de cadáveres y heridos, y muchos ahogados en el tagarete" (zanjón llamado "de Tineo").

La oposición más enconada de los realistas se produjo en su ala derecha, apoyada sobre el cerro San Bernardo que impedía operar a la caballería patriota. Además de sus guerrillas de más de 200 hombres, aquí estaban los batallones Real de Lima y Patateño, apostados tras montes, el tagarete o zanja y la misma fragosidad del suelo. Contra ellos se destinó a los regimientos n° 2 y n° 6 de Infantería, más el Regimiento n° 1 que era el Cuerpo de reserva, con artillería. Pese al valor y obstinación de las tropas españolas, debieron ceder terreno, dispersándose por la montaña, o cayendo prisionera.

Sigue Belgrano:

Entretanto el ala derecha y parte del centro, con el comandante don José Superf, piezas al mando del benemérito y valiente teniente de artillería Luna, en la persecución del enemigo entró a la ciudad y se apoderó de la iglesia y convento de La Merced. Habiendo echado pie a tierra los Dragones se tomaron varias calles y las alturas hasta cuadra y media de la plaza.

Ésta se hallaba protegida por empalizadas dispuestas por el general Tristán; pero cuando Belgrano se disponía a organizar un ataque frontal, recibió un parlamentario español. Si bien desde los edificios centrales el Ejército Real de Lima podía aún resistir, sus fuerzas estaban desalentadas y desorganizadas, al punto que la catedral estaba colmada de soldados y oficiales que habían buscado refugio en ella, mezclándose con la población que fue a ampararse allí para evitar los horrores del asalto. Otros de aquéllos estaban guarecidos en casas particulares, y los esfuerzos del general Tristán para reunirlos fueron inútiles: se decidió, pues, por la capitulación. Uno de sus jefes no quiso admitirla: fue el teniente coronel Venancio Benavídez, el oriental tráfuga, cuyo fin describe Paz:

Viéndose ese día encerrado en la plaza, excitaba a los demás a una defensa desesperada, y como nadie o muy pocos siguiesen su ejemplo, se colocó de propósito en medio de una calle donde el fuego era muy vivo, hasta que una bala le atravesó la cabeza.

Antes de considerar los términos de la capitulación, vale la pena conocer la impresión de la batalla de Salta en la propia descripción del general Belgrano, quien en su parte hizo notar:

El campo limpio y despejado con un suave declive hasta la plaza me ha proporcionado hallarme a la vista de todo en todos los instantes de la acción; de lo que me pasó en las calles de la ciudad lo sé por los partes que se me daban por los auxilios que remití, y por el feliz resultado que me presentó el denuedo de los que los ocuparon.

La acción duró tres horas y media, y ha sido muy sangrienta, tanto en el campo como en las calles de la ciudad. Los enemigos se han comportado con mucha energía y valor, pero tuvieron que ceder al ardor, fuego y entusiasmo patriótico del Ejército

de mi mando, que sin desordenarse llevaba la destrucción y la muerte por doquiera que acometía. No hallo, Excmo. señor, expresión bastante para elogiar a los jefes, oficiales, soldados, tambores y milicias que nos acompañó de Tucumán al mando de su coronel don Bernabé Aráoz, como igualmente los hijos de Salta al mando del coronel de la milicia urbana, creada por mí, don Apolinario Figueroa, cuyo ardor lo condujo a tanta inmediatez del enemigo que se encontró envuelto con él, recibió un sablazo del general Tristán, que sólo rompió su casaca, y éste a merced del buen caballo que montaba logró escapársele, según el mismo Tristán me lo ha referido.

Su parte ponderó la conducta de sus jefes, oficiales y ayudantes (varios de los cuales fueron heridos o contusos), no menos que los del cirujano del Regimiento n° 1, doctor Matías Rivero, y los capellanes de las distintas unidades: Roque Illescas, Juan José Castellanos, Romualdo Gemio, José María Ibarburu, Celedonio Molinas, Gregorio Tebería y Miguel Aráoz.

La victoria fue total, como nunca se había dado hasta entonces: todo el Ejército enemigo cayó en poder de los patriotas, desde su General hasta el último tambor. No pudo escapar ni uno solo de sus 3.398 integrantes.

En el campo de batalla se hicieron 200 prisioneros (17 jefes y oficiales), y 481 soldados fueron recogidos en el campo, en el "tagarete" y en las calles de Salta. Otros 114 heridos fueron al hospital. Se capturaron dos banderas del Regimiento de Abancay y otra del de Paruro (poblaciones altoperuanas) que Belgrano destinó dos a la Catedral de Buenos Aires y una a la iglesia de La Merced de Tucumán. Las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata contaron 433 heridos y 103 muertos.

El mismo día de la acción fue acordada la capitulación admitida por el general porteño, que suscribieron él mismo y el coronel Felipe de la Hera por el de "vanguardia del Perú", según la cual el Ejército Real entregaría a la mañana siguiente todas sus armas en las afueras de Salta, que abandonaría con honores militares. El artículo 2° prescribía: "El general, los jefes y demás oficiales prestarán juramento de no volver a tomar las armas, y por todos los soldados del Ejército, a quienes les concede el señor general Belgrano que puedan restituirse a sus casas". Quedaba comprendido el cuerpo de tropa que se hallaba en Jujuy, que debía retirarse con sus armas al interior del Altiplano. El resto del artículo convenía la devolución recíproca de prisioneros en las diferentes acciones de guerra, incluso desde la del Desaguadero (Huaqui-Yuraicoragua) y el respeto por las propiedades particulares. Esto fue ratificado por la noche por el general Pío de Tristán, su segundo el coronel Indalecio González de Socasa, el gobernador don José Márquez de la Plata, el coronel Pablo de Astete y los tenientes coroneles.

En la mañana que siguió el Ejército Real entregó 10 cañones, 2.188 fusiles, 1.095 bayonetas, 17 carabinas, 6 pistolas, 156 espadas, municiones, equipos, y luego recogieron otras varias armas en el terreno de la batalla.

Acto terrible para los militares que sufrían tan gran afrenta [evocaba el general Paz años después], pero grandioso para la libertad y los que la sostenían. No es posible recordar esos días de honor para nuestras armas, y de gloria para la más justa de las revoluciones, sin envanecerse de pertenecer a un pueblo que supo adquirirlos.

El mismo actor en la fausta acción agregó sobre el comportamiento guardado.

Todo fue silencioso, ordenado, sublime: nada de insultos, nada de ridícula jactancia. Por la tarde de ese mismo día nuestros soldados fraternizaban en las tabernas con los vencidos. Quien más perdía con esta intimidad era la causa real, pues es fuera de duda que los sentimientos patrióticos y las ideas de independencia penetraban en los americanos del Ejército Español, y que en unos días más el contagio hubiera sido general.

Tristán conoció este peligro y tomó precauciones para impedir la confraternidad, aunque él mismo fue agasajado por Belgrano, y visitó al herido Díaz Vélez.

El general Belgrano recibió críticas por haber consentido en la capitulación y permitido la retirada al Alto Perú del Ejército Real, o al menos haberla autorizado de manera tan inmediata: pero en cuanto a lo primero, ignoraba en aquel momento la resistencia que se le podía oponer dentro de la ciudad y quiso evitar la efusión de más sangre, y en lo que respecta a lo último, carecía de medios para concentrar a muchos cautivos, que libres, podían llevar al Alto Perú la sensación de su derrota y difundir las ideas emancipadoras.

De cualquier modo, el triunfo alcanzado en Salta fue celebrado en las Provincias Unidas merecidamente con funciones públicas. El Congreso Constituyente mandó erigir en el campo de batalla un monumento, y a Belgrano le obsequió un sable con guarnición de oro y \$40.000 (que él destinó para fundar cuatro escuelas de primeras letras); en cuanto a los integrantes del Ejército del Río de la Plata se les otorgó una medalla con la leyenda *"La patria a los vencedores en Salta"* encerrando un emblema alusivo.

Es preciso conocer qué ocurrencias se habían desenvuelto contemporáneamente en Buenos Aires, antes de proseguir historiando la nueva campaña al Alto Perú que el general Belgrano se disponía a emprender, pues como después de Suipacha poco más de un año atrás, estaba nuevamente abierta la ruta hacia el río Desaguadero que debía conducir al Ejército cobijado bajo la bandera celeste y blanca, al corazón del poderío realista.

Si los brazos armados de la Revolución estaban en Salta el uno, y el otro en Montevideo, en Buenos Aires se hallaba el corazón que mantenía latente el organismo del Estado naciente. Hombres, pertrechos, dinero, instrucciones, a todo atendía la capital de las Provincias Unidas. Pero entre alegrías y angustias, era evidente que se precisaba con urgencia mayores elementos de todo tipo. Sería largo detallar los donativos en dinero, caballos y armas entregados por funcionarios y particulares. Incluso las mujeres colaboraban en la empresa, desde las costureras que confeccionaban uniformes, hasta las señoras que utilizaban sus recursos para equipar al Ejército, poniendo de resalto la *Gazeta de Buenos-Ayres* el ofrecimiento de 14 fusiles efectuado el 30 de mayo por un grupo de damas, encabezado por doña Tomasa de la Quintana y su hija doña Remedios de Escalada (quien se casaría el 12 de septiembre con el teniente coronel San Martín), quienes —decían en su nota— se ufanarían ante sus familias manifestando: "Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad". A la misma lista se sumó doña Carmen Quintanilla de Alvear entregando dos onzas.

Conviene hacer presente que pese a la guerra, el puerto de Buenos Aires continuaba abierto, y por él se recibían los armamentos comprados en el exterior, como se exportaban los "frutos del país", principalmente cueros, lo que permitía la recaudación de dinero.

No era el menos importante el factor humano, sobre todo el capacitado para las nuevas necesidades, que las circunstancias ponían a prueba. Por ello mereció destacarse la noticia publicada en la *Gazeta* del 13 de marzo de 1812 el arribo de una nave procedente de Londres con datos desfavorables de la situación de la Península, lo que afianzaba en los criollos el sentido de su lucha, ocupada como estaba casi toda España por las fuerzas francesas. Entre las novedades incluidas en aquella edición del periódico, se anunciaba el arribo de los oficiales indicados páginas atrás: San Martín, Zapiola, Vera, Holmberg, Chilavert, Ramírez de Arellano y Alvear: "Estos individuos han venido a ofrecer sus servicios al Gobierno, y han sido recibidos con la consideración que merecen por los sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la patria".

Ya se ha hecho mención de la actuación en el Ejército Auxiliar del Perú de don Eduardo Kaunitz, barón de Holmberg. Cabe destacar en la ocasión el valor que significaba contar con el teniente coronel San Martín, el único formado regularmente en Europa hasta adquirir la categoría de jefe, siendo los demás meros oficiales subalternos. Inmediatamente el Gobierno aprovechó sus conocimientos y experiencia, encargándole apenas tres días después de su arribo de organizar un escuadrón con la denominación de Granaderos a Caballo. La trascendencia de este acto era inimaginable. San Martín obtuvo el ascenso de sus compañeros Alvear y Zapiola, a quienes colocó como segundo jefe del escuadrón y comandante de la primera compañía, respectivamente, con los grados de sargento mayor y capitán. La nueva unidad comenzó su integración y adiestramiento de inmediato, pues la situación distaba de ser cómoda.

Concluido el precario tratado de *pacificación* con Montevideo (octubre de 1811-febrero de 1812) las hostilidades en el Río de la Plata volvieron a producirse: los sitiados en aquella plaza debían asegurar su subsistencia, y contando con la flota, quisieron aliviar las duras condiciones de vida de la ciudad, aprovechando la impunidad que la superioridad naval les brindaba.

Para mostrar su agresividad los realistas presentaron 8 buques de guerra a mediodía del 4 de marzo de 1812 en las balizas del puerto de Buenos Aires, comandados por el capitán de fragata José Primo de Rivera. Desde allí rompieron el fuego sobre la batería del muelle y a un par de pequeñas naves (un queche y una cañonera), que se mantuvo por más de una hora desde ambas partes sin efecto alguno. "Al cabo de dicha hora —escribió en su *Diario* Juan Manuel Beruti— se retiraron escarmentados, y llenos de oprobio y vituperio que recibieron de un inmenso pueblo que desde las barrancas y azoteas y torres de la ciudad estaba viendo esta farsa". Y fiados en su dominio de los ríos, los buques realistas prosiguieron sus correrías: atacaron Zárate, San Pedro (donde incendiaron la casa de campo de la familia Obligado, el 23 de abril), el Rincón en provincia de Santa Fe, y saquearon San Nicolás donde mataron al presbítero Miguel Escudero por negarse a entregar los objetos de oro del culto (9 de octubre). La finalidad de tales asaltos era abastecer a Montevideo con ganado y otros alimentos, frente a lo cual el Triunvirato (Sarrazín, Chicla y Rivadavia, quien como secretario había reemplazado al vocal ausente) dictó un bando mediante el cual "ordena y manda que todo corsario que se aprehenda haciendo el robo sobre nuestras costas, sea tratado como pirata": en su consecuencia, a quienes se encontrase robando en tierra, o saltando de a bordo con armas con tal propósito, serían fusilados a las dos horas por el juez o comandante más próximo. Si el buque que los conducía fuese capturado, se adjudicaría al captor, excepto su armamento que se entregaría al Gobierno.

Era presidente del Ejecutivo colegiado don Manuel de Sarratea, quien pese a su condición de "civil" había asumido —como Belgrano e incluso Castelli— el carácter de General en Jefe de las operaciones en la Provincia Oriental. Hallándose en la villa de Concepción del Uruguay (o Arroyo de la China, en Entre Ríos), aquél recibió una comunicación del Gobierno, fechada el 22 de septiembre, mediante la cual se le ordenaba "retirar las fuerzas del mando de V.E. a la banda occidental del Paraná", lo que equivalía al "inevitable abandono de este territorio oriental". Ello obedecía a la estrategia del Triunvirato de concentrar a los ejércitos cerca de la Capital, como que también Belgrano para entonces había recibido órdenes perentorias —según se sabe— de replegarse a Córdoba, dejando en manos del enemigo todo el Norte. Sarratea vacilaba en cumplir tales instrucciones cuya gravedad no se le ocultaba, y consultó con el teniente coronel Nicolás de Vedia "el arbitrio que con menos inconvenientes pueda adoptarse". Un punto a considerar era la situación del coronel José Artigas, cuya influencia sobre sus comprovincianos era grande, aunque sus procederes no lo calificaran como a jefe de orden. En tal sentido consultó Vedia el 7 de octubre:

Retiradas a la banda occidental las fuerzas que se hallan a cargo de V.E., queda este país expuesto a los males destructores que le tienen aniquilado desde que fue preciso entregarlo a los esfuerzos de sus moradores por el coronel don José Artigas. V.E. sabe qué males son esos: subsisten los clamores de las personas y familias enteras, perseguidas y arruinadas las menos por nuestros enemigos, las más por una desenfrenada licencia que o no se pudo contener, o se dejó correr por necesaria.

Los realistas devastarían la campaña, los indios del norte del río Negro avanzarían y los mismos patriotas que tratarían de impedir los excesos, sostendrían una guerra ruinosa para la Provincia. Opinaba el teniente coronel Vedia que en caso de resultar indispensable llevar las tropas al otro lado del Uruguay, "abandonando la empresa infalible y urgentísima de tomar a Montevideo", debían quedar el Regimiento de Dragones y el de Infantería n° 4 bajo el mando del coronel José Rondeau, "sin la menor intervención del coronel Artigas", a quien le imputaba falta de conocimientos e inteligencia militar, e incluso firmeza. Razones de la más alta importancia política aconsejaban no abandonar a los orientales.

El resultado fue que las armas de la patria no dejaron la Provincia Oriental, y el sitio a Montevideo continuó, sostenido por el propio Sarratea, a cuyas órdenes quedó Rondeau con el carácter de comandante de las tropas.

Las hostilidades no demoraron en reanudarse, con acciones diarias, siendo la más destacada la que tuvo lugar el 1° de noviembre: una partida de caballería realista como de 200 hombres se presentó a inmediaciones del campamento argentino, pero dos compañías al mando del comandante Rafael Hortiguera las cargó sable en mano y las puso en fuga hacia la ciudad, dejando muertos y prisioneros, y llevando consigo algunos heridos. Por la tarde del mismo día otra salida de los sitiados fue derrotada por otras dos compañías bajo las órdenes del comandante Baltasar Bargas. Por su parte el teniente Pablo Zufriategui, con un cañón, sostuvo un cambio de disparos contra un par de cañoneras que se acercaron a la playa para batirlo. Véase este otro parte elevado al Gobierno por el comandante en jefe don Manuel de Sarratea el 30 de diciembre:

Con fecha 16 del que acaba, el general Rondeau, jefe de las tropas sitiadoras de Montevideo, me da parte de que sabedor que en la barra de Santa Lucía habían desembarcado algunos piratas de aquella plaza, y establecido allí un saladero donde faenaban carnes y acopiaban reses para socorrer las necesidades de la guarnición, destacó al comandante don Baltasar Bargas con 33 hombres de su División, para que incorporados con el piquete del mando de don Joaquín Suarez y algunos vecinos de San José, procurase arrojarlos del suelo que no merecen pisar. Este galante oficial ha llenado el buen concepto que merece: presentóse al enemigo con inferiores fuerzas, examinó el terreno, y sin dar tiempo entre amagarlos y embestirlos, los derrotó, mató algunos de ellos, tomó 14 prisioneros y 26 armas largas de fuego con sus municiones correspondientes, quemó el galpón en donde trabajaban, y les sacó porción de ganado y caballos; siendo todo ejecutado por un ataque brusco y rápido.

Contemporáneamente a las acciones descriptas, un grave acontecimiento político tuvo lugar en la Capital.

El Triunvirato gobernante se había enajenado las simpatías del vecindario porteño a causa de sus veleidades de convertirse en un Poder Ejecutivo absoluto y con visos de perpetuidad, disolviendo —desde el comienzo de su desempeño— toda autoridad que pudiera controlarlo. La última medida que colmó la paciencia del pueblo fue su maniobra para designar una "asamblea electoral extraordinaria", que reunida el 6 de octubre cuestionó a algunos de sus integrantes del Interior con el propósito de contar con una mayoría adicta al Gobierno en otra corporación que debía secundar sus medidas. Difundida la maniobra, estalló públicamente la disconformidad.

El 8 de octubre de 1812, aún de noche, "individuos de las tropas y del vecindario" —reza el acta del Cabildo de esa fecha, a la cual seguiremos como documento indubitable— citaron a los regidores de este cuerpo, los cuales "observaron a su llegada a la plaza de la Victoria que las tropas de la guarnición y algunos vecinos se habían reunido con cañones asestados en las bocacalles, y dos obuses en el arco principal de la recoba, con dirección a las Casas Consistoriales". A las nueve de la mañana estuvieron convocados los miembros del Cabildo, "con noticia de que los individuos del Gobierno se habían ocultado". Tras algunas horas de deliberación y espera, se presentó el doctor Bernardo de Monteagudo con un petitorio suscripto por muchas y caracterizadas firmas, reclamando el cese del Triunvirato y de la asamblea que actuaba a su sombra, "por haber atentado contra la libertad civil, por aspirar directamente a la tiranía, por fomentar y renovar sin pudor la más vil y criminal facción, por usurpar escandalosamente los derechos de los Pueblos Confederados". En tal virtud, pedía "la parte más sana del pueblo", "bajo la protección de las legiones armadas", que el Cabildo reasumiera la autoridad delegada el 22 de mayo de 1810, "y creándose desde luego un Poder Ejecutivo de las personas más dignas del sufragio público, se proceda ulteriormente y sin demora a la convocación de una Asamblea General Extraordinaria que decida de un modo digno los grandes negocios de la comunidad".

Los Regidores decidieron llamar a los Comandantes de las tropas reunidas en la plaza, "para resolver con mejor acuerdo sobre el grave negocio de la representación". Una vez más, como en aquellas decisivas jornadas de dos años atrás, el factor militar sería determinante del rumbo político de la Revolución. Continúa el acta:

Comparecieron dichos señores comandantes, a saber don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, del Regimiento n° 2, don José de San Martín, de Granaderos Montados, don Manuel Pinto, de Artillería, don Roinán Fernández, sargento mayor del Regimiento n° 2, y don Carlos Alvear, de Granaderos Montados. Se les leyó la representación del pueblo y se les hizo entender el objeto a que habían sido convocados, que contestaron que sin embargo de tener por ciertos los datos de la representación, y por justas las quejas del pueblo, ellos y las tropas de su mando no habían intervenido en su formación; y que el haberse reunido en la plaza no era con otro objeto que proteger la libertad del pueblo, para que pudiese explicar libremente sus votos y sentimientos; dándole a conocer de este modo que no siempre están las tropas, como regularmente se piensa, para sostener los gobiernos y autorizar la tiranía; que saben respetar los derechos sagrados de los pueblos y proteger la justicia de éstos. Que con éste y no otro designio se habían reunido en la plaza; que estaban a las órdenes del Excmo. Cabildo, y que si los mandaba retirar lo ejecutarían en el acto.

La sumisión declarada no era suficiente para disimular la convicción de los jefes militares, por lo que el Cabildo les solicitó "que supuesto eran aquéllas sus ideas, tomaran parte en la elección de sujetos para el Gobierno, o los indicasen al menos por los acontecimientos que debían tener y habrían adquirido por lo que hubiesen oído al pueblo, pues que el Cabildo sólo trataba de complacerlo". Aunque el sometimiento de la corporación era indudable, la contestación no dejó de sorprender:

Repusieron que debía evitarse toda intervención y el menor influjo de la tropa en una elección propia del pueblo, porque hacer lo contrario sería exponerse a la censura de las Provincias Unidas y aun de las Naciones; que su honor no les permitía ni aún indicar los sujetos en quienes pudiese recaer la elección. En lo que [prosigue el acta] insistieron con firmeza, no obstante las reiteradas instancias que se les hicieron.

Tras lo cual se retiraron de la sala.

Finalmente, el Cabildo se avino a lo que era irremediable: aceptó el poder que se le delegaba y designó una comisión para elegir a los ciudadanos que debían componer el futuro Gobierno. Mas como se demoraba su designación, volvieron a presentarse los comandantes aludidos instando a que procedieran los regidores a cumplir por sí con la autoridad conferida, sin más demoras, para evitar desórdenes, aunque ellos procurarían mantener la tranquilidad. Luego de ausentarse, retornó solo Ortiz de Ocampo y aunque con "repugnancia", ante las instancias con que lo asediaban aquéllos, accedió a decir que la generalidad del vecindario confiaba en los señores Juan José Passo, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez de Jonte.

No habiendo pasado mucho rato volvió a entrar también el señor comandante don José San Martín, y manifestó con expresiones las más enérgicas que no debía perderse un instante, que se iba aumentando el fermento y era preciso cortarlo de una vez, y se retiró.

Decretada por último la disolución de la asamblea electoral, votaron los cabildantes por los vocales del nuevo "Gobierno Ejecutivo", resultando electos los triunviros indi-

cados por el coronel Ocampo como merecedores de la simpatía del pueblo, suplantando don Francisco Belgrano a Rodríguez Peña durante su ausencia. Los designados juraron desempeñar sus funciones acto seguido.

De tal modo, al igual que en 1810, el Ejército de la Capital se reveló como el factor de poder político indispensable para la marcha revolucionaria. Desde ese momento el movimiento cobró nueva fuerza, sin las vacilaciones del anterior Gobierno —armisticio con Montevideo, orden de retirada a Belgrano hasta Córdoba, censura por el uso de enseña nacional—, y se encaminó decididamente hacia la independencia del Río de la Plata.

A tal efecto se convocó a los diputados de las Provincias Unidas para reunirse en Congreso General, como se dispusiera en mayo de 1810, con dos finalidades definidas y trascendentes: declarar la emancipación y dotar a la flamante Nación de su ley suprema.

Obviamente, nadie podía adivinar que otros acontecimientos de consecuencias graves alterarían la sucesión de los acontecimientos.

Ignorándolos, en Buenos Aires se llevaban adelante las medidas para afirmar la soberanía.

Por el momento, las hostilidades no cesaban. El año 1812 concluyó con una batalla importante bajo las murallas de Montevideo, con motivo de una salida general de las tropas realistas. La acción fue mandada en jefe por el mismo mariscal Gaspar Vigodet, llevando como mayor general al brigadier José María Muelas, con 2.000 hombres de infantería, cerca de 300 de caballería, y 8 cañones.

Al amanecer del 31 de diciembre los realistas ya estaban fuera de las murallas, y "con las primeras luces del día atacaron impetuosamente toda nuestra línea de avanzada —refirió el general Rondeau—, pero con mayor fuerza y vigor por el Cordón y Tres Cruces". El impulso enemigo forzó al Regimiento n° 6 de Infantería al mando del teniente coronel Miguel Estanislao Soler a retirarse hasta la cima del Cerrito. A la izquierda de éste formaron los escuadrones de Dragones (comandantes Hortiguera y Blas Pico), protegidos por una batería mandada por el teniente Zufriategui; disponiendo Rondeau —con la asistencia de su jefe de Estado Mayor don Francisco Javier de Viana— que a la derecha se colocaran el Regimiento n° 4 del teniente coronel Ventura Vásquez y una batería a cargo del capitán Bonifacio Ramos.

Indica en su parte el general Rondeau:

Encendióse luego la acción con viveza y ardor por ambas partes. El Regimiento n° 6, que se vio cargado por dos divisiones reunidas del enemigo, le cedió por orden nuestra su puesto, afectando debilidad para que lo ocupase y pudiese nuestra caballería revolver sobre él, con las ventajas que ofrecía aquel terreno. Efectuada la retirada al Cerrito inmediato, se rehizo sin pérdida de tiempo dicho regimiento, y retornando a la carga auxiliado por todos los escuadrones, recobró su primera posición, obligando al enemigo a ponerse en retirada.

No detalló Rondeau que en ese violento choque inicial cayó prisionero de las tropas de Montevideo el comandante Bargas, ni que en el asalto que éstas llevaron sobre la altura, un tiro mató al brigadier Muelas, lo que produjo confusión en sus filas, que aprovecharon los hombres del teniente coronel Soler para atacarlos a la bayoneta. Prosigue Rondeau:

Los Dragones entonces, dando al sable toda la eficacia de su uso, lo acabaron de desordenar y poner en derrota, habiendo ya antes de ejecutar su estratagema, hecho dos ataques impetuosos y replegados a la altura, porque metido el enemigo entre calles y caminos cubiertos, no les era posible maniobrar según su ejercicio.

Esta victoria del Cerrito, como fue conocida, causó al Ejército español 99 muertos y 26 prisioneros —entre los cuales 10 heridos—, pudiendo retirar otras bajas en seis cartuchos, más una bandera, 120 fusiles, 30 pistolas, 21 sables y varios equipos. La pérdida de los patriotas sumó 67 bajas entre muertos y heridos. Rondeau recomendó el comportamiento de jefes y oficiales, y dominado por la satisfacción, agregó que “la tropa, lleno de entusiasmo y coraje, que admirarían los campos que fueron teatro de las más famosas batallas, no han dejado que desear el honor más delicado ni el más exaltado patriotismo”. Pondera especialmente la conducta del sargento mayor Hilarión de la Quintana en la carga que llevó el Regimiento nº 6, y de su ayudante el sargento mayor José María Escalada en comunicar sus órdenes, al igual que el ayudante mayor Miguel Planes en idéntica comisión, y los capitanes Baltasar Bargas y Julián Laguna, herido éste de sable en la cabeza.

Así finalizó, con señalados triunfos militares, el año 12.

Al comenzar 1813 don José de San Martín era coronel, y sus Granaderos a Caballo formaban un regimiento con tres escuadrones (476 hombres), medidas ambas dispuestas por el segundo Triunvirato el reciente 7 de diciembre. Este cuerpo, que se haría famoso en toda Sudamérica durante la guerra de Independencia, reconocía la dedicación personal puesta por su jefe para instruirlo, no menos que para seleccionar a sus integrantes y dotarlo de equipos adecuados. Fueron llamados para componer el escuadrón original algunos veteranos de otras unidades, y luego se solicitaron contingentes a las Provincias hasta formar los otros dos. Muchos de los oficiales eran porteños, como también los jóvenes cadetes que en los Granaderos Montados comenzaron su carrera militar. La instrucción era práctica y teórica, poniendo San Martín todo su empeño en lograr un cuerpo de elite, y en efecto, uno de sus componentes escribiría años después que dichos Granaderos, “perfectamente organizados, disciplinados, vestidos, equipados y montados, conociendo perfectamente el manejo de la tercerola y el sable, podían, por su instrucción y moral, servir de modelo a los demás cuerpos y rivalizar con las tropas de Europa, bajo cuyo sistema se habían creado”. Otro de ellos agregó: “Los soldados educados en la escuela de San Martín eran entonces, y han sido después, un modelo digno de ser imitado, por su gallarda apostura, sus airoso movimientos y su arrogante desempeño, tanto en las funciones militares cuanto en las civiles y sociales”.

Fue el Regimiento de Granaderos a Caballo el llamado para contener las incursiones que desde Montevideo asolaban las costas del Paraná, cuando el 28 de enero el comandante de San Nicolás dio parte del avance de una fuerza naval consistente en 10 buques. El coronel San Martín recibió amplias facultades para obrar contra ellos: “Se dejó al discernimiento y conocimientos militares del coronel don José de San Martín tomar las medidas que estime oportunas para seguridad de la empresa y honor de las armas de la patria”. Ciento cuarenta y un efectivos entre oficiales, suboficiales y soldados, extraídos de los tres escuadrones, encabezados por su jefe, partieron a la noche de ese mismo

día. Otro centenar de hombres del Regimiento nº 2 de Infantería, bajo el mando del teniente coronel Juan Bautista Morón, los seguiría para reforzarlos.

La fuerza enemiga remontaba el río Paraná con la conducción del capitán de marina Rafael Ruiz, llevando a su bordo a algo más de 250 hombres de tropa comandados por el capitán de artillería Antonio Zabala. Se componía de una goleta, una cañonera o zumaca, un falucho, y seis balandras mercantes. La falta de viento favorable conspiró contra su avance aguas arriba, dando tiempo a la caballería patriota para alcanzarlos. El 1º de febrero una columna de los realistas tomó tierra cerca de Rosario, pero fue rechazada por las milicias locales organizadas por su comandante Celedonio Escalada. Su próximo desembarco sería “en fuerza” para imponerse a los criollos.

Ello tuvo lugar el 3 de febrero de 1813 en San Lorenzo, a poca distancia de donde se hallaba el convento franciscano de San Carlos, aún en construcción.

Los Granaderos habían marchado con celeridad, cambiando de caballos en las postas previamente alertadas, adelantándose de noche para que la polvareda que levantaban no fuera avistada desde el río, mientras que los infantes de Morón los seguían. Desde el 31 de enero la escuadrilla realista había echado anclas frente al lugar arriba mencionado. El coronel San Martín observó el desembarco con su antejo desde el techo del convento, dispuestos los enemigos en dos columnas con sendas piezas de artillería a vanguardia. Entonces impartió sus órdenes: serían envueltos desde ambos costados del convento, saliendo una fracción con él mismo a su cabeza, y la otra llevando a su frente al capitán Justo Bermúdez. “En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos [dijo San Martín a éste], y allí daré a usted mis órdenes.” A la tropa la arengó brevemente, “recomendándoles que no olvidasen sus lecciones, y sobre todo que no disparasen ningún tiro”: el combate sería a sable y lanza. “Espero que tanto los señores oficiales como los granaderos se portarán con una conducta tal cual merece la opinión del regimiento”, concluyó.

Lo que sigue fue relatado por el comandante de la flotilla española, capitán Ruiz:

Por derecha e izquierda del monasterio salieron dos gruesos trozos de caballería formados en columna y bien uniformados, que a todo galope, sable en mano, cargaban despreciando los fuegos de los cañoncitos, que principiaron a hacer estragos en los enemigos desde el momento que los divisó nuestra gente. Sin embargo de la primera pérdida de los enemigos, desentendiéndose de las que les causaba nuestra artillería, cubrieron sus claros con la mayor rapidez, atacando a nuestra gente con tal denuesto que no dieron lugar a formar cuadro. Ordenó Zabala a su gente a ganar la barranca, posición mucho más ventajosa, por si el enemigo trataba de atacarlo de nuevo. Apenas tomó esta acertada providencia, cuando vio al enemigo cargar por segunda vez con mayor violencia y esfuerzo que la primera.

Algunos detalles faltan en la narración precedente. El coronel San Martín chocó con los realistas antes que el capitán Bermúdez, por estar más próximo a ellos, y los disparos con que fue recibido mataron a su caballo, que cayó apretando su pierna. En torno del jefe inmovilizado se trabó la lucha, recibiendo San Martín un tajo en la mejilla izquierda, no pudiendo defenderse convenientemente por tener dislocado el brazo derecho con el que manejaba su sable. Uno de los soldados criollos, Baigorria, atravesó con su lanza a un infante que se disponía a clavarle la bayoneta. Para sacarlo de esa peligrosa

situación, otro de los granaderos, Juan Bautista Cabral, desmontó y lo quitó de debajo del caballo, momento en el cual recibió dos heridas mortales.

En tales instantes arremetía el capitán Bermúdez, quien efectuó un movimiento de flanco más amplio desde detrás del convento, lo que permitió a los realistas, ya alertados, a hacerle fuego con mayor precisión, y un disparo le destrozó la rodilla. Pero esta segunda carga restableció el dominio de la acción. "Hicieron no obstante una esforzada resistencia [indicó San Martín en su parte] sostenida por los fuegos de los buques, pero no capaz de contener el intrépido arrojo con que los granaderos cargaron sobre ellos sable en mano". En la lucha, el teniente Hipólito Bouchard pudo capturar la enseña enemiga, "que arrancó con la vida al abanderado", expuso aquél.

Los "piratas" se retiraron, perseguidos hasta la barranca por donde habían trepado a tierra, en cuyo transcurso el teniente Manuel Díaz Vélez recibió dos heridas de bayoneta y un balazo que le rozó la cabeza, cayendo del caballo y siendo capturado, resultando el único prisionero patriota. Los realistas contaron 40 muertos y 14 prisioneros, todos heridos, al igual que el capitán Zabala y sus tres tenientes —lo que da la pauta de lo encarnado de la lucha—, llevando en su retirada a otros, "que por los regueros de sangre que se ven en las barrancas considero mayor número", opinó el coronel San Martín. Dejaron también en poder de los vencedores su bandera, los dos cañoncitos de a 4, y gran cantidad de armamento: fusiles, bayonetas, espadas, pistolas. Los Granaderos tuvieron 14 soldados muertos; y días más tarde fallecieron a causa de sus heridas los dos oficiales mencionados, Bermúdez y Díaz Vélez.

Al día siguiente llegó el teniente coronel Morón con el Regimiento n° 2, y ambos jefes quedaron en observación de la flotilla hasta el 6 de febrero, en que las naves zarparon aguas abajo, y también las fuerzas nacionales de caballería e infantería emprendieron su regreso a Buenos Aires. Al llegar a la Capital, conforme a lo dispuesto por el gobierno, se colocó sobre la puerta del cuartel del Regimiento de Granaderos a Caballo una placa oval con la siguiente leyenda: "Al soldado Juan Bautista Cabral. Murió en la acción de San Lorenzo el 3 de febrero de 1813", orlada por otra: "Sus compañeros le tributan esta memoria". Desde entonces y hasta ahora Cabral revistió en las listas del regimiento contestando al "presente" el Sargento más antiguo, grado que la posteridad confirió al abnegado granadero, que nunca lo poseyó en vida.

El rápido combate sirvió para medir el empuje de los Granaderos a Caballo y su perfecto adiestramiento, como también la capacidad, decisión y valor de su jefe. Desde entonces crecieron paralelamente en la conciencia popular los méritos del regimiento y de su creador, que se convirtieron en modelos para sus camaradas. Desde el punto de vista militar, el propio San Martín efectuó las siguientes consideraciones:

Hasta la época de la formación de este cuerpo se ignoraba en las Provincias Unidas la importancia de esta arma y el verdadero modo de emplearla, pues generalmente se la hacía formar en línea con la infantería para utilizar sus fuegos. La acción de San Lorenzo demostró la utilidad del uso del arma blanca en la caballería, tanto más ventajosa en América cuanto que lo general de sus hombres puede reputarse como los primeros jinetes del mundo.

Si se considera una jactancia nacida de la eficacia del estreno bélico de sus hombres, aquí está la idónea corroboración que a las palabras de San Martín prestó una autoridad del

peso del general José María Paz: "Hasta que vino el general San Martín nuestra caballería no merecía ni el nombre, y dotados nuestros hombres de las mejores disposiciones, no prestaban buenos servicios en dicha arma porque no hubo un jefe capaz de aprovecharlas".

Desde el punto de vista estratégico San Lorenzo, si bien escarmentó a los marinos de Montevideo y los mantuvo lejos del Paraná durante varios meses, no impidió por completo sus correrías, pero desde entonces se dedicaron a operar en el río Uruguay. Desde otro punto de vista, nadie pudo sospechar que el abnegado sacrificio del modesto granadero Cabral serviría, con la preservación de la vida de su jefe, para salvar la independencia sudamericana.

El 8 de febrero el capitán de las milicias de Gualeguaychú don Gregorio Samaniego con 20 hombres había asaltado una balandra española armada de un cañón de a 6 y un pedrero, en el arroyo Paranacito, capturándola con la muerte de tres de sus tripulantes y la rendición de su patrón y el resto de la marinería. Otros dos buques, de mayor porte, cayeron en poder del teniente de granaderos de infantería Miguel Escobar y del capitán de milicias Ricardo López Jordán, cerca de Concepción del Uruguay, el 24 del mismo mes, tomándose también el armamento que conducían. Operación de distinto tipo tuvo lugar en la noche del 6 de julio, cuando el teniente de Dragones José Caparrós desembarcó temerariamente en la isla Martín García, sorprendiendo a sus centinelas y poniendo en fuga a su guarnición luego de cambiar disparos y causarles bajas, abandonando luego la isla debido a la poca fuerza que lo acompañaba. Los Granaderos a Caballo también volvieron a intervenir: el 23 de agosto el alférez Ángel Pacheco al frente de 30 soldados chocó en Zárate con una fuerza de 150 hombres, y no obstante la diferencia numérica los obligó a reembarcarse con pérdida de 9 muertos; al igual que lo sucedido el 21 de noviembre en el puerto de Landa, cerca de Gualeguaychú, cuando las tropas que comandaba el teniente coronel Hilarión de la Quintana —que ascendían a 223 de caballería entre veteranos y milicias— rechazaron otro desembarco realista de 600 hombres. Dijo Quintana en su parte que al desplegar en batalla,

[...] este solo movimiento causó en su debilidad tan extraordinario pavor, que sin más espera que precipitarse por un bañado que tenían a su retaguardia, ganaron el apoyo de sus buques; sin acudir al auxilio de su partida perseguida por las mías, ni con valor para encararse a 20 granaderos a caballo que adelanté con el objeto de que los provocasen, arredrándolos hasta donde no es creíble, sufriendo además la farsa y la mofa que les hizo esta pequeña partida. No han logrado llevar una sola cabeza de especie alguna, y puedo asegurar a V.E. que no reiterarán sus arrojios en el territorio de mi mando sin salir escarmentados para siempre.

Las incursiones ordenadas desde Montevideo prosiguieron hasta fin de año, aunque lejos de las costas porteñas. El escarmiento que recibían no bastaba para contenerlas, pues los sitiados en dicha ciudad precisaban indispensablemente obtener víveres, y como informaba en el mes de noviembre el comandante general de Entre Ríos, don Hilarión de la Quintana, los españoles tenían el propósito de instalar una base de abastecimientos en la isla Martín García, con un hospital "donde debe mejorar su salud la tropa auxiliar que vino de la Península, y recolectar toda la caballada posible, para hacer una salida general sobre la línea del este en el momento de llegar el último refuerzo que, dicen, aguarda la plaza enemiga".

Quedó dicho a comienzo del párrafo cuarto de este capítulo, que en 1813 llegaron a Montevideo alrededor de 3.500 hombres enviados desde España.

Porque el estado político y militar de Europa comenzaba a modificarse, lo que provocaría un profundo cambio en la situación del Río de la Plata.

Baste saber por el momento que en ese año se hizo cargo de la guerra contra Napoleón en la Península Ibérica el general inglés sir Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, y que durante el transcurso de éste los invasores franceses fueron paulatinamente forzados a retirarse hacia sus propias fronteras.

El dominio de Francia sobre el territorio español, que había servido de pretexto a los sudamericanos para negar obediencia a las autoridades que decían representar la voluntad del rey cautivo, Fernando VII, y por tanto, mantener una actitud contraria a ellas, ya no podía servir como argumento válido para mantener la separación de las antiguas colonias del Nuevo Mundo con su metrópoli.

Nada de esto se podía prever a comienzos de 1813, cuando estaba maduro el pensamiento de declarar formalmente la independencia de las Provincias Unidas, razón de ser de la guerra que se libraba.

El 31 de enero del año 13 se instaló, finalmente, el Congreso General previsto por la circular del 27 de mayo de 1810 "para establecer la forma de gobierno que correspondía". La frase llevaba implícita la noción de la ruptura definitiva. Su título complementario de "constituyente" agregaba la misión esencial que también debería cumplir, como consecuencia natural de la tendencia que, desde la emancipación de Norteamérica, se impulsara en el mundo occidental. La Francia republicana había adoptado su Constitución una década después, y al comenzar el siglo XIX Venezuela, a poco de declarar su independencia, se dio su ley suprema. La misma España, en ausencia del monarca prisionero, sancionó por obra de las Cortes en Cádiz su Constitución Política de la Monarquía, promulgada por la Regencia el 19 de marzo de 1812, que fue conocida vulgarmente como *La Pepa* por la festividad de San José, conmemorada ese día.

Desde el primer momento la asamblea declaró que "reside en ella la representación y ejercicio de la soberanía de las Provincias Unidas del Río de la Plata", y eliminó de la fórmula la mención habitual del rey Fernando. Era verdaderamente representativa: la componían cuatro diputados por Buenos Aires, dos por cada capital de Gobernación y uno por cada ciudad de su dependencia, salvo Tucumán que tenía dos en mérito a su esfuerzo durante la campaña victoriosa de Belgrano. Eran todos —se declaró— "diputados de la Nación en general, sin perder por esto la denominación del pueblo a que deben su nombramiento". El Congreso designó una comisión para redactar la Constitución, cuyo artículo 1º del proyecto elaborado declaraba la independencia nacional. Otro proyecto constitucional se debió a la "Sociedad Patriótica".

Es sabido que esta asamblea no proclamó la emancipación del Río de la Plata, ni consecuentemente adoptó la Constitución que debía regirlas. Pero su tarea legislativa resultó elocuente en tal sentido: además de una profunda transformación social, sus medidas políticas consistieron —a más de las señaladas— por lo pronto en consagrar la *marcha patriótica* compuesta por el doctor Vicente López como himno argentino, y un escudo nacional en sustitución del español, mostrando un sol naciente como símbolo de la soberanía que asomaba, la acuñación de monedas con este emblema, la autonomía de au-

toridades eclesiásticas de las existentes fuera del territorio, y por último (enero de 1814) la instalación otra vez de un Poder Ejecutivo unipersonal con el título de Director Supremo, quien ostentaría como distintivo de su representación "una banda bicolor, blanca al centro y azul a los costados".

La batalla ganada en Salta por el general Belgrano pareció poner el sello definitivo a la obra, con el comienzo de la segunda ofensiva al Alto Perú. Luego se estudiará la evolución de los acontecimientos en sus facetas internacional e interna, para atender por lo pronto a la campaña emprendida luego de ese triunfo promisorio.

El Ejército Auxiliar del Perú no había iniciado su rumbo al corazón del Altiplano luego de su completa victoria. Su comandante prefirió organizarlo convenientemente en vez de partir de inmediato, y si esto significó no explotar el triunfo logrado en Salta con la rapidez que era deseada en la Capital —los mensajes en tal sentido a Belgrano lo incitaban a no demorarse—, de su lado el mariscal Goyeneche facilitaba las cosas, al retirarse desmoralizado y aún temeroso por lo sucedido con su Ejército de vanguardia en Salta. En efecto: pese a contar con más de 3.000 hombres y artillería suficiente, abandonó Potosí para replegarse sobre Oruro. Y como crecía la desertión entre sus efectivos tanto como los comentarios sobre el poderío de las tropas porteñas, quiso paliar la desmoralización —prevista por Belgrano— absolviendo de su juramento de no tomar las armas a los capitulados en Salta, invocando la conformidad del arzobispo de Charcas y del obispo de La Paz. De cualquier manera, cundió la insurrección en el Alto Perú a favor de la causa americana, levantándose contra la autoridad del virrey de Lima las ciudades de Potosí y Cochabamba, y también La Paz y Santa Cruz de la Sierra.

Pese a la favorable situación, el general Belgrano quiso completar la organización y equipamiento de sus fuerzas de la manera que juzgaba conveniente —le faltaban uniformes, calzado y armamento—, instalándose en Jujuy, donde izó un pabellón con el nuevo escudo nacional pintado. En esta ocasión no dejó de requerir previamente el permiso al Congreso, quien ahora declaró (26 de junio de 1813) "que debiendo cesar todo recuerdo poco compatible con los nuevos principios, no debía enarbolarse otros pendones que los de la libertad". Mientras el flamante Capitán General daba forma a su Ejército, dispuso adelantar una columna puesta a órdenes de Díaz Vélez, su mayor general, que tomó el camino forzoso de la quebrada de Humahuaca. Recuerda el entonces capitán Paz, que formaba en ella en su Regimiento de Dragones:

El general Belgrano, que conocía cuán importante era observar en aquellos pueblos una severa disciplina, estrechó sus órdenes, e impuso pena de la vida por el crimen de robo, aunque fuese [era la expresión de la orden] de un huevo. La conducta de la tropa correspondió a sus deseos, pues fue la más moral y arreglada que podía darse.

Corresponde incluir en este tema a la separación del Ejército del comandante Dorrego, jefe de los Cazadores, por hechos de indisciplina a que lo movía su genio festivo e inquieto, al igual que sucediera con el barón de Holmberg luego de la batalla de Tucumán, que Belgrano despachó a Buenos Aires por un acto irrespetuoso. Ambas actitudes demuestran la voluntad inflexible del General en ese aspecto, pues apreciaba las cualidades que a ambos jefes adornaban; y tiempo después quiso tenerlos nuevamente a su lado. El 7 de mayo la vanguardia patriota entró en Potosí, siendo jubilosamente recibida

por las autoridades y el pueblo, que les ofrecieron magnífico acogimiento, quizá para hacer olvidar las sangrientas escenas ocurridas allí luego de la derrota de Huaqui. Las tropas celebraron ahí el 25 de Mayo, fecha que el Congreso General adoptara como fiesta cívica.

Algunas operaciones de reconocimiento se efectuaron, chocando partidas adversarias que por parte de los realistas tenían como superiores a los coroneles Olañeta y Castro (este último salteño). Se ilustraron en el campo patriota, sobre todo, el teniente coronel Cornelio Zelaya y el capitán Gregorio Aráoz de La Madrid, quien ya mostraba el arrojo temerario que lo hiciera célebre.

A mediados de junio llegó Belgrano en Potosí, donde estableció su cuartel general y se dedicó a administrar el vasto territorio bajo su control, poniendo al frente de sus cuatro Provincias a otros tantos jefes militares: Apolinario de Figueroa (Potosí), Juan Antonio Álvarez de Arenales (Cochabamba), Francisco Antonio Ortiz de Ocampo (Chuquisaca), e Ignacio Warnes (Santa Cruz). Su acción resultó eficaz, en cuanto al orden público y al crédito del Ejército, según comentó un testigo. En aquel tiempo el general Belgrano distribuyó los despachos con los ascensos conferidos por el Gobierno a los vencedores de Tucumán y Salta, introduciéndose el grado de sargento mayor (hoy mayor) como jerarquía militar entre los de capitán y teniente coronel, y no únicamente cual empleo en la plana mayor de los regimientos como basta entonces. Un año después se dispuso en la Capital crear el grado de coronel mayor (31 de agosto de 1814) para establecer un escalón entre los coroneles y brigadieres. Estas medidas llevaban por objeto evitar la proliferación tanto de tenientes coroneles como de brigadieres.

La estancia del Ejército en Potosí le resultó contraproducente a éste pues favoreció una gran desertión entre los nacidos en el Alto Perú, aunque desde Potosí y Chuquisaca otros contingentes equipararon su falta. De todos modos el número de sus componentes ascendía a 3.500 efectivos de las tres armas, distribuidos en seis batallones de infantería (uno por cada regimiento, n° 1, n° 8, Cazadores, y Castas, que comprendía a pardos y morenos, y dos batallones del Regimiento n° 6), 500 hombres del Regimiento de Caballería de Dragones, y 14 piezas de artillería: 12 cañones y 2 obuses, los últimos de los cuales habían sido fabricados en Jujuy el año anterior bajo la dirección del teniente coronel barón de Holmberg.

Era tiempo de iniciar las operaciones de guerra, toda vez que reemplazado Goyeneche luego de su abandono de Potosí, se hizo cargo del Ejército Real el brigadier Joaquín de la Pezuela, y a la cabeza de 4.500 hombres con 38 cañones se movió sobre los patriotas. Belgrano salió para enfrentarlos el 5 de septiembre, encomendando al coronel de milicias nativas Cárdenas que junto con el ya coronel Zelaya hostigasen el flanco de Pezuela con los indios de Chayanta y Cochabamba, para luego incorporarse.

El encuentro debía producirse en la pampa de Vilcapugio.

Allí el ejército "de Buenos Aires" llegó el día 27, con un alto espíritu, aunque no en las mejores condiciones, puesto que habían debido cubrirse los vacíos dejados por la desertión, con reclutas hasta el número de 1.000. Por lo demás, la caballería carecía de buenas cabalgaduras, e igualmente la artillería no estaba convenientemente servida. No obstante, del ánimo de los patriotas ofrece testimonio el capitán José María Paz:

Sea como fuere, estábamos tan alucinados con nuestro poder, que pensamos que el enemigo se atendería a una rigurosa defensiva aprovechando las posiciones de Con-

do-condo; por otra parte, tenía el enemigo para llegar que atravesar una cadena de montañas, lo que contribuía a aumentar nuestra confianza.

Un primer contraste lo dio la derrota que el coronel al servicio de España, el salteño Saturnino Castro, infringió a las indias de Cárdenas, cuya documentación permitió saber a Pezuela que el general Belgrano aguardaba la incorporación de Zelaya. Esto impulsó a aquél a avanzar sobre el campamento patriota, donde no se lo esperaba. Con las primeras luces del 1° de octubre de 1813 fueron divisados los atacantes. Recurro nuevamente a la narración de Paz, no carente de belleza literaria:

Junto con el sol se nos presentó el enemigo en la parte opuesta de la llanura de Vilcapugio, a distancia de menos de una legua. Muy luego desplegó su línea de batalla, y con la marcha granadera de la antigua Ordenanza avanzó esta formación. El sol hería de frente la línea enemiga y sus armas brillaban con profusión; sin embargo su marcha era acompasada y hasta lenta, y nada indicaba menos que ardor o confianza en la victoria. Nosotros, medio sorprendidos, nos dispusimos a disputarla y esperábamos conseguirla.

Belgrano ordenó adelantar sus cañones, arrastrados por indios a falta de otro tiro, puesto que colaboraban con su Ejército transportando sus equipos por la carencia de mulas, la mayor parte de los cuales trepó a los cerros circundantes para observar la acción. La línea de batalla que tendió el General tuvo el siguiente orden: la caballería de la derecha mandada por los comandantes Bernáldez y Domingo S. Arévalo; en el centro la infantería, con el Batallón de Cazadores (mayor Echavarría), los dos batallones del Regimiento n° 6 (coroneles Miguel Aráoz y Carlos Forest), el Batallón de Castas (coronel José Superí), y el Regimiento n° 8 (coronel Benito Álvarez); y a la izquierda el Regimiento de Dragones de Caballería (coronel Diego Balcarce). Como reserva quedaba el batallón del Regimiento n° 1 (coronel Gregorio Perdriel).

Fue una batalla singular por la cantidad de destacados jefes de uno y otro bando que cayeron en ella, influyendo estas bajas con mayor perjuicio en el ejército de Belgrano.

Roto el fuego de artillería a gran distancia, cuando las tropas llegaron a estar cerca Belgrano ordenó cargar a la bayoneta. Por la derecha patriota el Batallón de Cazadores chocó con el del enemigo a su frente y lo "pulverizó" (escribe Paz), muriendo su jefe el coronel La Hera, juramentado en Salta. El centro español también fue atacado con encarnizamiento, y cayó herido su jefe el coronel Lomera, dándose a la fuga y arrastrando en su retirada a la reserva realista, pero también siendo gravemente herido el coronel Forest, jefe del centro patriota. En la persecución efectuada por la caballería argentina, murió el comandante Bernáldez que mandaba el ala derecha. Por cierto, resultaron muertos o heridos muchos oficiales de ambas armas, dejando a sus cuerpos sin dirección competente.

En el desordenado repliegue del Ejército Real se vio arrastrado el general Pezuela, al tiempo que Belgrano arengaba a sus hombres, quienes le respondieron con un viva a la patria. La artillería enemiga estaba en su poder, abandonada por los infantes.

No era tan favorable, en cambio, la izquierda patriota. Allí resistían con terrible fuego las mejores tropas realistas, y el jefe del Regimiento n° 8, coronel Benito Álvarez, fue muerto, lo mismo que su segundo y el capitán que los sucedió, dejando al cuerpo sin co-

mando, aunque —escribió Pezuela en su parte— “sin perder su formación ni unos ni otros, lo cual me hizo ver que no eran los insurgentes unos reclutas la mayor parte de ellos, como se suponía, sino unos hombres instruidos, disciplinados y valientes”. Estos al fin se desordenaron, “y la reserva que debía haber restablecido el combate, acudió con tanta flojedad (más propio sería decir tan cobardemente) que muy pronto estuvo envuelta en la misma derrota”. Así asienta Paz sobre la conducta del Regimiento n° 1, aunque lo cierto es que se vio mezclado en el desbande del n° 8.

En ese momento se pudieron escuchar que tambores daban la orden de retirada. Las victoriosas tropas patriotas del centro suspendieron su ataque.

Refiere el entonces capitán La Madrid:

El Ejército enemigo había sido deshecho, perdiendo cuerpos casi enteros, y la mayor parte de su artillería estaba ya en nuestro poder, cuando sonó la funesta retirada que hasta hoy se ignora quién fue el que la mandó tocar. Los cuerpos vencedores paran a este toque que sonaba a retaguardia, vuelven la vista y descubren el cerro que dejamos a espaldas de nuestro campo coronados de gente. Figúranse nuestras tropas que fuerzas enemigas nos habían tomado las alturas de la espalda, y suena entre los nuestros la voz: “Al cerro, al cerro”.

Parece que quien impartió la orden para ese trágico toque fue el segundo jefe de los Cazadores, mayor Ramón Echeverría. En realidad, los que ocupaban la altura eran los indios amigos, auxiliares de los patriotas. Lo cierto es que como prosigue relatando La Madrid:

El resultado fue que no hubo poder humano que contuviese a nuestros soldados para que no subiesen al cerro, y que una vez subidos a él y ya ciertos de que no había allí tales enemigos, fue absolutamente imposible volverlos a bajar, por más esfuerzos que hacían los generales y demás jefes de los cuerpos.

En el campo quedaban sólo los restos del batallón español del coronel Picoaga (400 hombres) y caballería al mando del teniente coronel Castro (100 hombres).

Advertido del vuelco de la situación, el general Joaquín de la Pezuela —declara el mismo— “se apresuró a reunir y volver a la batalla los dispersos de la izquierda y centro, conseguido lo cual varió la acción”. Belgrano acudió al lugar de concentración de sus tropas, hallando que el comandante de su ala izquierda, el general Eustaquio Díaz Vélez, había sido arrastrado por la retirada de parte de ella en dirección a Potosí. Entonces Belgrano dio nueva muestra de su valor en los contrastes, y al igual que en Tacuarí convocó a sus soldados en el cerro para restablecer la pelea. Le quedaba un solo cañón. Cuenta Paz: “Él mismo tomó la bandera del Ejército y excitó personalmente a nuestras tropas al combate, que se renovó efectivamente, durando algunas horas”.

Mas todo fue inútil, aunque se sucedieron avances y retrocesos, pues la llegada del general Pezuela con los dispersos que había reunido y la artillería propia, y la de los patriotas abandonadas, decidió finalmente la suerte del combate, que duró desde las seis y media de la mañana hasta casi las dos de la tarde. El general Belgrano organizó los restos del Ejército que le quedaban, y emprendió la retirada en dirección al pueblo de Macha. Los realistas, severamente castigados, no pudieron perseguirlo. A tres leguas de Vil-

capugio, a las nueve de la noche, Belgrano dirigió al Gobierno su aviso del “contraste” (sic) sucedido y su retirada, donde evidenciaba la constancia de su ánimo:

No puedo dar a V.E. una noticia exacta del Ejército hasta que se me reúna todo: han muerto algunos oficiales y tropa; para el enemigo ha sido horrorosa la carnicería que los Cazadores, n° 6, y Caballería han hecho, sin que esto sea exageración de las que se acostumbra en los partes de las acciones de guerra, y que es contraria a mi modo de pensar. Entre los muertos del enemigo se encuentran un brigadier, dos coroneles, algunos tenientes coroneles y otros oficiales, y también tengo unos cuantos de éstos y de la tropa. Luego que me halle con algunas menos atenciones de las que tengo, circunstanciaré la acción y sus incidentes con la franqueza y verdad que acostumbro. Según creo y por cuanto he visto, el Ejército enemigo está derrotado a pesar de haber quedado el campo por suyo, y tomado las piezas que he referido; pero sea lo que fuere, a palmos adelantará sus pasos, mediante Dios, pues con las divisiones de Cochabamba y Chayanta y el Ejército que mando, espero que sufra su destrucción total.

Al día siguiente envió Belgrano un mensaje al presidente de La Plata, Ortiz de Ocampo, previniéndole que procediera a reunir a los dispersos y recoger sus armas, no menos para que se mostrara inexorable con los “enemigos de la causa”; y el 3, ya en Macha, otro en el cual se mostraba optimista, llamando él mismo la atención sobre el cambio de un día para otro. No le faltaba motivo para mostrarse así, pues las escasas fuerzas con que habían dejado el campo de batalla se habían aumentado, y sabía que el enemigo quedaba postrado después de ella. El general Belgrano había dado el ejemplo durante su retirada, cediendo su caballo a un soldado herido y tomando su fusil, con el cual caminó a retaguardia de la maltrecha columna, que iba desgranándose en el camino. Debe tenerse en cuenta que el general Díaz Vélez se había dirigido en dirección de Potosí con las fuerzas que a la derecha y centro vencieran al Ejército de Pezuela, las que luego de las inevitables deserciones alcanzaban a 600 hombres.

La derrota en Vilcapugio costó al Ejército patriota perder toda su artillería y parque, 300 muertos y bastantes prisioneros. Aunque también el Ejército Real del Perú tuvo alrededor de 600 bajas y mucha dispersión. Belgrano llegó a comentar que “si Dorrego hubiera estado en su cuerpo, no se hubiera perdido la acción”. Ciertamente, las cualidades del inquieto Coronel habrían suplido la falta de asesoramiento y determinación de que careció el General durante la batalla, al ser puestos fuera de acción los jefes más caracterizados.

Llegado al pueblito de Caine, el general Belgrano dio nuevas muestras de su espíritu indomable, como refiere el capitán José María Paz, testigo calificado:

Al día siguiente, el General, de cuyos movimientos estábamos todos pendientes, no marchó; antes por el contrario empezó a destacar oficiales que corriesen los alrededores y volviesen por el camino del día anterior para indicar que allí estaba él y que allí debían reunirse. Eso que esa mañana (la del 3 de octubre) no había 100 hombres en Caine, de los 500 que estuvimos en el Toro, pero fueron llegando partidilla de modo que por la tarde había cerca de 300. Ya entonces reconocimos al general Belgrano, pues mandó formar la tropa de todas las armas y cuerpos, y en me-

dio de un pequeño cuadro, habló alentando y manifestando su resolución inquebrantable de continuar la campaña.

Cuando se reemprendió el camino, llegados a Macha, "todo se puso en actividad tanto para el arreglo del Ejército como para su aumento". También Díaz Vélez en Potosí, a la aproximación de una fuerza enemiga despachada por Pezuela, se atrincheró en la gran Casa de Moneda dispuesto a resistir, vista cuya decisión los enemigos se retiraron manteniéndose el ánimo de los lugareños. Poco después se incorporaron a Belgrano en Macha el propio Díaz Vélez y el coronel Zelaya con sus contingentes, y el general Belgrano se dedicó "con toda la eficacia de su celo" a la reorganización del Ejército. Importante contribución fue la del general Ortiz de Ocampo, quien pudo remitir 150 caballos excelentes de las cuadras de ricos propietarios. También Arenales y Warnes remitieron auxilios de sus respectivas jurisdicciones.

Mientras, el capitán Aráoz de La Madrid efectuaba patrullajes a gran distancia, en el transcurso de cuyos movimientos tres de sus soldados, en audaz operación, capturaron una avanzada enemiga en número muy superior que descansaba en un rancho, custodiando el camino. Este episodio, ocurrido en Tambo Nuevo, tuvo gran repercusión en el Ejército, y los tres valientes fueron ascendidos a sargentos. Cabe añadir que entre esos prisioneros estaban dos de los juramentados en Salta, que el General mandó fusilar por la espalda y cuyas cabezas se colocaron cerca del campo realista sobre altos palos con un rótulo que explicaba: "*Por perjuros e ingratos a la generosidad con que fueron tratados en Salta*". A poco La Madrid sería ascendido a Mayor.

Fue la víspera de una nueva batalla.

El Ejército Auxiliar del Perú no estaba aún convenientemente remontado, al punto que contaba sólo con algo menos de 1.500 infantes y 500 soldados de caballería, aunque con el agregado de un millar de indios cochabambinos mal armados y sin disciplina. Con todo, se efectuó en la caballería una innovación producto de la experiencia: los hombres que carecían de sable fueron armados con lanzas y pistolas, adornadas aquéllas con banderolas de género blanco y celeste (ya se verá una equivocación que estas últimas ocasionaron). La artillería consistía en 8 cañones de escaso calibre y montados sobre una especie de carretillas: "Eran más bien unos malos pedreros [*comenta Paz*] que no podían prestar servicio alguno y que sólo se habían traído, no sé de dónde, para hacernos ilusión". Por desgracia no se hizo incorporar a tiempo a las piezas que estaban en Jujuy y Salta. No obstante estas falencias, Belgrano no pensó en retirarse, como se lo indicaron Díaz Vélez y Perdriel, quienes sostuvieron la conveniencia de replegarse a Potosí.

Por el contrario, en cuanto el General tuvo noticia del avance de Pezuela, movió a su Ejército y el 9 de noviembre lo situó en la pampa o meseta de Ayohuma.

Efectivamente, el Ejército Real finalmente dejó su campamento el 29 de octubre por no poder sostenerse, rodeado de partidas indígenas que lo hostilizaba y privaba de alimentos y forraje, y en forma lenta por la carencia de cabalgaduras —los cañones eran cargados por indios—, recorrió la distancia que lo separaba de los patriotas. No dejó de derrotar en su tránsito a las indiadas que al mando de sus jefes Cárdenas y Lanza intentaban retrasarlo aún más. El 12 de noviembre, mientras nevaba copiosamente, el general Joaquín de la Pezuela pudo, desde la altura de unos cerros, divisar el Ejército de Belgrano estacionado en Ayohuma.

La composición del Ejército Real superaba al del Río de la Plata en soldados y arti-

lería. Eran unos 3.500 hombres, casi todos infantes y apenas 300 de caballería, más 18 cañones de superior calibre al de los patriotas.

Belgrano calculaba compensar esta diferencia de cantidad y calidad por haber elegido con antelación el campo donde debía disputarse el dominio del Alto Perú. Para ello había tendido su línea dando frente a un desfiladero por donde debían descender los realistas en una larga columna. Allí aguardó la llegada de Pezuela, con el siguiente dispositivo de clásica distribución: la caballería en las alas y los infantes al centro. El Regimiento de Dragones mandado por el coronel Diego Balcarce en el extremo derecho, al que seguía el disminuido Batallón de Cazadores con su jefe el mayor Cano, luego el Regimiento n° 6 puesto a órdenes del coronel Bernabé Aráoz, el Regimiento n° 1 del coronel Gregorio Perdriel, y el Batallón de Castas comandado por el coronel José Superf. La caballería de Cochabamba a la izquierda estaba bajo el mando del coronel Cornelio Zelaya. La reserva no era tal: la integraban grupos de indios armados de lanzas. El Ejército argentino, inferior en dos tercios a su oponente, sólo lo aventajaba por su caballería.

El general Belgrano previó que sus oponentes no podrían maniobrar con comodidad para desplegarse al descender al llano, y al tener que correrse hacia la derecha, serían atacados en medio de esta operación. Era tal su confianza, que dejó bajar de las alturas al enemigo, impunemente, no obstante que éste perdió su formación por lo estrecho de la senda por donde lo efectuaba. Mientras se desarrollaba lo expuesto, el Ejército patriota asistía a misa. Concluido este sacramento, Belgrano se adelantó con sus ayudantes a una pequeña altura para observar a los realistas, momento en el cual uno de ellos le indicó la conveniencia de atacar a la mitad de los que estaban en el valle mientras los demás no pudieran socorrerla: "No haríamos otra cosa que espantar al mayor número [*recibió por respuesta*], deje usted que bajen todos, que así no se nos escapará ninguno".

Pudo así el general Pezuela ordenar toda su línea sin ser molestado; pero además, no procedió como Belgrano esperaba, aguardándolo en posiciones prefijadas: el Ejército Real se corrió hacia la derecha sin dificultad y amagó este costado de los patriotas, obligándolos a efectuar un cambio de frente que desorganizó el plan de su Comandante. Peor, un cerro ubicado en el extremo de esta posición —a la derecha— impedía actuar a la caballería independiente. Más aún: esta elevación fue ocupada por los realistas sin oposición. Los Dragones de Balcarce quedaron sin utilidad y se replegaron a retaguardia a la expectativa de los sucesos, pero impedidos de actuar, resolvieron luego correrse hacia el ala izquierda.

La batalla ya había comenzado. Los cañones españoles abrieron un fuego vivo sobre el Ejército rioplatense, por cerca de media hora, que no pudo ser contestado por las pobres piezas de éste. Pese a la impunidad con que era batida, la infantería patriota soportó estoicamente el duro castigo, "manteniéndose con tanta firmeza como si hubiese criado raíces en el lugar que ocupaba", en palabras del propio general Pezuela. Mientras duraba ese "horroroso cañoneo" —recuerda el mayor La Madrid— pudo comprobarse la heroicidad de una negra porteña llamada Tía María (que con dos hijas lavaba la ropa de los jefes y oficiales), a las cuales, bajo el implacable sol del mediodía, se las vio "constantemente conduciendo agua en tres cántaros que llevaban a la cabeza, desde un lago o vertiente situado entre ambas líneas, y distribuyéndola entre los diferentes cuerpos de la muestra, y sin la menor alteración".

Al fin comenzaron a cesar los fuegos de la artillería, para dar lugar al avance de los infantes,

[...] y la línea enemiga se movió ofensivamente [narra el capitán Paz], pero con la lentitud y circunspección propia del genio español. La nuestra hizo también sus movimientos, avanzando, y acortada la distancia intermedia se rompió el fuego de fusilería, que fue vivo y sostenido.

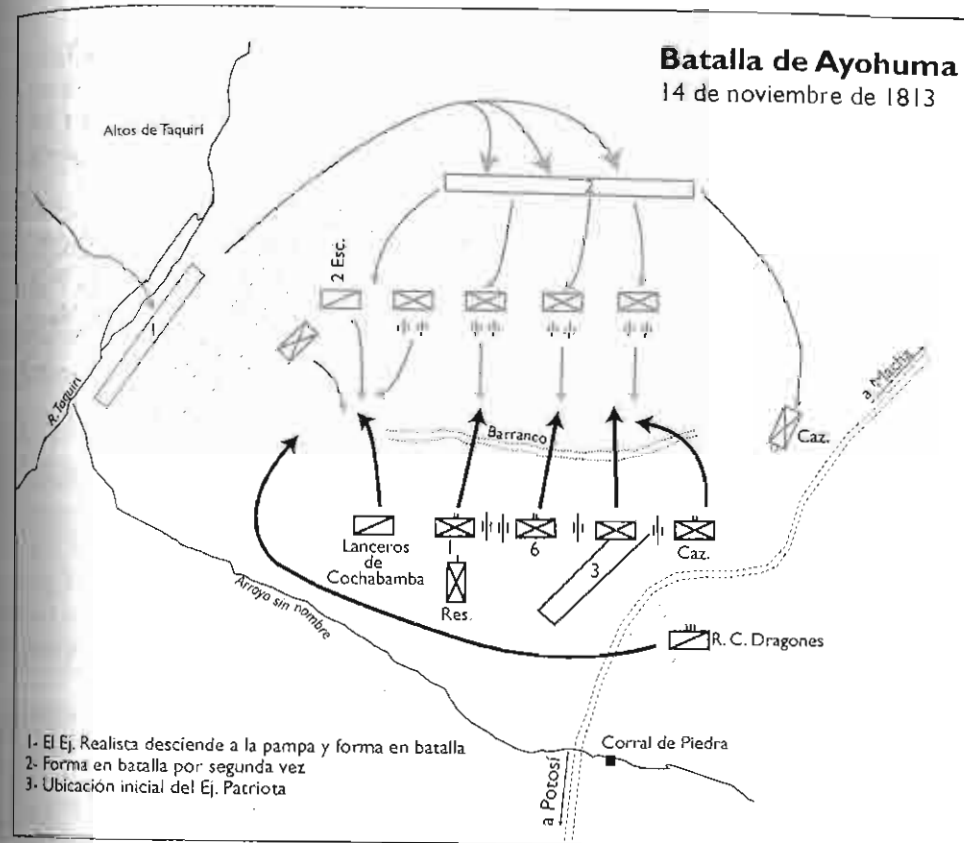
Desde el cerro de la derecha que habían ocupado, los realistas disparaban un mortífero fuego cruzado. Aquí cayeron al frente de sus soldados el coronel Superf, jefe de Castas, y el mayor Cano, de Cazadores. Relata Paz:

La infantería enemiga era demasiado poderosa para que la nuestra pudiese resistirle por mucho tiempo en un fuego igual: además de ser poco numerosa, se habían incorporado en ella hombres extraídos de la caballería y bastantes reclutas que tendrían un mes de aprendizaje.

La superioridad enemiga se impuso, y el centro patriota comenzó a ceder. "El fuego fue progresivamente debilitándose por nuestra parte, la línea se raleó considerablemente, y lo que quedó tomó la fuga, sin que el enemigo por el momento la persiguiese porque también había sufrido bastante". El mayor general Díaz Vélez fue tomado por los realistas, que lo arrinconaron sobre un barranco elevado, pero en el instante que debía ser capturado, clavó espuelas y se tiró desde la altura, sin más consecuencia que un fuerte golpe.

A la izquierda los lanceros del coronel Zelaya chocaron contra la caballería enemiga, que Pezuela había reforzado con dos batallones de Infantería y 10 piezas de artillería, a más de su propia escolta. Contra esta formidable oposición se estrelló Zelaya, sufriendo grandes bajas, y tuvo que volver caras, sin que la llegada a ese costado del Regimiento de Balcarce, en tales momentos, fuera bastante para restablecer la situación. Tan solo el mayor Máximo Zamudio, segundo jefe de Dragones, quiso efectuar una demostración de esfuerzo, y con 40 o 50 de sus hombres cargó contra un cuerpo de infantería como de 300 soldados, en momentos que éstos suspendían sus fuegos. El motivo de esto último se debió a una doble apreciación errónea del oficial español que lo mandaba: por una parte no imaginó que un puñado de hombres quisiera disputar aún la victoria a un Ejército victorioso, y además, por efecto de las lluvias y del sol, se había desdibujado el color celeste de las banderolas y éstas quedaron casi por completo blancas. El jefe realista creyó que la partida de Dragones se entregaba rendida, y dando vuelta a su caballo ordenó a sus subordinados que no disparasen, en momento que el mayor Zamudio le dio una terrible lanzada por la espalda. Afortunadamente para dicho oficial, se le elevó en un poncho que tenía envuelto a la cintura, aunque la fuerza del bote lo volteó sobre el cuello de su caballo. Zamudio perdió su arma, que dejó incrustada en la ropa del jefe enemigo. Restablecido el combate, debieron retirarse precipitadamente los Dragones, seguidos por nutridos disparos y perseguidos con tal encono, que los soldados realistas ultimaron a los hombres que cayeron en su poder, como castigo por lo que creyeron una "felonía".

La derrota fue general: tan sólo otra carga llevada por las fuerzas de Zelaya, conteniendo a los realistas, impidió la masacre de la infantería patriota, sin que deba dejar de señalarse, por otra parte, que aquéllos sufrieron graves pérdidas. "Batalla de Ayohuma, más terrible que la de Vilcapugio", reconoció el mismo general Joaquín de la Pezuela.



La caballería realista, de inferior calidad, no se empeñó en perseguir a los vencidos. El mismo coronel Cornelio Zelaya hizo parapetar a los pocos hombres que lo acompañaban (unos 90) tras un arroyuelo y un corral de piedra, y a tiros contuvo a los enemigos que intentaron avanzar, mientras él gallardamente recorría la línea a caballo, sin que ninguna bala lo tocara. Cuando a su turno se replegaron, acosados por los realistas, no llegaron ambas fuerzas a chocar, por más que Zelaya lo hiciera lentamente en muestra de desafío, gritándose improperios con el jefe realista que lo seguía a la distancia, que era el teniente coronel Saturnino Castro: "¡Porteño cobarde, disparador!", por una parte, y por la otra: "¡Ladrón, mulato Castro!".

Concluía el día, y para salvar las reliquias de su Ejército, el general Manuel Belgrano tomó su bandera para mostrar el punto de reunión a los dispersos, luego de lo cual todos emprendieron la retirada definitiva rumbo a Potosí, sin mayor preocupación por los enemigos. En la localidad de Tinguipaya, por la tarde del 11 de noviembre —recuerda Paz—:

[...] se acabaron de reorganizar nuestros pequeños restos para continuar al día siguiente nuestra retirada con un orden tal que la disciplina más severa se observó en todas las marchas que se siguieron. Allí fue donde formando un cuadro, se colocó dentro el General para rezar el rosario, lo que fue imitado por todos.

Restaban unos 700 hombres. El 16 se llegó a Potosí, donde lo que quedaba del Ejército fue recibido con simpatía.

La derrota en Ayohuma fue peor que la de Vilcapugio, porque tuvo como consecuencia la pérdida del territorio alto peruano que se dominaba. Mientras luego de la primera acción el Ejército del Río de la Plata quedó formándose nuevamente para disputar una nueva acción, tras el segundo encuentro no tuvo otra opción que abandonar todo lo ganado. Había sufrido 400 bajas entre muertos y heridos, 700 prisioneros (200 de ellos heridos) de diversas graduaciones, se perdió toda la artillería y bagajes. Verdad es que así mismo había causado al Ejército Real del Perú 200 caídos y cerca de 300 heridos.

No quedaba sino proseguir la marcha retrógrada hacia el sur, dejando al menos una buena impresión de su conducta militar al propio general enemigo Joaquín de la Pezuela, quien llegó a asentar: "Las tropas de Buenos Aires es menester confesar que tienen una disciplina, una instrucción y un aire y despejo natural como si fueran francesas". Lo que criticaba severamente Pezuela era la conducción de Belgrano y Díaz Vélez, faltos de una educación castrense metódica, que no bastaban la inteligencia, el patriotismo y el valor para compensarla. De ahí en adelante todo consistió en buscar refugio para el pequeño Ejército de 800 efectivos, esta vez perseguido tenazmente por los enemigos. El general Belgrano incluso planeó dinamitar la Casa de Moneda de Potosí, para privar de caudales a los realistas, atroz medida que felizmente fracasó.

Se replegaron hacia donde habían salido un año atrás, por Nazareno, atravesando la quebrada de Humahuaca, cruzando Jujuy y Salta, llevando consigo parte de los tesoros potosinos. Resulta pertinente transcribir un fragmento de las *Memorias* del general Paz referente a la forma como se llevó a cabo esta operación:

En los contrastes que sufrieron nuestras armas bajo las órdenes del general Belgrano, fue siempre de los últimos que se retiró del campo de batalla, dando ejemplo y

haciendo menos graves nuestras pérdidas. En las retiradas que fueron la consecuencia de esos contrastes desplegó siempre una energía y un espíritu de orden admirable, de modo que a pesar de nuestros reveses no se relajó la disciplina ni se cometieron desórdenes. ¡Honor al general Belgrano! Cuando él mandó en esos días de luto y de desgracia, los paisanos y los indios venían pasiblemente a traer las provisiones al pequeño cuerpo que se retiraba, tan lejos de manifestarnos aversión, sólo se dejaba percibir en lo general un sentimiento de simpática tristeza. No hubo entonces riñas fratricidas, no pueblos sublevados para acabar con los restos del ejército de la Independencia, nada de escándalos que deshonran el carácter americano y manchan la más justa de las revoluciones.

El coronel realista Saturnino Castro perseguía con ahínco a los patriotas, guardando la retaguardia de éstos el Regimiento de Dragones, hasta la llegada del Ejército nacional a Jujuy y quedando dicha fuerza en Humahuaca como avanzada. Pero hostigados por mayores fuerzas españolas mandadas por el general Ramírez Orozco, en enero de 1814 Belgrano se puso nuevamente en marcha hacia el sur, dejando al coronel Manuel Dorrego —a quien había vuelto a incorporar— encargado de defender sus espaldas en Jujuy. Mas asimismo éste tuvo que retrogradar a Salta, presionado por el enemigo, donde recibió refuerzos, entre los cuales un escuadrón de Granaderos a Caballo desde Buenos Aires: "Debido a decir que me agradó el continente de aquellos soldados", asentó el capitán José María Paz. Dorrego contuvo el avance realista mediante guerrillas, quedando en las afueras de la ciudad de Salta, ocupada por éstos.

El general Belgrano, aunque la firmeza de su carácter le impedía doblegarse ante la adversidad, no podía menos que acusar los golpes recibidos por la fortuna variable de las armas. Desde Humahuaca, el 8 de diciembre, había escrito al coronel José de San Martín:

He sido completamente batido en las pampas de Ayohuma, cuando más creía conseguir la victoria, pero hay constancia y fortaleza para sobrellevar los contrastes, y nada me arredrará para servir, aunque sea en la clase de soldado, para la libertad e independencia de la Patria.

Con todo, eran graves sus críticas a su cuerpo de oficiales, y se quejaba de la falta de buenos jefes de división: "Somos todos militares nuevos, con los resabios de la fatuidad española, y todo se encuentra menos la aplicación y contracción para saberse desempeñar; puede que estos golpes nos hagan abrir los ojos". Sabía ya que San Martín iba con refuerzos, y estando en Jujuy el 25 de diciembre se alegraba por ello: "Mi corazón toma un nuevo aliento cada instante que pienso que V.S. se me acerca, porque estoy firmemente persuadido de que con V.S. se salvará la Patria, y podrá el Ejército tomar un diferente aspecto".

El único jefe con quien podía contar para cubrir su retaguardia —confesaba— era el coronel Dorrego, pues desde que perdiera a Álvarez y Forest ninguno —decía— estaba en condiciones de ayudarlo. Reclamaba a Holmberg, que le hacía "una falta extrema", pese a su carácter y rigor en el trato a los paisanos, por los conocimientos técnicos que poseía.

El plan de Belgrano era expuesto por éste al coronel San Martín:

Mi objeto siempre ha sido en mi retirada caminar hasta Tucumán, y si me persiguiera el enemigo, hacer en aquel punto el último esfuerzo con la caballería que se pudiese juntar, dando un ataque a la brusca, prevaleiéndome del entusiasmo de aquellas gentes, de su espíritu de robo, y de que el enemigo no podría presentarse con tanta caballería, y que su infantería no es maniobrera, y es sin duda peor que la nuestra.

Agregaba:

Si el enemigo no bajase, trataremos entonces de formar el Ejército bajo el mejor pie, y no movernos del Interior mientras no tengamos una satisfacción completa de las tropas, así en disciplina como en su subordinación, y no menos en los oficiales. Si bajase con la fuerza que dice tener, o menos que la nuestra y aún igual, lo debemos atacar.

Era la repetición de su antigua estrategia.

El 18 de enero de 1814 el general Belgrano cruzó el río Pasaje o Juramento, y el día 21 se encontraba en la estancia de Las Juntas enfrente de Yatasto. Allí, aún en territorio salteño, se encontró con San Martín, jefe de la expedición de refuerzo despachada desde Buenos Aires, consistente en un batallón del Regimiento n° 7, 100 artilleros, y 250 soldados de su Regimiento de Granaderos a Caballo. Este último debía asumir las funciones de Mayor General, pues Díaz Vélez marchó a la capital.

Los primeros días del año mostraban un estado de las operaciones similar a lo ocurrido antes: tras el triunfo en Suipacha, la derrota en Huaqui; luego de la victoria de Tucumán, el desastre en Ayohuma. El Alto Perú se había perdido por segunda vez.

La situación se retrotraía a 1810.

En la Provincia Oriental se arrastraba un grave conflicto entre el comandante en jefe designado por las autoridades centrales residentes en Buenos Aires, Manuel de Sarrautea, y el coronel José Artigas, caudillo de gran parte de las masas rurales. Las desavenencias entre ambos habían llevado incluso al estallido de actos hostiles entre las fuerzas que ambos encabezaban, hasta que lograda la separación del primero, el jefe oriental se sometió al Gobierno Nacional, aunque manteniendo sus prevenciones contra los porteños, de quienes poco se confiaba. Incluso entabló contacto con Paraguay para aunar actitudes preventivas, que las dificultades nacidas de la distancia y azares de las comunicaciones esterilizaron. De cualquier modo, en abril de 1813 el coronel Artigas juró acatamiento a la Asamblea General Constituyente del Río de la Plata y le envió los diputados de su provincia. Mas el recelo hacia la sinceridad de su postura, inequívocamente teñida de fuerte sentido autonomista, movió a la Asamblea a rechazarlos en la sesión de 11 de junio, alegando que sus poderes eran "absolutamente nulos por incontestables principios", por haber sido conferidos por la sola voluntad del caudillo. La tensión renació y estallará a poco, en medio de un cuadro angustiante.

Rondeau quedó a cargo del ejército sitiador de Montevideo, y el subsiguiente fracaso en el entendimiento con Artigas llevó a un hecho gravísimo: en la noche del 14 de enero de 1814 este último abandonó la línea del asedio que le estaba confiada, y las tro-

pas orientales a sus órdenes lo siguieron hacia la campaña en las horas siguientes. Quedaron abandonados muchos equipos militares, que el jefe español Vigodet no atinó o no se atrevió a recoger saliendo de los muros de la plaza. Rondeau debió retirarse de sus posiciones hacia otras algo más alejadas, pero igualmente sin ser molestado. Al mes siguiente el Director Supremo de las Provincias Unidas, don Gervasio A. de Posadas, declaró "traidor" a Artigas y por decreto lo fulminó como a "infame, privado de sus empleos, fuera de la ley y enemigo de la patria". Se ofrecieron \$6.000 por su persona, vivo o muerto.

Desde entonces comenzó una lucha civil, próxima a Buenos Aires, no obstante el peligro del enemigo común. La causa artiguista de resistencia a varias medidas de la Capital contagió a las vecinas provincias de Corrientes y Entre Ríos, como luego a Santa Fe, y una guerra intestina se libró en el territorio de ellas. El comandante de los Partidos entrerrianos, coronel Hilarión de la Quintana, abandonó Concepción del Uruguay por no sentirse seguro, y el teniente coronel barón de Holmberg cayó prisionero cerca de Paraná, en El Espinillo, de las fuerzas mandadas por el comandante José Eusebio Hereñú, partidario de Artigas. El pormenor de las hostilidades llevadas a cabo en la Mesopotamia corresponde a la crónica de esta región, por lo que no será tratado aquí.

Por ese tiempo ocurrieron novedades de gran trascendencia.

La situación en Europa marcaba el final de un proceso: Napoleón estaba siendo derrotado. Los ejércitos aliados de Inglaterra, Prusia y Rusia invadían Francia, derrumbando el Imperio nacido una década atrás. En lo que respecta a la Península Ibérica, significó que el Emperador de los franceses reconoció como monarca soberano de España e Indias, tras poco más de un lustro, a don Fernando de Borbón, quien el 22 de marzo de 1814 pisó nuevamente su suelo natal. Una semana después Napoleón abdicaba y era desterrado a una isla frente al norte de Italia.

¡Fernando VII libre en España! El vuelco internacional gravitó en forma casi instantánea en la política rioplatense, modificando profundamente la estrategia seguida por el Gobierno Nacional. Era el tiempo en que las Coronas restauradas se reunirían en Viena para recomponer el mapa del mundo convulsionado por su árbitro caído, hermanándose para sostener mutuamente su estabilidad. En lo que hace a las ex colonias hispanas en Sudamérica, la Santa Alianza estaba dispuesta a apoyar a su antiguo soberano a recobrarlas. Por la fuerza, naturalmente. Para esto, en primer lugar, se comenzaron a alistar elementos militares para reforzar las guarniciones en el Nuevo Mundo, y en lo que respecta a las Provincias Unidas, se destinó una escuadra que las trasladara a Montevideo, bastión realista en el Plata, con puerto apto para recibirla.

Ensombrecía aún más el panorama desfavorable, la situación en el Norte del territorio rioplatense después del descalabro total sufrido en Ayohuma.

El gobierno del segundo Triunvirato, en diciembre de 1813, había designado al coronel José de San Martín para que suplantara como Mayor General (segundo jefe) del Ejército Auxiliar del Perú al coronel Eustaquio Díaz Vélez, pero apenas asumido el Poder Ejecutivo por el Director Supremo Posadas, éste lo instó a asumir el comando de aquél: "Excelente será el desgraciado Belgrano, será igualmente acreedor a la gratitud eterna de sus compatriotas, pero sobre todo entra en nuestros intereses, y lo exige el bien del país, que por ahora cargue usted con esa cruz".

El 18 de enero de 1814 así lo dispuso el mandatario, y San Martín se puso a la cabeza del malaventurado Ejército en Tucumán, diez días después. El brigadier Manuel Bel-

grano dio un bello ejemplo de abnegación patriótica al quedar como jefe del Regimiento n° 1, en el Ejército que hasta entonces mandara.

Debe decirse que esos dos campeones de la Independencia mantuvieron siempre una amistad firme, cimentada en la apreciación de los méritos que cada uno revelaba. Un mes atrás Belgrano había expresado al Gobierno su complacencia por el envío de San Martín con auxilios, añadiendo que quería

[...] con la franqueza que acostumbro, que V.E. le diera el mando en jefe, quedando yo en el Ejército con mi regimiento o de soldado, por dos razones: la primera, porque es regular que tenga más conocimientos militares que yo, habiendo sido en la carrera y no la mía; la segunda, para dar un ejemplo a mis paisanos, pues al paso que son ignorantes son orgullosos, y creen que no hay quien sepa más que ellos.

Por su parte San Martín declaró de aquél: "No será un Moreau ni un Bonaparte, pero es lo mejor que tenemos en América del Sur". La rotundidad de este juicio se basaba en su organización de las tropas, el espíritu que les insuflara, y su conducta en triunfos y reveses. San Martín contó con el asesoramiento de Belgrano para imponerse de las características de la guerra en un teatro de operaciones que desconocía, y mucho se esforzó para no desprenderse de su colaboración, cuando el Poder Ejecutivo dispuso convocarlo para que explicase su conducta en el Alto Perú.

Entre los consejos del general Belgrano se contó su preferencia por la Infantería, más apropiada para operar en el terreno frágil, donde los reclutas estaban poco acostumbrados al empleo de la Caballería. También recomendó al comandante de vanguardia, el coronel Manuel Dorrego, como "único jefe en quien puedo contar, por su espíritu, resolución, advertencia, talante y conocimientos militares". De acuerdo con su experiencia, Belgrano aconsejaría más tarde a San Martín: "Si usted no cree que tiene el Ejército bien disciplinado y en el mejor pie de subordinación, no haga movimiento alguno". Su interlocutor estaba plenamente convencido de proceder así.

El coronel San Martín se enfrentaba con una grave situación, con el general español Joaquín de la Pezuela dominando el Alto Perú y amenazando con invadir Tucumán, y eventualmente unirse con Vigodet en Montevideo. De cualquier modo, la provincia de Chayanta estaba convulsionada, y el fermento revolucionario latía en aquellas regiones tras la prédica de Belgrano. En Santa Cruz de la Sierra el coronel Warnes mantenía la insurrección, como también el coronel Arenales en Valle Grande. Con todo, Pezuela avanzó hasta Salta, sin atreverse a proseguir más al sur debido a ese estado de cosas en la retaguardia, y a la resistencia de las guerrillas que el teniente coronel Martín de Güemes dirigía por disposición de San Martín. Éste consideraba que 700 veteranos bastaban para quedar en las avanzadas, mientras que el resto de las tropas se concentraba en Tucumán para reorganizarse.

En la Capital, el primer Director Supremo don Gervasio A. de Posadas dio nuevo impulso a los aprestos bélicos. Su ministro de Guerra y Marina fue el general Francisco Javier de Viana, y de Hacienda don Juan Larrea, que se constituyeron en los pilares de la reorganización emprendida. Al último se debió la formación de una nueva Escuadra para disputar el dominio de las aguas a los navíos de Montevideo. Se instaló una fábrica de fusiles en Buenos Aires bajo la dirección de don Salvador Cornet, y dos fábricas de pólvora, en Córdoba y Santiago del Estero, prosiguiéndose la fundición de cañones en la

Capital. Y hay que tener en cuenta la escasez de medios, pues el mayor volumen de ingresos provenía del comercio con Gran Bretaña. No obstante los enormes gastos militares, el Gobierno cuidó de proseguir sosteniendo el impulso nacido en 1810. Comentó posteriormente el general Carlos de Alvear:

Con un erario ya agotado, con el comercio paralizado, se hicieron estos prodigios, y la decisión heroica del patriotismo de Larrea le hicieron vencer con un pecho de acero todas las dificultades que se le oponían al sostén de la guerra, al aumento de los Ejércitos, así como a la formación de la Escuadra. A estos ramos eran dirigidos exclusivamente todos los recursos que se podían proporcionar.

La magnitud del esfuerzo y de los sacrificios quizá no sean aún valorados cabalmente. Para medir lo vasto y eficiente de los trabajos realizados, nada mejor que la descripción debida a un fragmento de las trucas *Memorias* del general Alvear:

El Ejército de la Capital se aumentó considerablemente, adoptó la nueva táctica y se formaba en una organización conforme a los adelantos modernos. Era la gran reserva del país, de donde salían los refuerzos para acudir a donde la necesidad los exigía. Así salió una fuerte división para Tucumán, que unida con los restos del ejército batido en Vilcapugio y Ayohuma, contuvo al ejército victorioso. Todos los vecinos de los suburbios de la ciudad fueron obligados a alistarse en cuatro cuerpos que se formaron de caballería, y de aquellos que en la ciudad podían mantener caballos, creándose otro cuerpo con la denominación de Caballería Ligera. Las milicias de la campaña recibieron una organización bajo principios útiles, adaptables a esta calidad de tropas. La contabilidad de los cuerpos se sujetó por primera vez después de la Revolución a principios sólidos, que al paso que garantían al soldado la exactitud de su prest, ponían al Estado a cubierto de toda malversación. Los cuerpos veteranos se acamparon fuera de la ciudad: era más fácil contraerse a su instrucción, así como sujetar al soldado al yugo de la disciplina, y se vieron por primera vez en esta parte de América los ejercicios en línea, que se ejecutaban por muchos cuerpos reunidos, así como en combinación de todos los demás movimientos indispensables y de absoluta necesidad para ejercitar a los jefes, oficiales y tropas en las evoluciones necesarias en un día de batalla. A la par de los cuerpos de línea se ejercitaron las milicias, y a una y otras se les pasaba frecuentes revistas, pues al paso que servían para entusiasmar al soldado, animaban al ciudadano, el cual veía en la reunión de las tropas y en su aire marcial, la garantía más eficaz del triunfo de la Independencia. El entusiasmo militar se comunicó en todas las clases, y los jóvenes de las familias más distinguidas corrieron a alistarse en las banderas del Ejército, los que fueron destinados para oficiales de todos los cuerpos.

Cabe añadir que Juan Manuel Beruti anota en esa época:

Va entrando nuevamente la distinción y brillo que abolimos, pues el general de las armas se distingue en virtud del superior decreto, por una banda cruzada celeste, con borlas de oro por remate, y espuelas en las botas; el mayor general, blanca con las mismas borlas y espuelas; los ayudantes del general por una faja celeste de se-

da con borlas de lo mismo y espuelas; y los ayudantes del mayor general, blancos con borlas de lo mismo y espuelas.

Dicho comandante en jefe era don Carlos de Alvear, y su segundo don Juan José Viamonte. Se sabe que el 31 de agosto de 1814, a propuesta del director Posadas, la Asamblea creó el grado de coronel mayor.

Tan decidido era el impulso del Gobierno de Buenos Aires, que no midiendo su falta de recursos, envió a fines de 1813 una división auxiliadora a Chile, puesta bajo el mando del coronel Marcos Balcarce —en reemplazo del teniente coronel Santiago Carrera que lo había precedido con la guarnición de Mendoza—, para colaborar en los esfuerzos de ese Estado en su lucha contra España. La difícil situación militar por que pasaba el territorio trasandino imponía “la íntima unión de intereses recíprocos”, como exponía el Segundo Triunvirato. Marcharon 229 hombres, quedando para completarlos otro contingente de 131. Allí participaron a órdenes del general Juan Mackenna en el combate de Cucha Cucha (23 de febrero de 1814), donde se distinguió el sargento mayor Juan Gregorio de las Heras, y uno de sus hombres, según el parte de Mackenna:

El siguiente rasgo de valor personal no debe sepultarse en olvido: un cabo del cuerpo de auxiliares de Buenos Aires, Manuel Araya, viendo a un oficial enemigo que con suma intrepidez animaba a su tropa, marchó sobre él, matólo, y vuelve montado en su caballo a la formación.

Allí prosiguieron luchando otra vez en Membrillar, destacándose el mismo coronel Balcarce, y en Tres Montes, río Clarillo y hacienda de Quechereguas, en abril. Ya varios de ellos ostentaban un escudo de honor donde estaba inscripto “La patria a los valerosos de Cucha Cucha, auxiliares en Chile”.

En Tucumán el coronel José de San Martín estaba dedicado plenamente a dar nueva forma y bríos al Ejército, gravemente dislocado y desalentado tras su derrota en Ayohuma. Contaba como mayor general al coronel Francisco Fernández de la Cruz. Indica Paz en sus *Memorias* que “el nuevo general reorganizaba el Ejército en los rudimentos de la táctica moderna que hasta entonces no conocíamos. La caballería principalmente recibió mejoras notables, pues como he indicado antes estábamos en el mayor atraso y en la más crasa ignorancia”. (Conviene precisar que se daba el título de “general” al que mandaba el Ejército, aunque no tuviese este grado, y San Martín obtuvo el equivalente de coronel mayor recién en enero de 1815.) La entrega de San Martín a sus deberes fue plena, y tan eficaz como se esperaba de él. Había conducido desde Buenos Aires 1.000 hombres y 4 piezas de artillería, y al llegar a destino reforzó al Regimiento n° 1 de Infantería con los restos del n° 6, que quedó disuelto. Se equipó a las tropas con vestuario —estaban literalmente cubiertos de harapos—, y se les abonó su paga, brindándoseles los útiles que precisaban y también aguardiente. Dos hospitales atendieron al aspecto sanitario. Una preocupación accesoria la constituyó la situación de las familias cuyos deudos habían caído en acción de guerra. Sumamente celoso de la instrucción y de la subordinación, San Martín reorganizó el cuadro de oficiales y despachó a los sobrantes para que en otros destinos fueron empleados como instructores. Impartía a aquéllos los conocimientos teóricos y relataba experiencias prácticas en la academia que funcionaba en su propio domicilio, enseñanza que a su vez se repetía por los oficiales al cuadro de suboficiales. En

una de esas reuniones tuvo lugar la célebre insolencia del coronel Dorrego para con el brigadier Belgrano, al burlarse de éste por la forma como había repetido una voz de mando, lo que movió a San Martín a separarlo del Ejército (5 de marzo): fue reemplazado en la jefatura del Regimiento de Cazadores por el teniente coronel Francisco Pico, de destacada actuación en la batalla de Salta. El Director Supremo Posadas respaldaba absolutamente al comandante del Ejército Auxiliar del Perú: “Dé sin miedo los tajos y reveses que se le antojaren, seguro de que por mi parte no ha de haber novedad”. El Regimiento n° 7 de Pardos y Morenos fue atendido especialmente, engrosado con todos los negros que revistaban en las demás unidades, de modo de darles carácter propio y estimular en ellos el espíritu de cuerpo que les faltaba al estar dispersos en varios batallones. Otro rubro que no descuidó San Martín fue remontar el cuerpo de Artillería con personal competente, mejor seleccionado que los demás por la especialización que requería esta arma.

Con nuevos reclutas locales —muchos de ellos voluntarios— y contingentes recibidos de otras Provincias, más los libertos que se obtenían por compra, el Ejército fue engrosado. La desertión era duramente castigada: 200 palos con “varas muy delgadas y que no tengan nudos”, propinados en dos momentos. Pero todas las medidas tendían a enaltecer los servicios en el Ejército, e ilustra el capitán José María Paz:

El general San Martín exigía de los oficiales un trato y porte decoroso, pero quería que los sueldos fuesen exactamente pagados, y efectivamente en los cuatro meses que estuvo a la cabeza del Ejército, así se verificó en la clase de jefes y oficiales, sin dejar de dar al soldado buenas cuentas semanales que si no completaban su sueldo, le suministraban al menos para sus más precisos gastos. Si el general San Martín exigía una suma exactitud en el servicio, quería también que se diesen un tono digno y caballero, y que estimasen en mucho su profesión y la clase que ocupaban en ella.

Tucumán era un punto estratégico, como ya lo decidiera Belgrano (quien en marzo partió de allí). A las características de un terreno fragoso que concluía, y al llano que comenzaba, se añadía que era refugio de multitud de emigrados del Alto Perú, y que contaba con una fábrica de armas nada desdeñable, y otra de monturas. Para sostener tal posición, San Martín dispuso la construcción de un campo atrincherado en el escenario de la antigua victoria del año 12, en el *Campo de las carreras*, lo que comenzó a llevarse a cabo en febrero. Explicó al Gobierno su necesidad: “que no sólo sirva de apoyo y punto de reunión a este ejército en caso de contraste, sino que me facilite los medios de su más pronta organización, como igualmente evitar la desertión tan general en un ejército compuesto en su mayor parte de reclutas”. Este gran acantonamiento fue construido bajo la dirección del teniente coronel Enrique Paillardelle, “jefe de Ingenieros”, quien también fue puesto a cargo de un curso de Aritmética y Geografía, materias que San Martín consideraba de indispensable conocimiento para un buen oficial. Ese campo atrincherado se conoció desde entonces como La Ciudadela.

Por el momento San Martín permanecía a la defensiva, dando forma a su Ejército, sin querer emprender nuevas operaciones hasta no considerarlo apto para la acción, aunque menudeaban sus reclamos de elementos para cuando iniciara su campaña. En el mes de abril de 1814 pudo realizar unas maniobras generales, después de haber instruido a sus unidades separadamente.

Empero, su organismo acusó el excesivo esfuerzo mental y físico que le demandaba la dedicación. Desde que el coronel San Martín asumiera el comando, había comenzado a sufrir algunos ataques de asma y una úlcera estomacal, producidas a la vez por el clima y por la tensión nerviosa. Tras una consulta médica en abril pidió licencia por el grave estado de su salud, y le fue concedida, dirigiéndose a Córdoba.

El Director Supremo lo reemplazó por el brigadier José Rondeau, cuyo destino al frente del Ejército sitiador de Montevideo fue asumido a su vez por el general Carlos Alvear.

Alvear desembarcó en Colonia el 10 de mayo de 1814 conduciendo refuerzos para la línea sitiadora. Si los patriotas aumentaban sus efectivos, también lo habían hecho los realistas, a causa del paulatino vuelco favorable de su situación en la Península, al punto que en la segunda mitad del año anterior pudieron introducir a Montevideo unos 2.500 hombres que condujeron el navío *San Pablo* y tres buques más, protegidos por las fragatas *Prueba* y *Voladora*. Los refuerzos hispanos pertenecían a los regimientos Lorca y América, y los acompañaban 200 artilleros de Marina.

La actitud hostil del coronel José Artigas no dejaba de resultar preocupante. Sus fuerzas irregulares cometían desmanes en la campaña, y hasta se atrevían a desafiar a las fuerzas nacionales. La armonía que intentó lograr a cabo Alvear no tuvo efecto. En tanto, las tropas españolas no cesaban de incursionar en los ríos interiores, sobre todo el Uruguay, asegurando el abastecimiento de Montevideo, que lo recibía, además, desde Brasil, el Pacífico, y hasta Carmen de Patagones en el sur bonaerense, punto del cual se habían apoderado los realistas fiados en la distancia y su incomunicación. A fines de 1813 una escuadrilla de 19 naves provocó gran inquietud en Buenos Aires —ella fortificó la isla Martín García—, y alentó el proyecto de crear una segunda flota argentina, en reemplazo de la que mandara Azopardo. Por cierto, no en toda ocasión los buques de Montevideo tenían éxito, como que tres de ellos que avanzaron por el Paranacito fueron atacados en la noche del 10 de enero de 1814 por una columna salida de Gualaguaychú, que al mando del capitán Gregorio Samaniego y el alférez Felipe Rodríguez logró capturarlos.

El impulso dado a la incipiente Marina por el ministro Larrea fructificó, auspiciado por el general Alvear, y el 1º de marzo de 1814 era nombrado comandante de ésta el teniente coronel William Brown, conocido marino irlandés. Su tripulación la integraron irlandeses y norteamericanos, y llevaba embarcados infantes y artilleros criollos (que intentando amotinarse los primeros de ellos al zarpar, fueron condenados severamente al reducirlos). En tanto, buques realistas mandados por el capitán de navío Jacinto Romarate proseguían alarmando a las autoridades de la Capital.

No mucho después de estos hechos, en la noche del 14 de marzo, Brown con 7 embarcaciones tomó por asalto la isla Martín García, tras violento cañoneo entre ambas fuerzas rivales el día anterior, escapando parte de la escuadra de Romarate (8 naves, de las 13 con que contaba) aguas arriba del Uruguay, en cuyas costas fueron auxiliados por tropas artiguistas que mandaba el comandante Fernando Otorgués, segundo jefe del caudillo oriental. Los realistas conservaban todavía otros bajeles en Montevideo a órdenes del capitán de fragata José Primo de Rivera, pero sus efectivos estaban disminuidos y desmoralizados. Los navíos de Romarate fueron perseguidos hasta Arroyo de la China (Concepción del Uruguay) por el capitán Nother de la escuadra nacional, librando combate el

28 de marzo, que resultó favorable a los realistas, causando las bajas de los principales jefes patriotas.

Reparada la escuadra de Brown, el 19 de abril estableció un riguroso bloqueo a la ciudad de Montevideo, cuya subsistencia desde el exterior cesó por completo. Pese a que la plaza disponía aún de 13 naves armadas con 155 cañones, y tripuladas por 1.180 hombres, el jefe del apostadero no se animó a medirse con la inferior fuerza de Brown: 8 buques con 147 piezas de artillería, y 1.252 tripulantes. Pero forzado a darse a la vela, al mes siguiente, zarparon los realistas recostándose sobre la costa, hasta que el día 15 de mayo fueron alcanzados, y la capitana española huyó abandonando a su escuadra, que intentó retornar a puerto. Brown impidió este designio, entrando en acción en la noche del 17, capturando tres embarcaciones y obligando a escapar a otras tres, aguas afuera. Sólo una corbeta, un lugre y un falucho lograron ponerse bajo el amparo de las baterías de Montevideo. "El sol y la victoria se presentaron a un tiempo mismo", escribió Alvear con inspiración clásica. El vencedor estampó en su parte frases dignas de transcribir:

Creo que de este modo las armas de la patria han alcanzado completa victoria sobre una fuerza muy superior del enemigo, que según parece (Dios les perdone) se proponían cortarnos el pescuezo a todos, habiéndose distribuido a intento largos cuchillos, lo que es apenas creíble. Sea de ello lo que fuere, me permito recomendarle encarecidamente a los prisioneros de guerra: hacer represalias sería una flaqueza, mientras que hay generosidad en perdonarlos. La crueldad se vigoriza en actos de su misma naturaleza, y aquéllos deben ser reformados con buenos ejemplos y no con la ley de talión.

Meses más adelante, el propio general San Martín afirmó: "La victoria naval de Montevideo es lo más grande que hasta el presente ha realizado la Revolución".

Diez días más tarde, privado de todo socorro, el mariscal Gaspar de Vigodet entabló negociaciones con el general Alvear.

Las gestiones llevadas a cabo por los enviados del gobernador de Montevideo ante el comandante de las tropas de Buenos Aires estaban teñidas de doblez, por cuanto Vigodet quiso apoyarse en las fuerzas de Artigas para oponerse a Alvear. Sin embargo, este último conocía el intento, y pese a que suscribió una capitulación el 20 de junio, pretextando su falta de ratificación se introdujo en la plaza y tomó posesión de ésta dos días después, adelantándose a los arreglos secretamente celebrados por Vigodet con Otorgués, segundo del coronel Artigas.

El 22 de junio de 1814 cayó Montevideo en poder del ejército de las Provincias Unidas, poniendo fin a un largo antagonismo con su Capital, que se remontaba a los tiempos de Liniers y Elío. Dos días después el mismo Alvear desbarató la reunión de Otorgués al norte de la ciudad, quien se proponía sublevar a los prisioneros realistas. La división de Romarate en el Uruguay se entregó, lo mismo que la guarnición que ocupaba Carmen de Patagones.

Inmenso júbilo provocó el fin de la guerra en el Río de la Plata, como que grandes fueron sus consecuencias. Los esfuerzos y angustias habían cesado; el peligro de que una eventual expedición española hubiese podido recalar en aquel puerto fortificado, quedaba esfumado, ya que el rey Fernando VII en junta de guerra había dispuesto despachar al Río de la Plata al general Pablo Morillo al frente de 10.600 hombres, embarcados en

60 transportes que serían custodiados por un navío y tres fragatas. Aquel suceso movió a dirigirlo al norte de Sudamérica, donde desarrolló una bárbara guerra a muerte, y con la derrota de Bolívar, reconquistó todo el territorio revolucionado.

En términos castrenses el Ejército patriota capturó en Montevideo 3.154 soldados veteranos de la guarnición defensora, más 2.186 milicianos. Muy importante resultó el armamento que cayó en su poder, por su cantidad y calidad, el cual serviría para abastecer al necesitado Ejército del Norte (y al que a poco se organizaría en Cuyo). Consistió en 176 cañones de bronce, 115 de hierro, 19 morteros, y todos los implementos accesorios; entre buques de guerra y mercantes de todo tipo, 99 naves, con sus correspondientes útiles de navegación y de guerra; ocho banderas de los regimientos de infantería Lórica, América, Provincia, Albuera y Madrid; más 8.245 fusiles con 6.000 bayonetas, 525 tercerolas, y 3.000 cañones de fusil y 2.000 llaves para armarlos. ¡Un verdadero tesoro! La Asamblea General Constituyente declaró al Ejército vencedor y a su general en jefe *Benemérito de la Patria en grado heroico*, y el Director Supremo los recompensó con una medalla de oro para los jefes, de plata para los oficiales, y escudo de plata para la tropa, con la leyenda *"La patria reconocida a los libertadores de Montevideo"*.

El jefe vencido, mariscal Vigodet —quien por cierto acusó a Alvear de haber violado la capitulación acordada— fue embarcado con los correspondientes miramientos en la nave capitana de su escuadra para que lo condujera a Europa, con sus edecanes y papeles privados.

El general Alvear volvió a poco a la Capital al frente de su Ejército, dejando como gobernador de Montevideo al coronel Nicolás Rodríguez Peña (22 de julio), no sin antes haber transado las diferencias que separaban al coronel Artigas con las autoridades nacionales. Este jefe fue declarado *"buen servidor de la patria"*, y designado Comandante General de la campaña, reconociéndose la autonomía de la Provincia Oriental, que por su parte debía volver a enviar diputados al Congreso. Consecuentemente Entre Ríos era declarada libre de la sujeción a la influencia de Artigas.

El caudillo oriental había temido al ejército de Buenos Aires en libre disposición de obrar contra él; pero cuando las tropas retornaron a su lugar de origen, volvió a mostrar sus ínfulas de predominio. Llegó a entablar contactos con los portugueses de Brasil para robustecer su posición, pero sin lograr su intento. De cualquier modo, el acuerdo del mes de julio no pasó del papel en que estuvo estampado: las hostilidades volvieron a desatarse.

Otra vez los recursos bélicos que debieran empeñarse en afirmar la Independencia debieron distraerse para imponer la autoridad del Gobierno central al díscolo jefe cuya prédica se extendió a la Mesopotamia, reanudándose las operaciones militares. En agosto Rodríguez Peña fue reemplazado como gobernador intendente de la Provincia Oriental por el coronel Miguel Estanislao Soler para vencer *"la obstinación del desnaturalizado José Artigas"*. Volvió Alvear para dirigir la campaña en su contra, que se libró mediante tres divisiones a órdenes de él mismo y de los coroneles Rafael Hortiguera y Manuel Dorrego, con quienes se enfrentaron los segundos de Artigas: Otorqués, Rivera y Lavalleja. Un factor para tener en cuenta era la composición de las tropas *"directorales"*, cuya infantería se integraba en gran parte con los prisioneros realistas del sitio de Montevideo: no eran, pues, de confianza, y era valor entendido que *"no servían más que para hacer la guardia en el campamento"*.

Las operaciones se demoraron y dificultaron por el apoyo de la población a la causa de Artigas, aunque Otorqués fue derrotado en Marmarajá y obligado a buscar asilo en

suelo portugués. La definición llegó con el encuentro sostenido entre Dorrego y Rivera, a principios del año 15, luego de incesantes correrías por la ondulada provincia. Participaron de esta campaña dos escuadrones del Regimiento de Granaderos a Caballo, que operaban en forma separada (ya se expuso que otros dos fueron destinados a Tucumán) que condujo su jefe el teniente coronel José Zapiola, puesto que San Martín había asumido el comando del Ejército Auxiliar del Perú. Ya se mostraban los Granaderos a Caballo como un cuerpo ejemplar, y eran considerados como tal, y lo sabían. Su conducta en la Provincia Oriental no desmereció su fama. Mas no siempre la fortuna acompaña al buen comportamiento, según quedó comprobado al chocar, finalmente, el coronel Dorrego con el teniente coronel Fructuoso Rivera, lo que tuvo lugar el 10 de enero de 1815 en el potrero de Arerunguá, en las márgenes del arroyo Guayabos (con cuyos dos nombres se denomina indistintamente al combate). En medio de la acción sucedió lo temido: gran parte de la infantería de Dorrego se pasó a los artiguistas, lo que causó confusión y luego el desbande del resto de la tropa nacional. Los Granaderos a Caballo y los Dragones de la Patria debieron cubrir la retirada, sufriendo fuertes bajas, entre las cuales debió contarse el propio jefe de aquel regimiento, dando ejemplo en el peligro:

En la tenaz persecución de los enemigos, el caballo del comandante Zapiola rodó arrojándolo al suelo, en cuyo momento cayeron sobre él para matarlo 4 enemigos. Olazábal que iba a su lado, se dejó caer de su caballo, con un sargento y un soldado, y peleando cuerpo a cuerpo salvó a su jefe.

Así consta en la foja de servicios del entonces teniente Manuel de Olazábal, luego coronel.

La derrota en Guayabos puso fin a la campaña en la Provincia Oriental y cimentó el prestigio del coronel Artigas, fortaleciéndolo en Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe. No estaba lejos el momento en que el *"Jefe de los Orientales"* se convirtiera en el *"Protector de los Pueblos Libres"*, al frente de una Liga opuesta al Directorio de las Provincias Unidas.

Problema de otra índole no menos grave, fue el estado de insubordinación que se patentizó en otras dos regiones del país, el Norte y Cuyo, con efectos en los Ejércitos allí acantonados.

El primero de ellos estuvo causado por la determinación del Director Posadas de reemplazar al brigadier José Rondeau por Alvear como comandante en jefe del Ejército del Perú. A tal efecto partió este último desde Buenos Aires a fines de noviembre, más conocido el hecho por los jefes militares que se hallaban en Jujuy, mandaron a su superior una instancia para que resistiese la medida. No era el menor de sus argumentos contra Alvear el que hubiese dado al Regimiento n° 2 de Infantería —al reforzarlo con prisioneros tomados en Montevideo— la antigua bandera española, lo que motivó el descontento y deserción de muchos soldados criollos. Suscribían tan aventurada actitud Rodríguez, Diego Balcarce, Pagola, Forest, Juan José Quesada, Alvarado, Luna y Arévalo, quienes detuvieron a don Antonio Álvarez de Jonte, enviado como adelantado de Alvear. El brigadier Rondeau se limitó a ponerlo en libertad y comunicar lo sucedido a Posadas. Alvear también conoció el hecho, y escribió desde Córdoba en tono amenazante al Cabildo de Salta, el que lo instó a no entablar una lucha entre americanos. Alvear resolvió prudentemente retornar a la Capital. El Ejército del Norte declararía el 30 de enero de

1815 a la Asamblea General que no obedecería sus órdenes “por creerlo sospechoso, incapaz de llevar adelante el sistema de libertad que han jurado los americanos, y ser su elección notoriamente contraria a la voluntad declarada de todos los pueblos”. Los acontecimientos futuros indicarían si este duro juicio estaba fundamentado. Aunque el virtual amotinamiento no aparejó consecuencias para sus partícipes.

Del otro hecho se dará cuenta seguidamente, para tratar en orden cronológico un aspecto diverso del proceso emancipador.

La vuelta al trono de los Borbones en Francia y España, preocupó sobremanera a las autoridades nacionales del Río de la Plata. Sin llegar a provocar una rectificación a la acción revolucionaria de 1810, sin duda motivó un cambio en la política exterior.

No se presentaba optimista la situación militar de las Provincias Unidas a mediados de 1814, cuando se produjo la Restauración, porque salvo la toma de Montevideo, en el Norte los realistas se mostraban amenazantes ante un Ejército patrio no debidamente listo para enfrentarlo, y en el Oriente se agudizaba la desobediencia a las autoridades centrales, con proyección sobre las provincias litorales. Para agravar el estado de cosas, se produjo la sublevación del Regimiento nº 2 de Infantería cuando marchaba a reforzar el ejército de Rondeau. No sería lo peor: en Chile, en los primeros días de octubre, era vencido el movimiento emancipador tras la batalla de Rancagua. Este último contraste esfumó la idea que se había esbozado, de cruzar los Andes, contando con esa base del otro lado de la cordillera, e ir a atacar Perú por otra ruta que no fuera la del río Desaguadero. Por el momento... Puesto que en el ánimo del general San Martín el proyecto cobraba fuerza, no obstante que Chile hubiese caído en manos del enemigo.

De cualquier modo, el Gobierno del Río de la Plata consideró que el panorama negativo no permitía concebir esperanzas de salvar a la Revolución. La crisis interna se agregaba a la falta de elementos suficientes para ganar la guerra, por lo menos de la manera inmediata que exigía imperativamente la causa nacional, y se ensayó la negociación para salvar lo que se pudiera. El Congreso no había declarado la Independencia, como era su cometido, y por ende tampoco sancionado la Constitución, y al concluir el mes de agosto suspendió sus sesiones.

La solución que se eligió fue despachar una misión diplomática que pusiera en el trono de las Provincias Unidas a un Infante español, en diciembre de 1814.

Era un paso aventurado, y debía ser desenvuelto en el mayor secreto, porque su motivo podía ser confundido, y esto es lo que ocurrió, al punto que hasta ahora se mantiene la tergiversación acerca de su real objetivo. Baste decir que la comisión estuvo encomendada a dos figuras espectables de los primeros gobiernos revolucionarios, cuales fueron don Manuel Belgrano y don Bernardino Rivadavia, que llevaron el encargo de ofrecer dicha Corona a un hermano del rey Fernando, el príncipe Francisco de Paula, quien debía jurar acatamiento a la Constitución que diera el Congreso General. Es decir, que se buscaba poner fin a la guerra, consagrando la Independencia, aunque a costa de la forma republicana de gobierno, que ya había prendido en la conciencia ciudadana desde el año 10. El sígilo guardado, debido a la naturaleza de la gestión, llevó a pensar —cuando pese a todo, llegó a traslucirse el encargo a los diplomáticos mencionados, aunque no la finalidad de éste— que se quería traicionar el movimiento emancipador, que en verdad era lo que se buscaba salvar. Quede por ahora planteada esta tentativa, llevada a cabo entre 1815 y 1816.

A poco, en enero de 1815, renunció Posadas a su cargo de Director Supremo —la actitud rebelde del Ejército Auxiliar del Perú fue determinante—, y fue reemplazado por el brigadier general Alvear.

Casi enseguida éste recibió un pedido de licencia del coronel San Martín, a quien Posadas había nombrado en agosto pasado gobernador de la Intendencia de Cuyo. Es posible que el nuevo jefe de Estado haya querido aprovechar la ocasión para afirmarse políticamente con otra figura que no tuviera tan fuerte personalidad y prestigio como el que ya gozaba San Martín —su compañero de viaje al Plata y “hermano” en la Logia Lautaro—, aunque hasta el momento conservaban un trato amistoso. Mucho se ha especulado sobre sus relaciones, que eran cordiales entonces, y no puede considerarse a Alvear en tales tiempos con la relevancia política y social que tuvo después él mismo y su familia, puesto que —como San Martín— era hijo de un oficial español que escasamente estuvo en Buenos Aires, debiendo el peso de sus relaciones de parentesco a su madre porteña, una Balbastro, cuyo apellido no era superior en prestigio al de Escalada, el de la esposa de San Martín. Sea como fuere, el Director supremo Alvear reemplazó a San Martín con el coronel Gregorio I. Perdriel, bravo soldado del Paraguay y Alto Perú, pero éste fue decididamente rechazado por las autoridades y pueblo de Mendoza, capital de la Intendencia. El Cabildo de esta ciudad reclamó la permanencia de su Gobernador y Alvear debió ceder a la voluntad popular (22 de febrero). Lo que significó otro debilitamiento de su autoridad ante los ojos del público, que venía vigilando su conducta.

La guerra no volvía a ofrecer un cuadro favorable, como se ha dicho. Al frente de la Capital, la ciudad de Montevideo se hallaba sitiada por las fuerzas del comandante artiguista Otorqués, que concluyó cuando en el mes de marzo las tropas de Buenos Aires que la guarnecían la abandonaron. Coincidentemente, en Santa Fe era depuesto el gobernador nacional, coronel Eustaquio Díaz Vélez, ocupando su lugar don Francisco Antonio Candiotti, en medio de excesos por parte de los artiguistas. El propio coronel José Artigas se hallaba posesionado de la villa de Paraná. Hasta la lejana Córdoba caía bajo la influencia del caudillo oriental, quemándose allí la enseña nacional (por primera vez en nuestra historia) y enarbolándose la enseña *federal*, que era una franja roja que la cruzaba en diagonal. La nueva autoridad cordobesa obsequió a Artigas con una espada de honor, en cuya hoja se grabó: “*Córdoba independiente a su Protector*”.

Un horizonte tormentoso rodeaba al flamante Director Supremo, quien temía que dentro de su propia sede capitalina la oposición le impidiera gobernar. El memorialista Beruti asentó que su nombramiento fue recibido “con un desagrado general del público”. Se decidió Alvear, en consecuencia, a extremar el rigor con los disidentes o incluso los sospechosos de serlo. Un bando que fulminaba con terribles penas a quienes alteraran el orden, juzgados por una comisión especial “privada y militarmente”, era complementado con espionaje y violación de la correspondencia privada de sospechosos. Un oficial llamado Ubeda fue ajusticiado sin proceso legal, quizá para servir de advertencia. El Ejército se convirtió en guardia pretoriana, pues el Director puso a todas las fuerzas situadas en el país bajo su dependencia —excepto las del Norte, con Rondeau, y las destinadas a la Banda Oriental, con Soler—, abarcando las de la Capital, Litoral, Centro y Cuyo; mas para atraerse a varios jefes, ascendió al grado de coronel mayor a San Martín, Soler, Ortiz de Ocampo y Terrada. Alvear creó nuevos cuerpos de caballería —se dijo en su época que incluso amparando a desertores del Ejército Auxiliar del Perú—; aunque desfalleciendo su ánimo, en secreto intentó ofrecer las Provincias Unidas al protectorado

británico (25 de enero de 1815), porque "este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo, y necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden". Afortunadamente Rivadavia pudo interceptar su entrega.

La más inmediata preocupación para el Gobierno la constituía Artigas. Los excesos de sus tropas, no todas disciplinadas, en los territorios que ocupaban, desde Montevideo hasta Corrientes y Entre Ríos, se acrecentaban con la creciente soberbia del Jefe de los Orientales, posesionado incluso de Santa Fe en carácter de "Protector". En todas aquellas regiones se ostentaba la enseña tricolor, pues como exponía el mandatario de Corrientes, coronel Blas Basualdo, "se arbolará la bandera azul, blanca y roja porque así lo ordena mi General". El Director Supremo Alvear se decidió a eliminar este estorbo, comenzando por emitir una circular el 30 de marzo acusándolo de "sublevar los pueblos contra las autoridades constituidas". No concluyó con esto, pues exigió al Cabildo de Buenos Aires que expidiera una violenta proclama en contra de aquél, redactada en términos que la corporación no se avino a admitir. Finalmente, intimado por Alvear, el Cabildo tuvo que ceder —suavizando algunos conceptos—, pero con la consecuencia de dejar irritado el ánimo de los Regidores, extendiendo el descontento hacia el vengativo Director.

Salió, pues, el Ejército para operar contra el "Protector de los Pueblos Libres", conduciendo la división de vanguardia el coronel Ignacio Álvarez y Thomas. Lo seguiría el grueso, mandado por el ministro de Guerra, brigadier Francisco Javier de Viana, quien asumiría el comando general.

Quedaba en la Capital fermentando un amplio y profundo disgusto contra el Director Supremo, que el *Diario* llevado por don Juan Manuel Beruti recoge el 3 de abril:

Estas resultas y guerras civiles las ha causado la poca política de nuestro anterior Gobierno, que nos ha originado incalculables males, teniéndonos con sus etiquetas puestos en grande aprieto; porque el Perú (su ejército) no obedece a esta Capital, sus provincias no tienen relación con nosotros ninguna, la Banda Oriental lo mismo, y Santa Fe fue tomado; por lo que nos vemos sitiados por todas partes, llenos de miserias, sin recursos, esta ciudad en partidos, y expuestos a una catástrofe fatal.

Ese mismo día se pronunció contra Alvear, al llegar a la localidad de Fontezuelas, la división del coronel Álvarez, que arrestó al ministro Viana al presentarse a ésta, y obtuvo la adhesión de otras guarniciones cercanas. Titulándose Ejército Libertador de Buenos Aires y protector de su campaña, con la firma de todos sus jefes y oficiales, expidió una proclama justificando su actitud:

Cuando un pueblo valiente, generoso y lleno de virtudes como el nuestro, que ha plantado los cimientos de la libertad americana, derramando su sangre y sus bienes, se ve ajado, oprimido y degradado por la pequeña facción de hombres inmorales y corrompidos...

y proseguía la lista de agravios mostrando el favoritismo al círculo gobernante y sus allegados, y las medidas dictadas contra "todas las clases que componen la sociedad". Un punto en particular revestía importancia, cual era el cargo de disminuir al Ejército del Perú en vez de mandarle refuerzos, con un agregado de no menos trascendencia:

Últimamente las medidas tomadas para abrir una nueva guerra con nuestros hermanos los de la Banda Oriental, que a más de verterse inoficiosamente torrentes de sangre americana, desolaría nuestra provincia, cuando el voto de las tropas orientales sólo es poner a las provincias en estado de nombrar su gobierno libremente y regresarse después a su territorio.

Era patente la uniformidad de miras políticas con los federales, y también la de afirmar los vínculos nacionales. El brigadier Alvear debía caer del poder, y también cualquiera de los que formaban su "facción aborrecida", luego de lo cual el ejército de Buenos Aires volvería a la dependencia de su Gobierno. Tres días después, el 6 de abril, el coronel Artigas recibía en Paraná copia del manifiesto, y lo respondía en la misma fecha, felicitando a los jefes firmantes por su actitud y asegurando que sus actos no eran contra la provincia de Buenos Aires sino en beneficio de todos los pueblos, quedando a la expectativa de los resultados para retirarse "absolutamente" o unir sus esfuerzos para depone al adversario si trataba de sostenerse.

El problema no estaba resuelto, pues eso último es lo que ocurrió: Alvear salió de la Capital y se dirigió a la campaña. Mas en la ciudad se aprovechó de su ausencia, y una fuerte corriente de opinión liderada por Rodríguez Peña obtuvo la renuncia del Director —no sin resistencia y convocatoria de tropas de uno y otro bando—, dimisión que la Asamblea General aceptó el 14 de abril.

Depuesto el "nuevo Catilina", nuevamente el Cabildo de Buenos Aires asumió la conducción de los intereses nacionales. Lo hizo en forma tan completa, que procedió a disolver la mismísima Asamblea General Constituyente, convocando a elección de electores en la propia ciudad para designar un mandatario provisorio, "siendo imposible consultar en el momento el sufragio universal de las Provincias", aunque luego el nuevo Gobierno debía convocar a otro Congreso de Diputados, fijándose "un lugar intermedio en el territorio de las Provincias Unidas como punto de reunión para que allí reglamenten la Constitución del Estado". Por último fue nombrado Director Supremo el brigadier José Rondeau, aunque el coronel mayor Ignacio Álvarez —ascendido con prontitud al mismo grado— ocupó su cargo interinamente (6 de mayo). El Cabildo expidió circulares al Interior imponiéndole las novedades, se disculpó ante Artigas por la proclama que Alvear le obligó a emitir en su contra, y además acordó obsequiar con un sable de honor a los causantes de la caída de este último: Álvarez Thomas, Soler, Viamonte y el coronel Eusebio Valdenegro, sin que faltase en la nómina, desde luego, Artigas.

Como usualmente sucede en los enfrentamientos civiles, sobrevino el rigor hacia los partidarios de la caída administrativa: prisión, proceso y destierro fueron empleados sin miramientos, siendo un castigo extremo el dispuesto hacia el teniente coronel Enrique Paillardel, fusilado por haber defendido a Alvear haciendo fuego a sus atacantes. En cambio, la satisfacción por el cambio fue general en las Provincias Unidas, y Beruti en su *Diario* recogió el 17 de abril un detalle relevante: "Este mismo día amaneció puesta en el asta de la fortaleza la bandera de la Patria, celeste y blanca, primera vez que en ella se puso, pues hasta entouces no se ponía otra sino la española". En cuanto al brigadier Carlos de Alvear se le permitió embarcarse rumbo a Río de Janeiro, desde donde escribió (23 de agosto) una larga representación al encargado de Negocios de España renegando de sus servicios a la Independencia argentina y ofreciendo sus servicios al Rey, "considerándome como un vasallo que sinceramente reclama la gracia de su Soberano y está dispuesto a merecerla".

El amotinamiento en Fontezuelas trajo consigo una consecuencia indudable: el ejercicio del mando nacional por militares. Sin duda el Ejército fue un factor de poder desde el mismo momento de la remoción del Virrey en 1810, por haberse puesto al frente de la Junta organizada por los vecinos porteños, al comandante de las fuerzas armadas de mayor número y prestigio, pero los gobiernos colegiados surgidos desde entonces no marcaron la presencia militar en la conducción de los asuntos políticos en la medida que harían desde el año 15. Tras Alvear la nómina resultó una continuidad de brigadieres: Álvarez, Pueyrredón, Rondeau.

Debía el flamante Director Supremo, en la instancia política que comenzaba, fijar definitivamente la actitud del coronel José Artigas, el Jefe de los Orientales devenido en *Protector de los Pueblos Libres*.

Las laboriosas gestiones emprendidas no condujeron a ningún resultado positivo, más que patentizar la voluntad del caudillo "de la otra Banda" de pretender un sistema provisorio de Confederación hasta que el Congreso Constituyente concluyera su cometido, manteniendo bajo su dominio a las provincias del Litoral y Córdoba. Su empeño forzó al Director Supremo, el brigadier Ignacio Álvarez, a imitar la conducta de su depuesto antecesor Alvear, emprendiendo la misión que éste le encomendara: el general Juan José Viamonte marchó sobre Santa Fe y ocupó su capital.

La guerra civil volvía a empeñarse.

CAPÍTULO VI

La guerra externa y la interior

ÚLTIMA OFENSIVA AL ALTO PERÚ. SAN MARTÍN EN MENDOZA. DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA. LA LIGA DE LOS PUEBLOS LIBRES. ESTRATEGIA SANMARTINIANA. INVASIÓN PORTUGUESA. CRUCE DE LOS ANDES Y BATALLA DE CHACABUCO. TALCAHUANO, CANCHA RAYADA Y MAIPÚ. HOSTILIDADES EN EL LITORAL Y LA BANDA ORIENTAL. ESTALLIDO DE LA ANARQUÍA.

El Ejército Auxiliar del Perú de guarnición en Tucumán quedó desde julio de 1814 bajo el comando del brigadier José Rondeau, no a mucha distancia del mariscal español Joaquín de la Pezuela, estacionado en Salta al frente de 4.000 hombres con 8 piezas de artillería. Empero, la actividad atrevida e incansable de los guerrilleros salteños y jujeños, forzaba al Ejército Real a no descuidarse y, por ende, a no atreverse a proseguir su avance al interior de las Provincias Unidas. Uno de los jefes españoles que combatió contra aquéllos, el después general García Camba, en su *Memoria de las armas españolas en el Perú*, dejó constancia:

Eran hombres extraordinarios a caballo, diestros en todas las armas, individualmente valientes, hábiles para dispersarse y volver de nuevo al ataque, con una confianza, soltura y sangre fría que admiraba a los militares europeos; tanto o más jinetes que los cosacos y los mamelucos; capaces de mantener a pie y a caballo un fuego semejante al de una buena infantería, con excelentes disposiciones para la guerra de guerrillas y sorpresas.

No extraña entonces que el entonces coronel Jerónimo Valdéz, uno de los más brillantes oficiales superiores del Ejército Real, exclamara al presenciar cierto episodio protagonizado por un niño que avisaba sus movimientos: "¡A este pueblo no lo conquistaremos jamás!".

Güemes por su lado, y el coronel Pedro José Saravia desde Guachipas, mantenían en alarma continua a los realistas, chocando cada vez que éstos se animaban a salir de sus campamentos para recoger víveres o conocer la situación de la campaña. El primero de ellos estableció el sitio de la ciudad de Salta; y todos estos hechos merecieron que San Martín —antes de dejar el mando del Ejército— expresara: "Los gauchos de Salta, solos, están haciendo al enemigo una guerra de recursos tan terrible que lo han obligado a desprender una División con el solo objeto de extraer mulas y ganado". El Gobierno Nacional, al publicar este parte en la *Gaceta Ministerial* del 10 de abril de 1814, utilizó el eufemismo de llamar "patriotas campesinos" a los gauchos, empeñado como estaba en luchar contra los paisanos federales del Litoral, a los cuales no deseaba prestigiar.

Por fin, se produjo la retirada de Pezuela, en el mes de agosto, motivada por dos circunstancias, a más de la eficaz defensa mantenida en la provincia de Salta (que comprendía a Jujuy): la noticia de la caída de Montevideo en manos de Alvear, y el alzamiento, una vez más, del Cuzco, dirigido por el prestigioso cacique Pumacahua. Allí en el Alto Perú tuvo lugar, entre otras muchas acciones de guerra, un importante encuentro entre las fuerzas patriotas mandadas por el coronel José Antonio Álvarez de Arenales y los realistas encabezados por su comandante Blanco, el 25 de mayo, en el paraje de La Florida, que resultó un triunfo para los primeros (100 muertos realistas, entre ellos Blanco, 94 prisioneros y 5 heridos), aunque en la persecución de los derrotados Arenales se adelantó solo a sus hombres y fue gravemente herido, conservando indeleblemente en su cara las señales de tres sablazos. El Gobierno lo ascendió, y los participantes en el combate fueron condecorados con un escudo que llevaba la leyenda "*La patria a los vencedores de la Florida*". (Durante muchos años la calle de este nombre fue la más importante de la ciudad de Buenos Aires.) Consecuencia de todo lo narrado resultó la ocupación de Chuquisaca y Cochabamba por las tropas americanas.

Mientras se desarrollaban tales sucesos, el Virrey del Perú movilizaba sus efectivos, enviándolos hacia el Cuzco desde Lima; varios más llegarían de Chile.

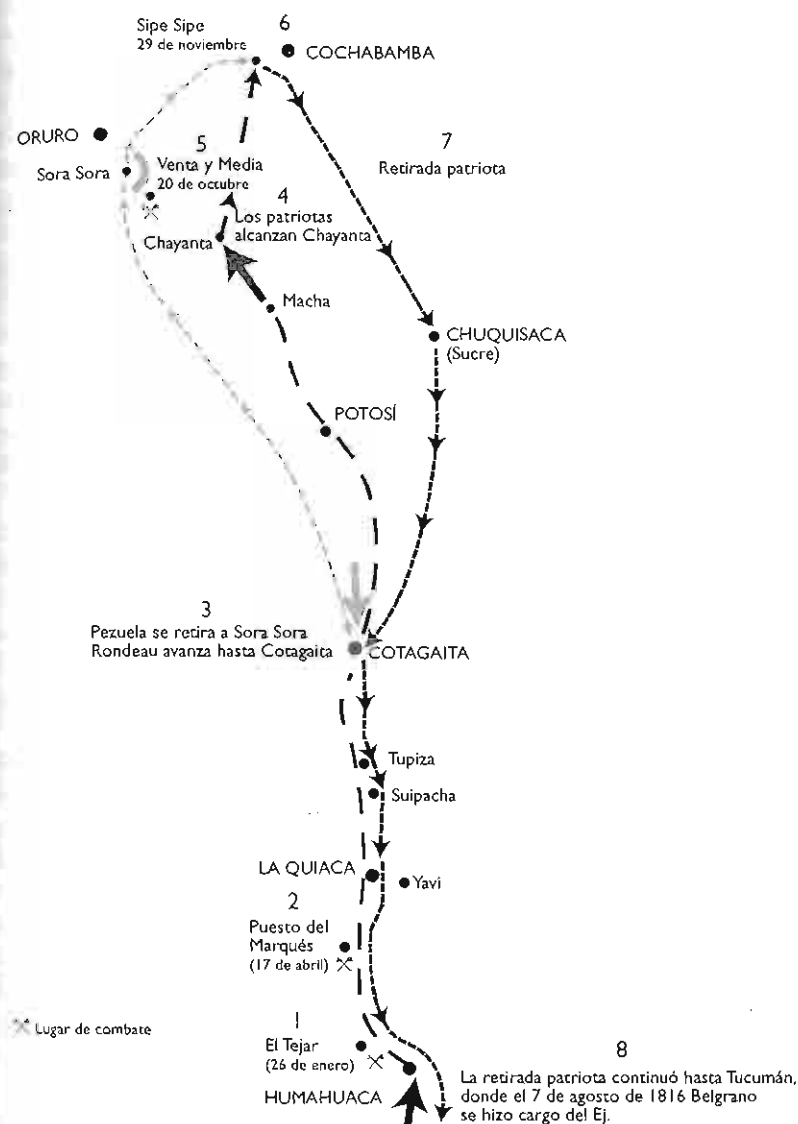
Y en otro teatro de la guerra, esta vez interna, nuevos acontecimientos venían a ensombrecer un panorama general que no se definía favorablemente a los deseos del Gobierno Central.

Otra vez era la prepotencia anárquica de Artigas la causante de las preocupaciones para el elenco directorial, sin que dejara de obrar al mismo tiempo cierta conducta ambivalente de algunos jefes nacionales destinados a operar en el Litoral, como veremos. El factor desencadenante lo causó la llegada de Viamonte por río, al frente de 1.500 efectivos de las tres armas, para apoyar al partido opuesto al "Protector" Artigas, el mismo día que falleció el gobernador Candiotti por su avanzada edad y dolencias, al cual el general Viamonte rindió honores militares durante su entierro (agosto de 1815). El General porteño tomó directa intervención en la elección del nuevo mandatario, y debido a su presión resultó elegido don Juan Francisco Tarragona, el cual para señalar su postura, realizó un gesto que recoge en sus *Apuntes* el cronista Iriondo: "Quitaron luego la bandera santafecina y enarbolaron la celeste y blanca de la Patria". El mismo Iriondo señala varias muestras de violencias realizadas por el Ejército de Viamonte ("casi toda la oficialidad era puro libertinaje"), lo cual debe atribuirse en parte a la resistencia de los pobladores a marchar como refuerzo del Ejército del Norte. En una oportunidad, al partir un contingente de reclutas, un vecino caracterizado comentó en alta voz: "¡Infelices! ¡Cuántos de éstos perecerán!". En el acto el general Viamonte dispuso encarcelarlo, para contar un brote de insubordinación peligroso, aunque motivando la crítica de los amigos del derendido.

La tensa situación maduraba una reacción que no se limitaría a resolver el estado de cosas de la Provincia, sino que provocaría consecuencias fundamentales para todo el país. Antes de considerarlas, es menester —por la simultaneidad de las ocurrencias—, volver la atención hacia el Norte, donde el ejército auxiliar de Rondeau se disponía a emprender su tercera campaña al Alto Perú.

El Ejército había sido remontado, primero por los refuerzos conducidos por el entonces coronel José de San Martín a fines de 1814, y luego por los enviados por el brigadier Carlos de Alvear: los regimientos de Infantería n° 2, 6 y 9 (dos batallones cada

Tercera campaña al Alto Perú



uno), haciendo un total de 2.300 hombres más. De este modo el Ejército del Perú alcanzó el doble de esta cantidad, y pudo establecerse escalonadamente en la quebrada de Humahuaca, instalando acantonamientos a lo largo de ella, en aquel pueblo y en los de Humahuaca —donde se hallaba el cuartel general—, Uquía y Tilcara. El coronel Güemes con sus milicias guardaba el flanco izquierdo, instalado en Yavi, y la vanguardia estaba a las órdenes del coronel Martín Rodríguez en Humahuaca.

Algunas partidas ligeras de caballería patriota hostilizaban en la frontera con el Alto Perú a los realistas que recorrían esta zona, destacándose por su audacia los mayores Aróz de La Madrid (Dragones) y Manuel de Escalada (Granaderos). En cuanto a las guerrillas locales que incesantemente operaban contra las fuerzas del mariscal Pezuela, el mismo La Madrid pondera su espíritu: "Los gauchos de Salta eran frenéticos por el general Güemes y en extremo entusiastas".

A fin de iniciar las acciones, el coronel Rodríguez con su escolta de 40 granaderos a caballo salió a recorrer su frente, y el 19 de febrero de 1815 acampó en un paraje denominado El Tejar, donde se levantaban tres ranchos grandes rodeados por una *pirca* (muro bajo de piedras). Allí se dispuso Rodríguez a aguardar la incorporación del comandante Pérez de Urdininea y su destacamento, llevándose los caballos a pastar y quedando sólo 4 de éstos enfrenados en la entrada. A poco advirtieron la presencia de una tropa que se aproximaba al galope: "¡A las armas, son enemigos!", gritó el coronel Rodríguez, reconociéndolos por sus uniformes.

Se rompió el fuego parapetados los granaderos tras la *pirca*, sufriendo varias bajas por el tiroteo intenso que recibían, hasta que Rodríguez —"que se mantenía con una serenidad imperturbable", afirma el teniente Rufino Guido— ordenó guarecerse dentro de los ranchos. En tal momento el capitán Mariano de Necochea, jefe de la escolta, montó en pelo uno de los caballos y atropelló la puerta sable en mano, donde un soldado español salió a su encuentro. Relataba luego el propio Necochea: "En mi vida he dado un tajo igual: creo que le dividí la cabeza hasta el pescuezo".

Merced a su arrojó fue el único que pudo salvar del cerco, pues convencido Rodríguez de la inutilidad de proseguir su resistencia, se entregó prisionero. Éste luego fue canjeado por dos coroneles españoles, mientras el capitán Domingo Albarrín y el resto de los granaderos marcharon al depósito de cautivos en El Callao, escapando durante el trayecto el teniente Guido y el alférez Berro.

Recién dos meses después de lo sucedido, en abril, el ejército de las Provincias Unidas emprendió la ruta hacia el interior del Alto Perú. Conviene describir su estado.

Su comandante el brigadier José Rondeau ofrecía un contraste muy marcado con la personalidad de su predecesor Belgrano, y los oficiales que sirvieron a sus órdenes coinciden en sus apreciaciones. El mayor La Madrid opina en sus *Memorias*:

El señor Rondeau, que era por lo demás un excelente sujeto en todo sentido, no era respetado en el Ejército por su excesiva tolerancia y bondad, por cuya razón había poca subordinación hacia él en la mayor parte de los jefes; así fue que casi todos habían llevado una conducta irregular mientras anduvieron en el Alto Perú.

El mayor José María Paz no es menos categórico en las suyas: "Desde que llegó el general Rondeau todo empezó a resentirse de la flojedad de su carácter, y la disciplina más que nada empezó a relajarse". Muestra a su superior como "bondadoso por carácter,

generoso por inclinación", aunque le formula graves cargos en su condición de cabeza de un Ejército: "El general Rondeau era un perfecto caballero, adornado de virtudes y prendas estimables como hombre privado, pero de ningunas aptitudes para un mando militar, principalmente en circunstancias difíciles, como las que se hallaba".

Luego de lo dicho, no costará imaginar la completa anarquía que imperaba en las filas: insubordinación en los jefes e indisciplina en la tropa, sin que la presencia del general Francisco Fernández de la Cruz, que continuaba como segundo comandante (mayor general) pudiera contener las faltas. La desertión había hecho disminuir de 5.000 a poco más de 3.000 hombres los efectivos del Ejército al retomar su ofensiva. Paz refiere la conducta de sus jefes: "Aquellos que eran dotados de un carácter díscolo e insubordinado, ejercían en sus cuerpos un mando casi independiente; y los más moderados, si obraban en un sentido menos irregular, era por efecto de su propio carácter". Éste señala al coronel Carlos Forest como el más destacado entre los primeros.

El Ejército estaba compuesto por los siguientes cuerpos: Infantería: Regimiento n° 1 (coronel Forest), Regimiento n° 6 (comandante Zelada), Regimiento n° 7 (comandante Vidal), Regimiento n° 9, que había incorporado al disuelto n° 2 (coronel Pagola), Batallón de Cazadores (coronel Zelaya). Caballería: dos escuadrones de Granaderos a Caballo (comandante Rojas) y dos de Dragones (coronel Rodríguez). Artillería: dos baterías.

En el Alto Perú continuaba la lucha mantenida del lado patriota por el coronel Ignacio Warnes en Santa Cruz, y el general Arenales en Cochabamba, y los caciques Pumacahua y Angulo en el Cuzco y Arequipa. Por tanto, el general español Pezuela tuvo que distribuir sus fuerzas, y no estaba en condiciones de ofrecer una resistencia vigorosa. En el Cuzco los realistas cometieron sangrientas represalias.

Adentrado en territorio del altiplano por un camino a la izquierda del principal, se tuvo noticias en El Tejar que un grueso destacamento enemigo se hallaba ocho leguas más adelante, cerca de La Quiaca, en el lugar conocido como Puesto Grande del Marqués, parte del extenso latifundio de un noble criollo, don Juan José Fernández Campero, marqués del valle de Tojo (a veces denominado incorrectamente "Marqués de Yavi", por residir en esta localidad). Para sorprender a los realistas se adelantaron el batallón de Cazadores y toda la caballería, más 600 milicianos de Güemes, a las órdenes del general Fernández de la Cruz, en un total de 1.500 hombres. Al llegar al rancharío, en el amanecer del 17 de abril, cargaron 1.000 jinetes golpeándose la boca sobre 300 enemigos sorprendidos, que sólo atinaron a huir. Debe apuntarse —como lo hace Paz, quien se hallaba en la reserva— que sucedió "una carnicería bárbara y horrorosa". Para peor, varios vivanderos habían llevado provisiones al campamento, y los vencedores se entregaron al pillaje y a la bebida, lo que causó la muerte de muchos rendidos, circunstancia que incluso casi cuesta la vida al mayor Escalada cuando se empeñó en proteger a uno de éstos: el granadero borracho que lo amenazaba, le dijo que "otra vez que sus oficiales se metiesen a redentores, emplearía sus armas contra ellos". Los realistas, que mandaba el comandante Vigil, tuvieron como 150 bajas y más de 100 prisioneros, cuyas tres cuartas partes malamente heridos.

El ejército patriota prosiguió rumbo al norte, mientras el enemigo se replegaba ante la contundencia del golpe recibido. En esta marcha no lo acompañaba el coronel Güemes, quien retiró su División retrogradando a Jujuy, donde protagonizó un grave suceso del que luego se dará cuenta. Aunque las poblaciones indígenas recibían bien a las tropas que avanzaban, algunos jefes no se cuidaban de conservar la disciplina, lo que oca-

sionaba pillajes. Se volvieron a ocupar finalmente Potosí y Chuquisaca, quedando el brigadier Rondeau en la primera ciudad y el coronel Rodríguez en la segunda, donde se hallaron ricos "tapados" (depósitos ocultos de alhajas y dinero) que sirvieron para recompensar a las tropas y adquirir abastecimientos. En esta época Martín Rodríguez fue ascendido a brigadier, por cierto que obviando el grado intermedio de coronel mayor. El Ejército Real se hallaba con Pezuela en Oruro.

El general Rondeau no imprimió celeridad a sus operaciones; por el contrario, permaneció varios meses en los puntos alcanzados, lo que naturalmente dio tiempo al enemigo para reorganizarse. Recién en septiembre volvió a emprenderse el rumbo hacia el Interior, incorporando al Regimiento n° 12 —vencedor en La Florida— compuesto en su casi mayoría por cochabambinos y mandado por Arenales, hasta acantonarse en el pueblo indígena de Challanta.

El general español Pezuela había avanzado desde Oruro y estableció su vanguardia en Venta y Media, distante 12 o 14 leguas de Challanta, vigilada por una compañía de Dragones a cargo del mayor La Madrid. Tanto los informes de este jefe sobre su escaso número, como su corroboración por el coronel Diego Balcarce, permitieron concebir al general Rodríguez el pensamiento de sorprender aquella fuerza. Obtenida la conformidad de Rondeau, en la madrugada del 19 de octubre de 1815 partieron el Regimiento de Dragones (mayor José María Paz, con 200 hombres) y el Batallón de Cazadores (mayor Rudecindo Alvarado, 350 hombres). El día 21 llegaron sin ser sentidos a proximidad del enemigo, no sin recibir muchos desertores naturales del país que buscaban su incorporación.

Inició la acción el mayor La Madrid cargando y sableando la guardia avanzada de los realistas, compuesta por un centenar de ellos, aún de noche, logrando prevenirse al cuartel general de Pezuela mediante dos "cohetes de luz" que se dispararon. Cuando comenzaba a clarear el día se produjo el avance general, batiendo marcha los tambores de los Cazadores de Alvarado, que iban adelante. Como fueron recibidos por los fuegos de la infantería realista posesionada de unos cerros a su flanco izquierdo, el ataque se contrató ante "un diluvio de balas", en expresión de un testigo. Una carga de los Dragones para aliviar este acoso no tuvo éxito, agrupados dos batallones enemigos en el cerro que impedía operar a la caballería: "El fuego fue entonces de los más vivos que he sufrido en mi carrera militar [*escribió Paz en sus Memorias*], y es más que seguro que en muy pocos minutos habiéramos desaparecidos todos, sin la pronta y rápida retirada que nos vimos precisados a practicar".

En el bajo, el Batallón de Cazadores comenzó a replegarse ordenadamente, hasta que a poco comenzó el desbande. Avanzaron los realistas y se pronunció la derrota. También los Dragones —que comandó en el combate el coronel Balcarce— buscaron su salvación en la retirada. Aunque la caballería enemiga no hostigó a los patriotas, permitiéndoles zafar de su completa destrucción, la pérdida que éstos sufrieron fue grande: las tres cuartas partes de los Cazadores y 30 hombres de los Dragones, entre muertos y heridos, siendo elevada la proporción de oficiales de ambos cuerpos caídos, algunos de éstos hechos prisioneros.

En la derrota de Venta y Media recibió un tiro el mayor José María Paz, que le fracturó el brazo derecho. Merece la importancia de su personalidad y la notoriedad del hecho, alguna precisión. Pues años después, durante las guerras civiles, sus enemigos acostumbraban motejarlo o directamente nombrarlo como *el Manco*. Incluso el historiador Saldías, en su *Historia de la Confederación*, llega a estampar que a Paz "le faltaba un

brazo y no sabía montar a caballo", afirmación tan equivocada la una como la otra. El propio herido dejó consignado que perdió "el uso del brazo para manejar las armas", es decir que le habría quedado cierta rigidez, lo que no le impidió, como es sabido, proseguir brillantemente la carrera militar.

La División vencida retornó a Challanta el 22, y el general Rodríguez se separó del Ejército para desempeñarse como presidente de Chuquisaca. A todo esto, el general Joaquín de la Pezuela avanzaba sobre esta población, pero una inopinada y fuerte nevada cerró los caminos y causó gran mortandad entre las mulas cargueras, lo que detuvo su marcha y permitió a Rondeau dirigirse a Cochabamba, bajo un copioso aguacero. Cerca de allí se encontraba una llanura con un pueblo llamado Sipe-Sipe.

El brigadier José Rondeau salió a este llano al saber que los realistas avanzaban sobre él, llegando a su vista el 26 de noviembre. No muy lejos, pero sin tiempo para reunirse, el coronel mayor Domingo French conducía un importante refuerzo, consistente en los regimientos n° 2 y 3 de Infantería.

El ejército de las Provincias Unidas había tomado posiciones para impedir el acceso de los realistas, cerrando una quebrada que desembocaba sobre la pampa de Sipe-Sipe, mediante la ocupación de ambos lados por los Cazadores puestos a órdenes del coronel Cornelio Zelaya. Lo demás del Ejército se colocó sobre una loma que se levantaba en la llanura. En cambio, no se protegió una altura llamada Viluma, que dominaba el terreno, por cuanto su ladera era escarpada y se consideraba inaccesible.

Efectivamente, el día 27 el enemigo fracasó en su intento de forzar la salida del camino de la sierra por donde marchaba, y fue detenido al final de la quebrada por un fuego vivo, en dos ocasiones, por las tropas allí destacadas a órdenes del coronel Zelaya, el comandante Alejandro Heredia y el sargento mayor Rudecindo Alvarado. Mas al día siguiente una división enemiga se posesionó de los "inaccesibles" altos de Viluma, forzando a retirarse a los Cazadores de la boca de la quebrada por los tiros que recibían desde arriba. Lo hicieron hacia la colina central donde debía reagruparse todo el Ejército. Ahí se reunieron los regimientos n° 1, 6, 7, 9 y 12, Cazadores y Granaderos a Caballo, cuerpo comandado por el teniente coronel Juan Ramón Rojas, y el general Rondeau tendió su línea de batalla. Los realistas bajaron de las alturas, ocupando el pie de la montaña, y así quedaron hasta la noche, contenidos por una compañía de tiradores a órdenes del mayor Félix María Gómez, que protegía otra de Granaderos a Caballo.

Después de aclarar el día 29, Pezuela desplegó sus divisiones. Por su parte Rondeau designó jefe de su ala izquierda al coronel Cornelio Zelaya (regimientos n° 7 y 12) y de la derecha al general Francisco Fernández de la Cruz, su mayor general (regimientos n° 1 y 9). El n° 6 quedó de reserva.

La batalla comenzó por los fuegos de la artillería patriota, a cargo del comandante Juan Pedro Luna.

Luego, las fuerzas del Ejército Real del Perú avanzaron sobre la derecha del de las Provincias Unidas, siendo recibido por un vivo fuego de fusilería y cañón, que no bastó a contenerlas, hasta que el teniente coronel Rojas con su caballería las tomó por el flanco. Conviene que prosiga relatando la lucha el propio general Rondeau:

Todo anunciaba ya el momento de la victoria, cuando advierto con sorpresa que el Regimiento n° 1, que estaba lo más de él parapetado, vuelve la espalda y fuga en dispersión; que el 9, aunque en desorden también, también retrogradaba. Mandé in-

mediatamente que uno y otro diesen frente al enemigo, y al capitán don Juan Antonio Ramírez que disparase a metralla con las dos piezas de su mando sobre la parte izquierda de aquél. Consiguióse que el 9 hiciese alto, diese frente, y empezase a batirse con la serenidad de una tropa aguerrida; pero el n° 1, a más de haber vuelto parte del 9 que se dispersó con él, no volvió más a la línea y desapareció como el humo. El 9 no tardó en ser arrollado y despedazado, pues toda aquella fuerza vino sobre él.

La derecha del enemigo, advirtiendo las ventajas conseguidas por su izquierda, coga sobre los Regimientos 7 y 12. Éstos se sostuvieron, pero habiendo extendido y desalojo del terreno de la derecha, abandonaron el que pisaban.

Vista tan extraña e inesperada dispersión, mandé a todos los ayudantes que en la ocasión estaban a mi lado, a contenerla con cuantos jefes y oficiales encontrasen, previniéndoles esto mismo, y que se replegasen al morro donde había estado la reserva y existía un cañón para proteger la reunión en caso necesario, pues fue el objeto con que quedó allí.

Entretanto se hacían estas prevenciones, observé que de todos los cuerpos que habían entrado en acción sólo marchaba ordenado el de Granaderos a Caballo, que se retiraba del flanco del enemigo. Bajé inmediatamente del cerro y a su pie encontré al n° 6, a cuyo jefe ordené subiese aceleradamente; mas como advirtiese casi en el mismo momento que ya era inútil este paso porque los enemigos empezaban a ocupar el puesto que se le había señalado, volví a mandarle se retirasen al que había dejado; pero este cuerpo en su contramarcha fue envuelto en la dispersión de los demás.

Entonces me dirigí a los Granaderos y previne a su comandante diese una carga notable en mano sobre una división o trozo enemigo que perseguía por la derecha a fin de contenerlo, y ver si lograba de este modo la reunión en el punto de la reserva. Fue ejecutada tan difícil maniobra con mejores resultados que debían esperarse en las circunstancias, pues hicieron retroceder estos bravos soldados a parte de la infantería enemiga, y arrollando completamente su caballería, acuchillaron a muchos de una y otra arma.

El sargento mayor La Madrid, desde más delante de Sipe-Sipe volvió con otros Dragones que mantenía reunidos, pues el coronel graduado don Diego Balcarce se hallaba con el caballo herido y con las riendas trozadas: cargó también sobre las partidas que perseguían por la izquierda, logrando contenerlas y causándoles algún estrago.

Estas acciones, aunque brillantes, fueron ineficaces para el objeto que se proponía, pues ya el pavor se había apoderado de nuestros soldados infantes: no hacían sino huir desordenadamente.

Una tremenda derrota se había producido, y para peor, ella motivó la completa dispersión del Ejército Auxiliar del Perú, falto de jefes y oficiales que se encargasen de organizar una retirada en orden. La tropa arrojó sus armas para escapar, trepando incluso por los cerros, quedando abandonada la artillería (9 piezas), que cayó completa en poder de los realistas. El Regimiento n° 7 perdió su bandera. El general Rondeau estimó en 300 las bajas propias, sin contar los prisioneros: 17 oficiales y 170 entre sargentos, cabos y soldados. Debe decirse que con contadas excepciones, los vencedores —españoles y al-

peruanos— trataron desconsideradamente a los cautivos durante su marcha hacia el norte, quedando muchos de ellos encerrados en las cárceles de la fortaleza de El Callao por varios años. Incluso fue fusilado el mayor Félix María Gómez, del Regimiento de Cazadores, en represalia por su eficaz conducta militar en Venta y Media y Sipe-Sipe. El mariscal de campo Joaquín de la Pezuela ascendió al rango de Teniente General, y tiempo después sería agraciado con el título de Marqués de Viluma.

La retirada del Ejército patriota se realizó, como se dijo, en medio de un desorden completo. Si sus efectivos no fueron exterminados por completo, ello se debió a la gallardía con que sostuvieron las acciones retardantes los Granaderos a Caballo comandados por el teniente coronel Juan Ramón Rojas. El Ejército Real del Perú no efectuó persecución alguna fuera del campo de batalla de Sipe-Sipe, a pesar de que no hubiese encontrado ninguna resistencia. El mayor Paz, aún convaleciente de la herida recibida en Venta y Media, seguía el repliegue junto con otros en sus mismas condiciones, entre los cuales estaban el general Fernández de la Cruz y el teniente coronel Alejandro Heredia, y comenta:

¡Ah! ¡Qué comparaciones hacíamos con esas retiradas del general Belgrano, en que habiendo dejado tres cuartas de su Ejército en el campo de batalla, salvaba la que quedaba conservando la disciplina y el honor de nuestras armas! ¡Qué comparaciones con aquella espantosa fuga, en que salvándose todo el Ejército, se perdió en su mayor parte por la ineptia y la más crasa incapacidad!

En ese terrible desbande en dirección a Chuquisaca, a más de 80 leguas de distancia, se disgregó el Ejército, que se había salvado con pocas pérdidas de las balas en Sipe-Sipe.

Contribuyó a tal situación la rivalidad de algunos jefes, con ribetes de escándalo, entre los cuales se hizo notar el coronel Carlos Forest, jefe del Regimiento n° 1, acusado públicamente por el general Rondeau de haber causado la derrota, mediante un *Manifiesto* impreso en Buenos Aires, en severos términos: "La fuga ignominiosa del 1° arrastra parte del que estaba inmediato"... Éste era el Regimiento n° 9, cuyo jefe, el coronel Manuel Pagola, disputaba acremente con aquél, sosteniendo a Rondeau frente a las críticas que le endilgaba sin medida Forest. La anarquía de estos jefes se trasladó a otros.

Los restos del Ejército se reorganizaron parcialmente en Chuquisaca, y de allí prosiguieron rumbo al sur, llegando a Humahuaca, donde se encontraron con la División de refuerzo (más de 1.000 hombres) compuesta por los regimientos n° 2 y 3 que mandaban el general French y el coronel Juan Bautista Bustos. Más atrás marchaba para incorporarse el Regimiento Dragones de la Patria. Apoyado en estos nuevos elementos, el brigadier Rondeau separó al coronel Forest del Ejército y disolvió al Regimiento n° 1. Así concluyó una etapa de los antiguos Patricios de Buenos Aires, perdida su antigua mística de defensa de la ciudad natal por sus primitivos integrantes, y compuesto luego por un heterogéneo personal.

El ejército auxiliar prosiguió su movimiento retrógrado a Jujuy y Salta, quedando a su retaguardia en Huacalera tan sólo 100 efectivos del Regimiento de Dragones de caballería.

En Salta le esperaba una novedad perjudicial.

El coronel Martín Güemes se había separado del Ejército después de la acción en el Puesto del Marqués, conduciendo su división de milicianos hasta su Provincia natal. Estando aquí se apoderó de 500 fusiles que estaban en el parque de reserva del Ejército, aduciendo la necesidad de defender a su suelo, y haciéndose elegir Gobernador a influjo de su popularidad. Fue un desafío a la autoridad nacional, que hasta entonces designaba a los mandatarios de las Provincias debido al estado de guerra, pero sobre todo significaba un grave atentado contra la disciplina militar y las pertenencias del Gobierno central. En tales momentos las guerrillas altoperuanas preocupaban al mariscal Pezuela a sus espaldas, y el brigadier Rondeau había recibido un importante contingente con el cual reforzar a sus tropas, por lo que el estado de Salta no ofrecía cuidado inmediato. Güemes hacía causa común con Artigas, sin previo acuerdo.

La situación desembocó en hostilidades, tiroteándose los soldados con los milicianos. Agravaba la situación de Rondeau el hecho que sólo contaba con un escuadrón de caballería —de Granaderos—, y que el Regimiento de Dragones de la Patria que desde Buenos Aires se dirigía a Jujuy directamente, dividido en dos escuadrones, sufrió uno de éstos una sorpresa por parte de los partidarios de Güemes —por ignorar aquellas circunstancias—, que causó muchos prisioneros, mientras el otro seguía a Jujuy sin pasar por Salta, desconociendo lo sucedido. Por último, la falta de víveres a que Güemes hubo sometido al ejército de las Provincias Unidas, forzó al general Rondeau a establecer un convenio, según el cual el Ejército se retiró abastecido a Jujuy, y quedó el coronel Güemes dueño de la situación en Salta.

La revolución en el Alto Perú proseguía, y ello impidió que los realistas persiguieran al Ejército nacional más allá de la quebrada de Humahuaca, con lo que se logró un indispensable respiro. El comandante general de la Puna de Atacama era el coronel mayor Juan José Fernández Campero, marqués de Tojo, quien hizo saber que en Cinti (Tarija) el mayor La Madrid y el comandante Camargo derrotaron el 31 de febrero de 1816 a una división de 500 enemigos, que se replegó a Cotagaita. Los mismos jefes patriotas volvieron a triunfar a poco, en Culpina, el 2 de marzo. El primero de aquéllos ya había logrado otra victoria días atrás sobre un escuadrón realista, con el siguiente resultado: 2 oficiales, 1 sargento y 21 jinetes muertos, 2 prisioneros, apoderándose de su armamento y cabalgaduras. Otro choque favorable se dio en el pueblo de Mojo el 24 de febrero por una fuerza comandada por el teniente coronel Francisco Uriondo; y otros jefes patriotas se tirotearon con ventaja con elementos de Pezuela. Se destacaron por su empeñosa actividad patriótica, también, el clérigo doctor Ildefonso de las Muñecas y el comandante Manuel Ascencio Padilla, a quien acompañó en sus lides su esposa doña Juana Azurdary, la cual por su valor en combate victorioso en el Cerro de la Plata (once leguas de Chuquisaca) el 3 de abril de 1816, frente a una División mandada por el coronel José Santos de la Hera, mereció el grado de Teniente Coronel de las milicias Decididos del Perú. En dicha acción doña Juana capturó personalmente la bandera "reconquistadora" (sic) con los escudos ricamente bordados de las ciudades de La Paz, Puno, Arequipa y Cuzco.

En otras regiones del altiplano actuaban el coronel Ignacio Warnes, quien en Santa Bárbara, cerca de la capital del gobierno de Chiquitos logró un triunfo sangriento, manteniendo activa la insurrección de sus pobladores (7 de octubre de 1815).

Pese a lo expuesto, la paralización de las operaciones realistas sobre territorio salteño no significó que el general Rondeau emprendiera movimiento alguno, quedando en

los meses en inacción. Pero quizá de su lado el mariscal Pezuela reflexionara que si bien las armas del Rey de España —luego de algunos contrastes— habían rechazado las tres invasiones al Alto Perú, a su turno el ejército de las Provincias Unidas había triunfado en las batallas libradas al sur de la quebrada de Humahuaca. Pareciera que la naturaleza misma indicaba el límite entre dos zonas geográficas diferenciadas, y esta idea no escapaba a quienes actuaban en ellas. Véase lo que comentaba el entonces teniente Rufino Guido, del Regimiento de Granaderos a Caballo, en sus reminiscencias:

Nadie podrá figurarse sin pasar por ello, la impresión desagradable que experimenta un argentino acostumbrado a recorrer con su vista el horizonte en todas direcciones, cuando pasa del Volcán de Jujuy y entra en la quebrada de Humahuaca. Aquél es otro país para nosotros. Su cielo, su suelo, sus hábitos, su idioma (el quichua) y el vestir de los indígenas, todo es diferente de nuestro modo de ser y de nuestras costumbres; y al más esforzado se le contrae el corazón al verse repentinamente sepultado entre aquellos páramos, rodeado de áridas montañas por todas partes y al parecer sin salida. Sólo nuestros soldados, sufridos, valientes y subordinados, fueron capaces de hacer con tan varonil conformidad aquellas campañas en países tan diferentes a aquel en que habían nacido, y con costumbres y hábitos tan contrarios a los suyos.

Opinión que no es la única, corroborada por el teniente coronel Tomás de Iriarte cuando a poco de lo reseñado, transitó por esos lugares. El propio general San Martín coincidía, en carta del año 1816 a uno de sus colaboradores:

No hay una verdad más demostrada que lo que usted me dice de la separación del [Alto] Perú de las provincias bajas: esto lo sabía muy de positivo desde que estuve con el mando de ese Ejército; y por consiguiente, los intereses de estas provincias con las de arriba no tienen la menor relación.

Lo positivo es que después de Sipe-Sipe, el Ejército Auxiliar del Perú no volvió a emprender la ruta del Desaguadero, falto de remonta y de equipos, y distraído de su objetivo por las discordias intestinas, como se verá.

En cuanto a la abnegación de las tropas argentinas, el mayor José María Paz, tan crítico de muchos episodios que protagonizaron, sintetiza su actuación allí al igual que lo hiciera el general Guido:

Reconozco en nuestros paisanos aptitudes sublimes para la milicia y disposiciones para una disciplina racional, cuando se quiere y se sabe establecerla. Los desastres que hemos sufrido han sido efecto de errores por lo general en los que mandaban, y más que todo de nuestra ignorancia y de ese estado de anarquía en que nos constituía la misma Revolución. Sin eso, nuestros Ejércitos desde sus primeros pasos hubieran vencido, y llevado triunfante el estandarte de la Libertad por toda la extensión de la tierra que conquistó Pizarro. Bien lo merecían esos bravos soldados que durante catorce años habían combatido la miseria, la desnudez, el hambre, el clima y las armas españolas. Si sus sufrimientos se prolongaron y si al fin no fueron felices, pues otros vinieron a terminar la obra que ellos habían comenzado, no es culpa suya, sino de la fatalidad de nuestro destino.

De cualquier modo, la situación del Alto Perú estaba directamente vinculada a la de las Provincias "de abajo", y debemos considerarla.

La noticia de la caída de Montevideo había dado un notable impulso al movimiento independentista, al punto que el propio Pezuela en su *Memoria militar* consignó:

En La Paz todos los habitantes y hasta los pocos indios que hasta entonces se habían mantenido refugiados en sus alturas por no tomar parte, bajaron a sus pueblos y se nos declararon enemigos, así como un considerable número de cholos y mestizos de todos los demás, hasta entonces indecisos, que concibieron la mayor esperanza a favor de los insurgentes de Buenos Aires.

Ya se sabe que en el Cuzco el cacique Pumacahua —con el grado de brigadier— encabezaba el movimiento, y en ese tiempo el acreditado coronel Saturnino Castro, jefe de la vanguardia de caballería realista (nacido en Salta, al igual que el coronel Marquiegui) intentó amotinarse en favor de los patriotas, pero fue descubierto y fusilado. Debe recalarse que en elevada proporción —cinco sextas partes— el Ejército Real del Perú se integraba por nativos de las provincias de Cuzco, Puno y Arequipa, "y como la oficialidad toda era natal de las mismas [añade el mariscal Pezuela], no debía dudarse el que todos me abandonasen, excepto unos 300 hombres, únicos que había de Lima y otras partes". Con tales elementos indígenas, no era extraño que las violencias se cometieran por uno y otro bando, como ocurrió en la toma de La Paz por los patriotas (24 de septiembre de 1815). Los indios estaban malamente armados, muchos de ellos con hondas, *chuzas* (picas) y *macanas* (garrotes).

Frente a ellos don Joaquín de la Pezuela contaba con los generales Ramírez Orozco y Olañeta, y los coroneles Lombera, Sardina, La Hera, Lavín y Marquiegui, entre otros jefes menos destacados, que operaban en la frontera de Jujuy. Debe agregarse por su nombre luego en España, durante el reinado de doña Isabel II, al entonces teniente coronel Baldomero Espartero, futuro regente y duque de la Victoria. A lo largo del año 1816 el estado de la guerra cambió favorablemente para ellos, con significativas bajas de los jefes revolucionarios: en julio fue prisionero y muerto el cura Muñecas, en septiembre el coronel de milicias Padilla, y en noviembre el coronel Ignacio Warnes, cuya cabeza fue exhibida en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, escenario de sus hazañas. No hace falta decir que los principales caciques, al ser capturados, fueron también decapitados y hasta desmembrados, para que sus restos sirvieran como advertencia a sus seguidores.

En esta época ya no mandaba Pezuela: debió sustituir al virrey Abascal, retirado a España, habiendo entregado el mando a un recién venido de la Península con refuerzos importantes: el general José de la Serna.

Las operaciones por parte del Ejército Real del Perú volvieron a emprenderse sobre Salta.

Por el flanco cordillerano el estado de la guerra era igualmente desfavorable: en Chile los patriotas habían sido derrotados en Rancagua (2 de octubre de 1814) pese al valor del general Bernardo O'Higgins, abandonado por su rival el general José Miguel Carrera. Ambos, sin fuerzas para resistir a los españoles, debieron emigrar al territorio del Río de la Plata con los restos de sus divisiones, cubriendo su retirada en la cordillera de los Andes el batallón Auxiliares de Buenos Aires que comandaba Juan Gregorio de las Heras, ya distinguido este cuerpo y su jefe por su bizarría durante las acciones previas. En

Mendoza las tropas que salvaron del desastre y de las penurias de la travesía fueron amparadas por el gobernador intendente de Cuyo, don José de San Martín, quien alejó de la zona sometida a su jurisdicción a Carrera, ante sus demasías de querer mantener su autoridad política y militar independiente de la del titular de la región.

San Martín había considerado de antemano la posibilidad de atravesar la Cordillera para operar sobre Perú, contando como base a Chile, entonces en manos de los patriotas. Ahora el cuadro cambiaba en forma drástica: toda esa enorme fortificación natural que eran las cadenas montañosas se oponía, cooperando con los realistas, para impedir la expansión del impulso revolucionario. Pero el General no echó marcha atrás, y escribió en julio de 1815 al Gobierno central:

Chile debe ser reconquistado: límite a nosotros no debe vivir un enemigo dueño despótico de aquel país, envidiable por sus producciones y situación. Sí, señor: es de necesidad esta reconquista, pero para ello se necesitan 3.500 a 4.000 brazos fuertes y disciplinados, únicos medios de cubrirnos de gloria y darle libertad a aquel Estado; pero esto podrá verificarse cuando V.E. haya derrotado la expedición peninsular, y Pezuela haya abandonado nuestro territorio.

El general San Martín no se amilanó por la falta de hombres, equipos, recursos de toda índole, pues no estaba en su espíritu desmayar en el gran propósito de obtener la emancipación nacional, dentro de un plan continental más vasto. Menos importa saber quién elaboró la propuesta —hubo ideas coincidentes—, que adjudicar el mérito de su realización a quien debió superar inconvenientes que hubiesen acobardado a otro hombre. San Martín trabajó por su proyecto varios años con una rara constancia, y éste no es el menor de sus méritos, sumado a la organización y estrategia que desarrolló. Escribiría él mismo: "¡Ánimo, que para los hombres de coraje se han hecho las empresas!".

Con incansable actividad comenzó por dar forma al Ejército de los Andes, dotándolo de todo cuanto necesitaba para convertirlo en la formidable máquina de guerra que fue, sin desatender ningún detalle. Uno de sus requerimientos fundamentales fue tener consigo a todos los escuadrones del Regimiento de Granaderos a Caballo por él fundado, que operaron separadamente en el Norte y la Banda Oriental, luciendo en las acciones en que intervinieron. Insuflando optimismo frente a circunstancias desfavorables, cuando a Mendoza llegó la noticia de la derrota en Sipe-Sipe, reunió a sus oficiales en un banquete donde brindó: "¡Por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes!".

No parecía el mejor momento para mostrar confianza: toda la América del Sur, excepto las Provincias Unidas del Río de la Plata, habían sido reconquistadas por las armas del rey Fernando VII. Las hoy Repúblicas de Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia y Chile, estaban de nuevo en su poder luego de vencerse los esfuerzos de sus naturales. Tan sólo la causa levantada por Buenos Aires en 1810 se mantenía aún combatiente.

Agravando el problema, el reino de Portugal, desde Río de Janeiro, amenazaba con una nueva invasión a la Provincia Oriental, aprovechando las disidencias de Artigas y sus seguidores en el Litoral rioplatense con las autoridades directoriales. Para peor, el *Protector de los Pueblos Libres* pretendía expandir su oposición a la conducción de la política nacional por el gobierno residente en la Capital (él lo identificaba con "Buenos Aires"), y en febrero de 1816 dirigirá una extensa profesión de fe al gobernador coronel

Martín Güemes desde su campamento en Purificación, para aunar esfuerzos. Su impotencia merece la transcripción íntegra:

Mi estimado paisano: El orden de los sucesos tiene más que calificado mi carácter, y mi decisión por el sistema está cimentada en hechos incontrastables. No es extraño que parta de este principio para dirigir a usted mis insinuaciones, cuando a la distancia se desfiguran los sentimientos, y la malicia no ha dormido siquiera para hacer vituperables los míos; pero el tiempo es el mejor testigo, y él admirará ciertamente la conducta del Jefe de los Orientales.

Yo me tomo esta licencia ansioso de uniformar nuestro sistema, y hacer cada día más vigorosos los esfuerzos de la América. Ella ciertamente marcha a su ruina alrigida por el impulso de Buenos Aires. Sería molesto en hacer esta narración fastidiosa, que forma la cadena de nuestras desgracias, y de que todos los sensatos se hallan convencidos. Su preponderancia sobre los pueblos les hace mirarlos con desprecio, y su engrandecimiento le sería más pesoso que su total exterminio. Las consecuencias de este principio son palpables en los resultados, y abatido el espíritu público nada es tan posible como nuestro anonadamiento. Por fortuna los Pueblos se hallan hoy penetrados de sus deberes, y su entusiasmo los hace superiores a los peligros. Dar actividad a esta idea sería formar el genio de la Revolución y asegurar nuestro destino. Estoy informado de su carácter y decisión, y ella me empeña a dirigir a usted mis esfuerzos por este deber.

Contener al enemigo después de la desgracia de Sipe-Sipe debe ser nuestro principal objeto. Por acá no hacemos menos esfuerzos por contener las miras de Portugal. Este gobierno, rodeado de intrigantes, dirige sus tentativas, pero halla en nuestros pechos la barrera impenetrable. La fría indiferencia de Buenos Aires y sus agentes en aquella Corte me confirma de su debilidad. Nada tenemos que esperar sino de nosotros mismos. Por lo tanto es forzoso que nuestros esfuerzos sean vigorosos, y que reconcentrado el Oriente obre con solos sus recursos. Gracias al Cielo que protege la justicia, nuestro estado es brillante, y los sucesos dirán si se hace respetar de todos sus enemigos.

Por ahora todo nuestro afán es contener al extranjero; pero si el año de 6 sopla favorable, ya desenalijados de estos peligros, podremos ocurrir a los del interior, que nos son igualmente desventajosos. Entonces de un solo golpe sería fácil reunir los intereses y sentimientos de todos los pueblos, y salvarlos con su propia energía. Entretanto es preciso tomar todas las medidas análogas a este fin.

Yo por mi parte ofrezco todos mis esfuerzos, cuando tengo el honor de dirigirme a usted, y dedicarle mis más cordiales afectos.

Una vasta conspiración se gestaba en secreto para derribar al Gobierno Nacional.

Rodeado de lúgubres pronósticos, pues, se reunió en marzo de 1816 el Congreso General, en la ciudad de Tucumán. Y el 9 de julio —registra *El Redactor* que difundía sus trabajos— los diputados, puestos de pie, “aclamaron la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sur, de la dominación de los reyes de España y su metrópoli” “presente un numeroso pueblo convocado por la novedad e importancia del asunto”. Fi-

nalmente se había llevado a cabo el mandato incumplido por la Asamblea del año 13. El acta levantada estampó la trascendental resolución:

[...] *declaramos solemnemente a la faz de la Tierra que es voluntad unánime e indubitable de estas provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas, e investirse del alto carácter de Nación libre e independiente...*

Pocos días después, el 25 del mismo mes, el Congreso dispuso que de la nueva Nación “será su peculiar distintivo la bandera celeste y blanca que se ha usado hasta el presente”. (Dos años después, el 25 de febrero de 1818, el Congreso determinó que “fuese distintivo peculiar de la bandera de guerra un sol, pintado en medio de ella”).

La fundamental decisión se tomó, a guisa de desafío y muestra de voluntad, en la peor situación militar y política de la trayectoria seguida por la patria hasta ese momento histórico. No fue una medida acomodada a una favorable circunstancia, y esto demuestra que son los hombres los que dirigen las ocasiones, si no se dejan dominar por su aspecto negativo; y para honor del nombre argentino, desde este suelo, el único no vuelto a ser dominado por las armas del monarca hispano desde 1810, se inició la campaña libertadora que transformaría la América del Sur, emancipándola definitivamente de sus antiguos Reyes, de lo que tratarán las páginas que siguen. El rechazo de los Borbones a la iniciativa llevada por Rivadavia y Belgrano a Europa, de coronar a un Infante hermano de Fernando VII, explica —más que las presuntas bondades del régimen monárquico— el entusiasmo inicial del Congreso por entronizar a un descendiente de los Incas, como símbolo de afirmación americana.

El cuadro de la guerra contra el enemigo externo no era, sin embargo, la única preocupación: ninguna de las cuatro Provincias sujetas a los dictados del *Protector de la Liga de los Pueblos Libres*, general José Artigas, había concurrido a integrar la magna asamblea: faltaban los representantes orientales, entrerrianos, santafecinos y correntinos. Los de Córdoba adoptarían una posición dual, siguiendo la táctica de su gobernador don José Javier Díaz, estorbando las deliberaciones y oponiéndose a las resoluciones del Congreso. Ejemplo de ello se dio cuando el portador de las comunicaciones del Congreso, en viaje hacia Buenos Aires, fue detenido en territorio cordobés y sustraídos los documentos que portaba.

Paso acertado fue la elección hecha por el Congreso, no mucho antes de declarar la independencia, el 3 de mayo, del general Juan Martín de Pueyrredon como nuevo Director Supremo de las Provincias Unidas; en rigor, el primer jefe del Estado Nacional. Elocuente demostración de la confianza en él depositada lo dio el resultado de la votación, prácticamente unánime: 23 diputados sobre 25, porque deben descontarse los sufragios del propio interesado y del presidente del cuerpo. Pueyrredon, luego de inspeccionar al Ejército del Norte para interiorizarse de sus necesidades, viajó a la Capital. El Congreso lo seguiría a poco, para instalarse en Buenos Aires a fin de hallarse inmediato al Poder Ejecutivo.

Dos peligros de invasión se cernían sobre las Provincias Unidas del Río de la Plata: el Ejército Real del Perú desde el Norte, y el Ejército de Portugal por el Este.

No obstante, preocupación más inmediata la ofrecía el incipiente *federalismo* conducido por Artigas, que llevaría al general San Martín a escribir por entonces:

Me muero cada vez que oigo hablar de Federación. ¿No sería más conveniente trasplantar la Capital a otro punto, cortando por este medio las justas quejas de las provincias? Amigo mío: si con todas las provincias y sus recursos somos débiles ¿qué nos sucederá aislada cada una de ellas? Agregue usted a esto la rivalidad de vecindad y los intereses encontrados de todas ellas, y concebirá que todo se volverá a la manera, cuyo tercero en discordia será el enemigo.

Su preocupación por el abandono de la causa común contra España lo hará dirigirse a Artigas para que pusiera fin a las hostilidades internas.

Su reclamo no tuvo favorable acogida.

La señal de un nuevo levantamiento estuvo dada en el norte de la provincia de Santa Fe, en Añapiré, por un oficial de Blandengues, Estanislao López, en marzo de 1816, contra el dominio que ejercía el general Viamonte desde la capital de aquélla. Pronto se le sumó un grupo de vecinos acaudillados por el comandante Mariano Vera en las inmediaciones de esta localidad, al cual prestó apoyo el coronel oriental José Francisco Rodríguez, enviado por Artigas desde Entre Ríos. Atacado en la sede de su mando, el general Viamonte debió capitular luego de defenderse durante algún tiempo, comprometiéndose a retirar a Buenos Aires a sus tropas desarmadas; pero al advertir Vera que los fusiles que dejaban en Santa Fe habían sido previamente inutilizados, anuló la capitulación, apresando a Viamonte y a los 700 hombres que restaban a sus órdenes. El 12 de abril el coronel José Francisco Rodríguez emitió una resolución mediante la cual anunciaba que,

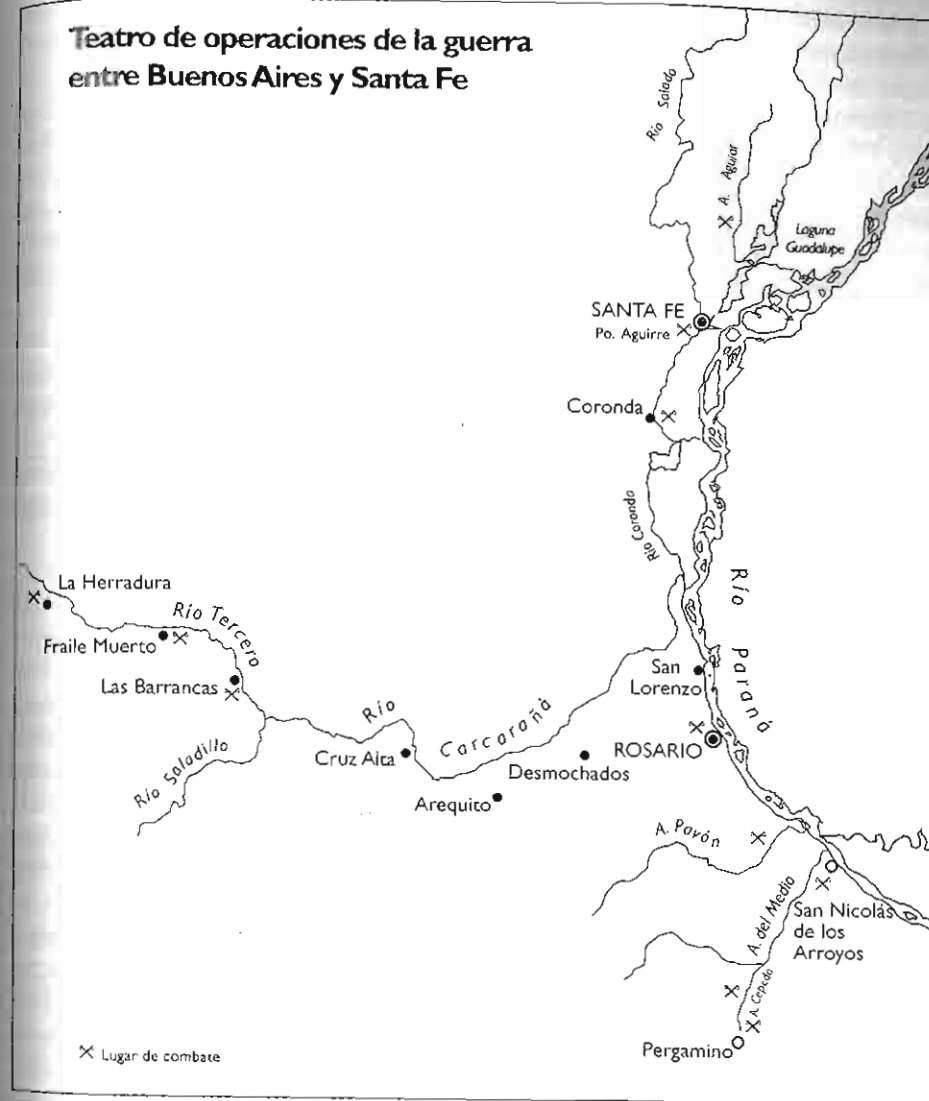
[...] hallándose ampliamente facultado por el general de los orientales ciudadano José Artigas, Protector de los Pueblos Libres, para que nombre a mi marcha un gobernante que presida este pueblo, y siendo el comandante general de reuniones [sic] ciudadano Mariano Vera, decidido completamente por nuestra sagrada causa, comprobado de cuantos modos pueden exigirse, singulares sus sacrificios, notoria su idoneidad y de toda mi confianza, he venido en nombrarlo por tal gobernador de este pueblo...

La antecedente transcripción es una buena muestra de la manera cómo el general Artigas entendía su "Protectorado" sobre los pueblos "Libres", cuya voluntad no era consultada, en similar procedimiento al de su antagonista el Director Supremo.

El general Manuel Belgrano había retornado de Europa luego de su misión diplomática, y ante el fracaso de Viamonte, el Gobierno lo puso al frente del Ejército de Observación sobre Santa Fe (sobre la base de unos escuadrones de milicias del norte bonaerense, con algunas embarcaciones menores ancladas en San Nicolás), encomendándole formalizar un acuerdo con el nuevo régimen instalado en aquella provincia. Desde Rosario, Belgrano despachó a su segundo el general Eustaquio Díaz Vélez con tal objeto.

El resultado fue una traición inimaginable. Díaz Vélez pactó en Santo Tomé con el enviado del coronel oriental José Francisco Rodríguez —no del gobernador Vera—, el 9 de abril, unas condiciones asombrosas por cuanto contradecían la finalidad buscada. Consistían en una verdadera sublevación, pues se deponía del comando del Ejército a Belgrano, y aún más: lo asumía Díaz Vélez en unión con las tropas orientales y santafecinas “considerándolas necesarias para separar del mando de Buenos Aires al señor Director y coronel mayor don Ignacio Álvarez”. El tratado definitivo sería ratificado por el nuevo

Teatro de operaciones de la guerra entre Buenos Aires y Santa Fe



Gobierno de Buenos Aires, don José Artigas, y el Gobierno de Santa Fe. Una proclama dirigida al pueblo porteño por Díaz Vélez pretendía justificar su actitud en la conducta seguida por Viamonte con los santafecinos, privándolos de "los derechos santos de gobernarse a sí mismos". Al brigadier Belgrano se le guardó "el mejor decoro y dignidad que se le debe en el carácter que inviste". La conducta del coronel mayor Eustaquio Díaz Vélez recibió la adhesión de todos los jefes y oficiales del Ejército de Observación, ansiosos de arribar a una pacificación estable.

Así como él mismo provocara la caída de Alvear en Fontezuelas un año atrás, Alvear y Thomas dejaba de ser Director Supremo del Estado por la voluntad militar. La Junta de Observación que funcionaba en la Capital, en unión con el Cabildo de Buenos Aires, aceptaron los términos del pacto de Santo Tomé, aclarando en el acta consiguientemente levantada "que no se ha de suscribir por el nuevo gobierno a ninguna condición humillante que se exija por el gobierno oriental como precio de la concordia". El Cabildo porteño —cuya influencia política se mantenía— designó provisoriamente como Director Supremo al brigadier Antonio González Balcarce. Se confirmaba la tendencia de encargar el gobierno, desde la Revolución del año 10, a soldados profesionales (excepto los dos Triunviratos y el primer Director), lo que no garantizaba su estabilidad en el cargo, merced a golpes de Estado dirigidos por sus propios camaradas...

Por fortuna para el país, la nueva conducción sería asumida desde fines de julio de 1816 por el titular, general Juan Martín de Pueyrredon. Ya se evidenciará la justicia de la afirmación inicial.

Tras lo ocurrido en Santa Fe, don Manuel Belgrano fue encargado del Ejército Auxiliar del Perú, ahora estacionado en Tucumán, escenario de su decisivo triunfo cuatro años atrás, con el fin de evitar problemas en Jujuy con los partidarios del coronel Güemes. Comenzó por acantonarlo en la antigua "ciudadela" que empezara a construir San Martín, y luego a instruir a los reclutas y a reorganizar los cuerpos a sus órdenes, fusionando a los escuadrones de Dragones del Perú (veteranos) y de la Patria (de nueva creación) en un solo Regimiento llamado Dragones de la Nación, puesto a órdenes del coronel Cornelio Zelaya. Varios de los antiguos jefes habían pasado a Buenos Aires: French, Rojas, Pagola, Vidal, Hortiguera, y llegaron otros: el coronel Francisco Antonio Pinto (futuro presidente de Chile) al mando del Batallón n° 10 de Infantería fue uno de ellos. El Regimiento n° 2 estaba mandado por el coronel Bustos, teniendo como segundo al teniente coronel Bruno Morón; el Batallón n° 3 por el coronel Blas Pico; y el n° 9 por el coronel Domínguez. La artillería quedó a órdenes del comandante Manuel Ramírez. "El general Belgrano se contrajo con su bien conocido celo a establecer una rigurosa disciplina", refiere el mayor José María Paz, quien comenta que a veces exageraba su severidad. Una consecuencia de ello se tuvo cuando ocurrió en Santiago del Estero una rebelión encabezada por el teniente coronel Juan Francisco Borges para lograr su autonomía del Gobierno de Tucumán, de la cual dependía dicha Provincia, contra quien despachó Belgrano a una columna encabezada por el coronel Juan Bautista Bustos con 200 infantes, de la cual formaban parte un escuadrón de Húsares (La Madrid) y otro de Dragones (Paz). Sofocado el intento, Borges fue fusilado.

Otras provincias eran teatro de disturbios políticos que movieron a enviar tropas del Ejército Nacional para restablecer el orden, como el caso de Córdoba, con autoridades predispuestas contra el Gobierno "de Buenos Aires", al igual que los orientales de Artigas. Allí afloró una revuelta contra el gobernador Díaz fomentada por don Juan Pablo

Pérez Bulnes, quien sin éxito vio el encumbramiento de su suegro don Ambrosio Funes, partidario de las autoridades nacionales. Bulnes no se conformó. En septiembre de 1816 el Director Supremo Pueyrredon transmitió al general San Martín: "Las inquietudes de aquel pueblo hacen nulas todas mis disposiciones". Su preocupación era aguda, pues la posición geográfica de Córdoba, y su vuelco hacia el artiguismo podía afectar el envío de auxilios a los ejércitos en Tucumán y Mendoza. El general Belgrano debió despachar a Córdoba al teniente coronel Francisco Sayós para afirmar a Funes en el gobierno, lo que se logró en noviembre, aunque precariamente, pues los disturbios se prolongaron hasta principios de 1817 en que asumió el gobierno el doctor Manuel Antonio de Castro (hermano del coronel realista Saturnino Castro, de cuyo trágico fin se dio cuenta).

Similares agitaciones tuvieron lugar en La Rioja, desde abril a agosto. El teniente coronel Alejandro Heredia fue allá a reponer a don Francisco Javier de Brizuela y Doria, colaborador del Gobierno Nacional, hasta que al cabo fue designado como teniente de gobernador don Benito Martínez, consecuente auxiliar del Ejército de los Andes.

Si la comunicación con Belgrano y San Martín quedaba asegurada, restaba latente el peligro de invasión portuguesa a la Provincia Oriental, que todos los indicios daban como inminente. El temido *segundo frente* de guerra externa podía abrirse en cualquier momento, en las peores condiciones para un Estado exhausto de medios. Ello, en momentos en que se ponía en marcha la ejecución de un pensamiento grandioso para cambiar la marcha de los sucesos militares y políticos: la invasión a Chile, cruzando la Cordillera de los Andes.

Este proyecto había madurado hasta convertirse en certidumbre en el ánimo del general José de San Martín, gobernador intendente de Cuyo. El nuevo jefe del Estado, de viaje desde Tucumán a Buenos Aires, se entrevistó en Córdoba con aquél —a pedido de éste—, a fines de julio de 1816, y dejaron sentado el futuro obrar en ese sentido. El 22 del mismo mes San Martín escribió al doctor Tomás Godoy Cruz, uno de los diputados cuyanos en el Congreso:

Me he visto con el dignísimo Director que tan acertadamente han nombrado V.S. Yo, sabe que no soy aventurado en mis cálculos, pero desde ahora les anuncio que la unión será inalterable, pues estoy seguro que todo lo va a transar: en dos días con sus noches hemos trazado todo. Ya no nos resta más que empezar a obrar. Al efecto pasado mañana partimos cada uno para su destino, con los mejores deseos de trabajar en la causa común.

El General no ocultó su pensamiento, y al mismo corresponsal había escrito en mayo: "Chile es nuestro como se haga un pequeño esfuerzo: este país nos proporciona la toma de Perú. Sin aquél todos los esfuerzos serán imaginarios". Una consecuencia fundamental se derivaba de este plan tan ligeramente bosquejado: que la guerra no debía encaminarse hacia el Alto Perú, porque a Lima se llegaría por la ruta trasandina. Aunque el esfuerzo no iba a ser "pequeño", como el entusiasmado jefe militar lo anunciaba en dicha carta.

Más explícito fue San Martín en su anterior misiva del 20 de mayo a Godoy Cruz. Veamos sus propios conceptos, en primer lugar, los correspondientes al frente Norte:

Soy de parecer de que nuestro ejército debe tomar una defensiva estricta en Jujuy, para proteger la provincia de Salta: destacar las mejores tropas con buenos oficia-

les a esa, organizar en ella cuerpos bien cimentados, promoviendo la insurrección del [Alto] Perú y auxiliándola con algunas armas y municiones. En el supuesto de que sí, como se asegura, dicha insurrección es cierta, crea usted que el enemigo no pasa jamás a Jujuy: este punto estará suficientemente cubierto por 700 hombres. Todo el resto baje a organizarse.

Así fijada la contención realista por el Norte, en operaciones puramente de rechazo, el general San Martín ahondaba su estrategia:

Puede demostrarse geométricamente que si Chile existe en poder de los enemigos dos años más, no solamente hace la ruina de estas Provincias sino que jamás se salvará. Por otra parte, los esfuerzos que se hagan en el Perú serán nulos, pues serán auxiliado con víveres y soldados ya formados, de los que cada invierno puede desprenderse de 2.500 hombres, reemplazando esta baja con exceso: Lima con este apoyo será siempre el azote de la libertad y se sostendrá, o por lo menos formará de Chile la ciudadela de la tiranía.

El pronosticaba en tal supuesto sólo la posibilidad de mantener operaciones de montoneras, sin recursos financieros, hasta caer en la ruina. Para triunfar reclamaba esfuerzos simultáneos y no parciales (como los empleados contra Montevideo).

¿Cuáles eran los recursos de guerra con que podían disponer las Provincias Unidas a mediados del año 16? El general José de San Martín veía el panorama en conjunto, y describió el cuadro militar y financiero que presentaba el país para sostener su independencia recientemente proclamada.

Nuestras provincias (que se llaman bajas) se hallan en un estado de escasez de brazos que ya poco podrán suministrar: las campañas están llenas de desertores, de los que no se sacará ningún partido, y si el de introducir la anarquía en el momento que un hombre osado o díscolo quiera ponerse a su frente: los ejemplos son demasiado recientes para que lo dudemos. En esta inteligencia, y la de necesitar 14.000 hombres a fines de este año para concluir la guerra enteramente, hago mi presupuesto. El mejor soldado de infantería que tenemos son los negros y mulatos: los de estas provincias no son aptos sino para caballería (quiero decir los blancos). Por esta razón y la necesidad de formar un Ejército en el pie y fuerza que he dicho, no hay más arbitrio que el de echar mano de todos los esclavos. Por un cómputo prudencial deben producir soldados útiles los siguientes: Buenos Aires y su jurisdicción, 5.000. Cuyo, de que estoy bien enterado, 1.190. Córdoba, 2.600. Resto de provincias, 1.000. Total, 9.700. En este número no se cuenta sobre 2.600 que tenemos en los cuerpos.

Pasaba luego a considerar el trabajo, con un par de casos:

¿Y quién hará zapatos, me dirá usted?: andemos en ojotas; más vale esto que no cueleguen, y peor que esto es perder el honor nacional. Y el pan, ¿quién lo hace en Buenos Aires?: las mujeres; y si no, comamos carne solamente. Amigo mío: si queremos salvarnos son precisos grandes sacrificios.

La solución que imaginaba para obtener fondos era extrema: fabricar un cuño y prohibir "ni aun el uso de una cuchara de plata" para convertirla en moneda.

Vaya otra: todo empleado público quede a mitad de sueldo, y los militares no empleados lo mismo: los que están en el Ejército a dos tercios. El soldado a 4 pesos, 5 el cabo, tambor, pito y trompeta, y 8 el sargento. Esto lo ha hecho la provincia de Cuyo y seguimos perfectamente con estas providencias; todo sobra con una regular economía.

Con todo, San Martín se daba cuenta de lo riguroso de las medidas ideadas, y se castigaba a sí mismo: "Usted dirá que ésta es una resolución propia de un sargentón, puramente despótica. Tiene usted razón, pero si no la toman, los maturrangos nos darán en la cabeza".

Si los "maturrangos" ofrecían cuidado, no era menor el riesgo proveniente de la actitud de la Corte lusitana residente en Brasil, dispuesta a consumir su añeja ambición de apoderarse de la Provincia Oriental y llegar en su dominio a la margen oriental del Plata.

El problema derivó de la actitud rebelde del ya general José Artigas, cuya política de insubordinación ante los sucesivos gobiernos centrales tenía en conmoción al Litoral argentino. Era común en los documentos de la época aludir a la "independencia" de estas provincias, pero el sentido del vocablo no debe confundirse: se entendía referirse a lo que hoy mencionamos como *autonomía*, que entonces se llamaba lisa y llanamente "soberanía". Así, por ejemplo, el propio Artigas aludirá a la "independencia de todos los pueblos, en unión con Buenos Aires", y cuando hubo de firmarse un convenio en 1814 (no ratificado por el director Posadas), especificaba uno de los artículos presentados por la diputación oriental: "...esta independencia no es una independencia nacional, por consiguiente ella no debe considerarse como bastante a separar de la gran masa a unos ni otros pueblos". Y en 1815 se aclaró: "La Banda Oriental entrará en el rol para formar el Estado denominado Provincias Unidas del Río de la Plata". Motivo de diferente pero paralela preocupación era el vandalaje ejercido por las fuerzas artiguistas en sus operaciones en la Provincia Oriental y las de Corrientes y Santa Fe, lo que las hacía considerar como a depredadoras sistemáticas, razones ambas de indisciplina institucional y de procedimientos, que impulsaba al Directorio a procurar someter al caudillo de los "Pueblos Libres" a su control.

El reino de Portugal aprovechará este antagonismo en su beneficio. Debe recordarse que en 1812 habíase suscripto un compromiso (con el enviado Rademaker) mediante el cual la Corona de los Braganza respetaría la integridad territorial del Río de la Plata. Pero si Artigas proclamaba la "independencia" de la Banda Oriental, la cuestión asumía otro cariz... En torno de esta postura han de desarrollarse los hechos a partir de 1815, agravados por el hecho de que las dos princesas de Brasil se comprometieron en matrimonio con los hermanos Fernando VII y don Carlos. En marzo de este año llegó a Río de Janeiro el Regimiento de Voluntarios Reales, desde Lisboa, que consistió en 3.700 veteranos de las guerras napoleónicas; y por otra parte, con el fallecimiento de la Reina María I, su hijo el Regente asumió el trono con el título de João VI, libre completamente para obrar. El 4 de junio recibió sus instrucciones el general Federico Carlos de Lecor, barón de Laguna, designado comandante del ejército de invasión.

De tiempo atrás esta amenaza era conocida en Buenos Aires, y tampoco se ocultaba al agente diplomático británico en Río, quien informaba a Londres (garante de aquel armisticio de 1812) que el refuerzo de tropas al gobierno portugués era debido a su inquietud “por los progresos alarmantes de la anarquía en la Banda Oriental”. Nada se tradujo, sin embargo, por el momento: debió transcurrir un año para que se concretara el peligro de ataque. Inútiles habían resultado hasta entonces todos los intentos del Gobierno Nacional para entenderse con el general Artigas, ni aun alegando los conocidos planes de la monarquía lusitana, apenas contenidos “por los respetos de la Nación inglesa”, como expresaba una proclama del Director Supremo interino Balcarce en el mes de julio de 1816, al denunciar públicamente el riesgo de enfrentarse a un nuevo enemigo y tomar ciertas medidas preventivas. En el mismo mes el Congreso —en sesión secreta— acordó “que nada hay en las relaciones exteriores que obste a poner el país en estado de defensa contra cualquier agresión que ataque su independencia y libertad”, y en su virtud dispuso oficiar a los gobiernos de Tucumán, Salta y Córdoba para hacerles saber “de la expedición portuguesa, encargándoles los preparativos y más eficaces medidas en orden la común defensa y seguridad de los respectivos territorios de su mando”.

Ni siquiera esta certidumbre fue suficiente para modificar la actitud de Artigas, quien también había adoptado sus precauciones.

No obstante, el nuevo Director Supremo, general Pueyrredon, se adelantó, apenas llegado desde Tucumán a la Capital, en despacharle 100 quintales de pólvora y 300 monturas, acompañados de una amistosa nota, en la cual pidió al “capitán general de la Provincia Oriental” la liberación del general Viamonte y sus hombres, aún prisioneros en Santa Fe. El Protector de los Pueblos Libres se negó, hasta no ver —replicó— “renacer el horizonte claro de su tranquilidad y sosiego”. Su postura fue inequívocamente definida, al punto de cursar a Pueyrredon una escueta comunicación (24 de julio): “Ha más de un año que la Banda Oriental enarbola su estandarte tricolor y juró su independencia absoluta y respectiva. Lo hará V.E. presente al soberano Congreso para su superior conocimiento”. Esto era algo más que una autonomía dentro de la unidad; pero además, era un hecho desconocido en la Capital el mencionado juramento que hubiese prestado efectivamente el pueblo oriental a su separación de las Provincias Unidas. Tal anuncio singular de Artigas modificará la política nacional respecto de la invasión portuguesa.

De cualquier modo, el director Pueyrredon decidió retirar de Santa Fe al cuerpo de ejército comandado por el general Díaz Vélez, para evitar fricciones, y dejar a esta Provincia bajo la influencia del Protector. Tanto lo estaba, que cuando a fines de año se envió al deán Gregorio Funes para celebrar la unión, el Cabildo santafecino acordó que el convenio debía ser convalidado por “el señor Protector General”, por cuanto la alianza de Santa Fe con el general Artigas “es importantísima no solamente en su beneficio, sino al de todas las provincias”.

A la par, el 12 de agosto Pueyrredon convocó una Junta de Guerra presidida por el brigadier Miguel de Azcuénaga e integrada por los generales Ignacio Álvarez y Juan Ramón Balcarce, y los coroneles Eduardo Holmberg, Nicolás de Vedia, Blas Pico y Manuel G. Pinto, para prevenir las maniobras del Reino vecino que se introducía armado “en el territorio nacional, ocultando sus futuros designios”. Las fuerzas militares de Buenos Aires fueron consiguientemente aumentadas, pese a que los refuerzos con destino al Ejército de los Andes que preparaba el general San Martín absorbían su preocupación en materia castrense.

En ese mes de agosto de 1816 se llevó a cabo la temida invasión portuguesa, que las aprehensiones de los rioplatenses hicieron consistir en 5.000 a 10.000 hombres.

El Congreso Nacional tomó cartas en el asunto, resolviendo (aún desde Tucumán) que se enviase un comisionado ante el jefe del Ejército Real de Portugal para conocer oficialmente sus intenciones, y “que se reencargue al Supremo Director la defensa del territorio por cuantos medios estén a su alcance, y especialmente activando el reclutaje a razón de un 5% de la población de las provincias”, seguida de otra medida: “Que solicite la unión del general Artigas, inspirándole confianza y dándole los auxilios posibles, sin exponer la seguridad de esta Banda, y procediendo en este punto sin aventurarse ni comprometer el éxito de la negociación”.

Estaba claro: era fundamental no exponer la “seguridad de esta Banda” en las negociaciones, atento al estado anárquico por un lado, y la pobreza por otro, en el cual se desenvolvía la autoridad nacional. El mismo general Pueyrredon había predicho la conducta a seguir tiempo atrás, en 1812, cuando integraba el Triunvirato y el brigadier Souza intentó auxiliar a Montevideo en combinación con Álzaga, aduciendo el mismo pretexto de la conducta anárquica de Artigas para inmiscuirse en la política rioplatense:

Tómense en buena hora los portugueses la Banda Oriental. Aseguremos nosotros nuestro Estado, que pelagra, y yo respondo que la vomitarán entre su sangre cuando, sin otras atenciones, podamos emplearnos en su restauración.

Artigas había logrado en ese año 16 que las provincias litorales que componían la Liga que lo tenía a su frente no concurrieran al Congreso en Tucumán, con el fin de organizar una reunión propia en Concepción del Uruguay (Entre Ríos); un fantasmal “Congreso de Oriente” que no se tradujo en nada concreto, pero cuyos cabildeos previos consolidaron la autoridad de su Protector. Cuando se produjo la invasión portuguesa, Artigas movilizó a su lugarteniente indio Andrés Guacurarí (“Andresito Artigas”) sobre las Misiones, para dividir a los atacantes, mientras él les hacía frente por el centro, y sus coroneles Fructuoso Rivera y Fernando Otorgués por la costa este.

El barón de Laguna estaba a la cabeza de tres columnas, que se abrieron sobre la Provincia Oriental, conservando él la conducción del grueso de la del centro, consistente en 2.000 hombres, mientras sus subordinados se diseminaban por la campaña. El fuerte de Santa Teresa fue ocupado a fines del mes de agosto. Simultáneamente el representante argentino en la capital carioca imponía al Director Supremo —y éste al Congreso Nacional— las explicaciones oficiales de Portugal:

Su Majestad Fidelísima al mover sus tropas todas a la Banda Oriental del Uruguay, no tiene otra mira que la de asegurarse contra el poder anárquico del caudillo don José Artigas, igualmente incompatible con su quietud que con la de los demás gobiernos vecinos.

Pacificación, pues, no anexión. Al menos, eran los propósitos revelados.

El director Pueyrredon envió al coronel Nicolás de Vedia para que se entrevistara con el general Lecor a fin de hacerle conocer la determinación que lo movía, que comunicaba a las autoridades porteñas (Cabildo y alcaldes de barrio): “sostener la integridad del territorio de las provincias denominadas del Río de la Plata contra cualesquiera tentati-

vas de potencias extranjeras". La entrevista que mantuvo Vedia con el Barón contradijo lo afirmado por la Corte lusitana: "El ejército de mi mando sólo viene a tomar posesión de la Banda Oriental [le aclaró Lecor] y finalizará sus marchas en el río Uruguay. Ignoro si después pasará a ocupar la provincia de Entre Ríos", se franqueó, aunque eso sí: "tenía órdenes de guardar la más completa neutralidad con Buenos Aires..."

El comandante portugués declaró que Portugal quería "recobrar lo que ya en otros tiempos poseyó", lo que contradecía el primitivo propósito, oficialmente dado a conocer. Una carta del barón de Laguna (27 de noviembre) que llevó a su regreso el coronel Vedia aclaraba a Pueyrredon la actitud aparentemente dual de la Corte lusitana y las operaciones que le estaban encomendadas: "...sólo se dirigen a separar de la frontera del Brasil el germen del desorden, y a ocupar un país que se hallaba entregado a la anarquía". El final de la nota contenía la explicación:

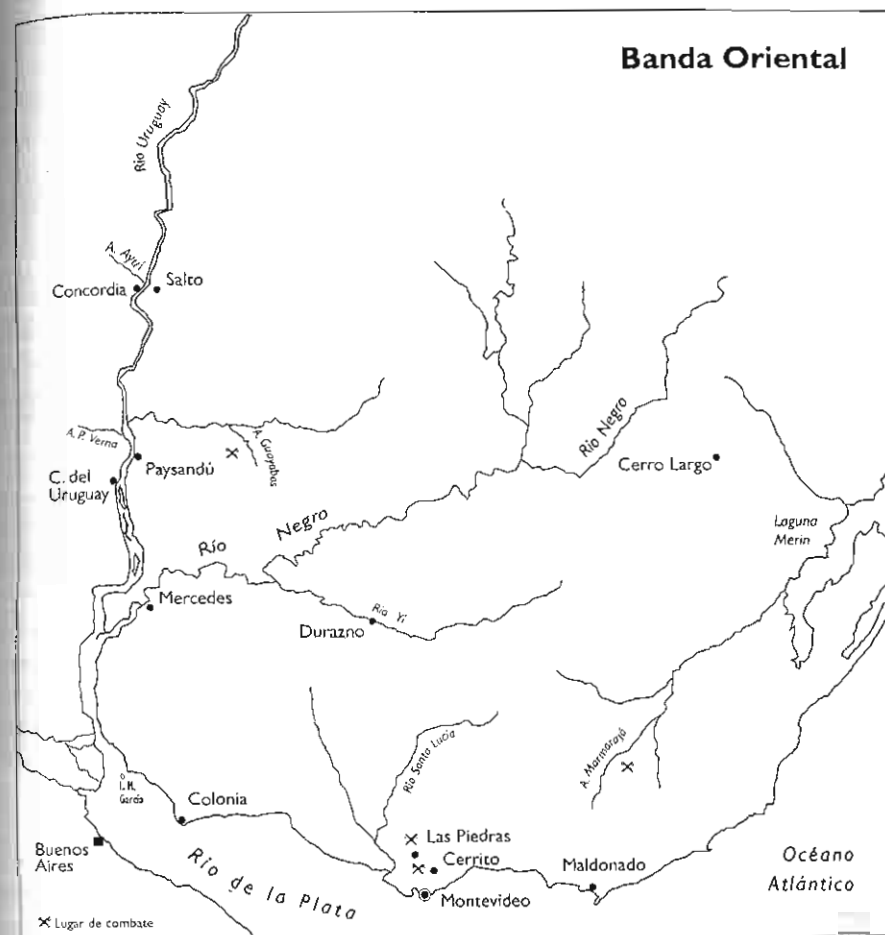
Esta sabia y necesaria medida en ningún sentido puede inspirar desconfianza al Gobierno, cuando ella es practicada en un terreno ya declarado independiente de la parte occidental. Se han guardado escrupulosamente los artículos del armisticio concluido en 26 de mayo de 1812 que ha mantenido la amistad de los dos países.

(Esta comunicación fue publicada por la *Gazeta de Buenos-Ayres* el 5 de febrero de 1817.)

El director Pueyrredon mantuvo informados de sus pasos ante el general Lecor al Cabildo de Montevideo y al delegado de Artigas en esta ciudad, don Miguel Barreiro. Asimismo se le encomendó al general San Martín la delicada situación internacional, quien el 20 de septiembre transmitió a su confidente Tomás Guido, oficial mayor en el Departamento de Guerra, su esperanza: "Si los portugueses vienen a la Banda Oriental y Artigas les hace la guerra que acostumbra, no les arriendo la ganancia". Era su certidumbre que con operaciones de guerrilla se podía contener la invasión, y ante el peligro de extenderla a Entre Ríos, reiteró el 1º de noviembre a otro corresponsal: "Si oye usted algo de portugueses, no le dé cuidado: éstos no pasarán de la Banda Oriental, y Artigas dará cuenta de ellos". El Director Supremo era de la misma idea: con el sistema de golpes sorpresivos, sin librar una batalla decisiva, los portugueses podían ser contenidos, al igual que sucedió con los españoles en Salta. La táctica de la *montonera* ya había sido aplicada con éxito contra las propias tropas directoriales en el Litoral; pero al oponerse frontalmente a los invasores, Artigas y sus jefes fueron derrotados en todas partes.

Andresito en São Borja, Artigas mismo en Corumbé (27 de octubre) —donde perdió 500 hombres y casi cae prisionero—, y Fructuoso Rivera en India Muerta (19 de noviembre) —donde apenas pudo salvar 100 cívicos—, y finalmente Rivera junto con Otorgués en Caasupá, fueron vencidos al no limitarse a dar golpes de mano como creía San Martín que harían.

Pese al peligro que lo amenazaba de inmediato, el general Artigas no depuso su hostilidad para con las autoridades nacionales residentes en Buenos Aires, y el 16 de noviembre declararían cerrados los puertos orientales a la comunicación con la Capital, emitiendo una expresiva proclama "a los pueblos de la Convención" mediante la cual acusaba de connivencia con los portugueses al Gobierno. El 23 de diciembre uno de sus subordinados atacó un convoy de armas destinado a Córdoba y se apoderó de él.



En cambio, el director Pueyrredon se entendía con su delegado Barreiro para defender a Montevideo, ofreciendo 600 fusiles, 500 sables, 4 piezas de artillería y 200.000 cartuchos, requiriendo a cambio que el Gobierno de las Provincias Unidas (Ejecutivo y Congreso) fueran aceptados como superiores a la Provincia. Pueyrredon criticaba en su nota del 2 de diciembre a la dirección militar impresa por Artigas, y hasta su falta de patriotismo,

[...] desde que ha visto que, descuidando aprovecharse de la movilidad de sus tropas, parece separarse del único plan de guerra que puede salvar esa provincia; que ha empeñado algunas acciones que acaso se hubieran evitado, y que ha sufrido en sus divisiones sorpresas que no es muy fácil explicar.

Cuatro días después el Director Supremo razonó que Portugal alegaba la independencia de la Banda Oriental para ocuparla, ofreciendo la solución:

Agregada al resto de los pueblos que pelean por la libertad del Estado, aparecerá formando un cuerpo de Nación, cesará la causa de la guerra que se le hace como a un poder aislado, y empezarán a obrar otros motivos que no puede despreciar el gabinete portugués desde el momento que la mire bajo la protección de las Provincias Unidas en Sudamérica.

El 8 de diciembre de 1816 los comisionados de Montevideo en Buenos Aires suscribieron un acta mediante la cual la Provincia Oriental se avino a sujetarse al Gobierno Nacional, enarbolando el pabellón argentino y enviando sus diputados al Congreso. Pueyrredon alistó 1.000 efectivos con 8 cañones y una flotilla de lanchas para cruzar el río. El documento se difundió impreso en hoja suelta. Mas Artigas desaprobó lo actuado, pese a haber sido derrotado en Arapey, y Barreiro acató su decisión. Descorazonado e impotente, Pueyrredon comentó a San Martín (17 de diciembre) que ambos —Artigas y Barreiro— preferían antes “ver perecer el país que reconocerse dependientes del Gobierno de las Provincias Unidas. ¡Qué fatalidad!”. El general San Martín, el 13 de enero, escribió en duros términos a su confidente Guido:

No me ha tomado de sorpresa la maldad de los orientales, pues yo calculaba que la decantada unión no debía tener más duración que interin nos necesitaran... Los portugueses avanzan con pie de plomo, esperando a su escuadra para bloquear a Montevideo. A la verdad, no es mejor la vecindad, pero hablándole a usted con franqueza, la prefiero a la de Artigas: aquéllos no introducirán el desorden y anarquía; éste, si la cosa no se corta, lo verificará en nuestra campaña.

Por fin, sin posibilidad el “Protector de los Pueblos Libres” de oponerse por sí solo al barón de Laguna, el 20 de enero de 1817 el Ejército Real de Portugal ocupó la capital oriental. El Congreso argentino había decidido no declarar la guerra aún, sino enviar a João VI un emisario que exigiría el reconocimiento de la independencia nacional y la evacuación de la Provincia Oriental. La no ratificación del acta de incorporación de esta Banda, y la pretendida independencia que invocaba Artigas, quitaban al director Pueyrredon el respaldo preciso para acudir en su auxilio en forma más decidida, no menos que por la necesidad de no distraer elementos imprescindibles a San Martín.

El jefe del Estado protestó no obstante mediante un manifiesto por la “agresión de una parte de su territorio”, y aseguró que “la guerra será inevitable si muy en breve no satisfacen al gobierno sobre sus miras, y si la incursión de tropas extranjeras, más peligrosas por ser vecinas, no se demuestra compatible con nuestra libertad y nuestra independencia”. Al barón de Laguna le previno luego de la toma de Montevideo: “Espero no prosiga hostilizando ese territorio, y suspenda desde luego sus marchas, bajo los términos de un armisticio provisional. Si V.E. ceñido a las órdenes de su soberano continuase la guerra, será responsable de la sangre que se derrame”. Pueyrredon aguardaba para tomar la determinación definitiva, el resultado de la campaña que el general San Martín había emprendido sobre Chile.

CAPÍTULO VII

La proyección continental

PENSAMIENTO OPERACIONAL DEL LIBERTADOR. EL EJÉRCITO DE LOS ANDES Y EL RESULTADO DE SU CRUCE DE LA CORDILLERA. LA GUERRA EN SALTA. CAMPAÑA EN EL SUR DE CHILE.

En Mendoza el general San Martín imprimió una notable actividad al Ejército bajo su mando, que en un principio destinó a apoyar la Revolución en Chile, y luego tomó una actitud defensiva, luego del desastre sufrido en Rancagua por los patriotas (septiembre de 1814). Con el correr de los meses comenzó a engrosarlo y equiparlo, merced a la cooperación generosa del pueblo que se le encomendara, y al firme sostén del director Pueyrredon, ya ganado para su idea de emplearlo en la reconquista de la causa americana fuera del territorio rioplatense. En este sentido, no puede omitirse sin incurrir en injusticia, junto al nombre de San Martín, el de Juan Martín de Pueyrredon cuando se trata este aspecto de la Independencia, tan fundamental resultó la colaboración del magistrado con el general, pues sin su empeño poco o nada podía haber realizado éste.

“Mis recursos eran escasos, y apenas tenía un embrión de Ejército, pero conocí la buena voluntad de los cuyanos, y emprendí formarlo bajo un plan que hiciese ver hasta qué grado puede apurarse la economía para llevar a cabo las grandes empresas.” Así recordaba San Martín el estado de la Gobernación Intendencia cordillerana en aquellos días. Si sometió a su población a cuantas exigencias ideó para remontar las tropas, él mismo daba el ejemplo de austeridad y dedicación a sus deberes, al punto que cuando el Cabildo de Mendoza solicitó que se le confiriese el ascenso a brigadier general, publicó una carta declarando “no admitir jamás mayor graduación que la que tengo [*coronel mayor*], ni obtener empleo público, y el militar que poseo renunciarlo en el momento en que los americanos no tengan enemigos”.

No mucho después de haberse puesto al frente de Cuyo (septiembre de 1814), San Martín participó su plan oficialmente (1º de junio de 1815):

Apenas me había encargado del mando de esta provincia cuando sucedió la pérdida de Chile, y desde entonces una de mis continuas meditaciones ha sido este país. Chile debe ser reconquistado: limítrofe a nosotros no puede existir un enemigo dueño de él.

Y sin perder instantes se dio a la tarea, que tuvo un gran éxito merced a sus cualidades personales y a su competencia gubernativa: la adhesión que logró fue tan generosa como entusiasta. La confianza que despertaba el general San Martín hizo que nadie rehusase su contribución al Ejército, al punto que los residentes ingleses en Mendoza ob-

tuvieron su permiso para conformar una Compañía de Cazadores. Los donativos particulares, de todo tipo, corrían parejos con las contribuciones dispuestas por el Gobierno y hasta los arrieros que hacían el tráfico de carretas con Buenos Aires pusieron a disposición de San Martín sus carruajes para transportar gratuitamente los efectos y artículos destinados en la Capital para las tropas de guarnición en aquella ciudad. Cuando hubo que darse el ejemplo tampoco faltó el gesto de las damas de la primera sociedad mendocina, encabezadas por la esposa de su mandatario, quienes en acto público celebrado en el Cabildo, se despojaron de las alhajas con que se engalanaban para destinarlas a la defensa del Estado: las que faltaron, o no las lucían, le enviaron luego desde sus residencias. "La necesidad de existir es la primera ley de los Gobiernos", escribía San Martín en agosto de 1815.

A fines de este año ya comenzó a aludir en sus oficios al Directorio "si había de hacerse la campaña de Chile", plan que se afirmó al ocurrir la derrota de Sipe-Sipe, oportunidad en que en el brindis ya aludido, San Martín se refirió a ella. Comenzó por entonces a requerir información del otro lado de la Cordillera, y a difundir noticias engañosas tras los Andes acerca de sus intenciones, para mantener en confusión a las autoridades realistas. Desde Buenos Aires el Gobierno despachó en campaña de corso en el océano Pacífico a sus dos marinos más competentes, el comodoro William Brown y un antiguo oficial de Granaderos a Caballo, Hippolite Bouchard, el cual en San Lorenzo quitó la enseña enemiga con la vida de su abanderado.

A comienzos de 1816 el general San Martín franqueó decididamente su pensamiento al Gobierno: Chile era el pueblo que "está llamado a fijar la suerte de la Revolución, y siendo además su litoral marítimo, es de capital interés ocuparlo para abrirse camino del Pacífico y buscar al enemigo por él. Lograda esta grande empresa, el Perú será libre". Requería 4.000 hombres para la empresa de pasar la Cordillera, contando ya con la mitad de ellos en Cuyo, y desenvolvía su plan de acción (29 de febrero). El Gobierno no desaprobó la atrevida cuanto grandiosa empresa, pero se limitó a instar a la organización de la fuerza combatiente, enviándole el armamento, dinero y efectivos que estuvieron a su alcance.

La perseverancia de San Martín fue admirable: ningún obstáculo detuvo su impulso. Y como se verá, no sólo preparó su Ejército sin faltarle detalle alguno, sino que sus movimientos fueron calculados y cumplidos matemáticamente. No hay duda que de haber nacido en otra región menos apartada del mundo que la Argentina, su fama como estratega sería muchísima más conocida, y en justicia ponderada su acción libertadora. Los fundamentos de este aserto han sido dados por plumas eminentes, y en la presente obra se expondrán nuevamente, sin necesidad de recurrir a ponderaciones de patriotismo escolar. En momento de fastidio —que no desánimo— de los muchos que aquejaron a San Martín cuando tropezaba con inconvenientes producto de la escasez de recursos, se desahogó con el teniente coronel Tomás Guido, que fue su más íntimo confidente y eficaz colaborador en el plan forjado ante el jefe del Estado: Guido era oficial mayor en la Secretaría de Guerra, y además, primo segundo de su mujer doña Remedios de Escalada. Pues bien: a éste su pariente le confiaba el General las dificultades para emprender la "expedición" (sic) a Chile, en febrero de 1816:

He pedido las cosas de primera necesidad y se me han negado. Lejos de auxiliarme con un solo peso, me han sacado 7.000 en dinero; he remitido las alhajas donativas

de esta provincia (entre las que fueron las pocas de mi mujer); he tenido que pagar \$40.000 de las 4.000 mulas remitidas al Perú, cuando mis entradas mensuales eran \$4.000, y gasto 20.000 mensualmente; he tenido que crear una maestranza, parque y armería, dos hospitales, una fábrica de pólvora (pues ni aún esto se me ha remitido, sino la sexta parte de mis atenciones); una provisión de víveres, y qué sé yo qué otras cosas, sin incluir 3.000 caballos recolectados, 1.300 mulas y 1.000 recados; y también he tenido que arruinar las fortunas para crear y sostener tantas atenciones. No hablemos de gastos secretos porque esto es un mare magnum.

Desde abril se aceleraron las remisiones, cuando era Director Supremo interino el general Antonio González Balcarce, cuyo hermano Marcos combatiera en Chile.

Para historiar el formidable esfuerzo que significó la creación del Ejército de los Andes (recibiría esta denominación oficialmente el 1º de agosto, al designar el director Pueyrredon a San Martín como su general en jefe), nada mejor que seguir la correspondencia de su comandante. Expandiendo su idea, San Martín escribió el 12 de mayo al doctor Tomás Godoy Cruz, uno de los diputados cuyanos en el Congreso Nacional:

El Perú no puede ser tomado sin verificarlo antes con Chile. Este país está enteramente conquistado a fines de abril del año entrante con 4.000 a 4.600 hombres. Estas tropas deben embarcarse enseguida y en ocho días desembarcar en Arequipa. Esta provincia [Cuyo] pondrá para fines de agosto 2.600 hombres; si el resto se facilita, yo respondo a la Nación del buen éxito de la empresa. Todo está pronto, menos la gente y artillería necesaria; quiero decir el déficit de 1.600 hombres para completar los 4.000. En conclusión, ínterin que el Ejército que debe conquistar a Chile obre, el del [Alto] Perú se organiza, para que tomado aquel Reino, ambos puedan obrar con decisión sobre Lima.

Respecto de este último —el Ejército del Norte, o "Auxiliar del Perú"— el general San Martín lo destinaba a obrar pasivamente, al tiempo que exponía sólidos argumentos sobre la formación del soldado, producto de su rica experiencia personal desde cadete hasta jefe en el Ejército Español, donde combatió contra moros, portugueses, ingleses y franceses:

El proyecto de poner el Ejército del Perú en el pie de 6.000 hombres me parece bien; pero pregunto: aun en el caso de que se reúna la gente y el dinero, ¿qué tiempo es necesario para ponerlo en estado de batirse? Para la organización de esta fuerza es necesario retirarse a Tucumán, pues en Salta y Jujuy no puede verificarse, donde debe formarse un campo de instrucción. Napoleón que lo mandase, no podría organizar un ejército obrando éste activamente sobre el enemigo. Hasta ahora no se ha conocido en los fastos de la historia el que reclutas se formen soldados en un ejército de operaciones. El soldado se forma en los cuarteles o campos de instrucción, y luego de ser tales marchan al enemigo. Por lo tanto, soy de parecer que el Ejército del Perú debe tamar la defensiva. El enemigo no pasará jamás de Jujuy.

Simultáneamente, San Martín influía por otro medio sobre el titular del Poder Ejecutivo Nacional: lo hizo a través de una extensa y prolija *Memoria* que redactó el tenien-

te coronel Tomás Guido, el 10 de mayo, dirigida al general Antonio G. Balcarce, con todos los argumentos precisos para convencerlo de la posibilidad y ventajas de operar sobre Chile, documento valioso y fundamental que sin embargo derivaba los detalles del ejército a su general. Este último, a pedido del Director Supremo interino, agregó mayores datos explicativos de su proyecto; y ganado el general Balcarce, prometió su respaldo pese al peligro que en esos mismos días ofrecía el Reino de Portugal con su intención de invadir a la Provincia Oriental.

Cuando a poco fue designado titular del Ejecutivo don Juan Martín de Pueyrredón, éste quedó entusiasmado por el escrito de Guido, que obró como factor determinante, según se lo hizo saber a éste el diputado don José Darregueyra: "Me consta que la memoria de usted lo ha electrizado tanto, que le parece se pierde tiempo en no dar principio a los preparativos; tal es el concepto y aprecio que nos ha merecido la obra". Pueyrredón deshechó definitivamente el nombrar a San Martín nuevamente comandante del Ejército del Norte para el que estaba propuesto, y —tal cual se adelantó— creó el de los Andes, poniéndolo a su cabeza.

Había llegado el caso de llevar a ejecución la teoría.

Don José de San Martín estaba en ello desde que asumiera el cargo de gobernador intendente de Cuyo, en 1814. En ese año contó como base con los antiguos Auxiliares de Chile, que se transformaron en el Regimiento n° 11 de Infantería, y dos compañías del Regimiento n° 8 que le llegaron de Buenos Aires, junto con 4 cañones a órdenes del mayor Pedro Regalado Plaza. En 1815 aumentó sus efectivos con los escuadrones 1° y 2° del Regimiento de Granaderos a Caballo que habían operado en el Litoral al mando del teniente coronel José Zapiola, más otros 4 cañones y 300 fusiles y equipos varios; por otra parte, reclutas y voluntarios aumentaban su fuerza. Para fin de este año contaba San Martín con un total de 5.887 plazas, entre soldados *de línea* (regulares) y milicias, de las tres armas. Fue el primer ejército de la Revolución estrictamente profesional, con todos los servicios que le eran necesarios, y un adiestramiento competente, preparándose para la acción antes de emprender sus operaciones. Al año siguiente completaría sus filas. Si bien en un principio estuvo acuartelado en la ciudad de Mendoza, la conveniencia de disponer de un campo propio para sus ejercitaciones hizo que se trasladara en los primeros meses de 1816 a un terreno cercano denominado Plumerillo, donde se instaló definitivamente.

Pueyrredón dotó al Ejército de los Andes de mayor disponibilidad de dinero, aumentando sus emolumentos mensuales, de 5.000 a 8.000 pesos; y por designación del Congreso Nacional, San Martín recibió el nombramiento de Capitán General para actuar en la jurisdicción por donde se desplazase. (Recuérdese que este título no era un grado militar sino una función política.) A fin de atender exclusivamente a la formación de sus elementos, el general San Martín delegó el mando gubernativo en Mendoza en el coronel Toribio de Luzuriaga.

La dimensión histórica de quien es considerado en justicia como "Padre de la Patria", por haber afirmado la independencia nacional, sumado a sus cualidades morales e intelectuales, merece que se transcriba la imagen de don José de San Martín que dejó en sus *Memorias* el después coronel Manuel A. Pueyrredón (sobrino del Director Supremo), a la sazón oficial en el Regimiento de Granaderos a Caballo. Entre otras muchas descripciones, he aquí un retrato directo. San Martín contaba 38 años de edad:

El general San Martín era un hombre de una estatura más que regular; color moreno; nariz aguileña, grande y curva; ojos negros y grandes, vivísimos: eran la verdadera expresión de su alma y de la electricidad de su naturaleza, ni un solo momento estaban quietos. No era grueso, tampoco era delgado; derecho de cuerpo, tenía una cierta estructura que revelaba el hombre fuerte, el soldado de campaña. Su cabeza no era grande, más bien era pequeña pero bien formada; se descubría por entero por el poco pelo que usaba, negro y lacio, y echado a la izquierda como lo llevaban todos los patriotas de los primeros tiempos de la Revolución. Su boca era pequeña y adornada con un pequeño bigote; la barba un poco aguda; usaba una patilla muy pequeña. Lo más pronunciado de su cara eran unas cejas renegridas y pobladas. Su voz era gruesa y varonil, pero suave y penetrante, su pronunciación clara y precisa. Hablaba muy bien el castellano y también el francés, con un si es no es de balbuciente. Cuando hablaba era siempre con afabilidad, aún en los casos que tenía que revestirse de autoridad. Su trato era fácil y sin pretensión, pero en todo se descubría el espíritu de audacia que ha guiado todos los accidentes de su vida.

El exterior correspondía a su espíritu:

Vestía con sencillez republicana: el uniforme de Granaderos a Caballo, el más simple y sencillo de todo el Ejército, que no tenía adorno ni distintivo particular. Era la casaca azul, envivada, con sus granadas en las faldas, pantalón azul, un sable de latón al principio, y su sombrero de hule sin adorno alguno.

San Martín poseía las características de firmeza y corrección distintivas del auténtico jefe:

Tanto en sus conversaciones familiares como en los casos de demandas, cargos o reconvenciones que tenía que hacer a sus subalternos, jamás se le escapaba una palabra descomedida que pudiese humillar al individuo. El modo de reprender a un oficial era siempre una lección dada con energía pero sin acritud, de que resultaba que el hombre salía de su presencia más orgulloso de lo que había entrado. Jamás prometía una cosa que no fuera para cumplirla; así se tenía una fe ciega en sus palabras. Era parco en extremo: aunque su casa y mesa estuviesen montadas como correspondía a su clase, él jamás asistía a la mesa sino de ceremonia o tertulia.

Agrega el coronel Pueyrredón —quien vivió un tiempo en su casa— que a veces recordaba las guerras en la Península "y refería con gracia y jocosidad pasajes y anécdotas interesantes. En su trato particular era muy familiar y lo que comúnmente se llama un hombre amable y simpático. Hablaba con mucho entusiasmo de los oficiales de Granaderos, de quienes decía: "De lo que mis muchachos son capaces sólo yo lo sé; quienes los iguales habrá, quien los exceda no".

El cruce de la Cordillera de los Andes debía realizarse durante el verano, en que la nieve cedía, y por tanto, el adiestramiento de las tropas se hacía con empeño. Los cuerpos recibían una instrucción completa, y los oficiales perfeccionaban sus conocimientos en las *academias*. La ejercitación en el terreno era continua, bien fuera evolucionando o manejando las armas. No eran, sin embargo, los hombres, propios o antagonistas, la preo-

ocupación primordial del General: "Lo que no me deja dormir es, no la oposición que puedan hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes", confesaba a Guido. Razón no le faltaba: los Andes sobrecogen el ánimo aún hoy a quien los sobrevuela cómodamente, y el recuerdo de la hazaña de San Martín es instintivo y motivo de comentarios entre los viajeros del aire. La cordillera, que se remonta a 6.800 metros sobre el nivel del mar y mantiene nieves eternas, está formada por dos cadenas principales, paralelas, con tres y cuatro cordones de montañas divididas por gargantas profundas, con muy escasa vegetación. La comunicación entre ambos lados se realizaba a través de estrechos pasos recorridos únicamente por arrieros o pequeños destacamentos que debían marchar en fila, soportando un frío agudo y los inconvenientes del *soroche* (o "apunamiento") provocado por la altura y la falta de oxígeno en el aire, que causa trastornos cardíacos, e incluso la muerte. Por sendas angostas, costeadas de hondos precipicios, debían marchar hombres, caballos, mulas, y transportarse todos los útiles de guerra, incluso cañones.

A este desafío singular debía atender el general San Martín, previendo innumerables detalles en circunstancias bien difíciles. Su maniobra sería superior a las realizadas por Aníbal y Napoleón en los Alpes, que por cierto no son ni tan anchos ni tan elevados como los Andes, y tenían comunicación más corriente.

Hasta tanto llegase el día fijado, el Ejército crecía y tomaba forma en el Plumerillo, reforzado paulatinamente por tropas llegadas desde Buenos Aires hasta San Luis, entre ellas los escuadrones 3° y 4° de Granaderos a Caballo que mandara el coronel Juan Ramón Rojas en el Alto Perú, y un 5° formado en Cuyo, que se puso a órdenes del teniente coronel Mariano de Necochea. Aunque San Martín dejó el comando de su cuerpo favorito —cuya jefatura ostentó el coronel José Zapiola—, nunca se privó de usar su uniforme, que en la hebilla del cinturón mostraba la granada distintiva. Si su oficialidad era predominantemente porteña de origen, fue remontado por puntanos, diestros en el caballo y la lucha contra los indios. Del escalón inferior de soldados, llegaron hasta la máxima jerarquía de tenientes generales dos de esos granaderos: don Juan Esteban Pedernera y don Eustaquio Frías, quienes cumplieron una honrosa trayectoria militar y alcanzaron una larga vida, gozando en su ancianidad del homenaje constante de sus compatriotas.

A lo largo del año 1816 los recursos del Estado fueron puestos a disposición de San Martín por el Gobierno Nacional, sin escatimarlos, y es conocida la carta mediante la cual el Director Supremo Pueyrredon (2 de noviembre) le detallaba el cúmulo de exigencias satisfechas, entre documentos, uniformes, armas, tiendas de campaña, alimentos secos; todo lo cual le merecía esta franqueza final expresada con humorística desesperación:

Va el mundo; va el demonio; va la carne. Y no sé yo cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo; a bien que, en quebrando, cancelo cuentas con todos y me voy yo también, para que usted me dé algo del charqui que le mando. Y ¡carajo! no me vuelva usted a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado de un tirante de la Fortaleza.

Así, con trabajos, sacrificios y paciencia, el Ejército de los Andes cobró forma. En el mes de septiembre sumaba más de 2.300 veteranos, y en noviembre aumentó a un

total de 3.978, casi la cantidad requerida por su comandante para emprender su magno operativo. Para alcanzar la cifra los propietarios de esclavos entregaron las dos terceras partes de ellos —únicos brazos para su agricultura—, y los negros libertos de Cuyo formaron el Batallón n° 8. Con los chilenos emigrados se compusieron dos Regimientos de Infantería y uno de Caballería, más un batallón de Artillería.

Fue el mejor Ejército con que contara la Patria, atendiendo a sus múltiples funciones. Era su jefe de Estado Mayor el brigadier Miguel E. Soler, y su primer ayudante de campo el coronel Hilarión de la Quintana (tío de su mujer Remedios Escalada y Quintana); escolta del general, el escuadrón de Cazadores a Caballo (comandante Mariano Necochea), compuesto por antiguos granaderos. Los servicios estaban a cargo de los siguientes: *Sanidad*, doctor Diego Paroissien; *Justicia*, doctor Bernardo de Vera Mujica; *Intendencia*, Juan Gregorio Lemos, todos ellos con rango militar; *Maestranza y Parque*, capitán Luis Beltrán (cabe explicar respecto de éste, que había dejado la Orden Franciscana para vestir uniforme, sin que ello significara abandonar su estado eclesiástico; pero es un error darle el título de fray al nombrarlo en esta época, pues era conocido por su grado). El cuerpo de Ingenieros estaba bajo la dirección del mayor Antonio Arcos. Y junto a ellos don Bernardo O'Higgins, ascendido a brigadier por propuesta de San Martín, a principios del año.

La fuerza combatiente constaba de las unidades que se detallan: *Infantería*, con los batallones n° 1, Cazadores de los Andes (teniente coronel Rudecindo Alvarado), n° 7 (teniente coronel Pedro Conde), n° 8 (teniente coronel Ambrosio Crámer), n° 11 (coronel Juan Gregorio de las Heras), que hacían un total de 2.722 efectivos. *Caballería*: Regimiento de Granaderos a Caballo (coronel José M. Zapiola), y escolta del general (comandante Necochea), 742 hombres. *Artillería*: 18 piezas, discriminadas en 7 cañones de batalla, 9 de montaña (ambos de calibre 4), y 4 de calibre menor (mayor Pedro Regalado Plaza), con 241 hombres. Éste era el conjunto en noviembre de 1816, lo que daba los 4.000 soldados que previera San Martín, pues algunos más se sumaron desde entonces, y hay que agregar 1.200 milicianos como auxiliares.

Fueron finalmente casi 3.000 infantes, 700 de caballería y 250 artilleros.

Frente a ellos, el Ejército Real en Chile ascendía a más del doble: cerca de 9.000 efectivos. El presidente de esa capitanía general, mariscal Francisco Marcó del Pont (nacido en Buenos Aires), lo había distribuido a lo largo de la cordillera, sabiendo los propósitos de su antagonista pero ignorando el lugar exacto por donde se le presentaría. Esto compensaba la diferencia numérica, y San Martín pensaba atacarlo en el centro, para separar a los jefes españoles y dirigirse inmediatamente sobre la Capital. Para confundir al adversario usó el recurso de la "guerra de zapa" —como la denominaba—, consistente en debilitar a Marcó del Pont mediante informes falsos. Además de enviados y correspondencia que cumplían este propósito, celebró el general San Martín en septiembre un "parlamento" con los principales caciques de las tribus pehuenches, para solicitarles permiso a fin de atravesar los Andes por los pasos del sur, aduciendo que los españoles eran extranjeros que buscaban apoderarse de sus tierras y familias. Los caciques indios consintieron en el pedido; y como San Martín había calculado, transmitieron el dato al presidente Marcó del Pont, seguramente para obtener beneficios de él, al igual que los obsequios recibidos de San Martín. Esta perfidia fue lo que se llamó durante la guerra contra los indígenas salvajes librada tiempo después en la Argentina, *palabra pampa*, en la cual no se podía confiar. Pero el propósito de distracción buscado entonces se logró.

Debilitaba más la posición de Marcó del Pont la dureza extrema con que pretendía sofocar el sentimiento independentista de los chilenos, exacerbando por el contrario el patriotismo local. Una política cruel, tiránica, ahogaba todas las manifestaciones del pensamiento y llenaba las cárceles de sospechosos, sin excluir su destierro a regiones inhóspitas. Ello indujo a la resistencia activa que se indicará páginas adelante.

Los preparativos finalizaron con el año 16. Pocos días antes de iniciar la ardua travesía, el general San Martín declaró como patrona del Ejército de los Andes a la Virgen del Carmen, con la aprobación de una junta de oficiales superiores; y el 5 de enero de 1817 la hizo jurar como tal por sus tropas, al mismo tiempo que tomó a sus soldados el compromiso de fidelidad a la bandera del Ejército, que sobre las dos fajas celeste y blanca ostentaba el escudo nacional bordado por un grupo de señoras —entre las cuales la suya—, adornada con piedras preciosas. El propio general reclamó al desplegarla en sus manos: “¡Soldados! ¡Ésta es la primera bandera independiente que se bendice en América! ¡Jurad sostenerla muriendo en su defensa, como yo lo juro!”.

Pocos días después el Ejército Argentino emprendió la marcha hacia Chile.

El general José de San Martín precisaba conocer con antelación el territorio por donde debía conducir a sus tropas, y para examinarlo con el detalle que era indispensable encomendó la tarea a su cuerpo de Ingenieros. Éstos se adelantaron escoltados por tropas combatientes, y procedieron a relevar los caminos a través de las montañas, estableciendo las etapas diarias que deberían recorrer el Ejército de los Andes para proveerse de agua y de la escasa leña allí existente. La fuerza expedicionaria conduciría sus alimentos, y también vino (una botella por hombre) y cebollas, las últimas para compensar el *soroche*, tanto a hombres como a las mulas de carga. Siendo los pasos de Uspallata y Los Patos los principales, San Martín se valió de la extraordinaria retentiva de uno de sus ingenieros, el mayor José Antonio Álvarez Condarco, para reconocerlos y memorizarlos, viajando a Santiago. El pretexto fue presentar al mariscal Marcó del Pont una copia del acta de la independencia argentina. Debió ir por el más largo, ya que —le advirtió San Martín— “así que entregue usted el pliego que lleva lo despedirán con cajas destempladas por el camino más corto, que es el de Uspallata, si es que no lo ahorcan”. Sucedió tal cual lo había previsto el General, quien pudo contar así con un croquis detallado de los dos itinerarios. No está de más añadir que cuando el enviado fue despachado de vuelta —no sin que, efectivamente, hubiera corrido el riesgo de resultar ejecutado—, el presidente de Chile le expresó al momento de suscribir su respuesta, censurando el documento que portara: “Yo firmo con mano blanca, y no negra como la de vuestro general”, en referencia al “detestable crimen” (como lo calificó) de traición al levantarse contra el Rey de España. Veremos luego cómo terminó el episodio.

El plan de San Martín consistió en dividir al Ejército en dos Divisiones principales que se unirían al llegar a suelo chileno, poniendo la dirigida por el paso de Los Patos a órdenes del jefe de Estado Mayor, general Soler, quien marcharía a vanguardia, llevando como reserva el general O'Higgins. Era la ruta más larga, fragosa y fría, haciendo un rodeo al norte del otro, y desembocaba en el valle de Putaendo, a través de una garganta llamada Achupallas. La segunda división, por Uspallata, sería encabezada por el coronel Las Heras, conduciendo por la ruta más directa a la artillería y el parque que no podían ser transportados por Los Patos, en dirección al valle de Aconcagua, de tal modo

que ambas convergerían simultáneamente al llano de Chañabuco. Cada una de las Divisiones llevaban los itinerarios confeccionados por el cuerpo de Ingenieros, que con el aporte de “barreteros” que trabajaban en las minas cuyanas, nivelaban las sendas más ásperas; dos puentes portátiles y *anclores* para ayudar a la artillería y levantar las cargas que se despeñaran, completaban este aspecto. 7.359 mulas de silla y 1.922 de carga conducían a las tropas, que contaban con 1.600 caballos de pelea. Indica el coronel Manuel Pueyrredon, uno de los expedicionarios:

A más del calzado grueso y claveteado que llevaba la tropa, se llevaban millares de ojotas de cuero con su dotación de bayetas, cueros de carnero, etc., aparejos, cabrias, cuñas, barretas, combas, barrenos de todos tamaños y calibre, pólvora de percusión para minar y abrir camino; un hospital perfectamente provisto de cuanto pudiera necesitarse. Todo se había previsto, nada se había omitido: desde que el Ejército saliera de sus cuarteles ya no tenía que contar con auxilio alguno; era preciso que todo lo llevase, desde la pólvora hasta el carbón, desde el alimento para la gente hasta el de las bestias, desde el vaso y la caldera para el soldado hasta el morral del pienso para las mulas y caballos, para los que se llevaba un considerable repuesto de herraduras para los caballos, y medias herraduras para los bueyes.

Otras tres columnas secundarias obrarían por el norte y por el sur, no sólo para mantener al enemigo desplegado y evitar su reconcentración contra el grueso del Ejército, sino también para estimular al pueblo de Chile a colaborar con el esfuerzo del Río de la Plata. Ya allí operaban varios guerrilleros, el más destacado de los cuales era don Manuel Rodríguez, quien con sus fuerzas incursionaba al sur de Santiago, entre el Maipo y el Maule, llegando a aproximarse hasta la Capital. Estos movimientos servían para aferrar a buena parte de los efectivos de Marcó del Pont. Para apoyar a Rodríguez salió desde el sur de Mendoza (fuerte de San Carlos) el capitán chileno Ramón Freyre con una compañía de compatriotas, 100 dragones y 25 granaderos a caballo. De San Juan el teniente coronel Juan Manuel Cabot iría con otro cuerpo de emigrados chilenos y 140 argentinos. Se movió de La Rioja el teniente coronel Francisco Zelada con un piquete de soldados de línea y 200 milicianos. Estas columnas actuaron antes de la llegada del grueso del Ejército, y cuando éste arribó al punto prefijado por San Martín, dominaban Coquimbo y Copiapó al norte, y Talca al sur, habiendo batido a las fuerzas realistas que las enfrentaron. El plan del general de los Andes se llevaba a cabo matemáticamente.

Entre el 18 y el 19 de enero de 1817 las dos divisiones principales se pusieron a su vez en marcha, montadas en mulas, como su propio comandante en jefe, que lo hizo el día 24 con los últimos contingentes. Las instrucciones reservadas que portaba, expedidas por el director supremo Pueyrredon el 21 de diciembre anterior, le prescribían en su artículo 1°:

La consolidación de la independencia de América de los Reyes de España, sus sucesores y metrópoli, y la gloria a que aspiran en esta grande empresa las Provincias Unidas del Sud, son los únicos móviles a que debe atribuirse el impulso de la campaña. Esta idea la manifestará el general ampliamente en sus proclamas, la difundirá por medio de sus confidentes en todos los pueblos, y la propagará de todos modos. El ejército irá impresionado de los mismos principios. Se velará no se divul-

que en él ninguna especie que indique saqueo, opresión, ni la menor idea de conquista, o que se intenta conservar la posesión del país auxiliado.

De su lado el general San Martín se adelantó a rechazar la hipótesis de asumir el mando político una vez liberado Chile, indicando al general Bernardo O'Higgins para desempeñarlo, como nativo de él. Pueyrredon se mostró conforme mediante carta del 18 de enero:

Pues que al tiempo de entrar a aquel país es preciso nombrar un jefe de Estado, para alejar toda sospecha de que intentemos dominarlo, me parece muy bien que usted nombre de O'Higgins, si es de entera confianza. Obre usted con entera libertad, seguro de que mientras yo esté aquí, todo será aprobado.

Eso sí: el comando superior del Ejército de los Andes sería conservado por San Martín "aun cuando esté erigido el gobierno supremo del país".

La división de Las Heras, de 800 hombres, se componía del Batallón n° 11 de Infantería, 30 granaderos a caballo, y 30 artilleros con 2 piezas de montaña, más un escuadrón de milicias para conducir los bagajes y cuidar las cabalgaduras, y 30 zapadores. Tras éstos iba el parque general del Ejército, los elementos de maestranza, y la artillería, conducidos los cañones grandes en "palanquines" colgado de dos mulas, y los más chicos colocados sobre estos animales. Al llegar a Chacabuco debía atrincherarse para aguardar la conjunción de Soler, y atacar juntos, pues se sabía que en la hacienda de ese nombre se encontraba apostada una gruesa división realista.

La división del norte iba encabezada por el general Soler con el Batallón n° 1 de Cazadores, las compañías de granaderos y cazadores de los batallones n° 7 y 8, los escuadrones n° 3 y 4 de Granaderos a Caballo, y la escolta de San Martín de Cazadores a Caballo, con 5 piezas de artillería de montaña y operarios de maestranza. Luego lo seguía el general O'Higgins con el grueso de los batallones n° 7 y 8, los escuadrones n° 1 y 2 de Granaderos a Caballo, y los artilleros que manejarían los cañones que por Uspallata (el otro camino) se encargaba de guiar el capitán Luis Beltrán. Los zapadores abrían la senda. Esta división de Soler tenía instrucciones de apoderarse de la villa de San Felipe, tras lo cual, comunicada con Las Heras, atacar en combinación el valle de Chacabuco.

Era una maniobra planeada minuciosamente, con el cálculo exacto de las marchas, a fin de que Las Heras se mostrara de frente a los enemigos y los aferrara, hasta que Soler, desembocando por su ala izquierda, o su retaguardia, consumara el triunfo.

Esto no se cumplió, debido a la causa que veremos, y estuvo a punto de causar el desastre a las tropas patriotas.

Un ligero contraste inicial se tuvo cuando un piquete de avanzada en la ruta de Uspallata, en Picheuta, fue sorprendido por fuerzas de reconocimiento realista, noticiado de lo cual Las Heras ordenó al mayor Enrique Martínez que fuese a batirla, lo que logró en la localidad de Potrerillos pese a su desventaja numérica. Enterado San Martín de estos sucesos, dispuso que el mayor Antonio Arcos con 200 hombres se apresurara a apoderarse de la garganta de Achupallas, desalojando a la guardia enemiga, en cuya acción el teniente Juan Lavalle con 25 granaderos a caballo derrotó a sus oponentes, y quedó asegurado el avance del ejército. Prosiguiendo su ruta Las Heras, el 4 de febrero el mayor Enrique Martínez volvió a trabar combate en Guardia Vieja y otra vez obtuvo un triunfo

Los realistas ya conocían la aproximación de sus adversarios.

Frente a éstos se hallaba en el valle de Aconcagua el coronel Miguel Atero con una columna de las tres armas que sumaba 1.000 hombres. El total de las fuerzas de Marcó del Pont pasaba de los 7.000 efectivos, distribuidos en los batallones de Talavera, de Chiloé, Auxiliar de Chiloé, de Valdivia, de Concepción; regimientos de caballería mandados por los coroneles Morgado, Barañao (argentino) y Quintanilla, con más milicias locales.

Las dos divisiones patriotas convergían al lugar indicado previamente, y la vanguardia de Soler que venía girando por el paso de Los Patos, adelantó su vanguardia de caballería a órdenes del comandante Mariano Necocha (700 jinetes), que se enfrentó con la división de Atero atrincherada en el cerro de Las Coimas. Necocha fingió retirarse debido a su inferioridad numérica, para sacar al enemigo de sus posiciones, y en efecto el coronel Atero lo persiguió con 300 hombres de caballería. Inopinadamente Necocha dispuso dar media vuelta y cargar, lo que hicieron las tres secciones mandadas por él y por el capitán Manuel Soler y el ayudante Ángel Pacheco, que sable en mano los derrotaron completamente, con pérdida de 30 muertos y 4 prisioneros. La desmoralización en las filas realistas resultó grave.

El avance del Ejército de los Andes proseguía sin inconvenientes a través de 100 leguas "donde lo fragoso del suelo se disputa con la rigidez de la temperatura" (San Martín), al tiempo que los extremos de Chile eran dominados por las columnas despachadas oportunamente. El costo, no obstante, fue elevado: 6.000 mulas muertas, y las dos terceras partes de los caballos, "inútiles, tan áspero es el paso de la sierra".

La división Soler se apoderó del valle de Aconcagua, de donde partían dos caminos que llevaban al valle de Chacabuco, al pie de cuya sierra del mismo nombre se hallan las ruinas de una estancia. Uno de dichos caminos era el de la Cuesta Vieja, recto y más usado para llegar a Chacabuco, de donde se seguía directamente a Santiago. El de la Cuesta Vieja era menos transitado y quedaba al oeste, dando un gran rodeo por la montaña hasta arribar al valle de Chacabuco. De conformidad con lo dispuesto por San Martín, Soler dividió a su fuerza en dos columnas, marchando por la Cuesta Vieja (a la derecha) con 2.500 hombres; al tiempo que O'Higgins tomaba la Cuesta Nueva con 1.500 para amagar al enemigo hasta que llegase Soler, para asaltarlo conjuntamente.

Desde Santiago, el presidente Francisco Marcó del Pont envió como refuerzo al coronel Atero, al brigadier Rafael Maroto, quien llegó a las casas de la hacienda el 11 de febrero y se puso al frente de los 500 infantes y 1.500 de caballería y 5 piezas de artillería, todas las unidades con excelentes jefes. Para oponerse al avance de Soler, Maroto apostó su vanguardia en la cumbre de la Cuesta Vieja, para impedir el descenso de los patriotas. Estaba a punto de comenzar el día 12 de febrero de 1817.

El general Soler contaba con 2.100 hombres de las tres armas. Los realistas abandonaron la cumbre luego de un ligero tiroteo y el descenso al valle quedó expedito. De cumplirse las instrucciones de San Martín, el triunfo era seguro.

Pero no sucedió así.

El general O'Higgins se apresuró por la Cuesta Nueva, y pese a las instrucciones recibidas, no aguardó a Soler y dio la orden de ataque: "¡Vivir con honor o morir con gloria! ¡Columnas a la carga!". Los batallones n° 7 y 8 mandados por Conde y Crámer avanzaron contra más de 2.000 enemigos apostados convenientemente y sostenidos por 6 cañones, y la fragosidad del terreno (existían profundos barrancos, que no fueron reconocidos previamente) y el nutrido fuego con que fueron recibidos los rechazó en desorden. Los

[...] llamó su atención un bizarro jinete con el caballo cubierto de espuma, haciéndole señas con la espada para que se detuviera. Era el brigadier Soler que venía en su demanda, y sin saludarle, púsose a apostrofarle de temerario e insubordinado, de haber comprometido del modo más culpable el éxito de la batalla.

O'Higgins agrega que "le contestó con frialdad que no era el momento de entrar en polémicas". Pasados quince años, el general O'Higgins se franqueó en carta a un amigo (1823):

Yo he sido acusado de temerario por haberme arrojado a atacar con 700 bayonetas a más de tres tantos de este número en los altos de Chacabuco, pero los que hacen esa acusación son incapaces de juzgar mis motivos y sentimiento en aquella ocasión. Ellos ignoraban el juramento que hice durante 36 horas de combate en Rancagua; ellos no sabían los clamores y ruegos que diariamente ofrecía a los Cielos desde aquel día aciago hasta el 12 de febrero; ellos no era sensibles a los abrasadores sentimientos que me consumían.

El general San Martín debió ceder a los altos intereses políticos y sacrificó a Soler separándolo del Ejército de los Andes con una honrosa despedida. En su parte de la batalla, además, omitió la primera carga rechazada que condujo O'Higgins, para mencionar sólo la última. Pero en su exilio en Europa anotó al margen de una biografía de su compañero de gloria publicada en 1844: "El general O'Higgins era bravo hasta el extremo, pero sus conocimientos militares eran nulos".

Dos días después San Martín hizo su entrada en Santiago, abandonada por el presidente Francisco Marcó del Pont con el general Maroto y las tropas que le quedaban, y en la siguiente jornada convocó por bando a una asamblea de notables para que eligieran electores las provincias de Santiago, Concepción y Coquimbo, a fin de elegir al jefe del Estado restaurado por sus armas. El resultado, adoptado por aclamación y asentado ante escribano, fue que "la voluntad unánime era nombrar a don José de San Martín gobernador de Chile con omnímoda facultad", pero el agraciado no lo aceptó, y resultó designado el general O'Higgins con el título de Director Supremo, quien declaró públicamente: "Nuestros amigos los hijos de las Provincias del Río de la Plata, de esa Nación que ha proclamado su independencia como el fruto precioso de su constancia y patriotismo, acaban de recuperarnos la libertad usurpada por los tiranos". San Martín quedó alojado en el palacio episcopal, donde continuó observando sus costumbres austeras.

La celebración del triunfo alcanzó niveles apoteósicos, tanto en Chile como en las Provincias Unidas, a donde el mayor Manuel de Escalada —hermano político del triunfador— condujo la noticia atravesando los Andes cubriendo el trayecto a Buenos Aires en marcha veloz: fue recibido el 24 de febrero en un "día de locura", tal como lo describió Pueyrredon. El Gobierno argentino confirió a San Martín el grado de brigadier general, que éste rechazó:

Me considero sobradamente recompensado con haber merecido la aprobación por el servicio que he hecho: es el único premio capaz de satisfacer el corazón de un hombre que no aspira a otra cosa. Antes de ahora tengo empeñada solemnemente mi palabra de no admitir grado ni empleo alguno militar ni político.

Recibió, por lo demás, las congratulaciones de todas las corporaciones del Estado, comenzando por el Congreso Nacional, y un escudo especial con la leyenda "Al vencedor de los Andes y libertador de Chile", orlada por la mención "La patria en Chacabuco". Todo el Ejército recibió asimismo medallas de diverso metal conforme a la jerarquía de sus destinatarios. Pueyrredon y Guido, que merecieron las suyas por su participación en la campaña, las rehusaron considerando que sólo debían ostentarlas quienes habían concurrido al campo de batalla.

Poco tiempo permaneció San Martín en Santiago, pues antes de cumplirse un mes desde Chacabuco decidió marchar a Buenos Aires para conferenciar con el director Pueyrredon sobre las ulterioridades militares. Antes de hacerlo recibió a su enemigo vencido, el ex presidente Francisco Marcó del Pont, quien fuera capturado al separarse de los restos de su ejército en Valparaíso, donde el general Maroto los embarcó rumbo a Perú. Al serle presentado Marcó del Pont, se permitió una ligera represalia personal, diciéndole humorísticamente: "¡Señor general, venga esa blanca mano!", en alusión al despectivo término, cargado de intención, que aquél usara frente a Álvarez Condarco. No hubo otra venganza. El propio Director Supremo del Río de la Plata había coincidido respectivamente con Marcó al felicitar a San Martín: "Si por accidente cae en nuestro poder, trátelo usted como un caballero, y mándemelo aquí sin demora, para enseñarlo yo también que lo somos más que él".

Las consecuencias de la brillante acción fueron que sólo restaban en Chile las fuerzas realistas mandadas por el general José Ordóñez y el coronel Sánchez, que se fortificaron en la península de Talcahuano, recorriendo desde allí la zona comprendida entre los ríos Bío-Bío al sur y el Maule al norte. Aunque se trataba de un millar de hombres de las tres armas, el general San Martín confiaba dominarlos mediante los esfuerzos del comandante Ramón Freyre y las guerrillas patriotas que cooperaban con éste.

Era el momento en que San Martín debía atenerse a la culminación de su empresa continental: la invasión de Perú. A tal efecto se fue a la Capital de su patria.

Una de las derivaciones del triunfo de Chacabuco fue la detención que el general portugués Federico Carlos de Lecor adoptó al ocupar Montevideo. El río Uruguay quedó como frontera, sin que la provincia de Entre Ríos corriera riesgo de que se prolongara la invasión lusitana. Fortalecido ahora el gobierno argentino, el director Pueyrredon adoptó medidas en consonancia, internando en Luján a los residentes portugueses en Buenos Aires, asegurando al barón de Laguna que los orientales serían "constantemente auxiliado de esta Capital hasta que V.E. desaloje el territorio de que se ha apoderado con violencia". Pueyrredon no descartaba abrir hostilidades, y el 3 de marzo de 1817 —cuando San Martín se disponía a entrevistarlo personalmente— escribió al general de los Andes requiriéndole 1.000 veteranos y otros tantos chilenos para aumentar el Ejército de la Capital a fin de "atender a la nueva guerra que veo indispensable y muy próxima con los portugueses".

La llegada del general San Martín detuvo el ímpetu del Director Supremo: era preciso concluir con la campaña por el Pacífico, sin abrir un segundo frente de lucha antes de tener concluida victoriosamente la que ya se emprendiera con tan buenos resultados. El mismo barón de Laguna convino con el Cabildo de Montevideo devolver a este cuerpo, máxima institución de la provincia, el dominio de ella cuando las tropas portuguesas

se hubieran retirado de la Banda Oriental. Fue una promesa importante, porque permitió considerar la posibilidad de que su ocupación no sería permanente sino —como se dijo en un principio— para “pacificarla”. No fue olvidada.

En el otro frente de operaciones, en la frontera del Alto Perú, se habían producido novedades durante la campaña de los Andes.

Con el intento de impedirla, el nuevo virrey del Perú, teniente general Joaquín de la Pezuela, mandó una vez más a parte de sus mejores tropas a avanzar por la quebrada de Huamahuaca y llegar, si era posible, hasta Santiago del Estero, o al menos a Tucumán donde se hallaba el Ejército que comandaba el brigadier Manuel Belgrano. De no poder evitarse la invasión a Chile, no era de descartar que el general San Martín repasase la Cordillera para acudir en defensa del territorio rioplatense.

¿Con qué cantidad de fuerzas contaba cada general enemigo? ¿Cuál era su calidad? Belgrano no había dejado de instruir a su Ejército en el escenario de su primera victoria en el Norte, sujetándolo a una estricta disciplina, pero sin emprender ninguna operación de magnitud, salvo su tarea de mantener el orden, como en el caso de la expedición punitiva sobre Santiago del Estero cuando el levantamiento de Borges. No contaba con más de 2.700 hombres en noviembre de 1816, discriminados en cuatro batallones de Infantería, dos regimientos de Caballería y un cuerpo de Artillería (12 piezas), más algunas planas mayores. Su estado militar distaba de ser el de otros tiempos.

En cambio los realistas de Perú se vieron reforzados con distinguidas unidades llegadas de España después de la caída de Napoleón. Un ejército veterano, con acreditados jefes, desembarcó en Arica el 8 de septiembre —tras doblar el Cabo de Hornos—, llevando a su frente al mariscal de campo José de la Serna, militar de antiguos servicios y de sólidos conocimientos. Entre su oficialidad se contaban figuras que al retornar a la Península, concluida la guerra de Independencia, actuaron con relevancia en las cuestiones políticas que tuvieron lugar luego de la muerte de Fernando VII (1833). Este Ejército Real venía perfectamente uniformado y armado, contrastando con las usadas prendas y equipos de los que combatían contra la emancipación americana desde hacía seis años, y además se jactaba que vencería a los “insurgentes” con facilidad, sin atender a los consejos de quienes ya los habían enfrentado. Marcaba su diferencia, además, el hecho de que la mayor parte de los nuevos jefes españoles eran liberales, y pertenecían a una logia masónica, contrastando con el espíritu más *absolutista* que mantenían Pezuela y sus antiguos subordinados. Esa división haría crisis con el tiempo. Por lo pronto, el distinto espíritu de La Serna y sus hombres significó humanizar una guerra que se libraba con toda crueldad, siendo de rigor el fusilamiento de los prisioneros indios de categoría, y el mal trato que recibían los oficiales patriotas. El Regimiento de Infantería de Talavera, mandado por el coronel Maroto, se singularizó por sus violencias, antes de ser destinado a reforzar a Chile. Algún tiempo después se recibieron otras unidades provenientes de Panamá.

El remozado Ejército Real del Perú, tras pasar por Tacna, llegó a Potosí y luego a Santiago de Cotagaita, donde traspasó su jefatura a La Serna quien lo mandaba hasta entonces, general Juan Ramírez Orozco. Uno de los oficiales recién venidos de la Península nos describe su impresión al incorporarse a sus camaradas de América:

Acostumbrados como estábamos a ver las lucidas tropas europeas, fuimos desagradablemente sorprendidos. Su composición, su táctica, su aspecto, el traje solo de la

oficialidad y tropa excitaba la risa. La mayor parte de los jefes y oficiales eran hijos del país, principalmente cuzqueños, y de éstos muchos mulatos o cholos, o europeos sin principios, aventureros. Este Ejército sin embargo se había batido bien y con suceso en diferentes ocasiones, y los soldados de infantería, sin ser brillantes, eran valientes; pero la servilidad y falta de conocimientos en el arte hacía que los mirásemos con desprecio. La caballería estaba muy mal montada y muchos de los escuadrones cabalgaban en mulas.

Con los nuevos tres cuerpos de España, el Ejército se movió hacia Tupiza, donde llegó el 14 de noviembre de 1816, y se dispuso a abrir su nueva ofensiva sobre Salta. Previamente —un mes después— dirigió el general José de la Serna la siguiente carta al teniente coronel Francisco Pérez de Uriondo, designado por Güemes para defender el sector de Tarija, la cual revela la soberbia y desconocimiento del flamante comandante realista sobre sus futuros adversarios, a los que buscaba someter:

¿Cree usted por ventura que un puñado de hombres desnaturalizados y mantenidos con el robo, sin más orden, disciplina ni instrucción que la de unos bandidos, pueden oponerse a unas tropas aguerridas y acostumbradas a vencer las primeras de Europa, y a las que se haría un agravio comparándolas a esos que se llaman gauchos, incapaces de batirse con triplicada fuerza, como es la de su enemigo?

Los hechos darían la mejor respuesta al mariscal Serna.

Para oponerse a las incursiones de los jefes españoles, el coronel Martín Güemes, jefe de la vanguardia de las tropas nacionales y gobernador de Salta, había dividido su frente en tres zonas: la más avanzada de Tarija, en el Alto Perú, al mando del mencionado teniente coronel Uriondo; la de Yavi, en la frontera de las dos comarcas, a órdenes del coronel mayor Juan José Fernández Campero, marqués de Tojo; y más al sur, casi paralelas, la de Orán hacia el este, confiada al teniente coronel Manuel Eduardo Arias, y la de Huamahuaca, comandada por el coronel José María Pérez de Urdinenea. La ardua quebrada del Toro era vigilada por el capitán Luis Burela. Con las solas fuerzas locales, el coronel Güemes, aunque restablecidas las buenas relaciones con el comandante del Ejército Auxiliar acantonado en Tucumán, debía contener la entrada del enemigo. Confiaba no sólo en el ímpetu de sus paisanos, que lo idolatraban, sino en el del pueblo todo, que conformaba la noción de *la tierra en armas*. Un factor coadyuvante era la continuidad de la resistencia de las *republicuetas*, como se denominaba en la época a las reuniones indígenas en el Alto Perú, que a espaldas de los realistas significaban una preocupación constante.

Las hostilidades al norte de la quebrada de Huamahuaca no cesaban, con ligeros triunfos parciales para uno y otro bando. Allí en Yavi actuaba un sacerdote realista al frente de partidas que denominó “*Angélicos*” —él mismo detentaba el título de teniente coronel—, por contraposición al cuerpo de Dragones Infernales de Güemes. Ocupada Yavi por su dueño, el Marqués del valle de Tojo, éste fue a su vez atacado sorpresivamente por el brigadier Pedro Antonio de Olañeta, jefe de la vanguardia del mariscal La Serna, el 15 de noviembre. La desorganizada resistencia no pudo contener a los realistas y se produjo una desbandada, en la cual cayeron prisioneros el propio marqués, general Campero, y su segundo el teniente coronel Juan José de Quesada, porteño, quien se le había

incorporado proveniente del ejército de Rondeau. Este último fue conducido a los calabozos de El Callao, donde se encontró con su sobrino el subteniente Isidro Quesada, herido y prisionero en Sipe-Sipe; en cuanto al Marqués de Tojo, murió en cautiverio cuando iba a ser trasladado a España para ser juzgado por traición a causa de su título de nobleza.

Luego de ese suceso, el grueso del Ejército Real penetró por la gran quebrada, y el 12 de diciembre ocupó el pueblo que le da nombre, luego de haber sofocado —siquiera momentáneamente— a las *republiquetas* de su retaguardia. Fortificando este punto para contar con seguridad a sus espaldas, La Serna prosiguió hacia Jujuy, que ocupó el 6 de enero, despachando una fuerte columna a órdenes del coronel Marquiegui (nacido en Jujuy) para protegerse de las fuerzas de Uriondo y Arias, que operaban por su flanco izquierdo, y que lo hostilizaron constantemente. Tan vigorosa fue la resistencia nativa que Marquiegui debió replegarse en procura del Ejército Real, debiendo Olañeta partir en su busca antes de que fuera aniquilado. El 23 de enero ambos ingresaron en la ciudad de Jujuy, sitiada por los gauchos y soldados patriotas. Por estos días el coronel Güemes anunciaba a Belgrano desde Salta: "Si el enemigo se desprende de Jujuy en dirección a esta ciudad, encontrará en su marcha una resistencia vigorosa".

Fue lo que sucedió: pese a la carencia de elementos y de paga, a la pobreza y hasta falta de armas, fueron diarias las guerrillas y ataques llevados por los subordinados de Güemes. El encuentro más importante fue librado en San Pedrito, triunfo del comandante Juan Antonio Rojas, hasta el punto que el abastecimiento de Jujuy se tornó angustioso.

Todos los comandantes jujeños y salteños concurrían para atacar al invasor: José Apolinario de Saravia, Pablo de la Torre, José Francisco Gorriti (a) *Pachi*, Manuel Álvarez Prado, Gabino de la Quintana, Francisco Velarde, Ángel Zerda, y tantos más. Los combates eran diarios. Notable fue el comportamiento de los patriotas desde el 13 de marzo, cuando comenzó un avance en regla sobre la ciudad, el cual culminó dos días más tarde con la carga de Gorriti y del capitán Torino sobre las trincheras, "con el arrojo más sorprendente", en concepto del militar e historiador español García Camba, que formaba en el Ejército del Perú. El mismo mariscal La Serna, enfermo, se vio obligado a acudir a los parapetos con sus asistentes y los otros convalecientes, para rechazar el impulso de los gauchos. Desde entonces éstos fueron considerados con mucho respeto por sus adversarios, que observaron con mayor escrupulosidad las leyes de la guerra.

De cualquier modo, las tropas del mariscal La Serna eran de superior calidad, y era evidente que con mayores elementos proseguiría su invasión.

Estimulando a los esfuerzos locales, el general Manuel Belgrano determinó enviar una división volante al Alto Perú para volver a insurreccionar a sus pobladores y llamar la atención del jefe español a sus espaldas. Esta maniobra audaz, por desenvolverse aislada y en pleno territorio controlado por el enemigo, fue confiada al teniente coronel Gregorio Aráoz de La Madrid, jefe que lo tenía "fascinado" (sic: opinión de un testigo) por sus numerosos actos de arrojo. De un valor reconocido por sus adversarios, era La Madrid sumamente popular entre sus soldados. El propio oficial dejó el relato de su incursión.

En los primeros días de marzo de 1817 el general Belgrano interpelló a La Madrid: "¿Se animaría Ud., mi querido Gregorio, a realizar esta empresa atrevida, dirigiéndose secretamente sobre Oruro por el despoblado, con cuya operación podemos salvar el ejército?". El temerario Aráoz de La Madrid aceptó de inmediato y formó su división con

150 infantes y otros tantos húsares de caballería, más dos cañones ligeros. Sólo le pudieron proveer de 74 caballos buenos y herrados, pues el resto estaba destruido por los actos de servicio y los malos pastos de la época. Por tanto, apartándose de sus instrucciones, se dirigió a Tarija, donde sabía que podría obtener otras cabalgaduras.

Sin ser descubierto pudo llegar a la ciudad, y en la tarde del 20 de abril comenzó el combate contra el Regimiento de Gerona que estaba de guarnición y una columna que iba a incorporarse a ésta. Estrechándose el asalto por los patriotas, los defensores se rindieron, entre los cuales cayó prisionero el teniente coronel Andrés de Santa Cruz, el futuro presidente de la Confederación Peruana-Boliviana. Los jefes y oficiales cautivos pudieron conservar sus espadas y equipajes. Dos horas después de finalizada la acción llegó un correo desde Tupiza avisando al coronel Ramírez, jefe del Gerona, de parte del coronel Jerónimo Valdez, que ante la aparición de fuerzas enemigas, "se mantuviera con toda la precaución posible". Ramírez se limitó a comentar: "¡Mire usted qué b...! ¡A buena hora viene con sus prevenciones, cuando estoy más seguro que un pájaro en la jaula!". Los prisioneros fueron enviados a Tucumán, pero La Madrid perdió dos semanas en organizarse en Tarija, emprendiendo su marcha a Chuquisaca el 5 de mayo. Durante el trayecto tuvo un golpe de suerte: la captura sin combatir de un fuerte escuadrón de caballería que fue sorprendido sobre la marcha. El 20 de mayo la columna patriota estaba a inmediaciones de Chuquisaca (o Charcas). La Madrid no quiso penetrar de noche, pese a la quietud reinante y a la noticia de que sólo 90 hombres guarnecían la importante ciudad: "por pura delicadeza —refiere él mismo—, y por que no se me escapara ninguno de los jefes que habían en ella". Su plan consistía en disparar dos cañonazos sobre el fogón existente frente a la puerta de la Presidencia de aquella capital, y al grito de "¡Viva la patria!" avanzar todos sus destacamentos hasta una cuadra de las trincheras, y allí hicieran alto. Estaba seguro el teniente coronel La Madrid que tomaría la ciudad sin lucha.

Lo que ignoraba era que en sus cercanías operaba un cacique Venancio al frente de una *republiqueta* de indios, con la cual hostilizaba a los españoles, y el presidente de Charcas, general Pascual de Vivero, había impartido la orden a la población de que al tiro de dos cañonazos, acudiera a la plaza para defender a la ciudad del saqueo.

Eso ocurrió: pese a avistarse la bandera argentina que enarbolaba La Madrid, el pueblo se aprestó a defenderse, fracasando las intimaciones para que Vivero se rindiera. El combate que siguió fue encarnizado, sufriendo los atacantes un vivo fuego desde los balcones de las casas y las torres de la plaza, siendo inútiles los esfuerzos por doblegar la resistencia. Por fin, La Madrid ordenó tocar retirada, perdiendo una excelente ocasión de hacerse dueño de una población adicta a su causa.

De ahí en adelante todo comenzó a salir mal.

Sentida su presencia por el enemigo, se pusieron en acción varios jefes españoles, temerosos por este peligro en el corazón de sus reservas, que cortaba la comunicación con el mariscal José de la Serna, y que, muy alarmados, creyeron ser la vanguardia del propio Belgrano. El comandante Aráoz de La Madrid se dirigió para abrirse paso contra una fuerza a órdenes del coronel Santos La Hera, pero antes de chocar con éste fue atacado sorpresivamente y pese a su valor personal su columna fue dispersada en gran parte. El general O'Reilly se unió a La Hera y La Madrid debió emprender una franca retirada; pero el 12 de junio, en Sopachuy, fue alcanzado por el coronel La Hera y su segundo el teniente coronel Baldomero Espartero, que prácticamente deshicieron a la tropa patriota: se perdió la bandera, la artillería, 300 bajas, pudiendo salvar a los restos en su re-

tirada los oficiales Rabelo y Lugones con los fuegos de su retaguardia. Los patriotas fueron perseguidos y llegaron a proximidad de Tarija, forzando a encerrarse en ella al general Canterac. Allí los rioplatenses estuvieron a punto de ser batidos por una división del general español Olañeta que se aproximó, pero a la cual eludieron. Para auxiliarnos desde Tucumán el brigadier Belgrano envió al Regimiento n° 2 al mando del teniente coronel Bruno Morón, pero en Salta su gobernador Güemes no le permitió el avance y hasta lo hostilizó, por suponer que las fuerzas nacionales intentarían deponerlo. La Madrid decidió replegarse definitivamente por la vía de Orán, cargando sus heridos y equipajes en condiciones tremendas que él describe:

La tropa y todos los oficiales estábamos completamente desnudos, a tal extremo que en los descansos de las marchas nos sacábamos los oficiales los pedazos de camisa que traíamos puesta, porque toda la ropa blanca que teníamos y que no era mucha por cierto, la habíamos concluido en hilas y vendas para los heridos.

Con recursos que recibió luego de Belgrano pudo repartir dinero a la tropa y vestirla convenientemente. De poco tiempo más adelante cuenta:

En esa retirada pasamos innumerables trabajos de toda especie, pues tuvimos que caminar a pie y descalzos, abriendo camino por entre los bosques con nuestros sables, hambrientos, y atravesando cadillares en que nos espinábamos hasta las cejas.

Bajo un sol abrasador, caminaban sin tener qué beber. Hasta que llegaron a Orán menos de 200 hombres de los que La Madrid condujera al Alto Perú. Quedó en Chuquisaca, colgada de la horca todo un día, la enseña nacional que había portado. Pero Gregorio Aráoz de La Madrid fue recibido en Tucumán dos meses después de su salida (en diciembre) en triunfo por Belgrano, quien lo ascendió a coronel por el sacrificado periplo cumplido, entre glorias y fracasos. Fue el último intento del Ejército Auxiliar del Perú por recobrar la ofensiva, y su historia interna permite tener una idea de las penurias, sacrificio y espíritu de los soldados de las Provincias Unidas en aquellos inhóspitos parajes.

Afortunadamente para la causa de la patria, poco después los comandantes gauchos Rojas y Uriondo, y los mayores Esteban Hernández y Agustín Rabelo, pudieron reconquistar el territorio perdido hasta Tarija, sosteniendo la sublevación de la región de Cinti.

Más al sur de la atrevida incursión de La Madrid, algunos jefes españoles realizaban idénticas operaciones, recorriendo la zona comprendida desde Orán y Tilcara, incluyendo Humahuaca. Los ataques de los guerrilleros nativos fueron constantes, y cuando retornaron a Jujuy sus pérdidas habían sido importantes.

El relato ha debido adelantarse a la cronología para mantener la unidad del relato; pero en realidad, importantes movimientos se produjeron paralelamente.

La situación militar quedó registrada por un joven oficial que, luego de combatir en la Península contra los ejércitos napoleónicos, había pasado a América con el refuerzo recién conducido por el mariscal José de la Serna. Se trata del porteño Tomás de Iriarte, teniente coronel a la sazón, quien disimulaba malamente su intención de incorporarse a las filas americanas. Recordó años más tarde el estado del Ejército Real en Jujuy:

Desde que el Ejército estaba allí habían ocurrido varios encuentros parciales con los gauchos de Güemes, en que los españoles habían siempre llevado la peor parte, sufriendo continuas pérdidas de sus mejores oficiales y soldados. El país es sumamente montuoso, y el conocimiento práctico de las localidades daba una ventaja decidida a los naturales, los que son muy belicosos y diestros en el caballo.

Opinó que con una dirección organizada, unificada por el coronel Güemes, la guerra habría concluido allí, pero sucedía algo distinto:

Cada comandante obraba con entera independencia, de modo que sus ataques carecían de concierto y consistencia, y el resultado de ellos era momentáneo y reducido al mayor o menor número de enemigos que quedaban fuera de combate. Pero no obstante este desorden los españoles estaban desmoralizados, no sólo por sus pérdidas diarias, sino por la escasez de víveres: circunvalados como se veían por las partidas americanas que tocaban casi los arrabales de Jujuy a todas horas, era indispensable hacer continuas expediciones para traer ganado de las estancias vecinas, y estas incursiones costaban siempre algunas vidas, sin obtener algunas veces el objeto por que se hacían.

Desde esta ciudad el general La Serna dispuso retomar Humahuaca y fortificarla, para mantener la comunicación con el interior del Perú. A tal efecto el pueblo fue circunvalado por un parapeto de adobe, con aspilleras, y en el morro de Santa Bárbara que lo domina se instaló una batería de cuatro piezas de montaña. Quedaron de guarnición algunos piquetes de infantería y caballería, y artilleros, hasta un total de 200 hombres.

Ello no bastaba. Puesto que a los pocos días, el 1° de marzo de 1817 Humahuaca fue recobrada mediante un sorpresivo asalto llevado por el comandante Manuel Eduardo Arias que rindió a toda la guarnición sobreviviente (6 oficiales y 80 de tropa), que perdió 4 oficiales y 20 soldados, todos los cuales pertenecían al celebrado Regimiento que mandara el coronel Picoaga y que en ostentación de una sus victorias mostraba en un ángulo de su bandera la cabeza degollada del cacique Pumacahua. Las tropas patriotas recibieron medallas por su desempeño. Era un logro importante, pues el ejército español perdía su punto intermedio con las Provincias arribeñas y quedaba aislado y sin noticias de Lima.

El ejército continuaba bloqueado por las partidas de Güemes [agrega Iriarte] y con grandes dificultades para proporcionarse los medios de subsistencia: los gauchos tuvieron bastante destreza para hacernos creer que el ejército del general Belgrano se aproximaba a marchas forzadas; algunas noches nos circunvalaban de hogueras para hacernos entender que ya había llegado, y más de una vez estuvimos formados en la tablada esperando el día para batirnos. Nuestro ejército estaba desmoralizado por la gran baja que había sufrido y por las privaciones que experimentaba: el hospital estaba lleno de enfermos.

Desde otro punto de vista, Belgrano no estaba en condiciones de emprender una ofensiva contra La Serna, mas éste lo ignoraba y consideró la posibilidad de retirarse al Alto

Perú. El general Gerónimo Valdez, su jefe de Estado Mayor, se opuso a la evacuación; por el contrario, lo instó a salir de su difícil posición avanzando hasta Salta. Se impuso este criterio.

En abril el general José de la Serna dejó Jujuy para proseguir su ruta al sur, quedando en la ciudad una corta guarnición.

Otra vez, como tres años antes, en 1812, la ciudad que servía de nervio a la resistencia nacional por el Norte, corría peligro de caer en manos realistas. Marchaban cerca de 2.500 hombres de tropa, que integraban los batallones Extremadura, Gerona, Húsares de Fernando VII, Cazadores Montados, Dragones de la Unión y Granaderos de la Guardia con cuatro piezas de artillería.

Prácticamente no había transcurrido un instante desde que La Serna abandonó Jujuy, cuando comenzó el hostigamiento de los patriotas. Todas las jornadas hacia el sur estaban sostenidas por las incursiones que incansablemente realizaban los milicianos comandados por el teniente coronel Apolinario Saravia. A siete leguas de Salta, en Cerrillos, sus defensores obtuvieron una gran victoria sobre la mayor parte del Ejército Real, como refiere el teniente coronel Tomás de Iriarte:

Los gauchos hicieron prodigios de valor; y la infantería española pudo a duras penas retirarse del campo de batalla formada en cuadro: el jefe de esta fuerza española, el coronel Sardina, fue herido en esta acción y murió en Salta pocos días después. Desde esta jornada cesaron las balandronadas españolas: habían hasta entonces mirado con el mayor desprecio a las tropas de Güemes, y había jefe que decía que con 4 hombres y 1 cabo se atrevía a ir hasta Tucumán; pero la acción de los Cerrillos los desengañó bien a su costa, y no se ruborizaban en acordar a los americanos el valor que antes les habían negado.

Resultó, en efecto, una acción tenazmente disputada, y el triunfo de las unidades nacionales al mando de Burela, Rojas, La Torre y Ruiz de Llanos fue de suma importancia por sus consecuencias morales. Con todo, Salta fue ocupada el 15 de abril de 1817. "El terreno se ha disputado palmo a palmo, pues desde Jujuy ha sufrido un vivo fuego, con fruto, y sin pérdida por nuestra parte", comunicaba Güemes a Belgrano al día siguiente.

La historia se repitió, sin descanso para los invasores:

Todo el tiempo que el ejército estuvo en Salta se vio tan acosado como lo había estado en Jujuy: las escaramuzas eran diarias; las partidas de los independientes se aproximaban hasta los arrabales, y desgraciado el que caía en sus manos: no daban cuartel.

Tal el cuadro descripto por Iriarte. Uno de los oficiales españoles que formaba en ese Ejército y que publicó sus *Memorias*, García Camba, aporta otro medio de lucha: "Los enemigos habían llevado su osadía al extremo de enlazar y arrastrar con sus caballos algunos centinelas sobre sus mismos puestos de guardia, y este nuevo método de ofender causó singular horror".

Poco tiempo, en las condiciones referidas, permaneció en Salta el Ejército Real, y a los pocos días el coronel Carratalá inició el repliegue conduciendo un tren de heridos y enfermos. Lo siguió el resto de los efectivos, repitiéndose la penosa situación de verse

hostilizados por las partidas de milicianos, que no le daban descanso ni les esquivaban preocupaciones. En Caldera, a seis leguas de la ciudad que acababan de desocupar, los gauchos provocaron una gran alarma lanzando sobre el campamento una manada de caballos con cueros encendidos atados a la cola, lo que causó que los cuerpos hicieran fuego en todas direcciones. Llegado a Jujuy, los realistas sólo permanecieron una semana, destinada a recolectar mulas para el transporte de los enseres, y refaccionar y acomodar el parque. El 12 de mayo partieron.

Y otra vez la penosa marcha.

"Todos los días había fuertes escaramuzas, y por consiguiente, bajas en el Ejército", refiere Iriarte. Las unidades de Gorriti, Quintana, Corte, Arias, Saravia y Cornejo lo atacaron incansablemente, "haciéndole fuego de noche y día en emboscadas y de todos los medios posibles", dio cuenta Güemes al general Belgrano. Sigue Iriarte:

Cuando llegamos a Volcán nos habían ganado la delantera y nos quemaron el campo, con tan buen suceso que ardieron muchas tiendas de campaña y perecieron algunos soldados. Dos días después volvieron a incomodarnos quemando el campo por retaguardia, pues el viento venía de aquel lado: el ejército estaba ya en marcha, y el fuego adelantaba con tal rapidez que tuvimos que meter espuelas: venía el humo encallejado por la quebrada, habría bastado para sofocarnos aun antes de sentir la acción del fuego, tal era su densidad, su velocidad era mayor que la de nuestros caballos; pero felizmente no nos alcanzó por haberse cortado el fuego al llegar a un arroyo seco.

Otra característica de la situación era la falta de auxilios locales:

La prueba inequívoca de la adhesión de los naturales a la causa de la Independencia era el abandono que hacían de sus hogares cuando se aproximaban las tropas realistas: éstas encontraban los pueblos enteramente desiertos, emigraban los vecinos a los bosques y serranías, y enterraban los efectos de más valor que no podían transportar en las inmediaciones del pueblo. Los renglones que se buscaban con más anhelo eran las papas, el trigo, el maíz y otros comestibles, que los que hacían el hallazgo vendían a muy buen precio.

Prosigue el teniente coronel Iriarte: "En Tilcara estuvimos cercados por las partidas de los independientes llamadas *republiquetas*: era rara la noche que no venían a incomodarnos con sus fuegos, pero nunca pasaban de amagos, porque nuestra fuerza era superior". El mismo panorama de desolación descripto anteriormente presentó Humahuaca, pueblo enteramente vacío de pobladores, que conservaba los rastros sangrientos de la sorpresa efectuada por los patriotas en marzo.

En resumen:

Esta retirada fue de las más penosas, enteramente exhaustos de víveres: las llamas, cuya carne es muy indigesta, eran nuestro único recurso. Las cabalgaduras disminuían diariamente, y los oficiales abandonaban sus equipajes sobre el camino por no tener mulas en qué transportarlos; muchos marchaban a pie. Las mulas del parque disminuían cada día no sólo por la fatiga de una marcha tan prolongada y sin

descanso, sino por falta de buenos pastos; así, fue preciso montar la artillería, que hasta entonces se había transportado a lomo. De este modo se hizo la marcha más difícil y dilatada, porque las escabrosidades del terreno no permitían que se hicieran jornadas regulares con esta arma.

Coincide García Camba: "Era doloroso ver y contemplar el estado lamentable en que se retiraban estas tropas tan valientes, tan sufridas, tan constantes, y que había batido y dispersado a sus contrarios [sic]; pero era tal la naturaleza de esta guerra".

Semejaba a una huida, y en realidad lo era. Las fuerzas semirregulares de Güemes, conducidas por jefes inteligentes y prácticos, sin librar combate decisivo contra un ejército veterano, bien mandado, y mejor equipado, concluyeron por derrotarlo sin batallas.

La campaña sobre Salta fue desastrosa para los españoles, y les hizo conocer bien a su costa que siempre que intentasen invadir las provincias argentinas tendrían que estrellarse primero con el antemural que les opondrían los valientes salteños, cuyo denuevo empezaron a saber apreciar en su justo valor (Iriarte).

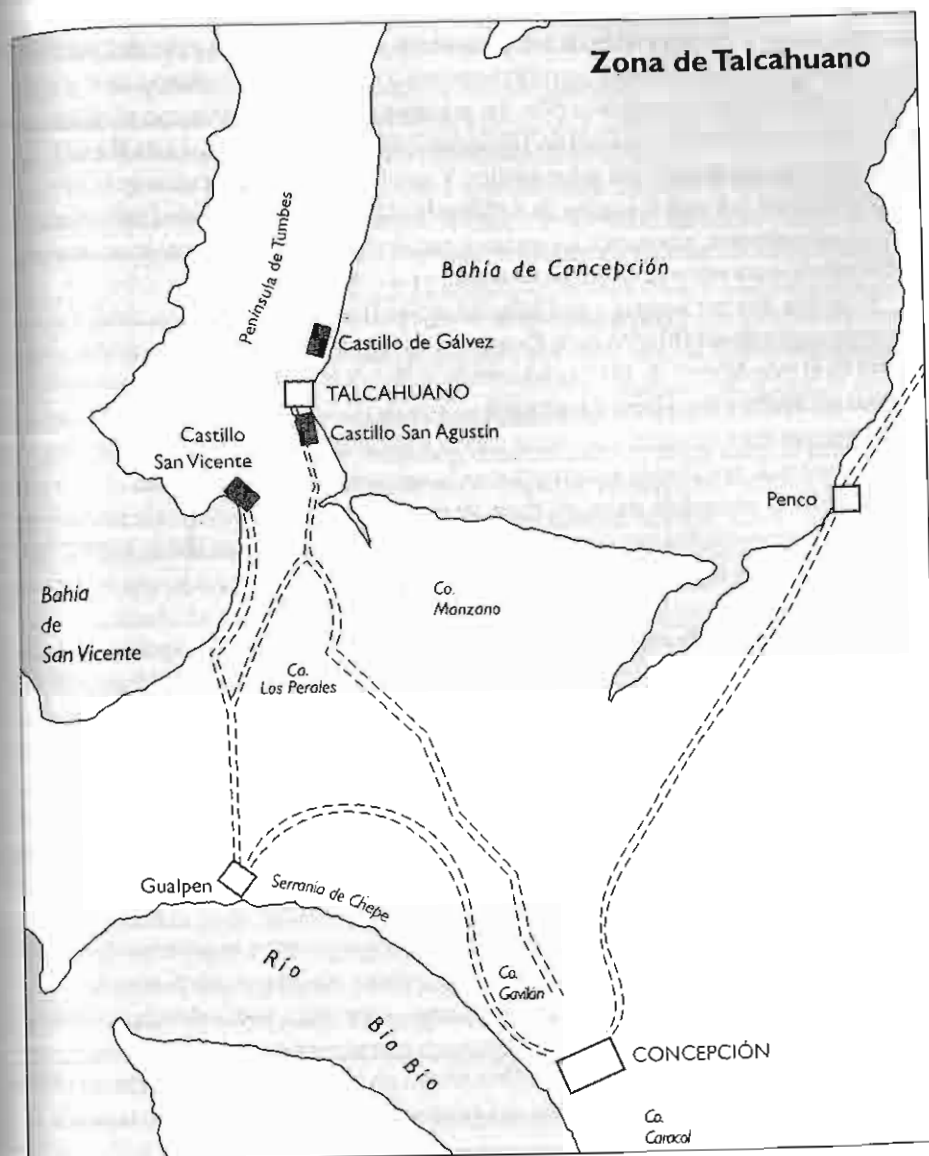
Los invasores, soldados de elite, veteranos la gran parte de las guerras napoleónicas, habían perdido 1.000 hombres, sus bagajes y cabalgaduras, forzando a abandonar sus heridos. El territorio que ocuparon debieron evacuarlo.

El 21 de junio los realistas arribaron a Tupiza, mes y medio después de pasar por Jujuy. Una retaguardia al mando del general Olañeta había quedado en Humahuaca, y cuando se lo decidió reforzarlo con un regimiento de infantería y cuatro piezas de artillería, Tomás de Iriarte logró ser destinado a mandar esta columna para poder separarse de las filas de Fernando VII. Era el mes de diciembre de 1817. Se incorporaron a la división cerca de Huacalera, hallando que "la situación física y moral de aquella tropa era la más deplorable", pues un fuerte destacamento patriota mandado por el coronel Manuel Eduardo Arias asediaba a Olañeta día y noche, cortándole los víveres y habiendo estado a punto de tomarlo prisionero durante un encuentro. Al día siguiente de la llegada de Iriarte se avanzó por la quebrada hasta Tilcara, donde la vanguardia realista celebró la Nochebuena con las fuerzas de Arias a su frente. Al día siguiente, muy temprano, Tomás de Iriarte partió a caballo con el pretexto de recorrer las avanzadas y se unió a las filas de sus compatriotas.

La guerra en el Norte quedaba estacionaria, luego del grave escarmiento infligido a sus atacantes. Don Martín Güemes fue ascendido a coronel mayor, a propuesta de Belgrano, y todas sus fuerzas condecoradas con medallas que cargaban la leyenda "A los heroicos defensores de Salta".

La infortunada incursión del mariscal La Serna a través de la quebrada de Humahuaca y regiones del sur, no había impedido que San Martín cruzara los Andes ni tampoco que retornara a Cuyo. Pero en Chile la campaña no estaba concluida, posiblemente porque este último menospreció a las fuerzas realistas que después de la batalla de Chacabuco se hallaban confinadas tras el río Maule.

Para dominarlas, siendo insuficiente la presencia de las tropas a cargo del mayor Ramón Freyre, fue despachada una división de 1.300 efectivos a órdenes del coronel Juan



Gregorio de las Heras, quien a su valor y capacidad unía la ventaja de haber operado antes en aquella región. Conducía al Batallón n° 11 de los Andes, al 3° Escuadrón de Granaderos a Caballo, y una batería de artillería con tres piezas de montaña y un obús. Luego se le agregó el 2° Escuadrón de los granaderos. Para enfrentarlo salió del puerto de Talcahuano el general Ordóñez con 700 hombres y chocaron en los llanos de Curapaligüe, donde luego de una reñida acción, los realistas debieron retirarse con pérdidas. De todos modos, convertida la ciudad de Talcahuano en una plaza fuerte, a Las Heras le era imposible conquistarla con sus solos medios, y requirió refuerzos, máxime que los españoles recibieron por mar el auxilio de 1.600 soldados conducidos desde Perú en cuatro buques de transporte, y que eran los mismos que después de Chacabuco se embarcaron en Valparaíso para salvarse de ser prisioneros.

El propio director supremo de Chile, brigadier Bernardo O'Higgins, delegando el gobierno en el coronel Hilarión de la Quintana —pese al insistente rechazo de éste—, se dirigió en el mes de abril de 1817 conduciendo el Batallón n° 7, el 4° Escuadrón de Granaderos a Caballo y dos piezas de artillería.

Antes que éstos llegaran, Las Heras volvió a ser atacado por el general Ordóñez.

Los patriotas se hallaban acantonados en la cercana Concepción, donde el 5 de mayo recibieron la embestida enemiga, parte de cuya fuerza remontaba el río Bío-Bío en barcas para sorprenderlos por la espalda en la zona de Gavilán. Las Heras estaba vigilante. Asaltado por los flancos por el general Ordóñez y el coronel Antonio Morgado, perdió sus cañones avanzados, pero sendas cargas de los Granaderos a Caballo y del Batallón n° 11 de Infantería contuvieron al enemigo, que sin embargo prosiguió empeñado con vivo fuego en mantener la acción. Nuevas cargas de las tropas de Las Heras, por último, tras cuatro horas de ruda pelea, hicieron retroceder a Ordóñez y al coronel Morgado, al tiempo que aparecía el Batallón n° 7 que llegaba como avanzada de O'Higgins. Los realistas perdieron 3 piezas de artillería y 200 fusiles, más de 100 muertos y 80 prisioneros. Los muertos patriotas fueron 6, con 62 heridos, habiéndose lucido entre otros el coronel Freyre, los comandantes Enrique Martínez, Manuel Medina y Cirilo Correa, y el capitán Román Deheza. Entre los heridos se contaron los oficiales Pedro Ramos y Juan Apóstol Martínez.

Como aún no se podía intentar la captura de Talcahuano pese a la superioridad de las tropas americanas en la campaña, fuertemente defendida y situada en una península, aquéllas se dedicaron a tomar los pueblos circundantes, superando la resistencia opuesta, y efectuando reconocimientos cerca de Talcahuano, a la espera del asalto que finalmente debía producirse. El que fuera oficial de Granaderos en aquel tiempo, luego coronel Manuel de Olazábal, escribió lo que podía aplicarse a la guerra de Granada en tiempos de los Reyes Católicos:

Era raro el día en que no hubiese un suceso en la vega, donde se encontraban a menudo las descubiertas de ambos ejércitos, en las cuales los granaderos hacían heroicidades, matando y tomando prisionero del enemigo en todos los encuentros, no siendo para ellos embarazo las continuas lluvias de aquella zona.

No excusaban su presencia el general O'Higgins y el coronel Las Heras en los combates de mayor o menor intensidad, y la caballería independiente llevaba sus avances casi hasta los mismos fosos defensivos.

Una preocupación adicional fue el alzamiento de los indios araucanos en Arauco, más al sur, en favor de España, que obligó a que el coronel Freyre con diversos cuerpos del ejército (300 hombres) se dirigiera a batirlos, ocupando Arauco. Pero al norte, entre San Fernando y Curicó, otros capitanejos entre los cuales el más peligroso fue un tal Pintcheira, prosiguieron librando acciones de variada intensidad durante mucho tiempo. Se titulaban capitanes del Rey, pero asolaron a patriotas y godos por igual, mediante crueles procedimientos, hasta que pudieron ser muertos.

En el mes de julio de 1817 comenzó a establecerse en regla el sitio a Talcahuano. aproximándose la línea con el general O'Higgins y su Estado Mayor, el cuerpo de Ingenieros mandado por el mayor Antonio Arcos, la artillería a órdenes del comandante Manuel Borgoño, y los batallones n° 7 y 11 (coroneles Pedro Conde y Juan Gregorio de las Heras). Mas los grandes temporales propios de invierno en esa zona, con lluvias torrenciales, obligaron a suspender el ataque previsto por estar mojada la mayor parte de las municiones. Allí en Concepción el Director Supremo O'Higgins creó la *Legión del Mérito* para premiar a los campeones de la Independencia.

En Santiago, a donde había retornado desde Buenos Aires en mayo el general San Martín, los aprestos militares cobraron nuevo impulso, atendiéndose preferentemente al parque y maestranza del Ejército Unido, como se llamó desde entonces la fuerza sudamericana, compuesto por el de Chile y el argentino de los Andes, que el gobierno trasandino se ocupó de sostener financieramente por la eficaz intervención de las Provincias Unidas en favor de la causa común. Su comandante en jefe prosiguió siendo don José de San Martín. Para sellar la alianza, las autoridades de Buenos Aires obsequiaron al Ejército Unido 1.000 fusiles nuevos "y de buena calidad". Llegó entonces desde el Plata el teniente coronel Tomás Guido, como representante diplomático del Gobierno de las Provincias Unidas, y asimismo un conjunto de oficiales franceses, siendo el de más categoría y fama el general Michel Brayer, el cual lo había sido del emperador Napoleón. Otros de ellos ilustrarían sus nombres en las sucesivas campañas: Bacler d'Albe (ingeniero), Brandsen, Beauchef, Viel, Bruix. Cabe advertir que la mala salud del general San Martín, que le producía ataques periódicos a causa de sus trabajos y preocupaciones, motivó una seria recaída (mes de julio), lo que impulsó al Gobierno de Buenos Aires a enviar a Chile al general Antonio G. Balcarce, el vencedor de Suipacha, para reemplazarlo, y superado el trance, desempeñarse como segundo comandante del Ejército Unido. El coronel Rudecindo Alvarado quedó como gobernador de Valparaíso, y finalmente el coronel José Zapiola recibió la titularidad del Regimiento de Granaderos a Caballo, que nominalmente aún ostentaba San Martín.

Los encuentros armados en el sur no cesaban, y se combatía con tenacidad. Hasta que mejorado el estado del tiempo con la primavera, se llevó a cabo el demorado asalto a Talcahuano.

Era una empresa difícil: el general Ordóñez había artillado convenientemente los accesos a la península donde se hallaba la ciudad con 80 cañones, contando con 1.700 soldados, y en su bahía varios buques y balsas apoyaban con sus fuegos la defensa. Una serie de fosos, empalizadas y reductos obstaculizarían el avance; sobre todo, a la izquierda de los atacantes se levantaba un morro erizado de baterías. Un puente levadizo daba acceso a las posiciones. El director O'Higgins y el coronel Las Heras opinaron en junta de guerra atacar por la derecha, tomando de flanco a la línea enemiga, donde era más débil; pero el general Brayer, designado mayor general del Ejército y encargado del comando

del asalto por O'Higgins, se decidió por un asalto frontal sobre los más fuertes puntos argumentando que los españoles escaparían para embarcarse en su flota. El prestigio que rodeaba a éste fue decisivo, no menos que una razón que expone Manuel Pueyrredón, perteneciente al Ejército de los Andes, del cual escribió sus hazañas: "Esta última opinión prevaleció y fue funesta; la mayor parte se avino a ella por desprecio al peligro"; Modalidad de la época, en que la demostración del coraje se imponía al mejor procedimiento!

Se contaba con los batallones nº 1 y 3 de Chile (Juan de Dios Rivera), y nº 7 y 11 de Los Andes (Juan Gregorio de las Heras), escuadrones nº 3 y 4 de Granaderos a Caballo (Manuel de Escalada), Cazadores a Caballo (Ramón Freyre) y artillería del mayor Juan Manuel Borgoño, cuyos disparos en su momento obligarían a alejarse a las naves realistas. Varias cañoneras chilenas apoyarían el ataque. Los efectivos sumaban 3.700 hombres.

Dejo el relato al coronel Pueyrredón:

El 6 de diciembre de 1817, en la madrugada, el ejército marchó al asalto. El coronel Las Heras (3 y 11) atacaría la izquierda, el comandante Conde el centro, la caballería con el comandante Freyre en reserva, para entrar cuando se abriesen las puertas. Las primeras compañías a las órdenes de Beauchef, las otras de igual clase a las del mayor Correa, marcharon en silencio. Pero habían sido sentidos, y el enemigo rompió un fuego terrible sobre los cazadores de Beauchef, que hizo trepidar su columna; pero repuestos, continuaron el ataque: pasaron el foso colmado casi de agua y fueron a estrellarse en la palizada, que consiguieron abrir con mucha dificultad; mas en esos momentos Beauchef fue gravemente herido, y muerto el capitán de cazadores Bernardo Videla.

Por la parte que atacó Las Heras fue más feliz: nuestros soldados llegaron hasta la altura del morro. La columna del centro nada pudo hacer: allí amontonó el enemigo sus fuerzas y rompió un fuego terrible, que ayudado de los fosos, palizadas y caballos de frisa, hacía imposible penetrar. El mayor Correa, que mandaba las compañías de asalto, fue herido haciendo esfuerzos para abrir la entrada. En la punta del cerro que va a la bahía habíamos triunfado: el comandante de las cañoneras lo había barrido con sus fuegos.

Nuestros asaltantes, con excepción de los del morro —la izquierda, donde se había triunfado— se encontraron con nuevos obstáculos: una segunda línea les barrió el paso y los soldados no sabían qué hacer: estaban heridos sus mayores y la mayor parte de los oficiales. Al general Brayer, que dirigía el asalto, no se le vio la cara en parte alguna. Sin embargo, nuestras tropas estaban vencedoras. Si le hubieran podido abrir la entrada a los Granaderos, que decidían en todas partes, todo estaba concluido. Pero no se pudo: faltaron zapadores para esa maniobra. La segunda línea era muy fuerte, el enemigo se repuso, y el día vino a cambiar la escena.

Ordóñez, como hábil general, había reunido alrededor suyo la mayor parte de su fuerza. Con esta columna respetable atacó a los nuestros, dispersos, separados y en detalle. Su artillería no había cesado; un ataque de infantería era lo peor que podía suceder, y así sucedió. Además los buques de guerra pudieron dirigir sus fuegos con certeza, causando mil estragos. El comandante Boedo que atacó por aquella parte, había muerto, lo mismo que García del 11º, y otros varios. La mayor parte de los oficiales, unos del 7º y otros del 11º, estaban gravemente heridos, incapaces de operar.

El fuego que el enemigo rompió entonces fue terrible: aquello era una línea de fuego no interrumpida, que no daba lugar ni aún a extraer los heridos, que al fin se sacaron con mucha dificultad. El Supremo Director no se economizó: sus ayudantes fueron muertos a su lado. Allí apareció el general francés, a quien una bala de cañón derribó del caballo, pero sin causarle lesión alguna.

Prosigue otro oficial de Granaderos, Manuel de Olazábal:

En este estado nuestras tropas habían dado varios vivas a la patria: el coronel Freyre tenía la orden, al oír estos vivas, de cargar con la caballería para entrar por el portón a fuerza de armas. Entonces me mandó a recibir órdenes del Director, en vista de que el ataque estaba empeñado sin pasar adelante. Permítaseme decir cómo hallé a aquel arrojado general O'Higgins, tan decidido por los argentinos y nuestros compañeros de gloria: parado, solo, sobre el parapeto de la batería a barbata que estaba colocada en el ángulo de nuestro campo, y de donde disparaba granadas a la plaza el capitán de artillería don Juan Apóstol Martínez, veía con el mayor desprecio el rebotar las balas que a su lado levantaban polvaredas. Cuando estuve cerca, bajé del caballo y fui a pedir las órdenes saltando el parapeto. Su respuesta fue: "Dígale usted, Olazábal, que carguen inmediatamente".

Freyre y Escalada se pusieron a la cabeza de la columna, cumpliendo gallardamente la orden, no obstante que desde que se movieron, se rompió sobre ella un fuego vivísimo. En esos momentos la infantería, imposibilitada de pasar adelante, principiaba a retroceder hacia la planicie, acosada por la metralla y fusilería. Pero el coronel Freyre mandó avanzar a gran galope sobre el portón, en un intento destinado al fracaso por el espantoso fuego que los despedazaba y estar allí el campo sembrado de abrojos, defensa accesoria de la fortificación.

La temeraria empresa tuvo que suspenderse a cien varas de distancia del acceso, que sólo hubiese permitido entrar en fila.

Finaliza Pueyrredón:

Todo era inútil desde que los granaderos no habían podido entrar. La orden de retirada se dio, operación peligrosa en aquel terrible momento. El coronel Las Heras se recomendó mucho en esta ocasión; a su valor y sangre fría se debió la salvación de las fuerzas, y aún tuvo lugar de llevar los cañones que había tomado.

El asalto había fracasado. O'Higgins dio cuenta a San Martín de que había perdido 150 muertos y 280 heridos. Esta maniobra ofensiva no volvió a repetirse, prosiguiendo las operaciones del sitio. O'Higgins, empero, no volvió a Santiago para hacerse cargo del gobierno, que en manos del coronel Hilarión de la Quintana sufría una no muy velada crítica por parte de aquellos a quienes violentaba su condición de extranjero. Quintana ha escrito al respecto en sus *Memorias*:

Se murmuraba que el país era una provincia de Buenos Aires ¡cuando tenía su gobierno independiente y estaba formando su ejército! Pero tal ha sido la suerte de los porteños en todas partes, por premio de haber llevado la libertad en todas direcciones.

nes... Los oficiales tenían choques diarios; y siempre era necesario, por política, dar la razón a los naturales de Chile y reprender a los de la República Argentina, y aún hacer repasar la Cordillera a algunos por invitación del gobierno chileno.

San Martín mismo aconsejó a O'Higgins aceptar la renuncia que aquél presentaba, "pues el país se resiente de que no sea un chileno el que lo mande". Así quedó decidido en agosto de 1817, y asumió el Directorio interino el coronel Luis de la Cruz.

Talcahuano fue una pieza fundamental para la estrategia española, y su conservación movió al Virrey del Perú a enviar desde El Callao un fuerte contingente de refuerzo, para revertir la suerte de las armas del Rey en Chile.

El dominio del mar se evidenciaba como una necesidad fundamental de la guerra, y San Martín estaba consciente de ello: para atender a ella había ido a Buenos Aires a requerir del director supremo Pueyrredon los medios indispensables para retomar la iniciativa de las operaciones. El virrey mariscal Joaquín de la Pezuela se le adelantó y envió al brigadier Mariano Osorio, quien en 1814 había derrotado a los esfuerzos combinados de Carrera y O'Higgins (aunque esta "combinación" dejó de desear). El jefe español se puso al frente de dos batallones europeos, el Burgos y el Infante don Carlos, y otro americano, de Arequipa; un escuadrón de caballería de esta misma región, y el peninsular Lanceros del Rey, un regimiento de artillería con 10 piezas, y una compañía de zapadores. El conjunto de 3.400 hombres se embarcó en 4 navíos escoltados por fragatas, que aportaban 234 cañones y 300 tripulantes. Sumados a los 1.700 efectivos del brigadier O'Dóñez, sobrepasarían en Talcahuano los 5.000 soldados.

El Ejército Unido chileno-argentino, según un *estado* en diciembre del año 17, casi los doblaba en número: Ejército de los Andes, 4.791; discriminados en: Artillería, 468; Caballería, Granaderos, 866 y Cazadores, 342; Infantería, batallones n° 1 de Cazadores, 839; n° 7, 742, n° 8, 799 y n° 11, 735. Ejército de Chile, 4.413, con 41 lanceros, 160 cadetes de la Academia, 705 artilleros, 119 escoltas del Director y 100 infantes de plaza, y cinco batallones de Infantería con más de 2.500 hombres.

Por igual esperaba a las dos fuerzas un triunfo y una derrota.

A mediados de enero de 1818 desembarcó la expedición española de refuerzo en Talcahuano, en medio de las salvas de las baterías costeras. Su comandante el general Osorio, impulsado por su jefe de Estado Mayor el coronel Joaquín Primo de Rivera, se puso en movimiento en busca de O'Higgins en los últimos días del mes. Éste, a su turno, emprendió la retirada al norte del río Maule, siguiendo el consejo de San Martín. Un inmenso cortejo de pobladores acompañaba en su marcha retrógrada al Ejército del Sud, para no ofrecer elementos al enemigo. Los realistas no pudieron alcanzarlo y batirlo separadamente de San Martín.

En Santiago, el general de los Andes se mostraba confiado:

¡Soldados! Tenemos que daros una agradable noticia. Nuestros enemigos los matrangos preparaban una expedición con el objeto de visitarnos. Mucho tiempo hace que estamos parados sin hacer nada de provecho. Amigos, ¡vamos a tener otro Chacabuco!

Y en el primer aniversario de esta batalla, el 12 de febrero en la plaza principal de la Capital se juró la independencia nacional. El general San Martín participaba de otro de sus trascendentales logros.

El Ejército patriota salió de Santiago y se estableció al sur de Valparaíso, en previsión de otro desembarco realista, y desde allí fue enviado el coronel Freyre para efectuar un reconocimiento en fuerza, protegido por un grueso cuerpo de caballería a órdenes del general Brayer. Vadeando el río Lontué, Freyre hizo retroceder a Primo de Rivera, quien se refugió en Quechereguas; pero al no ser apoyado por Brayer pese a las órdenes en ese sentido, debió rechazar una carga llevada por el coronel Morgado y retirarse combatiendo. El general Brayer, ya desconceptuado por sus desacertadas medidas en Talcahuano, fue separado del mando de la Caballería.

No está de más añadir un detalle propio del espíritu militar de todos los tiempos, que describe Manuel Pueyrredon, cuando alude a la conjunción del Ejército de la Capital cuando se reunió con el del Sur, en la localidad de San Fernando. La primera fuerza iba mandada por el general Balcarce, y había quedado de guarnición en Santiago después de la victoria en Chacabuco:

Venía perfectamente equipada y vestida, de un modo tal que no dejó de causar celos y emulación de parte de los que venían del Sud, de sufrir una cruda y rigurosa campaña, destituidos de todo, sin equipajes, y la tropa vestida hasta vestuario de los enemigos. Estos celos, que eran comunes a todo el ejército, fueron mayores en el Regimiento de Granaderos, donde el contraste era más notable por ser escuadrones de un mismo regimiento: el 3° y 4° escuadrón, a pesar de su desnudez, se consideraban superiores al 1° y 2° por haber combatido todo el sitio de Talcahuano. Pero se tuvo el buen sentido de hacer de esos celos, una noble emulación guerrera, que vino a ser origen de las más distinguidas acciones. Este sentimiento llegó a ser tan fuerte que se llevó hasta el grado de la locura: era preciso que cada uno pusiera el pie delante del otro, para que sus hechos no fueran tachados de hechos comunes o vulgares.

El general San Martín avanzó. Cruzó el Lontué y acampó en Quechereguas (16 de marzo); pero al enterarse que el general Osorio buscaba guarecerse en Talca, atravesó el río Claro y aceleró sus marchas para cortar su retirada. En los suburbios de Talca se halla un campo denominado Cancha Rayada, con pantanos y desniveles, no obstante lo cual San Martín ordenó al general González Balcarce —quien había suplantado a Brayer al frente de la caballería— que lo cargara para forzar a Osorio a presentar batalla. Al toque de clarín 1.500 jinetes se lanzaron al galope sobre los realistas, pero a medida que atravesaban el terreno frágil perdían su formación y llegaron desorganizados a donde los españoles los recibieron a cañonazos, y fueron derrotados por la caballería realista pese a su desproporción numérica: éstos eran 500 hombres. La entrada al combate de la vanguardia de la infantería criolla con una batería de artillería, permitió efectuar una retirada en orden y sin mayores bajas. Durante este combate le mataron el caballo al coronel Zapiola, jefe de los Granaderos, y es por esto que se le acercó el cabo Prudencio Torres y viendo lo sucedido, descabalgó, diciéndole: "Sálvese, mi coronel, que poco importa que se pierda el cabo Torres". Sin embargo también éste pudo escapar, en ancas de un compañero, y con el tiempo llegó a coronel en los enfrentamientos internos. La noche suspendió el combate.

Era indudable que a poco el Ejército Real, inferior en número al Ejército Unido, cuya moral estaba muy alta y en un estado de instrucción y equipamiento excelente, sufriría una derrota completa. San Martín había conducido al enemigo a donde le asestaría el golpe definitivo, contando con el asesoramiento —que luego destacaría— del general Antonio González Balcarce y de los ingenieros militares Bacler d'Albe y Arcos. Pero el terreno llamado como se dijo por realizarse allí carreras de caballos y estar señalado por las líneas que demarcaban las pistas, no era el más apropiado para librar la acción. Lomadeaba el río Lircay y al sur se levantaba la villa de Talca.

En junta de guerra, los jefes españoles deliberaban sobre su posición delicada. El general Osorio, comandante superior, propuso replegarse a través del Maule dividiendo el ejército en varias columnas, cuando protestó enérgicamente el general Ordóñez: “¡Señal general: Hago a V.S. responsable ante el Trono de las consecuencias de la retirada de mañana!”. En vez de hacerlo, recomendó atacar esa misma noche por sorpresa al Ejército Unido. “Si no quieren marchar los jefes, denme 1.000 hombres y yo voy a tentarlo.” Tras vacilaciones, la audaz maniobra fue aceptada.

A su vez, el general San Martín había decidido cambiar de posiciones para atacar a los realistas a la mañana siguiente en un mejor campo que Cancha Rayada, y esperaba que llegase la noche para que los enemigos no advirtieran la modificación del dispositivo patriota. Inexplicablemente, las órdenes no se cumplieron oportunamente: apenas algunos cuerpos efectuaron el cambio, mientras el mayor número permanecía confinado donde habían quedado descansando. Tan sólo la división a cargo del coronel Hilarión de la Quintana, jefe del Estado Mayor, tomó su nuevo puesto a la derecha. El resto del Ejército reposaba confiado, y detalla Pueyrredon: “No se habían establecido avanzadas, grandes guardias, centinelas perdidas, rondines, etcétera; la artillería de campaña con las mulas, las de batir con bueyes; el Regimiento de Granaderos daba el pienso: los caballos estaban con el morral en la cabeza”. Una elevación cercana había sido mandado ocupar con infantería y cañones, pero sin cumplirse la orden.

En plena oscuridad del 19 de marzo, una súbita descarga efectuada por la guardia de los Granaderos al mando del teniente Isidoro Suárez, advirtió a los patriotas que el Ejército Real se le echaba encima. Entonces comenzó el desastre.

Cedo la narración de esa infausta jornada al coronel Manuel Alejandro Pueyrredon, integrante e historiador del Ejército de los Andes:

Entonces rompieron el fuego [los españoles] con descargas cerradas por batallones una tras otra, con una increíble rapidez, causando una horrible confusión a nuestras descuidadas tropas. Las descargas eran a boca de jarro. Arrojaron bombas de incendio, iluminando el campo: de ese modo ellos veían todo, conservándose en la oscuridad. De ese modo recorrieron la línea con incesantes descargas.

La confusión que se produjo en nuestras tropas es imposible de describir. Todavía hoy la pluma se afloja en nuestros dedos al recuerdo de aquella horrible noche. Allí no había voces de mando, porque era imposible hacerse oír por el ruido de las descargas, la disparada de los caballos, de mulas cargadas, de otras con la artillería, y hasta los bueyes con la artillería de línea y carros de municiones se precipitaban al río, cayendo con estrépito, acompañado todo esto de los gritos de los conductores, junto con los relinchos de los caballos que huían atropellando a cuantos encontraban.

Los enemigos siguiendo su marcha llegaron al cerrito, incendiaron una casa y colocaron dos piezas de cañón que hacían un terrible fuego, lo que aumentó la confusión y desorden. La dispersión estaba declarada.

La división que mandaba el director O'Higgins hacía fuego pero sin mas guía que los fogonazos de los enemigos, que seguían perfectamente formados, barriendo cuanto encontraban; pero le sucedió lo mismo que ya le había sucedido a la izquierda: el desorden se produjo en las filas, y lo que empezó por retirada se convirtió en dispersión. Algunos cuerpos hicieron fuego unos sobre otros: no se podía con la oscuridad distinguir los amigos o los enemigos. La artillería del comandante Plaza quedó perdida totalmente. El Supremo Director hacía esfuerzos inauditos por contener, pero en esos momentos fue herido y le mataron un ayudante. La caballería, por el estado en que se encontraba, era imposible reunirlos. El Regimiento de Granaderos dos veces trató de formar y otras tantas se deshizo por las descargas del enemigo y el alboroto de los caballos, sin frenos la mayor parte.

En suma, se produjo un grave contraste, que disolvió el Ejército Unido. Varios dispersos llegados a Santiago difundieron las peores noticias, entre las cuales las muertes de San Martín y O'Higgins. Se consideró completamente perdido lo que tanto esfuerzo y esperanza había costado formar, y restaurada la situación en favor de España. Muchos chilenos emigraron a Mendoza, y otros dirigieron comunicaciones al general Osorio para congraciarse con el vencedor.

No era tan así.

El coronel Las Heras había tomado el mando de la división Quintana —quien como jefe de Estado Mayor se dirigiera a recibir órdenes—, y al frente de 3.500 hombres se retiró del campo para no verse mezclado en la confusión, “con toda la serenidad y valor que le es bien conocido”, escribió Pueyrredon. Eran las once de la noche y se había combatido durante tres horas. En su marcha fue incorporando a los dispersos y bagajes que hallaba, incluso la artillería del coronel Blanco Encalada. Por otros caminos se replegaban diversos cuerpos, más o menos homogéneos, y en la villa de San Fernando se reunieron 1.000 hombres; pasado el río Lontué, en Curicó se obtuvieron bueyes para tirar de los cañones. Secciones de Granaderos comenzaron a reunirse y custodiaron el río Lontué, mientras los restos del Ejército se dirigían primero a San Fernando y luego a Rancagua. San Martín no había muerto, aunque lo había sido a su lado su joven ayudante Larrain; y el general Bernardo O'Higgins era conducido en calesa a la Capital, por la gravedad de su herida: un tiro que le destruyó el codo derecho. Al comenzar a recibirse noticias de que la pérdida del Ejército no había sido completa, como se temiera en los primeros momentos, San Martín dispuso puntos de concentración, y encomendando al general Balcarce ponerse al frente de todas las fuerzas, él junto con O'Higgins se dirigieron a Santiago para calmar la ansiedad y tomar las providencias necesarias. En Mendoza se aprestaban a concurrir 500 hombres de infantería. No todo estaba perdido.

Por instrucción del general San Martín, el teniente coronel Tomás Guido —representante diplomático en Chile del gobierno de las Provincias Unidas— impuso al director supremo Pueyrredon las medidas adoptadas después de la derrota, lo que hizo el 27 de marzo. Conviene transcribir la comunicación de Guido:

Después de los avisos que he dado a V.E. con fecha 21 y 23 del corriente sobre la jornada del 19 en los campos de Talca, se ha reparado en gran parte el quebranto del Ejército Combinado, y la patria siempre cuenta con un ejército respetable para sostener la defensa de Chile. Más de 3.500 veteranos viene en retirada desde el campo de batalla al mando del coronel don Juan Gregorio de las Heras, y pasan de 2.500 los de igual clase que existen reunidos en esta Capital, dispuesto a marchar inmediatamente a aquella división. No falta un solo jefe del ejército, y hasta ahora se tiene noticia de muy pocos subalternos heridos, y escaso el número de soldados muertos. El enemigo, según aviso de los espías, ha sufrido una pérdida considerable por el choque de los cuerpos del ejército entre sí en medio de la confusión de la noche; no ha perseguido ni las tropas dispersas, ni las que se retiraban en desorden, y es de esperar que hallándose en el seno de un país cuyos habitantes abominan el nombre español, haga muy lentos progresos por las dificultades que ofrece un camino desolado de auxilios y sólo sembrado de guerrillas que lo acosarán constantemente. El Excmo. señor Capitán General llegó antes de anoche a esta Capital después que el Excmo. señor brigadier don Bernardo O'Higgins, que había llegado herido en el brazo derecho, reasumió la Dirección Suprema del Estado. El señor general Balcarce en Rancagua dispone ejecutivamente cuanto es necesario por el buen orden de la retirada. Esta tarde ha regresado el general San Martín al campo de instrucción, después de haber dejado todo dispuesto para la reconcentración de las fuerzas y operaciones sucesivas.

Es digno de los mayores elogios el entusiasmo en la capital de Santiago y demás pueblos, en medio de la consternación que inspiraba el pavor de algunos dispersos. Esto no dejó de influir en pequeñas convulsiones que han existido aquí por la incertidumbre de los sucesos; pero la mayor tranquilidad está establecida y se consagran nuevos esfuerzos para vengar el honor nacional y escarmentar a los tiranos.

Las confiadas expresiones de Guido no eran exageraciones ni meros deseos. Era cierto que pese a la tremenda confusión nocturna, los patriotas apenas habían tenido 120 bajas, más prisioneros y dispersos. En cambio, se había perdido todo el parque y la artillería de los Andes (comandante Pedro R. de la Plaza) —salvándose, en cambio, la de Chile (comandante Manuel Blanco Encalada)—, y cuatro banderas de unidades cayeron en poder de los realistas. El Ejército español sufrió también las consecuencias del encuentro en la oscuridad, pues perdió más de 200 hombres entre muertos y heridos, y su desorganización fue similar al del argentino-chileno, lo que impidió la persecución y, consecuentemente, consumir su victoria. El general Osorio agregaba en su parte al virrey Pezuela: "...hallándose por otra parte la caballería en absoluta imposibilidad de hacer marchas forzadas por lo mucho que había padecido y estar muy mal montada".

La presencia del general San Martín en Santiago (25 de marzo), y la arenga que pronunció con firmeza ante la concurrencia, en términos de optimismo por el futuro, restableció la confianza pública. Sin embargo, en la junta de guerra que tuvo lugar esa misma noche, algunos jefes opinaron por replegarse hacia Aconcagua, aduciendo la carencia total de balas. El general requirió la presencia del jefe del parque, capitán Luis Beltrán: "¿Cómo estamos de municiones, Beltrán?". El interpelado, a sabiendas que no contaba con un solo cartucho, respondió imperturbable: "Hasta los techos, señor". Tres días después entregaba un millón de tiros, luego de reclutar 1.800 personas (hombres, mujeres

y muchachos) privándose del descanso. Y cuando el comandante Plaza indicó que había perdido todos sus cañones y preguntó qué haría, San Martín le replicó: "Pelear, para eso tienen sables y carabinas". El espíritu del comandante en jefe se elevó por sobre las opiniones de retirarse a la Cordillera o al Norte, y reclutar un nuevo ejército para abrir la campaña al año siguiente; pues ejerciendo su autoridad e insuflando seguridad, cortó la discusión al levantarse y exclamar con voz entera: "Que se enterraría en los escombros de la Capital con su ejército, y enterraría su nombre y su honor, antes que abandonar a Chile".

Todo se puso en marcha desde entonces, sin más vacilaciones. En cuanto a las piezas que el comandante Pedro Regalado de la Plaza precisaba, nuevamente Beltrán tuvo que hacer milagros, desenterrando dos culebrinas de a 12 y dos de a 16, montándolas en carros; y fueron éstas las que iniciaron la futura acción.

El Ejército Unido se preparaba para recibir al enemigo a 10 kilómetros de Santiago, en una zona donde partían sendos caminos para la Capital y Valparaíso, bajo la llamada Loma Blanca, y encerrada por los ríos Mapocho y Maipo.

A 4 kilómetros de distancia del Ejército Unido argentino-chileno, sus adversarios realistas, fuertes en 5.500 efectivos, habían cruzado el río Maipo y establecido su cuartel general en la estancia de Espejo en la noche del 3 de abril. Osorio, enterado de que los americanos que consideraba sin fuerzas regulares después de Cancha Rayada, lo aguardaban dispuestos a ofrecerle batalla, reunió también una junta de guerra al día siguiente. No sintiéndose seguro de vencer, y sabiendo que la escuadra española se hallaba frente a Valparaíso, propuso retirarse a esta ciudad para establecer allí una nueva base de operaciones, a lo que el general Ordóñez y el coronel Primo de Rivera, con el apoyo de los demás jefes, se opusieron decididamente, confiados en repetir su triunfo de dos semanas atrás. Se resolvió librar la pelea en la jornada próxima, el 5 de abril de 1818.

San Martín pensaba adelantarse a los movimientos del Ejército Real antes que estableciera su dispositivo de batalla. Dividió a sus tropas en tres grandes Divisiones: en el ala derecha el coronel Las Heras, en la izquierda el coronel Alvarado, y como reserva el coronel Quintana. Instruyó a sus hombres que procedieran ofensivamente, sin retirarse salvo orden expresa del comandante en jefe, y que no esperasen a recibir la carga de los contrarios sino que salieran a su encuentro al arma blanca. El que volviese cara sería ejecutado. Imbuido de lo decisivo del momento histórico, previno a sus jefes: "Esta batalla va a decidir la suerte de toda América, y es preferible una muerte honrosa en el campo del honor a sufrirla por manos de nuestros verdugos". La caballería, al mando del general Antonio González Balcarce, cubrió el frente en los días previos. "La vigilancia era extrema [apunta Pueyrredón], toda la noche se pasó sobre las armas. La lección de Cancha Rayada había sido dura y cruel."

La primera División la componían los batallones nº 11 (Las Heras) y Cazadores de Coquimbo (Isaac Thompson), los Infantes de la Patria (Bustamante), Granaderos a Caballo (Zapiola), y ocho piezas de artillería (Blanco Encalada). Como la artillería argentina se había perdido, sus sirvientes conformaron un escuadrón montado. La segunda División estaba formada por el Batallón nº 1 de Cazadores (Alvarado), nº 8 de los Andes (Enrique Martínez), Batallón nº 2 de Chile (Cáceres), Cazadores a Caballo y Lanceros de Chile (Freyre), y 9 piezas de artillería (Borgoño). La división de reserva: Batallón nº 1

de Chile (Rivera) y n° 2 de Chile (López), n° 7 de los Andes (Conde), y cuatro piezas de artillería (Plaza) con argentinos.

Al amanecer del 5 los españoles comenzaron su avance a tambor batiente y con sus banderas desplegadas en dirección al camino de Valparaíso. San Martín, que había previsto este movimiento, lo contemplaba con su anteojo desde 400 metros, pues se había adelantado para cerciorarse en compañía de su ayudante el capitán John O'Brien y del ingeniero Bacler d'Albe —cubierto con un poncho y un sombrero de campesino, para no ser reconocido—, y satisfecho porque tenía tomadas sus medidas, no pudo menos que exclamar: “¡Qué brutos son estos godos! Osorio es más torpe de lo que yo pensaba”. Y recordaba años después O'Brien que se dirigió a sus compañeros: “El triunfo de este día es nuestro: el sol por testigo”.

A las 10:30 de la mañana el Ejército Unido inició su marcha, desplegando su línea dejando atrás la Loma Blanca. La artillería pesada al centro de los batallones, y la ligera en sus costados, y en ambos flancos la caballería. Al mediodía las fuerzas estaban enfrentadas, con un llano en medio, y sendas elevaciones detrás. El general San Martín tomó la iniciativa del ataque, rompiendo el fuego los cuatro cañones reparados por el capitán Luis Beltrán. Acerca de esto, refiere Manuel Pueyrredon: “El teniente Cabrita con uno de ellos disparó el primer tiro, dirigido a Osorio en el momento que proclamaba su tropa: se llevó la grupa de un ayudante y le mató a Osorio su caballo blanco”.

La batalla comenzó por el ala derecha dirigida por el coronel Las Heras, al momento en que el general San Martín, rodeado de las banderas de Argentina, Chile, y una enseña roja, alzó las tres, que saludaron con un clamoroso *¡Viva la patria!* sus tropas, según se había convenido. Pese al riesgo, los batallones avanzaron hacia el llano, apoyados por la caballería de Escalada y Medina, que dieron y soportaron violentas cargas de esta arma, pues los Dragones de la Frontera al mando del coronel Morgado los enfrentaron con similar ímpetu, hasta que Zapiola concurrió para reforzar sus ataques. Por encima de ellos, los cañones de Blanco Encalada disparaban sin cesar. “No se puede explicar el ardor de aquella batalla en que se hacían esfuerzos inauditos, de parte a parte, sin que pueda decirse por cuál estaba la ventaja, porque de una y otra se hacían heroicidades.” Así lo registró Pueyrredon en su *Historia*, que sirvió a Mitre para escribir su gran obra.

El general Osorio estaba a la defensiva, confiando que la línea patriota cediese, para a su vez marchar contra ella con todos sus recursos. Pero su ala izquierda debió ceder al empuje de Las Heras, quedando aislada del centro realista.

En cambio, la derecha española atacaba con éxito a la división de Alvarado, pues en ella formaban las mejores tropas realistas, llevando su comandante el general Ordóñez a los batallones Infante don Carlos y Concepción, seguido por el coronel Morla con el Burgos y el Arequipa. “La batalla se empeñó de nuevo con un encarnizamiento horroroso —cuenta Pueyrredon—: se jugaba en aquel pequeño espacio de terreno la suerte del país, quizá la de América.” No obstante los esfuerzos de Alvarado y el apoyo de las piezas de Borgoño, sus tropas sufrieron grandes bajas y finalmente retrocedieron en desorden.

Acudió en auxilio de esta División comprometida el Batallón Cazadores de Coquimbo mandado por el teniente coronel Thompson, enviado por Las Heras, lo que pudo impedir un desbande total.

El general San Martín, que contemplaba la acción desde la Loma Blanca, descendió con su escolta al llano quebrado, donde las tropas operaban subiendo y bajando. En tal situación, su segunda línea, la División de reserva a cuyo frente se hallaba el coronel Hilarión

de la Quintana, jugó un papel decisivo. Refiere el propio Quintana en una relación autobiográfica, que al divisar al mayor Bacler d'Albe le advirtió: “¡Vaya usted y avise al General que voy a atacar con mi reserva sin su orden, pues si me dejo estar un solo momento sin moverme, todo es perdido!”. Quizás este aviso se haya cruzado con la orden de San Martín —quien había dispuesto previamente que ningún cuerpo ejecutase movimientos sin su comunicación personal—, pues éste en su parte de la batalla, aludiendo al rechazo de su izquierda, expresó que “al instante di orden al coronel Quintana para que con su reserva cargase al enemigo, lo que ejecutó del modo más brillante”.

Así ocurrió, y todo el Ejército Unido avanzó decididamente, acuchillando la caballería patriota a la realista que tentó detenerlo, mientras Las Heras y Quintana arrollaban a la bayoneta a sus adversarios. El veterano Batallón Burgos que aún no había sido empleado a fondo, hizo flamear su bandera mientras sus soldados —testimonia el teniente Gerónimo Espejo— gritaban: “¡Aquí está el Burgos! ¡Dieciocho batallas ganadas, ninguna perdida!”. La lucha alcanzó un nivel extremo: “Con dificultad [*reconoce el propio San Martín en su parte*] se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido, y jamás se vio una resistencia más vigorosa, más firme y más tenaz”. Las unidades españolas se defendían formando cuadro, sin que sus jinetes pudieran auxiliarlos, sableados por los Granaderos, Cazadores y Lanceros argentinos. También la caballería chilena al mando del coronel Ramón Freyre, y la propia escolta de San Martín encabezada por el sargento mayor Ángel Pacheco, cargaron sobre los infantes realistas.

En tales momentos, el comandante en jefe español, general Osorio, huyó del campo. El general Ordóñez asumió el mando del Ejército Real. Eran cerca de las cinco de la tarde, y convencido de la derrota, emprendió una retirada ordenada hacia las casas de la estancia de Espejo, donde se atrincheró. O'Higgins arribó en ese instante al campo de batalla, impaciente por conocer su resultado, seguido por las fuerzas que habían quedado para defender Santiago. Al saber del triunfo y encontrarse con San Martín, que disponía el último ataque a lo de Espejo, el Supremo Director abrazó con la izquierda al general San Martín pronunciando la frase consagradoria: “¡Gloria al salvador de Chile!”.

Conviene puntualizar un detalle trascendental referente a la intervención del valiente e impulsivo coronel Hilarión de la Quintana. El parte de batalla del general San Martín asentó que “esta carga [de Quintana] y la del comandante Thompson del 1° de Coquimbo dio nuevo impulso a nuestra línea, y toda volvió sobre los enemigos con más decisión que nunca”. Hubo más: al año siguiente, al retirarse Hilarión de la Quintana a Buenos Aires, San Martín declaró en su certificado de servicios, que no obstante recaer “sobre un pariente tan próximo”, “la batalla de Maipú es debida al coraje de este jefe, que mandaba la reserva, y que fue la que decidió la suerte de este Estado”. Que no se trató de una expresión de compromiso se demuestra cuando, años después, al aportar datos sobre sus campañas al general William Miller, San Martín reiteró aludiendo a la batalla de Maipú:

Su buen éxito es debido a la reserva, compuesta de los batallones 7 y 3 al mando del coronel mayor Quintana, a quien el general en jefe mandó cargarse la derecha del enemigo que avanzaba victoriosa sobre nuestra izquierda, la que se encontraba ya desordenada: este ataque, verificado con vigor, fue decisivo, facilitando esta victoria poder llevar a guerra al Perú.

Se trató, sin duda, del momento más comprometido de la lucha, y de aquí el énfasis puesto en su mención.

Mas no todo estaba concluido. En la estancia de Espejo el general Ordóñez había dispuesto convenientemente a gran parte de las tropas realistas que habían podido zafar del avance patriota: los restos de los batallones Burgos, Infante don Carlos y Concepción, y compañías de granaderos y cazadores de otras unidades, con dos cañones que había conservado. En cuanto al Batallón de Arequipa, su comandante Rodil lo había sustraído de la acción. Ordóñez estableció las posiciones defensivas en el caserío y cercos de la hacienda, seguramente para procurar también retirarse al caer la oscuridad. Al aproximarse Las Heras advirtió la preparación del enemigo, por lo cual a su vez dispuso a los infantes del 11° de los Andes en lugares adecuados para hacer jugar previamente a la artillería. En ese momento el general Balcarce llegaba, y llevado por su ardor, intimó al coronel Isaac Thompson que avanzara con el Coquimbo.

Ocurrió lo previsible: un diluvio de tiros y metralla detuvo a sus cazadores, con grandes bajas, entre las cuales todos sus oficiales heridos. Retrocedió Thompson, y pudo abrir fuego la artillería de Blanco Encalada y Borgoño, tras lo cual la infantería americana pasó al asalto a la bayoneta: enardecida por el sacrificio del batallón de Coquimbo, se encarnizó cruelmente con los realistas, hasta que el coronel Las Heras pudo hacer cesar una inútil matanza. Y se produjo la rendición de los defensores de Fernando VII. Así lo narra Manuel Pueyrredon:

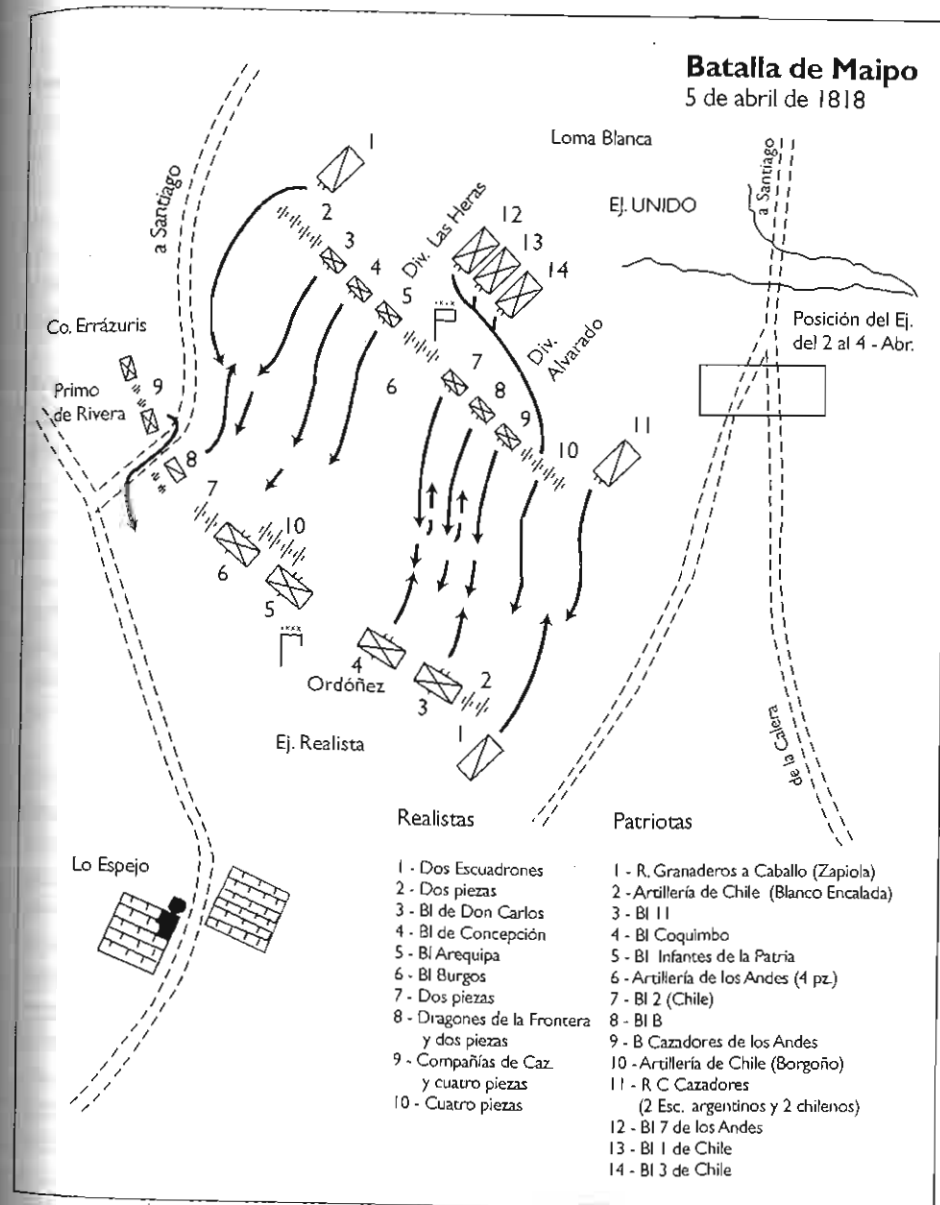
El general Ordóñez, el hombre más notable del Ejército Real, tomado prisionero por el teniente Laprida, fue presentado al General por el mayor Viel. El general lo recibió cordialmente, le dio la mano y elogió su valor. El valiente Ordóñez recibió esos elogios con frialdad.

Concluida la batalla a las seis de la tarde, el héroe de los Andes envió la noticia del triunfo al Director Supremo de las Provincias Unidas. La enorme alegría despertada en Chile y Argentina a su conocimiento estaba doblemente justificada por haberse superado en tan poco tiempo el contraste de Cancha Rayada. El parte del general San Martín fue tan lacónico como concluyente:

Nada existe del Ejército enemigo: el que no ha sido muerto es prisionero. Artillería, 160 oficiales, todos sus generales, excepto Osorio, están en nuestro poder; yo espero que a este último me lo traigan hoy. La acción del 19 ha sido reemplazada con usura: en una palabra, ya no hay enemigos en Chile.

No había exageración en la rotundidad del comunicado: 1.000 muertos y 2.200 soldados prisioneros, 1 general, 4 coroneles y 7 tenientes coroneles, y 150 oficiales capturados, 3.850 fusiles, 12 cañones, 4 banderas, todo el parque y bagajes del Ejército Real quedaron en poder del vencedor. La lucha había sido muy disputada, pues la bravura de los contendientes la mantuvo durante varias horas, a veces con triunfos y reveses parciales hasta su definición, por lo que también las bajas patriotas resultaron elevadas: 1.100 hombres entre muertos y heridos.

El comandante en jefe español, general Mariano Osorio, fue avistado cuando huía, debido a su poncho blanco —¡para qué habrá querido señalarse!—, y San Martín despatchó



a su ayudante el capitán O'Brien para que fuese a tomarlo. No pudo ser alcanzado y se refugió en Talcahuano, acompañado únicamente de 14 hombres, pero perdiendo toda su equipaje y correspondencia, con la cual San Martín mostró un rasgo de su noble abnegación:

El General mandó quemar [indica Pueyrredon] para no verse en la necesidad de fusilar a muchos sujetos principales comprometidos en ella, que se supo habían buscado capitular con el enemigo después del desastre de Cancha Rayada.

La trascendencia de Maipú fue ciertamente enorme y merecida, desde el punto de vista militar cuanto político. Modelo de estrategia previa, y de táctica en el terreno, salvó la revolución independentista del sur de la América meridional, y aun de la del resto del continente. Jubiloso, el otro gran Libertador sudamericano, don Simón Bolívar, sentenciaba en carta a uno de sus jefes: "¡El día de América ha llegado!".

El desfile de entrada a Santiago del Ejército Unido fue apoteósico, contrastando con la llegada del general San Martín a Buenos Aires, para donde partió a poco, como luego de Chacabuco, a fin de requerir nuevos medios de proseguir su campaña. Lo muestra Juan Manuel Berutti en su *Diario*:

El 12 de mayo de 1818 entró en esta Capital de incógnito, como a las cuatro de la mañana, el invicto general defensor de Chile, el Excmo. señor don José de San Martín; dejando burladas las prevenciones que estaban hechas en la calle principal de la Victoria, de varios arcos triunfales, jardines, colgaduras, etc., que con anticipación se habían puesto, tanto por el Supremo Gobierno como por el Excmo. Cabildo y vecindario, que lo querían recibir y que su entrada fuera en triunfo, pues todo lo merecía la heroicidad de sus acciones militares.

De cualquier manera, no pudo eludir su presentación al Congreso Nacional, conducido por el Director Supremo y las primeras dignidades del Estado a través de las tropas formadas y de inmensa concurrencia. Las celebraciones prosiguieron durante varios días.

Todos los integrantes del Ejército de los Andes fueron ascendidos un grado, y condecorados con un cordón de honor correspondiente a cada jerarquía militar, más las medallas que decretaron los gobiernos de Chile y Argentina: "*La Patria a los vencedores de Maipú - Abril 5 de 1818*", y "*Chile reconocido al valor y constancia de los vencedores de Maypo - Ab 5 1818*". (Nótese la distinta grafía del lugar empleada por cada país.) San Martín también fue ascendido a brigadier por el Director Supremo; pero observando la propia norma de conducta que se había impuesto, recurrió al Congreso para no aceptarlo. Prosiguió señalándose a sí mismo como coronel mayor, siendo sabido que este grado, como el superior de brigadier, eran llamados igualmente *generales*.

El motivo del retorno de San Martín a Buenos Aires fue el de requerir fondos para armar la Escuadra que debía culminar la empresa emancipadora con la liberación de Perú del dominio español. Obtenida la promesa de contar con medio millón de pesos, abandonó nuevamente en secreto la ciudad. Pero al llegar a Mendoza el general Juan Martín de Pueyrredon le comunicó oficial y particularmente que el empréstito previsto sólo podía cubrirse en una tercera parte. Todos los grandiosos planes se esfumaban, tras años de duros esfuerzos.

San Martín, abatido, renunció a su comando.

La impresión causada en todos los medios fue aterrante. O'Higgins expresó el sentimiento unánime: "San Martín es el héroe destinado para la salvación de América del Sur, y no puede renunciar a la preferencia que la Providencia Eterna le destina". Sin duda, era irremplazable al frente del Ejército Unido, y la propia alianza corría peligro de deshacerse, y con ello, el triunfo en la guerra continental. El director Pueyrredon, embarazado por la angustia, le aseguró que podía disponer de la suma prometida; y para llenar sus obligaciones financieras, "he barrido al Cabildo, Consulado, Aduana y cuanto había algún dinero ajeno", imponía a San Martín. A costa de tantos sinsabores como sacrificios, la expedición a Perú parecía asegurada.

Aunque otras dos preocupaciones en sendos frentes de guerra contribuyeran a obstaculizar los propósitos y trabajos patrióticos puestos en juego por los conductores del Estado, demorando aquélla.

Contrariando la optimista frase de San Martín en su parte de Maipú, quedaban enemigos en Chile. No sólo algunos restos del Ejército Real habían podido desprenderse de la persecución y llegar a Talcahuano (unos 600 efectivos), como asimismo lo había hecho el general Osorio, sino que desde allí pudo reunir otros elementos que habían quedado en el sur, y agregando milicias partidarias, se hizo fuerte en Talcahuano y Concepción, y adelantó a Chillán al coronel Juan Francisco Sánchez. De este modo reunió 1.200 hombres, aunque con armas sólo la mitad, con los cuales un grueso destacamento al mando del capitán Manuel Bulnes, chileno realista (padre del futuro presidente) se adelantó hasta Parral exterminando a su guarnición, lo mismo que realizaba por Cauquenes otra partida realista.

San Martín había destacado sobre Talca al coronel Zapiola con sus Granaderos a Caballo, para que custodiara la línea del río Maule, y este activo y valeroso jefe despachó al capitán Miguel Cajaraville, quien pudo reconquistar Parral y eliminar a sus defensores, entre ellos a Bulnes. También el otro destacamento realista fue rendido por el teniente Juan Esteban Rodríguez. Zapiola fue reforzado por los Cazadores de Coquimbo y dos cañones, y avanzó sobre Chillán, donde se hallaba el coronel español Clemente Lantao, quien resistió con éxito el primer ataque que intentó Cajaraville. De todos modos, fue suficiente para Osorio: encomendado la defensa de la región a Sánchez, desmanteló Talcahuano y se embarcó hacia Perú en los primeros días de septiembre llevando consigo a la tropa europea. Quedaban en el sur 1.600 partidarios del rey Fernando, mal armados, mandados por jefes españoles, a los cuales se sumaron 900 llegados por el Pacífico a Talcahuano.

El coronel Sánchez no se consideró seguro en este punto y lo abandonó, al igual que a Concepción (que mandó incendiar), estableciéndose más al sur, en Los Ángeles. Y allí recibió un auxilio importante: los indios, en gran número y de ánimo esforzado, que constituyeron un sólido apoyo para la resistencia de los españoles.

El ahora general Zapiola con el ya legendario regimiento que mandaba y otras fuerzas, se dispuso a eliminar este peligro. Atravesó el correntoso río Nuble para atacar a Lantao en Chillán, pero este último se retiró sin combatir hacia Los Ángeles. Improvisamente, llegó a Zapiola la orden de detenerse, y poco después fue relevado en el mando de las operaciones por el general Antonio González Balcarce (mayor general del Ejér-

cito Unido), y en la jefatura de los Granaderos por el coronel Manuel de Escalada. Esta separación de un jefe querido y admirado continúa en el misterio.

En ese entonces, al propio tiempo que la flamante escuadra de Chile, salida de Valparaíso, realizaba con éxito su primera campaña en las costas australes, el general Antonio G. Balcarce formó un Ejército para concluir con la postrer resistencia española. Le conformaban 3.400 efectivos de las tres armas, que dieron comienzo a sus operaciones en diciembre de 1818, y eran el Regimiento de Granaderos a Caballo, Escolta Directorial, 8 piezas de artillería, los batallones de infantería Cazadores de los Andes, n° 1 de Chile, y los Cazadores de Coquimbo. Como jefe del Estado Mayor fue designado el coronel Juan Paz del Castillo, venezolano emigrado.

Al comenzar el año 19 avanzó el Ejército de Operaciones del Sud llevando a vanguardia a los Granaderos de Escalada, y tras superar el río Laja ocupó sin resistencia a Los Ángeles. En las guerrillas que siguieron se destacaron, entre otros, los capitanes José Félix Aldao, Juan Lavalle y Manuel de Olazábal. A poco, una columna a órdenes del general Rudecindo Alvarado, encabezando al Batallón n° 1 de los Andes y dos cañones a cargo del teniente José de Olavarría, atacó al enemigo, que se aprestaba a atravesar el río Bío-Bío (19 de enero). Fue una acción tan dura como sangrienta, que afectó incluso a las familias de Concepción a las cuales el coronel Sánchez obligó a seguir a sus fuerzas, comprendiendo a las monjas de su convento y sacerdotes. Uno de los oficiales argentinos participantes relató la acción:

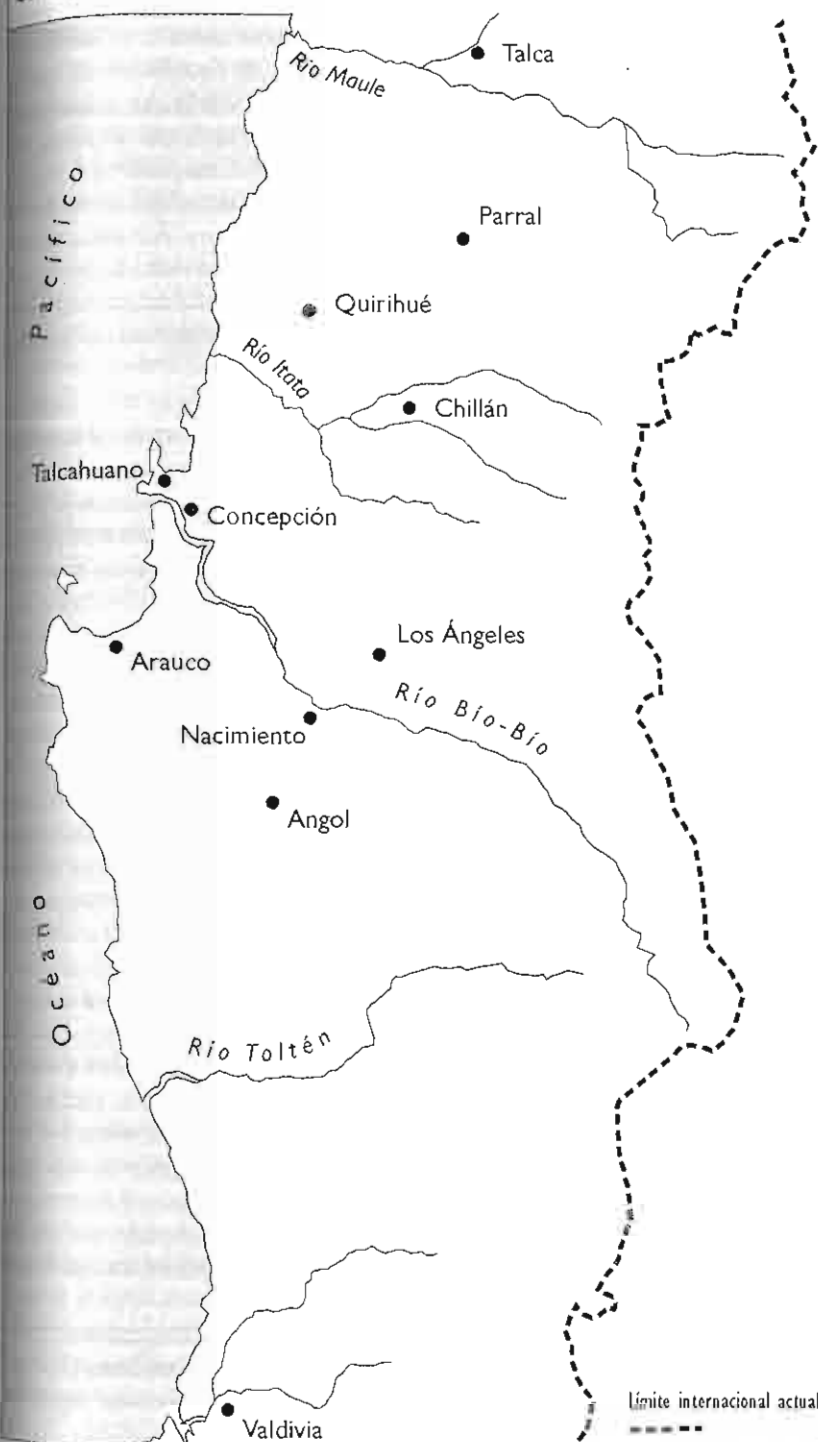
El coronel Alvarado, con la velocidad del rayo, avanzó sobre el enemigo con un fuego mortífero, hizo su última descarga a quemarropa y entró a la bayoneta; la pieza de Olavarría hizo lo mismo y el Regimiento, sable en mano, entró a cuchilladas a la línea enemiga, que peleaba cuerpo a cuerpo desesperadamente, porque en aquel lugar no tenía retirada. La acción fue de corta duración pero muy encarnizada y tenaz: el fuego había cesado en esta parte, pero las baterías del otro lado rompieron el fuego, que causaba más estragos en los suyos que en los nuestros. En la línea se combatía a fierro frío, a bayoneta y sable, hasta que vencidos completamente, huyeron los jefes y se fugaron las lanchas por el otro lado. Quedaron en el campo 400 muertos, algunos oficiales y 106 prisioneros, un número considerable de heridos que se recogieron del campo de batalla, y 4 piezas de artillería de a doce, 2 de fierro y 2 de bronce.

Gran parte de los civiles de todas edades perecieron tratando de cruzar el Bío-Bío, y sus equipajes quedaron desparramados en su costa: "Era uno de esos actos que dejan un recuerdo indeleble de compasión mezclado de horror". La comunidad de monjas —indica Pueyrredon, autor del relato— luego se perdió entre los indios araucanos, sufriendo toda clase de miserias y profanaciones: "He visto dos años después, una de ellas, que se presentó con dos hijos".

Durante el reconocimiento efectuado en la jornada siguiente en la otra ribera para verificar la existencia de enemigos, confiado al Regimiento de Granaderos a Caballo mandado por el coronel Manuel de Escalada, este cuerpo se enfrentó con un diferente tipo de adversarios. Relata Olazábal:

Apenas una legua habría andado, cuando una partida que marchaba a vanguardia se encontró con una masa de indios araucanos fuerte de más de 400 hombres, a quien

Teatro de operaciones en el sur de Chile después de Maipo



principió a tirotear en retirada, dando parte al coronel. Las ondulaciones del terreno no habían permitido a los indios descubrir el regimiento; así fue que vinieron tras de la partida con toda la velocidad de sus buenos caballos y en el desorden que acostumbraban. El coronel mandó en el acto al frente en batalla, y apareció sobre la colina que lo ocultaba marchando a gran galope a encontrarse con ellos. La sorpresa de los indios fue inmensa al verse con los Granaderos encima, pues era lo que menos esperaban, y contuvieron sus caballos prorrumpiendo en una gritería que atronaba. Sin embargo no desmintieron el arrojo que les acredita la historia desde la Conquista, y fueron a la carga con el mayor empuje con sus largas lanzas de coligüe de 6 u 7 varas de largo. Los orgullosos Granaderos a Caballo hicieron sentir sobre sus cabezas desmelenadas el filo de sus sables, y después de una encarnizada lucha volvieron caras, poniéndose en fuga y peleando desesperadamente hasta una larga distancia, en que se tocó reunión y paró la persecución. La indiada perdió unos 40 muertos y los Granaderos 8 entre muertos y heridos.

Poco contaba en Chile el Ejército del Rey de España luego del combate de Bío-Bío. La infantería y la artillería regresaron el 20 de enero a Los Ángeles, quedando la caballería para concluir con los restos que dirigía el coronel Sánchez, refugiado en la plaza de Nacimiento. Se sucedieron algunas guerrillas, en que lanceros araucanos eran apoyados por tiradores españoles, enfrentándose con los granaderos, que recorrían el frente. Por último Sánchez evacuó Nacimiento y tomó el rumbo de la lejana península de Valdivia. Muchos hombres de su tropa desertaron y se presentaron al ejército patriota, que al ocupar Nacimiento se apoderó de 11 piezas de artillería y numerosas municiones.

El general Balcarce dio por terminada la campaña del Sur y el 12 de febrero comunicó a San Martín su marcha a Santiago. Volvieron los batallones n° 1 y 2 de Chile, la artillería, el n° 1 de los Andes y Granaderos a Caballo.

Permaneció de guarnición en Nacimiento el batallón Cazadores de Coquimbo mandado por su coronel Isaac Thompson y 40 granaderos a órdenes del teniente Manuel A. Pueyrredon. Los realistas que restaban en aquellas latitudes, perdido su carácter militar —el coronel Sánchez había enloquecido—, se convirtieron en bandoleros, unidos a los indios. La actividad y determinación de éstos fue puesta de manifiesto en el asalto que su caudillo Benavidez llevó sobre Los Ángeles, sitiada y asaltada durante 22 días, en vigilancia permanente sus defensores sobre los parapetos en medio de una lluvia incesante. Posteriormente el general Ramón Freyre no consideró importante mantener el punto e instruyó a su jefe militar el mariscal Alcázar que marchara a incorporarse en Concepción. Benavidez se atrevió a atacar esta División en su repliegue, al frente de millares de indios y cristianos. La tropa formó cuadro y se sostuvo hasta que consumió todas sus municiones, luego de lo cual se rindió con la promesa de Benavidez de respetar su vida. Empero, faltando a ella, el mariscal Alcázar y el gobernador de Los Ángeles fueron atados a un árbol y torturados hasta morir, siendo lanceados los oficiales, *quintados* los suboficiales y *diezmados* los soldados. Al resto, los montoneros los incorporaron a sus filas. Benavidez condujo luego a su hueste para atacar Chillán.

Antes de que pueda establecerse como certeza que la guerra de Independencia había cesado al sur de Chile, para trocarse en hostilidades delictivas, resta considerar el último hecho de armas en que tomó parte un número considerable de ex soldados del rey de España. Se libró más allá del Bío-Bío, con resultado tremendo.

Quince días escasos habían pasado desde el regreso a la Capital de los cuerpos que actuaron en la campaña del Sur, cuando el comandante Thompson recibió en Nacimiento el aviso de que una partida de indios había acampado cerca del río, en un paraje denominado Mesamávida. Inmediatamente dispuso que el capitán Manuel Romero con 50 infantes del Batallón 1° de Coquimbo, y el teniente Manuel Alejandro Pueyrredon con 40 granaderos a caballo fueran a sorprenderlos. Pero al llegar a la margen del río advirtieron que los indios iban a cruzar el Bío-Bío, al tiempo que por detrás avanzaban 400 fusileros españoles del Batallón Cantabria y más indios, en total 800, que habían estado emboscados. La fuerza patriota se hallaba encajonada entre barrancas que no podían superarse, de modo que echó pie a tierra y repelió a tiros la aproximación envolvente de sus enemigos. Súbitamente los indios cargaron sin detenerse sobre el cuadro de infantería y lancearon a los infantes y al oficial que los mandaba; visto lo cual montaron los de caballería para romper la línea enemiga y escapar. Tres veces lo intentaron, estrellándose en vano contra la masa que los circundaba y disminuía sus efectivos a cada choque. Al final, todos cayeron muertos. Tan sólo el teniente Pueyrredon y tres soldados, confundidos entre los cadáveres, fueron recogidos luego, gravemente heridos.

De este modo concluyó, en rigor, la guerra de independencia contra España en Chile.

No obstante, no estaría completo el relato si no se aludiera a otro episodio trágico sucedido contemporáneamente, esta vez en el territorio de las Provincias Unidas, debido a su vinculación con los actores de esta historia. Me refiero al destino de los prisioneros realistas de Maipú, signado incluso por un ribete romántico.

Luego de la batalla, los prisioneros de mayor categoría fueron confinados a San Luis, rodeados de un desierto que dificultaba su fuga. Encabezaba la comitiva el antiguo presidente de Chile don Francisco Marcó del Pont, y lo seguían el brigadier Ordóñez, de tan destacada actuación, y los coroneles Antonio Morgado, Joaquín Primo de Rivera y José Berganza, los tenientes coroneles Lorenzo Morla y Matías Arras, 9 capitanes, 5 tenientes, 7 alféreces (casi todos pertenecientes al Burgos), el intendente del Ejército Real, don Miguel Barroeta, y algunas personas más. El general San Martín había recomendado se les diera un buen trato, con soltura vigilada, habitando en casas de familia. Una circunstancia particular reforzaba esas consideraciones, puesto que el coronel Primo de Rivera, casado con una muchacha porteña, de la familia Larrazábal, era a través de ella pariente tanto de doña Remedios de Escalada como del general San Martín, por su rama Matrazas. En la sociabilidad que mantuvieron con la población local no tardó en forjarse una relación amorosa entre el teniente Juan Ruiz Ordóñez —sobrino del brigadier— y una hermana del oficial de milicias Juan Pascual Pringles. En dichas circunstancias llegó también a San Luis, desterrado de Buenos Aires, el doctor Bernardo Monteagudo, cuya fogosidad política derivó hacia un apasionado sentimiento que despertó en él la joven Pringles que cortejaba Ruiz. A causa de las alarmas provocadas por la crisis que evidenciaba la situación de las Provincias Unidas, un bando del gobernador coronel Vicente Dupuy (1° de febrero de 1919) prohibió las salidas nocturnas de los prisioneros y especialmente su trato con las familias, para que no influyeran en las opiniones, ¿sería demasiada suspicacia atribuir esta medida al intento del celoso Monteagudo para obstaculizar el noviazgo del teniente Ruiz?

Lo positivo es que las restricciones obraron como detonante en la conducta de los militares españoles. Tiempo atrás habían planeado su fuga al sur de Chile, organizada por el capitán Gregorio Carretero, del Burgos, para lo cual contrataron baqueanos y ca-

balgaduras. Confiaban en poder dominar fácilmente la cárcel y el cuartel, porque una nueva remesa de prisioneros llegó esos días. Incluso Carretero compró diez cuchillos en una pulpería. Quedó al margen del plan Marcó del Pont, pues no se confiaba en su carácter.

El 8 de febrero Carretero arengó a sus camaradas y distribuyó las partidas que debían apoderarse de los diversos edificios, repartiendo los cuchillos que poseía. Poco después un grupo se apoderó momentáneamente del cuartel, que fue recuperado por la energía de los detenidos allí, entre quienes se destacó uno de ellos, Juan Facundo Quiroga, de buena familia pero mala conducta. Fracasó también el asalto a la cárcel, muriendo en uno y otro lugar gran parte de los españoles a manos del pueblo.

El conjunto principal —el capitán Carretero y los coroneles Morgado y Morla— pidió audiencia al gobernador y se presentó en el despacho de Dupuy, quien se hallaba en compañía de su secretario y del médico del pueblo. Atacado por Carretero y Morgado a puñaladas, Dupuy se defendió a puñetazos, pero fue derribado ileso, al tiempo que ingresaban Ordóñez y Primo de Rivera con dos asistentes, mientras los acompañantes del mandatario lograban escapar dando la alarma. Pasó muy poco tiempo hasta que el pueblo, encabezado por el alférez Pringles y a los gritos de “¡Mueran los godos!” irrumpió en el edificio y masacró a los atacantes: Ordóñez, Morla, Carretero y Morgado, este último muerto a manos del propio Dupuy. Primo de Rivera se introdujo en una habitación y se suicidó. Veinticuatro conjurados cayeron en esas escenas; el doctor Monteagudo destruyó con todo rigor una causa, condenando a muerte a otros siete. Se salvó el teniente Ruiz Ordóñez, merced al influjo de la familia Pringles, el cual fue atendido por el mismo general San Martín al pasar por San Luis en marzo. Marcó del Pont, ajeno a todo, también conservó su vida.

Este suceso brutal, deformado por la distancia y la mala información, causó enorme indignación en el Ejército Real del Perú, donde se creyó que los prisioneros de guerra habían sido ejecutados fríamente, no faltando represalias entre los oficiales patriotas que capturaron.

Contemporáneamente a la guerra exterior que se libraba en Chile, otras operaciones de distinto cariz tenían por escenario el territorio rioplatense: el enfrentamiento intestino provocado por la doctrina federal difundida por Artigas, seguía alimentando los intentos de lograr una autonomía plena de las regiones sujetas a su influjo. Estos esfuerzos de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe eran considerados nefastos a la causa nacional por el Gobierno Central, que con la misma tenacidad que aquéllas procuraban obtener su soberanía, tentaba someterlas para unificar el Estado argentino.

La invasión del Ejército Real de Portugal ahondó las diferencias, y lejos de lograr el avenimiento del Jefe de los Orientales, lo impulsó a la ruptura definitiva, incluso con prescindencia de lo que desearan sus comprovincianos. Convencido el director supremo Pueyrredon por el general San Martín de la inconveniencia de abrir un segundo frente de guerra contra los portugueses, sin concluir antes con los españoles, a la larga contemporizó con el comandante extranjero, general Federico Carlos Lecor, barón de Laguna. Los propios orientales, tras la frustrada unión que rechazó Artigas después de haberse convenido con el Gobierno Nacional, y la desgraciada campaña defensiva sostenida por su caudillo en todas las latitudes, mostraron su disconformidad con éste. Los portugueses

habían vencido a lo largo de 1817, incluso tras el Uruguay, en las Misiones occidentales, que redujeron a escombros, aunque las fuerzas artiguistas pusieron sitio a Lecor en Montevideo capitaneadas por el siniestro coronel Fernando Otorgués, cuyo vandalismo perjudicó a portugueses y orientales por igual. Las correrías de Artigas, que devastaban la campaña de la Provincia, lo separaron de sus partidarios: el coronel Rufino Bauzá y el capitán Manuel Oribe abandonaron el asedio y pasaron a Buenos Aires con sus tropas y armas, expresando el primero en nota a Pueyrredon (7 de octubre de 1817) respecto de Artigas que “su tiranía los barbarizaba; que no era posible fundar el orden con hombres que lo detestaban por profesión, que los sacrificios que se hacían en la lucha contra los portugueses eran estériles por falta de buena dirección”. Más al oeste, otros orientales entregaban a las armas de Portugal la ciudad de Colonia para librarse de las violencias de sus paisanos.

En la confrontación con Artigas, otro elemento favorable al gobierno directorial se presentó a fines de 1817: varios lugartenientes del *Protector*, cansados del control que éste ejercía sobre los “Pueblos Libres”, se mostraron dispuestos a sacudirse su tutela en Entre Ríos. Esta provincia carecía de la autonomía que Artigas reclamaba para la suya, pues su mandatario don José Ignacio de Vera, santafecino, era un mero subalterno que debía seguir sus directivas, al igual que su antecesor el coronel José Francisco Rodríguez, oriental. Similar descontento existía en Corrientes y Santa Fe. Por el momento, fue el coronel José Eusebio Hereñú, ambicioso del poder, quien primero se puso en contacto con el general Pueyrredon (diciembre de 1817) y en este mes se pronunció contra su antiguo superior, apoyado por otros jefes locales de prestigio, como los comandantes Gervasio Correa de Gualaguay, Gregorio Samaniego de Gualaguaychú, y en Paraná el teniente coronel Evaristo Carriego. El Director Supremo no dejó pasar la oportunidad y se dispuso a auxiliarlos con equipos militares: como escribiría tiempo después, “era un deber del ministerio que ejercía propender a la total unidad del territorio”. Tal la diferente actitud entre su abandono de Artigas y el apoyo a quienes se levantaban en su contra.

A fin de aclarar mejor la postura del jefe del Estado, conviene adelantar la crónica atendiendo al panorama internacional en relación con la invasión lusitana a la Provincia Oriental que Artigas resistía heroicamente aunque con poca habilidad. Debe tenerse en cuenta que las gestiones diplomáticas con Río de Janeiro culminaron con la solemne declaración oficial del 23 de julio de 1818 emitida por el ministro de Relaciones Exteriores de Portugal, Villanova (impulsado por su temor de que el Reino de España reclamara su soberanía sobre la provincia invadida), reiterando al gobierno argentino:

La ocupación del territorio de Montevideo fue una medida provisional para procurar la paz, aquietando lo que le quedaba contiguo, y que la inquietud de Artigas no permitía demorar por más tiempo. Por lo tanto, el general barón de Laguna tiene orden de contenerse en la línea del Uruguay.

Esta importantísima seguridad, que limitaba doblemente la acción lusitana, en el tiempo y en el espacio, se reforzaba por el compromiso de que en la guerra de las Provincias Unidas contra España, *Su Majestad Fidelísima* mantendría la neutralidad, lo que aventaba la preocupación de que se reflatara la alianza de 1812 contra Buenos Aires, como en la época de la conspiración de Álzaga.

Aliviado, el Gobierno Nacional pudo atender a otra maniobra que asegurase el triun-

fo del movimiento nacido en 1810. Pueyrredon lo anunciaba en velados términos a San Martín por carta del 24 de septiembre de 1818:

Muy pronto sabrá usted el nuevo teatro que se presenta a nuestros negocios públicos. Por él deben variarse, o al menos suspenderse, nuestras principales disposiciones respecto de Lima; él solo va a terminar la guerra y asegurar nuestra independencia de toda nación extranjera. Con él haremos que al momento evacuen los portugueses el territorio oriental.

Dos cuestiones abarcaba esta confidencia: si el párrafo final insistía sobre la recuperación del suelo usurpado, su primera parte aludía a una misión diplomática que se encomendaba al canónigo Valentín Gómez, y que llevaba por objeto la coronación de un príncipe francés en el trono rioplatense. La gestión estaba encaminada —rezaban las instrucciones del 24 de octubre—:

[...] a fin de hacer cesar las hostilidades que inundaban en sangre a las Provincias del Río de la Plata, acreedoras a mejor suerte, por cuyo resultado clamaban sus habitantes y naturales, deseando los momentos de esta feliz metamorfosis, aunque resueltos a sostener a todo trance su independencia.

El candidato estaba bien elegido: era el príncipe Louis Phillipe de Orleans Bourbon, duque de Orleans (el futuro Rey en 1830). El embajador Gómez “oiría las proposiciones del ministerio francés, y traído lo convencionado a los términos más ventajosos a la independencia absoluta del país, daría cuenta a la mayor brevedad”. La maniobra directorial tendía a obtener un aliado europeo en momentos en que recrudecían las alarmas por el envío de una nueva Escuadra contra Sudamérica, y más aún: hiriendo de muerte el “Pacto de Familia” de los Borbones de España y Francia. El desarrollo y fin de dicha comisión diplomática se ubicará en el lugar pertinente de esta historia, con la cual se halla directamente relacionada.

Volviendo a la cronología de los sucesos: el 15 de diciembre de 1817 salió de Buenos Aires una columna hacia Entre Ríos bajo el mando del coronel Luciano Montes de Oca, fuerte en más de medio centenar de hombres de las tres armas, a quienes se recomendaba “el mayor cuidado para que nadie se acercase a la artillería, con riesgo de que fuese clavada, en un país donde no puede distinguirse el enemigo del amigo”. La fuerza expedicionaria debía tomar contacto con los rebeldes al Protector Artigas en Concepción del Uruguay, donde debía unírsele el coronel Hereñú. Una proclama impresa en hoja suelta para ser difundida explicaba los móviles del Directorio:

La expedición que marcha a Entre Ríos va con el objeto de proteger los derechos de aquellos pueblos, que para recuperarlos han implorado auxilio. La presente administración no ha hecho ni pretende hacer la guerra a sus hermanos y compatriotas. Todo su anhelo es favorecer los proyectos de los buenos ciudadanos, que han conocido por experiencia cuán perjudicial es al sistema de América la doctrina de don José Artigas.

Surgió entonces una personalidad que pasaría tan fugaz como fuertemente por la historia argentina: Francisco Ramírez. Este joven comandante entrerriano seguía fiel a Ar-

tigas, y tenía sitiados a sus díscolos ex seguidores en el sur de la provincia. Al desembarcar Montes de Oca el comandante Ramírez se retiró, pues sólo contaba con 300 hombres, siguiéndolo el jefe nacional. Súbitamente aquél lo atacó en el arroyo Ceballos, con mayores milicias reclutadas en el ínterin, y dispersó a la caballería porteña, apoderándose de los cañones que Montes de Oca abandonó al replegarse (25 de diciembre). La fuerza de éste volvió al lugar de partida con sus partidarios locales. Los recogió el general Marcos Balcarce, despachado desde Buenos Aires, quien prosiguió hasta Paraná reforzado por la tropa del coronel José Eusebio Hereñú. Hasta aquí los persiguió Ramírez. Dos meses después volvió a buscarse la definición armada, cuando Balcarce salió de la villa y Ramírez, repitiendo su estrategia, se retiró ante su avance para detenerse en el paraje denominado Saucedito, para atacarlo por sorpresa. Fue una nueva victoria del jefe entrerriano (25 de marzo de 1818), quien capturó cuatro piezas de artillería y —según su parte a Artigas— causó 600 muertos y tomó 200 prisioneros a Balcarce, las que deben ser cantidades exageradas. En fecha imprecisa de 1818, Ramírez asumió el Gobierno de la Provincia, marchando el coronel José Francisco Rodríguez a combatir contra el ejército de Portugal.

Los triunfos artiguistas en Entre Ríos se compensaron con sus derrotas en la Banda Oriental, donde la suerte de sus armas seguía desfavorable. Tras la victoria portuguesa en el combate de Catalán siguieron otras, en que cayeron prisioneros dos de sus principales lugartenientes, como Otorqués y Juan Antonio Lavalleja. Incluso la villa de Concepción del Uruguay (Arroyo de la China) fue atacada y saqueada por una escuadra. La guerra en la campaña oriental prosiguió durante todo el año 18 y parte de 1819, sin definición favorable para su caudillo.

La provincia de Santa Fe también atrajo la atención del Gobierno Central, a pesar de sus fracasos anteriores. En 1816 se efectuó una nueva intentona por someterla, auspiciada por descontentos con el control que Artigas mantenía sobre ella, quitándole por ende su capacidad política propia, lo cual impulsó a la comisión gubernativa que funcionaba en la Capital en ausencia del director Pueyrredon, a disponer que la Provincia fuera ocupada por un cuerpo de Ejército conducido por el general Eustaquio Díaz Vélez, con el apoyo de una escuadrilla a órdenes del general Matías de Irigoyen. Díaz Vélez ocupó la ciudad, pero Irigoyen perdió tres embarcaciones a manos santafecinas, y él mismo cayó prisionero al ser abordada una de ellas (9 de agosto). Al poco tiempo, sin auxilio, Díaz Vélez debió emprender su retorno a Buenos Aires, con graves pérdidas causadas por el jefe local Mariano Vera. Ese desacordado paso ahondó, naturalmente, los rencores entre “porteños” y “federales”.

No cesó, sin embargo, la vigilancia de la Capital sobre la provincia más próxima que estaba sujeta a la órbita artiguista. Era más proclive a una nueva operación militar, sin contar con la barrera defensiva del Paraná como Entre Ríos, ni los montes que abundaban en ésta. Parecía más fácil probar fortuna otra vez sobre la llanura de Santa Fe, si llegaba la oportunidad. Nada ocurrió al respecto a lo largo del año 17.

Con el nuevo año la situación cambiaría.

Desde Tucumán el general Belgrano destacó parte del Ejército Auxiliar del Perú en dirección a Córdoba —el Directorio se proponía ocuparla militarmente como prevención a la fuerte influencia de Artigas en ella—, y con el Regimiento n° 2 de Infantería el coronel Juan Bautista Bustos se estacionó en observación en la frontera santafecina (febrero de 1818). Sobre el arroyo del Medio, en la campaña porteña, el general Juan Ramón

Balcarce también seguía atentamente la política de Santa Fe, donde en Rosario algunos vecinos caracterizados se mostraban dispuestos a subordinarse al Gobierno Central.

De tal manera se consumían las energías de las Provincias Unidas, mientras el general San Martín se esforzaba contra el enemigo común y alcanzaba su gran lauro en Maripú. El héroe de los Andes reprochará a sus compatriotas en un documento solemne el abandono de la causa común para malgastar sus recursos y sangre sin atender a los grandes problemas de la nacionalidad pendientes: independencia y organización.

Uno de los personajes que atizaba la discordia era el coronel José Eusebio Hereñú, ambicioso de obtener el mando de Entre Ríos para sustraerla del dominio federal. Mas el Gobierno Central refrenaba los ímpetus con que había contagiado a Balcarce: "...com servarse sólo a la defensiva y en perfecta neutralidad", prescribía a este último en marzo de 1818. Pero finalmente en septiembre del mismo año, se resolvió marchar sobre Santa Fe, confiándose en el apoyo local. Se puso al frente de 2.959 hombres —entre jefes, oficiales y tropa— al general Juan Ramón Balcarce, quien llevó como jefe de Estado Mayor al coronel Bernabé de San Martín, a cargo de las milicias del norte bonaerense. También esta vez contaría con el apoyo de una escuadrilla fluvial compuesta por dos bergantines, una goleta y varias lanchas cañuieras, que estaban a cargo del mayor Ángel Hubac: ella conducía embarcado al coronel Hereñú con 300 emigrados entrerrianos.

En noviembre comenzó la nueva campaña sobre Santa Fe, portando su comandante instrucciones draconianas para proceder contra quienes la resistiesen:

[...] que los santafecinos que se sometieran fuesen tratados con consideración en sus personas y bienes, pero a condición de ser transportados a la nueva línea de frontera o a la Capital bajo vigilancia militar. Si se resisten deben ser tratados militarmente como rebeldes, imponiéndoles sin dilación la última pena.

Por desgracia, el general Balcarce se excedería en su cumplimiento. Ya quedó asentado que desde la frontera de Córdoba el coronel Juan Bautista Bustos con 600 hombres estaba listo para apoyar las operaciones.

Era gobernador de Santa Fe, hasta poco antes de este tiempo, don Mariano Vera, el vencedor de Viamonte en 1816. Un par de años después —o sea en la época a que llega el relato—, un complot de vecinos y soldados intentó deponerlo (mes de julio de 1818), pero dos votaciones sucesivas lo confirmaron. Empero, para desarmar las sospechas de que se hallaba en connivencia con las autoridades directoriales, renunció al Poder Ejecutivo, que asumió provisoriamente el Cabildo. En tal situación el comandante de armas, teniente coronel Estanislao López, al frente de la tropa armada se instaló en el edificio de la Aduana y como revela su contemporáneo Urbano de Iriondo, "por bando público hizo saber que él era el gobernador interino de la provincia": lo fue hasta su muerte, veinte años más tarde, habiendo sido luego elegido en propiedad.

López procedió rápidamente, antes que obrara la conjunción de sus enemigos. Primero se dirigió contra la División que lo amenazaba desde Córdoba, por ser menos numerosa.

Atacó un destacamento de vanguardia colocado por Bustos y lo dispersó, pero al día siguiente sufrió la misma suerte a manos de una columna desprendida por éste. En realidad, se trataba de la *táctica montonera* de golpes rápidos y retirada posterior, acerca de la cual uno de sus adversarios hará una descripción fundamentada en su experiencia. La

pez cruzó el río Tercero y atacó el propio campamento del coronel Bustos en Fraile Muerto, arrebatándole parte de su caballería y ganado para consumo, reiterando sus avances para debilitarlo. Como fue en auxilio de Bustos una columna mandada por el coronel Arenales, y desde Buenos Aires el general Balcarce iniciaba su invasión, el gobernador López se replegó con presteza, dejando inmovilizado a Bustos.

El general Juan Ramón Balcarce avanzó por el territorio santafecino, soportando el hostigamiento de guerrillas, mientras López se retiraba a su frente. El intento de resistencia más serio lo efectuó el 27 de noviembre, tratando de disputar el paso del río Salado, cercano a la ciudad capital, pero las tropas nacionales a órdenes de los coroneles Bernabé de San Martín, Rafael Hortiguera, Domingo Sáenz y Rufino Bauzá, forzaron el obstáculo, a costa de 15 muertos y 22 heridos.

Sin mayores inconvenientes, Balcarce llegó a la vista de Santa Fe el 29 del mismo mes, pero sin encontrar a su oponente, que le hizo el vacío a su alrededor. Sin sentido su permanencia, aunque los "anarquistas" se hallaban rondando cerca, decidió regresar a Buenos Aires. Así lo anunció el 2 de diciembre al Gobierno, añadiendo: "En otra ocasión manifestaré las poderosas razones que he tenido para no destruir la ciudad de Santa Fe, y causar a las familias honradas que han quedado, el último mal"... Replegado hacia Rosario, su ejército fue permanentemente acosado, pero sin sufrir un ataque decisivo. Incluso tuvo oportunidad el general Balcarce de efectuar un tipo de menester que lo hace figurar más como *condottiere* que como militar profesional enfrentado con compatriotas:

Me dirijo al Carrizal a reunir el ganado que encuentre y calculo en 4.000 cabezas. Esta importante operación deja a Santa Fe en la última necesidad, y sin ningún recurso para sostenerse por más tiempo: proporcionará la subsistencia del Ejército para un año, y acaso lo proveerá de caballos suficientes para la próxima invasión.

Arreando animales como tras un malón indígena, las tropas porteñas llegaron a la villa de Rosario.

En la otra banda del río Paraná el coronel José Eusebio Hereñú no había logrado el éxito esperado de sustraer a Entre Ríos de la influencia de Artigas. Refugiado de nuevo en la escuadrilla de Hubac, quedaron en tierra firme algunos de sus seguidores, que no tardaron en ser dispersados por las fuerzas de Francisco Ramírez, cuyo prestigio crecía con estos acontecimientos favorables. Ellos le permitieron despachar a Santa Fe en auxilio de Estanislao López una columna de 200 hombres al mando de su medio hermano el coronel Ricardo López Jordán (la madre de Ramírez, viuda, se había casado en segundas nupcias con el padre de este último), entrerrianos a los que la documentación de época consideraba "orientales". En ese tiempo otro refuerzo llegó al mandatario santafecino, de Corrientes, en donde Andresito Guacurarí Artigas puso a órdenes del irlandés Peter Campbell —antiguo soldado desertor de Beresford— una flotilla de 7 lanchas y 12 cañoneros conduciendo medio centenar de soldados, entre ellos un regimiento de indios. Esta armada atacó a las naves del mayor Ángel Hubac frente a Santa Fe, que bloqueaba, y la forzó a derivar aguas abajo. Y poco después, santafecinos, entrerrianos y correntinos atacaron Rosario, con la consecuencia de que Balcarce perdió su caballería y el ganado recolectado, aunque fueron escasas sus bajas. Aprovechando su falta de movilidad, el gobernador López se dirigió contra el coronel Juan Bautista Bustos, hecho fuerte en la posta de Fraile Muerto, pero fracasó ante su firme defensa.

El general Balcarce, poco seguro de las milicias santafecinas que había sumado, las licenció, solicitando a Buenos Aires tropas regulares de "puros porteños", de los cuales recibió 200. Y como sus pronósticos eran bien desfavorables, el Gobierno

[...] consecuente con el empeño de emplear todo el poder de la Nación para concluir felizmente esta desastrosa guerra [le escribía el 7 de enero de 1819] ha acordado y se han dado hoy por este Ministerio las órdenes para que en consideración a la inminencia de los peligros, se ponga inmediatamente en marcha el Ejército Auxiliar del Perú en todo o en parte, al cargo del capitán general don Manuel Belgrano, quien tomará el mando en jefe de ambos ejércitos.

Sin duda era un paso grave el ocupar a las fuerzas destinadas a combatir por la independencia, en la lucha interna, aunque debe haber influido en la determinación una circunstancia que puntualiza José María Paz, que formaba en ellas:

El Ejército se conservaba estacionario en Tucumán, sin que se hablase siquiera de la probabilidad de abrir la campaña en el Perú; ni aún podía decirse que su posición era defensiva, por cuanto estando cubierto por la extensa y belicosa provincia de Salta, era en ella que se estrellaban los esfuerzos impotentes de los españoles.

Sin medios para combatir, el Ejército del Norte apenas recibía reclutas que desertaban en gran número. De todos modos, fue una medida oficial muy censurada, sobre todo por sus resultados, cuando igualmente se convocó al general San Martín para que el Ejército de los Andes acudiera en socorro de los "pacificadores" del Litoral.

El hecho es que el general Belgrano se movilizó como se le ordenaba, y la situación marchó a una catástrofe inimaginable, peor que el estado que se quería arreglar. Esto corresponde a un período que aún no ha llegado.

El general Juan Ramón Balcarce desocupó por completo el territorio santafecino, saliendo de Rosario para estacionarse en San Nicolás, tras el arroyo del Medio. Pero como para que no se olvidara de su paso por él, antes —cuenta el cronista contemporáneo Iriondo—, "a principios de enero de 1819 hizo Balcarce quemar todas las casas pajizas de aquel pueblo, quedando solamente la capilla y unas cuantas casas que eran de teja".

El estado de la frontera del Norte continuaba sin variantes tras la retirada realista que había llegado hasta Salta. El general Güemes seguía sus movimientos de cerca, y sus partidas no perdían ocasión de chocar con el enemigo; en parte al brigadier general "capitán general de provincias y en jefe del Ejército Auxiliar", Belgrano, le comentaba las últimas operaciones desde la sede de su Gobierno el 28 de enero de 1818:

Si en todas sus empresas consigue el enemigo lo que en ésta, muy pronto será deshecha esa horda de tártaros. Todo el fruto de sus trabajos, de sus marchas y contra-marchas, está reducido a llevarse 4 infelices mujeres que por sus años se consideraban seguras en las quebradas. Ha perdido más de 300 hombres entre muertos, heridos y pasados. Casi no hay día que por docenas no se vengan los hombres, y los más, armados y municionados.

El 13 de febrero, en Acoyte, una partida patriota llevó un ataque a una división de 200 hombres del Regimiento de Extremadura, capturando 18 prisioneros —entre los cuales, el oficial que la mandaba— y causándoles 6 muertos y 5 heridos, tomándoles un buen número de armas y equipos. El jefe de vanguardia, teniente coronel Manuel Eduardo Arias, desde Humahuaca, despachaba a sus hombres para apoderarse del ganado (llamas y ovejas) destinadas al abastecimiento del Ejército Real, al mismo tiempo que vigilaba sus movimientos.

El cuartel general del Ejército Real estaba instalado en Tupiza, y allá la situación era diferente, por cuanto eran continuos los contrastes que sufrían los grupos patriotas, mal armados y sin una conducción unificada. La calidad de los jefes recién llegados inclinaba favorablemente las campañas emprendidas en el Alto Perú.

Al sur, los combates de los gauchos —tal se los denominaba en los partes oficiales— no dejaban pasar al enemigo de la frontera de Tarija. El general Martín Güemes constantemente informaba a su superior el general Belgrano, siempre estacionado en Tucumán, habiendo quedado superadas sus diferencias con su antecesor Rondeau. Uno de los partes recibidos desde Salta era retransmitido sintetizado por el comandante del Ejército Auxiliar del Perú el 25 de agosto:

Tengo el honor de acompañar a V.E. en copia fiel el parte que con fecha 18 del corriente me ha dirigido el gobernador de Salta, por el que se instruirá Su Superioridad que es tal el terror que han infundido al enemigo las armas de la Nación, que basta presentarse en cualquier punto, aun en corto número, para abandonarlo precipitadamente, dejando prisioneros, armamento, ganados, caballos y cuanto está en su poder. Los oficiales de nuestras partidas se conducen siempre con su primer entusiasmo, y lo aviso a V.E. para su suprema satisfacción.

Como resultaba lógico, los triunfos del general San Martín en Chile preocupaban al virrey del Perú, Pezuela —cuyas relaciones personales con La Serna distaban mucho de resultar cordiales—, pero por otra parte, la esperanza del envío de la expedición de Cádiz permitía alentar confianza, y hasta planear alguna nueva ofensiva.

Por su parte Güemes confirmaba ese espíritu hallándose en Jujuy, el 24 de abril del siguiente año 1819: "Los enemigos de mi frente ya están en Mojo y demás posiciones que antes ocupaban. Si vienen, tendrán mis tropas que divertirse con utilidad, lo mismo que las que se preparan a esperar a la expedición de Fernando". Una de las emboscadas que realizó uno de sus comandantes en marzo logró la captura del correo que conducía toda la correspondencia de España, escoltada por 50 hombres, que fueron "víctimas" (sic); y que según Güemes en comunicación del mes siguiente, "este golpe ha sido el más sensible para los tiranos, que aún no cesan de lamentarlo, y que aseguran que en muchos meses no volverán a tener correspondencia de España de tanta entidad; pero que para disfrazar su sentimiento, culpan que se lo llevó el río al correo".

Mensaje de distinto tenor cursó a Belgrano el 18 de junio: "En los momentos de cerrar ésta recibo parte de la vanguardia: su contenido es avisar que el enemigo se dirige hacia acá con todas sus fuerzas, no habiendo salido aún las de Tarija".

Pero poco brío alentó esta nueva incursión, ya que careció de penetración, dado que el principal cuidado lo ofrecía la empresa patriota que se esperaba sobre el litoral del Pacífico dirigida por el general San Martín. Disgustado, el mariscal José de la Serna soli-

citó y obtuvo su retiro a la Península, siendo reemplazado por el general Juan Ramón Orozco. Hasta su llegada a Tupiza, asumió el comando el coronel José Canterac.

En el lado patriota, tampoco la situación mostraba intentos ofensivos, porque el incesante conflicto en el Litoral restaba recursos para abastecer al Ejército Auxiliar estacionado en Tucumán, y por otra parte faltaban fondos para lanzar al ejército hacia Lima.

El año 1819 sería decisivo en varios aspectos, tanto internos como internacionales. En Chile los trabajos del general San Martín no se aceleraban en la medida que éste deseaba, y el Gobierno de Santiago demoraba atender el estado del Ejército de los Andes que estaba a su cargo, pese a que le servía en el orden local como protección ante sus opositores domésticos, suscitando a la vez el rencor de éstos para con los militares argentinos. La expedición marítima a Perú, culminación de los esfuerzos de San Martín, estaba virtualmente suspendida, y el general en jefe del Ejército Unido quiso demostrar al director supremo O'Higgins que la amenaza española seguía pendiente. A su exigencia de que se cumplieran los acuerdos, el jefe de Estado chileno le hizo saber que este país no contaba con los recursos suficientes (\$600.000), por lo que debería buscarlos afuera.

En consecuencia, para mostrar su necesidad, el general San Martín dispuso que el Ejército de los Andes repasara la Cordillera. Para que la ruptura de la alianza no asumiera características definitivas, San Martín sugería al Directorio de las Provincias Unidas "que se alegue el pretexto de que alguna expedición española se dispone a invadir a Buenos Aires".

Lo que ignoraba el General es que esa amenaza estaba por concretarse.

El caso es que ante su convencimiento de que Chile se desentendía de proseguir las operaciones, descargando su ejecución en las Provincias del Plata, San Martín reconcentró al Ejército de los Andes en la parte superior del valle de Aconcagua, a donde desemboca el paso de Uspallata. Sólo quedaba una División argentina atendiendo a la situación del sur, donde merodeaban los restos del Ejército Real mezclados con los indios. Al general O'Higgins le ofreció un futuro concurso, pero condicionado: "Tendré la mayor satisfacción en volverme a poner a la cabeza del Ejército Unido luego que los aprestos para las operaciones ulteriores que tengo propuestas y están confirmadas, estén listos" (14 de febrero de 1819). Justificando su proceder, el general San Martín participó a O'Higgins que deseaba preservar a Cuyo de la anarquía que agitaba al Litoral, "llevando el propósito de mediar en una contienda que pone en peligro la causa común".

El Ejército de los Andes acampado en el valle de Aconcagua —en Curimón— consistía en 4.408 hombres, discriminados en las siguientes armas: *Infantería*: batallones n° 1, 7, 8 y 11, total 2.666. *Caballería*: Granaderos y Cazadores, total 1.191. *Artillería*: total 371. Quedó a su frente el general Antonio González Balcarce, mientras el general San Martín atravesaba la Cordillera iniciando el repliegue con 50 hombres de caballería, 500 infantes y 50 artilleros con ocho piezas. Balcarce, gravemente enfermo, delegó su comando poco después en el general Juan Gregorio de las Heras, para viajar a Buenos Aires, donde murió al poco tiempo. No mucho después, otros 1.200 hombres retornaban a Mendoza.

San Martín desconocía que en Cádiz se alistaba un nuevo ejército para viajar a Sudamérica y sofocar el movimiento emancipador. Ante este dato el director Pueyrredón

escribió al general Bernardo O'Higgins el 1° de marzo que la empresa sobre Lima debía postergarse, "dejándola para más favorable oportunidad, y que en vista del peligro inminente que amenazaba a las Provincias Unidas, disponía el inmediato regreso del Ejército de los Andes a territorio argentino". Le solicitaba por último auxilios para la defensa común. Lo que en San Martín había sido un recurso para forzar la definición, se trocaba en una necesidad real.

Más inmediata que la amenaza española era la hostilidad de los jefes federales del Litoral, particularmente en Santa Fe, donde la lucha civil alcanzaba contornos graves.

El gobernador Estanislao López, después de forzar al general Juan Ramón Balcarce a evacuar su provincia, y antes que desde Buenos Aires se lanzara otra fuerza en su contra, se volvió sobre la frontera cordobesa, donde el coronel Juan Bautista Bustos se mantenía atrincherado en La Herradura, recodo del río Tercero —habiendo retrocedido desde el río Segundo—, a donde recibió la vanguardia que le enviaba el general Belgrano, compuesta por dos escuadrones de Húsares y otro de Dragones, mandando el todo (300 hombres) el coronel Gregorio Aráoz de La Madrid y llevando como segundo al mayor José María Paz. López tenía el refuerzo de los indios de Campbell y los entrerrianos de López Jordán.

El 18 de febrero de 1819 la posición nacional fue asaltada por los federales. En sus *Memorias* el general Paz describe la acción:

Nuestro campo fue completamente circunvalado por una extensa línea de guerrillas, cuyos fuegos convergentes nos incomodaban bastante. Ellos apenas eran contestados por algunos de nuestros infantes, que guardaban los suyos para mejor ocasión. Repentinamente y por un movimiento simultáneo se pronunció una carga general de caballería, a que acompañaron sus infantes, que tomaron para esto sus caballos con una destreza y celeridad sin igual, y se vinieron del modo más impetuoso sobre nuestra débil trinchera. Entonces los recibió nuestra infantería con la plenitud de sus fuegos, en término que los rechazaron e hicieron retroceder. Al mismo tiempo salieron por los portones los tres escuadrones, cargando dos de ellos y quedando el otro en reserva. A mí me tocó cargar por nuestra izquierda y casi sobre el centro del enemigo, el cual cedió en desorden probando los filos de nuestros sables, pero haciendo al mismo tiempo toda su línea una rápida concentración sobre varios puntos que a su vez amenazaban envolver nuestra diminuta fuerza.

Intervino entonces el escuadrón de Húsares de reserva mandado por La Madrid, que arrolló a los federales, y provocó su retirada.

Conviene transcribir otro párrafo de Paz para comprender el ánimo que alentaba ese tipo de guerra popular:

Se batían con el más denodado valor; su entusiasmo degeneraba en más ciego fanatismo, y su engreimiento por causa de sus multiplicadas victorias sobre las tropas de Buenos Aires se parecía al delirio. Entre los hombres que perdieron en la carga, que serían 30, sólo uno se pudo tomar vivo y herido también, pues los otros prefirieron morir con sus armas en la mano. Vi un indio que habiendo perdido su caballo, había quedado a retaguardia de los nuestros cuando había pasado el momento de la carga, y que rodeado de 10 o 12 soldados que le ofrecían salvarle la vida, los

desafiaba con la lanza en la mano despreciando su perdón. Fue preciso matarlo como se hubiera hecho con una pantera o con un tigre.

Al día siguiente se repitió el intento, temprano en la mañana: una línea más regular integrada por todas las fuerzas de López avanzó lentamente al son de trompetas y cajas, llevando desplegada una gran bandera roja que flameaba al centro de ella. Pareció un esfuerzo decisivo. Pero el combate fue repetición del sucedido el día anterior, hasta la retirada definitiva de aquéllas. El coronel La Madrid ofrece en sus *Memorias* un detalle

El enemigo tuvo más de 60 muertos y mayor número de heridos, y muchos de ellos mortalmente, según lo notamos en la persecución al tercer día. Como yo había mandado afilar todos los sables de la caballería al salir de Córdoba, la mayor parte de los cortes fueron mortales: me acuerdo que a uno de los cuerpos que encontramos a la inmediación de nuestro campo, le habían volado todo el cráneo a más de dos varas del cuerpo.

Otro aspecto lo describe el comandante Paz:

Los coroneles Bustos y La Madrid, yo y otros oficiales fuimos a visitar el campo que habían desalojado, y vimos las sepulturas frescas en que habían enterrado algunas cadáveres. ¿Qué cadáveres eran éstos? Los de sus propios soldados heridos de gravedad, a quienes no podían o no querían transportar como embarazosos: ¡los degollaron antes de dejarlos en nuestro poder!

En Córdoba, pues, la situación se revirtió: López quedó escarmentado. Aunque como compensación a su fracaso, en su retroceso sorprendió a una división de caballería nacional que había avanzado hasta Coronda, mandada por el coronel Rafael Hortiguera, y compuesta por 400 veteranos Dragones de la Patria, causándole gran mortandad en momentos en que estaban tomando caballos para ensillar.

Hortiguera formaba parte del nuevo Ejército nacional que ahora estaba bajo el mando del general Juan José Viamonte, reemplazante de Juan Ramón Balcarce. Las fuerzas que el nuevo jefe dirigía alcanzaban a 1.964 efectivos, contando los que trajo de Buenos Aires, que con la División de Bustos más el agregado de La Madrid, permitieron al nuevo comandante reemprender la ofensiva invadiendo Santa Fe. Bajaba de Tucumán Belgrano, por su parte, conduciendo al Ejército Auxiliar del Perú, de manera que casi 7.000 soldados amenazaban al gobernador López, quien sólo podía contar con la tercera parte de ellos. Viamonte adelantó al coronel Hortiguera aprovechando que López estaba entretenido frente al coronel Juan Bautista Bustos, el cual pudo llegar hasta Coronda tras vencer en escaramuzas, para luego ser derrotado como se ha dicho, al replegarse López de Córdoba. El propio General quedó en Rosario, sosteniendo el hostigamiento de los santafecinos que asediaban la villa, sin haberse operado la conjunción con Belgrano y Bustos, y sufriendo gran desertión entre su tropa.

En tal situación Estanislao López interceptó comunicaciones despachadas por el general San Martín desde Mendoza, y O'Higgins desde Santiago, participando al Gobierno Nacional que el Ejército de los Andes dejaba Chile para volver al país. Era demasiado: no podía hacer frente a tres ejércitos. Entonces hizo conducir la correspondencia

Viamonte para que llegara a destino, y le aseguró su buena voluntad en términos elevados: "Las diferencias que subsisten entre nosotros nunca podrán determinarme a interrumpir el giro de los papeles de esta clase. Cumpro gustoso con los deberes de un hijo de la patria". Del cambio de ideales comunes —Viamonte desconocía que Belgrano estaba cerca— se llegó a un arreglo, inconcebible poco antes, firmado el 5 de abril. Consistía en un armisticio por ocho días, que llevaría acuerdos más formales si el general Belgrano lo confirmaba.

El espíritu de Manuel Belgrano estaba predispuesto a ello, como que tres días atrás había descripto el estado del territorio entre Córdoba y Santa Fe por el cual atravesaba:

Es urgente concluir esta desastrosa guerra por cualquier modo. Todo es desolación y miseria: las casas abandonadas, las familias fugitivas o arrastradas, los campos desiertos de ganados y caballos; todo, en fin, invadido de hombres que se han destinado a una guerra de las más terribles que puedan presentarse, pues para ellos todos son enemigos con tal que tengan o no sean de su partido.

Desde otro punto de vista, la táctica de los "montoneros" o "anarquistas" no le permitía abrigar esperanzas de éxito:

Para esta guerra ni todo el ejército de Jerjes es suficiente. El ejército que mando no puede acabarla, es un imposible: podrá contener de algún modo, pero ponerle fin no lo alcanzo sino por un avenimiento. No bien habíamos corrido a los que se nos presentaron y pasamos el Desmochado, que ya volvieron a situarse a nuestra retaguardia y por los costados. Son hombres que no presentan acción ni tienen para qué: los campos son inmensos y su movilidad facilísima, lo que nosotros no podemos conseguir marchando con infantería como tal. Por otra parte ¿de dónde sacamos caballos para correr por todas partes y con efecto? ¿de dónde los hombres constantes para la multitud de trabajos consiguientes, y sin alicientes, como tienen ellos? Hay mucha equivocación en los conceptos: no existe tal facilidad de concluir esta guerra: si los autores de ella no quieren concluirla no se acaba jamás: se irán a los bosques, de allí volverán a salir, y tendremos que estar perpetuamente en esto, viendo convertirse el país en puros salvajes.

El avenimiento que ambicionaba Belgrano se estipuló en San Lorenzo el 12 del mismo mes, comprometiéndose los comandantes de ambos ejércitos —el nacional y el federal— a evacuar los territorios que mutuamente habían invadido (incluso Entre Ríos), y participando la suspensión de armas a los artiguistas de ambas bandas del río Uruguay para acordar negociaciones definitivas. Belgrano y Viamonte abandonaron Santa Fe, y López se replegó al norte del río Salado, devolviendo a Entre Ríos y Corrientes sus auxiliares. Desde Mendoza, San Martín felicitó a Belgrano: "El pueblo ha recibido con el mayor placer la noticia, esperanzados todos en que se corte una guerra en que sólo se vierte sangre americana". ¡Cuánta debía correr todavía, durante tantos años, para realizar este anhelo!

Lo cierto es que el Estado estaba exhausto de recursos. Cuando poco después Belgrano pidió dinero pues carecía hasta de alimento para sus fuerzas, el Gobierno le contestó (28 de abril):

En nuestros presentes conflictos, ¿cuál es el recurso que se presenta para continuar la indispensable lucha a que estamos comprometidos? ¿Despedir las tropas porque el erario carece de fondos para sostenerlas? Esto es decir que, deponiendo las armas, pidamos el tiránico yugo español. Desengañémonos, señor general: es preciso vencer o morir.

El resultado era el desaliento del Ejército y el aumento de la desertión; y algo más mucho más grave: la murmuración de algunos jefes. El coronel La Madrid registra en sus *Memorias* algunas actitudes sospechosas —y hasta sediciosas— del jefe del Estado Mayor, coronel Juan Bautista Bustos. Luego se verá en qué desembocó esto.

Quien se mostraba irreductible en su postura contra el Directorio Nacional era Amigas. Continuamente escribía achacando al gobierno residente en Buenos Aires de hallarse en connivencia con Portugal, y al general Pueyrredon de aliarse con los invasores de la Provincia Oriental. Cuando le fue remitido el convenio de San Lorenzo se mostró disconforme; y al recibir en su virtud un comisionado del nuevo Director Supremo, general José Rondeau (Pueyrredon renunció en junio), el "Protector de los Pueblos Libres" contestó a Estanislao López el 28 de julio:

He visto que todo su objeto se dirigía a confundir los intereses, y poner en calma la energía de los pueblos contra la perfidia de aquel Superior Gobierno. Yo no he exigido por base de nuestra reconciliación sino el deber de hacer la guerra a los portugueses; si ella no es admitida, habremos de remover todos los obstáculos que podrían oscurecer mi cálculo. No está en los intereses de la Liga esa calma terrible de cuatro meses, en que han encontrado los enemigos el mejor apoyo a sus esperanzas. Por consiguiente, si Buenos Aires no inspira mejor confianza y no se allana al rompimiento indicado, tampoco podré permanecer en inacción contra el doble objeto de sus miras.

Una amenaza velada encerraba la última frase. Pero López, cansado de las hostilidades que arruinaban a su provincia, mostró también cierto desafío a su caudillo: le negó permiso al mes siguiente, para que una fuerza de orientales se estacionara allí en observación de los "porteños", no sin recordarle los desmanes que en años pasados tales aliados habían causado a los santafecinos.

Disímil postura guardaba su camarada y correligionario el general Francisco Ramírez, cuyo grado militar comenzó a ostentar por entonces. La contigüidad territorial y un contacto directo muy frecuente entre orientales y entrerrianos, sin duda, acentuaba la comunidad de causa política. Ramírez contribuyó eficazmente en esos meses de 1819 a someter rebeldías tanto en Entre Ríos como en Corrientes, manteniéndolas bajo la órbita del "Protector".

El resto del año 1819 transcurrió en una calma no disfrutada desde mucho tiempo atrás. Chile no ofrecía cuidado y la frontera norte se mantenía en lo que parecía ser el estado normal: ligeras incursiones realistas, contenidas por las fuerzas de Güemes.

Como para afirmar la personalidad internacional de las Provincias Unidas, parecía llegar a buen término la gestión diplomática encomendada al canónigo Valentín Gómez en Francia, donde era acogida con beneplácito la propuesta de coronar a un príncipe francés. Sólo que en lugar del primitivo candidato, se contraofertó en París la figura de Char-

les Louis de Bourbon, duque de Luca. La noticia fue enviada a Buenos Aires a mediados de junio de 1819, con el agregado de que dicho príncipe se casaría con una de las princesas portuguesas, lo que contribuiría a la evacuación de la Provincia Oriental.

Estas negociaciones para asegurar la independencia y la unidad, eran llevadas, lógicamente, en secreto, pero no tanto que no llegaran a conocerse; y puesto que se ignoraba el verdadero sentido del plan, quienes no estaban al tanto de sus detalles lo atribuyeron por el contrario a un intento de entregar la soberanía rioplatense a dicha potencia europea. Difundido el equívoco entre los jefes federales, sirvió como nuevo motivo de agravio ante el Directorio.

La Constitución que debía jurar el presunto Rey ya estaba redactada y promulgada. Cabe destacar que sólo contemplaba a los Poderes del Estado Nacional (Director, Congreso y Corte Suprema de Justicia), además de los derechos ciudadanos, pero para nada se refería a las provincias, ni en su régimen interno ni en sus relaciones con el gobierno central. El Senado era marcadamente aristocrático: lo integraban un senador por cada provincia, tres militares cuya graduación no bajara de coronel mayor, un obispo y tres eclesiásticos, un representante de cada universidad (sólo existía entonces la de Córdoba), y el Supremo Director saliente. Esta Constitución fue jurada por todas las Provincias que acataban al Gobierno Nacional, desde Buenos Aires a Salta y Cuyo, con excepción de las litoraleñas que integraban la "Liga de los Pueblos Libres". Los ejércitos nacionales cumplieron idéntico requisito; he aquí como se realizó en la localidad cordobesa de Cruz Alta, donde estaba establecido el Ejército Auxiliar del Perú, según las *Memorias* del comandante José María Paz:

Se llevó a tal rigor la ceremonia, que se exigía en la clase de jefes y oficiales juramento individual. Recuerdo que habiendo estado ese día enfermo, no concurrí a la parada y fui citado al día siguiente a concurrir al cuartel general, donde el mismo general me recibió el juramento poniendo la mano sobre el puño de la espada.

Pero una amenaza seria angustiaba a los políticos argentinos, pues era cuestión de tiempo que se presentara: el recurrente peligro de una flota española al Río de la Plata, que, evitada en 1814 con la toma de Montevideo, volvía a tornarse en una preocupación concreta para un Estado que carecía de escuadra para oponerle. En Cádiz, efectivamente, se alistaba un nuevo Ejército de cerca de 20.000 hombres de las tres armas, confiado al general José O'Donnell, conde de La Bisbal. Lo conducirían 40 transportes custodiados por 6 navíos, 13 fragatas, 3 corbetas, 10 bergantines, 3 goletas y 29 lanchas cañoneras. Era un convoy cuya sola mención era capaz de alarmar el ánimo de cualquiera.

Afortunadamente, tres comerciantes porteños radicados en la plaza gaditana se ocupaban de enviar noticias al Directorio, y éstas no dejaban de ofrecer cierto margen de optimismo. Los indicados eran Tomás Antonio de Lezica, Andrés Arguibel, y Juan Lagostina, quienes estaban al tanto del descontento de gran parte de las tropas españolas debido al absolutismo mostrado por el rey Fernando VII. Las ideas liberales cundían en todas las jerarquías militares, no siendo ajena la difusión de los principios proclamados por la Revolución Francesa y recogidos en América, que aquéllos fomentaban, creciendo por otra parte la iniciación del Ejército en las logias masónicas. Un hecho fortuito vino a suspender momentáneamente la zarpada de la flota: una epidemia de fiebre amarilla en el mes de julio proveniente de Cuba. Ello forzó a distribuir los cuerpos militares en varios

puntos separados entre sí; y por último el que estaba acantonado en Cabezas de San Juan bajo el mando del coronel Rafael del Riego, se sublevó el 1° de enero de 1820, extendiéndose con rapidez el movimiento en favor de la Constitución de 1812, al punto que juró el propio conde de La Bisbal. En Madrid estalló un motín y hasta el monarca acató la obediencia a la *Pepa*, llegando al extremo de emitir una proclama en la cual manifestaba: "Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional". Fue el fin de la temida expedición naval al Plata.

Nos hemos adelantado para no interrumpir el orden del relato; fuerza es retomar la sucesión cronológica de lo sucedido en nuestro país.

El armisticio de San Lorenzo no estaba ratificado, y un factor novedoso y extraño —podría decirse— intervino para tornarlo ineficaz: fue la presencia en la Banda Oriental del general chileno José Miguel de Carrera, el enemigo de O'Higgins y San Martín, deseoso de desplazarlos del mando y a la vez vengarse del fusilamiento de sus dos hermanos, consumado en Mendoza por intentos subversivos. A Carrera se atribuyó la falsificación de un documento que Artigas, creyéndolo auténtico, hizo publicar en Paraná, según el cual el general Rondeau (Director interino) habría dirigido el 2 de febrero de 1819 al barón de Laguna para urgir la necesidad de "acabar con los enemigos comunes y que las tropas portuguesas ocupen Entre Ríos". El periódico porteño *El Americano* lo tachó de apócrifo, e igualmente los comisionados de Buenos Aires que fueron a entrevistarse con el "Protector" para lograr su conformidad con aquel armisticio, lo desmintieron como a una "infamia". No obstante, lo que en política vale son las decisiones aunque obedezcan a causas falsas, y esto fue lo que movió al ánimo predispuesto de Artigas para insistir con la pertinacia de siempre contra los propósitos traidores que adjudicaba al Gobierno Nacional residente en Buenos Aires, y reclamar la ruptura de la precaria pacificación obtenida.

Tampoco hizo buenas migas el general Artigas con el apasionado Carrera, pese a que los uniera el común propósito de combatir al Directorio de las Provincias Unidas. Puesto que la estrecha amistad que el emigrado chileno mantenía por entonces con otro expatriado, el general Carlos de Alvear —residentes ambos en Montevideo—, automáticamente lo tornó en sospechoso ante los ojos del hosco caudillo oriental. De modo que el general Carrera fraguó nuevamente un pasaporte de Artigas y con él pudo atravesar la Banda Oriental y llegar al lado de Ramírez en Entre Ríos (mes de agosto), no sin manifestar a un amigo al despedirse en Montevideo: "¡No sabe usted qué demonio es el federalismo!". Poco le importaba: su finalidad era retornar a Chile, y para ello le era imprescindible aprovecharse de los jefes de este movimiento, enfrentados con sus enemigos directoriales.

En Entre Ríos el general José Miguel Carrera tuvo mejor fortuna que en la Provincia Oriental, pues su prédica inflamada logró captar el ánimo del gobernador Ramírez. Éste exigió a López la ruptura con los porteños, y el mandatario santafecino, que le temía, cedió, para no quedar aislado y amenazado desde dos flancos. Muy poco tiempo antes, al negarse Estanislao López al pedido de los comisionados nacionales para que reclamase de Ramírez la devolución de algunos lanchones armados capturados antes del armisticio de San Lorenzo, se excusó de hacerlo porque sus instancias ante aquél "serían sin efecto y peligrosas".

De modo que otra vez se romperían las hostilidades y en esta oportunidad con consecuencias definitivas.

En el faldeo de la Cordillera, en Mendoza, el general José de San Martín se hallaba con una División de las tres armas (2.000 hombres), y el resto del Ejército de los Andes a la espera de una definición en Chile (2.148 efectivos). Seguía estando a la mira de la expedición naval que se preparaba aún en el sur de España, aunque en el mes de mayo el director supremo Pueyrredon le escribió delegando en él la determinación a seguir:

Si la expedición [a Lima] se ha de realizar y la Cordillera lo permite, quisiera que volviesen a Chile los que están de esta parte. No hay más remedio que hacer la expedición por el Pacífico, o reunir nuestras fuerzas para entrar de un modo irresistible por el Alto Perú.

El Gobierno Nacional, como se ve, estaba firmemente decidido a retomar la ofensiva contra los realistas, para lo cual el Estado de Chile también había prestado su conformidad, ante la firme actitud de San Martín. Ya se conocía en Buenos Aires el fracaso de la expedición naval de Cádiz. En consonancia con ello, también el Ejército Auxiliar del Perú se dirigía hacia Córdoba para tomar su puesto de lucha en el Norte. Aunque su comandante en jefe, el brigadier Manuel Belgrano, se encontraba en tal mal estado de salud, que al llegar a la villa de Pilar —cerca de aquella ciudad— se pensó que estaba en peligro de muerte. Con su entereza característica, instruyó a sus acompañantes: "Aquí hay una capilla donde se entierran los soldados: también puede enterrarse en ella al general". Seriamente aquejado por hidropesía avanzada, en esa localidad pidió al Gobierno su relevo para buscar alivio a su enfermedad (29 de agosto). Siguió hasta Tucumán, donde manos cariñosas podían ocuparse de mejorar su situación. En su reemplazo quedó mandando el ejército el general Francisco Fernández de la Cruz, quien debía conducir a las tropas hasta la frontera amenazada por el enemigo.

Pero el estallido de la beligerancia interna alteró todos esos planes.

Poco antes el general Juan Martín de Pueyrredon había renunciado a su elevado cargo, el 19 de junio de 1819, luego de dejar unido su nombre a la campaña libertadora de Chile por el apoyo incondicional prestado para equipar al Ejército de los Andes. Asumido el cargo de Director Supremo en plena crisis interna y externa, lo pasaba a otras manos afirmada la Independencia dentro del territorio patrio, y con una Constitución aceptada por la mayoría de las provincias. Su reemplazante fue el general José Rondeau, como se sabe, y desgraciadamente no supo estar a la altura de quien le traspasaba el poder.

El hecho es que los caudillos federales del Litoral rompieron la tregua pactada. El *casus belli* lo dio la detención de sendos convoyes de artículos destinados por el Gobierno Nacional a los ejércitos de su dependencia, al primero de los cuales —seis carretas cargadas de elementos para el Ejército Auxiliar del Norte—, al llegar a Esquina el 4 de octubre una partida de 30 santafecinos trató de impedirle el paso. El jefe de la escolta, mayor Ignacio Iñarra, rechazó la intimación y el ataque que subsiguientemente le llevaron, causándoles cinco heridos, al costo de un muerto, un herido y dos prisioneros. El 12 de ese mes el mayor Iñarra entregó al general Fernández de la Cruz el convoy intacto, participándole lo sucedido. No fue tan afortunado el destino del otro, en cuyas carretas se transportaban personajes de relieve, entre los cuales el general Marcos Balcarce para colaborar con la remisión de tropas a San Martín en Chile, y el doctor Mariano Serrano, diputado en el Congreso, con una misión política en Tucumán: todos fueron capturados y remitidos a Entre Ríos; dicese que *retobados* —enchalecados en cuero fresco para que al

secarse, los oprimiera— lo que ha sido negado por algunos autores. Los efectos condu- cidos en los carruajes fueron requisados por Estanislao López, al igual que las carretas.

A raíz de lo sucedido, el director Rondeau suspendió la marcha del ejército del ge- neral Cruz al Norte, ordenándole que quedara en la provincia de Córdoba para que en unión con las tropas de San Martín —a quien se cursaban estas instrucciones— proce- diera luego a actuar contra Santa Fe. Al general San Martín le prevenía por el Ministerio de Guerra, el 16 de octubre de 1819:

[...] se agrega hoy por desgracia la pérfida conducta del gobierno de Santa Fe, que olvidando el sagrado deber de la causa general, e infringiendo escandalosamente los pactos celebrados, ha verificado el rompimiento de la ominosa guerra que en su no se ha tratado de evitar, aún con degradación de la autoridad suprema, y se pre- dispone a una esforzada invasión, mancomunada con el jefe de los Orientales don José Artigas y el inquieto don José Miguel Carrera, que dicen goza de gran predi- camento en Entre Ríos, en circunstancias de que no contamos con los cuerpos de ca- ballería necesarios a nuestra defensa de tan inesperada agresión. La Supremacía recomienda a V.E. nuevamente la exacta observancia de las precitadas órdenes [la defensa del Estado], con especial encargo de la posible celeridad en su ejecución, y de que si a ella se oponen los enemigos del orden, opere V.E. hostil y vigorosamen- te sin esperar nuevas órdenes.

Agravando la situación, en Tucumán estalló una sublevación, proclamándose gober- nador al coronel Bernabé Aráoz en lugar del mandatario designado por las autoridades nacionales. El general Belgrano fue despachado a Buenos Aires, no obstante el grave es- tado de su salud.

El general López no perdió tiempo en llevar a cabo actos hostiles, estimulado por la prédica de José Miguel Carrera que se hallaba en su provincia. Los dos encabezaron una columna de caballería que invadió la provincia de Buenos Aires, chocando con las mili- cias que en Pergamino reunía el coronel Francisco Pico, quien murió luchando, sin po- der impedir la derrota y dispersión de sus escasos efectivos. Recogiendo todo el ganado y caballada y efectos de comerciantes que estuvieron a su alcance, ambos jefes federa- les retornaron a Santa Fe. De su lado, el gobernador de Entre Ríos, general Francisco Ru- mírez, cruzó el río Paraná para reforzar los efectivos de sus aliados.

La ruptura del armisticio y los hechos producidos en Santa Fe movieron a que el Di- rector Supremo dispusiera que el general Francisco Fernández de la Cruz se dirigiese a la frontera de esa provincia. Dejando Córdoba, el Ejército Auxiliar del Perú emprendió su marcha hacia donde el destino lo empujaba: la posta de Arequito.

Uno de los hitos dramáticos y decisivos para la historia argentina iba a tener lugar.

En Chile el director O'Higgins estaba dispuesto a retomar la ofensiva contra los es- pañoles, siguiendo el estímulo de San Martín, y comenzó con operaciones navales que tuvieron notable éxito bajo el comando del nuevo almirante Thomas Cochrane, conde de Dundonald. El general San Martín se preparaba para remontar una vez más la Cordille- ra de los Andes con los efectivos reclutados en Cuyo: los Granaderos a Caballo en San Luis, el 1° de Infantería en San Juan, y los Cazadores a Caballo y la artillería en Mendo-

za. Mas cuando los preparativos para obrar sobre Perú quedaban concluidos, la noticia de la nueva guerra civil en el Litoral vino a alterar sus previsiones. Y tanto más grave- mente, cuanto el director Rondeau le reiteraba con apremio su concurso el 10 de noviem- bre: "Es preciso que acelere sus marchas", le escribió en forma "reservadísima", tenien- do en mente las novedad recibida de Europa sobre la conformidad francesa para entronizar al duque de Luca como monarca rioplatense, lo que indudablemente chocaría contra el sentimiento republicano despertado en 1810. Sea lo que fuere, el general San Martín debía abandonar su plan de dirigirse a Perú para bajar a Buenos Aires a sostener al Gobierno Nacional.

En ese momento dramático para la suerte de América y de su propia misión, el ge- neral San Martín sintió vacilar su deber, ante la orden perentoria recibida. El 22 de no- viembre anunció su partida hacia Buenos Aires, pero tres días después las novedades de la sublevación en Tucumán y el aviso de que se extendería a Cuyo cuando las tropas hu- biesen salido, le hicieron suspender su marcha para proteger a esta última, y así lo comu- nicó al Gobierno. El 7 de diciembre volvió a escribir para anunciar que por prescripción médica debía tomar baños medicinales en Chile, delegando su mando en Cuyo en el co- ronel Rudecindo Alvarado. En realidad, su decisión estaba adoptada desde el mes ante- rior, y así se lo hizo saber a su amigo O'Higgins lo que era "reservado para usted solo": en cuanto supiera el resultado de los movimientos del almirante Cochrane, atravesaría los Andes con toda la División de Cuyo —excepto un escuadrón de Granaderos para res- guardo de San Luis—, llevando 2.000 caballos "sobresalientes", y la artillería existente en Mendoza si hacía falta. "Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible, pe- ro si no se emprende la expedición al Perú todo se lo lleva el Diablo". San Martín pre- veía que si no obraba del modo resuelto, la anarquía que asomaba en las provincias ar- gentinas contagiaría al Ejército de los Andes, apartándolo de su objetivo de afirmar la Independencia.

Ignorando esta determinación, el general José Rondeau estaba en campaña, habien- do establecido su cuartel general en Luján al frente de 3.000 hombres, según propia de- claración, empeñado en "la necesidad de salvar la fortuna de los habitantes de Buenos Aires y el sostén y el decoro de la suma autoridad". Así lo participaba a Ramírez y Ló- pez el 11 de noviembre, buscando la paz, lo que motivó un cambio de correspondencia y propuestas, que finalmente concluyeron el 17 con esta reiteración de los últimos:

El general Artigas nos manda exigir del Directorio, antes de entrar en avenimiento alguno, declaratoria de guerra contra los portugueses que ocupan la Banda Orien- tal, y el establecimiento de un gobierno elegido por la voluntad de las provincias, que administre por base el sistema de Federación por el que han suspirado todos los pueblos desde el principio de la Revolución.

Se trataba de un verdadero ultimátum. Pero una esperanza abrigaba el director Ron- deau, a más de contar con sus propias fuerzas: la unión del Ejército del Norte que al man- do del general Fernández de la Cruz se aproximaba desde Córdoba. Ya una fuerza "mon- tona" de santafecinos había atacado al fuerte del Tío, guarnecido por un escaso número de milicianos, y el teniente coronel José María Paz fue destinado a darle auxilio, debien- do en su trayecto sofocar el intento de desertión en su escuadrón, síntoma de la descom- posición que aquejaba a todo el Ejército en vista del abandono en que estaba, de su inac-

ción, y de la intervención que se le requería en la discordia civil, ajena a la naturaleza de su creación. En efecto: al retornar al Ejército, acampado en Arequito, el comandante Paz se enteró que incluso los regimientos n° 2 y 10 de infantería, y toda la caballería, estaban complotados para deponer al general Fernández de la Cruz y apartarse del conflicto interno. Naturalmente, el Director Supremo ignoraba por completo el estado de su presunto refuerzo. El cabecilla del motín era el ya general Juan Bautista Bustos, jefe del Estado Mayor de ese Ejército.

Véase lo que relata en sus *Memorias* el entonces coronel Gregorio Aráoz de La Madrid:

Así que se notaron los primeros síntomas entre algunos oficiales de los cuerpos, y teniendo el general Cruz algunos comprobantes, empezó por separar del Ejército no al cabeza de la revolución que era Bustos, sino solamente a unos cuantos oficiales subalternos como al entonces ayudante Eugenio Garzón, Ventura Alegre y no recuerdo qué otros, los cuales fueron despachados no recuerdo si a Mendoza.

Pero debía actuarse contra el dirigente del movimiento; y el general Fernández de la Cruz reunió secretamente en su alojamiento a los coroneles Zelaya, Pinto, Ramírez, Martínez, Aparicio y Domínguez, y al teniente coronel Bruno Morón (ahora jefe del Regimiento n° 2 por haber asumido Bustos el Estado Mayor). Sólo La Madrid aconsejó dimitir al general Bustos, a lo que no se atrevió Cruz, quizá por estar a la vista las fuerzas santafecinas y no querer provocar un disturbio que debilitara a las propias.

El alzamiento se produjo, no obstante, en la noche del 7 de enero de 1820. Los cuerpos sublevados tomaron sus armas y caballos, arrestando a sus jefes, y establecieron posiciones a cierta distancia del campamento. El amanecer del día siguiente encontró al Ejército enfrentado en dos líneas paralelas, separadas por ocho cuadras de distancia. Al cuestionamiento del general Cruz, se le respondió que aquellos cuerpos no seguirían haciendo la guerra civil y que se separaban del Ejército. Las unidades amotinadas eran los regimientos n° 2 y 10 de Infantería, el de Dragones de caballería, y el escuadrón de Húsares (pese a la popularidad de su jefe La Madrid entre los soldados), sumando alrededor de 1.600 efectivos. A su frente los leales contaban con los regimientos de Infantería n° 1, 9 y parte del n° 2, la artillería, y algunos Húsares, en número de 1.400 hombres. No se produjo ningún incidente entre ambas fuerzas. Quedó convenido por el general Cruz que seguiría su marcha a Buenos Aires, para lo cual solicitó la entrega de la caballada y boya necesarias, y la liberación de los jefes presos, todo lo que se concedió, a cambio de la mitad del parque y comisaría.

No había pasado mucho tiempo desde que los efectivos leales desfilaban por la llanura, cuando fueron atacados por partidas santafecinas, siendo éstas rechazadas por el disminuido 2° Escuadrón de Húsares de La Madrid. A poco se hizo presente la caballería sublevada con sus jefes el coronel Alejandro Heredia y el teniente coronel José María Paz a la cabeza, requiriendo el resto del parque, a lo que debió acceder Fernández de la Cruz por no poder resistirse. En la imposibilidad de proseguir hacia Buenos Aires, porque las fuerzas de Santa Fe se engrosaban a su vista, los restos leales del Ejército del Norte debieron marchar tras los amotinados de regreso al campamento en Arequito. Al día siguiente, los últimos elementos del Ejército Auxiliar del Perú, colocados a distancia del acantonamiento, fueron asaltados por las tropas del gobernador López: los disparos para rechazarlos alertaron al cuartel general y de allí partió velozmente el coronel Heredia

en defensa de sus antiguos camaradas, indicando a los atacantes que si proseguían en su intento serían escarmentados, porque ellos no cometían ninguna agresión a la Provincia. El general Cruz, sin ninguna capacidad de hacer valer su autoridad, entregó su fuerza al general Bustos, y con él prosiguió rumbo a Córdoba.

Durante el trayecto, en la posta de la Herradura, se presentó el general chileno José Miguel Carrera junto con el secretario de Gobierno santafecino, Cosme Maciel, requiriendo a Bustos su concurso para luchar contra el Directorio, a lo que éste no accedió. Paz sólo le escribió al general Estanislao López el día 12 desde el pueblo de Esquina al dejar Santa Fe:

Tengo la satisfacción de poner en noticia de V.S. que en la noche del 9 realicé mi proyecto de impedir la invasión contra la provincia de su mando. Tuve buen sembrado y ha recaído en mí el mando del ejército. En esa virtud puede V.S. reputarme por un amigo que no desea otra cosa que la felicidad del país arruinado por la guerra civil, que debemos terminar de un modo amistoso. Yo me retiro hasta Córdoba, desde donde trataremos con más extensión todo cuanto conduzca a la prosperidad y seguridad de las provincias hermanas.

Tal fue en resumen el famoso motín de Arequito, que privó al general Rondeau de ayuda para oponerse a los federales, e hizo desaparecer al glorioso Ejército del Alto Perú. Se disculpa el general Paz en sus *Memorias* de los reiterados reproches de diversa índole que en su tiempo se le hicieron por la intervención que tuvo en él. La eminente personalidad de Paz justifica algunas reflexiones al respecto. Según explicó:

Puedo asegurar con la más perfecta certeza que no había la menor inteligencia ni con los jefes federales ni con la montonera santafecina; que tampoco entró ni por un momento en los cálculos de los revolucionarios unirse a ellos ni hacer guerra ofensiva al Gobierno ni a las tropas que podían sostenerlo: tan sólo se proponían separarse de la cuestión civil y regresar a nuestras fronteras amenazadas por los enemigos de la Independencia. Al menos éste fue el sentimiento general más o menos modificado de los revolucionarios de Arequito; si sus votos se vieron después frustrados fue efecto de las circunstancias, y más que todo de Bustos, que sólo tenía en vista el gobierno de Córdoba, del que se apoderó para estacionarse definitivamente.

Añadió páginas más adelante:

Jamás pensaron sus autores que sobreviniese el cúmulo de desgracias y desórdenes de que hemos sido testigos, y en cuanto a mí, puedo asegurar que si los hubiera remotamente previsto —aun cuando crea que sin él se hubiera más o menos pasado por los mismos trances— me hubiera abstenido de tomar parte.

Y por último:

No me empeñaré en justificar el movimiento de Arequito, pero si fue un error no puede desconocerse que se ha empleado generalmente una severidad y acrimonia inaudita para juzgarlo.

La argumentación aducida —“regresar a las fronteras amenazadas por los enemigos de la Independencia”— no logra disminuir la grave responsabilidad que le tocó, máxime cuando Paz siempre hizo gala de mostrarse disciplinado, criticando las insubordinaciones ajenas, y el hecho que su conducta posterior desmintió su alegación. El caso es que, efectivamente, el general Bustos no regresó a combatir contra los españoles, sino que condujo al Ejército para deponer al Gobierno de Córdoba y colocarse él como mandatario de su provincia, sirviendo Paz de su jefe de Estado Mayor. El único que volvió a Tucumán fue el coronel Alejandro Heredia.

El amotinamiento del Ejército del Norte no fue el único que se produjo entre las tropas. También en Cuyo se sublevaron las unidades dejadas por San Martín, deponiendo a los gobernadores de cada región que la componían, confirmando la visión política del General en cuanto al contagio del Ejército de los Andes si hubiese repasado la Cordillera desde Chile, como el Directorio le ordenara. No tardarían las demás Provincias en sumarse a la anarquía generalizada, convirtiéndose en Estados autónomos a lo largo de ese año 20.

Era la culminación de un proceso. Ni la Constitución sancionada en 1819 ni la gestión monárquica gravitaron en la evolución de una tendencia democrática y federal que se imponía desde los primeros años de la Revolución, echando las bases de la fisonomía política nacional. Una proclama expedida por el gobernador Francisco Ramírez de Entre Ríos, repartida en hoja suelta, tras recordar los agravios recibidos del Directorio a las provincias, y los triunfos militares de éstas, concluía afirmando su credo político:

Arrojar del mando a los déspotas, restablecer la igualdad civil entre los pueblos y ciudadanos, y fuertes en la unidad, acabar con el ambicioso portugués y con los restos de la impotencia española, para cantar himnos a la libertad interior; a la paz general, a la independencia de Sudamérica.

Por el momento —enero de 1820— el estado de cosas no se había aún definido. El director supremo general Rondeau había avanzado hasta San Nicolás, vigilando el limítrofe arroyo del Medio. Al frente de él se preparaba el Ejército federal, cuyo comando asumió el general Francisco Ramírez, llegado de Entre Ríos, integrado por tropas de Corrientes conducidas por el “coronel” Campbell, el irlandés católico desertado quince años atrás de la división del general William Carr Beresford, y las santafecinas del gobernador López. Existía alguna diferencia numérica entre ambas fuerzas: las directoriales alcanzaban a unos 2.000 hombres, en las cuales revistaban los generales Juan Ramón Balcarce y Martín Rodríguez, y el coronel Gregorio Perdriel, veteranos de las primeras campañas de la patria. Los efectivos del Litoral no pasaban de 1.600, pero compensaba su menor cantidad la superioridad espiritual lograda por su caballería en los choques previos al encuentro formal de los ejércitos, a lo largo del arroyo del Medio.

El general Rondeau costó el arroyo hacia su nacimiento, instalando campamento en una planicie en cuyo extremo desaguaba la cañada de Cepeda en aquél, próxima a Pergamino, por donde los federales realizaban incursiones. Antiguos soldados formaban en los Dragones de la Patria y Blandengues de la Frontera, y en la infantería se contaban el Batallón de Aguerridos al mando del coronel Mariano Benito Rolón, y el 3° Tercio de Cívicos, compuesto por negros y al frente del cual estaba su comandante Nicolás Cabrera, un moreno valiente y muy popular entre sus soldados.

Los Dragones de Santa Fe y los Húsares de la Muerte de Entre Ríos se alineaban con los indios de Corrientes y Misiones, y hasta con una titulada “División Chilena” mandada por el general Carrera, de escasa composición.

Por la noche, un golpe sorpresivo de los federales logró arrear y apoderarse del grueso de la caballería del general Rondeau, lo que explica el mal desempeño de esta arma en la acción subsiguiente.

Con las primeras luces del 1° de febrero de 1820 el general Ramírez dispuso correr a lo largo del arroyo del Medio y rodear por retaguardia al Ejército Nacional, para evitarse un ataque frontal debiendo cruzar la defensa natural de la cañada. Esta operación hizo que Rondeau debiera mover su frente a la inversa, con la corriente de agua detrás y la línea de carretas delante de su artillería. La táctica de Ramírez lo mostraba como a un excelente militar intuitivo.

La batalla se inició con una violenta carga de la caballería federal por la izquierda, desarbolando la bandera roja que era el símbolo de su credo político, mientras sus infantes avanzaban sobre la derecha a los sonos de cajas, clarines y trompetas. La caballería nacional no aguardó el choque y huyó antes de producirse. En cambio, la infantería directorial formó dos cuadros que contuvieron a los atacantes. Arrastrado Rondeau en la fuga de su caballería, asumió el mando del ejército que permanecía en el campo el general Juan Ramón Balcarce, que compensaba la dureza de su carácter con el valor y entusiasmo que supo contagiar a sus subordinados.

Era imposible restablecer la suerte de la batalla de Cepeda, por lo cual Balcarce organizó la retirada del campo, llevando consigo a toda su artillería, y reuniendo a algunos soldados de caballería que se le unieron. Tras un descanso emprendieron su marcha de 16 leguas hacia la ciudad costera de San Nicolás, en medio de las precauciones consiguientes. Al poco tiempo se presentó un parlamentario de Ramírez, el oficial entrerriano Urdinarain (el historiador Mitre lo llama erróneamente *Urdininea*, “el segundo de Güemes”, indica, lo que es una flagrante confusión), el cual intimó la rendición, que fue rechazada enérgicamente por el general Balcarce. La columna vencida caminó toda la tarde y el día siguiente sin ser hostilizada como se pudo, debido a una orden concreta impartida por Ramírez al recibir este requerimiento de sus jefes por intermedio de su ayudante Bartolomé Hereñú, a quien previno: “Diga usted a Piris y a los otros jefes que se limiten a observar la retirada de esa fuerza: esos infantes nos hacen falta para vencer a los portugueses”.

Novecientos hombres salvados de la derrota fueron recibidos en San Nicolás por un batallón de Cazadores que guarnecía la ciudad, y donde estaba fondeada la escuadrilla porteña. Embarcados en ella, los restos del Ejército directorial se dirigieron aguas abajo a la Capital.

En Buenos Aires se mezclaban el pánico y la firmeza, creciendo esta última cuando arribaron los infantes salvados por el general Juan Ramón Balcarce. El gobierno provisorio designó comandante de armas al general Miguel Estanislao Soler, y con el 2° Tercio de Cívicos (hombres del pueblo capitalino) y otros elementos movilizados de la campaña se compuso el “ejército exterior”, que se instaló en la localidad de Morón, mientras el 1° Tercio integrado por vecinos, custodiaba a la ciudad. No tardaron en concentrarse 3.000 hombres armados y organizados.

Sorpresivamente, cuando se temía un asalto de los bárbaros a la *Atenas del Plata*, se recibieron comunicaciones de tono conciliatorio por parte del jefe del Ejército federal, que portó nuevamente el capitán Manuel Antonio Urdinarain.

El general Ramírez primero, y el general López después, escribieron al Cabildo de Buenos Aires, proponiendo una paz duradera. Su condición era la desaparición del Directorio y del Congreso que lo había acompañado, y la elección libre de un gobierno popularmente elegido. Ya se sabe: la guerra es la política por otros medios. Una proclama de Ramírez y López difundía su ideario:

Apenas nos anunciéis que os gobernáis libremente, nos retiraremos a nuestras provincias a celebrar los triunfos de la Nación y a tocar los resortes de nuestro poder, para que no se dilate el día grande en que, reunidos los pueblos bajo la dirección de un gobierno paternal establecido por la voluntad general, podamos asegurar que hemos concluido la difícil obra de nuestra regeneración política.

Era evidente que la actitud de los jefes federales había cambiado, y en lugar del odio a Buenos Aires se traslucía un nuevo espíritu de unidad y organización nacional.

La situación se acomodó a gusto de los vencedores, una vez que el 11 del mismo mes de febrero se disolvió el Congreso General, y renunció a su cargo el Director Supremo. En la acefalia, el Cabildo de Buenos Aires asumió sus poderes, como en otras emergencias, y despachó comisionados para negociar con los jefes del Ejército federal. Pero éstos no transigieron, requiriendo un mandatario popularmente electo para tratar con ellos. Sometiéndose a la exigencia, el 17 un Cabildo Abierto designaba gobernador provisorio de Buenos Aires a don Manuel de Sarratea para entenderse con Ramírez y con López. En la misma jornada éstos suscribían con el general Soler un armisticio para mantener la paz. Buenos Aires era ahora una provincia sin facultades nacionales, igual que las demás. Los últimos directores supremos, Pueyrredon y Rondeau, emigraron a Montevideo.

Por fin, el entendimiento. En el pueblo de Pilar se celebró un convenio entre aquellos tres, que pareció cerrar la primera década de vida independiente con un acuerdo pleno para establecer las bases que darán nueva fisonomía política a la Unión del Sur. Fue el primero de los "pactos preexistentes" interprovinciales a que se refirió el preámbulo de la demorada Constitución Nacional en 1853, que marcaba la obligación de convocar al Congreso Constituyente Federal. Mas no nos adelantemos.

La convención concluida en la capilla de Pilar el 23 de febrero de 1820 estableció por su artículo 1º que "el voto de la Nación, y muy particularmente el de las provincias de su mando, respecto al sistema de gobierno que debe regirlas, se ha pronunciado en favor de la Federación, que de hecho admiten". Era la consecuencia del triunfo en Cepeda, pero no se quiso imponerlo como hecho consumado, puesto debía declararse por diputados de las provincias reunidos en el convento de San Lorenzo (Santa Fe), a los 60 días de la ratificación del pacto; Congreso al cual las provincias contratantes invitaban a concurrir a las demás, "persuadidas que todas las provincias de la Nación aspiran a la organización de un gobierno central". Era evidente que el interés localista quedaba superado por el de una plena integración en la nacionalidad común. Allanados los obstáculos que entorpecían la amistad y buena armonía durante una guerra cruel provocada "por la ambición y criminalidad de los malos hombres que habían usurpado el mando de la Nación, o burlado las instrucciones de los pueblos que representaban en Congreso", cesarían las hostilidades, retirándose las divisiones de Santa Fe y Entre Ríos a sus provincias.

Otros artículos se derivaban de la paz alcanzada: la navegación por los ríos Uruguay y Paraná para los Estados ribereños, la continuación del comercio, la amnistía plena por

diferencias políticas, la libertad de los prisioneros de guerra, el deslinde provincial derivado al Congreso Nacional.

Pero eran remarcables un par de cuestiones: en primer término, la desocupación portuguesa de la Provincia Oriental, reclamo constante de los jefes federales durante su conflicto con el caído Directorio. Sin embargo, la convención de Pilar era ahora moderada en su pretensión:

Los gobernadores de Santa Fe y Entre Ríos, por sí y a nombre de sus provincias, recuerdan a la heroica provincia de Buenos Aires, cuna de la libertad de la Nación, el estado difícil y peligroso a que se ven reducidos aquellos pueblos hermanos por la invasión con que los amenaza una potencia extranjera. Dejan a la reflexión de unos ciudadanos tan interesados en la independencia y felicidad nacional el calcular los sacrificios que costará a los de aquellas provincias, atacadas, el resistir un ejército imponente, careciendo de recursos, y aguardan de su generosidad y patriotismo auxilios proporcionados a la orden de la empresa, ciertos de alcanzar cuantos quepan en la esfera de lo posible.

No deja de llamar la atención, ciertamente, los términos elogiosos dirigidos al antiguo enemigo, Buenos Aires, pero también la falta de urgencia en declarar la guerra al Reino de Portugal y marchar inmediatamente en auxilio de Artigas. La realidad se imponía: aquellos jefes federales que no habían cesado de acriminar al Directorio por su parsimonia indiferente y cómplice, comprendían la imposibilidad —por falta de medios adecuados— de tomar aquella decisión, como sus adversarios de la víspera lo resolvieron.

Cuestión conexa era para Ramírez y López la conducta del elenco directorial, sospechoso de la "repetición de crímenes con que comprometía la libertad de la Nación". Se trataba de las maquinaciones monárquicas, mal entendidas, y por eso se exigía su juicio público por un tribunal que se nombraría al efecto. "Esta medida es muy particularmente del interés de los jefes del ejército federal, que quieren justificarse de los motivos poderosos que impelieron a declarar la guerra contra Buenos Aires en noviembre del año próximo pasado". De lo que se deduciría que el coronamiento de un príncipe europeo fue la causa inmediata de la beligerancia, más que el peligro de invasión a Santa Fe, lo que estaba garantido por el armisticio de San Lorenzo. (¿O se trató simplemente de un pretexto para justificar el inicio de las hostilidades?)

Queda algo fundamental por considerar: la actitud para con el hasta entonces "Protector de los Pueblos Libres", y por tanto, nominalmente superior a los mandatarios provinciales que acataban sus directivas. Empero, el convenio no sólo le quitaba ese título, sino que sobre todo, no incluía su exigencia perentoria de marchar inmediatamente en su ayuda para liberar la Banda Oriental de portugueses. Esta situación apenas si le era "recordada" a la heroica Buenos Aires por si Entre Ríos y Santa Fe corriesen igual suerte que la provincia hermana. La alusión a Artigas —a quien ni siquiera se da el carácter de gobernador— está teñida de un indisimulable desapego:

Aunque las partes contratantes están convencidas de que todos los artículos arriba expresados son conformes con los sentimientos y deseos del Excmo. señor capitán general de la Banda Oriental don José Artigas, según lo ha expuesto el señor gobernador de Entre Ríos, que dice hallarse con instrucciones privadas de dicho Excelen-

tísimo: para este caso, y no teniendo suficientes poderes en forma, se ha acordado remitirle copia de esta acta para que, siendo de su agrado, entable desde luego las relaciones que puedan convenir a los intereses de la provincia de su mando, cuya incorporación a las demás federadas se mirará como un dichoso acontecimiento.

La convención de Pilar dio la impresión de solucionar todos los problemas. Ella confirmó el sistema republicano y federal como base de la organización política argentina, que un próximo Congreso Constituyente establecería formal y definitivamente, sirviendo de unión a todas las provincias. Por desgracia, las ambiciones personales frustraban este anhelo, postergándolo por muchos años más. La guerra civil sería —al parecer— interminable.

De todos modos, la batalla de Cepeda trajo consigo inmediatamente un hecho irreversible, con la caída del sistema directorial: la desaparición del Gobierno Nacional. Esto significó, no sólo que las provincias quedaran libradas a sus propios medios, sino en otra dimensión, que la guerra por la Independencia, confiada al Ejército de los Andes —y al general Güemes, aunque él la libraba conforme a características peculiares—, no contaría con el respaldo de un Gobierno que sirviera de núcleo para sostener los esfuerzos comunes.

En Chile, el general San Martín recibió consternado las novedades ocurridas. Cuando estaban superadas las dificultades de otrora, y el director O'Higgins le aseguró que podía expedicionarse al Perú con los recursos necesarios para enviar los 4.000 hombres imprescindibles, la noticia de la desaparición del Gobierno Nacional tras los Andes lo privaba de apoyo moral y práctico. Ante ello envió desde Santiago un sobre cerrado al jefe del Estado Mayor, coronel Juan Gregorio de las Heras, hallándose el ejército acampado en Rancagua, para que le diese lectura en reunión de oficiales. El 2 de abril de 1820 tuvo lugar la apertura de la nota dirigida a sus subordinados:

El Congreso y Director Supremo de las Provincias Unidas no existen. De estas autoridades emanaba la mía como general en jefe del Ejército de los Andes, y de consiguiente creo de mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales, para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos, y salvar de este modo los riesgos que amenazan a la libertad de América.

Pese a que las instrucciones contenidas para proceder a la elección de su sucesor establecían que se prohibía toda discusión, el coronel Enrique Martínez, comandante del Batallón n° 8, tomó la palabra para objetar como nulo el fundamento de la renuncia de San Martín, opinando que no debía votarse. Apoyado por el coronel Mariano Necochea, comandante del Regimiento de Cazadores a Caballo, por el coronel Pedro Conde, del Batallón n° 7 de Infantería, y por el coronel Rudecindo Alvarado, del Estado Mayor, con la conformidad unánime de los presentes, fue redactada en consecuencia un acta que prescribió “como base y principio”, “que la autoridad que recibió el señor General para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni puede caducar, porque su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable”.

Venía de antiguo: *Salus populus suprema lex est*. Y aceptándolo así, poniendo este principio por encima de la voluntad de quienes componían el Ejército de los Andes, quedó confirmada la investidura del general San Martín como su comandante en jefe.

Los preparativos se aceleraron, sin escatimarse esfuerzos ni recursos. San Martín fue designado generalísimo de la fuerza expedicionaria, compuesta por los ejércitos de Chile y de los Andes, manteniendo este último su pabellón y nacionalidad. El Estado chileno respaldaba la empresa, cuya bandera ondearía en la flota que iba a transportar a las fuerzas terrestres. Cabe señalar que San Martín había aceptado el grado de brigadier otorgado por ese país, como prenda de amistad, aclarando que su rechazo a éste estaba referido a las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Para mediados del año 20 todo estaba preparado, no sin que hasta último momento hubiera que superarse dificultades. Una de ellas fue la pretensión del almirante Cochrane de encabezar la campaña, con tropas para operar en la costa peruana, a lo que el director O'Higgins se opuso firmemente, incluso cuando el marino quiso estimular el nacionalismo chileno proponiendo al coronel Ramón Freyre para mandarlas.

El 22 de julio, una semana antes de embarcarse para “seguir el destino que me llama” —como dijo—, el general José de San Martín quiso despedirse de sus compatriotas dirigiéndoles algunas reflexiones surgidas de los acontecimientos que tenían por teatro las Provincias Unidas, donde había resurgido la lucha interna:

Vuestra situación no admite disimulo: diez años de constantes sacrificios sirven hoy de trofeo a la anarquía: la gloria de haberlos hecho es un pesar actual cuando se considera su poco fruto. Habéis trabajado un precipicio con vuestras manos, y acostumbrados a su vista, ninguna sensación de horror es capaz de deteneros. El genio del mal os ha inspirado el delirio de la Federación: esta palabra está llena de muerte, y no significa sino ruina y devastación. Yo tengo motivos para conocer vuestra situación porque en los dos ejércitos que he mandado me ha sido preciso averiguar el estado político de las provincias que dependían de mí. Compatriotas: yo os hablo con la franqueza de un soldado: si dóciles a la experiencia de diez años de conflictos, no dais a vuestros deseos una dirección más prudente, temo que cansados de la anarquía, suspiréis al fin por la opresión, y recibáis el yugo del primer aventurero feliz que se presente, quien lejos de fijar vuestro destino no hará más que prolongar vuestra incertidumbre.

Triunfos americanos y la anarquía

CAOS EN BUENOS AIRES. LUCHA ENTRE RAMÍREZ Y ARTIGAS. AMBICIONES EN PUGNA. INCURSIONES ESPAÑOLAS. SALTA. EXPEDICIÓN A PERÚ. ANDANZAS DE CARRERAS Y DE RAMÍREZ. FIN DE LA ANARQUÍA.

Los amargos reproches del general San Martín estaban plenamente justificados: no había transcurrido un mes desde que la convención de Pilar permitiera alentar optimismo sobre el futuro político de las Provincias Unidas, cuando las discordias volvieron a estallar. Sin duda se contaba con una doble base para los trabajos institucionales, cual era la independencia por un lado y el sistema republicano por el otro —el proyecto monarquista sólo había sido un recurso para apoyar aquélla, al que una vez asegurada con la acción de San Martín, dejó de apelarse—, y si la coincidencia sobre la necesidad de organizar constitucionalmente al Estado era compartida por la totalidad de los hombres públicos, empero la ambición de dirigir a la Nación iba a primar sobre este objetivo fundamental.

La consecuencia sería, pues, la reanudación de hostilidades, también por partida doble, unas de ellas teniendo por teatro a Buenos Aires, y las otras a la Mesopotamia.

El resultado de la batalla de Cepeda había causado mucho sinsabor entre los conspicuos porteños, sin duda, y un reflejo de lo asentado se encuentra en la anotación de Juan Manuel Beruti en el *Diario* que llevaba:

La gran ciudad de Buenos Aires, después de tantas glorias y nombre inmortal que adquirió, ha venido a quedar reducida a un gobierno de provincia, perdiendo la preeminencia que obtenía de Capital y Corte de las Provincias de la Unión; llegando a tal su infelicidad que un ejército que se nombra Federado, compuesto de 1.000 y más hombres mal armados de un triste pueblo como Santa Fe, lo haya hecho ceder y entrar por cuanto ha pedido.

Por el momento, luego de suscriptos los arreglos en Pilar, en apariencia todo era armonía. El arrogante general Soler había trabado amistad con el general Ramírez, y éste incluso había recibido vibrantes plácemes de su antagonista de Cepeda el general Balcarce (quien luego se desdeciría de ellos en forma pública). Todos los documentos de esa hora decisiva expresaron los más elevados propósitos de concordia y recomposición institucional, no obstante lo cual, muchos años después, los dos eminentes historiadores del siglo XIX, el general Mitre y el doctor López, muestran la entrada de los jefes federales vencedores a Buenos Aires, escoltados por soldados semejantes a indios o facinerosos, los cuales habrían atado sus caballos a las rejas del obelisco (y no “pirámide”) de Mayo,

lo que está contradicho por un indubitable documento contemporáneo como es la *Guerra porteña* al describir la escena:

El 25 entraron a esta ciudad los Generales del Ejército Federal. Vano fue el empeño de los ciudadanos virtuosos por conocerlos y saludarlos. Estos héroes, modelos de los hombres libres, escaparon a aquella etiqueta, y en el silencio y la modestia de la virtud, han conocido a los verdaderos amantes de la libertad, que les han solicitado privadamente, sin el aparato de los aristócratas.

No hubo, pues, alardes humillantes, sino que por el contrario las manifestaciones de halagos para con aquéllos fueron múltiples y de todo tipo, sin que quepa disminuirlas por insinceras. El Ejército vencedor en Cepeda permaneció en su campamento.

El motivo de la desavenencia que siguió estuvo provocada por un acuerdo secreto paralelo al pacto público de Pilar, que el mismo gobernador provisorio Sarratea reconocerá ante el Cabildo en su sesión del 15 de marzo: "al firmar el tratado de paz de 23 de febrero, se había acordado secretamente por separado, para no inspirar alarmas al gobierno portugués, que se daría a Entre Ríos por remuneración de sus servicios, 500 fusiles, 500 sables, 25 quintales de pólvora, 50 de plomo", además de la escuadrilla fluvial porteña. Conocido este compromiso secreto —que dejaba inerte a la provincia— días antes de la confesión arriba indicada, la Junta de Representantes que se había constituido al desaparecer el Directorio, acusó al gobernador Sarratea y le exigió que suspendiese el envío del armamento hasta la evacuación del Ejército federal del territorio porteño, por que "inspiraba sospechas de fines siniestros". Ahora los generales Soler, Balcarce y Quintana estrecharon filas y apoyaron esta actitud. Puesto que estaba motivada por el rumor de que el general Carlos de Alvear, depuesto y emigrado en 1815, había retornado con ambiciones de retomar el poder, sostenido por Ramírez y López.

El caos estalló en la ciudad, hasta que un Cabildo Abierto el 6 de marzo, tras la denuncia de Soler de haber Sarratea ya entregado a Ramírez dos días atrás el armamento convenido, provocó el nombramiento de nuevo gobernador en la persona del general Juan Ramón Balcarce. Los dos jefes federales protestaron, en apoyo de Sarratea; y falto de sustento en el ejército, Balcarce debió dejar su fugaz mando. Vuelto Sarratea, inició proceso a los miembros del caído Directorio como lo imponía el pacto de Pilar, lo que se sumó a la antipatía que el mandatario despertaba. Fue en tales circunstancias (15 de marzo) que Sarratea presentó al Cabildo la nota del general Ramírez mediante la cual reclamaba el armamento acordado secretamente, "por los auxilios prestados para deponer la facción realista", como denominaba al Directorio. El Cabildo debió acceder al reclamo, que se aumentó con dinero y uniformes.

Peor que consentir con esos pedidos fue la actitud del gobernador Sarratea al autorizar al general chileno Carrera a incorporar soldados veteranos a su "división", a sabidas que se dirigiría a Chile para deponer al director O'Higgins, el consecuente colaborador de San Martín, en momento que se alistaba el Ejército Unido para zarpar hacia Perú. Otro propósito más escondía este último hecho: que Carrera actuara para impulsar al general Alvear al gobierno.

Los partidarios de Alvear comenzaron a actuar desembozadamente, y ello produjo una grave alteración pública. Los integrantes del 2º Tercio de Cívicos se apostaron en la Plaza Mayor y la artillaron, poniendo en la torre del Cabildo una bandera roja et se

de no admitir a Alvear. Los Colorados de las Conchas que se encontraban en El Retiro para sostener a este último se presentaron al galope en la plaza para unirse al Tercio, abandonando a su caudillo. La situación culminó con la fuga del ex director de los suburbios de la ciudad, para ampararse en el campamento federal, donde sólo se hallaba Ramírez, pues el gobernador López había partido para Santa Fe días atrás.

Entre los daños que causaron estos acontecimientos se contaron los destrozos y robos a las casas de comercio y pulperías, cuyas puertas los milicianos abrían a balazos, tirando tantos tiros al aire que según cálculos pasaron de 200.000", refiere Juan Manuel Beruti en sus *Memorias curiosas*. Éste agrega que no quedó al margen el Ejército:

Saquearon los cuarteles de Agueridos, Granaderos, artilleros y otros, sin dejarles armas, municiones, vestuarios, mesas, tallas, ni las ollas de comer, quedando limpios como la tierra. La sala de armas del Fuerte la robaron, echando sus puertas al suelo, y sacaron más de 7.000 fusiles, fuera de los sables y espadas, los que han vendido hasta por 8 reales, por lo que se cree ha perdido el Estado más de medio millón de pesos: si esto ha sucedido en la ciudad, contémplese qué habrá sido en la campaña. [La tropa veterana había sido licenciada, dejando sus cuarteles e incorporándose a los Cívicos, sin sus oficiales.] Los soldados andan sueltos por las calles sin casa ni tener qué comer, y por lo tanto no hay tropas; por lo que se ve esta Capital en una verdadera anarquía, pues cada uno hace lo que quiere, y la plebe insolentada.

No todo concluyó con esa descripción del estado de la ciudad.

Ramírez también volvió a su provincia, en abril. Lo llamaba un acontecimiento de la máxima gravedad: la presencia armada en ella del general José Artigas, con ínfulas de seguir ejerciendo sobre ésta su *Protectorado*. Con Ramírez se retiraron de Buenos Aires los generales Alvear y Carrera, emprendiendo su persecución el general Miguel Estanislao Soler, aunque la indisciplina imperante en las fuerzas armadas porteñas hizo de las suyas, según apunta el memorialista Beruti:

El 29 de dicho [mes de marzo] salió Soler con los Cívicos a (per)seguir a Alvear, que unido con Carrera iba huyendo para Pilar. El 2 de abril entraron de regreso los Cívicos en esta Capital por compañías, quienes fueron echados por Soler desde Santos Lugares por insubordinados, pues no guardaban orden, respeto ni disciplina, por lo que tanto oficiales como soldados hacían lo que querían, de manera que Soler no se atrevió a seguir a Alvear con ellos, porque seguramente iba a salir mal, pues Carrera, con quien estaba Alvear, tenía a su favor 600 veteranos, que eran bastantes para hacer correr a dichos Cívicos, pues éstos no sirven para campaña sino para la ciudad, que detrás de parapetos, calles, azoteas, etc. pueden defenderla. Llegó a tal la maldad de esta gente que se tocaron una porción de llamadas por mandato del general Soler, y uno que otro eran los que concurrían, de manera que el Ejército sólo era en el nombre, pues no hacían otra cosa que emborracharse, meterse en los ranchos a dormir, y finalmente esparcidos por el campo robando y dañando, que ni sus oficiales podían contenerlos, de manera que obraron en nuestro campo como si fuera el del enemigo.

Soler quedó con solo las milicias de caballería de la campaña, y Alvear y Carrera pudieron escapar. Amparados por el general Ramírez, luego quedaron al lado de Estanislao López.

Poco más duró Sarratea en el poder: tras una serie de incidentes políticos que no hacen a esta historia, el 1º de mayo la Junta de Representantes le aceptó su renuncia y eligió en su reemplazo, interinamente, a su presidente don Ildefonso Ramos Mejía, cuya primera medida fue disponer la libertad de los diputados directoriales presos. El nuevo gobernador vería estorbada su accionar por la presión militar, alentada por una ambición persistente, que luego será estudiada. Y una constante histórica, que se presentaba como drama insoluble, preocupación grave reiterada a lo largo de los años: los ataques indios. En el *Diario* llevado por Juan Manuel Beruti, buen reflejo de la vida cotidiana de los porteños, se lee:

El 30 de abril de 1821 llegó a esta ciudad la funesta noticia de haber los indios paraguayos avanzado de sorpresa las guardias de la frontera de Monte, Rojas y Rancho, y pasado a cuchillo cuantos hombres pudieron por su desgracia caer en sus manos habiéndose llevado cautivos cuantos niños y mujeres encontraron, dejando la campaña asolada de animales por haberlos llevado todos, robando en las estancias cuanto había; y cuando ya no tenía qué robar, pegaban fuego a los ranchos y casas por lo que no se ve más en toda la campaña que estragos, habiendo quedado totalmente arrasada y desolada, sin habitante alguno, y sólo sí infinidad de hombres de todas edades muertos, sin tener quién los pueda sepultar a estos desdichados cadáveres.

Era imprescindible atender a tan grave problema. Pero las circunstancias no se mostraban favorables.

Antes toca considerar el duelo que comenzará en Entre Ríos entre dos auténticos caudillos —en su cabal sentido de conductores—, de contornos épicos, por la gravitación que ambos protagonizaron en el desenlace de la crisis iniciada en el año 20.

La defensa de Artigas de la Banda Oriental había acabado. En Tacuarembó, finalmente, el 22 de enero de 1820 fue completamente derrotado por los portugueses, y el 14 de febrero evacuó la Provincia con sus huestes. Para entonces, muchos de sus partidarios lo habían abandonado, y varias villas dirigieron sus notas de sometimiento a las nuevas autoridades. Un testimonio dejado por el teniente coronel Tomás de Iriarte permite saber la situación de la Provincia Oriental para esa época. Hay que tener en cuenta que Iriarte, desterrado por Pueyrredon, residía por entonces en Montevideo, o sea que recogió impresiones directas de los habitantes de ese territorio. Su descripción revela las causas que llevaron a tantos comprovincianos a aceptar el dominio extranjero:

La Banda Oriental estaba exhausta, sus innumerables ganados habían desaparecido por efecto de la guerra incesante de que había sido teatro desde el principio de la Revolución. El poder de Artigas había decaído considerablemente desde la invasión portuguesa, pero no obstante conservaba algunas fuerzas, que más bien contribuían a asolar al país que a defenderlo. Los portugueses eran muy superiores en

número y disciplina; así se creyó que el país obtendría un gran bien si se conseguía que cesase esta guerra destructora, para que los habitantes de la campaña se entregasen a sus antiguas faenas del pastoreo y cría de ganados. El Cabildo de Montevideo puso en acción el influjo de su autoridad, y más que todo sus relaciones en la campaña valiéndose de personas intermedias: se encontró alguna resistencia en los comandantes de Artigas, pero todos fueron sucesivamente deponiendo las armas. El que se presentó más obstinado y costó mucho trabajo reducirlo fue el comandante don Fructuoso Rivera: era también el de más crédito, pero al fin entró en la transacción y se firmó un tratado de pacificación, en el que el Cabildo fue la parte mediadora.

Se comprenderá el estado de ánimo del general Artigas después de Tacuarembó, perdida su provincia, disminuido el número de sus partidarios, y forzado a refugiarse en la Mesopotamia argentina, cuando recibió la copia del convenio de Pilar por el cual no sólo se lo desposeía de su autoridad sobre los pueblos de la Liga Federal, sino que sobre todo, no se movilizaban los efectivos de sus antiguos lugartenientes para ayudarlo a reorganizar la Banda Oriental. Era indudable que al tiempo que se eclipsaba el prestigio del Protector, crecía el del vencedor del Directorio en Cepeda.

Artigas pasó primero a Corrientes, donde aumentó los restos de su ejército con las milicias de Corrientes y Misiones, indios en gran número. Allí en su campamento de Ábalos —próximo a Curuzú Cuatiá— recibió el convenio entre Santa Fe, Buenos Aires y Entre Ríos. Según refiere el entonces mayor Lucio Mansilla —quien a raíz de la paz se hallaba en el campamento del Ejército Federal recibido con simpatía por el mandatario entrerriano—:

[...] en un momento de expansión y confianza con Ramírez le dije que juzgaba que Artigas no ratificaría el tratado, reservando la idea de que tampoco le daría un solo peso ni una tercerola. Ramírez me contestó que si Artigas no aceptaba lo hecho lo pelearía, y que si era de mi agrado me invitaba a la pelea.

Ocurrió tal cual fue pronosticado, ya que la airada reacción del ex Protector no dejó duda alguna. Le escribió a Ramírez:

El objeto y fines de la convención del Pilar celebrada por V.S. sin mi autorización ni conocimiento, no han sido otros que confabularse con los enemigos de los pueblos libres para destruir su obra y atacar al jefe supremo que ellos se han dado para que los protegiese; y esto es sin hacer mérito de muchos otros pormenores maliciosos que contienen las cláusulas de esa inicua convención, y que prueban la apostasía y la traición de V.S.

Artigas le comunicaba que por eso había “corrido a salvar la provincia entrerriana de la influencia ominosa” de su gobernante “y de la facción directorial entronizada en Buenos Aires, que ya la destinan a entregarla también al yugo portugués”. Acusaba a Ramírez de insubordinado y haberse sometido a los “pueyrredonistas”, y reiteraba su exigencia de siempre:

No es menor crimen haber hecho ese vil tratado sin haber obligado a Buenos Aires a que declarase la guerra a Portugal, y entregase fuerzas suficientes y recursos bastantes para que el jefe supremo y Protector de los Pueblos Libres pudiese llevar a cabo esa guerra. Ésa es la peor y más horrorosa de las traiciones de V.S.

La réplica del general Ramírez no fue menos dura, al refutar los cargos en largo oficio:

Es V.S. quien se ha atrevido a usurpar con tropas suyas el mundo de unas provincias que tienen sus jefes naturales, con lo cual ha dejado traslucir miras de dominación, que si los pueblos no habían sospechado antes ha sido sólo porque han estado alucinados.

Al reprocharle la ingratitud y engreimiento con que pagaba el asilo prestado, inquiría a Artigas:

¿Qué especie de poderes tiene V.S. de los pueblos federados para darles la ley a su antojo, para introducir fuerza armada cuando no se le pide, y para intervenir como absoluto en sus menores operaciones internas? ¿V.S. es acaso el árbitro soberano de ellos, o fue sólo uno de los jefes de la Liga? ¿Por qué ha de tenernos en una tela vergonzosa?

Le advertía Ramírez que Entre Ríos no necesitaba su defensa para cubrir el pasaje del río Uruguay ni corría riesgo de ser invadida por los portugueses. Y luego de negar que existiesen artículos secretos para combatir a Artigas, y de mencionar sus propias declaraciones contra la Corte de Brasil y los intentos monárquicos del Directorio, poniendo de relieve que las provincias habían aplaudido la convención, Ramírez aludió “al poder del tiempo y de las circunstancias”:

La confianza que los pueblos le habían acordado a V.S. estaba en conformidad de esa libertad decantada con que V.S. los lisonjeaba; pero al enseñarles la experiencia que es muy distinto el objeto de V.E., ellos se alarman y se deciden a sostenerla contra V.S. mismo. [Yendo al otro reclamo de Artigas, le respondía] ¿Por qué extraña V.S. que no se declarase la guerra a Portugal? O V.S. no conoce el estado actual de los pueblos, o traiciona sus propios sentimientos. ¿Cuál es la fuerza efectiva disponible de Buenos Aires y de las demás provincias para emprender nuevas empresas, después de la aniquilación a que las condujo una facción horrorosa y atrevida? ¿Qué interés hay en hacer esa guerra ahora mismo y en hacerla abiertamente? ¿Cuáles sus fondos, cuáles sus recursos? ¿Cuál es, en una palabra, su poder para repartir su atención y divertirla del primer objeto, que es asegurar el orden interior y consolidar su libertad? ¿O cree V.S. que por restituírle una provincia que ha perdido, han de exponerse todas las demás con inoportunidad? Aguarde V.S. la reunión del Congreso, que ya se hubiera celebrado a no hallar entorpecimiento de su parte, y no quiera que una declaración formal de guerra con una nación limítrofe, que debe afectar los intereses generales y particulares de cada provincia, sea la obra de dos o tres pueblos separados que no han debido abrogarse los derechos de

la comunidad. A V.S. debo yo preguntarle ahora: ¿cuál es el sistema que se ha propuesto seguir?; y si es el de la federación, ¿cómo puede V.S. conciliar su conducta con los deberes que ella impone, de respetar las provincias?

Arrogantemente Ramírez traía a colación que los portugueses justificaron su invasión a la Banda Oriental por el desorden que existía en ella y consecuentemente lo intimaba a desalojar Entre Ríos de “esa fuerza extraña que ha introducido”, porque su seguridad estaba confiada a su cuidado.

Había concluido la “Liga de los Pueblos Libres”, pero faltaba dirimir la supremacía de su “Protector”, cuyo triunfo era capaz de rehacerla.

El gobernador Francisco Ramírez expidió una proclama agradeciendo al pueblo de Buenos Aires sus atenciones y recomendándole el envío de diputado al Congreso Constituyente que estipulaba el pacto suscripto en Pilar, y partió hacia Entre Ríos, llegando a Paraná a fines de abril. Lo acompañaba el mayor Lucio Mansilla, porteño, veterano de la campaña libertadora de Chile, a quien puso al frente de su infantería. Mientras se preparaba, Ramírez instruyó al coronel Ricardo López Jordán y al comandante Gervasio Correa (a quien había logrado incorporar a sus filas) que detuvieran la invasión de Artigas. El comandante Correa no pudo hacer frente con éxito a la vanguardia artiguista, mandada por el cacique misionero Francisco Siti, con quien chocó en Arroyo Grande, proximidades de Concordia. Tras este encuentro el mismo general José Artigas ocupó la villa de Concepción del Uruguay, que —según Ramírez— “asoló completamente con sus infernales tropas”.

Estas últimas avanzaron sobre Paraná, y el 13 de junio Artigas y Ramírez trabaron combate en las márgenes del arroyo Las Guachas, en el centro de la provincia, a donde el segundo había llegado para contenerlas. Los invasores sumaban 1.800 hombres, mientras los entrerrianos eran poco más de 600. A las cuatro de la tarde comenzó la pelea, que terminó —dio parte Ramírez a López— en “un encuentro sangrientísimo”.

A pesar de la superioridad numérica del enemigo, el general Ramírez hizo cargar sable en mano a tres columnas de Dragones, que según relató al comandante que dejó en Paraná, acuchillaron a aquéllos y los persiguieron por más de tres leguas; pero una División de Artigas se introdujo por la izquierda entrerriana y la desorganizó, lo que obligó a suspender la persecución, “quedando indecisa la acción por haber caído la noche”, declaró Ramírez. Éste debió retroceder hasta Paraná a marchas forzadas, perseguido por Artigas, lo que permite inferir que en realidad y pese a sus expresiones, la suerte no le fue propicia.

A fin de compensar su inferioridad de efectivos, esta vez Ramírez no fió todo al solo empuje de su caballería, en la cual revistaban varios futuros gobernadores de la provincia: el coronel López Jordán y los tenientes coroneles Pedro Barrenechea y Juan León Solas, además de Gregorio Piriz, de igual graduación. Ideó una maniobra táctica, para lo cual con anticipación cursó sus órdenes al comandante de Paraná, teniente coronel Romualdo García. Éste apostó las fuerzas que había reunido para efectuar la combinación instruida por Ramírez, en las afueras de Paraná, donde construyeron trincheras para ubicar al batallón de infantería (mayor Mansilla) y se colocaron cuatro piezas de artillería ligera (capitán Francisco Pereira).

El general Artigas acampó diez días después de su parcial triunfo en Las Guachas, a dos leguas, sobre el arroyo Las Tunas, habiendo aumentado su tropa con 800 correnti-

nos, que compensaron sus pérdidas de aquella jornada, que hicieron un total de 1.300 efectivos.

El general Ramírez podía oponerle, otra vez, una fuerza inferior en número: 800 de caballería y 200 infantes, más los artilleros. No obstante tomó la iniciativa, y el 24 de junio atacó a su ex superior.

El gobernador de Entre Ríos hizo avanzar su ala derecha de caballería, la cual volvió caras ante el avance enemigo, que atrajo a donde la infantería de Mansilla lo detuvo con el fuego de sus fusileros, mientras actuaban también los cañones del capitán Pereira. Fue la señal de la carga general, que decidió la acción, como informó Ramírez al mandatario santafecino López:

Los escuadrones de mi caballería lo cargaron [a Artigas] sin intermisión y fue un chillado en la larga distancia de ocho leguas, hasta las siete de la noche, hora en que los hice replegar. Esta completa derrota dejó en mi poder considerable número de prisioneros, más de 2.000 caballos y 800 cabezas de ganado.

El general Francisco Ramírez otorgó un grado de ascenso a los jefes que se encontraron en el victorioso combate de Las Tunas.

No concluyó el duelo con este último enfrentamiento. Ramírez lo anunció en su parte de la acción:

Creo ya la provincia libre de opresores. Sin embargo, sigo mis marchas sobre el enemigo de los pueblos federados. Este hombre se ha decidido por desolar y aniquilar las provincias. El curso de ulteriores acontecimientos acreditarán que Entre Ríos, siempre constante en sus principios, sólo propende a ver instalado un Gobierno Supremo electo por la voluntad universal de las provincias, y no por el despotismo con que las atropella el pérfido Artigas, dirigido por su insaciable ambición a dominarlas.

Un mes después, reorganizados sus elementos, el 17 de julio de 1820, el general Ramírez obligó a retirarse precipitadamente a una división artiguista sorprendida en Sauce de Luna, al tiempo que un bergantín de los entregados por Sarratea forzaba a huir al coronel Campbell que se hallaba en una zamacá en el puerto de Esquina (Corrientes). Se inició una persecución contra el ex Protector sin parangón en la historia militar argentina, de aniquilamiento, sin descanso para hombres ni cabalgaduras. Una semana después los coroneles Barrenechea y Piris derrotaron cerca del arroyo Mocoretá a los comandantes artiguistas Aramembí, Gutiérrez y Abacú, que retirándose tras el Arroyo Basualdo, no pudieron impedir ser nuevamente vencidos por el ataque llevado por el general López Jordán y el coronel Juan León Solas, quienes les tomaron su artillería, causaron 20 bajas y capturaron igual número de prisioneros, tres carretas con 25 familias de indios, parte del archivo de Artigas, ganado y caballada.

El 24 de julio volvieron a encontrarse frente a frente los generales Ramírez y Artigas en Ábalos, y otra vez el triunfo estuvo por el primero, perdiendo el caudillo oriental su parque, carretas y la boyada correspondiente, cayendo prisionero su secretario el fraile Monterroso y el ex gobernador de Corrientes don Juan Bautista Méndez. Fue la culminación de toda resistencia organizada: el cortejo artiguista, bajo un hostigamiento

tenaz, fue cada vez más disminuido por las defecciones y la dispersión a que lo sometía la vanguardia entrerriana, hasta que el ex Protector, seguido ya por pocos fieles y sin posibilidad de recuperarse, desde Misiones pidió asilo al tirano del Paraguay, doctor José Gaspar de Francia, y el 23 de septiembre cruzó el Paraná y se internó en suelo extranjero.

Artigas sobrevivirá treinta años más. Pero completamente ajeno a la política del Río de la Plata, confinado por el *Supremo Dictador Perpetuo*, en realidad tuvo el fin de su carrera pública —y de toda otra actuación— cuando se vio forzado a dejar el Litoral argentino escapando de ser tomado por uno de sus antiguos subordinados de la Liga Federal que creara.

La “heroica Buenos Aires, cuna de la libertad de la Nación”, como la denominó el pacto de Pilar, estaba otra vez envuelta en conflictos armados: poco habían disfrutado esta provincia y la de Santa Fe de una paz tan necesaria a sus intereses —oficiales y privados—, cuando volvió a desatarse la lucha entre ellas.

Difícil es hallar una explicación suficiente para justificar el hecho desencadenante. No hay que descartar la presión que ejercieron sobre el ánimo del gobernador Estanislao López las incitaciones de sus dos nuevos protegidos de afuera, los generales Alvear y Carrera, quienes en su afán de retornar a Buenos Aires donde estaban sus intereses —para uno, el mando político; para el otro, mayores medios para trasladarse a Chile— no dejaban de reprochar a la ex Capital que no hubiese remitido ni la totalidad del armamento prometido por Sarratea, ni su diputado al Congreso en el convento de San Lorenzo. Sobre todo le parecía al gobernador López que levantaba cabeza el antiguo partido directorial, y Alvear le aseguraba que contaba con numerosos adictos como para tener éxito en un nuevo intento de volver a su antiguo sitio.

En Buenos Aires la situación distaba de haber alcanzado una normalidad plena luego de la elección del gobernador Ramos Mejía.

El mandatario quiso asegurar su estabilidad limitando el poder del comandante de armas de la provincia, general Miguel E. Soler, al cual dejó al frente solo del ejército acantonado en Luján. Pero el que contaba con la fuerza militar —unida a la ambición— disponía de un elemento más poderoso que la legalidad. Y cuando Soler vio aceptada su renuncia que presentara como protesta, movió sus partidarios, y la oficialidad de las milicias de caballería pidió al Cabildo de Luján —el único que existía fuera de Buenos Aires en toda la provincia— que lo nombrase gobernador, lo que acordaron sus regidores en minoría. Ramos Mejía renunció, pese a la ilegalidad flagrante puesta en juego. La Junta de Representantes por su parte, se declaró disuelta, determinando que el bastón de mando quedase depositado en el Cabildo de Buenos Aires. Fue el 20 de junio de 1820, mal llamado “el día de los tres gobernadores”, porque en realidad no hubo ninguno.

Pero Soler no se conformó, y exigió desde el pueblo de San José de Flores ser confirmado por los diputados porteños, para no aparecer —escribió al Cabildo— como que “procurase violentar la voluntad de ese digno pueblo, en lo que se ofende sumamente su honor”. La corporación cedió, y convocados algunos diputados “en el número posible”, convinieron en conjunto en nombrar gobernador al general Soler (22 de junio). Asumió su cargo al día siguiente.

Era el tiempo en que el Gobernador de Santa Fe invadía la provincia de Buenos Ai-

res a la cabeza de 700 soldados, con más la división chilena de Carrera (400), y 30 jefes y oficiales alvearistas, a los que se agregaron un centenar de milicianos de la campaña bonaerense. Aunque Soler le aseguró que cumpliría lo convenido en Pilar, esta promesa no detuvo a López. El general Soler salió precipitadamente a contenerlo al frente de 1.250 efectivos (no todos veteranos), y el 28 de junio se enfrentaron a través de la caudalosa cañada de la Cruz, desbordada por las lluvias y cuyas adyacencias pantanosas tuvieron una gravitación fundamental en el choque que sobrevino.

Comenzaron las acciones mediante una carga del ala derecha de Soler, mandada por el coronel Pagola (Blandengues y Colorados de las Conchas), que fue rechazada por la división de Carrera. Roto el fuego de la artillería porteña para contener al enemigo, el general Soler avanzó con los Dragones de Buenos Aires y milicianos, siendo recibidos por el cuerpo de Alvear y los Dragones santafecinos comandados por López, que los forzaron a retroceder. El ala izquierda que mandaba el general Domingo French, jefe del Estado Mayor, quedó empujada y cayó prisionera sin poder intervenir en la lucha. Soler escapó hacia Luján esperando unirse al batallón de Cazadores que había quedado allí como reserva (300 plazas), pero tenazmente perseguido, debió dirigirse al puente de Márquez (Morón) y de aquí pasó a refugiarse en su casa de la ciudad, para embarcarse a Colonia. El coronel Pagola, por su parte, se retiró hasta Pilar. Fue una derrota completa: los federales causaron 400 bajas (la mitad muertos y la otra prisioneros) y se apoderaron de tres cañones y de los Cazadores aislados en Luján.

En esa hora dramática para Buenos Aires se levantó la figura del coronel Manuel Dorrego, retornado poco tiempo antes del destierro que le impusiera el ex director Pueyrredón. Nombrado comandante militar de la ciudad por Soler al partir a campaña, quedó Dorrego como la última esperanza de los porteños, y no la defraudó. Protestando contra la injusticia de la invasión santafecina, lanzó una proclama convocando al pueblo a alistarse, al mismo tiempo que el coronel Manuel Vicente Pagola volvía a la ciudad para organizar su resistencia con 600 hombres de las tres armas salvados de la victoria de López. Imponiéndose en medio de la confusión de autoridades, el Cabildo lo designó comandante de armas interino; y abusando de este poder, Pagola impidió que el Cabildo pudiera convocar a la Junta de Representantes para elegir nuevo gobernador, como lo exigía López para establecer la paz: otra ambición se había despertado, aprovechándose de la prolongada confusión.

La anarquía desatada en febrero de 1820 con la disolución de los poderes nacionales no había cesado aún. Los hechos mostraban que se imponería quien contara con mejor fuerza militar. Esa caótica situación fue resuelta por último mediante la alianza del Cabildo con los coroneles Dorrego y La Madrid y el general Martín Rodríguez, tres camaradas de las campañas del Norte, que recibió la adhesión masiva del pueblo, forzando a Pagola a resignar sus pretensiones. El 4 de julio el Cabildo nombró a Dorrego gobernador interino "de la ciudad".

En Luján estaba el general Alvear, campeando por recobrar su antiguo prestigio, y para conseguir este resultado, con el apoyo del general Estanislao López despachó comisionados para concentrar allí una pseudo Junta electoral, que se compuso de nueve diputados forzados a declararlo "gobernador" (1º de julio) y *salvador de la patria*. Una comisión mediadora enviada por el Cabildo de Buenos Aires se topó en Santos Lugares con el general José Miguel Carrera, a quien advirtió que si las negociaciones de paz fracasaban, la ciudad se defendería. La respuesta del caudillo chileno fue tremenda: "Buenos

Aires no ha oído todavía a mis muchachos tocar el clarín de saqueo". Obteniendo el efecto contrario al que estaba destinada la jactancia, la frase —salvajemente cumplida en otro lugar no mucho después— sirvió para fortalecer el espíritu de resistencia de la antigua capital; y como así ocurrió en los días de la Defensa de 1807, en los que todos sus habitantes corrieron a salvarla.

Era el coronel Dorrego su gobernador, como se indicó arriba, y a él se debió la reorganización de los cuerpos cívicos, estableciendo un perímetro armado cuyo frente patrullaba la caballería a órdenes del propio mandatario. En tanto, el general Martín Rodríguez y el coronel Gregorio Aráoz de La Madrid salieron a buscar refuerzos en la campaña, contando para su reunión con el comandante de milicias Juan Manuel de Rosas, conocido hacendado del Sur.

El 5 de julio una tentativa de los que apoyaban a Alvear fue rechazada, lo que sirvió a Dorrego para dirigirse al general Estanislao López negándole injerencia en el nombramiento de Gobernador de la provincia, y conminándolo a que se retirase de ella para no forzarlo a él a que lo hiciera. Como tres días después Rodríguez regresara de su recorrida por la campaña, uniéndose a Dorrego, de ellos se desprendió el coronel La Madrid para atacar las avanzadas santafecinas en Morón, lo que aprovechó el batallón de Cazadores (capturado por los federales en Luján luego de Cañada de la Cruz, según se expuso en su lugar) para pasarse a los defensores de la plaza. El 12 de julio el gobernador Estanislao López levantó el sitio y comenzó su retirada hacia Santa Fe, cruzando el arroyo del Medio y licenciando sus milicias, aunque quedó vigilante en las márgenes del arroyo Pavón.

En cambio Alvear no amainó sus ínfulas, y junto con Carrera marchó hasta estacionarse en la ciudad de San Nicolás, que fue fortificada. De su retirada nos hace saber el teniente coronel Iriarte, que los acompañaba:

Nuestras milicias nos abandonaron, se fueron a sus casas: habíamos reunido 700 milicianos y cuando amaneció no nos quedaban más que 50. Esto puso el sello al desaliento general, y la retirada se continuó en desorden y con más precipitación. Los chilenos y los santafecinos dejaron en ella buenos vestigios en todo el tránsito, matando y robando cuanto encontraban, y violando a las desgraciadas mujeres.

Era en tales circunstancias que el general José de San Martín emitió su severa proclama desde Valparaíso (22 de julio), transcrita fragmentariamente al concluir el capítulo anterior, condenando la federación anárquica surgida en las Provincias Unidas, cada vez más hostiles entre sí en esa hora histórica.

El Ejército de Buenos Aires, conducido por el gobernador Dorrego y compuesto por 2.000 hombres de las tres armas, partió en persecución de sus enemigos, logrando algunos triunfos ligeros, uno de los cuales le permitió liberar a los prisioneros tomados por López en Cañada de la Cruz. Éste, que permanecía tras el arroyo del Medio, recibió el 1º de agosto la visita de Carrera y Alvear, quienes fueron a verlo para arreglar el plan de operaciones, el mismo día que se presentaba Dorrego al anochecer en los suburbios de San Nicolás. Sus adversarios consistían en los 600 hombres de la división chilena a cargo del coronel José María Benavente, 50 a 60 jefes y oficiales alvearistas, y 30 Cazadores negros del batallón de Buenos Aires mandados por Pablo Zufriategui. El asalto que se produjo significó la huida de los despavoridos chilenos y de todo aquel que pudo montar

a caballo. En la ciudad quedaban parapetados en las azoteas los 30 fusileros de Cazadores y el resto armados únicamente de sables y algunas armas de fuego que se agenciaron en aquellos momentos. Faltos de dirección y de armamento adecuado, el asalto significó una completa victoria para Dorrego, con ligeras bajas, capturando en cambio la casi totalidad del armamento y tropas del enemigo; aunque el triunfo fue manchado por los saqueos en el descontrol que lo siguió. Cayeron prisioneros en San Nicolás casi todos los alvearistas de nota: el general Nicolás de Vedia, los coroneles Gregorio Perdriel y Ventura Vásquez, los tenientes coroneles Tomás de Iriarte, Anacleto Martínez y Juan Zufriategui. Carrera y Alvear se salvaron de caer en manos de las tropas de Buenos Aires por hallarse en la provincia de Santa Fe, pero disgustado el gobernador López con el segundo de ellos, no quiso continuar protegiéndolo y lo despachó para la Banda Oriental.

Hubo luego propuestas de ambas provincias para cesar su conflicto, incluso una entrevista personal entre Dorrego y López, todo lo que a la postre resultó inútil por las exigencias de cada una. Las operaciones bélicas se reanudaron.

Roto el armisticio pactado, el coronel Manuel Dorrego cruzó el límite arroyo del Medio y el 12 de agosto dispersó las fuerzas que el gobernador Estanislao López había vuelto a reunir en Pavón, perdiendo éste 50 hombres entre muertos y prisioneros, contra sólo 3 muertos y 10 heridos del lado porteño. López ofreció nuevamente la paz, pidiendo el retiro del Ejército de Buenos Aires de su provincia; pero Dorrego, ensoberbecido, le reclamó la entrega de Carrera para ajustarla. Negándose el caudillo santafecino, fue la lucha otra vez.

El general Rodríguez y el comandante Rosas no quisieron seguir al Gobernador en su empeño de someter a Santa Fe, y separándose de él junto con sus milicianos, dejaron a Dorrego con sólo 700 efectivos a su lado, aunque en Pergamino —no muy lejos— se hallaban 200 hombres que mandaba su partidario el mayor Juan José Obando, santafecino pero enemigo personal de López. Para auxiliarlo, el Cabildo de Buenos Aires le envió al coronel Blas J. Pico con 300 cívicos. La mala caballada de Dorrego lo forzó a replegarse sobre el arroyo del Medio, mientras López, que había convocado a todos sus paisanos hasta sumar 1.000, vadeó el río Carcarañá y sorprendió a Obando en Pergamino, derrotándolo completamente. Luego se retiró a las *puntas* (nacientes) del Pavón, quedando a la vera del arroyo Gamonal. Estanislao López llegó a declarar que Dorrego había arrasado toda la campaña del sur “con tal prolijidad que mi ejército no pudo comer en tres días que estuvo en el arroyo del Medio”, amén de otras violencias, que indudablemente era la conducta que observaban ambos bandos.

Hasta allí fue a buscarlo Dorrego —aunque sin el refuerzo de los 300 hombres que se le habían enviado—, con caballada de refresco con la cual montó a los Dragones, Colorados de las Conchas y el regimiento de Quinteros.

El 2 de septiembre, en Gamonal, tuvo lugar su terminante derrota a manos de López. Flanqueado por ambas alas, perdió 320 soldados en el campo y dejó 100 prisioneros:

Mis valientes y ofendidos soldados [escribió López al Cabildo de Buenos Aires en septiembre, recapitulando los hechos] destruyeron cuanto alcanzó en el principio del combate, y fue tal la carnicería, que detuve mi caballo porque herida mi sensibilidad, no podía ver derramar tanta sangre americana, no estando en mis facultades evitarlo.

Dorrego peleó como un soldado, y como su uniforme no lo distinguía, pudo salvar de caer prisionero.

El coronel Dorrego repasó el arroyo del Medio, esta vez vencido, retirándose hasta San Antonio de Areco, donde recién se le unió el coronel Blas Pico con 300 cívicos. Antes de finalizar el mismo mes pudo reunir otra fuerza que alcanzó a 1.400 hombres, con los cuales se dispuso a emprender nuevas operaciones. Pero el gobernador López dirigió una dramática nota al Cabildo de Buenos Aires, el 14 del mismo septiembre de 1820, describiendo los inmensos males soportados por Santa Fe en la guerra civil y proponiendo “deponer toda pretensión injusta” para cesar la guerra: “Conseguiremos una paz propia de hermanos, digna de americanos, y que prometa un porvenir lisonjero a todos los pueblos comprometidos por nuestras disensiones”. El precio del arreglo era Dorrego: debía ser apartado de dirigir la política y las operaciones militares. Su afán por vencer a los invasores de Buenos Aires, lejos de afirmar su posibilidad de convertirse en gobernador efectivo (“propietario”, como se decía entonces), esfumó esta seguridad de poco antes. En su lugar, el 26 de septiembre fue designado gobernador interino el general Martín Rodríguez, por su ascendencia en la campaña.

Rodríguez expidió proclamas dirigidas a establecer —o imponer— el orden interno, y la unión con las demás provincias, para “dar una cabeza común a estos miembros hoy separados, formen un centro común depositario de la confianza general de todos los pueblos. Tales los objetos del Congreso Nacional que hoy se anhelan”.

No resultó fácil asegurar la nueva autoridad: temiéndose un retorno al sistema directorial, el 1º de octubre se sublevó el coronel Manuel Vicente Pagola al frente del batallón Fijo y del 2º Tercio de Cívicos (más algunos elementos del 3º Tercio), imponiéndose a los defensores del Gobernador, que eran los batallones de Aguerridos y de Cazadores, apoyados por parte del 1º Tercio de Cívicos. Un tiroteo en la Plaza Mayor dio el triunfo a los amotinados, pudiendo escapar el general Rodríguez a la campaña. El Cabildo fue dominado por el pueblo revolucionario, que exigió la revocación del cargo de mandatario, y cinco regidores así lo dispusieron. Desconfiando de Pagola, el general Hilarión de la Quintana fue nombrado comandante de armas. Contaban los revoltosos con alrededor de 1.500 adictos.

Pero cerca estaba el general Martín Rodríguez, en Barracas, en los suburbios de la ciudad. Declarando que no había resignado el mando y que se mantenía en el cargo, reunió unos 1.800 hombres, entre los cuales muchos milicianos dirigidos por el comandante Rosas. Éste no era soldado, pese a su rango honorífico: carecía de conocimientos castrenses y hasta de vocación, como confesó él mismo (23 de septiembre) al Gobernador:

Mucho debe esperarse de esta columna, y conozco que sería un dolor aventurar su dirección a mis ningunos conocimientos militares. El bien del país es para mí antes que todo: yo estoy en estado de aprender y no de enseñar. Una fuerza de más de 500 hombres sólo puede tenerme a su lado para sostener la opinión.

Pero con todos ellos, Rodríguez avanzó sobre el centro de la ciudad el 4 de octubre.

Al día siguiente la Junta de Representantes, acatando una intimación de Rodríguez para que designara gobernador, lo ratificó como a tal; pero los Cívicos del 2º Tercio rechazaron enardecidos esta decisión, contando con el apoyo del Cabildo y las incitaciones del coronel Manuel Pagola: el nuevo mandatario —exigían— indefectiblemente no debía ser militar.

Las armas decidirían la cuestión. Muchos jefes, oficiales y soldados veteranos de la plaza, y no pocos de los Cívicos del 1° y 3° Tercio abandonaron el centro y se unieron a los efectivos "legalistas" en Barracas. De su lado —hace saber Juan Manuel Beruti— el coronel Pagola reclutó por la fuerza a los vecinos que encontraban, particularmente clavos, y soltaron a los presos de la cárcel y a los prisioneros santafecinos, a todos los cuales armaron, hasta hacer ascender a sus efectivos a más de 1.000.

El 5 de octubre se produjo el ataque del general Rodríguez, quien hizo avanzar a sus tropas por las actuales calles Defensa (ex Reconquista) y Bolívar (de la Universidad). Tras las guerrillas, dominando el vivo fuego que se les hacía, incluso de cañón, los partidarios de aquél cargaron sobre la Plaza Mayor y se impusieron sobre los defensores, en una lucha que causó numerosas bajas entre muertos y heridos. Beruti, como testigo presencial, pondera el denuedo de los atacantes, así como la energía y valor de los defensores, "que fue temeraria y digna de todo elogio, si hubiera sido por otra causa más justa". El combate había durado desde la mañana hasta el fin de la tarde, lo que da una idea de lo duro de la acción, que el general Rodríguez dirigió desde el atrio de San Francisco, a una cuadra de la Plaza Mayor. Agrega en sus *Memorias* el después general Iriarte: "Rosas tampoco oyó silbar una bala: con pretexto de un dolor de muelas se separó de su gente".

De este modo quedó confirmado, por partida doble, el general Martín Rodríguez, en el mando gubernativo de la provincia de Buenos Aires, logrando el acatamiento del coronel Manuel Dorrego quien con sus tropas en Luján provocaba no poca preocupación. Quedaron en cambio presos el alcalde de 1° voto, Dolz, el general Quintana, el coronel Manuel Pagola y otros oficiales, siendo fusilados el 14 el capitán Genaro González Salomón del 2° Tercio y un soldado de su compañía. Por lo demás, un bando del Gobernador indultó a todos cuantos tomaron parte en la asonada —menos a sus cabezas, arriba indicadas— y fueron liberados los prisioneros alvearistas tomados en la acción de San Nicolás. Estas medidas de clemencia se equilibraron con otras de precaución: el 2 de noviembre quedaron disueltos los tres Tercios de Cívicos, que dependían del Cabildo, y con ellos se formó un Regimiento compuesto por tres batallones llamado Legión Patria (desapareció el nombre de cívicos) a órdenes directas del Gobierno, en el concepto de que era el único que podía disponer de fuerza armada.

Con el nombramiento de Martín Rodríguez como mandatario, cesó la anarquía del año 20 en Buenos Aires.

No era tranquilo, en cambio, el estado de la frontera norte, donde el general Martín Güemes sostenía la resistencia contra España opuesta por la heroica provincia de Salta (que comprendía a Jujuy), con sus solos medios, luego de la retirada de Tucumán del Ejército Auxiliar, y su posterior disolución en el motín de Arequito.

En mayo de 1820, por séptima vez, las tropas enemigas invadieron la quebrada de Humahuaca, y si en las incursiones previas no habían pasado de ésta, alcanzando hasta Tilcara, esta vez llegaron hasta la capital del territorio. Mandaba al Ejército Real el general Ramírez Orozco, al frente de seis batallones de infantería, siete escuadrones de caballería y cuatro piezas de artillería, que hacían un total de 4.000 soldados. Los conducían acreditados jefes: los generales Canterac (de origen francés) y Olañeta, y los coroneles Valdez, Gamarra (peruano), Vigil, Marquiegui (salteño) y otros de igual reputación. El vecindario huyó a su aproximación, y el 24 de mayo los realistas ocuparon la ciudad de Jujuy. Constantes

combates de los gauchos y soldados hostilizaron a sus columnas, logrando victorias parciales, pero sin poder impedir su paulatino avance, hasta que este Ejército se posesionó de la ciudad de Salta el 24 de mayo. Sus avanzadas se adelantaron incluso hasta el río Pasaje en observación, pero sin mantener su terreno, aunque en uno de los combates librados allí murió el jefe del Regimiento Infernales, teniente coronel Juan Antonio Rojas.

El temor que suscitaban los preparativos de San Martín para lanzarse sobre las costas peruanas, detuvo el impulso, que por otra parte no logró dominar más que la comarca sujera a su inmediato control. Estrechados por las acometidas patriotas, los realistas apenas permanecieron allí un mes, y el 8 de junio emprendieron su retirada a Tupiza. Orgulloso, el general Güemes informó al Cabildo de Salta: "Sin embargo de no haber sido oportunamente auxiliados, hemos conseguido, aunque a costa del exterminio de nuestra provincia, el escarmiento de los tiranos".

Conociendo el enorme influjo del popular caudillo militar, desde Lima se lo procuró hacerlo defeccionar: "Tratarán de ganar por todos los medios posibles al jefe de la provincia de Salta don Martín Güemes, pues la incorporación de éste en nuestro sistema acarrearía ventajas incalculables por su rango y por el gran influjo que ha adquirido sobre los pueblos de su mando", rezaban ciertas instrucciones expedidas por el virrey Pezuela. Y como su jefe, el teniente coronel español García Camba escribió en sus recuerdos del Alto Perú que los guerrilleros salteños y jujeños "en nada se parecían a los que habían conocido en épocas anteriores: tales eran los progresos que habían hecho con la práctica del arte de guerrear".

Los españoles no volverían a intentar otra ofensiva hasta dentro de un año.

Al otro lado de la Cordillera de los Andes marchaban más definidamente los sucesos militares y políticos: el general José de San Martín había finalmente zarpado desde el puerto de Valparaíso para invadir a Perú y dar la independencia a este nuevo Estado americano. Lo hizo el 20 de agosto de 1820 a bordo de la escuadra chilena bajo el mando del almirante Cochrane, compuesta por 12 transportes conduciendo a las tropas del Ejército Libertador —tal su denominación oficial—, más otros 6 transportes con los equipos bélicos, escoltado el todo por 8 buques de guerra y 11 lanchas cañoneras.

El esfuerzo para formar ese Ejército, penoso y largo, sólo pudo ser mantenido por un espíritu como el que poseía San Martín, quien superó contrariedades de todo tipo sin apartarse de su ideal emancipador a lo largo de años y de vicisitudes diversas. No fue la constancia el menor de sus méritos, y hay que destacarla. Al fin se había embarcado el Ejército Unido de los Andes y de Chile, fuerte en 4.430 hombres de toda graduación; de ellos, 4.118 de tropa. Casi la tercera parte eran argentinos (2.313) y la otra chilenos (1.805), aunque salvo tres batallones de esta última nacionalidad, los demás cuerpos llevaban a su frente a jefes argentinos.

El Ejército de los Andes estaba formado por las siguientes unidades: Batallón de Artillería de los Andes (198 hombres); Granaderos a Caballo (261); Cazadores a Caballo (261); Batallón 7° de Infantería (439); 8° de Infantería (462); 11° de Infantería (562). A ellos el general San Martín lanzó una proclama al desembarcar en la playa de Pisco:

Acordaos que vuestro gran deber es consolar a la América, y que no venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos. Los peruanos son nuestros hermanos: abrazad-

los y respetad sus derechos, como respetasteis los de los chilenos después de Chacabuco. Toda la América os contempla, y sus grandes esperanzas penden de que acreditéis la humanidad, el coraje y el honor que os han distinguido siempre.

Se tomó tierra en la playa de aquel nombre de la bahía de Paracas, 260 kilómetros al sur de Lima, el 8 de septiembre de 1820, sin dificultad. El virrey Pezuela había dispersado sus efectivos por toda la costa, ignorando el punto de ataque —como Marcó del Pont en Chile—, y no ofreció resistencia la pequeña división que guarnecía el pueblo de Pisco, a 10 kilómetros de distancia, y de la cual arrancan los valles que llevaban al interior de la sierra: Ica, Chincha, Nazca. El general San Martín requisó caballería para montar a sus soldados, incorporó esclavos de las haciendas de españoles a su tropa, dándoles su libertad, abasteció el ejército, y exploró y extendió sus líneas hacia la Cordillera.

El Virrey español, no obstante contar con un total de 8.661 efectivos (7.500 en Lima), o sea más del doble del Ejército Libertador, no hizo más que hacer avanzar una vanguardia de 2.000 hombres que se estacionó entre Pisco y la Capital, al tiempo que dirigió a San Martín una propuesta pacífica (11 de septiembre), por haberse reimplantado en España la Constitución liberal de 1812, de la que muchos de sus subordinados eran partidarios, entre ellos el general José de la Serna. Las negociaciones se desarrollaron en Miraflores, pueblo cercano a Lima, pero no dieron resultado pues Pezuela ofreció que los americanos aceptaran la Constitución de la monarquía, enviando sus diputados a las Cortes del reino; por su parte el general San Martín no aceptó otra solución que el reconocimiento de la independencia del continente. Al dar cuenta a los pueblos de Perú sobre el fracaso de lo tratado, mediante un manifiesto el 13 de octubre, San Martín adelantó la norma de su futuro obrar:

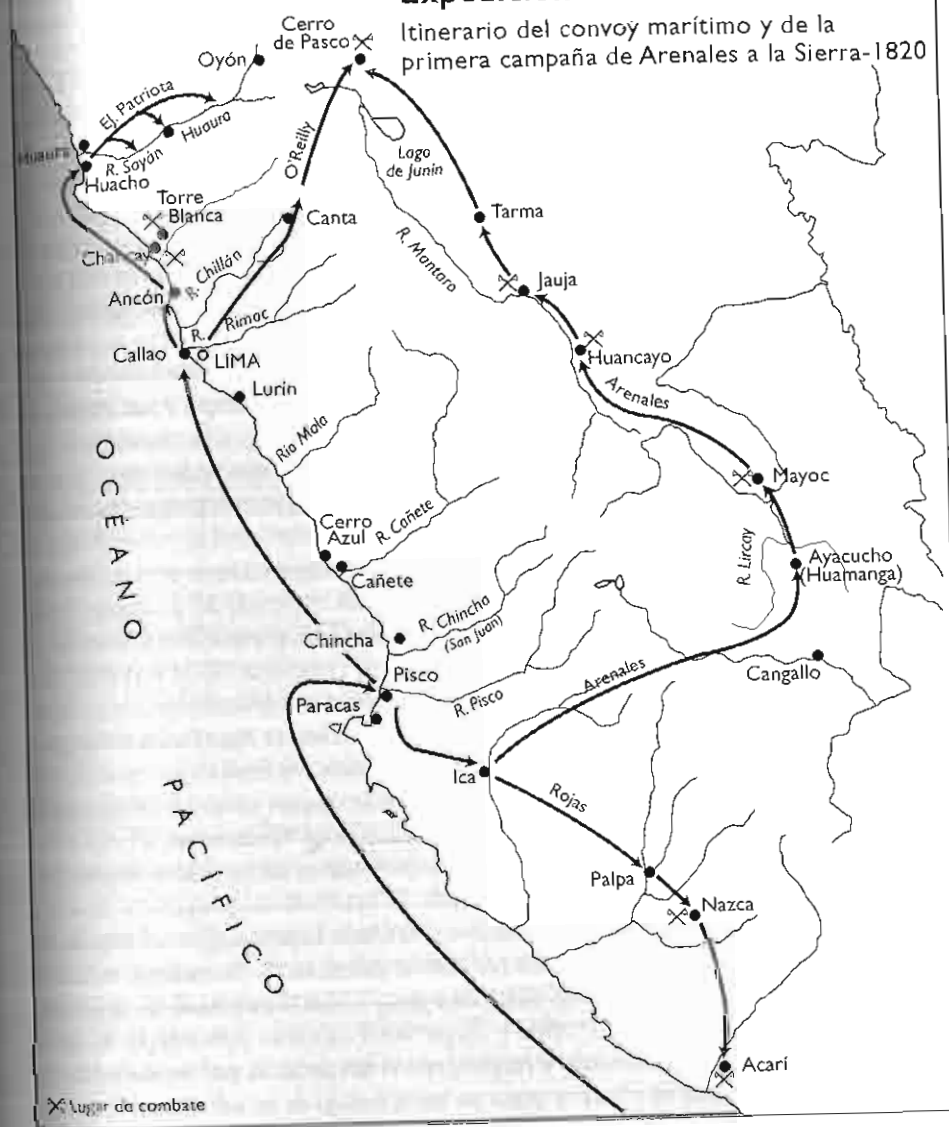
Vengo a llenar las esperanzas de todos los que desean pertenecer a la tierra en que nacieron, y ser gobernados por sus propias leyes. El día que el Perú pronuncie libremente su voluntad sobre la forma de las instituciones que deben regirlo, cesarán de hecho mis funciones.

Una semana atrás, cesado el armisticio, el general de los Andes destacó una división bajo el mando del general José Antonio Álvarez de Arenales, integrada por los siguientes cuerpos: Batallón n° 11 de los Andes, 562 plazas (mayor Román Deheza); Batallón n° 2 de Chile, 471 plazas (teniente coronel Santiago Aldunate); piquete de Granaderos a Caballo, 50 hombres (mayor Juan Lavalle); piquete de Cazadores de los Andes, 30 hombres (teniente Vicente Suárez, paraguayo); dos piezas de artillería, 25 servidores (teniente Hilario Cabrera). Su misión era internarse en la sierra para fomentar la independencia en las poblaciones, y cubrir los accesos desde ella a Lima, atacando a la división realista de vigilancia sobre Pisco y luego llegar hasta el valle de Jauja. De su lado, San Martín sitiaba a Lima y promovería la insurrección de las provincias interiores cercanas, para encerrar a Pezuela y obligarlo a capitular.

El 24 de octubre de 1820 comenzó el reembarco del ejército expedicionario y al día siguiente la escuadra se dirigió al norte. Al pasar por el puerto de El Callao el general San Martín dispuso efectuar una demostración de sus fuerzas, mostrando a los transportes repletos de soldados, fuera del alcance de los cañones de los castillos de tierra, que contemplaban multitud de pobladores y militares. Algunos buques de guerra quedaron

Expedición Libertadora del Perú

Itinerario del convoy marítimo y de la primera campaña de Arenales a la Sierra-1820



bloqueando la bahía y el resto de la escuadra prosiguió al norte hasta la bahía de Ancón (36 kilómetros de Lima), donde desembarcó 40 cazadores a caballo y 400 infantes para hacerse de cabalgaduras y alimentos para el resto del ejército, que el 10 de noviembre tomó tierra definitivamente en el puerto de Huacho, entrada al valle de Huaura, en donde se estableció.

No mucho después tuvieron lugar dos choques armados, que aunque de escasa trascendencia, dieron la medida del ardor y determinación de los componentes del Ejército Libertador.

Para ocupar la cercana villa de Chancay y lograr abastecimientos fue despachado el mayor Reyes, peruano, con 200 infantes y 40 cazadores a caballo encabezados por el capitán Federico de Brandsen. En conocimiento de ello, desde el campamento del Ejército Real en Asnapuquio (10 kilómetros de Lima) se desprendió una columna de 600 hombres de infantería y caballería, que forzó a Reyes a abandonar su posición, arreando el ganado juntado. Perseguido de cerca, el 8 de noviembre la fuerza patriota entró en un desfiladero (8 de noviembre) que estrechaba el paso a 12 hombres, lo que fue aprovechado por el capitán Brandsen, quien seguido por el teniente Panlino Rojas y sus 40 jinetes, cargaron sin vacilaciones y derrotaron en confusión a los enemigos, estrechados en esa difícil posición, pese su inferioridad numérica. El mismo Brandsen mató de un tiro de pistola al comandante de la caballería española, lo que bastó para proseguir la retirada sin cuidado.

En esta época se tuvo noticias que se pasaría a los independientes el Batallón Numancia, integrado desde oficiales a tropa por colombianos, separado del grueso del Ejército Real. Con la finalidad de cooperar con tal movimiento, el general San Martín envió a recibirlos al coronel Rudecindo Alvarado con toda su caballería. El 24 de noviembre Alvarado adelantó por el camino de la costa a una partida de 18 granaderos a caballo para combinar el encuentro, la cual estaba mandada por el teniente Juan Pascual Pringles, quien tenía prohibición absoluta de empeñar combate: debía retirarse a la vista de enemigos o si demoraban las comunicaciones del Numancia, quedar en el ínterin aguardando en la caleta de Pescadores, a 15 kilómetros de Chancay. Súbitamente Pringles fue sorprendido el día 27 por efectivos realistas muy superiores en número: una división comandada por el afamado coronel Jerónimo Valdez. El bravo oficial puntano "consultó a sus soldados si se animaban a atacarla —refiere el teniente Espejo según referencias de Pringles— y respondiéndole con unánime resolución que sí, se les fue encima, trabando un choque en que hubieron heridos de una y otra parte". Mas el resultado no era dudoso, y los granaderos argentinos volvieron a cargar sable en mano para romper el cerco que los envolvía. "Entonces [contaba Pringles] me vi tan acosado por varios soldados enemigos y sobre todo por un oficial a quien yo había herido de un sablazo en el primer encuentro, y que se mostraba resuelto a no darme cuartel, que no me quedó más recurso que echarme al agua". Estaba descartado entregarse. Luchando ahora contra las olas del Pacífico con su caballo encabritado, el propio Valdez avanzó hasta la orilla y le gritó: "¡Ríndase usted, señor oficial, que su vida la garantizamos! ¿Qué más quiere hacer usted por su honor personal y el de su ejército?". Así por último ocurrió, y el coronel Valdez —concluía el teniente Pringles— "me rodeó de todas consideraciones y ordenó que fuese curado inmediatamente con los soldados que sobrevivieron, y estaban hechos pedazos". Llevados a Lima y luego a las prisiones de El Callao, los granaderos eran objeto de la curiosidad de los militares españoles, uno de los cuales interrogó admirado a un

soldado: "¿Por qué no se han rendido cuando eran invitados a ello, antes que pelear inútilmente contra tan formidable fuerza como los rodeaba?", recibiendo esta sencilla respuesta: "Señor: cuando hemos venido a este país hemos venido a pelear y no a rendirnos". El general San Martín se preocupó por canjearlos, y una vez logrado esto, al recibirlos, emitió la siguiente "orden del día":

El oficial Pringles y los individuos que lo acompañaron el 27 de noviembre han llenado mis esperanzas y cumplido sus deberes a la patria; pero es sensible que aquel oficial, al paso que acreditó su valor, obró sin previsión dejándose sorprender del enemigo: él debía ser juzgado como corresponde, y sólo el ejemplo extraordinario que ha dado de su bravura, lo salva de las leyes militares.

Todos los integrantes del destacamento recibieron un escudo de honor, de paño azul, bordado en oro la leyenda *Gloria a los vencidos en Chancay*. Pocos días después, aprovechando una oportunidad favorable, el batallón Numancia defeccionó de las banderas del Rey y se incorporaron sus 650 efectivos al Ejército Libertador.

San Martín, acampado en Huaura, notaba que el pueblo peruano le mostraba su simpatía, y que las desertiones de sus enemigos eran continuas. Además, un valeroso y afortunado golpe de mano del almirante Cochrane había logrado la captura de la fragata de guerra *Esmeralda* bajo las mismas baterías de El Callao, disminuyendo el poderío marítimo de España en el Pacífico. Para mejor, la Intendencia de Trujillo, al norte de Perú, se pronunció el 29 de diciembre de 1820 por la causa americana, encabezada por su gobernador, don José Bernardo de Tagle, marqués de Torre Tagle, y lograba al poco tiempo la adhesión de Piura, con lo que, sin derramamiento de sangre, el general San Martín tuvo consigo la opinión pública de gran parte de los nativos que había ido a emancipar del poder hispano. La superioridad numérica del Ejército Real le impedía efectuar movimientos ofensivos, y se limitaba a observarlo mientras aguardaba los resultados de la división despachada a la sierra con Arenales.

Este último estaba internado en procura de repasar la cordillera, sin que una columna realista de 600 hombres que debía vigilarlo, le opusiera resistencia. Por el contrario, en un atrevido avance, el escuadrón de Granaderos y Cazadores puesto bajo el mando del mayor Lavalle, la atacó al galope en el pueblo de Nazca el 15 de octubre, derrotándola completamente. Luego el teniente Vicente Suárez, con los Cazadores a Caballo, triunfó el 20 de noviembre, al alcanzar cerca de Tarma las tropas realistas en retirada, no obstante la desproporción de efectivos: 30 cazadores y 15 oficiales voluntarios contra el grueso de aquéllos. El botín militar logrado al posesionarse Arenales del valle de Jauja fue importante.

Faltaba medirse con otra división, que el virrey Pezuela había enviado desde Lima. Fuerte en 1.000 hombres, a órdenes del mariscal O'Reilly, se estacionó en el pueblo de Pasco. El general Arenales, al frente de 740 infantes y 120 hombres de caballería, con cuatro cañones, lo atacó en la mañana del 6 de diciembre en medio de intensa nevada. El encuentro, briosamente llevado por los americanos, le coronó su victoria, en la cual tuvo una actuación destacada el mayor Román Deheza al encabezar la carga por un terreno sumamente escabroso. Cayeron prisioneros el general enemigo con 386 de sus hombres —entre los cuales luego el coronel Andrés de Santa Cruz—, y contaron 58 muertos y 15 heridos. Las bajas totales (muertos y heridos) de Arenales fueron 37 soldados y

6 oficiales. Una medalla con la leyenda "A los vencedores de Pasco" gratificó a la división de la Sierra, que propagaba la misión libertadora.

No está de más incluir un episodio que da la medida del carácter arrogante del mayor Juan Lavalle, quien sería el oficial más condecorado en la guerra de Independencia. Éste lo relata el entonces teniente Segundo Roca, quien acompañó a Lavalle con los demás oficiales de Granaderos a felicitar a Arenales por su victoria:

Sin esperar que el Mayor pronunciase una palabra, le dijo con toda la severidad de su carácter: "Usted, señor capitán, no ha cumplido con su deber". A estas palabras que como un golpe eléctrico hicieron salir al rostro del interpelado la impresión que le habían producido, y que más que un cargo parecían una provocación, que Lavalle jamás eludía por más alta que fuese la categoría que se la hiciera, respondió dando un paso adelante, ogarrando al General por un brazo y sacudiéndoselo le dijo, con la cólera pintada en su semblante: "¡Señor general, es una impostura que yo he de vengar con sangre!"

El escándalo que siguió pudo ser contenido por los jefes presentes, que separaron a ambos, y saliendo Lavalle arrestado. Arenales se había hecho eco de versiones que indicaban que Lavalle había demorado su marcha para recibir ovaciones populares durante su trayecto, por lo cual atacó a los realistas en Jauja al caer la noche. Las declaraciones de los oficiales sobre el correcto desempeño de su jefe, aclararon lo sucedido. "Lo cual visto y bien meditado por el General, usó la grandeza de confesar el error a que se le había inducido, y mandó poner a Lavalle en libertad, dándole una completa satisfacción".

Vaya otro episodio para medir esta vez el brío de los soldados patriotas. Recuerda el después coronel Segundo Roca —entonces subteniente abanderado del Batallón nº 11 de Los Andes— en su opúsculo *Primera campaña de la Sierra* (editado en 1866) que persiguiendo a una columna enemiga por terreno fragoso, a órdenes del mayor Lavalle que marchaba a la cabeza de su *escuadrón* (sic), él como "oficial agregado" iba a caballo por una senda paralela a aquél cuando se produjo el choque por sorpresa a los realistas:

Todo fue en ellos desorden y confusión, que no atinaban a nada. En esto rodó mi caballo entre unas piedras, y arrojándome por la cabeza caí entre los infantes enemigos, que nuestra descubierta y oficiales sableaban sin piedad. Corrí un gran riesgo en aquel trance extraordinario: algunos se acercaron a mí confundiéndome con los enemigos al verme pie a tierra, pero les daba la contraseña San Martín, me reconocían y posaban. Yo estaba empeñado en hacer levantar mi caballo para montar y seguir, cuando en esto se me vino encima uno de los granaderos que venían más a retaguardia, quien suponiéndome enemigo me cargó de firme a tajos y estocadas: yo le daba y repetía la contraseña haciéndole quites y defendiéndome alrededor de mi caballo; y quizás hubiera sido víctima de este soldado enfurecido. Por casualidad había oído mis voces el mayor Lavalle: se vino al paraje de la escena a saber qué era, y reconociéndome a mí y al soldado Maruñá, le dio un grito mandándole que se fuera a la formación; y sólo así me salvé de aquella fiera.

En el trayecto que dejara Arenales, otras fuerzas enviadas por el Virrey (alcanzaban a 1.300 efectivos) se enfrentaron con los indígenas patriotas, quienes pese a su valor no

podieron imponerse a las tropas mejores el general Mariano Ricafort, el cual procedió contra ellos con la crueldad que lo caracterizaba, al vencerlos fácilmente.

No obstante los triunfos conseguidos, y el hecho de que la insurrección nativa continuó pese a las crueldades cometidas contra ella, el general Álvarez de Arenales abandonó el territorio interior que dominaba y se replegó sobre Lima, a donde llegó el 8 de enero de 1821, sin duda por órdenes de San Martín, quien quería avanzar en fuerza sobre la Capital, aunque ello significó desalojar una estratégica posición. Debe tenerse presente que las fuerzas independientes eran inferiores en número a las que disponía el virrey de Perú, tanto en la costa como en la sierra. Pese a todo, los objetivos de esa campaña fueron fructíferos en cuanto a la superioridad moral y militar de las tropas americanas, y a la extensión de la adhesión popular.

El ánimo desfalleciente de Pezuela provocó un pronunciamiento en su contra del Ejército Real (28 de enero), encabezado por los coroneles Canterac y Valdez en el campamento de Asnapuquio, quedando a su frente el general José de la Serna, quien también asumió el título de Virrey.

Inmediatamente La Serna invitó a San Martín a nombrar delegados para concluir con las "desavenencias" entre españoles *americanos* y *europeos*. San Martín se mostró conforme en "conciliar los intereses de los españoles con los derechos de los americanos", pero el encuentro estuvo basado en las anteriores propuestas de Miraflores, y nada resultó en ese sentido. Hay que tener en cuenta que una fuerte epidemia de fiebre amarilla hizo estragos en ambas fuerzas, reduciendo a extremos peligrosos algunas unidades: murieron hasta 100 soldados en un día, y apenas 1.000 estaban en estado de empuñar las armas.

Hasta tanto tuviera lugar el deseado arreglo, las operaciones militares proseguían en las montañas de Perú. Allí el mayor José Félix Aldao mantenía el fuego del levantamiento nativo en los lugares que Arenales ocupara, enfrentado con el sanguinario Carratalá. San Martín envió en apoyo de aquél al coronel peruano Agustín Gamarra, quien en febrero se instaló en los valles de Jauja y Tarma. Mas también el nuevo virrey La Serna comprendía la vital necesidad de ocupar la sierra para no quedar cortada la costa del interior, y al mes siguiente reforzó a Carratalá con la división del coronel Jerónimo Valdez (1.200 hombres) y las fuerzas del general Ricafort. El encuentro tuvo ribetes de matanza: 4.000 indios empuñando garrotes y hondas lucharon contra 2.500 soldados, y las víctimas de aquéllos alcanzaron los 400, contra pocos muertos y heridos realistas. El coronel Gamarra se había retirado, perdiendo durante su trayecto a las tropas que conducía. Pese a todo, las guerrillas se mantenían, y en una de éstas fue gravemente herido el propio Ricafort.

Por segunda vez el general Arenales fue enviado a la Sierra, con similar propósito que la primera, al frente de 2.132 hombres (la mitad de los efectivos del Ejército Libertador en Huaura, que estaban frente al doble de los realistas en Lima y El Callao). Eran tres batallones de Infantería (1º y 3º de los Andes, y el Numancia), el Regimiento de Granaderos a Caballo, y cuatro piezas de montaña con 32 artilleros, más sus respectivos jefes y oficiales. Arenales cruzó la Cordillera bajo la nieve, retirándose a su frente el enemigo, que era sólo el coronel Carratalá pues Ricafort y Valdez se habían dirigido a Lima. En pleno desarrollo de las operaciones, tuvo que suspenderlas, al conocer que se había concertado un armisticio.

Casi en los mismos días relatados, una incursión diferente se hacía sentir más al sur:

era la primera expedición a *Puertos Intermedios*, como se llamaba a los que existen entre El Callao y Chile: Arica, Tacna, Ilo, Islay y Pisco. Transportado el teniente coronel William Miller al frente de una división de 550 elementos, por los buques de lord Dundonald, tomó tierra en Pisco, dispersando las fuerzas enemigas que intentaron estorbarlo merced al empuje de una avanzada que condujo el capitán José Videla (mendocino), "hombre de pocas palabras pero de buenos hechos", según lo describía el propio Miller. De todos modos, poco pudo hacerse, pues una terrible epidemia de *tercianias* —fiebre de la costa insalubre— atacó gravemente a la columna americana al igual que a los realistas, y paralizó de hecho las escaramuzas que libraban, estando a punto de sucumbir el mismo teniente coronel Miller, que fue reembarcado casi moribundo el 22 de abril. En cambio prosiguió el intento el almirante Cochrane, conde de Dundonald, quien contando con la recuperación de Miller, volvió a dejarlo en la costa para dirigirse a la ciudad de Tacna (62 kilómetros al interior), y al mayor Manuel J. Soler, segundo jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo y comandante de la caballería de la fuerza expedicionaria, quien fue sobre Arequipa, en la ribera. La población de ambas localidades se sumó a los independentes.

Bajaron para oponérseles desde las montañas varias columnas realistas.

El coronel José Santos La Hera, al frente de 800 hombres, había avanzado hasta el pueblo de Mirave, aguardando la incorporación de otras dos agrupaciones enviadas en su refuerzo por el general Ramírez Orozco desde Puno, cuando audazmente Miller, con la mitad de aquellos efectivos, se adelantó por pasos considerados intransitables a ranchas forzadas, y el 21 de mayo se enfrentaron los contendientes. El encuentro fue tenazmente disputado, mas concluyó con el triunfo patriota, costando 100 bajas a los realistas, contra 25 de la tropa de Miller. Los fugitivos de La Hera fueron alcanzados por la caballería de Soler y capturados casi en su totalidad en Moquehua.

Antes de que se librasen nuevas acciones, también allí se conoció el armisticio celebrado, deteniéndose las operaciones.

Así las cosas, se convino el 23 de mayo una entrevista personal entre los dos máximos jefes de guerra, que tuvo lugar al mes siguiente, en la localidad de Punchauca. Si bien el encuentro se desarrolló en cordiales términos —San Martín lo inició con una frase comprometedora: "Los liberales del mundo son hermanos en todas partes"—, al final la negativa de La Serna de aceptar la independencia peruana hizo fracasar la gestión. "Siento tanta obstinación [*expresó por último San Martín*], pues veo con pesar que dentro de poco tiempo no tendrán los españoles más recurso que tirarse un pistoletazo."

En las montañas Arenales reemprendió su campaña una vez concluido el armisticio, y el 29 de junio chocó con la retaguardia de Carratalá, haciéndole muchos prisioneros y forzándolo a retirarse más aún, quedando él en el valle de Jauja.

El Ejército Libertador continuaba sitiando a Lima, donde la escasez de víveres provocó hondo malestar contra sus autoridades, aumentando las numerosas desertiones entre las tropas. El general de los Andes no se apresuraba a dar un golpe definitivo, aguardando que la ciudad se le entregara espontáneamente, fiel a su estrategia de obtener victorias sin derramamiento de sangre. Explicaba a un visitante:

No aspiro a la fama de conquistador del Perú: mi única ambición es liberar a mi país. ¿Qué haría yo en Lima si sus habitantes me fuesen contrarios? He ganado ca-

da día nuevos aliados en el corazón del pueblo. En cuanto a fuerzas militares, he conseguido aumentarlas y mejorar el ejército patriota, mientras el de los españoles se ha disminuido por la miseria y la desertión.

El 4 de julio de 1821 el virrey La Serna anunció a los limeños que abandonaría la capital. Una semana antes ya había despachado al Interior a la mejor parte de su Ejército, mandado por el coronel Canterac, y él mismo emprendió su marcha en la mañana del día 6. Quedaban en los castillos de El Callao 2.000 hombres para sostener esta posición, aunque con escasos víveres.

El general San Martín aún esperó dos días más, reiterando a un interlocutor: "Mi intención es dar al pueblo los medios de proclamar su independencia y establecer el gobierno que le convenga. Hecho esto, consideraré terminada mi misión y me retiraré". El 9 al anochecer una división ocupó sin resistencia la ciudad.

A las siete y media de la tarde del 10 de julio el general San Martín entró en Lima sin más compañía que su ayudante y sin advertencia previa, dirigiéndose al palacio de los Virreyes. Conocida su presencia, una multitud se reunió allí para homenajearlo de diversas maneras, pero cansado de tales demostraciones, tres horas después se retiró al campamento del Ejército. Vuelto a instalarse en el palacio (14 de junio), convocó a Cabildo Abierto para saber si los vecinos estaban decididos por la independencia. Al día siguiente la asamblea así lo afirmó. Dos semanas después, el 28 de julio de 1821, el propio general José de San Martín proclamó la emancipación peruana en la Plaza Mayor de Lima, en medio de gran concurrencia popular y la participación de todas las corporaciones civiles y religiosas, tropas militares y delegación de la nobleza indígena. Su solemne declaración expresó: "El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad de los pueblos y de la justicia de su causa, que Dios defiende. ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia!".

La resolución solemne y su ratificación entusiasta por la multitud de Lima no ocultaba, sin embargo, el hecho de que el grueso del Ejército Real estaba guarecido en montañas de difícil acceso, donde la emancipación no había cundido con fuerza, y que no muy distantes, los castillos de la fortaleza costera de El Callao mantenían la bandera de España. Aunque se confiaba obtener la victoria al poco tiempo, los recursos del Estado de Chile habían sido agotados.

En lo que hace a las Provincias del Río de la Plata, según la frase estampada por entonces, "nadie se acuerda que hay enemigos de la patria con los cuales combatir todavía".

Concluida la primera década de vida independiente, los argentinos miraban para adentro, a fin de organizarse. Lo que significaba, de paso, definir quién dominaría.

Asumido el mando de la provincia de Buenos Aires por el brigadier Martín Rodríguez, los disturbios provocados por las ambiciones cesaron, y quedó estabilizada la situación en este sentido. Pero distaba en otro aspecto de haberse establecido sólidamente la tranquilidad. El turbulento espíritu del general chileno José Miguel Carrera, obsesionado por su reconquista del poder en Santiago, se agitaba en una y otra dirección para buscar el medio de llegar a él. Los pueblos argentinos pagarían con sangre esta pertinacia. Cabeza de una "montonera", su *modus vivendi* era la rapiña en gran escala, y para

que no queden dudas sobre lo dicho, basten estos dos párrafos escritos en cartas dirigidas a su esposa, del 22 de septiembre de 1820:

Antes de ayer hicimos una arreada desde el Tala, que no bajaría de 14.000 cabezas de ganado vacuno y de 12.000 ovejas. Luego entraremos hasta Pergamino para otra barrida, que debe ser mejor, y quizá sea la última que yo haga porque el tiempo de la Cordillera nos llama.

Hallándose Carrera aún al lado del gobernador santafecino López, fructuosamente para que éste prosiguiera su guerra contra Buenos Aires, realización de la campaña en aquel mes de septiembre de 1820 ante la ronel Dorrego y la posterior asunción de Rodríguez, las negociaciones entre las dos provincias, en términos que luego se detallarán. De aquí santafecino aseguraba al gobierno de Mendoza en carta del 26 de noviembre impediría que Carrera “dirigiese su corta división a los objetos particulares en perjuicio de la general tranquilidad de las provincias”. El caudillo recurso: su alianza con los indios.

Sigámoslo en esta peligrosa jugada, hasta su conclusión.

Carrera se encontraba en Rosario, comprando armas para equipar a la pérdida sufrida cuando Dorrego tomó la ciudad de San Nicolás donde tado el grueso de su división. Sintiendo en posición insegura ante la para llegar al arreglo entre Santa Fe y Buenos Aires, el general Carrera fugio y se internó en la pampa. Imaginaba remontar una fuerza de 1.000 tecida por los caciques, para estar en condiciones de pasar a Chile. Su fue celebrar un “parlamento” con varios de ellos, quienes pusieron preción: ayudarlos a asaltar y saquear la población fronteriza de Salto, a por 30 milicianos... Fue un terrible compromiso. Carrera conoció el p. llevado por lo que él calificaba de “cruel destino”, como que confió a u dantes, Juan Antonio García:

Yo veré cosas que partan mi corazón y que despedacen mis sentimientos pero no oiré decir a mis compatriotas y amigos que dejé de dar u condujera a sacarlos de la ignominiosa esclavitud a que los ha reducción de un infame tiranueto.

El odio a O'Higgins —en el cual entraba la colaboración prestada oscurecía el razonamiento y borraba los sentimientos, aunque no al punto comprender la gravedad de sus actos. A su mujer doña Mercedes Fontec 2 de diciembre:

Ayer a las doce de la mañana llegué al campo de los indios, compuesto como de 2.000, enteramente resueltos a avanzar las guardias de Buenos Aires para saquear las, quemarlas, tomar las familias y arrear las haciendas. ¡Doloroso paso! En situación no puedo prescindir de acompañarlos al Salto, que será atacado mañana al amanecer. De allí volveremos para seguir a los toldos, en donde estableceré mi cuartel general para dirigir las operaciones como más convenga. El paso de mañana me

consterna, y más que todo que se sepa que yo voy, pero atribúyase por los imparciales a la cruel persecución del infernal complot.

Un norteamericano que acompañaba a Carrera, William Yates, relató en sus *Memoirs* lo sucedido cuando, en efecto, el 3 de diciembre de 1820 los indios y chilenos invadieron el pueblo de Salto. Como anunciara el propio general José Miguel Carrera meses atrás, los porteños supieron lo que era oír el toque de saqueo a sus muchachos.

Refiere Yates que los pobladores no hicieron resistencia bajo condición de que se les dejara tranquilos en el fuerte y en la torre de la iglesia, “abandonando a la crueldad y depredación de los indios sus mujeres, hijos, parientes y propiedades”. Si respecto a estas últimas nada quedaba por hacer, resulta imposible imaginar que en la capitulación no estuvieran comprendidas las familias. De todas maneras, la palabra pampa carecía de valor. Continúa refiriendo Yates:

Se siguieron las escenas más impresionantes y lastimosas. Las mujeres, como ocurre en situaciones semejantes, habían acudido a la iglesia para implorar la protección de sus santos patronos. Pero los indios no entendían de patronazgos y protecciones: derribaron las puertas del templo y se posesionaron de todo: mujeres jóvenes y ancianas, niños, vasos sagrados; ni las imágenes de los santos escaparon... Mientras los indios se ocupaban en cautivar desgraciadas mujeres y niños, nuestro desahucio se dedicaba al saqueo de la ciudad.

Doscientas cincuenta mujeres y criaturas fueron el espantoso botín de los salvajes, aunque algunas de ellas pudieron ser rescatadas por intercesión de Carrera ante los caciques que las obtuvieron, y otras más debieron acompañar a la División de los chilenos en su posterior correría.

Las que habían caído en poder de los caciques fueron liberadas reservadamente [indica William Yates], pero las que por desgracia eran cautivas de los indios quedaron en su poder; porque la autoridad de los caciques no llega hasta exigir el abandono de lo que se considera bien ganado en la guerra.

Concluye su narración el oficial norteamericano: “Esta lamentable catástrofe dio fundamento a nuestros enemigos para desatar sus elogios sobre Carrera y los que lo acompañaban; sin duda el hecho en sí fue bárbaro e indefendible”.

El mismo José Miguel Carrera debió confesar en la intimidad lo sucedido: “Ayer, mi Mercedes, tomé el Salto sin querer. Mi objeto era sacar ganado, y el de los indios saquear y incendiar el pueblo”, escribió a su mujer, pero sin entrar en detalles. A un corresponsal residente en Chillán le anunciaba (13 de diciembre) que proseguiría sus depredaciones en Buenos Aires antes de marchar hacia Chile, sin dejar “a los porteños ni un caballo, ni una vaca, ni ganas de volver a esclavizar chilenos”. No mucho después hizo la siguiente confidencia a uno de sus acompañantes:

Es cierto todo lo que han dicho de mis soldados: son unos facinerosos a quienes tengo que soportar a pesar mío; es una de las fatalidades de mi posición. Yo no puedo pagarles, nada tengo que darles, y si no les permitiera esa licencia me quedaría sin uno solo.

Un clamor unánime de indignación recorrió la provincia de Buenos Aires al tomar conocimiento del saqueo de Salto. El gobernador Rodríguez, despreocupado de la situación santafecina luego de haber formalizado la paz, se movilizó tras las huellas de Carrera, precedido por una proclama que todavía a la distancia vibra con el horror producido:

José Miguel Carrera, ese hombre depravado, ese genio del mal, esa furia bostea da por el Infierno mismo, es el autor de tamaños desastres. Bárbaro, cien veces más bárbaro y ferino que los salvajes errantes del Sur, a quienes se ha asociado, acabo de invadir el pacífico pueblo del Salto en la forma inhumana y sacrílega que habéis oído. ¡Oh, qué pasiones encontradas y tan violentas devoran mi alma en este momento! Yo marchó, compatriotas, en busca de ese portento de iniquidad. Honrables representantes de esta heroica pero desgraciada provincia: permitidme desatender unos deberes por cumplir otros más urgentes. Yo juro al Dios que adoráis perseguir a ese tigre, y vengar a la religión que ha profanado, a la patria que ha ofendido, a la naturaleza que ha ultrajado con sus crímenes.

El empeño puesto para hallarlo fue inútil: Carrera se había internado en el desierto frustrando el deseo de Rodríguez.

Al menos estaba concertada la paz con Santa Fe, interviniendo como mediador el gobierno de Córdoba, y este resultado se logró mediante un pacto suscripto "en la estancia del finado don Tiburcio Benegas", a las márgenes del arroyo del Medio que separaba a las dos provincias en armas, el 24 de noviembre. El texto público confirmaba el deseo de celebrar el Congreso Constituyente, pero éste se realizaría en Córdoba, no en San Lorenzo, demasiado cerca del poderoso Francisco Ramírez. Su antiguo aliado López había aludido a la "inconmensurable ambición" de éste, y un acuerdo secreto disponía la unión de las tres provincias en contra suya, como si la voz de orden del momento histórico fuese el de nivelar para abajo: primero el Directorio, luego Artigas, ahora Ramírez. El nuevo pacto no se logró sin pagar un precio, pues Estanislao López exigió a más de una compensación de \$2.000 mensuales por el estado a que había quedado reducida la provincia (que pagó Buenos Aires hasta 1851), una indemnización por los perjuicios causados por las tropas porteñas en sus invasiones, consistente en la entrega de 25.000 cabezas de ganado. Para reunir esta cantidad se ofreció el comandante Juan Manuel de Rosas, quien recurrió a los estancieros porteños de su conocimiento, que luego fueron pagados por el Gobierno, siendo recompensado Rosas por sus trabajos con la donación de la llamada *Estancia del Rey*, propiedad del Estado, y mucho más por Santa Fe, que lo condecoró con el grado de general (coronel mayor), le otorgó el cargo de regidor perpetuo en su Cabildo, y le donó un terreno de treinta y dos leguas. De aquí data la amistad entre López y Rosas, tan provechosa en el futuro para ambos.

¿Cuál era mientras tanto la situación del adversario común, el general Francisco Ramírez?

Derrotado Artigas y expulsado de la Mesopotamia argentina, el general entrerriano permanecía en Corrientes, en donde dio forma institucional a esa región, bajo la denominación de *República Entrerriana*, disponiendo —en el mismo mes de noviembre durante el cual se tramaba a sus espaldas causar su ruina— llamar a elecciones en los pueblos de su provincia para elegir al *Jefe Supremo* de ella: por sabido que fuese el resultado, significó el primer acto democrático en nuestro país. Para regirla le dio una fisonomía

marcadamente militar, colocando al frente de las Comandancias en que dividió a sus tres regiones, a otros tantos oficiales: en Entre Ríos, el general Ricardo López Jordán; en Corrientes, el coronel Evaristo Carriego, y en Misiones, el comandante Félix Aguirre.

Sin ocuparnos de la organización de dicha "República" —que al igual que la contemporánea "República de Tucumán" creada por el coronel Bernabé Aráoz, no pretendía romper los lazos de la nacionalidad, sino acentuar con este nombre el carácter democrático indicado—, debemos considerar la acción bélica del *Supremo* Ramírez. Su proyecto no era nada menos que invadir Paraguay y recobrarlo para las Provincias Unidas. A tal efecto preparó una flotilla en Corrientes y comenzó a dar forma a su ejército —que se hace ascender a 4.000 efectivos—, lo cual fue sabido por las demás provincias y naturalmente por el tirano paraguayo Francia, de lo que hay numerosos constancias documentales. En tales menesteres permaneció en aquella Provincia durante los primeros meses del año 21. El caudillo entrerriano estaba capacitado para esta empresa, teniéndose en cuenta su aptitud, la de su ejército, y la mínima resistencia que podía oponerle aquel dictador. Viene al caso transcribir la opinión del severo crítico que fue el general Paz, quien opinó en sus *Memorias*:

Juzgo que no está de más advertir que el general Ramírez fue el primero y el único entonces de esos generales-caudillos que había engendrado el desorden, que puso regularidad y orden en sus tropas. A diferencia de López y Artigas estableció la subordinación y adoptó los principios de la táctica, lo que le dio una notable superioridad.

En otro párrafo Paz alude a que las tropas de Ramírez, comparadas con las de Artigas, "aunque mucho más pequeñas eran más disciplinadas". Dentro de esa organización no puede soslayarse el hecho de que el ejército de Ramírez estaba rigurosamente uniformado —a veces se cree que las tropas provinciales semejaban a gauchos armados—, y prueba de ello se tiene en un fragmento de los escritos históricos del coronel Manuel A. Pueyrredon, cuando relatando un combate contra las tropas de Carrera en el que intervino siendo capitán en 1821, refiere:

Aquello fue un terrible entrevero, en que muy raro era el tiro que se oía. Yo no podía comprender la razón porque nadie me atacaba, estando entre el grueso del enemigo. Con el sable en mano y la vista de un lado a otro, me devanaba los sesos sin poder comprender por qué no me mataban. Después descubrí el enigma, que no era otro que el haberse reunido a Carrera, dos días antes, cuatro oficiales de Ramírez que tenían uniforme igual al mío: me tomaron por uno de ellos.

La invasión a Paraguay finalmente no se produjo. El alzamiento contra el tirano Francia que debió estallar previamente en Asunción fue denunciado y abortado; luego, intrigas y susceptibilidades se mezclaron para llevar la atención del general Ramírez hacia otro lado: hacia Buenos Aires, porque recibió avisos que se atentaría contra su vida, por instigación de allá. Lo positivo es que en febrero de 1821 se sublevó en Goya la infantería correntina, agregándose dos compañías de indios lanceros guaycurúes, y esto provocó incluso el fusilamiento del comandante Gervasio Correa —su antiguo adversario—, por creérselo complicado en los sucesos que tendían a deponerlo del mando.

Ramírez recibió datos que en Buenos Aires se tramaba su caída, pese a que le eran desconocidos en detalle los arreglos de Santa Fe con el tradicional enemigo de ambas provincias concertado en la estancia de Benegas. Sus sospechas crecieron con la demora en el envío del diputado al Congreso previsto por el pacto de Pilar para celebrarse en el convento de San Lorenzo, y algo más, que enrostró al gobernador porteño, Rodríguez:

Desde la convención de Pilar he guardado el más escrupuloso comportamiento con ese gobierno. Él, empero, no ha observado igual correspondencia en los lances precisos. Se denegó abiertamente a franquearme la escuadrilla de mar; y hasta hoy subsiste en el firme propósito de privar el transporte de armamento a Entre Ríos.

Y ya el 7 de marzo de 1821 se publicaba en la *Gaceta* de Buenos Aires una proclama del brigadier Martín Rodríguez acusando al Jefe Supremo de la República Entrerriana de "haberse ya puesto en movimiento contra la provincia", sin motivo ni pretexto de ésta "para una semejante agresión". Ciertamente también se aludía a "la pérfida paz que humilló al gran pueblo de Buenos Aires", y a "los funestos sucesos de febrero de 1820", todo lo cual revelaba el rechazo de lo convenido en Pilar. Un bando expedido el 20 del mismo mes cerró la comunicación con Entre Ríos por ser públicos —argumentaba— los preparativos bélicos de este gobierno, habiendo proclamado su titular:

El gran pueblo duerme: marchó por tercera vez a recordarle [despertarlo]. No es el amor a la anarquía ni al desorden quien anima mis pasos. Las ideas son representativas de un objeto digno y liberal. Por ellos el pueblo generoso se ha convertido en egoísta.

Tal el manifiesto de Ramírez como réplica, expedido el 4 de abril de 1821. Las hostilidades volvían a comenzar.

El general Ramírez invitó a participar en la empresa a su antiguo aliado, el general Estanislao López, despachando ante él a su ministro don Cipriano J. de Urquiza y al coronel Pedro Barrenechea, el 22 de abril. El fracaso de la embajada estaba decidido de antemano por la alianza santafecino-porteña ajustada en noviembre del año anterior en la estancia de Benegas, lo que ignoraba el "Supremo Entrerriano" al participárselo al coronel Carriego en Corrientes al día siguiente:

Llegaron ayer Urquiza y Barrenechea, a quienes mandé ante el gobierno de Santa Fe a fin de conciliarlos según su propuesta. Yo, a pesar de franquearme a toda, a todo se ha negado. Dice que no se compromete a nada. En suma, él está decidido por Rodríguez, a pesar de que conoce su iniquidad. Es preciso tocar ya otros resortes.

Algo era evidente: si Santa Fe no participaba en la campaña contra Buenos Aires, tampoco iba a permitir que el ejército entrerriano cruzara libremente su territorio para invadir aquella provincia. Esto no preocupaba al soberbio Ramírez, a estar a sus términos, pero lo que desconocía es que además de López y de Rodríguez, otro enemigo se movilizaba en su contra: el gobernador de Córdoba, general Juan Bautista Bustos, por más

que por el momento estuviese ocupado por la presencia en su jurisdicción de la horda encabezada por el general José Miguel Carrera.

Ramírez contaba con 2.000 hombres para operar, organizados en tres divisiones: la 1ª en Paraná al mando del coronel Romualdo García, la 2ª a las del coronel Gregorio Piris, y la 3ª a la del teniente coronel Anacleto Medina, a más de una escuadrilla bajo las órdenes del comandante Manuel Monteverde, consistente en el bergantín *Belén*, tres goletas, y varios lanchones armados. Pese a que Buenos Aires también disponía de otra flotilla comandada por el coronel José M. Zapiola (nuevamente actuando como marino, luego de su paso por los Granaderos a Caballo), los vientos contrarios tenían a ésta inmovilizada en San Nicolás, y en consecuencia el general Ramírez no perdió tiempo en cruzar el río Paraná para invadir a Santa Fe.

Su primer movimiento consistió en enviar al teniente coronel Medina al otro lado del río con 200 hombres (lo atravesaron en cinco lanchones) para apoderarse de la caballería que el gobernador López tenía reunida en el pueblo de Coronda, lo que se efectuó el 2 de mayo. La operación fue cumplida con éxito, lo que permitió a que el propio Ramírez lo siguiera con 1.000 soldados, cruzando el Paraná por la actual ciudad de Diamante.

Desde Buenos Aires se adelantó contra él uno de los más afamados veteranos del antiguo Ejército Auxiliar del Perú: el coronel Gregorio Aráoz de La Madrid, quien a su turno vadeó el arroyo del Medio al frente de casi 600 hombres de las tropas porteñas, compuestas por los Húsares del Orden, el Regimiento 4º de Campaña (teniente coronel Justo Rufino Fleytas), y Dragones de Santa Fe y milicias de Rosario (comandante Nicolás Ríos) que se le incorporaron en la otra margen. Era el 8 de mayo, a cuyo mediodía chocaron las fuerzas de La Madrid con la división de Medina (400 efectivos) que avanzaba sobre San Lorenzo, pronto auxiliada por refuerzos del ejército entrerriano. El encuentro significó una completa derrota para el coronel La Madrid. Éste buscó la incorporación del teniente coronel Juan Luis Orrego, enviado por López; mas antes que se produjera su conjunción, Ramírez atacó al último en el Catrízal de Medina y deshizo a su columna tras sangrienta y larga pelea. En esta acción fue gravemente herido el coronel Gregorio Piris, quien debió pasar a Paraná a restablecerse.

El segundo movimiento ordenado por el general Ramírez fue el ataque directo a la ciudad de Santa Fe, lo que se produjo el 13 de mayo. Esta operación cambió la suerte de la campaña, pero no como se pensó, según los detalles que siguen.

Para ocupar la capital enemiga se había alistado una fuerza como de 1.300 hombres, puesta bajo el mando del coronel Romualdo García (750 infantes, un escuadrón de caballería y cerca de 200 artilleros), quien llevaba como segundo al teniente coronel Lucio Mansilla. Los conducía desde la vecina orilla la flotilla de Monteverde en cuatro embarcaciones grandes y diez lanchones. Debían enfrentarse, en primer término, con una batería de artillería que López había colocado en la laguna a pocas cuadras de Santa Fe, ciudad que se hallaba foseada y defendida por dos piezas. Nada mejor para conocer lo sucedido, que seguir la narración efectuada por el propio Mansilla en una *Memoria* redactada años después, y el cual apunta que llevaba "formado un plan". Al principio todo marchó conforme a lo previsto:

Llegados a la boca de la laguna, a medio tiro de fusil de una batería de 5 cañones rompieron el fuego los buques, a que contestó aquélla. Me mantuve por media ho-

ra; en tal situación llamé botes de la escuadra: monté en ellos 70 hombres, y poniéndome al frente embestí la batería, apoderándome de ella; y con 3 de sus piezas cargadas aún, hice fuego por la espalda a los que huían. Hice desembarcar toda la expedición y esperé órdenes de García.

López se encontraba fuera de la población, en la costa del monte. Así las cosas, conviene advertir que el teniente coronel Lucio Mansilla confiesa que estaba "firme en la resolución de no desenvainar mi espada contra Buenos Aires"... Por eso hizo notar al coronel García que corrían el riesgo de ser cortados por la flotilla de Zapiola, pues el viento soplabla del sur, y a la vez sitiados por la caballería de López; pues "vi llegado el momento de salvar la situación de Buenos Aires". Propuso en consecuencia Mansilla celebrar una junta de guerra, y ésta, alarmada por sus pronósticos, resolvió embarcar los cañones tomados y regresar a Paraná, sin atacar la ciudad de Santa Fe, contrariando las órdenes impartidas por el superior.

Concluye Mansilla: "Al día siguiente estábamos en Paraná; se celebró el hecho de armas y nadie se apercebía de la intriga mía contra Ramírez, que no había sabido respetar la resistencia tantas veces manifestada en oposición de invadir mi patria natal".

Esta traición dejó cortado al general Ramírez en suelo enemigo, con las fuerzas de dos provincias que cooperaban para eliminarlo.

El gobernador López no perdió tiempo en dirigirse contra su antiguo camarada, al tiempo que el gobernador Rodríguez volvía a mandar para unírsele al coronel La Madrid con pertrechos y dinero. Seguramente para vengar su primera derrota, éste atacó solo a Ramírez el 24 de mayo de 1821 luego de avanzar disimulado por una espesa niebla a la orilla del Paraná. El *Supremo* de Entre Ríos seguía en las proximidades de Coronda, quizás aguardando refuerzos, con sus elementos disminuidos: 600 soldados. La Madrid fue sobre él al frente de 1.500. No obstante esa desproporción, el general Ramírez no esquivó el combate, que se trabó con gran ardimiento por ambas partes. Pero el valor del afamado sableador del Alto Perú, que olvidaba sus deberes de jefe para pelear como soldado, hizo que el coronel La Madrid fuera vencido por segunda vez, de manera concluyente, perdiendo su columna y todo lo que conducía. Apenas se salvó el coronel Domingo S. Arévalo con su regimiento, el cual buscó la incorporación de López. Muy poco después, el 26 de mayo, aún no repuesto Ramírez de los encuentros que había librado, y reducidos sus efectivos a 400 hombres, debió enfrentarse contra el general Estanislao López. El general Ramírez, mostrando a sus hombres por un lado el gran río, y a su frente la inmensidad de enemigos que los amenazaban, los exhortó: "¡Muchachos: de aquí no hay retirada!". Sólo restaba abrirse paso luchando, en la confianza que la oscuridad próxima los ayudara a escapar.

Don José María Paz, cercano a estos episodios, describió lo sucedido:

Quizá la suma confianza del jefe entrerriano fue la causa principal de su derrota. Al anoecer, en un terreno que poco conocía, o que conocían mucho mejor sus contrarios, se aventuró en cargas importantes, que aunque fueron felices al principio acabaron por desorganizar sus fuerzas y dar la ventaja a sus enemigos. Téngase presente que los santafecinos, como tropa de puro entusiasmo, eran excelentes en ese combate casi individual que ellos llaman entrevero, que resulta del desorden de las líneas que han roto su formación.

Ramírez y el resto de los suyos pudieron escapar hacia la frontera con Córdoba, donde había recibido aviso de que encontraría al general Carrera.

Se unieron ambos, el Jefe Supremo de la República Entrerriana y el caudillo de la emigración chilena, en el río Tercero (7 de junio), y juntos convinieron en atacar a su común enemigo el gobernador Bustos, quien se hallaba en la posta de Cruz Alta. Así sucedió el día 13, pero Bustos los esperaba, habiendo fortificado su posición con los precarios medios de que dispuso, aunque suficientes para rechazar el asalto de aquéllos, cuya caballería no pudo superar los obstáculos que encontró para dominar al mandatario cordobés.

Fue el final de su conjunción, pues cada uno de los dos caudillos tomó el rumbo al que sus intereses los dirigían. Carrera se dirigió a Cuyo para pasar la Cordillera; Ramírez lo hizo hacia el norte de Córdoba para retornar por el Chaco a Entre Ríos. La escuadra entrerriana comandada por Manuel Monteverde había sido batida el 26 de julio por una fuerza de Zapiola a órdenes del teniente Leonardo Rosales, muriendo Monteverde en la acción, y privando a Ramírez, por ende, de volver directamente a refugiarse en su provincia.

Ninguno de los dos jefes llegaría con vida al destino que cada uno ambicionaba.

El general Francisco Ramírez estaba acompañado de escasos efectivos, que apenas se acercaban a los 300 hombres (entre ellos, dos futuros jefes de nombradía: el general Vicente Ramírez, de Corrientes, y el coronel Domingo Meriles, de Córdoba). Con su vanguardia (dos escuadrones) a cargo del teniente coronel Anacleto Medina, marchaba en compañía de su secretario el antiguo fraile José Gervasio Monterroso (que lo había sido antes de Artigas), y de su manceba María Delfina, de la cual se ignora el apellido y sólo se sabe que era brasileña ("portuguesa", indica su partida de defunción en 1839). Ramírez era tenazmente perseguido por fuerzas cordobesas al mando del coronel Francisco de Bedoya reforzado por un escuadrón santafecino a órdenes del teniente coronel Juan Luis Orrego.

En la mañana del 10 de julio Orrego alcanzó a Ramírez en proximidades de San Francisco, más allá del río Seco (frontera con Santiago del Estero), y el choque fue desfavorable a los inferiores efectivos entrerrianos, mal montados por lo demás, tras lo cual dejaron el campo y prosiguieron la fuga. En un momento dado, *la Señora*— como se llamaba a Delfina— gritó al general Ramírez que su caballo estaba cansado y se paraba: ella marchaba asistida por el teniente Miguel Gerónimo Galarza y un grupo de escolta. Ante el aviso, Ramírez se detuvo y dándose vuelta, ordenó que se mudara la cabalgadura de su amante, cuando una de las balas que le disparaba la partida enemiga le entró por el cuello, matándolo en el acto. El comandante Medina hizo alzar su cuerpo para conservarlo, pero acosados de cerca, hubo que abandonarlo. También se perdió la bandera, que fue "batida por la tierra" por sus eufóricos captores. El teniente coronel Anacleto Medina, el oficial Galarza, Delfina y el resto, pudieron salvar y regresar a Entre Ríos. A Ramírez el teniente José Maldonado, de los Dragones santafecinos que lo había ultimado, le cortó la cabeza y junto con la bandera de su "República" fueron remitidas a su antiguo compañero Estanislao López. Éste dirigió la siguiente nota al Gobierno delegado de Santa Fe:

La cabeza de Ramírez se servirá pasarla a la H. Junta de Representantes, acordándose colocarla en la iglesia matriz al frente de la bandera, en una jaula de cualquier me-

tal costeada por los fondos del Cabildo, embalsamándose si se pudiese o disecada por el cirujano, para perpetua memoria y escarmiento de otros que en lo sucesivo, en los transportes de sus aspiraciones, intenten oprimir a los heroicos y libres santafecinos.

De este modo, a los 33 años de edad, desapareció un hombre que a sus notables condiciones de soldado, unió la defensa de la integridad territorial argentina y echó la base definitiva de su organización institucional: republicana y federal.

Con la muerte de Francisco Ramírez, por otra parte, puede sellarse el período de la anarquía nacional, porque para esta época cesaron las luchas intestinas en las antiguas y extensas Intendencias, naciendo definitivamente las Provincias, hasta entonces sus "Gobernaciones". En cuanto a la *República Entrerriana*, la desaparición de su jefe supremo significó su extinción: sendos alzamientos ocurrieron, en Corrientes —que se separó de ella, deponiendo al coronel Carriego— y en la propia Entre Ríos, encabezado este último por el mismo teniente coronel Lucio Mansilla, quien desalojó del mando al *Supremo Interino*, general Ricardo López Jordán, y asumió él su Poder Ejecutivo. Su pronunciamiento fue asistido por el general Estanislao López, quien cruzó el río con tropas y se instaló en la ciudad de Paraná como mandatario interino, mientras Mansilla actuaba contra los fieles "ramiristas" —López Jordán, Cipriano de Urquiza, el coronel Piriz— hasta forzarlos a emigrar a Paysandú.

Resta por considerar la suerte del otro personaje que agitara el Litoral en esos tormentosos tiempos, en hechos sucedidos antes de lo recién relatado.

José Miguel Carrera, quien pudo burlar la persecución del general Martín Rodríguez, escapó también del cerco que le tendió el gobernador de Córdoba, luego de sufrir a manos de éste un rechazo en La Carlota, y finalmente penetró en suelo puntano en el mes de marzo. En su linde, el día 6, derrotó a una fuerza cordobesa que lo persiguió hasta cerca de San José del Morro; y poco después, el 11, Carrera se enfrentó con las tropas de San Luis mandadas por el teniente coronel Luis de Videla: éste también fue vencido por los chilenos e indios (unos 400) que componían la columna de aquél, muriendo varios de sus oficiales distinguidos, como Dolores Videla y Juan Daract, y gran cantidad de sus subordinados. "Eran los hombres más bravos que habíamos encontrado hasta entonces [escribió el coronel José María Benavente, segundo de Carrera], y pelearon todos hasta caer el último soldado. Esta sorpresa nos dio armamento y recursos para seguir adelante". Vueltos estos montoneros a Córdoba, y tras unirse con Ramírez fugazmente (ataque a Bustos en Cruz Alta el 13 de junio, ya mencionado), el general José Miguel Carrera retomó el rumbo de Cuyo.

Mendoza, alarmada, se puso en pie de guerra. Su gobernador el doctor Tomás Godoy Cruz encomendó la jefatura del Ejército de la provincia al general Bruno Morón, veterano del Ejército del Perú (uno de los pocos jefes leales durante el motín de Arequito), y éste, debidamente abastecido con dinero, caballos, mulas de silla y de carga, avanzó sobre San Luis. Llevaba en su compañía a algunos antiguos oficiales del Ejército de los Andes, como el mayor Nicasio Ramayo, el teniente José Gregorio Aycardo y el capitán Manuel A. Pueyrredon, éste designado su primer ayudante de campo. Refiere el último que al encontrarse con Aycardo, el mismo le advirtió: "¡Vos también te has metido en esta! Pues ya te pesará. ¿Pensarás que éstos son los Granaderos?". Efectivamente, el ejército comandado por Morón era en gran parte miliciano, llevando al frente de la división de San Juan al coronel Ventura Quiroga.

El coronel Morón había sido ascendido al grado de general por el gobernador Godoy Cruz en el mes de mayo; y debe puntualizarse el hecho de que, desaparecidos los Poderes centrales —Director Supremo y Congreso Nacional— desde 1820, y hasta la instalación de nuevas autoridades nacionales, las Provincias concedieron ascensos militares en virtud de la plena *soberanía* que habían reasumido.

Carrera conducía un convoy —relata William Yates, quien formaba parte de él— compuesto por "un gran número de carretas, bagajes, enfermos, heridos, prisioneros, mujeres, etc.". Cruzaba la pampa en dirección a Río Cuarto y se hallaba al sur de esta población, atravesando el río de ese nombre por el paso de San Bernardo, cuando fue sorprendido de madrugada por las tropas del general Morón. "El combate fue bastante reñido —atestigua el capitán Pueyrredon—: más de 20 muertos y como 30 prisioneros fue el resultado de este encuentro". De estos últimos, 11 fueron fusilados, obedeciéndose las terminantes órdenes del gobierno de Mendoza. Pudo rescatarse a una bella porteña capturada por los montoneros en su pillaje de Salto.

Poco después se recibió un parte anunciando que el grueso de la columna de Carrera —su tropa de pelea— se hallaba cercana, por lo que el general Morón marchó contra ella sin detenerse durante todo el día —antes lo hacía de noche para aliviarse del calor de esos días—, hasta que pasada la medianoche se oyó a retaguardia un toque de clarín: era el enemigo, y el Ejército cuyano hizo alto para aguardar a que amaneciera. Las tropas de Morón alcanzaban a 800 hombres; Carrera disponía de poco menos.

Era el 8 del mes de julio de 1821 y estaban a cuatro leguas de la villa de Río Cuarto. La más fidedigna narración de lo acontecido pertenece a los *Escritos históricos* del después coronel Pueyrredon.

"Amaneció sin novedad y marchamos bajo una neblina muy densa", indica el capitán Manuel Pueyrredon, ayudante de campo del general Bruno Morón. Este último había cambiado de cabalgadura, montando un *tordillo* "demasiado brioso y herrado en las cuatro patas, lo que era muy peligroso en aquellos campos de paja". Pueyrredon se lo hizo ver, pero su recomendación de volver a utilizar el anterior *rosillo*, más manso, no fue atendida por el General. Lo que siguió corresponde a su relato:

No habíamos andado una legua cuando se presentó el enemigo formado en batalla. Nuestra línea se formó también; era superior a la de ellos. Marchamos de frente a su encuentro y a la distancia competente ambas cargaron; pero por uno de esos casos imposible de explicar, ambas líneas hicieron alto a distancia de 50 pasos una de otra, y quedaron clavadas en el campo como en un día de ejercicio, mirándose una a la otra. El general Morón comprendió que tendría la ventaja el que avanzara primero: rompió la línea y pasó adelante. Repitió la voz de ¡a la carga! Su tropa no se movió. Este movimiento del General fue tan rápido que no dio lugar a ninguno de sus ayudantes a seguirle. Su caballo, como he dicho, excesivamente brioso, no pudo sujetarlo hasta el medio de la distancia entre ambas líneas: ahí cayó...

El tordillo de Morón había patinado con sus herraduras en el pasto mojado y dio una voltereta, apretando al General: "estaba con la cara en tierra en la dirección del enemigo". El capitán Pueyrredon galopó hasta allí y trató de levantarlo tomándolo por el cuello del capote. "En esto cargaron nuevamente los montoneros, con una violencia tal que no me dieron tiempo para volver mi caballo: ellos me lo hicieron dar vuelta y fui arras-

trado a pesar mío". (En esta oportunidad fue que Pueyrredon salvó su vida porque su uniforme era similar al usado por algunos oficiales entrerrianos que, separados de Ramírez, se unieron a Carrera.) Sin poder defenderse, Morón fue ultimado en el suelo a sablazos y tiros. "Suceso único tal vez en la historia de las guerras [comenta Pueyrredon] que sea el general en jefe el primero que muera en una batalla". Ni un solo hombre de su ejército se movió para auxiliarlo.

Tras este singular episodio la lucha se generalizó. La izquierda de Carrera, que era la principal fuerza chilena, chocó con la derecha cuyana; pero la izquierda de los últimos envolvió a aquéllos mediante una conversión, de modo que la pelea hizo girar a los combatientes.

Entonces empezó el choque más terrible de caballería que he visto en mi vida [afirma Manuel Pueyrredon]. Aquello fue un terrible entrevero, en que muy raro era el tiro que se oía. Se combatió a hierro frío, por lo menos durante tres cuartos de hora, dando vueltas en círculo sobre el mismo lugar, como se hace en las trillas. Quedó el lugar completamente trillado por el pisoteo de los caballos y cubierto de muertos y heridos, cuyo número fue imposible calcular: no se veían más que cabezas y caras ensangrentadas.

Pueyrredon combatía ayudándose mutuamente con el teniente Aycardo, quien al recibir una pistola para librarse de tres enemigos que lo rodeaban, le advirtió: "¡No nos separemos! ¡Qué te dije: vengan a pelear con milicias!...". Sea como fuere, los cuyanos vencieron —sin duda su mayor número influyó para ello—, según confiesa el oficial norteamericano William Yates: "No podíamos abrigar la menor esperanza de triunfo. Rompí nuestra línea, los soldados se vieron obligados a huir, pero el coronel Benavente y otros oficiales no tardaron en reunirlos". Confirma Manuel Pueyrredon: "Los únicos oficiales de línea que allí nos juntamos, estábamos seguros de haber triunfado".

"La neblina continuaba como al principio [prosigue el capitán Pueyrredon], los hombres andaban a montones, ningún jefe se presentaba para organizar la fuerza, como debían haber hecho desde el momento de concluir." Faltos de dirección los cuyanos, la no explotación de su victoria permitió revertir lo sucedido. El coronel Benavente pudo organizar a los dispersos y lanzarlos de nuevo a la pelea. Sin dirección, el Ejército de Cuyo cedió el campo, pronunciándose su derrota: "Los grupos empezaron a salir, primero al trote, luego al galope, y al final en una completa fuga", escribe Pueyrredon.

El coronel Ventura Quiroga, jefe de la división de San Juan, logró reunir unos 400 hombres, y entró en negociaciones con el inesperado vencedor, general Carrera. Se convino por fin que se entregarían a este último 2.000 mulas (pagaderas por Chile cuando tomara el mando del Estado), con el compromiso de que la columna de Carrera no penetraría en las ciudades de su recorrido. El horror de lo acontecido en Salto se había difundido. De cualquier modo, el gobernador de San Luis —tránsito de los chilenos—, doctor José Santos Ortiz, se preocupó de preparar fuerzas para oponerles, abandonando esta ciudad a la aproximación de Carrera para alistarlas en la campaña. Lo positivo es que la división chilena entró a la capital puntana, pero ninguna violencia se cometió, aunque las familias habían tomado la precaución de refugiarse en las iglesias, y los sacerdotes —revestidos con sus sobrepellizas— aguardaban al nuevo Atila para impetrarle buena conducta. El general Carrera dio seguridades a la población y cumplió, manifestando que se proponía evitar nuevas ba-

llas para conservar intactas sus fuerzas para llevarlas a Chile. Empero, confesó a uno de sus contortulios "que no tenía confianza en sus soldados, que no han hecho profesión de ser virtuosos". A su postrer expresión la experimentaría en carne propia, a poco.

Carrera intentó vanamente aumentar sus efectivos con elementos locales, pero el vaqueño que le hizo el pueblo de San Luis fue evidente. Sus fuerzas —acampadas fuera de la ciudad, en el campamento del Chorrillo— estaban bajo el mando del coronel José M. Benavente, mas carente de organización: "No había Estado Mayor, detall, jefe de día, sistema ni orden regular en el servicio; todo se hacía por piquetes", revela el prisionero capitán Manuel Pueyrredon. A mediados de agosto la división chilena partió para San Juan, acercándose a la Cordillera.

En su trayecto no halló auxilio alguno, pues los vecinos huían ante su avance. En consecuencia, en ese terreno pedregoso y sin agua, los soldados de Carrera destruyeron la caballada recorriéndolo a grandes distancias para abastecerse. Al penetrar en la provincia de San Juan, el general José Miguel Carrera fue informado que lo esperaba en son de guerra un nuevo ejército bajo el mando del veterano coronel José María Pérez de Urquínine, y que en Mendoza se alistaban otras tropas confiadas al coronel de milicias José Albino Gutiérrez, con los cuales colaboraban algunos ex miembros del Ejército de los Andes. Ante ello, Carrera destacó a 150 lanceros que eran los mejores montados, para recoger caballos que le dijeron pastaban en Guanacache, y con el resto (unos 500 hombres) realizó una penosa travesía por un desierto que concluyó por inutilizar los que conservaba en uso.

La vanguardia mendocina, compuesta por un centenar de milicianos, se desbandó ante la aproximación de Carrera. Sin descorazonarse, el grueso de las tropas de esta provincia marchó aceleradamente para unirse a las de San Juan, yendo su vanguardia a órdenes del mayor Manuel de Olazábal, antiguo oficial de San Martín. En la madrugada del 31 de agosto de 1821, en la localidad de Punta del Médano, se avistaron con los chilenos, y poco después se les incorporó el coronel José Albino Gutiérrez con el resto de los mendocinos. La experiencia militar de Olazábal le hizo proponer que se escondiera la infantería (mayor Jorge Velasco) tras las alas de caballería (comandada por el mismo Olazábal y el capitán Gregorio Aycardo, ambos formados en el Regimiento de Granaderos a Caballo), para abrir las alas y permitir hacer fuego a los infantes en el momento oportuno. Se quería evitar el *entrevero*, favorable a los "montoneros".

Olazábal refirió las primeras acciones libradas, tomando la iniciativa los hombres de Carrera, luego de tendida la línea mendocina como se había acordado:

Llegados como a 400 varas de nuestra posición hicieron alto. Enseguida formaron una fila como de 200 hombres escogidos, y puestos al frente de ellos el gran sableador chileno coronel don José María Benavente, mayor general del ejército (en su caballo tordillo, que montaba el general don Bruno Morón cuando fue muerto en la acción de Río Cuarto), los hizo marchar de frente en dirección a nuestra izquierda, que se presentaba más débil para el choque. La carga fue la más impetuosa que pudieron dar los mejores soldados del mundo: desorganizaron a Aycardo, pero la infantería mandada por el intrépido sargento mayor don Jorge Velasco, despejada con la celeridad del rayo la fila de caballería que la ocultaba, rompió un vivo y nutrido fuego oblicuo que puso en derrota a los enemigos y permitió la reorganización instantánea de la división Aycardo, que ocupó nuevamente su puesto.

Rechazado Benavente, reorganizó su tropa y la reforzó con su reserva fuerte en 400 hombres. Dada la voz de *¡a degüello!* cargaron nuevamente los chilenos, con idéntico resultado: cedieron los bisoños soldados del capitán Aycardo pero sin desorganizarse buscando la protección de la infantería, que otra vez con sus fuegos puso en fuga a los enemigos. En tales momentos de confusión, el mayor Manuel de Olazábal cargó por la derecha, mientras Aycardo, ya repuesto, acompañaba el movimiento por la izquierda y la derrota de Carrera fue general.

Agrega Olazábal:

Yo perseguía muy de cerca al general Carrera, que con un trozo como de 100 hombres se dirigía hacia la posta de la Cañada Honda, en cuya casa se paró él y otros más y pidieron unos jarros de agua, que tomaron de a caballo, y continuaron su marcha al sud. En ese momento hice alto como a cien varas de distancia, porque apenas me acompañaban 20 hombres, yendo el resto de mi división ocupada en hacer prisioneros en distintas direcciones. Durante los instantes que estuve parado, me dirigieron varios retos para que los atropellase.

En su retirada Carrera no iba acompañado más que por un grupo de oficiales desmoralizados, que no llegaba a treinta, algunos de los cuales —encabezados por un comandante Arias, cordobés— lo traicionaron, apoderándose de su persona. También cayó prisionero el coronel José M. Benavente, tomado por haberse cansado el caballo durante la persecución. Conducidos ambos y varios de sus seguidores a Mendoza, el gobernador Godoy Cruz dispuso su fusilamiento, salvándose únicamente Benavente por instancias del mayor Olazábal.

CAPÍTULO IX

Fin de la guerra de Independencia

ÚLTIMA OFENSIVA REALISTA. VICTORIAS Y CONTRASTES EN PERÚ. CAMPAÑA DE QUITO. LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL. RETIRO DEL PROTECTOR. EXPEDICIÓN A PUERTOS INTERMEDIOS. EL EJÉRCITO DE LOS ANDES Y LA PÉRDIDA DE LIMA Y EL CALLAO. JUNÍN Y AYACUCHO.

Si con las muertes de Ramírez y de Carrera quedaron pacificados el Litoral y el Cuzco del país, no ocurría lo mismo en el Norte. San Martín había llevado las operaciones emancipadoras a Perú, y la situación en la Provincia Oriental pasaba por un momento de tranquilidad mediante el *statu quo* impuesto por las circunstancias, pero en la frontera salteña se vivía bajo el peligro constante de nueva invasión realista desde el Alto Perú.

Allí permanecía vigilante el general Martín Güemes. Éste fue ascendido en mayo de 1817, conforme la siguiente carta de felicitación que San Martín le cursara cuando estuvo en Buenos Aires después de Maipú: "Honor a mi amigo que sabe distinguirse. El despacho de coronel mayor que remito de oficio es una señal de mi aprecio a los méritos que usted está contrayendo en bien de la patria". Güemes había recibido instrucciones de San Martín al disponerse éste a zarpar para las costas peruanas, a fin de que con su "Ejército de Observación" se internara en territorio enemigo para dividir su atención, evitando que pudiera destacar auxilios que obstaculizaran el desembarco de aquél. De su papel defensivo, Güemes pasaría a la ofensiva. Con tal propósito procuró alistar las fuerzas suficientes, mas la generalizada anarquía desatada durante ese mismo año 20 impidió la conjunción de las tropas que de otras provincias debieron engrosar a sus efectivos. De la penuria de recursos obtenidos es buena muestra que el gobierno de Buenos Aires apenas pudo remitirle 30.000 cartuchos, 8.000 piedras y un surtido de limas para la maestranza. De cualquier modo, en Salta fueron impuestos fuertes tributos para equipar a las tropas, sin faltar tampoco donaciones voluntarias, y dicho Ejército de Observación comenzó a tomar forma, designando su comandante en jefe como segundo (mayor general) al coronel Alejandro Heredia, separado luego del motín de Arequito del lado de Bustos en Córdoba. En diciembre de 1820 Güemes delegó el mando de la provincia para emprender su campaña, en la persona del doctor José Ignacio de Gorriti.

La lucha interna impidió consumir el plan. En Tucumán el coronel Bernabé Aráoz había instaurado una "República libre e independiente, unida si con las demás que componen la Nación Americana del Sud", según la proclamaba su Constitución propia, la cual quiso absorber a la provincia de Santiago del Estero, que se resistió. Güemes censuró que estos acontecimientos desatados por Aráoz restaran los auxilios prometidos para la expedición al Alto Perú, e hizo causa común con los santiagueños encabezados por un antiguo oficial del Ejército Auxiliar del Perú, Juan Felipe Ibarra. Desde Jujuy, en fe-

brero del año 1821, el general Güemes envió 2.000 hombres contra Tucumán, bajo el mando de Heredia. No faltaron choques armados, hasta que el ataque a Tucumán de fuerzas catamarqueñas, santiagueñas y refuerzos salteños provocará finalmente la caída de Aráoz.

Aprovechando este confuso estado de cosas, el Ejército realista efectuó su octava invasión al territorio salteño, tomando la iniciativa antes de sufrir la acción de Güemes.

Comandaba las fuerzas españolas el brigadier Pedro Antonio de Olañeta, casado con una salteña, hermana del coronel Guillermo Marquiegui, quien militaba en las filas del rey Fernando. En los primeros meses del año 21 los invasores volvieron a penetrar por la quebrada que fue escenario de tantos encuentros con fortuna variable. En marzo se combatió en Humahuaca, Laguna Negra, San Lucas y Valle Grande; en abril en Humahuaca y en Tilcara. A mediados de este mes, la vanguardia realista a órdenes de Marquiegui llegó hasta Jujuy.

Salió de Salta para enfrentarlo el mismo gobernador delegado Gorriti, a la cabeza de 600 jinetes. Los gauchos envolvieron la avanzada realista, combatiéndola durante dos días seguidos, hasta que la forzaron a rendirse (24 de abril). Cayeron prisioneros el coronel Marquiegui, 12 oficiales y 200 hombres de tropa y se capturaron todas sus armas y bagajes.

El general Olañeta se vio forzado a replegarse en dirección a su antiguo acantonamiento en Oruro.

Un acontecimiento de diferente cariz tuvo lugar por entonces, con directa consecuencia en la conducción de la guerra en el Norte: el 24 de mayo de 1821 el Cabildo de Salta convocó a una junta de 145 vecinos, que depuso al general Güemes del mando de la provincia.

Influyeron en esta decisión muchos factores, entre los cuales se mezclaron las duras medidas contra las fortunas particulares, ciertos rasgos caudillescos del Gobernador entre las masas, y las enemistades personales generadas durante el ejercicio del poder político. Esta oposición a Güemes venía de tiempo atrás; desde 1817 al menos, en que dos conspiraciones fueron descubiertas, y otra en 1819, que motivaron severas penas. Todo ello era cierto, incluso la conducta entre benévola y despótica que alternaba en el trazo, según fuera la circunstancia y el personaje interpelado; pero lo que no podía negarse a Güemes era la entrega plena de la misión heroica a la que se había consagrado, y que expresara al general Rondeau en 1816: "El ejército se retira y yo quedo a contener la entrada del enemigo a nuestro país". Y esto, en tiempos de deplorable estado militar: "El ejército no se paga, no tiene qué comer, no se viste, no hay dinero, gente no se recluta, todo está parado, nadie activa, todo en desorden, ¿y así queremos ser libres?". La descripción pertenece al doctor Facundo de Zuviría, y revela la abnegación del general Güemes al esforzarse con sus pocos recursos a sostener la frontera. Una anécdota confirma el espíritu que lo movía: cuando recibió las proposiciones del Virrey de Perú para abandonar la causa de la Independencia, contestó al enviado: "Decid a vuestro Virrey que Martín Güemes, rico y noble por su nacimiento, ha sacrificado su fortuna entera en el servicio de su patria; y que para él no hay títulos más gloriosos que el amor de sus soldados y la estimación de sus conciudadanos".

Sirvan estos antecedentes para valorar la personalidad de quien ha de morir en breve. Puesto que si por una parte Güemes recobrará su autoridad, otro movimiento en su contra se gestó, esta vez con éxito al parecer definitivo.

Al conocer el general Güemes el pronunciamiento adverso del Cabildo de Salta, que tuvo eco en Jujuy con la deposición de su teniente de gobernador, se movió al frente de 600 de sus hombres sobre aquella ciudad. El Cabildo por su parte armó a los vecinos y alistó el cuerpo de Cívicos (formado por artesanos) para resistirlo. El encuentro se produjo el 31 de mayo. Mas no se produjo derramamiento de sangre —episodio que recuerda al avance de Napoleón por Francia luego de su fuga de la isla de Elba—: apenas las tropas capitulares avistaron a su antiguo mandatario y éste las arengó, todas se le unieron al grito de ¡Viva Güemes! El derrocado gobernante volvió a asumir su cargo, declarando que cuando la provincia estuviera segura, pasaría a la vida privada.

Algunos de sus adversarios no cedieron, y sin cesar en sus trabajos sediciosos, adoptaron una conducta grave: buscaron el apoyo del general Olañeta, el enemigo de Salta, para eliminar al gobernador. El jefe español no vaciló, y volvió a emprender el camino de la quebrada de Humahuaca hasta posesionarse de Jujuy. Se libraría de su rival y liberaría su cuñado Marquiegui. Aparentando regresar a Oruro, destacó una columna de 600 efectivos a órdenes del coronel José María Valdés, quien el 7 de junio de 1821 llegó a Salta marchando por cerros donde no se creía que podía avanzar una fuerza realista. Opositores salteños hicieron conocer a Valdés que el general Güemes estaba en la capital. A la noche, dejando sus montados, el jefe español entró en la ciudad sin ser advertido, pues la plaza estaba desguarnecida, ya que el cuartel de Güemes se hallaba en el campo de Velarde, a una legua de distancia.

El coronel Valdés, amparado por la oscuridad, llegó hasta la plaza principal, apostando a sus hombres en cada una de sus esquinas.

Güemes se encontraba en casa de su hermana Magdalena (*Macacha*), despachando asuntos con un par de colaboradores. En la calle quedaba su escolta de 50 hombres. En un momento dado mandó a su ayudante al edificio del gobierno, y éste, al cruzar por la Plaza Mayor, fue recibido a tiros. El general Martín Güemes, sospechando que se debían a un nuevo movimiento en su contra, montó con su escolta y se dirigió hacia el lugar de los disparos, donde se le gritó el consabido *¿Quién vive?* —*¡La patria!*, contestó con firmeza, recibiendo una descarga. Todos retrocedieron en confusión, y Güemes, al doblar por una esquina, atropelló sable en mano a una fila de infantes realistas, que logró superar, pero recibió un balazo en la espalda de una segunda descarga que le hicieron.

Pudo sin embargo seguir cabalgando, abrazado al pescuezo de su caballo, hasta llegar a una distancia segura, ayudado por algunos de sus hombres. La asistencia médica que le prestó el doctor Antonio Castellanos fue inútil: la herida era mortal. Sobrevivió sin embargo diez días, rechazando los ofrecimientos de someterse que le hiciera llegar el coronel Marquiegui, y por el contrario, encomendado a su jefe de Estado Mayor, teniente coronel Jorge Enrique Vidt, que prosiguiera la campaña. Murió Güemes el 17 del mismo mes, siendo el único general de la Independencia caído en acción de guerra, a la edad de 34 años.

Las tropas invasoras fueron sitiadas por la de los coroneles Cornejo, Burela, Saravia y Vidt, sufriendo hambre y sed en medio de un incesante tiroteo, y aumentando la desertión con el tiempo. El día 22 arribó el general Pedro Antonio de Olañeta con refuerzos, pero la situación no cambió; hasta que el 15 de julio fue suscripto un convenio entre éste y el Cabildo de Salta, mediante el cual el Ejército realista se comprometió a retirarse más allá de la ciudad de Jujuy, canjeándose a los prisioneros.

En virtud de este armisticio concluyó vencida la novena invasión realista a Salta y

Jujuy. El general Güemes, caído en su defensa, había triunfado como el Cid Campeador después de muerto, pues nunca más la quebrada de Humahuaca volvió a contemplar el paso de fuerzas extrañas que marchaban para domeñar el espíritu de independencia de las Provincias Unidas.

La emancipación de Perú del Reino de España, declarada solemnemente por el general José de San Martín en Lima (julio de 1821) no significaba que la contienda por su dominio hubiese concluido. Las tropas realistas del virrey José de la Serna, refugiadas tras la Cordillera en el interior del territorio — más las que el brigadier Olañeta tenía bajo sus órdenes en el Alto Perú — constituían una amenaza a la que era necesario atender. Los jefes españoles Valdez, Ricafort y Carratalá controlaban la región serrana, y el general José Antonio A. de Arenales reflexionaba a San Martín:

Ha llegado el caso en que es de extrema necesidad que obremos con todo nuestro poder sobre la sierra. Abandonada la capital por los enemigos, ya no se necesita fuerza para tomarla y poseerla: basta tener una fuerza embarcada en la costa para protegerla en su caso. Toda la demás fuerza debe venir en masa a este país para prevenir el cambio del teatro de la guerra meditada por los enemigos. De lo contrario la guerra se va a dilatar mucho.

Este General contaba con cuatro batallones, seis escuadrones y cuatro piezas de montaña, que sumaban 4.300 hombres. Sin embargo San Martín, obsesionado por la conquista de El Callao, detuvo su espíritu ofensivo y permitió que el Virrey se retirase al interior con 1.500 hombres en estado lamentable, hostilizado por los indios que arrojaban peñascos en los desfiladeros para obstaculizarlo. Al fin La Serna se pudo reunir con el coronel Carratalá el 4 de agosto, sin sobrepasar los efectivos unidos los 4.000 soldados.

Mas el general San Martín dispuso que Arenales se le incorporase en Lima, privando a Arenales de batir separadamente al general Canterac, y por este error estratégico abandonó el territorio dominado por los patriotas. La guerra iba a proseguir mucho más tiempo que el calculado.

El sitio de las fortalezas de El Callao estaba comandado por el general Juan Gregorio de las Heras, segundo jefe del Ejército Unido argentino-chileno, mientras el almirante Cochrane las bloqueaba desde el Pacífico. Inútiles fueron las tentativas de los realistas (2.000 efectivos) por forzar su salida, y por el contrario, perdieron a manos de una arriesgada operación naval, a una corbeta de 34 cañones y dos naves armadas. Desde tierra, el general Las Heras también tentó apoderarse de la plaza, el 14 de agosto de 1821, al notar que los puentes levadizos del castillo Real Felipe quedaban bajados y sus rastillos levantados durante el día. En la jornada indicada lanzó su caballería a gran galope (Granaderos a Caballo y escolta de Húsares), seguida por los infantes a paso de trote (batallones Numancia, n° 11 de los Andes, y n° 4 y 5 de Chile), pero los realistas pudieron levantar a tiempo el segundo puente que comunicaba al castillo, y el combate se entabló debajo de las murallas y en el pueblo aledaño. Los patriotas tuvieron 10 muertos y 17 heridos, y el enemigo perdió 41 hombres, cayendo prisionero el cruel general Ricafort.

En esa época el Cabildo de Lima ofreció al general San Martín el gobierno de Perú, y éste se proclamó Protector del Estado “puesto que aún hay en el Perú enemigos exte-

riores que combatir”, anunció en su proclama del 3 de agosto. En comunicación al gobierno de Chile aclaró que adoptaba tal actitud “hasta la reunión de un Congreso soberano de todos los pueblos, en cuya representación depositaré el mando”. La contestación del director supremo O'Higgins fue de plena conformidad: “Más difícil es conservar la libertad que adquirirla”. La labor gubernativa de San Martín, amplia y fructuosa, no entra en estas páginas.

La paralización de las operaciones militares en el interior hizo concebir al virrey José de la Serna una audaz maniobra: desprender desde Jauja (190 kilómetros de Lima) a una columna que tuviera por misión ingresar en El Callao. De este modo se apoderarían de los numerosos armamentos allí existentes — de que carecían en la Sierra —, y socorrerían a su guarnición, no muy distante de sucumbir por hambre. La operación se confió al general Canterac, con las mejores tropas que se disponía, consistentes en 2.500 infantes, 900 de caballería y 9 cañones. El 25 de agosto comenzó su marcha, bien penosa, por peligrosos caminos de montaña desde donde se despeñaban hombres y cabalgaduras, al carecer de guías nativos, y atormentados por la sed. Recién el 5 de septiembre lograron atravesar los Andes.

San Martín supo de su aproximación. Proclamó su voluntad de vencerlos y el pueblo de Lima en masa lo rodeó, lo que evitó que Canterac dirigiese su columna contra la capital, aunque sus tropas fueran de mejor calidad que las independientes, que lo superaban en número: 2.095 argentinos, 1.595 chilenos y 1.410 reclutas peruanos.

El Protector rendió una línea defensiva en las afueras de Lima, y durante dos días efectuaron ambos Ejércitos movimientos en forma paralela, hasta que el día 10 Canterac tomó decididamente la ruta que conducía a El Callao. San Martín, alborozado, comentó a Las Heras: “¡Están perdidos! No tienen víveres para 15 días: dentro de 8 días tendrán que rendirse o ensartarse en nuestras bayonetas”. Y siguiendo tras las huellas de Canterac, estableció una batería de seis cañones y dos obuses sobre un desfiladero que cerraba su retirada.

Tal cual el general San Martín lo había previsto, Canterac comprendió que no podía permanecer en las fortalezas de la costa. Informó en su parte oficial la resolución que tomó luego de analizar su situación: “Como mi División carecía absolutamente de todo artículo de subsistencia, y para la caballería y mulas ya no había forraje en las inmediaciones de los fuertes de El Callao, tuve por indispensable moverme alejándome de ellos”.

El día 16 a media tarde el general José Canterac abandonó los castillos. Desafiante, vestidas sus tropas de gala y con banderas desplegadas, emprendió el camino de la costa hacia el norte, viviendo al Rey. Era un terreno pedregoso y quebrado, que hizo sufrir mucho a los infantes y destruyó su caballería, pero no le quedaba otro recurso para escapar de su destrucción total, y esto lo impulsó a avanzar con la velocidad posible. San Martín lo dejaba hacer, pese al deseo de su Ejército por atacarlos, que siendo superior en número no lo era en calidad. El Protector del Perú desaprovechó la oportunidad de intentar asestar un golpe definitivo al enemigo, porque estaba dominado por su espíritu de obtener victorias sin derramamiento de sangre, y apenas al día siguiente destacó al general Las Heras para que emprendiera su persecución, que no obtuvo resultado positivo. De todos modos, la mitad de la infantería realista se perdió, por desertión o rendidos por la fatiga, y 30 oficiales imitaron su conducta. Tan sólo el coronel Miller tomó contacto con la retaguardia realista, pero fue rechazado en sus intentos para derrotarla. Canterac pudo replegarse a Jauja, donde llegó con un tercio menos de la fuerza que emprendiera la ope-

ración mes y medio antes, y el virrey La Serna se retiró a Cuzco para instalarse más al interior del país. Canterac quedó vigilante en Jauja.

Poco después capituló El Callao, concediéndose los honores de la guerra a su guarnición. San Martín había tomado la principal plaza fuerte de Perú sin asalto, al igual que lo hiciera con su capital, tras 40 días de sitio.

El Ejército independiente quedaba intacto y aumentado con una cantidad inmensa de elementos bélicos, desde centenares de cañones y millares de fusiles, hasta incontables municiones de todo tipo.

Entre la artillería allí tomada [precisa el coronel Manuel de Olazábal en sus Episodios] se encontraron las 12 piezas de bronce perdidas por el Ejército Unido de los Andes-Chileno en Cancha Rayada el 19 de marzo de 1818, y que el general Osorio había mandado al virrey como un gajo de la victoria. También encontró allí el general Guido —¡notable coincidencia!— un cañón de a 8 con el nombre del famoso cacique Mangoré, fundido a su presencia en Buenos Aires en 1812 en la fábrica de fundición por su director coronel don Ángel Monasterio, y que probablemente había sido tomado en las derrotas de Vilcapugio o Ayohuma en 1813.

La bandera peruana ideada por San Martín, que se enarboló en El Callao, simbolizaba el dominio del Ejército Libertador de toda la costa, reducido el poderío realista a la Cordillera y al Alto Perú; y el Protector creó la *Orden del Sol* para premiar a sus colaboradores.

Esos importantes logros no fueron suficientes para satisfacer el ardiente espíritu guerrero de los jefes del Ejército, no obstante la importancia de sus resultados; y lo cierto es que en forma privada varios de ellos criticaron la conducta pasiva de su comandante y hasta se llegó a propiciar su remoción, aunque sin llevar adelante este propósito por la carencia de otro conductor que igualase a San Martín. El disgusto contra el Protector comenzó en el almirante Cochrane, celoso de las prerrogativas de su escuadra que consideraba menoscabadas por el generalísimo, culminando con el apoderamiento de los caudales de Lima que San Martín había depositado en los buques como previsión ante el avance de Canterac, y la separación de lord Dundonald de Perú con toda la flota para destinarla a operar libremente bajo sus propias inspiraciones. Por parte del Ejército el descontento contra la inacción de San Martín, y la forma como éste gratificó a los militares, movió a varios de sus camaradas a retirarse: "Las Heras, Enrique Martínez y Necochea me han pedido su separación, y marchan creo para ésa. No me acusa la conciencia haberles faltado en lo más mínimo", escribió San Martín a O'Higgins el 31 de diciembre de 1821.

La organización del Estado peruano absorbió durante el segundo semestre de 1821 la atención del Protector; pero las operaciones bélicas no debían descuidarse para alcanzar el triunfo definitivo, y a comienzos del año siguiente recomenzaron las empresas para destruir el poderío realista en el interior de Perú. San Martín no podía permitir que el enemigo tomara la iniciativa de las operaciones como sucediera poco antes, máxime que el general Canterac había desprendido al coronel Loriga para sofocar el espíritu revolucionario que se mantenía en Pasco, escenario de la batalla en que Arenales venciera el

año anterior. El 8 de diciembre los realistas se midieron con 5.000 indios armados de paños y hondas, y el resultado fue concluyente: más de 700 indígenas quedaron muertos, contra un solo soldado español. También el pueblo de Cangallo se levantó en "armas" y el general José Carratalá obtuvo otra fácil victoria manchada de salvajismo perpetrado contra habitantes y propiedades. En su parte al Virrey del 17 de enero de 1822 le hizo saber que Cangallo "queda reducido a cenizas y borrado para siempre del catálogo de los pueblos en castigo a su rebeldía". El virrey Pezuela aprobó la medida, y por decreto dispuso: "Nadie podrá edificar en el terreno que ocupaba el infame pueblo de Cangallo, pues no debe volver a aparecer una población que ha sido propiamente un asilo de asesinos y guarida de ladrones". Sabido esto por el Protector del Perú, ordenó el 26 del mismo mes que se levantara un monumento en homenaje al heroísmo del pueblo mártir, y el gobierno de Buenos Aires, por decreto del 28 de marzo, dio el nombre de Cangallo a una calle del centro de su ciudad capital. Más lejos, en el Alto Perú, el 2 de enero de 1822, se sublevó Potosí contra el dominio realista, aunque pronto fue dominado.

De aquí que el general José de San Martín se decidiera a llevar nuevamente el fuego de la insurrección al interior de Perú, aun conociendo que los realistas poseían allá mayores y mejores elementos que los suyos —disminuidos por las fiebres tercianas de la costa—; pero confiando que su distribución para cuidar todo el extenso territorio que debían controlar podía coadyuvar al éxito de la expedición, organizó una con elementos nacionales. No la encabezó personalmente, pues para esta época (enero de 1822) delegó el mando en don José Bernardo de Tagle, marqués de Torre Tagle —antiguo presidente de Trujillo— para viajar a entrevistarse con Bolívar, el otro Libertador sudamericano, a fin de unir esfuerzos para finalizar la empresa común; aunque en esta oportunidad no pudieron encontrarse.

Su entendimiento no sería circunscripto a conferencias, sino que fue llevado a consecuencias prácticas, ya que en esos días el general San Martín despachó una división que auxiliara las operaciones del ejército colombiano del general Sucre que avanzaba hacia Quito. El desempeño de este refuerzo será considerado luego de describir las acciones dispuesta en el sur, por haber éstas concluido antes.

San Martín puso al frente de la división dirigida a Puertos Intermedios al general Domingo Tristán, peruano, para atraerse las simpatías nativas, aunque era un ciudadano adornado con el grado de tal. Lo asistía, por la misma razón, el coronel Agustín Gamarra, pese a haber fracasado en un anterior operativo similar. Estaban al mando de los batallones n° 1 y 3 de Perú, y los escuadrones de caballería de Lanceros y Granaderos de reciente creación, más 6 cañones. Empero, el nervio lo constituía el Batallón n° 2 de Chile, comandado por el teniente coronel Santiago Aldunate. El total alcanzaba a 2.111 efectivos.

Desembarcaron en Pisco, y se internaron hasta Ica, donde quedaron acantonados, con instrucciones de contener a los realistas si intentaban bajar a la costa, e impedir que desde aquí se los abasteciera. Pero la posición de los peruanos era peligrosa, rodeados por fuerzas enemigas que podían reunirse en mayor número para concluirlos con tropas mejores. Esto precisamente fue lo que ordenó el virrey La Serna.

El general Canterac bajó desde Jauja con 2.000 hombres de las tres armas, y Jerónimo Valdez (ascendido al mismo grado) lo hizo desde Arequipa al frente de 500. Los informes contradictorios y equivocados que recibieron Tristán y Gamarra los impulsaron a no moverse de Ica, hasta que en la noche del 7 de abril emprendieron la retirada a Pis-

co, creyendo hacerlo inadvertidamente. Sin embargo, Canterac los esperaba apostado en un desfiladero de la hacienda *La Macacona*, donde los americanos fueron sorprendidos por los fuegos de los realistas, que disolvieron la división de Tristán pese a los esfuerzos del teniente coronel Aldunate. La mitad de los patriotas quedó prisionera, con la casi totalidad del armamento, bagajes y dos banderas, corriendo igual suerte 50 entre jefes y oficiales: de éstos, fueron fusilados los que habían pertenecido al Batallón Numancia pasado a San Martín en 1820, al igual que los guerrilleros indígenas que apoyaron a la división.

El desastre fue total y sin atenuantes, en todas las jerarquías de comando, aunque no modificó la situación general.

El jefe del Estado comprendió que debía encarar con más vigor la campaña, y el 10 de abril de 1822 volvió a asumir el mando militar supremo de Perú, dejándole a Torre Tagle el gobierno civil, "con el exclusivo objeto de dar dirección a las operaciones de la guerra que debían acelerar su terminación". En esos días llegaron a Lima favorables noticias de la campaña en el Norte, que compensaban el fracaso sufrido en Ica. Una proclama al pueblo peruano le advertía: "En una larga campaña no todo puede ser prosperidad. No intento buscar consuelo en los mismos contrastes, pero me atrevo a asegurar que el imperio de los españoles terminará en el Perú el año 22". Similar pronóstico era dirigido al ejército, cuando le comunicaba el contraste de la división del Sud: "A vosotros toca vengar el ultraje. Afilad vuestras bayonetas. La campaña del Perú debe terminarse este año". La reorganización de las fuerzas armadas comenzó de inmediato, y con éxito. Hasta tanto concluyera es menester estudiar el estado de las hostilidades en el Norte.

El generalísimo de la Gran Colombia (Venezuela y Colombia), Simón Bolívar, condecorado con el título de *Libertador*, venía combatiendo contra los realistas con variada suerte, pero sin desanimarse nunca, hasta revertir situaciones desfavorables. Carabobo y Bomboya fueron los sangrientos jalones de su marcha heroica para destruir los restos del imperio español en Sudamérica, al igual que su gran camarada rioplatense. Tiempo antes del momento histórico que estudiamos, la provincia de Guayaquil, contando con puerto sobre el Pacífico, arsenal y astillero naval, se pronunció en favor de la causa emancipadora en octubre de 1820, al acercarse Bolívar desde el norte y saber del desembarco de San Martín en Pisco. Declaró su independencia y se puso bajo la protección de ambos, separándose de la Capitanía General de Quito (integrante del Virreinato de Nueva Granada), aunque fracasaron sus intentos por ampliar su territorio con la posesión de su capital. Era aquí donde los dos libertadores se encontrarían, produciéndose la conjunción prevista desde antes, siendo que los dos deseaban incorporar a Guayaquil a sus respectivos Estados.

Quien primero se aproximó fue Bolívar, a través de una división colombiana mandada por su mejor colaborador, el general Antonio José de Sucre (mayo de 1821), quien en su avance debió librar costosas operaciones de guerra contra sus enemigos de Quito, que desde allí lo atacaron hasta derrotarlo completamente en Huachi. Finalmente se convino en celebrar un armisticio. Para entonces, en Guayaquil se formaron tres tendencias: la de mantener la independencia de la provincia, la de incorporarse a Colombia, o la de integrarse a Perú.

El general Sucre, con sólo 500 hombres, debía mantenerse a la defensiva mientras le llegaban refuerzos de Colombia, pero ocupado el Libertador Bolívar en organizar la ocupación de Pasto (sólo un batallón se le sumó, conducido por el coronel José María

Córdoba, sumando en total 1.500 efectivos), decidió requerir el auxilio del Protector del Perú. En enero de 1822 éste dispuso enviar una división a órdenes del general Andrés de Santa Cruz (1.100 hombres), mandadas sus unidades por jefes argentinos: el Batallón n° 2 de Trujillo, sobre la base del n° 8 de Los Andes (coronel Félix de Olazábal), el Batallón n° 4 de Piura (comandante Francisco Villa), dos escuadrones de Cazadores a Caballo del Perú (teniente coronel Antonio Sánchez), y un escuadrón de Granaderos a Caballo de los Andes (mayor Juan Lavalle). Luego de atravesar 1.600 leguas, la unión militar sudamericana fue una realidad concreta.

Finalizado el armisticio, en marzo Sucre se movió sobre Quito, defendida por igual número de hombres que los de éste, bajo el comando superior del mariscal Aymerich. Al cruzar la Cordillera y descender al valle de Riobamba, enseñoreado por el Chimborazo, 25 granaderos a caballo argentinos avistaron a un escuadrón enemigo de 120 hombres y sin vacilar lo atacaron sable en mano, acuchillándolos y poniéndolos en completa derrota. Una refutación efectuada por Lavalle en 1826 ante infundios del periódico *Cóndor* de Bolivia, permite conocer un hecho revelador de la natural emulación entre los componentes de las dos divisiones sudamericanas, y que es poco conocido:

Un escuadrón de Dragones de Colombia estaba de gran guardia, cuando en pleno día y con toda franqueza se presenta un batallón enemigo y lo carga: estos célebres Dragones con cuyas hazañas fatigaban nuestra paciencia, fueron puestos en fuga y lanceados por la espalda hasta el borde opuesto de la gran barranca que ponía nuestra línea a cubierto de ser molestada por toda la caballería del mundo; pero tal era el terror que teníamos a los enemigos de esta arma, que los batallones de Colombia experimentaron esa misma tarde una considerable desertión. Ésta fue la primera hazaña de la división colombiana en aquella campaña. El ejército se contristó extremadamente y muchos semejantes anunciaban una próxima derrota.

La vanguardia de los españoles (1.500 plazas el total de su fuerza) se retiró tras la villa de Riobamba, y colocó en la avanzada a su caballería, que en su casi totalidad estaba integrada por *llaneros* colombianos, a excepción de 4 o 5 oficiales. La acción militar que siguió (21 de abril) merece ser relatada por el mismo héroe que la protagonizó: el mencionado mayor Juan Lavalle, jefe del 1° Escuadrón de Granaderos a Caballo de los Andes, el cuerpo famoso por las hazañas a que el elevado espíritu militar inculcado por su creador, San Martín, los impulsaba. El general Sucre ordenó un reconocimiento del terreno, que permitió descubrir a su frente a varios escuadrones realistas. No obstante que Lavalle tenía una desproporción desfavorable al menos de 4 a 1, "tuvo la elegante osadía de cargarlos" —estampó Sucre en su parte al general Bolívar— "con una intrepidez de que habrá raros ejemplos". El mayor Lavalle describió la acción que siguió:

Atravesé la villa, y me vi repentinamente al frente de tres escuadrones de caballería fuertes de 120 hombres cada uno. Una retirada hubiera ocasionado la pérdida del escuadrón y su deshonor, y era el momento de probar en Colombia su coraje. Mandé formar en batalla, poner el sable en mano, y los cargamos con firmeza. El escuadrón que formaban 96 hombres parecía un pelotón respecto de 400 hombres que tenían los enemigos.

Ellos esperaron hasta la distancia de quince pasos poco más o menos, cargando también; pero cuando oyeron la voz de "¡a degüello!" y vieron morir a cuchilladas 3 o 4 de los más valientes, volvieron caras y huyeron en desorden. La superioridad de sus caballos los sacó por entonces del peligro con pérdida solamente de 12 muertos, y fueron a reunirse al pie de sus masas de infantería. El escuadrón llegó hasta tiro y medio de fusil de ellos, y temiendo un ataque de las dos armas, le mandé hacer alto, formarlos, y volver cara por pelotones.

La retirada se hizo al tranco del caballo, cuando el general Tobía, puesto a la cabeza de sus tres escuadrones, los puso a la carga sobre el mío.

El general Sucre contemplaba el combate a distancia, ya cayendo la tarde, y no quiso acudir en protección de Lavalle —refirió el coronel Juan Espinosa en el *Correo Peruano* de 1846— "por no comprometer una acción general para la cual no estaba preparado, y ser muy avanzada la hora". A las instancias de ayudarlo, contestó: "El comandante Lavalle ha querido perderse, que se pierda solo". Un sobrino de Bolívar, el coronel Ibarrera, le suplicó: "¡Mi general, déjeme ir V.S. con mis guías en protección de los Granaderos y yo le respondo del triunfo! ¡Cómo se pierde un escuadrón tan valiente!". Al fin Sucre consintió, y un grupo de Dragones avanzó al galope. Prosigue Lavalle:

El coraje brillaba en los semblantes de los bravos granaderos, y era preciso ser insensible a la gloria para no haber dado una segunda carga. En efecto: cuando los 400 godos habían llegado a cien pasos de nosotros, mandé volver caras por pelotones y los cargamos por segunda vez.

En este nuevo encuentro se sostuvieron con alguna más firmeza que en el primero, y no volvieron caras hasta que vieron morir 2 capitanes que los animaban. En fin, los godos huyeron de nuevo, arrojando al suelo las lanzas y carabinas, y dejando muertos en el campo 4 oficiales y 45 individuos de tropa. 50 dragones de Colombia que vinieron a reforzar el escuadrón, lo acompañaron en la segunda carga y se condujeron con braveza.

Sucre declaró que el mayor Juan Lavalle había "conducido su cuerpo al combate con un valor heroico, con una serenidad admirable", y el general San Martín, recogiendo sus palabras, condecoró al 1º Escuadrón de Granaderos con un escudo de honor luciendo la leyenda "*El Perú al heroico valor en Riobamba*", nombre éste —el del hecho de armas— que se le impuso.

La retirada del ejército realista continuó, hasta que un mes después los independentes, que seguían tras sus huellas por las montañas, llegaron al valle que comunicaba con Quito, donde los españoles se habían hecho fuertes, a sólo 20 kilómetros de distancia. Apercebido Sucre que el general español Aymerich había cubierto su flanco por el sur, decidió colocarse al norte de la ciudad, para lo cual trepó la falda del volcán Pichincha que domina a ésta, en la noche del 23 de mayo de 1822, y a la mañana siguiente su vanguardia llegó a la cima.

En esos momentos, cuando aún no se había operado la reunión del ejército patriota en pleno, los realistas la atacaron, luego de subir por un bosque que los ocultaba. Recibió su empuje el Batallón nº 2 de Perú, mandado por el coronel argentino Félix de Gálzabal, que los contuvo hasta consumir sus municiones, dando tiempo a que lo releva-

el Batallón nº 4 de Perú, y así sucesivamente fueron entrando a la batalla las demás unidades colombianas, lo que permitía la conformación del terreno, que era estrecho e impedía que los enemigos pudieran desplegarse. La lucha se empeñó a medida que subían la cuesta los contendientes. La situación comprometida de los americanos era debido a que el parque de sus municiones estaba a gran distancia del lugar del encuentro, pero una carga a la bayoneta del batallón colombiano Paya dio lugar a la llegada del batallón británico Albión (que formaba en el Ejército de Bolívar), hasta que finalmente el coronel José María Córdoba consumó la victoria en Pichincha de los independentes. La caballería no tuvo ocasión de intervenir, dada la característica del lugar, pero la de los americanos dispersó a la enemiga luego de ganada la acción.

Este triunfo de Sucre logró la capitulación del general Aymerich y de 160 jefes y oficiales, más 1.100 hombres de tropa, con la toma de la ciudad de Quito. Además, los realistas contaron 400 muertos en la pelea y 190 heridos, siendo las bajas de los americanos de 200 hombres (la mitad de batallones peruano-argentinos) y 140 heridos de los cuerpos de Colombia y Perú. El botín en lo que respecta a armamento fue considerable. Un decreto de Bolívar del 18 de junio, emitido en la misma capital conquistada, declaraba: "El gobierno de Colombia se reconoce deudor a la división del Perú de una gran parte de la victoria de Pichincha".

Ella abría el camino al sur del Libertador Simón Bolívar, quien el día anterior escribió a San Martín: "El Ejército de Colombia está pronto a marchar a donde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del Sud, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas".

Parecía llegada a su fin la guerra de Independencia, tal como lo pronosticara el general San Martín en abril. La reciente combinación del esfuerzo militar, con sus evidentes frutos, permitía suponer que con la cooperación del Ejército colombiano-venezolano, el Perú, último bastión de la resistencia española, sería sometido por el accionar conjunto de San Martín y Bolívar. No sólo por la campaña de Quito, concluida felizmente mediante el auxilio de la División del Sur que comandó Santa Cruz, sino a causa del tratado de alianza suscripto en Lima el 6 de julio de 1822 por el general Joaquín Mosquera representando a Bolívar y el doctor Bernardo Monteagudo al Gobierno de Perú. Por éste se convino "una liga de unión y confederación de paz y guerra para poner prontamente término a la lucha americana, con todos los recursos de fuerzas marítimas y terrestres de ambas partes, a fin de alcanzar la independencia".

El general José de San Martín estaba dispuesto a ello. Reclamó a O'Higgins su apoyo para la nueva expedición que planeaba sobre Puertos Intermedios, y le anunció su propósito de destacar dos fragatas y una goleta sobre las costas de la Península europea a fin de "arruinar todo el comercio español", para lo cual solicitaba también la colaboración chilena: "Como las posiciones que ocupa el enemigo en la sierra del Perú las puede disputar palmo a palmo, y por otra parte la terquedad española es bien conocida, el modo de negociar la paz con ellos es llevarles la guerra a la misma España". Si esto último no se llevó a cabo, el primero de los proyectos fue encarado no mucho después. Antes de considerarlo, resulta revelador saber la respuesta de las Provincias argentinas.

San Martín no dejó de lado a su patria en este empeño de concluir la guerra, que ya llevaba más de diez años de duración. Al efecto designó al teniente coronel Antonio Gu-

tiérrez de la Fuente (10 de mayo de 1822) para requerir de las Provincias Unidas, “con todo el ardor que demanda el interés de la causa”, la actitud ofensiva con sus fuerzas disponibles. Debería formarse una división para obrar sobre el Alto Perú en combinación con el ejército en operaciones por los Puertos Intermedios, y a cuya cabeza proponía al general Juan Bautista Bustos, teniendo como segundo al coronel José María Pérez de Urdininea, o a este último si aquél no aceptase. Preveía San Martín desavenencias entre las Provincias argentinas, a las que su enviado debería procurar reconciliar, “pidiendo a Buenos Aires algún numerario y armamento, único punto en mi concepto de donde se pueden prestar estos auxilios”. De cualquier manera, Gutiérrez de la Fuente llevaba la seguridad de que Perú costearía la expedición, pagándola dentro de los dos años de ejecución.

El general San Martín difundió paralelamente a su desarrollo, una circular a los gobiernos de las Provincias, y escribió a todos los dirigentes de ellas que consideró necesario, pero si bien recibió alentadoras respuestas, en concreto nada se tradujo a los fines del objeto buscado. El gobierno de Buenos Aires tuvo, al menos, la franqueza de no alimentar ilusiones, puesto que cuando se trató en su Junta de Representantes la solicitud llevada por el teniente coronel Gutiérrez de la Fuente, su comisión *extraordinaria* presentó el dictamen que luego de prolongado debate fue acordado: tras reseñar las antiguas campañas que buscaban el mismo objetivo, y aludir a la disolución del Ejército estacionado en Tucumán bajo las órdenes del general Belgrano, a causa del motín encabezado por Bustos, destacó que persistía la guerra intestina que todavía dividía a varias Provincias. Por su parte, Buenos Aires estaba frente a conflictos que debía atender.

Nada puede aventurar a su juicio para la organización de un ejército en la provincia de Salta, mientras aquellos pueblos no entren en el orden y tranquilidad que les conviene, y mientras no se desarmen los enconos y caigan las pretensiones de los que no renunciarían a ningún medio de hacerse más fuertes para llenar con más seguridad sus designios. ¿Ha de arrojar a esa aventura el gobierno de Buenos Aires los fondos de su provincia, y los soldados de su corta guarnición, en los momentos en que la tierra ha sido invadida por los bárbaros y en que es amenazada de un ataque aún más temible que los anteriores? ¿Podrá distraerse de la protección que le demanda con tanta urgencia su campaña desolada y sus habitantes aterrados con la transportación de sus familias y el robo de sus haciendas? ¿Cuando en una palabra, se encuentra en un peligro inminente la existencia del Estado?

Eran los días en que el gobernador Martín Rodríguez debía encarar personalmente la lucha contra los indios, lo que se referirá en el capítulo siguiente. Empero, para no desligarse del problema —ante noticias, que fueron ciertas, que anunciaban el viaje de una diputación desde Madrid para tratar el problema de la independencia— adoptó la Junta la siguiente resolución: “Queda autorizado el Gobierno para negociar la cesación de la guerra del Perú, poniéndose previamente de acuerdo con los pueblos de la antigua Unión, y con los Estados de Chile y Lima”. Es decir, obrar por negociaciones diplomáticas y no por medio de hostilidades que consideraba difíciles de volver a emprender. Muy distinta fue la conducta seguida por el gobernador Bustos de Córdoba: aceptó el cometido que San Martín le indicaba, y así lo comunicó a las Provincias por una circular, pero reservadamente, mediante cartas particulares a sus mandatarios, los disuadió de cooperar con

aquél. Finalmente el coronel Urdininea se puso en marcha con 500 hombres, llevando como segundo al teniente coronel José María Paz, a quien advertía la doblez de aquél: “Este malvado Bustos ha faltado a los más sagrados de sus compromisos” (14 de enero de 1823). Esa División no pasó de Salta.

El Protector del Perú, a causa de las demoras en recibir apoyo de Chile y la respuesta del Río de la Plata, debía afrontar no sólo la culminación de su empresa libertadora —para lo cual no contaba con los elementos suficientes—, sino además una grave situación planteada por Bolívar: la anexión que éste quería de la provincia independiente de Guayaquil a Colombia. El general San Martín, en cambio, deseaba que Guayaquil se incorporase a Perú, pero voluntariamente, mediante una determinación de su Junta de Gobierno: así se lo manifestó a ella y también, directamente, al Libertador Bolívar por nota del 3 de mayo.

Para dilucidar ambas cuestiones, San Martín se resolvió a viajar y entrevistarse con Bolívar, en el mismo lugar del conflicto: en Guayaquil. El 13 de julio de 1822 le escribió, contestando a la que éste le dirigiera el mes anterior:

Acepto su generosa oferta. El Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que V.E. pueda disponer a fin de acelerar la campaña. Espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú, así como las de éste han contribuido a plantar el pabellón de la República en el sur de este vasto continente. Es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos.

Mientras San Martín preparaba su viaje, Bolívar gozaba del triunfo de sus armas en Quito, cuya provincia y las de Cuenca y Loja había incorporado a la Gran Colombia que presidía. Consideraba que ningún poder se le podía oponer, y en la exaltación de su éxito, llegó a manifestar en un banquete donde se brindó por su perpetuación: “¡Hoy hace 39 años que he nacido tres veces: para el mundo, mi gloria, y la República!”; anécdota reveladora de su carácter, que refirió uno de los jefes argentinos presentes, el después general Rufino Guido, oficial de Granaderos a Caballo.

Cabe referir dos episodios más que tuvieron por protagonistas al mismo Libertador y a otros dos jefes de la Caballería argentina, integrantes de la División Auxiliar del Sur que asistieron a la campaña de Quito. Ellos revelan el espíritu de aquel gran hombre, al tiempo que el carácter de los guerreros del Plata, que le hicieron ver el temple que animaba a los militares venidos de Buenos Aires y al cual no estaba acostumbrado. Debe tenerse en cuenta respecto del general Bolívar —según juicio de San Martín emitido en 1840— que “el tono que usaba con sus generales era extremadamente altanero” y además que “era severo con los oficiales, a los que trataba algunas veces de manera humillante”. Pues bien: en cierta ocasión en que era agasajado con un banquete donde abundaron los brindis, el Libertador, en la exaltación de su temperamento y sin medir sus palabras, anunció: “¡No tardará mucho el día en que pasearé el pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo argentino!”. Al instante el comandante Juan Lavalle, cuya altivez corría pareja con su coraje, y que no toleraba ninguna provocación —“por más alta que fuese la categoría que se la hiciera”, según comentario de su camarada Segundo Roca—, poniéndose de pie, dijo:

La República Argentina se halla independiente y libre de la dominación española, y lo ha estado desde el día en que declaró su emancipación el 25 de mayo de 1810. En todas las tentativas para reconquistar su territorio, los españoles han sido vencidos. Nuestro himno nacional consagra sus triunfos.

Fue el fin de los brindis.

Pero no el de los encontronazos entre el Libertador Bolívar y los jefes argentinos que se hallaban en Quito.

Puesto que en otro banquete, el coronel Manuel Rojas lo miraba fijamente, atraído por su personalidad, y Bolívar, molesto, desvió sus ojos un par de veces hasta que finalmente interpeló al comensal que lo enfrentaba mesa de por medio. Impuesto de su nombre y graduación militar, el Libertador le preguntó de dónde era oriundo (Rojas era a la sazón secretario de la legación peruana y no llevaba uniforme de ningún cuerpo en especial), aclarando éste que “tenía el honor de ser de Buenos Aires”. “¡Bien se conoce por el aire altanero que representa!”, le dijo Bolívar, ante el silencio de los presentes, recordando el episodio con Lavalle. Mas Rojas no se amilanó ante la grandeza de aquél, replicándole: “¡Es un aire propio de hombres libres!”. El ágape concluyó en un frío silencio.

Esos incidentes previnieron desfavorablemente al general Simón Bolívar contra los argentinos, y con el tiempo creció su malquerencia hacia ellos, hasta que hizo crisis dos años más tarde.

El Libertador entró en Guayaquil el 11 de julio y promovió su anexión a Colombia hasta establecerla dos días después, refugiándose los miembros de su Junta de Gobierno en naves peruanas del almirante Blanco Encalada. Transcurridos diez días se presentaba allí el general San Martín.

El 26 de julio desembarcó el Protector, y ambos ilustres hombres tuvieron el mutuo placer de saludarse personalmente, y de compartir los homenajes que siguieron, hasta que por último conferenciaron a solas. Nada trascendió de ello; aunque la brevedad de ésta hace pensar que se abordó el hecho consumado del apoderamiento de Guayaquil por parte de Bolívar, sobre lo cual nada quedaba por hacer, sino las reflexiones que San Martín expuso sobre la voluntad libre de los pueblos. Así lo consignó en su carta retrospectiva del 29 de agosto a que se aludirá luego.

Restaba tratar el segundo tema, el más urgente e importante, cual era la prosecución de la guerra hasta la victoria final. Para ello quedaron convenidos en celebrar otra conferencia a mediodía siguiente.

El 27 de julio volvieron Bolívar y San Martín a encerrarse solos en la casa donde moraba el Libertador venezolano, donde se mantuvieron cambiando sus pareceres durante cuatro horas. A pesar de la ausencia de testigos, lo que impidió a la casi totalidad de sus contemporáneos conocer lo discutido, las confidencias del Protector a íntimos colaboradores, y las cartas que escribió no mucho después, permiten saber lo acontecido. Como éste es un tema que ha provocado graves polémicas, conviene detenerse sobre él, por las consecuencias que tuvo. Cabe advertir que el “misterio de Guayaquil” lo fue para su época, mas no para la posteridad, que cuenta con un cúmulo de información suficiente para interiorizarse de lo sucedido de manera fehaciente.

Ante todo conviene destacar ambas personalidades. De San Martín existen multitud de anécdotas que revelan su modestia y desapego por los homenajes populares y honores oficiales, mientras que Bolívar era conocido por su afición a las manifestaciones pú-

blicas que glorificaban teatralmente sus servicios a la causa americana. El argentino había anunciado reiteradamente que se retiraría de la acción pública una vez que la empresa de la independencia americana estuviera asegurada, dejando a los Estados en libertad de elegir sus propios destinos, mientras que el caraqueño ansiaba unir a todos los pueblos en una Confederación que lo tendría a él a su cabeza. Estas facetas permiten comprender mejor lo acontecido en Guayaquil. Se conservan, además, las impresiones que causó en el general San Martín las actitudes del Libertador Bolívar, y que expuso a un corresponsal estando en Francia, menos de 20 años después:

Hombre cuya persona, al menos a primera vista, no predisponía en su favor. Parecía tener excesivo orgullo, lo que estaría en contradicción con su hábito de no mirar de frente a la persona con quien hablaba, a menos que ésta fuese muy inferior a él. Pude convencerme de su falta de franqueza en las conferencias que tuve con él. La opinión pública lo acusaba de una ambición desmedida y de una sed ardiente de mando, reproche que él mismo ha cuidado de justificar completamente.

No se piense que esa descripción era producto de un apasionado criterio. San Martín siempre admiró a Bolívar, y conservó en su habitación, hasta su muerte, el retrato que éste le obsequió, e hizo pintar al óleo su imagen por su hija Mercedes, lo que no habría sucedido de guardarle rencor. En la misma misiva antes transcrita, incluyó estos otros conceptos:

Sus maneras eran distinguidas y testimoniaban la buena educación que había recibido. La opinión atribuíale un gran desinterés, lo cual es justo, pues ha muerto en la indigencia. Bolívar era muy popular entre sus soldados, a quienes permitía licencias que las leyes militares no autorizan. En cuanto a los hechos militares de este General, se puede decir que ellos le han granjeado con razón la fama de ser considerado como el hombre más asombroso que ha conocido América del Sud. Lo que le caracteriza por sobre todo, formando en cierto sentido su rasgo especial, es su constancia a prueba, que se fortalecía en las dificultades sin dejarse abatir por ellas, por más grandes que fuesen los peligros a los cuales se hubiera arrojado su alma ardiente.

Mayor imparcialidad no puede pedirse.

Por parte de Bolívar, San Martín consignó al general Tomás Guido en 1826 que las cartas de aquél, hasta su salida para Europa (1823), “me manifiestan una amistad sincera”. El propio Simón Bolívar, en carta del 29 de julio de 1822 dirigida al vicepresidente de Colombia, general Francisco P. Santander, le transmitía sus impresiones acerca del Protector de Perú, en medio de otras consideraciones que no están conformes con lo acaecido en Guayaquil:

Por su parte no hay género de amistad ni de oferta que no me haya hecho. Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas, de las que a usted le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de subline que hay en las ideas y en las empresas.

Y cuando, al año siguiente de aquel encuentro, siendo Bolívar virtualmente el dueño de Perú tras la lucha estallada entre sus autoridades, durante un banquete en homenaje al Libertador venezolano en el cual calculadamente se omitió todo recuerdo al fundador del Estado, fue ése su camarada de gloria quien pronunció el siguiente brindis: "Por el buen genio de América, que trajo al general San Martín con su Ejército Libertador desde las márgenes del Río de la Plata hasta las playas de Perú; por el general O'Higgins que generosamente lo envió desde Chile". Era el más resonante reconocimiento público de Bolívar a la gesta del ilustre argentino.

Es llegada la ocasión de estudiar la entrevista entre ambos, cuyos pormenores fueron sujeto de controversias.

Resulta fuera de duda alguna que la segunda conferencia entre ambos Libertadores versó sobre el tema candente y principal que estaba pendiente: la conclusión de la guerra. San Martín creía poder contar con el apoyo de Bolívar para dominar la Sierra y el Alto Perú, para lo cual no contaba con fuerzas propias suficientes (8.500 hombres en gran parte reclutas), no sólo como correspondencia de Bolívar al decisivo auxilio de la División del Sur que colaboró con sus tropas para lograr el triunfo de Pichincha, que tantas ventajas le reportara, y por el tratado suscripto recientemente en Lima (6 de julio) entre sus representantes Mosquera y Monteagudo, sino sobre todo por la causa común que movía a ambos.

Mas no sucedió así.

De acuerdo con una carta que San Martín envió a Bolívar al retornar a Lima, el 29 de agosto, recapitulando lo ocurrido en Guayaquil, el desarrollo de la reunión habría consistido en la consideración de los siguientes puntos sucesivos: 1) San Martín le habría demostrado la insuficiencia de elementos con que contaba para terminar sus operaciones, requiriendo la colaboración de Colombia. 2) Bolívar le repuso que el Congreso de este país no consentiría en su separación de él y sólo ofreció el envío de 1.400 colombianos. 3) Siendo este contingente apenas capaz de mantener la guarnición de El Callao y el orden en Lima, San Martín advirtió que Bolívar era reticente porque no quería compartir la gloria de finalizar la magna empresa, ante lo cual le ofreció servir a sus órdenes. 4) Bolívar se negó a tener como subordinado a San Martín, por delicadeza. 5) Entonces San Martín decidió apartarse del campo para que Bolívar concluyese la guerra y se llevara todos los laureles consiguientes: a él le bastaba con ponerle fin, obteniendo la Independencia de Sudamérica. Le escribió textualmente:

Estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de América es irrevocable; pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tan malos males. He convocado al primer Congreso de Perú y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el sólo obstáculo que le impide a usted venir a Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un general a quien la América del Sur debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse. He hablado a usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que expresa esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio: si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad po-

drían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

El original de esta importante comunicación no ha sido hallado hasta ahora, pero se publicó en 1844, en vida de San Martín, quien no objetó su veracidad, como tampoco cuando Juan Bautista Alberdi la reprodujo al año siguiente en París. Asimismo Domingo F. Sarmiento pronunció en 1847 una conferencia en Francia sobre la entrevista de Guayaquil, afirmando que su versión "fue compuesta casi bajo el dictado de San Martín y mereció su completa aprobación": ésta confirma el tenor de la carta recientemente utilizada, que editara el capitán Gabriel Lafond de Lurcy en aquel primer año, sobre Sudamérica (que le obsequió el secretario del Libertador, según indicó), existiendo muchas otras originales de San Martín donde el prócer asesoraba a éste sobre la guerra de la Independencia (a cuyo número pertenece la descripción de Bolívar citada en su oportunidad). Pero como no apareció el original, historiadores venezolanos han puesto en duda su contenido, desde que Bolívar queda mal parado ante San Martín, por su egoísmo que contrasta con la abnegación del último.

No importa: aun cuando la carta publicada por Lafond no existiera (de ser así, San Martín aparecería como un fabulador aprovechando el fallecimiento de Bolívar), aun así hay numerosos testimonios de que el importante encuentro se desarrolló conforme lo relatado por aquél. Hay una condición fundamental que debe atenderse: San Martín expuso a Bolívar que las causas de su diferendo, que lo movieron a apartarse de la escena pública, se mantendrían en secreto, pero únicamente mientras prosiguiera la lucha: "Si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla". Este requisito cesó al triunfar la causa de la Independencia: luego San Martín quedó desobligado de su compromiso circunstancial.

Y así es como, de su puño y letra, existe en el Museo Mitre de Buenos Aires una carta de San Martín dirigida a su camarada el después general William Miller, que corrobora en un todo lo que difundió en 1844 el capitán Lafond de Lurcy. Fue escrita en Bruselas el 19 de abril de 1827, apenas cinco años después del encuentro:

En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú; auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada, cuanto el ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con los prisioneros y contaba 9.600 bayonetas.

Pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el Libertador me declaró que haciendo todos los esfuerzos posibles, sólo podía desprenderse de tres batallones, con la fuerza total de 1.070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia; así es que mi resolución fue tomada en el acto, creyendo de mi deber hacer el último sacrificio en beneficio del país.

Al día siguiente, y a presencia del vicealmirante Blanco, dije al Libertador que habiendo convocado al Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería

el último de mi permanencia en Perú, añadiendo: —Ahora le queda a usted, General, un nuevo campo de gloria en el que va usted a poner el último sello a la libertad de América. Yo autorizo y ruego a usted escriba al general Blanco a fin de ratificar este hecho.

La causa de que algunos escritores de Venezuela hayan negado la versión de San Martín a través del libro de Lafond —sin tomar en cuenta los muchos testimonios coincidentes, como se ha visto, y otros de que se dará cuenta a continuación— se basa en documentos de opuesto sentido: uno de ellos producido por el mismo Bolívar. Éste escribió el 29 de julio al vicepresidente Santander:

No hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedirnos. No me ha dicho que trajese proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que llevaban estaban preparadas para el caso. Sólo se ha empeñado mucho en el negocio de canje de guarniciones. Dice que se retirará a Mendoza porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos.

Algo más extenso es un “memorial” que redactó el mismo día José Gabriel Pérez, de la Secretaría General del Libertador venezolano, dirigido al ministro de Relaciones Exteriores de Colombia. Como en la anterior —y en la carta de San Martín de 1844— sólo se transcriben los párrafos atinentes al problema:

El Protector se abrió a las conferencias más francas, y ofreció a Su Excelencia que pocas horas en tierra serían suficientes para explicarse. Poco después de llegado a su casa, no habló otra cosa el Protector sino de lo que había sido el objeto de su conversación, haciendo preguntas vagas e inconexas sobre las materias militares y políticas, sin profundizar ninguna, y encadenando las especies más graves con las más triviales. El Protector se quejó altamente del mando, y sobre todo se quejó de sus compañeros de armas, que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza. Nada desea tanto el Protector como el que subsista la federación de Perú y Colombia, porque juzga que las tropas de un Estado al servicio del otro debe aumentar mucho la autoridad de ambos gobiernos: esta parte de la Federación es la que más interesa al Protector, y cuyo cumplimiento desea con más vehemencia. Desde la primera conversación dijo espontáneamente el Protector a Su Excelencia que en la materia de límites no habría dificultad alguna. Además, habiendo venido el Protector como simple vista, sin ningún empeño político ni militar, pues ni siquiera habló formalmente de los auxilios que había ofrecido a Colombia, no era delicado prevalerse de aquel momento. El Protector piensa que el enemigo es menos fuerte que él, y que sus jefes, aunque audaces y emprendedores, no son muy temibles. Inmediatamente va a emprender la campaña de Intermedios.

Pero resulta de toda evidencia que es ilógico mostrar a San Martín en su encuentro con Bolívar, despreocupado de las futuras operaciones de guerra. Era el más importante objeto de su viaje, y en cuanto a las consideraciones políticas que se le adjudican, están contradichas por manifestaciones públicas y documentos indubitables. Corroboran la versión dejada por el Protector de Perú incluso una obra publicada en 1828, escrita por el

ministro doctor José Manuel Restrepo bajo el asesoramiento de Bolívar, en donde se incluye la afirmación de que en Guayaquil ambos Libertadores trataron la forma de derrotar a los españoles.

¿Se quiere otro testimonio indubitable? En 1848 el general San Martín se dirigió al Presidente de Perú, mariscal Ramón Castilla, ofreciéndole “un corto análisis de mi vida pública” —escribió—, en cuyo final hizo mención al tema:

Yo hubiera tenido la más completa satisfacción habiéndole puesto fin con la terminación de la guerra de la independencia en Perú; pero mi entrevista en Guayaquil con el general Bolívar me convenció, no obstante sus promesas, que el solo obstáculo de su venida a Perú con el ejército de su mando no era otro que la presencia del general San Martín, a pesar de la sinceridad con que le ofrecí ponerme a sus órdenes con todas las fuerzas de que yo disponía. Si algún servicio tiene que agradecerme América es el de mi retirada de Lima, paso que no sólo comprometía mi honor y reputación, sino que era tanto más sensible cuanto que conocía que con las fuerzas reunidas de Colombia, la guerra de la Independencia hubiera terminado en todo el año 23. Pero este costoso sacrificio, y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario en aquellas circunstancias) por los motivos que me obligaron a dar este paso, son esfuerzos que usted podrá calcular; y que no está al alcance de todos el poder apreciarlos.

Sin más necesidad de ahondar este asunto, tras la perfecta coherencia de todas las versiones dadas por el general San Martín a lo largo de varios años, corroboradas por los hechos, se proseguirá con el relato cronológico de los acontecimientos.

El mismo día 27 de julio de 1822 en que tuvo lugar la segunda conferencia de los dos libertadores a solas, Bolívar ofreció un banquete a su huésped, al cabo del cual se levantó para brindar: “¡Por los dos hombres más grandes de América del Sud: el general San Martín y yo!”. El homenajeado respondió: “Por la pronta conclusión de la guerra, por la organización de las diferentes Repúblicas del continente, y por la salud del Libertador de Colombia”. Vese aquí la reiteración de la preocupación de San Martín por las hostilidades, y que lejos de abogar por una *Federación* de Estados, aludía a las “diferentes Repúblicas”, todo lo cual sirve para refutar los textos bolivarianos. Avanzada la noche, San Martín abandonó el baile antes de su conclusión, despidiéndose de Bolívar sin que la concurrencia lo advirtiera, y se dirigió a la nave que debía conducirlo de vuelta a Perú, a donde previamente había hecho llevar su equipaje. Al arribar al puerto de El Callao dirigió un descorazonado mensaje al general O’Higgins: “¡El Libertador no es el hombre que pensábamos!”. El Director Supremo de Chile recibía poco después una carta enviada por el vicealmirante Manuel Blanco Encalada, comandante de la escuadra chilena apostada en el puerto de Guayaquil:

Guayaquil queda incorporada a Colombia por el voto de Bolívar y sus bayonetas, cuya moderada ambición se extiende más allá de lo que usted y el mundo han podido imaginar. Como amigo y como chileno le considero un enemigo peligroso, de quien es preciso resguardarse mucho.

Cuando San Martín regresó a Lima estaba decidido a abandonar el mando. No era una decisión repentina: la venía anunciando desde tiempo atrás, para cuando la independencia americana estuviese asegurada. Y si bien no le tocaría a él mismo dirigir la etapa final de la obra emancipadora, en manos de Bolívar ésta quedaba encaminada hacia tal objetivo. Ciertamente dejaba una tarea inconclusa en lo que al Protector del Perú cabía, "pero el destino lo dispuso de otro modo y era preciso conformarse", en sus propias palabras.

Verdad es también que el ambiente político y militar de Perú no lo tenía satisfecho. Además de alguna conducta con atisbos de insubordinación entre sus jefes, había estallado durante su ausencia una revuelta contra el ministro Monteagudo, y por elevación contra el delegado del Protector, marqués de Torre Tagle, lo que significaba también el descontento hacia San Martín en la persona de sus colaboradores inmediatos. Por otra parte, el Ejército no se había movido en sostén de la autoridad, haciendo con su pasividad, causa común con los rebeldes acaudillados por José de la Riva Agüero. Aunque San Martín con su presencia al volver calmó la situación, retomando el poder, ello no modificó la resolución tomada.

No obstante, consciente de que a la independencia declarada le faltaba imponerse en todo el país, el Protector organizó una expedición contra "Intermedios", volviendo a dar ocupación específica a sus tropas. Éstas ascendían a más de 11.000 veteranos, pues Bolívar había hecho llegar tres batallones colombianos, hecho que San Martín cuidó de destacar mediante una proclama: "Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar". La empresa militar fue confiada al general Rudecindo Alvarado, quien debía operar en combinación con el general Arenales, el cual volvería a dirigirse sobre la Sierra para evitar que Alvarado recibiera todo el peso del Ejército Real. No faltaban contactos con las fuerzas patriotas que en el Alto Perú conducía el guerrillero coronel Lanza. Luego de atender a los planes de la campaña que iba a emprenderse, el general San Martín convocó al primer Congreso peruano, que se reunió el 20 de septiembre.

Ante la asamblea, San Martín se quitó la banda roja y blanca que simbolizaba su autoridad, y depositó sobre la mesa presidencial un pliego que contenía la renuncia a su cargo. Cuando debió rechazar el pedido de que permaneciera, escribió: "La fuerza enemiga ya no amenaza la independencia de unos pueblos que quieren ser libres, y que tienen los medios para serlo. El Ejército está dispuesto a marchar para terminar por siempre la guerra". Y al despedirse públicamente de los peruanos, declaró: "Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer la independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos".

Al imponer a su confidente y colaborador el coronel Tomás Guido su determinación de alejarse de la República peruana, no dejó de alegar la indisciplina que revelaba parte del Ejército, y algo más:

Existe una dificultad mayor, que no podría vencer sino a costa de la suerte del pulso y de mi propio crédito: Bolívar y yo no cabemos en el Perú. He penetrado sus miras; he comprendido su disgusto por la gloria que pudiera caberme en la terminación de la campaña. Él no excusaría medios para penetrar en el Perú, y tal vez no pudiese yo evitar un conflicto, dando al mundo un escándalo, y los que ganarían serían los maturrangos. ¡Eso no! Que entre Bolívar en Perú; y si asegura lo que hemos ganado, me dará por muy satisfecho, porque de cualquier modo triunfará América. No será San Martín el que dé un día de zambra al enemigo.

Al general Alvarado le envió su despedida, augurándole el triunfo en la operación que le encomendara, y encargándole: "Tenga la bondad de decir a nuestros compañeros de armas cuál es mi reconocimiento a lo que les debo. Por ellos tengo una existencia con honor; en fin, a ellos debo mi buen nombre".

Se cerró de este modo la extraordinaria trayectoria pública de quien aseguró la emancipación del Río de la Plata, Chile y Perú. Apenas diez años habían transcurrido desde su presentación en Buenos Aires. Mas con justicia, la posteridad nacional lo consagró como el primero de los argentinos, otorgándole el dictado de *Padre de la Patria*.

Quedaban en el Perú sus bravos subordinados para culminar la gran tarea, que los llevaría a través de hechos gloriosos a mantener presentes las enseñanzas del general José de San Martín hasta el último campo de batalla contra el poderío de las armas del rey Fernando VII, poniendo fin a un tutelaje en el continente de casi cuatrocientos años.

Quienes en Lima protestaban más o menor sordamente contra el gobierno del Protector de Perú, ante su retiro, quedaron desconcertados: ni en lo político ni en lo militar había hombre alguno de su capacidad y prestigio para dirigir la situación en ambos aspectos. Por lo pronto, se instaló un triunvirato, que recibió un oficio del secretario del general Bolívar, datado el 9 de septiembre de 1822, mediante el cual informaba:

Aunque el Protector del Perú en su entrevista en Guayaquil no hubiese manifestado temor de peligro por la suerte de Perú, el Libertador se ha entregado desde entonces a la más constante meditación, aventurando conjeturas que mantienen en la mayor inquietud su ánimo. Ofrece desde luego todos los servicios de Colombia. Se propone mandar a Perú 4.000 hombres más de los que se han remitido, si el gobierno de Perú acepta este nuevo refuerzo. En caso de remitirse esta fuerza, el Libertador desearía que la campaña del Perú se dirigiese de un modo que no fuese decisiva, y se esperase la llegada de los nuevos cuerpos de Colombia, para obrar inmediatamente incorporados al ejército aliado.

La reacción del gobierno de Perú, lejos de mostrarse complacido, alimentó una gran alarma: ahora que no estaba San Martín, Bolívar ofrecía todo el concurso militar que antes negara a éste, pero a condición que las operaciones se iniciaran recién cuando el poderoso contingente de Colombia hubiera llegado. Y los casos de anexión de Quito y Guayaquil eran precedentes que inquietaban en Lima: la ambición del Libertador se había difundido. En 1829, desde Bruselas, San Martín escribió al general Tomás Guido: "Usted tendrá presente que a mi regreso de Guayaquil le manifesté la opinión que me había formado del general Bolívar; es decir, una ligereza extrema, inconsecuencia en sus principios, y una vanidad pueril". Desconfiado, el Gobierno peruano respondió, reticente, que "haría uso oportunamente del auxilio, y que entretanto sólo necesitaba fusiles por su justo precio" (25 de octubre). Bolívar advirtió el recelo y dio su directiva al comandante del refuerzo que enviara anteriormente: "Pues parece que se duda de la rectitud de los deseos del Libertador, previene que la División colombiana no sea comprometida en ningún caso sin probabilidad de buen suceso; y en caso de revés o de no creer que deba comprometerse, se repliegue al territorio de Colombia".

La alianza estaba a punto de fragmentarse. El Congreso peruano resolvió que los

nuevos oficiales al servicio de la República debían ser únicamente nacionales de ella, lo que fue aprobado con gran entusiasmo. Cuando la nueva expedición, ordenada por San Martín antes de dejar el Estado, se aprestaba a iniciar sus operaciones —Alvarado por los “puertos intermedios” del sur, en combinación con Arenales por la Sierra—, fue requerido el jefe de la División colombiana, general Juan Paz del Castillo, por el general Rudecindo Alvarado, a fin de que prestara su cooperación, pero aquél se negó a ello.

La tercera campaña de Intermedios debía atacar a los realistas ubicados en Arequipa y Cuzco, donde se hallaban respectivamente el general Santos La Hera y el Virrey general La Serna. Las unidades argentinas veteranas eran el Regimiento Río de la Plata (compuesto por la amalgama de los antiguos batallones n° 1, 7 y 8 de Los Andes), mandado por el coronel Correa, los batallones n° 2, 4 y 5 de Chile; el Batallón n° 1 de la Legión Peruana; el Regimiento de Granaderos a Caballo, mandado por el coronel Eugenio Necochea, y 10 cañones de montaña. Alvarado llevaba como segundo jefe al general Enrique Martínez, y su división consistía en 1.700 argentinos, 1.200 chilenos y el resto peruanos, hasta alcanzar los 4.490 hombres.

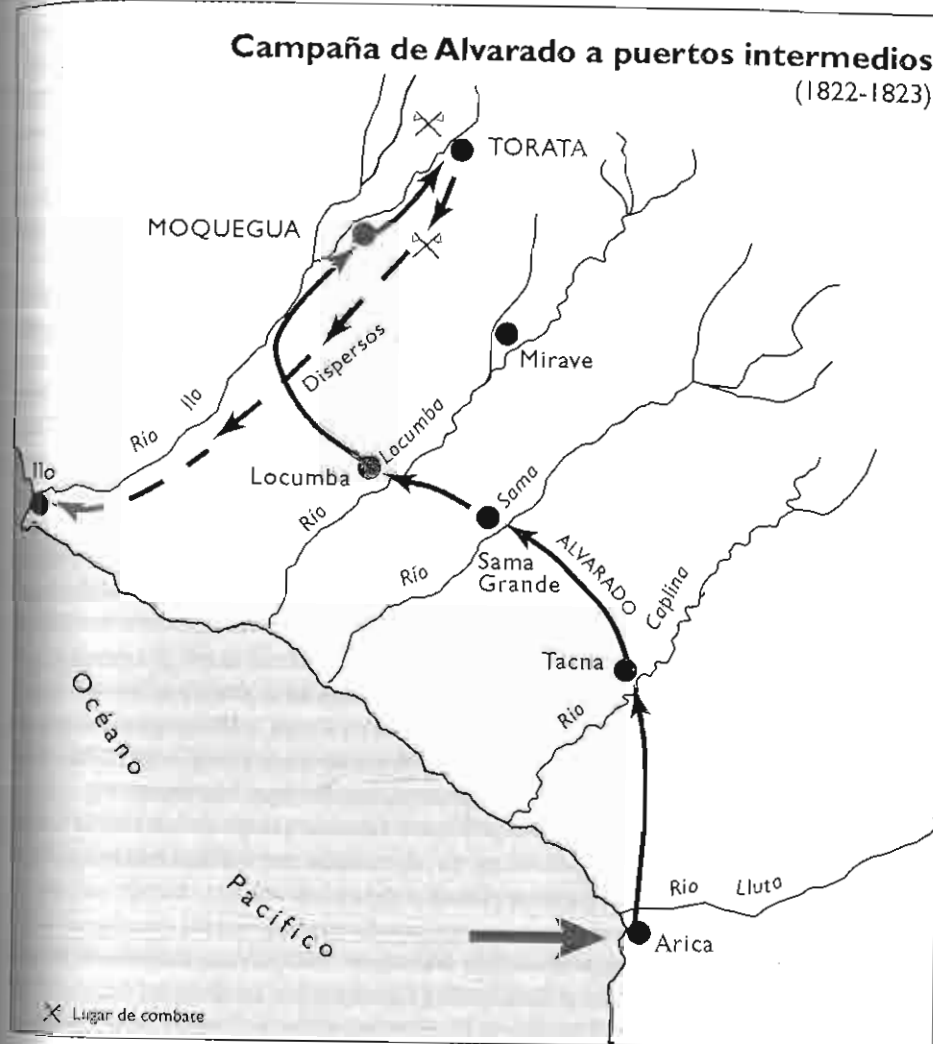
Partieron de El Callao en la primera semana de octubre de 1822, pero vientos contrarios retrasaron su llegada a Iquique hasta el 7 de diciembre. Dejando allí al Batallón n° 2 de Chile, siguieron hasta Arica, desde donde Alvarado lanzó al coronel Miller con 150 hombres para efectuar una “diversión” del enemigo por el norte. La falta de caballos —sólo contaba con 400— fue la razón que alegó para demorar su marcha al norte, cuando los realistas estaban dispersos en escasos destacamentos, ya que el grueso de ellos permanecía en la sierra del centro y en Alto Perú. Pero la morosidad del general Alvarado permitió al Virrey despachar sobre la costa al general Carratalá desde Puno, al general Olañeta desde Potosí, y al general Valdés desde La Paz.

El 24 de diciembre Alvarado ocupó Tacna con el Regimiento Río de la Plata y los Granaderos a Caballo, más cuatro piezas de artillería, y luego los batallones n° 5 de Chile y n° 11 de Los Andes. Hasta allí avanzó el general Jerónimo Valdés aunque con escasos efectivos; hizo el reconocimiento de los patriotas y se retiró a la aldea de Moquegua, en comunicación con Canterac, que marchaba a unírsele en el cercano pueblo de Torata.

El 19 de enero de 1823 chocaron aquí ambos contendientes. Los realistas se habían parapetado previamente en las estribaciones montañosas próximas a la villa, y pese al “temible ataque” —según Canterac— de los americanos, éstos fueron completamente rechazados, dejando 500 bajas, el doble de los que cayeron en el bando español. Sin municiones, Alvarado ordenó la retirada, aprovechando la noche.

A 25 kilómetros de distancia, en Moquegua, la División del Sur se detuvo, y pese a no contar con más de ocho tiros por hombre, allí quedó para esperar al enemigo que la seguía.

La posición defensiva elegida por los patriotas no pudo ser sostenida cuando llegó el Ejército Real el día 21 a la mañana. Atacados por la artillería y la infantería del general Canterac, poco pudo hacerse; y por segunda vez se pronunció su derrota. Esta vez el triunfo español fue concluyente: 700 muertos y 1.000 prisioneros fueron el saldo de la victoria de aquél y de su camarada Valdés, aunque también los realistas perdieron —según el teniente coronel García Camba, quien estuvo en la acción— “varios oficiales y soldados, particularmente del Cantabria y del primer escuadrón de la Guardia: éste perdió la mitad de su gente”. Los restos de la división mandada por Alvarado y Martínez emprendieron una peligrosa retirada.



Era seguro que quienes habían podido salvar del combate, serían aniquilados en la persecución mientras buscaban la salvación en el puerto de Ilo, donde se encontraban algunas embarcaciones. El retroceso se efectuaba por un camino arenoso, faldeando la montaña, y la costa distaba 22 leguas. Pero otra vez tocó lucirse al Regimiento de Granaderos a Caballo a órdenes del comandante Lavalle, conteniendo a los realistas vencedores, porque su jefe Necochea había sido herido en el combate de Moquegua. En medio de la dispersión de una multitud presa del pánico, perdida la subordinación y siendo ineficaces los esfuerzos de jefes y oficiales para organizarla, Lavalle pudo reunir algunos otros oficiales que colaborasen en su empeño, todos armados con pistolas además de espadas o lanzas, y con 300 granaderos una y otra vez enfrentaron a la caballería realista que el general Canterac enviaba para concluir con la muchedumbre en fuga. Mediante encarnizadas cargas pudieron imponerse los americanos, aunque cayendo muchos en los choques; y finalmente fueron amparados por la noche, descansando guerreros y cabalgaduras, hasta que arribaron a Ilo, donde estaba fondeado un convoy con botes y lanchas listos para conducirlos a bordo.

Desgraciadamente, las angustias y padecimientos no cesaron para los héroes de la retirada: el transporte que conducía a los restos de la caballería naufragó, y si bien la gente pudo llegar a tierra, vagaron por las playas de la costa, en una completa desesperación por falta de agua potable. Cerca de un centenar murió de sed, y hubo de perecer su jefe, el teniente coronel Lavalle. Por último, tras 36 horas de agonía, conocido el naufragio en Pisco —a 12 leguas—, se despachó de inmediato un Regimiento de Húsares conduciendo agua, salvando a los sobrevivientes de una muerte segura: “Demasiado débiles para llamar o salir al encuentro de los que debían protegerlos y hacer cesar sus padecimientos, temían no ser vistos y que la esperanza desapareciera antes que sus fatigas”, según relata en sus *Memorias* el general Miller. “Ya pocos podían hablar y muchos infelices expiraron antes de poder ser atendidos.”

En cuanto al general Arenales, que debió haber debilitado al enemigo operando por su flanco, no pudo organizar a tiempo su división para aliviar la presión sobre Alvarado, y recién estuvo listo cuando la expedición derrotada en Torata y Moquegua volvió a El Callao. Después de ella, Alvarado quedó como gobernador de la plaza de El Callao, asumiendo el mando de la División de los Andes el general Enrique Martínez.

No decayó, sin embargo, el espíritu público, y éste es un rasgo colectivo que la historia muestra: enseñar que los hombres no son dominados por los acontecimientos adversos cuando saben sobreponerse a los primeros contrastes.

Perú se debía a sí mismo: la fuerza colombiana del general Paz del Castillo abandonó su territorio, llevando consigo el batallón Numancia (600 plazas), sin haber marcado su presencia más que con gastos al Estado. El Triunvirato fue acusado del fracaso de la expedición a Intermedios, y el Ejército de Lima exigió su caída, siendo apoyado por el Ejército Unido argentino-chileno encabezado por el general Martínez. El general Juan Antonio Álvarez de Arenales, no obstante haber sido reclamado como cabeza del movimiento, prefirió separarse de estos hechos y se retiró del Perú, entregando el mando del Ejército nacional a su segundo el general Andrés de Santa Cruz. Por último, el Congreso designó presidente de la República a don José de la Riva Agüero, y lo condecoró con el título de Gran Mariscal pese a su carencia de antecedentes castrenses, para ponerlo a la cabeza de los militares que le deberían subordinación.

La situación se consolidó, y fue atendido el restablecimiento de las alianzas continentales. En abril de 1823 se convino que el Libertador Bolívar enviaría 6.000 soldados

y Chile otros 2.000. En el ejército argentino-chileno revistaban 2.587 efectivos, por mitades. Componían la División de Los Andes el Regimiento Río de la Plata, el Batallón n° 11 de Infantería, y el Regimiento de Granaderos a Caballo. Dejando a tales elementos como reserva, el presidente Riva Agüero quiso repetir el plan de San Martín de operar sobre Arequipa y Puno, mientras otra columna entraba por el valle de Jauja y ocupaba Huamanga, en esta oportunidad confiando la operación sólo a peruanos.

En mayo partieron más de 5.000 hombres de las tres armas del puerto de El Callao, al mando de Santa Cruz, quien llevaba como jefe del Estado Mayor al coronel Gamarra. Para el mes siguiente la expedición se encontraba ya en Arica. Sin embargo, ocurrió un acontecimiento imprevisto: también los españoles emprendieron su ofensiva, apuntando a la capital desprotegida, con una guarnición insuficiente, contra la cual se dirigió el general Canterac al frente de 7.000 hombres.

Los realistas ocuparon Lima sin resistencia. El gobierno de Perú se refugió en las fortalezas de El Callao, junto con los 6.000 del ejército independiente que le quedaban luego de la partida de Santa Cruz.

Bolívar seguía con atención la marcha de los sucesos, esperando el momento de actuar. Su pensamiento fue confiado al general Sucre: “No debemos contar más con la expedición de Santa Cruz. Conviene hacer un movimiento general con todas nuestras tropas reunidas, y yo a su cabeza”. El propio Sucre fue enviado a la cabeza de 4.000 auxiliares como vanguardia, para mantener a El Callao en manos patriotas “a todo trance”, pues consideraba a su conservación “de absoluta necesidad”: “Este puerto será la base de todas las operaciones, y perdido habría un trastorno espantoso”. Llegado Sucre, fue nombrado general en jefe de las tropas allí amparadas, y se declaró cesada la autoridad de Riva Agüero por una minoría del disuelto Congreso, la cual requirió la presencia de Bolívar confiriéndole los más amplios poderes (19 de junio), y hasta su arribo, el mando a disposición del general Sucre.

Sin embargo, Santa Cruz penetraba en la Sierra, por lo que el virrey La Serna dispuso que Canterac volviese para reforzarlo, motivo por el cual éste abandonó Lima el 16 de julio. En efecto, las tropas peruanas, internadas en la montaña, se dividieron en dos columnas que ocuparon Chuquisaca y Oruro entre fines de julio y principios de agosto. Cerca de la línea del río Desaguadero, a inmediaciones del pueblo de Zepita tuvo lugar la más importante acción de armas, en que chocaron Santa Cruz y Valdés, que permitió a los independientes mantener el campo, abandonado por los realistas. Aunque temeroso el primero de ser atacado por otras fuerzas del virrey La Serna, abandonó el territorio que dominaba —unido con Gamarra—, y al fin emprendió una desastrosa retirada en la cual perdió la mayor parte de su ejército. El general Sucre, quien se había movido en procura de reforzar a Santa Cruz, al enterarse de lo ocurrido se replegó a su vez. La última campaña del sur concluyó sin modificar la situación militar.

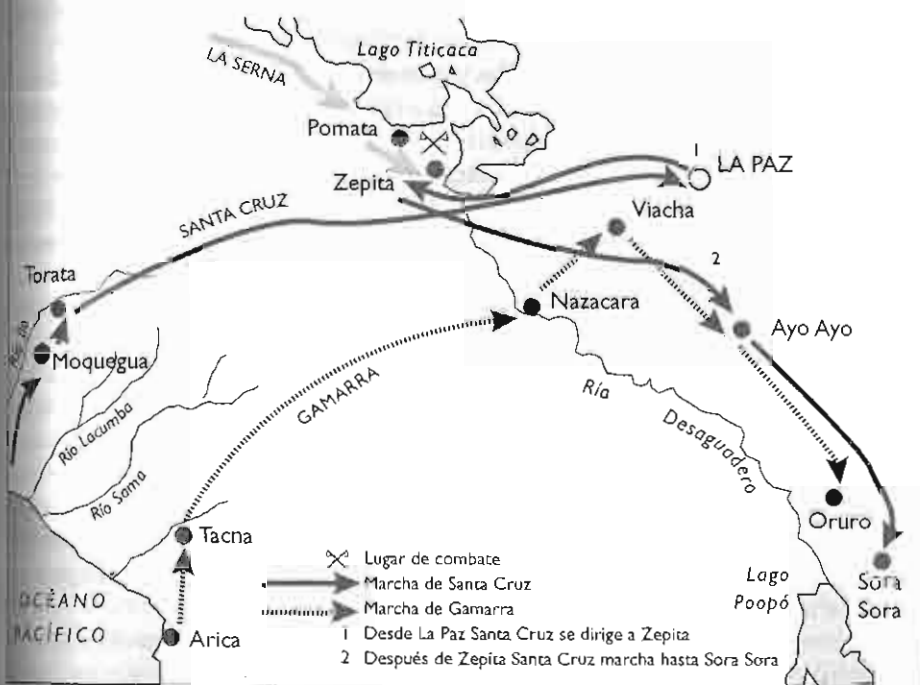
El recuerdo del ex Protector estuvo en la consideración de todos, para paliar tanto fracaso. Mas pese a los numerosos y calificados pedidos de auxilio, éste no se decidió a retornar a Lima, máxime cuando se enteró de que el antiguo presidente Riva Agüero había disuelto el Congreso, lo que desató la anarquía, en la cual la sombra de Bolívar se proyectaba para atizar las controversias. Otro grupo de diputados ofreció la presidencia al marqués de Torre Tagle. La condición que puso San Martín fue la previa unidad del elenco dirigente peruano para proseguir la guerra activamente, que al no lograrse lo decidió a continuar apartado de la escena pública.

En esos momentos (1° de septiembre) desembarcó Bolívar en El Callao, siendo recibido con entusiasmo por pueblo y tropas. No mucho después una revuelta en el norte depuso a Riva Agüero y lo apartó de los negocios públicos. Así concluyó el año 1823, con los realistas fuertes en el interior del Bajo y Alto Perú, y los americanos dominando la capital y la costa del país. El estado de las operaciones no había variado desde la ocupación de Lima por el general San Martín, año y medio antes. Ahora (10 de septiembre) el Congreso investía al general Bolívar con la dictadura; y fue en ocasión del agasajo que se le brindó a la tarde de ese día, que brindó "por el buen genio de América que trajo al general San Martín hasta las playas del Perú", hecho ya recordado.

El general Enrique Martínez, comandante del Ejército de los Andes —como aún lo denominaba—, se había dirigido el 20 de marzo de ese mismo año 23, al Ministerio de Guerra de la provincia de Buenos Aires, para impetrar su protección y ayuda. Tras hacerle la relación de sus hazañas en Chile, Perú y Quito, solicitaba una definición sobre la conducta que tocaba a sus restos. Y si escribía al Gobierno porteño, Martínez lo hacía a causa que "la fama pública en todas partes de la administración actual de la provincia de Buenos Aires se eleva como un iris de paz en medio de la tempestad que ha asolado a los demás pueblos". También los jefes y oficiales argentinos, por su lado, se dirigieron el mismo día a ese Gobierno, para hacerle comprender las circunstancias dolorosas —decían— por que se hallaban al carecer de gobierno central que los amparase y reglara su conducta militar y política, "y que recomiende alguna vez a la posteridad los marcados y señalados servicios de nuestro Ejército". Las tropas argentinas habían permanecido ajenas a las revueltas peruanas, y el 10 de noviembre, al acusar recibo del oficio de Martínez, el ministro Rivadavia aprobó su conducta; pero el estado de tirantez con el Imperio de Brasil con motivo de la posesión de la Provincia Oriental, le vedó distraer recursos que sería necesario emplear en la contienda que quizás estallara, como le expresó al almirante Blanco Encalada que lo visitó en ese tiempo. De todos modos, un proyecto de decreto de Buenos Aires redactado por Rivadavia propició autorizar al Gobierno "para admitir y declarar por parte del Ejército permanente de la provincia de Buenos Aires, a la División que bajo la denominación de Los Andes auxilia actualmente al Estado de Perú" (4 de julio de 1823). Claro está que esta actitud no pasó de buenas intenciones, pero revela que Buenos Aires seguía siendo considerada la cabeza de las Provincias Unidas pese a la desaparición del gobierno central. Por tanto, en el capítulo que sigue se atenderá a su situación.

La División de los Andes constaba, según un "estado" del 31 de octubre de 1823, de un total de 1.321 hombres, integrado por el Regimiento Río de la Plata con 622 de tropa, Batallón n° 11 de Infantería con 351, y Regimiento de Granaderos a Caballo con 353, con más 95 jefes y oficiales. Además de la falta concreta de auxilios de las Provincias Unidas del Río de la Plata, el gobierno peruano, por nota del 1° de diciembre de 1823 hizo presente que "las raciones que debían suministrarse al Ejército fue en concepto a que además de éstas recibía 1 real diario de socorro; y careciendo en la actualidad de este auxilio, aquella pensión no le es suficiente para su manutención". El Libertador Bolívar les hizo llegar un socorro. No sólo —como revela el general Enrique Martínez en una exposición contemporánea— "el hambre no daba tregua y la desmoralización tomaba cuerpo", forzando lo primero a los soldados a pedir limosna por las calles de Lima, sino que incluso su espíritu militar había sido modificado, no sólo por su inacción y miseria, sino porque las bajas producidas fueron cubiertas por negros libertos. Ya no participaban los héroes de los Andes a la cabeza de las operaciones de guerra.

Campaña de Santa Cruz a puertos intermedios (1823)



En cuanto a los demás ejércitos, tanto Perú como Colombia alcanzaban a 3.000 y 3.800 hombres respectivamente, y Chile a 1.148.

Ante este total de 9.000 soldados independientes, las fuerzas españolas revistaban el doble: 8.000 en el norte de Perú; 3.000 al sur, en Puno y Arequipa; 1.000 en Cuzco, y 4.000 en el Alto Perú; más otros 3.000 repartidos en varios acantonamientos. No debe olvidarse que gran parte de la tropa realista se reclutaba con elementos nativos, lo que explica su cantidad.

Comenzó el año 1824 con una catástrofe en términos militares: la caída de la poderosa plaza fuerte de El Callao en manos españolas.

No se debió este acontecimiento a ningún hecho de guerra, sino a la traición. Resulta que estaba de guarnición en sus castillos la infantería argentina y una brigada de artillería chilena, más algunos efectivos peruanos y colombianos, cuando en los primeros días de febrero se pagó sus haberes a jefes y oficiales, sin hacerse lo mismo con la tropa, a la cual se adeudaba cinco meses de sueldo. Fue demasiado: el bajo espíritu aludido, más esta injusta discriminación, movió a que en la noche del 4 al 5 de ese mes un par de suboficiales del Regimiento Río de la Plata encabezaron una sublevación contra sus jefes, poniéndolos presos, sin exceptuar al gobernador de El Callao, general Alvarado. Era su propósito obtener, mediante esta medida de fuerza, el dinero preciso para atender sus necesidades, y luego volverse a las Provincias Unidas. Pero un jefe español que ahora estaba confinado donde antes se guardaba a los prisioneros patriotas, hizo ver a los dos suboficiales amotinados el grave paso que acababan de dar, y que los hacía incurrir en un delito con castigo de pena de muerte si el gobierno volvía a dominar la situación. Por tanto les propuso, y aquéllos aceptaron, que se entregara la fortaleza a los jefes realistas custodiados en ella, ofreciendo altos grados en el ejército del Virrey a las cabezas del movimiento y a varios de sus seguidores. Al enarbolar la enseña de Castilla y León en uno de los torreones, ocurrió el conocido episodio de que un soldado del regimiento argentino, el negro liberto conocido por el apodo de *Falucho*, se negó a rendir honores al pabellón contra el cual luchara tanto, declarando: "Malo es ser revolucionario, pero peor es ser traidor". Fue ultimado mientras gritaba: "¡Viva Buenos Aires!".

No debe silenciarse que la sublevación alcanzó también al Regimiento de Granaderos a Caballo, que se hallaba en el valle de Cañete, el cual arrestó a sus jefes y se dirigió a El Callao; pero al ver sobre sus murallas la bandera enemiga, la opinión se dividió. Fueron puestos en libertad los oficiales y se detuvo el impulso, excepto por parte de los más decididos en favor del motín. Tan sólo 120 granaderos se conservaron fieles a la causa emancipadora y asistieron formando en el ejército peruano a las últimas campañas por la Independencia, porque el famoso regimiento quedó disuelto.

El drama no quedó en eso: también Lima volvió a ser ocupada por los españoles.

Luego de enterarse el general José Canterac de lo ocurrido, despachó dos divisiones sobre la capital, una mandada por el general Monet que debía posesionarse de la ciudad, y otra al mando del general Rodil para apoyarla desde la costa. Para peor, el presidente del Perú, marqués de Torre Tagle, imbuido de la antipatía que le generaba la actitud de Bolívar, entró en correspondencia con los realistas para sumarse a sus filas. Lo acompañó en esta infortunada postura su ministro de Guerra.

El general Simón Bolívar ordenó abandonar la capital, al tiempo que era confirm-

do como dictador por el Congreso peruano, el cual a su vez se disolvió (10 de febrero), declarando cesante al Presidente. El general Monet se apoderó de Lima sin hallar resistencia.

Bolívar se retiró desde Pativilca, donde se encontraba, al norte, a Trujillo, contando con 7.000 hombres. Con 3.000 de refuerzo que le llegaron de Colombia preparó la reconquista de lo perdido. Era su jefe de Estado Mayor el general Antonio José de Sucre, y si bien el antiguo Ejército Unido argentino-chileno había desaparecido, sus restos integraban los cuerpos peruanos, y muchos de sus jefes estaban a la cabeza de ellos: el general Mariano de Necochea, los coroneles Miller y Bruix, los comandantes Isidoro Suárez y José de Olavarría. En tales circunstancias, un acontecimiento inesperado vino a compensar el estado de cosas: la sublevación del general Pedro Antonio de Olañeta en el Alto Perú contra la subordinación debido al virrey La Serna, debido a las ideas absolutistas de aquél, que chocaban con el pensamiento liberal de éste. Era un reflejo de la división estallada en la propia Península, donde el rey Fernando VII había abolido la Constitución de 1812 —después de jurarle acatamiento—, cuyas noticias llegaron a Sudamérica. Olañeta acató los poderes totales asumidos por el monarca y los impuso a su ejército, decidido a continuar la lucha contra la Independencia pero separado del Virrey. Estalló, pues, la división armada de los españoles, y el general Valdés fue despachado por La Serna para someter al sublevado. Siguió una lucha entre ambos en el Alto Perú.

Por esa causa el general Monet recibió órdenes del Virrey de unírsele en el interior de Perú, para lo cual abandonó Lima, dejando al general Rodil a cargo de El Callao (marzo de 1824). Durante su retirado ocurrió un suceso que merece destacarse.

Ciento cuarenta oficiales americanos prisioneros a causa del funesto motín de las tropas en El Callao debieron acompañar al repliegue de los realistas, pero al tercer día de camino dos oficiales argentinos, el mayor Juan Ramón Estomba y el capitán Juan Pedro Luna, burlaron la vigilancia de sus captores y escaparon. Al enterarse el general Monet, cuando llegó la columna al pueblo de Matucana, el 19 de marzo, dispuso que dos oficiales prisioneros fueran fusilados como castigo y advertencia a los demás. Cuando uno de ellos protestó por esta violación a las leyes de la guerra, el jefe español respondió secamente: "Bastante se ha observado el derecho de gentes con ustedes, pues tienen aún la cabeza sobre los hombros". Para elegir a las víctimas comenzó un sorteo, interrumpido enseguida de empezado por la presentación espontánea de un par de prisioneros que manifestaron haber ayudado a quienes fugaron: el porteño Manuel Prudent y el tucumano Domingo Millán, ambos capturados en las derrotas de Belgrano en el Alto Perú. Los dos fueron ejecutados, habiendo muerto con entereza, luego de pronunciar briosas palabras a sus compañeros de infortunio. Entre éstos se contaban varios que con el correr de los años figuraron en las luchas civiles argentinas: José Videla Castillo, Nicolás Medina, Pedro José Díaz (con cuyos nombres de pila el historiador Mitre identificó equivocadamente a Luna), Ramón Lista, Cipriano Miró.

A todo esto, el general Bolívar inició sus operaciones en dirección a Pasco, al frente de 7.700 soldados de las tres armas, más 1.500 milicianos, enviando al coronel Miller a vanguardia. Contra ellos se dirigió el general José Canterac desde Jauja, comandando 8.000 infantes, 1.300 hombres de caballería, y 8 cañones; y el 6 de agosto se avistaron ambos ejércitos en la llanura de Junín.

Para reconocer al enemigo, el Libertador destacó a su caballería al mando del coronel Mariano Necochea. Eran 900 plazas compuestas por seis escuadrones de Granaderos

Montados y Húsares de Colombia, un escuadrón de Granaderos a Caballo del antiguo Ejército de los Andes (comandados por el teniente coronel Alejo Bruix), y dos de Perú. Sus adversarios contaban con mayor número de efectivos: 1.300 de caballería, y consideraban de inferior calidad a los elementos americanos. La acción comenzó por la tarde de ese invierno, lo que no permitía disponer de mucha luz por delante, en un terreno frágoso, cuanto que Necochea avanzaba por un desfiladero flanqueado por un cerro y un pantano, y este último perjudicaba el suelo antes de comenzar el llano. Como el general Canterac menospreció la capacidad de los independientes, desdeñando el uso de su artillería, fió el resultado del choque contra sus contrincantes —inferiores en número y entorpecidos por camino estrecho por el cual avanzaban— al solo empuje de su caballería. Él mismo se puso al frente de ellas y ordenó la carga.

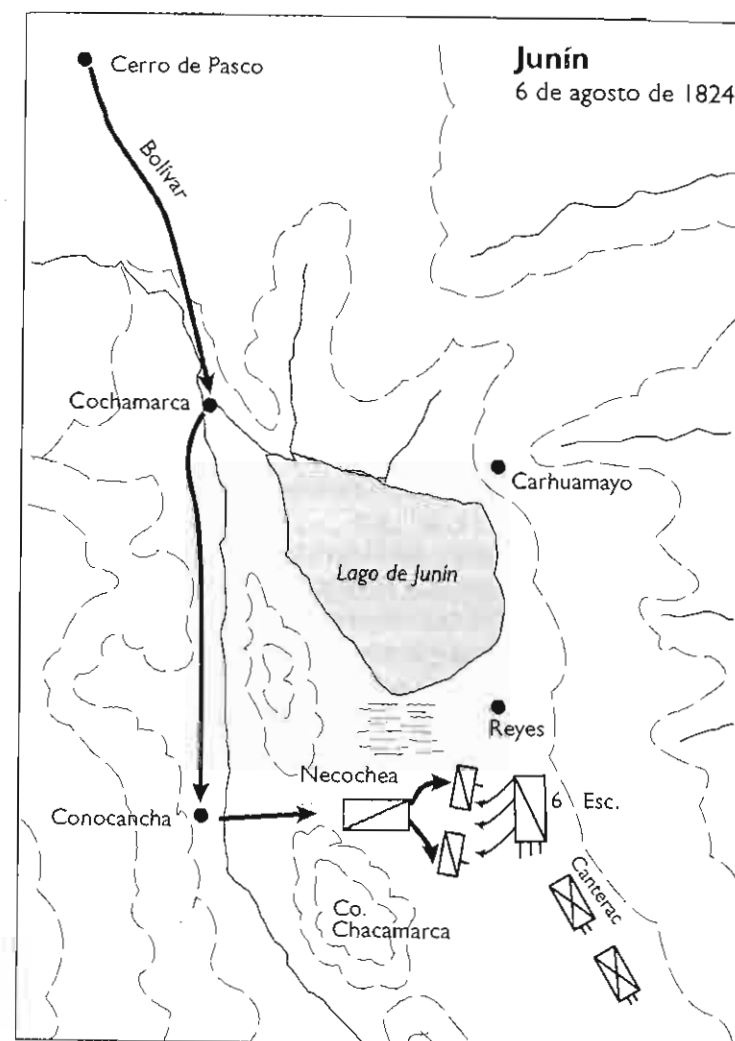
Los primeros que la recibieron fueron dos escuadrones colombianos que eran los primeros en abandonar el desfiladero de su avance, los cuales no obstante la gallardía con que afrontaron el empuje realista, finalmente fueron doblados y cedieron campo perseguidos por éstos. Toda la caballería de Canterac inició la persecución, sin guardar reserva alguna. En su furioso ataque cayó traspasado por siete heridas de lanza el propio jefe patriota, coronel Necochea, y su cuerpo, pisoteado por los cascos de unos y otros, quedó en poder de los españoles. En su avance, confiados y entusiastas, los realistas penetraron en el desfiladero, lanceando y acuchillando a la caballería de Bolívar por la espalda. Este último contemplaba la lucha y la derrota, y refiere el coronel Miller, que actuó en ella:

El Libertador, los generales Santa Cruz y Gamarra con su Estado Mayor, sin pasar el desfiladero, se formaron a retaguardia en una especie de llano pantanoso, al pie de una colina; y presenciando la fuga de nuestras tropas en la primera carga, se retiraron rápidamente a una legua a retaguardia, donde la infantería estaba formada:

Todo parecía ya perdido, cuando ocurrió lo inesperado: otro argentino, el teniente coronel Isidoro Suárez, jefe del 1º Escuadrón de Húsares del Perú, ubicado en un recodo del desfiladero, al ver que se abalanzaban por él mezclados los contrincantes, para no ser envuelto en el desorden dejó pasar a todos, y acto seguido cargó a su turno sobre los desprevenidos realistas con la mayor determinación, sableándolos hasta detenerlos y permitiendo que Miller reorganizara a la caballería independiente y la atacara. El general Canterac expresó en su parte al Virrey:

Sin poder imaginarme cuál fue la causa, volvió grupas y se dio a una fuga vergonzosa. Parecía imposible en lo humano que una caballería como la nuestra, tan bien armada, montada e instruida, con tanta vergüenza huyese de un enemigo sumamente inferior bajo todos aspectos, que ya estaba casi batido, echando un borrón a su reputación antigua, y puesto en peligro al Perú todo [8 de agosto].

Ahora perseguidos, los jinetes realistas debieron refugiarse junto al grueso de su ejército, que no perdió tiempo en retirarse del campo de Junín. Dejaban 250 hombres muertos al arma blanca, pues no se disparó un solo tiro en los 45 minutos del combate, contra 150 bajas americanas. El cuerpo gravemente herido del coronel Mariano Necochea pudo ser rescatado con vida, y los héroes de la victoria, los componente del escuadrón mandado por Suárez, recibieron del Libertador la denominación de Húsares de Junín.



El general José Canterac desocupó todo el valle de Jauja, y en una apresurada retirada que destruyó a sus tropas no se detuvo hasta no hallarse a 750 kilómetros del teatro de su derrota, con la moral destruida. Reforzado por el virrey La Serna, quedó estacionado al este del río Apurímac. Ese suceso impulsó al último a dar orden al general Valdés para que abandonara su campaña contra Olañeta en el Alto Perú, y regresara a Cuzco. El invierno, con su estación de lluvias, detuvo las operaciones, y Bolívar se dirigió a Lima, entregando el mando del Ejército al general Sucre.

Transcurrieron dos meses, y llegó octubre de 1824.

Las tropas americanas habían penetrado profundamente en el montañoso territorio del interior, y se hallaban aisladas de cualquier auxilio inmediato. Se planteó a su comandante en jefe la alternativa: emprender la ofensiva antes de la unión de La Serna con Valdés, o retroceder y aguardar el momento conveniente para reanudar la campaña. Sucre optó por lo primero, ocupando el terreno a su frente por medio de columnas, que desde luego debilitaban al grueso de sus efectivos. Enterado Bolívar, criticó la maniobra por aventurada, y Sucre se conformó, resuelto a retroceder con su Ejército unido. En tales momentos —primera semana de noviembre—, el coronel Miller desde la vanguardia le remitió el parte de que los españoles avanzaban contra él con todas sus fuerzas, que alcanzaban a 10.000 hombres. El general Sucre contaba con 7.000, y sólo 2 cañones.

El plan de La Serna era envolver a los independientes, maniobrando por las montañas; pero su movimiento dio tiempo a Sucre para reconcentrar sus efectivos dispersos, con los cuales procuró emprender su repliegue.

Durante un tiempo los adversarios marcharon sin poder enfrentarse a causa de que las cadenas cordilleranas se lo impedían, y el ejército americano pudo continuar su retroceso en dirección a Huamanga. El 3 de diciembre tuvo lugar finalmente un choque entre las fuerzas avanzadas de los realistas y la retaguardia independiente, favorable al general Valdés que mandaba la División más próxima, con pérdida de 300 soldados colombianos y un cañón. Para peor, se produjo una sublevación indígena a favor de España, cuyos miembros cortaron las comunicaciones de Sucre e incluso ultimaron a heridos en sus hospitales. La Serna persiguió a Sucre para concluirlo; pero pese a estar a su vista, las profundas quebradas se lo impedían.

El Virrey del Perú no dudaba de su triunfo. Aislado el Ejército americano, contra el se dirigieron los 10.000 hombres con 10 piezas de artillería, mandados por los generales La Serna, Canterac, Monet y Valdés, y divididos en 14 batallones de infantería y 2 brigadas de caballería. El general Antonio José de Sucre podía enfrentarlos con sólo 6.000 efectivos, a causa de las pérdidas sufridas.

La batalla decisiva se libró el 9 de diciembre de 1824, bajo la mole del macizo Condorcanqui, en la llanura donde se hallaban los independientes, llamada Ayacucho.

Con las primeras luces del día, Sucre proclamó a sus tropas, destacando la importancia de la lucha que sostendrían: “¡De los esfuerzos de este día depende la suerte de América del Sud!”. Sus fuerzas eran heterogéneas, y sólo disponía de un cañón calibre 4. Consistían en 4.500 colombianos, 1.200 peruanos (mandados en gran parte por jefes argentinos) y 80 argentinos. “¡Otro día de gloria va a coronar vuestra constancia!”, les pronosticó confiado.

Cuando bajo un sol luminoso comenzó la batalla a media mañana, el general Jerónimo Valdés con 4 batallones y 2 escuadrones, más 4 piezas de artillería, avanzó sobre la izquierda colombiana. Le salió al encuentro una División mandada por el joven gene-

ral José María Córdoba, reforzada por un batallón enviado por Sucre y la caballería de Miller; y al cargar impetuosamente, Córdoba, levantando su sombrero sobre la punta de su espada, dio su orden: “¡Adelante! ¡Paso de vencedores! ¡Armas a discreción!” Tras un combate, los independientes triunfaron en este costado; y cuando el centro realista acordó para restablecer la acción, fue también derrotado al atravesar un barranco que obstaculizaba su movimiento, por los lanceros de Colombia. El propio virrey La Serna, quien trató de intervenir para modificar la situación, cayó de su caballo con seis heridas, y fue hecho prisionero. Mil soldados realistas quedaron inutilizados. El general Valdés prosiguió la pelea contra la división peruana al mando del general José de la Mar, pero al cabo de un duro enfrentamiento, las cargas de la caballería independiente a cargo del coronel Miller, donde formaban los Húsares de Junín comandados por Isidoro Suárez, y los Granaderos a Caballo de los Andes, cuyo jefe era el teniente coronel Alejo Bruix, decidieron favorablemente la acción.

A la una de la tarde todo había concluido, con las bajas de la cuarta parte de los combatientes, y la emancipación de Perú estaba consumada.

Canterac asumió el mando del Ejército Real en ausencia del virrey prisionero, y en un trato con Sucre, que le otorgó una generosa capitulación. Catorce generales españoles rindieron sus espadas ante quien recibió el título de Gran Mariscal. A riesgo de cometer injusticia con la omisión de otros, he aquí los nombres de varios de los argentinos que asistieron a la batalla final de Ayacucho: Isidoro Suárez, José de Olavarría, Juan Esteban Pedernera, Isidro Quesada, Niceto Vega, Juan Pascual Pringles, Cirilo Correa, Joaquín María Plaza, Eustaquio Frías, Francisco Aldao, Manuel José Soler, Francisco Olmos, Félix Correa de Saá, Ángel Salvadores, Juan Pedro Luna, Paulino Rojas, Román Antonio Deheza, José Cecilio Lucero, Pedro Pablo Estrada y Matías Vera. Cabría agregar a José Félix Bogado, cuya partida de bautismo figura en la parroquia de San Pedro (provincia de Buenos Aires), pero que figura en la historia como paraguayo, tema que no corresponde dilucidar en esta obra.

El general Antonio José de Sucre avanzó triunfalmente por todas las ciudades en tránsito hasta Chuquisaca, en el Alto Perú, adhiriéndose las demás, donde las últimas fuerzas realistas mandadas por el general Olañeta se sublevaron causando la muerte de su comandante. La pérdida efectiva del territorio para las Provincias del Río de la Plata, sufrida tras la derrota de Sipe Sipe (1815), quedó consumada diez años después de este suceso al fomentar las fuerzas de ocupación de Sucre la separación definitiva del Alto Perú de su antigua integración, imponiéndosele el nombre de República de Bolívar, cuya presidencia asumió el vencedor de Ayacucho, y cuya capital vería modificado su nombre por cuarta vez, dándosele el de Sucre. Se creó de este modo un país cuya idiosincrasia era en verdad ajena a la de las Provincias Unidas del Sur, y que debió su incorporación a ellas a la sola voluntad de la Corona de Castilla. Luego transformaría su denominación definitiva en Bolivia.

Restaba únicamente El Callao, empecinado su jefe el general Rodil en mantener esa plaza fuerte para España pese a la capitulación que disponía la evacuación de todas las tropas realistas de América. Para apoderarse de esta posición fue destinado el general Salom, quien bajo los fuegos enemigos fue construyendo trincheras para aproximarse, hasta que luego de tres meses de sitio y bombardeo, reducida la guarnición defensora al último límite de la resistencia por falta de alimentos, y preparado el asalto de los americanos, Rodil aceptó la capitulación que le ofreció Salom. La bandera española fue

arriada de un torreón del Real Felipe, en presencia del general Tomás Guido, y este hecho puso punto final al largo dominio del imperio hispano en el suelo de los antiguos incas. El mencionado general Guido protagonizó un episodio que dio a conocer en 1858:

Pedí al general Salom entresacar de las filas de los soldados rendidos nuevamente en El Callao los de Los Andes, si algunos hubiesen salvado. Obtuve desde luego el permiso, pero infelizmente eran pocos, muy pocos los que aún quedaban. Acababa de pasar esta revista, y acercóseme una morena viuda de un sargento negro muerto en la plaza, y rebotante de alegría por verse entre los suyos —como me dijo—, tomándome ambas manos exclamó con entusiasmo indescriptible:

—Mi amo: Le tengo guardada la bandera del Ejército. Mi viejo la escondió el día de la revolución en el fondo de mi petaca y le puso un forro encima; y poco antes de morir me previno que cuando se rindiese la plaza, la entregase al primer jefe del ejército de Buenos Aires con quien hablase.

Esta negra, modelo de fidelidad, de patriotismo y de honradez, me pareció en aquellos momentos más digna de ocupar un lugar en el salón de un príncipe que la más encumbrada matrona de novela.

Era la culminación de un proceso de casi tres lustros, y aun cuando en él no estuvieron presentes, resulta imposible no mencionar a los principales comandantes argentinos que contribuyeron a ella, simbolizando en cuatro nombres a todos cuantos participaron en la heroica gesta: a Belgrano, que contuvo la invasión al territorio argentino con sus victorias en Tucumán y Salta; a Güemes, que defendió la frontera sin desmayos; a Pueyrredon, que puso todos los recursos del Estado para sostener la fuerza armada que llevaría la emancipación a Chile, Perú y Ecuador, y finalmente a San Martín, gestor y ejecutor de la formidable empresa, sin el cual la guerra por la Independencia sudamericana no hubiera sido posible.

CAPÍTULO X

La frontera porteña y la cuestión oriental

REFORMA MILITAR. CAMPAÑAS CONTRA LOS INDIOS ENTRE 1821 Y 1824. LA PROVINCIA ORIENTAL Y BRASIL. EL EJÉRCITO DE OBSERVACIÓN. DECLARACIÓN DE GUERRA CONTRA EL IMPERIO.

Concluida la gesta emancipadora, es menester conocer el estado de las Provincias Unidas del Río de la Plata en aquel mismo tiempo, sobre todo en Buenos Aires, pues su Ejército sirvió poco después para reorganizar a las fuerzas armadas de la Nación. Se apuntó en su lugar que la convocatoria de San Martín para colaborar con la nueva ofensiva por el Alto Perú, encomendada al teniente coronel Gutiérrez de la Fuente, antes de partir para Guayaquil, había fracasado por distintas razones, alegando la provincia de Buenos Aires que no podía descuidar la situación de su frontera interior, asolada por los males de los indios; y es preciso saber qué acontecía en ella.

Tras la gran conmoción del año 20 que provocó la desaparición de las autoridades centrales, y a lo largo de los primeros meses del año siguiente, las antiguas y grandes Intendencias creadas en 1782 se fragmentaron en las gobernaciones que las integraban, naciendo en forma definitiva, en 1821, las trece provincias argentinas primitivas (recién en 1834 Jujuy se separará de Salta). Buenos Aires, perdida su condición capitalina, se dedicó a mejorar su propio estado, desembarazada hasta cierto punto de los intereses nacionales, siendo que se ocupó del manejo de las relaciones exteriores en beneficio de todas las demás provincias. Interesa considerar el aspecto militar a que se abocó el nuevo Poder Ejecutivo que la rigió desde fines de 1820, durante los tres años de su período legal.

Eran los indios una amenaza constante contra el progreso y tranquilidad de la provincia. Es de señalar que la frontera —que para los argentinos del siglo XIX significaba la zona de contacto con los aborígenes y no con un país extranjero— había permanecido en relativa calma hasta entonces, ocupados los sucesivos Gobiernos en atender la guerra contra España, siendo su límite natural el río Salado al sur. De cualquier modo, quedaron establecidos fortines de vigilancia, y en 1816 se recreó el Regimiento de Blandengues. Más aún: en marzo de 1820 un tratado suscripto en la estancia Miraflores de Francisco Ramos Mejía —hacendado que mantenía trato pacífico con los salvajes— estableció como "línea divisoria de ambas jurisdicciones el terreno que ocupan en esta frontera los hacendados, sin que en adelante pueda ningún habitante de la provincia de Buenos Aires internarse más al territorio de los indios". Pero el acuerdo no pasaba de felonía; y en efecto, no transcurrieron muchos días sin que un malón arrasara con el pueblo de Navarro, conteniendo su avance las tropas que guarnecían Salto y Areco. Llegamos de este modo a fines del año 20, cuando el horroroso ataque a Salto comandado por Carrera volvió a conmocionar la frontera. Como se dijo, el gobernador Rodríguez en persona se movili-

zó para tomar la represalia, pero no pudo darle alcance a la hueste —¿u horda?— que capitaneaba.

Pero contando con un ejército alistado, Rodríguez prosiguió para escarmentar a los aliados del caudillo chileno. Disponía de 74 jefes y oficiales, y 1.533 soldados, y aguar- daba refuerzos de milicias. "No detendrá jamás sus marchas —instruía a uno de sus co- roneles— por las solas promesas de los indios". El hacendado Juan Manuel de Rosas, que lo aconsejaba por sus conocimientos de los indígenas —muchos de los cuales traba- jaban en sus estancias— le previno: "No son pampas sino ranqueles los que han invadi- do y robado estas fronteras. Por ello es que clamo al Cielo por que nuestras operaciones militares no alcancen a ofender a los pampas, a quienes debemos buscar por amigos". Los hechos demostrarían lo erróneo de la aseveración. El general Rodríguez tomó el rum- bo de las sierras de Tandil, no sin toparse con actos hostiles de los salvajes, quienes, ate- morizados por el poderío del ejército, convinieron en celebrar un "parlamento" a fin de llegar a un arreglo. Era una celada, planeada por el cacique Pichi-Joncoy. Prevenidos, los soldados porteños se dispusieron a la lucha.

El 15 de enero de 1821 el campamento cristiano sufrió el asalto de los bárbaros, que fue rechazado con severas pérdidas para éstos. Sin embargo, el gobernador Rodríguez comprendió que su objetivo había fracasado, al no poder capturar a Carrera ni tranquilizar a los indígenas, y dispuso retornar a la capital, a donde llegó el 2 de junio.

En el estado de virtual separación institucional de unas Provincias con otras —que la firma de pactos impedía su desunión total, manteniendo la integridad nacional—, Bue- nos Aires cuidó la regularización de sus propias fuerzas armadas. El momento era pro- picio, concluida como estaba la guerra. Con dos eficaces colaboradores contó el briga- dier Rodríguez para su tarea: el ministro de Guerra, general Francisco Fernández de la Cruz (el comandante depuesto por el motín de Arequito), y el de gobierno, don Bernar- dino Rivadavia, los cuales trabajaron en conjunto en las reformas de que se dará cuenta.

Los efectos derivados del estado anárquico por que pasó en varias ocasiones el Ejér- cito Auxiliar del Perú, con multitud de oficiales sueltos, hizo que ya en 1816, durante el mandato del director supremo Pueyrredon, se vigilara entre otros abusos al lucimiento de condecoraciones —sirva como ejemplo—, por medio de una circular despachada el 14 de agosto a los jefes de la guarnición y en campaña:

Teniendo presente S.E. que por dispersión de algunos oficiales en diversos puntos del territorio de las Provincias Unidas, y por las distantes posiciones que ocupan varios Regimientos en aquella gracia, no puede adquirirse en esta Capital un cono- cimiento exacto de los que la merezcan, ni prevenirse absolutamente el fraude de tan sublime distinción, se han librado en este día las órdenes a los generales de los ejér- citos en campaña y gobernadores intendentes de las provincias interiores, para que ejecuten en sus respectivas jurisdicciones la competente requisición, y remitan a V.S. los documentos justificativos de los que esclareciesen su derecho, los que pasará a S.E. con su informe para la suprema aprobación, prohibiéndose rigurosamente el abuso de un premio dispensado a la virtud y el honor. Y como esta Inspección Ge- neral tuviese noticia que algunos plateros fabrican y venden indistintamente dichas medallas, como lo comprobó por la compra por segunda mano, cuyo fraude es per- judicial a los dignos hijos de la patria, acreedores a esta apreciable demostración de su mérito, dispondrá V.S. que los individuos de su Regimiento que se hallan en el

caso de la indicada suprema disposición, ocurran por su conducto a esta Inspección General con los comprobantes de su legítimo derecho que tienen al uso de este dis- tintivo, para expedirle individualmente la cédula respectiva de la medalla que les corresponde, y quedando a la mira los mismos interesados de darme parte de cual- quiera que sepan que la usa indebidamente.

Las medidas para reorganizar al ejército habían comenzado a meditar-se cuando fi- nalizó la guerra civil en el Litoral, hasta que la Sala de Representantes o Legislatura (re- creación creada, en sustitución del Cabildo), por sendas leyes del 12 de noviembre de 1821, atendió al fondo de la cuestión, mediante resoluciones sobre retiro y premios. El sentido de estas medidas era el atender a la cantidad de jefes y oficiales sin destino por haber ter- minado sus servicios a la Independencia, regularizando su situación y orientándolos ha- cia la actividad privada: para ello se estableció una escala de retribuciones para quienes pasaban a retiro, a fin de que dispusieran de capital para invertir. Naturalmente, perma- necieron en servicio activo quienes siguieron revistando en el ejército de la provincia. Establecía la ley de retiro que los oficiales que contaran entre 4 a 20 años de antigüedad gozarían de la tercera parte de su sueldo; la mitad de éste los que tuvieran de 20 a 40 años de servicios, y el sueldo íntegro los de más de 40 años en la carrera. La ley de premios estipulaba que todos los oficiales "reformados" (como se los llamó) recibirían en un so- lo acto la cantidad total que deberían percibir en 22 años, en fondos públicos del 6%. Se comprendía a los retirados por invalidez a causa de heridas sufridas en la guerra de In- dependencia.

Lo expuesto se englobaba en los proyectos de creación de nuevas poblaciones en la campaña y el trabajo de la tierra, en donde los militares fuera del servicio podrían desti- nar los fondos que el Estado les entregaba. Y si alguno de éstos era llamado nuevamen- te a la actividad, debería depositar en la caja de su regimiento el capital recibido, que no podría ser enajenado mientras permaneciese en las filas; pero no sería convocado aquel que hubiese gastado su "premio". Asimismo, como medida moralizadora, una nueva ley del 19 de abril de 1822, indicó:

Todo individuo de los que han gozado de la ley de premio militar que haya enajena- do su contingente, no acreditando ocupación o establecimiento que le proporcione una honrada subsistencia, queda bajo la inmediata inspección de la Policía, sin go- ce de fuero ni uso de uniforme.

¿Qué resultado se obtuvo? Asienta en sus *Memorias póstumas* el escrupuloso cro- nista Beruti:

Muchos hombres de altas graduaciones los veo ejerciendo oficios que ellos no lo ha- brían creído, según el rango en que se encontraban, méritos que tenían contraídos, y la soberbia y el orgullo que les acompañaban; y así con los que les ha tocado de reforma, conozco brigadieres que se han metido a estancieros, coroneles mayores a chacareros, coroneles a quinteros, y una porción de tenientes coroneles, coroneles, sargentos mayores y demás graduaciones, de pulperos, vendiendo ellos en persona, y aun en otros ejercicios más mecánicos que ellos no creerían ni lo pensarían ha- berlos ejercido cuando estaban en su rango; y aun muchos de éstos mirarían con

desprecio a los hombres honrados y de bien, aun ejerciendo oficios más decentes que los que ellos ahora tienen.

En esta época revistaban en el ejército de Buenos Aires el Regimiento del Orden, establecido en mayo de 1821, y la Legión Patricia —anteriormente aludida— compuesta por tres batallones, acantonada en el cuartel “De la Ranchería”. En la campaña cinco regimientos de Milicias de Caballería protegían vidas y haciendas de esforzados pobladores; mientras la Dirección de Ingenieros, que tenía a su frente al coronel barón de Holmberg, se ocupaba de construir o refaccionar los fuertes, fortines y cuarteles. La Inspección General del Ejército estaba confiada al brigadier José Rondeau, quien corría con el vestuario y armamento de las unidades. No puede dejar de señalarse que en 1822 se creó otra vez el Regimiento Blandengues de la Frontera, sirviéndole de plantel original el Regimiento de Húsares, el del Orden, y los *carabineros* de cada cuerpo, que era la denominación de aquellos veteranos, base de los regimientos de Milicias.

Lo relatado se inserta dentro de nuevos intentos del gobernador Rodríguez por disminuir el impulso destructor de los indios. Para imponerse, quiso volver a someter a los caciques díscolos, lo que no había podido hacer en su primera campaña. Sospechando que en la estancia Miraflores tenían lugar sus conciliábulos, fiados en la protección que les dispensaba Ramos Mejía, fue a desalojarlos de ella, acusando al propietario —a quien citó para que se presentara en la capital— de haber dado pruebas “de una amistad tan estrecha con los salvajes, que la prefiere a la de sus propios conciudadanos”. La respuesta de los indígenas fue asolar las riberas del río Salado, matando a los pobladores y quemando sus instalaciones, a la par que robando a sus mujeres e hijos para reducirlos a un espantoso cautiverio en las tolderías, donde sufrían un trato peor que los esclavos negros en Buenos Aires, sin excluir la venta que hacían de ellos entre las tribus o en Chile.

El general Martín Rodríguez planeó, pues, una gran batida, dejando encomendada al gobierno a su ministro Rivadavia, y la preparó para llevarla a cabo en el año siguiente. Su propósito no era sólo el de repeler a los indios sino además extender la frontera para ampliar la explotación racional de tierras feraces y desocupadas.

En febrero de 1823 se concentraron en la Guardia del Monte las unidades que formaron el cuerpo expedicionario: Regimiento de Húsares, Blandengues de la Frontera, Caballería Patricia, Escuadrón de Colorados del Monte, regimientos de Campaña n° 2, 3 y 5 formando un total de 2.423 hombres de las tres armas: 1.768 de caballería, 575 infantes (Cazadores), y 80 artilleros con 7 piezas. Llevaban 6.000 caballos entre los de marcha y pelea, más un convoy de 259 carretas con los bagajes y elementos para construir un nuevo poblado. Era una fuerza sumamente respetable, cuya vanguardia estaba en Kakel-Huincul (que protegía a la villa de Dolores), consistente en 350 soldados a órdenes del teniente coronel Miguel Caxaraville. El *Diario* llevado anónimamente de esta campaña, anotó:

La subordinación y el orden que reinaba en la milicia prometía resultados prósperos. Todo anunciaba que iban a cesar las calamidades de la campaña de la provincia, y a refrenar el orgullo de los bárbaros: un esfuerzo y una masa tal en movimiento, dirigida por la primera persona del país, lo pronosticaba.

El 6 de marzo comenzó el avance por divisiones en dirección al río Salado, bajo el mando del general Rondeau, inspector general del Ejército; luego lo siguieron el gobernador Rodríguez y el ministro Cruz. Flanqueada por la caballería, la fuerza encerraba las filas de carretas que cargaban provisiones, útiles, parque y artillería; dentro de ellas —en la medida que se podía— o caminando al costado, marchaba la infantería. Las caballadas iban a una distancia regular de cada división, y a retaguardia eran arreadas las tropas de ganado.

El trayecto hasta las márgenes del arroyo Chapaleufú se realizó sin inconvenientes, salvo una quemazón de proporciones que mucho molestó a hombres y bestias. Desde allí continuaron hasta la sierra de Tandil, internándose en la *Tierra Adentro*. Cerca de este último punto se recibieron noticias de haber estallado una insurrección en la capital, que movió al general Martín Rodríguez a volverse junto con el ministro de Guerra; pero su separación duró poco ante el aviso de que el motín había sido dominado: fue una revuelta encabezada por el doctor Gregorio Tagle, ex ministro de Pueyrredon, utilizando como pretexto la reforma eclesiástica impulsada por el ministro Rivadavia, quien logró imponerse a los sublevados. Al llegar el ejército al arroyo Tandil, sus ingenieros reconocieron el terreno para delinear la nueva población con el nombre de fuerte Independencia (hoy ciudad de Tandil). Los trabajos comenzaron en abril. Refiere el *Diario*:

Se citó a todos los jefes y oficiales del ejército para acompañar a la autoridad a presenciar la excavación de los primeros palmos de la fosa. El 4 al salir el sol se ejecutó esta obra, a la que correspondieron músicas y salvas de artillería. El contento reinaba en todo el ejército: el principio de una obra tal lo exigía.

Los caciques, avisados mediante un lenguaraz, prestaron su conformidad con la nueva población, asegurando no hostilizarla.

Los contactos directos con indios habían sido nulos hasta entonces, pero en abril comenzaron a cruzarse enviados de una y otra parte. Los caciques pampas ofrecieron unirse al ejército para combatir a los ranqueles, si se les devolvían los prisioneros tomados en Miraflores. Otra novedad fue el intento de desertión de “un número considerable” de milicianos —que se creía de confianza pese a la conducta observada corrientemente por ellos—, ocho de los cuales pudieron ser capturados y fusilados, de acuerdo con las prevenciones del mandatario al abrir la campaña.

La alianza con los indios pampas (argentinos) contra los ranqueles (chilenos), llenó de esperanza al gobernador Rodríguez, y prosiguiendo su avance, el 8 de mayo se presentó al ejército una partida de más de 20 indígenas “con el aspecto imponente de emisarios”: “Dos de ellos se distinguían entre los demás por sus sombreros emplumados, pintadas las caras, y con aire grave. El embajador principal era hermano del cacique Pichi-loncoy, y los demás, parientes de otros muchos personajes”. El jefe del grupo reiteró sus promesas, anunciando que al día siguiente arribarían todos los caciques para unirse al *Capitán Grande* y llevar la guerra a los ranqueles. Dicho comisionado invitó a Rodríguez para que se apartara del campamento con los más *viejos capitanes* a formalizar el pacto; pero desconfiado, el mandatario contestó que no era ésta la costumbre de los blancos, sino acordar la representación de la autoridad a otro personaje. La insistencia del cacique fue inútil: el general Rodríguez le anunció que iría Rondeau con 20 oficiales de los de mayor edad, aunque no los de superior graduación. Se convino en celebrar la reunión dos días después, el 7 de mayo de 1823.

Temprano en esa jornada se avistaron a los grupos de indios, que acamparon a dos millas:

El campamento que habían formado presentaba sus divisiones en estado de pelea armadas de bola, lanza y algunos sables: su número ascendía a 400, pero más a retaguardia, en el bajo de una colina inmediata a ellos, se distinguía otra reunión, y su fuerza total se calculaba en 800 hombres. La noche se pasó sobre las armas, tomándose las prevenciones correspondientes.

La caballada patria se había destruido por la falta de pastos, las fuertes heladas diarias, y el continuo servicio. Y como también se había consumido mucho ganado vacuno, la alianza con los indios era importante.

El "parlamento" se realizó entre el general Rondeau y el cacique Lincon, quien luego pasó a saludar al gobernador Rodríguez. Aunque abundaron las expresiones cordiales y el tratamiento de "hermanos", nada positivo resultó: el recelo era mutuo. Y no sin fundamento, porque los indios exigieron la entrega de dos rehenes, que fueron el mayor Bulewski y el teniente Monte, quedando en el campo cristiano el cacique Pichi-loncoy y otro indio. Requeridos dos capitanes más a cambio de otros tantos indios principales, agrega el anónimo cronista de la expedición:

Aparentando ya dirigirse éstos a nuestro campo, fueron enviados los capitanes Bot y Ferrer. El cacique, los oficiales, el lenguaraz y dos cornetas salieron del campamento hacia el suyo: antes de incorporarse, y en el momento de acercarse los nuestros, los envolvieron en sus grupos llevándolos a gran carrera hacia la retaguardia de su línea. Corrió la misma suerte el teniente coronel Miller y el porta de su mismo cuerpo Alvendín, quienes cándidamente y sin permiso previo, creyentes de la buena fe de los bárbaros, salieron del campo siguiendo la comitiva de los rehenes y cayeron con éstos en el lazo pérfido de los bárbaros. Contentos con esta pequeña despegaron sus líneas con la gritería acostumbrada, y se retiraron más a retaguardia, ejecutando este movimiento a toda carrera, siendo imposible atacarlos en aquel acto porque se acercaba la noche y se reunía el impedimento de hacerlo con las caballadas aniquiladas.

Los militares dieron al paraje donde sucedió esa desgracia, el nombre de "Laguna de la Perfidia".

Rodríguez dispuso la retirada, dejando asegurada la guarnición de Tandil. El 9 de mayo el Ejército volvió sobre sus pasos, hostigado por guerrillas y ataques de los indios a las avanzadas porteñas, quemando los pastos para batirlo, mas sin mayor efecto. Aunque los indígenas eran rechazados, y la artillería no dejaba de causarles algunas bajas, sus excelentes caballos los ponían a salvo de mayores pérdidas. En su retroceso fue reconocida la costa hasta el cabo Corrientes y la laguna Mar Chiquita, y la serranía de Volcán. La persecución que se intentó llevar sobre los salvajes en cierta oportunidad no tuvo éxito por la ligereza de los *pangarés* que montaban. En una de las recorridas se encontró a una cautiva escapada de las tolderías del cacique Ancafilú aprovechando una fiesta, la cual declaró que los 6 oficiales capturados habían sido asesinados a sangre fría y que los pampas en unión con los ranqueles programaban una invasión general a la fran-

tera en la próxima luna (mes). Así concluyó esta operación, sin que una campaña simultánea por parte de la provincia de Santa Fe tuviera mas resultado que una batida a algunas tolderías.

El *Diario* del Ejército incluye las siguientes reflexiones:

La experiencia de todo lo hecho nos enseña el medio de manejarse con estos hombres: ella nos guía al convencimiento que la guerra con ellos debe llevarse hasta su exterminio. Hemos oído muchas veces a genios más filantrópicos lo fácil de su seducción a la amistad. Sería un error permanecer en un concepto de esa naturaleza. Era menester haber estado en contacto con sus costumbres, ver sus necesidades, su carácter, para convencernos de que aquello es imposible. Los esfuerzos para atraerlos en las bases de la industria y del comercio serían efímeros. Los pueblos civilizados no podrán jamás sacar ningún partido de ellos ni por la cultura ni por ninguna razón favorable a su prosperidad. En la guerra se presenta el único remedio, bajo el principio de enemigos que es preciso destruir y exterminar.

En este aspecto de la historia militar hay una circunstancia original: la participación de tropas de Entre Ríos en la defensa de la provincia de Buenos Aires.

El hecho tuvo origen cuando un enviado del Gobierno porteño visitó al gobernador de aquella, coronel Lucio Mansilla, para ventilar ciertos aspectos relacionados con la ocupación extranjera de la Banda Oriental. Mansilla le hizo ver el estado de suma pobreza de Entre Ríos, cuyas tropas debían alimentarse con carne de yeguas, por lo que tuvo idea de enviar dos escuadrones veteranos —"de línea"— a combatir contra los indios en las pampas bonaerenses, si su gobierno los sustentaba. Así lo expresa él en su *Memoria*, pero en realidad se trataba de un trueque: soldados por dinero, ya que Buenos Aires se comprometió a retribuirle con numerario este refuerzo. Véanse los términos del acuerdo suscripto el 9 de noviembre de 1823 entre el coronel Mansilla y el doctor Juan S. García de Cossio:

Art. 1º) El señor gobernador de Entre Ríos remitirá al servicio del Estado de Buenos Aires 200 dragones con sus mujeres e hijos, jefes y oficiales, armas y monturas, luego que lleguen al Arroyo de la China los transportes con víveres que al efecto remitirá el Excmo. Gobierno de Buenos Aires. 4º) El Excmo. Gobierno de Buenos Aires suministrará a la provincia de Entre Ríos por estos servicios \$30.000 en los términos siguientes: 10.000 al contado, otros tantos al año desde la aprobación de este tratado, que se abonará por tercios, y los últimos 10.000 serán recibidos en pago de lo que adeuda Entre Ríos a Buenos Aires.

El resto del articulado es de detalle. Los escuadrones estuvieron a órdenes de los tenientes coroneles Anacleto Medina y Andrés Morel, y en sus filas marchó también el mayor Narciso del Valle, quien radicado en Dolores luego de continua pelea contra los indios, allí vio nacer a su hijo Aristóbulo, el destacado parlamentario de fines del siglo. Medina volvió a Entre Ríos al año siguiente; en cuanto a Morel, murió a manos de los indígenas en 1829, en Napostá Grande.

La "cuestión india" debía tratarse como una guerra, es decir, como una operación definitiva, y no mediante incursiones parciales que no solucionaban el problema, sino que

prolongaban el estado de cosas, generalmente con resultados contraproducentes por la reacción que provocaban entre los salvajes. Hasta que transcurrió medio siglo más; esto es, hasta que asumió la presidencia el doctor Nicolás Avellaneda en 1874, la situación prosiguió mostrando sus mismas características de ataques de uno y otro lado de la frontera, pero sin resolverse en forma definitiva.

El avance del gobernador Rodríguez en 1823, excepto la fundación de la fortaleza Independencia (Tandil), nada de positivo produjo. La barbarie se cobró la revancha en el mes de octubre, asolando los partidos del norte de la provincia de Buenos Aires, como da cuenta Juan Manuel Beruti en sus *Memorias*:

El 28 de octubre llegó a esta ciudad la noticia de haber los indios infieles hecho en nuestra campaña, por varios puntos, una entrada general en la que saquearon, robaron, mataron y se llevaron una porción de hombres y mujeres cautivas, sin poder remediarlo ni las tropas de la frontera ni los vecinos de la campaña, aunque hicieron lo que pudieron y estuvo de su parte, pues siempre libraron algunos cautivos que llevaban, el ganado que robaron, y los contuvieron en su irrupción; que de lo contrario nos dejan asolada nuestra campaña, llegando su atrevimiento a internarse hasta Magdalena y otros puntos muy cerca de la ciudad. Cosa increíble fue ver a estos bárbaros venir tan sigilosamente que no fueron sentidos: entraron por diversos puntos, unos peleaban y otros conducían los cautivos y robos por delante; atacaban y se defendían con valor y en orden militar; y últimamente poco se les quitó y nuestra gente ya les tenía miedo.

Este malón fue consecuencia directa del avance del gobernador, conforme al mensaje dejado cerca de la guardia de Kakel, escrito por orden de los caciques por un hijo del teniente coronel Bruno de la Quintana, que fuera capturado:

Señor gobernador: en nombre de los caciques que abajo firmamos, le decimos a usted que por qué ha poblado la guardia del Tandil sin licencia nuestra, y ha hecho usted otras tantas de las que sabe hacer. Por eso lo desafiamos a pelear cuando quiera. Nosotros tenemos 8 naciones juntas y con bastante fuerza para hacer lo que se nos antoje, sin que usted con toda su tropa lo pueda estorbar.

Otra misiva particular agregaba:

Yo hasta ahora, Martín, he sido tu hermano y me has engañado cuando has querido con las paces. Ya estamos aburridos de adularle. Si en el término de un mes no mandas chasques a sacar los cautivos y tratar de las paces, hemos de venir y degollar grandes y chicos. Ninguno tiene la culpa de que padezcan, hacendados y toda la campaña, sino Rodríguez, con que así degüéllo.

Tal estado de ánimo por parte de los salvajes forzaba a las tropas a vivir sobre las armas para detener sus invasiones y perseguirlas a fin de recuperar el producto de sus depredaciones. Los nombres de heroicos jefes que en esta época lucharon contra ellos y contra la escasez de elementos para hacerlo convenientemente, merecen recordarse: Caraxaville, Rauch, Arévalo, Acha, Saubidet, Ibarrola. En octubre de 1823 comenzó a dar-

se cumplimiento a la ley de reclutamiento del 1° de julio del año anterior, según la cual servirían como veteranos durante seis años los hombres de 18 hasta 30 años inclusive, y los que contaran de 30 hasta 40 años, por cuatro años; pero la protesta generalizada obligó a suspender el enrolamiento para exceptuar del servicio al hermano mayor de huérfanos, al hijo único de viuda o de padre impedido o septuagenario, a los comerciantes matriculados o dueño de establecimiento rural que lo cultivara, si su valor alcanzaba a \$1.000, a los alumnos de la universidad, y a los empleados públicos.

De cualquier manera, el general Martín Rodríguez decidió emprender una nueva batalla contra Tierra Adentro. A fines del año 23 comenzaron a reunirse las tropas otra vez en inmediaciones de la Guardia del Monte, en la estancia de don Antonio Dorna al margen de la laguna de las Perdices, y a principios de 1824 emprendieron su marcha a las órdenes —como anteriormente— del general José Rondeau, a quien acompañaban el gobernador y su ministro de Guerra el general Francisco Fernández de la Cruz. Formaban el ejército 3.000 efectivos, divididos en los siguientes cuerpos: Batallón n° 1 (coronel Correa), 500 hombres; milicias de infantería montadas, 400; Regimiento de Blandengues (coronel Mariano Ibarrola), 500; Húsares y Dragones de Entre Ríos (comandantes Anacleto Medina y Andrés Morel), 400; Húsares de Buenos Aires (comandante Federico Rauch), 200; milicias de caballería (comandantes Francisco Sayós e Ignacio Inarra), 600; voluntarios (comandante Miguens), 100; Colorados de las Conchas (comandante José María Vilela), 250; baqueanos, 50; dos obuses y dos cañones de a 4. Comandante de la escolta del gobernador fue el mayor Manuel A. Pueyrredon, integrada por los hombres más valientes, seleccionados de todos los cuerpos, que estaban armados con sable, carabina y pistola, y lucían unas corazas de latón amarillas, "que aunque no eran tan buenas como las de fierro, eran más livianas y salvaron muchas vidas", comenta el propio Pueyrredon.

Esta nueva expedición se proponía llegar hasta la bahía Blanca y fundar un pueblo que se denominaría Belgrano (hoy responde a este lejano bautismo la Base Naval aledaña a la ciudad de Bahía Blanca). Para su construcción se había formalizado un contrato con los señores Casares, que se dirigieron allá por agua, llevando consigo al agrimensor Martiniano Chilavert y una escolta al mando del capitán Jaime Montoro. Aunque el ambicioso proyecto de Rodríguez era, una vez cumplido aquello, avanzar hasta el río Colorado, y tras permanecer en cuarteles de invierno, abrir nuevamente la campaña en 1825, librarla de indios, y establecer fuertes en el río Negro. ¡Medio siglo faltaba para consumar el propósito!

La marcha se hizo penosa por la carencia de buenas cabalgaduras y la lentitud del avance de la infantería y de 150 carretas cargadas con los útiles y materiales para construir el recinto urbano, y también varias familias, a las que acompañaba un convoy de vivanderos. Siguiendo su rumbo a la Sierra de la Ventana, pasaron la laguna de la Perfidia, antes de atravesar el arroyo Chapadleufú, escenario del asesinato del grupo de jefes y oficiales en medio de una tregua el año anterior. Al día siguiente de llegar a este lugar finalmente se presentaron 400 indios, pero para celebrar *parlamento*.

Al igual que el año anterior, los indígenas pidieron que el gobernador fuese a conferenciar con los caciques a un punto equidistante de ambas fuerzas, llevando cada parte una escolta de diez hombres. Nuevamente Rodríguez se negó, contestando que lo repre-

sentaría el general Rondeau, su comandante en jefe; pero en vez de él designó al comandante Anacleto Medina. Éste llevaba en realidad por misión la de vengar a sus camaradas ultimados en la laguna de la Perfidia. Nos revela el mayor Pueyrredon: "Cuando estuviesen en conferencia, Medina debía dar un pistoletazo al cacique, y ésta sería la señal de cargar sobre los demás y acuchillarlos". Cerca aguardaban los escuadrones mandados por Pueyrredon y Rauch. Pero los indios, conscientes de su crimen, no se expusieron a la represalia, faltando a la cita. Esa misma noche levantaron campamento y se perdieron de vista.

Por campos inexplorados comenzaron desde ahí a moverse las tropas, reconociendo el terreno a vanguardia la escolta del gobierno, para establecer la existencia de aguadas. De este modo arribaron a la Sierra de la Ventana, sin haber avistado a un solo indio. Pero en ese lugar se presentaron en son de guerra, "amagando un ataque con esa gritería infernal que ellos usan" —escribe Pueyrredon—, "pero al llegar a tiro hicieron alto. El ejército formó cuadro, metiendo dentro los bagajes, y continuó su marcha". Los indios evolucionaban sobre aquél aunque a distancia respetuosa, siendo inútiles las cargas que intentó la escolta del gobernador unida a 50 dragones y 50 húsares entrerrianos, porque los salvajes huían, para volver a formarse más adelante.

Hallándose en tales parajes el ejército, al borde de una laguna donde pasó la noche, al aclarar el día siguiente los indios azuzaron caballos con cueros atados a la cola para provocar una disparada entre bueyes y cabalgaduras, pero esta maniobra pudo ser impedida. Visto lo cual los indígenas tentaron cargas ligeras contra los soldados, pero al ser rechazados, mantuvieron su formación a distancia, hostilizándolo mediante el incendio de los pastos.

El comandante Manuel Pueyrredon no se explicaba esa conducta cobarde, luego de haber combatido contra los lanceros araucanos en el sur Chile, que casi le quitan la vida en el combate de Mesamávida —aludido en el capítulo VII—, donde quedó por muerto rodeado de cadáveres. En la presente campaña, si bien los pampas tendían guerrillas, no afrontaban la pelea franca, lo que asombraba a algunos de los camaradas de aquél, veteranos de la lucha contra los bárbaros. Pueyrredon menciona al capitán Brownes, inglés, que ponderaba el valor de los indios, explicando: "Este oficial se encontró en la derrota que sufrieron los Húsares de la Guardia de Luján, de donde escapó milagrosamente. La impresión de aquélla le duraba aún". Y señala: "¡Es particular la que deja en ciertos ánimos, un mal suceso con los bárbaros! El coronel Torres, mendocino, uno de los más valientes hombres de guerra que se ha conocido, temblaba al solo anuncio de indios, mientras que con otros enemigos era heroico: muchas veces me divertí a sus expensas".

Con "un trabajo ímprobo" se atravesó una de las ramificaciones de la sierra, a causa de las carretas, tiradas cada una por 150 hombres en algunos casos. La falta de agua fue otro inconveniente, pues los indios rodeaban a las tropas de día y de noche, impidiéndoles reconocer el campo; y los pozos cavados durante la noche, pese a su profundidad, obtenían poco líquido, mezclado con barro. Se llegó a pasar dos días sin beber, recuerda afligido Manuel Pueyrredon. Ello era producto de la falta de baqueanos, pues los que llevaba el ejército desconocían los parajes por donde se aventuraban. En una de las quebradas descubrieron una toltería abandonada, con varios útiles, "particularmente de cocina, que los indios roban en las invasiones", y hasta el segundo tomo del libro *El baroncito de Faublas*.

Por último, al cruzar uno de los cordones montañosos y llegar a un llano que lo separaba de otro, aparecieron 3.000 indios en disposición combativa.

Con impetuosidad y algazara los salvajes cargaron al Ejército y rechazaron a unos 400 milicianos y a la escolta del general Rondeau, que iban adelantados, pero la llegada del Batallón de Cazadores les permitió formar cuadro defensivo, entreverados con sus atacantes. En tales circunstancias el mayor Pueyrredon cargó con su escuadrón sin tiempo de mudar todos sus caballos de marcha por los de pelea, montando incluso *en pelo* a los que pudieron echarse mano. Relata el mismo:

Nosotros entramos y nos mezclamos con éstos. En los primeros lances un indio volteó con caballo y todo al mayor de los Valenzuela, que cayó apretada una pierna; otro indio, viéndole caído vino a clavarlo en el suelo, cuando el hermano de Valenzuela, que usaba lanza porque era manco y no podía manejar la carabina, se la clavó al infiel en la nuca, sacándolo del caballo como si fuera un pajarito! Entonces el primero pudo levantarse y llegar hasta donde yo estaba, con solo la pistola en la mano, amagando con ella a cada indio que le quería atacar, teniendo que hacer esta acción muchas veces, por el gran número que nos rodeaba.

El temor a las armas de fuego por parte de los salvajes salvó esta vez —como en muchas otras ocasiones a varios soldados— a este miembro del cuerpo venido de Entre Ríos.

En tal estado [prosigue Pueyrredon] cargaron los Colorados de las Conchas con los Húsares, y los indios huyeron, dejando algunos cadáveres en el campo. Nosotros tuvimos algunos heridos, y un muerto los milicianos. Ésta fue la última vez que los indios se presentaron en actitud de atacar. Ese mismo día desaparecieron completamente.

Los indios no volvieron a ofrecer lucha, y dejaron de presentarse en masa en lo sucesivo.

Las jornadas siguientes fueron sin obstáculos hasta la costa del arroyo Sauce Grande, realizando exploraciones la escolta del gobernador. En una de ellas fue descubierta una manada de ovejas *pampas* (cuyo tamaño es mayor que las europeas), que los indígenas habían abandonado en su retirada. Efectivamente a poco andar la escolta divisó a los indios arreando vacas, caballos y ovejas, a los que el comandante Pueyrredon corrió para arrebatarles el ganado, pues todos iban de a pie. Logrado este intento emprendieron el regreso por ambas márgenes del arroyo Sauce, llevando consigo Pueyrredon a un cabo y cuatro soldados, "malísimamente montados", que arreaban más de 12.000 ovejas pampas, más de 60 vacas y algunos caballos. Un grupo de 30 indios avanzó para atacarlos. La táctica defensiva era enfrentarlos y apuntar con las armas de fuego, pero sin descargarias, lo que surtía efecto. Así las cosas, se incorporó a Pueyrredon la fuerza que estaba en la otra orilla del arroyo, a la cual los indios habían logrado quitar su arreo de 10.000 ovejas y poco ganado vacuno. Se sumaron, pues, cristianos y salvajes, estos últimos en número de 60, pero ahora el comandante de la diminuta fuerza pudo dividir a sus hombres en un grupo que arreaba y otro que enfrentaba al enemigo, hasta que logró enlazar un caballo y montar un soldado que salió a gran galope para advertir al Ejército.

Durante cuatro leguas caminaron trabajosamente los hombres de la escolta del gobernador, teniendo que volver caras "más de 40 veces" —dice su jefe—, hasta que aparecieron en su auxilio los Húsares de Rauch y la escolta del general Cruz mandada por

el capitán Pedro Calderón de la Barca. Este aporte de ovejas y vacas traído por el mayor Manuel Pueyrredon fue providencial, ya que salvó al Ejército de perecer de inanición en una zona yerma y desconocida.

Por último, el general Rondeau se adelantó hacia el sur con 500 hombres de caballería —ya a la vista del océano— y llegó al arroyo Napostá Chico, al norte de la bahía. Tras los médanos arenosos avistaron a los buques de la empresa de los futuros constructores, varados sobre los cangrejales del arroyo. Porque la verdadera Bahía Blanca quedaba a 16 leguas de allí. Tras una disputa entre Rondeau y los señores Casares, apoyados éstos por el agrimensor Chilavert, retornó el General al Ejército muy contrariado por haberse elegido un inadecuado lugar para fundar la población, luego de tantos sacrificios realizados, con lo que convino el gobernador Rodríguez. En consecuencia, Rodríguez anunció que el Ejército se retiraba y que aquéllos debían dar por finalizado su cometido. Dejando a los empresarios sumamente disgustados, las tropas, efectivamente tomaron el rumbo opuesto al de su llegada.

Sin establecer una nueva línea de frontera como había proyectado, el gobernador aprovechó su ofensiva para hacer “un reconocimiento prolijo de todas las guaridas de los bárbaros, destruyendo e incendiando todas sus tolderías, que habían abandonado precipitadamente”. Se tomaron más de 2.000 ovejas, algún ganado vacuno y caballar. La falta de buenos montados en número suficiente —aseguró el mandatario— le impidió escarmentar a los indios “de tal modo que no pudiesen volver a incomodar y robar la provincia”.

Ese retroceso se realizó sufriendo un frío atroz, que causó muchas víctimas, sobre todo entre los negros del Batallón de Cazadores, hasta llegar a Tandil con las carretas del parque llenas de inválidos por sus piernas heladas. Escribió al respecto Manuel Pueyrredon: “He visto después muchos de éstos en las calles de Buenos Aires arrastrándose por el suelo en pequeños cueros para caminar con las rodillas, buscando los medios de subsistir de la caridad pública!...”.

En Tandil el general Rodríguez dio por terminada la campaña, disolviéndose el Ejército y destinándose sus cuerpos a sus antiguos destinos, luego de algunos días de descanso. Aunque los indios se cobraron su acostumbrada revancha: “Avanzaron las inmediaciones del Partido del pueblo de Lobos, robaron sus ganados, saquearon y quemaron sus estancias, mataron muchos de sus pacíficos habitantes y se llevaron cautivas las mujeres y niños que encontraron, catástrofe que ha sido muy sensible a esta ciudad”. Así lo asentó su cronista Juan Manuel Beruti.

Para entonces la Sala de Representantes había elegido nuevo gobernador, en la persona del general Juan Gregorio de las Heras, el 3 de abril de 1824, recibiendo su cargo el 9 de mayo.

Con enormes dificultades crecía el país, modernizando sus instituciones, mientras en la periferia de su territorio diversas tropas procuraban abnegadamente sostener la integridad de su suelo y extender la civilización más allá de lo que efectivamente se dominaba. La guerra por la independencia había concluido, tras sacrificios de toda índole; pero los horrores de la incesante lucha en las pampas contra los indios salvajes forzaba a vivir con las armas en la mano, cuando no ocupaban la atención de gobiernos y ciudadanos las discordias civiles. Estas dos clases de hostilidades durarán hasta fines del siglo XIX.

Hubo en esa época algo más. Un conflicto que no por haberse soslayado durante bastante tiempo, iba a poder evitarse que desembocara fatalmente en una nueva contienda, otra vez con las Provincias Unidas en inferioridad de condiciones militares, financieras y políticas.

La cuestión se refería al dominio de la Provincia Oriental, invadida por los portugueses en 1816, y dominada por completo en 1820.

Se conoce que la guerra por la emancipación dilató atender al problema con la seriedad que merecía; pero pendiente quedaba la temprana opinión de Pueyrredon emitida cuando era triunviro en 1811 y los portugueses buscaban aprovechar la rebeldía de Artigas para ingerirse en aquel territorio, como finalmente lo hicieron años después. Escribió en tal oportunidad Pueyrredon: “Tómense en buen hora los portugueses la Banda Oriental. Aseguremos nuestro Estado que peligra, y yo respondo que la vomitarán entre su sangre cuando, sin otras atenciones, podamos emplearnos en su restauración”.

La década del 20, tras las alteraciones sufridas durante sus primeros meses, trajo el retorno de la calma, con el alejamiento de la guerra contra España y la armonía que comenzó a restablecerse entre las provincias que lucharan entre sí durante mucho tiempo. Problema aparte era el del constante peligro y tremendos perjuicios de todo índole que significaban las incursiones indígenas, ya señaladas; pero más allá de la frontera interior, el bienestar comenzaba a asentarse en las ciudades capitales de las Provincias Unidas. Sobre todo en Buenos Aires, que veía reactivado su tráfico portuario, lo que le permitía acrecentar sus rentas fiscales —por reducidas que fueran—, y que merced al enérgico e inteligente impulso de don Bernardino Rivadavia, virtual “primer ministro” por la ausencia en campaña del gobernador Rodríguez, supo encausar el progreso de sus habitantes mediante convenientes reformas en todos los órdenes. Factor importante para la tranquilidad pública fue la ley “del olvido”, que concluyó con las persecuciones ideológicas del pasado, poniendo fin a las ambiciones políticas de caudillos de variada importancia.

En este tiempo Buenos Aires tomó a su cargo las relaciones exteriores nacionales, ante la acefalía de autoridades centrales y la necesidad de atenderlas. Veremos su gravitación en sucesos venideros.

En la Provincia Oriental, ocupada por el extranjero, también la situación se mantenía calma, luego de la desaparición de Artigas. Sometidos a las tropas de ocupación lusitanas, parecían sus habitantes resignados a su suerte, y no eran pocos los que colaboraban con ellos en diversidad de funciones, algunas relevantes. Mas como siempre sucede, una minoría trabajaba ocultamente para modificar ese estado de cosas.

Un suceso inesperado vino a alterar este panorama aparentemente tranquilo: la partida de Río de Janeiro rumbo a Lisboa, de la Corte portuguesa, una vez desaparecido Napoleón, quien la forzara a trasladarse a América. Y ante la ausencia del rey João VI, el príncipe heredero don Pedro de Bragança, proclamó la independencia del Imperio del Brasil de la monarquía lusitana, colocándose a su cabeza (7 de septiembre de 1822). La escisión se produjo pacíficamente allá; pero no sucedió lo mismo en la Provincia Oriental. Ocurre que al ocupar Montevideo el general Federico Carlos de Lecor, barón de Laguna, se había comprometido ante el Cabildo de la ciudad a devolverle la autoridad sobre la provincia cuando el Ejército de Portugal se retirara de ella: al fin y al cabo, el propósito para invadirla fue proclamado como una necesidad de “pacificarla” de las tropelías provocadas por las fuerzas artiguistas. Y ahora Portugal abandonaba América. Las tropas de ocupación se dividieron: mientras las europeas que guarnecían a Montevideo,

Colonia y Mercedes (los Voluntarios Reales) con el general Álvaro da Costa de Macedo acataron la determinación del monarca don João, las fuerzas brasileñas, acantonadas en la villa de Canelones, quisieron permanecer donde estaban; máxime cuando se pasó a ellas el propio general Lecor, separándose de la Corona a quien sirviera. Un enfrentamiento surgió, pues, entre los portugueses que deseaban retirarse de la Provincia Oriental, y los brasileños que ambicionaban continuar en ella.

La crisis favoreció el fervor de quienes buscaban liberarse de la tutela extranjera. Un grupo secreto denominado *Caballeros Orientales*, con influencia en el Cabildo, tomó a su cargo acelerar el proceso; y como se hallaba en Montevideo visitando a su madre el teniente coronel argentino Tomás de Iriarte, aquella corporación buscó requerir por su intermedio la ayuda de Buenos Aires para lograr su propósito, sin despertar sospechas.

Iriarte se entrevistó con el ministro Rivadavia, quien le contestó que "el asunto era eminentemente patriótico y que el gobierno simpatizaba con las miras elevadas de los ciudadanos orientales". Aunque este funcionario "miraba la causa como propia" —en palabras del enviado asentadas en sus *Memorias*—, no pudo acceder al pedido que aquel le formulara, de abrir relaciones directas con la logia y acudir en sostén de sus patrióticas intenciones, "porque al fin el Cabildo —razonaba— es una corporación que está sometida a las bayonetas extranjeras", y sus miembros no estaban revestidos de una representación general fuera de sus atribuciones municipales. Iriarte llevó de regreso a Montevideo, en suma, la siguiente declaración de Rivadavia:

Que el gobierno no podía comprometer su dignidad ni el orden público del país iniciando una contienda con un poder vecino, y entendiéndose con hombres que aunque patriotas, no tenían una investidura. Que para que el gobierno de Buenos Aires empezase a obrar, tomando una parte activa y decisiva en los sucesos que estaban prontos a sobrevenir, era de absoluta necesidad, y una condición sine qua non, que el Cabildo y los patriotas de Montevideo erigiesen una autoridad que aun cuando no estuviese legalmente revestida de una representación nacional [sic], cosa que las circunstancias no permitían, fuese al menos un simulacro de la indicada representación, a fin de que el gobierno tuviera con quien tratar. Un cuerpo, en fin, agregó que tenga responsabilidad por todos sus actos públicos, para que éstos no refluyeran contra el gobierno de Buenos Aires si los acontecimientos fuesen adversos.

Lo que menos quería Rivadavia era comprometer a las Provincias Unidas en una operación de graves consecuencias, tan sólo por el llamado de un grupo oculto, que podía eventualmente negar su requerimiento, y dejar en posición sumamente comprometida a los intereses argentinos. Distinto sería el caso de un reclamo hecho en forma pública y general. No obstante, el ministro porteño se avanzó a formular una arriesgada propuesta al general Álvaro da Costa a través de Iriarte:

El gobierno de Buenos Aires ofrecía al general portugués buques de transporte para conducir sus tropas a un puerto de Portugal, y costear todos los gastos necesarios para este viaje, siempre que el general portugués evacuase a Montevideo, entregando las llaves de la plaza al Cabildo, según el tratado celebrado con su antecesor; y permitiese la ocupación de la ciudad por las tropas de Buenos Aires.

Tras las gestiones, el general Da Costa replicó que sin instrucciones superiores no podía acceder al planteo, pese a su disposición para cumplir el compromiso de 1817. Enterado, Bernardino Rivadavia lo calificó de *imbécil*, porque según Tomás de Iriarte, "Rivadavia deseaba ardiente y sinceramente auxiliar" a los patriotas de Montevideo.

Los orientales tentaron mejor fortuna en el Litoral, de donde había partido la primera alarma, estampada en el pacto de Pilar. En marzo de 1823 una comisión enviada por el Cabildo de Montevideo, integrada por Domingo Cullen, Román de Acha y Luis Eduardo Pérez, arribó a Santa Fe, y allí celebró un convenio para reconquistar militarmente el suelo uruguayo, a cargo sus gastos del cuerpo capitular oriental. En Entre Ríos el gobernador Mansilla, consultando con su colega porteño Rodríguez, no quiso entrar en la alianza en vista de las razones que su ministro adujo, expuestas arriba. Además, el mandatario entrerriano tenía acordado con el barón de Laguna que éste vigilaría a los emigrados *ramiristas* asilados en la vecina orilla, para asegurar su estabilidad. Dicho sea de paso, esa actitud prescindente del coronel Lucio Mansilla provocó un alzamiento pronto frustrado, en el cual participaron el diputado Andrés Latorre, Justo Hereñú, Justo J. de Urquiza y el propio secretario de la legación oriental Juan Vázquez Feijoo. Mansilla insistió ante Estanislao López: "Sin la concurrencia de Buenos Aires no tenemos elementos para luchar contra el Imperio del Brasil". Empero, poco después (4 de agosto de 1823) llegó a celebrar el acuerdo entre las provincias Oriental, Santa Fe y Entre Ríos, por cuanto Mansilla fue convencido de que la primera se haría cargo de los recursos precisos; pero como Santa Fe no había iniciado el envío de tropas a la otra margen del río Paraná, iniciando las operaciones como se había comprometido a hacerlo, el gobernador Mansilla encontró un pretexto válido para desligarse de su compromiso (mes de octubre).

Algo más, sin embargo, le quedaba por hacer al gobierno de Buenos Aires, y lo hizo. En su papel de conductor de las relaciones exteriores de las Provincias Unidas, en junio del mismo año despachó a Río de Janeiro en misión diplomática al canónigo Valentín Gómez, con la finalidad de reconocer al nuevo Estado sudamericano y reglar las relaciones con el Imperio. Además, reclamar la devolución de la Provincia Oriental usurpada por una tercera potencia, europea, cual había sido el reino de Portugal, siendo "contrario al derecho público de las naciones el que ningún gobierno ni pueblo puedan adscribirse como parte integrante de su nación, territorios y pueblos que pertenecen a otro". La novedosa situación permitía abrigar una esperanza. El enviado debía hacer presente al monarca americano que era preferible "un convenio racional entre vecinos" a una guerra "que no tendrá término por parte de las Provincias Unidas hasta que recuperen y aseguren la integridad de su territorio", debiendo demostrarle que "dicha opinión general se pronuncia de un modo tan vehemente que es imposible que gobierno alguno pueda existir en adelante sin que satisfaga el voto de los pueblos, haciendo la guerra más decidida para recuperar lo que se les usurpa".

La gestión fracasó. Lejos de atenderse al reclamo, el emperador don Pedro I convirtió a la posesión de hecho en una anexión *de iure*, incorporando a la ahora llamada "Provincia Cisplatina" a sus dominios, y haciéndole jurar la Constitución que de inmediato se dio el Imperio. Montevideo fue tomada por el general Lecor, desalojando al general Álvaro da Costa. El gobierno de Buenos Aires dio por concluida su tentativa pacífica: "Lo que resta hacer es ya del resorte del gobierno general. Ésta es una causa nacional, y a la Nación toca defenderla". La apelación tenía destinatario, porque a instancias de Rivadavia, recogida favorablemente por las provincias del Interior, en diciembre de 1824

se reunió en la ciudad porteña otro Congreso Nacional Constituyente, con asistencia de los diputados de todas ellas, lo que evidenciaba y fortalecía la unidad del país.

Los acontecimientos se precipitaron: comprobando los orientales que del resto de las Provincias Unidas nada obtenían —descontando su sincera simpatía—, se dispusieron a obrar por sí mismos.

Un emigrado que antes sirviera a Portugal —bien que *a contre coeur*—, el coronel Juan Antonio Lavalleja, organizó en Buenos Aires una expedición para tentar expulsar de la Banda Oriental a los invasores. Para ello dispuso del apoyo en dinero, armamento y equipos suministrados por varios porteños, y en abril de 1825 zarpó de San Isidro iniciando la gesta de los “Treinta y tres orientales” (aunque entre ellos formaban porteños, santafecinos y entrerrianos), llevando como segundo jefe al teniente coronel Manuel Oribe. Desembarcaron en la playa de la Agraciada, sobre el río Uruguay, y enseguida se les unieron algunos grupos de paisanos, con los cuales tuvieron la fortuna de sorprender a un regimiento imperial que mandaba el brigadier Fructuoso Rivera, antiguo lugarteniente artiguista alistado con las nuevas autoridades. Por cierto que Rivera sólo se había acomodado a la nueva situación sin convencimiento, e inmediatamente se sumó a las filas de Lavalleja, a las que prestó su gran ascendiente entre los pobladores de la campaña. El futuro les era promisorio, pese a la desventaja en cuanto a la calidad de sus oponentes. Desde Buenos Aires sus vecinos les proporcionaron sin tardanza todos los útiles de guerra que estuvo a su alcance, en medio de gran entusiasmo.

Distinto era, en cambio, el ánimo del Gobierno de la provincia, asumido luego del período de Rodríguez por el general Las Heras, que ahora también estaba a cargo de las relaciones exteriores por encargo especial del Congreso. Ya que, al revés de la administración pasada, en que el mandatario estuvo bajo la benéfica influencia de su ministro Rivadavia —que en la cuestión oriental era un decidido partidario de recuperar esta provincia—, en la presente emergencia el nuevo ministro influyente era don Manuel José García, calificado en apuntes privados del ex director supremo Posadas, como “jesuita lleno de miedo, no sirve para grandes compromisos: tiene un alma fría para las cosas pertenecientes a la patria”. Veremos su conducta frente al Imperio del Brasil.

El caso es que mientras el coronel Juan Antonio Lavalleja acrecentaba sus filas y dominaba la campaña de la Provincia Oriental, forzando a los imperiales a encerrarse en las principales villas y ciudades, el gobierno de Río de Janeiro despachó al Río de la Plata fuerzas navales a órdenes del vicealmirante Rodrigo José Ferreira de Lobo, quien pidió explicaciones a las autoridades porteñas. No admitido en carácter diplomático debido a su condición de jefe de fuerza armada, la respuesta del ministro García fue sin embargo evasiva, no llegándose a nada concreto. Pese a la exaltación de los ánimos en Buenos Aires a favor de los orientales que combatían contra la usurpación de territorio nacional, el ministro no deseaba que las Provincias Unidas se mezclaran en la contienda vecina: prefería que aquéllos se perdieran solos —ya que habían actuado por su cuenta— antes de comprometer a todo el país en una guerra que calculaba nefasta para sus intereses, ante el poderío de Brasil. El ministro de Guerra, general Marcos Balcarce, seguía pasivamente su opinión.

Lavalleja, Oribe y Rivera mantenían las hostilidades por su sola cuenta.

Pero en el Congreso Nacional actuaba un grupo contrario a esa posición entre cómo da y lesiva a los intereses argentinos (el cual constituiría el Partido Unitario); y por empeño se dispuso la formación de un Ejército “de Observación” para estacionarlo en

vigilancia del río Uruguay. Sus tropas pertenecían originariamente a la provincia de Buenos Aires, y a su frente fue puesto el brigadier Martín Rodríguez. Estaba integrado por un escuadrón de Coraceros, otro de Húsares, tres compañías de infantería, y cuatro piezas de artillería. Si el objeto ostensible era evitar que la lucha se trasladara al otro lado del río —para lo cual debía establecerse en la villa entrerriana de Concepción del Uruguay— no escapaba a la opinión pública que protegería del modo posible a los orientales. Digna de resaltar es la proyección nacional de la fuerza indicada, ya que la ley (11 de mayo de 1825) era de redacción inequívoca: “Se autoriza al gobierno de la provincia de Buenos Aires, como encargada provisoriamente del Poder Ejecutivo Nacional, para proveer a la defensa y seguridad del Estado”, y también:

En consideración a la urgencia e interés nacional de esta medida, e ínterin se provee lo conveniente a la más pronta organización del Ejército de la Nación, el Poder Ejecutivo, a nombre del Congreso, estimulará a las provincias para que a la mayor brevedad pongan a su disposición toda la fuerza de línea que no sea absolutamente necesaria para la seguridad interior de las mismas provincias.

La organización de la plana mayor del Ejército de Observación era la siguiente: jefe de Estado Mayor el coronel Manuel Rojas, jefe de la Caballería el sargento mayor Paulino Rojas, jefe de la Infantería el capitán Bernardo Henestrosa, de Artillería el capitán Juan Antonio Vásquez, secretario militar el teniente coronel Tomás de Iriarte, y comisario el teniente coronel Dionisio Quesada.

El 31 de mayo del mismo año 25 se sancionó la anunciada ley de recreación del Ejército Nacional. Recordemos que los anteriores de la Independencia se habían disuelto: el Auxiliar del Perú en Arequito (1820), y el de Los Andes en El Callao (1824). Esta vez la ley, suscripta por el presidente del cuerpo doctor Narciso de Laprida, disponía que el Ejército se compondría de un batallón de Artillería (incluyendo una compañía de Zapadores) con 370 plazas; cuatro de Infantería, con 2.400 efectivos; y seis regimientos de Caballería, con igual número de hombres. A cada provincia se asignaría el cupo que correspondiera su población, y su servicio duraría cuatro años.

En cuanto al Ejército de Observación, llegó a Paraná en la primera semana de septiembre, viajando por agua, y en octubre estaba en su destino. Allí se le incorporó el contingente de Entre Ríos (200 hombres) llevando a su frente a los comandantes Britos y Pedro Espino. La larga inmovilidad de las tropas y la falta de atención del Ejecutivo de Buenos Aires al pago de sus haberes, a la remisión de más oficiales y mejores soldados, trajo consigo al cáncer de nuestros ejércitos: la desertión. Fue preciso que los diputados del Partido Unitario, favorables a una acción más enérgica, suplieran con recursos a la fuerza de Rodríguez, para remediar sus condiciones. Por lo demás, se chocaba con el espíritu hostil que demostraba el pueblo de Entre Ríos a las tropas nacionales, producto tanto de los recuerdos del pasado antagonismo, como de la particular idiosincrasia insular que remarcaba su mal entendida libertad. Poca fue la colaboración prestada por esa provincia en la inminente contienda y durante su desarrollo.

Mientras se enfrentaba en Buenos Aires su Poder Ejecutivo con el Congreso Nacional, y en Entre Ríos el Ejército porteño sufría la acción negativa de aquel gobierno en su asistencia tanto como la falta de colaboración del pueblo donde se hallaba, en la Provincia Oriental no se olvidaba la anterior promesa del ministro Rivadavia: si el reclamo de

ayuda era solicitado abiertamente por una cantidad representativa de la voluntad general de sus pobladores, los demás argentinos concurrirían a auxiliarlos. Y siguiendo este plan, el 14 de junio de 1825 se conformó en el pueblo de San Fernando de la Florida una Junta de Gobierno local que asumió el mando político y administrativo de la provincia y nombró al general Lavalleja comandante en jefe del ejército provincial, y al general Latorre inspector de armas; medidas previas a la trascendental convocatoria de asamblea compuesta por los diputados de las villas orientales. Constituida de tal modo su Sala de Representantes, el 25 de agosto sancionó una resolución categórica:

Declara írritos, nulos, disueltos y de ningún valor para siempre, todos los actos de incorporación, reconocimientos, aclamaciones y juramentos arrancados a los pueblos de la Provincia Oriental por la violencia de la fuerza, unida a la perfidia, de los intrusos poderes de Portugal y Brasil que la han tiranizado, hollado y usurpado sus inalienables derechos, y sujetándola al yugo de un absoluto despotismo desde el año 1817 hasta el presente.

Se complementaba con la subsiguiente:

En consecuencia de la antecedente declaración, reasumiendo la Provincia Oriental la plenitud de los derechos, prerrogativas y libertades inherentes a los demás pueblos de la Tierra, se declara de hecho y de derecho libre e independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil, y de cualquier otro del universo, y con amplio y pleno poder para darse las formas que en uso y ejercicio de su soberanía, estime conveniente.

No concluyó allí: en uso de la facultad expuesta al final de la precedente sanción, acto seguido la Sala de Representantes definió la situación de la Provincia mediante una ley, antecedida por una declaración que expresaba "que su voto general, constante, solemnemente y decidido es y debe ser la unidad con las demás provincias argentinas, a que siempre perteneció por los vínculos más sagrados que el mundo conoce". Por tanto sancionó por "ley fundamental" la siguiente:

Queda la Provincia Oriental del Río de la Plata unida a las demás de este nombre en el territorio de Sudamérica, por ser libre y espontánea voluntad de los pueblos que la componen, manifestada con testimonio irrefragable y esfuerzos heroicos, desde el primer período de la regeneración política de dicha provincia.

Lavalleja había llevado un pabellón con listas azul, blanca y roja, y la leyenda al medio de "Libertad o Muerte", que la Sala de Representantes adoptó el mismo 25 de agosto como propio de la provincia hasta "tanto se enarbole el reconocido por el de las Unidas del Río de la Plata".

Adelanto de tales medidas definitivas fue la elección del general Juan Antonio Lavalleja como gobernador de la provincia (22 de junio), y la posterior (22 de agosto) de don Tomás Javier de Gomensoro a fin de representar como diputado oriental a esta provincia en el Congreso Nacional reunido en Buenos Aires, completando su integración institucional a las Provincias Unidas.

A la par se había obtenido un triunfo de gran valor: el general Fructuoso Rivera, con tropas muy inferiores, derrotó en el Rincón de Haedo o "De las Gallinas" a una gruesa división brasileña (24 de septiembre). Las decisiones de los diputados eran rubricadas por el brazo armado de sus comprovincianos, legitimando con hechos el derecho invocado. No consistió en la única victoria de los orientales, ni la más importante: el 12 de octubre otra división de caballería imperial, fuerte en 2.000 hombres a órdenes del acribillado coronel Bento Manoel Ribeiro, chocó en las márgenes del arroyo Sarandí con otros tantos efectivos mandados por el propio general Lavalleja, acompañado por Rivera. No hubo ningún movimiento táctico, sino que el combate consistió en una carga simultánea de ambas líneas, haciendo fuego los brasileños, a lo que contestó Lavalleja ordenando "sable en mano y carabina a la espalda", tras lo cual se mezclaron, arrollando los orientales a sus enemigos, a los que sablearon por más de dos leguas, según el parte del vencedor. La dispersión de los derrotados fue completa, y los resultados de la victoria contaron en más de 200 muertos (el de más categoría, el coronel Luis Mena Barreto) y 370 prisioneros de tropa y 52 oficiales, sin contar los heridos, y más de 2.000 armas de todas clases, 10 cajones de municiones, y toda su caballería. Las bajas provinciales fueron pocas: 1 oficial muerto y 13 heridos, 40 soldados muertos y 80 heridos. La desproporción entre uno y otro bando no deja dudas sobre lo enconado de la persecución y la saña con que fue llevada a cabo.

Ya estaba el diputado Gomensoro en Buenos Aires portando los documentos del Congreso de la Florida, vistos los cuales la asamblea resolvió incorporarlo a su seno y sancionar la ley que se transcribe, el 25 del mismo mes de octubre:

Art. 1) De conformidad con el voto unánime de las provincias del Estado y con el que deliberadamente ha reproducido la Provincia Oriental por el órgano legítimo de sus representantes en la ley de 25 de agosto del presente año, el Congreso General Constituyente, a nombre de los pueblos que representa, la reconoce de hecho reincorporada a la República de las Provincias Unidas del Río de la Plata, a que por derecho ha pertenecido, y quiere pertenecer.

Con el derivado insoslayable: "Art. 2) En consecuencia, el gobierno encargado del Poder Ejecutivo Nacional proveerá a su defensa y seguridad".

Inmediatamente el Congreso promovió a brigadieres de la Nación a Lavalleja y a Rivera, consolidando el nuevo estado de cosas, y al general Martín Rodríguez lo designó capitán general de las tropas existentes en las provincias Oriental, Entre Ríos y Corrientes: sus gobernadores —incluido Lavalleja— aceptaron este nombramiento.

Era la guerra, pues el emperador de Brasil, don Pedro I, la decretó el 10 de diciembre de 1825; y mediante un largo manifiesto, luego de historiar sus presuntos títulos sobre la provincia "Cisplatina" y los actos que se sucedieron hasta entonces, lo concluyó con estos conceptos:

El último medio es recurrir a las armas y repeler la fuerza con la fuerza. Por tanto S.M. I., llamando a los cielos y al mundo por testigos de la pureza de sus intenciones, venciendo con la mayor pena la repugnancia que en su corazón despierta el cuadro afflictivo de las calamidades que son inseparables de semejantes crisis, descendiendo con el voto universal de sus fieles y valerosos súbditos, cediendo fi-

nalmente al que debe a su dignidad de Emperador constitucional, a los deberes que le impone el cargo de Defensor Perpetuo y al que debe a la dignidad y al bien del Imperio, ha declarado guerra ofensiva y defensiva al Estado de Buenos Aires.

El 1° de enero de 1826 el Congreso, por unanimidad, y con gran entusiasmo, aceptó la guerra declarada y se aprestó a emprenderla.

Era, también, el desenlace natural y lógico de una cuestión que se remontaba a los primeros tiempos de la Conquista, a través de variados incidentes.

CAPÍTULO XI

Guerra contra Brasil y conflicto en el Interior

ORGANIZACIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS. MEDIDAS DEL CONGRESO. LA LUCHA EN LAS AGUAS. ENFRENTAMIENTO EN TUCUMÁN. INVASIÓN DE RIO GRANDE; BATALLA DE ITUZAINGÓ Y CRÍTICAS. MOVIMIENTOS POSTERIORES. TRIUNFO FEDERAL EN EL INTERIOR. GESTIONES DE PAZ Y CAÍDA DEL GOBIERNO CENTRAL.

El Congreso Nacional Constituyente reunido en diciembre de 1824 —coincidente con la conclusión de la guerra por la Independencia—, venía a reemplazar al disuelto en la anarquía del año 20, y había logrado concitar la voluntad unánime de las Provincias, pues todas ellas estaban representadas por sus diputados. Sus mandatarios no dejaron de adherirse, aventando los recelos de pasados enfrentamientos. Se tenía la esperanza de que, una vez lograda la emancipación, por fin el país lograría su organización constitucional, el segundo de los *programas* de la Nación. A este Congreso le tocará enfrentar la nueva contienda, que ha de influir de cerca en sus trabajos, hasta la finalización de ambas acciones, prácticamente por los mismos motivos y en la misma época. Afortunadamente, en 1825 la unidad de los argentinos permitió tomar las medidas respecto de la cuestión oriental de que se ha dado cuenta: alistamiento del Ejército de Observación, recreación del Ejército Nacional, y declaración de hostilidades. Ya tocaría la hora de la división, no obstante, cuando las tendencias locales suplanten a los intereses colectivos; por ahora (febrero de 1826) un militar llegado desde el Interior para incorporarse al ejército, el coronel José María Paz, anotó en su *Diario de marchas* al instalarse en Buenos Aires:

Es admirable el progreso de la civilización y de la libertad. El sistema representativo se ve establecido sobre bases sólidas. He presenciado las sesiones del Cuerpo Legislativo Nacional, en que se discurre con moderación, luminosamente y con libertad. La numerosa concurrencia a las galerías del salón prueba que el pueblo no carece de espíritu público, y los debates que después de oídos los representantes, se renuevan entre los espectadores, da las más brillantes esperanzas de que la ciencia de gobernar se hará familiar entre nosotros.

En el transcurso de los debates se fueron perfilando las líneas ideológicas de los diputados que conformaron los partidos Federal y Unitario, cabalmente representantes de las políticas que sustentaban: la guerra impuso la concentración del poder, resistida desde el Interior.

Contrastaba la visión progresista asentada por Paz con la supervivencia de algunas prácticas viciosas, cual era entre otras el sistema de reclutamiento de la tropa que debía participar en la próxima contienda. Al mencionado coronel Paz, comandante del Bata-

llón de Cazadores que había conducido desde Salta, se debe el cuadro sobre los procedimientos utilizados, que vale la pena conocer pese a su extensión, correspondiendo su anotación en el *Diario* citado al 4 de junio de 1825, estando aún en Humahuaca:

Se ponen comunicaciones a los comandantes para la remisión de jóvenes y sin vicios, que es la expresión de que usa el General. Trabajo mucho en disminuir el horror que tiene esta gente a la milicia, mas éste es un mal muy general y que necesita un remedio eficaz, aunque lento. Sin embargo adelanto mucho con mis persuasiones. Es bien sensible el descuido, o por mejor decir el abandono con que ha sido mirada por nuestros Cuerpos Legislativos la organización militar en el Estado: sin ley alguna para hacer recluta, ha sido lo más arbitrario y tiránico el enganche forzoso de hombres para llenar nuestras filas. Este servicio, que es sin duda el más penoso, sólo ha recaído sobre una clase, que ha sido la de campesinos. En las ciudades cuando más ha sido destinado a las armas uno u otro miserable o criminal, sin que el que viste paño, por más holgazán, vicioso y perjudicial que fuese, haya servido con las armas a la patria. Fuera de esto, el infeliz a quien tocaba seguir esta trabajosa carrera, jamás se licenciaba por haber cumplido el tiempo de su enganche, y tenía que servir hasta que moría, se inutilizaba o quedaba inválido, y entonces regularmente era abandonado a los horrores de la miseria, o hasta que se desertaba e iba a ser un bandido entre los bosques para huir de la persecución que era consiguiente. En este estado ¿cómo podíamos tener soldados voluntarios y contentos? ¿cómo podían no mirar con terror un destino que les hacía tan pesada la vida hasta el sepulcro? ¿cómo podía dejar de ser violento un servicio en que no había igualdad, justicia, medida ni equidad? Así fue la desertión tan frecuente que las penas más severas no eran bastantes contenerla. La milicia se hizo una carrera de odio y de desesperación: todos hemos visto a los que les cabía esta fatal suerte, y a sus familiares, abandonarse a los extremos del dolor. Contribuía a este mal la escasez de sueldos, de vestuarios, de subsistencia, etc. Nuestros militares han arrostrado la miseria, la desnudez, la intemperie, y hasta el hambre, y todo sin relevo. Pero no era posible que este desastre subsistiese por mucho tiempo, y en el día sería impracticable levantar Ejército sobre el mismo pie. Tengo la gloria de haber manifestado mi opinión sobre que era preciso fijar un término invariable para el servicio del soldado, y que por ahora debería ser corto, en proporción a la aversión de nuestras gentes a la milicia y de la poca confianza que merecían a los Gobiernos. Se siguió mi parecer y se fijó el de 2 años. Y ya empezamos a ver los frutos de esta conducta, pues vemos jóvenes que se resignan de buena fe a llenar su tiempo, y servir con honradez. Desengañémonos: el país necesita un sistema para arreglar su milicia, y éste debe fundarse sobre la igualdad y la justicia.

La opinión transcripta, proveniente de un veterano reflexivo y cuidadoso de la tropa, es ciertamente valiosa. Pero para que no se sospeche que se trata de un parecer aislado, sino que el régimen pintado con tan oscuros colores, estaba generalizado —y se mantuvo durante muchas décadas, por desgracia—, he aquí lo que otro minucioso registrador de sucesos, Juan Manuel Beruti, contemporáneamente recogía en sus *Memorias curiosas* (10 de agosto de 1826) sobre Buenos Aires:

Con motivo de haberse hecho una leva de gente en la ciudad y su campaña para engrosar el Ejército Nacional de la Banda Oriental contra el Emperador del Brasil, en la que sin distinguir vagos ni trabajadores, casados ni solteros, hombres y niños aún de 12 años, quedaron las madres pobres y padres ancianos sin el amparo de sus hijos, particularmente los de la campaña, que mandaban a sus hijos a vender leche a la ciudad: se vieron en la precisión las mismas mujeres hacer este oficio, como lo efectuaron desde este día, que se aparecieron a caballo vendiendo la leche ellas personalmente, lo que causaba compasión. ¡Qué mal tan grande es la guerra! que hace atropellar lo más sagrado para sostenerla, y causa tantos perjuicios, que quita los brazos para las sementeras, por lo que se ha perdido la mayor parte por no haber manos que las recoja, pues la campaña ha quedado casi sin hombres, unos porque los llevaron y otros porque han fugado por que no los lleven, por cuyo motivo ha escaseado todo el alimento, tanto de carne como de pan.

Desde el Norte la tropa viajaba hacia el Litoral acompañada de sus equipajes, enseres, y hasta de sus mujeres —a veces con hijos—, más los bagajes militares, hospital de campaña, y todo cuanto precisa una División en movimiento. La columna encabezada por el coronel José María Paz había salido de Salta con los oficiales a caballo y los soldados caminando, generalmente descalzos, hasta que en Tucumán se obtuvieron 60 carretas para acomodarlos. La inquietud de los jefes de esta fuerza para prevenir la desertión era pareja con la alarma de los mandatarios provinciales a los cuales se aproximaba la larga fila de carretas, temerosos de que se aprovechara la presencia de los soldados para causar trastornos en sus provincias. Los gobernadores señalaban los itinerarios a seguir, indicando su asistencia con carne para consumo, pero que no pasaran por sus ciudades capitales: “Desconfían de nosotros”, comentó Paz a su segundo, sonriendo. Fue la tropa que más largo trayecto recorrió, hasta arribar al puerto de San Nicolás, sobre el río Paraná.

La prevención de que los contingentes nacionales produjeran alteraciones políticas no pasó de sospechas; pero en cambio ocurrió que por obra de uno de los jefes que debían conducirlos a la zona de guerra, se dio un cambio de autoridad en Tucumán.

Gobernaba esta provincia el coronel de milicias Javier López, quien el año anterior había depuesto y hecho fusilar al anterior mandatario don Bernabé Aráoz —el antiguo “Presidente de la República de Tucumán”—, cuando precisamente un sobrino de éste, el coronel Gregorio Aráoz de La Madrid llegó a su suelo natal para remontar el contingente destinado al ejército en la Banda Oriental. Superando lo sucedido, el comisionado militar mantuvo entrevistas con el gobernante requiriéndole el aporte de la Provincia; pero “se excusó López de darlo con mil pretextos”. “Todos mis empeños fueron inútiles —refiere La Madrid en sus *Memorias*—, pues hasta se negó a permitirme publicar una proclama para llevar sólo a los hombres que voluntariamente quisieran seguirme”.

Por otra parte, los seguidores del antiguo gobernador Aráoz tramaban retomar el poder; y para evitar un conflicto que provocara enfrentamientos sangrientos, impidiendo que Tucumán participara en la inminente guerra contra el Imperio, narra el coronel La Madrid que se decidió a deponer al coronel Javier López del mando “sin que se cometa ninguna tropelía ni venganza”. Así sucedió el 26 de noviembre de 1825, cuando aquel jefe acompañado de una reducida escolta, intimó a la Junta de Representantes a remover al causante de *demasías*, “para marchar enseguida a cumplir las órdenes que tengo del Gobierno Supremo para defender los derechos y el honor de nuestra patria”. No hace fal-

ta agregar que López cayó y fue elevado Aráoz de La Madrid al sillón gubernativo. El triunfo del último sobre su antecesor se consolidó cuando dos días más tarde rechazó un intento de López por recobrar su cargo, dispersando a sus elementos llegados a las puertas de la ciudad.

Enterado el Congreso Nacional de lo llevado a cabo, se alarmó por el grave perjuicio que significaba para el país una conmoción interna al tiempo que afrontaba una guerra exterior, y el 13 de diciembre declaró que "la conducta del coronel La Madrid es tumultuaria y anárquica", desconoció su nombramiento, y se dispuso "a remediar los males que de tal suceso resultan al honor y a la seguridad nacional por los medios que juzgue más conveniente". Empero, la Junta de Representantes tucumana sostuvo a La Madrid al frente de la provincia, para mantener la tranquilidad interior de ella, como lo expresó en su respuesta.

Una circular expedida desde Buenos Aires a las provincias del interior desautorizando al poco hábil representante del Ejército, tranquilizó a los mandatarios de Santiago del Estero y de Córdoba, generales Ibarra y Bustos, y al comandante de armas de La Rioja, coronel Quiroga, quienes estaban dispuestos a repeler por las armas el avance en Tucumán si se trataba de imponer por la violencia las medidas del Congreso. De su lado, La Madrid acusa a éstos de haber adoptado "una formal oposición" a mandar sus contingentes a recuperar la Banda Oriental. Lo positivo es que la calma imperó... por algunos meses.

En Buenos Aires el año 1826 se inició con medidas condignas al estado de guerra existente. El Congreso Nacional estimó imprescindible el funcionamiento de un Poder Ejecutivo Nacional permanente, en reemplazo del encargo de los intereses generales confiado transitoriamente al gobierno de la provincia; y resuelta la creación de la Presidencia de la República el 7 de febrero, en la misma jornada la propia asamblea eligió para tal desempeño a don Bernardino Rivadavia, quien asumió su puesto al día siguiente. Es de señalar que cuatro días antes la Junta de Representantes de la Provincia Oriental lo había designado diputado de ésta ante el Congreso, en muestra de confianza y reconocimiento por el interés mostrado por Rivadavia para desalojar de ella a los brasileños, nombramiento que desde luego no tuvo efecto. Otra consideración de la mayor entidad merece formularse: que el Congreso había duplicado la representación de las Provincias al estallar la contienda, y sin aguardarse la incorporación de los nuevos diputados dispuesta, la asamblea nacional procedió a la elección de Presidente, cuestionada por falta de quórum.

Importante fue la reacción suscitada entre algunos de los mandatarios del Interior, que recogieron la impugnación planteada en el debate consiguiente. El general Juan Bautista Bustos, de Córdoba, escribió a su colega Ibarra, de Santiago del Estero, el 27 de febrero:

Con la misma sorpresa que usted se recibió aquí la noticia del nulo nombramiento de Presidente; y si antes sospechaba algo, ahora sospecho mucho más por la iniquidad y descaro de estos hombres sin vergüenza, que quieren poner a las provincias peor yugo que el que antes tenían. Pero buen cuidado tendremos que el desorden sea contra quien lo ha producido.

¡Fatal pronóstico! Desde entonces, el Congreso y su hechura el Presidente han de gobernar en el vacío político, sin que sus medidas tengan eco en el Interior, divorciado primero de sus resoluciones, y luego francamente en oposición a ellas. Y todo esto al iniciarse una guerra internacional... El desarrollo de los acontecimientos mostrará que las provincias regidas por los caudillos federales preferían combatir contra las autoridades centrales que contra el Imperio enemigo, y que su adversario no era Brasil sino Buenos Aires, sede de ellas. Lo dicho se comprobará hasta en el final de las hostilidades.

La ciudad del Plata fue declarada Capital de la República mediante otra ley que dio asiento propio a las autoridades nacionales, pero esto suscitó nueva recriminación del Partido Federal por haberse quitado parte de su territorio a una provincia. Tal avance del Congreso Nacional motivó en primer término la protesta de la Sala de Representantes porteña, que el flamante Presidente disolvió por un golpe de Estado, para eliminar un factor de perturbación en esos momentos, lo que produjo la renuncia del gobernador Las Heras y su alejamiento del país para radicarse en Chile, sin querer agravar la situación ante la situación de beligerancia. La provincia quedó "nacionalizada", sujeta a las autoridades centrales. El Ejército vio con buenos ojos este suceso, por la pasividad que aquel mandatario había mostrado en la cuestión oriental, lo que contrastó con la crítica que el hecho suscitó en el Interior.

Unitarios y federales mostraban sus posturas con acciones.

El presidente Rivadavia no defraudó la confianza depositada en su energía y actividad para acelerar los preparativos bélicos. En su discurso al asumir la primera magistratura, dijo:

La guerra en que tan justa como noblemente se halla empeñada esta Nación, no cuestiona únicamente el objeto material de la Banda Oriental. Todo lo que ha expresado y todo lo que de ello debe deducirse, está empeñado en el suceso de esta guerra: grande es la importancia de esa provincia, y de su bello y extenso territorio; mayor aún es su situación geográfica; pero entre todo ello prevalece el ser nacional de ese país, y lo que es más, el ser mismo social, porque los principios sociales de este país son aquellos precisamente que más comprometidos quedan sin el buen éxito de esa guerra.

De inmediato se dio comienzo a la organización del Ejército de Operaciones y a la creación de una Escuadra nacional. En cuanto al Ejército de Observación, dejó de serlo, pues cruzó el río Uruguay el 28 de enero y se acuarteló en Paysandú.

Las primeras acciones de guerra correspondieron a las fuerzas navales, a lo largo de 1826, y serán consideradas en conjunto.

La incipiente Marina de Guerra, inexistente hasta entonces, fue puesta bajo el comando del antiguo héroe de tantas acciones en el Plata durante la lucha contra Montevideo, el ahora general William Brown (los grados era idénticos para las dos fuerzas armadas, y obtuvo el de coronel mayor el 12 de enero por resolución del Congreso). El bravo irlandés —nacido en un condado que llevaba el nombre premonitorio de Mayo— debió improvisar buques mercantes en navíos de guerra, armándolos al efecto, para contrarrestar la actitud del vicealmirante brasileño Rodrigo de Lobo, el cual al frente de su poderosa escuadra se había hecho presente frente a Buenos Aires en diciembre, declarando

que estaba dispuesto "a que no cruzara un pájaro por la línea bloqueadora". Estas jactancias no deben formularse a menos que se tenga el propósito de cumplirlas...

Muy agresivo, Brown no tardó en probar a sus tripulaciones. Apenas tres días después de su nombramiento zarpó con 2 pequeños bergantines y 11 lanchas cañoneras (una pieza de 24 en su proa), con las cuales se impuso a una división enemiga, que rehuyó el encuentro cuando los avistó, tras una ligera escaramuza en que los imperiales perdieron a manos argentinas una cañonera y una chalupa. El 9 de febrero los noveles tripulantes nacionales recibieron su verdadero bautismo de fuego a la vista de Colonia, ciudad que fue atacada por nuestra flotilla el día 26, aunque Brown sufrió un sangriento rechazo por parte de las baterías de los buques brasileños y los cañones de las murallas. No se amilanó por eso el almirante de la flota argentina, y de acuerdo con el Presidente, el general Brown emprendió un batida por las costas orientales, con bastante provecho. Hasta que llegó, el 11 de junio de 1826, el primer combate de importancia, cuando la escuadra del Imperio se aproximó al fondeadero patrio de Los Pozos con la expresa consigna de aniquilar a las naves argentinas. Relevado el vicealmirante Lobo por no cumplir esta misión (fue sometido a consejo de guerra), estaba reemplazado por su camarada Rodrigo Pinto Guedes, quien encomendó la tarea al capitán de navío James Norton.

Treinta y un buques brasileños avanzaron sobre cuatro pequeñas naves argentinas: la corbeta *25 de Mayo* (nave capitana), la barca *Congreso*, y los bergantines *Independencia* y *República*, a las cuales acompañaban seis lanchas cañoneras. El pueblo porteño se situó en la costa y azoteas para contemplar la acción que iba a desarrollarse a simple vista. Brown impartió su orden: "¡Fuego rasante que el pueblo de Buenos Aires nos contempla!".

En realidad, más que combate el encuentro consistió en un cañoneo a distancia, pues las naves nacionales aprovecharon su menor calado para impedir que se les acercaran los navíos brasileños, de mayor porte. Pero sirvió para entusiasmar a las tripulaciones y hacer crecer su menosprecio por el adversario, lo que es un elemento de fundamental importancia en la lucha, pues el espíritu tiene una parte principal en el combate, supliendo a veces la inferioridad de medios. El presidente Rivadavia ponderó por nota a quienes "supieron esperar y sostener con entereza un ataque tan desigual de fuerza como en valor por parte de los enemigos, cuya conducta hace más notable el esperarlos para resistirlos".

El 29 de julio tuvo lugar otro combate, cuando una división imperial compuesta por 19 buques ancló desafiante en "balizas interiores". Tras consejo de guerra en que se aceptó su criterio, el general Brown avanzó con la corbeta *25 de Mayo* (comandante Tomás Espora) y la goleta *Río* (comandante Leonardo Rosales), seguidos por los bergantines *Independencia* (comandante Guillermo Bathurst) y *General Balcarce* (comandante Nicolás Jorge), una vez caída la noche. La orden de Brown en esta ocasión fue: "Es preferible irse a pique que rendir el pabellón". El combate fue sostenido por las dos primeras naves durante muchas horas, hasta que al amanecer se aproximaron los otros buques de la escuadra argentina, cuando la nave capitana era una ruina flotante, habiendo recibido 30 tiros en su casco y 3 en su santabárbara, que causaron 15 muertos y 25 heridos, entre ellos su comandante Espora. Brown se trasladó al bergantín *República* y ordenó la retirada, llevando las cañoneras a remolque a la *25 de Mayo*, lo que se efectuó sin inconvenientes, "en buen orden", según un testimonio de las filas contrarias. El periódico porteño redactado en inglés, *British Packet and Argentine News*, incluyó un relato proveniente

de la misma fuente que reveló que la nave capitana imperial "parecía un naufrago tan completo como su antagonista: sus velas colgaban en pedazos, sus palos y vergas estaban llenos de tiros". Los heridos argentinos fueron desembarcados a hombros por la multitud que se congregó para recibirlos.

Al contrario de la falta de resultados decisivos que tuvieron, estos encuentros hicieron que la escuadra bloqueadora de Brasil se alejara de la costa argentina, distanciando su línea, lo que significó un factor fundamental para que el Ejército nacional pudiera atravesar el Río de la Plata sin los inconvenientes de otras épocas, como después se precisará. Cuestión aparte es el fortalecimiento de la moral combativa de los marinos republicanos. Con un buque más que el Gobierno adquirió en Chile —veterano de la Independencia, bastante averiado— Brown se dedicó a fines del año 26 a realizar una campaña de corso por las costas de Brasil. Finalizada ésta, esa "nueva" nave, la corbeta rebautizada *Chacabuco*, debió dirigirse a Carmen de Patagones a reparar sus daños. Su presencia allí sería providencial.

Volvamos nuestra atención al Ejército, retornando a los primeros meses de 1826.

El 13 de febrero se presentó en Buenos Aires un centenar de hombres, restos del Regimiento de Granaderos a Caballo creado por San Martín doce años antes, bajo el mando del coronel José Félix Bogado, trayendo consigo "las armas con que se ha combatido gloriosamente durante las campañas de Chile y Perú, Alto y Bajo: con ellas supo llevar la libertad a los Estados y tomar una parte distinguida en la acción de Pichincha, territorio de Colombia". Así rezaba la nota elevada al Presidente por el inspector general del Ejército, general Soler, quien propuso que para "transmitir a la posteridad los nombres de estos valientes", se conservaran sus armas en la casa de Gobierno con una placa de bronce que indicara quiénes las habían empuñado. Habían emprendido el viaje desde Perú, vía Chile, siguiendo por la pampa en 23 carretas que conducían sus bagajes, uniformes y armas, y entre el reducido conjunto de oficiales se contaban el mayor Isidro Quesada, los capitanes Juan Pascual Pringles y Francisco Olmos, y el portaestandarte Eustaquio Frías. Otros, como el mayor Paulino Rojas y el capitán José Elías Rodríguez, retornaron por separado. Disuelto definitivamente el regimiento, Rivadavia —quien como triunfador en 1812 había resuelto su creación— dispuso que los hombres de tropa (18 sargentos, 19 cabos, 3 trompas y 65 granaderos) fueran destinados como escoltas de honor, tanto del Presidente de la República como del comandante en jefe del Ejército. Los oficiales fueron distribuidos en diversos cuerpos para proseguir sus servicios.

En Paysandú habían comenzado a engrosar el antiguo Ejército de Observación varias fuerzas: con el contingente de Húsares de Entre Ríos se formó la base del Regimiento n° 1 de Caballería, cuya jefatura asumió el coronel Federico de Brandsen, y luego el Batallón de Cazadores de Salta fue transformado en el Regimiento n° 2 de Caballería —no sin los inconvenientes de adiestrar a los infantes como jinetes—, para comandar al cual se mantuvo al coronel José María Paz, jefe de aquél.

El presidente Rivadavia nombró ministro de Guerra del Estado Nacional a un personaje llegado de Chuquisaca, a donde concurriera para felicitar al Libertador Bolívar en nombre de las Provincias del Plata por la victoria definitiva de sus tropas en Ayacucho: era el general Carlos de Alvear. Arribó a Buenos Aires el 12 de abril de 1826, y al conocerse su designación cundió el asombro, porque más allá de su caída en 1815, y de los disturbios del año 20 en los cuales Alvear había figurado como un ambicioso que no desdenó el sostén de Ramírez y Carrera, la trayectoria militar del nuevo ministro —y hasta

su temperamento— no parecía habilitarlo para que asumiera delicadas funciones castrenses. Llegado al país con San Martín ostentando un grado subalterno, se dedicó a la política más que a las empresas marciales, en cuyo escenario encontró mucha resistencia, y se consideraba que la fundamental toma de Montevideo en 1814 fue debida al sitio que sostuvo el general Rondeau, al punto que la plaza estaba a punto de entregarse por extenuación de sus defensores. Mas desde otro punto de vista, se reconocía en el general Alvear una intensa actividad y un talento natural para afrontar situaciones.

Alvear se entregó a su tarea con plena dedicación, porque calculaba que luego asumiría la función de comandante del ejército en operaciones, ya que su edad y robustez lo hacían capaz de soportar las fatigas de una campaña, cuando la mayoría de los demás generales eran hombres mayores: Saavedra, Azcuénaga, Pueyrredon, Viamonte, y hasta el mismo Rodríguez, ya en el frente de guerra. Alvear no descansó hasta dotar al ejército de todo el material necesario, escogiendo lo mejor que existía, disponiendo su remesa a la Banda Oriental, y convocó a los más acreditados jefes y oficiales. La ocasión era óptima, por haber concluido recientemente la guerra de Independencia, lo que hizo retornar al país a un conjunto de brillantes veteranos, además de los que lucharon en el Norte y que estaban de antemano en Buenos Aires. De tal modo se atendió a aumentar los efectivos y a surtirlos de cuanto les era preciso. Las Provincias no habían aún cortado del todo sus remesas de hombres —pronto lo harían— y los cuarteles estaban al completo con reclutas. Fueron creados los nuevos regimientos de Caballería n° 3 (coronel Manuel de Escalada), n° 4 (coronel Juan Lavalle), n° 15 (coronel Gregorio Aráoz de La Madrid, aún en Tucumán), n° 16 (coronel José Olavarría), Regimiento de Artillería Ligera (coronel Tomás de Iriarte), y Batallón de Cazadores (teniente coronel Manuel Correa).

El sistema de formación de las unidades era simple, y ha sido narrado por Iriarte en sus *Memorias*:

Cuando [el ministro Alvear] había resuelto la creación de un cuerpo, se fijaba únicamente en el jefe que debía organizarlo y mandarlo; lo llamaba, le decía que iba a expedirle un despacho y que eligiese desde el segundo jefe (teniente coronel) hasta el último alférez, y que los propusiese al Gobierno. Hecho esto, el Gobierno expedía los despachos para todos, y una orden al coronel para que escogiese un número determinado de hombres del depósito donde estaban acuartelados los contingentes y los hombres de leva. Los sargentos y cabos se sacaban de los antiguos cuerpos, de los veteranos retirados del servicio, y de los mismos reclutas que sabían leer y escribir y manifestaban algunas aptitudes. Tal era el proceso de las nuevas creaciones: el jefe después cuidaba de empezar la instrucción, y el ministro de la Guerra nada más tenía que hacer.

El mismo Iriarte asienta que “era entonces grande el entusiasmo de la juventud: la guerra contra el Brasil había electrizado los espíritus; muchos jóvenes se me presentaron pidiendo servir en el Regimiento”. Escogió para alféreces a los diez que le parecieron mejores por su “educación de familia”.

Pero un síntoma alarmante para sostener la guerra lo daba el erario público: el agente diplomático británico Ponsomby calculaba en octubre de 1826 que a causa del bloqueo brasileño, las entradas de la renta aduanera porteña habían disminuido a \$100.000, siendo las necesidades de \$600.000.

Rodríguez informó el 31 de marzo de 1826 que el ejército de la línea del Uruguay sólo contaba con 2.800 plazas deficientemente instruidas, mientras que en la frontera enemiga se hallaban unos 9.000 hombres. En Montevideo, Colonia y otros destacamentos de la campaña, el general Lecor disponía de otros 5.000, a los que podía agregar las tripulaciones de la flota y algunas milicias rurales. Sin tomar en cuenta este poderío, milicianos orientales recorrían la campaña obteniendo ligeros triunfos y ventajas desde 1825, entre las cuales hay que contar la conquista de la villa de Paysandú (antes, naturalmente, de la llegada del ejército de vanguardia o de Observación). En el campo argentino, no debe ocultarse que, descontento Lavalleja por su subordinación a Rodríguez, entorpeció su remonta y abastecimiento, no obstante su aparente sometimiento. Una consecuencia grave de lo descripto fue la sublevación del Regimiento de Dragones orientales que respondía a Rivera —rival de Lavalleja en su predicamento sobre las masas campesinas— y su incorporación al Ejército de Observación; aunque el general Martín Rodríguez, para no ahondar diferencias, disolvió aquel cuerpo, y con algunos otros integrantes de regimientos de Caballería, lo transformó en el n° 8 de esta arma, que puso a órdenes del teniente coronel Juan Zufriategui.

Los cuerpos orientales carecían de disciplina y sus desertores abundaban. Operaban con autonomía aun desobedeciendo órdenes, y si bien el coronel Leonardo Oliveira, pudo adueñarse del fuerte Santa Teresa en proximidades del Chuy, Lavalleja fracasó ante los muros de Colonia, en ataque desautorizado expresamente por el general Rodríguez. Por el contrario el general Fructuoso Rivera recibió instrucciones de éste para impedir el avance del coronel Bento Manoel Ribeiro sobre Salto y Paysandú, y el 7 de mayo de 1826 el jefe oriental pudo sorprender a las guardias avanzadas de los imperiales; pero en vez de explotar su triunfo, Rivera se detuvo y no asaltó el campamento de Bento Manuel, campado a la margen del Cuareim, ¡e incluso llegó a darle noticia de lo ocurrido! (quizás a causa de su antigua amistad). Su actitud, plena de sospechas de connivencia con el enemigo, se agravó con la formación de cuerpos militares propios, dando pábulo a la creencia de que iba a operar por su cuenta; pero contenido por medidas de la superioridad, pidió su pasaporte para dirigirse a Buenos Aires, lo que Rodríguez acordó el 17 de junio, informando acerca de los episodios. En septiembre, el Gobierno Nacional dispuso el arresto del brigadier Rivera para someterlo a juicio por “alta traición e infidelidad”, pero éste escapó a Santa Fe. Lo volveremos a encontrar dentro de un tiempo.

Rodríguez dispuso atacar a la división brasileña del coronel Bento Gonçalves de Silva (800 hombres), que operaba en Cerro Largo, vigilado por un cuerpo de caballería al mando del teniente coronel Ignacio Oribe. Uno de los subordinados de éste, el capitán Claudio Berdum, dio un golpe de mano el 13 de julio contra un destacamento brasileño, al que deshizo. El coronel José María Paz, al frente del Regimiento n° 2 de Caballería se unió al teniente coronel I. Oribe, alcanzando sus elementos a 1.150 hombres, para terminar con Bento Gonçalves. A tal efecto se destacó a vanguardia al capitán Berdum, pero envuelto éste por fuerzas enemigas superiores (6 de agosto), tras denodada resistencia, los argentinos fueron vencidos, quedando muerto su bravo jefe oriental y dos alféreces del Regimiento n° 2, más 26 soldados. Fracasada la sorpresa, el n° 2 de Caballería se replegó para unirse al ejército en su campamento del arroyo Yí.

Mientras tanto, la insubordinación de don Fructoso se contagió a su hermano el coronel Bernabé Rivera, quien operaba con una columna independiente y en agosto se situó sobre el río Negro, a 70 kilómetros del cuartel general del Ejército. Se le plegaron los mayores José María Raña y Manuel de Araucho, y el capitán Felipe Caballero, sustrayendo partidas que marchaban a incorporarse a las tropas nacionales, y apoderándose de caballos e incluso de equipajes del mismo general Rodríguez, quien se retiraba hacia Buenos Aires, relevado —ante su renuncia— por la pasividad a que lo relegaba su edad y fatigas.

Llegó el 1º de septiembre de 1826 el general Carlos de Alvear a hacerse cargo del Ejército, por fin, y de inmediato se dio a la tarea de dominar la virtual sublevación de Bernabé Rivera. Lavalleja lo ayudó a desbaratar los pujos de supremacía de su rival, deshaciendo las maniobras de sus adictos, y con el apoyo de los coronel Brandsen y Laguna se logró la captura de Bernabé Rivera y el sometimiento de Raña y Araucho.

No debe dejar de asentarse —según referencias del entonces teniente José María Todd, del nº 2 de Caballería, que fue testigo—, que enterado el coronel Manuel de Escalada —jefe del Regimiento nº 3 de Caballería— de la presencia de Alvear, ensilló su caballo y acompañado de sus dos asistentes, dijo en voz alta: “Yo no me pongo a las órdenes de ese..., a quien llevé a cogotazos desde la plaza de la Victoria hasta la cárcel cuando la revolución de Tagle”, y abandonó el Ejército. Por supuesto, el general Alvear lo declaró “desertor” mediante una Orden del Día, y encargó la jefatura de su regimiento a su segundo jefe el teniente coronel Ángel Pacheco.

Era tiempo de tomar la iniciativa de las operaciones, después de casi un año de inactividad bajo el comando del general Martín Rodríguez.

El cruce del Río de la Plata por el Ejército Republicano de Operaciones, desde Buenos Aires hacia la Banda Oriental, parecía dificultoso por la presencia de la numerosa y fuerte escuadra de Brasil a poca distancia de la Capital. Igual inconveniente se había presentado durante la guerra de Independencia, cuando las fuerzas navales españolas apostadas en Montevideo, controlaban la navegación. Entonces había que realizar un trayecto largo y costoso a través de Santa Fe y Entre Ríos, cruzando dos grandes ríos antes de llegar a sitiar la ciudad, tras más de 300 leguas de tránsito. Ahora Alvear decidió, en audaz maniobra, atravesar el Plata directamente al puerto de Las Vacas (12 leguas), no obstante la peligrosa cercanía de las naves del Imperio. Al efecto, aprovechando el poco calado que impedía aproximarse a los buques brasileños, varios convoyes transportaron hombres y uniformes, armamentos y municiones, y cuanto podía necesitarse, a través del delta del Paraná, sin que el enemigo intentara siquiera estorbarlos. Fue una conducta extraña por parte del comando naval del Imperio, porque pudo haber causado un grave daño al Ejército Republicano en formación.

Se tiene una impresión directa cuando en el mes de julio de 1826, a raíz de la sublevación de Rivera y su intento de levantar tropas por su cuenta, el Regimiento de Artillería Ligera que estaba organizando el coronel Tomás de Iriarte, recibió orden de dirigirse a la orilla vecina. El regimiento se embarcó en dos naves con sus equipos, monturas y vestuarios, llevados en carretillas a la costa, donde el jefe de la unidad, “al momento de ir a embarcarme [relata], el ministro me envió 80 salteadores que recién salían de la cárcel: hombres criminales, facinerosos cubiertos de cicatrices, que debían enrolarse como soldados del Regimiento. Los hice vestir de soldados y armarlos”. El convoy iba custodiado por la goleta de guerra *Sarandí* (comandante José María de Pinedo), y zarparon avanzada la tarde:

A media noche divisamos los palos de algunos buques de la escuadra brasileña que estaban fondeados: debieron también vernos, pero ni se movieron. Esta conducta es incomprensible: si nos hubiesen abordado éramos perdidos sin remedio: prisioneros. Y no sé lo que es más de notar, si la imbecilidad y cobardía de los jefes brasileños, o la fortuna del general Alvear, que sin contratiempo, y siendo la travesía tan peligrosa, consiguió trasladar todos los cuerpos de nueva creación sin que hubieran sufrido el menor accidente.

Poco después arribaron el Regimiento nº 16 de Caballería y el de milicias de Colorados de las Conchas, con sus jefes Olavarría y Vilela. Sucesivamente se enviaron desde Buenos Aires el parque y todos los equipos imprescindibles para abrir la campaña. No faltaron en el campamento militar —situado en la Calera de las Huérfanas, cerca de la villa de Carmelo— desertiones y fusilamientos por esta causa.

En el mes de octubre el Ejército se instaló en las márgenes del arroyo Grande, al norte de la ciudad de Colonia, habiendo concurrido allí las tropas que se encontraban en San José del Uruguay unas, y las otras en Calera de las Huérfanas. “El frente de banderas de todos los cuerpos estaba sembrado de sepulturas, porque sin apelación, los desertores aprehendidos eran fusilados”, escribe Iriarte.

Eran las fuerzas argentinas: *Caballería de línea*: Regimiento nº 1, coronel Federico de Brandsen (segundo jefe teniente el coronel Paulino Rojas), con 450 plazas; Regimiento nº 2, coronel José María Paz (segundo jefe el teniente coronel Daniel Ferreyra), con 550 plazas; Regimiento nº 3, teniente coronel Ángel Pacheco (segundo jefe el comandante Ramón Rodríguez), con 316 plazas; Regimiento nº 4, coronel Juan Lavalle (segundo jefe el teniente coronel Nicolás Medina), 350 plazas; Regimiento nº 8, coronel Juan Zufriategui (segundo jefe el comandante Andrés Seguí), 380 plazas; Regimiento nº 16, coronel José Olavarría (segundo jefe el teniente coronel Niceto Vega), 450 plazas. *Caballería miliciano*: Regimiento de Colorados, coronel José María Vilela (segundo jefe el sargento mayor Mariano Pestaña), 450 plazas; Coraceros, comandante Anacleto Medina (segundo el ayudante mayor Juan Hermelo), con 120 plazas; Escolta del general en jefe, sargento mayor Isidro Quesada, con 50 plazas. *Artillería*: Regimiento de Artillería Ligera, coronel Tomás de Iriarte (segundo jefe el teniente coronel Luis Argerich), con 500 plazas, 14 piezas, 2 cañones de a 8, y 2 obuses de a 6. *Zapadores*: teniente coronel Eduardo Trolé, 40 plazas. *Infantería*: Batallón nº 1, comandante Manuel Correa (segundo jefe el mayor Isidro Larraya), 350 plazas; Batallón nº 2, coronel Ventura Alegre (segundo jefe el mayor Agustín Ravelo), 350 plazas; Batallón nº 3, coronel Eugenio Garzón (segundo jefe el sargento mayor Pedro José Díaz), 320 plazas; Batallón nº 5, coronel Félix de Olazábal (segundo jefe el mayor Antonio Díaz), 500 plazas.

Jefe del parque era el teniente coronel Luis Beltrán, “un hombre de una habilidad extraordinaria para este destino, y de un celo y actividad infatigable”, comenta Iriarte en sus *Memorias*, lo que lleva el recuerdo a lo realizado por el ex fraile en el Ejército de los Andes. El cuerpo médico tenía a su cabeza al cirujano mayor Francisco de Paula Rivero (con el grado de coronel) y al cirujano principal Francisco Javier Muñiz (teniente coronel); auditor de guerra el doctor José Ceferino Lagos, su secretario Ángel Saravia.

Lo anterior arroja una suma de 3.116 hombres de Caballería, 1.500 de Infantería, 500 de Artillería, y 40 zapadores. En total, 5.116 efectivos, mandados por brillantes jefes, acreditados en las campañas del Alto Perú y de los Andes, formando los veteranos de es-

tas últimas un grupo celoso de sus glorias alcanzadas en mayores victorias contra los españoles que el resto de sus camaradas. El uniforme se había modernizado, reemplazándose las levitas de antaño y altos morriones por casacas cortas de color azul y cascos redondos con guarniciones doradas: las armas se distinguían por los colores de sus vivas (azul para la Artillería, verde para la Infantería, encarnado para la Caballería, llevando estas dos últimas en sus cascos las chapas con el número correspondiente a las diferentes unidades), y artilleros y jinetes usaban botas altas, mientras los infantes calzaban botines o zapatos. Detalle destacable es la provisión de corazas para la mayor parte de las unidades de Caballería.

La vanguardia, que acampaba separada en el Durazno, estaba compuesta íntegramente de orientales, y la comandaba el general Juan Antonio Lavalleja (segundo jefe el general Julián Laguna). Estaba integrada por el Regimiento de Caballería n° 9, coronel Manuel Oribe, y el Regimiento n° 10 de la misma arma, teniente coronel Ignacio Oribe (hermanos), un escuadrón de tiradores mandado por el teniente coronel Servando Gómez, y varios otros cuerpos de milicianos de diversa procedencia de la Provincia. Eran 2.600 hombres en total. Estas fuerzas carecían de la disciplina necesaria, aunque su valor era notorio.

Otros oficiales superiores habían llegado: el general Miguel Estanislao Soler era jefe del Estado Mayor General, teniendo como segundo al coronel Román Antonio Deboza; y con algunas fuerzas, el general Lucio Mansilla sitiaba a Montevideo.

El jefe enemigo era, desde el 11 de enero de 1826, el teniente general Felisberto Caldeira Brant Pontes, marqués de Barbacena, quien había desempeñado misiones diplomáticas en Europa, por lo que sus antecedentes castrenses no eran, al menos, continuos. El total de sus fuerzas ascendía a 12.420, o sea que eran superiores en número a las argentinas, pero compensaba este hecho la circunstancia de que estaban diseminadas a lo largo de la frontera. 3.000 hombres guardaban Montevideo, y unos 1.500 a Colonia. Al contrario de lo que sucedía en el Ejército Republicano, las tropas del Imperio consistían mayormente en infantería; y entre ellas revistaban alemanes provenientes de las colonias agrícolas establecidas en 1824, que formaron los batallones n° 27 y 28 de Cazadores y n° 2 y 3 de Granaderos, más un escuadrón de Lanceros; pero que no fueron "cuerpos regulares enviados para la guerra por el emperador de Austria", como se ha difundido erróneamente. Quedaron bajo las órdenes del mariscal de campo inglés Gustave Henry Brown (y no Braun como se escribe equivocadamente, siguiendo aquella confusión).

También en el ejército argentino formaron hombres de aquella nacionalidad, como refiere Iriarte: "Más tarde se incorporó al ejército una compañía de lanceros alemanes, la mayor parte, a las órdenes del aventurero coronel Heine: de nada servían porque no eran soldados; nunca tuvieron instrucción, ni sabían montar a caballo". El coronel Federico de Brandsen, a cuyo Regimiento n° 1 de Caballería fueron incorporados, confirma en sus *Apuntes*:

Consta de 43 individuos de tropa y 6 oficiales, el coronel incluso. La mayor parte no sabe absolutamente montar; están sin disciplina ni instrucción: es un escuadrón político y como un aliciente a los alemanes que sirven en el ejército portugués [sic]. Estos alemanes son incapaces de cuidar por sí sus caballos.

Merece transcribirse otro párrafo de las *Memorias* de Iriarte, referente a la formación militar del conjunto que integraba el Ejército Republicano de Operaciones:

Cuando todo el ejército estuvo alojado empezaron los ejercicios doctrinales por cuerpos: la caballería y la artillería campaban en una línea continua con solos los intervalos necesarios; la infantería estaba situada a las inmediaciones del Cuartel General, a 400 varas de distancia de la línea principal. Esta contigüidad de los cuerpos era saludable: contribuía a acrecentar el estímulo entre los jefes para contraerse con más empeño a la instrucción de su regimiento, porque ninguno quería ser sobrepasado y que otro cuerpo hiciese más progresos que el suyo. La instrucción tenía lugar dos veces al día, mañana y tarde; y en los intervalos todos los cuerpos tenían academia de oficiales; y éstos presidían a las de cabos y sargentos. El jefe de Estado Mayor, general Soler, regularizaba el sistema en todas las operaciones del campamento, y desde su llegada se notaba una gran mejora en todos los ramos.

Importantes acontecimientos tuvieron lugar en el Interior, en tanto el Ejército Republicano de Operaciones tomaba su forma definitiva en la Banda Oriental.

Tucumán fue el centro de graves sucesos, corolarios de la actitud inconsulta del coronel Gregorio Aráoz de La Madrid, al apoderarse *manu militari* de su gobierno. Puesto que la tensa tregua mantenida de hecho durante la mayor parte de 1826 finalizó con motivo de la liga de Provincias orquestada por el general Juan Bautista Bustos desde Córdoba a raíz y en contra del nombramiento de don Bernardino Rivadavia para Presidente. A esa convocatoria habían respondido favorablemente el gobernador general Juan Felipe Ibarra, de Santiago del Estero, y La Rioja, dominada por su comandante de armas, coronel Juan Facundo Quiroga; pero en cambio, Catamarca, Salta y Tucumán, regidas respectivamente por el coronel Manuel Antonio Gutiérrez, el general Juan Antonio Álvarez de Arenales, y el coronel La Madrid, reconocieron la autoridad presidencial y las resoluciones del Congreso Nacional.

Las armas reclamaron su espacio.

Comenzaron las acciones con la invasión a Catamarca por parte de Quiroga, que fue repelida por el auxilio de tropas tucumanas. Aunque el caudillo riojano, "que era audaz y atrevido" según La Madrid, pasó con rapidez por el sur de aquella en dirección a la provincia de Tucumán al frente de 300 infantes y 800 hombres de caballería; asustado, el gobernador Gutiérrez abandonó su territorio y se dirigió a esta última "con bien pocos hombres" (mes de octubre). La Madrid alistó 400 efectivos en la campaña —malamente armados de lanza y tercerola— y 90 cívicos en el recinto urbano. Luego se le incorporó otro escuadrón, y 80 milicianos de reserva que mandaba el mayor Gregorio Paz, y pudo apropiarse de un par de cajones con fusiles y sables de un cargamento que pasaba en dirección a Salta. Contaba además con 2 piezas de artillería. Cerca del campo del Tala se le agregó el gobernador Gutiérrez con 80 soldados.

El 27 de octubre se avistaron las fuerzas de Quiroga y de La Madrid en ese último punto, tendiendo sus líneas. El coronel La Madrid precisa que el mando de su ala derecha lo asumió Gutiérrez, y la izquierda su primo el coronel José Ignacio Helguero, quedando él encargado del centro. Iniciado el combate por las guerrillas de Quiroga, rom-

pieron fuego sobre su infantería los 2 cañones de La Madrid, cuyas alas de caballería cargaron sobre la contraria, poniéndola en fuga. Entonces el coronel Quiroga se puso al frente de su reserva (200 hombres) y avanzó con sus infantes, que fueron rechazados por los disparos de las fuerzas tucumanas. En su retirada fue capturada por éstas la bandera del Regimiento n° 1 de la provincia de La Rioja, negra, que ostentaba una calavera blanca con dos tibias cruzadas, más la inscripción "¡Religión o Muerte!" (alusiva a la reforma eclesiástica propiciada por Rivadavia siendo ministro en Buenos Aires).

Al producirse la derrota de los invasores, también comenzó la desorganización en las filas de La Madrid. Éste se abalanzó sobre la columna de Quiroga en retirada al frente de pocos hombres, pero fue contenido a tiros, que le derribaron el caballo, hirieron al mayor Gregorio Paz en una mano, y voltearon a algunos de sus soldados. Enderezada su cabalgadura, el coronel La Madrid se volvió para dar formación a aquéllos, que habían vuelto caras, para atacar de nuevo a las fuerzas riojanas. Su temerario arrojo le costó esta vez bien caro.

Lo cuenta el mismo La Madrid en sus *Memorias*:

Mi caballo cayó por segunda vez como a 50 pasos de la columna, y mis hombres dispararon, habiendo quedado 3 o 4 tendidos. Habiéndome parado por segunda vez mi caballo, lo monté al instante, pero no pude ya hacerlo mover: unas cuantas balas le habían atravesado el pecho. En el acto fui rodeado por un grupo de 14 o 18 hombres de caballería que se habían refugiado entre la columna, y me acuerdo que estuve defendiéndome de ellos con mi espada por unos instantes, pero sin haber sido herido. ¡Lo que pasó después no lo sé! Los enemigos me dejaron desnudo y por muerto en el campo, con 15 heridas de sable: en la cabeza 11, 2 en la oreja derecha, 1 en la nariz que me la volteó sobre el labio, y 1 corte en el lagarto [bíceps] del brazo izquierdo más un bayonetazo en la paletilla, y junto con el cual me habían tirado el tiro para despenarme, tendido ya en el suelo. Me pisotearon después de esto con los caballos, me dieron de culatazos, y siguieron su retirada.

Su cuñado el mayor Ciriaco Díaz Vélez, al regresar de vencer a la caballería de Quiroga y toparse con esa columna de infantería riojana, inesperadamente vencedor, también recibió seis o siete heridas entre lanzadas y sablazos, cayó de su caballo y fue hecho prisionero.

El coronel Juan Facundo Quiroga recibió la noticia de la fuga de la caballería tucumana y de la muerte del coronel La Madrid, habiéndole presentado el jefe de su infantería, coronel Bargas, la espada y uniforme de éste, y a su cuñado Díaz Vélez herido y enancado. Con esa novedad Quiroga reunió a parte de su caballería —que había sufrido una gran dispersión— y retornó al campo de la acción, ya caída la tarde, ordenando a Díaz Vélez que buscara entre los caídos y reconociera el cadáver del vencido gobernador de Tucumán. Para asegurarse en la identificación —temía por su vida si lo ocultaba— Díaz Vélez revisó escrupulosamente los cuerpos, desnudados e hinchados por el calor, buscando dos señales indubitables: la cicatriz de un balazo en el muslo izquierdo, recibida por La Madrid en la batalla de Salta, y un diente que le faltaba en la mandíbula inferior. No lo halló, y explicó al coronel Quiroga la existencia de estas marcas que hubiesen asegurado su identidad.

¿Qué había ocurrido? Producida la derrota tucumana, al retirarse los hombres de La

Madrid, tres cívicos consideraron deshonroso dejar tirado el cuerpo de su jefe y regresaron a recoger lo que creían su cadáver. Refiere éste:

Registraron el campo y me encontraron completamente desnudo, todo ensangrentado, privado de mis sentidos, y sin otra prenda que un escapulario de Mercedes que me había mandado mi señora de Buenos Aires, y un pedazo del cordón con que tenía colgado mi reloj al cuello, regado con la sangre.

Lo pusieron atravesado por delante del caballo de uno de ellos y partieron a escape, pero avistando una partida enemiga, emprendieron la fuga y el cuerpo se les cayó. Rato después volvió un cabo de las milicias de Catamarca con un chifle lleno de agua pues el moribundo había musitado que lo desesperaba la sed:

Quedó sorprendido al no encontrarme en el lugar que me habían dejado, pero habiendo advertido por los rastros de la sangre, la huella que había dejado en las pajas a la derecha del camino, me descubrió debajo de un árbol a pocos pasos distante. Corrió a mí y me dio agua, después de haberme alarmado al sentirlo y díchole que no me rendía.

Atándolo el cabo a La Madrid como pudo por las piernas, se alejaron rápidamente de los riojanos que exploraban el campo del Tala hasta llegar a un rancho, de noche, donde se le hizo la primera curación, cortándosele un pedazo de la oreja izquierda "que venía pendiente de un hilo" (sic) y cosiéndole la punta de la nariz que tenía caída sobre la boca. Luego, colocándolo sobre una improvisada angarilla, lo portaron a hombros por el monte, turnándose varios milicianos durante unas 14 leguas, distanciándose de la ciudad de Tucumán.

El 2 de noviembre de 1826 entraba en ésta, en coche y sin conocimiento, el coronel Gregorio Aráoz de La Madrid, recibido por un enorme concurso de pueblo, que celebraba su milagrosa salvación, debida tanto a su resistencia física como espiritual. "Mi cuerpo estaba todo abotagado, y dicen que tenía estampadas en el pecho y las costillas, las pisadas de los caballos y las culatas de los fusiles"... Días después se presentó el coronel Quiroga —quien por ese tiempo asumió el título de general a raíz de su triunfo en El Tala—, asombrado por la noticia de haber sobrevivido su adversario, puesto que conservaba consigo su sombrero hecho pedazos, su poncho con varios balazos, su chaqueta con un bayonetazo y un tiro en la espalda, y la espada con catorce o dieciséis marcas de golpes que había parado. La Madrid había sido alejado al pueblo de Trancas (21 leguas al norte). Su primo el coronel Helguero había logrado escapar de su prisión, y con 800 hombres de caballería y cívicos se le unió, siguiéndole casi toda la población, temerosa de represalias. Afirma La Madrid en sus *Memorias* que Quiroga en Tucumán "cometió toda clase de excesos" entre los pocos vecinos que habían quedado, a quienes "impuso una fuerte contribución, e hizo todo el mal que pudo". El mandatario santiagueño Ibarra lo acompañaba.

A mediados del mes de diciembre, fuerzas de Salta enviadas por el gobernador Areales al mando del coronel Francisco Bedoya, forzaron a Quiroga a desalojar Tucumán. Al pasar por Trancas, el coronel La Madrid, no obstante su debilidad, envió a aquéllos una carta donde escribió: "El resucitado del Tala desafía a los caciques Quiroga e Ibarra

para que lo esperen mañana a darle cuenta de las atrocidades que han cometido en su pueblo, pues la Providencia le ha vuelto a la vida para que tenga la satisfacción de castigarlos como merecen". Al día siguiente volvió el mensajero que la había conducido, con esta respuesta de Ibarra, su antiguo compañero en el ejército de Belgrano: "Me alegro mucho de que estés ya mejorado para servir a tus amos los porteños; pero respecto al castigo con que nos amenazas, ¡lo veremos!". Lo cierto es que Quiroga e Ibarra no aguardaron a los contingentes unidos de salteños y tucumanos, y abandonaron la provincia.

La contienda finalizó por entonces. El coronel La Madrid volvió a asumir el gobierno de su provincia, mientras que en Salta el general Arenales fue depuesto por un movimiento encabezado por el coronel colombiano Domingo López Matute, que al frente de un cuerpo de Granaderos a Caballo se había separado de Sucre en Bolivia. Si bien asumió el mando en Salta el doctor Juan Ignacio de Gorriti, éste mantuvo su reconocimiento al presidente Rivadavia, con lo cual la situación en el Norte quedó estabilizada.

Es la ocasión para continuar estudiando la guerra contra Brasil, dejando los sucesos del Interior para considerarlos a fines del año 1827, cuando volvieron a tomar relieve.

Enorme adelanto en la instrucción de las unidades revelaba el empeño de los brillantes veteranos que eran los jefes del Ejército Republicano de Operaciones. Su temple era alto, ardoroso su ánimo para enfrentar al enemigo. A medida que pasaba el tiempo, el general Alvear crecía en confianza y también en vanidad al estar al comando de tal fuerza, aunque sus declaraciones en rueda de coroneles —enfáticas y pomposas— motivaban las burlas de éstos una vez alejados de su presencia: todos ellos contaban con más servicios en campaña que aquél. Por otra parte, el tono altisonante y a veces soberbio de Alvear, que no permitía contradicciones a sus ideas, causaban irritación y hasta tuvieron por desenlace un episodio violento ocurrido en el campamento de Arroyo Grande (noviembre de 1826), que revela Iriarte en sus *Memorias*:

En uno de esos convites, el general Alvear, con el objeto sin duda de conocer la opinión y capacidad de sus jefes, empezó a explicarnos el orden en que se proponía formar al ejército el día de una batalla: la segunda línea de caballería quedaba muy inmediata a la primera. Luego que Alvear hubo concluido se dirigió al coronel Lavalle: "Desearía, coronel, saber la opinión de usted sobre el orden de batalla que acabo de explicar". Lavalle, sin rodeos y con plena franqueza, le contestó: "General, yo encuentro ese orden muy defectuoso". "¡Hola! ¿Y por qué?" "Porque si la primera línea llegase a perder terreno, estando la segunda tan inmediata, correría el riesgo de ser envuelta por aquélla." "Coronel: en este ejército no hay ningún regimiento que vuelva caras, a no ser que esté mandado por un coronel cobarde." Lavalle, ardiendo de ira, se levantó de su asiento y con un tono muy pronunciado de exasperación, dijo a Alvear: "General: ya he dado repetidas pruebas de que no soy cobarde en el campo de batalla, y más de una vez he teñido mi lanza en sangre enemiga. Me retiró de aquí porque no hay libertad para hablar". Y diciendo y haciendo tomó el camino de la puerta de la gran tienda donde se tenía el convite. Todavía no había salido de allí, cuando el general Alvear dijo con tono descompasado al general Soler: "¡General: ese coronel insubordinado que salga despedido del ejército en el término de cuatro horas!". Todos los jefes nos afectamos de la injusticia)

del abuso de autoridad de Alvear: si no hubiésemos estado en vísperas de abrir la campaña, nos habríamos presentado en cuerpo pidiendo el regreso al suyo del coronel Lavalle. Alvear acabó de enajenarse los ánimos de los jefes y oficiales del antiguo Ejército de los Andes, entre los que era Lavalle muy estimado y considerado por ellos como su representante natural: el crédito de Lavalle por sus campañas de Chile y Perú era entonces muy alto.

Conviene adelantar que el coronel Juan Lavalle regresó al Ejército apostado en Río Negro el 11 de enero de 1827, puesto que el Gobierno Nacional estaba convencido de sus méritos guerreros, y el ministro de Guerra, general Fernández de la Cruz, así lo dispuso. Alvear no simpatizaba con la arrogancia de Lavalle, pese a su denuedo y bizarría, porque lo consideraba un vocero autorizado en sus críticas.

No fue el único caso en que un jefe acreditado sufrió las altanerías del general Alvear, pues tiempo después el teniente coronel Ángel Pacheco, tras mantener —como la definió este mismo— "una discusión un poco acalorada, pero respetuosa" sobre "maniobras de caballería frente al enemigo", provocó la separación temporal del último del mando de su regimiento (5 de febrero), siendo reincorporado pasado un tiempo. Pacheco, transcurridos muchos años escribió en sus *Apuntes sobre la campaña del Brasil* que tocaba este incidente "muy ligeramente, por respetos a la memoria del general en jefe", pero el coronel José María Paz apuntó en su *Diario de marchas* que se debió a "murmuraciones que han tenido por objeto su conducta militar y privada" (sobre dicho General): en su oportunidad se precisará el motivo concreto. Alvear tomaba como ejemplo a Napoleón, y procuraba imitarlo en sus actitudes y, sobre todo, en la inflexibilidad de sus decisiones. Tal actitud, rayando en la petulancia, y sobre todo en lo que a su tiempo se evaluó como una equivocada estrategia en las operaciones, provocará una protesta sorda entre los jefes del ejército, que llegaron —sin consumarlo— a intentar su remoción del comando, para otorgarlo al general Soler.

Dispuesto ya el Ejército a emprender su marcha en busca del territorio enemigo, fue dividido en tres cuerpos, conforme a la denominación napoleónica, a lo que en el hecho eran divisiones. A su vez, las llamadas "divisiones" eran en realidad brigadas, compuestas por dos unidades.

La organización en la campaña fue la que sigue: *Primer Cuerpo*: milicias de caballería orientales (general Juan Antonio Lavalleja), subdividido en la 1ª División, general Julián Laguna; 2ª División, coronel Manuel Oribe; 3ª División, coronel Ignacio Oribe. *Segundo Cuerpo*: caballería de línea (general Carlos de Alvear), compuesto por la 1ª División, coronel Federico Brandsen, con los regimientos nº 1 y 3, más la Compañía de Lanceros alemanes; 2ª División, coronel Juan Lavalle (al reincorporarse), con los regimientos nº 4 y Colorados, más un escuadrón de Coraceros a órdenes del comandante Anacleto Medina; 3ª División, coronel Juan Zufriategui, con los regimientos nº 8 y 16. *Tercer Cuerpo*: las tres armas, incluso parque y maestranza (general Miguel Estanislao Soler): 1ª División de Caballería, coronel José María Paz, Regimiento nº 2 y dos escuadrones de milicias; 2ª División de Infantería Ligera, coronel Félix de Olazábal, los cuatro batallones nº 1, 2, 3 y 5 (Cazadores); 3ª División, coronel Tomás de Iriarte, con su Regimiento de Artillería Ligera, y un escuadrón de milicias de la villa de Mercedes, más 15 a 20 carretillas y 80 carretas del parque. Los altos jefes —comandante general, el del Estado Mayor, los de cuerpo— y cada jefe de división, disponían de una galera para su servicio per-

sonal. En la nueva distribución, el general Lucio Mansilla quedó nombrado jefe del Estado Mayor en sustitución del general Soler, ahora jefe del 3° Cuerpo del Ejército.

El 26 de diciembre de 1826 todo el ejército formó en gran parada en su campamento de Arroyo Grande, y el general Alvear lo recorrió arengándolo en medio de inmenso entusiasmo de la tropa. "El ardor bélico se dejaba ver en todos los semblantes." La ofensiva había comenzado. El mismo día la Caballería se adelantó hacia el norte y a la mañana siguiente el resto del ejército la siguió.

Mientras, en el sur, los indígenas no descansaban en atacar los lindes de la civilización, y el puntilloso cronista militar Tomás de Iriarte no desatendió sus hostilidades:

Los indios salvajes continuaban sus incursiones en la provincia de Buenos Aires. El coronel Rauch, del Regimiento de Húsares, estaba encargado de escalearlos. Hizo una expedición en grande escala internándose en sus tierras, persiguiéndolos con ardoroso empeño hasta sus mismas tolderías. Rauch con tal ocasión descubrió toda su actividad y la gran extensión de su capacidad militar, al menos para esta clase de guerra, extraña en sus especiales peculiaridades. Y no tiene duda que él fue entre todos los jefes que lo habían precedido en la campaña contra los indios, el que desplegó mayores aptitudes, no obstante ser un extranjero, y el que obtuvo más felices y prácticos resultados de todas sus tentativas.

El coronel Isidoro Suárez intervino igualmente en la defensa de la frontera, hasta que en los últimos meses de la guerra pasó a la Provincia Oriental.

De este modo, cubiertas sus espaldas, el Ejército Republicano se dispuso a la invasión de la provincia brasileña de Rio Grande do Sul.

Adelantándose a través de la Provincia Oriental, el Ejército Republicano de Operaciones cruzaba por campos vacíos de ganado, que habían desaparecido tras las luchas de Artigas y los robos producidos por la invasión portuguesa. La campiña estaba seca a causa de la estación veraniega, y eran frecuentes las quemazones del pasto —a veces, se sospechaba, provocados por algunos brasileños avecindados, o amigos de éstos—, que ponían en peligro sobre todo al parque de municiones y pólvora, por lo que se adoptaron medidas de vigilancia y prevención muy severas: cada soldado, después de acampar, debía proveerse de una rama para estar pronto a combatir las llamas. Luego de atravesarse los caudalosos Río Negro y arroyo Tacuarembó (14 de enero), se estableció campamento a las márgenes de éste, cuando tuvo lugar uno de los más grandes y peligrosos incendios por la paja alta y seca allí existente. La jornada resultó agotadora porque tras combatir todo el día contra la naturaleza, hubo que trasladar el campamento, sin haber comido ni hombres ni ganado, pisando las cenizas calientes. La rapidez de la marcha consumía la energía de caballos y bueyes, que quedaban abandonados. "Al mal método de marcha adoptado por el general en jefe, a las salidas, altos y paradas intempestivas y mal calculadas, a la confusión y amontonamiento de la Caballería, debe atribuirse, sin duda, una pérdida tan considerable", asienta en sus *Apuntes* el coronel Federico de Brandsen, jefe del Regimiento n° 1 de Caballería. "El calor parece haber llegado a su último período, y de la tierra brota fuego. El camino queda sembrado de caballos cansados. A la una, parada de dos horas en un paraje sin pastos y sin agua; los caballos sufren inmensamente."

Los jefes murmuraban sobre la conducción del general Alvear: "Se acuerda poco de

las órdenes que da o manda dar, e ignora lo que pueda o deba hacerse", escribe Brandsen. Éste, como el coronel Iriarte, de Artillería, recogen numerosas quejas de sus iguales o superiores, como la indicada el 15 de enero:

Recibo en mi cuerpo la visita del general Mansilla: sofocado de todo cuanto ve, no puede resistirse a abrirme su corazón. Deplora la ignorancia del general en jefe, sobre todo lo que es parte práctica de la ciencia militar: no sabe marchar, ni acampar, ni prever nada; los caballos desaparecen a vista de ojo, la tropa está mal atendida. El general en jefe, a pesar de su ninguna experiencia, no consulta más que su única voluntad y su capricho ciego: confunde todos los ramos del servicio, paraliza el talento, la experiencia, y expone a cada paso, sin duda, la existencia del ejército y del país. Estas ideas son conocidas del general Soler. En mi corazón reconozco demasiado la justicia de ellas.

El único alimento del ejército era la carne, y ésta, flaca y hasta sin sal, elemento que se había acabado. Se caminaba todo el día bajo un sol abrasador, pero el ánimo de los soldados argentinos seguía alto, tal como lo demuestran los *Apuntes* de Brandsen con respecto a la 1ª División de Caballería:

A las cinco y media el tiempo, estando del todo bueno, toda la columna echa pie a tierra y sigue caminando a pie en su mismo orden de columna por mitades. Se manda prevenir que los soldados pueden colgar sus sables en sus monturas: los de la división manifiestan querer marchar con sus armas, y lo verifican. La tropa camina como legua y media por unos campos quebrados, sin que se oiga la menor queja ni se quede un hombre atrás. El n° 3 llevaba lanzas, sables y corazas, todos indistintamente sin zapatos, por ensayo. La marcha fue larga y pesada.

Tan sólo se tuvo un alivio cuando se acampó en inmediaciones de los cerros de Aceguá, cerca del curso del Río Negro, ya a inmediaciones de la frontera con Brasil. Sin distinción de clases, desde jefes a soldados, todos ansiaban llegar pronto al pueblo de Bagé, del otro lado del impreciso límite, puesto que se sabía que era una población bien provista de recursos. (Esta localidad fue llamada incorrectamente "Vallés" por varios veteranos de la guerra en sus escritos, a causa de su pronunciación, y así pasó a libros posteriores.)

La estrategia de Barbacena la anunció él mismo en oficio del 21 de enero de 1827 al ministro de Guerra:

Permanecerei em pura defensiva, atraindo o [al enemigo], quanto puder para o interior, porque nesta direcao eu ficarei cada dia mais forte em gente, cavalos e munição, e ele mais fraco em todos estes elementos.

Lo positivo es que desguarneció la frontera.

Invadido el territorio enemigo, el 26 de enero el Ejército Republicano arribó a la vera de Bagé, campando en sus inmediaciones, y yendo la infantería a ocupar el poblado. Esto dio origen a un escandaloso saqueo de las propiedades particulares de sus habitantes, hecho vergonzoso que no puede silenciarse.

Mediante la tolerancia o complicidad de sus oficiales, y salvo honrosas excepciones entre las cuales pueden señalarse a algunos regimientos de Caballería y al de Artillería en pleno desenfreno fueron robados los almacenes de abasto, las tiendas de comercio menor, y las casas de familia, que las habían abandonado “despavoridas” (como escribe un testigo). Tardíamente el general Alvear impartió la orden de fusilar a los ladrones. La indisciplina no afectó, empero, a la posterior subordinación, pues las unidades estaban bien mandadas por sus jefes. “El aspecto de la villa presentaba el de una villa tomada por asalto”, describe el coronel Brandsen.

En la misma noche de la llegada a Bagé sobrevino una violentísima tempestad.

Apenas acababa de situar mi división en el paraje que me habían señalado [anota el jefe del Regimiento n° 1 de Caballería] cuando reventó el más espantoso temporal que el cielo haya descargado jamás sobre los hombres: agua, truenos, rayos, presentaban la imagen de una disolución completa de la naturaleza. El temporal duró toda la noche, redoblando de tiempo en tiempo su violencia con inaudito furor. Los hombres y los caballos amanecieron anegados.

Este temporal tuvo efecto directo sobre las maniobras de ambos ejércitos enemigos.

El plan de campaña del general Carlos de Alvear era interponerse entre las dos fuerzas en que el marqués de Barbacena había dividido a su ejército: una a sus órdenes en Santana do Livramento al oeste, y otra al mando del general Brown cerca de Pelotas, sobre la costa. Quería batirlas separadamente. El general imperial se enteró del avance argentino el 15 de enero, y un par de días después salía en dirección al centro del territorio intermedio, luego de haber cursado órdenes a Brown para que se le incorporase. Pero el rápido avance de Alvear tuvo como consecuencia que al arribar a Bagé, Barbacena apenas había llegado a diez leguas de este punto, sobre el flanco izquierdo de los republicanos. Bagé dista tres leguas del camino que unía a las dos divisiones brasileñas: de haberlas recorrido sin perder tiempo el Ejército argentino, hubiese podido impedir la conjunción de ellas. Pero la tormenta lo impidió, inmovilizando a Alvear. Al día siguiente de estar éste en Bagé, el general Barbacena pasó por su frente y logró unirse a Brown. Y juntos ambos, retrocedieron en dirección al norte, buscando la protección de la sierra. La copiosa lluvia forzó al Ejército Republicano a quedar cinco días en Bagé, pues desbordaron los arroyos y los caminos se pusieron intransitables. En ese ínterin el comandante Anacleto Medina con sus coraceros tuvo un ligero triunfo sobre un destacamento de observación de los contrarios. (Es conveniente recordar que las corazas eran provistas a todos los cuerpos de caballería, y por tanto su uso era generalizado.)

El hecho asombroso es que hasta entonces los brasileños no habían mostrado ningún empeño en defender su suelo ocupado por el invasor. Ni siquiera con guerrillas habían intentado retardar o molestar el avance de los enemigos. Esta actitud hizo cundir el menosprecio hacia el adversario por parte de las tropas argentinas, que negaban espíritu marcial a los habitantes del Imperio, hasta para salvaguardia del honor nacional. La superioridad moral adquirida por el Ejército Republicano fue un elemento importante para hacerlo soportar las fatigas de sus operaciones.

Calmada la furia de la naturaleza, Alvear volvió a retomar su avance tras las huellas de los brasileños (31 de enero), pasando por las ruinas de la antigua fortaleza de Santa Tecla, construida para custodiar el límite entre España y Portugal. Sin embargo, y para

sorpresa de muchos, cuando el general Alvear halló rastros recientes del Ejército imperial en su camino, en vez de proseguir aceleradamente tras éste, por el contrario modificó su rumbo y emprendió una contramarcha para alejarse de él.

A esta altura del relato, es menester efectuar una consideración fundamental sobre la composición de las fuerzas adversarias.

El principal elemento que componía al Ejército Republicano era la caballería. En cambio, la masa del Ejército imperial estaba integrada por infantes. Y en el terreno frágil, con piso de piedra, como lo era el territorio serrano en que ahora maniobraban ambos, las ventajas estaban del lado brasileño. A la superioridad de la infantería del Imperio se sumaba el hecho no sólo de que la caballería de los argentinos estaba en muy mal estado por su mala alimentación y lo forzado de las marchas desde su partida, sino también disminuida porque a causa de lo dicho se cansaba y debió ser abandonada en gran número para no retrasar el avance de las tropas.

El general Alvear comprendió que no podía tener éxito si se metía en un terreno queado, donde su caballería —ya deficiente— no podría operar convenientemente, y en el cual los infantes enemigos iban a disponer de este factor favorable para disputar el encuentro. Para evitar esto se le presentaba la posibilidad de instalarse en un lugar adecuado —previamente elegido—, y desde allí dominar los alrededores hasta provocar la reacción. Apunta en su *Diario de marchas* el coronel José María Paz el día 4:

No se marcha. Por la tarde hay junta de guerra. Primero se reúnen los generales solos, y después de una larga discusión somos llamados los coroneles. El General propone una marcha de flanco por la izquierda con el objeto de remontar la caballería: ella nos aleja del enemigo, pero o lo obligará a salir de la sierra y darnos batalla en el llano, o nos abandonará gran parte del país a nuestra disposición. Nadie contradice esta opinión y se resuelve la marcha para el día siguiente.

El Ejército argentino retrocedió, en consecuencia, desprendiendo partidas en todas direcciones en procura de caballos.

Describe Paz en su *Diario* que “el estado del ejército es peligroso por la dislocación de los jefes”, confirmando el estado de murmuración que a aquéllos les merecía la estrategia llevada a cabo por Alvear durante sus operaciones. “Además se cometen excesos de todas clases: la casas son saqueadas, los habitantes las abandonan, muchas veces sin trasponer ni aun lo de más fácil conducción”, y condena el severo veterano ese desorden por el descrédito consiguiente al ejército y la desmoralización que causaba en los soldados. Sostenía —al igual que Iriarte y Brandsen, entre los jefes que escribieron sus impresiones de la campaña— que debía atraerse a la población “con buena comportación y disciplina”, lo que alarmaría al comandante enemigo y lo apresuraría a enfrenarlos. Las críticas al general Alvear eran constantes: “Se cuentan mil anécdotas escandalosas sobre sus imprudencias, su inmoralidad y su falta de valor. La disciplina se sacude por su base, el malcontento es general”, describe el coronel Brandsen. Tales murmuraciones no fueron desconocidas por aquél, quien ante el mismo coronel “se queja de que algunos jefes tratan de desacreditarlo criticando todas sus operaciones militares”. El 5 de febrero tuvo lugar el episodio ya aludido páginas atrás con el teniente coronel Ángel Pacheco: una escena violenta en que este último fue acusado por Alvear “de haber atribuido la inacción del general en jefe en Bagé al encuentro de una niña bonita”, lo que parece se debió a una intriga

del general Mansilla, que dice Brandsen "en toda ocasión vomita pestes contra el general en jefe e increpa, en los términos más fuertes, su conducta militar, política y privada".

En plena estación abrasadora, bajo un sol de fuego que destruía a hombres y bestias, el Ejército Republicano ganaba camino hacia el oeste, ocupando el suelo que hasta entonces dominara el enemigo. Felizmente el Regimiento n° 8 de Caballería al mando del coronel Zufriategui fue destinado a ocupar el cercano pueblo de São Gabriel —sin ser hostilizado por las milicias brasileñas que merodeaban por las inmediaciones—, en donde un par de días después el Ejército pudo proveerse de algunos comestibles que tanta falta le hacía. Asimismo se encontraron depósitos ocultos de víveres y aun vestuarios, y como precisa el coronel Paz, las partidas recolectoras lograron reunir muchos caballos: "verdaderamente la Caballería se ha remontado". Agrega un hecho importante: "El 4 de Caballería ha tomado hasta la caja de un batallón con intereses, y más: sus banderas, que en la precipitación de su retirada dejaron por ahí escondidas los enemigos". Por entonces se advirtió la presencia de una brigada ligera de caballería brasileña que lo vigilaba de lejos. Estaba mandada por el coronel Bento Manoel Ribeiro —de "famoso guerrillero" lo califica Paz— quien no se aproximó excepto de noche para molestar tiroteando las guardias avanzadas del ejército. Para eliminar este estorbo, Alvear destacó al coronel Juan Lavalle con su Regimiento n° 4 de Caballería.

El encuentro tuvo lugar el 12 de febrero a la vera del arroyo Vacacahy (llamado por los argentinos Bacacay), donde Bento Manoel estaba al frente de 1.200 riograndenses de São Paulo, los más acreditados jinetes de Brasil. Lavalle lo cargó con su impetuosidad acostumbrada sin tener en cuenta la superioridad numérica del enemigo: según el *Diario de Paz* el choque se produjo entre 400 brasileños y 120 argentinos, y las fuerzas imperiales no resistieron su empuje: se pusieron en fuga sin atinar a enfrentarlo, dejando 30 muertos en el terreno y varios heridos, en plena dispersión. El regimiento nacional contó 5 muertos y algunos pocos heridos; y debido al mal estado de sus caballos no pudo efectuar su persecución.

Empero, el tenaz merodeador paulista volvió a rehacer su tropa, persistiendo en mantenerse a la altura del flanco derecho del Ejército argentino, por lo que Alvear dispuso escarmentarlo por segunda vez.

La tarea fue encomendada al general Lucio Mansilla, y dos días después de producido el combate de Bacacay se toparon argentinos y brasileños en el arroyo Ombú. Mansilla contaba con 800 hombres, todos de caballería: 100 del Regimiento n° 1 (comandante José María Cortina), 100 del Regimiento n° 2 (capitanes Albarracín y Martín), 300 del Regimiento n° 8 (coronel Zufriategui), 200 del Regimiento n° 16 (coronel Olavarría), y el Escuadrón de Coraceros (teniente coronel Medina). El coronel Ribeiro conducía a 1.200 soldados.

Antes de relatar el combate debe efectuarse una precisión: Mansilla había ascendido —como Alvear— sin atender a la escala orgánica y merced en gran parte a la política. No había comandado en batalla a numerosos efectivos. En efecto, tras su paso por el Ejército de los Andes, con el grado de mayor se incorporó al ejército entrerriano de Ramírez luego de la batalla de Cepeda (1820), al frente de cuya infantería contribuyó a derrotar a Artigas. Abandonando a su jefe, ya teniente coronel, se apoderó del gobierno de Entre Ríos, desbaratando los intentos del general López Jordán por mantener la *República Entrerriana*. Fue entonces ascendido a coronel. Y en vísperas de abrirse la campaña contra el Imperio del Brasil, tras desempeñar una diputación en el Congreso Nacional

recibió los entorchados de general. Por eso, Alvear —olvidado de su propia trayectoria— lo calificaba de "general de bochínche". Veamos ahora los testimonios de un par de actores en el combate de Ombú.

El capitán Domingo Arrieta en sus *Memorias* recordaba lo que sucedió cuando se vistió a los imperiales ocupando unas pequeñas alturas, al salir el sol del día 15:

Nuestro general Mansilla, desde el momento que los vio, mandó la nunca bien ponderada maniobra de formar toda la división una sola columna por escuadrones y marchar desde la gran distancia en que aún nos hallábamos del enemigo, al aire de galope, por un terreno que por lo pedregoso, desigual y lleno de arbustos, hubiera sido muy dificultoso hacerlo al paso. Este violento aire de marcha hizo se perdiese todo orden de formación. Desbandados nuestros escuadrones, tanto por el cansancio de los caballos como por la pendiente del terreno, más parecía una división en completa derrota que tropa que iba a batirse con el enemigo.

Con todo, los brasileños, ante la fogosa carga que se les iba encima, se replegaron a un llano a retaguardia y formaron su línea sobre la margen izquierda del arroyo Ombú. Cuando llegaron allí los jinetes argentinos lo hicieron —según Arrieta— "en estado de no haber un solo caballo que pudiese galopar".

El general Mansilla ordenó al coronel Juan Zufriategui que atacara la línea enemiga con su Regimiento (compuesto en gran parte por los antiguos Dragones de Rivera). Lo que sigue integra los *Recuerdos* del entonces teniente José María Todd:

Salió el n° 8 en son de carga, y en el acto se desprendió otro regimiento enemigo que cargó con decisión, pero con mal instinto, pues a una cuadra dio la voz de carga. Nuestro regimiento, en vez de aprovechar esa chambonada que había desorganizado la línea enemiga, echó a correr con toda ignominia. Felizmente tomó en su disparada una línea diagonal que descubrió el frente de los vencedores.

Aprovechando la oportunidad, Bento Manoel rodeó con su caballería a los cuerpos argentinos y se dispuso a concluirlos. Prosigue relatando el capitán Arrieta:

Aprovechándose los brasileños de la gran superioridad que sobre nosotros les daba el descanso en que estaban sus caballadas, maniobraron como quisieron, y formando una especie de círculo nos encerraron dentro de él, sin ser bastante a impedirlo la desesperada oposición que hicimos. ¡Ya no había remedio: todos éramos perdidos!

El general Mansilla se dispuso a abandonar la lucha. Pero en ese instante se produjo un hecho que resultó trascendental, según reveló en 1857 el después general Jerónimo Espejo, a la sazón integrante del Estado Mayor de Alvear:

En este combate, envueltos nuestros escuadrones casi en derrota, cuando el corneta del General iba a tocar la señal de retirada, Roca [su ayudante don Segundo] le quitó el clarín de la boca, y esta acción atrevida dio lugar a que un escuadrón nuestro diese otra carga al enemigo.

Aclara el coronel Tomás de Iriarte:

El coronel Olavarría, del 16, jefe valiente y práctico en las ocasiones de choques parciales, mediante una serie de combates en que se había encontrado y siempre distinguido en la guerra de la Independencia, restableció el orden y obtuvo un triunfo sobre el adversario.

De ahí en adelante se modificó la situación, aunque indica Todd "que estábamos admirados de encontrar una resistencia a la que no estábamos acostumbrados: debo confesar que los brasileños pelearon como bravos". Por fin los paulistas emprendieron su retirada al galope, perseguidos ahora por los argentinos, "causándoles el daño que no supieron hacernos", comenta Arrieta. En su fase final, la caballería riograndense convirtió su carrera en una auténtica fuga. Un último detalle ofrece Todd:

El paso preciso del arroyo que debían vadear era bastante ancho, pero como se habían aglomerado todos en completo desorden, se estorbaban unos a otros, y pudimos llegar a tiempo y causarles una gran mortandad. Allí por primera vez se vio el gran efecto que producían las lanzas, arma muy mal recibida por nuestros soldados, especialmente por los salteños que se creían degradados por ella, pues sólo la usaron los gauchos en la guerra de la Independencia a falta de otra arma; pero en esta pelea y recorriendo los muertos enemigos, casi todos estaban heridos de lanza adquirió fama esta arma.

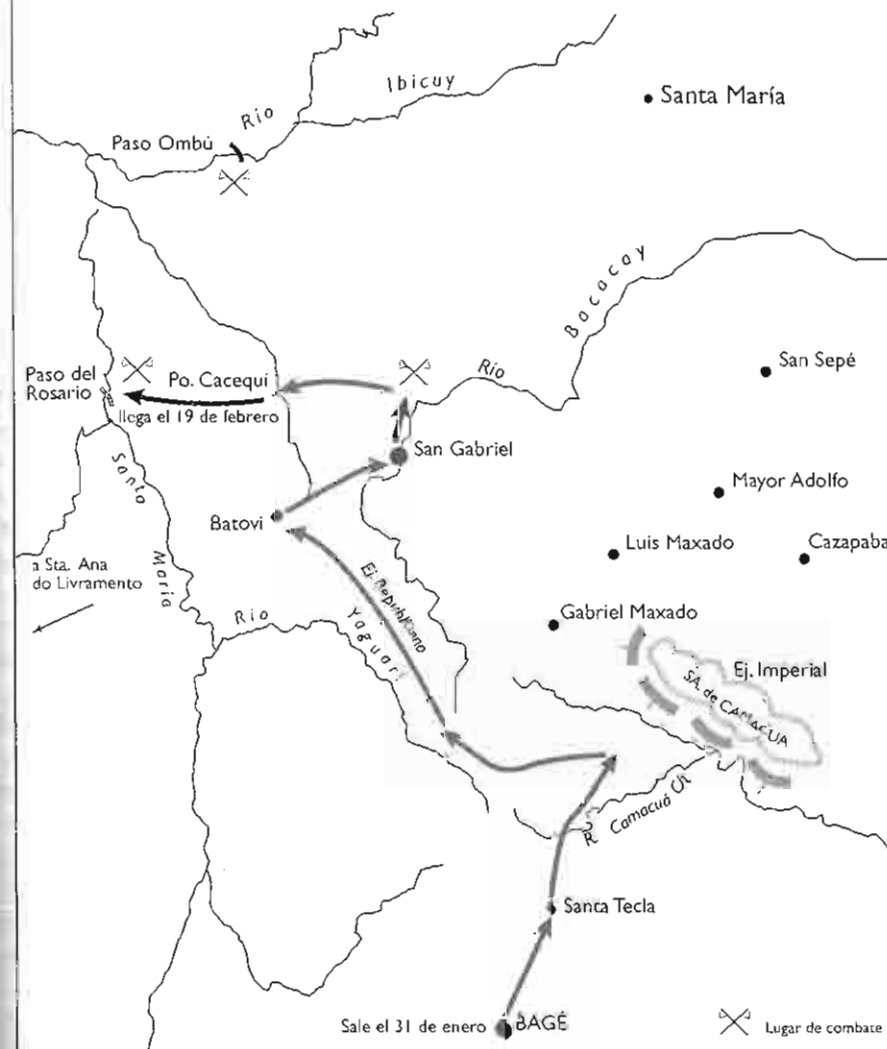
Los imperiales tuvieron 173 muertos y 46 heridos. Las bajas propias fueron de 54 muertos y 31 heridos, y el coronel Zufriategui sufrió grave descrédito, recogido en los testimonios de Paz, Iriarte y Todd.

En cuanto a Bento Manoel Ribeiro, fue alejado de las operaciones tras sus dos contrastes sucesivos, perdiendo contacto con los argentinos hasta el día de la batalla de Ituzaingó (en la cual no participó), causando su conducta una impresión desagradable entre sus camaradas.

En cambio el marqués de Barbacena, en unión con el mariscal Brown y a la cabeza de 8.500 efectivos, se movió a la zaga del Ejército Republicano, que proseguía su camino retrógrado.

La rapidez de la retirada de Alvear comenzaba a parecer una fuga: incluso, para aligerar su bagaje, quemó parte de su archivo. Algunas de las marchas se hacían de noche y en los altos para descansar los caballos quedaban con el freno puesto, lo que contribuía a destruirlos. Así se llegó al arroyo Cacequí (17 de febrero), a cinco leguas de São Gabriel, localidad ocupada al mismo tiempo por el Ejército imperial. Allí el general Alvear dio la orden a sus fuerzas de desprenderse de todo su equipaje y vestuario sobrante, e incluso de algunos elementos de guerra. Refiere el coronel Iriarte que al retornar al campamento luego de revisar las caballadas de su regimiento, se encontró con que se estaba arrojando al arroyo un considerable número de tarros de la metralla de reserva, lo que motivó su protesta porque se tenía la sensación que dentro de poco se libraría batalla. No logró su anhelo, y debió contemplar que incluso se dieron a las llamas los montajes de artillería que se guardaban intactos para reemplazar a los que las marchas y el servicio inutilizaban paulatinamente: apenas pudo salvar los herrajes. La contestación de Alvear

Marcha del Ejército Republicano desde Bagé hasta la Batalla de Ituzaingó



ante las protestas era: "Si perdemos desaparece cuanto ahora poseemos, porque todo caerá en poder de los enemigos; y si ganamos, recobramos con usura cuanto ahora inutilizamos o abandonamos". Durante dos días el Ejército Republicano permaneció acampado destruyendo gran parte de sus equipos, aunque la batalla que se librara podía no ser decisiva y serles preciso luego. En opinión del coronel Tomás de Iriarte, Alvear había decidido eludir el encuentro. Reflexiona:

¿Era urgente la necesidad de aligerarse para marchar más velozmente, si el general Alvear hubiese tenido intención de batirse? No, porque el encuentro no podía tener lugar sino en aquellas inmediaciones, estando los enemigos muy próximos y no pudiendo evitarlos sino por medio de una precipitada retirada. Teníamos a nuestro frente y a dos o tres leguas de distancia, el río Santa María, en cuya margen derecha pudo depositarse todo cuanto estorbaba en el momento del combate, y sin otra probabilidad de que cayese en manos de los enemigos que el riesgo consiguiente a la pérdida de una batalla. Así, pues, es una consecuencia inmediata que, o el General había perdido la cabeza, o no pensaba darla: trataba de retirarse a todo trance.

El Ejército imperial no quedaba distante. El encuentro era inminente, y dependía que uno de los enemigos quisiera provocarlo, salvo que el otro procurase eludirlo, lo que parecía difícil en la situación en que estaban. Pero Alvear decidió levantar campamento a las dos de la noche del 18 de febrero y dirigirse en busca del río Santa María. También el marqués de Barbacena se movió tras él, siguiéndolo en la oscuridad, instado por sus jefes, que calculaban que los argentinos escapaban de ellos: era su intención atacar al Ejército Republicano cuando éste estuviera dividido, cruzando el río.

Más el general Carlos de Alvear ignoraba que el Santa María estaba crecido, lo que tornaba a aquella operación en una misión imposible, si no difícilísima, máxime con los brasileños picándole su retaguardia.

Al amanecer el día 19 —recuerda Alvear en la *Exposición* que luego publicó— "el sol era de los más ardientes del verano". A la cabeza de la columna iba el 3° Cuerpo (general Soler) con la artillería y sus carruajes, por ser el elemento más lento; lo seguía el 2° Cuerpo (general Alvear), y finalmente cerraba la marcha el 1° Cuerpo (general Lavalleja) "con el enemigo a la vista y a corta distancia". Pese a la maniobra, seguía muy alto el temple de todos los jefes del Ejército Republicano, según refleja uno de ellos, aunque —escribe Paz— "hace muchos días y noches que el ejército ni duerme, pero ni come descansadamente". Así, lentamente, se arribó a un desfiladero rodeado de terreno escabroso que conducía al paso del Rosario sobre el río Santa María.

Era la víspera del choque, que se libraría en el "aniversario de la batalla de Salta", como no dejó de registrar en su *Diario de marchas* el coronel José María Paz, uno de los actores en ella.

Para proteger el paso del ejército cruzó el río a nado el Escuadrón de Coraceros mandado por el teniente coronel Anacleto Medina, toda vez que el coronel Bento Manoel Ribeiro ya se hallaba en la orilla opuesta para estorbar la operación del Ejército Republicano.

Debe describirse algo más detenidamente el campo de la acción, antes de relatar sobre ésta. Sólo así se entenderán los movimientos de las tropas, que no obedecieron a un plan de conjunto.

En primer lugar, y para aclarar el punto, cabe indicar que el Ejército de Brasil hizo alto después de dos leguas de partir de São Gabriel, quizá para atacar a los argentinos cuando estuvieran desordenados en el cruce del río Santa María, el cual, como se ha dicho, estaba con su caudal sumamente aumentado. En ese punto dejó gran parte de su impedimenta.

Había llegado a su margen izquierda, en el paso del Rosario —que por aquella circunstancia se hallaba impracticable— casi todo el 3° Cuerpo argentino, incluso la artillería, marchando por estrecho camino que dominaba una alta y larga cuchilla. Para evitar que el enemigo la ocupara y fusilara impunemente a las tropas republicanas, el general Soler dispuso colocar sobre ella al Batallón n° 5 de Cazadores (coronel Félix de Olazábal) y a un par de piezas de artillería a órdenes del teniente Julián Martínez. Con la sorpresa por la gran crecida que arrastraba el río Santa María, se buscó un vado para pasarlo con relativa seguridad, sin encontrarlo. Soler estaba desesperado por la imprevisión de Alvear: "¡Qué hombre éste: va a perder un ejército tan valiente!". Barbacena —a tres leguas de distancia— iba a encerrarlo en donde hubiese sido imposible maniobrar, y podía destrozarlo cómodamente si se apoderaba del terreno sobre el desfiladero que llevaba a la costa. Sólo las divisiones de vanguardia no habían penetrado en el estrecho espacio existente entre el río y las alturas que lo superaban.

Era imprescindible revelar la situación al general Alvear, y los jefes de caballería del antiguo Ejército de Los Andes, luego de conferenciar entre ellos —Lavalle, Brandsen, Pacheco, Olavarría, Alegre y Garzón— comisionaron al último para entrevistar a aquél. Así se hizo, y convencido el general en jefe del peligro en que se hallaba el Ejército Republicano, ordenó que inmediatamente se tomaran las medidas pertinentes para salir del peligroso lugar, e ir a encontrar al enemigo. Lavalle logró que se devolviera la jefatura del Regimiento n° 3 al teniente coronel Pacheco para conducirlo en la pelea. Describe el coronel Iriarte:

Se tocó orden general, se anunció al ejército que iba a marchar a una batalla general: todo el campo se puso en movimiento para tomar las disposiciones preliminares de marcha, y el gozo rebozaba en los semblantes de jefes, oficiales y soldados. Se oían cantos de alegría, juguetonadas de vivac; y todo daba testimonio el más inequívoco de un ardoroso entusiasmo, que en un ejército como aquél era un casi seguro presagio de la victoria. Los corazones habían estado comprimidos, henchidos de amargura, al ver que el general en jefe se retiraba sin pelear: la reacción era ahora tan violenta como la fuerza represiva. El entusiasmo del ejército todo lo proclamaba no sólo la algarazara de los soldados, sino los ecos repetidos de los instrumentos bélicos: la corneta, el clarín, el tambor y los pífanos. Las músicas militares de algunos batallones no cesaban de repetirse en todas direcciones en aquel estrecho recinto. Había en el ejército el deseo más ardiente de medir sus fuerzas con las del adversario: la causa era nacional.

Poco antes que comenzara la oscuridad, el Ejército argentino se movió para salir del encierro entre el río Santa María y las alturas que dominaban su ribera, subiendo la cuesta escabrosa. Atrás quedaba el infranqueable Paso del Rosario. Los coraceros de Medi-

na ya se habían unido a sus camaradas, vadeando el Santa María, donde perdieron ahogados muchos caballos. "Por la noche —asienta Paz en su *Diario*— nos movemos por el mismo camino que hemos traído. Hacemos alto como a tres cuartos de legua y pasamos la noche". El 1º Cuerpo del general Juan Antonio Lavalleja vigilaba en el terreno quebrado a vanguardia del grueso de las tropas, aunque hubo una discordancia con el general Alvear respecto de su emplazamiento.

Amaneció el 20 de febrero de 1827. "Se mueve el campo luego que es de día, y a muy corto rato ya se oyen los tiros de las partidas avanzadas de uno y otro ejército", escribe el coronel Paz. El marqués de Barbacena, en la creencia de que el Ejército Republicano proseguía su retirada y se hallaba empeñado en cruzar el río, fue sorprendido por el avance de los argentinos. Poco tino militar demostró el general enemigo, pues dejó salir del desfiladero que bajaba al paso del Rosario, a los dos cuerpos que allí estaban encajonados, y formar su línea tranquilamente a sus contrincantes, pese al retardo de los carruajes de la artillería en ocupar su puesto, por la dificultad del pasaje que debía recorrer. El general Soler indicaba la colocación de las divisiones en el orden de batalla, que ya había comenzado con las guerrillas de vanguardia.

El Ejército argentino constaba de aproximadamente 6.800 plazas, pues su número se había visto reducido en un millar de milicianos orientales que había regresado a su provincia arreando ganado vacuno obtenido de propiedades brasileñas. "En el 2º y 3º Cuerpo no había habido desertión —precisa el coronel Tomás de Iriarte—: es sabido que los soldados de línea americanos no desertan cuando se aproxima un encuentro con los enemigos". Esta honrosa sentencia será corroborada por otras fuentes de información, en distintos momentos.

El mismo Iriarte describe al Ejército brasileño:

El ejército imperial constaba de 7.700 hombres de las tres armas, de los que 3.500 infantes (incluso dos batallones de alemanes) todos de línea. La caballería en su casi totalidad eran cuerpos de milicias regladas de la provincia de San Pedro del Sur (Rio Grande), hombres gauchos como nuestros campesinos, pero más que éstos diestros en el manejo de las armas blancas, y sobre todo, de las de fuego a caballo: su número 4.000 hombres. El resto hasta el total consistía en 200 artilleros, que servían 12 piezas de campaña.

Dicho jefe analiza:

El ejército enemigo nos era superior no sólo en número sino por su composición, porque aunque teníamos alguna más caballería y 4 piezas más de artillería en el Ejército Republicano, aquéllos contaban con 2.000 infantes más, y la importancia de esta arma, por la configuración del terreno y por sus efectos en sí mismo, era de mucha más consecuencia a favor de los enemigos que la ventaja que nos resultaba por excederlos en caballería y artillería, y porque esta diferencia no era tan considerable como aquélla.

Pero el momento de la verdad había llegado, y se tendieron las líneas, que lo fueron en ambos lados de acuerdo con la formación clásica caballería en las alas, para evitar el envolvimiento, e infantería y artillería, de más lento maniobrar, al centro.

El dispositivo tendido por el Ejército argentino fue: *ala derecha*, toda caballería, el 1º Cuerpo de Lavalleja con los orientales a la derecha, sostenido por el Regimiento nº 16 de Olavarría, y a su izquierda el 2º Cuerpo también de caballería con los regimientos de Grandsen, Paz y Pacheco, y los coraceros de Medina; *centro*, el 3º Cuerpo, con la artillería de Iriarte, y los batallones de infantería de Olazábal, Correa, Alegre y Garzón, y en la *izquierda* el Regimiento nº 4 de Lavalle y los Colorados de Vilela. "Nuestra línea es muy extensa —escribe Paz en su *Diario*— porque tiene grandes intervalos según las quietudes del terreno, de modo que a pesar de estar ya en línea, no sé qué posición ocupo, ni qué cuerpos están a derecha e izquierda". La bandera celeste y blanca del ejército fue confiada al Batallón nº 5 de Cazadores (Olazábal), el más antiguo.

El marqués de Barbacena colocó a la izquierda al mariscal José dos Santos Abreu, barón de Cerro Largo; a la derecha la brigada ligera del coronel Bento Gonçalves; y al centro su infantería, a cargo de las divisiones del brigadier Sebastião Barreto Pereira Pinto y general João Crisóstomo Calado.

No era un campo llano donde se daría la batalla, denominada Ituzaingó por el general Alvear, tomando esta denominación sonora de un arroyo vecino que desagaba en el río Santa María, y que los brasileños más ajustadamente llaman "Del Paso del Rosario". Los *Apuntes* del después coronel Todd (a la sazón oficial subalterno en el Regimiento nº 2 de Caballería) lo detallan:

El campo de Ituzaingó era sumamente desigual, con cuchillas y cañadas, alturas, morros y pajonales que inutilizaban nuestros caballos, arenales que los fatigaban, con muchas y diversas zanjas producidas por las corrientes de las aguas pluviales.

En palabras del parte de la batalla redactado por el mariscal Brown, jefe del Estado Mayor imperial, la posición del Ejército brasileño estaba separada de los argentinos "por una zanja profunda, y cortada por una acequia o foso que daba paso a la caballería solamente por pocos parajes y con grandes dificultades, quedando así nuestro frente seguro contra cualquier ataque de fuerzas de caballería". Ya se verá lo que este obstáculo infranqueable (la *sangra do Barro Negro*) significó para el Ejército Republicano. En cambio, prosigue dando cuenta Brown, "no aconteció lo mismo en nuestros flancos, ambos accesibles a ataques de cualquiera fuerza".

Así dispuestos ambos ejércitos, comenzó la batalla.

Cuando Barbacena advirtió que todo el ejército enemigo estaba a su frente, y no sólo algunos cuerpos que aún no habían cruzado el río Santa María —como creía que lo estarían haciendo—, tomó una actitud defensiva. Era tiempo, porque el general Alvear dispuso que Lavalleja cargara con sus orientales, tan bravos como indisciplinados. Al respecto ilustra el coronel Iriarte:

Era una multitud de hombres sin dirección, cuyos oídos no estaban avezados a las voces de mando y a los movimientos que ellas indicaban, lo mismo jefes y oficiales que soldados: no se oían más que alaridos, gritería, todo era confusión. Algunos oficiales y soldados de aquellos dispersos vinieron a morir al pie de los cañones de la primera batería, alcanzados por balas de fusil. Los orientales no tuvieron otra parte que ésta en la batalla de Ituzaingó: corrieron. Eran valientes, pero no soldados; tampoco tenían buenos jefes como individuos de un ejército regular: buenos para montonear.

ros. Los Oribe, que también corrieron, mandaban dos Regimientos que se llamaban de línea, n° 9 y 10, pero era un título nominal; valían ellos y su tropa lo mismo que los milicianos. El mayor de los dos hermanos (Manuel) se despojó de sus dos charreteras y las arrojó al rostro de sus soldados tratándolos de cobardes, como si tan insignificante acción pudiera relevarlo de la responsabilidad que pesaba sobre él, por que si sus soldados corrieron fue porque él no tenía capacidad para ser coronel.

El 1° Cuerpo de milicias fue rechazado por una batería de 3 piezas, un batallón y la caballería que integraba la división de Calado. Lo salvó de su destrucción total la intervención de una unidad de línea argentina, en las circunstancias que el adorno parte de Alvear puntualizó:

Un fuego abrasador lo hizo retroceder algún tanto: la masa de caballería se lanzó entonces sobre ellos en el instante. El Regimiento n° 16 recibió orden de sostener a sus compañeros de armas: los Coraceros y Dragones se corrieron por derecha e izquierda poniéndose a sus flancos, y los bravos Lanceros, maniobrando como en un día de parada sobre un campo cubierto ya de cadáveres, cargaron, rompieron al enemigo, lo lancearon y persiguieron hasta una batería de 3 piezas que también tomaron. El Regimiento n° 8 sostenía esta carga: fue decisiva. El coronel Olavarría sostuvo en ella la reputación que adquirió en Junín y Ayacucho.

La infantería imperial avanzó a su turno por el costado derecho, llevando a su frente al coronel Manuel Antonio Leitão Bandeira, a cuyo encuentro salió el batallón del coronel Félix de Olazábal, que después de hacerle fuego debió replegarse para dar lugar a que cargara sobre aquélla el regimiento del coronel Brandsen. Alvear ordenó, en efecto, al Regimiento n° 1 de Caballería que atacase a los infantes del Imperio; pero su jefe le hizo observar que el gran foso que tenía a su frente obstaculizaría la maniobra, protegiendo a aquéllos. Alvear, quien durante toda la acción se mostró sumamente nervioso y alterado, lo increpó: “¡Coronel Brandsen: cuando el emperador Napoleón daba una orden sobre el campo de batalla, ninguno de sus jefes la observaba aun cuando supiera que iba a morir!”. El interpelado, vivamente afectado, le respondió: “¡General, está bien! ¡Sé que voy a morir, pero cumpliré la orden!”. Sucedió lo previsible: el impetuoso galopar del Regimiento n° 1 fue detenido por las nutridas descargas de la infantería brasileña, sin hallar un paso que le permitiera atravesar el mortal obstáculo. Allí Federico de Brandsen recibió dos tiros que lo mataron en el acto, y a su lado sucumbió también su ayudante el teniente Joaquín Lavalle (hermano del coronel). Refiere Pacheco: “En esta carga no fueron los fuegos ni las bayonetas del enemigo que impidieron el choque, sino (como lo habíamos previsto) el hondo barranco en que se apoyaban; algunos oficiales y soldados cayeron adentro, y entre ellos el malogrado alférez Lavalle”. El mismo teniente coronel Pacheco —quien tomó el puesto de Brandsen como jefe de la 1ª División— continúa:

Una fuerte columna de caballería enemiga, compuesta por gente escogida (según parte de su general en jefe marqués de Barbacena), después de haber rechazado una división del 1° Cuerpo [los orientales de Lavalleja] se venía al trote sobre el flanco derecho de los regimientos n° 1 y 3, creyéndolos en confusión por las pérdidas que acababan de sufrir, pero por un cambio rápido de frente los escuadrones entraron

en línea y la 1ª División los recibió a la carga, en que murió el general Abreu, bravo y distinguido oficial, y su división derrotada y perseguida. El capitán Ramón Rodríguez recibió orden de perseguir a los dispersos, mientras la división a mis órdenes se rehacía para volver al campo de batalla.

En el ala izquierda el coronel Juan Lavalle, al frente de su Regimiento n° 4 y de los Colorados del teniente coronel Vilela, había superado un arroyo seco, lo que le permitió avanzar sobre la línea enemiga y —sin recibir órdenes— arrollar a la 2ª Brigada Ligera mandada por el coronel Bento Gonçalves de Silva, sableándola, y arrojando del campo de la acción a la caballería imperial de ese costado.

El centro brasileño, con sus batallones de infantería numerosos y sólidos, permanecía en el terreno. Contaba con cañones y alguna fuerza de caballería. Una batería imperial se colocó frente al Regimiento n° 2 de Caballería argentino y rompió fuego a metralla, aunque sin causar daño pues sus proyectiles llegaban rodando. El comandante del 3º Escuadrón, teniente coronel Manuel Besares, pidió al coronel Paz autorización para cargarla, pues no se veía tropa de otra arma que la sostuviera, pero éste se negó. Quizás haya influido en Paz el hecho de que —él mismo cuenta— pocos momentos antes se le había presentado el general Alvear ordenándole que atacara a un cuerpo compacto de infantería que se presentaba a su izquierda: “Es tal la precipitación y la furia del General que quiere que lo haga en columna, pero esto es imposible porque el cuerpo enemigo está a mi flanco”. No obstante, en momentos de iniciar el movimiento, se le ordenó suspenderlo. Es posible, pues, que Paz aguardara instrucciones concretas para obrar. Pero los enemigos, advirtiendo el inútil efecto de su metralla, empezaron a tirarle con balas rasas, que voltearon a varios caballos e hirieron a un soldado. Una de las balas de cañón rebotó frente al n° 2 de Caballería y al elevarse destrozó la cabeza de Besares. El coronel Paz se acercó y a gritos arengó a sus hombres: “¡No hay que conmovirse por la muerte de Besares! ¡El hombre, cuando le llega la hora, muere en una triste cama o muere con gloria envidiable, como el teniente coronel Besares!”.

Poco después, Paz recibió por fin la orden para cargar. He aquí su relato:

Lo hago con un escuadrón a una columna de 1.400 infantes. Éstos hacen su descarga y calan bayonetas. A diez pasos de la columna advierto que el escuadrón que viene a mi retaguardia se ha corrido a la derecha: no sé si esto ha sido por una zanja que me dicen había a la izquierda, o por el natural temor de hombres y caballos. En este estado ya la carga no tiene resultado y mando hacer alto y media vuelta a la derecha, para dar lugar a otro escuadrón que debe venir en carga sucesiva. El segundo escuadrón lo verifiqué hasta cierto punto no muy avanzado. Se rehacen después los escuadrones y se me sitúa en la línea, en un bajo.

El jefe de la artillería republicana, coronel Iriarte, efectuó las siguientes consideraciones sobre las cargas llevadas por Brandsen y Paz:

Algunos de nuestros regimientos de Caballería volvieron caras: era necesario hacerlos así desde que no pudiendo romper las líneas enemigas, sufrían a quemarropa e impunemente un fuego mortífero; pero se reformaban recobrando su orden primitivo: tenían disciplina y estaban en general bien mandados.

En tales circunstancias, el Ejército de Brasil pretendió usar de su más sólido componente, y sus cuerpos de infantería se movieron sobre el centro argentino.

Las baterías del Regimiento de Artillería Ligera estaban listas para recibir el avance de los imperiales. Superado un incidente dramático suscitado entre su jefe el coronel Tormás de Iriarte y el general Soler, comandante del 3º Cuerpo, quien le impedía abrir fuego —confundiéndolo a los brasileños con el nº 5 de Cazadores— con la llegada al galope de Alvear que lo exigía, las piezas argentinas rompieron a disparar sobre los ya cercanos enemigos, que fueron contenidos. Desde la línea de su artillería Iriarte podía apreciar los efectos de los tiros, que abrían grandes claros en los batallones enemigos.

Pero seguían avanzando con denuedo [escribió en sus Memorias], no obstante las granadas, balas y metralla que llovían sobre sus cabezas y aclaraban sus filas. Se oían los gritos de los oficiales, las imprecaciones contra los soldados que vacilaban, y se veían los cintarazos que les pegaban con sus espadas para que continuaran avanzando. Al fin tuvieron que dar media vuelta, y se retiraron siempre sufriendo nuestros bien dirigidos fuegos de artillería, y cubriéndose con una lomada, donde sin embargo los perseguían nuestros fuegos curvos. Se reformaron y volvieron otra vez al paso de carga; pero se repitió la misma escena: fueron rechazados con gran pérdida y se retiraron para no volver más.

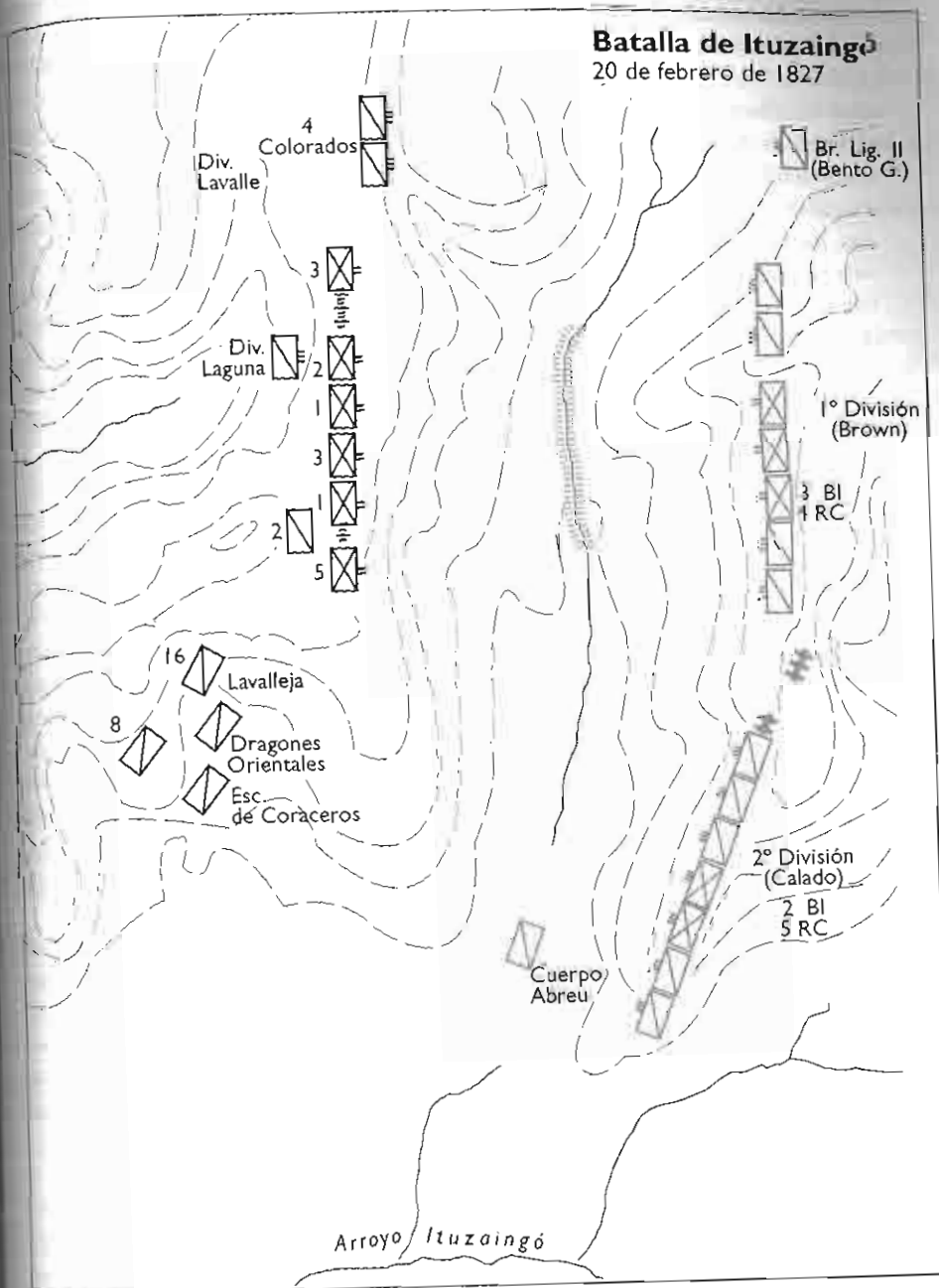
Con la derrota de sus alas de caballería, quedaba en el terreno sin posibilidad de maniobra la infantería de los brasileños, tras el rechazo que había sufrido por parte de los artilleros argentinos, por lo cual la victoria se daba para el ejército argentino. Comenzaron a escucharse toques de clarín que así lo anunciaban, y el propio general Alvear, rodeado de sus edecanes, recorrió la línea republicana viviendo a la patria.

Pero cuando se enfrentó con el Regimiento nº 2 de Caballería censuró a su jefe, el coronel José María Paz (lo cual fue muy comentado), como este mismo se encargó de describir:

La tropa contestó aclamando también al General, y éste entonces tomó la palabra para decir que no estaba satisfecho de los soldados del nº 2, como tampoco de los del nº 1. Se extendió en razones para probar que la primera carga debió darse con mayor precipitación y aún en desorden. Esto no me hería personalmente, pero sí a mi cuerpo, y me resolví a dejar bien puesto su honor a cualquier costa. Sus expresiones fueron tan imprudentes e inoportunas como la carga que nos mandó dar, y yo entonces tomé sobre mí hacerle ver que el nº 2 era capaz de arrojar a cualquier peligro; y que si en la primera carga no fue tan feliz, fue porque era moralmente imposible serlo. Y si no, diga cualquier militar si podía esperarse que 100 caballos rompiesen una masa perfectamente formada de 1.400 infantes y en un terreno que era bradísimo. Ya antes se había estrellado en ella el coronel Brandsen con el nº 1 y con igual resultado: ya había muerto también este valiente jefe.

La amargura de Paz fue excesiva, y adoptó su resolución.

La infantería enemiga, luego de ser contenida por los artilleros de Iriarte, había cruzado un gran bajo que la dividía de su reserva, ocultándose tras una lomada (como aquél lo indicó), tras la cual estaban también los hombres de caballería que no habían sido echa-



dos fuera del campo, y algunas piezas de artillería del enemigo, más dos carretas tiradas por bueyes. El coronel Paz formó dos escuadrones en línea, otro en escalón por su izquierda, y el cuarto como reserva. Y se lanzó al ataque.

Con los dos primeros cargué la caballería enemiga [relata en su Diario], que huyó después de hacer sus fuegos. Destaqué sobre la marcha una mitad que condujese a nuestra línea que quedaba a retaguardia y había hecho alto, la artillería y carretas tomadas, y yo continué la carga. Ya estaba sobre sus masas de infantería, que eran dos, una más adelante que la otra, cuando salió otro cuerpo de caballería, mucho más numeroso que el primero, que iba arrollado, lanceado y perseguido. Por el movimiento de aquél, tenía apoyada su derecha en la masa de más adelante, cuando recibí nuestro choque, el que fue tan fuerte y decidido que sin embargo de los fuegos mortíferos de la infantería, llevó todo por delante hasta arrojar la caballería enemiga batida y desordenada detrás de sus columnas, y quedar nosotros entre ellas, de modo que sus fuegos eran funestos a ellos mismos. Así es que cesaron de tirar, lo que nos permitió advertir la confusión horrible en que los había puesto nuestro avance. Mas ya era preciso salir de aquel infierno, y mandé dar conversión a la derecha, notando: 1) que los dos escuadrones que debían seguir el movimiento y apoyar el mío no lo habían hecho; 2) que ningún cuerpo de los demás de la línea secundaba mi ataque, lo que quizás hubiera sido decisivo. Luego que yo salí por mi derecha, como he indicado, se esforzaron en emplear su caballería para perseguirme, que por lo menos sería tres veces más numerosa que la que yo llevaba, pero a la voz de alto mía y de darles frente, tiraron algunos tiros y se volvieron. Entonces volví a la línea por un gran pajonal que nos incomodó mucho.

El episodio no concluyó con tal demostración de coraje. Puesto que al rato volvió a presentarse el General en jefe, increpando al coronel Paz, quien revela el diálogo que siguió:

[...] cuya primera pregunta fue "¿con qué orden había cargado?". Le contesté "que lo había hecho sin orden". Entonces repuso "que había cometido un atentado, que había comprometido la acción que ya era ganada, que era dar valor e importancia a la infantería enemiga, y provocarla a que renovase el ataque, que el campo de batalla era nuestro, y que él sabía cuánto valía esta ventaja. Que yo estaba desde el momento suspenso de mi empleo, que respondería en un consejo de guerra, y que agradeciese que no me fusilaba".

Paz replicó que se explicaría en el consejo de guerra, y desmontando, entregó su regimiento al teniente coronel Correa Morales.

Uno de los oficiales del Regimiento n° 2, el teniente José María Todd, añade en sus *Recuerdos* otras circunstancias que cierran la cuestión: Alvear convocó en torno de sí a todos los jefes y oficiales de la unidad y preguntó por sus bajas, diciéndole Correa Morales que sólo un oficial había muerto, y quedaban tres heridos graves. A su extrañeza por observar tantos cadáveres tendidos, aquél le aclaró que más de la mitad eran enemigos ultimados por sus lanzas, y también por los disparos de la infantería imperial. Instantáneamente el General cambió de talante:

Alvear se dirigió a uno de sus edecanes, que lo era el general Deheza, y le dijo: "¡Qué brillante carga! ¡Qué bien alineados los escalones!". Deheza, que era cordobés y muy amigo del coronel Paz, le contestó: "Todos los escalones iban como una tabla". Alvear añadió: "¡Es un valiente el coronel Paz!", a lo que contestó Deheza: "Eso es indudable". En el acto el general Alvear se acercó a Paz y le manifestó que jamás había dudado de su valor, y que fuera a reorganizar su regimiento, que debía haber padecido mucho en su ataque; con lo que terminó el caso.

Mas restaba consumir la victoria, explotando el triunfo logrado. El coronel Paz puntualiza sobre la infantería brasileña:

La columna enemiga a quien cargué se conserva por más de dos horas en su misma posición, que aunque es un bajo, está rodeado de zanja que impiden obrar a la caballería, pero está dominado completamente por nuestros batallones y nuestra artillería. Es inconcebible, pues, que no se pusieran en acción estas armas para destruir esta columna, con cuya operación estaba completamente decidido el combate. Éste era el único ataque [sic] enemigo que estaba en pie: todos los demás de su caballería habían sido victoriosamente rechazados. Pero todo estaba aletargado, tanto enemigo como amigo. La columna se dejó estar quieta, y después de dos horas se puso en retirada. Se le tiraron algunos cañonazos y una compañía del 5° desplegó en tiradores y rompió sus fuegos a gran distancia.

El teniente coronel Correa Morales incitaba a Paz: "¡Coronel: parece que a la infantería se le ha acabado la munición, y tal vez convendría cargarla!". Lo mismo ocurrió con el teniente coronel Pacheco: "La 1ª División de Caballería se puso entonces al trote para cargar esa infantería, libre ya del obstáculo que antes nos había impedido llegar a las manos. El general en jefe en persona vino a darme la orden de hacer alto". Por su parte, el coronel Iriarte explica:

Era aquélla la oportunidad de que protegidas por la infantería, las baterías hubieran avanzado para continuar el fuego sobre la columna fugitiva, pero yo tenía orden para no hacerlo sin mandato expreso, y observaba con dolor cómo se perdía tan bella oportunidad. ¿Conocía el general Alvear el uso de la artillería volante o ligera?

Eran alrededor de las dos de la tarde: se había luchado por casi seis horas.

El enemigo —"atónito y en la mayor confusión", según Paz— formó un cuadro doble con su infantería y emprendió su retirada del campo, abandonándolo al triunfante Ejército Republicano. En un primer momento se movieron en seguimiento de los infantes brasileños los regimientos n° 1, 2 y 3 de Caballería, junto con una batería de artillería, pero "después de haber andado como 16 cuadras hicimos alto", prosigue Paz, "y fueron todos conmigo espectadores de la retirada del enemigo". Confirma Pacheco que los infantes se retiraban "en confusión, sin un soldado de caballería y sin más municiones que las que les quedaban en las cartucheras, habiendo abandonado ya todos sus bagajes en el campo de batalla". Aunque la inmovilidad de los argentinos permitió a la infantería imperial recoger toda su artillería, menos una pieza que cayó en poder de aquéllos:

"De toda debimos apoderarnos, porque quedó abandonada en el campo de batalla", expresa amargamente el coronel Tomás de Iriarte (Alvear declaró en su parte haber tomado diez cañones).

Este último rememoraba al escribir sus *Memorias*, vívido su recuerdo:

Todo el ejército comprendía la necesidad de perseguirlos: la situación de aquella infantería era horrible. Buscaba su salvación en una retirada y después de haber sido batidos, bajo un sol abrasador, acosados por la sed y extenuados de fatiga. El incendio del campo contribuía a hacer insoportable la alta temperatura atmosférica. Y es indudable que si el ejército se hubiera lanzado sobre aquellos hombres fugitivos, desmoralizados y casi exánimes, habrían rendido sus armas. La prueba más inequívoca de su deplorable y desesperada situación de su cansancio es que hicieron alto en el arroyo Cacequí (dos leguas del campo de batalla), y allí pasaron la noche, corriendo el riesgo de ser alcanzados y exterminados, solos, aislados y abandonados como estaban de su caballería.

Apenas si el general Lavalleja con su división de vanguardia y el Regimiento n° 4 del coronel Lavalle seguían el movimiento retrógrado de los brasileños, pero sin atacarlos, según órdenes expresas del general Alvear:

Lavalleja y Lavalle no hacían más que acompañarlos, flanqueando a gran distancia los dos costados de la columna enemiga, pero sin aproximarse a hostilizarla; ni era prudente hacerlo porque los fusiles imperiales tenían más alcance que nuestras carabinas, así es que todo lo que hicieron nuestros escuadrones perseguidores fue llevar los enemigos a la vista y de paso quemar el campo para hacer más penosa su marcha con el humo y los peligros del fuego.

Así lo describe Iriarte. Hasta que el general Alvear les envió instrucciones para contramarchar y dejar a aquéllos continuar sin amenazas.

Un gran temor dominaba al comandante en jefe: el pésimo estado de su caballería podía dejar a su ejército a pie en territorio enemigo, aunque ello fuera un extremo que estaba lejos de darse, pues si no quedaban muchos caballos en estado óptimo, otros con algún descanso estarían en condiciones de reponerse. Fueron varios los jefes que así se lo representaron a Alvear, pero en vano. El coronel José María Paz opina:

Es verdad que nuestros caballos no están muy buenos, pero era llegada la ocasión de caminar de cualquier modo en persecución de un enemigo batido, disperso y que huye precipitadamente. ¡Ah! ¡Qué momentos tan preciosos se han perdido! Bastaba haberlos seguido de cerca para que hubiesen sido completamente aniquilados.

En cambio, Alvear estaba exultante de alegría por la victoria alcanzada, bien que ésta no fuese definitiva. Cuenta el teniente Todd que el General, en rueda de oficiales, dijo a gritos: "¡El Dios de las batallas nos protege! ¡Dejemos huir a los enemigos; que se reorganicen y aumenten: tendremos más días de gloria para la patria, pues tengo la seguridad de vencerlos cuantas veces se nos presenten!". El coronel Iriarte confirma estas jactancias.

Lo positivo es que la acción estaba concluida, reuniéndose la tropa a carnear pues eran las cinco de la tarde y no se había alimentado desde el día anterior. La sed devoraba a todos; y el aire era sofocante por las llamas que consumían el pasto seco de los alrededores. Muchos heridos inmovilizados tuvieron por esta causa una horrible muerte en el terreno de la acción. Los merodeadores que siempre acompañan a los ejércitos —en este caso, una multitud de mujeres— se aprovecharon de aquellos valientes sin posibilidad de defensa.

El Ejército Republicano, incluso, recibió orden de retirarse nuevamente hacia el río Santa María. Fue una sorpresa, que registra el coronel Paz:

El enemigo había sido rechazado en todos sus ataques, su caballería batida y dispersada. Apenas le quedaban 1.000 hombres de esta arma, de 3.500 que tuvo en la mañana; había perdido parte de su artillería, sus bagajes, parque, etc. En este estado todos creímos que nos dirigiríamos sobre él: poco bastaba para concluir sus restos. Pero cuál fue mi admiración cuando al ponerse el sol recibí orden de marcha, y vi que ésta se dirigía al Paso del Rosario, de donde habíamos salido la noche antes.

En medio del incendio del campo, "que continuaba con fuerza", atravesaron el terreno donde se había librado la batalla que Alvear denominó Ituzaingó, y Paz pasó por delante del cadáver del coronel Federico de Brandsen, "enteramente desnudo, sin más ropa que una camisa corta impregnada de sangre", recuerda Todd. El coronel Paz detuvo a su regimiento e hizo cubrir el cuerpo de su camarada, ante quien tuvo un momento de recogimiento. Previamente Lavalle le había quitado sus medallas, cartera y reloj para entregarlos a su viuda. Cuando Iriarte se retiraba a su vez, cuatro artilleros cavaron una fosa para enterrarlo. Con el teniente coronel Manuel Besares fueron los únicos jefes caídos en la jornada.

El después general Román A. Deheza, segundo jefe del Estado Mayor, ha efectuado el siguiente relato (que transcribe Iriarte):

Yo pasaba por delante de la galera del coronel Alegre después de la batalla, y cuando había recibido la orden del general Alvear para conducir al ejército al paso del Rosario en el río Santa María; los coroneles Lavalle y Garzón estaban allí hablando con Alegre, y me llamaron al paso. El coronel Lavalle me dijo: "¿Sabe usted, coronel Deheza, en lo que estábamos pensando? En que los enemigos se retiran derrotados sin que nadie los persiga; y tenemos el proyecto de marchar sobre ellos con 500 caballos, algunas piezas de artillería y 2 batallones montados". "¿Sin orden del general en jefe?" "Sí, sin orden de nadie; de nuestra cuenta." "Señores: ésa es una resolución en que yo no pienso tomar parte: mi deber es obedecer sin observaciones. Tengo orden del General de conducir al ejército al Paso del Rosario, y es lo que voy a hacer. Adiós, caballeros."

El Ejército Republicano dejó en el Paso del Rosario a la 1ª División de Caballería (Regimientos n° 1 y 3) con una compañía de infantería a cargo del general Mansilla para custodiar el parque y ambulancias que quedaron allí, mientras el grueso marchó dos días después de la batalla (el 22) en dirección a Cacequí, a donde llegaron a medianoche.

En la jornada siguiente Paz insistió ante Alvear: "El General me manifiesta sus miras y la imposibilidad de perseguir al enemigo por la falta de caballos; yo inculco en que se haga de cualquier modo, pero nada se consigue. Marcho por la noche con el convencimiento de que no se piensa en una persecución formal". Con su Regimiento n° 2 y otras unidades fue destinado a seguir la ruta de los brasileños hasta Carneiro, "para ver lo que se consigue reunir de la tropa dispersa que van dejando". El general Soler —comenta Paz— era de su misma opinión: no se llevaría con energía la persecución. "¡Qué ceguera!", concluye.

Era criterio unánime de los jefes militares, y seguramente también de los dirigentes políticos de la capital argentina, que el momento era decisivo para tomar una determinación enérgica, a cualquier costo, por sus consecuencias políticas. Reflejo de lo dicho se tiene en las *Memorias* del coronel Iriarte:

Pero el general Alvear no quiso: se contentó con quedar dueño del campo de batalla; es decir, de una gloria sin consecuencia, porque todo el resultado quedaba reducido a las balas cambiadas de parte a parte, y al efecto que ellas produjeron en muertos y heridos. La República Argentina, empeñada en una guerra desigual, tenía sumo interés, urgentísimo, en que no se prolongase la lucha: había echado el resto apurando todos sus recursos físicos y morales para luchar contra un Imperio abundante en hombres y medios pecuniarios. La República, venciendo, quedaba exánime; el Imperio, vencido en una sola batalla, pero sin ser su ejército anonadado, podía continuar la guerra con ventaja, con menos sacrificios; y es por esto que necesitamos sacar buen partido, no digo de las batallas campales, sino de las más ligeras ventajas que obtuviesen nuestras armas. Ardía la guerra civil en las provincias argentinas, y era Buenos Aires, una ciudad sola, la que soportaba todo el peso de la guerra; la única que podía alimentarla, darle pábulo, y para que no se extenuase era necesario dar grandes golpes. Tal fue el que recibieron los enemigos en Ituzaingó, pero sólo en el campo de batalla: fuera de él no sintieron sus efectos como los habrían sentido si su ejército aquel día hubiera sido anonadado, y pudo, debió serlo. La guerra habría entonces concluido, y la paz se habría firmado dictando el vencedor las condiciones: la evacuación de Montevideo y de todo el territorio oriental ocupado por las tropas del Imperio, y su incorporación a la República Argentina.

En término de bajas, el Ejército brasileño perdió unos 800 hombres entre muertos y heridos; entre los jefes muertos, el anciano mariscal Abreu, barón de Cerro Largo, más otros varios de inferior jerarquía. El Republicano sufrió cerca de 300 bajas: fue ponderada la actitud de los cirujanos argentinos, doctores Francisco de Paula Rivero y Francisco Javier Muñiz, acudiendo bajo las balas a asistir a los heridos y hacerles la primera cura, ayudados por practicantes.

El 22 de febrero volvió el Ejército argentino a atravesar el campo de batalla de Ituzaingó, en dirección a São Gabriel, no lejos de donde permanecían los imperiales. Indica el coronel Paz en su anotación correspondiente al día 25 de febrero, en inmediaciones de Carneiro:

El ejército enemigo ha empezado a recuperarse de su susto, alentándose con nuestra pereza en perseguirlo. Aun quisieron antes de ayer hacer alto aquí cerca, pero

sin duda supieron nuestro movimiento a Cacequí y siguieron su retirada, pero dejando la ruta de Santa María y dirigiéndose a Bacacay.

En São Gabriel se encontraron abundantes pertrechos de guerra que el Ejército imperial había dejado en depósito antes de la batalla de Ituzaingó, y el Ejército Republicano pudo reemplazar parte del material que le faltaba. Escribió Paz el 28: "En mi entrevista con el General he hecho mis últimos esfuerzos para persuadir que debemos lanzarnos aunque sea a pie sobre la masa enemiga, pero en vano".

El coronel Iriarte revela un factor fundamental para la prosecución de la campaña: insiste en que tras la batalla

[...] teníamos aquel día los caballos suficientes y en muy mediano estado; no se necesitaba hacer un gran esfuerzo corriendo el riesgo de cansarlos, porque la infantería enemiga estaba a la vista y nos bastaba seguir su lenta marcha cercándola en todas direcciones: el hambre la habría obligado a capitular

pero siete días después un cambio decisivo había ocurrido: "Nuestros caballos que iban en decadencia, habían acabado de postrarse por efecto de la seca y la falta de pastos, y los enemigos se habían alejado a siete jornadas de distancia". Ahora sería difícil alcanzarlos; y hasta imposible, pues al llegar Alvear a São Gabriel el 26, al día siguiente por la noche dirigió por medio de su jefe de Estado Mayor una circular a los jefes de caballería inquirendoles si sus montados permitían continuar las operaciones: unánimemente —menos Pacheco, porque su Regimiento n° 3 no tuvo ocasión de emplearse como los demás— contestaron que los caballos estaban "en pésimo estado". La consulta decidió al general Alvear a suspender cualquier maniobra, pero el recrudecimiento de la murmuración contra Alvear no cesó, indica José María Todd en sus *Recuerdos*.

En São Gabriel quedaron alojados los heridos en una casa grande que ostentaba un letrero que indicaba "Hospital Argentino-Brasileño". Todd agrega:

Encontramos muchas partidas de alemanes, que se habían establecido en las casas o ranchos del camino, y allí estaban fabricando pan. Todas estas partidas se nos presentaban diciendo por algunos de ellos que chapurreaban el español o el portugués, que ellos habían sido traídos de Alemania sin saber para qué, y que no querían pelear con nosotros por una causa que no conocían; que por eso se habían quedado a esperarnos, no como enemigos sino como amigos.

Como eran muchos, se los invitó a incorporarse a la infantería argentina; y si bien aceptaron y fueron distribuidos entre sus batallones, pronto comenzaron a quejarse de la carne con que se los alimentaba, por lo que se resolvió mandarlos a todos a Buenos Aires bajo conveniente escolta.

El general Barbacena se había dirigido al norte, hasta la localidad de São Sempé, para unirse a la caballería del mariscal Barreto.

Aprovechando esta suspensión del esfuerzo bélico, es menester dirigir la atención a las acciones navales que contemporáneamente se desarrollaron.

Se sabe que el Gobierno Nacional había comprado en Chile tres naves de guerra para procurar equilibrar el poderío del Imperio, reliquias de la Independencia: la fragata *María Isabel* y las corbetas *Independencia* y *Chacabuco*. Su destino fue disímil: la primera se hundió al doblar el Cabo de Hornos con su dotación de 500 hombres; la segunda debió regresar a su apostadero original debido a las malas condiciones en que se hallaba; y sólo la corbeta *Chacabuco*, rebautizada *Buenos Aires*, debió ir a carenar a Carmen de Patagones por su mal estado, no sin haber efectuado antes seis presas en las costas de Brasil.

La lucha sobre las aguas se libró ahora en el río Uruguay, donde se internó el capitán de fragata Jacinto Roque de Sena Pereira al frente de la 3ª División Imperial compuesta por 17 buques, lo cual motivó una enérgica directiva de Rivadavia dirigida por intermedio del ministro de Guerra y Marina al general William Brown: "S.E. el Presidente de la República ha resuelto encargar al señor general la persecución y destrucción de dicha fuerza enemiga hasta dejar enteramente libre de ella la navegación del río y comunicación con todos los puntos de la costa". En cumplimiento de tales órdenes, Brown recorrió el Paraná desde Punta Gorda hasta la isla Martín García, atacando con cañoneras las naves que encontraba, hasta que en los primeros días del mes de febrero de 1827, el 8, se trabó combate.

Sena Pereira navegó aguas abajo hasta los juncuales del río Uruguay, donde Brown lo esperaba en la desembocadura del Guazú. El intenso cañoneo produjo una densa humareda, y "en lo mejor del combate" —según las *Memorias* del después coronel de Marina Francisco Seguí—, se abatió sobre los contendientes una fuerte tormenta que los obligó a suspender la acción.

"Atacar al enemigo." La orden del general Brown fue impartida temprano el 9 de junio. Y comenzaron las cuatro horas que duró la batalla de Juncal.

Sin describir los pormenores de la lucha, baste decir que fue sumamente reñida, hasta que al cabo de ésta, las tres mayores naves imperiales estaban en poder de los argentinos. El abordaje de la *Januaria* fue particularmente rudo, y en cuanto a la nave capitana *Oriental*, fue tomada con su bandera clavada, "y no había a bordo hombre sano que subiera a desclavarla: estaban contusos, heridos o muertos sus tripulantes, siendo de los primeros el jefe, y de los últimos cuatro timoneles". Así lo señala Seguí, concluyendo por puntualizar "que no había sido valor lo que en aquel combate había faltado". Fue capturada también una pequeña goleta hospital. El resto de la división naval brasileña escapó aguas arriba, refugiándose cinco de sus buques en el puerto de Gualaguaychú, lo que no dejó de provocar un incidente grave con las autoridades entrerrianas, las cuales se negaron a entregarlas ante el reclamo de Brown, quien fondeó a su frente el 14 de febrero: sostenía el comandante del Departamento Gualaguaychú que los imperiales se habían rendido a ellos. El general Brown le hizo presente que si así había ocurrido, fue debido a la persecución que él les efectuara, y finalmente sacó a aquéllas del puerto. Es una buena muestra de la fuerte prevención que latía en Entre Ríos contra los porteños.

Brown logró con su victoria de Juncal la anulación de toda la División enemiga, capturando 12 buques (de un total de 17), siendo 3 incendiados por sus tripulaciones. Sólo lograron escapar dos pequeñas naves. Con este refuerzo a sus propias unidades, el esforzado almirante no perdió tiempo en navegar hacia Quilmes, donde se hallaban 27 embarcaciones brasileñas. Y volvió a entablar combate, en cuyo transcurso una goleta imperial fue volada por un certero cañonazo, muriendo sus 117 tripulantes. Pero el encuentro

careció de mayor trascendencia, causando a la escuadra argentina 7 muertos. El 25 de febrero de 1827 el general Brown ancló en su fondeadero de Los Pozos, desembarcando en medio de la apoteosis popular, a los sones del Himno Nacional ejecutado por una banda en tierra. No está de más añadir un gesto hidalgo del vencedor al presentar a uno de sus prisioneros brasileños, el capitán Broom, escribiendo:

Defendió su buque con bravura, pero la fortuna de la guerra se decidió a favor nuestro y le obliga a soportar las vicisitudes de la vida en un país que le es completamente extraño. Si le faltase algún auxilio pecuniario hasta tanto se le puedan hacer remesas, tenga la bondad de proporcionárselo y cargarlo a mi cuenta.

Aunque no corresponda a la cronología de los sucesos, conviene por razones de método proseguir relatando la guerra marítima hasta el mes de abril, para unir luego otros aspectos del mismo proceso.

En aquel mismo febrero el Imperio tentó una operación arriesgada, cual fue el ataque al apostadero de Carmen de Patagones, al sur de la provincia de Buenos Aires, base de los corsarios argentinos, donde existía un fuerte con equipos militares. Con el propósito de apoderarse de sus existencias zarparon cuatro naves conduciendo 400 infantes de marina, a órdenes del capitán James Sheperd. Esta fuerza arribó a la barra del río Negro el 28, quedando fuera el *Duquesa de Goyaz* porque su porte le impedía superar el obstáculo. La guarnición de Patagones, bajo el mando del teniente coronel Martín Lacarra, y los marinos de la corbeta nacional *Chacabuco* a órdenes de su comandante el teniente coronel George Bynnon, con la colaboración del capitán de Marina James Harris, combatió a los asaltantes desde el primer momento, pero mientras el *Duquesa de Goyaz* era destrozado por el oleaje del océano al quedar encallado, remontaron el río los navíos *Itaparica*, *Escudeiro* y *Constanza*, los cuales desembarcaron una columna de 350 hombres el 5 de marzo en la orilla opuesta a donde se hallaba emplazado el fuerte. Sin embargo, en su marcha hacia el pequeño poblado erraron el camino y efectuaron un rodeo internándose en el campo: esto les resultó fatal.

Al llegar al paraje denominado Cerro de la Caballada, los brasileños fueron tiroteados con decisión, y un grupo de gauchos incendió el terreno que los rodeaba, causándoles numerosas bajas, entre las cuales su comandante Sheperd. Entre tanto, los marinos argentinos abordaron las tres naves imperiales, de modo que los invasores debieron rendirse en su totalidad. Las presas fueron rebautizadas *Ituzaingó* (corbeta), *Juncal* (goleta) y *Patagones* (bergantín), y quedaron incorporadas a la flota nacional.

El general de marina Brown dispuso emprender otra campaña de corso, ordenada por el Gobierno, con el fin de forzar al emperador don Pedro I a cesar la guerra, que se había tornado de difícil prosecución para la República a causa del repudio del Interior a las autoridades centrales. Al efecto levaron anclas del fondeadero de Los Pozos los bergantines *República* (comandante Granville) e *Independencia* (comandante Drummond), la barca *Congreso* (comandante Mason) y la goleta *Sarandí* (comandante Coe). Una equivocación del piloto del *Independencia* que marchaba a la cabeza de la fila, la hizo varar en el banco Santiago, cerca del fuerte situado en la ensenada de Barragán, y lo mismo le ocurrió al *República*, la nave capitana, que seguía su estela. Para peor, su salida de Buenos Aires había sido advertida por la escuadra bloqueadora de Brasil; y cuando en la mañana del 7 de abril aquellas naves estaban tratando de zafar con la ayuda de la *Sarandí* y

de la *Congreso*, fueron atacadas por 12 naves imperiales. Comenzó así el llamado combate de Monte Santiago (frente a donde hoy funciona la Escuela Naval Militar, en cercanías de la ciudad de La Plata). La barca *Congreso* fue despachada por Brown a Buenos Aires en procura de refuerzos, pero no alcanzó a llegar a destino debido a la persecución de cuatro naves enemigas que la forzaron a ampararse bajo las baterías del fuerte de Barragán.

La docena de naves brasileñas cañoneó durante todo el día a los buques encallados y, por tanto, sin capacidad de maniobra. La goleta *Sarandí* se mantuvo a su lado apoyándolos con sus fuegos. Quizás el mal estado del tiempo haya contribuido a que los tiros de las naves imperiales no fueran muy precisos, causando poco daño a las argentinas. Pero al día siguiente la situación fue distinta.

El 8 de abril se agregaron a las naves imperiales otras más, hasta un total de 19: su objetivo —tres pequeños navíos— se hallaba inmóvil y aislado de todo apoyo.

El combate fue reanudado con determinación por ambas partes, la de vencer en unos y la de mantener con honor el pabellón en otros, careciendo de toda otra esperanza. Cuando una bala cortó en la nave capitana, el bergantín *República*, la driza que sostenía a la bandera argentina, el general Brown ordenó que fuese clavada al mástil, en elocuente señal que no sería rendida. Al poco tiempo, una bala de cañón hirió gravemente a su comandante Guillermo Granville, quien perdió el brazo izquierdo. Peor destino tocó al comandante del bergantín *Independencia*, Francisco Drummond, el cual habiendo agotado sus municiones y ya herido, se trasladó en un bote a buscarlas a la goleta *Sarandí*, siendo alcanzado al pisar su cubierta por otra bala que le causó la muerte, alcanzando a transmitir a Coe la despedida para su madre escocesa y su novia Elisa Brown, hija del general. Este último, sobre la cubierta del *República*, recibió un tiro que sólo le causó una contusión.

En horas de la tarde, la acción había concluido, y con ella, el grueso de la diminuta flotilla argentina. El bergantín *República*, convertido en una ruina y con su comandante Granville gravemente herido, fue abandonado por su tripulación, que trasbordó a la goleta *Sarandí*, y luego volado por orden de Brown. Su gemelo *Independencia*, habiendo perdido a su comandante Drummond y con 40 bajas, se rindió con los sobrevivientes formados en cubierta, declarando su oficial al mando que lo hacía luego de haber soportado durante dos días el cañoneo de toda la flota enemiga, pues no hubiera tomado esta determinación de haberse enfrentado con uno solo de sus buques. La *Sarandí*, luego de su honroso comportamiento, puso proa a Buenos Aires transportando a los tripulantes salvados del desigual enfrentamiento, sin ser alcanzada por los últimos disparos que le hizo la escuadra imperial. Comentó al respecto Juan Manuel Beruti en sus *Memorias curiosas*:

El día 9 entró Brown con el Sarandí y Congreso en este puerto, en cuyas balizas fondo, habiendo pasado a fuerza de balas por medio de los 24 buques enemigos, que de cobardes no lo apresaron; muriendo por nuestra parte más de 400 hombres, pues sólo hubo heridos 19 que se mandaron al hospital, y entre los muertos un comandante del República, que en este mismo día a la tarde fue enterrado en el cementerio de los protestantes con los honores debidos a su rango. Esta defensa y combate fue tan grande que ha sido terror de los enemigos, que con una escuadra tan numerosa no pudieron impedir el que los dos buques con el general Brown se hubieran

salvado sin caer prisioneros. El señor Brown salió contuso de una bala fría que le pegó en la barriga, de la que se ha mejorado.

La insuficiencia de medios no obstó a que el resto de la escuadra argentina —*Balcarce, Maldonado, 1° de Junio, Guanaco, 8 de Febrero y Unión*—, desde su apostadero en la isla Martín García, patrullaran el Río de la Plata, batiéndose sin mayores consecuencias con la flota brasileña en varias oportunidades, hasta fines del año 1827, en que las operaciones se suspendieron. No serían, empero, las últimas.

En territorio de Brasil el Ejército argentino reemprendió sus marchas, pero para retirarse de éste en dirección a la Provincia Oriental, habiendo llegado el 17 de marzo al fronterizo punto de Corrales, designado para reorganizarse y emprender nuevas operaciones. No hay que ocultar el hecho de que los arreos de ganado eran continuos por parte de los orientales, y que algunos saqueos y violencias se cometieron contra los pobladores, lo que motivó una severa orden general del comandante en jefe responsabilizando de los desórdenes a la poca vigilancia de los jefes de unidades sobre sus soldados. Pero tampoco esas irregularidades fueron causadas por todos: el coronel José María Paz discrimina en su *Diario*:

Es la mayor injusticia del mundo. Mi regimiento no ha participado en ellos, y puede jactarse de no haber utilizado en ningún sentido durante toda la campaña. Buen testigo de esta verdad es el pueblo de Bagé, el que a pesar de lo mucho que padeció con nuestra estada, tenía aún mucho en almacenes y casas, tanto en víveres y bebidas como en efectos de todas clases. Al tiempo de nuestra marcha fue confiada la retaguardia al regimiento, y no se tomó una sola hilacha, antes por el contrario se llamó a dos vecinos que había para que cerrasen o clavasen las puertas descerrajadas de algunas tiendas. Para mí ha sido cruel la lectura de semejante orden, y tan sorprendente cuanto que el desorden ha partido siempre con dolor de muchos de las escoltas y allegados de los generales.

La detención en Corrales se aprovechó para repasar la instrucción de la tropa con ejercicios y maniobras; pero —agrega Paz— “mucho se ha perdido por la desertión de los orientales, o mejor se dirá por la avaricia de sus jefes, que emplearon la mayor parte de sus cuerpos en robos de ganados”. Este saqueo prosiguió incesantemente y en gran escala, y Alvear dirigió al Ministerio severas críticas acerca de la conducta del general Lavalleja.

El 25 de marzo el general en jefe pintó la situación del Ejército argentino:

Lo que sufre el ejército es inaudito. No hay más que carne. Sin sal, sin tabaco, sin yerba, todas las privaciones se experimentan, y no hay cómo suplirlas absolutamente. El vestuario de la tropa se ha destruido, porque era imposible pudiera resistir a tres meses de una campaña continuada y fuerte. Es preciso, señor ministro, ver este ejército para conocer su mérito.

Un “estado” de las fuerzas que lo componían, elevado por el general Lucio Mansilla, a cargo del Estado Mayor, daba la siguiente composición: Regimiento de Artillería:

3 jefes, 24 oficiales, 38 suboficiales y 342 soldados. Regimientos de Caballería n° 1, 2, 3, 4, 8 y 16: 21 jefes, 138 oficiales, 283 suboficiales y 1.624 soldados. Escuadrones de Colorados y Coraceros: 5 jefes, 26 oficiales y 375 soldados. Batallones de Infantería n° 1, 2, 3 y 5: 10 jefes, 91 oficiales, 237 suboficiales y 1.247 soldados. Ello arrojaba un total de 4.342 efectivos.

El general Miguel E. Soler fue despachado a Buenos Aires para requerir nuevos contingentes y equipos, y luego pasó a la Provincia Oriental, donde estrechó el sitio a la ciudad de Montevideo con el Regimiento n° 9 de Caballería, aún en poder de los brasileños. En su reemplazo al frente del 3° Cuerpo del Ejército fue designado comandante José María Paz, quien juntamente con el coronel Juan Lavalle, fueron ascendidos a generales por su desempeño en Ituzaingó.

Pese a su crítico estado, el 13 de abril las tropas argentinas iniciaron lo que puede denominarse la "segunda campaña" sobre el Imperio del Brasil, cruzando otra vez la frontera, dirigiéndose al norte en dirección hacia el río Yaguarí y luego al Guaviyú. El ministro de Guerra, general Cruz, al responder a la comunicación de Alvear mediante la cual le imponía el plan de campaña que planeaba desarrollar, le manifestó (18 de abril) que el Gobierno procuraba llegar a una paz "honorable y digna",

[...] para que esto pueda obtenerse más fácilmente es preciso, es urgentísimo que por la parte del señor general no se pierda momento ni se deje cosa por hacer para conseguir todas cuantas ventajas sean posibles sobre el enemigo, y haciéndole sentir todos los males de la guerra en su propio territorio, que sin duda ha estado en el cálculo del señor general al emprender de nuevo sus movimientos dirigiéndose a Río Grande.

El 19 de abril volvió a ocuparse Bagé, del cual escribe el general Paz:

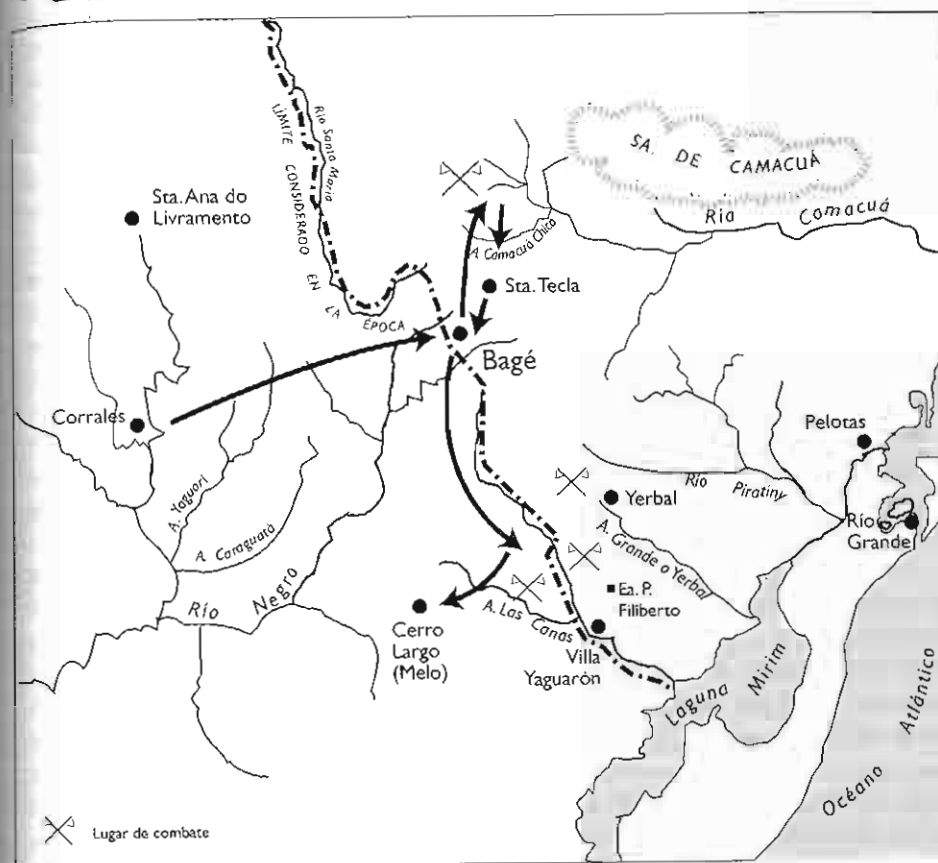
El pueblo tiene algunos más vecinos que la vez primera. Tampoco hay desorden ni robos. Ya se ve: poco queda después de nuestra primera tremenda entrada. Es una solemne mentira decir que no se puede contener al soldado: esto es muy fácil cuando se le da el ejemplo, y ya es imposible dejar de dársele.

También el enemigo se movilizó, acercándose a los invasores, librando algunas escaramuzas los elementos avanzados; por lo que, tres días después, en junta de guerra, los generales acordaron darles un golpe de mano para apoderarse de sus caballadas, encabezados por Alvear.

El 23 por la noche toda la caballería republicana se movió hacia el arroyo Camacuí Chico, donde llegó al amanecer del día siguiente. La sorpresa hubo de ser completa y fructífera, de no ser que a causa de una densa niebla no se advirtió por la vanguardia la presencia de las guardias adelantadas, que al ser atacadas pudieron dar aviso al Ejército imperial. Hubo que superar otro obstáculo, de que dan cuenta los apuntes del ahora coronel Pacheco:

Habiendo encontrado una barrera de piedra que fue preciso deshacer para franquearnos el paso, nos tomó el día y fuimos sentidos. El general en jefe reconociendo que la fuerza enemiga estaba reducida a la división de Bento Manuel, me dio or-

Segunda invasión de Río Grande del Sur



den para que con la 1ª División de Caballería, reforzada con el Escuadrón de Coraceros que mandaba el comandante don Anacleto Medina, cargase y persiguiese al enemigo. El general en jefe, conocida la altura de la posición y después de darnos sus órdenes, se retiró al ejército, que distaba 5 leguas, con el resto de la caballería. Sus órdenes fueron cumplidas y la persecución se dilató por 6 o 7 leguas; en los últimos tiros fue herido a mi lado mi ayudante don Juan Susviela (después coronel).

Agrega otros datos y corrige en parte el general Paz con la vivencia de las impresiones frescas:

Hacemos un alto en medio de una densa niebla que oculta nuestra marcha, y que entorpece que demos antes con el enemigo. Vemos luego los fogonazos de las guerrillas, aunque no oímos los tiros, sin duda por la humedad del aire causada por la niebla. Se levanta ésta: oímos el tiroteo y luego descubrimos al enemigo en número de 700 a 800 hombres, que se retira precipitadamente. Todas nuestras divisiones aceleran la marcha cuando se puede, pero es imposible dar alcance a los famosos caballos en que cabalgan los enemigos. Los persigue el general Mansilla con una división hasta arrojarlos del otro lado de Camacú. Han quedado 5 o 6 muertos del enemigo y por nuestra parte ha habido 1 oficial y 13 soldados heridos. Si no es el alto que hicimos en la mañana y dos desfiladeros que interrumpieron nuestra marcha, el enemigo lleva un buen golpe. En la División que se nos ha presentado están todos los jefes de caballería de esta provincia, tales como Barreto, Bento Manuel y Bento Gonçalves.

Tras el combate, las tropas argentinas retrogradaron a Bagé. La finalidad de hacerse de mayores y buenas caballadas no se había logrado, pero los más acreditados jefes de la caballería brasileña debieron ceder el campo ante el empuje de sus adversarios.

No se contaba con reemplazos de hombres ni animales. La desertión cundía entre los cuerpos orientales, ocupados en proseguir sus exacciones de ganados. Con el objeto de remontar a los cuerpos, el general Lavalle fue destinado a operar hasta las nacientes del río Negro con el nº 4 de Caballería de Línea, mientras el teniente coronel Ignacio Oribe marchó con igual propósito a Cerro Largo, del otro lado de la frontera, con su Regimiento de Dragones de milicias. Pero este último se demoró y distrajo, y ello dio oportunidad a que una columna brasileña a órdenes del coronel Bonifacio Calderón lo sorprendiera el 9 de mayo, capturándolo con todos sus hombres. Y pocos días después (el 16) los imperiales efectuaron un fugaz desembarco en Maldonado, en cuyo asalto murió el coronel Ventura Alegre, veterano de Chile y Perú. Aunque no hubo mayor empeño en volver a medir fuerzas con los ejércitos reunidos. El mariscal Felisberto Caldeira, marqués de Barbacena, había caído en desgracia a causa de sus operaciones puramente defensivas e inoperantes para proteger al territorio brasileño, de modo que fue relevado; y tras un interinato en que ocupó su puesto el jefe de Estado Mayor imperial, mariscal Henry Brown, resultó designado nuevo comandante en jefe un antiguo conocido de los argentinos: el mariscal Federico Carlos de Lecor, ahora gratificado con el más alto título de vizconde de Laguna.

El 25 de mayo de 1827 fue celebrada la fecha patria, con cuyo motivo el general José María Paz expresó al general Alvear, en nombre de los oficiales, la decisión del Ejército

para seguir sacrificándose por la prosperidad de la Nación, "y la consecución de una paz gloriosa". Tal frase, que condensaba los anhelos de los jefes militares, permite conocer su estado de ánimo, proclive a un arreglo honroso de la cuestión de la Provincia Oriental, conforme a noticias que habían llegado al cuartel general, de haberse emprendido gestiones en este sentido. Por el momento, el Ejército seguía careciendo de todo tipo de abastecimientos, que Alvear puso una vez más en conocimiento del Ministerio el 24 de junio, puntualizando algunos ejemplos de su miseria:

Todo su alimento es como en la campaña más activa: la carne ni aún puede sazónarla con sal, y apenas tiene andrajos para cubrir su desnudez; es tan general y extrema que muchos oficiales están enteramente descalzos y con el uniforme sobre las carnes. Si el ejército no es socorrido y sobre todo, si no recibe reemplazos, acabará por desaparecer.

Pocas fueron, en consecuencia, las operaciones en esta época, mas no se suspendieron del todo. Tocó a la fuerza del general Lavalle protagonizar un fuerte choque con el enemigo, mandando los regimientos nº 4 y 16 de Caballería, cuando recorría la campaña en busca del movedizo guerrillero Yucas Teodoro, unido al arriba mencionado coronel Calderón. El día 25, aniversario argentino, aquél se topó con ellos en la zona serrana de Yermal. El general Lavalle cargó impetuosamente sobre los dos escuadrones enemigos, llevando sobre éstos a un centenar de hombres, divididos por mitades entre Lanceiros a órdenes del comandante Francisco Olmos y Coraceros a las del capitán Patricio Maciel. La descarga con que fueron recibidos hirió al mismo Lavalle de un balazo en la pierna derecha (aunque sin gravedad), y otro tiro fue recibido por el capitán Maciel, a más de una media docena de subordinados, pero el enemigo fue desalojado de su terreno y sableado durante la persecución, tras la cual los vencedores debieron replegarse por el mal estado de sus montados. Cuando un par de días después la columna argentina fue atacada a su turno, los imperiales chocaron con su retaguardia al mando del coronel José Olavarría, que destacó al comandante Jaime Montoro para rechazarla, lo que sucedió con éxito.

Tras este combate, el general Alvear se replegó a la Provincia Oriental, falto de todo recurso, y abandonando el suelo de Brasil, estableció campamento de invierno en la villa de Melo, capital del Departamento de Cerro Largo, dando fin a la segunda campaña sobre Rio Grande do Sul.

Era el mes de junio de 1827, y el día 28 del mismo Alvear elevó su dimisión del mando del Ejército (que le sería aceptada el 13 de julio) por la carencia de elementos en que se hallaba para emprender nuevas operaciones. Lo reemplazó interinamente el general José María Paz, su jefe de Estado Mayor.

Al mismo tiempo, graves acontecimientos tenían lugar en la República Argentina.

En Tucumán la calma transcurrida desde el año anterior se precipitaba hacia su desenlace. El gobernador La Madrid había efectuado un movimiento sobre Santiago del Estero contra su mandatario Juan Felipe Ibarra, en unión con el gobernador Gutiérrez de Catamarca, aunque el general Ibarra pudo escapar de ser sorprendido, logrando apoderarse de su sombrero y bastón el teniente Hilario Ascasubi. Esta corta invasión no tuvo

resultado perdurable, salvo proporcionar a Tucumán un corto período de paz, interrumpido cuando se tuvo noticias (fines de junio de 1827) de que el general Quiroga invadía la provincia con fuerzas de La Rioja y Córdoba.

A todo esto, el coronel Gregorio Aráoz de La Madrid continuaba padeciendo a causa de sus heridas recibidas en el combate del Tala, el año anterior. La más grave era producto de un bayonetazo, que había provocado una infección interna; y el procedimiento bárbaro que se utilizó para curarla lo diagnosticó un campesino viejo, que se ofreció a remediarla: enjuagándose la boca con vino, chupó la herida varias veces hasta extraer por completo el pus.

El 5 (de julio) por la noche o el 6 a la madrugada [refiere La Madrid en sus Memorias] se avistó Quiroga por Santa Bárbara con más de 200 hombres, y salió a esperar al campo de la Ciudadela con más de 200 cívicos infantes, mis 4 piezas de artillería, y como 1.500 hombres de caballería, habiéndome hecho subir a caballo, pues no lo podía hacer yo solo.

El pueblo de la ciudad de Tucumán salió a contemplar el combate, fiado en el triunfo de su gobernante, colocándose a retaguardia de sus fuerzas. La Madrid avanzó a media legua de la ciudad, mientras Quiroga alistaba a sus tropas en el campo del Rincón de Valladares o del Manantial, en compañía de Ibarra y 700 santiagueños.

En este último punto tuvo lugar el encuentro, el día 6. El coronel La Madrid tendió su línea de acuerdo con el siguiente orden: a la derecha el cuerpo de colombianos de López Matute, más un fuerte escuadrón de milicias locales; el centro bajo sus inmediatas órdenes lo componían 220 cívicos urbanos y la artillería, y el ala izquierda la comandaba el coronel Helguero con el resto de las milicias. Como reserva quedaban 20 hombres.

El combate del Rincón fue la repetición del anterior en el Tala.

Relata La Madrid que el coronel López Matute arrolló el costado izquierdo del enemigo comandado por el general Ibarra, aunque contrariando sus instrucciones, se encarnizó en la persecución, "haciendo una gran carnicería". Helguero debía cargar al mismo tiempo, pero —según La Madrid— el jefe de su primer escalón, mayor Gregorio Paz, no lo hizo. Visto por Quiroga tal indecisión, atacó la izquierda tucumana: ella volvió corras y arrastró en su desbandada a la reserva de La Madrid. Éste quedó con sus infantes y artilleros, más 12 hombres de escolta. Con ellos partió en busca de Matute, mientras su infantería recibía la orden de permanecer firme en el campo, y aquél pudo atravesar la línea enemiga, que se abrió para dejarle paso; su fama como sableador le valió este suceso.

Mientras, el coronel López Matute había retornado al teatro del combate, juzgando a La Madrid vencedor como él mismo, fue recibido por una descarga de los infantes de Quiroga. Los cívicos de Tucumán estaban rendidos, después de agotar las municiones de sus piezas y perdido gran cantidad de ellos. Ante esto, el jefe colombiano cruzó el Manantial y perdiendo algunos hombres, pudo retirarse. El coronel La Madrid, por su parte, no volvió al campo hasta el día siguiente, en que tras un amago de Quiroga de fusilar a sus prisioneros si avanzaba sobre él, abandonó la provincia y el país —pues desconfiaba de la lealtad de López Matute—, y en compañía del coronel José Ignacio Murga que se empeñó en custodiarlo, siguió su marcha hasta internarse en Bolivia.

Quiroga impuso a Tucumán una contribución de \$24.000 como indemnización por los gastos de la campaña; pero al enterarse de que el mandatario interino hizo gestiones

ante la Junta de Representantes para resistir el pago, el 24 de julio le cursó una severa intimación amenazándolo:

¡Por Dios vivo! si no me satisface antes de las dos horas de este día me haré pagar, no la suma de 24.000 pesos, sino todos los gastos que he hecho. Cuidado, pues, no haya equivocación: la generosidad tiene sus límites, y no me falta disposición para castigar del modo más ejemplar el orgullo y osadía de este país rebelde; en la inteligencia de que pasada la hora ya mencionada sin haber recibido la pequeña suma que pido, empezaré inmediatamente a hacer sentir los estragos de la guerra.

También intimó el general Quiroga a que se presentaran quienes habían emigrado por temor, bajo pena de perder sus bienes; y el propio La Madrid refiere un par de casos que ilustran sobre la contradictoria personalidad del caudillo riojano:

Uno de aquéllos fue el mencionado coronel Murga, a quien Quiroga preguntó por su retraso, al tiempo que su interlocutor le ofrecía su arma: "Porque fui a cumplir con el primero de mis deberes —respondió Murga—, acompañar a mi jefe y ponerlo en salvo. He cumplido ya con él y vengo ahora a ponerme a las órdenes de usted". El temible "Tigre de los Llanos" le dijo entonces: "Cíñase su sable, que ahora es mi amigo. ¡Así deben ser los hombres!". El otro caso lo protagonizó el cura y vicario de Tucumán, doctor Aráoz, tío de La Madrid, a quien Quiroga espetó: "¡Hombre! ¿y todavía vive usted?". El cura, que era en extremo miedoso y deseando congraciarse con el General (escribe La Madrid), contestó: "No soy tan viejo, señor; y siempre he tenido afecto a V.E. y opuesto a las ideas de mi sobrino, y si no que lo diga el padre Bernabé (capellán de Ibarra), pues por su conducto le comunicaba a Ibarra la debilidad de las fuerzas de mi sobrino". El doctor Aráoz recibió una réplica inesperada de Quiroga: "Pues por eso precisamente creí yo que usted no viviera ya: ¡porque su sobrino debió haberlo fusilado!".

En ese mes de julio de 1827 en que se derrumbaba la resistencia a los federales en el Interior, se definía la existencia de las autoridades nacionales en Buenos Aires.

La forzada paralización de las hostilidades contra el Imperio de Brasil, a causa de la falta de concurrencia para sostenerla por parte de la liga de provincias federales, y el agotamiento de los recursos de Buenos Aires, demandaba la solución del conflicto. El enviado diplomático británico, lord John Ponsonby, aseguraba que el monarca don Pedro I no se opondría a una solución transaccional, renunciando ambas partes al objeto del litigio, pues no se sentía muy seguro en el trono a causa del desarrollo de la contienda con la República Argentina.

Ante ese estado de cosas, el presidente Rivadavia se dispuso a procurar la paz "según lo demandan imperiosamente los intereses de la Nación", ante la situación que mostraba el país. Para lograrla eligió a don Manuel José García, en vista de su conocimiento de políticos brasileños debido a su permanencia en Río de Janeiro como diplomático en tiempos del Directorio. Contra lo que comúnmente se cree (conforme a la versión difundida por el historiador Vicente Fidel López), García no fue a "hacer la paz a toda costa", con una especie de mandato amplio, sino que partió provisto de precisas instrucciones por escrito. Poco divulgadas, rezaban éstas —a continuación de la frase arriba transcrita— que la misión del enviado era la de "cesar la guerra en términos honorables",

[...] y que tenga por base la devolución de la Provincia Oriental, o la erección y reconocimiento de dicho territorio en un Estado separado, libre e independiente, no debiendo exigirse en este último caso por ninguna de las partes beligerantes, compensación alguna [art. 2]. Si desgraciadamente el gobierno del Brasil, sin dar lugar a la razón, se negase absolutamente a una transacción honorable y digna, el señor García pedirá su pasaporte y regresará a esta Capital a instruir a su gobierno [art. 5 y final].

Estos puntos fundamentales —pues los tres restantes aluden a los trámites de la negociación— fueron expedidos el 19 de abril de 1827 con la firma de Rivadavia y del general Francisco Fernández de la Cruz.

Conviene extremar el respaldo documental por lo delicado de este episodio, y la tergiversación de que ha sido muchas veces objeto.

Bien sabido es el resultado de la gestión: lejos de atenerse a los términos de su mandato, el 24 de mayo García celebró un tratado en diez artículos, del cual basta transcribir los fundamentales:

Art. 1) La República de las Provincias Unidas del Río de la Plata reconoce la independencia e integridad del Imperio del Brasil, y renuncia a todos los derechos que podría pretender al territorio de la provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina. Art. 4) La isla Martín García se pondrá en el statu quo ante bellum, retirándose de ella las baterías y pertrechos. Art. 5) En atención a que la República de las Provincias Unidas ha empleado corsarios en la guerra contra el Imperio del Brasil, halla justo y honorable pagar el valor de las presas que se probare haber hecho los dichos corsarios a los súbditos brasileños, cometiendo actos de piratería.

Esta claudicación completa, más resaltante después de los resultados de los choques armados en tierra y agua, resultó, por fortuna para la patria, enervada por el presidente Rivadavia, quien repudió categóricamente lo actuado por su enviado: rechazó en acuerdo de ministros la “convención preliminar” (25 de junio), que quedó como si nunca hubiera existido, a los fines de su ejecución:

Vista en Consejo de ministros la antecedente convención preliminar celebrada por el enviado de la República a la Corte del Brasil, y atendiendo a que dicho enviado no sólo ha traspasado sus instrucciones, sino contravenido a la letra y espíritu de ellas, y a que las estipulaciones que contiene dicha convención destruyen el honor nacional y atacan la independencia y todos los intereses esenciales de la República, el gobierno ha acordado y resuelve repelerla, como de hecho queda repelida.

La categórica resolución fue comunicada al Congreso Nacional; y con la unanimidad de sus miembros, el presidente de la asamblea, don José María Roxas, con la firma de su secretario don Juan Cruz Varela, elevó su adhesión a la postura de Rivadavia, al enterarse de la conducta de García, “con no menor sorpresa y asombro que V.E.”. Le manifestaba:

Afectado este Cuerpo de un sentimiento profundo, no ha podido vacilar un momento en expresarlo con aclamación unánime en apoyo de la justa repulsa con que V.E.

ha deshechado la citada convención. Felizmente se advierte esta misma impresión en todos los habitantes, y no se vé ni percibe más que una voz de indignación en uniforme general consonancia.

En cuanto al propio ex enviado, mereció el siguiente severo apóstrofe que le transmitió el ministro doctor Julián Segundo de Agüero:

El infrascripto se halla autorizado por el Excmo. Señor Presidente de la República para exponer al señor comisionado el desagrado y reprobación que ha merecido por parte del gobierno la conducta de V.S. No sólo por haber faltado a la confianza que hizo de su persona al conferirle aquella misión, sino especialmente por haber procedido a la celebración de un acto que tanto degrada a la República Argentina y destruye enteramente su ser moral. En consecuencia, el gobierno hace a V.S. responsable de todos los males y consecuencias que de ello resulte a la Nación, especialmente en el grande y noble empeño en que se halla para salvar su honor.

Todo quedaba, pues, como antes del envío de García: era forzoso proseguir la guerra. El Ejército aceptó abnegadamente su compromiso y dirigió un mensaje en tal sentido a su todavía comandante en jefe, fechado el 12 de julio en su campamento en Cerro Largo. El general Alvear lo hizo conocer a su vez al gobierno Argentino “porque sus sentimientos están perfectamente de acuerdo con los de sus compañeros de armas”. El documento estaba encabezado por los generales Juan Lavalle y José María Paz, a quienes seguían las siguientes firmas: José M. Aguirre, José Videla, Román A. Deheza, Javier López, José María Vilela, Antonio Díaz, Mariano Pestaña, Pedro Rivero, José G. de la Oyuela, Niceto Vega, Juan Pedro Luna, Pedro J. Díaz, Sixto Quesada, Francisco Olmos, Agustín Ravelo, Luis Argerich, Juan A. Vásquez, Bonifacio Ramos, Isidro Larraza, Hilarión Plaza, Francisco Javier Muñiz, Segundo Roca, Anastasio Encina, Ignacio Correa, Benito Nazar, Juan Apóstol Martínez, Melchor Álvarez, Cipriano Miró, Ramón Saavedra, Francisco Borja Moyano y Eduardo Trolé. Decían en él:

Aunque la paz haya sido el voto más sagrado de su corazón, de ningún modo la habría deseado el ejército no siendo honorable para la República. Por esto es que al ver la ya citada repulsa, se han congratulado y felicitan al gobierno y a la Nación entera por una resolución tan digna de un pueblo libre. El ejército se prepara a nuevos sacrificios en la convicción de la justicia de la causa que defiende, y con la más decidida confianza de conseguir nuevas victorias.

Pero los acontecimientos en la Capital argentina aceleraban la crisis política, que incidiría decisivamente en el futuro de la contienda.

El presidente Rivadavia renunció a su investidura el 27 de junio de 1827, convencido de la esterilidad de sus esfuerzos por lograr la indispensable unidad nacional, dimisión que le fue aceptada por el Congreso sin diferencia de partidos. Era la patriótica actitud que correspondía: si su persona era el obstáculo para alcanzar el engrandecimiento de la Nación, se eliminaba de la escena pública. En su mensaje de despedida al Ejército de Operaciones le declaraba que era “el único sacrificio que estaba a su alcance, y que le exigía la patria”, y le testificaba su gratitud. Les manifestó:

Soldados: Vuestro heroísmo ha coronado los esfuerzos que he hecho en defensa del honor nacional. Vosotros habéis fijado la victoria en los estandartes de la República. Los que contaban con nuestra humillación habían olvidado que aún marchabais por la senda de la gloria. Continuad en ella, a despecho de los que procuran dividirlos. A vosotros toca, sólo a vosotros, apartar de la Nación el azote que la amenaza.

Arrastrado por la caída de Rivadavia, también el Congreso Nacional se disolvió. Es la oportunidad de reseñar sus trabajos, remarcando el sentido de su función durante la grave emergencia vivida por el país.

Impresionada su actividad por el conflicto exterior, el Congreso extremó la centralización de sus medidas para responder a la emergencia. Al menos eso tentó, pues la respuesta del Interior resultó francamente negativa: salvo el aporte inicial durante 1825 y pocos meses del año 26, las provincias cortaron su apoyo a las autoridades centrales, sin importarles la naturaleza de la cuestión que se dirimía por las armas. Por eso rechazaron sucesivamente todo: la elección del Presidente —cuestionando su quórum legal—, el establecimiento de la Capital en la ciudad de Buenos Aires, la sucesiva remonta del Ejército Nacional, la circulación del dinero emitido por el flamante Banco Nacional, y para concluir con esta serie de leyes, también repelieron la Constitución que el Congreso por último sancionó en diciembre de 1826, sin cuestionar siquiera al sistema unitario establecido, sino devolviéndola sin examen por provenir de un cuerpo al que negaban cualquier potestad. Este repudio “federal” impedía proseguir la guerra convenientemente, y movió al presidente Rivadavia a tentar una paz honrosa, con resultados que traicionaron su propósito. El presidente interino que luego designó la asamblea nacional, doctor Vicente López, tampoco fue reconocido por las Provincias argentinas, y sólo se desempeñó por pocos días.

Antes de cerrar sus trabajos, el Congreso Nacional devolvió su autonomía a la provincia de Buenos Aires —nacionalizada desde principios de 1826 por la cuestión Capital—, y en consecuencia fue reinstalada su Junta de Representantes. Ésta eligió al nuevo gobernador el 12 de agosto: fue el coronel Manuel Dorrego, destacado miembro del Partido Federal opositor como diputado en el Congreso, a más de la combativa labor periodística que desarrolló paralelamente. Ahora las provincias del Interior contaban con uno de los suyos, aunque porteño de nacimiento, en el gobierno de Buenos Aires.

El gobernador Dorrego sumó, a causa de tal filiación política, otra función, derivada de la confianza que merecía al interior: la delegación expresa por parte de todas las Provincias del país que ahora se denominaba propiamente *Confederación*, de los poderes para representarlas ante el exterior, confiándosele el manejo de las relaciones internacionales argentinas.

Con las provincias del Interior de su lado, el coronel Dorrego tentó proseguir la guerra contra Brasil; múltiples motivaciones lo impulsaban. Confiaba en darle nuevo impulso con los auxilios de aquéllas.

Mientras, sin variantes continuaba el estado del Ejército. Su comandante interino luego de la partida de Alvear, el general Paz, informaba el 30 de julio:

Cuanto pudiera decir el general que firma sobre el extremo a que ha llegado la desnudez de la tropa y oficiales, no sería bastante a mandar una idea de lo que en el

ejército pasa. La tropa no tiene para cubrirse sino andrajos, y muchos oficiales se ven reducidos a no salir de sus alojamientos por no poderse presentar sin escándalo. La estación rigurosa del invierno hace más sensible la desnudez, y la imposibilidad de socorrer al soldado con los artículos que le son de primera necesidad, como el tabaco y la yerba, pone su constancia a una prueba a que apenas puede resistir con la idea de pronto socorro. La caja del ejército está tan apurada que no tiene para los gastos más menudos. A todo esto se agrega que la falta de caballos hace débil la posición del ejército, pues no puede mantener despejado y descubierto el campo que media hasta el Yaguarón.

Muchos jefes y oficiales habían pedido licencia para asistir en Buenos Aires. Pese a todos los esfuerzos del enérgico y competente general Paz, su estado se refleja en este informe:

La Infantería tiene el armamento completo y en buen estado, el corraje es muy malo, y munición sólo para una batalla. La Caballería muy mal montada, sin el ganado necesario; las monturas en el último estado de servicio y en reparación; falta el completo de lanzas y sables. La Artillería tiene 17 piezas, con 150 tiros cada una, pero carece de ganado para mover el material. Ha mejorado la moral y disminuido la desertión.

Poco quedaba, pues, de la perfecta arma de guerra que emprendiera la campaña a fines de 1826 para invadir el Estado enemigo, salvo su espíritu, que en verdad, es el elemento esencial de todo Ejército, pues el material puede reponerse. Mas condeue enterarse de su condición, causada por la desaprensión de los mandatarios del Interior de la Argentina.

Por fortuna para aquél, no en mejor situación se hallaba el Ejército del Imperio: tras la barrera natural del río Yaguarón, se extendía desde el océano hasta la confluencia de éste con las nacientes del río Negro, pero sin efectuar operaciones de envergadura. En cuanto a las ciudades orientales, el coronel Manuel Oribe mantenía el sitio de Montevideo sin tentar ningún movimiento sobre la plaza, y el de Colonia estaba sostenido por el coronel Isidoro Suárez. El coronel Leonardo Olivera recorría la costa desde Maldonado a Santa Teresa.

En tanto, los esfuerzos del gobernador Dorrego no habían tenido éxito ante las Provincias: si bien es cierto que la mayor parte ahora prometió su colaboración en la guerra exterior, ninguna remitió los recursos necesarios. El general Quiroga llegó hasta a anunciar que encabezaría a 700 riojanos que organizaba para conducirlos personalmente a donde “se defendía el honor nacional”: no pasó de una bravata.

Debía buscarse otro remedio que el apoyo provinciano para mejorar el estado de la situación militar, y el coronel Dorrego proyectó seducir a las tropas alemanas que continuaban al servicio de Brasil —y cuya importancia llegaba exagerada a Buenos Aires—, para lo cual convino con uno de sus oficiales que vino a esta ciudad, que aquéllos se suscribirían a la obediencia del Emperador, y pasando a la isla Santa Catalina la proclamarían una República independiente. Se llegó a suscribir un convenio en tal sentido (3 de noviembre), pero nada tampoco resultó.

No sucedió así con la flota fondeada en Buenos Aires: sin detallar los numerosos ca-

ñoneos y escaramuzas mantenidos con la escuadra imperial bloqueadora hasta finales de 1827, vale la pena referir la misión confiada, a partir del 7 de abril del año 28, al teniente coronel de marina Tomás Espora a bordo del bergantín *8 de Febrero*. Llevando de segundo al mayor Antonio Toll, y como futuro comandante de las naves que se capturarán ("cabo de presa") al mutilado teniente coronel Granville, recorrió Espora las costas de Río Grande en fructuosa campaña, hasta que regresando en mayo al Río de la Plata sucedió la catástrofe.

Navegando a fines de mayo en la bahía de Samborombón tomó al *8 de Febrero* una espesa niebla que retrasó su andar. Al despejarse el 29 del mismo mes, Espora tuvo la sorpresa de hallarse en medio de una División brasileña integrada por 10 naves, que al mando del capitán de fragata Juan Francisco de Oliveira Botas bloqueaban la desembocadura del río Salado, a donde se conducían muchas presas marítimas. La división enemiga contaba con un total de 129 cañones.

Espora rechazó la intimación a rendirse que le formuló el capitán Botas, "sin salvar antes el honor del pabellón", y alistó su buque para el combate. Arengó a sus tripulantes, concluyendo sus palabras: "Sólo los cobardes se rinden sin pelear, y aquí no reconozco sino argentinos y republicanos". Sesenta hombres entre marineros y soldados de desembarco atendían sus órdenes. Los contrarios eran 1.200. Para evitar su abordaje y alejar los tiros de cañón, el teniente coronel Espora dirigió su bergantín hacia los *bajíos* de Arregui (cerca de la desembocadura del río San Clemente), seguido sólo por los navíos imperiales más ligeros, pero en ese lugar tocó fondo y rompió su timón, quedando sin gobierno. Durante diez horas el *8 de Febrero* soportó un intenso cañoneo, que destruyéndolo, diezmó a su tripulación. La oscuridad suspendió el combate, y a su amparo se improvisó una balsa con restos —las chalupas habían recibido impactos que las inutilizaron—, en la cual se transportaron a la costa 38 sobrevivientes heridos. Había agotado sus 900 municiones.

Quedaba a bordo el teniente coronel Tomás Espora, acompañado por su segundo Toll, más los dos asistentes de ambos, y junto a cuatro heridos graves que no pudo moverse. Con lágrimas —"Fue la única vez que lloré en mi vida", confió luego Espora a un amigo— el comandante arrió personalmente el pabellón y rindió su nave.

Acercándose con recelo una goleta brasileña (que comandaba el teniente primero Joaquín Márques Lisboa, futuro almirante y vizconde de Tamandaré), porque no descartaba que el jefe argentino hiciera volar el despojo, Espora le gritó: "¡Atrake con confianza, señor oficial, pues le doy mi palabra que están clavados los cañones y no tengo pólvora ni para un cigarro!". A Espora y a Toll se les permitió conservar sus espadas en homenaje al valor demostrado, y aún más: admirado de su conducta el almirante Pinto Guedes, comandante superior del Brasil en el Plata, los envió espontáneamente a Buenos Aires en canje, sin conservarlos prisioneros. El gesto sería retribuido con la devolución del capitán de fragata William Eyre —prisionero en Patagones— y del teniente primero Antonio Carlos Ferreira, ex comandante de la *Leal Paulista*.

Inesperadamente, otro personaje surgió a la escena: el brigadier Fructuoso Rivera, a la sazón refugiado en Santa Fe, quien se había separado de la guerra tiempo atrás. Desde allí propuso el atrevido plan de apoderarse de las Misiones Orientales —siete pueblos en la margen izquierda del río Uruguay—, desguarnecidas tras la batalla de Ituzaingó, y luego operar a espaldas de las fuerzas imperiales. Consultado Lavalleja, quien se hallaba en Buenos Aires, desaprobó el proyecto, celoso del prestigio que pudiera adquirir su

rival, e influenciado por la jerarquía que acababa de obtener: nada menos que la de comandante en jefe del Ejército Republicano. Debe decirse que esta promoción fue recibida con disgusto por sus más experimentados camaradas, que lo consideraban un simple montonero, pero mostrando un verdadero espíritu militar —el más destacado, el general José María Paz, que había estado al frente de las tropas— acataron la decisión superior.

El caso es que Rivera no se sometió a la voluntad del general Lavalleja, y de acuerdo con el gobernador Estanislao López cruzó los ríos Paraná y Uruguay, y comenzó el reclutamiento de hombres en territorio oriental, reuniendo a muchos de sus antiguos subordinados.

Una fuerza de comprovincianos se movió hacia él, pero no para ayudarlo sino en su contra, bajo el mando del coronel Manuel Oribe, despachado por Lavalleja, y el 7 y 11 de marzo Oribe emitió un par de circulares condenando la actitud insubordinada de Rivera al no someterse al general Lavalleja y acordando severas penas para quien lo asistiese. Las vanguardias de ambos chocaron sin mayor consecuencia. Un apoyo de 500 milicianos correntinos recibidos por el coronel Oribe se esfumó cuando Rivera pudo sobornar a su jefe, el coronel José López *Chico*.

El 21 de abril de 1828 el general Rivera vadeó el río Ibicuihy al norte, desalojando de su puesto al destacamento brasileño que lo custodiaba, encabezado por el coronel Alencaster. Tras ello, Rivera comunicó el hecho al gobierno de Buenos Aires, sometién-dose a su autoridad.

Ante el hecho consumado de la ocupación de las Misiones, el gobernador Dorrego decidió auxiliar a Rivera con una pequeña división a órdenes del coronel Manuel de Escalada. Aún más: Dorrego impartió instrucciones para que el general Estanislao López tomara la dirección de las operaciones, reforzándolo con 250 reclutas cordobeses. Pero como Rivera negó a subordinarse a éste, López se retiró; la misma orden recibió el coronel Oribe. Desde entonces, el general Fructuoso Rivera quedó dueño de sí mismo, y fue ocupando mayor territorio, estableciéndose en Itaquí. Formó el denominado Ejército del Norte, del cual Escalada fue jefe de Estado Mayor, aportándole una batería de artillería a órdenes del coronel Eduardo Trolé. "Una larga temporada permanecemos en aquel punto —informa el mayor Manuel Pueyrredon, quien se incorporó enviado por Dorrego—, creando y disciplinando los cuerpos, al mismo tiempo que iban haciéndose ocupar los pueblos sin peligro de ningún género". Así quedaron hasta el fin de las hostilidades.

En cuanto al general Juan Antonio Lavalleja, su comando del Ejército Republicano no significó un cambio decisivo en el estado de las operaciones, librándose combates sin resultado trascendente en Potrero del Padre Filiberto y Las Canas.

Y respecto de Alvear, en el mes de marzo de 1828 fue iniciado un sumario para esclarecer su conducta en la campaña, por estar sujeto a muchas críticas, sobre todo debido a que no explotó la retirada del Ejército brasileño después de la batalla de Ituzaingó. El gobernador Dorrego también deslizó censuras contra él en su *Mensaje* a la Legislatura, y el general Alvear debió publicar una *Exposición* para justificarse. Pero en cuanto al proceso intentado, no llegó a resultado positivo.

La falta de cooperación de las Provincias, finalmente, decidió al gobernador Dorrego: no cabía otra salida que la paz, bajo una de las bases de la alternativa ofrecida por Ri-

vaavía a través de su infiel enviado García, esto es, la renuncia simultánea de Argentina y Brasil a la provincia que pretendían. En junio partieron con tal misión los generales Tomás Guido y Juan Ramón Balcarce a Río de Janeiro, donde concluyeron el 27 de agosto de 1828 la convención preliminar de paz que esta vez sería aceptada por una Convención Nacional reunida en Santa Fe el 26 de septiembre, contando con la plena aprobación de sus integrantes. Mediante ella la Provincia Oriental pasaba a convertirse en el Estado Oriental del Uruguay, soberano e independiente de sus dos vecinos. Gran Bretaña quedaba como garante de su fiel cumplimiento.

Valga para cerrar este capítulo, un episodio rememorado por el octogenario coronel Todd, que lo vivió como joven oficial del Ejército Republicano de Operaciones: refiere que hallándose aún en Cerro Largo fueron visitados por una comitiva de oficiales brasileños, a los cuales agasajaron con asado, en momentos que pasaron dos soldados que se acercaron a comer. "Como casi todos los nuestros, tenían un vestuario muy raído, y como venían con la chaqueta desprendida, mostraban sus carnes, por no tener ni camisa". El jefe brasileño observó que se hallarían así a causa del calor, contestando el capitán a cargo que "no tenían más uniforme que el puesto, porque la ropa se les había acabado en tan larga campaña". El interlocutor preguntó entonces por el pago de sueldos, y volvió a decirle el mismo oficial argentino que "hacía muchos meses que no recibían sueldo alguno, porque el gobierno se hallaba falto de recursos, pero que tenían la seguridad de que se les pagaría cuando mejorasen las circunstancias". Concluye Todd que el jefe brasileño reflexionó luego de meditar un instante:

Recién me explico por qué nos han vencido ustedes, porque nunca he creído que por más valientes: no me persuadiré jamás que haya naciones de valientes ni de cobardes, sino que en todas hay de unos y otros. Pero con soldados como los que veo que pelean tan contentos, desnudos, sin sueldo y sin más alimento que la carne, creo que serán siempre invencibles, si se conservan así...

Conforme a la paz acordada, los ejércitos que se habían combatido debían abandonar el territorio que disputaran. El Republicano de Operaciones volvería integrado en dos divisiones, bajo el mando de los generales de Ituzaingó, Lavalle y Paz.

Mas no sería la tranquilidad para la Confederación. Otra vez las trompetas llamarían a la lucha, esta vez entre hermanos de nacionalidad, comprometiendo en ella al país por entero.

CAPÍTULO XII Argentina enfrentada

PRONUNCIAMIENTO DE LAVALLE. REACCIÓN EN LAS PROVINCIAS. DESARROLLO DEL CONFLICTO EN BUENOS AIRES. LA CAMPAÑA DE PAZ SOBRE CÓRDOBA. CONSECUENCIAS.

El coronel Manuel Dorrego, si bien ejercía una función nacional, cual era el manejo de las relaciones exteriores, no era la única autoridad encargada de los asuntos argentinos, ya que en la ciudad de Santa Fe comenzaba a integrarse una Convención de Provincias para dotar a la Confederación de una Constitución de tendencia federal, en reemplazo de la sancionada por el desaparecido Congreso. Esta Convención no reunía a todas, y estuvo jaqueada por el gobierno de Córdoba, pues el general Juan Bautista Bustos anhelaba llevar allí la sede de la autoridad central. Paralelamente, la firma de pactos interprovinciales volvía a consolidar la unidad del país.

En Buenos Aires, entre las medidas que atendía el gobernador Dorrego, una de permanente preocupación era la seguridad en la frontera con los indios. A este efecto destinó a operar en el lejano sur al coronel Ramón Estomba con el Regimiento nº 7 de Caballería, cuyos empeños culminarían a principios de 1828 con la fundación del fuerte —calificado de "fortaleza" por sus dimensiones— denominado *Protectora Argentina* (origen de la actual ciudad de Bahía Blanca). Se recordará que Estomba fue uno de los fugados en Matucana durante la guerra en Perú, episodio que diera motivo a la trágica represalia española.

Mientras, las fuerzas políticas trabajaban.

El Partido Unitario, desalojado del poder, procuró con éxito influir en algunos jefes del ejército —cuyo ánimo estaba predispuesto contra las Provincias del Interior por su falta de cooperación en la reciente confrontación con el Imperio del Brasil—, presentando al gobernador Manuel Dorrego como entregado a la voluntad de aquéllas, en desmedro de la atención que merecía la propia Buenos Aires. Una de las actitudes censuradas era la de pagar con los recursos del escaso erario porteño, los gastos de la Convención mencionada y también los sueldos de los diputados que la componían. No se quedaban atrás los elementos federales, que desde sus órganos de prensa atacaban sañudamente al caído Gobierno y sus funcionarios, quienes por cierto no restringían sus agravios a ellos. En secreto —pero se conoció después al revisar los archivos— el coronel Dorrego suscribió un acuerdo con la provincia de Córdoba (27 de septiembre de 1827) mediante el cual

[...] a consecuencia de reclamación expresa hecha por parte de la provincia de Córdoba, no permitirá el gobierno de Buenos Aires la salida fuera del país de las personas que compusieron la Administración antes del 3 de julio, y cuidará de que com-

parezcan a responder de los cargos que pudieran hacérseles en lo sucesivo por los pueblos [art. 1].

Además,

[...] en justo obsequio de la seguridad que ha demandado la provincia de Córdoba, el gobierno de Buenos Aires ofrece remover aquellos empleados que notoriamente perjudiquen a la marcha actual de los pueblos, y asegurará la fuerza bajo jefes que por sus ideas y conducta inspiren confianza [art. 2].

Uno de los jefes militares removidos fue el coronel Federico Rauch, destacado por su defensa de la línea de la civilización en la campaña, verdadero terror de los indígenas, quien pese a su origen extranjero (era francés de Alsacia, contra el error frecuente de creérselo prusiano) se había adaptado perfectamente a las características de la lucha en el Desierto.

La popularidad de Dorrego, acrecentada por varias medidas administrativas que desvirtuaron su renombre de "alocado", alcanzó su grado más alto con la paz acordada con Brasil, poniendo fin a una guerra ya insostenible en las condiciones que se hallaba, con consecuencias nefastas para la vida diaria en la Argentina. Cuando el 16 de septiembre de 1828 se tuvo noticia en Buenos Aires que los diplomáticos Balcarce y Guido habían acordado el cese de las hostilidades, "causó en el pueblo un general regocijo y alegría", anotó en su *Diario* Juan Manuel Beruti. Y al difundirse oficialmente el 11 de octubre el tratado respectivo, los festejos oficiales y particulares fueron tan variados como espontáneos, con muestras de contento durante muchos días en que "se celebró tan plausible y deseada paz, que nos ha sido tan honrosa", escribe éste. El mandatario que la había concertado fue objeto de variados homenajes: la Junta de Representantes porteña lo ascendió al grado de coronel mayor (general), y al general William Brown al de brigadier. Dorrego rechazó su promoción —el 6 del mes de septiembre en que le fue acordada—, al igual que lo hiciera en 1816 y 1820, "porque era en retribución de servicios, aunque importantes a la provincia, prestados en la guerra interior". La Sala debió conformarse con hacerle pintar su retrato.

No debe imaginarse que los militares en su campamento de Cerro Largo recibieron la noticia del fin de la contienda con disgusto, cual si se hubiesen malogrado sus esfuerzos y sacrificios; nada de eso. En sus *Memorias* el mayor Domingo Arrieta escribió:

La paz fue celebrada por todos los individuos que componían el Ejército con las demostraciones del mayor regocijo, pues esta feliz ocurrencia nos libraba de abrir la campaña a las órdenes de un jefe notoriamente imbécil [Lavalleja], bajo de cuyas órdenes indudablemente íbamos a borrar con vergonzosa derrota el brillo de tantas victorias como habíamos obtenido.

Lo que no quita otro sentimiento, que a su vez pone de relieve en sus *Recuerdos* el coronel Todd: "Se decía con bastante insistencia que Dorrego quería la destrucción de nuestro Ejército, porque lo consideraba enemigo de su política. Si era cierto, no se equivocaba Dorrego, como a un enemigo que era preciso eliminar". Salvando la buena fe de Todd —que es posible haya mezclado épocas—, si en verdad el Ejército Nacional se sen-

tía abandonado por el Gobierno de Buenos Aires porque no lo atendía debidamente, no puede aceptarse que el coronel Dorrego abrigara esa prevención contra él: varios datos obran contra esa afirmación, puesto que pensaba agasajarlo a su retorno a la patria, y abonar sus sueldos atrasados. El descontento que imperaba en sus filas no se derivaba al campo político, al menos entre los subalternos, sino de su estado rayano en la indigencia; y no debe deshecharse que aquel estado de ánimo fuera explotado por los jefes opuestos a Dorrego.

La suspensión de hostilidades que, salvo algunas correrías en la frontera, databa desde después de Ituzaingó y combates subsiguientes —un año atrás— hizo que a comienzos de 1828 varios jefes del Ejército viajaran a Buenos Aires por diversos motivos. Aquí fueron influenciados por el Partido Unitario para deponer del gobierno al coronel Dorrego, acusándolo de "haber entregado el destino de la provincia a los caudillos del interior", con otros cargos referentes a la situación de ella. Fue éste el gran crimen de ese Partido, que orgullosamente se jactaba de ser *el de los principios, de las luces*: haber acudido a la fuerza militar para volver a acceder al poder, en vez de aguardar que una inteligente oposición y el desgaste de la autoridad por el transcurso del tiempo, deteriorase al adversario y les permitiera recobrar su posición. El general Juan Lavalle fue el principal sujeto de sus miras sediciosas, para ser empleado como medio para el cambio ambicionado, dado su prestigio en el Ejército. El grupo de conspiradores estaba compuesto por antiguos colaboradores del ex presidente Rivadavia, si bien éste se hallaba ajeno a sus conciliábulos, según coinciden fuentes historiográficas de opuesta tendencia: eran aquéllos, entre los principales, los doctores Julián Segundo de Agüero, Salvador María del Carril, Manuel Bonifacio Gallardo, Juan Cruz Varela.

Un par de hechos pareció dar la razón a quienes acusaban al gobernador Dorrego de encaminarse hacia el despotismo: el de más gravedad tuvo lugar con motivo de la elección de diputados para la Legislatura provincial. Sucedió el 4 de mayo de 1828, y pudieron aquilatarlo varios oficiales superiores de licencia en Buenos Aires, llevando su impresión de retorno al Ejército.

Los dos partidos porteños estaban decididos a vencer a sus respectivos oponentes a toda costa, y si el Gobierno envió a los comicios a tropa armada para imponerse, la oposición unitaria concurrió dispuesta a no dejarse avasallar: le prestaron el importante concurso de su asistencia el general Alvear en la parroquia de la Catedral, el general Soler en San Nicolás, y el general Lavalle en el atrio del Colegio, sobre San Ignacio. Fue, quizá, la primera de las famosas elecciones violentas del siglo XIX. No deja dudas de lo que ocurrió el coronel Tomás de Iriarte, designado por el gobernador Dorrego, comandante general de Artillería (un batallón de 400 a 500 plazas, que guarnecía la Casa de Gobierno y daba destacamentos a los puntos artillados de la costa): "Todo anunciaba que el acto sería de los más acalorados y tumultuarios. Yo toqué el resorte de todos los operarios del parque de Artillería, más de 150 en número, para hacer triunfar la lista del gobierno en la parroquia de San Nicolás, donde aquéllos, con arreglo a la ley, debían votar". Adelantemos que el gobierno venció en este lugar. El incidente más ruidoso se produjo en la mesa de la parroquia del Colegio, donde el general Lavalle se impuso a un oficial que con tropa también concurrió a favor de la autoridad, pero que debió retirarse intimidado por la actitud decidida de aquel famoso soldado.

El 8 de mayo el Gobierno sancionó una ley que imponía penas a los impresos que atacaran a la religión o fueran contrarios a la moral, y excitaran a la sedición o a trastor-

nar el orden público, y "los que ofendan con sátiras e invectivas al honor y reputación de algún individuo, o ridiculicen su persona". No era el mandatario el más indicado para estimular la censura a dichas conductas —sostenían los unitarios—, cuando Dorrego se había caracterizado por su saña a través de *El Tribuno* en descalificar al presidente Rivadavia. Para el partido opositor se trataba, lisa y llanamente, de una limitación a la libertad de imprenta.

El hecho resultante de ambos episodios fue que los dirigentes unitarios influyeron en el ánimo de Lavalle y algunos de sus camaradas para presentar al coronel Dorrego como un gobernante que llevaría a la ruina a Buenos Aires, negando a sus adversarios el derecho de oponerse a sus medidas, con el uso de un poder absoluto. Desde entonces quedó concertado disponer del Ejército para deponerlo, con dicho General a su cabeza. Lavalle retornó al campamento de Cerro Largo resuelto a cumplir con ese propósito.

Comentando en el Estado Oriental su intención al general José María Paz, ante la observación de éste en sentido que podría encontrar resistencias en la provincia de Buenos Aires, Lavalle contestó confiado a su amigo: "No conoce usted esa campaña, y por eso le da alguna importancia: con sólo una mitad de caballería de línea soy capaz de meter todo el sur de Buenos Aires en un cuerno y tapanlo con otro". Este desdén del general Lavalle por las milicias para enfrentar a veteranos no era del todo infundado —en cuanto conocía la zona y sus pobladores—, ya que al ser designado por el gobernador Las Heras para organizar en Chascomús el Regimiento n° 4 de Coraceros, que luego condujo a la guerra con Brasil, fue empleado con esta unidad para trazar una nueva línea de frontera frente a Tandil (31 de octubre de 1825), expedicionando a la sierra de Volcán. A su retorno, Lavalle probó a su tropa en un encuentro con los indígenas en el paraje denominado Hinojal, donde les causó una terrible derrota. Fue en esta comisión cuando Lavalle conoció al hacendado Juan Manuel de Rosas, encargado del *trato pacífico* con los indios.

Es difícil guardar el secreto sobre una conspiración cuando los ánimos se hallan excitados y se cuenta con la seguridad del éxito. Lo cierto es que varios anuncios llegaron al Gobernador de Buenos Aires de que el Ejército Nacional estaba disgustado con él y que al volver a la patria sería empleado para obrar en contra suya. Dorrego se negó a aceptar las advertencias para prevenirse, aun cuando se le precisó quién sería la cabeza del movimiento.

La 1ª División del Ejército desembarcó en Buenos Aires el 29 de noviembre de 1828, y su grueso fue alojado en el antiguo convento de los Recoletos, en los suburbios. Al día siguiente su comandante el general Juan Lavalle conferenció con los dirigentes unitarios para ultimar los detalles del inmediato golpe de Estado, no descartándose entre las medidas a tomar la ejecución del mandatario porteño, en la hipótesis de que su resistencia causara víctimas. Al mismo tiempo, la plana mayor de aquella pasó a saludar al Gobernador, quien al dar orden al colector de la Aduana que dispusiera de los fondos para abonar sus servicios, le comentó: "Son tan meritorios como los de la guerra de la Independencia".

Redoblándose los avisos a Dorrego sobre la inminencia de la sublevación, éste alarmado finalmente, impartió orden a su edecán el coronel Bernardo Castañón para que fuera a intimar a Lavalle que se presentara en el Fuerte, sede del gobierno. Era la madrugada

del 1º de diciembre, y al llegar a La Recoleta el edecán se encontró con la tropa formada y al general Lavalle que le contestó: "Diga usted al coronel Dorrego que ya voy, pero a arrojarlo de un puesto que no merece ocupar". Uno de sus jefes que se hallaba próximo agregó: "¡Y a levantarle el mate si resiste!".

El mandatario tomó sus medidas, consistentes en apostar para la defensa de la Casa de Gobierno al Regimiento de Artillería Ligera (coronel Iriarte) y al Batallón 4º de Cazadores (coronel Rolón). Pero dominada sin oposición la ciudad por los amotinados, se dio cuenta de que la resistencia era imposible y, encomendado a sus ministros los generales Tomás Guido y Juan Ramón Balcarce que "hicieran todo lo que les aconsejara la razón", abandonó el Fuerte por la puerta *del socorro*, a espaldas de la plaza de la Victoria que era ocupada por los primeros, y se dirigió a la campaña para organizar el sometimiento de los militares sublevados.

Las cabezas del Partido Unitario, entre tanto, convocaron a sus simpatizantes a la capilla de San Roque para cubrir la acefalía gubernativa en que, a su juicio, había incurrido el coronel Dorrego al abandonar la sede de su autoridad. Siendo insuficiente su recinto para contener a la inmensa concurrencia que respondió al llamado, debió trasladarse a la contigua iglesia de San Francisco, donde por aclamación fue elegido como gobernador interino el jefe del movimiento. Claro que esta designación era nula: el mandatario debía ser designado por la Junta de Representantes, y además permanecía en la provincia de Buenos Aires. Pero sus ministros acataron lo resuelto, "deseando remover todo motivo de conflicto para este benemérito pueblo, y de satisfacer a la ansiedad en que se halla en estos momentos". Ello, sin dejar de asentar en esta nota que el poder conferido al general Lavalle "no emana de la Representación reconocida como legal por nuestras instituciones provinciales". El acto eleccionario tan sólo significó que el pronunciamiento no era un mero cuartelazo, sino que un importante Partido lo apoyaba, quitándole el carácter de golpe militar exclusivamente. Como se produjo sin derramamiento de sangre, el general Lavalle licenció a varios efectivos de los cuerpos que habían efectuado la campaña contra el Imperio de Brasil. Para refrendar sus primeras disposiciones, el joven general (31 años) designó en el cargo de oficial primero de Gobierno al doctor Valentín Alsina, de menor edad que la suya. En el aspecto recién señalado, no puede dejar de llamarse la atención el "Manifiesto" justificativo del gobierno provisorio fechado el 5 de diciembre —al cual luego volverá a hacerse mención—, que destacaba que el cambio de la administración porteña se había logrado "sin que cueste ni lágrimas ni sangre", finalizando:

Si alguna se derrama por desgracia, no será el pueblo heroico de Buenos Aires, no la digna División 1ª del Ejército ni sus jefes beneméritos, los que deberán responder del escándalo: la patria siempre la pedirá al hombre que al subir al mando, prometió dejarlo si no lograba contar con la opinión pública, y cuando la opinión pública lo ha arrojado de su puesto, ha tomado las armas para conquistarla con sangre.

Una amenazadora advertencia...

Mientras en la ciudad sucedían los hechos reseñados, Dorrego confiaba en el apoyo que le podían dar la División que en el norte comandaba el coronel Ángel Pacheco, compuesta por el Regimiento n° 5 de Caballería de Línea (Húsares) y el Regimiento n° 4 de

Milicias, y en el centro de la provincia un Regimiento de Blandengues santafecinos enviado como auxiliar en la lucha contra los indios. Asimismo, venciendo su antipatía, escribió al comandante general de Milicias de Campaña, coronel Juan Manuel de Rosas —a quien denominaba “gaucho pícaro”, seguramente a partir del abandono que éste le había hecho en 1820 cuando llevaba adelante la invasión a Santa Fe—, para que “ponga en ejercicio todos los recursos que estuviesen en la esfera de sus facultades para citar, reunir y dirigir donde y como tuviese por conveniente, los regimientos de su mando, y con ellos obrar enérgicamente en protección de la autoridad y de las leyes”. Dorrego no estaba dispuesto a ceder su cargo sin resistencia, como valiente y decidido que era, habiendo comunicado el día 2 al presidente de la Legislatura Provincial que, delegado el mando de la ciudad al ministro de Guerra (ignorando lo sucedido en ella), se reservaba el de la campaña, a donde había salido con el objeto de reunir todas sus milicias y fuerzas disponibles. Igual advertencia dirigió al gobernador santafecino Estanislao López, para que la difundiese en el Interior y marchase en su apoyo. El general López le contestó el 9 avisándole que había cumplido su encargo y que quedaba preparado para auxiliarlo, porque estaba convencido de que la asonada era obra del Partido Unitario. Al coronel Pacheco le comunicó Dorrego el 4:

No es el amor al mando el que me conduce a obrar en las presentes circunstancias, pues lo devolvería gustoso a aquellos que me lo confirieron; es sí, el sagrado deber que me impone la autoridad que represento, de sostener las instituciones que nos habíamos dado, entre las que las vías de hecho no tienen lugar.

Los sucesos se precipitaban.

El coronel Manuel Dorrego organizaba sus fuerzas en Cañuelas, que llegaron a ascender a más de 2.000 hombres entre milicianos y veteranos, incluyendo cuatro pequeños cañones que el coronel Nicolás de Vedia le remitió desde la boca del río Salado. Además contaba con el concurso de indios “amigos” que le suministraría el coronel Rosas. Lavalle conoció estas reuniones, y para impedir que el mandatario depuesto acrecentara sus filas, el día 6 delegó el mando de la ciudad en el brigadier William Brown y partió al frente de una columna de soldados de caballería entresacados de toda la guarnición. Los que la componían eran: Regimiento nº 1, 100 plazas (coronel Niceto Vega); Regimiento nº 3, 100 plazas (teniente coronel Sixto Quesada); Regimiento nº 16, 300 plazas (coronel José Olavarría); Regimiento Colorados de las Conchas (coronel José María Vilela), y un escuadrón mandado por el teniente coronel Manuel de Olazábal. Los acompañaban sin destino el brigadier Martín Rodríguez y los coroneles La Madrid, Pedernera, Rojas y Bogado. El 8 de diciembre, sabiendo que Dorrego se encontraba cerca de la laguna de Lobos, despachó al coronel La Madrid, antiguo camarada de aquél en la guerra de la Independencia, y compadre de bautismo con Rosas, munido de la siguiente credencial:

El gobernador provisorio de la provincia, elevado a este destino por el voto público, deseando terminar sin efusión de sangre la obra empezada el día 1º, envía al campo del señor coronel don Manuel Dorrego al de igual clase don Gregorio Aráoz de La Madrid, quien va autorizado para conceder las garantías personales que puedan solicitar los señores jefes y demás individuos de esa reunión.

El enviado fue detenido antes de llegar al campamento de Dorrego por el coronel Rosas —éste aún sin haberse unido a aquél— y la misión no tuvo efecto.

Al día siguiente las fuerzas de ambos contendientes se hallaban en proximidades del pueblo de Navarro, a donde se dirigieron coincidentemente durante la noche anterior, posiblemente sin saberlo Dorrego, que aguardaba la incorporación de sus refuerzos. Ignoraba que “el gaucho pícaro” no pensaba ayudarlo, según lo revelaría en carta que luego se insertará: el comandante de las Milicias estaba decidido fugarse a Santa Fe aun contra la opinión de su superior y aliado político, lo que el coronel Dorrego no se mostraba resignado a hacer. Lo que sucedió fue referido por Rosas mismo, escribiendo años después a una persona de su confianza, emigrado en Inglaterra (22 de septiembre de 1869). Vale la pena transcribirla en su parte esencial, porque es la confesión más acabada de su deserción en el momento de la prueba suprema:

No pude encontrar esa noche a S.E. cerca de Navarro para despedirme y decirle que no debíamos pasar, porque si el enemigo había trasnochado como nosotros, nos atacaría sin darnos tiempo para retirarnos en orden. Al amanecer recibí aviso de avisarse gente que parecía enemiga en dirección a Cañuelas. Sólo tuve tiempo para mandar decir a S.E. con varios chasques repetidos cada dos minutos, que el enemigo me parecía estar muy cerca; que se retirase sin perder tiempo, pues yo ya empezaría a hacer lo mismo.

S.E. me mandó decir repetidamente que no me fuese, pues la fuerza la había formado ya para cargar al enemigo así que se acercara, asegurándome que las tropas enemigas iban a pasarse todas así que se acercasen las nuestras. Con profunda pena recibí estas repetidas órdenes.

Ni tiempo tuve para formar y cargar de flanco con algunos indios de lanza, que era lo único que había con armas. El enemigo siguió, y los grupos mal formados de S.E. dispararon antes de ser cargados.

Se desprende de la versión precedente (publicada por primera vez fragmentariamente por el historiador Adolfo Saldías y luego en forma completa por el doctor Carlos Ibarguren) que las tropas de Lavalle desfilaron por el costado de Rosas sin ser molestadas, y Dorrego solo debió librar el combate. Conforme al parte elevado por el General al gobierno delegado, el coronel Dorrego le hizo frente con 1.500 hombres, al cual hizo cargar por su caballería —inferior numéricamente, pero formada por los veteranos de Brasil— dividida en cinco escalones, mandados por los coroneles Anacleto Medina, La Madrid, Juan Apóstol Martínez, Niceto Vega y Olavarría. Los tres primeros atacaron en línea a la izquierda y al centro del coronel Dorrego, recibiendo el fuego de las cuatro piezas de artillería, no obstante lo cual se apoderaron de ellas con la muerte de sus sirvientes, que cayeron defendiéndolas, y luego destrozaron a los escuadrones que intentaron oponérseles. Por la derecha 200 indios salvajes avanzaron para envolver a la fuerza de Lavalle, “pero fueron recibidos y pulverizados por el señor coronel Olavarría al frente de cien lanceros del 16”. Entonces se produjo la dispersión de la tropa de Dorrego en todas direcciones, luego de perder un centenar de bajas. Los caídos en la columna del general Lavalle fueron un capitán muerto en la carga, al igual que tres individuos de tropa, y heridos el coronel Medina, el comandante Francisco Olmos, y 22 soldados. Unos 200 milicianos tomados fueron puestos en libertad luego de desarmados. Orgullosamente, Lavalle anun-

Milicias, y en el centro de la provincia un Regimiento de Blandengues santafecinos enviado como auxiliar en la lucha contra los indios. Asimismo, venciendo su antipatía, escribió al comandante general de Milicias de Campaña, coronel Juan Manuel de Rosas —a quien denominaba “gaucho pícaro”, seguramente a partir del abandono que éste le había hecho en 1820 cuando llevaba adelante la invasión a Santa Fe—, para que “ponga en ejercicio todos los recursos que estuviesen en la esfera de sus facultades para citar, reunir y dirigir donde y como tuviese por conveniente, los regimientos de su mando, y con ellos obrar enérgicamente en protección de la autoridad y de las leyes”. Dorrego no estaba dispuesto a ceder su cargo sin resistencia, como valiente y decidido que era, habiendo comunicado el día 2 al presidente de la Legislatura Provincial que, delegado el mando de la ciudad al ministro de Guerra (ignorando lo sucedido en ella), se reservaba el de la campaña, a donde había salido con el objeto de reunir todas sus milicias y fuerzas disponibles. Igual advertencia dirigió al gobernador santafecino Estanislao López, para que la difundiese en el Interior y marchase en su apoyo. El general López le contestó el 9 avisándole que había cumplido su encargo y que quedaba preparado para auxiliarlo, porque estaba convencido de que la asonada era obra del Partido Unitario. Al coronel Pacheco le comunicó Dorrego el 4:

No es el amor al mando el que me conduce a obrar en las presentes circunstancias, pues lo devolvería gustoso a aquellos que me lo confirieron; es sí, el sagrado deber que me impone la autoridad que represento, de sostener las instituciones que nos habíamos dado, entre las que las vías de hecho no tienen lugar.

Los sucesos se precipitaban.

El coronel Manuel Dorrego organizaba sus fuerzas en Cañuelas, que llegaron a ascender a más de 2.000 hombres entre milicianos y veteranos, incluyendo cuatro pequeños cañones que el coronel Nicolás de Vedia le remitió desde la boca del río Salado. Además contaba con el concurso de indios “amigos” que le suministraría el coronel Rosas. Lavalle conoció estas reuniones, y para impedir que el mandatario depuesto acrecentara sus filas, el día 6 delegó el mando de la ciudad en el brigadier William Brown y partió al frente de una columna de soldados de caballería entresacados de toda la guarnición. Los que la componían eran: Regimiento n° 1, 100 plazas (coronel Niceto Vega); Regimiento n° 3, 100 plazas (teniente coronel Sixto Quesada); Regimiento n° 16, 300 plazas (coronel José Olavarría); Regimiento Colorados de las Conchas (coronel José María Vilela), y un escuadrón mandado por el teniente coronel Manuel de Olazábal. Los acompañaban sin destino el brigadier Martín Rodríguez y los coroneles La Madrid, Pedernera, Rojas y Bogado. El 8 de diciembre, sabiendo que Dorrego se encontraba cerca de la laguna de Lobos, despachó al coronel La Madrid, antiguo camarada de aquél en la guerra de la Independencia, y compadre de bautismo con Rosas, munido de la siguiente credencial:

El gobernador provisorio de la provincia, elevado a este destino por el voto público, deseando terminar sin efusión de sangre la obra empezada el día 1°, envía al campo del señor coronel don Manuel Dorrego al de igual clase don Gregorio Aráoz de La Madrid, quien va autorizado para conceder las garantías personales que puedan solicitar los señores jefes y demás individuos de esa reunión.

El enviado fue detenido antes de llegar al campamento de Dorrego por el coronel Rosas —éste aún sin haberse unido a aquél— y la misión no tuvo efecto.

Al día siguiente las fuerzas de ambos contendientes se hallaban en proximidades del pueblo de Navarro, a donde se dirigieron coincidentemente durante la noche anterior, posiblemente sin saberlo Dorrego, que aguardaba la incorporación de sus refuerzos. Ignoraba que “el gaucho pícaro” no pensaba ayudarlo, según lo revelaría en carta que luego se insertará: el comandante de las Milicias estaba decidido fugarse a Santa Fe aun contra la opinión de su superior y aliado político, lo que el coronel Dorrego no se mostraba resignado a hacer. Lo que sucedió fue referido por Rosas mismo, escribiendo años después a una persona de su confianza, emigrado en Inglaterra (22 de septiembre de 1869). Vale la pena transcribirla en su parte esencial, porque es la confesión más acabada de su desertión en el momento de la prueba suprema:

No pude encontrar esa noche a S.E. cerca de Navarro para despedirme y decirle que no debíamos pasar, porque si el enemigo había trasnochado como nosotros, nos atacaría sin darnos tiempo para retirarnos en orden. Al amanecer recibí aviso de avisarse gente que parecía enemiga en dirección a Cañuelas. Sólo tuve tiempo para mandar decir a S.E. con varios chasques repetidos cada dos minutos, que el enemigo me parecía estar muy cerca; que se retirase sin perder tiempo, pues yo ya empezaría a hacer lo mismo.

S.E. me mandó decir repetidamente que no me fuese, pues la fuerza la había formado ya para cargar al enemigo así que se acercara, asegurándome que las tropas enemigas iban a pasarse todas así que se acercasen las nuestras. Con profunda pena recibí estas repetidas órdenes.

Ni tiempo tuve para formar y cargar de flanco con algunos indios de lanza, que era lo único que había con armas. El enemigo siguió, y los grupos mal formados de S.E. dispararon antes de ser cargados.

Se desprende de la versión precedente (publicada por primera vez fragmentariamente por el historiador Adolfo Saldías y luego en forma completa por el doctor Carlos Ibarguren) que las tropas de Lavalle desfilaron por el costado de Rosas sin ser molestadas, y Dorrego solo debió librar el combate. Conforme al parte elevado por el General al gobierno delegado, el coronel Dorrego le hizo frente con 1.500 hombres, al cual hizo cargar por su caballería —inferior numéricamente, pero formada por los veteranos de Brasil— dividida en cinco escalones, mandados por los coroneles Anacleto Medina, La Madrid, Juan Apóstol Martínez, Niceto Vega y Olavarría. Los tres primeros atacaron en línea a la izquierda y al centro del coronel Dorrego, recibiendo el fuego de las cuatro piezas de artillería, no obstante lo cual se apoderaron de ellas con la muerte de sus sirvientes, que cayeron defendiéndolas, y luego destrozaron a los escuadrones que intentaron oponérseles. Por la derecha 200 indios salvajes avanzaron para envolver a la fuerza de Lavalle, “pero fueron recibidos y pulverizados por el señor coronel Olavarría al frente de cien lanceiros del 16”. Entonces se produjo la dispersión de la tropa de Dorrego en todas direcciones, luego de perder un centenar de bajas. Los caídos en la columna del general Lavalle fueron un capitán muerto en la carga, al igual que tres individuos de tropa, y heridos el coronel Medina, el comandante Francisco Olmos, y 22 soldados. Unos 200 milicianos tomados fueron puestos en libertad luego de desarmados. Orgullosamente, Lavalle anun-

ciaba en su parte que "si algunos discípulos de Artigas quisieren empeñarse contra el destino, serán escarmentados tan pronto como aparezcan".

¿Y el coronel de milicias Juan Manuel de Rosas? Escapando con antelación del chinche armado, a espaldas de sus propios subordinados, el 12 de diciembre dio cuenta de su conducta al gobernador López de Santa Fe al llegar a ella, disculpándose:

Estando conmigo Dorrego yo no podía obrar conforme con mis deseos y con mis opiniones, en el todo o en la parte principal. Cansado de sufrir disparates, quise más bien venirme a saber la voluntad del gobierno de esta provincia y de la Convención, por esto no quise traer la gente ni decirles que venía; y a pesar de esto y de que he procurado venir escondido, se han venido jefes de los regimientos, alguna tropa y oficiales, y vendrán cuantos se quiera si se los llama. Lo que interesa sobremanera es el que usted venga para que hablemos, pues yo, sin saber la voluntad de la provincia de Santa Fe y Convención, repito que nada quiero resolver.

Tras su derrota, el coronel Manuel Dorrego emprendió camino rumbo al norte, donde confiaba reunirse con Pacheco y su división, que no lograron incorporársele a tiempo. Pernoctó en la noche del mismo 9 de diciembre en la estancia *El Triunfo* de su hermano Luis, situada a tres leguas de Salto, y en compañía de éste continuó el día siguiente hacia un puesto denominado *El Clavo*, perteneciente a otra estancia cercana propiedad de Luis Dorrego, en donde se hallaba acantonado el Regimiento de Húsares, mandado por el teniente coronel Bernardino Escribano. Los Húsares (Regimiento n° 5 de Caballería) eran el antiguo cuerpo del coronel Federico Rauch, removido por el gobernador Dorrego. Tomaban mate esa noche los hermanos Dorrego con un grupo de oficiales, cuando se presentó el segundo jefe del regimiento, mayor Mariano de Acha, y le intimó prisión en nombre de su jefe. El propio Escribano al mismo tiempo arrestaba al coronel Pacheco en otro lugar.

Los sucesos se encaminaban a la tragedia conocida por todos, con las graves consecuencias para la República Argentina que se prolongaron durante muchos años más, por lo que a juicio del autor, merecen conocerse sus detalles.

Dorrego, siempre en compañía de su hermano Luis, escoltados por 50 hombres del Regimiento n° 5 llevando a su frente al teniente coronel Escribano —relevado a mitad de camino por Rauch—, fueron conducidos en coche en dirección a la ciudad de Buenos Aires, en cuyo trayecto el depuesto mandatario escribió a las autoridades de ella delegadas por Lavalle, para que le permitieran retirarse del país y de la política. Tanto Brown como su ministro, el doctor José Miguel Díaz Vélez, le dirigieron mensajes tranquilizadores acerca de su futuro personal. Pero en atención a "la agitación que se ha sentido luego que se anunció su captura", participaba Brown al general Lavalle que con posterioridad había decidido remitir al prisionero al cuartel del último, todavía acampado en la estancia de Almeira, proximidades de Navarro. El doctor Carril, uno de los dirigentes unitarios que impulsaron el levantamiento del Ejército, también aludió en la carta que seguidamente se utilizará, a la "fuerte emoción" que había causado aquella detención: fue éste —según propia declaración contenida en ella— quien modificó la conducción del ex mandatario, influyendo ante el gobierno delegado para que se la cambiara por Navarro, a donde estaba "el único hombre que debiera disponer de los destinos de Dorrego".

Es bien sabido que otras misivas eran redactadas al mismo tiempo, de un tenor muy diferente del pensamiento de Brown y Díaz Vélez. Se conocieron dos de ellas recién en 1886 (publicadas por el historiador Ángel Justiniano Carranza). Una de ellas pertenece a Juan C. Varela, escrita a las diez de la noche del 12 de diciembre, en que fue conocida la captura de Dorrego, a la cual no hace falta comentar:

Después de la sangre que se ha derramado en Navarro, el proceso del que la ha hecho correr está formado: esto será lo que decida la revolución. Sobre todo, si andamos a medias... En fin, usted piense que 200 y más muertos y 500 heridos deben hacer entender a usted cuál es su deber. Cartas como éstas se rompen, y en circunstancias como las presentes se dispensan estas confianzas a los que usted sabe que no lo engañan.

Una más, ésta sin el coraje de su autor para firmarla, pero autógrafa del doctor Salvador María del Carril, decía a Lavalle el mismo día:

Se emplean todos los manejos acostumbrados para que se excuse un escarmiento y las víctimas de Navarro queden sin venganza. No se sabe bien cuánto puede hacer el partido de Dorrego en este lance: él se compone de la canalla más desesperada. Ahora bien, general, prescindamos del corazón en este caso. Un hombre valiente no puede ser vengativo ni cruel. Creo que usted es un hombre de genio, y entonces no puedo figurármelo sin la firmeza necesaria para prescindir de los sentimientos, y considerar obrando en política todos los actos de cualesquiera naturaleza que sean, como medios que conducen o desvían de un fin. Una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella. Si usted, general, la aborda así a sangre fría, la decide; si no, yo habré importunado a usted, y lo que es más sensible, habrá usted perdido la ocasión de cortar la primera cabeza a la hidra, y no cortará las restantes. Entonces ¿qué gloria puede recogerse en este campo desolado por esta fieras?...

Otra carta en el mismo sentido de disponer de la vida del prisionero fue escrita por Carril el 14 de diciembre, de sentido contrario a una de Díaz Vélez reclamando por su seguridad, la cual era pedida asimismo por los representantes de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, que se ofrecieron como garantes de su salida del país.

Nada de esto pudo influir en la determinación del general Lavalle, quien ya la había adoptado cuando a las dos de la tarde del 13 llegó Dorrego a su campamento.

En ese instante este último pidió entrevistarse con su antiguo camarada La Madrid, quien consigna en sus *Memorias* que estaba compadecido por su suerte, porque a pesar que tenía sus rasgos de locura y era de un carácter atropellado y anárquico, no podía olvidar que era un jefe valiente que había prestado servicios importantes en la guerra de nuestra Independencia, y en fin, que era el gobernador legítimo de la provincia, y mi compadre además". Ante Aráoz de La Madrid encareció el coronel Dorrego entrevistarse con Lavalle para arreglar pacíficamente la cuestión planteada; "de lo contrario [ad-*virtió*] correrá sangre". El general Lavalle se negó terminantemente a escucharlo, pues informó a La Madrid que ya había impartido sus instrucciones: aquél sería fusilado. No quiso modificar su resolución, como no duda quien esto escribe, que hubiese hecho al verlo.

En efecto: según años después (1869) reveló el coronel Juan Elías —entonces mayor y edecán de Lavalle—,

[...] “*el General se paseaba agitado a grandes pasos y al parecer sumido en una profunda meditación*”, cuando le intimó que comunicara su resolución a Dorrego, a cumplirse en una hora. Éste recibió la noticia estupefacto, exclamando ¡Santo Dios!, pese a que abrigaba desde antes, como es natural, inquietud por su suerte. Recobrándose al momento, pidió ver nuevamente al coronel La Madrid, a quien manifestó: “A un desertor al frente del enemigo, a un bandido, se le da más término; no se le condena sin oírlo y sin permitirle su defensa. ¿Quién ha dado esa facultad a un general sublevado? Hágase de mí lo que se quiera ¡pero cuidado con las consecuencias!”.

Muy sereno pese a lo que le esperaba a poco, el coronel Manuel Dorrego escribió con pulso firme y mente clara sus últimas disposiciones: cariñosas cartas de despedida para su esposa e hijas, acompañándoles un cinturón bordado y su anillo, y recomendándoles ser virtuosas y observar las enseñanzas de la religión católica —“que me consuela en este momento”—, y a un par de amigos para que atendieran a sus créditos y deudas. Luego otra misiva para su correligionario político Estanislao López: “Mi apreciado amigo: En este momento me intiman morir dentro de una hora. Ignoro la causa de mi muerte, pero de todos modos perdono a mis perseguidores. Cese usted por mi parte todo preparativo, y que mi muerte no sea causa de derramamiento de sangre”. Fue la postura: ningún recuerdo dirigió al subordinado que defeccionó a su confianza y al cumplimiento de sus deberes más solemnes. Acto seguido se confesó con el cura párroco del pueblo. Tras ello pidió ver otra vez al coronel La Madrid, solicitándole una chaqueta “para morir con ella”. Presa de sumo dolor, La Madrid le llevó una que tenía guardada, que aquél cambió por la puesta dentro del coche, y pidió a su antiguo compañero de armas que lo acompañara a donde debía recibir la muerte. Éste se negó. “Con firmeza” —refiere La Madrid— Dorrego lo apremió: “¿Tiene a menos el salir conmigo?”. Con voz ahogada por el sentimiento, aquél contestó: “No, compadre, de ninguna manera, pero el valor me falta y no tengo corazón para verlo en ese trance. Abracémonos aquí y Dios le dé resignación”. Se despidieron “con ternura” —cuenta Elías que presenciaba la escena—, y La Madrid bajó llorando del carruaje.

Añade el luego coronel Juan Elías:

Un momento después oí la descarga que arrebató la vida a ese infeliz. Yo no quise presenciar ese acto, cuyas tristes consecuencias preveía. Yo me hallaba mudo al lado del general Lavalle, que profundamente conmovido me dijo: “Amigo mío: acabo de hacer un sacrificio doloroso que era indispensable”. Acto seguido escribió su célebre parte al gobierno delegado, participándole que “por mi orden” había sido fusilado el antiguo gobernador: “La Historia, señor ministro, juzgará imparcialmente si el coronel Dorrego ha debido o no morir; y si al sacrificarlo a la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, puedo haber estado poseído de otro sentimiento que el del bien público. Quiera persuadirse el pueblo de Buenos Aires que la muerte del coronel Dorrego es el sacrificio mayor que puedo hacer en su obsequio”.

Estupefacción y horror fueron la reacción al difundirse lo sucedido, en Buenos Aires primero y luego en toda la Confederación Argentina. Ese crimen injustificable fue censurado casi universalmente, incluso por quienes habían aplaudido la caída del gobierno del coronel Manuel Dorrego, pero no por todos: se ha publicado la satisfacción de los dos impulsores de su ejecución, Varela y Carril. La siguiente misiva del general Lavalle dirigida el mismo 13 de diciembre en que se consumó el atentado, a Brown, revela al inspirador que guió su fatal resolución, pues sus argumentos son copiados de los consejos recibidos:

Mi muy estimado general: Desde que emprendí esta obra tomé la resolución de cortar la cabeza de la hidra, y sólo la carta de usted puede haberme hecho trepidar un largo rato, por el respeto que me inspira su persona. Yo, mi respetado general, en la posición en que estoy colocado, no debo tener corazón. V.E. siente por sí mismo que los hombres valientes no pueden abrigar sentimientos innobles, y al sacrificar al coronel Dorrego lo hago en la persuasión de que así lo exigen los intereses de un gran pueblo.

Una semana después de consumado el drama, el 20 de diciembre, el doctor Salvador María del Carril escribió una vez más —se ha omitido copiar otra carta suya, reiterativa de la primera que se conoce—, para volver a aconsejarlo, en vista de la repercusión adversa que la noticia del procedimiento usado contra Dorrego había causado en la población:

Mi querido general: Cuatro palabras sobre la muerte de Dorrego y no más. Ella no pudo ser precedida de un juicio en forma: 1) porque no había jueces; 2) porque el juicio es necesario para averiguar los crímenes y demostrarlos, y de los atentados de Dorrego se tenía más que juicio, opinión de su evidencia, existente y palpable, comprobado por muchas víctimas. Sin embargo, vea usted cuál es mi duda: ¿no será conveniente dejar a los contemporáneos y a la posteridad en los mismos esfuerzos que se hagan para suplir las formas, que no se han podido llenar o que eran innecesarios en el caso? ¿Y un acta que contuviese el complot (porque no quiero disminuir nada a la fuerza del término) de los jefes y comandantes de su división, votando a unanimidad la muerte, no llenaría bien los dos objetos de mi pregunta anterior?

Esta sugerencia —seguida de argumentos para sostenerla— habría sido según su autor apoyada por el doctor Manuel B. Gaillard. Pero el general Lavalle, pese a haberse dejado sugestionar una vez, carecía de ánimo apocado y aun en el error su altivo espíritu se mantuvo firme: revela el coronel Gregorio Aráoz de La Madrid que luego de la ejecución, Lavalle convocó a sus jefes y les manifestó: “Estoy seguro que si yo hubiese llamado a todos para juzgar a Dorrego, todos habrían sido de mi opinión. Pero soy enemigo de comprometer a nadie, y lo he fusilado de mi orden. La posteridad me juzgará”.

No fue necesario aguardar al juicio de la Historia para determinar el error o el acierto de la tragedia sucedida en Navarro: el propio general Lavalle se encargó, no mucho después, de confesar su equivocación, y el deseo de reparar la memoria de su adversario y la difícil situación en que quedó su familia. Diez años después, al encabezar la guerra contra el antiguo e infiel subordinado del gobernador Dorrego, exclamaba ante un grupo de sus oficiales:

¿Qué significa este "por mi orden" de un mozo valiente de 30 años, que por disponer de 500 lanzas atropella las instituciones para quitar del medio al primer magistrado? Los hombres de casaca negra, ellos, ellos con sus luces y su experiencia me precipitaron en ese camino, haciéndome entender que la anarquía que devoraba a la gran República, presa del caudillaje bárbaro, era obra exclusiva de Dorrego. Pero ellos al engañarme se engañaban también ¡Ah, señores! Yo he sido el que abrió la puerta a Rosas para su despotismo y arbitrariedades sin ejemplo.

Y tras una pausa: "Si algún día volvemos a Buenos Aires, juro sobre mi espada y por mi honor de soldado que haré un acto de expiación como nunca se ha visto". Salva esta confesión pública, en parte, su moral; pero nunca podrá quitarse de su memoria el hecho consumado. Por desgracia, el ejemplo histórico de su pronunciamiento para remediar el estado de la patria apelando a la fuerza armada, sólo a causa de "un mal gobierno", e incluso la muerte de prisioneros, no fue atendido por la posteridad a quien Lavalle legó aquel antecedente.

Cabe considerar, luego de atender al desarrollo de los hechos puramente militares, a la política que los movió, sin la cual no pueden explicarse sus causas y consecuencias.

Quedó mostrado que el Partido Unitario fue el motor eficiente —bueno es recordarlo: con la excepción entre sus cabezas de don Bernardino Rivadavia, quien no estuvo de acuerdo con el golpe de Estado ni con los episodios que lo siguieron— que alentó la conducta del general Lavalle para provocar la subversión del orden legal. Creían sus principales dirigentes que luego de producida, el afortunado jefe les entregaría la conducción de los asuntos públicos, como era consiguiente a quien nunca había incursionado en la política sino que su vida entera, desde joven, estuvo consagrada al servicio de las armas, combatiendo por la patria fuera de su territorio. Pues se equivocaron. Lavalle no les entregó el poder, que conservó para sí desde el comienzo del movimiento, y cuando debió delegarlo, se sirvió del almirante Brown primero y luego lo hizo con el general Martín Rodríguez. Por otra parte, designó como principal colaborador al doctor Valentín Alsina, joven de 26 años; y un par de días después fue su ministro general el doctor Díaz Vélez, ninguno de los dos, de los conspicuos caudillos unitarios.

Lavalle carecía de ideas políticas: su programa se limitaba a restablecer el orden en la provincia de su nacimiento. Y tampoco le interesaba mezclarse con el interior del país: su única preocupación eran los intereses porteños. Una abundante documentación al respecto no deja lugar para ninguna duda al respecto. O sea que él mismo no era "unitario", en cuanto el término significa el sistema que considera al conjunto del territorio argentino para dirigirlo desde Buenos Aires. Que se lo haya motejado de tal, es una cuestión meramente partidista, pues el calificativo de *unitario* fue aplicado desde estos mismos acontecimientos para designar a los enemigos del Partido Federal, levantado en todo el país —según se verá— contra las autoridades revolucionarias porteñas, con el tinte acusador cargado por la muerte de Dorrego: serían a partir de entonces "salvajes unitarios". Con el mismo sentido de bandería, los que se opusieron a Lavalle —sobre todo después de este último acto— quedaron sindicados como "federales", aunque no lo fueran. Confundió a muchos (hasta ahora) la circunstancia de que, esto sí, el Partido Unitario impulsara y sostuviera el gobierno *de facto*. Veamos la comprobación de lo afirmado.

La primera manifestación de circunscribir la acción a la sola provincia de Buenos Aires se tuvo el mismo 1º de diciembre, al convocarse al pueblo:

El general que suscribe espera y os jura que el bien de la provincia reclama que unidos hoy a la una de la tarde en la iglesia de San Roque, deliberéis allí lo que sea conforme a las circunstancias y al bien de Buenos Aires. ¡Porteños!: todos lo somos: hagamos feliz a nuestra querida patria [sic].

A la tarde del mismo día, dominada la situación en la ciudad, Lavalle expuso su confianza en el apoyo de sus vecinos "hasta consumir la obra de la regeneración de la provincia". Corroboró su finalidad un extenso manifiesto difundido el 5 del mismo mes suscripto por Lavalle y Díaz Vélez, efectuando cargos al caído mandatario por "el estado a que había reducido a la heroica provincia de Buenos Aires", entre los cuales se señalaba su sostén a la Convención de Santa Fe, cuando —sostenía— "los intereses esenciales" de esta provincia reclamaban "su concentración y aislamiento": bien significativos son estos últimos términos para deshechar definitivamente la idea de que se estuvo frente a un propósito premeditado de llevar una guerra de imposición al resto de las Provincias. También los jefes que apoyaron el alzamiento justificaron su injerencia "en los negocios políticos de esta provincia" mediante otro manifiesto que publicaron al día siguiente (6 de diciembre) en el periódico *El Tiempo*, suscribiéndolo los coroneles Félix de Olazábal, Isaac Thompson, Juan E. Pedernera, Manuel Correa, Pedro José Díaz, José Olavarría, Sixto Quesada, Niceto Vega y Juan Apóstol Martínez.

Para cerrar este aspecto, resulta terminante la opinión que vertió en 1846 el doctor Valentín Alsina, quien como se ha visto, fue el primer funcionario del pronunciamiento:

Mi convicción es que ni al hacerse la revolución del 1º de diciembre ni por consiguiente al matar a Dorrego, pensó nadie en la organización de la República. Se miró a Dorrego como a un mal gobernante de la provincia de Buenos Aires, y de ahí únicamente nacieron aquellos dos hechos. Nadie se acordó entonces de unidad ni federación: en los diarios de aquellos días no hallará usted esas palabras, ni lo de organizar la República; no hubo un solo grito de "¡Viva la unidad o los unitarios!". Algo más tarde, cuando la lucha empezó a formalizarse, empezaron a aparecer las voces "federales" y "unitarios".

Tras citar en apoyo de sus conceptos el "Manifiesto" justificativo del golpe militar, recuerda que "todo lo que en él se alegaba concernía a intereses y cuestiones exclusivamente de la provincia". Concluyó Alsina esa carta —dirigida a enmendar algunas equivocaciones de Sarmiento en su *Facundo*— con esta rotunda síntesis sobre la revolución de Lavalle: "Ésta parecía afectada de una especie de egoísmo provincial".

Otras expresiones que corroboran lo expuesto tendrán ocasión de ser incluidas al tratar las ocasiones en que se vertieron.

Pero no lo entendieron así los gobernantes del Interior: ya sea que temiesen de buena fe que Buenos Aires se movilizaría en su contra, o que utilizaran la antinomia de los Partidos con fines proselitistas, lo positivo es que comenzaron a agitar en las Provincias la versión de que estaba frente a un intento de subyugarlas a los intereses de aquella. El inandatarario cordobés Bustos, sumamente prevenido desde antaño contra la influencia porteña, fue el primero en difundir que el levantamiento de Lavalle

[...] es una lección práctica de lo que las provincias tienen que esperar de esta funesta logia cuyo empeño es el exterminio de las benéficas instituciones. Este aconte-

tecimiento es, indudablemente, la primera señal de la guerra civil. Empeñados en que las provincias no tengan voluntad propia, destruyen cuanto por ellas se unifica.

Así se lo participaba al gobernador López de Santa Fe el 10 de diciembre, el mismo día que difundía por medio de una proclama que el general Lavalle “es quien ha tenido tantas veces la osadía de decir a voz en cuello que jamás se saciaría de derramar sangre de provincianos”. No importaban las exageraciones: al día siguiente la Legislatura de Córdoba otorgaba a la antigua cabeza del motín de Arequito, la dictadura —“aunque le parece peligroso reunir los tres poderes en un solo individuo”, manifestaba—, cesando en sus funciones al igual que el Tribunal de Apelaciones.

El coronel Rosas también aportaba lo suyo: en la carta utilizada que dirigió al mismo López desde las cercanías de Rosario el día 12 de aquel mes, opinaba que “esta vez se ha uniformado el sistema federal de un modo sólido absolutamente. Todas las clases pobres de la ciudad y campaña están en contra de los sublevados, y mucha parte de los hombres de posibles”, lo que sin duda era simplificar en extremo la situación, al igual que escribir seguidamente: “Sólo creo que están con ellos los quebrados y agiotistas que forman esta aristocracia mercantil”.

Al difundirse la muerte de Dorrego, desde la lejana La Rioja el general Juan Facundo Quiroga recriminó en forma directa a Lavalle, el 29 de diciembre, utilizando términos que reflejan los de Bustos, al recordarle “que la logia a que pertenece V.E. ha reprobado con fastidio las vías de hecho”. Y amenazaba al caudillo porteño: “No pierda V.E. los instantes que le son preciosos al abrigo de la distancia, para escudarse de los gritos de las provincias: ellas con justa indignación se disponen a buscar su desagravio y establecer el orden, o perecer ante quien las insulta y provoca”.

Se avecinaba un enfrentamiento generalizado, que el gobernador provisorio de Buenos Aires no tuvo en sus miras al producir los hechos que lo condujeron a encargarse de la autoridad local. No era lo deseado cuando el 13 de diciembre —aun ignorando la muerte de Dorrego en Navarro— el ministro doctor Díaz Vélez despachó una circular a las Provincias haciendo saber a sus gobernadores “un cambio en la administración” y que el general Lavalle la había asumido interinamente “por el voto unánime de los ciudadanos”, asegurando al despedirse que “se halla autorizado para asegurarle los sentimientos que constantemente animan a la provincia de Buenos Aires y sus autoridades, por la prosperidad de las demás de la Unión”.

Si en Buenos Aires algunos hombres pensaron atender al estado peligroso que mostraban las demás Provincias, esto recién se produjo al recibir las amenazadoras noticias de que en Santa Fe se reunían elementos para sumar a los partidarios de Dorrego que habían fugado para allí. Por eso, a mediados del mes de diciembre se consideró la posibilidad de utilizar la fuerza armada con el propósito de anularlos, “para no dar tiempo a los otros caciques que a la fecha se estarán preparando”, según avisaba el doctor Díaz Vélez a Lavalle, aun en la campaña. Pero como generalizar las conductas es incurrir en error, porque la total coincidencia es difícil de lograr, debe decirse que si bien Lavalle no pensaba inmiscuirse en los asuntos de otras jurisdicciones, su ministro no fue el único: también el vehemente doctor Salvador María del Carril le cursó una incitación más directa para que “sin cuidarse de la Junta de Representantes, se disponga de todo para marchar

sobre Córdoba y Santa Fe a un tiempo”. Para dar fuerza a su pensamiento, añadió que “don J. A. y don B. R.” (por Julián Agüero y Rivadavia, lo que posiblemente no responda a la realidad) estaban de acuerdo, considerando “que lo que se ha hecho no se completa si no se hace triunfar en todas partes la causa de la civilización contra el salvajismo”. El antiguo Gobernador de San Juan tenía otros motivos que no abrigaba el General porteño, e insistió en su plan. Como él, existía otro personaje que deseaba hacerlo, dado su carácter de provinciano, con intereses fuera de Buenos Aires: a continuación se señalará de quién se trata. Pero en términos generales, puede afirmarse que la decisión de obrar militarmente sobre el Interior no nació de los jefes porteños, sino que se trató de una reacción contra la actitud de los mandatarios de allá, no de un impulso inicial del movimiento “decembrista”, como se lo comenzó a designar por su opositores.

Las posiciones se definieron oficialmente cuando el Gobernador de Santa Fe respondió el 30 de diciembre, censurando duramente lo ocurrido en Buenos Aires y los términos agraviantes para el Interior contenidos en el manifiesto de Lavalle y Díaz Vélez del 5 de diciembre, considerando que el atentado contra Dorrego repercutía en todas las Provincias por tratarse del “jefe supremo de la República en la dirección de la guerra, paz, y relaciones exteriores”. En el mismo sentido la Convención de Santa Fe —a mediados de febrero del año 1829— declaró

[...] anárquica, sediciosa y atentatoria contra la libertad, honor y tranquilidad de la República, la sublevación militar de las tropas encabezadas por el general don Juan Lavalle, y crimen de alta traición contra el Estado el asesinato cometido en la persona del Excmo. señor don Manuel Dorrego, encargado de la dirección de la guerra, paz y relaciones exteriores.

Un mes después (26 de marzo) Lavalle enviaba un oficio a Estanislao López aclarando su postura en términos categóricos:

Quiera V.E. persuadirse que el gobierno provisorio de Buenos Aires nada quiere de las provincias, nada, absolutamente nada. Su ambición se limita a que no se le hostilice de ningún modo, a que se le deje en paz dedicarse a la prosperidad de su provincia, y asegurarse de que esta paz no será jamás turbada.

La narración se ha adelantado para redondear conceptos, pero es forzoso retroceder.

El 1º de enero del año 29 llegaron al puerto las embarcaciones que transportaban desde la ahora República Oriental del Uruguay, a la 2ª División del Ejército Nacional, comandada por el general José María Paz. Éste, como la casi totalidad de los veteranos que lucharon contra Brasil, había aplaudido la acción de su camarada Lavalle, e incluso lo hicieron muchos de los que luego —diez años más tarde— se enfrentarían a él durante la dura lucha interna. Paz asumió el Ministerio de Guerra que le confió aquél. Fue éste a quien se aludió líneas arriba, como impulsor de la acción bélica que debía llevarse al interior, habiendo escrito al general Lavalle apenas una semana después de arribado incitándolo a operar contra Bustos: “Concluya usted, amigo, y demos esta última mano a la obra que principió el 1º de diciembre”. El jefe del movimiento, consecuente con su limitado programa, no se mostró de acuerdo, considerando que las circunstancias hacían inconveniente tal propósito, y Paz aparentó conformarse en nueva carta del 23 de enero:

Algo me habla usted de la organización nacional, que no cree por lo pronto oportuno. Pero esto no es cosa que por ahora deba ocuparnos: acabe usted, con su obra, que ella habrá allanado los obstáculos para levantar el edificio. Luego trataremos y estoy seguro que nos acordaremos en el resto.

Su resignación, empero, era simple oportunismo. En cuanto al general Lavalle, todo lo fiaba al empuje de sus soldados de línea, despreciando las fuerzas que pudieran remontan los gobernantes del Interior; y en tal sentido decía a Paz: "Quisiera que los caciques Rosas, López, Quiroga, Bustos, Aldao, Ibarra y demás de la República se reunieran en un cuerpo con sus numerosas hordas, para dar cuenta de ellos con 500 coraceros".

Algunos de esos "caciques" nombrados lo desafiarían a poco, poniendo a prueba los elementos con que contaba cada bando.

Ya a principios de 1829 el gobernador López había impulsado una liga de Provincias para obrar con energía en la cuestión que —opinaba— no se trataba de intereses locales, sino de los de la Nación por entero. En comunicación a los demás mandatarios les encarecía:

Las provincias deben estar persuadidas que la guerra se les declaró el 1° de diciembre en la Plaza Mayor de Buenos Aires, y que esta declaración fue cruelmente confirmada el día 13 en Navarro; deben estar ciertas que este suceso no importa menos que la realización del antiguo plan de subyugarlas, único medio de constituir las, en concepto de esos hombres, que las miran como a tribus de salvajes; deben por último convencerse que es llegado ya el tiempo de decidir para siempre quiénes han de dar la ley a la República: si los aristócratas o los pueblos mismos.

Ese General, el vencedor del Directorio y del "Jefe Supremo" de Entre Ríos, fue designado por la Convención, comandante en jefe del Ejército "de la Unión" que los federales alistaron para terminar con el peligro que creían que los amenazaba desde Buenos Aires, aunque en los hechos fue la sola provincia de Santa Fe la que soportó el peso del conflicto. Luego pudo contar con las fuerzas de la campaña porteña.

Poca importancia otorgaba el general Lavalle a esta amenaza, tal cual lo recordaba el general Paz en un manuscrito del año 1851:

Juzgaba, y lo decía en todas partes, que las victorias de López y demás montoneros sobre los ejércitos de Buenos Aires no eran debidas a su valor, sino a la incapacidad de los generales que le habían sido opuestos. Consideraba profundamente herido el honor del primer pueblo de la República, y el de las tropas veteranas a que él pertenecía. Pensaba reivindicar el crédito de ambos con una ruidosa victoria. Varias veces le oí estas formales palabras: "Mire usted: no aspiro a otra cosa que a dar una buena lanceada a los gauchos santafecinos", y después decir a López: "Continúe usted en el mando de su provincia, que en el estado en que se halla, nadie puede apeteer ni aspirar a él".

De cualquier manera, las hostilidades estaban declaradas, y había que atenderlas. Con la campaña tranquila ante la falta de autoridad enemiga, el general Lavalle decidió atacar a López— quien había reunido fuerzas sobre la frontera en actitud amenazante—,

quedando en aquella para su seguridad los coroneles Federico Rauch, Ramón Estomba, y Anacleto y Nicolás Medina con tropas para recorrerla y hacer frente a eventualidades, pues luego del licenciamiento de los soldados que volvieron de la guerra pasada, muchos de ellos fueron invitados a reengancharse al ejército. Nada quedaba en Buenos Aires que intranquilizara a Lavalle: se habían esfumado los defensores de Dorrego luego de ser puesto en libertad tras su derrota, y tampoco preocupaban los indios auxiliares que combatieron en Navarro, que tras la pelea se desbandaron cometiendo las tropelías de todo género que acostumbraban. Cabe destacar que entre los choques adversos producidos durante el mes de enero de 1829, los de mayor consideración fueron la captura del estanciero Zenón Videla por una importante montonera acaudillada por el audaz paisano Luis Molina, y la muerte cerca de la fortaleza Protectora Argentina (Bahía Blanca) del teniente coronel Andrés Morel y varios oficiales, suboficiales y soldados del Regimiento n° 7 de Caballería, a manos de indios alzados.

Como para confirmar la seguridad del general Lavalle acerca de la pacificación de la provincia, el mismo Molina y sus hombres sufrieron cerca del fuerte Federación, en la estancia Las Palmitas, una completa derrota el 7 de febrero. La acción fue mandada en jefe por el coronel Isidoro Suárez, bajo cuyas órdenes se batieron los tenientes coroneles Mariano de Acha, Nicolás Granada y Segundo Roca (Regimiento n° 5 de Húsares), el teniente coronel Pascual Pringles y el mayor Pedro José Domínguez (Regimiento n° 17 de Caballería), y causaron a sus enemigos 200 bajas y 180 prisioneros, entre los cuales el mayor Manuel Mesa. Pudieron rescatarse a Videla y al coronel Mariano García (prisionero el último durante una sublevación de blandengues en la laguna Blanca). Por tal acción el gobernador delegado Brown decretó que el fuerte Federación tomara la nueva denominación de Junín, en recuerdo de este combate "que preparó la entera libertad del Perú en el año 1824", por la parte tan decisiva que en éste cupo a Suárez. Respecto del mayor Mesa que fuera capturado en Las Palmitas, fue sometido en Buenos Aires a un consejo de guerra presidido por el general José Zapiola y condenado a muerte, previa degradación, "uniéndose a los bárbaros para hostilizar el país y tomándole con las armas en la mano". Otros prisioneros siguieron su suerte. Los excesos de las guerras civiles comenzaban a hacer sentir sus trágicas consecuencias.

Con la detención y posterior destierro a Montevideo de varios destacados partidarios de Dorrego —entre los militares, los generales Juan Ramón Balcarce y Enrique Martínez y el coronel Tomás de Iriarte—, sin preocupaciones a su espalda, Lavalle invadió Santa Fe para escarmentar al gobernador López el 20 de marzo. Según hace saber en sus *Memorias* el general Paz, su ministro de Guerra, "sólo pensaba en una invasión pasajera, que no era otra cosa que un golpe de mano sobre el cuerpo que tenía López en observación".

El mandatario santafecino no esperó que la aguerrida fuerza enemiga chocara con él: ante el avance de la brillante columna de caballería que cruzó el límite arroyo del Medio, se replegó desde su campamento en el arroyo Pavón hacia el norte de su provincia. Lavalle lo persiguió sin resultado. El 26 del mismo mes, desde Rosario, este último escribió a su antagonista:

Muy señor mío: Obligado por V.E. combatir, he penetrado en la provincia de su mando con 600 caballos en busca de un campo de batalla que hubiese terminado en una hora los males de la guerra civil. Mas no habiéndolo encontrado, y debiendo aque-

lla prolongarse, mi deber y mi conciencia me dictan esta carta con el fin de proponer a V.E. una paz sólida y durable, que haga cesar en su origen la devastación que amenaza a este suelo. El gobierno de Buenos Aires, aún con la certeza del triunfo, no haría la guerra sin estar obligado a ello, porque nada puede producirle, ni para la provincia que preside ni para sí. En las querellas domésticas lo verdadera gloria es de aquellos que han podido terminarla sin sangre.

Reiteró que el cambio en la administración porteña era asunto propio de sus ciudadanos, y tras aludir a los documentos producidos por ambos, le aseguraba que el gobierno provisorio de Buenos Aires no quería absolutamente nada de las provincias (en párrafo transcrito páginas atrás). Se despedía: "Ofrezco a V.E. mis sentimientos de paz y fraternidad", fórmula que en este caso no parece dictada por una simple cortesía. El mandatario santafecino le respondió que su nombramiento de comandante del Ejército "de la Unión" fue hecha por "la Representación Soberana de la República" a la cual debía pedir su resolución.

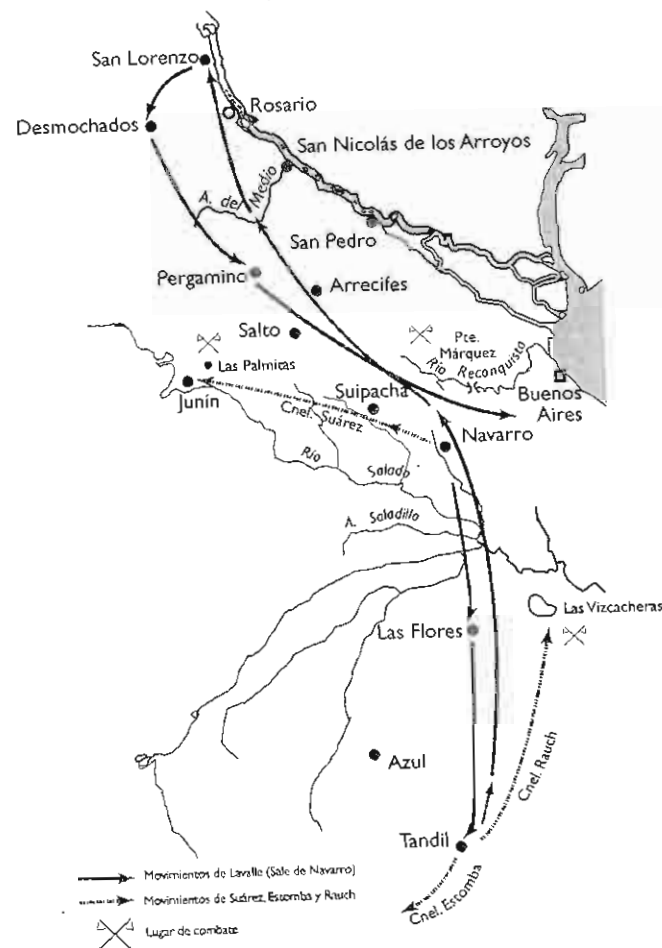
El general Estanislao López, prudentemente, no hizo frente al general Juan Lavalle; se retiró, fatigando a las tropas porteñas con incesantes recorridos, mientras sus propios efectivos merodeaban en las cercanías para mantenerlo en alerta. Y tras unos días de estériles movimientos, finalmente lo dejó acampar en las puntas del arroyo Monge (1° de abril), donde la caballada del jefe revolucionario se alimentó de un pasto venenoso llamado *mío mío*, que concluyó con la mayor parte de ella. Lavalle se vio obligado a desalojar el territorio al que había penetrado, y se dirigió para entrevistarse con su amigo el general Paz, como estaba acordado de antemano.

El estado de las operaciones comenzó a modificarse desde entonces.

Desde poco tiempo atrás, el general José María Paz había insistido ante Lavalle para que le permitiera dirigirse a la provincia de Córdoba —de su nacimiento— con una división de 1.000 hombres, a lo que aquél accedió, por cuanto era la época en que confiaba haber sometido a sus oponentes en la de Buenos Aires. Al contrario de Lavalle, los intereses de Paz se hallaban en el Interior, que conocía por haber actuado allí durante la guerra de la Independencia, donde quedó después de la sublevación en Arequito, y varios antiguos camaradas dirigían sus provincias: Bustos en Córdoba, Ibarra en Santiago, y en Tucumán residía el general Alejandro Heredia, su futuro gobernante. Además de saber de las necesidades del Interior, el espíritu reflexivo del antiguo universitario abrigaba ideas de organización política, ya esbozadas en su correspondencia con el general Lavalle. Un argumento decisivo permitió a Paz obtener el consentimiento de éste para que se separaran, cual fue la circunstancia de que llevaría de retorno a los hombres venidos a Buenos Aires para ser empleados en un conflicto que ya había concluido con la paz entre la Confederación Argentina y el Imperio de Brasil: de no marchar ordenadamente, tales individuos desertarían para volverse a sus hogares. Por otra parte, el número de tropas que conduciría, cerca de dos tercios de infantería y artillería, no gravitaría en la seguridad de la campaña de Buenos Aires, donde la caballería de Lavalle se consideraba suficiente por su movilidad para atender los puntos que se presentaran como peligrosos. Finalmente, el deponer a Bustos privaría a López de auxilios.

Pues éste era el objeto que se proponía el general Paz, que agitó como bandera simpática al pueblo cordobés: devolverle sus libertades públicas, quitando del mando provincial a quien se perpetuaba en él con violación de los plazos fijados por el propio Re-

Operaciones de Lavalle en Buenos Aires y Santa Fe (1828-1829)



glamento constitucional de la provincia. Y una razón de índole privada: que dos gentes de similar prestigio necesitaban teatros distintos, según lo revela en sus *Memorias*. Es posible que a la sazón no estuviera conforme acerca del desarrollo de los sucesos.

Paz dejó la ciudad del Plata a fines del mes de marzo, despachando por el Paraná a San Nicolás la mayor parte de las tropas expedicionarias. Eran éstas: Batallón n° 2 de Cazadores, 330 plazas (coronel José Videla Castillo); Batallón n° 5 de Infantería, 250 hombres (coronel Isidro Larraza); Regimiento n° 2 de Caballería, 250 soldados (coronel Juan Pedernera); batería de 4 piezas, con 80 artilleros (mayor Juan Arengreen). Además, un escuadrón con 90 reclutas (coronel Gregorio Aráoz de La Madrid). Y se les incorporó el teniente coronel Pascual Pringles.

El 3 de abril se reunieron Paz y Lavalle, como lo habían concertado previamente, en la margen del río Desmochados, y tras cambiar opiniones, al atardecer de la misma jornada se separaron en direcciones opuestas. No volverían a verse hasta una década después, en condiciones muy diferentes.

Un acontecimiento desfavorable y muy grave había llegado al conocimiento de ambos, sin que hiciese variar sus planes; hecho trágico registrado en el *Diario de Juan Manuel Beruti* seis días atrás (el mismo 29 de marzo en que murió en Buenos Aires el brigadier Cornelio de Saavedra):

Este día llegó la infausta noticia de que en el lugar que llaman de las Vizcachas fueron derrotados por los del partido contrario al gobierno, la División de 500 hombres que mandaba el comandante general de la Campaña coronel don Federico Rauch, de nación francés, con la muerte de éste, el coronel Nicolás Medina y 17 oficiales de otras graduaciones, fuera de soldados, habiéndose escapado en la dispersión que hubo los que pudieron, y van llegando a ésta los más de ellos heridos, tanto oficiales como soldados. Cuya derrota sufrieron al retirarse después de haber perseguido a los enemigos sobre 4 leguas, que estando descansando y sin haber enemigos que los batiese, casi los más desmontados, salió una división de indios infieles que se hallaba emboscada dentro de unos pajonales y no fueron vistos, y los atacó de improviso, resultando ser derrotados y dispersados los que escaparon de ser muertos. Desgracia ha sido esta pérdida, por haber muerto el valiente comandante general Rauch, terror que fue de los indios, como el haberse perdido tanto oficial valiente en una guerra de opinión, con ruina de la patria. Éstas son las resultas de la revolución del 1° de diciembre de 1828, que tantos males nos causa y causará; y lo peor es que los de Rosas no sólo se valen para hacer la guerra de conciudadanos de la campaña, sino lo peor es de indios infieles, que perderán el miedo a las armas de fuego y nunca dejarán de hacernos la guerra por el interés del robo, y para sujetarlos nos costará mayores trabajos.

En efecto: la campaña porteña se había paulatinamente levantado contra las autoridades revolucionarias de la capital, según instrucciones del coronel Juan Manuel de Rosas desde Santa Fe, habiendo ocurrido el episodio más tremendo con el ataque a la Guardia del Monte el 18 y 19 de marzo, llevado por 800 hombres entre milicianos e indios. Los comandaban algunos nombres que se harían notorios: los mellizos Peralta, Miranda, Leandro Ruiz (a) *Arbolito*, Ventura Miñana (jefe de los indios), blandengues desertores de la laguna Blanca, y algunos coraceros en su mismo caso, sin faltar oficiales co-

mo el capitán Zelarrayán. Toda la guarnición de Monte murió peleando, salvo un artillero que se arrojó a la laguna vecina y escapó nadando, y 6 cazadores a quienes los coraceros ampararon. Los heridos fueron ultimados. Sobre los federales triunfantes se dirigió el coronel Federico Rauch, pero aquéllos se refugiaron tras el río Salado, por lo cual dicho jefe retrogradó hacia Ranchos para reunirse con el coronel Anacleto Medina a fin de atacarlos luego. El 25 de marzo Rauch llamaba la atención sobre la situación desastrosa de los campos abandonados, y algo más: "Es preciso que el gobierno considere las fatales consecuencias que pueden traer al país el que los indios pampas se hayan mezclado en esta guerra desastrosa". Tres días después, habiendo cruzado el Salado, se produjo el encuentro a 4 leguas de la estancia Los Cerrillos de Rosas, "en el lugar llamado de las Vizcachas", precisó en la jornada siguiente Anacleto Medina, al dar parte del suceso, en el cual también perdió la vida el coronel Nicolás Medina que acompañaba a Rauch. El último tuvo el caballo boleado, tras lo cual cayó y fue decapitado.

Distinta y singular fue la suerte corrida por el coronel Ramón Estomba, quien había reemplazado a Rauch como comandante general del sur. Éste fatigaba a sus subordinados con marchas y contramarchas sin sentido, ¡y llegó al punto de atar a uno de sus contrarios a la boca de un cañón cargado de metralla y hacer fuego! Poco después se evidenció su locura, y conducido al Hospital General de Hombres en la capital, allí murió el 27 de mayo.

Ninguna noticia era favorable, como que asimismo el 31 de marzo de 1829 se sublevaron los presidiarios confinados en la isla Martín García, y antes de fugar al Estado Oriental, asesinaron al comandante de ésta, teniente coronel Francisco Sánchez de Celis.

Toda la provincia de Buenos Aires se encontraba en armas contra el general Juan Lavalle, sus subordinados, y el Partido Unitario que lo apoyaba. El violento desplazamiento de su mandatario legal, y el posterior ajusticiamiento de éste sin observarse los procedimientos fundamentales, causaron el efecto contrario al que aquél se había propuesto como remedio para mejorar la situación de ella. La capital, sede del gobierno interino y fuente de sus recursos, tan sólo podía contar con la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, al norte, sobre el límite con Santa Fe; y para agravar su situación, el 10 de abril una columna federal al mando del teniente Martín J. Ruiz Moreno, tomó el cercano pueblo de San Pedro, con lo cual las comunicaciones entre Buenos Aires y San Nicolás quedaron cortadas por tierra.

La insurrección generalizada de la campaña bonaerense motivó una serie de medidas drásticas en su ciudad cabecera, donde se desterraron a varios conocidos opositores o sospechosos al Estado Oriental, a más de los que ya habían corrido este destino; se cerraron todas las casas de comercio para que sus vecinos tomaran las armas; y la capital quedó en estado de asamblea, sin exceptuarse de la movilización a ninguno de sus habitantes en edad militar, comenzándose a practicar ejercicios castrenses. Los alrededores de la Plaza Mayor se fortificaron y se establecieron cantones en las azoteas de su alrededor, con centinelas en sus esquinas. Los habitantes de Buenos Aires vivían con la agitación consiguiente al peligro de un sorpresivo ataque de los que sus autoridades calificaban de "anarquistas". En cuanto al general Lavalle, a su regreso de Santa Fe había establecido campamento en la localidad de Santos Lugares.

Entre tanto, el general José María Paz atravesaba la provincia de Santa Fe con las precauciones convenientes, pero para su sorpresa, sin ser hostilizado por el general Estanislao López: "Pasé todo el territorio sin disparar un fusilazo", nos revela. Es que nada menos deseaba López que esa columna de probados soldados se fuera encima de él. Cuando este mandatario se aseguró que la fuerza seguía rumbo a Córdoba, sin amenazar el destino de sus comprovincianos, invadió a su vez la provincia de Buenos Aires, llevando a su lado en el carácter de mayor general (segundo comandante) al coronel Juan Manuel de Rosas, a quien ya hemos visto alentando desde Santa Fe la reacción de sus partidarios contra el gobierno de ella. Rosas finalmente debió aceptar su participación en la campaña, por más que en su nota del 13 de marzo le dijera que lo hacía "aunque no tenía conocimientos militares para ello pues su profesión ha sido diversa a la de la milicia". Fue su jefe de Estado mayor el coronel Agustín de Pinedo, y entre los numerosos adictos que agitaron a Buenos Aires se contó su hermano el coronel Prudencio Ortiz de Rozas.

Dejaremos por el momento al general Paz, para no interrumpir el estudio de la situación en Buenos Aires.

Ésta era sumamente crítica, por la oposición cada vez más difundida contra las autoridades *decembristas*. En tal situación, el general Lavalle aprovechó una circunstancia inesperada para desprenderse de un mando cada vez más inquietante: la llegada de su antiguo jefe el general José de San Martín al Plata, luego de un lustro desde su partida.

El libertador de media América del Sur había retornado el 6 de febrero con una sola ambición: "vivir y morir en el seno de su patria". Mas ante el estado de lucha interna, "y no perteneciendo ni debiendo pertenecer a ninguno de los Partidos en cuestión", resolvió no desembarcar y establecerse en Montevideo hasta el restablecimiento de la concordia. Lo desfavorable del estado en que se hallaba, impulsó al general Lavalle a enviar a dicha ciudad, el 4 de abril —al día siguiente de separarse de Paz y enterarse de la derrota y muerte de los coroneles Rauch y Medina—, al doctor Juan Andrés Gelly y al coronel Eduardo Trolé, para ofrecerle encargarse del gobierno de la provincia de Buenos Aires, como al único que estaba en condiciones de poner fin a las hostilidades desatadas. San Martín le contestó el 14 del mismo mes declinando la solución, y añadiendo un consejo:

Sin otro derecho que el de haber sido su compañero de armas, permítame usted, general, que le haga una sola reflexión, a saber: una sola víctima que pueda economizar a su país le servirá de un consuelo inalterable, sea cual fuere el resultado de la contienda en que se halla usted empeñado.

El Libertador se explayó en el seno de la intimidad a su antiguo confidente el general Tomás Guido:

Partiendo del principio de que es absolutamente necesario que desaparezca uno de los Partidos contendientes por ser incompatible la presencia de ambos con la tranquilidad pública, ¿será posible sea yo el escogido para ser el verdugo de mis conciudadanos, y cual otro Sila cubra mi patria de proscripciones? No, jamás, jamás. Mil veces preferiría correr y envolverme en los males que la amenazan, que ser yo el instrumento de tamaños horrores. Me vería obligado a ser el agente de furor de pasiones exaltadas que no consultan otro principio que el de la venganza.

Al general oriental Fructuoso Rivera le pronosticó (22 de abril): "Las consecuencias más frecuentes de la anarquía son las de producir un tirano".

Desconfiando del resultado de la cuestión y temiendo los peligros que preveía San Martín, en esos días emigraron Rivadavia y don Julián S. de Agüero.

Para este tiempo, la campaña porteña era teatro de una lucha enconada. Las partidas "federales" (comenzaron a tomar esta denominación) dominaban casi por completo la zona circundante a la capital, tras la derrota en Las Vizcachas en el sur y la invasión del gobernador López por el norte. El mandatario delegado, almirante Brown, debió disponer el alistamiento de los extranjeros residentes, conforme a una ley provincial del año 1823: tan sólo se exceptuaba a los ingleses, porque su monarca había reconocido la independencia argentina, formalizando este hecho mediante el tratado suscripto con el gobernador Las Heras en 1825. El batallón creado tomó la denominación de *Amigos del Orden* y fue su comandante Ramón Larrea, siendo sus ayudantes Alejandro Danel y Juan Lasserre, ex oficiales napoleónicos. Volantes opositores se desparramaron en la plaza Monserrat: "Indios sí, extranjeros no".

El alistamiento indicado causó un gravísimo incidente.

No había perdido tiempo el cónsul general de Francia desde que fue dispuesta aquella medida, en elevar una solicitud en amparo de la vida y propiedades de los súbditos de su Rey. Se trataba de Washington de Mendeville (casado con la conocida Mariquita Sánchez de Velasco, viuda del coronel Thompson), y el 13 de abril concurrió a insistir en su reclamo de desmovilizar a sus connacionales, ante el ministro Díaz Vélez, acompañado del capitán de navío vizconde de Venancourt, quien se desempeñaba como comandante de la Estación naval en el Plata. Pero las exigencias de Mendeville "para salvar la población francesa del peligro que le amenaza" no obtuvieron satisfacción, toda vez que la monarquía borbónica en cabeza de Charles X no había aceptado aún la independencia argentina, apoyando la negativa de su primo Fernando VII. El vizconde informó a su inmediato superior el almirante barón de Roussin —comandante de la escuadra francesa en el Atlántico Sur, apostada en Río de Janeiro— que "la ciudad de Buenos Aires estaba amenazada por un ejército de bandidos y de indios, que se hallaban a las puertas de la ciudad, y por una parte de su misma población". Creciendo el tono de las protestas y trabajos del cónsul para disolver el Batallón del Orden, el 30 de abril el ministro le envió su pasaporte intimándolo a embarcarse en el día fuera de Buenos Aires. El asunto no quedaría en eso.

Cuatro jornadas atrás había ocurrido un choque de consideración entre los federales que tenían prácticamente rodeada a la ciudad y sus alrededores, con las fuerzas defensoras; y el gobierno de ésta no tenía la intención de desprenderse de elementos que pudieran reforzarlas.

El encuentro tuvo lugar en los campos o puesto de Álvarez, próximo al puente de Márquez sobre el río de las Conchas (con la segunda denominación se lo conoce), el 26 de abril, donde 1.100 subordinados de Lavalle debieron hacer frente a unos 7.000 atacantes —según las cifras de su después ayudante Lacasa—, aunque los escuadrones porteños tenían mayor experiencia y disciplina que el conjunto de santafecinos, porteños e indios que respondían al general Estanislao López. El combate careció de resultado categórico, desde que si bien las tropas de Lavalle no pudieron hacer levantar el virtual sitio a Buenos Aires, tampoco el Ejército de la Unión logró destrozar la fuerza numéricamente inferior que tenía a su frente. Se sucedieron las cargas de una y otra parte, hasta

que los veteranos de la guerra contra Brasil debieron replegarse sobre su infantería para buscar descanso, en cuyo momento los federales pudieron envolver el cuadro formado por ella y arrebatar la caballada de reserva. Fue el fin de la acción. Lavalle se retiró por el puente de Márquez y estableció campamento tras el río Matanzas, en la estancia *Ta-piales* de Altolaguirre —cuyo casco aún se conserva—, mientras López se dirigió a Luján. Ambos se atribuyeron el triunfo en sus respectivos partes y en las publicaciones de los periódicos adictos.

Ahora le tocará al gobernador López mostrarse generoso. El 4 de mayo despachó a su ayudante de campo con la siguiente comunicación para el general Lavalle:

Consecuente con los sentimientos que he vertido en tres distintas comunicaciones más a V.E., vuelvo a proponerle la paz. Yo la quiero sinceramente, y creo que V.E. la deseará, porque todos la necesitamos. Ya hemos combatido y no puedo quejarme de mi fortuna, pero tengo el dolor más vivo por la sangre que se ha derramado y las vidas que se han perdido. Al cabo, la guerra civil ha de reconocer un término: tengamos nosotros la gloria de ponerlo, señor general. Si V.E. está animado de iguales sentimientos nos pondremos de acuerdo sobre el modo de tratar, desde que V.E. me haga saber su conformidad.

No era el carácter de Lavalle el más adecuado para mostrarse abatido o dispuesto a plegarse a las indicaciones de su rival, y contestó el mismo día despreciando la oportunidad que se le ofrecía. El doctor José Miguel Díaz Vélez escribió a López, declarándole:

1º) Que el señor gobernador provisorio no puede ni quiere oír proposiciones de paz del citado señor gobernador de Santa Fe, mientras pise con fuerza armada el territorio de Buenos Aires. 2º) Que desconoce en él cualquier carácter nacional, siendo éste un nuevo embarazo para escuchar la proposición que encierra su apreciable comunicación de esta fecha.

La intransigencia era similar: ambos habían rechazado cesar la guerra civil por la intromisión del otro en su propio territorio.

Es posible que haya influido para tal decisión —como para la obertura de López— la noticia del triunfo del general Paz sobre el gobernador Bustos, en el combate librado en San Roque el 22 de abril, dos semanas atrás. En este caso, podía especularse en que desde Córdoba se presionara sobre la provincia de Santa Fe, causando un giro que favoreciera la postura de Lavalle. Corrobora esta suposición el hecho de que por entonces arribó a la ciudad platina el secretario político de López, Domingo de Oro, quien se entrevistó con su comprovinciano Salvador María del Carril para insistir en un avenimiento. El doctor Carril le transmitió la gestión al general Lavalle el 8 de mayo, incluyendo un comentario inquietante de Oro:

Dijo que poco o nada podíamos esperar de los pueblos del Interior; ni del general Paz, y en confirmación produjo una carta de dicho General y otra de su secretario Isasa en las cuales, efectivamente, Paz e Isasa le prometen a López que jamás lo atacarán los cordobeses, y nada más. No comprendo la política del general Paz: era ya

dueño de Córdoba, habiéndole entregado Bustos el gobierno. ¿Por qué engaña a López, por qué no lo amenaza? ¿Por qué no se acuerda de Buenos Aires?

Carril confirmó a Oro que Lavalle no tenía pretensiones sobre Santa Fe, pero le adelantó que en caso de llegar a una transacción sería sobre una base negativa y otra positiva: “que López no nos ha de sacrificar a Rosas, y nos debe dejar tranquilos victoriosos sobre el partido de Dorrego”. Sea como fuere, la tentativa de Domingo de Oro también fracasó.

Las fuerzas federales estrecharon el asedio a Buenos Aires, manteniendo a sus habitantes en constante estado de alarma y prevención. Gruesas partidas de aquéllos avanzaban sobre la ciudad, apoderándose en sus incursiones de armas y pólvora, de caballada y de ganado para su alimentación, y el choque de guerrillas era continuo en la campaña circundante, con resultado variable: en la Chacarita de los Colegiales, en San José de Flores. Por el lado del Tigre, en San Fernando, el coronel Vilela con sus Colorados mantenía la vigilancia. La vida urbana estaba completamente paralizada y en estado ruinoso, por los daños y la pobreza que se sufría: la miseria impulsó a muchos a pasarse al bando sitiador. El 4 de mayo tuvo lugar un cambio en el gobierno delegado, que pasó de Brown al general Martín Rodríguez, teniendo —para asombro y disgusto de muchos ciudadanos— como ministro de Guerra al general Carlos de Alvear. El 16 de mayo la ciudad soportó un fuerte ataque llevado por los federales en la zona de Barracas, donde cupo resistirlo al batallón Amigos del Orden. Según el informe elevado por el general Estanislao López en esos días a la Convención Nacional de Santa Fe, el cerco a la capital de Buenos Aires no podía efectuarse con el rigor que era preciso, “consistiendo principalmente nuestras fuerzas en paisanos armados”. De ellos, daba a la división de Buenos Aires (coronel Rosas) un efectivo de 2.800 hombres bien montados.

Para aliviar la situación de la ciudad, cuyo abastecimiento se tornaba dificultoso, las nuevas autoridades planearon una operación que distraería la atención del general López sobre ella. Consistía en despachar por el río Paraná una flotilla que amenazara a la provincia de Santa Fe, escarmentando de paso a la localidad de San Pedro, para aliviar la agresión que desde allí se hacía sentir sobre la vecina San Nicolás. En esta última ciudad ribereña se hallaban apostados el Regimiento nº 5 de Caballería (teniente coronel Nicolás Granada) y el Batallón nº 4 de Cazadores (teniente coronel Román Quevedo). Por esos días —el 14 de mayo— asumió el comando militar de San Nicolás el coronel J. Félix Bogado. La prensa porteña no dejó de ofrecer datos sobre esta expedición fluvial, con la finalidad de dar esperanzas de alivio a la población; pero por otra parte, sus comunicados advirtieron a López y a Rosas acerca del movimiento previsto.

Como se expuso páginas atrás, San Nicolás se hallaba aislada y sólo podía comunicarse por el río con la Capital. Fuerzas federales al mando del teniente coronel Facundo Borda, con auxiliares santafecinos, amenazaban sus suburbios. En San Pedro, en cambio, había asumido el comando militar el teniente coronel José Ramón Ruiz Moreno dispuesto a combatir al “tirano Lavalle”, y era a su vez hostigado por grupos partidarios de éste capitaneados por Juan Dámaso Camelino. El 10 de mayo el coronel Rosas advirtió a Ruiz Moreno la inminencia de un ataque por parte de fuerzas navales, para prevenir lo cual le impartió instrucciones de requerir refuerzos de las partidas cercanas.

El convoy despachado por Rodríguez y Alvear partió del puerto de Buenos Aires el 16 de aquel mes bajo las órdenes del coronel Isaac Thompson, compuesto por cinco naves, transportando cerca de 300 infantes, más un piquete de caballería, y dos cañones de bronce de 4 para desembarco. Se le incorporó el teniente coronel Mariano de Acha con un contingente de húsares en una zumaca, más una goleta y una cañonera. En San Nicolás los aguardaba el coronel de marina Leonardo Rosales —quien ya había operado a principios del año 29 sobre las costas del Paraná— con parte de la escuadra allí apostada.

Mientras esa fuerza embarcada se dirigía aguas arriba del Paraná, ocurrió el grave hecho anunciado anteriormente.

Se vincula al alistamiento de franceses para la defensa de Buenos Aires, cuyo licenciamiento reclamara el cónsul general de esta nacionalidad, a la sazón residente en Montevideo por haber sido expulsado de la ciudad por sus autoridades, a causa del tenor con que planteó sus exigencias. El caso es que este agente extranjero, Washington de Mendeville, se puso en contacto epistolar con el coronel Juan Manuel de Rosas para obrar conjuntamente a fin de debilitar a su común adversario el general Lavalle. El 12 de mayo Mendeville escribió a Rosas anunciándole las medidas que tomaría, y en respuesta el coronel Rosas le manifestó:

Vea usted en qué puedo serle útil por aquí, ya para sus buques, ya para cuanto usted quiera, pues estoy pronto y lleno de deseos por ser útil a usted en algo. La campaña toda está ocupada por las tropas de mi mando, y donde quiera pueden arriarse los buques o entrar a los puertos. Descanse usted respecto a la protección y consideraciones que solicita para todos los individuos de la nación francesa. Obraré en todo como usted desee, y vea usted cuánto más quiere que haga.

Lo que tramaba el cónsul de Francia en unión con su compatriota el jefe de la Estación naval, era nada menos que atacar el puerto de Buenos Aires por “los insultos hechos al pabellón del Rey mi amo”, según explicaría luego el último.

A este efecto el capitán de navío Venancourt procedió el día 21 a un reconocimiento de la Flota argentina, en una lancha de la fragata *Isis*, que le permitió comprobar —como detalló en su informe posterior— que se encontraban fondeados

[...] un bergantín de 14 cañones y una goleta bergantín de 4 cañones (grueso calibre), teniendo sus tripulantes; otros dos bergantines goletas de 4 cañones de grueso calibre pero sin tripulantes a su bordo; y un bergantín pontón teniendo prisioneros a bordo, custodiado por una goleta bergantín de 4 cañones grueso calibre.

Se proponía el vizconde de Venancourt capturar dichas embarcaciones, aprovechando su mínima vigilancia por no esperarse ningún asalto por el río; pero en caso de hallar resistencia, “hacer padecer el hambre y también cañonear la ciudad”.

El sorpresivo ataque se consumó en la noche del mismo día 21, y resultó la primera intervención extranjera en las luchas civiles argentinas.

Caída la oscuridad, a las 21 horas, 300 marineros bien armados se dirigieron en dos divisiones contra los barcos fondeados en la rada interior, y aprovechando que sus tripulaciones descansaban luego de comer, treparon al abordaje. Apenas algunos oficiales y marineros de guardia alcanzaron a disparar sus armas, y dos de ellos se arrojaron al agua,

pero el atentado alcanzó un éxito total: fueron capturadas y conducidas aguas afuera las naves *Río Bamba*, *General Rondeau*, *11 de Junio* y remolcado el pontón *Cacique*, e incendiadas la *Argentina* y el *General Belgrano*, luego de ser saqueadas. Cuando desde la ciudad se escucharon los cañonazos y tiros, y se vio el fuego en la *Argentina* —no prendió en el *Belgrano*—, sin imaginarse lo sucedido, se atribuyó lo ocurrido a una sublevación de la marinería o de los detenidos en el pontón a favor de los federales. Las declaraciones de los dos oficiales que escaparon a su captura permitieron conocer que el ataque había sido consumado por fuerzas francesas. A la mañana se recibió una nota del capitán Venancourt en que reclamaba satisfacer a las reclamaciones del cónsul Mendeville y el pago de indemnizaciones a sus compatriotas alistados, tras lo cual liberaría a sus prisioneros. Las naves apresadas quedarían en su poder hasta recibir órdenes de su superior el almirante Roussin. Los detenidos en el pontón fueron puestos en tierra.

Uno de los franceses enrolados en el Batallón Amigos del Orden, el mencionado Juan Lasserre, dirigió indignado a Venancourt una carta que se publicó en el periódico *El Tiempo* el 6 de junio:

¿Piensa usted que si la Escuadra Argentina hubiese tenido en el río enemigos declarados, se habría dejado sorprender? Durante la guerra con el Brasil, el almirante Norton, que al menos vale tanto como el señor Venancourt, aprendió más de una vez a su costa, que la Marina argentina no duerme cuando hay que combatir. Si usted hubiese sabido, señor vizconde, que los laureles no son gloriosos sino cuando se recogen peleando y están teñidos con la sangre del vencedor, hubiese advertido a la República de sus intenciones, hubiese atacado de día claro su escuadra y nada tendría usted que temer por su honor, cualquiera hubiese sido el resultado.

Diferente fue la conducta observada por Juan Manuel de Rosas, quien escribió al jefe naval francés:

El infrascripto tiene el honor de dirigirse al señor comandante de la Escuadra francesa para expresarle en su nombre y en el de todos los ciudadanos de la Nación Argentina, el más sincero y justo homenaje de reconocimiento por los sucesos que han tenido lugar en los últimos días con respecto a la Escuadra nacional que había caído como consecuencia de la insubordinación del 1º de diciembre en poder de los dichos insurrectos; por haber libertado a los prisioneros detenidos a bordo; y otros hechos que demuestran claramente que los agentes públicos de la Nación francesa han sabido reconocer al gobierno legítimo de la República Argentina. El abajo firmado ha tenido comunicaciones interesantes del señor Mendeville, cónsul general de Francia, y le ha contestado de una manera satisfactoria. En definitiva, el general infrascripto requiere del señor comandante a quien se dirige: Primeramente que la Escuadra tomada a los insurrectos no sea devuelta, pero sí guardada cerca y en seguridad; que se tomen los buques nacionales que se encuentran en el Paraná; que se haga toda especie de hostilidades contra los que hoy día mandan ilegalmente en Buenos Aires; que se permita al suscripto general una entrevista, que puede tener lugar en la Ensenada; que se comuniquen todas estas resoluciones al cónsul general, y para abrir una comunicación frecuente con el susodicho cónsul general, el comandante de la escuadra facilitará los medios de comunicación necesarios

en la Ensenada, en donde el infrascripto pondrá a disposición del comandante francés toda la carne fresca necesaria para el abastecimiento diario para sus buques y para los navíos que él quiera proveer y que desee el dicho comandante. El comandante general don Prudencio Rosas se encuentra en la Ensenada encargado de proveer al comandante de la escuadra todo lo que fuera necesario, y la misma orden es dada desde Quilmes al Tuyú, y en toda la costa y puertos se encontrarán sus fuerzas prestas a ejecutarlas.

El nuevo ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, doctor Salvador María del Carril, protestó por el atentado, y envió a entrevistarse con el capitán de navío Venancourt al general Francisco Fernández de la Cruz. Esta gestión debió ceder ante la insuficiencia de medios del Gobierno para oponerse a la fuerza empleada, carente de buques como se encontraba después del robo de su escuadra. Se convino que los franceses alistados tendrían la facultad de eximirse del servicio de las armas, salvo los que voluntariamente desearan seguir prestándolo, y por parte de Venancourt éste se comprometió a devolver las naves argentinas. El ministro Carril dejó sentado que "se reserva arreglar definitivamente con el gobierno de Su Majestad Cristianísima lo que exige su honor y la justicia". (Las gestiones en tal sentido iniciadas en París fueron suspendidas en mayo del año 1830 por decreto del Gobierno asumido en diciembre anterior.)

Por esos días habían comenzado a realizar gestiones para alcanzar un solución pacífica en la lucha, varios personajes —el general Pueyrredon, Mariano de Sarratea, el coronel Félix de Alzaga—, que recibieron buena acogida en el campo federal, donde influyeron a fin de obtener un avenimiento otros hombres destacados como Luis Dorrego, el doctor Gregorio Tagle y Felipe Arana.

Un hecho auspicioso se produjo por entonces: al tener conocimiento el gobernador Estanislao López de que una importante fuerza naval remontaba el río Paraná para atacar a su provincia, abandonó Buenos Aires, dejando en ésta en el carácter de comandante general de campaña al coronel Rosas. El general López ignoraba los planes de los jefes embarcados, Rosales y Thompson, pero debía prevenirse, ya que sospechaba que su objetivo no se limitaría a las costas porteñas: al comandante de San Pedro, que le avisaba tener dos cañoneras a su vista, le escribió: "Cree que el enemigo no tiene capacidad ninguna para dañar, pero quiere llamar la atención". No obstante esta suposición, los marinos trataron de tomar por las armas al pueblo, siendo rechazados por aquél.

La expedición fluvial, aunque engrosada en San Nicolás con otras naves, recibió instrucciones de regresar al puerto de Buenos Aires con motivo del ataque francés, lo que demoró su misión; aunque solucionado el conflicto, se dio después contraorden. El 5 de junio un oficio "reservado" del ministro Alvear prevenía al coronel Thompson:

Habiéndose logrado ya el principal objeto que el gobierno se propuso en la formación de la referida expedición, que era el llamar la atención al gobernador López y su fuerza y que desocupase el territorio de nuestra provincia, no sería conveniente que el señor coronel jefe de la expedición llene completamente el todo de las instrucciones que se le dieron al efecto, y que solamente dedique la fuerza de su mando y las operaciones que pueda emprender al punto de Rosario, cuando crea no exponer o comprometer la expedición y sacar algunas ventaja, pudiendo bajar a San Pedro, desembarcar en dicho punto y desalojar a los enemigos del orden que lo ocupasen.

Pero este cambio de planes llegó tarde: dos días después de cursado, y antes de recibirlo, Rosales zarpó el 7 de junio aguas arriba.

La falta de vientos detuvo a la escuadrilla frente a Rosario, y su inmovilidad alertó a la guarnición federal, por lo que tras unos días se dio a la vela hacia el norte. Al arribar a la boca del río Colastiné, a media legua de la capital de Santa Fe, otra vez calmó el viento, permitiendo a sus habitantes tomar medidas defensivas, ante lo cual se detuvo nuevamente el ataque previsto. La falta de víveres impulsó al coronel Rosales a efectuar un desembarco en Coronda con el propósito de abastecerse con ganado, pero guerrillas federales tendieron una emboscada aunque sin mayores resultados. El 19 de junio el gobernador López escribió al coronel Leonardo Rosales para lograr "una suspensión de hostilidades por el número de días que sean precisos para saberse de cierto si podrá tener o no lugar un tratado de paz general". Movía al mandatario la actitud favorable del general Paz en Córdoba, y un intento de mediación desde el Estado Oriental. Sin instrucciones, el jefe naval se resolvió a bajar por el Paraná: en esta segunda etapa de su misión cumpliría con las órdenes impartidas desde Buenos Aires.

Al pasar por Rosario las naves abrieron fuego durante "un buen espacio de tiempo", expondría luego el coronel Isaac Thompson, sin mayor respuesta, "habiendo la población sufrido mucho daño". Y tras un alto en San Nicolás el 27 de junio, la flotilla "decebrista" se encaminó hacia San Pedro, en donde un centenar de marinos ingleses desertores —que hubieran debido reforzarla— se había unido al reducto federal.

Al día siguiente por la mañana todas las naves se presentaron frente a la población dominada por los federales. Refiere el coronel Thompson, jefe superior de la expedición: "Presenté la línea de buques al frente del pueblo y me disponía a mandarles una intimación, cuando rompieron los amotinados el fuego de cañón sobre nosotros y empezaron a provocarnos con la mayor arrogancia". Eran tres piezas de artillería de a 4 que el comandante de San Pedro, teniente coronel José Ramón Ruiz Moreno, había emplazado en las barrancas, que sostuvieron el cambio de disparos hasta que cerca de mediodía no pudieron impedir el desembarco desde la escuadrilla, de 200 infantes y dos piezas de artillería volante. El jefe de los cañones federales había caído muerto. El parte de Rosales refiere lo sucedido:

Mientras la infantería enemiga, colocada sobre las azoteas, hacía el más vivo fuego, no obstante que nuestra artillería, tanto de los buques como de tierra, aprovechaba todos sus tiros, nuestra infantería avanzaba al pueblo, y a las 3 de la tarde se tomó la plaza a la bayoneta; y favorecidos de los caballos pudo escopar la mayor parte de la fuerza enemiga.

Thompson de su lado reconoce que la acción fue "sostenida por los enemigos con tenacidad", tras la cual "el pavor y la consternación cubrieron el campo de las inmediaciones de San Pedro, que quedó en un silencio profundo después del terrible castigo que sufrió". Se enorgulleció el último: "Ahora puedo asegurar que los montoneros de San Pedro y sus dignos auxiliares quedan bien escarmentados".

Los jefes atacantes silenciaron un hecho que no obstante registró en su *Diario* el cronista Beruti al referir lo que siguió al asalto: "Aunque el pueblo se defendió no pudo resistir la fuerza enemiga, quienes entraron y lo saquearon ferozmente". El teniente coronel Ruiz Moreno recibió la felicitación del comandante general de campaña, Juan Manuel de Rosas:

La nota de usted del 30 pone muy en claro el heroísmo, patriotismo y decisión del pueblo y vecindario de San Pedro, no menos que los sentimientos que animan a su digno comandante y demás oficiales, que sabe llenos de un fuego ardiente de amor por el restablecimiento de las leyes, sostener la causa de la justicia y de la razón.

Algo más: las tropas atacantes quedaron “falta de municiones y útiles de guerra para continuar la campaña”, y no se atrevieron a internarse en el campo en procura de otros elementos indispensables: “Por motivo de la falta de víveres y antes que ésta llegara a sentirse más [informó Rosales], hemos emprendido nuestro viaje para aproximarnos a los recursos”.

El ataque a San Pedro fue la última acción de guerra librada tras el derrocamiento y muerte del ex gobernador Dorrego: sin saberlo ni asaltantes ni defensores, cuatro días atrás se había logrado la paz en la provincia.

El importante hecho se alcanzó directamente entre los jefes de ambas partes, por más que desde varios días atrás algunas gestiones se hubieran realizado para llegar a ese resultado, de lo que se dio cuenta, y los mismos periódicos de la ciudad —*El Tiempo* y *El Pampero*— aludieron con frecuencia a las negociaciones. Por último, el propio general Juan Lavalle tomó a su cargo, personalmente, poner fin a un conflicto que lejos de solucionar los problemas de la provincia, como se había propuesto al derrocar a su mandatario, su resultado fue el de arruinar sus intereses con una lucha enconada y sin guardar límites en la destrucción de vidas y propiedades. No tenía dudas Lavalle que su contrincante el coronel Rosas vería con complacencia un arreglo que beneficiara también a sus partidarios. Dando el primer paso directo, el 14 de junio le dirigió a éste una carta privada:

Estimado compatriota: Desde que el gobernador López evacuó el territorio de la provincia, y desde que en la actual lucha no hay sino porteños, no he excusado medio alguno de los que pueden llevarnos a una conciliación que negué antes al más tenaz y encarnizado enemigo de nuestra provincia.

Y luego de aludir a los intermediarios que se encargaron de tentar una solución “para terminar amigablemente esta guerra desgraciada y funesta para Buenos Aires”, Lavalle dijo a Rosas:

Concluyo esta carta sometiendo a su juicio si será posible restituir a la provincia su tranquilidad y establecer la concordia entre nosotros, sin que de una y otra parte falte buena fe, deseo positivo de no consumir la ruina de nuestra patria, y disposición para hacer los sacrificios que se nos exijan.

A tal efecto el general Lavalle encomendó sus tropas al coronel José Olavarría y partió acompañado por su ayudante de campo y dos asistentes, en dirección a la estancia *El Pino*, otra de las propiedades rurales de Rosas, distante seis leguas de su campamento en Tapiales. Era el 16 de junio de 1829. Llegado a las avanzadas enemigas se dio a conocer y fue conducido hasta el establecimiento de Rosas, a donde llegó de noche. No hallando a éste, quien se encontraba recorriendo sus líneas, Lavalle se acostó en su cama para reponerse de sus fatigas, donde durmió sin ser molestado hasta la mañana siguiente, en que

lo despertó su enemigo. La narración se debe al después coronel Pedro Lacasa, recogida en 1840 del propio Lavalle y de su ayudante el capitán Estrada.

Luego de tres días de conversaciones entre ambos, y tras consultar con algunos amigos íntimos, el 24 de junio se suscribió en la estancia de Miller, en Cañuelas, el arreglo destinado a “poner término a los disturbios que han afligido a la provincia y restablecer en ella el orden y tranquilidad, desgraciadamente perturbados”. Era, evidentemente, un arreglo interno entre porteños y circunscripto a éstos —con prescindencia de López, Paz, Bustos y demás caudillos del Interior—, como que fue acordado entre “el gobernador y capitán general provisorio de la provincia” y el “comandante general de campaña”, tal como designaba a Lavalle y a Rosas el documento. Mediante el mismo,

[...] cesarán las hostilidades y quedarán restablecidas desde la fecha de la presente convención, todas las relaciones entre la ciudad y la campaña [art. 1]. Ningún individuo de cualquiera clase y condición que sea, será molestado ni perseguido por su conducta u opiniones políticas anteriores a esta convención: las autoridades serán inexorables con el que de palabra o por escrito contravenga a lo estipulado en este artículo [art. 7].

Entre ambos textos, el acuerdo dispuso proceder a la elección de Representantes que elegirían al gobernador “permanente” [sic], y al reconocimiento de los gastos del comandante Rosas a sus tropas, como también de los grados militares de éstas. Quedaba el coronel Rosas encargado de la tranquilidad en la campaña, auxiliado por los recursos del gobierno provisorio, con facultad para designar a los empleos que fuesen necesarios “con noticia del gobierno”. El art. 4 estableció: “Verificada que sea la elección del gobierno permanente, el gobernador provisorio don Juan Lavalle, y comandante general don Juan Manuel Rosas, les someterán las fuerzas de su mando”.

Los más exaltados miembros del Partido Unitario se mostraron disconformes con esta cesión del poder político, ante fuerzas heterogéneas mandadas por un “miliciano de retaguardia” —según cáustica definición del historiador P. Groussac—, contando Lavalle aún con suficientes fuerzas veteranas como para imponerse, a juicio de ellos. Los artículos periodísticos de sus principales órganos demuestran esa postura.

Similar disgusto causó al gobernador López, comandante en jefe del Ejército de la Unión, la conducta de su subordinado el coronel Rosas, al celebrar sin aviso ni anuencia suya un cese de hostilidades con el enemigo, al mismo tiempo que éste atacaba a Santa Fe. Entre los varios testimonios que así lo acreditan, prefiero ofrecer uno de su puño y letra (original que poseo), el cual, tras los términos medidos en que se expresa, trasparencia la falta de complacencia con que el general Estanislao López recibió el anuncio de esa “paz de porteños” con prescindencia de la situación en las demás provincias. Fue dirigido al teniente coronel José Ramón Ruiz Moreno:

No es ciertamente un objeto de indiferencia para un ciudadano la suerte de centenares de hombres que se le han comprometido de una manera tan franca como decidida. Esta sola consideración aplicada a convención de paz celebrada entre los generales Rosas y Lavalle es demasiado poderosa para examinarla con todo el interés y circunspección que demanda el triunfo de los principios federales y de la opinión pública.

El que firma ha visto en algunos periódicos que por casualidad han llegado a su poder, pues de oficio nada sabe, los siete artículos en que está concebida la expresada convención. Ellos no ofrecen garantías para los ciudadanos comprometidos, y por lo mismo no deben considerarse como un tratado de paz sino como una tregua o armisticio.

En este concepto lo que importa es emplear toda influencia contra la seducción, y estar preparados para si la resolución no es conforme a los intereses de la República, estar en aptitud de prestarle servicios capaces de sacarla del abatimiento a que las pasiones degradadas de algunos ambiciosos la han sumergido.

Esto es todo lo que por ahora exige la patria de sus hijos fieles: estar todos de acuerdo para dar el golpe a los tiranos si no desisten de sus inicuas pretensiones.

Tan luego como el general que firma se instruya de los pormenores de los tratados, indicará al señor comandante las medidas que debe tomar para poner en práctica sus dignos sentimientos, contrayéndome únicamente a recomendarle entre tanto la vigilancia y precaución.

Esta larga nota, fechada el 17 de julio en el campamento en Colastiné, demuestra que hasta entonces nada había informado Rosas oficialmente a su superior, que confesaba haberse enterado "en algunos periódicos que por casualidad han llegado a su poder", lo acordado con el jefe enemigo. Claro está que el fastidio de López cesó al tiempo, máxime cuando el coronel Thompson recibió autorización del Gobierno para contestar de conformidad la comunicación recibida a su vez de aquél, para cesar enteramente las hostilidades. Por último, el 10 de agosto el gobernador de Santa Fe transmitió al jefe militar mencionado su complacencia por el comienzo "de la pacificación general de la República".

No era tan así.

El general José María Paz, como se ha expuesto, había llegado a la provincia de Córdoba sin inconvenientes. Al entrar en ella destacó a una partida de 60 coraceros puestos a órdenes del comandante Juan Gualberto Echeverría para llamar la atención de las fuerzas del gobernador Bustos en el sur, quien no pudo llenar sus instrucciones porque fue sentido en La Carlota, aunque forzó a Bustos a destacar parte de sus elementos como prevención. La marcha de Paz se tornó dificultosa por la falta de agua, que fatigó a hombres y caballos, pero sobre todo a los bueyes que arrastraban la artillería y los carros con abastecimientos. Sin enemigos a su frente, tampoco recibía apoyo de la población a su paso: "Su taciturnidad parecía el presagio de una sublevación en masa". Por último se enteró el general Paz que su antiguo camarada el general Juan Bautista Bustos estaba con fuerzas en Pilar, sobre el río Segundo, a donde se dirigió comandando en persona una división ligera, mientras dejaba al grueso de su columna a cargo de su jefe de Estado Mayor, coronel Román A. Deheza. Bustos se retiró perseguido por Paz, y el coronel Deheza entró primero en la ciudad de Córdoba, el 12 de abril. Pasada la media noche ingresó el comandante en jefe. El gobernador Bustos la había abandonado llevando consigo el parque de artillería y bagajes, acampando en la estancia de Fragueiro, en San Roque, a nueve leguas de la ciudad.

El general José María Paz revela francamente en sus *Memorias* el estado de la campaña:

La tropa y oficiales estaban sorprendidos de la apatía y quizá mala voluntad de los habitantes, cuando habían creído que correrían con los brazos abiertos a abrazar a sus libertadores. Ni un solo hombre, una sola carta, una noticia de cualquier clase no se había aproximado a nosotros.

La plebe de la ciudad —escribe Paz— "era en lo general partidaria entusiasta de Bustos". A fin de dominar los alrededores, fueron despachados algunos jefes, y el Ejército quedó establecido a una legua de la capital, en El Pueblito. Paz se instaló en su ciudad natal y designó mandatario provisorio al ex jefe de policía Pedro Juan González.

Por sugerencias de algunos ciudadanos, el general Paz envió un delegado ante Bustos llevando sus proposiciones:

Se reducían a decir al señor Bustos que no era la ambición de mandar lo que me había traído, sino el deseo de hacer respetar las leyes constitucionales de la provincia, según las cuales habiendo concluido los dos períodos de mando que únicamente podía obtener, debía dejar a los representantes la libre elección de la persona que debía subrogarlo.

Aunque en principio estas bases fueron aceptadas, las negociaciones se prolongaron a causa de nuevos agregados de Bustos; y como Paz sospechó que aquél trataba de ganar tiempo para lograr la conjunción del general Juan Facundo Quiroga desde La Rioja, se movió con sus tropas en dirección a San Roque en la madrugada del 17, haciendo alto a una legua de su adversario. En un punto intermedio ambos generales conferenciaron pero sin obtener resultado, y las tropas de Paz se adelantaron hasta pocas cuerdas del campamento del gobernador Bustos. Una segunda reunión entre los dos tampoco tuvo resultado definido, hasta que tras demoras que inquietaron a aquél, el 19 de abril Paz retrocedió hasta la ciudad.

No obstante el general Paz se convenció de la mala fe de Bustos al enterarse de las miras hostiles de éste —por haber interceptado comunicaciones en tal sentido— pues varios de sus jefes habían marchado a acelerar el envío de tropas auxiliares (de San Luis, Río Cuarto y Fraile Muerto). Cesando en su actitud conciliadora, el ejército del general Paz abandonó la ciudad de Córdoba al anochecer del 21, y al día siguiente estuvo sobre los puestos avanzados de su adversario. El general Bustos fue intimado a disolver sus fuerzas, pero no lográndose este paso, las tropas se dispusieron a la acción.

Ambas estaban separadas por el río San Roque. Paz dividió a las suyas en dos columnas de ataque, comandando él mismo una, compuesta por el Regimiento n° 2 de Caballería, y la otra el coronel Deheza, "valiente y aun bizarro en una batalla" —sin igual, escribe Paz, para conducir a la infantería—, integrada por el Batallón n° 5 de esta arma y las cuatro piezas de artillería. El avance contra las posiciones de Bustos fue simultáneo y se tradujo en una completa derrota de éste. Cayeron prisioneros 200 hombres (puestos en libertad poco después) y 8 piezas de artillería, y murieron cerca de 40 de tropa; del bando de los vencedores murió un capitán Bengolea y una decena de hombres. Toda la caballería de Bustos se dispersó, y éste fue a refugiarse en Los Llanos de La Rioja, donde Quiroga reunía a su ejército.

Al volver a la ciudad el Ejército quedó en el bajo de Galán, a la izquierda del río Primero, y el general Paz se ocupó de remontarlo: creó un cuerpo de infantería denomina-

do Guardia Republicana (teniente coronel retirado Agustín Díaz Colodrero), integrado por la clase media, y otro de caballería, Lanceros Republicanos (comandante José M. Martínez), por los elementos de menores recursos. Los hombres de color y la clase baja formaron otro batallón, Cazadores de la Libertad (teniente coronel Lorenzo Barcala, a quien recuerda La Madrid como "un negro mendocino muy valiente, y de unos modales y porte muy caballeresco"). En los suburbios se levantó otro Regimiento de Caballería, que se puso bajo las órdenes del viejo general Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, el primer comandante de la Revolución de Mayo; otros tantos en los doce Departamentos de la provincia, de alrededor de 500 hombres cada uno, mandados por tenientes coroneles de milicias. La autoridad civil más caracterizada lo fue el ministro general en todos los ramos, José Isasa.

En cuanto a la política que siguió, el mismo general Paz la describe en sus *Memorias*:

Después de la victoria de San Roque uno de mis primeros cuidados fue hacer entender a los gobernadores de las provincias que debía reputar en oposición, que no me mezclaría en sus negocios domésticos, y que deseaba conservar con ellas las mismas relaciones de amistad que mi predecesor. Este voto era sincero y no puede dudarse de ello, desde que se considere que los negocios de Buenos Aires eran ya desesperados después del desastre de Rauch, y que no podía esperar la cooperación menor por aquella parte.

Se ha hecho mención a esta postura de Paz en el párrafo anterior, siendo que por el contrario, era el general Lavalle quien confiaba en un auxilio de Paz. Pero éste ya obraba por su cuenta, desvinculado de la suerte de aquél: no era "su brazo armado en el Interior", como temieron los mandatarios provinciales, y aún se sigue creyendo por algunos escritores. En sentido amistoso fueron dirigidas comunicaciones a los demás gobernadores.

Característica de la personalidad del general Juan Facundo Quiroga fue el resultado de la comisión destinada ante éste, que si bien no era sino comandante de armas en La Rioja, era quien mandaba de hecho en esta provincia. Se temía por la suerte del enviado, dado el temperamento duro de aquél —se consideraba seguro el fusilamiento de éste—, y rehusó conducir la comunicación no obstante el conocimiento que los unía, el presbítero doctor Pedro Ignacio de Castro Barros, riojano y muy respetado por todos. Por último el coronel de milicias Faustino Allende, custodio de la frontera riojana en Serrezuela al frente de algunos coraceros y milicianos, eligió a un capitán de entre estos últimos, que se prestó a llevar a cabo la peligrosa embajada. Según se previó, apenas llegado fue puesto en capilla para ser ejecutado, pero *in extremis* fue liberado y despachado de vuelta con este pasaporte de puño y letra del temible *Tigre de los Llanos*: "Regresa el bombero [espía] don Nicolás Arce a dar cuenta a su amo don Faustino Allende que se halla en la Serrezuela con los mocosos vencedores de San Roque".

El general Paz quedó advertido que no podía esperar contemplaciones por parte de Quiroga. Contaba con las simpatías de los gobiernos de Tucumán y de Salta, pero no requirió su ayuda porque creía bastarse con su solo ejército, integrante del que fuera vencedor en la guerra contra Brasil. En sus propios comprovincianos no confiaba: "es una población poco aguerrida", dejó asentado; por otra parte, "estaba contaminada con el espíritu de montonera", lo que debe interpretarse como que su población le era mayoritariamente adversa. Él manifiesta en sus *Memorias* —y no hay por qué dudar— que "qui-

se únicamente limitarme a la provincia de Córdoba", sin hacer intervenir a la mayor parte de las Provincias argentinas para evitar que "la combustión" fuese universal. Su programa de acción estaría circunscripto al gobierno local sin dejar de tener en cuenta los intereses nacionales, pero por vías pacíficas,

[...] contrayéndome a mejorar el de Córdoba si era llamado a él, a procurar la prosperidad de la provincia, y a hacer triunfar las ideas liberales por la adopción de sus mismos principios, hasta que reunida la Nación por sus representantes (para lo que no fijaba época) se diese su Constitución política bajo cualquier forma.

Nada de *unitarismo* trasciende de estas ideas, aunque se haya empleado el mote en su contra.

El estado militar de sus soldados lo preocupaba, pero en campo diferente al bélico: "Habiendo servido con tanto honor como patriotismo en la guerra del Brasil, y muchos en la de la Independencia, no era ni político ni equitativo dejarlos en el abandono y la indigencia". A este efecto pensaba el general Paz formar dos colonias militares, una en el sur y otra en el Chaco, que a la vez de resguardar las fronteras, sirvieran de sustento a sus familias, negociando con Buenos Aires un subsidio para instalarlas y mantenerlas.

Estos variados proyectos quedaron postergados cuando en mayo invadió el general Quiroga desde La Rioja, sorprendiendo al coronel Allende en Serrezuela, quien —refiere Paz— "fue imprevisamente atacado y sufrió un descalabro, escapando él trabajosamente a uña de caballo".

Las *Memorias* del general José María Paz son un testimonio ineludible y de gran valor para seguir su importante trayectoria histórica. No obstante el tinte por demás crítico hacia sus contemporáneos —no siempre injusto—, y cuidando de cotejar sus afirmaciones con otras fuentes de información contemporáneas, son una guía precisa para referir su acción política y militar, que habiendo sido redactadas con un atrayente estilo literario, no pueden soslayarse al relatar el pasado argentino en las épocas en que él tuvo un papel relevante. Sobre todo porque algunos episodios que recoge en aquéllas no constan por escrito, al tratarse de versiones verbales.

Del momento vivido entonces con el avance de Quiroga, da cuenta Paz:

Ya estaba pues en campaña mi formidable adversario. Ya se hallaba en el teatro de la guerra el hombre singular que desplegó en lo sucesivo tanto genio como audacia, tanto valor como actividad, y que precedido del terror que inspiraban sus sangrientas ejecuciones, era mirado como invencible por la insensata muchedumbre.

Cuatro fusilamientos de vecinos destacados —contra el parecer de Bustos— rubricaron su fama. El ex gobernador de la provincia había reunido en torno de él a un gran número de cordobeses, entre ellos sus antiguos Dragones aparte de milicianos, pero no dirigía las operaciones pese a hallarse en su propio territorio, sino su temible aliado: según se enteró Paz, "Bustos sufrió mucho por el humor atrabiliario de aquél y por las chanzas insultantes con que lo abrumaba".

La ruta seguida por el general Quiroga no fue la directa sobre la ciudad de Córdoba, para no atravesar la sierra, con lo que hubiese inutilizado su caballada, sino que moviéndose por el oeste, se dirigió tras cruzar por Pocho y San Javier hacia la provincia de San Luis.

El general Paz supuso que aquél contaba con las simpatías del gobierno puntano y demás de Cuyo, y que también debía cuidarse de Catamarca y aun de Santa Fe, a las que consideraba provincias enemigas, en todo lo que estaba acertado. En su propia Córdoba tenía también que contener la sublevación, "que amagaba por todas partes", promovida por sus habitantes, según refiere; y efectivamente, en Río Segundo estalló una insurrección. Ésta llegó a contar con 800 hombres y contagió al *gauchaje* de los ríos Primero y Segundo, cometiéndose una serie de desmanes en dicha zona rural, los que no pudieron ser contenidos eficazmente por una columna destinada por Paz contra ellos, a órdenes del mayor Gregorio Aycardo. La grave situación que amenazaba al general Paz lo forzó a requerir el auxilio de las Provincias adictas del Norte que antes postergara recibir. Su posición era defensiva, sin estar en condiciones de iniciar operaciones sobre un punto determinado por tener que atender a todos los lugares en donde los enemigos se hallaban. Resolvió primero esperar a Quiroga en las inmediaciones de la ciudad de Córdoba, posición central para concurrir ante cualquier amenaza.

El 7 de junio de 1829 salió el Ejército de la capital en dirección a Anizacate, y a poco recibió a la División tucumana que se le unió al mando de su gobernador el coronel Javier López: se encontrarían esta vez formando en las mismas filas este último y quien lo depusiera del mando en 1825, el coronel Gregorio Aráoz de La Madrid. No es la única "movilidad política" que el lector habrá advertido a lo largo de este volumen, y habrá otras más. Un relato prácticamente desconocido acerca de estos sucesos se debe a un viajero francés, Théodore Lacordaire (hermano del célebre predicador dominico), que lo publicó en la *Revue des Deux Mondes* en 1832, en París:

El primer acontecimiento del cual fuimos testigos fue la llegada de los tucumanos, diariamente esperados desde hacía un tiempo. Su aparición fue una fiesta para toda la ciudad, y cuando entraron rodeados de una muchedumbre que se había dirigido a su encuentro, miles de aclamaciones los saludaron, lanzadas sobre todo por las damas, que se asomaban a la reja de las ventanas de las casas agitando sus blancos pañuelos. Un solemne Tedeum se cantó en acción de gracias, y una numerosa procesión dio vuelta a la plaza al son de cantos religiosos, de la música del ejército y de las salvas de artillería. En las filas se destacaban los alumnos de la universidad, revestidos de la toga, del birrete y de la banda que llevaban los nuestros hace siglos. Los tucumanos no hicieron sino atravesar la ciudad y fueron a reunirse al ejército, acampado a media legua de allí, en las márgenes del río Primero.

El general Paz conformó a sus tropas en cuatro cuerpos: 1ª División de vanguardia, de caballería, 900 hombres (coronel La Madrid); 2ª División de infantería y artillería ligera, 800 hombres (coronel José Videla Castillo); 3ª División de caballería, 400 hombres (coronel Javier López); 4ª División de reserva, de caballería, 250 hombres (coronel Juan Pedernera). Lo que hacía un total de 2.350 efectivos. Muchos de los oficiales tucumanos recién incorporados carecían de sables, y no tuvo Paz otro remedio que quitar los suyos a los artilleros.

El general Quiroga, estacionado en Río Cuarto, contaba con 5.000 plazas entre riojanos y catamarqueños, puntanos y mendocinos, y cordobeses, de los cuales 800 eran infantes y el resto de caballería. Lo secundaban los gobernadores Bustos, Aldao y Figueroa, éstos de Mendoza y Catamarca, respectivamente. El contingente de San Juan que

conducía el coronel Manuel Gregorio Quiroga se sublevó el 30 de mayo en Las Quijadas bajo la dirección del mayor Nicolás de Vega, por lo cual no se pudo contar con él.

Quiroga avanzó con rapidez merced a su buena caballada, en la cual iba montada su infantería —no poseía artillería—, no obstante una "fuerte y bien sostenida escaramuza" que significó un contraste para su vanguardia, sufrida a manos de una partida de *coraceros* mandada por el capitán Juan Balmaceda, que formaba parte de una fuerza observadora puesta a órdenes del teniente coronel Juan Gualberto Echeverría. Llegado el general Quiroga a Salto, sobre el río Tercero, decidió Paz salir en su búsqueda, y al amanecer del 20 de junio se halló frente al poblado.

Mas Quiroga no se encontraba allí: levantando precipitadamente su campamento, se movió con rapidez sobre la ciudad de Córdoba sorteando el encuentro con Paz, quien ante esa novedad debió replegarse con no menos celeridad para procurar alcanzarlo, demorado porque arreaba ganado para abastecerla. En la capital la defensa se había confiado a una guarnición que si no era numerosa (200 hombres), procedió a fortificar la plaza principal cortando sus accesos con fosos y parapetos artillados de esquina a esquina, donde dirigía sus trabajos el teniente coronel Agustín Díaz Colodrero.

El general Juan Facundo Quiroga llegó antes, el mismo día 20 en que Paz estaba en Salto, a las cuatro de la tarde, y no perdió tiempo en efectuar un asalto por sorpresa. El viajero Lacordaire lo refiere:

Esta calma de repente fue interrumpida por algunos disparos y por el toque de las campanas: "¡Paz ha triunfado!", pensamos, pero en vez del regocijo público percibimos gauchos galopando y a los habitantes huyendo. Un grupo de los primeros fue detenido a la entrada de una de las calles, barrida por la artillería de la plaza, dudando de entrar como intimidado por la pieza, que aparecía amenazante a su extremidad. Se había hecho de noche y con ella redoblado el desorden por todas partes. Los disparos de fusil, al principio aislados, lejanos la mayor parte, se sucedían sin interrupción y acercándose más a la plaza, evidentemente el punto de ataque del enemigo. Un centenar de milicianos había entrado apresuradamente en ella y la defendían. Al chisporroteo de la fusilería por intervalos se mezclaba el ruido lúgubre del cañón, cuyos disparos indicaban los esfuerzos redoblados de los enemigos ansiando llegar a la plaza por las calles que protegía la artillería. A cada rato aumentaba el número de los asaltantes, como parecía por el ruido siempre creciente de los tambores y clarines, que renacía y se apagaba a cada momento en medio de gritos confusos. El toque a rebato los dominaba a todos, y más resonante aún se apercibía el grito salvaje que los indios lanzan en los combates: primero interrumpido y brusco, y después un prolongado alarido que parece taladrar el cielo.

Otro intento fue efectuado al oscurecer. Añade Lacordaire:

A medianoche esta escena de horror estaba en su apogeo. La gente de color que compone la clase baja de la ciudad se había reunido a los bandidos de Quiroga, saqueando los almacenes, así como las casas de los unitarios que se les designaban. Los gauchos, rechazados por la artillería, habían adoptado otro plan para hacerse dueños de la plaza: echando abajo las puertas de las casas cuyas azoteas eran contiguas a aquellas que dominaban la plaza, subían sobre estas últimas y de allí ha-

cían fuego sobre los milicianos que la defendían. La intrepidez de estos jóvenes, que la mayor parte oían por primera vez el silbido de las balas, hizo inútil este nuevo ataque. Como a las dos de la madrugada los federales realizaron un último esfuerzo para destruir las empalizadas, y varios se hicieron matar a quemarropa al tratar de echarlas abajo a golpes de hacha. Rechazados como la primera vez, cesaron en sus inútiles tentativas, amortiguándose a poco las descargas de fusilería. Enseguida se extinguieron del todo, y al rayar el alba reinaba en la ciudad completa calma

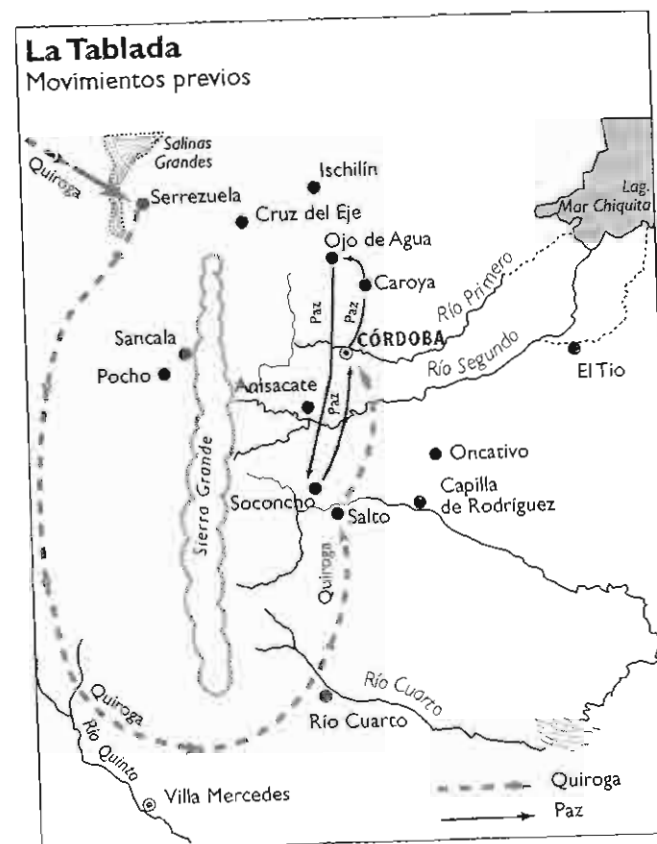
Durante el tiroteo fue mortalmente herido el comandante de la defensa, Díaz Colodrero, mientras recorría a caballo las trincheras.

En la mañana siguiente hubo disparos continuos pero sin que Quiroga ensayase repetir un ataque decisivo. La guarnición de la ciudad ya estaba enterada que, contra lo que supusieron el día anterior, sus enemigos no eran los "montoneros" sublevados en Río Segundo, sino el propio ejército del general riojano. Los defensores se consideraban suficientes para rechazar a los primeros, pero no confiaban en poder hacerlo frente al último, máxime que ignoraban el paradero del general Paz. Quiroga mostró su fuerza para intimidarlos, formándola en la calle Ancha (hoy avenidas Vélez Sarsfield y General Paz), a dos cuadras de la plaza principal, y desde allí efectuó proposiciones, cuya gestión y resultado sintetiza su antagonista en sus *Memorias*:

Despachó de parlamentario al teniente coronel Ruiz Huidobro con la misión de hacer entender a la guarnición que mi ejército estaba lejos y no podía darle protección; que en caso de rendirse le otorgaría condiciones favorables y humanas; que de lo contrario iba a atacar sobre la marcha con todo su poder, y que aunque perdiese 500 o 1.000 hombres tomaría la plaza y lo llevaría todo a filo de la espada. Como el que lo decía era muy capaz de cumplirlo, se intimidaron los defensores, y aunque entretuvieron cuanto fue posible esperando noticias, al declinar la tarde no les fue posible prolongar la negociación, y mediante una capitulación (que burló Quiroga) en el momento lo dejaron penetrar en los atrincheramientos.

Théodore Lacordaire corrobora la narración que antecede y la complementa con detalles interesantes:

Hacia el mediodía, dirigiéndose a la ciudad apareció una cabeza de columna a la entrada del desfiladero. Al principio poco numerosa, se aumentó después insensiblemente: sus primeros jinetes atravesaban el río Primero cuando sus últimas filas estaban aún escondidos tras las alturas. Entró a la ciudad desplegándose en línea de batalla en la calle que vivíamos, ocupando toda su extensión. Quiroga y Bustos se encontraban a la cabeza. Uno de nosotros examinaba los movimientos del ejército con un antejo de largavista, cuando un hombre que por su aire y su traje parecía ser un oficial, destacándose del grupo que rodeaba a los dos jefes federales, avanzó bajo la azotea que ocupábamos dándonos orden de llevar ese instrumento a Quiroga. Obedecemos la insinuación de parte de un hombre tan temible; pero el propietario, poco dispuesto a abandonarlo, había resuelto inutilizarlo retirando uno de los cristales del medio. Quiroga acababa de desmontar cuando llegamos a su lado. Sin decir una palabra tomó el instrumento, y mientras lo llevaba a los ojos le exa-



minamos atentamente. Su aspecto no desmentía el terror que inspiraba su nombre: de estatura mediana pero bien proporcionada, sus miembros musculosos revelaban la fuerza y la audacia; sus facciones de clásica regularidad habrían excitado admiración si sus ojos, llenos de un brillo siniestro, que al hablar mantenía constantemente bajos, no movieran a un secreto espanto. Una espesa barba que ocultaba a la mirada la mitad de su rostro, completaba su expresión. Un sombrero de Guayaquil, un ligero poncho rayado, grandes polainas chilenas con sus macizas espuelas de plata, constituían su indumentaria. Por lo demás, no llevaba nada que lo distinguiera de sus oficiales principales. Cerca de él se encontraba Bustos, el aire receloso, ligeramente aparte como atemorizado él mismo de su terrible asociado. Quiroga nos devolvió en silencio el antejo después de haber procurado inútilmente servirse de él; como no recibimos orden de alejarnos, permanecemos a su lado. Un ayudante de campo portador de una capitulación (si es posible dar ese nombre a la orden de rendirse a discreción), que había enviado a los milicianos encerrados en la plaza, regresó con la contestación de éstos, que pedían tiempo para deliberar. Quiroga tomó el papel, lo leyó con una sonrisa de desdén, y lo pasó por encima de la espalda a Bustos; enseguida, volviendo a tomarlo de manos de este último, tachó de una plumada todo su contenido y dio orden al ayudante de campo de devolverlo a los sitiados con la intimación de rendirse enseguida so pena de dar el asalto a la plaza. Los milicianos, que habían resistido la víspera ignorando el número de sus enemigos, obedecieron y se dispersaron.

El jefe riojano dejó en la ciudad a su infantería (coronel Juan de Dios Vargas), y con su caballería se situó en la alta meseta que la circunda por el norte, en el paraje denominado La Tablada (actualmente Cerro de las Rosas).

Cuando el general Paz estuvo a la vista de la ciudad, a las siete de la tarde del 21, se enteró de lo sucedido. Tenía una alternativa: asaltar la plaza, o enfrentarse con el enemigo en La Tablada, cuyos fogones podía distinguir. Eligió la segunda de las opciones, para no ser atacado por Quiroga por la espalda; y al efecto marchó a su encuentro. El resto del día lo empleó en abreviar y alimentar a su caballería, aunque la tropa no comió por haberse alejado el ganado. A la una de la tarde del 22 de junio de 1829 cruzó el Ejército de Paz un potrero de propiedad de su antiguo delegado Pedro Juan González —rompiendo los cercos que lo encerraban, a fin de no dar un largo rodeo, perdiendo tiempo y fatigando a sus hombres—, y se presentó en el llano que ocupaba su oponente. Allí tendió Paz su línea: el ala derecha al mando de La Madrid, el centro por Videla Castillo (aunque lo dirigió el coronel Deheza, jefe del Estado Mayor), y la izquierda por López. La reserva a cargo de Pedernera.

El costado izquierdo del Ejército del general Paz (la división de 400 tucumanos) se apoyaba en las barrancas que daban al río Primero, por lo que estaba protegido su flanco, de modo que en el otro extremo tendría lugar la pelea más reñida. Efectivamente, la tropa del general Quiroga avanzó al gran galope para reforzar este costado, para desbordar y envolver a la derecha de Paz. El coronel La Madrid dio una conversión y le presentó frente:

En esta situación se adelantó a recibir al enemigo que ya tenía encima, y se trabó un tremendo y bien sostenido choque por ambas partes. Mas la desigualdad del nú-

mero triunfó por un momento y mi derecha, después de extraordinarios esfuerzos, fue completamente arrollada. Finalmente, casi envuelta con los enemigos, y vivamente perseguida, se replegó en desorden sobre la infantería del centro.

Así lo relata el propio Paz, que se vio confundido entre los combatientes al adelantarse para contener a los dispersos, y debió ser alejado por los esfuerzos de sus ayudantes. Ahí recibió un balazo en el pecho el gobernador de Mendoza, coronel José Félix Aldao, aunque no mortal.

Fue la oportunidad de la reserva: el coronel Pedernera avanzó sobre el enemigo y desprendió al teniente coronel Pringles con un escuadrón del Regimiento n° 2 de Caballería, quien restableció el encuentro. Se dieron y recibieron varias cargas “vigorosas y recíprocas”, hasta que el ala izquierda de Quiroga se retiró aunque sin abandonar el campo de batalla. Era el momento culminante.

Se lee en las *Memorias de Paz*:

En esta parte formaba un compacto grupo de más de 1.000 hombres, que su terrible jefe hacía esfuerzos sobrehumanos para reorganizar y traer otra vez al combate. Los momentos eran preciosos y era preciso aprovecharlos para no darle tiempo y consumir su derrota. Quiroga era el alma y el nervio de su ejército, y era allí donde él estaba, el punto esencial y decisivo del combate: me dediqué pues a él, dejando lo demás (que ni con mucho tenía igual importancia) al coronel Deheza y otros jefes.

El general Paz rehízo cinco escuadrones formados por unos 300 soldados, con los cuales amagó al adversario, muy superior en número, para forzar su retirada aunque sin poder atacarlo. Unas veces por la derecha y otras por la izquierda, Paz encaraba a las fuerzas enemigas antes que los costados de éstas lo cargaran, las cuales entonces proseguían lentamente su marcha retrógrada.

Era fácil reconocer el punto que personalmente ocupaba Quiroga, pues allí se contentaban los que iban en retirada y daban el frente a los que los perseguían, pero mientras acudía a otro punto, mediante los continuos amagos de nuestros escuadrones, volvían a continuar su retirada. Allí fue donde aquel caudillo atravesó con su terrible lanza a algunos que fueron menos dóciles a sus mandatos.

Durante dos horas se prosiguió esta operación, hasta más de una legua fuera del campo de batalla. Mientras, el general Paz no cesó de requerir refuerzos al coronel Román Deheza, pues Quiroga había logrado reunir unos 1.500 efectivos, y parte de su milicia cordobesa se había dispersado.

En tanto, en la izquierda propia, el gobernador tucumano López había logrado derrotar a la derecha de su frente, tras encarnizada lucha. El centro también rechazó los impetuosos avances de las fuerzas riojanas, que llegaron por instantes a lograr enlazar algunos cañones, sableando a sus artilleros (debe recordarse que éstos estaban desarmados por haber cedido sus espadas a los oficiales de Tucumán). Las piezas fueron retomadas cuando la caballería de Quiroga fue forzada a retirarse.

Volviendo a la derecha de Paz, éste se hallaba en difícil situación por su inferioridad

numérica frente a los afamados regimientos Llaneros de La Rioja, Auxiliares de los Andes y otros similares, todavía en aptitud de combatir. Pero finalmente llegó para reforzarlo el Batallón nº 5 de Infantería compuesto por 200 plazas, y dos cañones de tren volante, con los cuales el general Paz decidió el resultado: sus enemigos cedieron definitivamente el campo y se internaron en un espeso bosque cercano, cuando ya se ponía el sol.

Las bandas de música de la infantería y los clarines de la caballería resonaron entre las aclamaciones de la tropa cuando su general victorioso regresó al centro de donde había tenido lugar la batalla de La Tablada. Indica Paz: "El terreno en que había combatido el coronel Madrid y en que después renovaron la pelea Pringles y Pedernera era de corta extensión, pero estaba cubierto de cadáveres, el pasto está molido, y la tierra removida por efecto de tantas cargas de caballería que se habían sucedido casi en un mismo lugar". En ese sitio fue proclamado coronel Juan Pascual Pringles. Era una noche de mucho frío, en pleno invierno, y los soldados encendieron fogones y se alimentaron después de dos días sin comer. Enseguida, a las once de la noche, Paz mudó su ejército —dejando encendidas las hogueras— y acampó en el vecino campo de González para que durmiera un par de horas.

Restaba intacta la infantería de Quiroga encerrada en la ciudad, contando con la artillería que había capturado al posesionarse de ella. Aún no había amanecido el día 23 cuando volvió a moverse el Ejército de Paz en dirección a ella, bajando desde el alto en una sola columna porque el terreno quebrado no permitía otra formación. A la cabeza lo hacía el nº 2 de Caballería, luego los batallones nº 2 y 5 de infantería con la artillería, y cerraba la columna la División tucumana.

Cuando los primeros hombres estaban ya en el llano, y los últimos aún no habían descendido, cañones enemigos abrieron fuego sobre estas fuerzas. Inesperadamente Quiroga había reemprendido la lucha (retirando durante la noche a parte de su infantería y aquellas piezas de la ciudad), y por la situación de aquéllos, era posible que fuera derrotada la retaguardia y envolviera a toda la columna.

Paz ordenó de inmediato al coronel Pedernera que desplegara la caballería en el bajo donde se encontraba, y que los infantes y artilleros rompieran los cercos que encerraban su marcha, para dejar expedito el camino de bajada a quienes estaban en La Tablada. Ya clareaba y podían distinguirse los contornos.

Contra el temor de Paz, el general Quiroga no avanzó, pese a haber dispersado los elementos contrarios que se hallaban en lo alto. Esta demora permitió al general Paz adoptar medidas para salir de su atolladero. Escribió al respecto estas palabras en homenaje a su adversario:

Hasta ahora me es difícil explicarme por qué el arrojo sin igual con que el general Quiroga había conducido su atrevida operación, le faltó en aquel preciso momento. Sea que no quisiese dejar la posición, sea que esperase que fuera más claro el día, él suspendió el ataque, sin lo cual hubiera sido nuestra situación más crítica de lo que era ya. Hubo momentos en que creí que se escapaba la victoria de nuestras manos, tan inesperado había sido el ataque y tan atrevido su movimiento. No trepido en decir que es la operación militar más arrojada de que he sido testigo o actor en mi larga carrera. Para apreciarla debidamente ha de suponerse un ejército completamente batido pocas horas antes, al que sólo había quedado una fracción que no ha participado de la derrota. Cualquiera creería, y yo mismo participé de esta opi-

nión, que no sería capaz de tomar la ofensiva y buscar al vencedor en el mismo campo de su gloria, para arrebatárle el triunfo por una acción desesperada. Mas fue al contrario, y el general Quiroga tuvo bastante audacia y bastante ascendiente sobre sus soldados para traerlos a buscar nuevos peligros y un sacrificio completo.

Cuando Paz se dio cuenta de que su enemigo no aprovechaba su ventaja inicial, el coronel Deheza, al frente del Batallón nº 5, y el coronel Videla Castillo, con el nº 2, treparon hacia lo alto por una escabrosa ladera al costado izquierdo de la senda por donde bajaban. En La Tablada sorprendieron a Quiroga y empeñaron nuevamente el combate, sosteniéndose un fuego vigoroso por ambas partes, "en términos —dice Paz— que puedo asegurar que es uno de los más bien alimentados que he presenciado, atendiendo al número de los contendores". El propio general José María Paz subió para alentar a los suyos. Por fin una nueva victoria se pronunció a su favor, triunfando —reconoce— "la pericia, ya que no la bravura de nuestros soldados, porque sea dicho en honor de la verdad, los de Quiroga se condujeron del modo más bizarro".

Otro testimonio corrobora a Paz. Pertenece al entonces teniente del Batallón nº 5 de Cazadores, César Díaz (con el tiempo general en el Estado Oriental, su patria):

Y aquí tuvo lugar otra batalla más larga, más porfiada y más sangrienta que la del día anterior; habiéndole tocado a mi batallón la bárbara gloria de decidirla, atacando y exterminando a la bayoneta la numerosa columna enemiga de aquella arma, de la que seguramente no sobrevivieron al combate más de 50 hombres. Es un hecho digno de notarse, porque tal vez no tiene precedente en la guerra, que formado el batallón momentos después del combate y revistadas por curiosidad las armas, no se encontró una sola bayoneta, entre las de 260 plazas que quedaban en las filas, que no estuviese teñida en sangre. Yo fui herido de bala en el carrillo izquierdo.

En la campaña de Buenos Aires, los encuentros entre Lavalle y López no alcanzan la ferocidad de esta batalla de dos días de continua lucha. Explica Paz su juicio anterior:

Vencidos, perseguidos, acosados por todas partes, arrinconados en las quiebras del terreno, se defendían con la rabia de la desesperación: hubo hombres que inutilizaron sus armas, las arrojaron y tomaron piedras para defenderse individualmente; y uno de nuestros jefes experimentado en las guerras de la Independencia, me dijo con este motivo: "Me he batido con tropas más aguerridas, más disciplinadas, más instruidas, pero más valientes jamás".

Pronunciada definitivamente su derrota, el general Quiroga dejó el campo de La Tablada y escapó con los grupos de caballería que pudieron seguirlo. Toda su artillería y todos los infantes que no murieron peleando, cayeron prisioneros de Paz. Aquél tuvo más de 1.000 muertos y como 500 prisioneros de todas graduaciones, lo que asombró al vencedor: "Mortandad enorme en proporción al número de los combatientes". Sólo faltó para que la victoria fuera completa, la captura del propio general enemigo, pues no obstante la persecución encomendada a su antiguo adversario el coronel Gregorio Aráoz de La Madrid, no logró ser tomado, aunque éste se apoderó del excelente caballo *parejero* al

cual debió su escape: "Era un hermoso bayo overo —lo describe La Madrid— que corría dos leguas y no había quién le ganara. Le tomé también otro hermoso caballo oscuro que le llamaba *El Piojo*, el cual era en extremo ligero". Esta presa tendrá su importancia, como se verá después.

Restaba someter a la ciudad. Uno de los ayudantes de Paz, el capitán Rafael Correa se dirigió a ella para explorar la situación, y pese a sus instrucciones en contrario, penetró en la misma, donde fue muerto por enemigos allí apostados. Para evitar nuevo derramamiento de sangre, el General despachó a su otro ayudante de campo, capitán Dionisio Tejedor (de los pocos porteños en sus filas), portando una intimación para que el encargado de la plaza la rindiera. Pese al carácter de parlamentario de Tejedor —acompañado por una reducida escolta con bandera blanca—, éste fue abatido a tiros desde una azotea. El capitán Dionisio Tejedor era, afirma Paz, su "único amigo", lo que sirve para revelar esa tacha de desconfianza y prevención que abrigaba la personalidad del ilustre patriota y destacado soldado. Cuando éste se preparaba para asaltar el recinto urbano, se presentó el teniente coronel José Argüello, antiguo ayudante de Bustos, quien aseguró que la resistencia había cesado y que el asesinato aludido era producto de "unos malvados" que ya estaban individualizados y presos. El ejército vencedor ingresó a la plaza "en medio de las aclamaciones de la muchedumbre", informa Lacordaire: "Allí se quiso en vano mantener el orden en las filas: cada oficial, cada soldado, oprimido entre los brazos de un hermano, de un amigo, de un desconocido, compartía el entusiasmo general". Ya en posesión de la ciudad de Córdoba, el general Paz se mostró generoso y no autorizó ninguna represalia.

Aunque las hubo, sin su autorización y en contra de sus expresas órdenes. Fue responsable el coronel Deheza de ordenar el fusilamiento de algunos oficiales de Quiroga "por facinerosos escapados de la Justicia", siendo uno de ellos —explicó a Paz— de los sargentos que sublevaron el Batallón n° 1 de Los Andes en San Juan en 1820. Aunque el general Paz prohibió la ejecución, ésta se llevó a cabo, lo mismo que efectuaron sus hombres con los cinco soldados que mataron a Tejedor. Paz se indignó, aun reconociendo la maldad de esos individuos, a los cuales estaba dispuesto a someter a consejo de guerra y no a ultimar sin sujetarse a la ordenanza. Indica que pese a su rechazo de venganzas, el espíritu de sus tropas estaba altamente irritado con la conducta del ejército de Quiroga, luego del fusilamiento de algunos vecinos en el norte de la provincia (el capitán Ortega, el juez Vázquez de Novoa, y un par más), y por haber dispuesto otro tanto para cuatro oficiales capitulados cuando tomó Córdoba al teniente coronel Díaz Colodrero (que pudieron escapar por demora en cumplirse el acto). Tuvo el general Paz "un vehemente acceso de cólera" ante dichos actos de sus subordinados, aunque admite que pudieron influir en el espíritu de represalia los momentos siguientes al combate, en que los ánimos se encuentran acalorados. Con el resto de sus prisioneros se guardaron las debidas consideraciones. Al día siguiente el curioso Théodore Lacordaire recorrió a caballo el desierto campo de La Tablada, donde algunas aves de rapiña hacían de las suyas: "Algunas carretas cargadas de muertos lo atravesaban lentamente, dirigiéndose a varios y profundos pozos donde desaparecían juntos vencedores y vencidos".

El general Juan Facundo Quiroga retornó a La Rioja y el gobernador Aldao a San Luis para curarse. Por su parte el ex mandatario Bustos fue a refugiarse en Santa Fe.

La provincia de Córdoba quedaba en manos del general José María Paz.

Al tiempo que Paz ascendía en el panorama político argentino merced a su victoria en La Tablada (22 de junio), contemporáneamente Lavalle capitulaba mediante el convenio de Cañuelas (24 de junio). Separados desde abril, sus destinos y acciones fueron desde entonces diferentes. Córdoba y Buenos Aires mostraron dos triunfos de opuesta tendencia.

Conforme al acuerdo que celebró con el coronel Juan Manuel de Rosas, el general Lavalle instruyó a su delegado en el mando provincial, brigadier Rodríguez, que convocara a la ciudadanía para elegir diputados a la Legislatura, para que luego éstos procedieran a designar al gobernador *propietario*, según vocablo de la época. Un pacto entre los dos caudillos —el de la ciudad y el de la campaña— permitió conformar una lista común, y proponer para la primera magistratura al coronel Félix de Álzaga. Pero el ala extrema del Partido Unitario no se resignó a entregar el mando otra vez, como antes se viera forzado a hacerlo por la renuncia del presidente Rivadavia, sobre todo conociéndose el triunfo del general Paz en el Interior: sus dirigentes compusieron una lista distinta de representantes. La distancia entre Lavalle y los unitarios se patentizaba en esta nueva oportunidad.

El 26 de julio las elecciones en la ciudad dieron el triunfo a la lista del Partido Unitario, contra la que incluía nombres combinados hasta último momento entre Lavalle y Rosas. Este último no respetó el resultado, que le arrebató el imponerse contra quienes había combatido en la campaña militar concluida en su favor, con el alejamiento del mando de su contendor. La protesta de Rosas invocando violencias y fraudes, rechazada por los unitarios, mereció acogida favorable, empero, por parte del general Lavalle, hastiado de la contienda intestina. Una frecuente y amistosa correspondencia entre los dos comandantes de las respectivas fuerzas armadas se impuso al parecer de aquéllos, pero Martín Rodríguez y los ministros renunciaron, aunque el doctor José Miguel Díaz Vélez continuó en su cargo hasta que asumieran los luego elegidos. El doctor Salvador María del Carril emigró al Estado Oriental el 14 de agosto.

Para superar el conflicto, el general Juan Lavalle, espiritualmente entregado a la voluntad de Rosas, y distanciado de quienes lo habían sostenido, resolvió anular las elecciones; y el 24 de agosto de 1829, en la quinta de Piñeyro en la zona de Barracas (margen derecha del Riachuelo), los dos nombrados firmaron un nuevo pacto, por el cual nombraron a un gobernador provisorio para "hacer cumplir la convención del 24 de junio". Fue elegido el general Juan José Viamonte, quien se rodeó por dos ministros que lo fueron de Dorrego, el general Tomás Guido y don Manuel José García (!), y un camarada de Lavalle como lo era el coronel Manuel de Escalada. De inmediato el nuevo mandatario declaró por decreto abolido el uso de divisas partidistas porque "la salud de la patria demanda imperiosamente un olvido completo de estas fatalidades".

Bueno es reiterar este espíritu de concordia que proclamaron Lavalle y Rosas. El segundo pacto fue precedido por considerandos que hacían mención a la anterior convención de Cañuelas, cuyo "objeto principal" —recordaba el de Barracas— "fue hacer volver al país a sus antiguas instituciones sin violencias y sin sacudimiento, dando así a todas las clases de la sociedad las garantías que sólo pueden tranquilizar completamente los ánimos, y restablecer la confianza y la concordia", y también "que los que han tomado las armas no deben aspirar ya a los efectos de un triunfo, ni a terminar por su medio la lucha, y sus jefes deben dar el ejemplo de la moderación y del desprendimiento".

Lavalle cumplió su palabra, licenciando a sus tropas. No ocurrió lo mismo con las fuerzas de Rosas, quien por este medio se hizo dueño de la situación.

Por desdicha, el Partido Federal que había triunfado en los hechos al obtener primero la salida del general Lavalle del Gobierno, y luego la anulación de las elecciones que hubiesen dado el control de la Legislatura al Partido Unitario, hizo sentir este estado de cosas contra el sentido de confraternidad pactado. Refiere Beruti en sus *Memorias curiosas*:

Últimamente el Partido Federal se ha salido con la suya, teniendo que ceder Lavalle a la ley que le ha puesto el vencedor Rosas, según se ha visto; siendo una vergüenza que los federales entran en la ciudad armados, haciendo alardes de su victoria, y se pasean sin que nadie les diga nada; agregándose a esto que vienen con las divisas en que se distinguen las tropas unitarias de Lavalle, y son plumas de avestruz en el sombrero, puestas alrededor de la copa, las que van afianzadas con una cinta de color blanco puesta de cintillo o faja que abraza la copa; y en el caballo una cinta roja en la cola atada, en la frente otra faja roja que la abraza toda, o una cinta del mismo color, y pendiente de la cabezada muchos cascabeles, que al ruido manifiesta el soldado ser federal. Cuya divisa tiene incomodados a los partidarios de Lavalle; pero nadie les dice nada y lo sufren, aunque rabiando. Y también en la cinta blanca del sombrero tenían un letrero negro que decía "Federación o Muerte".

No quedaron en tales demostraciones, desafiantes pero inofensivas, las actitudes de los partidarios del coronel Rosas: violándose la tolerancia convenida, comenzaron las agresiones personales contra algunos jefes que se distinguieron en la lucha, como los coroneles Isidoro Suárez y Niceto Vega. El *Diario* de Beruti indica:

2 de septiembre de 1829. A las siete de esta noche entró un batallón de 600 hombres de infantería, de los formados por Rosas con esclavos de las estancias de la campaña, al cargo de su comandante coronel don Mariano Benito Rolón, los que se alojaron en el cuartel preparado frente al mercado. Su uniforme es pantalón blanco, camiseta de lana encarnada, por zapatos tamangos de cuero, y gorra de paño azul ribeteada con paño encarnado en el ala, y borla en medio del mismo color.

El general Lavalle había sido designado por Viamonte, comandante de la Caballería, y pese a su "muy fuerte deseo de retirarse a la vida privada, y grande el odio que le había quedado a los negocios públicos", según manifestación propia, aceptó el cargo "únicamente por la conservación del Ejército". Las agresiones a sus jefes y subordinados continuaron sin poder evitarse, por el dominio que tenían los federales de la escena, y finalmente la poca paciencia de Lavalle llegó a su límite. El 11 de septiembre elevó la siguiente nota al inspector general del Ejército:

Anoche a las once recibí la comunicación de S.E. el señor gobernador para que el sargento mayor don Baldomero Sotelo sea arrestado en la Fortaleza, por haber inferido (dice la nota) heridas de gravedad a un sargento y a un soldado de la división que está en el Parque. El sargento mayor Sotelo no ha hecho más en este acto que asociarse al señor coronel Medina y a otros varios oficiales para salvar la vida a un soldado del 16, a quien habían atado de pies y manos una multitud de asesinos de esa división que está en el Parque, y lo estaban ultimando tan atroz como

cobardemente. Los asesinos hicieron armas contra los oficiales, y era natural que éstos no se dejasen degollar y que hiciesen esfuerzos para arrancarle su víctima. Él lo será, sin embargo: el soldado del 16 morirá. El mayor Fernández, jefe según creo de esa gente, se presentó a los oficiales pidiéndoles los asesinos que habían tomado, y que les fueron entregados.

Añadió el general Lavalle las siguientes reflexiones:

Los jefes, oficiales y soldados del ejército son insultados, desarmados y heridos por los bárbaros, siempre que pueden hacerlo impunemente, sin que se les deje ni aún el derecho de defenderse. Con tal conducta el gobierno perdería su más firme apoyo, y después sería víctima él mismo si no se degrada a servir de instrumento a la venganza por el estúpido espíritu de partido.

Concluía por dimitir su cargo y pedir su pasaporte: "Me separo de la patria sólo cuando no puedo contribuir a salvarla". Partió para el Estado Oriental el 7 de octubre de 1829, y arrastró consigo una gran cantidad de militares y civiles comprometidos con su accionar, que abrigaban serias dudas de que la tolerancia convenida en junio y ratificada en agosto, fuera cumplida. Lo siguieron los coroneles Olavarría, Suárez, Martínez, Trolé y otros, el doctor Florencio Varela y sus hermanos Juan Cruz y Rufino, el doctor Juan Andrés Gelly, y tantos personajes más de la pasada administración. Otros militares, como el teniente coronel Sixto Quesada, pidieron su baja.

Tuvieron razón: el gobierno presidido por el general Viamonte carecía de fuerza propia para imponerse, y paulatinamente sus medidas indicaron que estaba forzado a inclinarse ante la influencia incontrarrestable ahora, del comandante general de campaña, coronel de milicias Juan Manuel de Rosas, el visible vencedor de los "decembristas". Como cabeza de la única fuerza armada de consideración, era el indicado para asumir el Poder Ejecutivo de la provincia, tal cual ocurre normalmente tras la agitación política. Así pensaban los federales porteños, por más que el propio Rosas declarase no tener aptitudes para dirigir los asuntos públicos: "Yo no soy más que un hombre de bien, un honrado labrador amigo de las leyes y de la felicidad del país. Debo pues contentarme con la posición que me ha tocado en esta clase, sin aspirar a más". Así se definió él mismo y lo declaró en carta del 1º de agosto al general Miguel E. Soler.

No opinaban de este modo sus amigos y partidarios, puesto que, en contradicción con los dos pactos firmados por aquél, pretendieron que funcionara otra vez la Legislatura disuelta por el pronunciamiento de Lavalle, sin procederse a nueva elección (26 de octubre). Al día siguiente reaccionó el gobernador Viamonte: "La reunión de la antigua Sala de Representantes o la iniciativa de cualquiera de sus miembros a la citada reunión, sin expreso y terminante consentimiento del gobierno, se considerará como un paso anárquico y tumultuario". Nada importó: consultado Rosas por el mandatario, indicó que el nombramiento de los antiguos diputados se mantenía vigente y que no se estaba en condiciones de realizar elecciones con tranquilidad (18 de noviembre). El general Juan José Viamonte debió ceder.

El 1º de diciembre de 1829 se reinstaló la Junta de Representantes existente un año atrás, bajo la presidencia del doctor Felipe Arana, y el día 6 del mismo, eligió gobernador y capitán general de la provincia al comandante de la campaña. Antes que concluye-

ra el mes, dicha Legislatura confirió al ciudadano Rosas el grado de brigadier y lo condecoró con el título de "*Restaurador de las Leyes e Instituciones de la Provincia de Buenos Aires*", además de otras recompensas.

El levantamiento encabezado por el general Lavalle había durado apenas siete meses, y transcurrido un año exacto, volvía el Poder a los federales a quienes combatiera. Ahora, desaparecido el coronel Manuel Dorrego, tocaba dirigir los destinos porteños a quien, dejando las tareas rurales a que se dedicara hasta aquel suceso, entraba a la vida política para no abandonarla hasta su violenta caída veintidós años después.

CAPÍTULO XIII

Antagonismo geopolítico

SITUACIÓN EN CÓRDOBA Y BATALLA DE ONCATIVO. LA LIGA DEL INTERIOR. MEDIDAS DEL GOBERNADOR ROSAS. LA LIGA DEL LITORAL. NUEVA LUCHA CON QUIROGA Y RESULTADOS. LA COMISIÓN REPRESENTATIVA.

El objetivo confesado del general José María Paz al hacerse dueño de la situación de su provincia natal fue el de "limitarse a Córdoba y no atacar a las demás provincias". Abona la sinceridad de esta declaración el hecho de hallarse rodeado de enemigos, no sólo en aquéllas, sino dentro del propio territorio cordobés, lo que le obligaba a consolidar su situación interna antes que ocuparse de problemas ajenos. Aquí la popularidad del antiguo mandatario Bustos era muy grande, sobre todo en la campaña, quizá más que por una buena administración, debido al hecho de haber sido depuesto por una fuerza militar proveniente de Buenos Aires, puesto que en Córdoba siempre fue muy marcada la antipatía contra los *porteños*, al igual que en otros tiempos en la antigua Provincia Oriental. La propaganda en ese sentido está expuesta por un destacado político correntino, Pedro Ferre, quien en su *Memoria histórica* asienta:

Como en la rebelión de Lavalle reconociese el general Paz al gobierno interino de Buenos Aires, se valiese de su Ministerio de Guerra, y saliese de allí con fuerza armada para Córdoba, se consideraba este paso como una ramificación de aquel movimiento. Sin embargo...

En cambio, el general Paz refiere que en la capital de su provincia debía oponerse constantemente a los simpatizantes del Partido Unitario o *exaltado*, como él lo denominaba, con el objeto de tomar disposiciones conciliatorias, lo que marca una diferencia con aquél.

Parte de los milicianos cordobeses que fugaron del campo de La Tablada difundieron la noticia de que había sido Paz el derrotado en la batalla, y esta noticia promovió la insurrección de varios Departamentos. Antes que cobrase cuerpo, el General despachó a la sierra del Norte al coronel Pringles y a la frontera con Santa Fe al coronel La Madrid. El mismo Paz efectuó una recorrida por esta última zona, que era la que más cuidado le ofrecía, puesto que era proclive a recibir aliento y refuerzos del gobernador López, quien sin embargo no se manifestaba abiertamente hostil. En la localidad santafecina del Sauce se hallaba refugiado el general Juan Bautista Bustos.

La acción de La Madrid pacificó la región fronteriza del este, y Paz quedó cerca del paraje denominado El Tío, desde donde despachó al coronel Javier López de retorno a Tucumán, para que después marchara sobre La Rioja a fin de evitar que Quiroga se re-

cobrase de su contraste. En ese lugar el general Paz recibió enviados de Estanislao López para mediar en el conflicto del Interior (canónigo José Amenábar y Domingo de Oro), al tiempo que él mismo dirigía otra comisión a Santa Fe y Buenos Aires (doctor José María Bedoya y José Joaquín de la Torre) para asegurar a sus gobiernos el ánimo pacífico de que estaba poseído, con el objeto de evitar ser atacado por ellos, y al mismo tiempo celebrar un acuerdo de auxilio recíproco para defenderse de los malones indios. Escribió al respecto Paz del favorable momento en que se hallaba López para recibir su ofrecimiento:

Los tratados que habían puesto fin a la lucha en Buenos Aires se habían hecho sin su participación, tampoco se le habían mandado a su aprobación como general en jefe, y ni aun se le había pasado un simple aviso de lo sucedido. Este manejo misterioso lo tenía sumamente indispuesto con el partido vencedor, de modo que la comisión llegó en las circunstancias más oportunas.

El 7 de agosto de 1829 fue suscripto un pacto en los términos deseados. En cuanto al todavía gobernador Viamonte, lo hizo el 27 de octubre. Ambos contenían un enunciado similar, trascendente a los propósitos amistosos que los fundamentaban, porque alcanzaba a la Confederación por entero: "la reunión de un cuerpo nacional para organizarla y constituirla" (art. 7 del convenio entre Córdoba y Buenos Aires).

Sólo ofrecía cuidados el norte de la provincia de Córdoba, donde Pringles había sido incapaz de sofocar las guerrillas que lo agitaban, hasta el extremo de abandonarlo y estacionarse al sur, en los confines con San Luis. Paz debió volver su atención hacia allá, mandando al coronel Pedernera para reprimir su insurrección. Por entonces la Sala de Representantes eligió gobernador "en propiedad" al general Paz, concluyendo los interinatos.

Lo que no terminó fue la inquietud de éste por la situación de la provincia, acerca de la cual declara con franqueza: "La parte pensadora, ilustrada y sensata era afectada a mi administración, mientras la ignorante multitud era todo lo contrario". La campaña mostraba —insiste— "mala voluntad" y se manifestaba en permanente intranquilidad. Una mezcla de dureza y buena disposición fue empleada para atraerse a los pobladores rurales, porque el estado de Córdoba fue por momentos preocupante en sumo grado: también confiesa Paz que Pringles en el sur "era constantemente hostilizado y no se extendía su influencia más allá del terreno que materialmente pisaba", al igual que Pedernera en el norte (situado en Pocho), donde este jefe "no contaba sino con sus propios soldados y hasta éstos me parecieron tristes y sombríos, mientras los oficiales estaban pensativos". Finalmente sus medidas comenzaron a surtir el efecto deseado, aunque con lentitud.

Otro factor de preocupación lo ofrecía Quiroga.

Este general habíase refugiado tras su revés en La Tablada en los llanos del sur de La Rioja, y prevenido que desde Tucumán y Catamarca se movilizaban en contra suya sus mandatarios de común acuerdo con Paz para eliminar su influencia, ordenó bajo severas penas la evacuación de la ciudad capital de la provincia de todos sus habitantes. La medida fue cumplida sin excepciones; porque un bárbaro escarmiento para con sus opositores la había precedido, como muestra de lo que podía esperarse si se producían resistencias. El hecho ocurrió con motivo del festejo de algunas prominentes familias riojanas ante la derrota del *Tigre de Atilas* (sitio del campamento de Quiroga): detenidos sus

miembros al arribo de éste, fueron fusilados por haberse alegrado de tal resultado, el 19 de julio de 1829, al mes siguiente de la batalla. El libro parroquial de defunciones de La Rioja ofrece sus nombres: Inocencio del Moral y sus hijos Ramón y Juan Pablo, los hermanos Pedro y Tomás Gordillo, Ezequiel Costa, Domingo Sotomayor, Pedro Ignacio Barros y Teodoro Corr (sic). Tres hermanas quedaron viudas en el mismo instante. El 25 del mismo mes fue también pasado por las armas, por la misma causa, Ángel Mariano Pazos, ex diputado y secretario de la Cámara Legislativa, casado con una Moral.

Desde Atilas el general Quiroga se retiró a San Juan, frente al avance de las tropas combinadas de Tucumán y Catamarca mandadas por el coronel Javier López, las cuales hallaron a la capital de La Rioja absolutamente desierta, conforme a las medidas de aquél. Es probable que para esta época Quiroga haya comenzado a abrigar prevenciones contra la conducta del gobernador Estanislao López, quien lo impulsara a combatir contra Paz, para luego firmar con el adversario un pacto de amistad y permitirle hostilizarlo.

Una repercusión favorable al estado del general Paz fuera de Córdoba —si bien pasajera— se dio en Mendoza, donde el gobernador "federal" Juan R. Corvalán resultó depuesto del mando por un golpe de Estado encabezado por el teniente coronel Juan Cornelio Moyano (10 de agosto), encargándose provisoriamente del Poder Ejecutivo el general Rudecindo Alvarado, de paso por ella. Mas poco después el general José Félix Aldao —quien se hallaba en San Luis curando su herida recibida en La Tablada—, y el general José Benito Villafañe (segundo de Quiroga, ya retomada su posición en La Rioja) invadieron Mendoza para restablecer la situación. Ocurrió entonces una tragedia: entablado combate en el campo de Pilar (22 de septiembre), se pactó una tregua con Moyano para lograr su capitulación, pasando a su campo el comandante Francisco Aldao, hermano del "Fraile General" —como lo denominaban sus adversarios—, quien inició conversaciones con el teniente coronel Pedro León Soloaga (Zuloaga). En tales momentos el general José Félix Aldao rompió fuego de cañón sobre sus enemigos, y en el tumulto consiguiente fue muerto de un pistoletazo su hermano Francisco. Siguió un ataque de Aldao y la derrota de los revolucionarios.

La consecuencia fue espantosa: si bien varios oficiales y vecinos pudieron escapar, se desató una cruel represalia, dándose muerte a cuantos opositores de Aldao cayeron en sus manos. No se salvaron de ser fusilados, lanceados o degollados ni los suboficiales, y entre los vecinos caracterizados que hallaron la muerte se contó el antiguo presidente del Congreso de la Independencia, doctor Francisco Narciso de Laprida, quien revistaba entre los cívicos. Un joven oficial de milicias, el teniente Domingo F. Sarmiento, pudo salvar amparado por el teniente coronel José Santos Ramírez, del bando vencedor. El general Alvarado fue respetado.

Desde entonces el general Juan Facundo Quiroga pudo cómodamente remontar a su ejército en La Rioja —ya desocupada por sus invasores—, y en las provincias cuyanas.

Otra catástrofe para el general Paz se sumó al cuadro negativo que ofrecía la propia Córdoba: las fuerzas mandadas por el coronel Juan Pedernera en la sierra, fueron sublevadas por sus mismos oficiales, siendo capturados su jefe y su segundo el mayor Indalecio Chenaut. Acota Paz aludiendo a Quiroga: "Dicho general dio tal importancia al suceso, que habiéndose propuesto no quitarse la barba (que por consiguiente tenía muy crecida) hasta haber vengado el desastre de La Tablada, lo dio ya por hecho y se mandó afeitar". Para agravar el estado de cosas, fuertes partidas de guerrilleros ("montoneros") aparecieron otra vez por El Tío. Aunque luego de dos semanas de aquel contraste en el norte, el

13 de noviembre de 1829, un sargento del n° 2 de Caballería y un cabo del n° 5 de Cazadores lograron que la tropa se rebelara contra los amotinados y retornara a la ciudad. El mando fue devuelto a Pedernera, y quienes se opusieron al motín fueron ascendidos, y previo consejo de guerra, pasados por las armas cuatro de los cabecillas de la sublevación, indultados por Paz otros tres que recibieron la misma condena. Pero las medidas distaron mucho de remediar por completo el sentimiento popular en la campaña.

Sofocar los levantamientos locales no fue tarea fácil. "La retirada del coronel Pedernera había dejado entregada la sierra a las furias del infierno", escribe Paz, "la insurrección había tomado tal vuelo que era necesario emplear mayores medios para contenerla". Fue enviado contra ella el coronel Hilarión Plaza, quien como su camarada Gregorio Aráoz de La Madrid destinado a la frontera santafecina con similar objetivo, debió imponer el sometimiento de las partidas enemigas mediante numerosos choques y usando de energía y hasta crueldad en algunos casos. También por Río Cuarto se mostraban grupos hostiles, y allí fue el coronel Juan Gualberto Echeverría. Agrega Paz: "Nuestro Ejército fatigado hasta lo sumo, dividido notablemente principalmente en caballería, y disminuido en muchos puntos que era necesario atender, era el objeto de mis más graves cuidados". Contra su voluntad, el gobernador debió recurrir a un empréstito forzoso —que más tienen de lo segundo que de lo primero—; aunque por otro lado, rechazó el ofrecimiento formulado por el clero, de fundir objetos del culto religioso para allegar recursos. Es pertinente añadir otras consideraciones del general Paz sobre lo que califica de "Vendée pequeña":

Debe añadirse que nuestros soldados tenían siempre delante la seducción de una licencia absoluta, con que los brindaban nuestros enemigos, mientras eran muy pocos los medios de recompensar su fidelidad. Sin embargo me hago un deber en repetir en honor de ese sin igual Ejército que, con raras excepciones, fueron todos fieles a sus compromisos y al orden. Mas estas mismas virtudes hacían más irreparable la pérdida de uno de ellos; y esto era lo que frecuentemente sucedía en esas expediciones aisladas aunque pequeñas, en que los combates, los asesinatos y otras concausas ligaban lo selecto de mis tropas, sin poder reemplazarlas ni con reclutas traídos a la fuerza, a los que no había tiempo de inculcarles principios de orden, ni aun de instrucción.

El general Paz estaba sobre todo atento al Norte, sabiendo que la guerra de partidas en la sierra era la vanguardia de la invasión que esperaba del caudillo de Los Llanos: allí aglomeró fuerzas más numerosas. Corría entre el vulgo que el general Juan Facundo Quiroga contaba con 400 "capiangos", que eran hombres que se transformaba en tigres, y hasta que poseía un caballo que le aconsejaba en sus operaciones.

Y la temida invasión de Quiroga a Córdoba se efectuó. Venía de Mendoza, y anunció su marcha mediante una larga carta en que ofrecía tratar la pacificación del país, en medio de fuertes críticas por la conducta de su antagonista. Fechada allí el 10 de enero de 1830 decía a Paz al concluirla:

Estas garantías o probabilidades de una segura paz sólo pueden ofrecerse en la Constitución del país. Las pretensiones locales en el estado de avance de las provincias no es posible satisfacerlas sino en el sistema de federación. Las provincias se-

rán despedazadas tal vez, pero jamás dominadas. Al cabo de estos principios, el general que firma y sus bravos han jurado no largar las armas de la mano hasta que el país se constituya según la expresión y voto libre de la República.

El general Paz le contestó mostrándose conforme, aunque sin aceptar sus recriminaciones, y envió comisionados para llegar a una solución sobre la base de que Quiroga desocupase previamente la provincia que había invadido. Esta delegación fue sorprendida, en cambio, por la celeridad del avance del último, al punto que lo hallaron en el pueblo de Salto sobre el río Tercero, apenas a 22 leguas de Córdoba. Ante ese hecho los delegados de Paz optaron por retirarse, y al despedirlos el general Quiroga dijo al mayor Wenceslao Paunero, uno de ellos, que transmitiera a La Madrid de su parte "que se hiciera conocer pues lo buscaría aunque fuera en los infiernos para cobrarle la bandera que le había quitado en el campo del Tala el año 26". Hubo que prepararse a la pelea, aunque en esos días se recibió también una misión mediadora dirigida desde Buenos Aires en el último término del gobierno provisorio del general Juan José Viamonte, cuyas comunicaciones para Quiroga fueron remitidas.

El General riojano prosiguió su avance, mientras el general José Benito Villafañe penetraba por el norte de la provincia al frente de 1.500 hombres, habiendo restablecido a favor del Partido Federal a Catamarca, cuya capital ocupara el 14 de diciembre de 1829. El general Paz, fracasado su intento de detener al primero de los nombrados, reunió a su Ejército en Anizacate —a poca distancia de Córdoba— y organizó sin demora a sus divisiones: 1ª a órdenes del coronel Gregorio Aráoz de La Madrid; 2ª a las del coronel Manuel Puch, de Salta; 3ª a las del coronel José Videla Castillo; la de reserva a órdenes del coronel Juan Pedernera. La vanguardia la dirigía el coronel Juan Gualberto Echeverría, a quien se agregó el coronel Luis Videla, de San Luis. Era el mes de febrero del año 30.

El general Quiroga tomó la misma ruta utilizada en su primera campaña, bajando hasta el río Tercero y avanzando luego por el camino que partía de San Luis, hasta colocarse en el que comunica Córdoba con Buenos Aires. Mientras efectuaba este rodeo, Paz se movió el 18 de ese mes hasta acampar en Pilar, a poca distancia del río Segundo. Diría en su parte con posterioridad: "El 24 se supo que el ejército agresor se conservaba inmóvil, y resolvió el general que suscribe no diferir por más tiempo una batalla que las circunstancias hacían inevitable". Ese mismo día la comisión mediadora enviada por Buenos Aires (Pedro Feliciano Sáenz de Cavia y doctor Juan José Cernadas) llegó al campamento del general Paz y ante su empeño, éste los hizo pasar al de su antagonista, repitiendo su exigencia de que si Quiroga quería un entendimiento sincero, debía ante todo salir de la provincia que había invadido con la cooperación de Villafañe. Aunque, como no deseaba Paz perder tiempo en el estado a que habían llegado las cosas, les precisó "que si sobre este antecedente podían hacer algo, me lo avisasen inmediatamente —dejó asentado en sus *Memorias*—, sin que pasasen dos horas después que estuviesen en el cuartel general enemigo; y que de no hacerlo, daría por rota la negociación".

Ninguna respuesta obtuvo el general Paz, y vencido el plazo concedido movió sus fuerzas, presentándolas el día 25 a la once de la mañana a la vista del enemigo. Tampoco entonces recibió ningún parlamentario, e interpretó el silencio como una negativa. Todos, de uno y otro bando, se prepararon para la acción. Ésta se desarrolló cerca de la posta de Impira, en el lugar denominado Oncativo o Laguna Larga (con ambos nombres, predominando el primero, se denominó a la batalla).

El general Quiroga había colocado su artillería (8 piezas) e infantería —pues esta vez, habiendo calibrado las condiciones de su antagonista, las llevó al combate— tras dos filas de carretas que las habían conducido desde Mendoza, al igual que a los bagajes, en torno de una *isleta* de monte que se levantaba en la llanura. Su caballería se ubicó a ambos lados de ese pequeño bosque, apoyando en la laguna de Oncativo su extremo izquierdo. El coronel Gregorio Aráoz de La Madrid calcula en sus *Memorias* que ese ejército pasaba de 3.000 efectivos. El general Paz adoptó similar dispositivo: a la derecha la caballería de La Madrid (escuadrón de Voluntarios, Lanceros Argentinos y milicias de Río Segundo); a la izquierda Puch con los Lanceros de Salta, milicias de Santa Rosa y Río Seco, más una compañía de Cazadores. Su centro, mandado por Videla Castillo, se componía de los batallones n° 2 y 5 de Cazadores de infantería, con una batería de 6 piezas de artillería. La reserva (Pedernera) la integraban el Regimiento n° 2 de Caballería y el escuadrón escolta con milicias. Según La Madrid el total de estas fuerzas era algo más de 2.000 hombres.

Reconocida la línea enemiga, Paz hizo un cambio de frente por la derecha, de manera que forzó a Quiroga a modificar sus posiciones, moviéndose hacia su izquierda, como se verá.

Comenzó un duelo de artillería, seguido por un avance del ala derecha de Paz con el objeto de atacar el costado izquierdo de Quiroga, para lo cual La Madrid fue reforzado con algunos escuadrones. Indica al respecto el parte de la batalla compuesto por el general Paz:

La división del señor coronel Madrid verificó la carga con la mayor bravura, y arrolló a la caballería que se le opuso, lo mismo que el señor coronel Echeverría por el flanco; mas el enemigo movió todas sus masas de esta arma sobre la misma división, y renovó el combate encarnizadamente. Un sinnúmero de cargas sucesivas tuvo lugar por instantes: se lidió por ambas partes con desesperación.

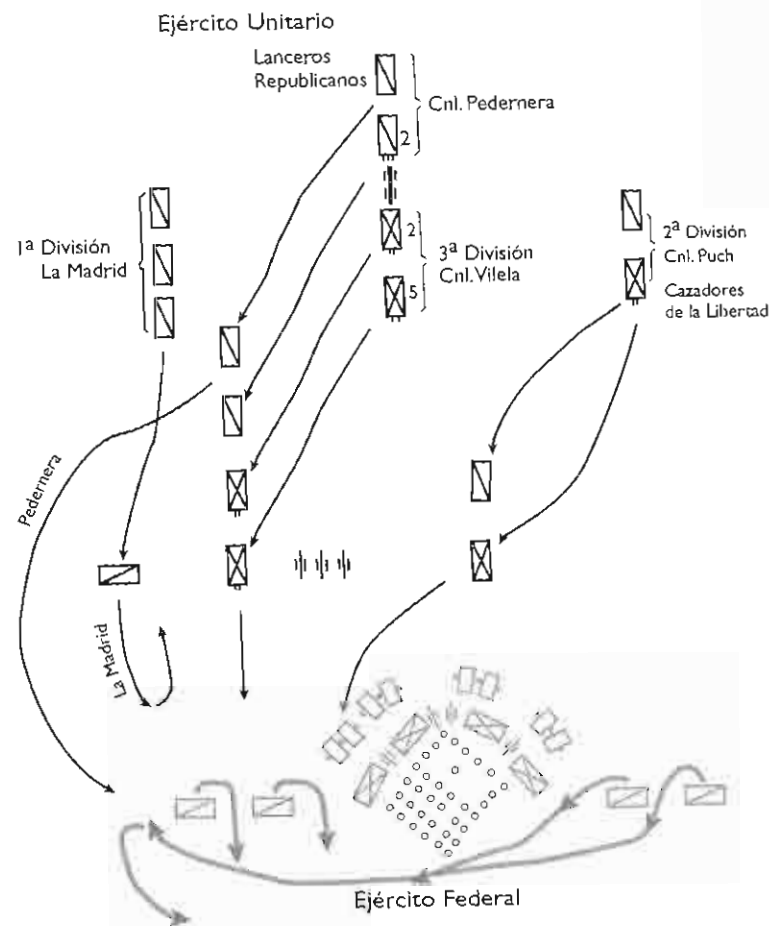
El general Quiroga había resuelto pasar toda su caballería a la izquierda, donde La Madrid atacaba, a fin de no dejarse envolver por ese lado; de tal modo que lo que había sido su centro fortificado vino a quedar en el extremo derecho. Se combatía valerosamente por los dos ejércitos, hasta que La Madrid fue reforzado por la reserva. Agrega el parte oficial: “Al fin la carga del Regimiento n° 2 de Caballería, apoyado en los Lanceros Republicanos, al mando de los coroneles Pedernera y Pringles, fijó la victoria en nuestras filas, y la enemiga fue contenida y envuelta”.

Al tiempo que se producía esta definición en el ala derecha de Paz, su centro (batallones n° 2 y 5 de Cazadores, con el escuadrón del mayor Paunero) avanzó en forma escalonada sobre el de su adversario, sin cuidarse de sus fuegos, de tal modo que cortó a la infantería y artillería de Quiroga con respecto a su caballería. Así describe el resultado de la operación el parte: “Este movimiento concurrió efectivamente a asegurar las ventajas obtenidas por nuestra caballería; y lo que es más, privó a la contraria del apoyo de su artillería e infantería, que por él quedó separada de su ala izquierda”. Quiroga procuró en vano volver a unir su línea, porque la persecución llevada sobre su caballería se lo impidió. El ejército de Paz quedó interpuesto entre los dos cuerpos de Quiroga.

Refiere el parte elevado por el general Paz tres días después:

Oncativo o Laguna Larga

25 de febrero de 1830



Es difícil explicar el ardor que ha manifestado el ejército en esta memorable jornada. Todos los jefes, oficiales y aun la tropa misma, parecían penetrados de la necesidad de vencer. El entusiasmo fue tan general y llegó a tal punto en todas las clases, que aun en los mismos soldados se hacía sentir en aquellos momentos críticos el efecto de sus esfuerzos individuales, bien para reunirse cuando habían perdido la formación, bien para volver a la carga cuando lo exigía la inútil tenacidad del enemigo. El General contrario, que se ha lisonjeado de no contar entre sus soldados sino voluntarios y decididos, no ha tenido un solo pasado de los nuestros, mientras nosotros contamos con muchos de los suyos.

El coronel Román Deheza, jefe del Estado Mayor, fue encargado por el general Paz de vigilar el centro inmovilizado de Quiroga (ahora convertido en ala derecha de éste), hasta que retornó el Regimiento nº 2 de Caballería y el coronel Videla Castillo le intimó rendición antes de batirlo: "Esta fuerza aislada y sin recurso alguno para sostenerse, depuso las armas y quedó prisionera con ellas, su artillería, parque, bagajes y demás".

Comenzó la persecución.

Fue el coronel La Madrid el más encarnizado jefe del ejército vencedor en ella. Avanzando al galope, gritaba a los dispersos enemigos "¡Digan a ese Quiroga que aquí está La Madrid a buscarle; que se pare si es gente!". Fue incansable en la búsqueda de su antiguo contendor, ultimando a cuantos soldados alcanzaban, incluso a dos de los cuales inquirió por su jefe. Refiere éste:

Aparece a pocas cuadras más un tercer hombre, y dirigiéndole la misma pregunta, respóndeme: "No viene aquí, señor". Indignado entonces por el chasco que me habían dado los dos soldados de la escolta, paré mi caballo y dije: "¡No maten a ese hombre! ¡Bien lanceados fueron los que así me engañaron!". Sólo sentía yo por los dos pobres hombres que había mandado lancear de esta partida, y mandé echar pie a tierra para que resollaran los caballos, pues estaban temblando y chorreándoles el sudor, porque como una legua había perseguido a todo correr a estos últimos.

Poco después el clarín de órdenes del general tocaba reunión y concluyó la persecución, excepto por parte del coronel Echeverría que fue encargado de proseguirla.

Había caído prisionero uno de los altos jefes enemigos. Uno de los soldados de La Madrid lo reconoció y al grito de "¡Aquí está el fraile Aldao!", le tiró un bote con su lanza: éste se tendió sobre un costado del caballo para evitarla, y el recado se le dio vuelta y Aldao cayó. El coronel La Madrid revela con franqueza:

Sería yo un infame si disfraczara la verdad: si yo estoy presente, hago lancear al Fraile General; pero después que me hubiese enseñado a Quiroga. A éste le habría conservado la vida, porque ése era mi intento, pues había ofrecido en todos los cuerpos un premio al soldado que me lo entregara vivo, con la mira de obtener una gracia de mi General: la que yo quería respecto a Quiroga era la de cuidarlo en una jaula para hacerlo conocer de los pueblos que tanto había ultrajado, y hacer que cada uno de los individuos que él había azotado o abofeteado, lo azotara y abofeteara también.

El general Paz alude también a esa captura:

En uno de estos enviones fue que cayó prisionero el segundo general del ejército enemigo, el fraile apóstata, el asesino de Pilar, el sanguinario Aldao. Me sería imposible describir la sensación que experimenté a su vista, y los impulsos de que se vio combatido mi corazón. Triunfaron como siempre las ideas generosas, y concluí por decirle algo de consolante y entregarlo a mi ayudante Campero para que lo condujese tratándolo con consideración.

Pero refiere La Madrid que luego algo sufrió: "El general Aldao fue mandado a la plaza de Córdoba, y el coronel don Hilarión Plaza, mendocino, que lo conducía, parece que lo hizo entrar montado en un burro y fue bastante burlado por la chusma".

El cansancio extremo de los combatientes hizo suspender todo movimiento ulterior.

Al ponerse el sol [recuerda Paz en sus Memorias] hombres y caballos, vencedores y vencidos, perseguidores y perseguidos, estaban exhaustos de fatigas. Las fuerzas respectivas estaban reducidas a un octavo o un décimo de lo que habían sido cuando empezó la persecución.

Unos 900 prisioneros estaban en su poder. El coronel La Madrid expresa acerca de los caídos a su frente:

La pérdida que sufrió la caballería enemiga entre muertos, heridos y prisioneros, no fue pequeña; la nuestra, muy inferior respectivamente, pues mi división, que fue la que más sufrió y fue la que sostuvo todo el combate de caballería por más de una hora y media, no pasó la pérdida entre muertos y heridos de 45 hombres.

El general Quiroga pudo escapar a la encarnizada búsqueda que se le hizo.

A partir de entonces comenzó el segundo movimiento político del general Paz en el Interior.

Comúnmente se cae en la equivocación de presentar los hechos históricos de manera sintética y sin tener en cuenta los tiempos en que suceden, mezclando sucesos, lo que confunde las situaciones. En el tema concreto que se trata, parecería que el general José María Paz hubiese sido despachado desde Buenos Aires conforme a un previo plan "unitario" para dominar todo el Interior en beneficio de la política porteña. No fue así, y los hechos, cronológica y documentadamente expuestos, demuestran el error. El general Paz se desvinculó de Lavalle apenas marchado a Córdoba, y su finalidad en 1829 estuvo limitada a deponer al gobernador Bustos, para que el pueblo eligiese libremente a su sucesor. Recién al año siguiente, producidos los acontecimientos que se han reseñado, es cuando su acción se amplió, conforme se dará cuenta enseguida.

De no haber sido atacado por un ejército en que se coaligaron tropas de La Rioja, Catamarca, San Juan, Mendoza y San Luis, ciertamente Paz no habría extendido su obrar.

La precedente afirmación la expuso el propio general Paz en sus *Memorias*, y la corroboran otros testimonios:

Vencido otra vez Quiroga en Oncativo, se replegaron los restos que pudieron de su ejército sobre sus provincias, cuyos gobiernos se preparaban a continuar la guerra. En Cuyo se armaban nuevamente los Aldao, hermanos del prisionero; en La Rioja quedaban los caudillos Villafañe, que se retiraron con su división de más de 1.000 hombres, y Brihuega; en Catamarca estaba Figueroa; y en San Juan y San Luis otros caudillejos subalternos. ¿Debía yo renunciar a los frutos de la victoria, dejarles tiempo de rehacerse para que volvieran otra vez sobre nosotros? Hubiera sido una estupidez en que estuve bien lejos de incurrir.

Fueron destinados a las provincias nombradas los jefes oriundos de ella: a Mendoza el coronel José Videla Castillo, a San Juan el teniente coronel Santiago Albarracín, a San Luis el coronel Luis de Videla. Para la enemiga Rioja, Paz eligió al coronel Gregorio Aráoz de La Madrid, por carecer de un riojano de prestigio en sus filas, y tratarse el nombrado de un jefe experimentado y entusiasta. En Catamarca asumió el poder un destacado y rico vecino que fuera diputado en el Congreso Nacional de 1826, Miguel Díaz de Peña, señor de Huasán (mayorazgo creado en 1768). La provincia de Santiago del Estero fue un caso especial, pues su mandatario Juan Felipe Ibarra, antiguo camarada del vencedor de Oncativo, lo felicitó el 17 de marzo

[...] por la brillante posición en que has quedado para ser el protector de la libertad y para terminar los males que pesan sobre nuestro país. Ya la patria fija en ti sus esperanzas, y cree ver acercarse aquel gran día en que cesen nuestras calamidades y nazcan las instituciones emanadas de la libre voluntad de los pueblos. En tus manos está la grande obra: corona tu vida política con este rasgo de patriotismo sin igual.

Aunque poca confianza se tenía en el ex aliado de Quiroga y Bustos. Desde Tucumán su gobernador Javier López invadió a Santiago, forzando a Ibarra a escapar hacia Santa Fe, y el mandatario que lo sucedió (Manuel Alcorta) no se sintió seguro en su cargo por la amenaza que significaba la presencia del coronel Francisco Ibarra en la frontera, y pidió a Paz una fuerza que fuera a protegerlo. Marchó el coronel Román A. Deheza, quien ante la negativa de asumir el mando por otro vecino (Santiago de Palacio), quedó al frente del Poder Ejecutivo por determinación de la Sala de Representantes el 4 de julio. Tucumán y Salta ya estaban en manos de mandatarios afines a la política del general Paz, como lo eran López y Gorriti, respectivamente.

Recién entonces, cambiado el dominio del Interior que mantuvieron sus adversarios, el general José María Paz creyó llegado el momento de intentar concretar el antiguo anhelo nacional que las discordias intestinas habían demorado: la organización constitucional de la Argentina. Aunque frustrados los intentos de 1813, 1819 y 1826 —por razones de política circunstancial—, incluso su enemigo el general Quiroga le había manifestado en tiempos recientes que ésa era la finalidad de la lucha: “no largar las armas de la mano hasta que se constituya” (10 de enero de 1830). Un estrecho colaborador de Paz en ese tiempo, cual fue el coronel Juan Pedernera, rememoró en su ancianidad:

Paz, alentando grandes esperanzas, de acuerdo con su espíritu culto y patriota, iniciaba un gobierno destinado a ser la base para una Confederación de todas las pro-

vincias, las que adoptando los principios de la Constitución que hubo de ser sancionada muchos años después, esperaba ser escuchado por los gobiernos constituidos en las provincias del interior; y con fuerza tan ponderable, presiona moralmente a los de Santa Fe y Buenos Aires.

Esto último pareció lograrse mediante los pactos suscriptos por Córdoba con López y Viamonte. Poco después, sucedido el mando porteño por Rosas, ciertas actitudes de éste, y el móvil de Paz, hubieron de atraer al último las voluntades del Litoral, según lo refiere el mandatario correntino Pedro Ferré en su *Memoria*, refiriéndose a López: “Éste estaba inclinado a estrechar su amistad con él [Paz], y también el gobernador de Corrientes, para estar siempre prevenidos sobre el de Buenos Aires, que aunque varía de personas no varía jamás de substancia”. Por entonces el general Paz escribió a los dirigentes correntinos: “Soy un provinciano como ustedes, y este título no debe hacerles esperar de mí sino el deseo del bien que nuestros pueblos necesitan y reclaman”. Lo cierto es que durante la campaña de Oncativo, el general Estanislao López no se había movido en auxilio de Quiroga.

La excepcional situación del general Paz al dominar nueve de las trece provincias argentinas (Jujuy nacería como entidad autónoma en 1834), convocó a aquéllas a un Congreso y lograda su conformidad, recibió en Córdoba a sus representantes. Se justifica Paz en sus *Memorias* de las “groseras calumnias” difundidas por sus enemigos:

Ellos me imputaron, como también a mis compañeros, miras puramente dominadoras, y se empeñaron en dar a todos nuestros actos el colorido y la forma de una conquista militar; pero es de notar que aún entonces no pudieron negarnos que teníamos en vista la Constitución de la República.

Fueron los delegados del Interior personalidades distinguidas con antecedentes en la función pública: doctor Juan Antonio Sarachaga (Córdoba), José María Bedoya (San Luis), doctor Francisco Delgado (Mendoza), Andrés Ocampo (La Rioja) y Enrique Araujo (Catamarca). El 5 de julio de 1830 éstos suscribieron un pacto asegurando su mutua paz, amistad y armonía, el cual contenía una cláusula trascendente: “Art. 9) Las partes contratantes miran desde hoy como causa común, la Constitución del Estado y la organización de la República”. Se trataba de una nueva manifestación del impulso constante para lograr tan fundamental propósito. Se incorporaron luego al Congreso los diputados de las provincias faltantes: José Rudecindo Rojo (San Juan), Miguel Calixto del Corro (Santiago del Estero), Manuel Berdía (Tucumán) y Manuel de Tezanos Pinto (Salta).

Quedó conformada así la denominada “Liga del Interior”, que es frecuente mencionar con el aditamento de *Unitaria* (Liga “Unitaria” del Interior), lo que revela un evidente desconocimiento de la circunstancia histórica. El general Paz era en esos momentos el principal adversario del Gobierno de Buenos Aires, ejercido por Juan Manuel de Rosas, y no pensaba subordinarse a éste, que es en lo que consiste el sistema de unidad en la República Argentina, como intentó formalizarse en la época del presidente Rivadavia. Paz, por el contrario, tuvo la ambición de llevar el centro del poder político nacional a Córdoba, como quiso hacerlo en su momento Juan Bautista Bustos, y esto es todo lo contrario a lo que significa aquel mote. Su separación del porteñismo extremo, encarnado en el movimiento del general Lavalle, fue tan marcado, que incluso cuando el último, fra-

casado y desilusionado de su intervención en política, pidió a Paz la ayuda necesaria para trasladarse con su familia a Mendoza (septiembre de 1829) —cruzando por territorios hostiles en Santa Fe y Córdoba—, el general Paz esquivó atenderlo, por lo cual Lavalle debió emigrar al Estado Oriental. Y aquél mismo manifestó en sus *Memorias* al aludir a su reencuentro con el general Juan Lavalle en 1840: “Este desgraciado jefe, este amigo antiguo, conservaba (según he sabido después) un vivo resentimiento porque le insinué que no hallaba conveniente su viaje al Interior, diez años antes, cuando después de la capitulación con Rosas quiso hacerlo”. Volviendo a las denominaciones, es evidente que confundió a muchos —hasta nuestros tiempos— el calificativo de *unitarios* endilgado a los enemigos del Partido Federal, aunque no lo fueran. No hubo entonces ni siquiera el intento de imponer por la fuerza a la *non nata* Constitución de 1826, pues para esto no hubiese sido indispensable convocar a una asamblea nacional, sino consultar a las legislaturas provinciales, ahora adictas a Paz.

El artículo 12 del pacto de la Liga del Interior resulta concluyente, a mayor abundamiento, para demostrar que se pensaba elaborar un texto distinto, original:

Las partes contratantes declaran formalmente no ligarse a sistemas políticos, y se obligan a recibir la Constitución que diere el Congreso Nacional, siguiendo en todo la voluntad general y el sistema que prevalezca en el Congreso de las provincias que se reúnan.

Con la adhesión de los diputados que se unieron a los primeros para formar la Liga, un nuevo convenio firmado por todos el 31 de agosto de 1830 estableció un “Supremo Poder Militar” confiado al general Paz con el designio de

[...] satisfacer los votos que unánimemente han expresado por su pronta organización política bajo el sistema constitucional que adoptare la mayoría de las provincias reunidas en Congreso, como el único medio de poner término a las desgracias que por tanto tiempo han experimentado, y de que sólo pueden estar exentas a favor de una ley constitucional que permanentemente las rija.

Para su defensa común se pusieron a disposición de dicho Supremo Poder todas las fuerzas de las Provincias contratantes, veteranas y milicianas, y su dirección en paz o guerra, como también los armamentos, útiles y pertrechos de ellas. El general Paz dispondría de la organización de las tropas y quedaba autorizado a conferir grados hasta el de coronel inclusive. Podía sofocar tumultos o sediciones en las nueve provincias y sus funciones durarían hasta la instalación de una autoridad nacional o hasta el fin de la guerra que pudiera estallar. Si la autoridad nacional no estuviese instalada dentro de ocho meses, los integrantes de la Liga podrían disolverla.

En cuanto a la asamblea constituyente, para que resultase representativa de la Confederación Argentina por entero, debía integrarse con los representantes de las provincias faltantes.

Medio año atrás había asumido el Poder Ejecutivo de Buenos Aires el flamante brigadier Juan Manuel de Rosas, *Restaurador de las leyes y de las instituciones de la pro-*

vincia, título que perdería su último agregado para anteponérsele el de “ilustre”. Gozaría para gobernar de las “facultades extraordinarias” que le otorgó la Sala de Representantes “hasta la reunión de la próxima Legislatura”, plazo a cumplirse el 1º de mayo de 1830.

Su futuro desempeño era una incógnita, ya que Rosas no había actuado previamente en política, sino en temas que se vinculaban con intereses rurales, y su participación como jefe de milicias era objeto de comentarios disímiles. El apoyo recibido por quienes combatieron al alzamiento militar contra Dorrego, y la posterior eliminación de éste, fue un agregado a la influencia de que ya gozaba entre muchos hacendados del sur de la provincia. Contaba, pues, con el Partido Federal, y carecía de opositores, porque los *decembristas* estaban llamados a silencio o fuera del país. Los camaradas de Lavalle, veteranos de la guerra de la Independencia y del Brasil, optaron por seguirlo al exilio, salvo pocas excepciones, entre las cuales la más notoria fue la del coronel Félix de Olazábal: éste dio a publicidad (mes de octubre) una explicación acerca de su conducta en la sublevación que depuso al anterior gobernador, escribiendo que se había plegado forzado por las circunstancias, “pero desde ese mismo instante formé el proyecto de unirme a los verdaderos patriotas para ver si podíamos hacer una reacción”,

[...] y cuando conocí que no era posible destruirlos aquí, marché a incorporarme con los verdaderos defensores de las instituciones del país, y al frente de un cuerpo que se me confió estaba dispuesto a sacrificarme para que fuese satisfecha la vindicta pública que estaba hollada por los revolucionarios.

Esta retractación le valió a Olazábal ser designado por el general Viamonte como jefe del Batallón nº 1 de Cazadores, pero en el futuro, se vio también en el caso de emigrar a su vez a Montevideo.

Para explicar la época que siguió es indispensable conocer los hechos producidos por el nuevo gobierno, en sus evidencias más reveladoras.

El espíritu que comenzó a imponerse al asumir las nuevas autoridades no tardó en manifestarse. La separación del mando del general Lavalle se había convenido con el coronel Rosas en Cañuelas sobre la base (art. 7) de que “ningún individuo, de cualquier clase y condición que sea, será molestado ni perseguido por su conducta u opiniones políticas anteriores a esta Convención: las autoridades serán inexorables con el que de palabra o por escrito contravenga a lo estipulado”. Pese a lo terminante de lo expresado, no había concluido el mes de diciembre de 1829 cuando un acto público de inequívoco sentido anunció el fin de la concordia estipulada.

Sucedió con motivo de las honras oficiales a la memoria del coronel Manuel Dorrego, que tuvieron lugar con gran pompa el 19 de ese mes. Tras los funerales en la Catedral, los restos del infortunado mandatario —trasladados desde Navarro con escolta militar— fueron inhumados en el cementerio de La Recoleta, donde su sucesor legal pronunció una oración en su homenaje. En ella aludió a “la mancha más negra en la Historia de los argentinos”, y prometió que “la inocencia y el crimen no serán confundidos”. En virtud de lo indicado, la Sala de Representantes en su sesión del día 24 sancionó una ley que declaraba “libelos infamatorios y ofensivos de la moral y decencia pública” todas las publicaciones aparecidas entre el 1º de diciembre del año anterior y el 24 de junio —en que se puso fin a la lucha en Buenos Aires—, “que contengan expresiones in-

famantes e injuriosas" contra Dorrego, Rosas, los gobernadores del Interior, y los "patriotas que han servido a la causa del orden". La disposición fue fundamentada recordando "una época de tiranía y de horror". En cumplimiento de ella, y luego del examen pertinente, fueron quemados por mano del verdugo en los portales de la Casa de Justicia los números 2 al 102 del periódico *Pampero*, muchos de *El Tiempo* y algunos de la *Gaceta Mercantil*.

El ministro general Tomás Guido no compartía esa saña contra los vencidos. Por el contrario, procuró serenar los espíritus, y el 30 de diciembre dirigió una circular a los "preceptores" de las escuelas, a fin de que cada uno de ellos "reprima enérgicamente entre los niños al que se exprese aun con la menor palabra que fomente la diferencia producida entre las familias por la diversidad de opiniones". Reemplazado Guido a poco, su sucesor el doctor Tomás Manuel de Anchorena refrendó un decreto de Rosas dictado el 13 de marzo de 1830 en que éste, abandonando los propósitos de armonía que proclamaba en Cañuelas y Barracas, aludió al "escandaloso motín militar que despojó violentamente a esta provincia de sus leyes e instituciones, reputación y honor", y en consecuencia creó una nueva pena para quien "no hubiese dado ni diera de hoy en adelante pruebas positivas e inequívocas de que mira con abominación tales atentados, será castigado como reo de rebelión".

Era evidente que se estaba creando un aparato oficial de represión a las ideas y sus manifestaciones, y este vulnerar a la libertad de criterio fue mostrando la tendencia del gobierno en general y de su cabeza en particular. Fueron impartidas instrucciones a las autoridades de la campaña para establecer un sistema de espionaje y control sobre sus habitantes, que entonces y ahora son una preciosa fuente de conocimiento para medir las posturas asumidas en aquella época. (Dichas "clasificaciones" se conservan en el Archivo General de la Nación, división Nacional, sección Gobierno, Jueces de Paz, informes sobre unitarios y federales.)

Un suceso ocurrido con un jefe militar, que fuera ampliamente divulgado, comenzó a mostrar que las medidas no se limitarían a censurar las opiniones. Se trata del caso ocurrido con el mayor Juan de Dios Montero, que alcanzó repercusión hasta en la Sala de Representantes.

Este oficial había combatido en la guerra de Independencia durante la campaña en Chile, luego de lo cual prestó importantes servicios en la frontera sur de Buenos Aires contra los indios, a órdenes del coronel Estomba. Seguramente mestizo, Montero gozaba de gran ascendiente entre los indígenas, con parte de los cuales —pertenecientes a la tribu del cacique Venancio— rechazó el 25 de junio de 1828 un ataque a la naciente Bahía Blanca llevado por el temible bandolero Pincheira a la cabeza de indios chilenos. En esta acción Montero recibió cinco heridas de lanza. Cuando tuvo lugar el pronunciamiento de Lavalle, el mayor Montero intentó plegarse al mismo junto con el teniente coronel Andrés Morel, pero el cuerpo de coraceros e indios que conducían se sublevó en las márgenes del arroyo Napostá Grande (a lo cual se hizo mención en el capítulo anterior), causando la muerte de Morel y nuevas heridas a Montero, y al capitán Martiniano Rodríguez, quienes pudieron regresar a la fortaleza Protectora Argentina con menos de 30 soldados.

Pues bien: remitido a la capital el mayor Montero, al asumir su cargo el gobernador Rosas dispuso ejecutarlo, y para ello ideó que él mismo llevase la orden escrita, dentro de sobre cerrado, al coronel Prudencio Ortiz de Rozas, quien se hallaba acantonado en La Recoleta. Así lo hizo Montero, y así procedió el coronel mencionado.

Al discutirse en la Legislatura, durante la sesión del 14 de mayo de 1830, el uso y la extensión de las "facultades extraordinarias" concedida al Ejecutivo, un diputado inquirió las razones de haberse llevado a cabo la ejecución sin sumario ni forma de juicio. Este proceder fue fundamentado en la necesidad de "una medida pronta y enérgica", y el ministro Anchorena la justificó en los poderes excepcionales otorgadas al Gobernador. El propio general Juan Manuel de Rosas aludió despectivamente al hecho en carta al doctor Felipe Arana, presidente de la Sala, al aparecer en 1833 un folleto donde se hacía referencia al fusilamiento del mayor Montero, calificándolo como un acto de tiranía:

¡Dios! ¡Su severa justicia! ¡Montero! Desde que formé conciencia de que llenaba mi deber en mandarlo fusilar, y desde que podía hacerlo bajo de mi sola firma, a nadie que no estaba en el secreto quise comprometer. ¡Que una carta fue el conductor de la sentencia! El mismo Espinosa sabe bien tendría miedo de hacer prender a Montero y ordenar su conducción a donde fue fusilado.

(El coronel Gervasio Espinosa, aunque federal, había criticado el procedimiento que llevó a la muerte de un jefe peligroso por su renombre.) Según una versión contemporánea, este hecho habría sido uno de los que impulsaron al general Juan Lavalle a volver a intervenir en política a poco, con las armas en la mano.

Otras detenciones arbitrarias como las del teniente coronel Fernando de la Oyuela (ex comandante de Patagones) en el pontón *Cacique*, y de un par de ciudadanos —Jordán y Galán— fueron también objeto de críticas en la Legislatura en mayo de 1830, ante la consiguiente defensa del gobierno por haber procedido en virtud de sus facultades extraordinarias. Aquéllas no resultaron las únicas.

Pero durante el debate sobre el manejo de dichas facultades, éstas fueron objeto de censuras doctrinarias, en defensa de la seguridad individual. No obstante, y pese a haberse aludido a que un poder político omnímodo "era una fatalidad deplorable", y que "la dictadura es una de las mayores plagas que han afligido y devastado a los Estados libres", se argumentó que "es fuera de duda que es preciso conferir al gobierno el terrible poder discrecional", como fue el parecer de la mayoría, a causa de los triunfos del general Paz en San Roque, La Tablada y Oncativo, lo que significaba una amenaza para los federales del Litoral. En consecuencia, se prorrogaron y ampliaron las facultades extraordinarias para que el gobernador dispusiera de ellas "según le dicten su ciencia y conciencia".

Posiblemente el caso de intimidación pública más evidente se dio con motivo de la llegada del general Juan Facundo Quiroga tras su derrota en Oncativo. El gobernador Rosas dispuso salir a recibirlo a las afueras de la ciudad, y el ingreso de aquél se efectuó por la calle de La Plata (hoy avenida Rivadavia). El comisionado correntino Pedro Ferré —a quien se aludirá seguidamente— describió lo sucedido como testigo presencial de su entrada:

Ésta se efectuó con todo aquel aparato con que en los pueblos incultos se usaba para el juego de máscaras, de manera que más bien parecía una burla que homenaje y demostración de aprecio hacia la persona del general que se recibía. Creo que por primera vez empezó el populacho a desenfundarse, siguiendo la doctrina de su héroe: una gritería que no dejaba comprenderlo que se decía, mezclados hombres y mujeres, todos a caballo y embriagados, atropellando a las personas decentes que

se contaba, y este tumulto ocupaba tres o cuatro cuadras de distancia. No paró en esto la solemnidad de la entrada de Quiroga, sino que se continuó por la noche, saliendo el primer comisario de Policía encabezando la música y un inmenso pueblo, o más bien una gran chusma, en que se mezclaba un gran número de adulones. Comietieron esa noche desórdenes de todo género, atropellando casas respetables, insultando a las familias, echando puertas abajo, rompiendo vidrieras; finalmente, llenando de terror a aquel pueblo digno de mejor suerte.

Criticando Ferré ante el doctor Arana los excesos, recibió el apoyo del coronel Ángel Pacheco, quien declaró: "Yo quisiera que en estos momentos la artillería de esta capital hiciese temblar sus calles marchando a batir al enemigo, y no desórdenes que sólo traen el terror y la desmoralización de los pueblos".

Descripto ligeramente el ambiente en que vivían la ciudad y campaña de Buenos Aires, es menester atender a sus relaciones con las provincias aliadas, sobre todo teniendo en cuenta que en Córdoba el general Paz acrecentaba su influencia sobre todo el Interior.

Entró en la escena nacional un prominente político correntino, Pedro Ferré, de relevante actuación en su comarca natal, donde había sido gobernador por reelección entre 1824-1828. En la *Memoria histórica* que redactó años después, califica de "malhadada revolución" la encabezada por Lavalle, y "origen de los males que desde entonces hasta ahora ha sufrido y sufre la República Argentina". Era un decidido federal, y por tanto el gobernador Rosas le escribió al hacerse cargo del mando en Buenos Aires, para que la provincia de Corrientes designase un representante con quien negociar una alianza defensiva en seguridad del Litoral. El nuevo gobernador de Corrientes, Pedro Cabral, facultó al propio Ferré, quien a principios de 1830 celebró pactos en ese sentido con Santa Fe y Buenos Aires. Luego se reunieron los tres —Ferré, Rosas y López— en San Nicolás, desde donde dirigieron el 12 de abril una carta colectiva al general Paz, con recelo por "la actitud de guerra" en que permanecía, "lo que les mueve a pedir las garantías bastantes para poder deponer los justos celos y la inquietud que han producido sentimientos disconformes y otros incidentes". Entre estos últimos se contaba la detención de un cargamento de armas compradas en Buenos Aires, que fue impedido de llegar a destino a causa de la alarma que despertó. En esa localidad, ya retirado el general López, el gobernador Rosas instó a Pedro Ferré a destruir el poder de Paz "y después se arreglaría todo aquello concerniente a la prosperidad de las provincias". El enviado de Corrientes objetó que no era incompatible lo uno con lo otro, "sino que al contrario, las provincias todas bendecirían al primer gobierno de Buenos Aires que se había fijado en el bien de ellas". La organización de la República era el factor discordante, y no tardaría Estanislao López, y luego aún el general Quiroga, en mostrarse opuestos al empecinamiento del mandatario porteño de diferir la oportunidad de reunir el Congreso.

Aunque por lo pronto, las cuatro provincias litorales no se incorporaron al que la Liga del Interior convocó en Córdoba en julio: temían ser absorbidos por ella, y preparaban su propia asamblea constituyente. El 20 del mismo mes se reunieron en Santa Fe los delegados de ellas, habiendo impulsado Ferré el encuentro colectivo —sin limitarse a los convenios bilaterales—, que culminó tras largas negociaciones que revelaron que entre los federales existía una divergencia de fondo sobre materias económicas (que

no corresponde tratar en este volumen). Tan hondas fueron las posiciones encontradas, que el autor del pensamiento de unificar las voluntades, Pedro Ferré, se retiró en agosto de las deliberaciones. El delegado porteño reflejaba la opinión de su comitente, el cual escribía a Estanislao López que las ideas para instalar un Congreso eran "delirios", y le aconsejaba que alejara a los diputados "de tales empeños, que por ahora son imprudentes y muy inoportunos" (16 de agosto). El gobernante santafecino, conciliador, le contestó que si bien era opuesto al "odioso sistema de aislamiento" podía diferirse la existencia de la Convención para "cuando los pueblos del Interior se puedan pronunciar con la libertad que ahora no tienen". Sin embargo, el 6 de septiembre de 1830 escribió al gobernador Cabral de Corrientes que la "base principal" a lograr "es la reunión del Congreso Nacional".

Se llegó a una transacción —aunque sin incluir las proposiciones de Ferré para resolver inmediatamente algunas cuestiones importantes—, y el 4 de enero de 1831 se firmó en Santa Fe el pacto de la "Liga del Litoral", que por su importancia sería luego llamado el *Pacto Nacional de la Federación*. Lo suscribieron Domingo Cullen por Santa Fe, José María Roxas y Patrón por Buenos Aires, y Antonio Crespo por Entre Ríos. Convencida de la necesidad de adherirse, la provincia de Corrientes lo hizo, estando nuevamente Ferré en el sillón gubernativo el 8 de abril.

Es forzoso detenerse a reflejar su contenido, porque en torno del cumplimiento de sus estipulaciones versará la larga lucha interna en la Argentina que siguió no mucho después.

Este Pacto era, ante todo, de alianza defensiva, tanto contra una invasión extranjera a cualquier provincia argentina, como ante el ataque de una de éstas contra las que componían la Liga ("lo que Dios no permita"). Si ocurría la última hipótesis, la provincia atacada sería asistida por las restantes "con cuantos recursos y elementos estén en la esfera de su poder", siendo que —para mantener la igualdad jurídica de todas— las fuerzas que se enviaren en apoyo de la agredida "deberán obrar con sujeción al gobierno de ésta mientras pisen su territorio y naveguen sus ríos en clase de auxiliares". Para evitar la disolución de la alianza a causa de negociaciones separadas, las provincias contratantes se comprometían a no celebrar tratado alguno con otro gobierno sin avenimiento expreso de las demás que conformaban la federación, aunque no negarían su aprobación cuando no se perjudicara "a los intereses generales de ellas o de toda la República".

Otros artículos versaban sobre la libertad de pasajeros y mercaderías, y la igualdad jurídica de sus habitantes (salvo la elección de los gobiernos en nativos de cada provincia). También la extradición de delincuentes "con respecto a los que se hagan criminales después de la ratificación y publicación de este tratado".

Lo más trascendente era la creación de un organismo supra provincial para atender a determinados temas, "interin dure el presente estado de cosas y mientras no se establezca la paz pública en todas las provincias". Se llamaría "Comisión Representativa de los Gobiernos de las Provincias Litorales", compuesto por un diputado de cada una de ellas, el cual podría ser removido a su arbitrio, pero "nombrando otro inmediatamente en su lugar". Las atribuciones de esta Comisión Representativa —como se la dio en llamar— fueron fijadas en el artículo 15 y último del pacto: 1) celebrar tratados de paz y declarar la guerra; 2) ordenar que se levantara el Ejército de la alianza, nombrando su general, y determinar el contingente de cada provincia; y la postrer y más importante atribución por sus efectos perdurables:

5º) Invitar a todas las provincias de la República, cuando estén en plena libertad y tranquilidad, a reunirse en plena federación con las tres Litorales, y a que por medio de un Congreso General Federativo se arregle la administración general del país bajo el sistema federal, su comercio interior y exterior, su navegación, el cobro y distribución de las rentas generales, y el pago de la deuda de la República, consultando del mejor modo posible la seguridad y engrandecimiento de la República, su crédito interior y exterior, y la soberanía, libertad e independencia de cada una de las provincias.

Antes de comentar esta última facultad, conviene aclarar que la firma de "tratados de paz" sólo podía entenderse con referencia a los interprovinciales, toda vez que los acuerdos con países extranjeros estaban derivados al gobierno de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores. Y en cuanto a la "declaración de guerra" también la interpretación debe limitarse a la que se hiciera a una o más provincias, puesto que una guerra internacional era materia exclusiva de un Congreso Nacional (cuya existencia preveía el Pacto), como se realizó contra el Imperio de Brasil en 1825. La presencia de la Liga del Interior otorga sentido a lo expuesto.

Tal atribución 5ª de la Comisión Representativa era decisiva. En primer lugar, ponía de resalto que la organización nacional era el fin último del antagonismo entre argentinos, y obviaba cualquier discusión sobre el futuro sistema político que adoptaría la Constitución, pues debía ser el federal. Bien significativamente se enunciaban tres puntos concretos que el pacto imponía considerar al Congreso como esenciales: la navegación (léase la del río Paraná), el arreglo del comercio argentino, y el cobro y distribución de las rentas (que no podían ser otras que las de la aduana porteña, y cuyo énfasis hay que considerarlo, más que sobre su recaudación, con respecto a la "distribución", por ser ellas nacionales).

La principal queja de Ferré estribaba que en lugar de derivar estos temas al futuro Congreso, debían ser resueltos por la propia Comisión. Así escribió pocos días después de haberse concluido el pacto, el 12 de enero, a quien sería su diputado en la Comisión Representativa: "Si desgraciadamente en 20 años no hemos podido conseguir constituirnos por medio de un Congreso cuyas deliberaciones tiendan al bien general de la República ¿quién asegura que esta fatalidad no seguirá por igual término todavía?". Profética resultó la reflexión: otros 20 años de lucha armada demoró el cumplimiento del Pacto Federal. Porque el gobernador Rosas se dirigía por ese tiempo (3 de febrero) al general Juan Facundo Quiroga para dilatar ese momento:

Soy de sentir que no conviene precipitarnos en pensar en Congreso. Primero es saber conservar la paz y afianzar el reposo. El resultado sería el más análogo al voto de los pueblos y nos precavería del terrible azote de la división y de las turbulencias que hasta ahora han traído los congresos, por haber sido formados antes de tiempo.

El primer deber era, en su opinión, liberar a las provincias "del yugo que las oprime".

Delenda est Cartago! Había que destruir a Paz antes de nada. En febrero de 1831 se dieron por finalizados los intentos de avenimiento, y tras haberse ganado tiempo, se prepararon los elementos para la pelea. El gobernador de Santa Fe emitió una proclama el día 4 del mismo destinada a sus soldados: "Ya sabéis quiénes son vuestros enemigos: los uni-

tarios furiosos, que juraron la muerte y exterminio de los federales como si no fueran argentinos, los parricidas que tratan a los gauchos como a animales"... La Comisión Representativa, una vez más, nombró al propio general Estanislao López para comandar al ejército federal. Lo auxiliaría una división porteña a órdenes del ministro de Guerra de la provincia, general Juan Ramón Balcarce. Desde Córdoba, el general Paz lanzó a su turno otra proclama contra "sus implacables enemigos": "Es llegado el momento de abatir su orgullo, y concluir con su exterminio la obra de nuestros deseos: la Constitución de la República y el imperio de las leyes". Enseguida fue retirada por Córdoba la facultad de dirigir las relaciones exteriores confiada al gobierno de Buenos Aires, como muestra de ruptura de relaciones amigables, lo que fue imitado por las demás que pertenecían a la Liga.

Antes de tratar la campaña militar que siguió, conviene poner de resalto una circunstancia de la mayor relevancia: si bien la Confederación Argentina estaba dividida en ese año 1831 en dos netos bloques, Interior y Litoral, y queda sentado que no trataba el primero de sostener el sistema "unitario" —como le endilgaban sus oponentes para captar voluntades—, el hecho singular y fundamental era que ambas entidades sostenían la misma causa. En efecto: las dos Ligas manifestaban combatir para lograr la reunión de un Congreso Constituyente. Era la voluntad nacional, coincidente una vez más en la cuestión: "Las partes contratantes miran como causa común la Constitución del Estado y la organización de la República", declaraba la Liga del Interior; "Invitar a todas las provincias a reunirse con las tres litorales a que por medio de un Congreso General Federativo se arregle la administración general del país", la del Litoral.

La alta finalidad era la misma. ¿Qué las separaba?

Era una cuestión de redacción: en que mientras el pacto de Santa Fe indicaba terminantemente que la Constitución debía estructurarse conforme al sistema federal, la liga de Córdoba derivaba al Congreso la adopción del sistema político que regiría la Ley Fundamental. Aunque todo indicaba que el Interior adoptaría también aquella doctrina...

El problema era, en el fondo, la conducción de los asuntos nacionales.

Desde la declaración de independencia formulada en 1816 por el Congreso de Tucumán —para fijar una fecha quizás arbitraria— los asuntos argentinos habían sido casi exclusivamente dirigidos desde el Litoral. La guerra contra España había cesado, quitando protagonismo al Norte, y los sucesos decisivos que la siguieron se produjeron en Santa Fe o Buenos Aires: Arequito, Cepeda, los pactos constituyentes —aunque frustrados—, el Congreso Nacional del 26, la sublevación de Lavalle y lo que siguió. No se quería en esta región que la Confederación fuera regida desde otra parte.

Fue para dirimir esta cuestión que salieron a campaña los ejércitos del Litoral y del Interior.

Resulta revelador el episodio registrado por el después coronel Manuel Baigorria, que integraba las tropas de San Luis que formaban parte de las fuerzas del general Paz, en manifestaciones a este último después de la batalla de Caseros (1852):

Recordará V.E. que el año 30, en la capilla de Chosmes, provincia de Córdoba, al ceñirme la espada de alférez el coronel don Luis de Videla, bajo los auspicios de V.E., y cuidé de preguntar qué programa iba a defender con la espada que se me ceñía; V.E., que estaba paseándose así inmediato, volvió al frente y me dijo: —Alférez Baigorria: la causa que va a defender con la espada que se le ciñe es la organización de nuestra patria, y si somos felices, hasta verla constituida.

Quedó dicho que el comando del Ejército Federal fue asumido por el gobernador de Santa Fe, quien contaría con el apoyo de una división porteña, conforme al pacto del 4 de enero de 1831. Mas no fueron las únicas tropas que se movilizaron contra el "Supremo Poder Militar" de las provincias del Interior: también volvió a intervenir el general Juan Facundo Quiroga.

Este último se hallaba en Buenos Aires desde su derrota en Oncativo. Ante algunos aduladores que rebajaban el mérito castrense de su contrincante, Quiroga hacía justicia a este último, contestándoles como le escuchó decir Pedro Ferré cuando se hallaba en la ciudad del Plata: "No tengo embarazo en confesar que mi pérdida consistió en que mis conocimientos militares no eran suficientes para combatir con los del general Paz: triunfó su capacidad, no su poder". Se une otra expresión que pronunció con original grafismo: "El general Paz me ha derrotado en regla, con figuras de contradanza". Por ese tiempo el general Quiroga entabló relación con ciertos prohombres aquí residentes, como el mismo Ferré, quien confiesa que no había querido conocerlo "desde que supe la poca educación con que había tratado a varios sujetos que lo habían visitado". Uno de ellos sería el general Tomás Guido, a quien Quiroga dedicó frases despectivas. Más categórico es el coronel Tomás de Iriarte, comandante general de Artillería: "Me repugnaba una estrecha relación con un criminal manchado de sangre desde los pies a la cabeza".

Al tiempo que los generales López y Balcarce organizaban sus tropas para emprender las operaciones, también lo hizo el general Quiroga, con su característica audacia, teniendo en cuenta lo magro de sus elementos, puesto que éstos consistían en una reducida columna de apenas 300 hombres que el gobernador Rosas le entregó, "compuesta de desalmados sacados de la cárcel, y del deshecho de los más incorregibles de todos los cuerpos de la guarnición", refiere Iriarte. Con ellos Quiroga emprendió una fulminante campaña por el sur de Córdoba.

Pero fue el coronel Ángel Pacheco quien tomó la iniciativa de atacar al enemigo en su provincia, a través de las pampas desiertas del sur. El 5 de febrero de 1831, apenas amanecido, en compañía del coronel Pascual de Echagüe cayó por sorpresa sobre el campamento que en inmediaciones de Fraile Muerto (hoy Bell Ville) se hallaba bajo el mando del coronel Juan Pedernera y lo derrotó decisivamente. Pese a que según el parte elevado por Pacheco al general López, sólo empleó la mitad de su fuerza, la de Pedernera fue dispersada por completo: él mismo pudo escapar junto a tres de sus oficiales. Quedaron en poder de la columna vencedora más de 70 prisioneros, cayendo cerca de 50 muertos. Los milicianos que servían en la fuerza enemiga fueron licenciados; algunos de ellos habían pertenecido al Ejército de Quiroga en Oncativo, y según costumbre de la época, fueron incorporados a las tropas vencedoras luego de dicha batalla.

El general Paz inmediatamente cursó un aviso al coronel La Madrid en La Rioja para que se le reuniera. Este último renunció a su gobierno. Pero su ausencia de aquella provincia hizo que se perdiera lo ganado: el 22 del mismo mes de febrero su capital fue ocupada sin resistencia por el coronel Tomás Brizuela —quien, según informó a Quiroga, había estado con sus oficiales y soldados "ocultos en las remotas breñas y montes"—, el cual enseguida fue nombrado comandante general de la provincia, que puso a órdenes del caudillo de Los Llanos.

Toda la Confederación se movilizaba. En Entre Ríos también tuvieron lugar episodios relacionados.

El estado de mayor o menor dependencia de esta provincia con respecto a la de Santa Fe era una constante desde la desaparición del gobernador Francisco Ramírez, cuyo hermanastro el general Ricardo López Jordán vio obstaculizados varios esfuerzos por llegar al poder, no obstante las elecciones de la Legislatura recaídas en su persona. La última tentativa ocurrió en noviembre de 1830, mediante una invasión desde Paysandú (Estado Oriental), que tuvo entusiasta acogida en los pueblos de la costa del Uruguay, culminando tan favorable comienzo con la ocupación de la villa de Paraná antes que finalizara el mismo mes, a los gritos de ¡Viva la Federación! ¡Mueran los unitarios! ¡Mueran los asesinos del 1º de diciembre! Acompañaban a López Jordán muchos prestigiosos jefes y oficiales: los comandantes Pedro Espino, *Felipillo* Rodríguez, Eduardo Villagra, Pedro Alzamendi, Manuel A. Urdinarrain, el capitán Justo J. de Urquiza, Crispín Velásquez, Mariano Calvento y otros. López Jordán designó ministro a su cuñado Cipriano J. de Urquiza, quien lo fuera del "Jefe Supremo" Ramírez una década atrás y diputado federal en el Congreso Nacional de 1826. Lo curioso es que este movimiento fue financiado desde la vecina orilla por emigrados unitarios residentes en Mercedes, cuyo nervio y alma lo era el ardoroso doctor Salvador María del Carril, por las razones que se dirán. Vencido finalmente López Jordán por la traición del teniente coronel Espino y la decisión del mayor Hilarión Campos (*Chancaca*), y por la ayuda que recibió el depuesto mandatario Barrenechea de los gobiernos de Santa Fe y Buenos Aires, la situación se normalizó. Por su participación en dichos sucesos, Rosas dio de baja a algunos emigrados compañeros del general Lavalle: los coroneles Isaac Thompson, Juan Apóstol Martínez, los comandantes Martiniano Chilavert y Alejandro Pestaña, los capitanes Sardo y José María González, el teniente Hilario Acasubi y otros.

Hasta que se supo en la República Oriental del Uruguay que la guerra civil había estallado una vez más en la Confederación Argentina. Aprovechando la ocasión —la amenaza de ataque a Santa Fe desde Córdoba— volvieron a ponerse los aprestos para una nueva invasión a Entre Ríos, con una doble finalidad: para los emigrados jordanistas, la de sustraerla al influjo de Estanislao López; respecto de los exiliados porteños, eventualmente atacar a Santa Fe en ayuda de Paz. Otra vez el doctor Carril entró en la liza con el apasionamiento que lo caracterizaba; digamos de paso que en esa época trabó relación con Justo J. de Urquiza, con quien dirigirían los destinos de la República constituida veinte años más tarde. En esta segunda acción colaboraron estrechamente unidos, pues, los antiguos antagonistas, conducidos por los propios López Jordán y Lavalle. En lo que respecta al futuro gobierno de Entre Ríos, Salvador Carril no deseaba al general Ricardo López Jordán, a quien consideraba demasiado débil de carácter, y prefería que lo ocupase el teniente coronel Pedro Regalado Hereñú, jefe prestigioso de Nogoyá; y abrigaba el afán que fuera su ministro el joven doctor Francisco Pico, oficial mayor de gobierno de Lavalle en 1828.

El 20 de febrero de 1831 encabezó la invasión el capitán Justo J. de Urquiza con 400 hombres, derrotando en Mandisoví al coronel Espino, inspector general de Armas de la provincia. Volvió a ser proclamado gobernador el general López Jordán en la villa de Concepción del Uruguay. En esta ocasión los jefes del extinguido Ejército Nacional participaron activamente: el 6 de marzo el propio general Juan Lavalle cruzó el río Uruguay y se instalaba en Gualeguaychú, valido de su amistad con Joaquín Hornos (hermano del

futuro general Manuel Hornos). Lo secundaban los coroneles Anacleto Medina, Isaac Thompson, Isidoro Suárez, Niceto Vega y José Olavarría, y los comandantes Chilavert, José María Pirán y Patricio Maciel. Desde Montevideo financiaba la operación el antiguo mandatario porteño Martín Rodríguez. El presidente oriental, general Fructuoso Rivera, toleraba estos manejos, lo cual lo distanció desde entonces con el gobernador Rosas, quien destinó a vigilar el río Uruguay para evitar la llegada de mayores recursos a los revolucionarios, al mayor de marina John Halsted Coe, yerno de su ministro Balcarce. De Buenos Aires no llegaron más refuerzos, pese al reclamo del gobernante delegado en Paraná. En la frontera correntina, su mandatario Pedro Ferré instaló una fuerza a órdenes del teniente coronel José López *Chico*. Era la aplicación práctica del Pacto del Litoral recientemente suscripto en Santa Fe, el 4 de enero, de auxiliar a la provincia aliada que fuera atacada.

El gobernador de Entre Ríos, coronel Pedro Barrenechea, había delegado el mando y partido a campaña. Al día siguiente de la llegada de Lavalle, el 7 de marzo, chocó con López Jordán en la laguna de los Troncos, a poca distancia de Nogoyá (centro de la provincia), donde tuvo lugar un combate calificado de "horroroso" por el primero, cuyas tropas pudieron envolver a las jordanistas y las sablearon, aunque no sin sufrir numerosas bajas. "Don Ricardo" —como era conocido comúnmente— se retiró herido hacia Concepción del Uruguay, donde su subordinado el capitán Justo J. de Urquiza tuvo un violento altercado con el mayor Martiniano Chilavert, que se menciona por el epílogo sangriento con que culminó la relación entre ambos años después.

Barrenechea, con sus fuerzas maltrechas luego del encuentro, se dirigió a Paraná; al tiempo que el general Lavalle avanzó hacia Nogoyá y se unió al teniente coronel Pedro Regalado Hereñú y al capitán Crispín Velásquez, llevando 80 soldados veteranos.

El 21 de marzo las fuerzas entrerrianas que el gobernador Barrenechea había confiado al coronel Pedro Espino, atacaron el campamento de los revolucionarios entre el monte de Palmar y el arroyo del Ceibo, donde se hallaba Lavalle, pero apenas comenzada la acción defeccionó el teniente coronel Hereñú, pasándose con sus fuerzas a los contrarios. Esto provocó el desbande de aquéllos, dejando cantidad de muertos, heridos y prisioneros. Entre los fugados se contó el capitán Urquiza, tenazmente perseguido por el de igual grado José Miguel Galán, hasta que el primero obtuvo el amparo en Nogoyá del cura José Leonardo Acevedo, quien lo recomendó al gobernador López y lo hizo pasar a Santa Fe, donde recibió indulto y pudo luego retornar a Entre Ríos. El general Lavalle sería guiado por el capitán Crispín Velásquez hasta lograr cruzar el río Uruguay y volver a su refugio en el Estado Oriental. Los nombres citados cobrarán relieve con el correr del tiempo.

Los episodios reseñados concluyeron definitivamente porque la tropa de Corrientes comandada por el teniente coronel López *Chico*, que había penetrado en territorio entrerriano uniéndose a las del coronel Espino, no intervino en la lucha. Adujo el comandante José López que sus órdenes le impedían combatir contra los entrerrianos jordanistas —por ser problema interno de Entre Ríos—, debiendo hacerlo sólo contra los invasores "unitarios", de manera que se ofreció amnistía a los comprometidos en el enfrentamiento. Derivación de ello fue un pacto celebrado al día siguiente en el arroyo del Ceibo entre el "general en jefe del Ejército de los Libres" (Lavalle), representado por el mayor Chilavert, y el inspector general de Armas de Entre Ríos (Espino), por el mayor santafecino Juan Manuel Aldao, mediante el cual todos los que participaron en la lucha debían

regresar a sus lugares de origen, no siendo víctimas de molestias ningunas. Lo ratificaron los comandantes Felipe Rodríguez y José López, este último como garante por parte del gobierno de Corrientes. En Santa Fe hubo quien no quedó conforme con tanta lealtad: el ministro Domingo Cullen, el cual, quejoso de que la provincia de Buenos Aires no hubiese cooperado con tropas para dominar completamente el intento combinado entre López Jordán y Lavalle, escribió al gobernador Estanislao López: "A no ser por la imbecilidad del señor Rosas, dentro de ocho días tendríamos aquí a Lavalle, Felipillo y Crispín bien amarrados, y en todo Entre Ríos no resonaría más grito que el de la Federación" (25 de marzo).

Con todo, el apoyo a Paz desde Entre Ríos había fracasado. Y si no actuaron contra Lavalle, las fuerzas de Buenos Aires se disponían a hacerlo contra el "Supremo Poder Militar" en Córdoba.

Al efecto partió desde la capital porteña el ejército de esa provincia bajo el mando directo de su ministro de Guerra, general Juan Ramón Balcarce, llevando como jefe de Estado Mayor al general Enrique Martínez. Debe indicarse que no todos los oficiales y soldados eran veteranos, luego de la depuración efectuada al concluirse la aventura política de Lavalle en 1829, pues numerosos contingentes eran milicianos, dirigidos por sus antiguos jefes Miñana, *Arbolito*, Miranda, Francisco Sosa (a) *Pancho el Nato* y otros, quienes naturalmente ostentaban grados militares. Uno de los que se destacaría más fue Vicente González, caudillo de Monte, que era conocido por su apodo de *Carancho*, y que tuvo gran valimiento ante el gobernador Rosas hasta su caída.

La infantería consistía en el Batallón Guardia Republicana mandado por el coronel Mariano Benito Rolón (350 plazas), el Batallón Río de la Plata bajo la jefatura del coronel Félix de Olazábal (150 hombres), uno de Guardias Nacionales a órdenes del teniente coronel Antonio Ramírez (250 efectivos), otro de milicias urbanas titulado Defensores mandado por el teniente coronel Juan José Olleros (200), y uno más de milicias de la campaña del teniente coronel Ramón Rodríguez (250 soldados). La artillería estaba dividida entre el coronel Tomás de Iriarte al frente del Batallón de Artillería (8 piezas servidas por 100 hombres) y un escuadrón de campaña a órdenes del coronel Juan Pedro Luna (7 piezas). Del parque estaba encargado el teniente coronel Luis Beltrán. Un Regimiento de Caballería, toda miliciano, fue mandado por el coronel Prudencio Ortiz de Rosas (450 efectivos). El elemento que componía el ejército de Buenos Aires, como se ha dicho, estaba compuesto en elevada proporción por tropas bisoñas.

Salieron los cuerpos del ejército en febrero y en los primeros días de marzo se hallaban todos en San Nicolás, campando a legua y media de la ciudad, en Careaga, sobre las barrancas del río Paraná, y no se perdió tiempo en comenzar los ejercicios doctrinales. El mismo gobernador de la provincia, general Rosas, marchó a unírsele, pero estableció su alojamiento en una estanzuela equidistante una legua de San Nicolás y del campamento. Tiempo después se mudó a las márgenes del arroyo Pavón.

Allí permaneció el Ejército de Buenos Aires durante dos meses mientras se desenvolvían los acontecimientos descriptos en Entre Ríos y los que se sucedieron en Córdoba.

La atrevida empresa que inició el general Quiroga en dirección al suroeste fue digna de sus antecedentes de energía y decisión, en vista de los escasos y poco confiables elementos de que dispuso para emprender una campaña militar contra el poderío que el

general Paz podía presentar: eran apenas 350 hombres que formaron el Regimiento de caballería Auxiliares de los Andes. El gobierno de Córdoba, sin embargo, no le opuso una fuerza de consideración, quizá por creer suficientes las existentes.

Quiroga avanzó rápidamente por el camino de postas que conducía a Cuyo. El 5 de marzo llegó a Río Cuarto, donde lo aguardaban los coroneles Pringles y Echeverría. Un acontecimiento fortuito permitió al *Tigre de los Llanos* conocer el dispositivo de la defensa: la traición del mayor Prudencio Torres, quien se pasó a las filas enemigas acompañado por su asistente y —explicaría Quiroga— “prestó una declaración exacta del número de la fuerza enemiga, del estado de la fortificación de la plaza, y de todo cuanto podía apetercer”. Entre estos valiosos datos, la escasez de municiones de los defensores. El general Quiroga decidió no asaltar a Río Cuarto sino debilitarlo con guerrillas, que lograron arrebatarle mucha caballada y ganados “protegidos por sus fuegos dentro del mismo pueblo”. El 6 por la noche Pringles y Echeverría hicieron una salida con 200 hombres de tropa, y sorprendiendo a la guardia avanzada (unos 20 soldados) continuaron hacia San Luis para reclutar refuerzos. El corto número de tropa de que disponía Quiroga lo impulsó a realizar un esfuerzo decisivo antes de la llegada de nuevos enemigos, y el día 7 a las diez de la mañana atacó con todas sus fuerzas a los defensores de la plaza, abriendo una brecha para que avanzara su caballería, “en cuya dirección tuvo mucha parte y acierto el mayor don Prudencio Torres, que trabajando personalmente se ha hecho acreedor a la mejor consideración por sus distinguidos servicios en esta jornada”. En tales momento se avistó hacia el sur la llegada del coronel Pascual Pringles, del otro lado del río Cuarto, por lo cual Quiroga dejó al coronel José Ruiz Huidobro para que lo contuviera, y él prosiguió personalmente las acciones finales:

Me puse a la cabeza de los flanqueadores de mi escolta y me interné en la plaza, donde fui recibido por un vivo fuego de metralla, arrebatándome el primer tiro el caballo del capitán de Flanqueadores don Agustín Miller, hiriéndome al teniente don Javier Osan y al alférez don Pedro Alanís, matando al trompa de órdenes que venía a mi costado, hiriendo al otro de la compañía; pero estos reclutas, lejos de atemorizarse al ver todos sus oficiales en el suelo, se precipitaron con mayor entusiasmo sobre el enemigo, y despreciando el peligro hicieron rendirse cuantos hombres encontraban con las armas en la mano.

Río Cuarto cayó en poder del general Quiroga, quien tomó 413 prisioneros, dos piezas de artillería de campaña, todo el armamento y crecido número de caballada y ganados allí encerrados. Declaró en su parte: “La defensa de los enemigos ha sido obstinada en los tres días de fuego consecutivos, y la pérdida en sus oficiales y tropa ha sido considerable”. Pringles se retiró hacia el río Quinto en el sur con los hombres que lo acompañaban.

Quiroga prosiguió tras sus huellas y el 19 de marzo alcanzó al coronel Pringles en el paso de aquel río, atacándolo sin perder tiempo. Derrotado el centenar de soldados que quedaba a éste, los vencedores los persiguieron durante 10 leguas —escribió Quiroga en su parte a Rosas— “donde cesó la persecución por haber tomado prisionero y herido al coronel Pringles, que no alcanzó a llegar al campo vivo, y quedó sepultado en el mismo sitio que había elegido para saciar su ambición de sangre”. Una versión difundida indica que el coronel Pascual Pringles no quiso entregar su espada, que aún empu-

ñaba, al oficial subalterno que se la reclamó, sino al propio Quiroga, visto lo cual dicho oficial le disparó un balazo causándole la muerte, cayendo Pringles sobre su espada, que se rompió. Y que informado el General, increpó a aquél: “¡Por no manchar con tu sangre el cuerpo del valiente coronel Pringles no te hago pegar cuatro tiros sobre su cadáver! ¡Cuidado con otra vez que un rendido invoque mi nombre!”. Quedaron con vida 62 prisioneros.

El general Quiroga continuó rumbo a San Luis, de donde fugó su gobernador el coronel Luis Videla, y ocupó esta ciudad hasta el 23 de marzo en que siguió a Mendoza, informando a Rosas (a quien se dirigía por imposibilidad de hacer llegar sus comunicaciones al general Estanislao López, comandante en jefe del Ejército Federal):

La resolución de marchar sobre Mendoza no es efecto de una temeridad, de un cálculo errado. Conozco muy bien el tamaño de su riesgo, mas hallándome enfermo y que muy pronto estaré incapaz de hacer la más pequeña fatiga, y puesto que necesito días muy tranquilos para recuperar mi salud, voy a probar si de un golpe lo hago todo.

Con gran celeridad el Regimiento Auxiliares de los Andes, reforzado, marchó en dirección a Mendoza, donde lo esperaban el coronel José Videla Castillo y el coronel Lorenzo Barcala con fuerzas de las tres armas. Una semana después de lo relatado Quiroga se topó con las avanzadas de la Liga del Interior.

El 28 de marzo de 1831 se entabló combate, destruyendo la vanguardia federal al mando del coronel Ruiz Huidobro a la de sus adversarios, luego de lo cual detuvo su avance al avistar al grueso de las tropas mendocinas. Quiroga distribuyó su línea de ataque y avanzó sin hesitar, librándose la batalla en la localidad de Rodeo de Chacón. Lo que sigue es la narración que de ella efectuó el propio general Juan Facundo Quiroga. Manifestó que ordenó a Ruiz Huidobro y a Prudencio Torres envolver por los costados al ejército de Videla Castillo, y

[...] sin embargo de que viendo el mucho número de tropa que tenía el enemigo, había mandado avanzar los flanqueadores de mi escolta y los voluntarios de San Luis, que se hallaban custodiando las caballadas, bagajes y prisioneros, no me pareció prudente esperar este refuerzo, porque temí que el enemigo tomase la iniciativa; y mandé enristrar lanzas y cargar al ejército opresor; que contaba con 2.100 hombres entre caballería, infantería y artillería. La carga se realizó con la mayor bravura, cumpliendo exactamente cada jefe por su parte cuanto se les había prevenido, y en que se distinguió el 5º Escuadrón [Torres], logrando con este primer empuje destruir toda la caballería, a excepción de 200 hombres, más o menos, que quedaron apoyados de la infantería y artillería. Continué haciendo cargar a su infantería por diferentes frentes, pero su formación en cuadro y la protección de la artillería hizo que se sostuviesen sin ser disueltos; hasta que acobardados por tan repetidas cargas sin hacer uso de las armas de fuego por parte de nuestros bravos, después de tres horas y media de un choque sostenido con terquedad por ambas partes, los 500 y tantos infantes abandonaron su artillería y pertrechos y huyeron precipitadamente a la costa del río Tunuyán, donde protegidos por un monte inaccesible se guarecieron de las lanzas de nuestros valientes.

Videla Castillo y Barcala pudieron escapar a Córdoba. Por la noche se disolvió la infantería refugiada en el monte y poco después el comandante Juan Antonio Aristi rindió a sus restos (alrededor de 20 oficiales y 100 hombres).

Sucedió tiempo después una salvaje represión con los prisioneros. En la Cordillera se encontraron por entonces el general José Benito Villafañe, segundo jefe de Quiroga en La Rioja, quien había emigrado a Chile al ocupar La Madrid esta provincia, con el comandante Bernardo Navarro, mortal enemigo de aquél, que se dirigía al vecino país luego de ser recobrada esa provincia por los federales. Al distinguirse, no vacilaron en atacarse lanza en mano, y Villafañe recibió la muerte. Enterado el general Quiroga de este hecho, quiso vengarlo en uno de sus arrebatos de cólera. Lo recordó el historiador Damián Hudson:

Un día domingo a la caída de la tarde paseábamos con un amigo por la Alameda cuando de pronto fuimos sorprendidos, aterrados, por una descarga de fusilería cuya detonación venía del cuartel de la Cañada. Un funesto presentimiento nos asaltó. Apresuramos el paso y nuevas detonaciones de fuego graneado llegan a nuestros oídos, hasta que llegando a la iglesia de la Caridad, en cuyo cementerio se enterraban a los ajusticiados, nos encontramos con cuatro carros llenos de cadáveres. Era que el Tigre de los Llanos, leyendo a sus oficiales que se le daba parte de la muerte de su teniente, general Villafañe, después de esa lectura la ira, el furor de venganza y de represalias se desbordó en su negra alma, ordenó la fusilación en masa de todos los prisioneros unitarios que se hallasen en ese depósito.

Dio cuenta de esto el general Juan Ramón Balcarce al gobernador Rosas:

Se ha generalizado desde ayer la infausta noticia que el comandante Villafañe, llamado de Chile por el señor Quiroga, al tiempo de pasar la Cordillera había sido cruelmente asesinado por los fugitivos de Mendoza, y que con este motivo dicho General había fusilado 27 hombres.

El libro parroquial de la iglesia de la Caridad de Mendoza menciona el 23 de mayo a "veintiséis cadáveres fusilados", la mayoría "criollo de la villa de Río Cuarto", encabezado por su comandante Mariano Argüello, y el resto "criollo de la villa del Sauce", con su comandante Pascual Chavarría. Otro de los ejecutados fue Blas de Videla, quien había conducido el contingente puntano que en 1807 asistió a la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, y cuyo hermano Dolores murió en combate contra la invasión que en 1821 llevó José Miguel Carrera a San Luis. No serían los únicos de esta familia que cayeron víctima de las disensiones civiles. Quien salvó del fusilamiento fue el alférez Manuel Baigorria, ayudante del coronel Luis de Videia, porque fortuitamente se hallaba en otro recinto de la cárcel cuando fueron sacados de ella los condenados.

El triunfo de Quiroga en Cuyo, tras su exitosa campaña concluida en Rodeo de Chacón, se convertía en una amenaza sumamente peligrosa para el general Paz, quien ahora debía atender a dos frentes de lucha, lo que no había ocurrido cuando su antagonista de La Tablada y Oncativo lo hostilizó sin contar con otros elementos que los propios. En la presente emergencia desde el Litoral avanzaban contra Córdoba y sus aliados, los Ejércitos de Santa Fe y de Buenos Aires.

En realidad, el general Paz se hallaba sin el concurso numérico de otrora: no se unieron todas las fuerzas de Tucumán, sino únicamente 100 hombres conducidos por el teniente coronel Segundo Roca; y de La Rioja el coronel Aráoz de La Madrid con alrededor de 300, sin haber arribado aún el coronel Deheza desde Santiago del Estero. De Catamarca provino el coronel Mariano Acha con 200 efectivos. Y en las zonas rurales de Córdoba la situación distaba mucho de ser tranquilizadora, puesto que incluso en la región donde actuaba el Ejército de Paz frente al de Santa Fe, se producían deserciones en forma continua. Mas no se piense que eran hechos unilaterales, pues lo mismo ocurría en el campo federal: el 6 de marzo informaba el teniente coronel José María Flores, porteño, al coronel Echagüe, que todo el escuadrón de Lanceros, armado y montado, se había vuelto a Buenos Aires "en virtud que el coronel Pacheco les había prometido que dentro de quince días mandaría el relevo, no habiéndolo hecho". Con su tropa muy desmoralizada hasta el punto que sus oficiales desertaban, Flores pedía un nuevo destino al coronel Echagüe.

En el campo adversario, el ejército a las inmediatas órdenes del general Paz no era homogéneo, aunque estaba bien armado. Si un cargamento adquirido en Buenos Aires fue detenido allí —antes de romperse las hostilidades—, luego se compró en Chile (fines de 1830) el siguiente: 200 fusiles nuevos con bayonetas, 200 tercerolas, 242 sables, 10 quintales de pólvora de cañón y 8.000 piedras de fusil. El encargo incluía 1.000 corazas —de gran uso—, 2.000 sables, 500 fusiles y otras tantas tercerolas. Los jefes a su frente eran destacados veteranos, mandando la infantería y artillería el coronel Isidro Larraza, jefe del Estado Mayor, y la caballería el coronel Juan Pedernera. En la sierra del norte guardaba su lejana retaguardia el coronel Hilarión Plaza.

El gobernador Estanislao López no estaba dispuesto a enfrentarlo en una batalla, aunque contaba con 2.000 hombres —en gran parte indios guaycurúes—, casi todos de caballería pero con un cuerpo de infantes y dos cañones, más un regimiento de milicias de caballería que le enviara Rosas, a órdenes del coronel Gervasio Espinosa. Siguiendo su procedimiento "montonero" —que Paz había tenido ocasión de probar en las postrimerías del Directorio— se dedicó a *pastorearlo*, como él describía en pintoresca expresión, presentándole un frente móvil imposible de fijar. Este tipo de operación impedía definir la campaña en una batalla como buscaba Paz, quien poco podía lograr para entablarla. Las guerrillas, pues, eran continuas, sin pasar de esto, aunque algunos combates fueran de alguna consideración, librados en el propio territorio de Córdoba. En ellas actuaban varios emigrados antes refugiados en Santa Fe, que atraían a las masas rurales para luchar contra los "unitarios", entre los cuales se contaban los comandantes Bustos y Reinafé, y un capitán de milicias Santos Pérez, llamado años después a cobrar notoriedad. En proximidades de El Tío tuvo lugar el 16 de febrero de 1831 un encuentro de relativa importancia en el cual el coronel federal Nazario Sosa, cordobés, derrotó al coronel Hilarión Plaza; y el 3 de marzo hubieron de enfrentarse los propios Paz y López en Calchín, rehuendo el segundo un choque decisivo, aunque se produjeron bajas de uno y otro bando y ambos se atribuyeron haberse impuesto al enemigo. Los partidarios del gobernador López eran en general derrotados cuando pretendían apoderarse de alguna población, como sucedió en la Villa del Rosario (21 de marzo), pero en campo abierto los ligeros triunfos eran compartidos por los dos oponentes. Reconoce Paz que López contaba con una caballería superior, pues la suya era predominantemente "inexperta y de poquísima confianza", y su seguridad mayor consistía en el "insigne" Batallón n° 2 de Infantería.

Una gran preocupación para el general José María Paz la ofrecía la conducta de la población de la campaña cordobesa, en su mayoría desafecta a su causa. Escribió retrospectivamente que después del encuentro con el grueso de López en Calchín, al cual persiguió hasta Los Zorros, “lo que más me impresionó fue la desertión de una parte de la milicia”, por más que este efecto se diera, no para engrosar al adversario, sino para irse a sus casas. Su tropa de línea era recientemente reclutada, de modo que todo forzaba al general Paz a mantenerse a la defensiva dentro de su provincia. Era tan peligroso el desconocimiento de la ubicación de sus movedizos adversarios, que al tiempo que Paz casi entabla combate con López en Calchín, una columna federal dirigida por el capitán Domingo Pajón llegó incluso a atacar la misma ciudad de Córdoba, aunque fue rechazada por dos compañías de infantería que mandaba el mayor Mariano Santibáñez. Ello impulsó al “Supremo Poder Militar” a retirarse hasta el río Segundo, a algunas leguas avanzado de Pilar, porque ese audaz intento había provocado —escribe Paz— un “sustazo” en Córdoba. Se ignoraba, por otra parte, en qué momento podía aparecer el ejército porteño de Balcarce reforzando al gobernador de Santa Fe. En cuanto a sus fuerzas, Paz resumió el estado en carta del 19 de abril a su hermano Julián: “Todo va presentando muy mal aspecto, muy malo, muy malo. Tras de ésta, será preciso otra guerra, otra y otra. Me parece que esto está perdido. Sobre todo lo que hay de más desconsolador es el desaliento de los jefes”.

Para requerir recursos y explicar en la Casa de gobierno su plan de operaciones a un grupo de personajes expectables (casi todos miembros de la Sala de Representantes), el general Paz fue hasta la ciudad, tras lo cual reemplazó a su mandatario delegado (1º de mayo) que lo había sido el anciano coronel de milicias José Julián Martínez, por el coronel Gregorio Aráoz de La Madrid, a quien ascendió al rango de general. Lo mismo hizo con el coronel Román Antonio Deheza, quien no había llegado aún con su división desde Santiago del Estero. Como ministros fueron nombrados el presbítero Eusebio Agüero (recordado 30 años después como rector del Colegio de Buenos Aires en *Juvenilia*, de Miguel Cané) y el mayor retirado Julián de Paz, hermano del General. La situación era preocupante luego de haber sido recuperadas La Rioja y Catamarca por los federales, y la ocupación de Cuyo por el general Quiroga. Santiago del Estero sería recobrada a poco por el general Juan Felipe Ibarra. El general José María Paz retornó sin mayor demora a su ejército.

Con el fin de librar una batalla definitiva contra el gobernador López antes de que llegara para engrosarlo el Ejército de Buenos Aires, Paz ideó una maniobra envolvente en conjunción con el ahora general Deheza, atacando de paso a los coroneles Francisco y Guillermo Reynafé, cuya división era la de más envergadura entre las fuerzas de López. Éste se hallaba a dos leguas del fuerte de El Tío, y Paz a tres leguas al oeste de Santa Rosa, en inmediaciones de la estancia de Dámaso Álvarez.

Así llegó el 10 de mayo de 1831, fecha crucial en la guerra civil e incluso para la política argentina.

El general Paz avanzó, acercándose la noche, con el Batallón nº 5 de Cazadores (coronel Larraya) a la cabeza, seguido muy atrás por el Regimiento nº 2 de Caballería (coronel Pedernera), atravesando un inmenso bosque por un camino estrecho. De pronto se escuchó un tiroteo de las guerrillas de vanguardia; y con el objeto de dispersar a la enemiga para que no pudiese dar aviso a López de su proximidad, y reconocer el terreno donde librar la acción, Paz se adelantó en compañía de su ayudante teniente Raimundo Arana,

y un baqueano; ignorando que la línea de su vanguardia a donde creía llegar, había efectuado una conversión paralela a la enemiga, insensiblemente, mientras se hacían fuego. Es decir que según el rumbo que siguiera, el general Paz iba a toparse con su propia tropa o con la federal. Y sucedió que desembocando en un descampado del bosque, se vio cerca de un grupo de soldados.

El General ordenó al teniente Arana adelantarse para hacerlo replegar, pero éste desconfiaba de él y así se lo manifestó a Paz. Éste le replicó con enojo: “¿Cómo puede creer usted que tan cerca de mi ejército pueda aproximarse una partida enemiga! Pero si tiene miedo, yo iré a darles la orden”. Recogió las riendas para hacerlo, cuando Arana se lanzó en su procura. Llegado a aquellos hombres, éstos desenvainaron sus sables y lo acometieron. El teniente Arana tuvo tiempo de gritar: “¡General, dispare!”, y cayó herido de consideración. Aunque todos lo creyeron muerto —López en su parte y Paz en sus *Memorias*—, se hizo pasar por tal y contempló lo que siguió. (El relato que antecede se debe al mismo Arana, quien quedó para siempre con la cara “cruzada de hachazos”).

El baqueano instó también al General a escapar al ver a los enemigos que avanzaban. Aún no convencido que la partida a su frente pertenecía al Ejército de López, Paz comenzó su carrera hacia el grueso de sus tropas, aunque luego disminuyó su galope para volver a observarlos mejor, y en ese momento —prosigue Arana— “un chinito joven, santafecino, viendo que el General ya iba a entrar en la espesura del monte, le tiró las boleadoras”. Envueltas las patas del caballo, comenzó a corcovear y dio en tierra con Paz.

Al instante quedó rodeado por la partida y, obligado a montar en otro caballo, fue llevado inmediatamente y a gran velocidad hacia el campamento del general Estanislao López en cercanías de El Tío. El infortunado prisionero no dejó de ponderar la decisión de sus captores: “¡Qué actividad! ¡Qué brevedad y armonía en sus consejos y consultas que se sucedían con frecuencia! ¡Qué rapidez en sus movimientos! ¡Qué precauciones para no dejar escapar su presa! ¡Qué sagacidad para evadir los peligros que podían sobrevenirles!”. Eran soldados mandados por el capitán Esteban Acosta, de las milicias de Santa Rosa, pertenecientes a la fuerza del comandante Pedro Rodríguez del Fresno, cuñado del gobernador de Santa Fe. López, al dar cuenta al gobernador Rosas, le escribía: “El soldado Francisco Zeballos, a cuyo brazo debemos presa tan importante, remite a V.E. como prueba de su estimación, aunque no tiene el gusto de conocerlo, el fiador y la manea que usaba el Protector, y las bolas con que le sujetó el caballo”. Este soldado fue ascendido a capitán de milicias, gozando del doble de su sueldo.

De tal modo, a causa de “un lance de los raras que tiene la guerra” —según escribió luego el mismo José María Paz a Rosas—, cambió el destino del General, de su Ejército, y de la Liga del Interior, lo que aparejó el futuro de la Confederación por entero. Se ha preferido narrar ese episodio singular de acuerdo con lo transmitido por Raimundo Arana, por resultar menos conocidos los detalles que contiene, que de todos modos no difieren sino en pequeñas observaciones con los que ofrecen las *Memorias* de Paz.

Asombrados los jefes de la tropa de este General por su tardanza, enviaron una partida que explorase el monte, encontrando al teniente Arana caído y desmayado. Conducido al campamento y vendadas sus heridas, al recobrar el conocimiento refirió lo que había pasado. Inmediatamente varios grupos se adelantaron, pero sin éxito en su pesquisa, salvo la noticia dada por los dueños de un rancho que dos horas atrás unos soldados bien montados habían pasado a gran galope con un hombre en ancas.

Sin conducción superior, tomó el mando el coronel Pedernera, mandando un chas-

qui al general La Madrid imponiéndole lo sucedido. A la madrugada siguiente éste se presentó en el campamento, y por la tarde se le incorporó el general Deheza con la división de Santiago del Estero. La discrepancia entre ambos por la jefatura decidió al último a apartarse, y finalmente todo el Ejército retrogradó a la ciudad de Córdoba.

Mientras, el general Paz había sido llevado ante el general Estanislao López: "Me recibió con atención —cuenta—, invitándome a que ocupase una de las dos únicas sillas que había", y luego de convenir en que Paz escribiría a sus jefes, se le sirvió un ligero refrigerio y se lo invitó a descansar en un *birlocho* que estaba inmediato, donde durmió un par de horas, y se le proveyó de alguna ropa, pues había sido despojado de su uniforme por los soldados que lo capturaron. Al anochecer siguiente quedó en el mismo carruaje y ante su pedido se le entregó lectura: las *Décadas* "de Julio César" (*sic*: Tito Livio) en latín y algunos periódicos, de los que se impuso "con repugnancia porque me trataban muy mal". Al respecto, López escribió el día 13 al gobernador delegado de Santa Fe:

Por la presente recibirá usted al Protector Supremo de los cordobeses, que ha caído en nuestro poder porque así lo ha querido la Divina Providencia, descabezando de un modo extraordinario a esa pandilla de enemigos del sosiego público. Aquí lo hemos tratado con muchos miramientos, para hacerle conocer cómo se manejan los federales con sus prisioneros; y no necesito recordar a usted igual conducta, pues sé que le proporcionará cuanto puede hacerle falta. Conviene acomodarlo en la Aduana, en una habitación cómoda y decente donde esté solo, cuidando que las personas encargadas de su custodia sean vigilantes e inaccesibles a la seducción, pero que no lo insulten.

También al Gobernador de Buenos Aires le comunicó "el suceso tan plausible como inesperado" —decía López—, anunciándole que Paz estaba dispuesto a facilitar la conclusión de la guerra utilizando su influjo y relaciones. Desde su campamento en el arroyo Pavón, Rosas transmitió la noticia a las autoridades de la Capital, para que hicieran "demostraciones de júbilo". El propio general Paz se dirigió a Rosas el 16 de mayo, manifestándole que había sido tratado "con humanidad y aun generosamente" por López, confirmando que sería feliz si su captura "contribuye a la pacificación de la República".

De acuerdo con lo concertado con Estanislao López, Paz envió cartas a sus jefes para instarlos a "que pongan fin a la desastrosa guerra civil", cuyas contestaciones compadeciéndolo por su suerte y reiterando su amistad, recibió estando ya confinado en el antiguo edificio de la aduana santafecina. Allí comenzaría su larga y angustiosa prisión, prolongada durante casi ocho años, los últimos de los cuales los pasó encerrado en el Cabildo de la villa porteña de Luján. En plena actividad militar y política, a la mitad de su vida, desapareció José María Paz de toda figuración, hasta el 20 de abril de 1839. Volveremos a encontrarlo.

En Córdoba la noticia de su captura causó la desazón que resulta imaginable. La Legislatura declaró vacante el cargo de gobernador titular y designó para reemplazarlo a Mariano Fraguero. Entre tanto, el general La Madrid, como jefe accidental del Ejército, al recibir las cartas enviadas por Paz desde el campamento de López, comenzó los trabajos en el sentido de lograr el cese de la lucha, "y por último resultado la organización de la República bajo la forma de gobierno que la mayoría acordase", designando por sus representantes al presbítero Eusebio Agüero y al ahora general José Videla Castillo (pues

La Madrid otorgó un grado superior a todos los jefes y oficiales que actuaron en la campaña, desde San Roque hasta Oncativo, siendo que sólo Pascual Pringles lo había recibido en La Tablada).

Los comisionados de López fueron el jefe de su vanguardia, coronel Pascual de Echagüe, y su asesor José Francisco Benítez, los cuales propusieron que todos quienes componían el "Ejército Nacional" (*sic*) depusieran las armas, para ser asistidos según sus servicios, estableciéndose garantías para civiles y militares de no ser molestados por sus opiniones políticas. Y que el gobierno de Córdoba y los de las provincias litorales "se comprometen a emplear todos los medios para obtener una pronta organización nacional" (22 de mayo). Como Videla Castillo y Agüero no se conformaron con la disolución del Ejército, nada resultó. El general La Madrid tampoco aceptó esa exigencia, y disconforme con la elevación de Fraguero al Gobierno —porque él lo desempeñaba por delegación de Paz—, estuvo dispuesto a abandonar la provincia con todas las tropas.

Inútil fue que el nuevo mandatario se esforzara por hacerle variar de resolución, ni siquiera invocando los compromisos y sacrificios hechos por Córdoba "a favor de la causa del orden que sostiene el ejército", la cual "tendría el más fundado derecho para reprochar al ejército que la había abandonado al furor de sus enemigos". La Madrid determinó que el coronel Roca requisara el vestuario existente en la Comisaría, y el tabaco, yerba y azúcar para racionar a aquél, como también las bandas de música de los batallones nº 2 y 5, y los principales prisioneros tomados en Oncativo: Aldao, José Vicente Reynafé, Faustino Velasco y Benito Monge. El gobernador Fraguero debió ceder a la orden del general, "abusando del poder de las armas", como asentó.

Melancólicamente fue celebrado el 25 de Mayo, con las salvas y el saludo de las fuerzas cívicas de guarnición, porque el general Pedernera no estaba en la ciudad sino en Totoral, sobre el camino que lleva al Norte, unido con el coronel Plaza. En tanto, los federales se aproximaban: López avanzó y se encontraba en la posta de Moreira, a cinco leguas. También se recibió un parte del coronel Faustino Allende comunicando desde Ischillín que descendían de la sierra inmediata tropas riojanas.

Al día siguiente por la tarde el general Gregorio Aráoz de La Madrid dejó Córdoba, para sostenerse en Tucumán con el apoyo de Catamarca y Salta. Refiere:

Cuando Aldao entendió que le sacaban del Cabildo para conducirlo al ejército, juzgó que era para fusilarlo. Yo no sé por qué medio se había proporcionado una hostia, y la consagró en el momento que entraban a sacarlo, y salió con ella en las manos, engrillado como estaba, auxiliándose. Esa ocurrencia ocasionó una gran demora. Varios sacerdotes le persuadieron a que entregara la forma consagrada, y al fin, después de mucho trabajo, consiguieron que lo hiciera. Iba el pobre más muerto que vivo, y no faltaban mendocinos en los que le escoltaban, que le amenazaban e hicieran temer más por su vida. Casi todos los jefes que iban conmigo se empeñaban en que lo fusilara: "¡Sería una infamia ahora, después de tan larga prisión; y sobre todo, sacrificaríamos con su muerte a nuestro general y amigos!", fue mi respuesta.

Un par de coroneles riojanos (Vargas y Brizuela) fueron puestos en libertad, con la indicación de La Madrid de invitar a su jefe a trabajar unidos por la Constitución Nacional, y también quedó libre Reynafé. Algunos personajes de los más comprometidos de

Córdoba acompañaron al Ejército en su retirada, durante la cual comenzaron a desertar los milicianos cordobeses, debiendo colocarse a retaguardia la división de catamarqueños y tucumanos mandada por el coronel Acha. Los que siguieron fueron puestos a órdenes del coronel Barcala con los civiles que había llevado desde Mendoza, luego su derrota en Rodeo de Chacón.

La marcha retrógrada del Ejército de La Madrid no fue molestada salvo por un intento de los otros dos hermanos Reynafé (Francisco y Guillermo) al frente de 700 entre cordobeses y santafecinos, pero Acha con sus hombres "se los llevó por delante como quien corre una bagualada cimarrona", según descripción del General.

La Madrid pisó su provincia natal sin otro inconveniente, pero una inquietud le surgió: era su comandante general de campaña el general Javier López, su antiguo contendiente en el año 1825. Y ya no estaba de por medio el general Paz para dominar la situación entre ambos.

El nuevo gobernador de Córdoba, Mariano Fraguero, tras la evacuación de la ciudad por La Madrid, despachó al campamento enemigo "en las cabeceras de Calchín", a nuevos comisionados, que fueron otra vez el presbítero Eusebio Agüero acompañado por el doctor Dalmacio Vélez Sarsfield. El general Estanislao López fue representado por José Francisco Benítez y el coronel Pedro Ramos; todos los cuales acordaron el 30 de mayo que la provincia de Córdoba se ponía "en perfecta armonía y amistad con las provincias Litorales aliadas", comprometiéndose a "obtener una pronta organización nacional". Los artículos de más inmediata observancia eran los siguientes:

5) El gobierno de Córdoba no permitirá que ningún individuo, militar o ciudadano, sea molestado por sus opiniones o conducta política anterior. 6) Ningún individuo, de cualquier clase que sea, sufrirá destierro, confiscación de bienes o arresto por más de ocho días, por causas posteriores a este convenio, sino a virtud de un proceso formal que ponga en claro su delito.

Digamos desde ya que nada de lo estipulado se cumplió, y que las derivaciones de su violación fueron tremendas.

La división santafecina de vanguardia del Ejército Auxiliar Confederado entró en la ciudad de Córdoba el 31 de mayo de 1831, conducida por el coronel Pascual de Echagüe. El desorden y el saqueo comenzaron de inmediato, no obstante que dicho jefe dispuso que los batallones Republicano y Cazadores de la Libertad dieran seguridad a la población. Pero los indios que formaban en las tropas de López no podían ser contenidos, y se cometieron excesos de todo tipo. A eso siguieron las prisiones de los antiguos funcionarios y de muchos personajes comprometidos con las autoridades anteriores, encabezados por el ex mandatario delegado Martínez y los ministros Isasa, Julián Paz y Agüero, como el doctor Saráchaga, los hermanos Fraguero, el doctor Castro Barros, y otros más. El gobernador Fraguero renunció el 2 de junio. Poco pudo hacer el nuevo gobernante designado para mejorar las cosas, hasta que la ciudad fue ocupada por el todo el Ejército Federal.

El ingreso del vencedor en la campaña, gobernador general Estanislao López, ocurrió el 9 de junio, siendo recibido en triunfo. Aunque el halago no sirvió para contentar

a parte de sus fuerzas, según refiere el coronel Tomás de Iriarte, comandante de la artillería de Buenos Aires. El Ejército de esta provincia había marchado lentamente a causa de la falta de caballos (una seca espantosa asoló a Buenos Aires durante esos años), al punto que los cañones eran arrastrados por bueyes y en los ejercicios doctrinales se movían a fuerza de brazos; los artilleros caminaban durante el trayecto. Lo dicho sirve para explicar la demora de sus movimientos, que impidió su participación activa en las operaciones contra Paz. El general Balcarce se incorporó en Calchín a Estanislao López —donde hallaron al Regimiento porteño del coronel Espinosa "en el más deplorable estado de equipos y armamento"—, y en masa se dirigieron hacia la ciudad de Córdoba, ya concluida la campaña en esta provincia. Los indios que acompañaron a López se retiraban a Santa Fe, en número de 400, "y como de costumbre talaron todo el espacio que recorrían en su marcha" —escribe Iriarte en sus *Memorias*—, "cargados de botín". Opina el coronel Iriarte que el gobernador López quiso desmerecer el lucimiento de los porteños:

Cuando estuvimos a distancia de dos leguas de la ciudad de Córdoba, el general Balcarce recibió orden de López para acelerar la marcha a fin de entrar el mismo día. Estábamos desprevenidos, no creíamos hacer nuestra entrada aquel día y no habíamos por lo tanto vestido nuestro traje de parada. Era esto precisamente lo que López quería, para evitar el contraste de sus descamisados con el buen porte y regular equipo de las tropas de Buenos Aires; por esto nos sorprendió con una orden intempestiva, que fue necesario obedecer sin tardanza. Nos pusimos inmediatamente en marcha para la ciudad. Fue éste un espectáculo bien ridículo: el ejército, vestido con su traje de marcha, ofrecía un aspecto miserable; enseñaba sus andrajos, porque la ropa nueva estaba en las valijas. Todos pasamos por este mal rato, jefes, oficiales y soldados. López no quería que luciésemos los uniformes, para que éstos resaltasen al lado del chiripá de sus santafecinos montoneros.

El Ejército Federal fue a campar a La Tablada, y añade Iriarte un detalle digno de anotarse:

Vi allí la fosa de 10 o 12 desgraciados oficiales prisioneros durante la batalla, que inmediatamente fueron fusilados de orden del coronel Deheza, bien que éste me haya después asegurado que no fue él quien dio la orden, y que la sangre de aquellas víctimas debe caer toda sobre el comandante Celman y otro oficial cuyo nombre no recuerdo.

(El mencionado fue abuelo materno del futuro Presidente doctor Miguel Juárez Celman.) Algo más:

Los vecinos de Córdoba nos recibieron en palmas, porque sufrían toda clase de violencias por los vándalos santafecinos, y creían con razón que la presencia del ejército de Buenos Aires pondría un término a sus rapiñas; y así sucedió.

En informe del 24 de junio, el general Juan Ramón Balcarce hizo saber lo acontecido al gobernador Rosas:

Los primeros federales que entraron cometieron algunos excesos. El señor coronel Echagüe supo contenerlos con firmeza y evitó que se saqueasen las casas y forzassen algunas mujeres. Los patricios de caballería de nuestra campaña, que se retiraron con el coronel Espinosa, han dejado una memoria de gratitud a las familias que se refugiaron a su campo.

El fin completo de la lucha civil en esa provincia pendía de la actitud del coronel Juan Gualberto Echeverría en el sur, pues este antiguo subordinado de Paz durante la guerra de Independencia en el Alto Perú, era de carácter firme. El propio Paz lo describió como "militar de mérito", y a su milicia de Río Cuarto de "la mejor mandada". Echeverría había vuelto a ocupar a esta villa luego de que siguiera Quiroga a Mendoza, y tras librar algunos encuentros de poca importancia contra los federales, cuando se enteró de la captura del general Paz, confió en resistir con éxito, según informaba al gobernador Fraguero el 23 de mayo. Pero se convenció de que todo había acabado en Córdoba cuando supo que La Madrid retrocedía al Norte. En junio los coroneles Echeverría, Luis de Videla y Tadeo Haedo, el mayor Bernardo Navarro (el matador del general Villafañe), el alférez José Cruz Gorordo y algunos más, abandonaron la lucha y se dispusieron a emigrar a Chile. Antes de hacerlo Juan Gualberto Echeverría quiso despedirse de su familia en La Carlota; pero fuerzas federales convergían sobre aquéllos, mandadas por el coronel José Elías Rodríguez desde San Luis y el teniente coronel Manuel López desde Calchín, y una partida del último pudo apresarlos. El coronel Echeverría fue fusilado en el acto. Sus camaradas el coronel Haedo y los comandantes Navarro, Álvarez y un escribiente, asimismo cayeron prisioneros de López (futuro gobernador de Córdoba) y éste los condujo con destino a La Carlota. López manifestó en su parte del 29 de junio dirigido al comandante en jefe del Ejército Federal que fueron perseguidos por indios, y como sus propios caballos estaban en mal estado, resolvió enfrentarlos:

Cuando empecé a tomar medidas de resistencia, ya los cuatro expresados supieron la noticia, y se pusieron a seducir a la guardia, asegurándole que ellos la salvarían de los indios, que por quitarlos a ellos venían. Se me dio parte de este atentado, y como nuestra situación era peligrosa porque carecíamos también de bastantes municiones para resistirnos en aquel descampado, advertí que estaba expuesto a perder mi fuerza si no hacía un ejemplar con aquellos hombres que trataban de verificarla, y los mandé fusilar. Después supe que la indiada era una partida que mandaba el cacique Cuemun a decirme que nouviésemos cuidado, que él iba a sujetar a los demás caciques que había hablado el finado Echeverría.

Poco convincente resulta el argumento empleado para disfrazar la ejecución de sus prisioneros. En cambio el joven Gorordo y el coronel Luis de Videla fueron enviados a la ciudad de Córdoba.

Permanecía allí el general Estanislao López atendiendo a la parte política. Dígase para cerrar este aspecto con lo más destacado, que por su influencia incontrarrestable resultó electo gobernador el 5 de agosto un hermano de quienes habían servido en sus filas, José Vicente Reynafé, al cual en la misma sesión en que fue nombrado, la Legislatura acordó el grado de coronel. Al mes siguiente el gobernador López regresó a Santa Fe, dando por terminada la lucha civil. Asimismo retornó el Ejército porteño a Buenos Aires.

Un tema de fundamental importancia preocupaba al mandatario santafecino: la organización constitucional de la Confederación. En cuanto a la actitud hostil del general La Madrid en Tucumán, correría por cuenta de Quiroga.

El general Estanislao López volvió a hacerse cargo del gobierno de Santa Fe el 5 de octubre, habiendo dispuesto que su delegado Pedro de Larrechea dejara en libertad a los prisioneros que de acuerdo con Reynafé había remitido allá con anterioridad, "a todos, soldados, oficiales y ciudadanos", con excepción naturalmente del general José María Paz. López —al igual que Fructuoso Rivera en el Estado Oriental— no era sanguinario, salvo para con los indios, en lo que no se diferenciaba de la mayoría de los "cristianos" que luchaban contra éstos, a causa de la ferocidad y arteria con que actuaban los indígenas.

Mención aparte merece el destino de los prisioneros que condujo consigo, amparados por la capitulación suscripta el 30 de mayo con el entonces gobernador Fraguero. Resulta importante recordar que un par de artículos de ella aseguraba que ningún militar o civil sería "molesto por sus opiniones o conducta", y que no sufrirían destierro, confiscaciones o arresto "sino a virtud de un proceso formal que ponga en claro su delito". Cuando a fines del mismo mes de octubre de 1831 se reunieron López y Rosas en Rosario para conferenciar sobre el futuro político de la Argentina (de lo que se dará cuenta por separado), el mandatario porteño reclamó a aquéllos, que el gobernador de Córdoba Reynafé entregara al general López

[...] a fin de separar de la provincia y de su proximidad a los autores de la dominación que ha sufrido, y a los satélites que han cooperado a las operaciones del Ejército titulado Nacional con su consejo, dirección y cooperación decisiva; y no teniendo Córdoba por el estado en que ha quedado cómo hacerlo, pedir al efecto el auxilio del general en jefe [Estanislao López], a quien se pide se reciba de los individuos y los hiciera conducir a donde no perjudicaren a la organización, quietud y reposo de esta provincia, haciéndolos trasplantar al punto que llenase los objetos que se proponía el gobierno por medio de esta medida.

Tal la comunicación mediante la cual el doctor Manuel V. de Maza, enviado por Rosas a Córdoba en agosto para unificar criterios, participó al Gobernador porteño este aspecto de su gestión ante Reynafé. Es decir, que debía procederse al extrañamiento de Córdoba de los comprendidos en la capitulación aludida para que no obstaculizaran la tarea de las nuevas autoridades.

Sucedió algo distinto.

El grupo de 27 detenidos fue reclamado, pues, por el gobernador Juan Manuel de Rosas al mandatario santafecino, y éste se los entregó, siendo embarcados en la goleta de guerra *Uruguay* con destino a San Nicolás, en jurisdicción de Buenos Aires, donde su comandante militar, el coronel Agustín Ravelo, debía recibirlos. La notificación para éste, datada el 28 de octubre en Rosario y despachada por "la Secretaría del gobernador de Buenos Aires en campaña", no necesita aclaraciones:

Al arribo del buque conductor se personará en el puerto con la escolta conveniente al número de los reos que han de entregársele y a la calidad de serlo por delitos

de Estado. Para bajarlos a tierra hará V.S. poner prisiones a los que no las tuvieran, y así asegurados los hará caminar al punto destinado, a donde se custodien en carcelados. A los individuos Luis Videla, Benito Villarreal, Romualdo Montenegro, Agustín Montenegro, Francisco Ramón Campero, Ángel Altamira, Agustín Durán, Francisco Cuevas, Pedro Cuello y Luis Carbonel, procederá V.S. a hacerlos ejecutar en la plaza pública con la exterioridad correspondiente a dar la más seria importancia al acto. La ejecución se hará a las doce horas de desembarcados. Por lo tanto, de a bordo ya encaminará V.S. a los dichos individuos nombrados al local que deba servirles de capilla. Al estar en él les hará leer V.S. su sentencia, que se adjunta al efecto. A los presos Juan Antonio Cuadra y Genaro Tarragona los entregará V.S. al teniente coronel don Juan José Hernández para que se reciba de ellos, y bien escoltados y asegurados marche con ellos hasta Salto, a entregarlos al coronel jefe accidental del Departamento don José María Cortina. Los demás individuos que son Simón Echeverría, Raimundo Arana, Norberto Claro, Juan Navarro, Carlos Pino, Cándido César, Mercedes Acevedo, Pedro Videla, Bruno Bargas, Enrique Lenguas, Mariano Santibáñez, Agustín Pino, Pío Usandivaras, Segundo Martínez y Cruz Gorordo, a todos éstos los tendrá V.S. en prisión segura, absteniéndose de dispensarles otras consideraciones que las muy precisas a la humanidad. Por ningún título no podrá V.S. aliviarles las prisiones; menos consentirles conversaciones privadas y que no pueda oír el centinela. En fin, es tan sin excusa que pueda pretextarle en ningún caso la responsabilidad que impone a V.S. S.E. el señor gobernador propietario de la provincia por todos y cada uno de los contenidos en la relación, por el cumplimiento sin excepción de caso alguno que comete a V.S. sobre todo lo que se le ordena, que S.E. no admite otra noticia, aviso o contestación que la que quedan ejecutados todos los diez individuos primeros al perentorio término de las doce horas dadas para sus disposiciones temporal y espiritual, entregando al teniente coronel Hernández los dos que subsiguen, y puestos en perfecta seguridad y bajo custodia los quince restantes.

Al cerrarse la nota, una postrer reiteración: "La menor falta que advirtiese será para S.E. un motivo suficiente para considerar reo a V.S. de la responsabilidad que le impone y del cumplimiento que le ordena".

Es notoria la violación a lo dispuesto por el Gobierno de Córdoba, y la usurpación de facultades por el mandatario de otra provincia. La condena comprendía al ex gobernador de San Luis, coronel Videla, y a varios jefes y oficiales puntanos y cordobeses, entre los cuales figuran el teniente Arana, que acompañaba al general Paz cuando fue capturado, el capitán Santibáñez, que defendió a la ciudad de Córdoba del asalto intentado por el capitán santafecino Pajón, el comandante Carbonel, defensor de la Villa del Rosario; y para tornar en más cruel e injusta la "sentencia", ésta comprendía al hijo de 14 años del teniente coronel Montenegro, que viajaba con su padre para asistirlo. La orden, por supuesto, fue cumplida, pese a la desesperación del comandante Ravelo, según éste confesó tiempo después. También lo ordenado respecto de los mayores Cuadra y Tarragona revistió una cuota de dramatismo, por cuanto el último, pariente del coronel Echagüe, había obtenido conmutación de la muerte por prisión, llegando tarde el aviso. Un detalle surge del examen del documento original: entre los condenados a muerte figuraba el nombre de Cruz Gorordo, y la cuenta de ellos como de "once", pero por alguna razón

desconocida este nombre fue tachado en el manuscrito y añadido a los destinados a prisión rigurosa, modificándose por tanto la cuenta: "diez". Gorordo alcanzaría el grado de coronel tras dilatados servicios.

Este horrendo suceso fue la antesala, meditada al efecto, para lograr otra ejecución, sobre la base del precedente: la muerte del general José María Paz. Es la única explicación que puede ofrecerse para haberse llevado a cabo.

El gobernador Estanislao López planteó el futuro del importante prisionero no mucho después, y Rosas le contestó en términos inequívocos:

Mi opinión en este asunto es terrible, pero lo creo necesario. Si hemos de afianzar la paz de la República, si hemos de dar respetabilidad a las leyes y a las autoridades legítimamente constituidas, si hemos de restablecer la moral pública y reparar las quiebras que ha sufrido nuestra opinión entre las naciones extranjeras, y garantizar ante ellas la estabilidad de nuestros gobiernos; en una palabra, si hemos de tener patria, es necesario que el general Paz muera.

Aducía Juan Manuel de Rosas que sería un oprobio para los argentinos que Paz viviera "tranquilamente" luego de los "horrorosos desastres que ha causado en todos los pueblos", y agregaba un argumento para reforzar su condena: no "aparecer como injustos" al haberse aplicado la última pena a sus "secuaces" y no a él, y "sin embargo algunos de ellos han sido fusilados".

López no estuvo de acuerdo. Invocó que el general Paz "ha prestado al país grandes servicios en la guerra con el Brasil", adquiriendo méritos "que no se pueden negar"; como solución propuso la consulta a todos los gobiernos de la Confederación. Rosas volvió a insistir: el destino de Paz "debía ser la última pena", y López debía haberlo hecho ejecutar porque ello "estaba en sus atribuciones"; pero si el gobernador de Santa Fe insistía en inquirir el parecer de sus colegas, le correspondía hacerlo a él solo (28 de marzo de 1832). Así procedió López, y el largo trámite de recabar respuestas, finalmente salvó la vida del prisionero, aunque se tomaron medidas más rigurosas para evitar su posible evasión o rescate.

Restaba atender a la situación en el Norte, en manos de los restos de la Liga del Interior, contra los cuales se dirigía el general Juan Facundo Quiroga.

El general Gregorio Aráoz de La Madrid llegó a Tucumán el 21 de junio al frente de algo más de 1.000 hombres, y allí resolvió entregar su mando superior al general Rudecindo Alvarado, gobernador de Salta, el cual intentó proseguir las gestiones de paz con López de Santa Fe y Quiroga en San Juan, que no llegaron a ningún resultado positivo. Paralelamente era evidente la hostilidad que el general Javier López demostraba hacia La Madrid, quien atribuye a aquél la misión que Alvarado le encomendó de expedicionar sobre La Rioja "con el objeto de alejarme y perderme", dice en sus *Memorias*. En julio el animoso general se dirigió primero a Catamarca con cerca de 300 jinetes y 150 infantes del Batallón nº 5 (cuyo jefe el coronel Larraya quedó en Tucumán llenando las funciones de jefe del Estado Mayor).

Allí supo que avanzaba desde San Juan el coronel Juan de Dios Vargas, jefe de vanguardia de Quiroga, entre cuyos jefes se contaba el comandante Nazario Benavides, futuro mandatario sanjuanino.

Las operaciones de guerra se habían reanudado. Varios encuentros tuvieron lugar en

Catamarca: en Río Colorado (14 de junio), Belén (3 de agosto), Amilgancho, Bilismano y Rosario (11, 15 y 24 de septiembre). La ferocidad con que se libran las luchas intestinas —con mayor encono que las internacionales— se comprueba con esta comunicación del coronel federal Vargas al general Quiroga, del 30 de septiembre:

El infrascripto tiene el mayor sentimiento al comunicar a S.E. el señor general el más bárbaro atentado cometido por los caudillos Albarracín, Barcala y Acha en la persona del capitán don Juan de Dios Melián y sus asistentes, quienes fueron asesinados el 28 por la mañana en el lugar de La Puerta, cuyo aviso es dado por un soldado de aquellas filas que se acaba de presentar. En su virtud ha decretado el que suscribe que en el término de dos horas sea fusilado el prisionero sargento mayor Guesi, a quien se ejecuta en estos momentos; y quedo con el sentimiento de no tener presente los demás que había despachado a Valle Fértil, para concluir con todos ellos en una sola hora.

Y lo más peligroso fue la aproximación del general Quiroga con su Ejército de los Andes, por lo que La Madrid decidió atacar a Vargas antes que se juntara con aquél, lo que efectuó el 16 de octubre en compañía del coronel Acha y del teniente coronel Paunero en Miraflores, derrotándolo, en cuya acción participó el gobernador Díaz de Peña “con denuedo, sin embargo de ser la primera vez que oía silbar las balas”.

Momentos después de su triunfo La Madrid recibió orden de Alvarado, desde Salta, para que retornase a Tucumán, lo que hizo de inmediato. El caudillo riojano siguió tras sus huellas “sin tregua”.

El 20 de octubre se enfrentaron el gobernador Ibarra de Santiago del Estero con el general tucumano Javier López, en Río Hondo, lo cual, si por un lado significó una victoria para el último, quería decir también que la presión se ejercía del sur lo mismo que desde el oeste.

Las fuerzas defensoras de Tucumán consistían en tres Cuerpos de ejército, así calificados por el general Alvarado, que mandaba el 3° en Salta (a donde retornó), siendo comandante del 2° el general Javier López en Tucumán, y del 3° en Catamarca el general Gregorio Aráoz de La Madrid: no pasaban en realidad de Divisiones, y aun éstas, diminutas. Les faltaba incluso municiones, consumidas por La Madrid en Catamarca. Éste las requirió a Salta, como también la incorporación de Alvarado, lo que no obtuvo, aunque sí la de Javier López. Tampoco arribó el grueso de las milicias catamarqueñas, impedido de hacerlo a causa del acelerado avance de Quiroga.

El general La Madrid lo aguardaba en el campo de El Tala, escenario de su sangriento encuentro inicial, seis años atrás: estaba confiado en las “más que sobradas fuerzas” con que disponía para batir a su enemigo. Pero el germen del desastre se anidaba en el propio ejército tucumano, porque el encono entre sus dos generales persistía aunque disimuladamente, alimentado sobre todo por López. Esta circunstancia la corrobora en sus apuntes autobiográficos el general Pedernera (1886) al aludir al abandono de Córdoba: “Con la retirada, que a todos nos sorprendió, empezó la anarquía, que es la mayor desgracia que puede penetrar en un ejército. Así continuamos, en reyertas internas y diarias”. Las tropas que respondían a aquellos dos se reconcentraron en la ciudad, que se encontraba atrincherada, y fortificadas las bocacalles de acceso a la plaza principal, guardada por cívicos urbanos. Cabe indicar que el sentimiento en Tucumán era muy adverso a Qui-

roga y a sus aliados santiagueños: el día de la batalla —refiere La Madrid en sus *Memoorias*— “los comerciantes y muchos vecinos del pueblo, y hasta eclesiásticos a caballo, estaban colocados a retaguardia de nuestra línea para presenciar nuestro triunfo, que era esperado de todos”.

El general La Madrid dispuso sus fuerzas, en la noche del 3 de noviembre de 1831, de la siguiente forma: el ala derecha (protegido su extremo por una zanja y un cerco de tunas) mandada por el general Javier López, con milicias tucumanas, el escuadrón de Coraceros del coronel Santiago Albarracín, y un contingente de catamarqueños a órdenes del coronel Mariano Acha; total más de 500 efectivos. El ala izquierda (recostada en la antigua Ciudadela construida durante la guerra de la Independencia en los lindes de la ciudad) a órdenes del general Juan Pedernera, con su Regimiento n° 2 de Coraceros y escuadrones de milicias de Tucumán, con un total similar. El centro, a inmediata disposición del general La Madrid, lo conformaban dos columnas paralelas de infantería (350 hombres) mandadas por el general Videla Castillo y el coronel Barcala, contando cada una con una batería de cuatro piezas, reforzando sus flancos con sendos obuses, con su jefe el coronel Juan Arengreen. Completaban el dispositivo una reserva de voluntarios y un escuadrón (255 soldados) que mandaba el coronel Juan Balmaceda. Era jefe del Estado Mayor el coronel Isidro Larraya. Este ejército constaba de 1.950 plazas.

Una sentida falta era la del coronel Castro (boliviano casado en Tucumán), jefe del Regimiento Granaderos a Caballo —el mejor adiestrado de toda la provincia— al cual se unieron varios escuadrones hasta completar 1.000 hombres, a quien La Madrid había destinado para operar sobre la retaguardia de Quiroga (pero al que el general Javier López advirtió que lo hiciera sólo cuando él se lo indicara). Tampoco el general Rudecindo Alvarado envió refuerzos desde Salta.

El general La Madrid esperaba el ataque federal para recibirlo con el fuego de sus baterías, y una vez desordenado, cargarlo con su caballería por escalones. Confiaba que aún llegaría a tiempo el coronel Castro por las espaldas del enemigo, ignorando la contraorden de López.

La acción se libró a la mañana del día siguiente, 4 de noviembre.

El general Juan Facundo Quiroga también alistó a su ejército, fuera del alcance de los cañones del adversario. Para adoptar sus últimas disposiciones, se adelantó con solo un trompa de órdenes a fin de reconocer las ubicación de sus enemigos. El costado izquierdo fue puesto a órdenes del coronel José Ruiz Huidobro, con el regimiento Auxiliares de los Andes y sus comandantes de escuadrón Pantaleón Argañaraz, Celestino Romero, Félix Romy, Bruno Ponce, Manuel del Castillo y Próspero Herrera. Al centro el batallón de Infantería que mandaba el coronel Manuel Gregorio Quiroga. A la izquierda el Regimiento n° 2 de Caballería del coronel Juan de Dios Vargas con sus comandantes Nazario Benavides, Julián Cuenca, Hipólito Tello, Martín Yanzon y Gervasio Ponce. La reserva estaba compuesta por el escuadrón escolta de Quiroga y el 5° escuadrón de los Auxiliares de los Andes, al mando de los comandantes Juan Manuel Yupe y Francisco Torres. Total de efectivos 1.670 hombres.

La batalla comenzó a las diez de la mañana y se sostuvo durante tres horas “con terquedad por ambas partes”, escribió luego de ella Quiroga, quien la inició al atacar al ejército de Tucumán por ambos flancos. Inmediatamente el general La Madrid ordenó romper el fuego a sus 10 piezas de artillería, lo que desorganizó el avance de sus enemigos,

rechazando al batallón del coronel Manuel Gregorio Quiroga, y acto seguido encomendó al general Pedernera que enfrentase a la caballería riojana. Así se hizo, pero al momento de cruzar lanzas, su Regimiento nº 2 volvió caras. En esa carga perdió la vida el teniente coronel José María Villanueva, mendocino (gravemente herido en Chacabuco), que combatió en Pilar y fue ordenado degollar por Aldao, pero cuyo cuello no alcanzó a ser cortado por completo, y que salvado y curado por un sacerdote, se incorporó al año siguiente a Videla Castillo. Cuando en la batalla de Ciudadela cargó su escuadrón, Villanueva se puso al frente, y al desbandarse éste, quedó solo, refiriendo el entonces teniente coronel Jerónimo Espejo: "Y aprovechándose el enemigo de tan gran ventaja, lo cargaron con ímpetu, lo alcanzaron por ser él el último de la fila, lo voltearon del caballo y tendido en el suelo lo acabaron a lanzazos. Me consta porque pasó a mi vista, a corta distancia de donde yo me hallaba". Al ver el retroceso de su ala derecha, La Madrid indicó a uno de sus ayudantes que fuera a ordenar al coronel Balmaceda que cargase con la reserva para restablecer el combate; mas cuando avanzaba ella fue envuelta por sus camaradas que retrocedían.

Confieso [relató La Madrid] que me quedé pasmado a la vista de un suceso tan inesperado. Vuelvo la cara a mi ala derecha, juzgando que el general López hubiese hecho acuchillar al escuadrón que se le aproximaba a su frente, y sólo descubro los polvos de su fuga hacia su retaguardia. Mi primer impulso fue el de correr en alcance de Pedernera, derribarle de un pistoletazo así a él como a Balmaceda, y contener a la tropa. Mas reflexioné enseguida que algún tiempo necesitaría para esta operación y volver con toda la fuerza, y que la infantería que se veía abandonada por toda la caballería, no podría menos que desalentarse y desbandarse.

El único jinete que no había fugado era el coronel Acha. Impartió entonces instrucciones al general Videla Castillo para que dejara a 50 hombres al cuidado de sus baterías y que adelantase al trote las dos columnas, conducidas en la emergencia por el coronel negro Barcala. Así lo hicieron a los sonos de tres bandas de música.

Se rompió fuego de fusilería por los dos cuerpos rivales, y al estar próximos unos a otros, La Madrid dispuso desplegar las columnas y cargar a la bayoneta. Esto hizo poner en fuga a los infantes de Quiroga.

En tal situación las alas de caballería del último, aseguradas que a su frente carecían de adversarios, avanzaron a su vez y se apoderaron de los ocho cañones de La Madrid, cuyos sirvientes habían cortado sus lazos y huido, al advertir la fuga de la caballería de Pedernera y López. También el general Videla Castillo había dejado el campo de batalla. El general tucumano contuvo el avance de sus infantes y volvió para recuperar sus piezas, en poder de los jinetes riojanos. Refiere:

Marché en batalla dando un fuerte viva a la patria, por ser esta formación la menos expuesta para cargar sobre la artillería, que empezó a vomitar sobre nosotros, granadas, balas rasas y por último metralla. Pero muy poco tiempo les dieron mis valientes para que nos fusilaran a cañonazos y con el fuego de los pocos infantes que habían reunido: me precipité con ellos con tal ímpetu sobre mis cañones y su línea, sin disparar un tiro, que cuando mandé hacer la descarga fue cuando daban ya

vuelta abandonándolos. Sólo una pieza de calibre de a 2 se llevaron, arrastrada por la cincha de sus caballos.

Con gran regocijo de los acompañantes de La Madrid rompieron a tocar las bandas de música, en medio de las aclamaciones de la tropa. El General despachó a su ayudante para buscar a López y Pedernera, a fin de que volvieran al campo de batalla. Se sucedieron cargas de una y otra parte, que relata La Madrid:

Así que se vio Quiroga corrido por segunda vez y despojado de los cañones de que por acaso se había apoderado, reunió su fuerza cuanto pudo; y como observase que mi caballería no aparecía, y que mi infantería estaba disminuida y debía suponerla cansada también, vino a la carga o mandó cargar a toda su caballería sobre mis cañones y como 200 y más infantes que me quedaban. Impetuosa fue esta carga, pero más impetuoso fue aún el fuego de nuestros infantes y cañones, pues lo obligaron a volver la espalda a menos de una cuadra de nuestros cañones, pero dejando un tendal de caballos y jinetes.

El general La Madrid, Acha, sus ordenanzas y el ayudante Domingo Díaz Vélez aprovecharon para lancear a los fugitivos, hasta que el general Quiroga reorganizó sus efectivos "y se movió de frente sobre nosotros".

Así relata esas acciones el general Quiroga:

Los tres batallones enemigos y los fuegos de las tres baterías rechazaron al batallón del señor coronel don Manuel Gregorio Quiroga, que en el acto fue protegido por los dos escuadrones de reserva, quienes en el primer empuje ganaron las tres baterías y acuchillaron mucha parte de infantería. Y como fue preciso en este momento que parte de la reserva atendiera a la caballería enemiga, volvieron a tomar sus baterías los enemigos, y continuaron sus fuegos con mayor entusiasmo.

Prosigue La Madrid:

Esperamos con las armas cargadas y con la orden de hacerles una descarga sucesiva por mitades así que se pusieran a tiro, para recibirlos con una general a quemarropa; pero nuestra artillería empezó a disparar sobre ellos apenas el intrépido y distinguido coronel Juan Arengreen conoció que no serían perdidos sus tiros. Dos granadas acertaron en la línea y volaron algunos jinetes con sus caballos, pero no por eso suspendieron su impetuosa carga, pues siguiéronla con arrojo hasta que a 50 o 60 pasos de nuestros cañones fueron obligados por la metralla y descarga general de nuestra infantería a volver la espalda, pero dejando multitud de hombres y caballos tendidos, y entre los primeros al coronel Vargas, jefe de su infantería.

Esta baja importante enemiga se igualó con la de Arengreen, muerto por un tiro en el cuello.

Agotadas las municiones, disminuida la infantería y artilleros en más de un tercio entre muertos y heridos, estaban todos consumidos por una sed "desesperante". Dejando, pues, encomendados sus soldados al coronel Larraya, partió el general La Madrid con

unos pocos acompañantes para buscar su caballería, atropellando al enemigo, y recomendándole formar cuadro y sostenerse a todo trance hasta su vuelta.

El grupo pudo abrirse paso, pero fue imposible al General reunir a los dispersos, como tampoco retornar al campo de batalla. Mientras, Quiroga consumaba la victoria. Escribió en su parte:

Destruída del modo más completo la caballería enemiga, volvieron algunos escuadrones, con los que apoyado el Batallón n° 2 Defensores de la Libertad, se los mandó cargar de firme las tres baterías y el batallón de infantería, que fueron destruidos sin que salvase uno solo que no quedase muerto o prisionero. Al cabo de dos horas treinta y cinco minutos de un combate sostenido con ardor por ambas fuerzas, acostumbradas a vencer y para quienes los peligros de la muerte ha sido cosa muy pequeña en toda su carrera militar, los Auxiliares de los Andes triunfaron de fuerzas superiores.

El abandono en que sumieron al general La Madrid, Alvarado desde Salta y Javier López durante la campaña, influyó decisivamente en su adversa fortuna.

Entre las bajas de jefes que Quiroga sufrió, además del "bravo y nunca bien ponderado" coronel Juan de Dios Vargas, contó la del teniente coronel Joaquín Reyes Frontanel; y La Madrid aparte del coronel Arengreen, al jefe del 5° de Cazadores, coronel José María Aparicio, al teniente coronel José María Villanueva, y al mayor Eufasio Ravelo. Quizás a causa del dolor por la pérdida del primero de los nombrados (o como se sostiene, en represalia por la docena de oficiales propios ejecutados tras La Tablada), lo cierto es que el general Juan Facundo Quiroga cedió al espíritu violento que lo dominaba en esos momentos, y manchó su victoria con el fusilamiento de los oficiales y sargentos primero prisioneros, encabezados por el coronel Isidro Larraya, hasta el número de 27 ultimados —que algún historiador hace ascender a 34—, pertenecientes a los siguientes cuerpos: Estado Mayor y oficiales "rebajados", Artillería, batallones n° 2 de Cazadores, n° 5 de Infantería, Cívicos de Tucumán, Cazadores del Pilar y Milicia de Catamarca. Los infortunados jefes fueron, además del coronel Larraya, el coronel León Ares, los tenientes coroneles Lorenzo Merlo (porteño) y Pedro Nolasco Ibiri (tucumano), los mayores Ramón Echenique (cordobés) y Andrés Galán (porteño), y el subteniente Hilario Coneasa, también porteño y hermano del futuro General de este apellido. Entre estos desgraciados militares se contaban el teniente Santiago Heredia, antiguo sargento del Batallón del Orden de Mendoza, escapado de la matanza luego de Pilar porque los tres tiros que recibió no resultaron mortales. No se salvó un civil, el tucumano Francisco Posse, comisario de Guerra.

De entre ellos fue exceptuado el coronel Lorenzo Barcala, jefe del Regimiento de Infantería Cazadores del Pilar, a causa de la circunstancia que refirió el memorioso general —con el tiempo— Jerónimo Espejo en 1881:

Fue salvado del patíbulo por el mismo general Quiroga, a virtud (según supimos) de una recomendación que le había hecho una matrona de Mendoza, doña Manuela Corvalán de Segura, a quien Quiroga estimaba y respetaba en alto grado por servicios que había prestado.

Otro de los prisioneros condenados a muerte, el capitán Pedro Morat, de los Voluntarios, pudo escaparse del convento de San Francisco donde fueron encerrados aquellos, merced a la ayuda prestada por uno de los soldados riojanos de la escolta al cual había a su vez facilitado su fuga luego de Oncativo.

La Madrid logró eludir la matanza, "traspasado de dolor y de rabia", al comprobar el desbande completo de su caballería, lo que le impidió volver al campo de la batalla. Fueron inútiles sus repetidos intentos por reunir algunos grupos. Al oscurecer se encontró con los generales López y Pedernera acompañados de sus ayudantes y oficiales, y una docena de soldados. Les reprochó: "¿Es posible, mis amigos, que tan cobardemente hayan ustedes olvidado sus deberes, y sacrificado a sus amigos y a su patria?". Le respondieron "avergonzados": "¿Qué quiere usted, general! Se nos ha desbandado la tropa y uo nos ha sido posible contenerla". "Di vuelta mi caballo —escribió La Madrid— y mandé marchar, reprimiéndome, y seguí en silencio". Otro sentimiento profundo se le agolpaba y lo hacía llorar sin poder contenerse: su mujer Luisa Díaz Vélez quedaba en la ciudad con sus hijos a merced de su mortal enemigo. Dígase al respecto que llegado La Madrid a Salta escribió directamente al general Quiroga para recomendarle a su familia, quien la proveyó de auxilios para que fuera a reunirse.

Con la batalla de Ciudadela concluyó la Liga del Interior, pues Quiroga envió el 9 de noviembre una intimación al general Rudecindo Alvarado, gobernador de Salta, para que

[...] *al momento de recibir esta nota ponga en libertad al señor general don José Félix Aldao, y le haga formal entrega del armamento y demás artículos de guerra que tiene a su cargo, y que con la misma brevedad salga S.E. de la República Argentina con todos los jefes y oficiales que han combatido contra la libertad de los pueblos.*

Alvarado no intentó resistir, pese a contar con tropas en cantidad suficientes y a que Quiroga tenía a su ejército maltrecho después de la pelea (contaba sólo con 800 caballos), y renunció a su cargo, trasladándose a Bolivia. Allí, en Mojo, fue puesto en libertad el general Aldao, el 17 de noviembre de 1831.

Se refugiaron en territorio boliviano los generales Gregorio Aráoz de La Madrid, José Videla Castillo, Román A. Deheza, Javier López y Juan Pedernera; los coroneles Mariano de Acha, Manuel Ferreyra, Hilarión Plaza, Santiago Albarracín, Juan Balmaceda, José Félix Correa, Fermín de la Quintana, Manuel Puch y Miguel Díaz de Peña; tenientes coroneles Wenceslao Paunero, Jerónimo Espejo, Diego Wilde; mayores Indalecio Chénaut, Carlos Paz, Domingo Díaz Vélez, Manuel López Camelo, y varios otros jefes y muchos oficiales.

Una pesada contribución para indemnizar a los gastos de guerra fue impuesta por el general Juan Facundo Quiroga a las provincias de Tucumán, Catamarca y Salta. El propio Quiroga cobró tributo a los vecinos pudientes de Tucumán, tasando él mismo el valor de las entregas y pertenencias, bajo las más severas penas; y dejó asentado el general Tomás de Iriarte que fue tal el "terror y espanto" que se había apoderado de esa ciudad, "al punto que he conocido una familia que habiendo ocultado su vajilla de plata dentro de una pared con todas las precauciones para conservar el secreto, se apresuró el jefe de ella a desenterrar la plata labrada y entregársela a Quiroga, bien que tuviese la seguridad de no ser descubierto". Excepción notable fue la devolución que este General mandó hacer de los bienes de los conventos.

Una cuestión a ventilarse fue la renuncia de Quiroga a su jefatura del ejército federal del Interior, que al día siguiente de la batalla de Ciudadela hizo conocer al general Estanislao López, aún nominalmente comandante en jefe del denominado Ejército Auxiliar Confederado, como también al gobernador Rosas.

El Norte quedó en manos del Partido Federal: fueron nuevos gobernadores, de Tucumán el general y doctor Alejandro Heredia, y de Salta el general Pablo de la Torre. Estas provincias, por medio de sus Legislaturas, volvieron a encargar al gobernador Rosas el manejo de las relaciones exteriores en la parte que tocaba a cada una —como también lo hicieron los otros miembros de la extinguida Liga del Interior—, y algo más: todas enviaron su adhesión al Pacto de la Liga del Litoral, que en consecuencia vino a convertirse en el “Pacto Nacional de la Federación”, como se adelantó que fue llamado corrientemente en adelante.

Desaparecido de la política argentina el Partido Unitario con la derrota de Lavalle en Buenos Aires a fines de 1829, y emigrados sus simpatizantes de las provincias del Interior tras haber sido vencido La Madrid en Tucumán, a tres años del pronunciamiento militar de aquel General toda la República estaba en manos de los federales.

Ya se sabe: “La guerra es la simple continuación de la política con otros medios”. La remanida frase de Clausewitz en su clásica obra *Von Kriege (De la guerra, 1853)* pertenece a todos los tiempos. Concluido en 1831 el enfrentamiento armado de las dos regiones argentinas que se disputaron el predominio, restaba afirmar el triunfo militar de los federales en el plano doctrinario.

Fundamental base era la establecida por el pacto acordado en Santa Fe el 4 de enero de ese año, adoptado entre fines de éste y principios del 32 por todas las provincias de la Confederación, por lo cual resultó el único de carácter nacional. Los anteriores no pasaron de acuerdos bilaterales o suscriptos a lo sumo por 9 de los 13 Estados argentinos. El Pacto del Litoral, ahora federal por definición y argentino por sus alcances, fue además el definitivo. No, ciertamente, por haber sido el último acuerdo firmado por dos o más provincias, sino porque los que lo siguieron fueron concertados para darle cumplimiento. Desde entonces la definición de la organización nacional no estuvo en discusión; la Argentina adoptaría para su Constitución política el sistema federal.

También a partir de ese momento, como otra derivación de lo dicho, el dictado de la Ley Suprema dejaba de ser un mero anhelo, una utopía doctrinaria, para convertirse en una obligación legal, de cumplimiento ineludible. Es que la doctrina federal por cuyo triunfo se había luchado y muerto, recién se convertiría en realidad cuando un Congreso sancionara la Constitución sobre aquel principio, obligatorio para todos, gobernantes y gobernados, poder central y provincias.

El momento de llegar a concretar la organización nacional había arribado. Era el oportuno: no existía más el Partido que había ideado conformar el país bajo un sistema unitario, es decir, con epicentro en los intereses de la ciudad porteña.

Con la intención de echar las bases para este logro, el gobernador santafecino Estanislao López marchó a Rosario para entrevistarse con el mandatario bonaerense Juan Manuel de Rosas, en noviembre de 1831, al enterarse por Quiroga de su decisiva victoria en la Ciudadela de Tucumán.

Lo que sucedió fue relatado por el propio López en carta a Quiroga del 22 de aquel

mismo mes. Haciendo referencia a la “mortificante necesidad” de haber tenido que consultar constantemente a Rosas ante su falta de recursos para llevar adelante la campaña contra Paz, y otras dificultades consiguientes, expresó el motivo por que lo hizo:

Protesto a usted que la principal razón que me decidió a pasar por todo fue el convencimiento de que ésta era la oportunidad más favorable para llenar los constantes y suspirados votos de los pueblos, y sacarlos de la espantosa miseria y degradación en que ha tanto tiempo están sumidos: la organización de nuestra patria; pero ¿cuál habrá sido mi asombro y desaliento, mi buen amigo, cuando llamado a Rosario con instancia por el señor Rosas, y cuando yo juzgaba que el objeto de esta entrevista debía ser allanar los obstáculos que pudiera haber a la ejecución de aquel sagrado e importantísimo objeto, me dice el señor Rosas la primera vez que allí hablamos sobre este negocio: “Éste no es tiempo de constituir el país, y es preciso, compañero, que prescindamos de Comisión Representativa”. Aseguro a usted que hasta la fecha no se ha separado de mí el estupor que aquellas expresiones causaron en mi ánimo, y que lo primero que en aquel desagradable momento me ocurrió fue que esto causaría más males a la República que los que han originado los unitarios mismos. Yo no puedo dejar de estar alarmado y extremadamente disgustado al ver una cosa que nunca pude ni debía esperar, y al contemplar cuán estériles e infructuosos han sido todos los esfuerzos y sacrificios que tan heroicamente han prodigado los pueblos hasta ponerse en aptitud de pensar en lo único que les resta que alcanzar, como único medio de reparar sus pasadas desgracias. Todo aquello que se separa de la organización de nuestra patria es ajeno a mí, y jamás prestaré mi deferencia a tales ideas”.

López, indignado, se retiró al momento y se fue a la casa donde residía, de donde llamó al secretario de Rosas: “Le manifesté lo que había ocurrido, le signifiqué mi desagrado, la irrevocable resolución en que estaba de no pasar por tal cosa, y de no separarme absolutamente del voto tan pronunciado por los pueblos de constituir el país”. Rosas se alarmó: volvieron a encontrarse, y aseguró a López que enviaría al diputado por Buenos Aires a integrar la Comisión Representativa que debía convocar al Congreso Constituyente (art. 16 del Pacto Federal) y también al diputado por Mendoza que se hallaba en la ciudad del Plata, “y que si los gobiernos del Interior estaban por la constitución del país, él secundaría los votos de los demás en igual sentido”.

Concluyó Estanislao López su larga comunicación al general Quiroga incitándolo a perseverar como “cabeza de los negocios del Interior” para que

[...] arribemos a la suspirada organización; mas si usted se separa, va infaliblemente a resultar una espantosa divergencia en las opiniones, y de aquí partirá el pretexto de que en otras ocasiones se han valido nuestros antagonistas para cruzar los empeñosos esfuerzos que se han hecho para organizarnos.

El gobernador Rosas había escrito a Juan Facundo Quiroga con antelación (4 de octubre), argumentando que existían pocos hombres capaces para organizar el país, porque se hallaban todos o intimidados o aturridos o arruinados, y las reuniones a tal efecto eran muy costosas a la República. En su opinión, debían mantener eficacia sólo los once pri-

meros artículos del Pacto. El 3 de noviembre volvió a hacerlo, mostrando a López conforme con su criterio de no convocar a Congreso Constituyente, en la reunión tenida entre ambos en Rosario. Ignoraba, por cierto, la carta transcrita del propio mandatario santafecino. A su juicio los "unitarios" pondrían en juego la intriga para fomentar la discordia,

[...] pues ellos sabrían introducir con suceso las desconfianzas y la división de un cuerpo desocupado y compuesto por hombres en que uno solo que hubiese que confundiese el objeto de la salud pública con otros intereses, bastaría para preparar males muy temibles y funestos.

Según su opinión, cada provincia debía arreglarse interiormente antes de la organización general, y le recomendaba a Quiroga:

Puede usted hacer que las respectivas provincias que oyeren su consejo, sean inclinadas a que manden su diputado a la Comisión Representativa, procurando instruir que los diputados deben venir bajo el convencimiento de que la Comisión debe cesar en el momento de verificada la paz general.

Como a causa de este problema se libró una larga y sangrienta guerra, resulta importante conocer cabalmente el pensamiento que la sostuvo.

Quiroga demoró en responder: abrigaba un hondo rencor contra López en primer lugar, y luego contra Rosas, por no haberle prestado su cooperación contra Paz antes y contra La Madrid después. Guardó silencio sobre la discordancia que manifestaban aquéllos, pero incitado a definir su actitud por el gobernante porteño, el 26 de diciembre le deslizó al final de su correspondencia: "Exploraré cuidadosamente la voluntad de estas provincias del Interior, si están o no por el sistema que usted se ha propuesto para la Constitución del país, o si están por la opinión del señor López". Con mayor amplitud se le franqueó el 12 de enero de 1832, en forma inimaginada y peligrosa para la postura de Rosas:

Ya que no lo ha comprendido, se lo explicaré claro y terminante. Usted sabe, porque se lo he dicho varias veces, que yo no soy federal: soy unitario por convencimiento, pero sí con la diferencia de que mi opinión es muy humilde y que yo respeto demasiado la de los pueblos, constantemente pronunciada por el sistema de gobierno federal, por cuya causa he combatido con constancia contra los que han querido hacer prevalecer por las bayonetas la opinión a que yo pertenezco, sofocando la general de la República. Y siendo esto así, como efectivamente lo es: ¿cómo podré yo darle mi parecer en un asunto en que por las razones que llevo expuestas, necesito explorar a fondo la opinión de las provincias, de la que jamás me he separado, sin embargo de ser opuesta a la de mi individuo? Aguarde, pues, un momento: me informaré y sabré cuál es el sentimiento o parecer de los pueblos, y entonces se lo comunicaré, puesto que es justo que ellos obren con plena libertad, porque todo lo que se quiera o pretenda en contra, será violentarlos, y aún cuando se consiguiese por el momento lo que se quiera, no tendría consistencia porque nadie duda que todo lo que se hace por la fuerza o arrastrado por un influjo, no puede tener duración, siempre que sea contra el sentimiento general de los pueblos.

El general Rosas sabía del carácter tornadizo a la vez que apasionado de Juan Facundo Quiroga, y que el medio más seguro para calmarlo era aparentar conformidad con sus actitudes. Él por su parte, más frío y de vistas largas, no hacía caso a estallidos repentinos. Incluso el 28 de febrero, al agradecer a aquél su franqueza en advertirle su íntimo credo político, le confirmó que él era federal por ser ésta "la forma de gobierno más conforme con los principios democráticos", "pero aún así siendo federal por íntimo convencimiento, me subordinaría a ser unitario si el voto de los pueblos fuese por la unidad". De todos modos Rosas no podía soslayar por completo su definición sobre el importante tema puesto en discusión, y debió hacerlo frente al categórico anuncio de Quiroga acerca de su exploración del ánimo de las provincias. Sus dichos son asombrosos para quien conozca su verdadero pensamiento contrario a organizar la Nación Argentina, no sólo porque se manifiesta partidario de llevarla a cabo, sino porque además fija un plazo relativamente breve para alcanzarla, lo que en ninguna otra ocasión estableció. Claro que no era sincero, sino que se trataba de un recurso para aplacar al colérico árbitro del Interior, a quien declaró:

Ardo en los mejores deseos por ver constituido el país, pero por lo mismo que tales son mis íntimos deseos, no quisiera verlos malogrados por falta de un poco de espera para lograr la verdadera oportunidad, y porque temo mucho que la precipitación vuelva a sumergirnos en un abismo de males insondables por no haber aguarado el tiempo necesario de dos años o dieciocho meses, que acaso sea bastante, y que no es un largo período si se considera la grande obra que es la Constitución, y lo que vale afianzarla de una manera sólida.

Triunfó la dialéctica: el caudillo de Los Llanos quedó satisfecho respecto de la cuestión constitucional. Pero restaba otro: su retiro de la actividad militar, que había anunciado el 5 de noviembre de 1831, al día siguiente de vencer a La Madrid. De mantener su postura, un factor de indudable gravitación en el Interior desaparecería, dejando una incógnita sobre su reemplazante que abriría, quizás, un período difícil o hasta peligroso hasta reemplazarlo.

La cuestión se ventiló en forma paralela a la anteriormente considerada, y contuvo los mismos elementos de violencia que caracterizaron la personalidad de Juan Facundo Quiroga. El 4 de diciembre éste escribió al gobernador Rosas para explicarse, quejándose de Estanislao López con referencia a la campaña contra Tucumán y Salta, y sobre Córdoba:

El expresado general en jefe no podía ni debía alejarse tanta distancia, dejando a la División de los Andes sin apoyo alguno, y aún parece en este paso que el señor General tenía interés en que ella fuese destruida. O de no: ¿qué quiere decir la orden que dio para que marche contra los restos del ejército sublevado y el poder de dos provincias aguerridas, que más de una vez domaron el orgullo de los españoles? Tampoco ignoré que el señor general López no quería que yo tomase parte en la guerra contra Paz, y que si se me confió el Regimiento de Auxiliares fue exclusivamente por usted, y quién sabe cuál hubiese sido la suerte de la República si usted no marcha con prudencia. Digo esto para desahogarme. Es verdad que a pesar de hallarme ya convaleciente pedí órdenes para marchar sobre el enemigo, pero esto

fue en circunstancias que el ejército de reserva ocupaba la provincia de Córdoba; mas si yo hubiera sabido que se retiraba a Buenos Aires, y el señor General a Santa Fe, yo me habría guardado muy bien de pedir tal orden.

El jefe riojano volvió a dirigirse al general Rosas, el 26 de diciembre, visiblemente exasperado:

Los unitarios no necesitan mortificarse mucho para lograr el fin que se han propuesto: nosotros mismos debemos darles el triunfo, como consecuencia indispensable de nuestra falta de virtudes. Si yo tuviese la sangre tan helada como la nieve de la cordillera de los Andes, tal vez permaneciera unido al hombre de Santa Fe, pero como por desgracia Dios me dio un genio incapaz de tolerar acciones viles y bajas, no podré jamás hacer liga con el Gigante de los Santafecinos. Aquí tiene usted un resultado en que los miserables unitarios no han tenido ni podido tener la más leve parte.

No faltaba el reproche a Rosas por el abandono en que lo había sumido:

Desde Buenos Aires no se han podido graduar bien las necesidades y peligros a que estaba expuesta la División Auxiliar de los Andes desde que se le dio orden, y no recursos, para marchar contra el ejército de los malvados, ni menos ha podido conocer cuál ha sido el deber que la patria y la justicia les impone de proveer con rapidez con todo lo necesario al entretenimiento del soldado, porque éstos no pueden ni deben salir a la guerra a sus expensas.

No quedó en eso: el 12 de enero de 1832 insistió Quiroga en renuncia al mando del Ejército de los Andes con rencor indisimulable hacia los dirigentes del Litoral:

Usted me dice que no pertenezco a mí mismo, pero yo quisiera que usted me diga a quién pertenecían don Juan Manuel Rosas y don Estanislao López cuando hicieron la guerra al ejército sublevado, y cuál la causa por que dejaron las armas de la mano estando existente el motivo porque las empuñaron; y cuál la razón por que se me abandonó y se me dejó solo en el campo del compromiso, y si era o no honroso a la República. Que si bien se ponen en la balanza de la justicia, nadie son responsables sino ustedes de cuanta sangre se ha vertido y de tantas fortunas arruinadas. Pero como nadie ve la paja en su ojo, no advierten que se contentan con tranquilizar las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, dejando al resto de las demás bajo el yugo de la opresión, y ahora sólo yo debo ser quien voy a causar perjuicios a la República con mi separación del mando; bien que no dejan de tener razón en parte, pues que por sí solos no arribarían al objeto que se proponen, si yo, separado del mando, quisiera desentenderme enteramente de trabajar por el bien del país, en que no cesaré, puesto que para ello ya no es preciso tener la lanza enristrada. Y puede ser, sin ser milagro, que recién me haya colocado en una posición en que pueda ser útil al país en general, como pronto lo veremos, explorada que sea a fondo la voluntad de las provincias en orden a la Constitución de la República.

Difícil será encontrar en el archivo de Juan Manuel de Rosas otra carta que le haya sido dirigida en ese tono de amenaza y desafío. Sólo al general Quiroga podía el gobernante porteño tolerarlo, no sólo por su dominio militar y político de buena parte de la Confederación, sino incluso por su rudeza personal, mostrada delante de un testigo calificado como Pedro Ferré; cuando estando en Buenos Aires después de Oncativo, Quiroga increpó a Rosas en términos airados por haberlo dejado solo frente al general Paz en los años 29 y 30. En tal ocasión el caudillo riojano expresó los agravios que luego vertió por escrito, con una agresividad tal que según el político correntino, "Rosas estaba trémulo y mudo mientras estaba hablando Quiroga, quien sin decir más palabra se despidió y se fue; y yo tuve que hacer lo mismo porque el dueño de casa parecía estar en éxtasis".

En el fondo, la polémica mantenida a causa de ambos temas —la reunión del Congreso y la separación de Quiroga del ejército— giraba en torno de un problema inmediato, que si bien no se trasluce en la correspondencia de los protagonistas, gravitaba en el espíritu de dos ellos: el dominio de Córdoba, provincia fronteriza tanto a La Rioja como a Santa Fe, para acrecentar el peso de una u otra. Y una de las consecuencias de que López y Rosas hubieran dejado a Quiroga ocupado con la guerra en Cuyo y el Norte, fue que el mandatario santafecino pudo colocar en el gobierno de Córdoba a un personaje proclive a sus directivas, como lo era José Vicente Reynafé. En diciembre de 1831 Rosas confió a López que la anunciada renuncia de Quiroga no se debía a ninguna enfermedad —según propia confesión "con franqueza"— "sino el ver que sus intereses son declarados buena presa por amigos y enemigos". Poco después, a principios de 1832, López influyó para que un santafecino, el ya general y doctor Pascual de Echagüe, se convirtiera en gobernador de Entre Ríos. De este modo, acrecentó su influencia en los asuntos nacionales.

En esos primeros días del año 32, en medio de reproches y explicaciones, se mezcló un ingrediente menor, que cobró desproporcionada magnitud a causa de la importancia que le otorgó uno de los involucrados: la posesión de un caballo suyo que mantenía consigo López. Mas esto aclara la actitud del general Quiroga, y arroja luz sobre su idiosincrasia.

Se dirá que es un tema secundario. Pero no lo es, porque explica las relaciones que se tornaron malas entre Quiroga y "el Gigante de los Santafecinos", con derivaciones políticas que conviene adelantar para sustentar el relato del presente incidente: una revolución que se intentará contra el gobernador Reynafé, en la cual estuvieron involucrados adictos a Quiroga, y luego, nada menos que el propio hecho acaecido en Barranca Yaco. Volvamos al orden cronológico.

El problema había sido difundido por Ruiz Huidobro en carta al general Lucio Mansilla del 7 de noviembre de 1831, lamentando la intención de Quiroga de separarse del ejército, debido a la negativa de López de negar la propiedad del caballo que le pertenecía: "Desde que en Catamarca le dieron la noticia, no halla cómo desahogarse del disgusto que le aflige. Quiso retirarse en el acto y se conformó a no hacerlo hasta dar una batalla". No hay duda alguna: para el general Juan Facundo Quiroga la posesión del caballo era de un valor considerable, acerca del cual expuso al doctor Tomás M. de Anchorena: "Como yo estoy seguro que se pasarán muchos siglos de años (sic) para que salga en la República otro igual, y protesto a usted que no soy capaz de recibir en cambio el valor que contiene la República Argentina, es que me hallo disgustado aún más allá de lo posible". Se trataba del famoso *Piojo*, tomado por La Madrid al perseguir al *Tigre de Ati-*

les producida su derrota en La Tablada, y que luego de la retirada de aquél de Córdoba, aquí quedó.

La cuestión equina pasó al olvido en la correspondencia de López con Rosas, pues la más importante referente a la organización constitucional la superó. Porque el gobernador de Santa Fe se empeñó decididamente en procurar la reunión de la Comisión Representativa, paso previo a la del Congreso; y el 9 de marzo los diputados que componían aquélla dirigieron una circular a los nuevos gobiernos del Interior para que no demorasen el envío de sus respectivos representantes. Esta circular estuvo acompañada por sendas cartas de dos de ellos, Manuel Leiva de Corrientes (aunque era santafecino), y Juan Bautista Marín de Córdoba, enviadas al ministro de Catamarca, Tadeo Acuña, y al gobernador de La Rioja, Paulino Orihuela. Estas famosas epístolas han sido objeto de numerosos estudios y no corresponde considerarlas en detalle aquí, pero al menos conviene reproducir un par de párrafos de la escrita por Leiva, en la cual su autor, basado en la experiencia histórica y no en la adivinanza, expresaba respecto de la organización federal de la Argentina que los provincianos debían lograr: "Buenos Aires es quien únicamente resistirá a la formación del Congreso, porque en la organización y arreglos que se meditan, pierde el manejo de nuestro tesoro, con que nos ha hecho la guerra". Y su posterior pronóstico: "Si así se hace tendremos patria y seremos felices, y si no, yo no veo muy distante la época en que rindamos la rodilla a otro amo, tal vez peor que los españoles".

Estas cartas de Leiva y Marín fueron interceptadas por Quiroga, quien dominado por su enojo contra López (anfitrión de la Comisión Representativa y comprovinciano de Leiva) amenazó a sus autores por "indisponer un pueblo contra otro" —al padre Marín, enviado de Reynafé, le anunció que lo colgaría de un farol—, e impulsó al *Tigre de Atilas* a hacérselas llegar a Rosas, gobernador de la provincia agraviada, no obstante que con ello se alistaba entre quienes se oponían a la existencia de la asamblea constituyente. Contradictorio, el general Quiroga apoyó en la emergencia al mandatario porteño, el cual, con este aval, insistió ante Estanislao López y Pedro Ferré —gobernante correntino que también sostuvo firmemente el cumplimiento del Pacto Federal—, en la necesidad de disolver la Comisión Representativa. Estanislao López, privado del apoyo de las provincias del Interior sujetas al poder de Quiroga, comprendió que no podía llevarse adelante por el momento el imperativo federal. Y por esa circunstancia pudo el gobernador de Buenos Aires imponer su tesis, tras larga polémica que reflejó en la prensa la divergencia de opinión entre los dirigentes del Partido, por cuanto Rosas quitó de Santa Fe a su diputado en la Comisión —sin reemplazarlo "inmediatamente" como marcaba el Pacto— y finalmente logró que se disolviera la incipiente Comisión Representativa a mediados de 1832, sin que nunca más volviera a instalarse. Los argumentos utilizados bastan para marcar las posturas; más variaciones sobre el tema se expondrán en el tomo siguiente.

En la hora de su triunfo, el federalismo fracasaba.

El deseo de constituir a la República fue dilatado por otros veinte años, pero quedó como objetivo político en una futura guerra entre argentinos.

El general Juan Manuel de Rosas se había presentado en la escena política en 1829 como el hombre fuerte que impondría la paz y la unión en la provincia de Buenos Aires. Bien pronto demostró que tales propósitos no eran los de su auténtica personalidad, estableciendo un sistema de persecución contra un bando —el perdedor— y de sometimen-

to al otro —el que venció—: de este modo, su acción pública reveló al gobernador, más que como a un *Restaurador de las Leyes*, a un cabal autócrata. Éste sumó otro galardón al ser ascendido a brigadier por la Sala de Representantes (30 de septiembre de 1831) al cabo de su permanencia en el campamento del arroyo Pavón. Un mes más tarde, a su vez, el mandatario confirió el grado de coronel mayor (general) a los coroneles Juan Izquierdo, Agustín de Pinedo, Gervasio Espinosa, Mariano Benito Rolón, Félix de Olazábal, Félix de Álzaga, Tomás de Iriarte, Ángel Pacheco, Gregorio Perdriel y Celestino Vidal.

Próximo a finalizar su mandato de tres años, el general Rosas había establecido un sistema de férreos controles sobre la opinión de sus conciudadanos, y también logró otra ventaja al impedir la existencia del Congreso Constituyente que establecería los derechos y libertades de los argentinos. En el tiempo que le restaba quiso consolidar su autoridad, sobre la base de lo ya conocido, que no soslayaba el arbitrio de la última pena para contra sus adversarios o quienes le merecieran reparos por diversas causas, como en los casos del mayor Montero o del coronel Videla y sus camaradas. La misma mujer del mandatario, Encarnación Ezcurra, escribió a su marido el 11 de julio de 1831 quejándose de la escolta —de "soldadesca infernal" la motejaba—: y denunciando sus excesos: "Han cometido toda clase de crímenes, sucios y escandalosos".

El 29 de enero de 1832 el gobernador Rosas dictó un decreto "en uso de las facultades extraordinarias", mediante el cual suspendió la salida de los periódicos *El Cometa* y *El Clasificador o Nuevo Tribuno*, que habían recogido en sus columnas ciertos reparo a aquellos poderes. Rosas explicó la medida en carta al general Quiroga: "Sus escritos eran trabajados por federales amigos, y sin embargo, siendo ya muy perjudicial su extravío, fue indispensable hacerlos cesar". Al mes siguiente el mandatario dispuso que nadie "podía establecer imprenta ni publicarse impreso periódico alguno, sin expreso previo permiso del gobierno". Lo fundamentó (en la misma carta a Quiroga, del 28 de febrero) en "la necesidad de cruzar los manejos de los unitarios decembristas; asimismo la conveniencia de contener la influencia de los extranjeros".

En este último mes introdujo el uso obligatorio de un distintivo partidista, que consistía en una escarapela grande con la leyenda "*Federación o Muerte*" en letras negras sobre fondo rojo, consagrando su empleo "del mismo modo que los colores nacionales". Debían colocársela "visiblemente" en el lado izquierdo del pecho todos los funcionarios,

[...] civiles y militares, seculares y eclesiásticos, los profesores de Derecho, de Medicina y Cirugía, los procuradores, los corredores de comercio; y en suma, todos los que, aún cuando no reciban sueldo del Estado, se consideren como empleados públicos, bien por la naturaleza de su ejercicio o profesión, bien por haber obtenido nombramiento del gobierno.

Por último, al abrirse las sesiones de la Legislatura en el último período del mandato del general Rosas, éste devolvió a la Sala de Representantes las facultades extraordinarias concedidas, porque "la parte más ilustrada, sin embargo de ser poco numerosa" opinaba que así debía proceder, aunque el propio mandatario estaba en contra de desprenderse de ellas "para evitar el retorno a la anarquía". La larga discusión en torno de esta cuestión —planteada en mayo, debatida en septiembre, octubre y noviembre, y resuelta en este último mes—, determinó aceptar dicha devolución y que la Sala reasumiera aquéllas, por 19 votos contra 7.

El 5 de diciembre, al cumplirse el término legal del gobierno, el general Rósas fue reelecto por 29 diputados contra otros tres candidatos que en total sumaron 7 sufragios. El elegido no aceptó, y al insistir la Sala, volvió a declinar el cargo. Se insinuó en la Legislatura que la actitud de Juan Manuel de Rosas se debía a "alguna causa poderosa que lo imposibilita para mantener la quietud y tranquilidad del país", lo que se interpretó como su disgusto por no recibir nuevamente las facultades extraordinarias para gobernar. Fue característica la reacción del general Rosas al conocer que uno de los opuestos a la prolongación de su poder discrecional había sido Luis Dorrego —quien no resultó reelecto al concluir su mandato como diputado—, al cual Rosas envió como obsequio un rebenque. Pedida la explicación acerca de su significado por su mujer, al hallarse aquél en el campo, Rosas le contestó con una esquela: "Pues, señora, sepa usted que habiendo sabido que su esposo anduvo discurriendo y hablando a lo cajetilla, creí conveniente recordarle con ese regalo gaucho la senda de su deber".

Una semana después la Sala de Representantes eligió gobernador de la provincia al general Juan Ramón Balcarce, hasta entonces ministro de Guerra, en cuyo cometido comandó el ejército de Buenos Aires auxiliar del general Estanislao López, en su campaña contra la Liga del Interior liderada por el general Paz.

Quedaba cerrado otro ciclo en la historia político-militar de la Argentina.

A partir de entonces su organización institucional estaba definitivamente signada por el sistema federal. Sólo restaría llevar a la práctica esta doctrina.

BIBLIOGRAFÍA

CAPÍTULO I: Los orígenes virreinales

- BARBA, ENRIQUE M. *Don Pedro de Cevallos*, Buenos Aires, 1937.
- BEVERINA, JUAN. *El Virreinato de las Provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1935.
- MARILUZ URQUIJO, JOSÉ M. "La organización militar del Virreinato en la época del marqués de Avilés", *Trabajos y Comunicaciones* 3, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 1952.
- MONFERINI, JUAN M. "La historia militar durante los siglos XVII y XVIII", *Historia de la Nación Argentina*, Academia Nacional de la Historia, t. VI, 2ª sec., Buenos Aires, 1940.
- ORTEGA, NÉSTOR F. "Los comerciantes y el servicio en las milicias", *Trabajos y Comunicaciones* 2, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 1951.
- REES JONES, RICARDO. *El superintendente Manuel Ignacio Fernández*, Buenos Aires, 1992.
- SEGURA, JUAN JOSÉ A. *Tomás de Rocamora*, Nogoyá, 1972.
- URQUIZA, EDUARDO DE. *Comandantes militares de Entre Ríos*, Buenos Aires, 1967.

CAPÍTULO II: El nuevo Ejército y su acción

- GROSSAC, PAUL. *Santiago de Liniers*, Buenos Aires, 1907.
- MITRE, BARTOLOMÉ. *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, t. I, Buenos Aires, 1887.
- ROBERTS, CARLOS. *Las invasiones inglesas del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1938.
- VILLEGAS, ALFREDO G. y BEAUFORT, LOUIS DE. "Los uniformes militares en el Río de la Plata", *Mayo documental*, Senado de la Nación, t. XIX, 2ª parte, Buenos Aires, 1974.
- WILLIAMS ÁLZAGA, ENRIQUE. *Fuga del general Beresford*, Buenos Aires, 1965.

CAPÍTULO III: La intervención en política

- Días de Mayo. Actas del Cabildo de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1910.
- INSTITUTO ARGENTINO DE CIENCIAS GENEALÓGICAS. *Hombres de Mayo*, Buenos Aires, 1961.

RUIZ MORENO, ISIDORO J. y DE MARCO, MIGUEL ÁNGEL. *Patricios de Buenos Aires*, Buenos Aires, 2000.
 SENADO DE LA NACIÓN. *Biblioteca de Mayo*, Diarios y crónicas, t. IV, Buenos Aires, 1960.
 WILLIAMS ÁLZAGA, ENRIQUE. *Dos revoluciones*, Buenos Aires, 1963.

CAPÍTULO IV: La expansión revolucionaria

Gazeta de Buenos-Ayres, años 1810 y 1811.
 MITRE, BARTOLOMÉ. *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, cit.
 SENADO DE LA NACIÓN. *Biblioteca de Mayo*, cit., Guerra de la Independencia, t. XIV.

CAPÍTULO V: Triunfos y derrotas

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *Historia de la Nación Argentina*, t. VI, 1ª sección, Buenos Aires, 1947.
 BERUTI, JUAN MANUEL. *Memorias curiosas*, en *Biblioteca de Mayo*, cit.
 LUQUILAGLEYZE, JULIO. *Historia y campañas del ejército realista*, Rosario, 1997.
 MITRE, BARTOLOMÉ. *Historia de Belgrano*, cit. Ídem, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*.
 PAZ, JOSÉ MARÍA. *Memorias póstumas*, Buenos Aires, 1855.
 PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, ANTONIO J. *San Martín y el Alto Perú*, Tucumán, 1971.
 SENADO DE LA NACIÓN. *Biblioteca de Mayo*. Guerra de la Independencia, t. XIV, cit.

CAPÍTULO VI: La guerra externa y la interior

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *Historia de la Nación Argentina*, cit.
 ARÁOZ DE LA MADRID, GREGORIO. *Memorias*, Buenos Aires, 1895.
 BIDONDO, EMILIO. *La guerra de la Independencia en el Alto Perú*, Buenos Aires, 1979.
 MITRE, BARTOLOMÉ. *Historia de Belgrano*, cit.
 PAZ, JOSÉ MARÍA. *Memorias*, cit.
 SENADO DE LA NACIÓN. *Biblioteca de Mayo*, cit.

CAPÍTULO VII: La proyección continental

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *Historia de la Nación Argentina*, cit.
 ARÁOZ DE LA MADRID, GREGORIO. *Memorias*, cit.
 CERVERA, MANUEL M. *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, Santa Fe, 1907.
 ESPEJO, JERÓNIMO. *El paso de los Andes*, Buenos Aires, 1882.
 IRIARTE, TOMÁS DE. *Memorias*, t. I, Buenos Aires, 1946.
 IRIONDO, URBANO DE. *Apuntes para la historia de Santa Fe*, Santa Fe, 1872.
 MITRE, BARTOLOMÉ. *Historia de San Martín*, cit.; *Historia de Belgrano*, cit.
 OLAZÁBAL, MANUEL DE. *Episodios de la guerra de la Independencia*, Gualeguaychú, 1863.
 PAZ, JOSÉ MARÍA. *Memorias*, cit.

PUEYRREDON, MANUEL A. *Campañas del Ejército de los Andes*, Buenos Aires, 1947.
 RUIZ MORENO, ISIDORO J., LANDABURU, FEDERICO y AGUIRRE SARAVIA, ANIBAL. *Historia de los Granaderos a Caballo*, Buenos Aires, 1976.
 RUIZ MORENO, ISIDORO J. y DE MARCO, MIGUEL ÁNGEL. *Patricios de Buenos Aires*, cit.
 SENADO DE LA NACIÓN. *Biblioteca de Mayo*, cit.
 SUÁREZ, MARTÍN. *Atlas histórico militar*, Buenos Aires, 1970.
 TEJEIRO MARTÍNEZ, BENIGNO. *Historia de Entre Ríos*, Buenos Aires, 1901.

CAPÍTULO VIII: Triunfos americanos y la anarquía

ACEVEDO, EDUARDO. *Artigas*, Montevideo, 1950.
 BERUTI, JUAN MANUEL. *Memorias*, cit.
 CERVERA, MANUEL M. *Historia de la ciudad y la provincia de Santa Fe*, cit.
 GARCÍA GODOY, CRISTIAN. *Tomás Godoy Cruz*, Washington, 1991.
 IRIARTE, TOMÁS DE. *Memorias*, cit., t. I.
 IRIONDO, URBANO DE. *Apuntes para la historia de Santa Fe*, cit.
 LASSAGA, RAMÓN J. *Historia de Estanislao López*, Buenos Aires, 1881.
 MITRE, BARTOLOMÉ. *Historia de San Martín e Historia de Belgrano*, cit.
 MORITAN, SANTIAGO. *Ramírez, Mansilla, Urquiza*, Buenos Aires, 1945.
 OLAZÁBAL, MANUEL DE. *Refutación al "Ostracismo de los Carrera"*, Gualeguaychú, 1858.
 PUEYRREDON, *Recuerdos históricos*, cit.
 RODRÍGUEZ, GREGORIO F. *El general Soler*, Buenos Aires, 1909.
 RUIZ MORENO, MARTÍN. *Contribución a la historia de Entre Ríos*, Buenos Aires, 1914.

CAPÍTULO IX: Fin de la guerra de Independencia

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *Diario de Gutiérrez de la Fuente*, Buenos Aires, 1978.
 ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *Historia de la Nación Argentina*, t. VI, cit.
 CORNEJO, ATILIO. *Güemes*, Buenos Aires, 1946.
 LACASA, PEDRO. *Vida militar y política del general argentino don Juan Lavalle*, Buenos Aires, 1870.
 MITRE, BARTOLOMÉ. *Historia de San Martín*, cit.
 OTERO, PACÍFICO. *Historia del Libertador don José de San Martín*, t. VI, Buenos Aires, 1978.
 ROCA, SEGUNDO. *Relación histórica de la primera campaña del general Arenales a la sierra del Perú*, Buenos Aires, 1866.
 RODRÍGUEZ, MARTÍN. *Diario de la expedición al desierto*, Buenos Aires, 1969.
 ROJAS, RICARDO. *La entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires, 1948.

CAPÍTULO X: La frontera porteña y la cuestión oriental

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *Historia de la Nación Argentina*, cit.
 BALDRICH, J. AMADEO. *Historia de la guerra del Brasil*, Buenos Aires, 1905.

- BERUTI, JUAN MANUEL. *Memorias curiosas*, cit.
 IRIARTE, TOMÁS DE. *Memorias*, cit.
 PUEYRREDON, MANUEL ALEJANDRO. *Escritos históricos*, Buenos Aires, 1929.
Diario del ejército en la expedición al establecimiento de la nueva frontera al Sud, Buenos Aires, 1823.
 RUIZ MORENO, MARTÍN. *Contribución a la historia de Entre Ríos*, cit.

CAPÍTULO XI: Guerra contra Brasil y conflicto en el Interior

- ARÁOZ DE LA MADRID, GREGORIO. *Memorias*, cit.
 ARGUINDEGUY, PABLO y RODRÍGUEZ, HORACIO. *Guillermo Brown*, Buenos Aires, 1994.
 ARRIETA, DOMINGO, *Memorias*, y PACHECO, ÁNGEL. "Apuntes sobre la campaña del Brasil", *Revista Nacional*, t. VIII, Buenos Aires, 1889.
 BALDRICH, J. AMADEO. *Historia de la Guerra del Brasil*, cit.
 BIBLIOTECA DO EXERCITO. *O Exercito na Historia do Brasil*, t. II, Río de Janeiro, 1998.
 BRANDSEN, FEDERICO DE. *Escritos*, Buenos Aires, 1910.
 IRIARTE, TOMÁS DE. *Memorias*, t. III, cit.
 JUNTA CONSERVADORA DEL ARCHIVO. *Aráoz de Lamadrid y su acción directiva en el Norte*, Tucumán, 1957.
 PACHECO, ÁNGEL. "Apuntes sobre la campaña del Brasil", en *Revista Nacional*, t. VIII, Buenos Aires, 1910.
 PARSONS HORNE, CARLOS. *Biografía del coronel Manuel Dorrego*, Buenos Aires, 1922.
 PAZ, JOSÉ MARÍA. *Diario de marchas*, Buenos Aires, 1938.
 RATTO, HÉCTOR R. *De la marina heroica*, Buenos Aires, 1936.
 RODRÍGUEZ, GREGORIO F. *El general Soler*, cit.
 TODD, JOSÉ M. *Recuerdos del Ejército de Operaciones contra el Emperador de Brasil*, Salta, 1892.

CAPÍTULO XII: Argentina enfrentada

- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA (JULIO ARTURO BENENCIA). *Partes de batalla de las guerras civiles*, t. II, Buenos Aires, 1976.
 ARÁOZ DE LA MADRID, GREGORIO. *Memorias*, cit.
 BERUTI, JUAN MANUEL. *Memorias curiosas*, cit.
 BILBAO, MANUEL. *Historia de Rosas*, Buenos Aires, 1868.
 CARRANZA, ÁNGEL JUSTINIANO. *El general Lavalle ante la justicia póstuma*, Buenos Aires, 1886.
 CELESIA, ERNESTO H. *Rosas. Aportes para su historia*, t. I, Buenos Aires, 1954.
 CERVERA, MANUEL M. *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, cit.
 DÍAZ, CÉSAR. *Memorias inéditas*, Buenos Aires, 1878.
 GARCÍA, JUAN GUALBERTO. "Centenario de la batalla de La Tablada", *Revista de la Universidad Nacional*, Córdoba, 1929.
 IRIARTE, TOMÁS DE. *Memorias*, cit., t. IV.
 LACASA, PEDRO. *Vida militar y política del general argentino don Juan Lavalle*, cit.

- LASSAGA, RAMÓN J. *Historia de Estanislao López*, cit.
 PARSONS HORNE, CARLOS. *Biografía del coronel Manuel Dorrego*, cit.
 PAZ, JOSÉ MARÍA. *Memorias*, cit.
 VEDIA Y MITRE, MARIANO DE. Estudio preliminar a PEDRO LACASA, *Lavalle*, Buenos Aires, 1924.

CAPÍTULO XIII: Antagonismo geopolítico

- ARÁOZ DE LA MADRID, GREGORIO. *Memorias*, cit.
 ARÁOZ DE LA MADRID, GREGORIO. *Observaciones sobre las "Memorias póstumas" del brigadier general don José María Paz*, Buenos Aires, 1855.
 BARBA, ENRIQUE M. *Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López*, Buenos Aires, 1958.
 BARRIONUEVO IMPOSTI, VÍCTOR. *Historia de Río Cuarto*, t. II, Buenos Aires, 1988.
 BENENCIA, JULIO ARTURO. *Partes de batallas de las guerras civiles*, cit.
 CELESIA, ERNESTO H. *Rosas. Aportes para su historia*, cit.
 CERVERA, MANUEL M. *Historia de la ciudad y la provincia de Santa Fe*, cit.
 FERRÉ, PEDRO. *Memoria*, Buenos Aires, 1921.
 GARZÓN, IGNACIO. *Crónica de Córdoba*, t. II, Córdoba, 1901.
 IRIARTE, TOMÁS DE. *Memorias*, cit.
 PAZ, JOSÉ MARÍA. *Memorias*, cit.
 QUESADA, JUAN ISIDRO. "Unitarios y federales en Entre Ríos", *Revista de Historia Entrerriana*, 4/5, Buenos Aires, 1969.
 RUIZ MORENO, ISIDORO J. *La lucha por la Constitución*, Buenos Aires, 1976.
 VELÁSQUEZ, LUIS HORACIO. *Vida de un héroe. Juan Esteban Pedernera*, Buenos Aires, 1958.
 ZINNY, ANTONIO. *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*, t. II, Buenos Aires, 1880.

<i>Presentación</i>	7
<i>Introducción</i>	9
 CAPÍTULO I: Los orígenes virreinales	
<i>Creación del Virreinato del Río de la Plata. El problema de los indios. Organización del Ejército. Composición de las tropas. Las obras de defensa. Milicias y frontera. Alzamiento de Túpac Amaru. Ocupación británica de Buenos Aires</i>	13
 CAPÍTULO II: El nuevo Ejército y su acción	
<i>La Reconquista. Formación de unidades. Segunda invasión británica y la defensa de la Capital. Consecuencias políticas y militares</i>	45
 CAPÍTULO III: La intervención en política	
<i>La idea de independencia. Asonada de Álzaga. Reordenamiento del Ejército. Los sucesos de Mayo de 1810. La presión militar y la Primera Junta</i>	59
 CAPÍTULO IV: La expansión revolucionaria	
<i>El Ejército Nacional. Expedición al Interior. Campaña a Paraguay. La guerra en el Alto Perú. Operaciones en la Banda Oriental. Derrota en el Norte</i>	73
 CAPÍTULO V: Triunfos y derrotas	
<i>Los esfuerzos de Buenos Aires. Cambios en el Gobierno. Amotinamiento de los Patricios. La conjura de Álzaga. Belgrano en el Norte. La batalla de la soberanía y la de Salta. Hostilidades en el Plata. Nuevo Poder Ejecutivo. Los Granaderos a Caballo y la lucha en el Litoral y en el Alto Perú. Situación internacional. Actuación de Alvear</i>	117
 CAPÍTULO VI: La guerra externa y la interior	
<i>Última ofensiva al Alto Perú. San Martín en Mendoza. Declaración de la Independencia. La Liga de los Pueblos Libres. Estrategia sanmartiniana. Invasión portuguesa. Cruce de los Andes y batalla de Chacabuco. Talcahuano, Cancha Rayada y Maipú. Hostilidades en el Litoral y la Banda Oriental. Estallido de la anarquía</i>	187

CAPÍTULO VII: La proyección continental	
<i>Pensamiento operacional del Libertador: El Ejército de los Andes y el resultado de su cruce de la Cordillera. La guerra en Salta. Campaña en el sur de Chile</i>	215
CAPÍTULO VIII: Triunfos americanos y la anarquía	
<i>Caos en Buenos Aires. Lucha entre Ramírez y Artigas. Ambiciones en pugna. Incursiones españolas. Salta. Expedición a Perú. Andanzas de Carreras y de Ramírez. Fin de la anarquía.....</i>	287
CAPÍTULO IX: Fin de la guerra de Independencia	
<i>Última ofensiva realista. Victorias y contrastes en Perú. Campaña de Quito. La entrevista de Guayaquil. Retiro del Protector. Expedición a Puertos Intermedios. El Ejército de los Andes y la pérdida de Lima y El Callao. Junín y Ayacucho</i>	323
CAPÍTULO X: La frontera porteña y la cuestión oriental	
<i>Reforma militar. Campañas contra los indios entre 1821 y 1824. La Provincia Oriental y Brasil. El Ejército de Observación. Declaración de guerra contra el Imperio</i>	357
CAPÍTULO XI: Guerra con Brasil y conflicto en el Interior	
<i>Organización de las Fuerzas Armadas. Medidas del Congreso. La lucha en las guas. Enfrentamiento en Tucumán. Invasión de Rio Grande; batalla de Ituzaingó críticas. Movimientos posteriores. Triunfo federal en el Interior. Gestiones de paz y caída del Gobierno Central</i>	377
CAPÍTULO XII: Argentina enfrentada	
<i>Renunciamento de Lavalle. Reacción en las Provincias. Desarrollo del conflicto en Buenos Aires. La campaña de Paz sobre Córdoba. Consecuencias.....</i>	433
CAPÍTULO XIII: Antagonismo geopolítico	
<i>Situación en Córdoba y batalla de Oncativo. La Liga del Interior. Medidas del gobernador Rosas. La Liga del Litoral. Nueva lucha con Quiroga y resultados. La Comisión Representativa</i>	481
<i>Bibliografía</i>	533

Biblioteca del Congreso de la Nación

Número de registro bibliográfico



1/0450598

Dirección de Procesos Técnicos

06/06
305/06
844
06

CAPÍTULO VII: La proyección continental

Pensamiento operacional del Libertador. El Ejército de los Andes y el resultado de su cruce de la Cordillera. La guerra en Salta. Campaña en el sur de Chile..... 215

CAPÍTULO VIII: Triunfos americanos y la anarquía

Caos en Buenos Aires. Lucha entre Ramírez y Artigas. Ambiciones en pugna. IncurSIONES españolas. Salta. Expedición a Perú. Andanzas de Carreras y de Ramírez. Fin de la anarquía..... 287

CAPÍTULO IX: Fin de la guerra de Independencia

Última ofensiva realista. Victorias y contrastes en Perú. Campaña de Quito. La entrevista de Guayaquil. Retiro del Protector. Expedición a Puertos Intermedios. El Ejército de los Andes y la pérdida de Lima y El Callao. Junín y Ayacucho..... 323

CAPÍTULO X: La frontera porteña y la cuestión oriental

Reforma militar. Campañas contra los indios entre 1821 y 1824. La Provincia Oriental y Brasil. El Ejército de Observación. Declaración de guerra contra el Imperio..... 357

CAPÍTULO XI: Guerra con Brasil y conflicto en el Interior

Organización de las Fuerzas Armadas. Medidas del Congreso. La lucha en las aguas. Enfrentamiento en Tucumán. Invasión de Rio Grande; batalla de Ituzaingó y críticas. Movimientos posteriores. Triunfo federal en el Interior. Gestiones de paz y caída del Gobierno Central..... 377

CAPÍTULO XII: Argentina enfrentada

Pronunciamiento de Lavalle. Reacción en las Provincias. Desarrollo del conflicto en Buenos Aires. La campaña de Paz sobre Córdoba. Consecuencias..... 433

CAPÍTULO XIII: Antagonismo geopolítico

Situación en Córdoba y batalla de Oncativo. La Liga del Interior. Medidas del gobernador Rosas. La Liga del Litoral. Nueva lucha con Quiroga y resultados. La Comisión Representativa..... 481

Bibliografía..... 533

06/06	
305/06	
844	
06	

Biblioteca del Congreso de la Nación

Número de registro bibliográfico



1/0450598

Dirección de Procesos Técnicos